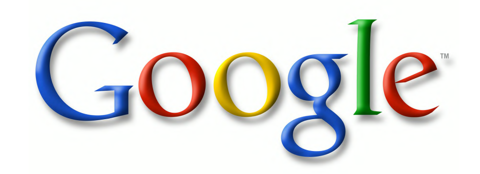
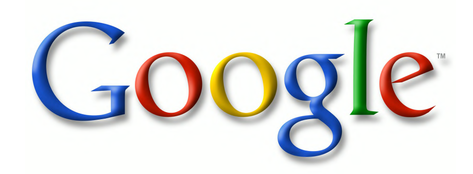





THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
LIBRARIES
THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
ARTES SCIENTIA VERITAS
1817



Manuel Breton de los Herreros.


THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
LIBRARIES
THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
ARTES SCIENTIA VERITAS
1817



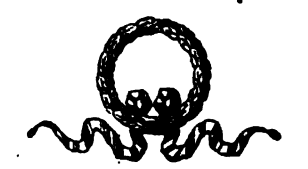
Manuel Breton de los Herreros.

OBRAS

DE

DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS

TOMO I



MADRID
IMPRENTA DE MIGUEL GINESTA
calle de Campomanes, núm. 8
1883

APUNTES SOBRE LA VIDA Y ESCRITOS

DE

DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Don Manuel Breton de los Herreros nació el 19 de Diciembre de 1796 en la villa de Quel, situada en la feraz y pintoresca region de España que se conoce con el nombre de la Rioja. Fueron sus padres D. Antonio Breton y Doña María Petra de los Herreros, ambos nobles, pero escasos de bienes de fortuna. Dotado de ingenio precoz, áun no habia cumplido siete años cuando con la mayor facilidad improvisaba coplas chispeantes de sal y de agudeza sobre cualquier pié que le diesen. Citaremos una de aquellas improvisaciones como muestra de su númen poético en edad tan temprana, y tambien por ser la primera composicion suya de que se tiene noticia. En cierta fiesta de familia hallábase presente una criada que se llamaba Segunda, y como diesen por pié al infantil poeta este verso: *La mejor es la Segunda,* prorumpió en la siguiente desenfadada redondilla:

Para pegarle una tunda
Con las faldas levantadas,
Entre todas las criadas
La mejor es la Segunda.

En 1806 vino á Madrid con su padre, quien confiando en el valimiento de parientes poderosos, solicitó varios destinos; y no logrando ninguno, se dedicó á gestionar en las oficinas del Estado, por encargo de particulares y de corporaciones, el despacho de asuntos de Indias, ocupacion lucrativa merced á la cual hubiera quizá conseguido vivir desahogadamente, si la invasion francesa no hubiese paralizado por completo los negocios. Hubo, pues, de resignarse con su suerte, y esperando mejores tiempos, continuó en la corte, donde despues de recibir nò pocos desengaños y de consumir gran parte de su patrimonio, murió en 1811. Quedó su viuda en angustiosa situacion, teniendo que proveer al sustento y educacion de seis hijos, cuatro de ellos varones, y todos de corta edad; y no contando para el cumplimiento de tan sagrados deberes sino con renta escasa y sobre todo insegura por las calamitosas circunstancias en que se hallaba la Península. Vióse, por tanto, en la dura precision de ir malvendiendo sus bienes, hasta que por el casamiento de su hija Carlota con D. José de Figueroa, poseedor de un cuantioso mayorazgo, halló en su yerno el amparo y la proteccion que necesitaba para sí y para sus tres hijos menores.

Manuel, que era el segundo de los hermanos, cursó latinidad y humanidades en el Real Colegio de Padres Escolapios de San Antonio Abad de esta corte, concluyendo en 1811 con grande aprovechamiento dichos estudios bajo la direccion del presbítero D. Fernando Peñaranda. Con la prematura muerte de su padre quedó interrumpida su educacion literaria,

pues habiéndose trasladado en seguida á casa del hermano mayor de su madre, que con los productos que le rendian un regular patrimonio y la profesion de la abogacía, gozaba de cómoda y desahogada posicion; y no hallando en su tio la acogida que merecia por su talento, las excelentes prendas de carácter que le adornaban y la reciente desgracia de que era víctima, resolvió sentar plaza de soldado. Impulsóle á esta determinacion, no sólo el deseo de no volver á ser gravoso á su madre, á quien ciegamente idolatraba, sino tambien el patriótico anhelo de tomar las armas en defensa de la independencia de su país; siguiendo así las huellas de la mayoría de los españoles y el ejemplo que le diera otro hermano de su madre, D. Florentino de los Herreros, que como capitan de caballería, tuvo la gloria de pertenecer á la famosa division que, acaudillada por el marqués de la Romana, logró con esfuerzo heroico llegar desde las regiones septentrionales de Europa á la playa de Santander para auxiliar á sus compatriotas en la gigantesca lucha que habian empeñado contra el gran Capitan del presente siglo.

Andando el tiempo, este episodio de su vida le sirvió de argumento para su segunda comedia original, que tituló *Los dos sobrinos, ó la escuela de los parientes*. Grandemente sorprendidos se quedarian los que no le ampararon en su orfandad cuando leyeran ó vieran representar un drama en que el protagonista era aquel sobrino, á quien conceptuaban inepto y desprovisto de todas las cualidades necesarias para brillar en el mundo; y no sería corta la satisfaccion del autor al poder recordar á sus tios los deberes que impone la caridad, pintando en una fábula, hábilmente trazada y expresada en bello lenguaje poético, la aflictiva situacion en que se vió en aquella época. Él hizo su retrato en el personaje que lleva el nombre de *Cándido:* ántes de indisponerse éste con los hermanos de su padre es un modelo de sumision y de respeto; mas apurada su paciencia con indignos tratamientos y continuas humillaciones, se separa de ellos para siempre, echándoles en cara su mal proceder. En la escena VII del acto segundo, entre otros improperios, oye de boca de su tia *doña Juliana* estas palabras:

Se acabó la sopa boba.
Lo entiendes? Desde mañana
me harás la compra, hijo mio;
que no está lejos la plaza,
ni creo yo que por esto
la venera se te caiga,
....

Á lo cual contesta el pundonoroso *Cándido:*

Piadosos tios,
benigna doña Juliana,
....
Yo, no lo puedo negar,
soy más pobre que las ratas,
pero aunque huérfano y pobre,
tengo vergüenza, á Dios gracias.
....
Yo serviré; sí, señores,
pero será sin infamia:
no á parientes despiadados
y ruines, sino á mi patria.
No espero grandes riquezas,
sino peligros y balas,
pero tendré pan y gloria,
que para un soldado basta.
....

Transformóse, pues, el escolar en soldado. Poco más de 15 años de edad contaba cuando, el 24 de Mayo de 1812, sentó plaza en el batallon de á caballo de la ciudad de Ávila, sirviendo en él hasta el 5 de Setiembre del mismo año, en que fué destinado al batallon de infantería ligera 1.° de Voluntarios de Aragon, que se hallaba entónces en Alicante. Desde sus primeros pasos en la nueva carrera que habia emprendido, pudo ya echar de ver que Marte no le era propicio, pues no bien ascendió á cabo 2.°, se le depuso de la escuadra el 18 de Diciembre del citado año, por haberse separado de su compañía durante tres ó cuatro dias en una marcha que hizo el cuerpo desde Alicante á Tobarra, y por habérsele extraviado los cartuchos; mas á los pocos meses recobró la perdida categoría de cabo 2.°, y en 1.° de Enero de 1815, despues de haber contribuido á las victorias alcanzadas por las tropas españolas en Valencia y Cataluña al arrojar de España á los franceses, se vió elevado á la dignidad de cabo 1.°

En virtud de real órden del 15 de Agosto de 1817 le fué concedido pasar á continuar sus servicios en clase de soldado al regimiento de caballería de Cazadores de Madrid, pero ántes de ingresar en él, disfrutó licencia temporal en casa de unos parientes; y allí fué donde, proponiéndose por modelo al insigne Inarco Celenio, cuyas obras tuvo entónces ocasion de estudiar, escribió su primer ensayo dramático titulado *Á la vejez viruelas*, que representado siete años despues en el primer teatro de Madrid, habia de animarle á consagrarse al cultivo de las letras.

Extinguido el regimiento de Cazadores de Madrid cuando se disponia á tomar en él los cordones de cadete, para lo cual tenía prontos los documentos necesarios, ingresó en el de la Costa de Granada, del arma tambien de caballería, el 1.° de Julio de 1818. Por este tiempo le sucedió en cierta poblacion de Andalucía una chistosa aventura, referida luégo por él en un artículo de costumbres titulado *Pelar la pava*, que es como el boceto de su linda comedia *Una de tantas*. Fiel observante de antigua usanza española, llevaba dos meses de hacer terrero á una graciosa jóven, que segun dice en el citado artículo «no era lo que se »llama una hermosura, pero tenía un talle encantador, un pié muy mono, una boca que »desde allí al cielo, unos ojos árabes que hablaban en todas las lenguas conocidas, y un »gracejo natural capaz de hechizar á un tenedor de libros.» Retirábase una madrugada á su casa alegre y satisfecho por haber logrado besar por primera vez la mano de su adorada prenda, cuando á corto trecho de la morada de ésta vió á cierto amigo, y trabando conversacion con él, llenáronse ambos de indignacion al descubrir que la traviesa andaluza, maestra en el arte de la coquetería, aprovechaba la circunstancia de tener su habitacion vistas á dos calles para mantener correspondencia con los dos por rejas distintas; y heridos en su amor propio y condoliéndose de las trasnochadas que les habia propinado tan diabólica criatura, juraron no verla más y no volver en su vida á pelar la pava.

El deseo de procurarse algunos adelantos en su carrera le movió á alistarse en el ejército que bajo el mando del conde de La Bisbal se organizaba el año 1818 en las costas de Andalucía para restablecer la autoridad del gobierno de la Metrópoli en las provincias sublevadas de América. Pasó, pues, al Depósito de Ultramar el 22 de Setiembre de 1818, é ingresó el 1.° de Noviembre siguiente en el regimiento de caballería del Rey, 1.° de ligeros, quedándose en Aguilar de la Frontera á disfrutar de una licencia que le concedieron. En la noche del 24 de Diciembre recibió en duelo una cuchillada que le causó la pérdida de la vista del ojo izquierdo, y le dejó señaladas la frente y la ceja con una cicatriz indeleble; impidiéndole este desgraciado suceso incorporarse á su regimiento hasta Julio de 1819. Á fines de este año fué declarado soldado distinguido.

Á consecuencia de la revolucion que estalló en las Cabezas de San Juan el 1.° de Enero de 1820, se dió otro destino á las tropas que formaban el ejército que se pensó enviar á América, y se eximió de su compromiso á no pocos soldados, siendo Breton uno de ellos; pero no conviniéndole entónces tomar la licencia absoluta, continuó en las filas del ejército.

Ardiente partidario de la libertad política consignada en la Constitucion de 1812 compuso himnos y canciones en loor de una y otra, y peroró con entusiasmo en las tribunas de las

sociedades patrióticas; mas siendo al mismo tiempo amante del órden no vacilaba en exponer su vida por conservarlo en cumplimiento de su deber. Así, en cierta ocasion, relajada la disciplina del regimiento del Rey por malévolas instigaciones de algunos oficiales, amotinóse una noche su compañía contra el coronel; y al llegar el suceso á noticia de Breton, entró solo en la cuadra donde se hallaban los alborotadores, y apaciguó el tumulto á cuchilladas, haciendo que los soldados se acostasen, y salvando de este modo la vida de su jefe.

Fatigado ya del servicio y queriendo dar otro rumbo á su actividad, tomó la licencia absoluta el 8 de Marzo de 1822. Llama la atencion, en verdad, que despues de nueve años cumplidos de efectivos servicios, dos de ellos de campaña, se retirase de la milicia, sin haber obtenido mayor graduacion que la de cabo 1.°, un jóven valiente, pundonoroso é ilustrado, y que, merced á estas cualidades, habia hecho su carrera en las mayorías de los cuerpos en que sirvió, hallándose por tanto en frecuente trato con sus jefes. Mas si se compara su carrera militar con la del inmortal Calderon, no hay motivo para conceptuarle postergado: el gran poeta dramático, gloria de la escena española, fué como él soldado distinguido de caballería, y como él tampoco logró mayor recompensa á sus servicios que la de cabo de escuadra.

En el mismo año 1822, ingresó en la carrera administrativa con un modesto destino en las oficinas de rentas, y sucesivamente desempeñó, á pesar de su inferior categoría, los cargos de Secretario de las Intendencias de las provincias de Játiva y de Valencia; dedicando los cortos ratos de ocio de que podia disponer, á la composicion de himnos patrióticos y poesías amatorias y satíricas. Mas para bien de las letras patrias, su permanencia en la administracion civil fué de corta duracion, pues el partido liberal á que se hallaba afiliado, caminaba á su ruina á pasos agigantados, y su completa derrota y el triunfo del bando reaccionario no se hicieron esperar largo tiempo. Comenzaba el mes de Abril de 1823, y envalentonados los cabecillas realistas, que vagaban por la provincia de Valencia, con la entrada en España de las tropas francesas, pusieron cerco á la capital, que por dicha tuvieron que levantar al siguiente mes, huyendo del segundo cuerpo del ejército constitucional mandado por el general Ballesteros. Pero los liberales valencianos no podian sostenerse sin el apoyo de fuerzas del ejército; así es que al ver que el de Ballesteros se retiraba en los primeros dias de Junio á la provincia de Murcia, los batallones de voluntarios prefirieron seguir las banderas de las tropas constitucionales á quedar expuestos á las persecuciones y venganzas de los realistas. Breton, que como empleado del Gobierno y como autor de composiciones patrióticas era de los liberales más señalados, no debió de ser el último en incorporarse al ejército de Ballesteros, y formó parte de la guarnicion que este caudillo dejó en la plaza de Cartagena al mando del general Torrijos, uno de los más firmes y decididos defensores del régimen constitucional. Bien acreditó su constancia este ilustre capitan con la resistencia tenaz que opuso á toda capitulacion con las tropas francesas, miéntras tuvo alguna esperanza de salvacion para la causa que defendia; y sólo á él se debió que fuese Cartagena uno de los últimos baluartes de la libertad en aquella aciaga época. Despues de la rendicion de Cádiz á las huestes de Angulema, áun tardó más de un mes el general Torrijos en entablar negociaciones con los jefes del segundo ejército frances; pero al fin, comprendiendo que era inútil el intento de prolongar más la lucha, capituló el 5 de Noviembre. No esperó Breton á que el odiado extranjero hollara con su planta el recinto de la plaza: fugóse de ella disfrazado con el honroso uniforme militar que durante algunos años habia vestido, y el 27 de Octubre se presentó al Comandante general de Murcia en calidad de soldado licenciado. Como tal continuó su peregrinacion á Quel; y caminando rodeado de peligros sin cuento, y con no pocas fatigas y trabajos, logró llegar sano y salvo al pueblo que le vió nacer, el 29 de Noviembre de 1823.

Corta fué su permanencia en él, ya porque para Breton, que figuraba en el número de los proscriptos, la seguridad personal en aquellos dias de revueltas era menor en los pueblos pequeños que en las grandes poblaciones, ya por el deseo de abrazar á su madre, que continuaba residiendo en Madrid. Refugióse, pues, en la corte; y viviendo en la oscuridad y

suprimiendo durante algun tiempo su primer apellido, D. Manuel B. de los Herreros consiguió que nadie reconociese en él al Breton de las sociedades patrióticas, al entusiasta defensor de la abolida Constitucion de Cádiz. Mas él no habia nacido para vegetar tristemente al amparo de su familia: érale preciso moverse, trabajar, dar ocupacion á su ardiente fantasía; en una palabra, vivir la vida de los hombres dotados de superior inteligencia. Viéndose sin patrimonio y sin empleo, y buscando un medio de no ser oneroso á sus parientes, recordó que años atras habia compuesto una comedia; y aunque con pocas esperanzas de que fuese admitida, se presentó con ella en los primeros dias de Octubre de 1824 al distinguido actor D. Joaquin Caprara, que era á la sazon director de escena del teatro del Príncipe. No pareciéndole mala á Caprara, dispuso su representacion; y el 14 del mismo mes se estrenó con feliz éxito *Á la vejez viruelas*, en la funcion ejecutada en celebridad del cumpleaños del Rey.

En aquella noche memorable, cuando en el retiro de su estudio recordase Breton las vicisitudes de su vida militar y aventurera, y en vista del estreno de su primera obra dramática, descubriese ante sí un brillante porvenir, si con fe y perseverancia se dedicaba al cultivo de las letras; quizá le asaltaron algunas de las reflexiones que, en elocuentes y sentidas frases, escribió años despues como exordio á su *Discurso de accion de gracias á la Real Academia Española* al tomar posesion de la plaza de socio honorario. Decia así en aquel acto solemne: «Si incapaz de agradecimiento fuese mi corazon, digno sería yo de acabar mis dias »en la adversidad, cuyo aciago rostro aprendí á conocer por dicha mia desde la adolescencia. »Por dicha mia, sí; á haberse deslizado entre comodidades y deleites los primeros años de mi »trabajada juventud, quizá no hubieran vertido tantas lágrimas mis ojos, pero tampoco me »hubiera desvelado el consolador afan de ganar amigos que de buen grado las enjugasen. Hoy »me cansaria ya tal vez la existencia, carcomida por el hastío, humillada por el íntimo cono»cimiento de mi nulidad, y estragada acaso por los vicios. Mi nombre sonaria apénas fuera »del hogar doméstico en algun corrillo de ahumado café y en los registros de la policía. Si »totalmente no yace en triste oscuridad, ¡merced al saludable abandono en que la suerte me »puso cuando pudieron serme provechosas las lecciones del mundo; merced á la precision en »que temprano me vi de beneficiar mis recursos intelectuales, bien que limitados, bien que »desvalidos; merced á los consejos desinteresados y á la cordial proteccion de amigos gene»rosos; merced, en fin, hasta al abatimiento y al desamparo en que ha gemido nuestra litera»tura! Esta última reflexion podrá parecer una paradoja, pero no lo es ciertamente. Una vez »consagrado al culto de las Musas, ó con bastante constancia para arrostrar las amarguras »y privaciones inherentes á la profesion de escritor en España, ó arrastrado tal vez por »algun móvil secreto, que yo no llamaré fatalidad; fuéme forzoso redoblar más y más mis »tareas, y velar una y otra noche, supliendo con mi laboriosidad la pequeñez de mi ingenio.»

No había motivo ciertamente para que el novel poeta dramático se lamentase de la interrupcion que habian tenido sus estudios durante el largo período de su vida militar, pues quizá debió á ésta el marcado sello de originalidad que resalta en todos sus escritos. Dotado de un gran talento de observacion, las marchas continuas de los regimientos en que sirvió, los cambios de guarnicion, le facilitaron el estudio comparativo de las costumbres de comarcas diversas; el trato íntimo y familiar con personas de todas clases y condiciones, le enseñó el lenguaje peculiar de cada una; y los lances y aventuras en que fué actor, ó espectador, le mostraron en su mayor desnudez las diferentes especies de caracteres; constituyendo todo esto la escuela donde se formó el gran poeta cómico, donde alcanzó un caudal de conocimientos, que no hubiera podido adquirir en los libros ni llevando una existencia metódica y tranquila en el hogar de su familia.

Ni por haber abandonado los estudios académicos dejó de obedecer á la natural inclinacion que desde sus más tiernos años mostró hácia la poesía. Él mismo afirma en la nota que se lee al pié de la comedia titulada *Á la vejez viruelas* (*) «que ya copleaba desde muy niño, »y algunos millares de versos habia abortado su no desbrozada imaginacion ántes que en

(*) Edicion de Madrid, 1850.

»ella germinase la imperfecta fábula cómica» citada. Grabadas tenía en la memoria las poesías de Arriaza, Gallego y Quintana, y de que habia estudiado con fruto las comedias de Moratin dió buena prueba con la representacion de su primera obra dramática.

Resuelto ya á escribir para el teatro, dedicóse con ahinco á perfeccionar por sí mismo los conocimientos que poseia desde la niñez y á adquirir otros nuevos con el estudio incesante y profundo de las obras de nuestros clásicos y de los latinos, franceses é italianos. Estas tareas, que le ocuparon desde 1825 á 1829, no fueron obstáculo para que en dichos años escribiese gran número de composiciones líricas y cerca de cuarenta obras dramáticas, una de ellas *Á Madrid me vuelvo*, que fué la base de su popularidad; y áun le dejaron tiempo para cursar privadamente dos años de matemáticas con el distinguido profesor D. Alejandro de Bengoechea.

Siete no más son los dramas originales que compuso en los años referidos, y áun de ellos tres pertenecen al género bastardo, conocido con el nombre de *piezas de circunstancias:* los restantes son versiones del frances y del italiano, ó refundiciones de antiguas comedias españolas, escritos cuasi todos por encargo de las empresas de los teatros de Madrid, que viéndose obligadas á poner continuamente obras nuevas en escena para vencer el desvío que mostraba hácia el teatro español el público, apasionado entónces de un modo extraordinario por la ópera italiana, y no contando con suficiente número de obras originales; tenian que recurrir á las traducciones y á los arreglos para dar á los espectáculos la variedad apetecida. En vista de esto, parecióle á Breton conveniente y patriótico tomar la defensa del teatro nacional, injustamente deprimido por una turba de filarmónicos, y así lo hizo en 1828 con la sátira titulada: *Contra el furor filarmónico, ó más bien contra los que desprecian el teatro español*, la cual fué recibida por los que se veian ridiculizados en aquellos magníficos tercetos con rabiosa ira, que desahogaron vociferando dicterios é invectivas contra el autor.

De otro órden fueron las contrariedades que proporcionó á éste su *Sátira contra los hombres en defensa de las mujeres*. Censores ignorantes la juzgaron *contraria á las buenas costumbres porque daba márgen á la infidelidad conyugal;* pero al fin tuvo la satisfaccion de verla impresa en 1829, merced á los buenos oficios de D. José Gomez de la Cortina, despues conde del mismo título, á cuya casa concurria con otros poetas y escritores para tratar de asuntos literarios.

En 1830 pasó á Sevilla como poeta de la compañía que para trabajar en el coliseo de dicha ciudad organizó D. Juan de Grimaldi, y en la que figuraban los principales actores de los teatros de Madrid. Contento con las deferencias que le guardaba aquella empresa y con el modesto sueldo que disfrutaba, escribia á su madre: «El año no se pierde; y si para adquirir »un pedazo de pan necesitase en el siguiente hacer un viaje hasta la Noruega, no vacilaria.»

Á su regreso á Madrid en 1831, tareas de otra índole dieron alimento á su incansable laboriosidad. El 1.° de Abril entró á formar parte de la redaccion del *Correo literario y mercantil*, inaugurando sus trabajos periodísticos con un acertijo que llamó *Quisicosa* y firmó con las iniciales M. B. Desde aquella fecha hasta Octubre de 1833, tuvo á su cargo en dicho periódico la crónica de teatros y la crítica dramática y musical, publicando además poesías y artículos en prosa sobre el arte de la declamacion y otros asuntos. La indulgencia y la imparcialidad son las cualidades que resaltan en sus artículos de crítica de los dramas que sucesivamente se representaban en los teatros de Madrid, siendo de notar los juicios candorosos que emitia acerca de sus propias obras. Alguna vez, sin embargo, tuvo que faltar á la moderacion que se habia impuesto en la redaccion de las revistas teatrales. Aunque benévola, la censura que hizo de la comedia intitulada *Coquetismo y presuncion*, promovió viva polémica; y á las ásperas invectivas del autor y sus parciales contestó en otro artículo, tratando al novel poeta con merecido rigor por su falta de modestia y la destemplanza de sus ataques.

En Noviembre de 1831 publicó una coleccion escogida de sus poesías; y el 30 de Diciembre del mismo año, se verificó la primera representacion de la *Marcela*, joya de las más preciosas del rico repertorio dramático del autor, que alcanzó éxito extraordinario, no sólo en Madrid, sino en toda España. En esa obra desaparece el discípulo de Moratin, y se deja ver el maestro, el genio creador, el inventor de un género de comedias que la historia literaria

distingue con el nombre de *bretoniano*. La acogida que la dispensó el público, fué merecida recompensa de la fe y de la constancia con que el autor trabajó por espacio de siete años en pro del renacimiento del teatro, luchando contra una censura fanática é ignorante, contra la indiferencia con que entónces se miraba este espectáculo y contra la mezquindad con que las empresas teatrales retribuian las composiciones dramáticas. La *Marcela* hizo renacer vigorosamente en los españoles la aficion á este interesante ramo de la literatura nacional, y al darla su autor á la escena conquistó el glorioso dictado de restaurador del teatro español.

Un tercero en discordia y trece obras más, dió á los teatros de Madrid en los años 1832 y 1833; y á fines de este último tomó parte en la redaccion de *La Aurora de España*.

En 1834 volvió á ingresar en la carrera administrativa, pero de una manera ruidosa. Sin que él lo solicitase, y sólo por iniciativa del ilustrado Ministro de Fomento D. Javier de Búrgos, fué nombrado en virtud de real órden del 18 de Febrero, redactor del *Boletin de Comercio*, periódico que publicaba la Junta de Comercio de esta capital, y que desde su fundacion en 1832 estaba en inmediata dependencia del Gobierno, quien se habia reservado el derecho de proveer la referida plaza. Disponia además dicha real órden, que el nuevo redactor desempeñase su cometido con arreglo á las instrucciones que recibiese del Ministerio. Mas la Junta, que habia pedido la supresion del destino, llevó muy á mal el nombramiento, y los vocales presentaron la dimision de sus cargos; los tres redactores elegidos por aquella se retiraron tambien, no queriendo someterse á la direccion de un empleado del Gobierno; las listas de suscricion perdieron en pocos dias cerca de setecientos nombres; y algunos periódicos, creyendo ver en la disposicion ministerial un ataque á la libertad de imprenta, emprendieron una ruda y violenta campaña contra el inocente redactor. En vano declaró Breton que no habia humano interes capaz de hacerle abjurar los principios liberales que siempre habia profesado. Obcecados por la pasion política, abandonáronle amigos de su mayor intimidad; le desairaron otras personas á quienes propuso le ayudasen en la redaccion del *Boletin*; y afligido su ánimo con los disgustos, y arruinada su salud con el excesivo trabajo que pesaba sobre él como único redactor, pronto hizo renuncia de su empleo; no habiéndose publicado bajo su direccion más que dos números del citado periódico, los correspondientes á los dias 2 y 4 de Marzo.

Su cesantía fué de brevísima duracion. Á fines del mismo mes recibia el nombramiento de Oficial de la secretaría de la Subdelegacion principal de Fomento, despues Gobierno civil de la provincia de Madrid, destino que continuó sirviendo hasta mediado el año 1836.

Perteneció á la redaccion de *La Abeja* desde el 1.° de Abril de 1834, en que por primera vez vió la luz este periódico con el título de *El Universal*, hasta Mayo de 1836, en que cesó de publicarse. Entre los escritos de diferentes especies que insertó en dicho diario, merecen especial mencion sus letrillas jocoso-políticas, las cuales eran leidas con avidez por los liberales, no sólo por la gracia y la ligereza con que están escritas y por los primores de su versificacion, sino tambien por el ardiente patriotismo que en ellas resplandece y por el vigor y la energía con que el autor atacaba al pretendiente D. Cárlos y á los partidarios del absolutismo. Con aquellos escritos dió grato recreo á los ánimos, entristecidos con los horrores de una guerra cruel y fratricida; y contribuyó en alto grado á sostener el espíritu público en favor de la causa de la libertad. Siempre vencedor, cada letrilla suya era un triunfo que alcanzaba contra los carlistas; sin que estos hallaran manera de emplear su poder formidable para contrarestar el daño que hacía á su partido un solo hombre desde las columnas de un efímero periódico.

Diez y seis obras dramáticas escribió durante los años 1834 y 1835, contándose entre ellas el drama intitulado *Elena*, que fué su primer ensayo en el género romántico; el drama trágico *Los Hijos de Eduardo*, que es una de las mejores traducciones que se han hecho en el presente siglo en lengua castellana; y la comedia *Me voy de Madrid*, que fué causa de que se rompiese la amistad que existia entre el autor y el famoso crítico D. Mariano José de Larra, por creer éste que Breton le habia retratado en el protagonista de su fábula. Por espacio de muchos dias fueron inútiles cuantos esfuerzos hicieron varias personas para

reconciliarlos, hasta que en un convite dispuesto al efecto por Grimaldi, se consiguió que volvieran á estrecharse las manos los dos ilustres escritores.

El último periódico en cuya publicacion tuvo parte en calidad de redactor fué *La Ley*, que vió la luz en Madrid durante poco más de dos meses el año 1836. El 18 de Mayo del mismo, tomó posesion del empleo de Bibliotecario segundo de la Nacional.

Por dos sucesos de importancia se señala el mes de Junio de 1837 en la vida de Breton de los Herreros. El dia 8 fué elegido por unanimidad de votos, Académico honorario de la Española, en cuyos importantes trabajos tomó luégo parte, distinguiéndose por su laboriosidad asombrosa y su profundo conocimiento de la lengua materna.

El 23 contrajo matrimonio con Doña Tomasa Andres y Moyano, hija de un acreditado médico de esta capital, recibiendo la bendicion del respetable sacerdote é insigne poeta Don Juan Nicasio Gallego, y siendo su padrino el ilustre prócer y esclarecido escritor D. Mariano Roca de Togores, marqués de Molins. Entre los asistentes al banquete que siguió á la ceremonia religiosa, contábase D. Ventura de la Vega, unido á Breton por los vínculos de fraternal amistad; y al llegar la hora de los bríndis el inmortal autor de *El Hombre de mundo*, improvisó la siguiente décima:

Cuando el novio es un Breton,
Cuando la novia es tan bella,
Cuando el padrino descuella
En talento y discrecion,
Cuando echó la bendicion
Quien es gloria del Parnaso;
Mi pobre talento, escaso,
Ya de temor enmudece,
Pues tanta dicha merece
Que la cante un Garcilaso.

El ideal que de la esposa se habia imaginado el poeta al pintar el carácter de *Tomasa* en su comedia *Me voy de Madrid*, lo vió plenamente realizado Breton en la agraciada señorita que eligió para compañera de su vida; pues no parece sino que le sirvió de modelo para bosquejar tan simpático personaje. No tuvo la dicha de que fuese fecundo su enlace, pero contento con la paz doméstica de que disfrutaba, siempre amó tiernamente á su consorte y la guardó el respeto y los miramientos debidos á sus virtudes. Cerca de cinco años llevaba de casado cuando escribia en el álbum de su mujer este soneto:

Los hombres dudarán, bella Tomasa,
Aunque mi firma dé por testimonio,
Que un lustro va á cumplir mi matrimonio,
¡Y el mismo amor que te juré me abrasa!
¿Es, dirán, por ventura de otra masa
Que los hijos de Adan ese bolonio?
La mujer más divina es el demonio,
Cuatro años y otro más dentro de casa.
¿No es Himeneo del amor verdugo?
Qué secreto especial, ó qué buleto
Así aligera su pesado yugo?—
Mas sólo esta respuesta les prometo:
«Mi mujer no ha leido á Víctor Hugo.....
Ni voy yo á los cafés: he aquí el secreto.»

Y en 1861 decia á su amigo el poeta D. Felipe Pardo: «..... felicísimo mi matrimonio en

»cuanto á haberme dado Dios un ángel por consorte, ha sido tan infecundo como prolífica mi »musa.—¿Quién sabe si esto habrá sido una felicidad para mí!....»

Entre las obras dramáticas que dió á los teatros de Madrid desde 1836 hasta fines de 1840, descuellan *Muérete, y verás....!* y *El Pelo de la dehesa*, las cuales fueron acogidas por el público con extraordinario aplauso, y bastan por sí solas para asegurar al autor la inmortalidad.

No aplausos, sino silbidos y persecuciones le valió la representacion de la pieza de circunstancias que, escrita por encargo del Ayuntamiento de Madrid, lleva el título de *La Ponchada*, y se estrenó el 1.° de Octubre de 1840 en la funcion dispuesta por la referida corporacion en el teatro del Príncipe, para celebrar el triunfo del alzamiento de Setiembre y la llegada á esta corte del duque de la Victoria. Algunos chistes y epigramas que sin malicia se deslizaron de la pluma del autor para pintar la indisciplina de los milicianos nacionales y la irregularidad en el servicio de las guardias que montaban, fueron interpretados desfavorablemente por el público exaltado que asistia á la fiesta, é irritaron á muchos milicianos, que creyéndose personalmente agraviados, tomaron el asunto por su cuenta; y persiguiendo á Breton hasta el punto de querer atentar contra su vida, le obligaron á ocultarse aquella noche y á ausentarse de Madrid al siguiente dia.

Ante la actitud amenazadora de aquella turba de fanáticos, callaron algunas personas que estaban obligadas á tomar la defensa de la malhadada comedia por haber prestado su consentimiento para la representacion; el colaborador, cuyo nombre figura en la portada de la obra impresa, se apresuró á comunicar á los periódicos la noticia de que sólo habia escrito en ella los versos de los bríndis y del himno, los cuales, á la verdad, no habian ofendido á nadie; la Junta provisional de gobierno de la provincia destituyó al autor del cargo de Bibliotecario de la Nacional; y los Oficiales del quinto batallon de la Milicia, de cuya compañía de granaderos era Subteniente Breton, declararon en un documento que vió la luz en los diarios de esta capital, que no le consideraban *digno de alternar con ellos*.

Viéndose Breton tan cruelmente perseguido, sin que para nada se tuvieran en cuenta, no ya sus méritos literarios, sino los que de antiguo tenía contraidos en defensa de la libertad; luchando sin rebozo contra el despotismo, ora con las armas, ora por medio de letrillas, dramas y otros escritos patrióticos; pensó en salir de Búrgos, donde por el pronto se habia refugiado, y trasladarse á país extranjero. Hízole desistir de este proyecto el buen éxito que obtuvo la comedia á que puso el título de *El cuarto de hora*, y fué estrenada en el teatro del Príncipe el 10 de Diciembre de 1840. Lleno de júbilo el autor al ver que habia recuperado el favor del público, y atribuyendo modesta y galantemente su triunfo al buen desempeño del papel que en dicha produccion representó Doña Matilde Diez, dedicó á esta famosa actriz un romance gratulatorio, del cual copiamos los siguientes versos:

....

Oh! si es grato á tu talento
Culto amoroso rendir
Para quien blando solaz
De sus penas halla en ti;
¿Qué hará el venturoso vate
Que debe, sublime actriz,
Á tu mágico prestigio
Su gloria y su porvenir?

....

Inspirado de tu númen,
¿Qué haré yo sino rendir
Á tus plantas los laureles
Con que mi frente ceñí?
¡Yo que, lacerado el pecho
Con amarguras sin fin,

Hoy acaso gemiria
En extranjero país,
Si al influjo de tus rayos
No luciera para mí
Tras tantos dias de duelo
Un *Cuarto de hora feliz!*

Otro brillante triunfo alcanzó el año 1841 con la publicacion de su *Epístola moral sobre las costumbres del siglo*, que mereció el premio de la rosa de oro en el certámen de los juegos florales abierto por el *Liceo Artístico y Literario de Madrid.*

Á *El cuarto de hora* siguieron diez y nueve obras dramáticas, escritas en 1841, 1842 y 1843. En este año tuvo en sus intereses uno de los varios quebrantos que experimentó del mismo género, y á los cuales alude en el canto VI de *La Desvergüenza*, cuando dice:

No porque el arte suya (*) á mí me ataña;
Que soy en la aritmética muy porro,
Y el creso más feliz quiebra ó me engaña
Si le confio el óbolo que ahorro,
Y para mí no se hizo la cucaña
Con que aquí cada dia tanto zorro
Sin caudal y sin mérito y sin cuna
Se encarama á los cuernos de la luna.

Perdió entónces dos mil duros que tenía depositados en poder de cierto individuo que, abrumado de deudas, desapareció de Madrid; pero de este contratiempo vino á consolarle la buena acogida que hizo el público á la comedia que lleva el título de *Un novio á pedir de boca.* Resignado con la pérdida pecuniaria y alegre con el triunfo escénico, escribia Breton á su sobrino D. Juan Francisco Diaz lo siguiente: «.....Doy por enteramente perdido mi »capital. Cómo ha de ser! Miéntras mi salud, ya no muy robusta, y los folletinistas de los »periódicos me permitan trabajar, no me apuraré; pero es bien triste cosa que la perfidia »de un hombre, de quien esperaba más honrado proceder, aleje algunos años el suspi»rado momento de mi descanso.—La Providencia quiso, no obstante, acallar anoche mis »quejas, acaso injustas. Se puso por primera vez en escena una comedia mia titulada *Un »novio á pedir de boca,* y su éxito fué de los más completos y satisfactorios que yo haya obte»nido en el teatro; éxito de que puedo sin recelo gloriarme, porque hace ya tiempo que sólo »á fuerza de razon y justicia me es dado alcanzar uno de esos triunfos tan fáciles y frecuen»tes para los que no se ven tan perseguidos como yo de la envidia.....»

Á fines de 1843 tomó posesion de los cargos de Administrador de la Imprenta Nacional y Director de la *Gaceta de Madrid*, y desde entónces hasta Mayo de 1847, en que pasó á servir otro destino, poco fué el tiempo que pudo dedicar á trabajos literarios, porque celosísimo como siempre en el cumplimiento de sus deberes de empleado, invertia diariamente muchas horas en la revision de pruebas de la *Gaceta* y de publicaciones oficiales de importancia, y en otras tareas administrativas no ménos ingratas. Laméntase de esto en los siguientes tercetos de la sátira que, con el título de *La manía de viajar*, dirigió en 1845 á su amigo el Excelentísimo señor marqués de Molins:

....
Y ahora ¿qué te diré? Yo tan fecundo
Un dia como el vate que en el Istro
Lloró de Octavio el ceño furibundo,

(*) De Mercurio.

Apénas si figuro en el registro
Del Parnaso español, mi amor y el tuyo,
Desde que *gaceteo y administro*.
En vez de estrofas, *tórculos* construyo,
Y *en prensa* dia y noche, mal pecado!
Al *plectro* el expediente sustituyo.
De *letras* por doquiera bloqueado,
Sólo ya las conozco por el *tipo:*
Mi númen no es ya *Apolo;* es el *Estado;*
Y aunque lo rija el que escribió el *Edipo,*
El *Estado* es prosaico aquí y en Ásia
Y yo de su influencia participo.
Háblame de *glosilla* y *atanasia*
Y de alternar edictos y decretos
Con noticias de Chile y de Circasia,
Mas no de versos fáciles, discretos,
Que sabe Dios, Mariano, lo que sudo
Para hacer esta ristra de tercetos.

No obstante, en los años 1844 y 1845, escribió ocho comedias, una de las cuales, la intitulada *Mi dinero y yo,* á pesar de su gran mérito no ha obtenido aún los honores de la representacion.

En Mayo de 1847, fué nombrado Director y Bibliotecario mayor de la Nacional, y aunque el desempeño de este empleo le dejaba tiempo bastante para poder dedicarse á sus tareas favoritas, sólo escribió en dicho año y en el siguiente dos refundiciones y cuatro comedias originales.

Pero si desde entónces dió á luz menor número de obras dramáticas que en años anteriores, no fué porque hubiese decaido su imaginacion, siempre lozana, sino por el desaliento que se apoderó de su ánimo al leer las censuras ligeras é injustificadas que de sus producciones hacía la prensa periódica, considerándolas como farsas desprovistas de toda intencion moral. Dolíale en extremo ver que miéntras otros autores alcanzaban triunfos ruidosos con la representacion de dramas reprobados por la crítica imparcial y desapasionada, obras suyas notables por más de un concepto fuesen calificadas de *sainetones;* y le llamaba la atencion que algunas que eran mal recibidas por el público en la noche del estreno, mereciesen muchos aplausos en las siguientes. Prueba era ésta de que los críticos y demas personas que tienen costumbre de asistir á las primeras representaciones, iban predispuestos en contra del drama que se estrenaba; y no faltaban indivíduos que dominados por la baja pasion de la envidia, veian con pesadumbre que Breton viviese holgadamente de sus rentas y se pasease en carruaje propio; y ya que no les era posible reducirle á la estrechez ó á la pobreza, procuraban amenguar su fama de escritor censurando agriamente sus obras en el teatro y en las gacetillas de los periódicos. Á estos zoilos dignos de lástima se dirigió Breton en los versos que copiamos del canto XII de *La Desvergüenza:*

....

¿Cómo olvidar que, si hoy holgado vivo,
Pobre pasé mi juventud lozana
Y á un soplo adverso *lo seré mañana?*
Si álguien envidia el distinguido puesto
Que gané encaneciendo y grado á grado;
Si á alguno asombra el bienestar modesto
Del que á vate ascendió desde soldado,
Cuando quizá con apacible gesto

Contemple á más de un pícaro encumbrado,
Sea cual yo en remar un galeote,
Y al fin él medrará, si no es un zote.

Esta malquerencia se manifestó claramente en 1848 al desecharse en la primera lectura por la Junta censoria del Teatro Español la comedia que tiene el título de *La hipocresía del vicio*. En vista de este acuerdo, recogió el autor su manuscrito, lo leyó detenidamente una y otra vez, lo comunicó á muchas personas; y viendo que nadie le señalaba defectos en su nueva obra que la hiciesen indigna de la representacion, y no hallándolos él tampoco, se persuadió de que la repulsa recibida no reconocia otro móvil que el propósito de mortificarle. Herido su amor propio con tan inmerecido desaire, escribió la bellísima comedia titulada *Quién es ella?* y la remitió anónima á dicha Junta, deseoso de que siquiera una produccion suya fuese juzgada por su mérito intrínseco, sin tener para nada en cuenta el nombre del poeta. Con el brillante alarde que hizo de sus fuerzas intelectuales en la composicion de *Quién es ella?* probó que su ingenio no estaba en decadencia, como propalaban los enemigos de su fama; y la acogida verdaderamente extraordinaria que la dispensó el público, le resarció de los sinsabores y disgustos que otras comedias le habian ocasionado; si bien este éxito no le hizo quebrantar su resolucion de escribir con ménos frecuencia para el teatro. Viva satisfaccion causó tambien al autor el triunfo completo que obtuvo once años despues con la representacion de *La hipocresía del vicio*, pues entónces se hizo patente la injusticia con que habia sido rechazada esta produccion en 1848.

En 1850 y 1851 publicó una coleccion escogida de sus obras, y desde el primero de dichos años hasta el de 1854, dió al teatro ocho producciónes, entre las cuales sobresalen *El valor de la mujer* y *La escuela del matrimonio*, que es una de sus obras maestras. La zarzuela titulada *El novio pasado por agua*, que se representó en 1852, fué tan mal recibida por los notarios y escribanos de esta corte, que demandaron al autor ante los tribunales y solicitaron de la autoridad civil la suspension de las representaciones. Creíanse aludidos é injuriados en la mencionada obra, porque entre los interlocutores figura un notario nada puro en el ejercicio de su profesion; pero como es un ente ideal, y en la zarzuela no hay la menor alusion á persona determinada ni se infiere agravio alguno á la clase de notarios y escribanos, Breton se negó á retractar ni una palabra de las que estos conceptuaban injuriosas; la zarzuela continuó representándose, y los demandantes, con mejor acuerdo, se dieron por satisfechos con la declaracion que espontáneamente hizo el autor de que no habia estado en su ánimo el deprimir é injuriar á los referidos funcionarios.

El 26 de Octubre de 1854 cesó en el empleo de Director de la Biblioteca Nacional, obteniendo la jubilacion que habia solicitado; y desde entónces su principal ocupacion literaria fué el desempeño del cargo de Secretario de la Real Academia Española, para el cual habia sido elegido á principios de 1853.

En 1856 publicó el bellísimo poema satírico titulado *La Desvergüenza*, y desde dicho año hasta el de 1866 dió á luz en varios periódicos de Madrid y de provincias, interesantes artículos de *Sinónimos castellanos*, en los cuales se nota el profundo estudio que habia hecho de la lengua.

Otro triunfo escénico obtuvo en 1866 con la preciosa comedia que lleva el título de *El Abogado de pobres;* y en la noche del 16 de Enero de 1867 se estrenó en el teatro de Jovellanos su última produccion dramática, *Los sentidos corporales*, que es un modelo de diálogo y de versificacion; terminando con ella su carrera de escritor dramático, en la que por espacio de más de ocho lustros habia recogido abundantes laureles y proporcionado á España, y á todos los países en que es nativa nuestra lengua, solaz y esparcimiento, sana doctrina y ejemplos de todas las virtudes.

Áun brillaban las privilegiadas dotes de su ingenio en las postreras obras con que enriqueció la escena española, pero su carácter habia cambiado profundamente. Años hacía que un catarro crónico y otros achaques inherentes á una edad avanzada le habian despojado

de su buen humor, desterrando de sus labios la jovial sonrisa con que habitualmente se contraian; y por otra parte con las decepciones y los desengaños de que fué víctima, dejó de ser confiado y expansivo en su trato, y se tornó receloso y taciturno. Ya el defecto de su vista no le inspiraba chistosas ocurrencias, sino epigramas tan sentidos como éste:

Dejóme el sumo Poder
Por gracia particular,
Lo que habia menester:
Dos ojos para llorar.....
Y uno solo para ver.

Ó bien al recordar la ingratitud de que á veces fué objeto, y al notar el aislamiento en que pasaba los tristes años de la vejez, exclamaba con amargura:

Para un viejo, almacen de desengaños,
Si en la esfera no está de los pudientes,
Son los amigos lo que son los dientes:
Se mellan y se pudren con los años.

Una enfermedad gravísima que le llevó al borde del sepulcro en los primeros dias de 1870, y de la cual convaleció trabajosamente, le obligó á poner término á sus tareas literarias, impidiéndole tambien volver á ocuparse de los asuntos de la Academia. Desde entónces hizo una vida muy retirada y puramente doméstica: la lectura, un paseo en carruaje por la tarde y una partida de tresillo por la noche eran sus únicas distracciones.

En este retiro le sorprendió un ilustre repúblico, el Excmo. Sr. D. Salustiano de Olózaga, con la noticia de una singular honra que se proponia dispensarle: la de colocar en la casa en que nació una lápida conmemorativa de este suceso, para lo cual le pidió delicadamente que él mismo dictase la inscripcion que en ella habia de grabarse. Hízolo así Breton, profundamente agradecido á la pública demostracion de afecto que en su obsequio preparaba su paisano y amigo, y el 24 de Octubre de 1870 realizó éste su noble propósito de una manera solemne. Reunidos el Ayuntamiento de Quel y las personas invitadas al acto en las salas consistoriales de la villa, se trasladaron á la casa número 1 de la calle del Medio, donde nació Breton, y despues de pronunciar el Sr. Olózaga un elocuente discurso, y de leerse poesías compuestas, entre otros, por los renombrados escritores D. Juan Eugenio Hartzenbusch, D. Antonio María Segovia y D. Jerónimo Borao, se procedió á la colocacion de la lápida encima de la puerta principal de dicha casa; habiendo encerrado ántes en un hueco abierto detras de aquella, una caja de zinc que contenia dos tomos de las obras de Breton publicadas en París, y las composiciones poéticas leidas en la ceremonia. Grande fué en dicho dia el regocijo de todo el pueblo, que abandonó los trabajos del campo para celebrar aquella fiesta cívica, á la cual asistieron además muchos forasteros. Hubo música y bailes, repiques de campanas, salvas y cohetes; y el nombre del poeta fué aclamado millares de veces por sus paisanos con el mayor entusiasmo.

La lápida es de bronce oxidado y contiene la inscripcion siguiente:

EL 19 DE DICIEMBRE DE 1796
NACIÓ EN ESTA CASA EL
FECUNDO Y POPULAR POETA
DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Poco más de un año despues de esta solemnidad, fué objeto de otra distincion altamente honorífica. S. M. el Emperador del Brasil, en un viaje que hizo á esta capital en 1872, se dignó asistir á la sesion que el 15 de Febrero celebraba la Academia Española; y sabedor de que Breton no se hallaba presente por impedírselo el mal estado de su salud, en la misma noche se trasladó á la casa del ilustre poeta, acompañado del Sr. Gama, su ministro en España. El sabio príncipe conversó con Breton largo rato, manifestando la gran estimacion en que tenía sus obras; y como mostrase deseos de conocer las que habia escrito despues de publicada la coleccion de Madrid, el autor le ofreció un ejemplar de ellas, remitiéndoselo á los pocos dias lujosamente encuadernado y con una expresiva dedicatoria.

Ningun suceso extraordinario alteró en adelante la tranquilidad de su vida, que por desgracia se acercaba á su fin. Sintióse indispuesto el 29 de Octubre de 1873, pero no dando importancia al indefinible malestar que le aquejaba, tampoco hizo cambio alguno en el régimen higiénico y alimenticio á que de antiguo se hallaba sometido. En la noche del 1.° de Noviembre estuvo repasando su comedia titulada *El cuarto de hora*, lectura que suspendió para jugar al tresillo, que era su entretenimiento favorito; pero vencido por la enfermedad, vióse forzado á dejar la partida, y hubo que trasladarle al lecho en la mayor postracion. Inútiles fueron los auxilios de la ciencia para salvarle de la pulmonía que le aniquilaba. Al cabo de siete dias de padecimientos, durante los cuales sólo breves ratos se vió libre de delirio, rodeado de su familia y de sus amigos y con la asistencia espiritual del respetable sacerdote el Ilmo. Sr. D. Miguel Sanz, exhaló el último suspiro en su casa habitacion de la calle de la Montera, núm. 43, á las once y cuarto de la noche del sábado 8 de Noviembre. Su cuerpo yace en un modesto nicho del cementerio de la sacramental de San Gines y San Luis.

Don Manuel Breton de los Herreros tenía gran estatura, carnes á proporcion, gallarda presencia, cráneo voluminoso y expresiva fisonomía. Era de carácter ingenuo y sencillo, de amenísimo trato, modesto sin afectacion, íntegro, laborioso, exacto en el cumplimiento de sus deberes, amante de su familia, modelo de cónyuges y muy consecuente con sus amigos. De los varios retratos suyos que se conservan, el mejor es el que, dibujado y litografiado por el insigne pintor D. Federico de Madrazo, se publicó en 1835 en el periódico de Madrid que lleva el título de *El Artista*. Copiado de éste y magistralmente grabado por D. Bartolomé Maura es el que figura en el presente volúmen.

Como el autor no conservaba una coleccion completa de sus escritos, ha sido preciso, para la formacion del adjunto catálogo, verificar prolijas investigaciones en bibliotecas públicas y particulares y examinar cuidadosamente, no sólo las colecciones de los periódicos en cuya redaccion tomó parte, sino tambien las de otros diarios publicados en esta capital y fuera de ella, desde 1824 hasta 1873. Merced á la amabilidad del Sr. D. Timoteo Domingo Palacio, ilustrado jefe del archivo del Ayuntamiento de Madrid, se han consultado asimismo con detenimiento los índices del rico depósito de obras dramáticas que se conserva en dicha dependencia.

Regístranse en el catálogo siguiente 177 producciones dramáticas, de las cuales son 103 originales, 64 traducciones, y 10 refundiciones; 387 composiciones poéticas; más de 300 artículos de crítica dramática y musical; un centenar de escritos sobre diferentes asuntos, y 526 artículos de sinónimos castellanos. Entre las obras dramáticas hay diez que sólo se conocen por los títulos, habiendo resultado infructuosas las diligencias hechas para descubrir un ejemplar de ellas, y son las siguientes: *Ariadna; La llave falsa, ó los dos hijos; La sorpresa; El viaje á Huelva; Vallenstein; Cómo se pasa el tiempo; La codicia en posta; Querer mandar en casa; Jocó, ó el orangutan;* y *1835 y 1836, ó lo que es y lo que será.*

Algunos opúsculos de escasa importancia insertos en los periódicos titulados *La Aurora de España*, *El Universal*, *La Abeja* y *La Ley*, que con fundamento pueden atribuirse á Breton, no figuran en el catálogo, porque careciendo de la *B.* con que de ordinario firmaba sus trabajos periodísticos, y no conservándose documento alguno en que conste que sean suyos, ha parecido preferible omitirlos á incluir en él producciones acaso de otros ingenios.

Mas en cambio de estos escritos que no se le adjudican, muchas composiciones poéticas de que no se ha podido áun obtener noticia, vendrán con el tiempo á aumentar el número de las que aquí se registran; y es muy probable que examinando escrupulosamente la coleccion, que se custodia en el referido archivo, de las obras dadas á los teatros de Madrid desde 1824 hasta 1840, se consiga acrecentar con alguna otra produccion el repertorio dramático del autor.

C. B. y O.

CATÁLOGO DE LAS OBRAS

DE

DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

De las obras dramáticas impresas más de una vez, se da en este Catálogo conocimiento de todas las ediciones sueltas que ha sido posible reunir. De las poesías y artículos en prosa que se hallan en igual caso, se señalan con preferencia las colecciones de Madrid y de París, y si no están comprendidas en estas, se indica sólo una de las publicaciones en que han visto la luz.

No se da noticia de los manuscritos de obras que han sido dadas á la estampa.

Los paréntesis de esta forma [ ] significan que las palabras en ellos encerradas no existen en el epígrafe ó título de la obra.

ABREVIATURAS.

(A.)	Indica que la obra se halla impresa	en *La Abeja,* periódico de Madrid, de 1834 á 1836.
(Am.)	— —	en *La América, Crónica hispano-americana.* Madrid, 1857 y años siguientes.
(Ar.)	— se conserva en el Archivo del Ayuntamiento de Madrid.	
(Au.)	— se halla impresa	en *La Aurora de España,* diario de Madrid, de 1833.
(B.)	— —	en el *Boletin de Comercio.* Madrid, 1834.
(C.)	— —	en el *Correo literario y mercantil.* Madrid, 1829 á 1832.
(C. U.)	— —	en el *Correo de Ultramar.* París, 1855 y siguientes.
(H.)	— se conserva en poder de los herederos del autor.	
(L.)	— se halla impresa	en *La Ley,* periódico de Madrid, de 1836.
(M.)	— —	en la coleccion de Obras del autor, publicada en Madrid en 1850 y 1851.
(M. F.)	— —	en el *Museo de las Familias.* Madrid, 1843 y siguientes.
(Me.)	— —	en la coleccion de obras dramáticas del autor, publicada en México en 1842 y 1843.
(Mo.)	— —	en *La Moda,* periódico de Cádiz, de 1856 á 1858.
(P.)	— —	en la coleccion de Obras del autor, publicada en París, en 1853.
(Po.)	— —	en la colección de Poesías del autor. Madrid, 1831.
(R.)	— —	en la *Revista de ciencias, literatura y artes,* de Sevilla, 1857.
(S.)	— —	en el *Semanario pintoresco.* Madrid, 1850-54.
(U.)	— —	en *El Universal,* periódico de Madrid, de 1834.

COLECCIONES.

Poesías de Don Manuel Breton de los Herreros.—Madrid, Noviembre de 1831. Impr. de D. Pedro Ximenez de Haro.—8.°

Teatro de Don Manuel Breton de los Herreros.—México. Impr. de Vicente García Torres..... 1842-43.—6 vol. 12.° mlla., con un retrato litografiado del autor.

Obras de Don Manuel Breton de los Herreros, de la Real Academia Española.—Madrid. En la Impr. Nacional, 1850-51.—5 vol. 8.° d. mllá.

Obras escogidas de Don Manuel Breton de los Herreros, de la Academia Española. Edicion autorizada por su autor y selecta por sí mismo, con un prólogo, por Don Juan Eugenio Hartzenbusch.—París. Baudry, impr. de E. Thunot y C.ª, 1853.—2 vol. 8.° mlla., con el retrato del autor, grab. en acero por Geoffroy.—Estos dos vol. forman los tomos LV y LVI de la *Coleccion de los mejores autores españoles*, publicada en París por Baudry.

OBRAS DRAMÁTICAS. (*)

Á LA VEJEZ VIRUELAS.—Comedia original en tres actos. Por D. M. B. de los Herreros. Representada por la primera vez en el teatro del Príncipe el dia 14 de Octubre de 1824.—Madrid, 1825. Impr. de D. Miguel de Burgos.—8.º—En prosa.—(M.) (Me.)

LUJO É INDIGENCIA.—Comedia en cinco actos, escrita en francés por Mr. D'Epagny y arreglada al teatro español por D. Manuel Breton de los Herreros, representada con grande aplauso en el teatro del Príncipe, el dia 23 de Enero de 1825.—S. l. [Madrid]. Impr. de F. Escamez. S. a. [1863].—4.º mlla.—En prosa.—Estrenada en dicho teatro el 29 del referido mes.

LOS DOS SOBRINOS, Ó LA ESCUELA DE LOS PARIENTES.—Comedia original en cinco actos. De D. Manuel Breton de los Herreros. Representada por la primera vez en el teatro del Príncipe el dia 30 de Mayo de 1825.—Madrid, 1827. Impr. de D. M. de Burgos.—8.º—En verso.—(M.) (Me.) (P.)

ANDRÓMACA.—Tragedia en cinco actos, escrita en frances por el célebre Racine, y traducida por D. M. B. de los Herreros.—Madrid, 1825. Impr. de D. Miguel de Burgos.—8.º—Estrenada en el teatro del Príncipe el 20 de Junio de 1825.—(Me.)

MITRÍDATES, | Tragedia en cinco actos, | Escrita en francés por Mr. Racine y traducida por | D. Manuel Breton de los Herreros. | Año de 1825.—Manuscrito autógrafo de 45 hojas útiles en 4.º, con las censuras y licencias para la representacion.—La órden del Corregidor de Madrid, disponiendo el pase de esta tragedia á las censuras política y eclesiástica, lleva la fecha del 22 de Octubre de 1825.—Se estrenó en Sevilla en Abril de 1830.—(Ar.)

LA LLAVE FALSA, Ó LOS DOS HIJOS, drama en tres actos traducido del frances.—En prosa.—Estrenado en el teatro del Príncipe el 6 de Diciembre de 1825.—De este drama hay otra traduccion anónima, publicada en Barcelona en 1826, que con ligerísimas correcciones y atribuyendósela á Breton, se reimprimió en Madrid en 1876 y forma parte de la *Biblioteca dramática* de Lalama.—En el archivo del Ayuntamiento de Madrid, no se conserva de esta obra más que un ejemplar de la edicion de Barcelona.

ACHAQUES Á LOS VICIOS.—Comedia en tres actos, original de D. Manuel Breton de los Herreros, representada por primera vez en Sevilla el año 1830.—Madrid, 1862. Impr. de M. Galiano..... 4.º mlla.—En prosa.—Escrita en 1825 y estrenada el 24 de Julio de 1830 en Sevilla.—(M.)

VALERIA, Ó LA CIEGUECITA DE OLBRUK.—Comedia en tres actos, traducida del francés por D. Manuel Breton de los Herreros, representada con gran aplauso en el teatro del Príncipe.—Madrid, 1862. Impr. de M. Galiano..... 4.º mlla.—Traduccion en prosa de la comedia escrita en frances con el título de *Valérie* por MM. Eug. Scribe y A. H. J. Duveyrier, conocido con el nombre de Mélesville.—Estrenada en dicho teatro el 18 de Enero de 1826.

IFIGENIA Y ORESTES.—Tragedia en cinco actos, traducida libremente del francés.—Madrid. Impr. de los hijos de Doña C. Piñuela.... 1826.—8.º mlla.—Traduccion de la tragedia de C. Guimond de La Touche, titulada *Iphigénie en Tauride*.—El nombre del traductor consta en la dedicatoria.—Estrenada en el teatro del Príncipe el 28 de Junio de 1826.

LOS TELLOS DE MENESES.—Comedia de Lope de Vega, refundida y puesta en cinco actos, por D. Manuel Breton de los Herreros, representada con gran aplauso en el Teatro del Príncipe, el año de 1826.—Madrid, 1863. Impr. de M. Galiano..... 4.º mlla.—Estrenada en dicho teatro el 6 de Setiembre de 1826.

DOÑA INÉS DE CASTRO.—Tragedia en cinco actos, escrita en frances por M. Houard *(sic)* de la Motte, traducida y acomodada al teatro español: Representada por la primera vez en Madrid en el teatro del Príncipe en setiembre de 1826.—Madrid, 1826. Impr. de D. M. de Burgos.—8.º—Traduccion de la tragedia de M. Ant. Houdart de la Motte, titulada *Inès de Castro*.—Estrenada el 13 del referido mes.

LA CARCELERA | DE SI MISMA. | Comedia que escribió D.ⁿ *Pedro* | *Calderon de la Barca* con el Título | de *Peor está que estaba*: re- | fundida y puesta en cinco actos. | por D. M. B. de los Herreros. | 1826.—Copia manuscrita de 91 hojas útiles en 4.º, con las censuras y licencias para la representacion. La penúltima línea del título, es de letra de Breton.—Estrenada en el teatro del Príncipe el 14 de Octubre de 1826.—(Ar.)

DIDO.—Tragedia en cinco actos, traducida del frances por Don Manuel Breton de los Herreros. Representada por la primera vez en el teatro del Príncipe el dia 23 de octubre de 1826.—Madrid, 1827. Impr. de D. M. de Burgos.—8.º—El autor de esta tragedia es Mr. J. J. Le Franc de Pompignan.—(Me.)

¡QUÉ DE APUROS EN TRES HORAS!—Comedia atribuida á D. Pedro Calderon de la Barca, refundida y puesta en cinco actos por D. Manuel Breton de los Herreros, representada con grande aplauso en el Teatro del Príncipe el año de 1826.—Madrid, 1863. Impr. de Galiano..... 4.º mlla.—Refundicion de la comedia de D. Antonio Coello, publicada con el título de *Los empeños de seis horas*, y tambien con el de *Lo que pasa en una noche*.—Estrenada en dicho teatro el 6 de Diciembre de 1826.

LAS TRES NOVIAS Ó EL CABALLERO Á LA MODA.—Comedia en cinco actos, traducida del francés por D. Manuel Breton de los Herreros, y representada con grande aplauso en el teatro del Príncipe el 16 de Mayo de 1828.—Madrid, 1862. Impr. de Pascual Conesa..... 4.º mlla.—Traduccion en prosa de la comedia de Mr. Flo-

(*) Están ordenadas segun las fechas en que fueron escritas ó representadas.

rent Carton Dancourt, titulada *Le chevalier à la mode*.—Estrenada en dicho teatro el 6 de Enero de 1827.

El príncipe y el villano. | Comedia que escrivió D.n Agustin | Moreto con el título de La Fuerza | del Natural refundida y puesta | en cinco actos por D.n Manuel | Breton de los Herreros.—Ms. de 84 hojas útiles en 4.°, con las licencias para la representacion. Las 19 hojas de que consta el acto 1.° no están rubricadas por el censor: las hojas restantes, con enmiendas de letra de Breton, están autorizadas con la rúbrica del censor político Don Francisco Cavaller Muñoz. La órden del Corregidor de Madrid, disponiendo que la Censura eclesiástica y política diese su parecer acerca de esta comedia, lleva la fecha del 28 de Enero de 1827.—Se estrenó el 5 de Mayo de 1827 en el teatro del Príncipe.—(Ar.)

El aturdido, | ó | los contratiempos, | Comedia en cinco actos, en prosa, | Escrita en frances por Molière | Y traducida por D. M. B. de los H. | Año 1827.—Ms. autógrafo de 51 hojas útiles en 4.°, con las censuras y licencias para la representacion. La órden del Corregidor de Madrid, disponiendo el pase de esta comedia á las Censuras, es del 7 de Abril de 1827.—Estrenada en el teatro del Príncipe el 28 de Agosto de 1831.—(Ar.)

No hay cosa como callar, | Comedia | De D. Pedro Calderon de la Barca | Refundida y puesta en cinco actos | por | D. Manuel Breton de los Herreros. | Año 1827.—Ms. autógrafo de 82 hojas útiles en 4.°, con las censuras y licencias para la representacion.—Estrenada en el teatro del Príncipe el 6 de Noviembre de 1827.—(Ar.)

Antígona, | Tragedia en cinco actos | por | D.a Manuel Breton de los Herreros. | Año 1827.—Ms. autógrafo de 37 hojas útiles en 4.°.—Traduccion de la tragedia del mismo título, escrita en italiano por Vittorio Alfieri.—(Ar.)

Las confesiones difíciles, | Comedia en un acto | traducida libremente del francés. | Año 1827.—Ms. autógrafo de 18 hojas útiles, rubricadas por el censor.—En prosa.—Se estrenó en el teatro del Príncipe el 13 de Mayo de 1828.—(Ar.)

Á madrid me vuelvo.—Comedia original en tres actos y en verso. De D. Manuel Breton de los Herreros. Representada por la primera vez en el teatro del Príncipe el dia 25 de enero de 1828.—Madrid, 1828. Impr. de D. M. de Burgos.—8.°

Tercera edicion: Madrid. Impr. de G. Alhambra..... 1876.—8.° mlla.—(M.) (Me.) (P.)

El sitio del campanario ó los viajeros atolondrados.—Drama cómico en tres actos, de grande espectáculo, traducido del francés por D. Manuel Breton de los Herreros, representado [estrenado] con grande aplauso en el teatro del Príncipe, el dia 6 de abril de 1828.—S. l. [Madrid]. Impr. de F. Escamez. S. a. [1863].—4.° mlla.—En prosa.

Engañar con la verdad.—Comedia en tres actos, escrita en francés por Mr. de Marivaux, y traducida libremente por D. Manuel Breton de los Herreros. Representada en Madrid por primera vez en Abril de 1828.—Segunda edicion. Madrid. Impr. de D. J. Repullés. Junio de 1844.—8.° mlla.—Traduccion en prosa de la comedia titulada *Les fausses confidences*.—Estrenada en el teatro del Príncipe el 14 de Abril de 1828.—(Me.)

El legado ó el amante singular.—Comedia en un acto escrita en frances por Marivaux y acomodada al teatro español por D. Manuel Breton de los Herreros. Se representó por primera vez en Madrid en el teatro del Príncipe el dia 28 de Mayo de 1828.—Sevilla. Imprenta de los SS. H. Dávila, Llera y Compañía. S. a. [1830]—8.°—En prosa.—La primera representacion fué el 25 de dicho mes.

Otra edicion con el título de El amante singular ó el legado. Madrid, 1863. Impr. de F. Escamez..... 4.° mlla.

¡Si no vieran las mujeres!—Comedia en cinco actos, refundicion de la que escribió con el mismo título Lope de Vega, por D. Manuel Breton de los Herreros, representada con grande aplauso en el teatro de la Cruz, el dia 20 de junio de 1826.—Madrid, 1862. Impr. de Pascual Conesa..... 4.° mlla.—Estrenada en dicho teatro el 20 de Junio de 1828.—(M.)

La autoridad paterna | Comedia en cinco actos | Traducida del italiano. | Año 1828.—Ms. autógrafo de 58 hojas útiles en 4.°, rubricadas por el Censor.—En prosa.—Se estrenó en el teatro del Príncipe el 21 de Junio de 1828.—(Ar.)

Un paseo á Bedlam, ó la reconciliacion por la locura.—Comedia en un acto. Traducida libremente del francés por D. Manuel Breton de los Herreros. Representada en Madrid por primera vez en Julio de 1828.—Madrid. Imprenta de Repullés. Junio de 1831.—8.°—Traduccion en prosa de la comedia titulada *Une visite à Bedlam*, escrita por MM. Eug. Scribe y Poirson.—Estrenada en el teatro de la Cruz el 16 del referido mes.

Otra edicion: Madrid. Impr. de Yenes. 1839.—8.° mlla.

Otra edicion: Madrid. Impr. de D. Cipriano Lopez..... Mayo 1857.—8.° mlla.—(Me.)

La jóven india.—Comedia en un acto, traducida del francés, por D. Manuel Breton de los Herreros, representada con grande aplauso en el teatro del Príncipe el 6 de Agosto de 1828.—Madrid, 1862. Impr. de M. Galiano..... 4.° mlla.—En prosa.—Esta comedia se representó como obra de D. Antonio Breton de los Herreros, y firmado por éste, y de su letra es el original que se conserva en el Archivo del Ayuntamiento de Madrid; pero habiendo consentido su hermano D. Manuel en que se imprimiese como suya, es de creer que sea produccion de su ingenio, y por esto se incluye en el presente índice.

El ensayo, | Pieza jocosa en un acto que debe servir | de final á una de las funciones de teatro | dispuestas para felicitar á S. M. en su regreso | á esta Corte. | Año 1828.—Manuscrito autógrafo de 27 hojas útiles en 4.°—En prosa.—El autor refundió en 1831 esta pieza con el título siguiente:—*El ensayo*, pieza jocosa que ha de representarse en el Real sitio de San Yldefonso en 24 de Julio de 1831, para celebrar los dias de nuestra Augusta Reina y Señora D.a María Cristina de Borbon. Su autor D. Manuel Breton de los Herreros.—(H.)

El rival de sí mismo.—Comedia | original en un acto.—Ms. de 39 hojas útiles en 4.°—Copia

con enmiendas de letra del autor.—En prosa.—Estrenada en el teatro del Príncipe el 11 de Agosto de 1828.—(Ar.)

El suplicio en el delito ó los espectros.—Drama histórico en cinco actos, traducido del francés por D. Manuel Breton de los Herreros, representado con extraordinario aplauso en el Teatro del Príncipe, el 28 de Octubre de 1828.—Madrid, 1863. Impr. de M. Galiano..... 4.° mlla.—En prosa.—Estrenado en dicho teatro el 26 del referido mes.

Maria Estuarda, tragedia en cinco actos, traducida libremente del francés por Don Manuel Breton de los Herreros. Representada en el teatro del Príncipe.—Madrid, 1828. Impr. de los hijos de Doña Catalina Piñuela..... 8.°—El autor es Pierre-Ant. Lebrun.—Estrenada en dicho teatro el 7 de Noviembre de 1828.—(M.) (Me.)

El ingénuo.—Comedia en cinco actos de D. Manuel Breton de los Herreros, representada por primera vez en el teatro de la Cruz el dia 13 de Noviembre de 1828.—Madrid, 1862. Impr. de M. Galiano..... 4.° mlla.—En verso.—(M.)

Ingenio y virtud ó el seductor confundido.—Comedia en cinco actos, traducida libremente de la que escribió en francés Mr. Beaumarchais con el título de *Le mariage de Figaro*, y acomodada al teatro español por D. Manuel Breton de los Herreros, representada en el teatro del Príncipe el dia 14 de Mayo de 1834.—Madrid, 1863. Impr. de M. Galiano..... 4.° mlla.—En prosa.—Estrenada en dicho teatro el 24 de Noviembre de 1828.

La astucia contra la fuerza, ó los tres presos.—Comedia en cinco acsto *(sic)*, traducida del francés por D. Manuel Breton de los Herreros, representada con grande aplauso en el Teatro del Príncipe, el 29 de Agosto de 1829.—Madrid, 1863. Impr. de M. Galiano..... 4.° marquilla.—En prosa.—Estrenada en dicho teatro el 27 del referido mes.

Las paredes oyen, | Comedia de D.ⁿ Juan Ruiz Alarcon, | refundida y puesta en cinco actos | por D. M. B. | Año 1829.—Ms. autógrafo de 83 hojas útiles en 4.°, rubricadas por el censor Cavaller.—Estrenada en el teatro de la Cruz el 15 de Noviembre de 1829.—(Ar.)

El templo de himeneo.—Melodrama mitológico alegórico, en honor del augusto enlace de nuestro amado soberano Don Fernando VII, con la Serenísima Infanta de las Dos Sicilias Doña María Cristina de Borbon. Escrito por D. Manuel Breton de los Herreros.—Madrid: Impr. de I. Sancha. M.DCCC.XXIX.—8.° marquilla.—Estrenado en el teatro de la Cruz el 12 de Diciembre de 1829.—Original.

El contumaz. | Drama de espectáculo en tres actos, | traducido del frances | por D. M. B. | Año 1829.—Ms. autógrafo de 66 hojas útiles en 4.°, rubricadas por el censor político Cavaller.—En prosa.—Se estrenó en el teatro del Príncipe el 1.° de Octubre de 1830.—De esta obra hay otra traduccion con el título de *El Contumaz ó el Desafío y el Uniforme. Comedia nueva en tres actos*, impresa en Barcelona el año 1829, en 8.°—(Ar.)

La sorpresa.—Comedia en un acto.—Estrenada en Sevilla el 24 de Julio de 1830.—Original.

El colegio de Tonnington ó la educanda.—Drama en tres actos, traducido del frances por D. Manuel Breton de los Herreros, representada *(sic)* con extraordinario aplauso en el teatro del Príncipe, el 24 de mayo de 1834.—Madrid. Impr. de F. Escamez... S.a. [1863]—4.° mlla.—Traduccion en prosa del drama de MM. Victor Ducange y A. Bourgeois, titulado *Le couvent de Tonnington, ou la pensionnaire.*—Estrenado en Sevilla el 25 de Noviembre de 1830.

El regañon enamorado.—Comedia en tres actos, traduccion de *L'Amant Bourru*, de Monvel por Don Manuel Breton de los Herreros, representada en Madrid en el teatro del Príncipe, el dia 29 de junio de 1831.—Madrid, 1862. Impr. de Pascual Conesa..... 4.° marquilla.—Estrenada en Sevilla el año 1830.—En verso.—(M.)

La falsa ilustracion.—Comedia en cinco actos, original de D. Manuel Breton de los Herreros, representada por primera vez en Madrid en el teatro del Príncipe el dia 30 de Mayo de 1831.—Madrid, 1862. Impr. de M. Galiano..... 4.° mlla.—Estrenada en Sevilla el año 1830.—En verso.—(M.)

El amante prestado, comedia en un acto, traducida libremente del francés por D. Manuel Breton de los Herreros. Representada por primera vez en Sevilla el año 1830, y en Madrid, en el Teatro del Príncipe, el dia 4 de Junio de 1831.—Madrid. Impr. de Repullés. Julio de 1831.—8.°—Traduccion en prosa de la comedia titulada *Zoé, ou l'amant prêté*, escrita por MM. Eug. Scribe y A. H. J. Duveyrier (Mélesville.)

Otra edicion: Madrid. Impr. de D. Antonio Yenes..... 1847.—8.° mlla.—(Me.)

El que menos corre vuela, | ó | los tres matrimonios, | *Comedia en un acto*, | Traducida libremente del frances | por D. Manuel Breton de los Herreros. | Sevilla | 1830.—Ms. autógrafo de 26 hojas en 4.°—Traduccion en prosa de la comedia de Néricault Destouches, titulada *Le triple mariage.*—Estrenada en Sevilla el año 1830.—(H.)

Los primeros amores, comedia en un acto, traducida libremente del francés por D. Manuel Breton de los Herreros. Representada por primera vez en Sevilla el año 1830, y en Madrid, en el teatro del Príncipe, el dia 15 de Mayo de 1831.—Madrid. Impr. de Repullés. Julio de 1831.—8.°—En prosa.—El autor es Mr. Eug. Scribe.

Segunda edicion: Madrid. Impr. de Repullés. 1835.—8.°

Tercera edicion: Madrid. Impr. de D. J. Repullés. Junio de 1845.—8.° mlla.—(Me.)

Romeo y julieta, | tragedia. | Nuevo Acto 5.° | Compuesto por D. | Man.ˡ Breton de | los Herreros. | Sevilla, Año de 1830—Ms. autógrafo de 8 hojas en 4.°.—(H.)

El viaje á huelva.—Comedia en tres actos. Traduccion.—Escrita el año 1830.

Desconfianza y travesura, ó á la zorra candilazo.—Comedia en un acto, traducida libremente del francés por D. Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Impr. de D. J. M. Repullés. Setiembre de 1849.—8.° mlla.—Traduccion en prosa de la comedia de Jos. Mich. Dieulafoy, titulada *Défiance et malice, ou le prêté rendu.*—Estrenada en el teatro del Príncipe el 27 de Mayo de 1831.

Otra edicion: Madrid. Impr. de D. Cipriano Lopez..... Junio 1857—8.° mlla.—La primera edicion es de 1831.

El confidente.—Comedia en un acto, arreglada del francés por Don Manuel Breton de los Herreros, representada [estrenada] con aplauso en el teatro de la Cruz, el 30 de mayo de 1831.—Madrid, 1863. Impr. de F. Escamez Centeno, á cargo de J. Arboledas..... 4.° mlla.—Traduccion en prosa de la comedia del mismo título escrita por MM. Eug. Scribe y A. H. J. Duveyrier (Mélesville).

Querer mandar en casa.—Comedia en un acto, traducida del frances.—Se estrenó en el teatro de la Cruz, el 2 de Junio de 1831.

El médico del difunto.—Comedia en un acto, traducida del francés por D. Manuel Breton de los Herreros, representada [estrenada] con aplauso en el teatro del Príncipe, el dia 12 de junio de 1831.—Madrid, 1862. Impr. de Pascual Conesa.—4.° mlla.—En prosa.

Jocó ó el orangutan.—Drama en dos actos, traducido del frances.—Estrenado en el teatro de la Cruz, el 28 de Junio de 1831.—En prosa.—En el Archivo del Ayuntamiento de Madrid no existe el Ms. original de esta obra. Consérvanse en él dos copias de una traduccion, que en concepto del que esto escribe no es la que dió Breton al teatro.

El poetastro ó la boba fingida.—Comedia en tres actos, traducida libremente del francés por D. Manuel Breton de los Herreros, representada con grande aplauso en el teatro de la Cruz, el 20 de noviembre de 1834.—Madrid, 1862. Impr. de P. Conesa..... 4.° mlla.—Traduccion en prosa de la comedia de Néricault-Destouches, titulada *La fausse agnès, ou le poète campagnard.*—Estrenada en dicho teatro el 11 de Julio de 1831.

Mi tio el jorobado, ó las dos pupilas, comedia en un acto. Traducida del francés por D. Manuel Breton de los Herreros. Representada por primera vez en el teatro de la Cruz el dia 1.° de Octubre de 1831.—Madrid. Imprenta de Repullés. Febrero de 1832.—8.°—En prosa.

Segunda edicion: Madrid. Imprenta de Yenes..... 1840.—8.° mlla.

Con quien vengo vengo. | Comedia | de | D. Pedro Calderon de la | Barca. | Refundida p.r D. Man.l Breton | de los Herreros. | Madrid año de 1831.—Copia manuscrita de 72 hojas útiles en 4.°, con algunas enmiendas de letra de Breton.—Todas las hojas tienen la rúbrica del censor político Caveller.—La comedia consta de cinco actos y se estrenó en el teatro de la Cruz, el 14 de Octubre de 1831.—(Ar.)

La morena y la rubia, ó la madre política.—Comedia en dos actos, traducida libremente del francés, por D. Manuel Breton de los Herreros, representada por primera vez en el teatro de la Cruz, el dia 15 de Noviembre de 1831.—Madrid, 1862. Impr. de M. Galiano..... 4.° mlla.—Traduccion en prosa de la comedia titulada: *La belle-mère*, escrita por MM. Eug. Scribe y Bayard.

Marcela, ó ¿á cuál de los tres?—Comedia original en tres actos. Su autor D. Manuel Breton de los Herreros. Representada por primera vez en el teatro del Príncipe el dia 30 de Diciembre de 1831.—Madrid. Impr. de Repullés. Enero de 1832.—8.°—En verso.

Tercera edicion: Madrid. Impr. de D. José M. Repullés. 1839.—8.° mlla.—(M.) (Me.) (P.)

Yelva, | ó | la huérfana rusa, | Comedia en dos actos, | Traducida del frances.—Manuscrito autógrafo de 42 hojas en 4.°, rubricadas por el censor político Caveller.—Traduccion en prosa de la comedia del mismo título, escrita por MM. Eug. Scribe, Devilleneuve y Desvergers.—Estrenada en el teatro de la Cruz, el 7 de Febrero de 1832.—(Ar.)

La familia del boticario.—Comedia en un acto traducida libremente del francés por D. Manuel Breton de los Herreros. Representada por primera vez en el teatro del Príncipe el dia 13 de Mayo de 1832.—Madrid. Impr. de Repullés.—Mayo de 1832.—8.°—En prosa.—Los autores son MM. Fel. Duvert, Chapeau, conocido con el nombre de Desvergers, y Victor Varin.

Segunda edicion: Madrid. Impr. de Repullés. 1840.—8.° mlla.—(M.) (Me.)

Por la novia y por la dote.—Comedia en tres actos, traducida libremente del francés por D. Manuel Breton de los Herreros, representada [estrenada] con grande aplauso en el teatro del Príncipe, el dia 30 de Mayo de 1832.—S. l. [Madrid.] Imprenta de F. Escamez..... S. a. [1863].—4.° mlla.—En prosa.

El albañil ó el vestido hace al hombre.—Comedia en dos acto, *(sic)* arreglada al teatro español por Don Manuel Breton de los Herreros, representada [estrenada] con aplauso en el teatro de la Cruz el dia 24 de junio de 1832.—Madrid, 1863. Impr. de F. Escamez Centeno, á cargo de J. Arboledas.—4.° mlla.—En prosa.

El segundo año, ó ¿quién tiene la culpa?—Comedia en un acto traducida del francés por D. Manuel Breton de los Herreros. Representada por primera vez en el teatro del Príncipe el dia 24 de Julio de 1832.—Madrid. Imprenta de Repullés. Agosto de 1832.—8.° mlla.—En prosa.—Los autores son MM. Eug. Scribe y A. H. J. Duveyrier (Mélesville).

Segunda edicion: Madrid. Impr. de Repullés. 1842.—8.° mlla.—(M.)

La hermanita | ó | la leccion indiscreta. | Comedia en un acto traducida | del frances. | 1832.—Copia manuscrita de 37 hojas útiles en 4.°, rubricadas por el censor Caveller.—Traduccion en prosa de la comedia de MM. Eug. Scribe y Duveyrier (Mélesville) titulada *La petite sœur.*—Estrenada en el teatro del Príncipe, el 24 de Julio de 1832.—(Ar.)

El músico y el poeta, | Pieza cómica en un acto | Que por disposicion del Exmo Ayuntamiento de la heroica | Villa de Madrid y con el plausible motivo de haber | recobrado su importantísima salud el Rey N. S. | D. Fernando 7.° | han de representar los actores del teatro de..... | En la augusta presencia de S. M. | y en la de su digna Esposa | D.ª Maria Cristina de Borbon | y Real familia. | Su autor D. Manuel Breton de los Herreros. | Madrid | Noviembre de 1832.—Ms. autógrafo de 32 hojas en 4.°, rubricadas por el censor Caveller.—Estrenada en el teatro del Príncipe el 30 de Mayo de 1833.—En verso.—(Ar.)

Un año de matrimonio, ó el casamiento por amor, drama en tres actos, escrito en fran-

ces por Mr. Ancelot, y arreglado á la escena española Por D. Beltran Muneo. Representado en el teatro del Príncipe.—Madrid, 1833. Imprenta de D. M. de Burgos.—8.°—En prosa.—Estrenado en dicho teatro, el 1.° de Enero de 1833.

NO MAS MUCHACHOS, Ó EL SOLTERON Y LA NIÑA.—Pieza jocosa en un acto, arreglada al teatro español por D. Manuel Breton de los Herreros. Representada por primera vez en el teatro del Príncipe el dia 15 de Febrero de 1833.—Madrid. Impr. de D. J. Repullés. Abril de 1845.—8.° mlla.—Traduccion en prosa de la comedia escrita en frances, con el título de *Le vieux garçon et la petite fille*, por MM. Eugène Scribe y G. Delavigne.—(M.)

LA NIEVE.—Comedia cuatro en actos *(sic)* arreglada al Teatro Español por D. Manuel Breton de los Herreros, representada [estrenada] con aplauso en el teatro del Príncipe, el 21 de mayo de 1833.—Madrid, 1862. Impr. de Pascual Conesa..... 4.° mlla. — Traduccion en prosa de la comedia escrita en frances, con el título de *La neige, ou Le nouvel Éginard*, por MM. Eug. Scribe y G. Delavigne.

EL TEMPLO DE LA GLORIA, drama alegórico, escrito por disposicion del Excmo. Ayuntamiento de Madrid, para formar parte de los festejos con que esta Heróica Villa ha acordado celebrar la Jura de la Excelsa Princesa Doña Maria Isabel Luisa, Hija Primogénita y Legítima heredera de los Reyes NN. SS. D. Fernando 7.° y Doña María Cristina de Borbon, para representarse en el teatro de la Cruz el dia 23, ó 25 de Junio de 1833.—Su autor D. Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Imprenta, calle del Amor de Dios, número 14.—Junio de 1833.—8.° mlla.—Estrenada el dia 23.—En verso.

EL TRIUNFO DE LA INOCENCIA, drama alegórico, escrito por disposicion del Excmo. Ayuntamiento de Madrid, para formar parte de los festejos con que esta Heróica Villa ha acordado celebrar la Jura de la Excelsa Princesa Doña Maria Isabel Luisa, Hija Primogénita y Legítima heredera de los Reyes NN. SS. D. Fernando 7.° y Doña María Cristina de Borbon, para representarse en el teatro del Príncipe el dia 23, ó 25 de Junio de 1833.—Su autor D. Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Imprenta, calle del Amor de Dios, número 14. Junio de 1833.—8.° mlla.—Estrenada el dia 25.—En verso.

LA LOCA FINGIDA, drama en un acto, traducido libremente del francés por Don Manuel Breton de los Herreros. Representado por primera vez en el teatro del Príncipe el 5 de Diciembre de 1833.—Madrid. Impr. de Repullés. Diciembre de 1833.—8.°—En prosa.

UN TERCERO EN DISCORDIA, comedia original en tres actos y en verso de D. Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Impr. de Repullés. Enero de 1834.—8.°—Estrenada en el teatro de la Cruz el 26 de Diciembre de 1833.

Otra edicion: Madrid. Impr. de Yenes..... 1839.—8.° mlla. (M.) (Me.)

LA FÉ DE BAUTISMO.—Comedia en un acto, traducida del francés por D. Manuel Breton de los Herreros, representada [estrenada] con extraordinario aplauso en el teatro de la Cruz el 4 de febrero de 1834.—S. l. [Madrid] Impr. de F. Escamez..... S. a. [1863]—4.° mlla.—Traduccion en prosa de la comedia de L. B. Picard, titulada *L'acte de naissance*.

UN NOVIO PARA LA NIÑA, Ó LA CASA DE HUÉSPEDES: comedia original en tres actos y en verso, de D. Manuel Breton de los Herreros. Representada en el teatro del Príncipe.—Madrid. Impr. de Repullés. Año de 1834.—8.°—Estrenada en dicho teatro, el 30 de Marzo de 1834.

Otra edicion: Madrid. Impr. de D. J. Repullés. Marzo de 1845.—8.° mlla. (M.) (Me.)

LOS CARLISTAS EN PORTUGAL Ó LA TREMENDA ESPEDICION. — Desenfado dramático en un acto.—Publicado en el periódico de Madrid titulado *El Universal*, del lúnes 15 de Abril de 1834.—Original y en verso.—(Me.)

CAROLINA, Ó EL TALENTO Á PRUEBA.—Comedia en un acto, traducida del francés por D. Manuel Breton de los Herreros, representada [estrenada] con aplauso en el teatro de la Cruz el 24 de abril de 1834 —S. l. [Madrid.] Imprenta de F. Escamez.—S. a. [1863.]—4.° mlla.—Traduccion en prosa de la comedia escrita en frances, con el título de *Caroline*, por los señores Eug. Scribe y Ménissier.

ELENA.—Drama original en cinco actos, de Don Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Imp. de D. Tomas Jordan, 1835.—8.° mlla.—Estrenada en el teatro del Príncipe, el 23 de Octubre de 1834.—En verso.

Segunda edicion: Madrid, 1854. Impr. de Vicente de Lalama..... 4.° mlla. (M.) (P.)

ASINUS ASINUM FRICAT, Ó LOS DOS PRECEPTORES.—Comedia en un acto de Mr. Scribe, traducida al castellano por D. Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Impr. de Higinio Reneses..... 1850.—8.° mlla.—Traduccion en prosa de la comedia escrita en frances por MM. Eug. Scribe y Moreau, con el título de *Les deux precepteurs, ou Asinus asinum fricat.*—Estrenada en el teatro del Príncipe, el 31 de Octubre de 1834.

MI EMPLEO Y MI MUGER.—Comedia en tres actos. Traducida libremente del francés por D. Manuel Breton de los Herreros. Representada en el Teatro de la Cruz.—Madrid. Impr. de D. Leon Amarita, 1835.—8.°—En prosa.—Estrenada en dicho teatro, el 19 de Noviembre de 1834.

EL HOMBRE GORDO, capricho cómico original en un acto, por Don Manuel Breton de los Herreros. Se representó por primera vez en el Teatro del Príncipe el dia 6 de Enero de 1835.—Madrid. Ympr. de D. Tomas Jordan..... 1835.—8.° mlla.—En prosa.

Otra edicion: Madrid. Imp. de D. Antonio Yenes..... 1845.—8.° marquilla.—(M.) (Me.)

MÉROPE, tragedia en tres actos, por D. Manuel Breton de los Herreros, representada por primera vez en el teatro del Príncipe el dia 27 de abril de 1835.—Madrid. Impr. de D. T. Jordan, 1835.—8.° mlla.—Original.—(M.)

TODO ES FARSA EN ESTE MUNDO.—Comedia original en tres actos por Don Manuel Breton de los Herreros. Representada en el teatro del Príncipe.—Madrid. Jordan, 1835.—8.° mlla.—Estrenada el dia 13 de Mayo de 1835 en dicho teatro.—En verso.

Otra edicion: Madrid. Imprenta de Yenes..... 1843.—8.° mlla.—(M.) (Me.) (P.)

¿Se sabe quién gobierna?—Comedia en dos actos, traducida del francés por D. Manuel Breton de los Herreros, y representada [estrenada] con aplauso en el teatro de la Cruz, el 3 de Octubre de 1835.—Madrid, 1862. Imp. de Pascual Conesa..... 4.° mlla.—Traduccion en prosa de la comedia titulada *Pauline, ou sait-on qui gouverne?* escrita por MM. A. H. J. Duveyrier (Mélesville) y P. F. A. Carmouche.

Los hijos de Eduardo, drama trágico en tres actos, escrito en Francés por Mr. Casimir Delavigne, y traducido al castellano por Don Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Impr. de D. Tomas Jordan, 1835.—8.° mlla.—Estrenado en el teatro del Príncipe, el 4 de Octubre de 1835.—(M.) (Me.)

El plan de un drama, ó la conspiracion.—Improvisacion dramática por Don Manuel Breton de los Herreros y Don Ventura de la Vega para representarse en el teatro de la Cruz la noche del Jueves 22 de Octubre de 1835 en la funcion dispuesta por la Empresa de los teatros de esta Corte para aplicar su producto á las urgencias de la guerra.—Madrid. Impr. de Repullés. 1835. 8.° mlla.—En prosa.—Estrenada el mencionado dia. (Me.)

Otro diablo predicador, ó el liberal por fuerza.—Intermedio dramático compuesto por D. Manuel Breton de los Herreros para representarse en el teatro de la Cruz el dia 16 de Noviembre de 1835, con el plausible motivo de la apertura de las Cortes del Reino.—Madrid. Impr. de Repullés. Año de 1835.–8.° marquilla.—Original y en prosa.—Se estrenó el referido dia.—(Me.)

1835 y 1836, ó lo que es y lo que será, bosquejo político-profético en dos jornadas, por D. Juan de Grimaldi, D. Manuel Breton de los Herreros y D. Ventura de la Vega.—Estrenado en el teatro del Príncipe, el 5 de Diciembre de 1835.

Me voy de Madrid, comedia original, en tres actos y en verso, por D. Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Impr. de Repullés, 1836.—8.° mlla.—Estrenada en el teatro de la Cruz, el 21 de Diciembre de 1835.

Segunda edicion: Madrid. Impr. de Repullés. Marzo de 1844.—8.° mlla. (M.) (Me.) (P.)

Un agente de policía ó el espía sin saberlo.—Comedia en dos actos, traducida del francés por D. Manuel Breton de los Herreros, representada [estrenada] con gran aplauso en el teatro del Príncipe, el 27 de abril de 1836.—Madrid, 1862. Impr. de P. Conesa..... 4.° mlla.—Traduccion en prosa de la comedia de MM. A. H. J. Duveyrier (Mélesville) y Ch. Duveyrier, titulada *Michel Perrin*.

La redaccion de un periódico, comedia original en cinco actos y en verso por Don Manuel Breton de los Herreros. Representada en el teatro del Príncipe.—Madrid. Imprenta de Repullés, 1836.—8.° mlla.—Estrenada en dicho teatro, el 5 de Julio de 1836.—(M.) (Me.) (P.)

El desertor y el diablo.—Comedia en tres actos, y en prosa, traducida del francés por D. Manuel Breton de los Herreros, representada [estrenada] con aplauso en el teatro del Príncipe, el 28 de setiembre de 1836.—Madrid, 1862. Impr. de P. Conesa..... 4.° mlla.—Traduccion de la comedia titulada *Dominique, ou le possédé*, escrita por MM. Viollet d'Epagny y Dupin.

El amigo mártir.—Comedia en cuatro actos, por Don Manuel Breton de los Herreros. Representada por primera vez en Madrid, en el Teatro del Príncipe, el dia 10 de Octubre de 1836.—Madrid. Impr. de los Hijos de Doña Catalina Piñuela, 1836.—8.° mlla.—Original y en verso.

Otra edicion: Madrid, 1838. Impr. de los Hijos de Doña Catalina Piñuela..... 8.° mlla.—(M.) (Me.) (P.)

Las improvisaciones: improvisacion dramática en un acto, Por D. Manuel Breton de los Herreros, para representarse en Madrid en el Teatro del Príncipe con el patriótico objeto de celebrar la heróica defensa y la salvacion de la Invicta Bilbao.—Madrid, 1837. Impr. de los Hijos de Doña Catalina Piñuela..... 8.° mlla.—En prosa.—Estrenada en dicho teatro el 30 de Enero de 1837.

Una de tantas, comedia en un acto por D. Manuel Breton de los Herreros. Representada por primera vez en el teatro del Príncipe el dia 2 de marzo de 1837.—Madrid. Impr. de Yenes. 1837.—8.° mlla.—Original y en verso.

Segunda edicion: Madrid. Impr. de Repullés, Mayo de 1843.—8.° mlla.

Otra edicion: Madrid. Impr. de Repullés, 1849.—8.° marquilla.—(M.) (P.)

Muérete ¡y verás....!—Comedia en cuatro actos por D. Manuel Breton de los Herreros. Representada en el teatro del Príncipe. Madrid. Impr. de D. J. M. Repullés, 1837.—8.° marquilla.—Estrenada en dicho teatro el 27 de Abril de 1837.—Original y en verso.

Segunda edicion: Madrid. Impr. de Yenes... 1840.—8.° mlla.—Esta comedia ha sido traducida al frances, en prosa, por P. Morand.—(M.) (P.)

La primera leccion de amor, comedia en tres actos, traducida del francés por Beltran Munéo.—Madrid. Impr. de D. J. M. Repullés, 1837.—8.° mlla.—Traduccion en prosa de la comedia de MM. Bayard y Émile Vanderburch, titulada *Un premier amour*.—Estrenada en el teatro del Príncipe, el 12 de Julio de 1837.—(M.)

Don Fernando el emplazado, drama histórico en cinco actos por Don Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Impr. de D. J. M. Repullés, 1837.—8.° mlla.—Estrenado en el teatro del Príncipe, el 30 de Noviembre de 1837.—Original y en verso.

Segunda edicion: Madrid. Impr. de Repullés. 1840.—8.° mlla.—(M.) (P.)

Medidas extraordinarias, ó los parientes de mi muger, drama jocoso en un acto. Por Don Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Impr. de I. Sancha, 1837.—Estrenado en el teatro de la Cruz, el 24 de Diciembre de 1837.—Original y en verso.

Segunda edicion: Madrid. Impr. de Repullés, 1841.—8.° mlla.—(M.) (P.)

Ella es él, comedia en un acto por Don Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Imprenta de D. J. M. Repullés, 1838.—8.° mlla.—Estrenada en el teatro del Príncipe, el 15 de Febrero de 1838.—Original y en verso.

Segunda edicion: Madrid. Impr. de D. José M. Repullés, 1839.—8.° mlla.—(M.) (P.)

El poeta y la beneficiada, fábula cómica en dos actos por Don Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Impr. de D. José M. Repullés, 1838.—8.° mlla.—Estrenada en el teatro del Príncipe, el 15 de Marzo de 1838.—Original y en verso.—(M.) (Me.)

El pro y el contra, comedia en un acto por Don Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Impr. de D. J. M. Repullés, 1838.—Estrenada en el teatro del Príncipe, el 24 de Marzo de 1838.—Original y en verso.

Segunda edicion: Madrid. Impr. de Repullés, 1841.—8.° mlla.—(M.)

El hombre pacífico, comedia en un acto por Don Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Impr. de D. J. M. Repullés, 1838.—8.° mlla.—Estrenada en el teatro del Príncipe, el 7 de Abril de 1838.—Original y en verso.

Segunda edicion: Madrid. Impr. de Repullés. 1842.—8.° mlla.—(M.)

Flaquezas ministeriales, comedia en cinco actos. Por Don Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Impr. de D. J. M. Repullés, 1838.—8.° mlla.—Estrenada en el teatro del Príncipe, el 26 de Octubre de 1838.—Original y en verso.—(M.) (P.)

El ¿qué dirán! y el ¿qué se me da á mí?—Comedia en cuatro actos. Por Don Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Impr. de Don J. M. Repullés, 1838.—8.° mlla.—Estrenada en el teatro del Príncipe, el 29 de Noviembre de 1838.—Original y en verso.—(M.)

Un dia de campo ó el tutor y el amante, comedia en tres actos, por D. Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Impr. de Yenes..... 1839.—8.° mlla.—Estrenada en el teatro del Príncipe, el 4 de Marzo de 1839.—Original y en verso.—(M.) (P.)

El novio y el concierto, comedia-zarzuela en un acto por D. Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Impr. de Yenes..... 1839.—8.° mlla.—Estrenada en el teatro del Príncipe, el 22 de Marzo de 1839.—Original.—(M.)

No ganamos para sustos, comedia en tres actos por Don Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Imp. de D. J. M. Repullés, 1839.—8.° mlla.—Hay ejemplares con un retrato litografiado del autor.—Estrenada el 12 de Mayo de 1839 en el teatro del Príncipe.—Original y en verso.—(M.)

¡Una vieja!—Comedia en cuatro actos por Don Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Imprenta de Yenes..... 1839.—8.° mlla.—Estrenada en el teatro del Príncipe, el 30 de Noviembre de 1839.—Original y en verso.—(M.)

Vellido Dólfos, drama histórico en cuatro actos por D. Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Impr. de D. J. M. Repullés, 1839.—8.° mlla.—Estrenado en el teatro del Príncipe, el 13 de Diciembre de 1839.—Original y en verso.—(M.)

El pelo de la dehesa, comedia en cinco actos por D. Manuel Breton de los Herreros. Representada en el teatro del Príncipe.—Madrid. Impr. de Repullés, 1840.—Estrenada en dicho teatro, el 13 de Febrero de 1840.—Original y en verso.—Esta comedia ha sido traducida al frances, en prosa, por el baron Léon d'Hervey de Saint-Denis.—(M.) (P.)

Lances de carnaval, comedia en un acto por D. Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Impr. de Repullés, 1840.—8.° mlla.—Estrenada en el teatro del Príncipe, el 21 de Marzo de 1840.—Original y en verso.—(M.)

Pruebas de amor conyugal, comedia en dos actos, por Don Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Impr. de Yenes..... 1840.—8.° mlla.—Estrenada en el Liceo de Madrid, el 8 de Abril de 1840.—Original y en verso.—(M.) (P.)

La ponchada, improvisacion cómica en un acto, escrita por D. Manuel Breton de los Herreros y D. Julian Romea, para la funcion teatral dispuesta en obsequio del Excelentísimo señor duque de la Victoria por el Escelentísimo Ayuntamiento constitucional de Madrid.—Madrid. Impr. de Yenes..... 1840.—8.° mlla.—En prosa.—Estrenada el 1.° de Octubre de 1840 en el teatro del Príncipe.—El Sr. Romea sólo escribió en esta pieza dramática los versos del final, á excepcion de dos estrofas.

El cuarto de hora, comedia en cinco actos por D. Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Impr. de Yenes..... 1840.—8.° mlla.—Estrenada en el teatro del Príncipe, el 10 de Diciembre de 1840.—Original y en verso.

Otra edicion: Madrid. Impr. de Repullés, 1848.—8.° mlla.—(M.) (P.)

Dios los cria y ellos se juntan, comedia en tres actos por D. Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Impr. de Repullés, 1840.—8.° mlla.—Estrenada en el teatro del Príncipe, el 11 de Febrero de 1841.—Original y en verso.—(M.)

Cuentas atrasadas.—Comedia en cuatro actos, por Don Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Impr. de Yenes..... 1841.—8.° mlla.—Estrenada en el teatro del Príncipe, el 6 de Marzo de 1841.—Original y en verso.—(M.)

Mi secretario y yo, comedia en un acto por D. Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Impr. de Repullés, 1841.—8.° mlla.—Estrenada en el teatro del Príncipe, el 11 de Abril de 1841.—Original y en verso.—(M.)

¡Que hombre tan amable!—Comedia en tres actos, por D. Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Impr. de Yenes..... 1841.—8.° mlla.—Estrenada en el teatro del Príncipe, el 5 de Mayo de 1841.—Original y en verso.—(M.)

Lo vivo y lo pintado, comedia en tres actos por D. Manuel Breton de los Herreros. Representada en el teatro del Príncipe.—Madrid. Impr. de Repullés, 1841.—8.° mlla.—Estrenada en dicho teatro, el 22 de Octubre de 1841.—Original y en verso.

Otra edicion: Madrid. Impr. de Repullés, 1846.—8.° mlla.—(M.)

La pluma prodigiosa, gran comedia de magia en tres actos, por Don Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Impr. de Yenes..... 1841.—8.° mlla.—Estrenada en el teatro del Príncipe, el 3 de Noviembre de 1841.—Original y en verso.—(M.)

La mansion del crímen, ó la víctima.—Comedia en un acto traducida del francés por D. Manuel Breton de los Herreros. Representada por primera vez en el teatro del Príncipe en 24 de Diciembre de 1841.—Madrid. Impr. de Repullés, 1841.—8.° mlla.—Traduccion en prosa de la comedia titulada *La mansarde du crime*, escrita por Mr. Rosier.

La batelera de Pasages, drama en cuatro actos por D. Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Impr. de Repullés, 1841.—8.° mlla.—

Estrenado en el teatro del Príncipe, el 13 de Enero de 1842.—Original y en verso.—(M.) (P.)

La escuela de las casadas, comedia en cuatro actos por D. Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Impr. de Repullés, 1842.—8.° mlla.—Estrenada en el teatro del Príncipe, el dia 1.° de Abril de 1842.—Original y en verso.—(M.)

El editor responsable, comedia en tres actos por D. Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Impr. de Repullés, 1842.—8.° mlla.—Estrenada en el teatro del Príncipe, el 3 de Mayo de 1842.—Original y en verso.—(M.)

Los solitarios, comedia-zarzuela en un acto por Don Manuel Breton de los Herreros. Música del maestro don Basilio Basilj.—Madrid. Impr. de Repullés, 1843.—8.° mlla.—Original y en prosa.—Estrenada en el teatro del Príncipe, el 9 de Enero de 1843.—(M.)

El carnaval de los demonios.—Embrion dramático joco-sério-infernal.—Escrito en 1843 y publicado en el periódico intitulado *La Risa*, núm. 45, del 18 de Febrero de 1844.—Original y en verso.—(M.)

¡Estaba de Dios!—Comedia en tres actos, por Don Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Impr. de Yenes..... 1842.—8.° mlla.—Estrenada en el teatro del Príncipe, el 19 de Enero de 1843.—Original y en verso.—(M.)

Un novio á pedir de boca, comedia en tres actos. Por D. Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Impr. de Repullés. Marzo de 1843.—8.° mlla.—Estrenada en el teatro del Príncipe, el 23 de Marzo de 1843.—Original y en verso.—(M.)

Un frances en Cartagena, comedia en dos actos. Por D. Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Impr. de Repullés. Abril de 1843.—8.° mlla.—Estrenada en el teatro del Príncipe, el 28 de Abril de 1843.—Original y en verso.—(M.)

¡Por no decir la verdad!, comedia en un acto, de Don Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Impr. de Yenes..... 1843.—8.° mlla.—Estrenada en el teatro del Príncipe, el 30 de Mayo de 1843.—Original y en verso.—(M.) (P.)

Finezas contra desvíos, comedia en cuatro actos por Don Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Impr. de Yenes... 1843.—8.° marquilla.—Estrenada en el teatro del Príncipe, el 2 de Noviembre de 1843.—Original y en verso.—(M.)

Una noche en Burgos. Ó la hospitalidad.—Comedia en tres actos, por Don Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Impr. de Yenes..... 1843.—8.° mlla.—Estrenada en el teatro del Príncipe, el 19 de Diciembre de 1843.—Original y en verso.—(M.)

Pascual y Carranza.—Comedia en un acto por D. Manuel Breton de los Herreros. Representada en el teatro del Príncipe.—Madrid. Imprenta de Yenes..... 1844.—8.° mlla.—Estrenada en dicho teatro, el 24 de Diciembre de 1843.—Original y en verso.—(M.)

La independencia.—Comedia en cuatro actos por Don Manuel Breton de los Herreros. Representada en el teatro del Príncipe.—Madrid, 1844. Impr. Plazuela de San Miguel número 6.—8.° mlla.—Original y en prosa.—Estrenada en dicho teatro, el 19 de Enero de 1844.—(M.) (P.)

A lo hecho, pecho, comedia en un acto. Por Don Manuel Breton de los Herreros. Representada en el teatro del Príncipe.—Madrid. Imprenta Nacional, 1844.—8.° mlla.—Estrenada en el teatro de la Cruz, el 11 de Setiembre de 1844.—Original y en verso.

Otra edicion: Madrid. Impr. de J. M. Repullés, 1853.—8.° mlla.—(M.)

¡Cuidado con las amigas!, comedia en tres actos. Por Don Manuel Breton de los Herreros.—Representada en el teatro del Circo.—Madrid. Imprenta Nacional, 1844.—8.° mlla.—Estrenada en el teatro del Príncipe, el 23 de Setiembre de 1844.—Original y en verso.—(M.) (P.)

Aviso á las coquetas, comedia en un acto por Don Manuel Breton de los Herreros. Representada en el teatro del Príncipe.—Madrid. Imprenta Nacional, 1844.—8.° mlla.—Estrenada en dicho teatro, el 21 de Noviembre de 1844.—Original y en verso.—(M.)

La minerva, ó ¡lo que es vivir en buen sitio!—Comedia en un acto.—Estrenada en el teatro del Príncipe el dia 24 de Diciembre de 1844.—Original y en verso.—(M.)

Don Frutos en Belchite: segunda parte de *El pelo de la dehesa,* comedia en tres actos. Por D. Manuel Breton de los Herreros. Representada en el teatro de la Cruz.—Madrid. Impr. de D. J. Repullés, Enero de 1845.—8.° mlla.—Estrenada en dicho teatro, el 27 de Enero de 1845.—Original y en verso.—(M.) (P.)

Frenología y magnetismo, comedia en un acto. Por D. Manuel Breton de los Herreros. Representada en el teatro del Príncipe.—Madrid. Impr. de D. J. Repullés, Diciembre de 1845.—8.° mlla.—Estrenada en dicho teatro, el 24 de Diciembre de 1845.—Original y en verso.—(M.)

Mi dinero y yo.—Comedia en tres actos.—Original y en verso, escrita en 1845.—No representada.—(M.)

Errar la vocacion, comedia en tres actos. Por D. Manuel Breton de los Herreros. Representada en el teatro del Príncipe.—Madrid. Impr. de D. J. Repullés, Enero de 1846.—8.° marquilla.—Estrenada en dicho teatro, el 16 de Enero de 1846.—Original y en verso.—(M.)

¡Fuego de Dios en el querer bien!—Comedia en cuatro actos.—Refundicion de la que escribió con el mismo título Don Pedro Calderon de la Barca.—Se estrenó en el teatro del Príncipe el dia 16 de Octubre de 1847.—(M.)

Desde Toledo á Madrid.—Comedia del Maestro Tirso de Molina, refundida y puesta en cinco actos por Don Manuel Breton de los Herreros y Don Juan Eugenio Hartzenbusch. Representada [estrenada] en el teatro del Príncipe la noche del 24 de Diciembre de 1847.—Madrid, 1849. Impr. de D. S. Omaña.....—8.° mlla.

Un enemigo oculto.—Comedia en cuatro actos por Don Manuel Breton de los Herreros. Representada por primera vez en el teatro del Príncipe, el dia 14 de Enero de 1848.—Madrid. Impr. de D. Antonio Yenes... 1848.—8.° mlla.—Original y en verso.

Otra edicion: Madrid, 1850. Impr. de S. Omaña.—8.° mlla.—(M.)

Memorias de Juan Garcia, comedia en tres actos y en verso original de D. Manuel Breton de los Herreros. Representada por primera vez en el Teatro del Príncipe, el dia 16 de setiem-

bre de 1848.—Madrid, 1848. Estab. tipog. de Mellado.....– 8.° mlla.—(M.)

El intendente y el comediante.—Comedia en un acto.—Se estrenó en el teatro del Príncipe el dia 20 de Octubre de 1848.—Original y en verso.—(M.)

La hipocresía del vicio, comedia original en tres actos y en verso. De D. Manuel Breton de los Herreros. Estrenada en el teatro del Príncipe, el dia 15 de Octubre de 1859.—Madrid. Impr. de J. Rodriguez..... 1859.—8.° mlla.—Escrita en 1848.—Á fines de 1856 se imprimió esta comedia en el *Correo de Ultramar*, periódico de Paris, y poco despues se reimprimió en el semanario de Cádiz titulado *La Moda*.

Los tres ramilletes.—Comedia en un acto. Por D. Manuel Breton de los Herreros. Se estrenó en el Teatro Español el dia 13 de marzo de 1850.—Madrid, 1850. Impr. de S. Omaña.—8.° marquilla.—Escrita ántes que la titulada *¿Quién es ella?*—Original y en verso.—(M.)

¿Quién es ella?—Comedia en cinco actos. Por Don Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. 1849. Impr. de S. Omaña.—8.° mlla.—Estrenada el 7 de Diciembre de 1849 en el Teatro Español.—Original y en verso.

Tercera edicion: Madrid, 1851. Impr. á cargo de C. Gonzalez.—8.° mlla.—(M.) (P.)

Una ensalada de pollos, comedia en un acto. Por D. Manuel Breton de los Herreros.—Madrid, 1850. Impr. de S. Omaña.—8.° mlla.—Estrenada el 25 de Octubre de 1850 en el Teatro Español.—Original y en verso.

Otra edicion: Madrid. Impr. de T. Fortanet, 1862.—8.° mlla.

Por poderes.—Comedia original en un acto, por D. Manuel Breton de los Herreros. Representada en el Teatro del Drama.—Madrid, 1851. Impr. á cargo de C. Gonzalez.—8.° mlla.—Estrenada en dicho teatro, el 24 de Diciembre de 1851.—En verso.

Otra edicion: Salamanca. Estab. tipog. del Hospicio, 1868.—8.° mlla.

La escuela del matrimonio, comedia en tres actos y en verso, original de D. Manuel Breton de los Herreros. Representada en el Teatro del Drama.—Madrid, 1851. Imprenta á cargo de C. Gonzalez.....—8.° mlla.—Estrenada en dicho teatro, el 14 de Enero de 1852.—(P.)

El novio pasado por agua, zarzuela de figuron, en tres actos, original de Don Manuel Breton de los Herreros. Música de Don Rafael Hernando. Estrenada en el Teatro del Circo.—Madrid, 1852. Impr. á cargo de C. Gonzalez.—8.° mlla.—La primera representacion fué el 20 de Marzo de 1852.

El valor de la mujer, drama en cinco actos. Por Don Manuel Breton de los Herreros. Representado en el Teatro de Variedades.—Madrid. Impr. á cargo de C. Gonzalez..... 1852.—8.° mlla.—Estrenado en dicho teatro, el 16 de Octubre de 1852.—Original y en verso.

La cabra tira al monte, comedia en tres actos, por Don Manuel Breton de los Herreros. Estrenada en el teatro de Variedades.—Madrid. Impr. á cargo de C. Gonzalez..... 1853.—8.° mlla.—La primera representacion fué el 2 de Abril de 1853.—Original y en prosa.

El duro y el millon, comedia original en tres actos y en verso, por Don Manuel Breton de los Herreros. Representada en el Teatro del Príncipe.—Madrid. Impr. á cargo de C. Gonzalez..... 1853.—8.° mlla.—Estrenada en dicho teatro, el 19 de Noviembre de 1853.

La niña del mostrador, drama en tres actos por Don Manuel Breton de los Herreros. Representado en el teatro del Príncipe.—Madrid, 1854. Impr. de T. Fortanet.—8.° mlla.—Estrenado en dicho teatro, el 15 de Marzo de 1854.—Original y en prosa.

Por una hija!....—Comedia en un acto. Su autor D. Manuel Breton de los Herreros. Representada en el teatro del Príncipe.—Madrid. Impr. de J. Rodriguez..... 1856.—8.° mlla.—Estrenada en dicho teatro, el 15 de Octubre de 1856.—Hállase impresa en el tomo XII del *Museo de las Familias*, Julio de 1854.—En verso.

Cosas de Don Juan.—Zarzuela en tres actos, letra de Don Manuel Breton de los Herreros. Música de Don Rafael Hernando. Estrenada en Madrid en el teatro del Circo.—Madrid. Impr. de C. Gonzalez, 1854.—8.° mlla.—La primera representacion fué el 9 de Setiembre de 1854.—Original.

Al pié de la letra, comedia en tres actos. Por D. Manuel Breton de los Herreros. Representada por primera vez en el teatro del Príncipe el dia 13 de Diciembre de 1855.—Madrid, 1855. Impr. del Agente Industrial Minero, á cargo de D. V. Maldonado.....—8.° mlla.—Original y en verso.

El Ebro, comedia en un acto, Escrita con el plausible motivo de inaugurarse la navegacion de dicho rio, canalizado desde San Cárlos de la Rápita á Mequinenza, por D. Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Imprenta Nacional, 1857.—8.° mlla.—Estrenada en Tortosa, el 19 de Julio de 1857.—Original y en verso.

Mocedades!..., comedia en tres actos. Por D. Manuel Breton de los Herreros. Estrenada en el teatro de Novedades el dia 29 de Octubre de 1857.—Madrid. Impr. de José Rodriguez..... 1857.—8.° mlla.—Original y en verso.

Entre dos amigos...., comedia en tres actos. Por Don Manuel Breton de los Herreros. Representada por primera vez en el teatro del Príncipe el dia 11 de Enero de 1860.—Madrid. Impr. de J. Rodriguez..... 1860.—8.° mlla.—Original y en verso.

Elvira y Leandro, ó el premio, comedia en cinco actos de D. Manuel Breton de los Herreros. Estrenada en el teatro del Príncipe el dia 30 de Noviembre de 1860.—Madrid. Imprenta de J. Rodriguez..... 1860.—8.° mlla.—Original y en verso.

El peluquero y el cesante, comedia en un acto por Don Manuel Breton de los Herreros.—Madrid: 1861. Estab. tip. de D. Francisco de P. Mellado..... 8.° mlla.—Tirada especial de la impresa en el *Museo de las Familias* de Julio de 1861.—No representada.—Original y en prosa.

La hermana de leche, comedia en tres actos, por D. Manuel Breton de los Herreros. Estrenada en el teatro de Variedades.—Madrid. Impr. de J. Rodriguez, 1862.—8.° mlla.—La primera representacion fué el 15 de Marzo de 1862.—Original y en verso.

Entre santa y santo.....—Pieza cómica ambu-

lativa, por Don Manuel Breton de los Herreros.—Madrid: 1862. Estab. tipog. de D. Francisco de P. Mellado..... 8.° mlla.—Tirada especial de la impresa en el *Museo de las Familias* de Marzo de 1862.—Original y en prosa.

María y Leonor, comedia en tres actos, original de D. Manuel Breton de los Herreros. Estrenada en el Teatro del Príncipe, el dia 16 de Enero de 1863.—Madrid. Impr. de J. Rodriguez..... 1863.—8.° mlla.—En verso.

Cuando de cincuenta pases....., comedia en tres actos de D. Manuel Breton de los Herreros, estrenada en el Teatro del Príncipe, en 24 de Diciembre de 1864.—Madrid. Impr. de José Rodriguez..... 1864.—8.° mlla.—Original y en verso.

El abogado de pobres, comedia en tres actos de D. Manuel Breton de los Herreros. Estrenada en el teatro del Circo, en 26 de Enero de 1866.—Madrid. Impr. de J. Rodriguez, 1866.—8.° mlla.—Original y en verso.

Segunda edicion: Madrid. Impr. de J. Rodriguez... 1866.—8.° mlla.

Los sentidos corporales, comedia en tres actos y en verso, original de D. Manuel Breton de los Herreros. Estrenada en el teatro de Jovellanos en Enero de 1867.—Madrid. Imprenta de J. Rodriguez..... 1867.—8.° mlla.—La primera representacion fué el dia 16 del referido mes.

Ariadna.—Tragedia en cinco actos.—Traduccion (*).

El cómico de la legua, | ó | la hospitalidad. | Comedia en dos actos | tomada de una pieza francesa | y escrita con arreglo á las costumbres españolas | por | D. Manuel Breton de los Herreros.—Ms. autógrafo de 28 hoj. en 4.°—En prosa.—(H.)

Vallenstein.—Drama.—Traduccion.

Cómo se pasa el tiempo.—Comedia en un acto.—Traduccion.

La codicia en posta.—Comedia en tres actos.—Traduccion.

Marion de Lorme.—Drama: acto tercero, escenas I, II y III, y acto quinto.—Ms. autógrafo de 45 hoj. útiles en 4.°—Traduccion en verso del drama del mismo título, escrito por Víctor Hugo.—(H.)

POEMAS.

La vida del hombre.—Poema pedestre jocoserio.—(M.) (P.)

La desvergüenza, poema joco-serio, de Don Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Establecimiento tipog. de Mellado..... 1856.—8.° marquilla, con el retrato del autor grabado en acero por Geoffroy.

(*) Colócanse esta obra y las siguientes despues de *Los sentidos corporales*, última produccion dramática del autor, porque se ignora la fecha en que fueron escritas, ó representadas.

POESIAS SUELTAS.

PRIMER VERSO.	CLASE.	TÍTULO Ó EPÍGRAFE.	OBSERVACIONES.
Á cuarto la copa	Romancillo	La vivandera	(M.) (P.)
Á Dios, á Dios os quedad	Letrilla	El voluntario	(A. 20 Marzo 1836.)
Á Don Cándido el Ministro	Romance	Al Excmo. Sr. D. Cándido Nocedal	Autógrafo. (H.)
Á la eternidad de un brinco	Letrilla	Introibo al año 1836	(A. 3 Enero 1836.)
Á lidiar por la patria y la gloria	Himno	Himno patriótico marcial del Regimiento de Infantería Cazadores de la Reina Gobernadora	Autógrafo. (H.)
Á mi verdura, señores!	Letrilla	La verdulera	(M.)
Á ti, gloria y astro y númen	Romance	Á la Excma. Sra. Duquesa de Rivas	Autógrafo. (H.)
Á ti, que de precoz adolescencia	Soneto	Á S. M. la Reina Doña Isabel II, celebrando el natalicio de la augusta Princesa Heredera	Hoja impresa.
Á tu natal, de plácida memoria	Idem	Á Isabel II	Autógrafo. (H.)
Aborto infame de la negra envidia	Sátira	El anónimo	(M.) (P.)
Acertadme un logogrifo	Redondillas		(S. 1854.)
Adónde es ida la Discordia horrenda?	Soneto	Á la jura de la Princesa Doña María Isabel Luisa.	(C. 28 Jun. 1833.)
Ahora sí que nuestra causa	Letrilla		Autógrafo. (H.)
Al dulce y mágico son	Décima	Al insigne violinista D. José Domingo Bousquet.	Autógrafo. (H.)
Al *Estudiante* festivo	Romance	Al Sr. D. Antonio María Segovia	(M.)
Al fuerte caudillo	Letrilla		(A. 28 Jun. 1835.)
Al que me gruña le mato	Idem	El baratero	(M.)
Albricias, que el alto Jove	Romance	Juicio del año 1835	Impreso en el *Calendario para Castilla la Nueva correspondiente al año* 1835.—*Madrid*. 1834.
Albricias, Tetuan es nuestro	Idem	La cantinera	Impreso en *el Romancero de la Guerra de África*.—*Madrid*. 1860.
Alce usté, cara de escuerzo	Letrilla	El preso y su maja	(M.)
Aléjate volando	Anacreóntica	El arroyo amado	(M.) (Po.)
¡Alerta que graznan cuervos	Letrilla		(A. 25 Enero 1835.)
Alza su cana frente Manzanares	Soneto	Á la Reina Doña María Cristina	(C. 12 Set. 1831.)
Amanece	Letrilla	Mañana Dios dirá	(A. 20 Set. 1835.)
Amantes de Dorila	Anacreóntica	Á los amantes de Dorila	(M.) (Po.)
Amarilla sale Ines	Letrilla	¡Ruede la bola!	(M.) (Po.)
Amigo Felipe Pardo	Romance	En el álbum de un amigo	(M.)
Ancha franja de velludo	Letrilla	La manola	(M.) (P.)
Ancho y caudaloso rio	Romance	Al Guadalquivir	(M.) (Po.)
Anda con tiento, Bernardo	Letrilla	Los inocentes	(M.) (P.)
Ángel radiante en el Eden creado	Oda	La beneficencia.—Á Dorila	(M.)
Anteo, tú que jamás	Romance	Elogio de Laura	(M.) (Po.)
Año de mil ochocientos	Idem	Al Sr. D. Antonio María Segovia	Autógrafo. (H.)
Año fatal! Año atroz!	Idem	Juicio del año 1833	Impreso en el *Calendario para Castilla la Nueva, correspondiente á* 1833.—*Madrid*. 1832.
¡Año infausto, caro príncipe	Letrilla	Triunfos del Pretendiente	Hoja impresa.

Apénas tu papeleta	Epigrama	Con motivo de haberse anunciado en Sevilla la representacion de una tragedia á beneficio de la distinguida actriz Concepcion Rodriguez	(Po.)
Aquí, en esta heroica villa	Letrilla	Pasar el rato	(M.)
Asomado al mirador	Fábula	El mono y el buey	Autógrafo. (H.)
Aunque arrugaron mi piel	Décimas		(A. 29 Marzo 1836.)
Aunque ya el peso no leve	Romance	Á Quevedo	(Am. 1863.)
¡Ay Antonia, Antonia, Antonia	Letrilla	¡Dios nos asista!—Á la Sra. Doña Antonia Montenegro, célebre cantatriz	(M.)
¡Ay de ti, Madrid, decia	Romance	El genio.—Los genios	(M.) (P.)
Ay! El infausto dia	Oda	Á la partida de la célebre cantatriz Adelaida Tossi.	(M.)
Ay madre! Vengo temblando	Letrilla	El protocolo	(A. 18 Enero 1835.)
¡Ay, que dí mi corazon	Idem	Quien no quiera polvo no vaya á la era	(M.) (Po.)
Ayer por los desdenes	Anacreóntica	El vino consolador	(M.) (Po.)
Batilo, en ese cuenco	Idem	El ponche	(M.) (Po.)
Bellas zagalas del fecundo Bétis	Oda	Á la muerte de la Excma. Sra. Duquesa de Frias.	Copia manuscrita. (H.)
Bendicion á Cristina la bella	Himno	Himno á la Reina Gobernadora	Autógrafo. (H.)
¡Bendita del Cielo seas	Romance	Á la Princesa de Asturias	Impreso en la *Corona poética en conmemoracion del natalicio de la Princesa de Asturias.—Madrid.* 1851.
¡Bien haya, bella Elisa	Letrilla	En el álbum de la Señorita Doña Elisa de Tapia.	Autógrafo. (H.)
»Bien venga el año apacible	Romance	Juicio del año 1841	Impreso en el *Calendario para Castilla la Nueva correspondiente al año* 1841.—*Madrid.* 1840.
Blanca, á cuyos piés me postro	Redondillas	Para el álbum de la Señorita Doña Blanca de Osma	(Am. 1866.)
Blando favonio conviene	Décima	Para el álbum de la Sra. Doña Rosa C. de Búrgos	Autógrafo. (H.)
Brame el cierzo en hora buena	Letrilla	Los ojos de mi morena	(M.) (Po.)
Bueno es ser comedido, mas no tanto	Fábula	El soldado y el carretero	Autógrafo. (H.)
Callad, no me sopleis, diosas del Pindo	Sátira	El Carnaval	(M.)—Hay una edicion en 8.° de esta sátira, impresa en Madrid, por Repullés, el año 1833.
Cantando sin cesar todo el estío	Fábula	La cigarra y la hormiga	Autógrafo. (H.)
Cantara yo de buen grado	Redondillas	Á la Sra. Doña Cármen Corcuera de Valdés	Autógrafo. (H.)
Canten otros el *Nabo* y la *Judía*	Octavas	El tabaco	(M.) (P.)
Caprichos hay en las lenguas	Romance	Sinónimos castellanos.—Noche-buena, Buena noche	(Am. 1858.)
Caro Don Antonio Gil	Décima	Al Excmo. Sr. D. Antonio Gil de Zárate	Autógrafo. (H.)
Casa donde no hay harina	Letrilla		(A. 8 Mayo 1836.)
Casado soy	Idem	Justicia y no por mi casa	(M.)
Cerca del Ebro caudal	Romance	Mi lugar	(M.) (Po.)
Cesen discordias fatales	Letrilla		(A. 8 Febr. 1835.)
Cobra España nueva vida	Décima		Autógrafo. (H.)

PRIMER VERSO.	CLASE.	TÍTULO Ó EPÍGRAFE.	OBSERVACIONES.
Como al influjo del calor febeo	Soneto	Á S. M. la Reina Doña María Cristina, El Liceo de Madrid	Impreso en un opúsculo titulado: *Liceo Artístico y Literario.—Programa de la funcion del* 30 *de Abril de* 1844 *en celebridad del regreso de S. M. la Reina Madre.*
Como en airada mar la navecilla	Oda	Á S. M. la Reina Doña Isabel II, declarada por las Córtes mayor de edad	(M.)
Cómo! ¿tienes un hijo que ya raya	Sátira	La fortuna al alcance de todos	(Mo. 1857.)
Como tras denso nublado	Quintillas	Á Isabel II convalecida y triunfante	Hoja impresa.
«Cómo! ¡Un animalito	Fábula	El gato y los ratones	Autógrafo. (H.)
Compañeros, una estrella	Quintillas	La Milicia Nacional de Madrid á la Reina Gobernadora	Hoja impresa.
Con tu carta, en cuyo ingenio	Letrilla	Al Excmo. Sr. D. Eugenio de Ochoa	Autógrafo. (H.)
Conoce usted á la Curra?	Idem	¡Cosas de España!	(A. 29 Nov. 1835.)
Conque ¿ya no me quieres?	Anacreóntica	Desavenencia	(M.) (Po.)
¡Coplas pides, caro amigo	Redondillas	Al Ilmo. Sr. D. Fernando Álvarez	Autógrafo. (H.)
Corramos, pastora	Villancico	.....	Autógrafo. (H.)
Cosas son de nuestra tierra!	Letrilla	¡Viva la Paz!	Autógrafo. (H.)
Crece en la superficie verde pasto	Soneto	Las ruinas de Pompeya	Autógrafo. (H.)
¿Creeis que si alaba tanto	Letrilla	Ristra de verdades	(M.) (Po.)
Creíamos que en Madrid	Idem	.....	(L. 12 Jun. 1836.)
¿Cuál de tus joyas, inmortal Granada	Soneto	En alabanza de Silvia, dama granadina	(M.) (Po.)
¡Cuán alegre al opaco Noviembre	Letrilla	El 8 de Noviembre	(M.) (Po.)
Cuán hermosa! Sus ojos celestiales	Oda	Á la primera entrada en Madrid de la Reina Doña María Cristina de Borbon	(M.) (Po.)
¡Cuán sosegada duerme	Anacreóntica	La ocasion perdida	(M.) (Po.)
Cuando amores me prodiga	Letrilla	.....	Autógrafo. (H.)
Cuando con blanda sonrisa	Redondillas	Para el álbum de la Srta. Doña Elisa de Olózaga.	(Ám. 1865.)
Cuando en grata memoria	Anacreóntica	Con el plausible motivo de manifestarse al público la fuente nueva edificada para solemnizar el cumpleaños de la Infanta Doña María Isabel Luisa	(C. 12 Oct. 1832.)
Cuando era un pelafustan	Letrilla	Catálogo de ridiculeces	(M.) (Po.)
Cuando me llaman bonita	Idem	El no sé	(A. 21 Enero 1836.)
Cuando rie una doncella	Idem	La risa de una mujer tiene mucho que entender	(M.) (P.)
Cuando se celebra	Idem	La Nochebuena	(M.) (P.)
Cuando veo á un artillero	Idem	El patatus	(M.)
Cuando vi tu airoso talle	Romance	Á una máscara	(M.)
Dame, sagrada Erato	Anacreóntica	Á Lise	(M.) (Po.)
Dame vino, y que Liéo	Romance	Traduccion de la segunda elegía de Tibulo	(M.) (P.) (Po.)
De *Oscar* la gloria el caledonio Homero	Soneto	Al actor Cárlos Latorre	(Po.)
De otras, dulce Pilar, la petulancia	Idem	Para el álbum de la Sra. Doña María del Pilar Sinués de Marco	Autógrafo. (H.)

De una mujer zalamera	Letrilla	Cosas vitandas	(M.) (Po.)
Decia el dómine	Idem	Quien bien te quiera te hará llorar	(M.) (P.)
Deja profanos asuntos	Idem	...	(A. 1.° Nov. 1835.)
Déjame besar el busto	Idem	...	(A. 6 Marzo 1836.)
Dejóme el sumo Poder	Epigrama		(Autógrafo. (H.)
Del ledo Manzanares	Letrilla	La mejor gala de Abril	(M.) (Po.)
Del Misuri al Marañon	Idem	La Nochebuena	(Am. 1857.)
Depon, sacra Melpómene, el infando	Soneto	Al Excmo. Sr. Conde de San Luis	Impreso en el *Álbum poético dedicado al Conde de San Luis.—Madrid.* 1852.
Depuesta la fiera aljaba	Romance	El colmillo de Belisa	(M.)
Dice un refran—¡qué patraña!—	Letrilla	Reputaciones fáciles	(M.)
Dicen que á la Santa Alianza	Idem	...	(A. 22 Febr. 1835.)
¡Dichoso vos, don Tomás	Idem	La tierra de Dios	(M.)
Dirá alguno que yo sé	Quintillas	En la comida celebrada por una reunion de socios del Liceo en el Jardin de las Delicias.—10 de Setiembre de 1839	Autógrafo. (H.)
Dirán que soy friolero	Letrilla	El brasero	(M.) (P.)
Diz que inventaron la danza	Romance	El baile	(M.) (P.)
Don Cárlos dice á su novia	Letrilla	...	(A. 13 Dic. 1835.)
Dulce es, Laura, tu risa	Romancillo	Á mi *estrecho*	(Po.)
Dulce Filena mia	Anacreóntica	Á Filena	(M.) (Po.)
Dulce y amable Felisa	Letrilla	Lo que quieren todas	(M.)—En la coleccion de 1831 el primer verso dice: *Dulce y amable Belisa.*
Ea, no quiero, tia!	Anacreóntica	Odio á la sujecion	(M.) (P.) (Po.)
El hierro lanza Melpoméne austera	Octavas	...	Impresas en la *Esposicion de las Funciones..... que..... Madrid tiene dispuestas para solemnizar el regreso de Ntros. Soberanos.*—1828.
El refran: Salga el sol por Antequera	Letrilla	Una letrilla de broma	(A. 15 Marzo 1835.)
El señor don Eleuterio	Idem	...	(A. 29 Junio 1834.)
En bárbara y torpe orgía	Quintillas	El prisionero	(A. 3 Abril 1835.)
En Cacabelos un chulo	Epigrama	Á un quídam que afirmó haber descubierto la cuadratura del círculo	Autógrafo. (H.)
En este siglo, señores	Letrilla	La nueva zarabanda	(A. 17 Abril 1836.)
En la tribu filarmónica	Redondillas	Á la Excma. Sra. Doña Manuela Oreiro Lema de la Vega	(M.)
¿En qué público papel	Letrilla	Las proclamas	(M.)
En tu álbum, bella Mercedes	Redondillas	Á Mercedes	Autógrafo. (H.)
En un entreacto de un drama	Idem	Curiosa y verídica relacion	(Am. 1865.)
En una aldea de España	Romance	El acertijo ó el animal extraño	(A. 30 Julio 1834.)
En una comedia antigua	Letrilla	...	(A. 10 Enero 1836.)
En vano, Anfriso, tus versos	Romance	Á los ojos negros	(M.) (P.) (Po.)
En vano los senados y los púlpitos	Fábula	El leon, el raposo, el lobo y el perro	Autógrafo. (H.)
Engancha, zagal amigo	Romance	Un viaje á Hortaleza	(M.) (Po.)
Entre otras palabras galas	Letrilla	La coqueta	(M.)
Envidiadme, hijos de Apolo	Redondillas	Á Cármen	Autógrafo. (H.)

PRIMER VERSO.	CLASE.	TÍTULO Ó EPÍGRAFE.	OBSERVACIONES.
Eres oprobio del arte	Epigrama	Á un mal actor, sordo por añadidura	(M.)
Eres rico y eres título	Romance	Al E. S. C. de H.	(M.)
Es mucho mundo!	Letrilla	Más vale caer en gracia que ser gracioso	(M.)
Es tanto mi desconsuelo	Idem	La niña enferma	(M.) (Po.)
Esa que llaman los hombres	Romance	La galantería	(M.)
Ese á quien Témis su balanza austera	Soneto	En el álbum de la Sra. Doña Eleuteria de Oñate, prima del autor	Autógrafo. (H.)
Ese hombre, cuyo renombre	Epigrama	Á un necio, titiritero de aficion	(M.)
Españoles!	Letrilla	La Ley.—Letrilla-prospecto	(M.)
Esto va mal, caro Príncipe	Idem	....	(L. 6 Julio 1836.)
Estoy frito, estoy en ascuas	Idem	El aguinaldo	(M.) (P.)
Excelsa Infanta española	Romance	En las bodas de S. A. R. la Infanta Doña Luisa Fernanda	(M.)
Extremada en la modestia	Décima	Á Manolita de los Herreros y Sorá, sobrina del autor	Autógrafo. (H.)
Fabio á un corro de camellos	Epigrama	Margaritas á puercos	(M.) (Po.)
Fileno, ¿así me dejas?	Anacreóntica	La ausencia fingida	(Po.)—Esta anacreóntica es la misma que en la edicion de Madrid, 1851, principia: *Salicio, ¿así me dejas?*
Gemid ¡oh ninfas del undoso Bétis!	Elegía	En la muerte de Lista	(M.)
«Gervasia, preven las velas	Romance	Curioso romance y verdadera relacion	(M.) (P.)
Gloria á ti, de ciudades modelo	Himno	Á la heroica ciudad de Santander, en loor del esfuerzo y patriotismo que acreditaron sus habitantes derrotando á una columna de facciosos en la accion de Várgas	(Au. 25 Nov. 1833.)
Gloria, que hoy es Pascua	Letrilla	Aleluya	(A. 3 Abril 1836.)
¡Gloria y prez al heroico trasunto	Himno	Á Gandesa	Papel impreso.
Guarda, mi Silvia, guarda!	Anacreóntica	La rosa	(M.) (P.) (Po.)
Guerra al que atice cruel	Letrilla	....	Autógrafo. (H.)
«Gustos y disgustos son	Idem	Variedad de gustos	(M.)
Harto estoy, viven los cielos	Letrilla	Me caso	(M.) (P.)
Harto por valles y cerros	Quintillas	La Paz	Autógrafo. (H.)
He aquí un encargo sencillo	Redondillas	Al Sr. D. Eduardo Marin	Impresas en *La Ilustracion española y americana*. Madrid. 1873.
¿He de ser yo tan avanto	Letrilla	Exorcismos	(M.) (Po.)
Henchida de puro gozo	Romance	En representacion de Castilla felicita una matrona á la Reina Doña Isabel II, con el plausible motivo de haberla declarado las Córtes mayor de edad	(M.)
Herid la suave cítara	Letrilla	Á la Princesa Doña María Isabel Luisa en sus dias.	(C. 21 Nov. 1832.)
Hermosa Cristina, orgullo	Romance	En celebridad del dia de la Reina Doña María Cristina	(C. 24 Julio 1831.)

Hijos mios inocentes	Romance	Amor materno	(M.)
¡Horror, horror eterno	Himno	....	(A. 25 Nov. 1835.)
Hoy que del ángel que feliz la rige	Soneto	Á la inauguracion del Teatro Real	Forma parte de la coleccion de *Poesías escritas con motivo de la inauguracion del Teatro Real.*—*Madrid.* 1850.—8.° mlla.
Huéspeda, que es tarde!	Romancillo	Mi viaje con dos amigos á Vista-alegre	(M.) (Po.)
Humo son y polvo y nada	Romance	La traicion de los Velas	Autógrafo. (H.)
Ídolo de la España	Anacreóntica	En las bodas de la Reina Doña Isabel II	(M.)
Ídolo de Madrid! doquier resuena	Soneto	Felicitacion á la Reina Doña María Cristina	Hoja impresa.
Ídolo de mi alma	Letrilla	Amor impaciente	(M.)
Iniciados de Apolo y Minerva	Himno	Para solemnizar la distribucion de los premios florales del Liceo de Madrid	Hoja impresa.
Iré, oh Roca! á beber á tu sa[illegible]	Soneto	Al Excmo. Sr. Marqués de Molins	Impreso en *Las Cuatro Navidades.*—Madrid. 1857.
Juan sus versos publicó	Epigrama	Á un mal poeta	(M.) (Po.)
Juana vive de coser	Letrilla	Sarta de embustes	(M.) (Po.)
La discordia ¡malo!	Idem	Lamentos de un carlista	(A. 15 Nov. 1835.)
La fuerza estriba en la union	Idem	Union y alerta	(A. 23 Ag. 1835.)
La fuerza siempre fué reina del mundo	Fábula	El lobo y el cordero	Autógrafo. (H.)
La pasion no me alucina	Redondillas	Mi señora	(M.)
La peregrina serrana	Romance	Á mi serrana enferma	(M.)
La sobriedad nos conviene	Fábula	El galgo y el cerdo	Autógrafo. (H.)
Las nueve ya! Abur, amigo	Romance	Uno de tantos	(M.)
Leonor se esconde.—¿Por qué será?	Letrilla	El primer billete	(M.)
Líbreme Dios de los ojos	Idem	Á Conchita	(M.)
Licia, si Dios no te ha dado	Romance	Consejos á una fea plagada de defectos morales	(M.) (Po.)
Licio, si quieres saber	Idem	Mi dama	(M.) (P.)
Linda cuál rosa en el albor del dia	Soneto	Á la gratísima memoria de la simpática actriz Doña Joaquina Baus	Autógrafo. (H.)
Lo has visto ¡oh Reina!: con acorde grito	Idem	Al restablecimiento y triunfo de Isabel II	Hoja impresa.
Lolita la de ojos negros	Romance	El pié de Lola.—Á la Excma. Sra. Doña Dolores Perignat de Pacheco	(M.)
Loor á ti el primero	Oda	El Teatro.—Á la admirable actriz Doña Concepcion Rodriguez	(M.) (Po.)
Los hombres dudarán, bella Tomasa	Soneto	En el álbum de mi mujer	Autógrafo. (H.)
Los que locamente pugnan	Fábula	La rana y el buey	Autógrafo. (H.)
Llegó el ansiado momento	Epigrama	A un mal actor, al acabarse la tragedia que representaba	(M.) (Po.)
Madre, ¿qué llama oculta	Anacreóntica	La pubertad	(M.) (P.) (Po.)
Mal conocia al hombre el ignorante	Sátira	La hipocresía	(M.)—Hay una edicion en 8.° de esta sátira, impresa en Madrid, por Repullés, el año 1834.
Mal de Tibulos y Propercios émulo	Epístola	Á la Excma. Sra. Doña Felisa Martin de Gonzalez Nandin	Autógrafo. (H.)
Mal van las cosas; muy mal que van	Letrilla	....	(A. 19 Abril 1835.)

PRIMER VERSO.	CLASE.	TÍTULO Ó EPÍGRAFE.	OBSERVACIONES.
Mal, Zorrilla, el siglo nuestro	Letrilla	¡Hay brujas!—Al Sr. D. José Zorrilla	(M.)
Mamá, me muero de hastío	Idem	El viaje á Carabanchel	(M.)
Manzanares	Romancillo	Á Silvia	(M.) (Po.)
Mariquita idolatrada	Romance	La política aplicada al amor	(M.) (P.)
Matilde! tú eres divina	Idem	Á la insigne actriz Matilde Díez	(M.)
Me enamoran los ojos de Climena	Soneto	El amante de todas	(M.) (Po.)
Me la echó de protector	Letrilla	Indicios vehementes	(M.)
¡Me veo, y sin el socorro	Quintilla	A mi retrato hecho por D. Cecilio Corro	Autógrafo. (H.)
Médico que me privas	Anacreóntica	Vino y amor	(M.) (P.) (Po.)
Mi libro es el Almanaque	Letrilla		(A. 30 Agosto 1835.)
Mi señora doña Rita	Idem	Consecuencias	(M.)
Mientes! *Tú* no eres *yo*. ¡Mientes, bellaco!	Sátira	Á un pretendido retrato del autor, y al autor del pretendido retrato	(M.)
Miéntras haya un figuron	Letrilla	Obstáculos á la felicidad de España	(M.)
¡Miradle allí, torciéndose las manos	Soneto		Hoja impresa.
Mitad preciosa del linaje humano	Sátira	Defensa de las mujeres	(M.) (P.)—Se imprimió esta composicion con el título de: *Sátira contra los Hombres en defensa de las Mugeres*, en Madrid, por Aguado, año 1829.—8.°
Monumento de orgullo fué tan sólo	Soneto	Al Santo Sepulcro	Autógrafo. (H.)
Motilon, tú que de altar	Letrilla		(U. 2 Abril 1834.)
Muy excelente Señor	Romance	Al Excmo. Sr. Marqués de Molins	Impreso en *Las Cuatro Navidades. Madrid.* 1857.
Nació de pié tu marido	Idem	Para el álbum de la Sra. Doña María Teresa Roca de Roca	Autógrafo. (H.)
Nadie duda que la rosa	Redondillas	Para el álbum de la Sra. Doña Rosa Guardiola, Baronesa de Andilla	Autógrafo. (H.)
Nadie me hable de hermosuras	Letrilla	Mi vecina	(M.)
Ni mi lengua brota espuma	Idem	¿Soy poeta?	(M.) (P.)
Niña cuya dulce voz	Décima	Para el álbum de la Señorita Doña Eloisa de Herbille	Autógrafo. (H.)
Niña hermosa, y año mio	Quintillas	Á una señorita	(M.) (Po.)
Niña que versos me pides	Redondillas	En el álbum de una actriz	(M.)
No á mí de Marte las horrendas lides	Oda	Al Rey D. Fernando VII	Impresa en la *Esposicion de las funciones... que... Madrid tiene dispuestas para solemnizar el regreso de Ntros. Soberanos...*—1828.
No á todos los vivientes	Fábula	El asno y el perrito	Autógrafo. (H.)
No con paleta y pincel	Romance	En el álbum de D. Antonio Rotondo	(M.)
No en vano el español, bella Cristina	Oda	Á S. M. la Reina Doña María Cristina, con motivo del decreto de amnistía dado en 15 de Octubre de 1832	(M.)
No envidio yo, Corina	Anacreóntica	[illegible]	(M.) (Po.)

No hay pastor que no alabe la hermosura..	Soneto........	La bóca de Lisaura..........	(M.)
No hay que decir á Facundo............	Epigrama.....	Á un plagiario..........................	(M.) (Po.)
No más, no más callar; que ya en mi seno.	Sátira........	El furor filarmónico........................	(M.) (P.)—Hay una edicion de esta obra con este título: *Contra el furor filarmónico, ó más bien contra los que desprecian el Teatro español. Sátira.*—*Madrid.* 1828. *Impr. de Búrgos.*—8.º
No me conduzcas, Mireno...............	Letrilla.......	Á Silvia ausente...........................	(M.) (Po.)
No me pidas rubíes ni esmeraldas.........	Soneto........	Pacto amoroso.............................	(M.) (Po.)
No nos cansemos.........................	Letrilla.......	Revolucion!.................................	(M.) (P.)
No para mí los anchurosos valles..........	Oda..........	La noche....................................	(M.) (Po.)
No rebuznaron en balde.................	Letrilla.......	....	(A. 9 Agosto 1835.)
No sé si de Alicante ó del Provencio.......	Sátira........	La manía de viajar. Epístola dirigida en Julio de 1845 al Excmo. Sr. Marqués de Molins......	(M.) (P.)
No sólo en farsas dramáticas..............	Letrilla.......	El diablo predicador........................	(M.)
No soy, alevosa Zaida....................	Romance......	Aliatar.......................................	(M.) (Po.)
No tan sólo entre varones................	Letrilla.......	El gorro y la mantilla......................	(M.)
No temas atribuirte......................	Epigrama.....	Á un mal traductor que publicaba como suyas las obras que traducia.........................	(M.) (Po.)
¿No ves cómo sus galas más preciosas.....	Égloga.......	Al cumpleaños de la Reina Doña María Cristina..	(Po.)
¡Oh Délio una y mil veces envidiado.......	Oda..........	Á la Señorita Doña Mariana Rives..............	(M.) (Po.)
Oh momento plácido!.....................	Himno........	....	Impreso en la *Esposicion de las Funciones... que... Madrid tiene dispuestas pnra solemnizar el regreso de Ntros... Soberanos.* 1828.
Oh Patria!, si el magnánimo guerrero.....	Oda..........	Á la Sociedad Económica Matritense....	Impresa en el folleto titulado *Junta pública de la Sociedad Económica Matritense, celebrada en Febrero de* 1838.—*Madrid.* 1838.—4.º
¡Oh qué de albañiles trepan..............	Letrilla.......	....	(A. 15 Mayo 1836.)
¡Oh qué expedicion tan bella.............	Idem.........	....	Hoja impresa.
Oh qué gloria de verano!.................	Idem.........	El verano del pobre..........................	(M.) (P.)
¡Oh qué linda es la pradera..	Idem.........	Madrid y el campo...........................	(M.)
Oh qué sabio es Madrid! ¡Oh cuál rechina.	Sátira........	Los escritores adocenados....................	(M.)—Fué impresa con el título de *Sátira contra la manía contagiosa de escribir para el público,* en Madrid, por Repullés, Abril de 1833.—8.º
¡Oh qué tonto es don Andres.............	Letrilla.......	Pecados necios y gustos depravados............	(M.) (Po.)
Oh siglo del *vapor* y del *buen tono!*.......	Sátira........	Epístola moral sobre las costumbres del siglo....	(M.)
Oh! Ya luciste, venturoso dia............	Oda..........	El dia 24 de Julio de 1834....................	(A. 24 Julio 1834.)
Orillas del mar cántabro.................	Letrilla.......	Para el álbum de la Señorita Doña Adelaida Torres.......................................	(S. 1850.)
Os debo un favor, Ayala.................	Idem.........	Al Excmo. Sr. D. Adelardo Lopez de Ayala......	Copia manuscrita. (H.)
Otro *álbum!*.... ¿Qué escribo en él........	Romance.....	Para el álbum de la Señora Doña María Arroyo de Ros de Olano, Vizcondesa de Ros............	Autógrafo. (H.)
Otros canten de las tórtolas..............	Letrilla.......	La mariposa.................................	(M.)
¿Oyes bramar, serrana...................	Anacreóntica..	El invierno.................................	(M.) (P.) (Po.)

PRIMER VERSO.	CLASE.	TÍTULO Ó EPÍGRAFE.	OBSERVACIONES.
¿Oyes resonar, Batilo	Romance	Con el plausible motivo de hallarse encinta la Reina Doña María Cristina	(C. 12 Set. 1831.)
Padres los dós felices algun dia	Soneto	Los dos padres. Traduccion del italiano	(M.)
Papeles y pergaminos	Epigrama	Á un autorzuelo que se jactaba de escribir mucho.	(M.) (Po.)
Para un viejo, almacen de desengaños	Idem		Impreso en el *Almanaque de la Ilustracion.—Año* 1874.
Pepa donosa	Letrilla	En el álbum de Pepita P	(M.)
Perdí ya el estro y la fe	Idem	Á Carlota	Impresa en el núm. 167 de *El Gobierno*, periódico de Madrid. 1864.—Refundicion de la letrilla que principia: *¿Qué puedo decirte yo*.....
Permita el Ateneo Palmesano	Epístola	Al Ateneo Balear	Autógrafo. (H.)
Pilar hermosa	Romancillo	Á Pilar	(M.) (P.)
Por esos negros ojos	Anacreóntica		(Po.)
Por qué enmudece de Hipocrene el canto?	Soneto	Á la señora Concepcion Rodriguez, primera actriz de los teatros de Madrid	(Po.)
Por Ti de la ciencia los próvidos templos	Romance	El Liceo. Á Cristina	(M.)
Posaba sobre un árbol maese Cuervo	Fábula	El cuervo y el raposo	Autógrafo. (H.)
¿Posible es que no te abruma	Quintillas	En el álbum de la Señora Doña Isabel García Luna	(M.)
Postrado, oh Reina, á tus piés	Idem	Felicita Aragon, en figura de un guerrero, á la Reina Doña Isabel II, con el plausible motivo de haberla declarado las Córtes mayor de edad.	(M.)
Pretender que venturoso	Letrilla	Glosa de varios refranes	(M.) (P.)
Prima, aunque nunca te vi	Romance	Á la Señora Doña Magdalena Sorá de los Herreros.	(M.)
Pueblos de Iberia	Letrilla	Bilbao.—¡Gloria á Bilbao, gloria inmortal!	(A. 16 Agosto 1835.)
Pues eres mi *año*	Romancillo	Á la dama que la suerte me ha deparado para el presente año de gracia	Impreso en *El Museo Universal.—Madrid*. 1858.
Pues mandas que yo lo estrene	Redondillas	Á Elvira	Impresas en el *Almanaque de El Museo Universal para* 1864.
Pues reina la *moda* en Nápoles	Letrilla	La moda	(Mo. 1856.)
Qué anuncio para un *dozavo!*	Epigrama	Á un disforme y minucioso cartel en que se anunciaba un libro muy pequeño	(M.) (Po.)
¡Que contra su propio hermano	Letrilla	Es mucho cuento!	(M.)
Qué dulce es una cama regalada!	Soneto	Á la pereza	(M.) (Po.)
Que eres varon con v, prole robusta	Idem	Para el álbum del Sr. Baron de Andilla	Autógrafo. (H.)
Que es bella la *luz* del dia	Romance	Para el álbum de la Sra. Doña Luz Arregui de Ibarra	Autógrafo. (H.)
Que es el mejor estado	Letrilla	No me caso	(M.) (P.)
Qué es eso? Ahora sale el sol	Idem	La feria de Madrid	(M.) (P.)
[illegible]	Romance	Los [illegible]	[illegible]

¿Qué falta á los liberales	Letrilla		(L. 8 Agosto [illegible].)
¡Qué feliz fuera la España	Idem	La empleomanía	(M.)
¿Qué fué del horrible	Idem	Nuevo oficio de difuntos	(A. 18 Junio 1834.)
¿Qué grato perfume es este	Quintillas	Á la Señorita Doña Carolina Coronado	(M.) (P.)
Qué hay en Madrid,.... que no hay nada?	Letrilla	Crísis ministerial	(M.)
Que por ceñir á la testa	Idem		(A. 4 Octubre 1835.)
¿Qué puedo decirte yo	Idem	Á la Señorita Doña Manuela Garces de Marcilla	Autógrafo. (H.)—De esta letrilla hay una refundicion que principia: *Perdí ya el estro y la fe,* y se halla impresa en el número 167 de *El Gobierno,* periódico de Madrid. 1864.
¿Qué se han hecho, clamaba proscripto	Idem	¡Ay, comadre, qué tiempos aquellos!	(A. 15 Febrero 1835.)
¿Que yo me aliste en las hordas	Idem		(A. 24 Enero 1836.)
¿Quién eres, pálido espectro	Romance	La cuaresma	(M.)
Quieres, Luisa, que de tu álbum	Idem	En el álbum de la Señorita Doña Luisa Garay de Casale	Autógrafo. (H.)
¡Quieres que yo estrene tu álbum	Idem	Para el álbum de la Señorita Doña Rosa Dot de Michans	Impreso en el *Almanaque de la Iberia para* 1861.
Recuerdo en este instante	Anacreóntica	Ventura conyugal	(M.) (P.)
Reniego del astro pésimo	Romance	Lamentos de un poeta	(M.) (Po.)
Reposa; no estudies	Letrilla	Cobra buena fama, y échate á dormir	(M.)
Roca, cuando en tu grata compañía	Soneto	Al Excmo. Sr. Marqués de Molins	Impreso en *Las Cuatro Navidades.—Madrid.* 1857.
Salicio, ¿así me dejas?	Anacreóntica	La ausencia fingida	(M.)—Esta anacreóntica es la misma que en la coleccion de Poesías de 1831 principia: *Fileno; ¿así me dejas?*
Salud, ilustre Reina	Letrilla	Á la Reina Doña María Cristina	(A. 15 Junio 1834.)
Salud, ínclito Leandro	Redondillas	Á Moratin	(M.)
«¡Salve, correo de Jove	Romance	Juicio del año 1834	Impreso en el *Calendario para Castilla la Nueva, correspondiente al año de* 1834.—*Madrid.* 1833.
¡Salve, gentil zagala	Letrilla	Á la Señorita Cornelia Van-Ness	(Po.)
San Sebastian de Guipúzcoa	Romance		Autógrafo. (H.)
«Saturno, el feroz Saturno	Idem	Juicio del año 1842	Impreso en el *Calendario para Castilla la Nueva, correspondiente al año* 1842.—*Madrid.* 1841.
Se equivoca don Ventura	Quintillas	En el álbum de la Señorita Doña Luisa Lario	Autógrafo. (H.)
Se espera á un gran paladin	Letrilla	El Héroe del Trocadero	(A. 26 Julio 1835.)
Sectario de Cárlos quinto	Idem		(U. 7 Mayo 1834.)
Sepa el curioso lector	Romance	Una noche de broma	(M.) (P.)
Sepa toda la ciudad	Letrilla	Una notabilidad!	(M.) (P.)
Serena el pecho, Dalmiro	Romance	Á Dalmiro celoso	(M.) (Po.)
Serrana, vente conmigo	Letrilla	La declaracion del soldado	(M.)
Si á ser cortejo se humilla	Idem	Amén á todos	(M.) (P.) (Po.)

PRIMER VERSO.	CLASE.	TÍTULO Ó EPÍGRAFE.	OBSERVACIONES.
Si asocia su humilde pluma	Redondillas	En el álbum de una señora	(M.)
Si de este corazon qué fiel te ama	Soneto	Quejas de un amante	(M.)
Si el militar consiguiera	Letrilla	Gollerías	(M.)
Si es verdad, mi dulce Flérida	Romance	Salgamos de Madrid!	(M.) (P.)
Si llevo mis ofrendas	Anacreóntica	El turno de Baco	(M.) (P.) (Po.)
Si por defender en vano	Letrilla	....	(Au. 27 Nov. 1833.)
Si por hermosa y discreta	Redondillas	Á Cármen	(M.) (P.)
Si un dia, por desgracia yá lejano	Soneto	Para la Corona fúnebre del Excmo. Sr. D. Ángel Saavedra, Duque de Rivas	Autógrafo. (H.)
Si una misma cosa son	Quintillas	En el álbum de Sofía	Autógrafo. (H.)
Si venerando absorto el jaspe mudo	Soneto	Á Calderon	Hoja impresa.
Siempre que tiene una broma	Letrilla	Sea en hora buena!	(M.) (Po.)
Sigue derrotando, ¡oh Juan!	Romance	Al Excmo. Sr. D. Juan Prim	Forma parte de la *Carta dirigida por los más distinguidos literatos y amigos del Conde de Reus*.—S. l. n. a.—Foll. 8.° mlla.
Silencio, que nos miran!	Anacreóntica	Precaucion	(M.) (Po.)
Soberbio escudo	Letrilla	No es oro todo lo que reluce	(M.) (P.)
Sobre ser tan bella ¡oh Tula!	Redondillas	Á la Excma. Sra. Doña Gertrúdis Gomez de Avellaneda	(M.)
Sórdido, vil egoismo	Letrilla	El egoismo	(A. 1.° Febrero 1835.)
Su vida escribió Benito	Epigrama	Á un mal autor que dejó escrita su vida	(M.) (Po.)
Suelta el arcabuz horrible	Letrilla	Á Laura tirando al blanco	(M.) (P.) (Po.)
Suena un látigo..... ¡Alegría!	Idem	El Congreso	(A. 8 Noviembre 1835.)
Suspende, oh Parca, por piedad tu encono	Elegía	Á la muerte de la Señora Doña María de Zavala	(M.) (Po.)
Tal fama y tan merecida	Romance	En el álbum de la Excma. Señora Duquesa de Frias	(M.)
Tal vez insulta la plebe	Letrilla	Sarna con gusto no pica	(M.)
Tambien á ti, farsante rutinero	Sátira	Los malos actores	(M.)—De esta obra hay una edicion con el título de: *Sátira contra los abusos y despropósitos introducidos en el arte de la declamacion teatral.—Madrid. Imprenta de Repullés*. 1834.—8.°
Tanta es niña mi ternura	Letrilla	Dimisorias á una dama	(M.) (Po.)
Tanta *flor*, tanto *amor* en la portada	Soneto	En el álbum de la Señorita Doña Adela de Vallejo	Autógrafo. (H.)
Tengo un hijo grandullon	Letrilla	El qué dirán	(M.)
Tente, ó tu bombé me aplasta	Epigrama	Á un mal médico, que iba desempedrando las calles en un magnífico bombé	(M.) (Po.)
¡Tiempo feliz, dice *Abarca*	Letrilla	....	Hoja impresa.
Torna á resplandecer la dulce aurora	Soneto	Á la Reina Doña María Cristina	(C. 27 Abril 1831.)
Tu *álbum* no me deja *blanco*	Décima	En el álbum de una señorita	Autógrafo. (H.)
Tú sola, madre mia	Letrilla	Amor filial	(M.)
¡Tú, tan ingenua y tan franca	Idem	Á la Excma. Sra. Doña María Encarnacion de …	…

Tus ojos me abrasan	Anacreóntica	La declaracion involuntaria	(M.) (Po.)
Un ángel puro os domina	Himno	Himno militar á S. M. la Reina Doña María Cristina	Autógrafo. (H.)
Un lobo se quedó con el ayuno	Fábula	El lobo y el perro	Autógrafo. (H.)
Un queso, Cármen bella, me enviaste	Soneto	Á una amiga	(M.)
Un vate sexagenario	Redondillas	Para el álbum de la Sra. Doña Rosario de Galvez Cañero	Autógrafo. (H.)
Vaya, que es faena	Letrilla	La letrilla obligatoria	(M.) (P.)
Ve cantando por la calle	Idem	Los hombres importantes	(M.)
Venga, venga una careta	Idem	El carnaval	(M.)
Venid, zagalejos	Romancillo	Á una morena	(M.) (Po.)
Verdades á troche y moche	Letrilla	Dios sobre todo	(M.) (Po.)
¡Victoria á la teocracia	Idem		(A. 22 Nov. 1835.)
Vió á don Pedro don Vicente	Redondillas	El agiotaje	(M.) (P.)
Viva Dios y arda Navarra	Letrilla	La aguadora	(M.)
Volemos patriotas	Himno	Al cumpleaños de la Reina Doña Isabel II	(A. 11 Octubre 1835.)
¡Voto á brios..... Todos á una	Letrilla		(A. 17 Mayo 1835.)
Voy á hablarte ingenuamente	Epigrama	Á un recien poeta de pocas esperanzas	(M.) (Po.)
Vuelve, Filena mia	Letrilla	El celoso arrepentido	(M.) (Po.)
Ya he triunfado, *Villemur*	Idem		(A. 3 Mayo 1835.)
Ya no es tiempo ¡vive Dios!	Idem	Herrar, ó quitar el banco	(A. 17 Enero 1836.)
Ya que he quedao cesante	Idem	La criada	(M.)
Ya que tienes privilegio	Idem	Los candidatos	(M.)
Ya quince veces Abril	Letrilla		(A. 29 Marzo 1835.)
Yo, el redactor del memorial de márras	Epístola	Al Excmo. Sr. Marqués de Molins	Impresa en *Las Cuatro Navidades.—Madrid.* 1857.
Yo no sé cómo mi acento	Quintillas	Recuerdos de un baile de máscaras	(M.) (P.)—De esta composicion hay una edicion suelta en 8.°, impresa en Madrid por D. José Repullés, el año 1834.
Yo soy muy buen cristiano	Letrilla	El feo	(M.) (P.)
Yo tengo una alma	Idem	Está perdida la sociedad	(M.) (P.)
Zagales, no es Flora	Idem	Á Lola en sus dias	(M.) (P.)

OBRAS EN PROSA.

Bosquejo histórico del Teatro español, escrito en frances por Mr. Viardot. (A. 12, 14, 16, 21, 23 y 29 de Julio de 1834.)

Discurso | de accion de gracias | á | la R.l Academia Española | leido por | D. Manuel Breton de los Herreros | al tomar posesion de la plaza de | socio honorario en la sesion | del dia 15 de Junio de 1837.—Ms. autógrafo de 22 hojas en 4.°—(H.)

Este discurso, sin el exordio y con ligeras variantes, se publicó en el periódico titulado: *El Liceo artístico y literario español*, 1838, con el epígrafe de: Literatura dramática.—De la utilidad de la versificacion en los dramas, especialmente en la comedia, y de los metros que más se adaptan al diálogo.

Informe al Ministerio de la Gober- | nacion sobre una exposicion de D. Julian | Romea pidiendo que bajo ciertas condicio- | nes se le conceda grátis, y con una sub- | vencion ademas, el teatro del Príncipe.—Ms. autógrafo de 6 hojas en 4.°, fechado en Madrid el 15 de Marzo de 1860.—(H.)

Progresos y estado actual del arte de la declamacion en los teatros de España. Por Don Manuel Breton de los Herreros.—Madrid. Mellado, 1852.—4.° mlla.—Tirada especial del artículo titulado: *Declamacion. Progresos y estado actual de este arte en los teatros de España*, que sin nombre de autor, se halla impreso en el tomo 12.° de la *Enciclopedia moderna, publicada por D. Francisco de P. Mellado. Madrid*, 1852.

Resúmen de las actas y tareas de la Real Academia Española. Por D. Manuel Breton de los Herreros.—Madrid, 1860.—1869.—9 folletos 8.° d. mlla.

Años académicos de 1859 á 1860, 1860 á 1861, 1861 á 1862, 1862 á 1863, 1863 á 1864, 1864 á 1865, 1865 á 1866, 1866 á 1867 y 1868 á 1869.

Sinónimos castellanos compuestos por Don Manuel Breton de los Herreros.—Ms. autógrafo de 577 hojas en 4.° y en 8.°—(H.)

Comprende este diccionario 526 artículos, cuyos epígrafes son los siguientes:

Á costa, Á expensas.
Abadejo, Bacalao ó Bacallao, Pescado.
Abatimiento, Abyeccion, Degradacion, Envilecimiento. (R. 1857.)
Abecé, Abecedario, Alfabeto.
Abertura, Apertura. (Am. 1857.)
Abochornar, Avergonzar, Ruborizar, Sonrojar. (C. U. 1856.)
Abolir, Anular, Derogar, Extinguir, Suprimir. (M. F. 1856.)
Aborrecimiento, Antipatía, Aversion, Encono, Odio, Ojeriza, Rencor. (R. 1857.)
Abreviatura, Cifra, Monograma.
Abrumar, Agobiar. (R. 1857.)
Acaecer, Acontecer, Ocurrir, Suceder. (Am. 1857.)
Accidental, Eventual. (Am. 1857.)
Acechar, Atisbar, Avizorar. (Am. 1857.)
Aceituno, Oliva, Olivo.
Aceptar, Admitir. (Am. 1857.)
Acertijo, Adivinanza, Enigma, Quisicosa.
Acicalado, Atildado, Pulcro. (Am. 1857.)
Acobardar, Amedrentar, Arredrar, Intimidar. (M. F. 1856.)
Acomodo, Colocacion, Conveniencia. (M. F. 1856.)
Acompañamiento, Cortejo, Séquito. (R. 1857.)
Aconsejar, Insinuar, Inspirar, Sugerir. (Mo. 1856.)
Acosar, Hostigar, Hostilizar, Perseguir. (Mo. 1856.)
Acostarse, Echarse, Reclinarse, Recostarse. (Mo.)
Acostumbrar, Soler. (Mo.)
Acrecentamiento, Aumento, Incremento.
Acreedor, Digno, Merecedor. (Mo. 1856.)
Actor, Comediante, Cómico, Farsante, Histrion, Representante. (Mo.)
Acumular, Achacar, Atribuir, Imputar. (Mo. 1856.)
Achacoso, Delicado, Enclenque, Enfermizo, Valetudinario. (Mo.)
Adamado, Afeminado. (Mo.)
Adepto, Prosélito. (Mo.)
Aderezar, Condimentar, Guisar, Sazonar.
Adicion, Aditamento, Agregacion, Agregado, Añadidura, Apéndice. (Mo. 1856.)
Adoptar, Prohijar. (Am. 1857.)
Adulacion, Lisonja.
Adusto, Displicente, Indigesto. (Mo. 1856.)
Adversario, Antagonista, Contrario, Émulo, Enemigo. (Mo. 1857.)
Advertir, Avisar, Prevenir. (Mo. 1857.)
Afan, Ahinco, Anhelo, Ansia. (C. U. 1856.)
Aferrar, Agarrar, Asir. (Mo. 1857.)
Afrenta, Baldon, Deshonra, Ignominia, Infamia, Oprobio. (Am. 1857.)
Agilidad, Ligereza. (Mo. 1857.)
Agraciada, Bella, Bonita, Graciosa, Hermosa, Linda. (Mo.)
Agricultor, Labrador, Labriego. (Mo.)
Aguacero, Chaparron, Chubasco. (Mo.)
Aguantar, Soportar, Sufrir, Tolerar. (Am. 1857.)
Agudo, Gracioso. (Mo.)
Agujerear, Horadar, Perforar, Taladrar. (Mo.)
Albo, Blanco, Cándido, Cano.
Alborozo, Alegría, Gozo, Júbilo, Regocijo. (C. U. 1856.)
Alcoba, Dormitorio.
Algarabía, Galimatías, Jerigonza.
Aliciente, Atractivo. (Mo.)
Alimentar, Mantener, Sostener, Sustentar. (Mo.)
Alivio, Mejoría. (Mo.)
Alojar, Aposentar, Dar hospitalidad, Hospedar. (Mo.)
Altanero, Altivo.
Altercacion ó Altercado, Contienda, Cuestion, Disension, Disputa, Reyerta. (Mo.)
Alternar, Tratar, Tratarse. (Am. 1857.)
Amago, Amenaza. (Am. 1857.)
Amanuense, Calígrafo, Escribiente, Pendolista.
Amaños, Ardid, Artería, Estratagema. (Mo.)
Ambages, Circunloquios, Rodeos. (Mo.)

Ambigüedad, Anfibología. (Mo.)
Amparo, Apoyo, Arrimo, Favor, Patrocinio, Proteccion. (Mo.)
Ampliar, Amplificar. (Mo.)
Anacoreta, Eremita, Ermitaño.
Anciano, Grandevo, Longevo, Viejo. (Mo.)
Ancho, Anchor, Anchura, Latitud. (Mo.)
Andar, Ir andando, Ir á pié. (Mo.)
Anegar, Inundar, Sumergir. (Mo.)
Apacentar, Pacer, Pastar.
Apaciguar, Pacificar. (Mo.)
Apagar, Extinguir. (Mo.)
Apartar, Remover, Separar.
Apetencia, Apetito, Gana, Hambre, Necesidad. (Am. 1857.)
Apocado, Cobarde, Medroso, Meticuloso, Miedoso, Pusilánime, Temeroso, Tímido, Timorato.
Apremiante, Perentorio, Urgente. (Mo.)
Aquiescencia, Asenso, Asentimiento, Condescendencia, Consentimiento. (Am. 1857.)
Arbolillo, Arbusto. (Mo.)
Arcano, Misterio, Reserva, Secreto, Sigilo, Silencio. (Am. 1857.)
Arduo, Difícil, Dificultoso. (Am. 1857.)
Armisticio, Suspension de armas, Tregua.
Arreglado, Imitado, Refundido, Tomado, Traducido libremente.
Arrestarse, Arriesgarse, Arrojarse, Aventurarse. (Am. 1857.)
Arrinconar, Arrumbar. (Mo.)
Arrojar, Lanzar, Tirar. (Mo.)
Arrumaco, Piropo, Requiebro. (Mo.)
Ascendiente, Predominio. (Mo.)
Asemejar, Asimilar. (Mo.)
Asesino, Sicario.
Aspirar, Optar. (Mo.)
Atencion, Cortesanía, Cortesía, Urbanidad.
Atestiguar, Testificar. (Mo.)
Aún, Hasta, Tambien. (Mo.)
Ausentarse, Irse, Largarse, Marcharse, Partir.
Auxilio, Ayuda, Socorro.
Avaricia, Codicia. (Mo.)
Averiguar, Indagar, Inquirir, Investigar. (Mo.)
Baile, Danza.
Balbuciente, Tartajoso, Tartamudo.
Baldado, Tullido. (Mo.)
Baldío, Vagabundo ó Vagamundo, Vago. (Mo.)
Barro, Cieno, Fango, Limo, Lodo. (Mo.)
Barruntar, Presentir, Prever. (Mo.)
Bastante, Suficiente. (Mo.)
Bastardía, Vileza, Villanía. (Mo.)
Batacazo, Costalada, Porrazo.
Befa, Burla, Escarnio, Irrision, Mofa. (Am. 1857.)
Beneficencia, Caridad.
Beneficio, Ganancia, Lucro, Provecho, Utilidad. (Am. 1857.)
Beneplácito, Vénia. (Am. 1857.)
Beodo, Borracho, Ebrio, Embriagado. (Am. 1858.)
Beso, Ósculo. (Am. 1857.)
Bestia, Bruto. (Am. 1857.)
Bienmandado, Obediente. (Am. 1857.)
Bisoño, Novato, Novel, Novicio, Nuevo.
Bizarría, Gallardía. (Am. 1857.)
Bocado, Manjar, Vianda. (Am. 1857.)
Boda, Bodas. (Am. 1857.)
Bola, Calumnia, Embolismo, Embuste, Engaño. Enredo, Impostura, Mentira. (Am. 1857.)
Borron, Lunar, Mancilla, Mancha. (Am. 1857.)
Bosque, Selva.
Bracero, Jornalero, Obrero, Operario, Peon.
Broma, Burla, Chanza.
Buen humor, Jovialidad. (Am. 1858.)
Bufete, Despacho, Escritorio, Estudio. (Am. 1858.)
Bufon, Juglar. (Am. 1858.)
Burlador, Burlon. (Am. 1858.)
Burlesco, Cómico, Epigramático, Festivo, Jocoso. (Am. 1858.)
Cabaña, Choza, Tugurio.
Cachaza, Flema, Posma, Sorna. (Am. 1858.)
Cadalso, Patíbulo, Suplicio.
Cadáver, Difunto, Muerto. (Am. 1858.)
Cálculo, Cómputo, Presupuesto. (Am. 1858.)
Cálido, Caliente, Caloroso, Caluroso. (Am. 1858.)
Cama, Lecho, Tálamo. (Am. 1858.)
Cambiar, Conmutar, Permutar, Trocar. (Am. 1858.)
Cambiar, Mudar, Mudarse. (Am. 1858.)
Camposanto, Cementerio.
Can, Perro. (Am. 1858.)
Capaz, Susceptible. (Am. 1858.)
Capcioso, Insidioso. (M. F. 1859.)
Capital, Caudal. (Am. 1858.)
Captura, Prision. (Am. 1858.)
Cara, Faz, Fisonomía, Rostro, Semblante. (Am. 1858.)
Carcajada, Risotada. (Am. 1858.)
Carencia, Falta, Privacion. (M. F. 1859.)
Cargo, Destino, Empleo, Plaza. (Am. 1858.)
Carnicero, Carnívoro. (Am. 1858.)
Carta, Epístola.
Carta, Naipe.
Casa, Habitacion, Morada, Vivienda. (Am. 1858.)
Casadera, Núbil. (Am. 1858.)
Casero, Doméstico. (M. F. 1859.)
Causa, Motivo, Móvil, Razon. (M. F. 1859.)
Ceguedad, Ceguera. (M. F. 1859.)
Cenceño, Delgado, Enjuto, Flaco. (M. F. 1859.)
Censura, Crítica.
Ceño, Entrecejo, Sobrecejo, Zuño. (M. F. 1859.)
Cercano, Inmediato, Próximo. (M. F. 1859.)
Certeza, Certidumbre. (M. F. 1859.)
Cetro, Corona. (M. F. 1859.)
Cisura, Cortadura, Incision, Sajadura. (M. F. 1859.)
Cívico, Civil, Urbano. (M. F. 1859.)
Claridad, Desvergüenza, Fresca, Improperio, Pulla. (M. F. 1859.)
Claustro, Convento, Monasterio.
Coadyuvar, Cooperar. (M. F. 1859.)
Cocido, Olla, Puchera, Puchero.
Coetáneo, Coevo, Contemporáneo. (M. F. 1859.)
Cohabitar, Habitar con. (M. F. 1859.)
Cohonestar, Paliar. (M. F. 1859.)
Colindante, Confinante, Contérmino, Finítimo, Fronterizo, Limítrofe, Lindante, Rayano. (M. F. 1859.)
Coloquio, Conferencia, Conversacion, Diálogo.
Colosal, Disforme, Enorme, Ingente. (M. F. 1859.)
Comensal ó Conmensal, Paniaguado.
Comestibles, Vitualla, Víveres. (M. F. 1859.)
Comparar, Equiparar, Igualar. (M. F. 1860.)
Compasion, Conmiseracion, Lástima, Misericordia.
Complacencia, Contento, Deleite, Gusto, Placer, Satisfaccion. (C. U. 1856.)
Componerse, Constar de. (M. F. 1860.)
Comprar, Mercar.
Comprobar, Compulsar, Confrontar, Cotejar.
Con, No sin. (M. F. 1860.)
Concision, Laconismo

Concitar, Conmover, Solevantar, Soliviar, Sublevar. (M. F. 1860.)
Conculcar, Hollar. (M. F. 1860.)
Conducta, Proceder, Procedimiento. (M. F. 1860.)
Confinar, Deportar, Desterrar, Extrañar, Relegar. (M. F. 1860.)
Conformidad, Paciencia, Resignacion. (M. F. 1860.)
Consideraciones, Contemplaciones, Miramientos. (M. F. 1860.)
Consorte, Cónyuge. (M. F. 1860.)
Constar, Saber. (M. F. 1860.)
Construir, Elaborar, Fabricar, Labrar. (M. F. 1860.)
Consuelo, Solaz. (M. F. 1861.)
Consumo, Dispendio. Gasto.
Contar, Narrar, Referir. (M. F. 1861.)
Continuar, Proseguir, Seguir. (M. F. 1861.)
Continuo, Incesante, Perenne. (M. F. 1860.)
Contradecir, Redargüir, Replicar, Reponer.
Contrahacer, Falsificar.
Contraposicion, Contraste.
Contravencion, Desobediencia.
Controversia, Polémica.
Cordial, Entrañable, Tierno.
Corporacion, Cuerpo.
Cosecha, Esquilmo.
Costa, Márgen, Orilla, Ribera.
Costal, Saca, Saco, Talega, Talego.
Costillas, Espalda-espaldas.
Cotidiano, De cada dia, Diario.
Coyuntura, Ocasion, Oportunidad.
Cruento, Sangriento, Sanguinario.
Cuadrilla, Gavilla.
Cumplimiento, Observancia.
Cumplir, Obedecer, Observar.
Cura, Curacion.
Curso, Decurso, Discurso, Espacio, Intervalo, Lapso, Transcurso.
Charlatan, Gárrulo, Hablador, Lenguaz, Locuaz.
Chasquido, Estallido, Estampido, Estrépito, Estridor, Estruendo, Fracaso, Fragor.
Chistoso, Decidor, Divertido.
Dadivoso, Generoso, Liberal.
Dama, Señora.
Dañoso, Nocivo, Perjudicial, Pernicioso.
De balde, Grátis, Gratuitamente.
De España, Español.
Debate, Deliberacion, Discusion. (Am. 1866.)
Débil, Fácil, Frágil.
Débito, Deuda.
Decision, Determinacion, Resolucion.
Deducir, Inferir.
Degradante, Humillante. (Am. 1866.)
Delectacion, Fruicion. (Am. 1866.)
Deleznable, Escurridizo, Resbaladizo. (Am. 1866.)
Delincuente, Reo.
Demasiado, Excesivo, Nimio. (Am. 1866.)
Demente, Insano, Insensato, Loco. (Am. 1866.)
Demoler, Derribar, Derruir. (Am. 1866.)
Demora, Dilacion, Tardanza. (Am. 1866.)
Demostrar, Probar. (Am. 1866.)
Denigrar, Detractar, Detraer, Difamar.
Denuedo, Esfuerzo. (Am. 1866.)
Denuesto, Injuria, Insulto. (Am. 1866.)
Deponer, Destituir, Exonerar, Relevar, Separar. (Am. 1866.)
Derrochar, Dilapidar, Malgastar, Malrotar. (Am. 1865.)
Desaborido, Desabrido, Insípido, Insulso, Soso. (Am. 1865.)
Desacreditado, Desconceptuado, Malmirado, Malquisto. (Am. 1865.)
Desafío, Duelo, Reto. (Am. 1865.)
Desagradecido, Ingrato.
Desaire, Desden, Desprecio, Desvío.
Desaliño, Desaseo. (Am. 1865.)
Desangrado, Exangüe.
Desasosiego, Inquietud, Zozobra.
Descanso, Reposo.
Descaro, Descoco, Desfachatez.
Desconfianza, Recelo, Suspicacia. (Am. 1865.)
Descreido, Incrédulo. (Am. 1865.)
Descuento, Rebaja.
Desembarazo, Desenfado, Desenvoltura, Desparpajo, Despejo.
Desengaño, Escarmiento. (Am. 1865.)
Desentenderse, Hacerse el desentendido, No darse por entendido.
Desgana, Inapetencia.
Desidia, Pereza.
Desierto, Despoblado, Yermo.
Deslenguado, Desvergonzado, Insolente, Lenguaraz, Procaz.
Desmañado, Lerdo, Torpe.
Despedazar, Destrozar.
Desperdigar, Diseminar, Dispersar, Esparcir.
Desperfecto, Deterioro, Detrimento, Menoscabo.
Destemplanza, Intemperancia.
Destreza, Habilidad, Maestría, Maña, Pericia.
Desvelo, Insomnio, Pervigilio, Vela, Vigilia.
Detras, En pos. (Am. 1865.)
Diatriba, Invectiva, Sátira.
Diferente, Distinto, Diverso, Vario.
Dignarse de, Servirse de, Tener á bien, Venir en.
Diligencias, Gestiones, Pasos.
Diminuto, Escaso, Exiguo.
Disciplina, Subordinacion.
Discordancia, Disentimiento, Disidencia.
Disculpa, Exculpacion, Excusa.
Disfrutar, Gozar.
Disgusto, Sinsabor.
Disimulado, Solapado, Taimado.
Disoluto, Libertino, Licencioso.
Distante, Lejano, Remoto.
Distraccion, Diversion, Esparcimiento, Recreacion.
Divulgar, Propalar, Publicar.
Doblar, Duplicar.
Doce, Una docena.
Docto, Erudito, Sabio.
Documento, Instrumento.
Dolo, Engaño, Fraude.
Doncella, Vírgen.
Dos, Un par.
Dote, Prenda.
Dudoso, Incierto, Indeciso, Irresoluto, Perplejo.
Dudoso, Problemático.
Ebullicion, Fervor, Hervor.
Efectuar, Ejecutar, Realizar, Verificar.
Elegir, Escoger.
Embarazo, Estorbo, Impedimento.
Embeleso, Encanto, Hechizo.
Eminente, Excelente, Eximio, Sobresaliente.
Emolumentos, Gajes, Obvenciones.
Emperador, Monarca, Rey, Soberano.
Empréstito, Préstamo.
Encarecer, Exagerar, Ponderar.
Encontrar, Hallar.
Engañar el tiempo, Entretenerlo, Hacerlo, Matarlo, Pasarlo.
Enjugar, Orear, Secar.

Ensueño, Sueño.
Entrada, Ingreso.
Envejecido, Inveterado.
Enviar, Remitir.
Equidad, Justicia, Rectitud.
Erario, Tesoro.
Escapar, Escaparse, Fugarse, Huir.
Escondido, Latente, Oculto.
Especial, Particular, Peculiar.
Espirar, Fallecer, Fenecer, Finar, Morir, Perecer.
Espontáneo, Voluntario.
Esquivo, Huraño.
Estadista, Hombre de estado, Repúblico.
Estado, Nacion, Potencia, Pueblo.
Estafa, Petardo.
Estar en cama, Estar en la cama.
Estímulo, Incentivo.
Estólido, Estúpido, Imbécil.
Estrafalario, Estrambótico, Extravagante.
Estro, Inspiracion, Númen, Vena.
Exacerbar, Exasperar, Irritar.
Exánime, Inanimado.
Exceptuar, Eximir.
Excitar, Incitar, Inducir, Instigar.
Éxito, Resultado.
Exótico, Extranjero, Extraño, Forastero.
Expeler, Expulsar.
Explícito, Expreso.
Exquisito, Selecto.
Extemporáneo, Inoportuno, Intempestivo.
Exterminar, Extirpar.
Facundia, Verbosidad.
Faenas, Haciendas, Quehaceres, Tareas, Trabajos.
Falsedad, Falsía.
Famélico, Hambriento, Hambron.
Fastidio, Hastío, Tedio.
Fatuidad, Necedad, Sandez, Simpleza, Tontería.
Favorable, Propicio.
Fecundo, Feraz, Fértil.
Femenil, Femenino, Mujeriego, Mujeril.
Fineza, Obsequio, Presente, Regalo.
Fogata, Hoguera.
Fogon, Hogar.
Folleto, Obrilla, Opúsculo.
Formalidad, Gravedad, Seriedad.
Forzar, Violar.
Forzoso, Indispensable, Menester, Necesario, Preciso.
Fragmento, Pedazo, Trozo.
Franco, Ingenuo, Sincero.
Fraterna, Paulina, Peluca, Reconvencion, Recriminacion, Reprension, Reprimenda, Sermon.
Fresco, Moderno, Nuevo, Reciente.
Frívolo, Fútil.
Frugal, Parco, Sobrio.
Fuerza, Vigor.
Fugaz, Fugitivo, Prófugo.
Futuro, Venidero, Venturo.
Gemir, Lamentar, Lamentarse, Quejarse.
Goloso, Lameron, Laminero.
Gorron, Parásito, Pegote.
Gravoso, Oneroso.
Guardar cama, Hacer cama.
Guerrero, Militar, Mílite, Soldado.
Habla, Idioma, Lengua, Lenguaje.
Hacendado, Propietario, Terrateniente.
Hacer negocio, Hacer su negocio, Hacer un negocio.
Hacer noche, Pasar la noche, Pernoctar.
Hartar, Saciar, Satisfacer.
Hazaña, Proeza.
Hidrofobia, Rabia.
Holganza, Holgazanería, Holgorio, Huelga, Ocio, Ociosidad.
Hombría de bien, Honradez, Probidad.
Honorífico, Honroso.
Idéntico, Igual, Mismo, Propio.
Ignorar, No saber.
Ilícito, Prohibido, Vedado.
Imbuir, Inculcar, Infundir.
Impávido, Inpertérrito, Intrépido.
Implorar, Rogar, Solicitar, Suplicar.
Impuro, Inmundo.
Incipiente, Naciente, Principiante.
Inconstante, Instable, Veleidoso, Versátil, Voluble.
Incontinencia, Lascivia, Liviandad, Lujuria.
Incuria, Indolencia, Negligencia.
Indecible, Inefable.
Indemnizar, Reparar, Resarcir, Subsanar.
Indigencia, Miseria.
Individuo, Persona, Sujeto.
Indulgencia, Lenidad.
Inexorable, Inflexible.
Infinito, Inmenso, Innumerable.
Inocentada, Muchachada, Niñada, Niñería, Puerilidad.
Insignificante, Insustancial.
Insistir, Perseverar, Persistir.
Intercalar, Interpolar, Interponer.
Interes, Rédito, Renta.
Interino, Provisional, Suplente.
Interrogar, Preguntar.
Intitular, Titular.
Izquierdo, Siniestro, Zurdo.
Jamon, Pernil.
Juez, Magistrado.
Juguete, Ludibrio.
Lastimero, Lastimoso.
Latin, Latinidad.
Laudable, Loable, Plausible.
Lazo, Vínculo.
Legal, Legítimo.
Lento, Moroso, Tardo.
Leve, Venial.
Libro, Obra, Tomo, Volúmen.
Litigio, Pleito.
Lóbrego, Oscuro, Tenebroso.
Logrero, Usurero.
Luego, Presto, Pronto.
Llanto, Lloro.
Llegar, Venir.
Lleno, Pleno.
Machacar, Majar, Moler, Triturar.
Madurez, Sazon.
Magnate, Poderoso, Potentado, Prócer.
Mandado, Recado.
Mandamiento, Mandato, Órden, Precepto.
Manifiesto, Ostensible, Patente, Visible.
Más bien, Mejor.
Más de, Más que.
Mediano, Mediocre.
Medicamento, Medicina, Remedio.
Medio-media, Mitad.
Medrar, Prosperar.
Mejora, Mejoría.
Mendigo, Pordiosero.
Menoría, Minoría.
Menoscabo, Merma, Pérdida, Quebranto.
Mensualidad, Mesada.

Meson, Parador, Posada, Venta.
Mezclado, Misto.
Mi, Mio-mia.
Modestia, Pudor, Recato.
Mueble, Trasto.
No ser bueno, Ser malo.
Noticia, Novedad, Nueva.
Nutritivo, Sucoso, Suculento, Sustancioso.
Obcecar, Ofuscar.
Óbice, Obstáculo.
Obstinacion, Terquedad.
Ocioso, Redundante, Superfluo.
Oferta, Promesa.
Orar, Rezar.
Originario, Oriundo.
Paso, Tránsito.
Patricio, Patriota.
Pauperismo, Pobretería, Pobreza.
Paupérrimo, Pobrísimo.
Peculiar, Privativo, Propio.
Penetracion, Perspicacia, Sagacidad.
Pequeñito, Pequeñuelo.
Percibir, Recibir.
Pesadumbre, Pesar.
Picar, Pinchar, Pungir, Punzar.
Picazon, Picor.
Plazo, Término.
Plebe, Populacho, Vulgo.
Posponer, Postergar.
Postrero, Último.
Precito, Réprobo.
Precoz, Prematuro, Temprano.
Premio, Recompensa.
Preponderar, Prevalecer.
Presumido, Presuntuoso, Vanidoso, Vano.
Presuntivo, Presunto, Pretendido.
Provecho, Utilidad.
Pubertad, Pubescencia.
Público, Pueblo.
Quebrantar, Quebrar, Romper.
Quedar, Restar.
Queja, Querella.
Recelo, Sospecha.
Receptáculo, Recipiente.
Recobrar, Recuperar.
Recuerdo, Reminiscencia.
Redimir, Rescatar.
Regreso, Vuelta.
Reir, Reirse.
Reiterar, Repetir.
Relente, Sereno.
Remuneracion, Retribucion.
Residuo, Resta, Resto.
Ridículo, Risible.
Rigidez, Rigor, Severidad.
Risueño, Tentado á la risa.
Salubre, Saludable, Salutífero, Sano.
Secular, Seglar.
Semilla, Simiente.
Sencillez, Simpleza, Simplicidad.
Serenidad, Tranquilidad.
Sojuzgar, Someter, Subyugar, Sujetar.
Solo, Único.
Sometimiento, Sumision.
Subalterno, Súbdito, Subordinado, Vasallo.
Suplementario, Supletorio.
Tacto, Tiento, Tino.
Tambien, Tan bien.
Terráqueo, Terrenal, Terreno, Terrestre.
Terrazgo, Terreno, Territorio, Terruño.
Traduccion, Version.
Traje, Veste, Vestido, Vestidura, Vestimenta.
Tramar, Urdir.
Trans, Tras.
Trasferir, Trasladar, Trasmitir, Trasponer, Trasportar.
Triunfo, Victoria.
Trivialidad, Vulgaridad.
Un cualquiera, Un quídam.
Varonil, Viril.
Veraz, Verdadero, Verídico.
Viviente, Vivo.

ARTÍCULOS

DE CRÍTICA LITERARIA.

Conde (El) de Candespina, novela histórica por D. Patricio de la Escosura. (C. 5 Oct. 1832.)
[Oda del Excmo. Sr. Duque de Frias, leida el 27 de Marzo de 1832 en la distribucion de premios de la Real Academia de San Fernando.] (C. 21 Mayo 1832.)
[Oda dirigida al Excmo. Sr. Conde-Duque de Luna por D. Mariano Roca de Togores.] (C. 23 Mayo 1831.)
Panorama matritense. Cuadros de costumbres de la capital por D. Ramon de Mesonero y Romanos. (A. 14 Oct. 1835.)
Pobrecito (El) Hablador, revista satírica, por el bachiller D. Juan Perez de Munguía. (C. 1.° Oct. y 5 y 21 Dic. 1832.)
Poesías de D. Juan Bautista Alonso. (A. 18 Febrero 1835.)
[Poesías del Solitario, dadas á luz por D. Serafin E. Calderon.] (C. 10 Jun. 1831.)
Sayon (El) cuento romántico en verso, por don Gregorio Romero y Larrañaga. (L. 4 Jul. 1836.)

ARTÍCULOS

DE CRÍTICA DRAMÁTICA Y MUSICAL, Y DE CRÓNICA TEATRAL.

(C. 1831.) Abril 4, 6, 20 y 29; Mayo 2, 11, 16, 18, 25, 27 y 30; Junio 1, 6, 8, 10, 15, 22 y 27; Julio 1, 4, 6, 11, 15, 18 y 27; Agosto 1, 3, 5, 12, 17, 19, 24, 26, 29 y 31; Setiembre 2, 9, 12, 14, 19, 23, 28 y 30; Octubre 3, 5, 10, 17, 21 y 26; Noviembre 7, 9, 14, 21, 25 y 30; Diciembre 5, 7, 12, 19, 21, 23, 26 y 28.
(C. 1832.) Enero 2, 4, 9, 11, 16, 20, 23, 25 y 27; Febrero 6, 8, 10, 15, 20, 22, 24, 27 y 29; Marzo 2, 5, 14, 19, 28 y 30; Abril 13; Mayo 2, 4, 7, 11, 18, 21, 25, 28 y 30; Junio 1, 4, 6, 13, 18, 20, 22, 25, 27 y 29; Julio 2, 6, 18, 20, 27 y 30; Agosto 3, 8, 10, 13, 17, 20, 24, 29 y 31; Setiembre 10, 12, 14, 19, 21, 24 y 26; Octubre 8, 10, 14, 22, 24 y 31; Noviembre 2, 5, 12, 19, 21, 23 y 30; Diciembre 7, 17, 19, 21 y 26.
(C. 1833.) Enero 4, 9, 11, 23 y 25; Febrero 1, 4, 11, 18 y 25; Marzo 1, 4, 6, 8, 11, 15,

18, 20, 22, 25 y 29; Abril 1, 5, 8, 10, 12, 15, 19, 22, 24 y 29; Mayo 8, 10, 17, 20, 22, 24, 27 y 29; Junio 3, 7, 10, 12, 14, 17 y 21; Julio 1, 3, 5, 8, 10, 12, 22 y 26; Agosto 2, 12, 16, 19, 23, 28 y 30; Setiembre 4, 9, 11, 16, 20, 25 y 27.

(B. 1834.) Marzo 4.

(U. 1834.) Abril 1, 3, 6, 8, 15 y 26; Mayo 14.

(A. 1834.) Junio 29; Julio 4 y 5.

(A. 1835.) Enero 9, 24 y 29; Febrero 3, 13 y 21; Marzo 2, 7, 12 y 21; Abril 21, 23 y 24; Mayo 5, 7, 12 y 30; Junio 4, 9, 11, 20 y 21; Julio 8, 9, 10, 14, 21 y 27; Agosto 6, 17 y 27; Setiembre 1, 11 y 16; Octubre 6, 22 y 24; Noviembre 5, 9, 12, 21 y 25; Diciembre 17 y 19.

(A. 1836.) Enero 18, 21 y 25; Febrero 4 y 9; Marzo 6, 10, 11, 20, 21, 23, 26 y 29; Abril 5, 9, 12 y 22; Mayo 3 y 13.

(L. 1836.) Junio 2, 10, 17, 23 y 25; Julio 21 y 26; Agosto 1, 6 y 16.

ARTÍCULOS VARIOS.

Á Dios (Un) al carnaval. (C. 22 Feb. 1833.)
[Amor (El) á la libertad.] Artículo de fondo que empieza: «El amor á la libertad.....» (B. 2 Marzo 1834.)
Años (Los).—(M.)
Apuntes curiosos para la historia de la censura de obras dramáticas en la década calomardina. (A. 2 Noviembre 1835.)
Carnaval (El) á los madrileños. (A. 19 Febrero 1836.)
Carta (Una).—(M.)
Carta pastoral de Merino. (A. 26 Julio 1834.)
Cartas (Las).—(M.)
Castañera (La).—(M.) (P.)
Comida (Una) de campo. (M.)
Cosas (Las).—(M.)
Cosas que rara vez se ven en nuestros teatros. (U. 23 Abril 1834.)
Cuatro consejos á un poeta dramático bisoño. (M.)
Cucas (Las).—(C. U. 1855.)
Curanderos (Los).—(M.)
Charlatanismo escénico ó arte de agradar á la multitud con poco trabajo. (C. 22 Set. 1832.)
De la rima. (C. 6 Oct. 1833.)
De la versificacion en la comedia. (C. 7 Agosto 1833.)
De las comedias caseras. (C. 2 Nov. 1831.)
De las comidas en la escena. (C. 24 Dic. 1832.)
De los apartes ó palabras pronunciadas por un actor como para sí mismo en presencia de otros. (C. 26 Set. 1831.)
De los sainetes. (C. 30 Dic. 1831.)
De los tratamientos. (M.)
[Diálogo entre D. Patricio y D. Jeremías sobre elecciones de diputados á Córtes.] (L. 14 Junio 1836.)
Dichos (Los). —(M.)
Diferentes sistemas de los actores para la representacion de los dramas. (C. 5 Set. 1831.)
Dos palabras sobre la propiedad literaria respecto de obras dramáticas. (L. 14 Ag. 1836.)
Empleado (Un).—(M.)
Galería de cuadros sueltos en forma de charadas ó quisicosas. (M.)
Gobierno (El) de ogaño y el de antaño. (A. 19 Jun. 1834.)
Hombre (Un) ocupado. (M.)
Hombres (Los) amables. (M.)
Importantes (Los).—(A. 27 Jun. 1834.)
Importunos (Los).—(M.)
Junta (Una).—(L. 7 Jun. 1836.)
Lavandera (La).—(M.) (P.)
Lecciones á un periodista novel. (A. 10 Dic. 1835.)
Línea de aduanas para géneros dramáticos. (C. 15 Mayo 1833.)
Lista de las cosas que me incomodan en la escena. (C. 15 Jun. 1832.)
Literatura dramática. De la unidad de accion. (C. 22 Jul. 1831.)
Literatura dramática. De las traducciones. (C. 8 Jul. 1831.)
Literatura dramática. [Sobre las reglas clásicas.] (A. 9 Set. 1835.)
Lo que es vivir en buena calle. (M.)
Mal (El) humor. (M.)
Marido (Un) dichoso. (M.)
Máscaras. (C. 15 Feb. 1833.)
Máscaras (Las).—(C. 7 Mar. 1832.)
Matrimonio (El) de piedra. (C. U. 1855.)
Mayorazgo (El) de Lucena. (M.)
Miscelánea. (A. 25 Feb. 1835.)
Nariz (Una). Anécdota de carnaval. (M.) (P.)
Necrología [de D. Rafael Perez, actor.] (C. 27 En. 1832.)
Necrología [de la actriz Rita Luna.] (C. 21 Mar. 1832.)
Nodriza (La).—(M.) (P.)
[Noticia biográfica de Bernardo Gil, actor.] (C. 23 Mayo 1832.)
[Noticia biográfica de Enriqueta Meric Lalande, primera dama tiple.] (C. 16 Set. 1831.)
Pelar la pava. (B. 4 Mar. 1834.)
Penalidades á que viven sujetos los poetas. (A. 11 Mar. 1835.)
Pereza (La).—(A. 12 Ag. 1835.)
Placeres de la amistad. (M.)
Policía urbana. La nueva barbería. (A. 4 de Dic. 1835.)
Preguntón (Un).—(M.)
Pretendiente (El) y su ministro. (U. 13 Mayo 1834.)
Progresos de la lengua castellana. (A. 16 Enero 1835.)
Sábado (El).—(Am. 1857.)
Sastres (Los).—(M.)
Sinsabores del poeta dramático. (L. 9 Jul. 1836.)
Sobre el abuso de ciertas palabras. (L. 29 Julio 1836.)
Sobre la accion teatral, ó los gestos y movimientos que el actor asocia á la palabra. (C. 24 Oct. 1831.)
Sobre la division de los dramas en actos. (C. 9 Oct. 1833.)
[Sobre la invencible propension que tenemos á juzgar de las personas por los nombres que llevan.] (L. 19 Jul. 1836.)
Sobre la risa. (C. 4 Set. 1829.)
Statu-quo (El) de los carlistas, ó bases de una constitucion política casi tan libre como la de Constantinopla. (U. 15 Mayo 1834.)
[Tanto vales cuanto tienes.] Artículo que empieza: «Cuando se emborracha un pobre..... (A. 1.° Ag. 1834.)

Teatro. Á los poetas. (C. 30 Abril 1832.)
Teatro. Arte dramático. De la verosimilitud. (C. 23 Nov. 1831.)
Teatro. Arte dramático. De los monólogos. (C. 29 Oct. 1832.)
Teatro. [Contra los actores llamados *morcilleros*.] (C. 26 Mar. 1832 y 17 Jul. 1833.)
Teatro. [Contra los actores que se distraen en la escena.] (C. 9 Ab. 1832 y 18 Set. 1833.)
Teatro. Cuatro palabras sobre aplausos y desaires. (C. 9 Mayo 1831.)
Teatro. De los acompañamientos. (C. 8 Febrero 1833.)
Teatro. Producciones originales. (C. 2 Diciembre 1831.)
Teatros. [Abuso de las orquestas.] (C. 11 Abril 1831.)
Teatros. [Clasicismo y romanticismo.] (C. 13 Abril 1831.)
Teatros. De la propiedad en los trajes. (C. 16 Enero 1833.)
Teatros. [De las cortesías con que en medio de una representacion muestran los actores su agradecimiento á los aplausos que reciben.] (C. 15 Ag. 1831.)
Teatros. [De los aplausos, silbidos y demas signos con que el público manifiesta su aprobacion ó desaprobacion.] (C. 11 Nov. 1831.)
Teatros. [De los billetes y de los asientos.] (C. 13 Jul. 1832.)
Teatros. Inconvenientes de la asistencia á ellos. (C. 6 En. 1832.)
Todo es farsa en este mundo. (C. 24 Ag. 1829.)
Vision de visiones. (A. 27 Mar. 1835.)



TEATRO

I

PRÓLOGO DE LA EDICION DE 1850.

Pocos escritores dramáticos contaba el Parnaso español á principios del siglo presente; pocas tambien fueron las obras que dejaron. Cinco solas escribió Moratin, cinco Cienfuegos, Quintana dos; Plano, Meseguer y Sanchez una cada uno (*). Jovellanos, preso en Bellver, mal podia ya pensar en ficciones poéticas; Enciso, Tapia, Carnerero, García Suelto, Marchena y Saviñon traducian: los demas autores ó traductores no eran muchos, aunque eran malos. Cienfuegos murió en Francia, llevado allí por ser enemigo de los franceses; Moratin emigró por amigo: la segunda visita que nos hicieron nuestros vecinos en el año 1823 arrojó de la Península ó redujo al silencio á los sucesores de Moratin y Cienfuegos. Cuatro poetas dignos de nombre contribuyeron á los teatros de Madrid con alguna obra recomendable en el agitado trienio del 20 al 23: D. Francisco Martinez de la Rosa, que dió su moral y bien dialogada comedia *La hija en casa y la madre en la máscara;* D. Manuel Eduardo de Gorostiza, que, representado á principios de 1820 su *Don Dieguito*, trabajó despues algunas imitaciones del frances y varias piececillas políticas originales; D. Ángel Saavedra Remirez Baquedano (Duque de Rivas hoy), autor de la tragedia titulada *Lanuza,* muy superior á sus ensayos dramáticos anteriores; y D. Dionisio Villanueva Solis, traductor del drama de Chénier *Juan de Calás*, cuya versificacion le hubiera granjeado el título de buen poeta, si no se lo hubieran ganado ántes las vigorosas traducciones del *Oréstes*, y la *Virginia* de Alfieri. Fugitivos de España Gorostiza, Martinez de la Rosa y el futuro Duque de Rivas; oculto y confinado despues en Segovia Solis, apuntador del teatro de la Cruz, aunque digno de más alto empleo, la escena española quedó en tan mísero estado, que de los tres dramitas representados en Madrid para celebrar la restitucion de Fernando VII en la plenitud de la autoridad absoluta, hubo de escribir el uno D. Juan Bautista de Arriaza, que ciertamente no habia nacido con ingenio dramático. Su obra, sin embargo, fué la mejor, porque él al cabo era poeta.

En tal situacion, habiendo trascurrido un año, durante el cual, sólo se habian representado en la coronada Villa como obras originales, fuera de los dramas políticos, dos comedias, arrancadas de cuajo lastimosamente de dos novelas (**), trajo el vetusto *Diario de Madrid* (único de la Capital, porque la *Gaceta* no era diaria), este modesto anuncio:

«Teatros. En el del Príncipe, á las siete de la noche, en celebridad del cumpleaños del Rey nuestro Señor (Q. D. G.), estará el teatro iluminado, y se ejecutará la funcion siguiente. Se dará principio con una sinfonía: en seguida se representará la comedia nueva original, en tres actos, titulada *Á la vejez viruelas:* á continuacion se bailará el bolero por María Vives y Pedro Gonzalez; y se finalizará el espectáculo con la comedia nueva original, en un acto, titulada *Virtud y reconocimiento, ó la entrada del ejército frances en Madrid.*»

No se usaba entónces elogiar las obras dramáticas en los periódicos ántes que fueran expuestas al público; no se decia en los carteles si la composicion era la primera ó la última del autor; nó se habian vulgarizado aún los epítetos de distinguido, acreditado y célebre, ni

---

(*) *La Orgullosa* de D. Juan Francisco del Plano, el *Saúl* de D. Francisco Sanchez Barbero, y la *Andria* de Don Francisco Meseguer no son originales, sino imitaciones, y aún esta última no debió ser escrita para la escena. Así únicamente queda á Plano su tragedia titulada *Gombela y Suni-Ada;* á Sanchez su *Coriolano,* y á Meseguer *El Chismoso.*

(**) *El durmiente despierto,* y *D. Quijote y Sancho Panza en el castillo del Duque.*

se vendian los billetes para la funcion nueva un mes ántes que se representara: el público madrileño, ménos aficionado á la declamacion que á la ópera, concurria sin aceleramiento á las funciones llamadas de *verso*, generalmente escritas en prosa; palmoteaba á Rafael Perez, á Cubas y á Carretero; oia con benevolencia á Luis Martinez y á Ramon Lopez; sufria pacientemente á los racionistas; descomponíase cuando alguno se equivocaba. Para los autores no habia misericordia: verdad es que no solian ser conocidos, y así la reprobacion cargaba sólo sobre la obra. Hoy la prensa diaria divulga el nombre del autor mucho ántes que la obra se represente, y áun quizás ántes que haya sido escrita; sin embargo, aquella diferencia de suerte entre el autor y el actor subsiste idéntica. El actor de mérito, aunque no todos los dias sea igual á sí mismo, aunque no todo lo represente bien, aunque algunas veces trabaje mal, no por eso suele ser desairado: los errores se le perdonan, equitativa y áun justamente, en gracia de los aciertos. Pero escriba un poeta una obra endeble, despues de veinte que hayan sido aplaudidas; si no se ase á buenas aldabas, el mérito de las veinte no salvará del naufragio á la veintiuna. Esto es muy natural. El trato engendra cariño: el público ve y trata más de cerca á los actores que á los autores.

La comedia titulada *Á la vejez viruelas* obtuvo lisonjera acogida. Testigo fué un jóven, de diez y ocho años entónces, que sólo pisaba el teatro de tarde en tarde, porque su padre no era aficionado á recreos, que, sobre ser costosos, acababan cerca de media noche. Todavía recuerda bastante bien este testigo la traza del teatro y el aspecto general de la concurrencia en aquella ocasion. La embocadura, más estrecha que la que tiene ahora el *Teatro Español*, unas pilastras estriadas jónicas á los lados, un escudo enorme de talla con las armas Reales en medio del arco: en el telon, deslucido ya y roto, una alegoría muy bien pintada: Minerva mandando á los genios de las artes colocar en el templo de la Fama los retratos de los ingenios españoles. Palcos divididos con pared; antepechos altos; sobre el sitio destinado á las mujeres, llamado *cazuela*, el palco Real descubierto, colgado y con el retrato de Fernando VII; todos los espectadores con el sombrero en la mano: en las lunetas algunos con uniforme de gala; capas y chaquetas en galerías y patio; pocos guantes, poco lujo en lo general del auditorio; en el ornato del teatro, ninguno: la iluminacion de cera constituia el lujo de aquella noche. Alzóse el telon; aparecieron en el tablado Joaquin Caprara y Gertrúdis Torre (los actores no usaban don en aquella época); hicieron una profunda reverencia al retrato del Rey, y la actriz principió diciendo..... lo que el lector verá pocas páginas más adelante.

«Quién es el autor de esa comedia?», preguntaba el testigo anónimo á un empleado, que tenía algunas relaciones con las compañías. — Un riojano que ha servido de voluntario, un cesante. Era secretario de una intendencia en tiempo de la *indefinida*, y se ha quedado á pié como todos. Dicen que es jóven de provecho: á los 19 años escribió esa comedia. — Hola!, añadió otro interlocutor, bachiller en leyes. Pues el que hace eso á los 19 años, vena fecunda tiene. Mucho bueno, muchas comedias espero de él.»

Poco más que esto dió que hablar la comedia original del cesante. El público habia venido á verla; se habia divertido, y se retiró en paz á su casa.

Veinticinco años despues se leian en diez ó doce periódicos de Madrid estas ó semejantes palabras:

«Mañana 30 de Noviembre se verificará la primera representacion de la comedia titulada *¿Quién es ella?*, cuyo autor persiste en guardar aún rigorosamente el incógnito.»

¡Cuántos sucesos en veinticinco años! Pierde sus colonias España; Francia conquista á Argel; álzase Aténas, capital de un reino independiente y cristiano; una dinastía cae; otra le sucede y cae tambien; estalla una guerra civil; arde, quema, devasta, mengua y se extingue. — El mundo entero se habia renovado en un cuarto de siglo: ¿qué mucho que se renovara un teatro?

El del *Príncipe* habia perdido su nombre: su aspecto interior era otro. Bajas y cómodas butacas de terciopelo encarnado sustituian á las antiguas lunetas con asientos de badana y respaldo elevadísimo: la cazuela, el palco Real y los tabiques de los otros habian ya desapa-

recido: luz vivísima de gas iluminaba el arqueado recinto, donde por todas partes se veian dorados y seda: la embocadura presentaba, en el mismo lugar que ocuparon las pilastras antiguas, los retratos al óleo de los seis grandes poetas de la escena española, Lope, Calderon, Tirso, Moreto, Rojas y Alarcon..... ¡Alarcon, que en 1824, ciento ochenta y cinco años despues de su muerte, áun no habia conseguido que la posteridad le hiciese justicia! Teatro, actores, trajes, espectadores, todo era nuevo, todo era diferente de lo del año 24; hasta el fin con que el público asistia era otro: en 1824 iba á saber qué cosa era la comedia que se le ofrecia; en 1849 iba á averiguar quién era el autor de una comedia: veinticinco años há el público veia el drama sin acordarse del autor; veinticinco años despues oia el drama con impaciencia, anhelando sólo saber quién le habia escrito.

«Quién es él? quién es el?» decian á la vez varios curiosos al espectador anónimo de *Á la vejez viruelas*, ya con canas y anteojos.—Áun no me es posible decirlo: dentro de poco se acabará el secreto.»

Y poco despues era notorio que el autor de *¿Quién es ella?* y el autor de *Á la vejez viruelas* eran una misma persona: el poeta dramático más fecundo y popular de España, D. Manuel Breton de los Herreros.

La profecía del bachiller se habia cumplido: entre la obra de 1824 y la de 1849, D. Manuel Breton de los Herreros habia escrito sesenta y ocho originales, sin las piezas de *circunstancias*, cincuenta y nueve traducciones y nueve refundiciones de comedias antiguas: ciento treinta y seis obras en todo (*).

Desde la edad de oro de nuestra literatura dramática, desde esa brillante época de siglo y medio, que finalizó en Cañizares principiando por Lope, ningun buen escritor escénico habia hecho otro tanto. Los sucesores de Cañizares, los Zavalas y Comellas, escribieron mucho, pero mal y despojando al prójimo: D. Ramon de la Cruz compuso trescientos sainetes; pero no todos eran de invencion propia, ni aquel trabajo es tan difícil como el de la buena comedia, ni la cantidad de versos invertida en ellos equivale á más que á la de unos cincuenta dramas en tres actos de mediana extension: el poeta contemporáneo que más cerca está de D. Manuel Breton de los Herreros en abundancia de obras, no ha dado á luz todavía más que unas cuarenta: es indudable, pues, que el Sr. Breton excede en fecundidad á todos los escritores dramáticos que ha tenido España durante un siglo.

De la popularidad que sus obras alcanzan, darán testimonio las repetidas ediciones hechas en Madrid, en Carácas y otros puntos de América, las falsificaciones de varios impresores barceloneses, y la coleccion formada con mucha anterioridad á esta por D. José María Lafragua en Méjico.

Si los libros se imprimen para ser leidos, nadie tiene más derecho á la lectura que el autor popular y fecundo. En la fecundidad, naturalmente va envuelta la variedad, que produce el deleite: el que deleita á un pueblo, merece ser leido de los demas, porque se erige representante del gusto nacional literario.

Sin embargo, gustos hay poco dignos de elogio. Obras agradaron, populares fueron autores en el siglo pasado, que de nadie son leidos en éste: su fecundidad y popularidad no los pudo salvar del olvido, muerte sempiterna de los partos de ingenio, muerte sin esperanza de resurreccion. Permítase á la amistad que me une con el autor de estas obras, permítase á la estimacion con que las miré desde que vi la primera, muchos años ántes de tener ocasion de conocerle y tratarle, que exponga brevemente cuál es el carácter especial por que á mi ver se distinguen: es decir, qué son, por qué son así, y qué es lo que valen.

El teatro de D. Manuel Breton de los Herreros comprende piezas de los tres géneros en que se divide la poesía dramática; el trágico, el cómico y mixto; pero la mayor parte, casi la totalidad de sus composiciones, pertenece al género cómico. Ha escrito el Sr. Breton alguna comedia novelesca á la antigua, ha escrito algun drama de invencion ó histórico á la

(*) No se inserta aquí la lista de las obras dramáticas que forma parte del prólogo del Sr. Hartzenbusch, porque en otro lugar se da noticia más completa y circunstanciada de dichos escritos.

moderna; pero lo más y mejor de su teatro, lo que verdaderamente le da fisonomía propia consta de comedias de costumbres y caracteres, cuyos personajes son de la clase media. Es, pues, en general el teatro del Sr. Breton una dilatada galería de cuadros que representan la clase media de España en tres épocas diferentes, marcando con exactitud las alteraciones que han ido sucediéndose en ella: desde 1824 á 1833 ofrece un aspecto de homogeneidad y reposo: en los diez años siguientes resaltan la agitacion y trastorno de un pueblo en lucha: desde 1843 la agitacion va sosegándose. Las circunstancias generales de la época en que principió á escribir el Sr. Breton decidieron de la forma y dimensiones del lienzo en que habia de ejercitar su pincel: escribió la comedia como se podia, como se debia, como era forzoso escribirla entónces, y como, pasada esa revolucion que trastornó la república de las letras, ha vuelto á escribirse. Tino en la eleccion y firmeza en el propósito le han ganado triunfos imperecederos.

Los preceptistas del siglo xviii habian establecido reglas de que nadie osaba apartarse. Moratin habia declarado que la comedia española necesitaba mantilla y basquiña: era artículo de fe literaria que la comedia debia ser una accion entre personas particulares. Abolido el régimen constitucional en el año 1823, restaurados los privilegios de clase, restablecida la censura, no pudiendo ningun español escribir ni hablar de los ministros del poder, desde el Secretario del Despacho al ínfimo corchete, claro era que la alta comedia, la comedia con señoría, la representacion de los vicios de los poderosos era políticamente imposible, al mismo tiempo que por el código literario estaba poco ménos que prohibida. Hubo así de limitarse el Sr. Breton á la clase media, porque la superior tenía delante el *Noli me tangere* de su posicion, y el *Non plus ultra* de la forma dramática entronizada por Moratin.—Efecto de otras causas, tambien ahora hay vicios, harto generales á fe, que no puede escarnecer el poeta. La posteridad extrañará no ver en el teatro moderno castigadas nuestras ridiculeces, nuestros vicios, nuestras culpas graves en materia política. Oh! no lo extrañe: cuando todos pecan, es imposible que unos se rian de otros. Una comedia en que se ridiculizase á los blancos, sólo podria ser escrita y gustar entre negros.

Elegidos por el Sr. Breton para sus comedias hechos propios de personas particulares, el lenguaje que debia prestarles habia de ser necesariamente el que ellas emplean de ordinario entre sí. Eso que enfáticamente llaman algunos *lenguaje de buen tono*, jerigonza medio francesa, propia y exclusiva de sujetos que han estudiado tal vez dos ó tres idiomas, ninguno de ellos el castellano; ese dialecto caprichoso y fugaz que varía cada año bisiesto, no era conocido en la clase media cuando el Sr. Breton comenzó á escribir, y áun hoy dia no ha cundido mucho: el carácter nacional lo resiste. Son los españoles independientes por naturaleza, y por lo mismo no muy sociables: el español ó se pasa sin trato ó lo quiere familiar y sin etiqueta: donde la franqueza predomina, el lenguaje es sencillo y enérgico, en vez de ser afectado y asustadizo. Tal era el habla de la clase media en Madrid, cuando el Sr. Breton dió á luz sus primeras obras, y tal es la que ha puesto en boca de los personajes en ellas introducidos. Gente de mediana condicion que se expresa en buen castellano, es la que aparece con más frecuencia en el teatro del Sr. Breton por las razones ya indicadas de necesidad y verdad. No se les pida un remilgo impropio: quédese para los autores de melodramas eso de alterar las leyes de la naturaleza, y hacer tal vez á los arrieros hablar como académicos de la lengua.

Con dos fines se debe, y con uno se suele escribir la comedia: para corregir al pueblo, para educarle, y para tenerle propicio y contento: los dos son de provecho comun; el otro de utilidad propia. El primero es el sistema de Alarcon, de Molière y de Moratin, ridiculizar el vicio: el segundo es el de Calderon, realzar las virtudes: el tercero es el de la escuela francesa moderna, embellecer las flaquezas humanas y hacerlas plausibles. Burla, alabanza y lisonja, ó caricatura, belleza y afeite son los tres medios que tiene á su disposicion el poeta dramático: el postrero es muy fácil, el segundo ya es trabajoso, el primero dificilísimo: este eligió Breton. Los argumentos que maneja van siempre dirigidos á un fin saludable. Sígase el órden cronólogico de sus inventivas, y se verá que al principio se emplea en la correccion

de defectos individuales; despues se erige censor de las costumbres de un pueblo; más adelante sus lecciones ya son para la humanidad entera. Primero se contenta con escarmentar viejos enamoradizos y parientes sin apego á su sangre; alza despues el velo engañoso que oculta los vicios de las aldeas; revela luégo los secretos y mezquinos móviles que rigen las acciones humanas, haciendo ver que en este mundo nada es lo que parece, todo es fingimiento, es *farsa* todo. Ya manifiesta la incompatibilidad de cariño entre una señorita melindrosa de corte y un ricacho indisciplinable de provincia: ya saca á luz las arterías de un tuno decente, que beneficia la amistad como una mina de rica vena; ya da útiles avisos á las coquetas, ya instrucciones importantes á las casadas. Cuando la censura se lo permite, penetra en las Secretarías del Despacho á espiar las flaquezas ministeriales: cuando cree que los censurables dejarán que se les amoneste, ridiculiza á los que por darse á la política descuidan sus negocios ó faltan á las obligaciones de su ejercicio: se engaña en su cálculo y escarmienta. Tras una comedia de pensamiento grave, cual *Muérete y verás*, obra de las mejores de nuestra época, produce dos ó tres piececitas en un acto, como *El pro y el contra*, *Ella es él*, y *El hombre pacífico:* junto á un cuadro de costumbres campestres, como *Dios los cria y ellos se juntan*, nos da en *El cuarto de hora* una pintura elegante de costumbres urbanas. Por último, deseoso de satisfacer al bello sexo, cuyos defectos habia censurado aunque blandamente en tal y cual obra, junta en *¿Quién es ella?* las más ricas flores del ingenio para tejer la corona de la hermosura; busca los sonidos más armoniosos de su lira para cantar las virtudes de la mujer.

Estos pensamientos, morales todos, ó son de invencion propia, ó de tal manera manejados que, no siendo nuevos, el autor los ha hecho legítimamente propiedad suya. Otras plumas se habian ejercitado ántes en algunos de ellos; la de Breton supo hacer que la semejanza de asunto desapareciese entre la diferencia de forma. Picard habia pintado en *La pétite ville* un frances, que, harto de París, iba á un pueblo á vivir á gusto, y tenía que salirse de él renegando: con igual idea escribió el Sr. Breton su comedia *Á Madrid me vuelvo;* pero cotéjese una con otra, y se verá que en ambas son tan distintos los caracteres, los lances y el diálogo, como el país y el tiempo á que pertenecen. Poco ménos puede decirse del *Ingenuo*, comparado con el *Misántropo;* de *La escuela de las casadas*, respecto de *La nouvelle école des femmes;* de *Finezas contra desvíos*, parangonada con *Palabras y plumas;* de *Un novio á pedir de boca*, puesta al lado de la comedia inglesa *Rule a wife and have a wife* (*), imitada en aleman con el título de *Stille Wasser sind tief* (**). Originalidad en los argumentos, ó en el modo de plantearlos, ó en uno y otro, es una de las cualidades que brillan más en el teatro del Sr. Breton.

Áun es más original en los caracteres. No los elige, no ha podido elegirlos de mucho bulto, porque los principales, como el Hipócrita, el Avaro, el Embustero, el Murmurador, la Desdeñosa, el Vano y los Celosos, ya estaban puestos para siempre en escena por Molière, Alarcon, Moreto, Destouches y Calderon de la Barca; en los caracteres de segundo órden, en la pintura de los vicios, manías ó defectos menores, que tanto abundan y perjudican tanto en el trato comun de las gentes, D. Manuel Breton de los Herreros no tiene, en nuestro concepto, rival en España ni fuera. En estos retratos la semejanza es completa, el pincel fácil y seguro, el colorido fresco, vivo, centelleando verdad y gracia. ¿Quién no ha conocido á un hablador como D. Martin Campana y Centellas? ¿En qué tertulia no se cita el nombre de alguna viuda, igual punto por punto á Marcela, ó el de una ú otra coquetilla, como la que figura en *Una de tantas?* Aquel D. Elías de *Muérete y verás*, tan superiormente dibujado, el mayordomo del *¿Qué dirán?*, todos los personajes, sin exceptuar uno, de *Dios los cria y ellos se juntan*, el sargento *Briones* de *La batelera*, y la doña Amparo de *Me voy de Madrid*, ¿no son tipos, de cuya verdad patente depondria con juramento la sociedad entera? Ni Plauto, ni Moreto, ni Tirso, ni Regnard, los cuatro poetas de más gracejo de Roma, de

(*) Gobierna á tu mujer y tendrás mujer, de Fletcher.
(**) Aguas calladas son hondas (Guárdate del agua mansa), de Schræder.

España y Francia, hubieran trazado estos caracteres con más verdad, ligereza y chiste.

Verdad es que en la diccion cómica el Sr. Breton aventaja á todos los poetas que conocemos.—En filosofía y artificio, en grandeza de miras ó conocimiento de un público dado, autores hay que podrán disputarle la primacía; en el manejo de la lengua, en el uso del metro, en la chispa del diálogo, no hay escritor moderno ni antiguo que se mantenga á su altura: el sello que llevan sus obras, hasta hoy no ha sido falsificado. Esta fecundidad de gracejo, cualidad dominante, idiosincrasia, por decirlo así, del ingenio del Sr. Breton, es la explicacion de su sistema, la clave, el rasgo característico, el verdadero carácter de sus obras. Su pluma, rica de sal, ha necesitado argumentos y caracteres en que pudiera correr sin tropiezo: donde hay mucha accion, donde las pasiones y los lances ocupan gran parte del diálogo, la *vis cómica* no halla lugar suficiente: el Sr. Breton ha debido rechazar esta clase de asuntos, y preferir aquellos en que pocas personas y accion sencilla le permitian derramar las gracias de una vena abundante. Con más accion y ménos chiste hubiera hecho el Sr. Breton comedias más parecidas á las de otros, ménos nuevas y originales; con ménos accion y más gracejo ha enriquecido la escena española con obras únicas en nuestra literatura. Cuando él principió, el ingenio dramático español estaba adormecido y acobardado: los que le sentian en sí, creian con Moratin que en manifestando una vez que sabian escribir, habian cumplido, aunque ya no escribieran más: el Sr. Breton creyó por el contrario que el que sabe, es el que tiene obligacion de escribir, porque si nó, da lugar á que le ocupen el puesto los ignorantes. Muy pronto y con mucha felicidad le siguió D. Antonio Gil y Zárate; siguiéronle despues D. Francisco Flores Arenas, D. Mariano José de Larra, Don Ventura de la Vega y otros autores cómicos hasta D. Tomás Rodriguez Rubí, el más aplaudido de todos; pero el Sr. Breton de los Herreros tiene la gloria de haber sido el primero; tan original como el que más; fecundo, correcto y festivo como ninguno. Su filosofía es humana y risueña, su chiste no amarga; no trata de profundizar mucho, porque se propone enseñar riendo. Tal vez engalana sus fábulas con bellos trozos de poesía lírica; pero generalmente su diccion es sencilla, juntando en el verso la sonoridad del ritmo con la exactitud de la prosa. En las formas de construccion es severísimo; en el uso de la metáfora no le hay más libre: ninguno ha dado acepciones más nuevas y oportunas á las palabras, encontrando así el chiste donde nadie le hubiera buscado. Aunque se han hecho imitaciones de algunas obras suyas, no ha formado escuela: en su género ha sido solo. Imágen fiel de una época su teatro, hasta lo que le falta contribuye á darle carácter: lo que allí se echa ménos no podia estar. Esto son, esto han debido ser, y esto valen las comedias del Sr. Breton. Muchas en número, grandes en mérito, una sencillísima reflexion dará á entender el aprecio que se les debe. Por sola una obra han conseguido varios autores extranjeros y nacionales inmortalizar su nombre. *La Metromanía* y *El Maligno* mantienen á Piron y á Gresset en la jerarquía de buenos escritores escénicos; *El socorro de los mantos*, *El castigo de la miseria*, *La Raquel* y *Numancia* bastan para ilustrar á D. Cárlos de Arellano, á D. Juan de la Hoz, á Huerta y Ayala: fácilmente se puede formar una lista de comedias de Breton seis veces más grande, que tienen tanto derecho como las seis citadas para pasar á la posteridad.

Por eso han hallado tan buena acogida en teatros y gabinetes, en todos los rincones de España y América. No todas han sido igualmente felices en la prueba escénica; de la prueba de la lectura todas salen airosas. Hombres y mujeres que no ponen los piés en el teatro, saben de memoria trozos y escenas del repertorio de Breton: á cada paso oye uno en las conversaciones, convertidos ya en frases de uso general, versos que le pertenecen. Esta aura popular, que por espacio de quince ó diez y seis años habia corrido sin tropiezo, tuvo su fin natural y preciso: la admiracion continuada se debilita y se desvanece: los triunfos se pagan, y el Sr. Breton habia obtenido muchos. Circunstancias de varia índole obraron una revolucion en el gusto del público: alabanzas imprudentes engendraron cargos injustos. Hombre hubo que trató de probar el mérito de las comedias de Breton alegando que agradaban sin tener argumento; otro dijo despues que el público no podia sufrirlas, cabalmente por aquella falta. Uno y otro partian de un principio falso. Esas paradojas ridículas, esas suposiciones

manifiestamente arbitrarias, esas vaciedades que sólo pueden correr en broma, suelen ser recibidas sin dificultad por el vulgo: pasado algun tiempo, cobran autoridad y quedan por artículos indudables de fe. Hablando con juicio, no hay quien sostenga que las comedias del Sr. Breton, ó de otro autor, carezcan de argumento: bueno, ó malo, grande, ó pequeño, toda obra lo tiene: nadie escribe sin proponerse un fin. Con aquella hipérbole extravagante querian decir algunos que Breton daba poca accion á sus obras, lo cual equivalia á no decir nada. La accion de la fábula dramática no tiene dimensiones fijas: tan accion es la de *Casa con dos puertas* como la del *Sí de las niñas*, no obstante que de una á otra hay diferencia enorme. Lo que importa es que la accion, grande ó chica, esté desenvuelta cumplidamente y con desahogo, sin comprimirla cuando es extensa, sin estirajarla cuando es reducida: el que imagine que en las obras del Sr. Breton falta ó sobra, pruebe á quitar ó añadirles algo, sin que el todo padezca. Tan verdadero es este principio, que justamente aquellas obras del Sr. Breton más sencillas en su argumento, *Marcela*, *El pelo de la dehesa* y *El cuarto de hora*, son las que el público saborea con mayor gusto; fuera de que no se puede afirmar sin grave injusticia que sean escasas de accion otras, como *Los dos sobrinos*, *La redaccion de un periódico*, *El amigo mártir*, *No ganamos para sustos*, *Cuentas atrasadas*, *Muérete y verás* y *La independencia*, que bastan y sobran para acreditar á un autor de rico y hábil en el artificio y desempeño de la trama cómica. Pero no nos cansemos en una justificacion ya innecesaria: el gusto ha tomado mejor camino, y el tiempo ha vuelto sus derechos á la razon. La forma sencilla del drama bretoniano prevalece hoy dia: entre las obras escénicas más aplaudidas hace unos años, figuran *La rueda de la fortuna*, *Bandera negra* y *El hombre de mundo*, que no son de seguro más copiosas de accion que las siete citadas.

No se ha hecho aquí mérito de las traducciones del Sr. Breton hasta ahora, porque tratándose de un autor nacional, riquísimo de suyo, parecia poco importante tratar de esa clase de préstamos de la literatura extranjera, préstamos en verdad con que por mucho tiempo han vivido los teatros de España. Pero si la traduccion de *Aminta*, harto fácil de hacer, ha dado tanta fama á D. Juan de Jáuregui, ¿no se le deberá alguna al traductor de *Los hijos de Eduardo*, *María Estuarda* y *L'amant bourru?* Poco se le ha tenido en cuenta este mérito, que á otros ha valido muchísimo. El Sr. Breton no ha sido siempre ni en todo el hijo mimado de la fortuna.

No obstante, hallar el teatro español sin vida y ser el primero á resucitarle, dar á la literatura una especie de drama nuevo, recoger laureles en todas, enriquecer el idioma con frases agudas y significados ingeniosos y peregrinos, conquistar para la poesía un tesoro de rimas indóciles, ocupar los tablados y embargar la voz de la fama desde Palma á Cádiz, de Méjico á Chile, no es ciertamente un destino infeliz. El público oyente ha exigido á veces mucho del Sr. Breton, porque le tenía en mucho, y su severidad era señal de aprecio; el público lector siempre le ha sido fiel y benévolo. Buena ocasion se le presenta ahora para manifestarlo, admitiendo esta coleccion con el mismo aprecio que las ediciones sueltas, y perdonando por la bondad del libro la prolijidad y molestia del prólogo. ¡Ojalá esta publicacion señale para las letras el principio de una edad más feliz que la que llevamos pasada! La coleccion de las obras de D. Manuel Breton de los Herreros, hecha por él mismo, es una novedad grande: en eso va tambien delante de todos. Desde el tiempo de Lope ningun autor cómico ha hecho en España coleccion de sus obras.

Juan Eugenio Hartzenbusch.

PREFACIO DEL AUTOR Á LA EDICION DE 1850.

«Habiéndose el autor reservado el derecho exclusivo de publicar en coleccion sus producciones literarias, ha llegado el caso de verificarlo. La mayor parte son harto conocidas del público para que sea necesario dar idea de ellas: tampoco le es lícito encomiarlas. Á falta, pues, de la fraseología con que en anuncios semejantes procuran editores y autores captarse la buena voluntad de los suscriptores, el que echa á volar este prospecto tiene la ventaja de poder decir que ninguno de los que le favorezcan podrá llamarse engañado. Sólo se trata de reproducir en cuerpo de obra metódico y homogéneo los dispersos materiales dados ya á luz en diferentes formas y períodos desde el año de 1824. Comprenderá la edicion algunas obras inéditas; pero, valgan estas lo que valieren, no pueden quitar ni añadir muchos quilates al mérito del conjunto. Revisadas escrupulosamente una por una ántes de darlas á la prensa, desaparecerán de ellas en esta edicion todos los leves defectos que el autor advierta y acierte á corregir. Enmiendas de más importancia, ni tiene tiempo para hacerlas, ni á su juicio podria intentarlo sin defraudar en cierto modo de una especie de propiedad suya al público que tantas pruebas de benevolencia le tiene dadas. Por otra parte, limando demasiado sus escritos perderian en originalidad y vigor más de lo que ganasen en tersura y correccion.»

Esto dije al anunciar por primera vez la edicion de mis obras reunidas, y esto bastaba entónces para mi propósito y para gobierno del público: ahora añadiré algunas advertencias y haré algunas explicaciones concernientes á mi teatro, que ni eran de aquel lugar ni cabian tampoco ni venian á cuento en el prólogo que precede.

Principiaré por dar las más expresivas gracias á su erudito y apreciabilísimo autor, el *Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch*, mi buen amigo y compañero, por el espontáneo y afectuoso arranque de bienquerencia con que se brindó á hacerme este obsequio desde que supo que yo empezaba á pensar sériamente en coleccionar mis obras, y por haberme cumplido su generosa oferta con pluma tan parcialmente amistosa, que en verdad me ruborizan muchos de sus trazos, y le rogaria que los suprimiese, habiendo de figurar en una publicacion de que juntamente soy autor y editor, á no tener sobradamente probada la independencia de su carácter el justamente célebre autor de *Los Amantes de Teruel* para que nadie que le conozca pueda acusarle de compadrazgo.

Esta coleccion lo es completa de todas las producciones dramáticas de mi ingenio cuya responsabilidad debo y quiero aceptar: sólo exceptúo las piezas llamadas *de circunstancias*, hechas todas por encargo de empresas teatrales ó *comisiones de festejos*, para objetos puramente políticos, muy *plausibles*, por supuesto, aunque no para todos, pero cuya oportunidad duraba sólo veinte y cuatro horas, y á veces pocos dias más su *plausibilidad* relativa. Semejantes embriones *oficiales* ú *oficiosos* no pertenecen á *Talía*, ni á *Melpómene*, ni á *Terpsícore*, ni á *Euterpe*, ni á ninguna de las otras cinco hermanas, ora actúen en ellos los númenes mitológicos, ora figuras alegóricas *ad líbitum*, ora personas de este mísero globo terráqueo en representacion de partidos y facciones y sistemas encontrados. Por otra parte con el transcurso del tiempo y los desengaños de unos y otros, se mitiga el furor de las discordias intestinas, las parcialidades se hacen recíproca justicia, el tiempo se la administra á todas, desaparecen incompatibilidades que se creyeron eternas y se verifican *fusiones* que se juzgaron imposibles. ¿Á qué reproducir engendros, que cualquier cosa fueron ménos *literatura*, despues de los abrazos del *Congreso* y de *Vergara* y de las coaliciones que hemos

presenciado, y de tantos reconocimientos, sumisiones, indultos y amnistías? Yo, que no peco ciertamente de rencoroso en mi particular, ¿renegaria como escritor público del espíritu de tolerancia y olvido de lo pasado que ya anima á todo buen español? De ningun modo; y si yo mismo necesito absolucion por haber sido en ciertas ocasiones sobrado condescendiente, la pido con sincera contricion y firme propósito de la enmienda.

Fuera de los insinuados bosquejos, pocas veces ha jugado la política en mis dramas, y áun esas incidentalmente. Sin embargo, en *Todo es farsa,* en *Me voy de Madrid,* en *La redaccion de un periódico,* en *Muérete y verás,* en *El hombre pacífico,* en *Flaquezas ministeriales,* en *La batelera de Pasajes,* en *El editor responsable* y en *La independencia,* creo haber hecho lo suficiente para que no falten en mi galería los cuadros que basten á pintar en lo posible esta interesante parte de las costumbres de la época, y creo haber cumplido mi objeto sin incurrir en odiosas personalidades, y sin que prevencion alguna adversa ni favorable, ni el afan de una mal entendida popularidad, me hayan arrastrado á rebasar la prudente línea que por muchos respetos debe trazarse todo el que censura los vicios y extravagancias de la sociedad en que vive.

He procurado que haya variedad en los argumentos de mis comedias; y aunque no falte quien me acuse de lo contrario, creo poder decir sin vana jactancia que en igual número de obras nadie hasta ahora lo presentó más crecido de asuntos y lances y caracteres diferentes; con lo cual no quiero decir que todos, ni uno siquiera, de los caracteres, ni de los lances, ni de los asuntos de mi invencion poética lleven el sello de la perfeccion. No he copiado á nadie, pero me he repetido algunas veces á mí mismo; ora en la estructura de dos ó más fábulas; ora en el modo de desenlazarlas; ora en la analogía de conducta, de miras ó de pasiones entre diversos personajes; ora en fin, en el uso de ciertas frases, sobre todo de las proverbiales. Esto es verdad; pero ¿á qué escritor medianamente fecundo no le sucede algo ó mucho de esto? ¿Qué pintor no tiene una *manera* que le es peculiar, y que en vano querria no tener, en uno ú otro de los accidentes de sus cuadros? En muchas de las figuras que no son retratos hechas por una misma mano, aunque sea muy maestra, ¿no reconocen los inteligentes cierto aire de familia? ¿No hay Vírgenes de Rafael ó de Murillo que parecen hermanas gemelas? ¿Y qué mucho, si padres tan prolíficos las engendraron? Pero estúdiense con detencion, y se verá que en la actitud, si nó en el rostro, ó en el misterio que representan, ó en los varios afectos de que se muestran poseidas las figuras accesorias, ó en alguna otra circunstancia no indiferente se diversifican más de lo que á primera vista aparece. Yo, que en mi esfera de poeta cómico, y por consecuencia pintor tambien con la pluma como aquellos con el pincel, estoy muy léjos de quererme comparar á tan insignes varones, no me reprendo á mí mismo por haberme cabido en suerte un estilo malo ó bueno, pero todo mio, y porque teniendo mi *manera* propia de ver las cosas, tengo tambien para pintarlas otra que nadie me ha prestado.

Insisto en que he sido tan variado como el que más en mis escritos teatrales; y esto á pesar de ser tantos y del corto espacio que de unos á otros ha mediado; lo cual me ha impedido al bosquejar el plan de cada comedia revisar con nímia escrupulosidad las anteriores para esquivar toda reminiscencia de ellas. Así he reproducido, por ejemplo, no sé cuántas veces el carácter de *coqueta,* no pocas el de *farsante,* ó de amor, ó de virtud, ó de nobleza, ó de patriotismo, y muchas más el de *vieja ridícula;* pero ni todas mis coquetas lo son de la misma manera y en iguales circunstancias, ni todos mis buscavidas están vaciados en el mismo molde, ni tengo en mi estudio aparatos litográficos que estampen hasta lo infinito la primer señora provecta cuyas extravagancias me chocaron. Muchas páginas tendria que escribir para sincerarme cumplidamente de tales inculpaciones, y entiendo que, sobre éste y otros cargos, mi verdadera y más concluyente defensa está en la misma coleccion que ofrezco al público; pero limitándome al artículo de *viejas,* si es verdad que hay algunas más ó ménos parecidas en mi teatro, ¿quién no ve, no ya matices, sino rasgos muy pronunciados de diferencia entre la fisonomía de la linajuda y orgullosa *doña Matea* de *Á Madrid me vuelvo,* y la comilona *doña Jerónima* de *Achaques á los vicios;* entre la entrometida *Nemesia*

de *El tercero en discordia*, y la indolente egoista *doña Eustoquia* de *Todo es farsa en este mundo*; entre la intrépida é insurgente *Marta* de *Flaquezas ministeriales*, y la romántica y deleznable *doña Ramona* de *El hombre pacífico*; entre la despreocupada *doña Rosalía* de *El qué dirán*, y la pedante y aperreada *Sebastiana* de *Cuentas atrasadas*; entre la intrigante y vengativa *Rufina* de *Cuidado con las amigas*, y la jugadora é indisciplinada *doña Hipólita* de *Errar la vocacion?* Y á propósito de *viejas*, no por haber acudido reiteradamente á tan respetable repertorio en busca de tipos cómicos, dejo de venerar mucho en general á las señoras mayores, á quienes en mi propio teatro hago más de una vez la debida justicia, y muy cumplida en la comedia *Una vieja*, escrita de intento para desagraviarlas á todas.

Otra de las repeticiones en que varias veces he incurrido es la de presentar á una dama en el conflicto de haber de optar entre dos, tres, y á veces cuatro amantes; pero me parece que esto no pasa de pecado venial, siendo como son distintos los caracteres, así de las heroínas como de sus galanes respectivos, moviéndose cada máquina por medio de diferentes resortes, y produciendo sus funciones diversos resultados.

Hay asimismo en mi caudal cómico desenlaces que semejan á otros, y esto tiene aún disculpa más obvia y más plausible; porque sabido es que una accion dramática no puede terminarse, á no hacer intervenir en ella causas sobrenaturales, sino de uno de estos cinco modos: desenlazándose por sí misma en virtud de mutuas explicaciones de los interlocutores y á consecuencia de los incidentes que naturalmente produzca el antagonismo de sus pasiones y caracteres; y es el mejor sistema de todos y el que yo he adoptado en la mayor parte de mis invenciones: por medio de reconocimientos entre personas que no sabian unas de otras, ó cuyas relaciones, bien de parentesco, bien de otra especie, eran ántes ignoradas ó imperfectamente conocidas: obrándose notables peripecias ó cambios de fortuna en alguno ó algunos de los actores principales: sobreviniendo con más ó ménos preparacion algun personaje nuevo que cambie de un modo sensible la situacion de otros: ligando, en fin, la accion del drama con alguna revolucion política ú otro notable suceso. Ahora bien, ¿cómo es posible evitar, siendo tan limitados los arbitrios legítimos de que un poeta dramático puede servirse, que, por poco que crezca el número de sus obras, resulten entre ellas en esta parte muchos puntos de contacto?

¿Qué diré, por último, de ciertos giros, y modismos, y proverbios, y vocablos triplicados, ó cuadriplicados, ó multiplicados si se quiere, en doscientos mil versos que bien tendrá mi almacen dramático, sin hacer mérito de las obras en prosa? ¿Habré de refutar sériamente cargos como el de un sujeto, para mí desconocido, que le dijo á un amigo mio: «Bah! ¡Cosas de Breton!..... Siempre es el mismo. En cuatro ó cinco comedias suyas se dice: *eso es harina de otro costal?*» Verdaderamente este es un crímen inaudito, y á quien lo comete se le debe negar el agua y el fuego. Por fortuna he aquí el punto en que, sin vanidad, me considero ménos vulnerable, pues áun los que más acerbamente me han censurado han convenido siempre en que, ni en los diálogos más vivos, ni en los metros más difíciles y revesados, peca de estéril mi imaginacion, ni de forzado y diminuto mi vocabulario.

En suma, no se me podrá reconvenir, puedo asegurarlo, de haberme calcado y reverdecido á mí propio tantas veces relativamente como *Calderon* con sus *escondidos* y sus *tapadas*, como *Molière* con sus *médicos* y sus *cornudos*, ó como *Moratin* con sus *viejos* y sus *niñas*; y razon será que á mí se me perdonen culpas de que no libertó la humana flaqueza á un *Calderon*, á un *Molière* y á un *Moratin*.

Sigo en mi coleccion el órden cronológico; esto es, el de antigüedad en la composicion de cada pieza, que pocas veces ha dejado de coincidir con la fecha de su representacion, y cuando lo altero digo al pié de la página por qué lo hago.

Observará el lector que en los primeros años de mi carrera dramática no abundan tanto como en los sucesivos las producciones originales; y excuso decir que lo son todas las que no llevan el aditamento de traducidas ó refundidas. La causa de esta aparente infecundidad es tan convincente como dolorosa. Se pagaban entónces tan mal las obras originales, que para probar cuánto era mísera y precaria la situacion de los escritores basta decir que *Á Madrid*

me vuelvo, que en su estreno duró muy cerca de un mes sin interrupcion con muy crecidas entradas, sólo me valió 1.300 rs., y en época en que con nada retribuian los empresarios de las provincias, porque nadie respetaba ni reconocia el derecho de propiedad de las obras dramáticas. Poco menor era la remuneracion de las traducciones, trabajo harto más fácil y en que muy débilmente se empeñaba la reputacion del que las hacía. Me apliqué, pues, á traducir cuanto se me encargaba, porque sin patrimonio y sin empleo, de algo habia de vivir un hombre honrado que nunca fué gravoso á nadie, y sólo daba tal cual comedia toda mia para cumplir con lo que ya el público tenía derecho de exigirme y mi irresistible vocacion reclamaba, hasta que mejores tiempos me fueron permitiendo no malgastar mi poco ó mucho estro poético en versiones más ó ménos libres de concepciones ajenas. Por tanto, sólo doy lugar en esta recopilacion á siete traducciones de las que pude elaborar con alguna más detencion y esmero, y las he escogido de suerte que entre ellas haya un poco de cada uno de los géneros y escuelas que se disputan el dominio de la escena. Doy tambien dos refundiciones de nuestro teatro antiguo y en nota particular los motivos de comprenderlas en la coleccion. Concedo además en ella paternal albergue á unas cuantas obras inéditas hasta ahora; unas porque en el tiempo en que las escribí ni habia editores á quienes acudir, á ménos de darles de balde ó poco ménos los manuscritos, ni el autor podia ni queria publicarlas de su cuenta; otras porque acertaron á representarse, y con poco ó ningun éxito, cuando el autor no tenía editor determinado ni humor entónces ni nunca de rogar á ninguno con sus escritos. Pero como no siempre un escritor puede repartir como quisiera sus comedias, ni ménos elegir el dia ni la hora de su estreno; y como alguna de las mias no publicadas aún se resintió evidentemente de semejantes contrariedades, séame lícito apelar en la prensa de tal cual fallo que áun no sé de cierto si sólo se fulminó contra mí.

No sé si me dejo en el tintero alguna de las advertencias que tenía ánimo de hacer al curioso lector: el tomo está ya impreso, y no me conviene retardar mucho su publicacion: los cajistas esperan con los brazos cruzados este desaliñado prefacio, ó proemio, ó lo que sea, y consideraciones de más de una especie me imponen silencio sobre muchas anécdotas y particularidades de mi vida escénica. Algunas de ellas no serian indiferentes á mis beneméritos suscriptores, porque pican en historia; pero espero de su discrecion que se contentarán con lo dicho y con algunas notas especiales que, si gustan, irán leyendo interpoladas con el texto. Yo he ofrecido en el prospecto mis comedias, pero nó la historia de mis comedias.

Añadiré solamente, para concluir, que si cada composicion no lleva á la derecha de los interlocutores los nombres de los actores que por primera vez las representaron, es solamente porque nò se acostumbra á hacerlo en colecciones tan voluminosas como esta, y porque no constando en muchas de las ediciones parciales, hechas, por convenir así á los editores, con anterioridad á las representaciones, el llenar ahora tantos huecos sería obra de romanos; pero me complazco en declarar que desde que me di á conocer como el más asiduo y laborioso de los poetas cómicos contemporáneos, ya que carezca de otras dotes, no ha habido una actriz ó un actor de nota á cuyos esfuerzos no sea yo en gran parte deudor de mis modestos triunfos. Á todos tributo, pues, este público testimonio de estimacion y agradecimiento, y singularmente á los que han tenido más ocasiones de prestarme su hábil cooperacion; ó por su mayor permanencia en los teatros de Madrid, sobre todo en el del *Príncipe*, hoy *Teatro Español*, que ha sido siempre el de mi predileccion; ó por el puesto que ocupaban en las compañías; ó porque la especialidad de sus talentos se adaptaba más á la índole de mis habituales producciones.

Cumpliendo lo dispuesto por el autor en la siguiente nota que sirve de continuacion al prefacio anterior, esta nueva edicion constará de las obras por él escogidas, las cuales se imprimirán con las enmiendas y correcciones hechas de su mano y letra en el ejemplar que tenía preparado con el fin de darlas otra vez á la estampa.

La referida nota dice así:

PLAN PARA UNA NUEVA EDICION DE MIS OBRAS.

TEATRO.

Se reproducirá el prólogo que para la primera escribió el Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

Seguirá la repeticion de mi prefacio á dicha primera edicion.

La que ahora proyecto constará del mismo número de piezas dramáticas que aquella, pues mi ánimo es no reimprimir quince de las coleccionadas en 1850, y á igual número quedarán reducidas las posteriormente escritas, excluyendo las que luégo nombraré.

Por apéndice al prefacio, se dirá que de las piezas anteriormente coleccionadas, descarto cinco traducciones, á saber: *El regañon enamorado*, *La familia del boticario*, *El segundo año, ó ¿quién tiene la culpa?*, *No más muchachos*, y *La primera leccion de amor;* dos refundiciones, la de *Si no vieran las mujeres!* y la de *Fuego de Dios en el querer bien!*, y ocho piezas originales, que son: *Á la vejez viruelas*, *Achaques á los vicios*, *El ingenuo*, *La falsa ilustracion*, *Mérope*, *La pluma prodigiosa*, *El carnaval de los demonios*, y *Cuidado con las amigas*.

Á traducciones ménos esmeradas y concienzudas que las mias han dado, y muchas con el beneplácito del público, grande importancia otros escritores, aplicándoles, en lugar de la que les corresponde, la calificacion de *arreglos al teatro español*, sin embargo de que en la mayor parte no se ha variado otra cosa que los nombres de los personajes y el lugar de la escena. Más de dos se han presentado y aceptado como originales, y los traductores vergonzantes, por no confesar buenamente que lo eran, han incurrido en la nota de plagiarios. Las traducciones de las obras de imaginacion, y principalmente de dramas y novelas, no deben ni pueden ser literales, y esos *arreglos*, que con harta frecuencia se han encarecido tanto, no son de ordinario primores del arte; sino condiciones inherentes á esta clase de tareas. De mis traducciones sólo conservo para la nueva edicion la tragedia *María Estuarda* y el drama trágico *Los hijos de Eduardo*.

Cuán difícil y cuán ingrato sea el trabajo de refundir una comedia de nuestro antiguo teatro, ya lo expuse en la citada primera edicion al incluir en ella dos de las que hice por encargo de actores ó de empresas teatrales. En darlas de baja para la nueva coleccion no hago sacrificio alguno.

En expurgar de entre las originales la intitulada: *Á la vejez viruelas*, con la cual hice, no sin felicidad, mi estreno de poeta dramático, me dicen, y quizá con razon, que soy demasiado severo porque defraudo á los lectores del curioso cotejo que pudieran hacer entre ella y la que al año siguiente di á luz con el título de *Los dos sobrinos, ó la escuela de los parientes*. Recuerdo que un crítico, que juzgó la segunda con extremada benevolencia, dijo de ella, comparándola con la primera, que de una á otra habia dado el autor un salto, que *¡ni el de Alvarado!* Pero la verdad es que *Á la vejez viruelas* no pasó de ser un ensayo imperfecto en que, á traves de tal cual destello de *vis cómica*, se advierte bien á las claras la inexperiencia del autor. Para que los eruditos puedan hacer el indicado cotejo, basta la tirada que de ella hizo D. Miguel Búrgos, y el constar además reimpresa con una nota en la coleccion referida. Las comedias *Achaques á los vicios*, *El ingenuo*, y *La falsa ilustracion*, aunque ménos defectuosas, no merecen que yo las reimprima, y obraria con poca cordura

en no dar carpetazo á la tragedia *Mérope*, que con más ó ménos justicia fué desairada. *La pluma prodigiosa* no fué más espontánea para la mia que las refundiciones. En una comedia de magia el principal lauro, si de alguno es capaz semejante faena, y asimismo la mayor responsabilidad, corresponden de derecho al tramoyista. Si para ingerirla en dicha edicion pude pretextar el propósito de hacer constar que de todo habia en mi repertorio, fatigar de nuevo la prensa con tal engendro sería imperdonable reincidencia. Lo mismo digo del embrion fantástico *El carnaval de los demonios*. *Cuidado con las amigas*, juzgada aparte, es (permítaseme creerlo así) comedia, ya que no recomendable, aceptable al ménos por la moralidad de la fábula y por otras dotes. No obstante, ahora echo de ver que tiene contra sí el adolecer en algunos caracteres y lances de involuntarias reminiscencias respecto de otras mias, y el haber reproducido alguna de las posteriores, con notable ventaja, situaciones y rasgos característicos débil ó incompletamente bosquejados en ella.

De las obras sueltas que no constan en la mencionada compilacion me inclino á no comprender en otra, si llega á hacerse, las que siguen.

Mocedades. Procede la accion de haber sido abandonada en la infancia una niña por el padre que ilegítimamente la engendró. El mismo argumento me sirvió para *Cuentas atrasadas* y para *La niña del mostrador*. En esta, como en *Mocedades*, el padre anciano se enamora de su hija, ya casadera, sin conocerla, y aunque en ambas fábulas los caracteres, lances y situaciones son diferentes, en las dos es idéntico el desenlace, pues en una y en otra tiene cada viejo en un sobrino suyo un rival preferido, á quien la cede, prévio el consiguiente reconocimiento. Sobra, pues, una de las tres comedias, y entre ellas es evidentemente la más endeble *Mocedades*. Para no excluir ninguna de las otras dos tengo las plausibles razones siguientes: Que en *Cuentas atrasadas* no hay peligro de incesto, aunque involuntario, como en aquellas; que siendo más complicado su enredo es tambien más verosímil y más original, y que en ella campean por su novedad dos caracteres, el de *Sebastiana* y el del coronel *Corvina*, y en *La niña del mostrador* el de la protagonista y el de *D. Faustino*.

Entre dos amigos.... Son muchas las obras de mi ingenio en que intervienen personas que han estado en Ultramar y las peripecias que tal circunstancia origina: *Un novio para la niña*, *El qué dirán*, *Por no decir la verdad*, *Cuentas atrasadas*, *La hipocresía del vicio*, *Estaba de Dios*, *Mi dinero y yo*, *La niña del mostrador*, *La hermana de leche*, *Entre dos amigos....*, y otras. Sin embargo, por esta razon á ninguna excluiria, porque son tan generales y frecuentes las relaciones de España con sus antiguas y actuales colonias ultramarinas, que apénas hay familia que no cuente ó haya contado algun individuo allí establecido por mucho ó poco tiempo y por una ú otra causa; pero entre el plan de la que ahora elimino y el de varias comedias de mi teatro hay otras analogías, y áun pudiera decir repeticiones, que me mueven á sacrificarla: suplantacion de nombre y condicion como en *Memorias de Juan García*, *Cuentas atrasadas* y *Estaba de Dios*; nacer la trama de aventuras ocurridas en algun baile de máscaras, como en *La hipocresía del vicio*, *Lances de carnaval* y *Lo vivo y lo pintado*. Por otra parte la fábula trae antecedentes prolijos que producen una exposicion demasiado larga, y la situacion de una jóven obligada por su padre á casarse con quien no quiere ni le conviene, se ha presentado ya en *Á Madrid me vuelvo*, *La redaccion de un periódico*, y *La cabra tira al monte*.

Elvira y Leandro, ó el premio. Con más fundamento que el aducido respecto de las anteriores pienso no reproducir esta flaca produccion. El expediente de darse *D. Blas*, para pavonearse con el premio, por autor de la obra que ha escrito *Leandro* no es muy verosímil, ni muy ingenioso el ardid de que se vale *D. Ignacio* para descubrir la superchería y castigar la vanidad del suplantador. Tambien se repite el acto de paterna tiranía ya reprendido en *Á Madrid me vuelvo* y otras comedias, y con *doña Prisca* se aumenta el ya largo catálogo de mujeres burladas por libertinos, tipo no escaso en mi repertorio: díganlo la *Amparo* de *Me voy de Madrid*, la *doña Ramona* de *El hombre pacífico*, la costurera de *La cabra tira al monte*, la *María* de *María y Leonor*, y la *Catuja* de *El abogado de pobres*.

Los sentidos corporales. El acto primero empleado casi todo, y no es corto, en explicar lo

que son y valen los sentidos físicos y en discutir cuál de los cinco es preferible á los demas, y esto en una academia improvisada en una fonda, y no entre doctores, sino entre huéspedes de mediana instruccion allí casualmente reunidos, retarda demasiado la accion, que apénas se inicia al final del acto. Más animados y ménos pedantescos son los otros dos, en los cuales, miéntras no sin naturalidad se va desenvolviendo el carácter del misántropo *Don Bruno*, principia, progresa y triunfa el laudable designio de *Ángela,* que por caridad emprende su correccion, le inspira amor con su virtud, sus gracias y su talento y acaba ella misma por enamorarse de su neófito. Líganse sin violencia á la accion principal otros incidentes episódicos; pero hay de sobra sentencias, declamaciones y discreteos; y por último, me obligan á retirarla los tres conatos matrimoniales del optimista *D. Desiderio* frustrados todos ellos, como los del *Marqués de Valgayo* en *Cuando de cincuenta pases*...., reminiscencia mayúscula que no me quiero perdonar.

Tambien tengo por conveniente excluir de la segunda edicion las zarzuelas *El novio pasado por agua* y *Cosas de Don Juan*, por ser obras de encargo una y otra, y no de mi gusto el género á que pertenecen, y porque del éxito de ambas, aunque no fueron silbadas, no me es dado felicitarme. Descarto asimismo la pieza de circunstancias, en un acto, *El Ebro,* que escribí sin otra pretension que la de complacer á un amigo interesado en la empresa de canalizacion de aquel famoso rio con motivo de la inauguracion de sus primeras obras. Se representó en Tortosa, lugar de la accion, por escogidos actores que á este efecto fueron trasladados de Madrid á aquella ciudad, y parece que divirtió al auditorio. Yo, aunque muy rogado para tomar parte en la expedicion, no lo tuve á bien. Finalmente, escrita para el periódico literario *El Museo de las Familias,* di á la prensa otra pieza titulada *El peluquero y el cesante;* pero no al teatro, porque no la consideré con bastante mérito para ello: la misma razon tengo ahora para no reimprimirla.



LOS DOS SOBRINOS,

ó

LA ESCUELA DE LOS PARIENTES.

COMEDIA EN CINCO ACTOS.

Representada por la primera vez en el teatro del Príncipe el dia 30 de Mayo de 1825.

PERSONAS.

DOÑA CATALINA.	D. JOAQUIN.
DOÑA JULIANA.	D. BRUNO.
PLÁCIDA.	D. ONOFRE.
INÉS.	D. MARCELO.
D. CÁNDIDO.	MATÍAS.

UN SOLDADO.

La escena es en Madrid. Sala con tres puertas: una conduce á la antesala y á las habitaciones interiores, otra á la de doña Catalina y la restante al cuarto de D. Joaquin.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

D. MARCELO. D. ONOFRE.

Marcelo. ¿Qué resolvemos, Onofre,
de nuestro caro sobrino?
¿Te lo llevas al lugar?

Onofre. ¡Si es tan apocado el niño
que no sirve para nada!
No es hombre, segun he visto,
de coger un azadon,
ni de podar un olivo,
ni áun de cuidar de las mulas,
que es el único ejercicio
en que pudiera emplearle.
Si fuera como su primo.....
Oh! Joaquin es otra cosa.
Qué despejado! qué fino!
Y al cabo es un capitan.
Este sí que honra á sus tios,
pero Cándido.....

Marcelo. No obstante,
me parece que es preciso
llevemos la carga todos.
Ya ha siete meses cumplidos
que tengo á Joaquin en casa.
Fué robado en el camino,
y, como era regular,
le franqueé mi bolsillo
para hacerse un equipaje

conveniente á su destino.
He pagado varias deudas
que en Madrid ha contraido.....
Todas por lances de honor
de que un jóven de principios
nunca puede prescindir:
banquetes con sus amigos,
bailes, á veces el juego;
que, aunque en rigor es un vicio,
sin pasar por un quijote
extravagante y mezquino,
ya ves, todo un capitan.....

Onofre. Eso está bien. Él es digno
de todo; él es acreedor
á cualquiera sacrificio;
pero el otro.....

Marcelo. Pues el otro
me ha puesto en un compromiso.
Aquí se nos ha encajado
sin anunciarnos su arribo,
hecho un adan.

Onofre. ¿Y qué culpa
tengo yo?

Marcelo. Pidió un asilo
en mi casa, y yo no pude
negárselo.

Onofre. Pues, amigo,
paciencia. Á mí no me hubiera
encontrado tan propicio.
Ya se la puede buscar,
que no es manco ni tullido.
Holgazan! Con esa cara
que tiene de teatino
viene á pegarla, sin más
que «aquí estoy porque he venido.»

Marcelo. Tuve que pagar el viaje
y los gastos del camino,
porque él no trajo.....

Onofre. Esa es otra.
Vaya, vaya, el señorito
es una buena prebenda.

Marcelo. Aunque el gasto es tan crecido,
no es esto lo que me apura.

Onofre. Pues ¿qué?

Marcelo. Que afrentado vivo
con él. Ese encogimiento,
ese porte tan sombrío,
tan tosco.....

Onofre. Di de una vez
que es un solemne pollino
y que quieres embocarme
la maula. Pues, hijo mio,
desásnale tú si quieres.

Marcelo. Yo además de Joaquinito
tengo á doña Catalina
que hace mes y medio vino
de Cádiz; y hasta que encuentre
casa.....Ya ves, su marido
fué amigo nuestro, y no creo
regular....

Onofre. Nada; conmigo
no se viene. Es excusado
porfiar.

Marcelo. ¿No eres su tio
como yo?

Onofre. Si te es gravoso,
desde este instante me obligo
á abonarte lo que gastes
con él; pero yo no admito
gaznápiros en mi casa.
Mejor quiero un tabardillo.

Marcelo. Ya he dicho que no es el gasto
lo que siento.

Onofre. Y yo repito
que á mi lado no le quiero.

Marcelo. En tus haciendas de Pinto
puede estar.

Onofre. ¿Y qué dirian
las gentes si algun domingo
me viniera á visitar
de tosco sayal vestido,
con montera, con polainas,
abarcas y vara en cinto,
y oyeran que me decia:
Buenas tardes, señor tio?

Marcelo. No hay remedio. Es necesario
que yo le aguante. ¡Maldito
parentesco! Mantenerle
léjos de mí es un arbitrio
costoso. Al fin en la casa
se viene á gastar lo mismo
esté ó no esté; pero fuera.....

Onofre. Eso quisiera el chiquillo;
asegurar la pitanza
y vivir á su albedrío.
Pero nuestro primo Bruno,
que la echa de compasivo,
no se lo puede llevar?

Marcelo. No conviene. Mi designio
es muy diferente. Bruno
es viudo sin hijos, rico
y amigo de sus parientes.
Ya sabes tú que Fabricio
nuestro hermano, que Dios haya,
tuvo cierto disgustillo
con él.

Onofre. Sí, cuando le echó
de su casa porque quiso
con sus prudentes consejos
salvarle del precipicio.

Marcelo. Riñeron. Á pocos meses
su indolencia, su prurito
de brillar, y la aprehension
que le hicieron de un navío
fletado por él con carga
de géneros prohibidos,
fueron causa de su ruina
total.

Onofre. Bien; y al decomiso
siguió la temprana muerte
de su mujer; y Fabricio
enfermó de pesadumbre;
murió ya puesto en camino
para los baños de Caldas;
y lo enterraron; y su hijo
Cándido viéndose solo,

desamparado, aburrido,
viene á comernos un lado
á título de sobrino.
Pero todo esto.....

Marcelo. El pobrete
haria sin duda juicio
de ser recibido mal
de Bruno. Por eso vino
á Madrid, y ni siquiera
una visita le hizo
al pasar por Zaragoza.

Onofre. Con todo, no le imagino
capaz de desampararle.

Marcelo. Pero si yo se le envío,
no sólo le admitirá
con placer y con cariño;
sino que podrá dejarle
algun dia, con perjuicio
de Plácida, cuanto tiene;
y esto es lo que determino
evitar á toda costa.

Onofre. Cuando Cándido era niño
como un padre le queria.

Marcelo. Es cierto, pero hace un siglo
que no le ve.

Onofre. Y dime, ¿sabe
que está aquí?

Marcelo. Qué desvarío!
No se lo diré yo nunca.

Onofre. Pero.....¿y si le escribe el chico?

Marcelo. No lo hará; te lo aseguro,
porque yo no me descuido
en prevenir al muchacho
contra él.

Onofre. Ya, tú habrás dicho
para ti: la caridad
se entiende consigo mismo;
y el prójimo, que se dé
contra una esquina.

Marcelo. Es preciso
que me ayudes á inclinarle
á mi favor.

Onofre. Ya le he escrito
que Plácida es un tesoro
de virtudes, un hechizo.
Y mis elogios por cierto
no son muy equitativos,
porque es una linda maula.
Ahora cuatro rengloncitos
contra Cándido: ¿no es esto?
y negocio concluido.
Pero si se le antojara
venirse.....

Marcelo. No, no hay peligro.
Es muy viejo.—En todo caso
nunca vendrá de improviso,
y podremos.....

Onofre. Ya, ya entiendo.
Y dónde está tu pupilo?

Marcelo. Salió con Juliana.

Onofre. Calla!
Aquí está. Qué compungido!
qué humilde!

ESCENA II.

D. ONOFRE. D. MARCELO. D. CÁNDIDO.

[*Don Cándido se presenta pobremente vestido.*]

Onofre. Hola, buena pieza!
Cómo vienes tan marchito?
Dónde has dejado á tu tia?

Cánd. Á la mitad del camino
me dijo que no gustaba
de acompañarse conmigo.

Onofre. Habrás hecho de las tuyas.

Marcelo. Cuando ella te ha despedido,
por algo será.

Onofre. La habrás
avergonzado.

Marcelo. Habrás dicho
mil necedades.

Cánd. Dios sabe
que yo....

Marcelo. Calla!

Cánd. Ah! yo suplico
á ustedes....

Onofre. Cállese usted!
Es un enorme delito
disculparse de ese modo.

Cánd. (Paciencia!)

Marcelo. Sí, ya está visto
que no haré carrera de él.

Onofre. Con ese aire de novicio
no pienses que nos engañas,
hipocriton!

Cánd. (Qué martirio!)

Onofre. Qué murmuras entre dientes?
Vehementísimo indicio
de tu culpa es tu silencio.

Cánd. Pues bien, cuál es mi castigo?
Si callo soy delincuente,
y ofendo cuando replico!

Onofre. Ni callar, ni replicar.

Cánd. Eso es imposible, tio.

Marcelo. Vamos, será necesario
tomar con él un partido.

Onofre. Sí, sí, por incorregible
debe echársele á un presidio.

Marcelo. Aquí viene mi mujer
y nos dirá lo que ha habido.

ESCENA III.

D. ONOFRE. D. MARCELO. D. CÁNDIDO.
DOÑA JULIANA.

Juliana. Jesus, qué sofocacion!
Jesus, Jesus, qué sobrino! [*Se sienta.*]

Onofre. Qué te ha hecho ese bergante?

Juliana. ¡Nunca le hubiera yo dicho
que me acompañase! nunca
hubiera á casa venido!
Empeñado el muy zoquete

en ir siempre al lado mio
como si fuera un cortejo.
Ah qué afrenta! qué suplicio!
Por más que haciéndole estaba
señas con el abanico
para que detras viniera,
no he podido conseguirlo.
Ya se lo iba á decir claro,
cuando encuentro á don Faustino
y Conchita su mujer
al pasar por los Basilios.
Como ella es tan criticona
y tan vano su marido,
temia que ese señor
dijera algun desvarío
ó les diera á conocer
que era mi pariente. Quiso
mi fortuna, ó mi desgracia
más bien, que como es el niño
tan huraño y tan agreste,
sin dar lugar á mi aviso
se quedó á cierta distancia.
Con esto me tranquilizo,
y despues de saludar
á mi amiga con cariño,
la propongo me acompañe
esta tarde en el Retiro,
cuando me agarra del brazo
ese zafio de improviso
y me dice: Tia, tia!
Un coche! Pronto, de un brinco
pase usted á la otra acera!
No sentí tanto el peligro
como verme abochornada
de tal modo. No he tenido
rato más malo en mi vida.
Estoy hecha un basilisco.
Qué atrevimiento! En la calle
llamarme tia, y á gritos!

Cánd. No podia imaginar
que usted se hubiera ofendido
de que la llamase tia.
Ahora, si es un delito
el ser pariente de usted
porque en el mundo no brillo,
eso es otra cosa; pero,
señora, si no soy rico,
cómo lo he de remediar?
Esta pobreza en que gimo
no es consecuencia funesta
de algun vergonzoso vicio.
¡La muerte de un tierno padre
sólo me deja el conflicto
de llorarla, y la desgracia
de ser gravoso á mis tios!
Yo quisiera.....

Juliana. Yo quisiera
que fuera usted más sumiso
y algo ménos bachiller.
Sí, señor, así lo exijo.
Conque despues que le estamos
colmando de beneficios,
aún nos viene usted con fieros?
Vaya, ¿si querrá ese erizo
que le pidamos perdon?
Cuando usted haya aprendido
á tratar con las señoras;
cuando sea usted tan fino
como su primo Joaquin,
depondré mi ceño esquivo
y no me desdeñaré
de llamarle deudo mio.
Pero no siendo elegante,
gracioso, amable, cumplido,
como él lo es; no entendiendo
el país de un abanico;
no sabiendo dar su voto
sobre el gusto de un vestido,
ni bailar un rigodon,
ni trinchar un palomino,
que me llame usted su tia
formalmente le prohibo.

Onofre. Dice muy bien.

Juliana. Y cuidado
con no serme tan altivo.
Cuidado con respetar
el menor de mis caprichos.
Si no acomoda, ya puedes
tomar la puerta. Clarito.

ESCENA IV.

D. ONOFRE. D. MARCELO. D. CÁNDIDO.

Marcelo. ¿Ves á lo que das lugar
con tu imprudencia? Es preciso
enmendarse. ¿Qué te cuesta
darle gusto? ¿Qué perjuicio
se te sigue de ser dócil,
callado, humilde, expresivo
y cariñoso con ella?
Si se indispone contigo
es por tu bien.—Por ahora
tus desaciertos olvido
y te quiero perdonar.
Procura no repetirlos
si deseas conservarte
en mi gracia. Harto te digo.

ESCENA V.

D. ONOFRE. D. CÁNDIDO.

Onofre. La reprimenda no es floja,
pero ¡vanos raciocinios!
Á ti nada te hace mella.
Yo no sé á quién has salido,
tan torpe, tan bigardon,
tan ingrato, tan arisco,
tan.... ¿Qué veo! Estás llorando?
Ay qué gracia de angelito!
Vamos, desmáyate ahora.
¡Cuidado que es un prodigio
el muchacho! Con más cuartos

que un arriero vizcaíno,
llorar como una madama!
¿Y piensas que no concibo
que ese llanto es de soberbia?
Muy bien! Estamos lucidos!
¡Sobre que ya no se puede
hacer bien en este siglo!

Cánd. Ah señor! El hacer bien
nunca.....

Onofre. Calla, que me irrito.
Tú has venido á deshonrarnos.
Mi hermano hizo un desatino
en recibirte en su casa
y darte el pan de sus hijos.
¿Si querrás que te contemplen
y que te traten con mimo?
Vaya, no faltaba más!
Por qué no naciste obispo?
Él te llena la bartola
y yo te calzo y te visto.
Pues ¿qué más quieres? Peor
fuera estar en el hospicio.
Ah qué bien dice el refran!
Al que Dios no le da hijos,
para purgar sus pecados
el diablo le da sobrinos.

ESCENA VI.

D. CÁNDIDO.

No es posible tolerar
tratamiento tan indigno.
Me avergüenzo del estado
de humillacion en que vivo,
y sólo la fuga puede
salvarme del precipicio
á que tantas sinrazones
me conducen de continuo.
Huyamos, sí! Poco pierdo
en dejar tan triste asilo.
Mejor es morirme de hambre
que depender de mis tios.

ESCENA VII.

D. CÁNDIDO. D. JOAQUIN.

[*Don Cándido se queda triste y pensativo á un extremo de la escena. D. Joaquin sale de su cuarto leyendo un papel con direccion á la habitacion de doña Catalina.*]

Joaquin. Perfectamente. No puede
estar mejor. Yo me pinto
solo para hacer sonetos.
Ni Jerjes, ni Tito Livio
sirven para descalzarme.
Es mucho númen el mio!
Se lo voy á presentar.....
Hola! Buenos dias, primo.
Me alegro mucho de verte.
Ya sabes tú que me pico
de poeta. Vas á oir
este soneto que he escrito
á nuestra huéspeda amable
casi, casi de improviso.
Oye, y verás ¡qué conceptos
tan armoniosos! qué estilo
tan bien medido! qué rima
tan sentimental!

Cánd. Amigo,
no estoy de humor para coplas.
Déjame.

Joaquin. Yo necesito
tu aprobacion.

Cánd. Yo lo apruebo
desde ahora sin oirlo.

Joaquin. No importa. Es un *jefe de obra*,
y lo has de oir.

Cánd. (Estoy frito.)

Joaquin. [*Leyendo.*]

Por mirarte con lúbrico entusiasmo
corta la parca mi vital estambre.
Me voy quedando ya como un alambre
y tú tienes la culpa. No me pasmo.
De tu desden el rígido sarcasmo
en materias de amor me mata de hambre;
y cual si fueras cálido fiambre
no te puedo mirar sin pleonasmo.
Ni Vénus misma con su hermoso físico
merece ser de Catalina el prólogo.
Pero ¿has de permitir que muera tísico?
Ah! bien puedo decir sin ser teólogo,
segun me hieren tus miradas áridas,
que tus ojos, mi bien, son dos cantáridas.

Qué tal? ¿Se encuentran sonetos
de este mérito en los libros?
Cálido fiambre..... ¡Vaya
si es donoso el adjetivo!
Lo del *rígido sarcasmo*
¿no es un concepto exquisito?
Confieso que el consonante
me tenía apuradillo.
Ya iba á abandonar la empresa,
cuando á mi socorro vino

la palabra *pleonasmo*,
grave, de hermoso sonido,
y sobre todo oportuna.
Eso de morirme tísico
es lo que enmendar quisiera;
pero ya está puesto en limpio
y así ha de ir.—Vamos, hombre:
todavía no me has dicho
qué te parece.

Cánd. ¿No acabas
de ponderarlo tú mismo?

Joaquin. No importa. Yo soy modesto
y á tu fallo me remito.

Cánd. ¿Podré decir sin rebozo
mi dictámen?

Joaquin. Sí, sí, dilo.

Cánd. Pues bien, á mí me parece
cada verso un solecismo.

Joaquin. Te burlas, hombre?

Cánd. No estoy
para burlas. Lo repito,
tu soneto es detestable.

Joaquin. Sólo un hombre tan borrico
cómo tú diria eso.
Vamos, bien dijo quien dijo,
que la miseria embrutece
á las gentes.

Cánd. Si has creido
impunemente insultarme,
te equivocas, Joaquinito.

Joaquin. Hola! ¿Conque eso es decir
que te batirás conmigo?
Pues bien, corriente. No doy
por tu vida dos cominos.
¿Cómo quieres que riñamos;
á cuchilladas, ó á tiros?
Testamento..... no lo harás,
se supone; esto lo digo
porque no tienes de qué.
Piensas buscar un padrino?
¿quieres que.....

Cánd. No quiero nada.
Soy opuesto á desafíos.
Lo que quiero es que me dejes
en paz y que tengas juicio.

Joaquin. Al fin eres un gallina
sin honor y sin principios.

Cánd. Yo no conozco ese honor
que tanto los libertinos
decantan. En la virtud
únicamente lo cifro
y no en andar á estocadas
por tan frívolo motivo.
Yo sé respetar las leyes
y obedecerlas sumiso;
pero aunque ves que no peino
bigotes, ni espada ciño;

[*Va acercándose á D. Joaquin, y éste retrocediendo.*]

ni llevo dos charreteras
que deslumbren con su brillo
en los bailes y en el Prado;
ni tengo hoja de servicios
llena, no de campamentos,
de batallas y de sitios,
sino de hospitalidades,
deserciones y castillos;
desprecio á los fanfarrones
que escupen por el colmillo,
y les doy de bofetadas
sin necesitar padrino.

Joaquin. Pero, hombre..... no te sofoques.
Nunca ha sido mi designio
que fuéramos á matarnos.
Qué disparate! dos primos!
Ya ves tú, los que tenemos
el genio así....., un poco vivo,
nos excedemos á veces.....
Vaya, vengan esos cinco
y olvidemos lo pasado.
Ya sabes tú que te estimo.

Cánd. Harto hago con aguantar
la injusticia de mis tios,
sin sufrir tus insolencias.
Procura en lo sucesivo
tratarme con más respeto,
porque si nó.....

[*Amenazándole á la cara.*]

te confirmo.

ESCENA VIII.

D. JOAQUIN.

Toma! será muy capaz
de hacerlo como lo ha dicho.
¿Quién habia de creer
que tuviera tantos brios
un pobreton? No, con este
no es fácil sacar partido,
porque pudiera dejarme
de un bofeton sin carrillos.—
Pero es mucha necedad
decir que no vale un pito
mi soneto. Á bien que yo
estoy muy bien persuadido
de lo contrario, y me basta.—
Eh! ya es tiempo de lucirlo
con la huéspeda. Yo voy
á leérselo ahora mismo.—
Y si Plácida lo sabe?
La voy á tener de hocico
quince dias.—Qué me importa?
Si á la viudita conquisto,
que es hermosa, rica y jóven,
pronto con mi prima rifo
y desbarato la boda;
y si no saco partido,
fácil me es desenojarla,
y más estando los tios
de mi parte, y teniendo ella
tantas ganas de marido.

[*Entra en el cuarto de doña Catalina.*]

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DOÑA CATALINA. D. JOAQUIN.

Joaquin. ¿Conque no permite usted
que la acompañe?
Catal. Mil gracias.
Necesito salir sola.
Joaquin. Y no quedamos en nada?
Catal. Pues ¿no le he dicho á usted ya
que su soneto me encanta?
¿no he dicho que hay en sus versos
más bellezas que palabras?
Es verdad que muchas de ellas
á mi comprension se escapan,
pero tienen cierto nervio
poético que arrebata;
y sobre todo el donaire
singular con que usted llama
cantáridas á mis ojos
me embelesa, me entusiasma.
Joaquin. Sí, cantáridas de amor
que me pican y me abrasan.
Catal. Es un soneto estupendo
lleno de fuego y de gracia.
Usted debia imprimirlo.
Joaquin. Ya se ve, de eso se trata.
Pronto va á salir á luz
con mis poesías varias
así que haya reunido,
que esto lo hago en dos semanas,
materiales para un tomo.
Catal. Siga usted con confianza
la carrera del Parnaso;
así con pluma y espada
será usted en poco tiempo
el ornamento de España.
Joaquin. Pero usted se desentiende
de la pasion que me inflama,
y hasta ahora no me ha dicho
si la aprueba ó la desaira.
Catal. Segun eso, usted me quiere?
Joaquin. Esa pregunta me balda.
La quiero á usted con furor.
Catal. Ay qué miedo! Usted me espanta.
Joaquin. Tan feo soy?
Catal. Nada de eso;
pero ¿quién no se acobarda
con un amante furioso?
Joaquin. Esto es ponderar mis ansias
usando de una figura
retórica que se llama
Sinalefa.
Catal. Ah! bien; ya estoy
más tranquila. Yo pensaba,
como es usted militar,
que enamorar á las damas
era para usted lo mismo
que asaltar una muralla.
Joaquin. ¡Qué dicha fuera la mia
si esa mano delicada.....

[*Quiere tomársela y ella la retira.*]

Catal. Verdad es: déjela usted
que se quiebra si la palpan.
Joaquin. Perdone usted, Catalina.
El cariño me arrebata.
Yo apasionado, usted bella.....
En fin, el diablo las carga.
Como me quisiera usted,
dejaria á diez muchachas
que están perdidas de amores
por mí.
Catal. La fineza es rara.
Fuerza es que yo valga mucho
para desbancar á tantas.
¿Y dejará usted tambien
á su prima cuando trata
de ser su esposo?
Joaquin. Señora,
no crea usted tal patraña.
Mi mano no es para ella.
Si mi hermosa gaditana
la aceptase, yo sería
más dichoso que un monarca.
Ah! sáqueme usted de penas,
Catalinita de mi alma.
Dirá usted que sí? Si nó,
voy á meterme en la Trapa.
Catal. Sería lástima.
Joaquin. Vamos,
qué resuelve usted?
Catal. Yo? Nada.
Joaquin. ¡Y con esa frialdad.....
Piensa usted que hablo de chanza?
Catal. Qué quiere usted! Soy tan fria!
Joaquin. (Sí, lo mismo que una fragua.)
¿No mereceré de usted
que me responda?
Catal. Mañana.
Joaquin. Mañana?
Catal. Ó cualquiera dia.
Tiene usted prisa?
Joaquin. Usted trata
de que yo me vuelva loco.
Vaya; por ahora basta.
Pero ¿podré concebir
alguna dulce esperanza?
Catal. Sí, señor, espere usted
cuanto le diere la gana.

Quién se lo puede estorbar?
Joaquin. Señora..... Infinitas gracias.
Beso á usted los piés. (Qué chusca
es la andaluza! Caramba!)

ESCENA II.

DOÑA CATALINA.

Qué apunte es el capitan!
Si pensará que me engaña?
Á buena parte se arrima!
¿Pensará que soy tan fatua
como su prima? Otras prendas
han de tener, otras gracias
más sólidas los que aspiren
á mi amor. Su petulancia
ridícula.....

ESCENA III.

DOÑA CATALINA. D. CÁNDIDO.

Cánd. Buenos dias,
mi señora.....
Catal. Yo pensaba
que ya se habia usted muerto.
¡Cómo, en toda la mañana
no saludar á su amiga!
Cánd. Disimule usted mi falta.
Quiso que la acompañase
mi tia doña Juliana,
y entre ella y los otros tios
despues una hora larga
me han estado predicando
como acostumbran.
Catal. Canalla!
Hoy mismo me he de mudar
aunque sea á una posada
por no verlos. ¡Qué mal hice
en ceder á las instancias
de don Marcelo!
Cánd. Á un esclavo
no tratarian con tanta
inhumanidad.
Catal. Infames!
¿Áun no ha tenido usted carta
de don Bruno?
Cánd. No, señora.
Con bastante repugnancia
le escribí, como usted sabe,
y así no extraño que se haya
desentendido. Mi tio
don Marcelo no me engaña.
Él me aborrece; él recuerda
más bien que mi suerte infausta
la enemistad de mi padre.
Ah! todos me desamparan!—
Pero usted iba á salir
y no debo molestarla.
Catal. No, señor; no tengo prisa.
Usted no ha perdido nada
en escribir á don Bruno.
No hay duda que si trataba
de estorbarlo don Marcelo,
es porque teniendo fama
de rico y caritativo,
y siendo tan avanzada
su edad, temia que usted
alguna parte heredara
de sus bienes. En verdad,
ya me parece que tarda
en contestar. Sin embargo,
no pierdo las esperanzas.
Y si al fin es tan *pariente*
como los demas, no faltan
jamás al hombre de bien
almas benignas y francas
que sin ser tios ni primos
se duelan de sus desgracias.
Don Cándido, nadie sabe
lo que le espera mañana.
Cánd. Usted dirá lo que quiera,
pero yo no tengo tanta
filosofía. Harto sé
que nací en hora menguada,
y en vano es alimentarme
de ilusiones y fantasmas.
Catal. Ilusiones?—Bien: hablemos
de otro asunto. En confianza
voy á descubrir á usted
cosas de mucha importancia.
Sepa usted que he desbancado
á su cara prima.—Vaya,
no celebra usted mi triunfo?—
Por qué pone usté esa cara?
Cánd. Señora.....
Catal. Lo siente usted?
Cánd. (Yo no sé lo que me pasa.)
Catal. ¿Tomaria usted á mal
que yo fuese capitana?
Cánd. Yo quisiera..... que usted fuese
feliz.
Catal. Y si me casara
con don Joaquin ¿lo sería?
Cánd. Yo no lo sé.—Usted le ama?
Catal. Yo..... Qué me aconseja usted?
Cánd. Señora, ¿á usted le hacen falta
mis consejos para amar?
No he visto cosa más rara.
Yo pensaba que el amor
era una pasion tirana
que sin consultar á nadie
subyugaba nuestras almas.
Catal. Y de quién lo sabe usted?
Cánd. De mí mismo.
Catal. Calla, calla!
Usted tambien tiene amor?
Cánd. Sí, señora. Usted lo extraña?
Catal. Y es usted correspondido?
Cánd. No, señora.
Catal. ¡Con qué calma
lo dice usted!
Cánd. ¿No sería

la mayor extravagancia
desesperarme por eso?
¿Me habré de colgar de rabia
por dar gusto á mi rival?

Catal. Pero ¿quién es esa ingrata?

Cánd. Usted..... la conoce mucho:
yo no me atrevo á nombrarla.

Catal. Sabe ella que usted la quiere?

Cánd. Yo no le he dicho palabra;
y ahora me alegro mucho.

Catal. Pues alabo la cachaza.
¿Esperaba usted acaso
á que ella se declarara?

Cánd. Mi situacion.....

Catal. Es usted
un pobre hombre.

Cánd. Yo temblaba....

Catal. Pues ¡qué! es alguna serpiente?

Cánd. Si fuera yo con las damas
tan feliz como Joaquin.....

Catal. Será con las que se pagan
del oropel engañoso,
de la frívola elegancia,
de la necia afectacion,
y en fin, de apariencias vanas.
Pero yo que, aunque parezco
coqueta y atolondrada,
tengo el corazon muy limpio
y la cabeza muy sana,
distingo perfectamente
lo que es grano y lo que es paja,
y desprecio como debo
las ridículas monadas
de un adónis confitado
con bucles y sin sustancia.

Cánd. ¿Es decir que usted no quiere
á mi primo?

Catal. Me estomaga,
me fastidia hasta no más.

Cánd. ¡Y con todo, usted aguanta
que la enamore! ¡Y tal vez
le pondrá muy buena cara!

Catal. Quiero reirme á su costa.
Quiero dejar humillada
su insolente vanidad
y su impertinente audacia.
En fin, quiero consentirle
para darle calabazas.

Cánd. Yo sentiria en extremo
que usted con él se casara;
y temia.....

Catal. No, hijo mio:
no soy yo tan insensata.
Pero de ese sentimiento
¿se puede saber la causa?

Cánd. ¿Pues no sería dolor
que una señora adornada
de tantas amables dotes
de ese mico se prendara?

Catal. Ya se ve; y usted se explica
con tanto interes, con tanta
energía, que cualquiera
diria.....

Cánd. Qué?

Catal. Que usted no habla
con mucha imparcialidad.

Cánd. Y puede ser que acertara,
porque el amor.....

Catal. [*Afectando enojo.*] Qué? ¿qué dice
usted del amor?

Cánd. Yo?..... Nada.
Quise decir otra cosa.

Catal. No, señor; usted me engaña.
Y si no, ¿por qué razon
me mira, se turba y calla?

Cánd. Y usted ¿qué motivo tiene
para ponerse encarnada?

Catal. Usted se muere por mí,
y finge que no me ama.

Cánd. Y á usted quizá no le pesa,
aunque finge que se enfada.

ESCENA IV.

DOÑA CATALINA. D. CÁNDIDO. D. ONOFRE.

Onofre. Voto va! hoy he descuidado
mi visita cotidiana.—
Usted va á salir, mi vida?

Catal. Sí, señor, si usted no manda
otra cosa. Hasta despues.

Onofre. Vaya usted con Dios, salada.

ESCENA V.

D. ONOFRE. D. CÁNDIDO.

Onofre. Cáspita, qué aire de taco!
Hoy está la gaditana
de mal temple. Apostaria
á que alguna cerrilada
de las tuyas..... Qué le has dicho?

Cánd. Yo? Ni una sola palabra
que la pueda incomodar.

Onofre. Si querrás enamorarla?

Cánd. Bien pudiera ser.

Onofre. Qué es eso?

Cánd. Bueno! y porque yo la amara
¿sería.....

Onofre. Sería un crímen,
sería una extravagancia,
una insolencia, un absurdo,
y si yo lo averiguara
te costaria bien caro.
Pues ¡qué! así se cogen gangas?
Vaya! Conque yo que soy
un señor de circunstancias;
gracioso, vivo, elegante
y, aunque peino algunas canas,
robusto como una encina
y verde como una grama;
yo que soy un propietario
y tengo muchas medallas,
no me atrevo á pretenderla,

aunque me tiene hecho un ascua;
y tú que eres un piojoso
sin chirúmen y sin gracia,
¿tienes la desfachatez,
pícaro! de requebrarla?

Cánd. Tio, por Dios! Usted quiere
que me desespere y haga
una locura.

Onofre. ¡Á su tio
quererle soplar la dama!

Cánd. Si yo.....

Onofre. Bribon! ¿de este modo
tantos beneficios pagas?

Cánd. Yo ¿qué beneficios.....

Onofre. Pero
yo te cortaré las alas.

Cánd. Quiere usted dejarme en paz?

Onofre. Lo mismo eres que una tapia.
Ni consejos, ni desaires,
ni reprensiones te bastan.
Eres incapaz.

[*Quiere irse D. Cándido, y le detiene.*]

Espera,
que no quiero que te vayas
sin oir todo el sermon.—
Hombre, ¡que sea tan crasa
tu estupidez! Si la viuda
tus necedades aguanta,
es por burlarse de ti.
¿No conoces la distancia
que hay entre los dos? No sé,
no sé cómo tienes cara
para presentarte á ella.
Y así...., con tan mala traza.....—
Calla! ¿Qué veo! ¡Ya has roto
la levita!

Cánd. (Se me acaba
la paciencia.)

Onofre. Los ojales
desbaratados, las mangas
todas hechas un giron.....
Esto pasa de la raya.
¿Hay valor para romper
en ménos de tres semanas
una levita flamante?
Diez años hará por pascua
que la estrené. En tanto tiempo
ni un desgarron, ni una mancha
se ha visto en ella; y con todo,
casi siempre la llevaba.
¿Quién me diria que tú
tan pronto la destrozaras!
No es un cargo de conciencia?
Pues ya puedes remendarla,
porque yo no te doy otra.

Cánd. Tampoco yo la tomara.

Onofre. Eso sí, pobre y soberbio.
Áun querrás echarme plantas.

Cánd. Demasiado tiempo he sido
humilde con quien me trata
con tan poca caridad.

ESCENA VI.

D. CÁNDIDO. D. ONOFRE. PLÁCIDA.

Plácida. Ya puedes sacar la cama
y los trastos de tu cuarto.
Prontito, que me hace falta
tenerlo vacío. Entiendes?

Onofre. Qué prisa es esa, muchacha?
Quién lo ha de habitar?

Plácida. Gertrúdis,
mi nodriza, que ahora acaba
de llegar de Villaverde.
Me quiere tanto! es tan guapa!
Viene á pasar con nosotros
una corta temporada,
y no puedo ménos.....

Onofre. Sí,
es necesario hospedarla
con toda comodidad.

[*Á D. Cándido.*]

Al instante que se vaya
á su lugar, te prometo
que volverás á tu sala.
Miéntras tanto en la guardilla
te acomodas, ó en la cuadra
con los mozos.

Cánd. No, señor.
Yo le doy á usted las gracias
por su hospedaje. No pienso
dormir más en esta casa.

Onofre. Hola! con humos me vienes?

Cánd. Tio, ya basta de infamias,
y ni de usted ni de nadie
quiero más tiempo aguantarlas.
Conque así.....

Onofre. Cómo se entiende?
Pícaro! tú me amenazas?
Tú me pierdes el respeto?

Cánd. Tanto es lo que usted me ultraja,
que si no fuera mi sangre
y no mirara á sus canas.....

Onofre. Insolente! galopin!
Que no tuviera una tranca!

ESCENA VII.

D. CÁNDIDO, D. ONOFRE. PLÁCIDA. DON MARCELO. DOÑA JULIANA.

Marcelo. Qué es eso?

Onofre. No tienes tú
la culpa, sino el que ampara
á un bribon, á un haragan.

Juliana. Pero bien, ¿cuál es la causa
de tantos gritos? Sepamos
quién.....

Onofre. ¡Cria cuervos, Juliana,
y te sacarán los ojos!

Plácida. Mire usted, toda su rabia

es sólo porque le he dicho
que desocupe su estancia
para alojar á Gertrúdis.

Onofre. Sí, señor, y el muy canalla
se ofende de una medida
tan justa y tan necesaria;
y me levanta la voz;
y se me sube á las barbas.

Marcelo. Mira que ya estoy cansado
de sufrirte.

Juliana. Sí, ya basta
de contemplaciones. Yo
no estoy para templar gaitas.
Hola! de fuera vendrá
quien nos echará de casa.
Pues, hijo mio, desde hoy
libro nuevo; yo soy clara.
Si te hemos de mantener,
has de ver cómo lo ganas.
Aquí nos sacrificamos
por ti, pero tú no tratas,
ya que no nos das decoro,
de complacernos en nada.
Se acabó la sopa boba.
Lo entiendes? Desde mañana
me harás la compra, hijo mio;
que no está léjos la plaza,
ni creo yo que por esto
la venera se te caiga,
y despues.....

Cánd. Piadosos tios,
benigna doña Juliana,
amable primita, escuchen
ustedes cuatro palabras.
Yo, no lo puedo negar,
soy más pobre que las ratas,
pero aunque huérfano y pobre,
tengo vergüenza, á Dios gracias.
El pan que me dan ustedes
de malditísima gana,
ese pan que á todas horas
me echan ustedes en cara,
yo me lo sabré buscar
sin deber á ustedes nada;
yo lo tendré sin bañarlo
con mis lágrimas amargas.
Yo serviré; sí, señores,
pero será sin infamia:
no á parientes despiadados
y ruines, sino á mi patria.
No espero grandes riquezas,
sino peligros y balas,
pero tendré pan y gloria,
que para un soldado basta.
Yo viviré muy gozoso
con mis bravos camaradas,
sin un tio don Marcelo
que siempre ingrato me llama,
cuando peor veinte veces
que á su caballo me trata.
Sin un tio don Onofre
que me insulta y me regaña
sin dejarme responder,
haya motivo, ó no le haya:
que me ha dado una levita
achacosa, derrotada,
y tan raida, que sólo
de cepillarla se rasga;
y con todo, es tan tacaño
que por nueva me la pasa,
y de verla destruida
se escandaliza y espanta.
Viviré léjos de un primo
necio, petulante y mandria,
que desafia á las gentes
si sus sonetos no alaban,
y luégo pide perdon
al que no teme bravatas.
Léjos de una prima tonta,
superficial, sin crianza,
impertinente, aturdida.
Léjos en fin de una vana
y quijotesca señora,
que como esclavo me manda,
y cuando la llamo tia
se enfurece ó se desmaya.—
Á todas estas verdades
una que añadir me falta:
cuando uno tiene parientes
de tan perversas entrañas,
no conoce la vergüenza
ni el honor si los aguanta.

ESCENA VIII.

D. ONOFRE. D. MARCELO. DOÑA JULIANA.
PLÁCIDA.

Onofre. Qué sarta de iniquidades!
¿Y hemos podido tragarlas
sin romperle las narices?

Plácida. ¡Llamarme á mí mentecata
y superficial!

Marcelo. Yo siento
que haga una calaverada.

Onofre. Y bien, qué le hemos de hacer?

Juliana. Bendito de Dios se vaya,
y no parezca en su vida.
Vamos á comer.

Marcelo. ¿No aguardas
á la huéspeda?

Juliana. La tiene
convidada su paisana.
Vamos. Desde hoy habrá paz
y alegría en esta casa.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

DOÑA JULIANA. PLÁCIDA. D. JOAQUIN. INÉS.

Juliana. Vamos, que hace buena tarde.
Ponte bien esa mantilla.
Plácida. Al Prado?
Juliana. Bien.
Plácida. Y papá?
Juliana. Ya se marchó á las Delicias
con tu tio don Onofre.
Plácida. Oyes; cuida mi perrita.
Inés. Bien está.
Juliana. ¿Qué tienes tú,
Joaquin? Estás triste?
Joaquin. Tia,
tengo un esplin de mil diablos.
Plácida. Esa tristeza imprevista
bien sé yo de dónde nace.
Como doña Catalina
no nos acompaña..... ¿Piensas
que aunque soy una chiquilla
se me escapa nada?
Joaquin. ¡Vaya,
que has tomado una manía
particular! Mi cariño
sólo tú, amable primita,
lo mereces.
[*Á doña Juliana.*]
No es verdad?
Juliana. Quién hace caso de niñas?
Joaquin. La viudita, bien mirado,
no es una grande conquista,
y como quisiera yo,
tal vez..... Pero me fastidia.
Plácida. Por qué?
Joaquin. Porque sabe mucho.
Plácida. Ya; tú las buscas tontitas
para engañarlas mejor.
Joaquin. Qué disparate!
Plácida. Pues mira:
basta que mamá lo mande,
te amaré toda mi vida
como tú me seas fiel;
mas si sé que solicitas
á la viuda, hago las paces,
aunque la mamá me riña,
con el cadete de guardias
que despedí el otro dia.
Joaquin. No, no llegará ese caso,
dulce y adorada prima.
[*La abraza.*]
Juliana. Niños, niños! poco á poco.
Joaquin. [*Acariciando á su tia.*]
No se enfade usted, tiita.
Ya ve usted, ¡tengo este genio
tan bullicioso!—¡Qué linda
carretela le han traido
de París á Taravilla
mi amigo, el marqués del Junco!
Preciosísima! Daria
cualquiera cosa.....—Ah! ¿no saben
ustedes una noticia?
¡Cosas como las que pasan
en el mundo! La sobrina
de don Claudio el boticario
salió ántes de ayer á misa
y no ha vuelto á parecer.
Su padre está echando chispas.
Anoche me lo dijeron
en casa de doña Higinia.—
Por cierto que desde entónces.....
Tengo una suerte maldita!—
No sabe usted quién tallaba?
El teniente de milicias
don Toribio. Vaya un cuco!
Se empeñó en echar *judías*
y perdí sesenta pesos;—
pero me cayó una rifa.
Juliana. Sí? Y es cosa de valor?
Joaquin. No, señora; media libra
de cigarros.—¡Qué bien toca
el piano Dolorcitas!
Su hermano es un botarate.—
Me han dicho que la modista
de ahí enfrente baila bien;
y, aunque está comprometida
con un cesante de Propios....
Juliana. Jesus, qué tronera! ¿Olvidas
que te estamos esperando?
Joaquin. Tiene usted razon.—Matías!

ESCENA II.

DOÑA JULIANA. PLÁCIDA. INÉS. D. JOAQUIN. MATÍAS.

Matías. Mande usted, mi capitan.
Joaquin. El sombrero; date prisa,
y el sable.
Matías. Voy al instante.

ESCENA III.

DOÑA JULIANA. PLÁCIDA. INÉS. D. JOAQUIN.

Plácida. Si veremos á Conchita?
Joaquin. Qué habrá sido de mi primo?

Juliana. No me hables de él, que me indigna
su memoria. Aunque le vea
llorar á lágrima viva
y pedirme mil perdones,
no haya miedo que le admita
en mi casa.
Joaquin. Ha sido un bruto.
Él ha perdido una viña
con dejar á ustedes. No,
no hará tan buena barriga
en el cuartel; y si da
con un cabo loco.....

[*Llega Matías con el sombrero y el sable de D. Joaquin.*]

ESCENA IV.

DOÑA JULIANA. PLÁCIDA. INÉS. D. JOAQUIN. MATÍAS.

Joaquin. Quita
esa funda, majadero.

[*Toma el sombrero: Matías quita la funda al sable.*]

Él ya ha hecho la tontería
de sentar plaza á esta fecha.—
Eh! su letra no es malita,
y tiene buena figura.
¿Quién sabe..... Si no se vicia
puede ser que haga carrera.
Con veinte añitos que sirva,
basta para ser sargento.
Entónces ya es otra vida:
y luégo ¡el premio de nueve! (*)
Vamos, trae.

[*Toma el sable y se lo ciñe.*]

. Solicita
una plaza en el resguardo;
la consigue; se retira,
y es feliz.—Eh, ya estoy listo.
Venga la mano.
Juliana. Á tu prima,
que yo bajo muy despacio.

[*Vanse D. Joaquin y Plácida.*]

Cuida de casa, Inesilla.—
Qué talentazo de jóven!
qué imaginacion tan viva!
qué gracia! Vamos, él es
la honra de la familia.

ESCENA V.

INÉS. MATÍAS.

Inés. Jesús, qué gente, Dios mio!
No sé cómo hay quien los sirva.
¡Y qué compasion me da
don Cándido! ¡Qué injusticias,
qué perrerías han hecho
con él! Al cabo le obligan
á una desesperacion.
Matías. Tienen muy malas partidas
estos señores.
Inés. ¡Qué bien
hace en perderlos de vista!
Da lástima, porque al cabo
se crió en buenas mantillas;
pero, no digo un fusil,
el presidio de Melilla
es más dulce que aguantar
parentela tan inicua.
Pobrecito! ¡Y á tu amo
que es un loco, un mariquita,
libertino y jugador,
tantos agasajos! Ira
me da sólo de pensarlo.
Matías. Pues no sabes todavía
lo que es bueno. Yo pudiera
decirte ciertas cosillas.....
Inés. Sí? Dímelas.
Matías. No me atrevo.
Inés. Hombre, de mí no te fias?
Matías. Si sabe que le descubro
me arrea un pié de paliza
que no me podré lamer.
Inés. Nada de cuanto me digas
se sabrá, que, aunque criada,
soy de chismes enemiga,
y sé guardar un secreto.
Matías. Pues escucha: en Algeciras
se jugó siete mil reales
que eran de la compañía,
y por eso estuvo un año
en el fuerte de Chinchilla.
Cuando volvió al regimiento
le nombraron de partida
para perseguir ladrones,
vagos y contrabandistas;
y á todos les daba suelta
si largaban la propina.
¡Vaya un modo de robar
entre él y el sargento Díaz!
Otra vez tuvo un bromazo
en Cabra; cogió una chispa,
y le dió por ser valiente,
y eso que él es muy gallina
con todos ménos conmigo.
Entró en casa de unas tias
á la tremenda; y al golpe,
más prontito que la vista,
le quitó el sable un paisano
y le llevó calle arriba
á leñazos.—Cá! No he visto
hombre más malo en mi vida.
Los soldados no le quieren;
los cabos le tienen tirria;

(*) Ventaja ó sobresueldo mensual de 9 reales que gozaban los individuos de tropa, hasta la clase de sargento inclusive, luégo que cumplian veinte años de servicio.

los sargentos le desprecian;
los subalternos le silban;
los capitanes le escupen,
y los jefes le castigan.
Cuando no está preso, le andan
buscando, y él cada dia
es peor. Más trampas tiene
que un sastre dice mentiras,
y en su hoja de servicios
más notas feas que líneas.

Inés. ¿Y cómo está tanto tiempo
fuera de su cuerpo?

Matías. Chica,
yo no sé. Él lo que es licencia
para Madrid, la tenía;
pero hace ya cuatro meses
que se acabó.

Inés. Si averiguan
su historia.....

Matías. Oh! sí; nos despiden
á patadas.

Inés. Á él le estiman
sólo por las charreteras,
y si un dia se las quitan.....

Matías. Más seguro tendrá eso
que un ascenso.

Inés. Le estaria
muy bien al tonto de mi amo
que le atrapase la hija
y.....

Matías. Buen provecho. Á nosotros
qué se nos da?

Inés. Á mí maldita
la cosa. [*Suena la campanilla.*]

Matías. Pues á mí.....

Inés. Chito,
que están llamando. Anda, mira
quién es.

ESCENA VI.

INÉS.

Qué diablo de casa!
Como doña Catalina
me quisiera recibir.....
Ella es.

ESCENA VII.

DOÑA CATALINA. INÉS.

Catal. Y la familia?

Inés. Han salido á pasear.

Catal. ¿Y tambien con ellos iba
don Cándido?

Inés. Segun eso,
no sabe usted todavía
lo que pasa.

Catal. No sé nada.

Inés. Se ha marchado, señorita,
y acaso no volveremos
á verle. Como una niña
he llorado. Sus roñosos
tios y su insulsa prima
le han ajado hasta no más,
le han hecho mil felonías,
y por fin han apurado
su paciencia. ¡Dijo que iba
á sentar plaza!

Catal. ¡Qué dices!
¿Y no hubo un alma benigna
que le detuviera? Infames!

Inés. No, señora. Á sangre fria
su resolucion oyeron,
y tienen tan malas tripas
que permitieron se fuese
sin comer.

Catal. ¡Qué Dios asista
á una gente tan perversa!
Nada de esto pasaria
si hubiera estado yo en casa.
Oh vanidad! oh avaricia
detestable! (Acaso yo
soy causa de su desdicha;
¡yo que á hacerle venturoso
estaba tan decidida!)
Infeliz! Ya será tarde.—
Si yo pudiera..... Matías
acaso le encontrará.—
Corre; que le busque aprisa
por todo Madrid; entiendes?

[*Suena la campanilla.*]

Y si le ve, que le diga.....
Mira primero quién llama.

ESCENA VIII.

DOÑA CATALINA.

Las leyes de la milicia
son tales que, si obcecado
en las banderas se alista,
en vano..... ¿Qué veo! Él es.
Ay Dios! ¿Si serán tardías
mis lágrimas?

ESCENA IX.

DOÑA CATALINA. D. CÁNDIDO.

Catal. ¡Es posible,
don Cándido! ¿Usted olvida,
usted quiere abandonar
á su verdadera amiga?

Cánd. Así lo quiere, señora,
la insufrible tiranía

de mis parientes. No hay nada
que me acobarde ó me aflija
en la penosa existencia
que me aguarda. Las fatigas,
las privaciones, los riesgos
serán para mí delicias
léjos de esta gente. Acaso
culpará usted la medida
que he tomado; pero yo
la considero precisa
para salvar mi virtud
que he visto comprometida
tantas veces. Si me quejo
de mi fortuna mezquina,
usted sabe bien por qué,
sin que mi lengua lo diga;
usted que ve en este instante
el fondo del alma mia.

Catal. Conque, en fin ¿ya no hay remedio?
Nos deja usted!

Cánd. Sí; reciba
usted mi postrer adios.—
En la tienda de la esquina
me han dicho que á pasear
salió toda la familia,
y por eso me he atrevido
á subir.

Catal. Muy ofendida
debo estar de un proceder
tan injusto. ¿No era digna
de que usted me consultase
primero? ¿Yo sufriria
que el mejor de mis amigos
pereciese, siendo rica,
compasiva y generosa,
aunque lo diga yo misma,
más que todos los parientes
del mundo?

Cánd. No me atrevia
á comprometer á usted.

Catal. Esa es una intempestiva
delicadeza, que yo
llamo orgullo ó cobardía.
En fin, ya es usted soldado.
¡Á bien poco se limita
su ambicion!

Cánd. Áun no lo soy.

Catal. Cómo!....

Cánd. Ya estaba extendida
la filiacion; pero el jefe
cuando iba á poner mi firma
me mandó volver mañana,
diciendo que así tendria
lugar de pensarlo bien.

Catal. No me paga usté en su vida
el mal rato que me ha dado.

Cánd. Salí pues de la oficina,
y, resuelto á no mudar
de pensamiento, venía
á despedirme de usted.

Catal. Agradezco á usted su fina
atencion.—Vamos, y ahora?
es cierta la despedida?
está usted determinado
á incorporarse en las filas
de los valientes?

Cánd. Señora.....

Catal. Podrá usted con la mochila?

Cánd. Usted se burla de mí.
¿Acaso es cosa de risa.....

Catal. No hace mucho que he llorado:
deje usted que ahora me ria.

Cánd. Qué escucho! ¿Yo he merecido
que la amable Catalina
llore por mí?

Catal. Usted va á ver
si soy ó no soy su amiga.
Mire usted:—yo no soy fea;
cierto?

Cánd. Es usted peregrina,
es usted.....

Catal. Veinte y cinco años
no es una edad excesiva,
me parece.

Cánd. ¡Qué preguntas,
señora, á quien no respira
más que amor y gratitud.....

Catal. Yo tengo en Andalucía
haciendas considerables
y en Castilla muchas fincas;
soy viuda, pero sin hijos;
detesto la hipocresía,
y me gusta divertirme,
pero nadie con justicia
puede tachar mi conducta.....

Cánd. Ah señora! ¡Qué prolija
digresion!—Perdone usted;
ya sé adónde se encamina
ese discurso. Usted puede
juzgarlo por mi alegría,
por la dulce agitacion.....

Catal. Me ha gustado mucho el clima
de Madrid.....

Cánd. Por Dios! ¿Qué tiene
que ver eso con mi dicha?

Catal. Es decir que ya una vez
en la corte establecida,
y con tantas circunstancias
para excitar la codicia
de un novio, aspirar pudiera
á bodas muy distinguidas;
pero usted conocerá
que mi corazon se inclina.....

Cánd. Basta, señora: no puedo
más. Oh fineza inaudita!
oh ventura! Yo era amado
de la hermosa Catalina;
¡y la pagaba tan mal
que de sus ojos huia!
Yo soy el mortal feliz
á quien su mano destina;
yo soy.....

Catal. Eh! poquito á poco,
señor mio. Usted delira.
Vaya, vaya; ¡pues me gusta
la ocurrencia! Usted creia

verse ya..... Buenos estamos!
¡Caramba con el mosquita
muerta!

Cánd. (No sé dónde estoy.)

Catal. Yo soy una buena amiga
de usted, una apasionada
que le protege y le estima;
pero estimacion y amor
son dos cosas muy distintas.

Cánd. Poco debe de estimarme
quien así me martiriza;
quien se regocija en verme
padecer. Ah! yo creía
que era usted más generosa.

Catal. Cómo! Mi amistad se obliga
á facilitar á usted
una subsistencia digna
de su cuna y sus virtudes,
sin exigir que me sirva
ni me adule, á imitacion
de su despreciable tia.
Si esto no es ser generosa,
que venga Dios y lo diga.

Cánd. Ah! sí. Pero ¿usted presume
que mi ventura se cifra
en eso sólo?

Catal. Pues ¿qué
quiere usted? ¿Que yo le elija
para marido?

Cánd. Señora!....
Quiero que usted me permita
rehusar sus beneficios.

Catal. Está buena la salida.

Cánd. ¿Qué me importan las riquezas,
cruel! con que usted me brinda
despues de oir el funesto
desengaño que me priva
de mi más dulce esperanza?
Yo no debí concebirla;
es cierto, pero quizá
toda la culpa no es mia.

[*Se arroja á los piés de doña Catalina.*]

Tal vez esa misma boca,
que ahora sólo conspira
á mi desesperacion,
ha pronunciado propicia
acentos consoladores.
Esos ojos, que me inspiran
tanto amor, tal vez hoy mismo
el placer me prometian.
Sea loca presuncion
en mí, ó en usted perfidia,
jurara que en este instante
más amorosos me miran,
y yo.....

[*Suena la campanilla.—D. Cándido se levanta.*]

Catal. Levántese usted,
que tocan la campanilla.
(Y á qué buen tiempo! Si tardan
dos minutos, soy perdida.)

ESCENA X.

DOÑA CATALINA. D. CÁNDIDO. D. BRUNO.

Bruno. Cándido!

Cánd. No, no me engaño.—
Él es. Tio de mi vida! [*Se abrazan.*]

Bruno. Tan mal vestido!..... Ya veo
que en tu carta no mentias.

Catal. Aquí le han hecho penar
más de lo que usté imagina.
Qué parientes! Juzgue usted
cuán deplorable sería
su situacion, cuando hoy mismo.....
Pero ruego á usted se sirva
pasar á mi habitacion,
y allí.....

Cánd. Sí, usted necesita
descansar.

Bruno. Como usted guste.
¿No están en casa.....

ESCENA XI.

DOÑA CATALINA. D. CÁNDIDO. D. BRUNO.
D. JOAQUIN.

[*D. Joaquin entra precipitado con direccion á su cuarto.*]

Joaquin. Maldita
memoria! ¡Haberme dejado
una cosa tan precisa!
Mi lente!—Ah! estoy á los piés
de usted, bella Catalina.
Usted no pasea?

Catal. No.

Joaquin. Es usted muy egoista.

Catal. Mil gracias por el obsequio.

Joaquin. Los elegantes se privan
por la pereza de usted
de la cara más bonita
y el cuerpo más agraciado
que tiene Madrid.—Matías.—
Hoy está muy concurrido
el salon. Hace buen dia.—
Usted va á salir?

Catal. No.

Joaquin. Como
la veo á usted de mantilla....

ESCENA XII.

DOÑA CATALINA. D. CÁNDIDO. D. BRUNO.
D. JOAQUIN. MATÍAS.

Matías. Qué manda usted?

Joaquin. Trae mi lente;
sin arrugarme la cinta.
Corre.

ESCENA XIII.

DOÑA CATALINA. D. CÁNDIDO. D. BRUNO. D. JOAQUIN.

Joaquin. Vaya, ¿quiere usted
venir al Prado, alma mia?
Sí, venga usted. Áun podemos
dar cuatro vueltas.

Catal. Se estima.

Joaquin. [*Aparte á doña Catalina examinando á D. Bruno.*]
Qué apunte es ese?

Catal. No sé.

Joaquin. Me choca mucho. Él me mira
con una atencion....—Adios,
primo mio. No te habia
visto. Has sentado ya plaza?

[*Vuelve Matias con el lente, lo da á su amo y se retira.*]

Matias. Aquí está el ente.

Joaquin. ¿En marina,
ó enguardias?—¡Qué bien has hecho
en sacudir la polilla
y largarte de esta casa!
Yo no sé cómo sufrias
tantos ultrajes.—Á mí
me adulan y me acarician
porque soy hombre de pro
y esperan que con mi prima
me case. Yo no la quiero,
porque es una coquetilla.
Ella, sí, tiene buen dote,
y en muriendo el estantigua
de don Bruno.....

[*Violento gesto de cólera en don Cándido.*]

Bruno. [*En voz baja.*] Disimula.

Joaquin. Que es, segun tengo noticias,
muy bruto, pero muy rico,
es regular que la niña
le herede; mas otro amor
es el que á mí me electriza.

[*Á doña Catalina.*]

No es verdad?—El tio Marcelo
es tal cual, pero la tia
es muy cócora. ¿Y el tio
don Onofre? Me fastidia,
me degüella.—Harás muy mal
en volverle la levita.—
Ah! me olvidaba: si quieres
servir en caballería,
te traeré á mi regimiento.
Ántes de pasar revista
te tomaré de asistente,
y así tu suerte se alivia:
al fin no comes en rancho
ni haces ninguna fatiga.
Qué tarde es ya!—Abur, madama.—

[*Mirando á D. Bruno con su lente.*]

(Huf! Qué facha tan antigua!)

ESCENA XIV.

DOÑA CATALINA. D. CÁNDIDO. D. BRUNO.

Bruno. Dios mio! ¿Y este es el jóven
de quien Marcelo me hacía
tantos elogios? ¿Es este
á quien destina su hija?

Catal. Sí, señor; tal para cual.
No sé yo quién perderia
de los dos. Á ese tronera
se le obsequia, se le mima
y..... Vamos, vamos adentro.
Oirá usted maravillas.

[*Entran en el cuarto de doña Catalina.*]

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

D. BRUNO. D. CÁNDIDO.

[*Salen del cuarto de doña Catalina. D. Bruno deja su sombrero sobre una silla.*]

Bruno. Qué franca es esta señora!
Parece que se interesa
en tu suerte.

Cánd. Sí, señor.
Le debo muchas finezas.
En medio de mi desgracia,
su bondad, sus nobles prendas,
su trato afable y ameno,
y en fin, su amistad sincera
me han hecho ménos amarga
la vida. La Providencia
aquí sin duda la trajo
para mi consuelo.

Bruno. ¿Y piensa
establecerse en la corte?

Cánd. Como parte de sus rentas
las tiene en este país,

va á fijar su residencia
en Madrid, segun ha dicho,
y miéntras se le presenta
una buena habitacion,
en esta casa se hospeda
bien á su pesar.

Bruno. Lo creo.

Cánd. No confrontan las ideas
de mis tios con las suyas.

Bruno. No deben de ser muy buenas
cuando á un sobrino carnal
porque es pobre menosprecian,
y á otro segundo ó tercero,
por llevar dos charreteras
le colman de beneficios,
le distinguen y contemplan,
siendo insolente, vicioso,
sin talento y sin vergüenza.
Pero si tantos parientes
tienen entrañas de piedra
en este mezquino siglo
de vanidad y miseria,
todavía no están todos
prostituidos. Áun quedan
algunos que sin rubor
del infortunio se duelan.—
Bien conoces que yo debo
tener de ti muchas quejas.
Sabiendo cuánto te amaba
desde tu infancia más tierna,
hiciste muy mal.....

Cánd. Confieso
mi culpa. Con tantas pruebas
del buen corazon de usted,
debí llegar á su puerta
ántes que á ninguna; pero
me acordaba de la afrenta
que sufrió usted de mi padre
poco ántes de que muriera,
y temia.....

Bruno. Yo perdono
á tu poca edad la ofensa
que me hiciste. Áun dado caso
que yo conservar pudiera
á tu padre algun rencor,
cosa que siempre fué opuesta
á mi carácter, pensar
que á un hijo suyo trascienda,
es un error. En fin, no
se hable más de la materia.
Todo lo olvido, y muy léjos.....

ESCENA II.

D. CÁNDIDO. D. BRUNO. INÉS.

Inés. [*Con luces que deja sobre una mesa.*]
Señor, ahora mismo entran
mis amos.

Bruno. Bien: dónde están?

Inés. Han pasado á la otra pieza
á refrescar. Yo he callado
para que usted los sorprenda.

Bruno. Bien; te lo agradezco.

[*Inés entra con una luz al cuarto de doña Catalina, la deja dentro y vuelve á salir.*]

Escucha,
Cándido: la conferencia
con mis primos será corta.
No conviene que te vean
por ahora. Miéntras tanto,

[*Le da dinero.*]

toma. Vete á cualquier tienda
donde vendan ropas. Compra
lo que necesites, y echa
á un basurero esos trapos;
entiendes? No te detengas
en el precio.—Ah! tambien te hace
falta un sombrero. En la Puerta
del Sol lo puedes tomar.
Bastante dinero llevas
para todo. Vete luégo
á la Fontana (*), y espera
hasta que vaya por ti.

Cánd. Ah! mi gratitud extrema.....

[*Quiere arrodillarse y D. Bruno le detiene.*]

Bruno. Qué vas á hacer?—Vamos, anda,
que es tarde.

Cánd. Qué diferencia!

ESCENA III.

D. BRUNO. INÉS.

Bruno. Muchacha, enséñame el cuarto
donde tus amos refrescan.

Inés. Con mucho gusto.

[*Señalando á lo interior desde la puerta de la entrada.*]

Abra usted
esa puerta de la izquierda.

ESCENA IV.

INÉS.

Ya sé yo que la visita
no va á ser muy lisonjera
para ellos. Es difícil
que le engañen, que á esta fecha
ya está informado de todo.

(*) Fonda y café célebres, que ya no existen.

Yo le he dicho cosas buenas,
y la huéspeda á fe mia
no se ha mordido la lengua.
Don Cándido va á salir
de opresion y de miseria.
Cuánto me alegro!

ESCENA V.

D. JOAQUIN. INÉS.

Joaquin. [*Con sombrero y sable.*] ¡Qué lance
de los diablos! ¿Quién creyera
que habia de ser don Bruno
ese vejete postema?
Me he quedado tonto. ¡Vaya
una cara de vaqueta!
La fortuna es que he podido
largarme ántes que me viera.—
Hola, Inesilla! Me alegro
de verte sola. En qué piensas?—
Dame un abrazo: ya sabes
que te quiero. Con franqueza.

Inés. Désele usted á su prima:
yo no lo gasto.

Joaquin. No seas
tan huraña. Ven.....

Inés. Pasito.
Las manos quietas y secas.

Joaquin. Eh, tonta! ¿Qué sabes tú
lo que es bueno?

Inés. ¿Soy yo de esas
de por ahí?

Joaquin. Vamos, hija:
á qué tanta resistencia?
Ya veo que no lo entiendes.
Anímate: qué te cuesta?

[*Quiere abrazarla; Inés le da un empellon y escapa.*]

Inés. Aparte usted, espantajo,
títere.

ESCENA VI.

D. JOAQUIN.

Maldita seas!
Canario, qué fuerza tiene!
Si me descuido, me estrella.
¡Tambien se ven heroínas
entre estropajo y cazuelas!—
Bien empleado me está
por requebrar á una bestia.—
Con esto, y con que me deje
á la luna de Valencia
la viudita, la he logrado.
Esta ocasion es muy buena
para atacarla. Allá voy.
Animo! [*Levantando el picaporte.*]
¿Da usted licencia,
Catalinita?

ESCENA VII.

D. JOAQUIN. DOÑA CATALINA.

Catal. [*Á la puerta de su cuarto.*]
Quién llama?

Joaquin. Quién ha de ser? Quien se pela
de amor desde que ese talle
por la corte se pasea.

Catal. Bueno: y qué es lo que usted quiere?

Joaquin. Yo quiero que usted me quiera;
quiero que usted sea mia;
quiero que no me entretenga
con frívolas esperanzas
que halagan y no calientan;
quiero que usted reconozca
la extraordinaria fineza
de amarla más que á mi prima,
á pesar de que está muerta
por mis pedazos; en fin,
quiero que usted se convenza
de que yo voy á morirme
como usted no se resuelva
á darme esa blanca mano
en la santa madre iglesia.

Catal. Pues bien, yo quiero que usted
me deje en paz y no vuelva
con esas majaderías
á romperme la cabeza;
quiero que se desengañe
de que es un fatuo, un tronera;
quiero que usted se persuada
de que ninguna que tenga
dos dedos de frente debe
escuchar á usted siquiera,
y que si yo he tolerado
hasta ahora sus simplezas,
ha sido para burlarme
de su presuncion grosera.

Joaquin. Pero escuche usted.....

Catal. Abur.

[*Entra en su cuarto y cierra por dentro.*]

ESCENA VIII.

D. JOAQUIN.

Eh! ya me dió con la puerta
en los hocicos. ¡Lucidos
estamos! ¡Que esto suceda
á un hombre de mi calibre!—
Armémonos de prudencia
y resignacion. Yo..... bien
le diria cuatro frescas;
pero mejor es dejarlo.—
¡Qué calabazas tan netas
me ha espetado! Estoy furioso.
Aunque tuviera epidemia!

¡Qué modo de despacharme
tan seco!—Y hasta la puerca
de Inesilla..... Pero ¿yo
me apuro por bagatelas?
La viudita es buen bocado;
mucha lástima es perderla;
no por su cara, que al fin
si se la mira de cerca
no vale cosa. Mejor
es Placidita. Sí, treinta
veces; y es una chiquilla
que haré lo que quiera de ella.
Ea, á mi prima me atengo,
y para que no se vuelva
la boda agua de cerrajas,
voy á pedir la licencia
mañana mismo.—Y ahora
quid faciendum?—La comedia
de esta noche no me gusta.
Me iré al café de Venecia?
Sí, y desde allí á la partida
de los cucos.

ESCENA IX.

DOÑA JULIANA. PLÁCIDA. D. JOAQUIN.

Joaquin. ¡Oh mi bella
primita! ¡Oh tú, que de todas
las *Plácidas* de la tierra
eres la que más me *place*
por ser la más *placentera!*
Me tienes enamorado
hasta la crisma.
Plácida. De véras?
Juliana. Qué cumplimiento tan fino!
Lo que vale ser poeta!
Joaquin. ¡Dulce tia á quien me une
la simpa-tia más tierna,
simpa-tia que será
muy en breve simpa-suegra!
¿Cuándo aquí del himeneo
arderá, *tia*, la *tea?*
Juliana. Bravo, bravo! Muy bien dicho.
Qué donaire! qué agudeza!
Joaquin. El mismo *Gerardo Lobo*
para mí es niño de teta.
Tengo yo mucha sintáxis!
Juliana. Ya se conoce.
Joaquin. Y mi vena
es un torrente.
Juliana. Lo creo.—
Mira que quiero que vengas
á acompañarnos.
Joaquin. Adónde?
Juliana. Pronto daremos la vuelta.
Plácida. Es dos puertas más arriba.
Juliana. Sí, á casa de Genoveva.
Joaquin. Con ustedes iré yo
aunque sea á Filadelfia.
Plácida. Por no ver al tio Bruno.....
Juliana. Ha sido mucha imprudencia
venirse sin avisar.
Plácida. Tiene una cara tan séria!
Juliana. Aunque él no se explica claro
y disimula sus quejas,
á mí me ha estado pudriendo
la sangre con indirectas.
Plácida. Pues ¿y la ridiculez
de arquear tanto las cejas
porque yo no le miraba
y jugaba con mi perra?
Joaquin. Lo gracioso es que esta tarde
le hice una burla sangrienta
sin conocerle.
Plácida. Me alegro.
Joaquin. De esta hecha te deshereda.
Plácida. Qué me importa? Á mí ninguna
falta me hacen sus talegas.
Juliana. Ocultarle el paradero
de Cándido, es lo que lleva
muy á mal á mi entender;
pero como es tan babieca,
le hará creer mi Marcelo
todo lo que nos convenga.
No tengais cuidado. Ya
le han tomado por su cuenta
entre mi cuñado y él.
Aunque á Cándido proteja,
no por eso.....
Joaquin. ¿Á qué queremos
calentarnos la cabeza
sobre ese particular?
Allá los viejos se avengan.
Hablemos de nuestra boda,
que es lo que más interesa.
No es verdad?
Plácida. Y la viudita?
Juliana. Siempre estás con esa tema.
Joaquin. Disparate! Sobre ser
plato de segunda mesa,
es mujer que me encocora.
Plácida. Vaya, yo sé que la obsequias.
Joaquin. Estás muy equivocada;
y si nó, para que veas
que no la puedo tragar,
aunque la lleve pateta,
delante de todo el mundo
le voy á decir que es fea.
Plácida. Bueno; eso es lo que yo quiero.
Joaquin. Tú quedarás satisfecha.
Plácida. Está muy bien; pero mira
que no quiero que me vuelvas
á dejar sola en el Prado,
como esta tarde.
Joaquin. ¿Y te quejas
por eso? Valiente injuria!
¿Qué querias tú que hiciera
sin lente? Poco tardé:
ántes que dieses dos vueltas
ya me habia reunido.
Plácida. Como la mamá se sienta
y nos deja solos,....
Joaquin. Vamos;
y tú ¿por qué hacias señas

á todos los *lechuguinos?* (*)
Plácida. Eso no vale la pena.
Otras veces me las hacen
ellos á mí.
Joaquin. Me hace fuerza
esa reflexion.
Juliana. ¡Que siempre
os piqueis por bagatelas!
Vaya, vamos, ó me siento?
Joaquin. Vamos á donde usted quiera,
mamá, que ya lo es usted
para mí desde esta fecha.
Ah qué boda tan brillante!
Bailará usted en la fiesta?
Por supuesto. ¡Qué felices
vamos á ser!
Juliana. Dios lo quiera!
Joaquin. Y á los diez meses....., lo más,
cuente usted con una nieta.

ESCENA X.

INÉS.

Ya se fueron. La mejor
ocasion del mundo es esta
para hablar con la andaluza
sin que ninguno lo entienda.
Oh! como pueda lograr
que me tome de doncella.....
Y por qué no? Ella me quiere;
yo sé todas las haciendas
de una casa; yo soy fiel;
no tengo nada de lerda,
y así, á mi paso..... Es verdad
que soy algo bachillera
y.....

ESCENA XI.

INÉS. UN SOLDADO.

Soldado. ¡Ave María!
Inés. Quién es?
Quién le ha dado á usted licencia
para entrar aquí?
Soldado. Á mí? Naide.
La puerta de la escalera
está abierta, y me he colao.
Inés. Pues! sin duda aquel veleta.....
Soldado. ¿No vive aquí un capitan
de á caballo?
Inés. Aquí se hospeda.
Qué trae usted?
Soldado. Este plego
de la Ispecion.
Inés. Bueno; venga. [*Lo toma.*]
Soldado. No está en casa?
Inés. No; ha salido.
Se le dará cuando vuelva.
Soldado. Pues es que yo no me voy
sin llevarme la cubierta;
que así lo tienen mandao.
Inés. [*Rompe el sobrescrito y se le da.*]
Tome usted y no nos muela.
Soldado. Á mí en cosas del servicio.....
Está usted? Pues. Aunque fuera
con mi padre..... Yo sé bien
mi obligacion.
Inés. Quién lo niega?
Soldado. Y no soy dengun reculta,
que ya tengo *los noventa* (**).
Está usted?
Inés. Bien; vaya usted
con Dios.
Soldado. Y por mar y tierra
soy siempre Alonso Morata.
Está usted?—Adios, morena.

ESCENA XII.

INÉS.

Qué papelotes son estos?
¡Caramba, que no supiera
leer! Qué letras tan gordas!
Y aquí hay un sello.....

ESCENA XIII.

D. BRUNO. INÉS.

Bruno. Vilezas
semejantes no se han visto
desde que hay parientes. Piensan
justificar su conducta
levantando mil groseras
calumnias al pobre jóven.
Oh! buen petardo se llevan.
Yo les haré ver.....
[*Toma el sombrero y al irse repara en Inés.*]
¿Qué estás
leyendo?
Inés. Sí, eso quisiera,
pero me estorba lo negro.
La culpa tuvo mi abuela
que no me dejó aprender
más que á hilar y hacer calceta.
Bruno. Quién te ha dado esos papeles?
Inés. Un soldado, y á la cuenta
son papeles de importancia,

(*) Apodo que por algun tiempo ha prevalecido para designar á los mozalbetes adamados que ántes se llamaban *petimetres* y *currutacos.*
(**) Premio de 90 reales mensuales adquiridos á los veinte y cinco años de servicio.

porque es de molde esta letra.
Son para don Joaquinito,
segun ha dicho. Era fuerza
el sobrescrito entregarle,
y por eso.....

Bruno. Qué! ¿está fuera
Joaquin?

Inés. Sí, señor.

Bruno. Á ver?
Veamos [*Toma los papeles y los lee.*]

Inés. (Oh! como pueda,
aunque me cueste el salario
de un año, hasta que yo aprenda
de letras.....

Bruno. [*Guarda los papeles.*]
Mira: es preciso
que en la casa no se sepa
que has recibido tal pliego.
Lo oyes? Y que nadie entienda
que yo guardo estos papeles.

Inés. Está muy bien. Usted pierda
cuidado.

Bruno. [*Le da un doblon.*]
Toma, y silencio.

Inés. Me echaré un nudo á la lengua.

ESCENA XIV.

INÉS.

Qué misterio será este?
Es tan grande mi impaciencia
que el doblon y más daria
por saber lo que se encierra
en esos papeles. ¡Soy
tan curiosa!.... Esta reserva
de don Bruno..... Apostaria
á que tienen mala cena
mis amos. Allá veremos.
Segun son las apariencias,
esta calma está anunciando
una borrasca deshecha.

[*Entra en el cuarto de doña Catalina.*]

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

D. ONOFRE. D. MARCELO.

Onofre. Bien, tú dirás lo que quieras,
pero Bruno te da perro.

Marcelo. Él se desenojará.

Onofre. Ya verás.

Marcelo. Nuestros esfuerzos
en condenar la conducta
de Cándido han hecho efecto
á mi parecer.

Onofre. Yo juzgo
que no está muy satisfecho
de nuestras disculpas. Ellas
son muy débiles al ménos.

Marcelo. Yo no siento que se lleve
á Cándido, como temo.
Con tal que Plácida, ya
que se frustren mis deseos
de verla un dia heredera
de sus caudales inmensos,
logre que aumente su dote
con diez ó doce mil pesos,
cosa que á él nunca podria
arruinarle, estoy contento.

Onofre. Como él te dé ni diez cuartos
que me corten el pescuezo.

Marcelo. Le instaré, le adularé,
no omitiré ningun medio
de ganarle.—En un buen padre
es natural el desvelo
de acomodar á sus hijos,
y aunque á la verdad poseo
bastantes fondos, ya ves,
si á Plácida casar puedo
sin desmembrarlos, ¿qué mal
me vendrá?

Onofre. Oh! por supuesto.

Marcelo. Ya no tardarán. Yo voy
aquí cerca en un momento
á traerme á los muchachos
y á Juliana. Pronto vuelvo.

Onofre. ¿Y por qué querrá que todos
reunidos le esperemos?
Habrá reconciliacion?

Marcelo. Quién lo duda? Ese es su objeto.

ESCENA II.

D. ONOFRE. DOÑA CATALINA.

Onofre. Yo pienso muy al contrario,
No tiene él cara... ¡Oh portento
de hermosura!

Catal. [*Saliendo de su cuarto.*]
¿No ha venido
don Bruno? [*Se sienta.*]

Onofre. No, mi embeleso,
no ha venido todavía.
Pero ¿á qué viene ese ceño
conmigo? ¿Se ofende usted
de que la adore?
Catal. Me ofendo.
Yo no gusto de esas chanzas.
Onofre. ¿Acaso yo me chanceo?
Si es usted fisonomista
conocerá todo el nervio
de mi amorosa pasion
en mi cara.
Catal. ¿Será cierto
que está usted enamorado
de mí?
Onofre. (Sí; de tu dinero.)
¿Y le quedará á usted duda
si ahora mismo prometo
ser su marido, y mañana
lo cumplo?
Catal. Qué! no lo creo.
Y luégo ¿qué adelantamos
con que usted pretenda serlo
si no me acomoda á mí?
Onofre. Pero ese es mucho despego
para un amante, hija mia.
Catal. ¡Qué quiere usted! Es mi genio.
Onofre. Eso no me satisface.
Dígame usted sin rodeos
ahora mismo por qué causa
rehusa mi casamiento;
que á mí no se me repulsa
sin más ni más.
Catal. Fuerte empeño!
Pues, señor, yo no me caso
con usted, porque no quiero.
Onofre. Esa franqueza me gusta.
Vea usted, ya estoy contento
y resignado. Á otra parte
con la música.

ESCENA III.

DOÑA CATALINA. D. ONOFRE. D. MARCELO. DOÑA JULIANA. PLÁCIDA. D. JOAQUIN.

Juliana. Veremos
con qué embajada nos viene
el señor don Bruno.

[*Se sientan todos.*]

Plácida. Pero
¿nos tendrá toda la noche
esperando?
Joaquin. Nada bueno
espero yo de tal ente.
Plácida. Qué fastidio!
Catal. (Qué groseros!
Ni siquiera me saludan.)
Joaquin. [*Á doña Juliana.*]
¿No ve usted qué circunspecto
y qué formalote estoy?
Juliana. Es que ya vas pareciendo
marido.
Onofre. [*Á doña Catalina.*]
Esta gente tarda.
Catal. Sí. Yo tambien los espero
con impaciencia.
Marcelo. Usted?
Catal. Yo.
Juliana. Y á qué fin?

[*Suena la campanilla.*]

Catal. Se verá presto.
Plácida. La campanilla ha sonado.
Juliana. Eh, ya están aquí.
Catal. (Me alegro,
porque estaba consumida
con esta gentualla.)

ESCENA IV.

DOÑA CATALINA. DOÑA JULIANA. PLÁCIDA. D. ONOFRE. D. MARCELO. D. JOAQUIN. D. BRUNO. D. CÁNDIDO.

Bruno. Siento
no haber podido venir
más pronto.
Marcelo. Déjate de eso.
Vamos, sentáos.

[*Se sientan D. Bruno y D. Cándido.*]

Plácida. [*En voz baja.*] Mamá!
Ya está vestido de nuevo.
Parece otro.
Juliana. No te rias.
Joaquin. (Ya me canso de estar serio.)
Marcelo. [*Á D. Cándido.*]
Piensas ya con más cordura?
Sabe Dios el sentimiento
que nos has dado. Otra vez
domina un poco tu genio.....
Bruno. Dejémonos de sermones,
que ya son fuera de tiempo.
Marcelo. Esto no es reconvenirle;
aunque bien pudiera hacerlo,
que al fin siendo tio suyo.....
Bruno. Sí, pero ningun derecho
tienes para maltratarle.
Marcelo. Pues ¿acaso yo.....
Bruno. Marcelo,
estoy muy bien informado.
No nos cansemos.
Marcelo. Ya veo
que me han calumniado.
Bruno. Basta.
Yo sé que no.
Marcelo. ¿Pero tengo

la culpa yo de que sea
imprudente y altanero?
Aquí se le aconsejaba.....

Bruno. Primo mio, con consejos
no se come. Fácil es
ser generoso á ese precio.

Juliana. [*Se levanta y todos en seguida.*]
¡Dale con las indirectas
y el tono de misionero!

Bruno. Juliana!

Juliana. Mira que ya
estoy hasta los cabellos
de oir tus impertinencias.

Bruno. Tranquilízate, que luégo
cesaré de incomodarte.

Marcelo. [*Aparte á doña Juliana.*]
Disimula.

Joaquin. (Vamos, esto
no pára en bien.)

Bruno. Como estoy
de todas véras resuelto
á cortar mis relaciones
con todos vosotros, quiero
despedirme para siempre.
El villano tratamiento
que ha sufrido á vuestro lado
un jóven, digno por cierto
de más consideracion
por su honradez, sus talentos,
su desgracia; en fin, por ser
hijo de un hermano vuestro,
me obliga á romper los nudos
de la sangre que me unieron
á vosotros.—No creais
que me apartaré por esto
de haceros un beneficio
si, como yo no lo espero,
necesitais algun dia
de mí.—Yo ya soy muy viejo.
Poco me puede engañar
la fortuna; mas si llego
por mi desgracia á tener
que mendigar el sustento,
no será, no, en vuestra puerta
donde se estrellen mis ruegos.—
En cuanto á Cándido, libres
estais del enorme peso
de su subsistencia. Yo
desde ahora le protejo,
y de nadie necesita.
En mí tendrá un padre tierno,
un bienhechor y un amigo,
y me sobra fundamento
para esperar que jamás
me arrepentiré de serlo.

Cánd. Mi padre! ¡Oh título dulce
y consolador! Lo acepto
con todo mi corazon.
Las lágrimas con que riego
esta mano protectora.....

Catal. Basta, que yo me enternezco
tambien, y no viene al caso,
don Cándido, que lloremos
cuando debemos pensar
en el baile y el bureo
de la boda.

Juliana. De qué boda?

Onofre. Esta es otra.

Joaquin. Yo estoy lelo.

Catal. Ahora me toca á mí.
Un poquito de silencio.—
Yo he sido testigo fiel
de todos los improperios
y vilezas que ha sufrido
don Cándido, y del exceso
de su bondad y paciencia
entre parientes tan perros.
Yo que sé compadecer
los infortunios ajenos,
y no soy indiferente
al mérito verdadero,
dias ha que concebí
el plausible pensamiento
de hacer su felicidad
y la mia al mismo tiempo,
uniendo nuestros destinos
con un dichoso himeneo.
Don Cándido no ignoraba
que me debia un afecto....,
de amistad, al parecer,
pero en realidad más tierno.
Desde el momento le hubiera
revelado mi proyecto
á no habérmelo estorbado
el orgullo de mi sexo.—
Pero, en fin, llegó la hora
de entregar mi mano, en premio
de su ternura, á quien ya
de mi corazon es dueño.

Cánd. Ah! Qué dulce recompensa!
¿Á quién en el universo
podré yo envidiar ahora?

Catal. La verdad; ¿no es mejor esto
que sentar plaza?

Onofre. [*Aparte con los de su partido.*]
Qué tal?
Y yo creí que era lego!—
Pero ¿cómo la ha podido
engatusar?

Joaquin. No lo entiendo.
Lo cierto es que las mujeres
tienen el diablo en el cuerpo.
Siempre escogen lo peor.

Juliana. Vámonos, que yo no puedo
sufrir más.

Bruno. [*Abrazando á doña Catalina y don Joaquin.*]
Venid! Entrambos
me servireis de consuelo
y de alivio en mi vejez.
Todo cuanto yo poseo
será para vuestros hijos.

Ya no nos separaremos
jamás.

Onofre. [*Aparte con D. Marcelo.*]

Chico, tu esperanza
cuéntala ya con los muertos.

Marcelo. Ya lo veo.

Juliana. [*Á D. Bruno.*]

¿Has acabado?
Pues tambien aquí tenemos
motivos de regocijo.
Si tú estás tan satisfecho
porque á un sobrino prohijas,
con mayor razon debemos
nosotros felicitarnos
teniendo un estorbo ménos.
Otro sobrino nos queda
más amable y ménos necio,
y tambien por nuestra parte
habrá boda y bailaremos.

Marcelo. Sí, venid.

[*Va á unir las manos de D. Joaquin y Plácida.*]

Dadme esas manos.....

Bruno. Aguarda.—Ahora que me acuerdo,
lee primero esos papeles
que han remitido á tu yerno
de la Inspeccion general.

[*Toma D. Marcelo los papeles y los lee para sí.*]

Joaquin. Eh! qué papeles son esos?

Bruno. Deja que el tio los lea.—
La criada ha abierto el pliego
en que venian, no estando
tú en casa. Yo llegué á tiempo
de quitárselos sin dar
lugar.....

Joaquin. Pero ¿usted.....

Marcelo. ¿Qué veo!

Joaquin. Pero ¿usted los ha leido?

Bruno. Sí.

Joaquin. Qué dicen?

Bruno. Yo no entiendo
la milicia.—Me parece
que se trata de un ascenso.

Plácida. Un ascenso, mamá!

Juliana. Calla,
á ver qué dice Marcelo.

Joaquin. Comandante de escuadron,
eh?

Plácida. Comandante!

Marcelo. Me alegro
de tener esta noticia
á tan buen tiempo.

Juliana. Sí? ¿Es cierto
que han ascendido á Joaquin?

Marcelo. Ascender? Á buen sujeto
ascenderian! ¡La escoria,
el oprobio de su cuerpo!

Plácida. Eh, papá! usted se chancea.

Marcelo. Si me descuido te pierdo.

Onofre. Pero, en fin, esos papeles
qué contienen? Acabemos.

Marcelo. Qué? Su licencia absoluta
por vicioso y por inepto.

Joaquin. Cómo!

Juliana. ¿Y es posible.....

Marcelo. Toma:

[*Toma D. Joaquin los papeles y los lee aparte.*]

diviértete.

Juliana. Aun no me atrevo
á darle crédito.

Catal. (¡Ádios
boda!)

Plácida. [*Á doña Juliana.*]

No; ya no debemos
dudarlo. Mire usted cómo
muda de color. Bien puedo
buscar otro novio.

Juliana. Sí.

Joaquin. Pues, señor, estamos frescos.

Onofre. ¿Conque es verdad.....

Joaquin. Sí, señor.
Me he quedado sin empleo.—
Eh! yo no lo extraño. Chismes,
envidias del regimiento.
El coronel me tenía
entre ojos. Los compañeros.....
La mujer del comandante
que es vengativa en extremo.....
Si yo la hubiera obsequiado
como deseaba..... Pero
si es una arpía!

Onofre. Eso es
una bicoca. Ten pecho
y no te apures..... Tú sabes
cuánto vale un buen consejo
en ocasiones como esta.
Si presumes que yo puedo
dártelo, pierde cuidado:
desde ahora te lo ofrezco
de muy buena voluntad.

Joaquin. Por supuesto. Siempre cuento
con la proteccion de ustedes.—
Creo que este contratiempo
no será un inconveniente
para la boda..... Yo pienso.....

Juliana. Sobrino, han variado mucho
las circunstancias. No es esto
despreciarte; pero al fin
soy madre y todo mi anhelo
se funda en el bienestar
de mi hija. ¡Sin empleo,
sin reputacion, sin bienes!
No tengo tan poco seso.
Y lo peor es, perdona,
que el honor comprometemos
de Placidita si en casa
permaneces por más tiempo.
Todo Madrid sabe ya

que has sido su novio, y quiero
evitar murmuraciones.
¡Cómo ha de ser! No hay remedio.
Es preciso que te vayas.
Ten paciencia. Yo lo siento.

ESCENA V.

DOÑA CATALINA. PLÁCIDA. D. CÁNDIDO.
D. JOAQUIN. D. BRUNO. D. ONOFRE.
D. MARCELO.

Joaquin. Placidita!....
Plácida. Ya has oido
á mi mamá. Yo no tengo
la culpa.—No, el mal no es solo
para ti. ¿Y yo, que consiento
en casarme, y de repente
me quedo con los deseos?
Pero yo procuraré
consolarme. Te aconsejo
que hagas otro tanto. Abur.

ESCENA VI.

DOÑA CATALINA. D. CÁNDIDO. D. JOAQUIN.
D. BRUNO. D. ONOFRE. D. MARCELO.

Bruno. [*Aparte con doña Catalina y don Cándido.*]
Se disipó como el viento
su cariño. Qué leccion!
Cánd. Qué desengaño!
Catal. Veremos
cómo se explican los tios.
Joaquin. Querido tio Marcelo,
este imprevisto reves
de la fortuna se ha opuesto
al enlace deseado
que colmaba mi contento;
pero al ménos un asilo.....
Marcelo. No, no te canses. Bien veo
que vas á pasarlo mal.
Hijo de padres muy buenos,
pero pobres, no tenías
más recurso que tu sueldo.
Si te has quedado sin él,
culpa sólo á tus excesos.
Yo los autorizaria
sufriendo que un mismo techo
nos cubriera. Quien merece
que le echen de un regimiento
con ignominia, no es digno
de mi proteccion.—Yo espero,
sin embargo, que este golpe
te servirá de escarmiento.
Dios lo quiera así! Si nó,
te anuncio un fin muy funesto.

ESCENA VII.

DOÑA CATALINA. D. CÁNDIDO. D. JOAQUIN.
D. BRUNO. D. ONOFRE.

Joaquin. Qué crueldad!
[*Á D. Onofre, que iba á seguir á D. Marcelo.*]
¿Y usted tambien
me abandona?
Onofre. Yo me precio
de haber sostenido siempre
el honor de mis abuelos,
señor mio, y faltaria
á los principios austeros
de justicia y probidad
que á todo trance profeso,
si consintiera á mi lado
á un perdido, á un vago.....
Joaquin. Al ménos
los vínculos de la sangre
deberian.....
Onofre. Yo no entiendo
de vínculos ni de alforjas.
¡Mire usted que el parentesco
es grande! Échele usté un galgo!
Hijo de un primo tercero.....
Joaquin. No, señor. ¡Si por mi madre
soy sobrino.....
Onofre. Vaya, ahorremos
palabras. Anda á buscar
tu madre gallega léjos
de mí. En la córte hay arbitrios
para los hombres de ingenio
como tú. Si no te quieres
morir de hambre, apela al juego,
á la embrolla y á la estafa;
que no serás el primero,
ni se ha de apurar Madrid
por un pillo más ó ménos.

[*Don Joaquin queda en el mayor abatimiento.*]

ESCENA ÚLTIMA.

DOÑA CATALINA. D. CÁNDIDO. D. JOAQUIN.
D. BRUNO.

Bruno. Estoy escandalizado.
Yo no podria creerlo
si no lo viera.
Catal. Me da
lástima su abatimiento.
Ni áun á mirarnos se atreve.
Cánd. Joaquin, para estos momentos
es el valor. No te aflijas.
Si yo pensara como ellos

podria desampararte
alegando otros pretextos
sin duda más oportunos;
más decorosos al ménos.

[*Tomándole afectuosamente la mano.*]

Yo veo tu desventura,
y no mis resentimientos.
Aun no me atrevo á brindarte
con mi amistad: la reservo
para cuando experimente
el reparo de tus yerros.
Pero en nombre de mi esposa
y mi tio te prometo
favor y hospitalidad.

Joaquin. Esa bondad sin ejemplo
me confunde más que todo.
Perdóname si no acierto
á responderte.

Cánd. Eh, no llores!

Bruno. Dejémonos de lamentos,
y á la enmienda. Con nosotros
vivirás: yo lo consiento.
Ahora en ti sólo consiste
granjearte nuestro aprecio.

Catal. Vámonos á la posada
cuanto ántes, porque no quiero
estar un instante más
en esta casa.—Ya es tiempo
de sentar esa cabeza,
Joaquinito.

Joaquin. Ah! yo lo ofrezco.

Catal. Sea usted hombre de bien.....
y no vuelva á hacer sonetos.

Á MADRID ME VUELVO,

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Representada por la primera vez en el teatro del Principe el dia 25 de Enero de 1828.

PERSONAS.

CÁRMEN.	D. ESTÉBAN.
DOÑA MATEA.	D. FELIPE.
D. BERNARDO.	D. ABUNDIO.
D. BALTASAR.	EL TIO LAMPREA.

CRIADOS.

La escena es en un pueblo de la Sierra de Cameros, en una sala baja de la casa de D. Baltasar, con muebles antiguos, dos puertas y una ventana que da á la calle.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

D. BALTASAR.

El huésped no se ha vestido,
y se va haciendo muy tarde.—

[*Mira el reloj.*]

Las siete.—Estos cortesanos
son lo mismo que las aves
nocturnas. Eh! no me admiro.
Despues de un molesto viaje
por caminos tan perversos
y posadas tan fatales.....

[*Mirando á la puerta del cuarto de D. Bernardo.*]

Hola! ha abierto la ventana
sin esperar que le llamen.
Vamos, no es tan perezoso
como creia.—Ya sale.

ESCENA II.

D. BALTASAR. D. BERNARDO.

Bern. Buenos dias, Baltasar.
Balt. Felices. Qué tal el catre?
Bern. He dormido bien.
Balt. Me alegro.
Quieres tomar chocolate?
Bern. No. Más bien almorzaria
otra cosa.
Balt. Muy bien haces.
El chocolate no es más
que un despertador del hambre
y un lavatorio de tripas.
Este año que soy alcalde
he resuelto prohibirlo.—

[*Llamando.*]

Tio Lamprea!—Si te place
sentémonos: me dirás,

miéntras de almorzar nos hacen,
qué poderosos motivos
á la montaña te traen
cuando ménos te esperaba.—
Lamprea!—Como llegaste
tan cansado del camino,
y habia gente delante,
y eran ya más de las nueve,
nada quise preguntarte.—
Pero ese viejo maldito.....
Lamprea!

Lampr. [*Dentro.*] Ya voy.

ESCENA III.

D. BERNARDO. D. BALTASAR. LAMPREA.

Lampr. Qué diantre!
Por qué grita usted?

Balt. ¿Por qué
das lugar á que te llame
tantas veces?

Lampr. Yo no salgo
de mi paso, usted lo sabe,
aunque ardiera el universo.
Soy viejo, y con alifafes,
y hace usted mal.....

Balt. ¿Será cosa
de que ahora me regañes?

Lampr. Es que á mí no se me trata
como á cualquier badulaque.
Entiende usted?

Balt. Basta ya.

Lampr. Cuidado que no hay aguante.....

Balt. Bien, hombre, tienes razon
ahora y siempre que me hables.
Di á Gervasia que nos fria
unas magras con tomate,
y llena un par de botellas
de aquella cuba.....

Lampr. La grande?

Balt. Sí, y despacha, que yo tengo
que salir.

Lampr. Voy al instante.

ESCENA IV.

D. BERNARDO. D. BALTASAR.

Balt. Estos criados antiguos
se toman mil libertades,
pero á un hombre que es tan fiel
algo ha de disimularse.—
¿Conque establecerte piensas
en el lugar? Qué bien haces!

Bern. Sí, que ya estoy fastidiado
de la corte.

Balt. Aquí los aires
son más sanos; las costumbres
más sencillas; aquí á nadie
se guarda contemplaciones
sino al cura y al alcalde;
aquí hay salud y apetito;
allá es un pobre petate
el mismo que aquí es feliz
con cuatro ó cinco heredades.

Bern. Algunos son desgraciados
porque segundones nacen:
yo, al contrario, debo dar
muchas gracias á mi madre
porque tuvo la humorada
de parirme un poco tarde.
Quedamos huérfanos. Tú
el mayorazgo heredaste,
y yo á la edad de quince años
tuve á bien emanciparme.
Atravesado en un mulo
á Madrid hice mi viaje;
me recibieron de *hortera*
en la casa que ya sabes;
me porté bien; me estimaron;
mis salarios y mis gajes
dejé al riesgo del comercio;
crece mi peculio, cae
enfermo mi principal.....
El médico era hombre grande!
Le mató de puro sabio.
Se hicieron los funerales;
di en consolar á la viuda,
y ella, que era muy amable,
no tomaba á mal que yo
sus lágrimas enjugase.
Nos casamos; cerró el ojo
á las ocho navidades;
su heredero universal
me nombró, Dios se lo pague!;
y me encontré millonario
yo que pocos años ántes
no tenía sobre qué
caerme muerto. Al instante
el tráfico me aburrió
tan contrario á mi carácter.
No quise ver mi fortuna
expuesta á los huracanes,
los subsidios, las aduanas,
la guerra y el agiotaje;
y empleando mi caudal
en casas y en olivares,
que me dan muy buena renta
y cuestan pocos afanes;
jóven todavía, alegre,
sin familia y sin achaques,
en las olas de la corte
bogó intrépida mi nave.—
La felicidad buscaba
con ansia por todas partes.
No perdonaba conciertos,
tertulias, suntuosos bailes,
espectáculos, banquetes.....
Baltasar! todo era en balde.

[*El tio Lamprea va trayendo lo necesario para el desayuno hasta dejar la mesa cubierta.*]

En cambio de algun placer
frívolo y poco durable,
siempre estaba atormentado
de disgustos y pesares,
y en mi corazon sentia
un vacío perdurable.
Mis queridas todas eran
ó coquetas ó venales,
y entre cien aduladores
que me chupaban la sangre,
ni un solo amigo contaba
que por mí propio me amase.—
Fuera de aquí! dije un dia.
En las grandes capitales
buscar la dicha es error.
Hallarla será más fácil
en la pacífica aldea.
No en vano tanto la aplauden
los poetas, y mil pestes
nos dicen de las ciudades.
Tomé un coche de colleras
y emprendí alegre mi viaje
al lugar donde nací,
deseoso de abrazarte,
y pasar contigo el resto
de esta vida miserable.

Balt. Eres un héroe, Bernardo.
Deja que otra vez te abrace.
La corte es un laberinto,
es una casa de orates,
un infierno.

Bern. Oh! sí, un infierno.
Si entramos en el exámen
de los vicios infinitos
que la hacen abominable,
te aseguro.....

Lamp. Cuando ustedes
quieran, pueden acercarse. [*Vase.*]

Balt. Vamos allá. [*Se sientan á la mesa.*]
Te haré plato.

Bern. Yo me le haré; no te canses.

Balt. Como quieras.—Al principio
es muy natural que extrañes
el lugar. Aquí no tienes
aquellas comodidades
de la corte. Los paseos.....

Bern. Paseos? Qué disparate!
no se pasea en Madrid
aunque el médico lo mande;
se rabia. Fuera de puertas,
ya que nada de agradable
ni de ameno tiene el campo,
al ménos es puro el aire;
pero desdeña el buen tono
lo que alegra á los gañanes.
Cuánto mejor es el Prado!
Allí se lucen los trajes,
allí se arman las intrigas,
y se disponen los bailes,
se corteja á las muchachas,
se hace burla de las madres,
se critica á los de atras,
se pisa á los de delante.
Ya te llama la atencion
aquel delicado talle,
donde la naturaleza
gime víctima del arte;
ya el cabello de Belisa.....,
que se lo debe á un cadáver;
ya la blancura de Anarda
que encarece el albayalde.—
Quién se apea de aquel coche?
la marquesa del Ensanche,
que ántes de ayer fué modista.
¿Quién es aquel botarate
que talarea entre dientes
un aria de *Mercadante*,
y va saludando á todos
aunque no conoce á nadie?
Es el hijo de un fondista
que vino aquí desde Flándes,
y dando gato por liebre
llegó á hacerse un personaje.—
Qué Babilonia! qué polvo!
¡Qué divertido contraste
hacen aquellos galones
y aquel lacónico fraque
con los andrajos hediondos
de aquel intonso pillastre
que va vendiendo candela!
Y el ruido de los carruajes,
el guirigay de la gente,
aquel continuo rozarse,
y al lado de Apolo, ¡el númen,
el creador de las artes!
aquel batallon de sillas
tan prosaicas, tan infames.....
Uf! quita allá. De pensarlo
me están temblando las carnes.

Balt. Pero las buenas tertulias
ese fastidio resarcen;
y en Madrid.....

Bern. Reniego de ellas.
Algunas hay regulares,
pero la etiqueta, el tono
las hacen insoportables.
En otras mandan en jefe
mozalbetes petulantes,
y el que no gasta corsé
y, aunque fino en sus modales,
no baila cuando saluda,
ni pone en boga á su sastre,
en un rincon bostezando
hace un papel despreciable.
En otras de dos en dos
se acomodan los amantes,
recreando sus oidos
con recíprocos dislates,
y el pobre número impar
espera á que haya vacante
jugando á la perejila
con las feas y las madres.
Por último, en todas ellas
el que no baila es un cafre,
el que no canta, un caribe,
el que no juega, insociable;

el hombre formal se aburre,
y los tontos..... se distraen.

Balt. Por fortuna allí hay teatros,
y, por no mortificarte,
muchas noches.....

Bern. No he perdido
funcion; pero en todas partes
me han perseguido los necios.
Gastaba mis doce reales,
y pico, con el objeto
de instruirme y recrearme;
pero en vano muchas veces.
Ahora un lampiño elegante
flecha el anteojo en un palco
y me pisa al perfilarse.
Poco despues, y en la escena
tal vez más interesante,
llora en la cazuela un niño.
No bien se logra que calle,
dos títeres, que me puso
mi mala estrella delante,
á media voz deletrean
la traduccion en romance
de una ópera italiana;
y despues que ni una frase
de la comedia han oido,
dicen que es abominable.
Nunca me falta un moscon
que con preguntas me balde.—
Qué funcion hay en la Cruz?
Qué sueldo tiene *Vaccáni?*
¿Cuáles son los privilegios
de las damas y galanes?
Qué sainete hacen? ¿Vió usted
hacer el *Otelo* á *Máiquez?*
Otro, incomodando á todos,
y sólo porque reparen
en él, viene á su luneta
poco ántes del desenlace;
y si silban los de al lado,
silba; si aplauden, aplaude.
Otro..... Vamos, no hay paciencia.
Concluyo con afirmarte
que el hombre recto y juicioso
en la corte vive mártir. [*Se levantan.*]

Balt. Bien dices.—Aquí estás libre
de esas incomodidades.
No hay paseos, ni teatro,
ni *óperas buffas*, ni bailes,
ni tertulias.....

Bern. Cómo es eso?
Pues las noches perdurables
del invierno ¿en qué se pasan?
La poblacion no es muy grande,
pero siempre habrá á lo ménos
diez familias principales
que podrian reunirse.....

Balt. Ya se ve; si no mediasen
pleitos, chismes, etiquetas.....
No hay dos casas que se traten,
mas qué importa? Cada uno
en la suya, y Dios.....

Bern. No obstante,
la sociedad.....

Balt. Esa fruta
no se come en los lugares;
pero no faltan placeres
que suplan.....

ESCENA V.

D. BERNARDO. D. BALTASAR. D. ABUNDIO.

Abund. Ínclito alcalde,
dilectísimo Mecénas
de este respetuoso vate,
buenos dias. En las casas
que llaman consistoriales
el senado reunido,
permítaseme esta frase,
espera á su presidente.

Bern. (Calla! ¿Tambien hay pedantes
en la Sierra?)

Abund. Yo, no digno
secretario.....

Balt. Que se aguarden
un momento. Pronto voy.

Abund. Así al regidor Pelaez;
á quien por antonomasia
el vulgo llama *Tres-panes*,
nuncio fiel se lo diré.
Pero ¿puedo gratularme
con la plácida esperanza
de obtener, de mis afanes
optado premio, el empleo
de sacristan y sochantre
de esta poblacion, que vaca,
es decir, que está vacante
por súbita defuncion
de don Ciriaco Gonzalez?

Balt. La plaza será de usted.
En mi proteccion descanse.

Abund. No tantas el turbio Reno,
no tantas el ancho Ganges
arenas cria, ni tantos
cándidos sobre los Alpes
de frígida nieve copos
el torvo Aquilon abate,
como yo beatos dias
á usted le deseo. Salve!

ESCENA VI.

D. BALTASAR. D. BERNARDO.

Bern. El hombre es original!
Se entiende aquí ese lenguaje?

Balt. No por cierto. Yo estudié
metafísica en Irache,
y cuando habla, casi siempre
me quedo en ayunas. ¡Sabe
mucho el señor don Abundio!

Bern. Se conoce.

Balt. El hombre grande
siempre se verá abatido.
Creyó poder sustentarse
en Madrid con sus talentos.
Escribió varios romances,
sainetes, discretos motes
para damas y galanes,
y ¿qué sé yo cuántas cosas?;
pero se moria de hambre
el bueno de don Abundio,
porque en este siglo infame
dice que son muy contados
los que quieren ilustrarse,
y nada impreso se vende
á excepcion del almanaque.
Por fin, viéndose aburrido
el pobre, tomó el portante,
y, con recomendacion
de un influyente magnate,
de dómine y fiel de fechos
aquí logró acomodarse.

Bern. Hola! ¡Grande adquisicion
para el lugar!

Balt. Admirable.
Él hace los villancicos
cada año por Navidades.

Bern. Oh! pues teneis una viña
con él.

Balt. Yo lo creo!

Bern. ¿Y Cármen,
tu hija?

Balt. Está en su tocador:
voy á decirle que baje.

Bern. No; no la incomodes. Ella
bajará. Puedo engañarme,
pero me debe muy buen
concepto. Son sus modales
finos sin afectacion.....

Balt. ¡Si ha estado en Soria, ¿quién sabe
cuánto tiempo? con su tia
la comisaria!

Bern. Es amable;
no es verdad? y muy modesta.

Balt. Oh! y muy linda. Toda al padre.

Bern. Ya habrás pensado en casarla.

Balt. Y con ventajas muy grandes.

Bern. Me alegro.

Balt. El mozo es muy rico,
de esclarecido linaje,
cristiano viejo.....

Bern. Muy bien.
¿Y Cármen.....

Balt. Hombre muy hábil
para la vihuela.

Bern. Siendo
á gusto.....

Balt. Nó hay quien le gane
á tirar la barra.

Bern. ¿Y ella.....

Balt. Un muchachon que no cabe
por esa puerta.

Bern. La chica
le amará.....

Balt. Pues no ha de amarle?
Eso se supone, y luégo.....,
basta que yo se lo mande.—
Pero me están esperando.
Adios, Bernardo. No extrañes
que te deje. Hoy es la fiesta
del pueblo, y como yo falte,
nada se hará con concierto.
Hay funcion de iglesia en grande,
y procesion, y novillos,
árbol de pólvora, baile,
rifas, gaita zamorana.....
Mandaré por ti al orate
de don Abundio, y verás
cómo te diviertes.—Cármen!
No bajas?—Vaya, hasta luégo.

ESCENA VII.

D. BERNARDO.

Mucho voy á fastidiarme
en un pueblo donde no hay
sociedad..... Pero ¿es tan grave
esta falta que no pueda
de mil modos compensarse?
Sobre todo, aquí habrá paz,
y sin intrigas ni fraudes
como en Madrid.....

ESCENA VIII.

D. BERNARDO. CÁRMEN.

Cármen. Buenos dias,
tio Bernardo.

Bern. Dios te guarde,
Carmencita.

Cármen. ¿Ha descansado
usted?

Bern. Sí, hermosa. ¿No sales
tú á ver la fiesta?

Cármen. Soy poco
amiga de semejantes
funciones. Muy tempranito
fuí á misa, y prefiero estarme
leyendo en casa.

Bern. Mi hermano
me ha dicho que va á casarte
muy pronto.

Cármen. (Ay Dios!)

Bern. Con un jóven
poderoso, de la sangre
azul, buen mozo.....

Cármen. Sí, es cierto;
padre quiere que me case.....

Bern. Y á ti no te pesará.

Cármen. Á mí.....

Bern. Teniendo ese talle,
y esa cara, y esos ojos,
harto será que tú trates
de ser monja.
Cármen. No por cierto,
porque al fin en todas partes
se puede servir á Dios;
pero.....
Bern. Te turbas, y casi
las lágrimas se te saltan.
Carmencita, no me engañes.
Yo no soy preocupado.
No puedo aprobar que un padre
por su capricho, ó tal vez
por el interes infame,
á sus hijos tiranice.
Tú eres la que ha de casarse,
y no mi hermano. Formar
delante de los altares
un nudo que sólo puede
en la tumba desatarse,
es negocio muy formal.
Cármen. Ah! si mi padre pensase
como usted..... no me veria.....
Bern. ¿Conque es decir que ese enlace
repugna á tu corazon?
Cármen. Preciso es que lo declare;
seré muy desventurada
si me obligan á casarme
con ese hombre; pero debo,
aunque con la vida pague,
obedecer.....
Bern. Poco á poco.
Será lo que tase un sastre.
Estoy aquí yo, y primero
he de sufrir que me empalen.
Pues no faltaba otra cosa!
Cármen. Mi padre es inexorable,
y en vano.....
Bern. Nada me ocultes.
Hay en campaña otro amante?
Cármen. ¡Señor.....
Bern. No te dé vergüenza.
Voto va á cribas! No claves
los ojos en tierra.
Cármen. Pero.....
qué empeño de sofocarme!
Bern. Un amor honesto y puro
nada tiene de culpable
si el objeto lo merece.
Soy indulgente. Es muy fácil
que yo tambien me enamore,
que áun soy de recibo. El mártes
cuarenta años cumpliré.
Si yo me confieso frágil,
¿cuánto más deberá serlo
una niña?
Cármen. Tio, un ángel
aquí le ha traido á usted
para protegerme. Á nadie
sino á usted revelaria
mi oculto amor, mis pesares.
Un jóven, no acaudalado
en verdad, pero.....
Bern. No pases
adelante, que ya viene
el preceptor á buscarme.
Hablarémos más despacio.

ESCENA IX.

CÁRMEN. D. BERNARDO. D. ABUNDIO.

Abund. Me envian los concejales.....
Bern. Ya sé. Me voy á vestir.
Soy con usted al instante.

[*Entra en su cuarto.*]

ESCENA X.

CÁRMEN. D. ABUNDIO.

Abund. Mi sitibunda pasion,
que al de Tántalo equivale,
si bien la juzgo, suplicio,
bendice el grato mensaje
que ofrecerte me procura
mis humildes homenajes.
Mis homenajes humildes;
que no así la que de un áspid,
egipcia reina, fué presa;
ni la que en redes de alambre
el unípede Vulcano
encerró cuando *in fragranti*
en los brazos de Mavorte,
estando la luna en Áries.....
Cármen. Si no me habla usted más claro,
excusado es que se canse.
No entiendo esa algarabía.
Abund. Tienes cuarenta quintales
de razon. Una muchacha
con tal gracia y tal donaire
en su cara y en su cuerpo
y con dos ojos capaces
de abrasar, no digo á mí
que soy de hueso y de carne,
sino al mismo mar glacial,
no necesita quemarse
las pestañas estudiando
la prosodia y la sintáxis.
Por tanto en vulgar estilo,
aunque las musas me arañen,
digo que por ti me muero,
y que ni el troyano Páris,
ni Pirro, ni Marco Antonio.....
Cármen. Si usted pretende mofarse
de mí.....
Abund. Yo mofarme? Caigan
sobre mí montes y mares
si no es cierto.....

Cármen. Bien; lo estimo.
Abund. Y no más? ¡Crudo desaire
que es mi sentencia de muerte!
¿Y es justo que me desbanque
el imbécil don Estéban?
Cármen. Si en mi voluntad mandase,
léjos de ser su mujer.....
Abund. ¿Qué escucho! Oh Jove! Renace
mi agonizante esperanza.
¿Es cierto que ese elefante,
ese avestruz con patillas
no merece que le ames?
Siendo así, quizá sucumba
al amor que me inspiraste
ese corazon de acero.
Oh! Plegue á Dios que se ablande!,
y desde el lapon conciso
hasta la eritrea Gádes,
el más plácido y feliz
seré yo de los mortales.
No consientas que al altar
ese mastuerzo te arrastre,
más como víctima pingüe
que como consorte amante.
No tu alabastrina mano
á la de un bruto se enlace.
Dígnate aceptar la mia,
dígnate *exaudir* mis ayes;
que si no puedo ofrecerte
riquezas y dignidades,
mi sabiduría inmensa,
mi facundia inagotable,
si en obscura no la sume
tu desden hórrida cárcel,
de mi númen los prodigios,
de mi vena los raudales.....
Te ries? Fausto presagio!
Mírame, terrestre arcángel,
extático y genuflexo.....
Cármen. Qué hace usted?
Abund. Oh! no te apartes.
Permite que de tus manos
en las ebúrneas falanges
del venerando himeneo
el ósculo tierno estampe,
y mi delirio.....

[*La sigue de rodillas, y en esta actitud le sorprende D. Estéban, que entra sin quitarse el sombrero, vestido como señorito de lugar, con grandes patillas, y un cigarro en la boca.*]

ESCENA XI.

CÁRMEN. D. ABUNDIO. D. ESTÉBAN.

Estéban. Hola, hola!
Estamos lucidos!—Alce
usted de ahí, dómine endeble,
si no quiere que le arrastre
por la sala.

[*Le levanta con violencia, asiéndole del cuello.*]

Abund. Poco á poco.
No hay necesidad de ahogarme
para eso.
Estéban. ¿Sabe usted,
fiel de fechos vergonzante,
que yo mando aquí?
Abund. ¿Quién duda.....
Estéban. ¿Si querrá usted disputarme
la novia? ¿Qué hacía usted
arrodillado delante
de ella?
Abund. Soy flojo de nervios,
y desde el año del hambre
flaquean tanto mis piernas,
que no pueden sustentarme
muchas veces.—Otros hay
que de cogote se caen;
pero yo, es maravilloso,
siempre de rodillas.
Estéban. Diantre!
Pues hágame usté el favor
de no sufrir ese achaque
delante de mi futura,
ó á palos sabré curarle.
Abund. Gracias.
Estéban. Cuidado!—Y usted,
niña, con ninguno me hable,
ó nos oirán los sordos.
Cármen. Ese imponente lenguaje
no le corresponde á usted.
Yo dependo de mi padre
solamente, y no acostumbro
á sufrir que otro me mande.
Estéban. Usted va á ser mi mujer
dentro de poco aunque rabie;
entiende usted?; y no quiero
que tolere en adelante
otro amor que el de su novio;
no porque ese ruin abate,
figura de friso antiguo,
sea capaz de inquietarme.
Abund. (¡Qué escucho! *Oh tempora! oh mores! Quantum in rebus inane!*)
Estéban. Pero.....
Cármen. Señor don Estéban,
me es desconocido el arte
de fingir. Si Dios no quiere
que mis lágrimas alcancen
piedad de un padre cruel,
podrá usted vanagloriarse
de ser dueño de mi mano.....
Estéban. Oh! sí.
Cármen. Pero, aunque me maten,
jamás de mi corazon.
Estéban. Eh, todo eso nada vale.
Usted me querrá, y tres más.
Yo no soy de esos amantes
débiles que, aunque de injurias

y de desprecios los harten,
adulan á sus queridas,
las miman y las aplauden.

[*Se pasea sin hacer caso de D. Bernardo, que sale ya vestido y se le queda mirando.*]

ESCENA XII.

CÁRMEN. D. ESTÉBAN. D. ABUNDIO. D. BERNARDO.

Estéban. Sí, ¡pues bonito soy yo!
No hay en la provincia un jaque
que tosa donde yo toso,
¿y tengo de sujetarme
al capricho de una niña?
Si otros maricas se abaten,
qué importa? Yo soy muy hombre;
pues!; y tengo siete pares
de mulas en mi labranza;
y se pierde en los anales
mi nobleza; y tengo tres
capellanías de sangre;
y muchas prerogativas;
y.....

Bern. [*Aparte con Cármen.*]
¿Quién es ese salvaje,
sobrina?

Cármen. Quién ha de ser?
Mi novio!

Estéban. Y á centenares
tengo yo novias más ricas,
y de más rancio linaje,
y más hermosas tambien
que quisieran atraparme.
Pero no se ha de decir
que un hombre de mi talante
ha llevado calabazas.
Yo sostendré á todo trance
mi empeño; y me casaré
aunque se oponga mi madre,
y usted, y todo el lugar;
y.....

Bern. Eso no será tan fácil
viviendo yo.....

Estéban. [*Sin oir á D. Bernardo.*]
Y ha de haber
la de Dios es Cristo si álguien
lo estorba. ¿Está usted? Que yo
de bien á bien soy un ángel;
pero de mal á mal no hay
quien se me ponga delante.
Soy hombre que tengo puños,
¡y pobre del que yo agarre
del pescuezo!....

[*Lo hace con D. Abundio.*]

Abund. Ay! ay! Sí; basta
que usted lo diga.

Bern. (Es un cafre!)

Estéban. Voto á briós!.... Si álguien se atreve
á provocar mi coraje,
tiemble.....

Abund. Quién se ha de atrever?
Todos aman su gaznate
y.....

Estéban. Es mucha fuerza la mia.

Abund. Quién lo duda? Formidable.
Es usted un cananeo,
es usté un abencerraje,
un Hércules, un Sanson,
y no hay en los arenales
del África un dromedario
que con usted se compare.
Jamás.....

Estéban. Dómine de viejo,
calle usted y no me enfade.—
Qué hace usted aquí?

Abund. Yo aguardo
al señor para llevarle
á la fiesta del lugar
de órden del señor alcalde;
pero si le estorbo á usted
le iré á esperar á la calle.

Bern. No hay para qué. Ya nos vamos.

[*Aparte con Cármen.*]

Tú sube á tu cuarto, Cármen,
que este novio es muy cerril.

Cármen. Tio, no me desampare
usted.....

Bern. Anda: no te apures.

[*Vase Cármen.*]

Oiga usted, señor alarbe,
el de las catorce mulas,
si no quiere granjearse
el odio de mi sobrina,
tenga mejores modales.
Yo no soy hombre de puños
como usted dice, ni jaque,
ni perdonavidas; peró
tengo energía bastante
para obligarle á guardar
más respeto á estos umbrales,
ó de lo contrario hacer
que por la ventana salte.

ESCENA XIII.

D. ESTÉBAN.

Cómo es eso? ¡Oiga usted..... ¡Vaya
una cara de vinagre!
Oh! y yo le veo resuelto.....
Á fe de Estéban Oñate
que me ha cortado el tal tio.
Yo no soy ningun cobarde,
pero, como no estoy hecho
á que me hable gordo nadie,

confieso..... Eh, nada me importa
que murmure y amenace.
Don Baltasar me ha elegido
por yerno; soy el *tu autem*
del pueblo; él es temerario,
y le soplará en la cárcel
si estorbar quiere la boda;
y si acaso no lo hace
por ser un hermano suyo,
nada me será más fácil
que encomendar mi venganza
á cuatro ó cinco jayanes
que le derrenguen á palos
al revolver una calle.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

EL TIO LAMPREA.

Bien dije yo que sin palos
no acabaria la fiesta.
No lo han de contar por gracia
los mozos de Valdearenas,
y más estando por medio
el terrible don Estéban.
Si no fuera por lo mucho
que ya los años me pesan,
tratándose de la honra
del lugar, el tio Lamprea
no estaria entre paredes
cuando los demas pelean.

[*Mira por la ventana.*]

Oh! aquí tenemos al novio
que viene echando centellas.
Rabiando estoy por saber
en qué paró la reyerta.

ESCENA II.

D. ESTÉBAN. LAMPREA.

Estéban. Victoria por Peña-aguda!
Los de la vecina aldea
por los barrancos abajo
corren que el diablo los lleva.
Lampr. Me alegro.
Estéban. Porque han tenido
este año buena cosecha
nos han querido afrentar;
pero no hay miedo que vuelvan
á habérselas con nosotros.
Bien escarmentados quedan.
Lampr. Y por qué ha sido la riña?
Estéban. Yo te diré. En la taberna
se juntaron unos cuantos
con los de acá. Un tal Ortega,
á quien llaman los de allá
por mal nombre Comadreja,
con el hijo del herrero
no sé sobre qué materia
parece ser que ha tenido
una disputa. Babieca,
que me lo vino á contar,
dice que el de Valdearenas
es quien tenia razon;
pero ¿por qué ha de tenerla
siendo forastero?
Lampr. Ya.
Estéban. Al instante en la refriega
tomaron parte unos y otros
como es justo; y si no fuera
porque pasó por allí
el síndico Juan de Urrea,
no sé en qué hubiera parado.
Los apaciguó, y en prueba
de quererse hacer amigos,
á pesar de su pobreza
convidaron los de acá
á los de allá con majencia.
Los de acá de buena fe
bebian largo y sin rienda,
pero los de allá..... Me entiendes?
Lampr. Sí; no pierdo ni una letra.
Estéban. Los de allá, sin hacer caso
de los de acá, y con la treta
de avergonzarlos sin duda,
bebian poco y con flema.
Los de acá disimulaban,
porque tienen más nobleza
que los de allá. Llega el caso
de ajustar por fin la cuenta,
y en pagar por los de acá
todos los de allá se empeñan.
Este era ya mucho insulto;
los de acá no lo toleran;
enarbolan los garrotes
y anda la marimorena.
Ofendidos los de allá
quieren hacer resistencia,
pero los de acá.....

ESCENA III.

D. ESTÉBAN. LAMPREA. D. BALTASAR.

Balt. Ya el pueblo
tranquilo y triunfante queda.
Cuatro de los enemigos
ménos ágiles de piernas
han caido en mi poder,

y ya en la cárcel se hospedan:
y por cierto que á uno de ellos
le está curando el albéitar.
Los demas huyeron todos.

Estéban. Y si nó, que se estuvieran
por acá; que yo les juro.....

Balt. Los prisioneros de guerra,
si no pagan una multa
para reparar la iglesia,
calabozo y grillos tienen
lo ménos hasta la siega.
Debia estar ya empezada
la sumaria; mas no encuentran
en todo el lugar al bueno
de don Abundio.

Estéban. Sí! Apénas
olió el peligro, escapó
más ligero que un cometa,
y puede que de correr
no haya parado á esta fecha.

Balt. Pobre dómine!

Estéban. Estos sabios
me estomagan, me revientan.
Siempre hablando del desprecio
de la vida, y si olfatean
la ocasion de aventurarla
se esconden en la bodega.
Y dale con la virtud,
y vuelta con la grandeza
de alma, y la filosofía,
y la farmacia, y las....., esas
palabrotas que ellos dicen;
mas nunca hacen cosa buena.

Balt. No; todos no están cortados
por una misma tijera;
y, aunque rara vez del docto
la extravagancia se aleja,
siempre es útil.....

Estéban. Qué ha de ser?
Lo cierto es que los desdeña
todo el mundo, y casi siempre
andan á sombra de teja,
y nunca tienen salud,
ni proteccion, ni pesetas.
Vea usted si yo estoy gordo;
y todo el pueblo me inciensa;
y siempre alegre y de broma.
Qué falta me hacen las letras?
Maldita.—Esto no es decir
que por un bruto me tenga.
Yo sé leer de corrido,
escribir, las cuatro reglas
de cuentas, y todo el *Fleuri*,
y he leido las novelas
de *doña María Zayas*,
y el *Bertoldo*, y la *Floresta
española*, y el *Lunario
perpetuo*, y muchas comedias
de esas que todas principian
con *¡Arma! arma! guerra! guerra!*
Y aquí donde usted me ve
ya sé tañer la vihuela
con más primor veinte veces
que el barbero que me enseña.

Lampr. Y sobre todo el fandango
y la jota aragonesa.

Estéban. Y hago siempre de *traidor*
en las comedias caseras;
y la aldea se alborota
cuando canto la rondeña;
y tengo yo cierta gracia
natural, cierta agudeza....
No es verdad?

Balt. Sí.

Estéban. Y en fin, tengo
cuatro mil duros de renta.—
Mas con tantas campanillas,
y tanta prosopopeya,.....
escandalícese usted,
no falta quien me desprecia.

Balt. ¿Quién se atreve á despreciar
á persona tan egregia?
Nombre usted al temerario;
haré que en la cárcel duerma.
Ó soy alcalde, ó no soy.

Estéban. Pues vengue usted mis ofensas.
Su hija de usted no me quiere
por marido.

Balt. ¿Se chancea
usted?

Estéban. ¿Qué he de chancearme?
Muy erguida y muy resuelta
me lo ha dicho.

Balt. No hay cuidado.
Yo la haré entrar por vereda.

Estéban. Eh, yo en parte la disculpo;
que al fin es una tontuela,
y no sabe cuánto vale
un marido de mis prendas.

Balt. Pero, ¿es posible.....

Estéban. Á quien yo
tengo tirria no es á ella,
sino á su hermano de usted
porque ha dado en protegerla.

Balt. Mi hermano? ¿Quien le ha mandado
que en mis asuntos se meta?
Le diré cuántas son cinco,
que á mí nadie me gobierna.
Pues no faltaba otra cosa!
Y en cuanto á Cármen...—Lamprea,
que baje aquí.....

ESCENA IV.

D. ESTÉBAN. D. BALTASAR. LAMPREA.
D. BERNARDO.

Bern. Te has lucido,
Baltasar. No lo creyera
á no haberlo visto. ¿Así
el empleo desempeñas
de alcalde? Á los forasteros
¿así acoges en tu aldea?

Balt. Estamos frescos! ¿Es cosa
de que tú me reconvengas?

Bern. Que hiciera esos desatinos
un alcalde de montera,
pase, pero ¡tú! ¡Estar viendo
que sin razon apalean
á los pobres aldeanos
que con vosotros se huelgan,
y perseguirlos, en vez
de castigar la insolencia
de tus convecinos! Vaya,
ó has perdido la chabeta,
ó la vara que te han dado
deshonrada está en tu diestra.

Balt. Yo de mis operaciones
no tengo que darte cuenta,
y si hemos de estar en paz
modera un poco tu lengua.

Bern. Modera el orgullo tú,
y no con tal impudencia
de la autoridad abuses.

Balt. Pero ¿á qué tanta pamema?
¿Qué ha habido para que así
te alborotes?

Bern. Friolera!
Por pagar ó no pagar
el gasto de la taberna
¡andar á palos dos pueblos!

Balt. Toma! ¿Y qué funcion de aldea
no se acaba á garrotazos?
Aquí ya nadie se altera
por semejante bicoca.
El año que no hay pendencia,
que sucede rara vez,
¡es tan insulsa la fiesta!
Gracias que no ha habido muertes
como en Julio por la feria.—
Estos hombres de la corte,
que tal magisterio ostentan,
parece que no han vivido
entre gentes.

Bern. No hay paciencia
para tal barbaridad.
Despues que los atropellan
sin motivo, á los que prendes
en una cárcel encierras.
Qué horror! Las pobres familias
que con sus brazos sustentan,
porque tú eres testarudo
¿será justo que perezcan?

Balt. Pues bien, que paguen la multa
y se vayan á su tierra.

Bern. Si en eso sólo consiste,
yo la pago. Libres sean.

Balt. Ya que eres tan generoso,
págala tú en hora buena.
Despues iré yo á mandar
que los suelten. Me interesa
zanjar primero otro asunto
que me toca más de cerca.

[*Á Lamprea.*]

Anda, di á Cármen que baje
al instante.

Lamp. (Ahora es ella.)

ESCENA V.

D. BERNARDO. D. BALTASAR. D. ESTÉBAN.

Balt. Ya te dije esta mañana
que he resuelto establecerla
con un jóven del lugar,
que á su gallarda presencia
une ilustre nacimiento,
gracia, talento y riquezas.

Estéban. El señor me hace justicia.

Balt. Parece que tú aconsejas
á Cármen que se desvie
de la voluntad paterna,
y eso es una iniquidad.

Bern. Iniquidad más horrenda
es obligarla á una boda
que su corazon detesta,
y que pudiera tener
muy fatales consecuencias.
¿Por qué, en vez de consultar
el interes que te obceca,
no consultaste de tu hija
el gusto y la conveniencia
ántes de ofrecer su mano
á quien es indigno de ella?

Estéban. Indigno yo?..... Estamos bien!
¡Pues no ha dado en mala tema
el hombre! ¿Me meto yo
con usted para que venga
á insultarme? Pues si á mí
se me atufa la mollera.....

Bern. Hará usted probablemente
lo que hizo Cascaciruelas.
Un dómine hambriento, un pobre
sumergido en la indigencia,
á quien puede usted privar
del jornal que le alimenta,
no es mucho que se acoquinen
cuando usted jura y gallea
señor maton; pero á mí
gracias á la Providencia,
ni con su oro me avasalla,
ni con bravatas me aterra.

Balt. Aquí solo mando yo.
Poco importa que él se meta
en camisa de once varas
si usted con mi apoyo cuenta.
La chica se casará.....
Oh! aquí viene.

ESCENA VI.

D. BERNARDO. D. BALTASAR. D. ESTÉBAN.
CÁRMEN.

Bern. [*Aparte con Cármen.*]
Ten firmeza.
No des tu consentimiento.
Yo tomaré tu defensa.

Cármen. No sé si tendré valor.....
Balt. Qué le dices á la oreja?
Ya lo comprendo. La ánimas
á faltarme á la obediencia.
Será en vano.—Ven acá.
¿Presumes que haya en la tierra
quien te ame como tu padre?
Cármen. Yo..... no, señor.
Balt. Por qué tiemblas?
Cármen. (Triste de mí!)
Balt. ¿Qué otro afan
dia y noche me desvela
sino asegurar tu dicha?
Cármen. Es justo que así lo crea.
Balt. Los buenos hijos á un padre
profundamente respetan,
no examinan sus preceptos
y le obedecen á ciegas.
Bern. No, señor, que puede haber
excepciones de esa regla.
Tampoco es razon que un padre
en tirano se convierta,
y cuando.....
Balt. Quieres callar?
Estéban. ¿No ve usted la reverenda
pachorra con que yo espero
á que dicten mi sentencia?
Y eso que, hablando en verdad,
ya estoy cargado de esteras,
porque á un hombre como yo
no es razon se le entretenga
tanto tiempo; que más hago
yo en tomarla por parienta
que ella..... Está usted? Porque al fin
hay alguna diferencia
de casa á casa, y quizá
cuando mi madre lo sepa.....
Porque....., como dijo el otro.....
Bern. Vaya unas explicaderas!
Balt. Yo no te mando arrojarte
en un pozo de cabeza.
Te mando tomar marido,
y son pocas las doncellas
en el dia que hacen ascos
á una ley tan lisonjera.
Cármen. Yo no me opongo á casarme,
pero en una edad tan tierna.....
Ya ve usted, diez y siete años
cumplí por la primavera.
Balt. Edad más que suficiente
para que pagues tu deuda
á la patria; que no es cosa
de jugar á las muñecas
la que ya puede ser madre.
Estéban. Ya se ve, y usté es muy bestia.....
Balt. ¡Cómo...
Estéban. No hablo con usted.—
Si gruñe y se hace de pencas,
teniendo un novio de á folio,
ahora que tanto escasean.
Balt. Don Estéban hace dias
que ser tu marido anhela.
Él ya te lo habrá insinuado.
Estéban. Qué! ¿me muerdo yo la lengua?
Se lo he dicho veinte veces:
primero haciéndole señas,
en seguida de palabra,
y despues con una esquela,
y con la guitarra luégo;
que ha sido mucha fineza
estarme desgañitando
tantas noches en su reja.
Balt. Me pidió tu mano en fin.
Yo, viendo entrar por mis puertas
tanto bien, y como nunca
me ha pasado por la idea
que á lo que mande tu padre
capaz de oponerte seas,
sin decirte nada vine
en aceptar sus ofertas.
Bern. Mal hecho. Eso no es casarla;
eso es.....
Balt. Qué? Vamos.
Bern. Venderla.
Pero me han de hacer pedazos
primero que lo consienta.
Balt. Hombre, no nos interrumpas.
Deja que responda ella.—
Cármen, ya te has enterado
de mi voluntad suprema;
y no la revocaré
si todo el mundo se empeña.
Ahora háblame sin rodeos.
Vaya, ¿el casamiento aceptas,
ó no? No digas despues
que te he casado por fuerza.
Bern. ¿Qué ha de decir la infeliz
despues que tú.....
Balt. Qué molestia!
No la dejarás hablar?—
Vamos, hija, con franqueza.
El esposo que te ofrezco
¿es de tu gusto? En la tierra
no hay un mozo tan bizarro
ni que mejor te merezca.
Él te ama.....
Cármen. Será verdad,
pero ¿dónde está la prueba?
Ha usado siempre conmigo
de expresiones tan groseras,
y tiene un modo tan tosco
de enamorar.....
Balt. Eh, simplezas!...
Se conoce que en amor
tienes muy poca experiencia,
de lo cual me alegro mucho.
Así, tú llamas rudeza
á la amable sencillez,
y al donaire desvergüenza.
Estéban. Y en fin, en esto de amores
cada uno tiene su escuela.
No es cierto, don Baltasar?
Si otros títeres babean,
ya le he dicho á mi futura
que no es ese mi sistema.
Yo no sufro que mis novias

por su juguete me tengan,
y á las primeras de cambio
les acuso las cuarenta.

Balt. Conque vamos, yo supongo
que premiarás su terneza.....

Cármen. Señor!....

Estéban. Es muy testaruda,
y harto será que.....

Cármen. Quisiera
poder complacer á usted
y á mi padre, pero es fuerza
hablar claro y sin rodeos,
puesto que así me lo ordenan.

Bern. [*En voz baja.*]
Buen ánimo! Así va bien.

Cármen. Jóvenes hay en la Sierra
que pudiera hacer felices
el señor con sus riquezas.
Mi padre lo pasa bien,
y soy única heredera.
Así, no debo esperar,
si mi vida le interesa,
que me sacrifique.....

Balt. Cómo!....
Qué avilantez! qué soberbia!
¿Conque es decir.....

Bern. Es decir
que la niña no se peina
para tal novio.

Balt. ¿Qué escucho!
Contra un padre te rebelas?
¡Vive Dios, ingrata.....

Estéban. Duro!

Bern. Bien merece tu indulgencia.

Balt. No sé cómo no te mato.

Cármen. Padre!

Balt. Jamás en tu lengua
vuelva á sonar ese nombre.

Cármen. Ah!

Balt. Yo haré que te arrepientas
de tu osadía. ¡Dejarme
á mí feo una monuela!
¡Desvelarme por tu bien,
y darme esta recompensa!

Cármen. Yo.....

Balt. Quítate de mi vista,
que la cólera me ciega.—
Ven acá. [*La coge de la mano.*]

Estéban. Una buena zurra
le daria yo por necia.
¡Dar calabazas á un hombre
como yo!

Bern. [*Á Cármen en voz baja.*]
Firme! No temas.

Balt. Elige: ó darle tu mano,
ó podrirte en una celda.

Cármen. Señor.....

Balt. No me irrites más.
¿Quieres con la inobediencia
labrar tu desdicha? ¿quieres
que te abandone y te pierda?
¿quieres arrostrar el peso
de mi maldicion eterna?

Cármen. Ah! no, no. Me casaré
aunque desolada muera.
Obedeceré á mi padre.

Bern. Qué escucho! tanta flaqueza!—
Mujer al fin.

Estéban. He vencido.

Balt. Hija mia! dulce prenda!
Ven á mis brazos. Tu edad
al error está sujeta,
bien lo sé; pero por fin
te veo entrar en la senda
del deber.—Vamos, no llores,
[*Le enjuga las lágrimas.*]
que ya mi enojo se templa.
Pobrecilla! Un tio injusto
te infundió malas ideas.....
Vaya, no faltaba más!
Ahora que se presenta
tan buen partido, quedarte
por darle gusto soltera!

Bern. Muy pronto cantas victoria.
Si en tu crueldad perseveras,
las leyes la ampararán.
Yo las reclamo por ella.
Supone muy poco un sí
arrancado con violencia.
Si ella por temor sucumbe,
yo la salvaré por fuerza.

Balt. Cómo?....

ESCENA VII.

CÁRMEN. D. BERNARDO. D. BALTASAR.
D. ESTÉBAN. D. ABUNDIO.

Abund. Cual otro Mercurio,
si es lícito que me atreva
á similitud tan alta.....

Balt. ¿Viene usted con esa jerga
al cabo de tanto tiempo?

Abund. Esa canalla extranjera,
á la que ya es para mí,
pues me mantiene y alberga,
nueva dulcísima patria,
con súbita infanda guerra
pagó la hospitalidad.
No con apatía yerta
el riesgo de mis penates
debí mirar, que tal mengua
de una alma grande es indigna.
Así en la feral contienda
que hará inmortal nuestra gloria
no ha sido imbele mi diestra.

Estéban. Miente el señor don Abundio.

Abund. Yo mentir? Hórrida afrenta!
Si al furor que me devora
soltar osara la rienda.....
Pero yo soy generoso
y perdono tanta ofensa;
que si el furor tiene altares,

áun tiene más la paciencia.
Estéban. Si apénas se armó la zambra
cuando tomó usted soleta,
¿cómo.....
Abund. Y por ventura ¿sólo
con trancazos se guerrea?
¿No es la pluma en este siglo
veinte veces más sangrienta?
Yo me retiré, es verdad,
mas fué á estudiar una arenga
para animar á la pugna
á esa milicia inexperta.
¡Qué de batallas ganó
de un general la elocuencia!
Ah! ¿Por qué sin escucharme
finasteis la lid horrenda?
Pero en esta sala al ménos,
ya que no fué en la palestra,
voy á leer el aborto
de mi patriótica vena.

[*Saca un pliego de papel escrito por las cuatro caras.*]

«No de otra suerte, intrépidos guerreros,
que en el de las Termópilas barranco
del que azotara el Ponto las falanges
trescientos esparciatas humillaron;
ó cual allá en los campos de Farsalia;
ó cual allá en los mares de Lepanto;
ó cual allá en el lago Trasimeno;
ó cual allá en los muros de Cartago;
ó cual allá en Clavijo do el Apóstol
seiscientos mil mató mahometanos;
ó cual allá.....»

Balt. Basta, basta,
que ahora tengo mucha priesa.
Otra vez escucharémos
esa proclama estupenda.
Abund. Cuando usted la oiga verá
¡qué nervio, qué efervescencia!
Bern. (Vamos, ya está visto: todos
son locos en esta aldea.)
Balt. Secretario, venga usted
conmigo, que hay diligencias
que practicar, y es forzoso
volver á entablar la fiesta.
Estéban. Y ha de tener entendido
el maestro de ciruela,
que aquí persuade un garrote
mejor que toda su ciencia.
Abund. (Bárbaro!)
Balt. [*Á D. Bernardo.*] Al señor y á mí
nos ha ofrecido su mesa
un regidor: no me esperes.
Abur. [*Á Cármen acariciándola.*]
Adios, hechicera. [*Vase.*]
Estéban. Que ustedes lo pasen bien.
Pronto daremos la vuelta. [*Vase.*]
Abund. [*Al salir, mirando á Cármen.*]
(Ay, cuál me tienen tus ojos!
Oh amor! *oh pectora cæca!*
oh inopia! *oh magnum Jovis incrementum!* oh hijas de Eva!)

ESCENA VIII.

D. BERNARDO. CÁRMEN.

Bern. Al fin se han ido. ¡Qué horrible
y qué ridícula escena!
Cármen. Qué desventurada soy!
Bern. No tanto como tú piensas.
Aterrada has consentido
en esa boda funesta:
no importa. Procura ahora
sacar fuerzas de flaqueza.
Disimula tus pesares,
finge que estás muy contenta,
canta, rie, y deja obrar
á tu tio.
Cármen. La dureza,
las terribles amenazas
de mi padre.....
Bern. Bagatela.
Deja que amenace y jure;
que voces de asno no llegan
al cielo.—Ea, ten valor.
Inútil es que yo emprenda
tu salvacion, si despues
en la estacada me dejas.—
Recuerdo que esta mañana
me dijiste que te obsequia
otro jóven.....
Cármen. Sí, señor;
y lo que más me atormenta
es el pesar que tendrá
cuando en los brazos me vea
de su rival.....
Bern. No me aturdas
con lamentos de novela.
Vamos al caso. Una vez
que tú le amas tan de véras,
será un muchacho juicioso
y de las mejores prendas.
Su familia será honrada.....
Cármen. Eso sí, es de las primeras
del país; pero..... más rica
en virtudes que en hacienda.

Bern. Eso no le hace.—Y tu padre
¿sabe algo?
Cármen. Ah! si lo supiera,
pobre de mí! Tiene horror
á toda la parentela
porque le han ganado un pleito.
Bern. Y ha sido de consecuencia?
Cármen. Qué! Puede que su valor
á cien ducados no ascienda.
Bern. Vil avaro! (Ya está visto.
No encuentro yo aquí la piedra
filosofal.) Di, tu amante
seguirá alguna carrera.....
Cármen. Sí, señor.
Bern. La medicina?
Gran profesion! Haya guerras
ó paces, nunca perecen
los médicos. Á mil quiebras
todos vivimos sujetos,
pero el ramo de postemas,
cólicos y tabardillos
en todo tiempo prospera.
Cármen. No sigue esa profesion,
aunque mucho la respeta;
y es muy humano mi novio,
aunque lo diga yo mesma,
para desear que Dios
nos envie una epidemia.
Bern. Pero en fin, qué estudia? leyes?
Cármen. Sí, señor, y ya estuviera
recibido de abogado;
mas no puede hasta que tenga
veinte y cinco años, y cumple
veinte y dos por la cuaresma.
Bern. Calla! ¿Si será..... Su nombre?
Cármen. Don Felipe de Villegas.
Bern. El mismo. Bien parecido,
su tez un poco trigueña,
pero sonrosada y fina;
buen talle, gentil presencia,
hermosa cara, ojos negros,
y así...., un aire de modestia
y de probidad.....
Cármen. Convienen
perfectamente las señas.
Bern. ¿Conque no es exagerado
el retrato? Ah picaruela!
Cármen. ¡Cuidado que usted tambien.....
No puede una ser ingenua.
Bern. Poco hace le he visto en casa
del médico. Su tristeza
llamó mi atencion.—Supongo
que ya la causa penetras.—
El pobre muchacho! Yo
no cometí la imprudencia
de preguntársela. Hablamos
de diferentes materias,
y de instruccion no vulgar
me dió repetidas pruebas.—
Vamos, será mi sobrino.—
Cuando salió de la iglesia
hablé al cura en tu favor,
y no dudo que intervenga.....

ESCENA IX.

D. BERNARDO. CÁRMEN. DOÑA MATEA.

Matea. [*Entra vestida como se usaba hace cien años, y hecha una furia.*]
¿Dónde está el hijo de mi alma?
¡Mi Estebanillo, la perla,
la gloria de la provincia!
Bern. Qué embajada será está?
Matea. Embajada? Usted verá
la embajada que le espera.
Picarones! seductores!
Se ha visto maldad más negra?
Abusar de su candor,
burlarse de su inocencia,
infames! para casarle,
con quién? Con una cualquiera.
Bern. Oiga usted.....
Matea. No quiero oir.
Si esa boda se celebra,
tengo de dejar memoria
de mi venganza sangrienta.
Cármen. Pero, señora.....
Matea. Oh! tú eres
la encantadora sirena
que me le tiene hechizado.
Miren la gatita muerta!
¡Miren cómo sabe hacer
su negocio! Y ¡qué! ¿tú piensas
pescarle para marido?
Primero aspada me vea.
Cármen. Al contrario, yo.....
Matea. La casa
de los Oñates, y Heredias,
y Pimenteles, y Osorios,
y Castros, y Mendinuetas,
y Gamboas, ¿con un *quidam*
se ha de unir, que no se acuerda
nadie de quién fué su abuelo?
Es una infamia, una afrenta
que no la consentirá
la ilustre doña Matea.
Cármen. Qué mujer! Pero si yo.....
Matea. ¿Qué valen las cuatro cepas,
y el pegujar, y el molino,
y las tísicas ovejas
de tu avaricioso padre?
Todo eso es hambre, miseria.
¿Quereis sacar la barriga
de mal año con mis rentas?
¿Quereis.....
Cármen. Por Dios, oiga usted!
Matea. Hipócrita! zalamera!
¿Tú aspiras al alto honor
de tenerme á mí por suegra?
Si al momento no desistes
de pretension tan grotesca
te pondré donde mereces.
Cármen. Se ha visto igual insolencia?
¿Á mí usted....

Bern. Vete de aquí,
porque esta mujer chochea.
Cármen. Mejor es, que ya estoy harta
de oir sus impertinencias.

ESCENA X.

D. BERNARDO. DOÑA MATEA.

Matea. Cómo! Ella es la impertinente,
y atrevida, y mala hembra,
y.....
Bern. Señora, tenga usted
un poco más de prudencia.
La habrán informado mal
sin duda. Cuando usted sepa.....
Matea. Todo lo sé, sí, señor,
y conmigo no se juega.
Está usted?—Don Baltasar
¿qué hace, que no se presenta?
Bern. Salió hace poco con su hijo
de usted á unas diligencias.....
Matea. Pues! Serán las de la boda.
Bern. Tal vez.
Matea. ¿Y con esa flema
lo dice usted? No lo extraño,
porque usted tambien husmea
la sopa boba.
Bern. Yo?
Matea. Usted,
pero es en vano. Aunque venda
la camisa.....
Bern. ¡Si yo soy
el que.....
Matea. Pues, el que desea
la perdicion de su hermano;
el que á la niña aconseja
pensamientos tan altivos;
el que engatusa á mi Estéban;
el que.....
Bern. Si usted me dejase
explicarme.....
Matea. El que se mezcla
en lo que no le compete.
Bern. No hay tal cosa. Yo quisiera...
Matea. Mas yo escribiré á mi tio
el conde de la Verbena.....
Bern. Que Cármen fuese feliz.
No es posible que lo sea.....
Matea. Y á mi cuñado el maestrante,
y á mi prima la abadesa.....
Bern. Con su hijo de usted. ¿Qué vale
el caudal que usted pondera...
Matea. Y al corregidor de Soria,
y al gobernador de Ceuta.....
Bern. Cuando el corazon..(No me oye.)
Señora!—Maldita seas!
Matea. Y al intendente de Murcia,
y al cabildo de Sigüenza.
[*Hablan los dos á un tiempo y muy acalorados.*]
Bern. Es usted mujer ó sierpe?
(Dónde estoy?) Con una recua
de demonios, ¿quiere usted
oirme?
Matea. Raza perversa!
Canalla!
Bern. (Si no la dejo,
voy á perder la cabeza.
Sudo como un galeote.)
Matea. [*Abanicándose muy aprisa.*]
No lo dije? La jaqueca.
Bern. ¡Qué maldecido lugar
y qué excomulgada vieja!

ESCENA XI.

DOÑA MATEA.

Oiga usted!... Gente ordinaria!
gente incivil y grosera!—
Y se han de burlar de mí?
Uf! La cólera me ciega.
Hasta encontrar al alcalde
correré de ceca en meca,
y donde quiera que esté
le he de arrancar las orejas.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

CÁRMEN.

[*Está anocheciendo.*]

¡Qué crítica, qué terrible
es mi situacion! Si acepto
por esposo á don Estéban,
mi triste fin acelero;
si le rehuso, á mi padre
clavo un puñal en el seno.—
Qué haré?—Dejemos obrar
á mi tio. Por su medio
quizá lograré la dicha
de obtener más grato dueño.—
La imprevista circunstancia
de oponerse al casamiento
doña Matea, pudiera
favorecer mis deseos
y.... Quién entra?

ESCENA II.

CÁRMEN. D. FELIPE.

Felipe. No te asustes:
yo soy.
Cármen. Tú, Felipe!—Oh cielo!
¿Cómo te atreves á entrar
aquí? ¿No sabes el riesgo.....
Felipe. No estando en casa tu padre
¿qué temes?
Cármen. Si el estafermo
de Lamprea.....
Felipe. No hay cuidado.
Anda por los aposentos
de arriba. Acabo de verle
desde el balcon de don Pedro.
Cármen. No importa. Vete por Dios;
no me pierdas.
Felipe. Un momento.....
Cármen. No, Felipe. Ah! si supieras.....
Felipe. Lo sé todo; y, satisfecho
de tu cariño, no pienses
que airado y celoso vengo
á hacerte reconvenciones
injustas. Mi único objeto.....

[*Tose dentro Lamprea.*]

Cármen. Ay de mí! Ya baja, le oigo
toser.—Márchate corriendo.....

[*Mira adentro.*]

No; ya está aquí.—En ese cuarto....
Felipe. ¡Maldito sea.....
Cármen. Entra presto.

[*Entra D. Felipe en el cuarto de don Bernardo.*]

ESCENA III.

CÁRMEN. LAMPREA.

[*Lamprea trae un velon encendido, y lo coloca sobre la mesa.*]

Lampr. Bendito sea por siempre
y alabado..... [*Tose.*] ¡Qué tormento
de tos! Un dia me ahoga.
Triste pension de los viejos!
Lo mismo es anochecer,
que así... á manera de muermo...

[*Tose.*]

¿Qué hace usté aquí, señorita,
tan sola?
Cármen. Corre más fresco
que arriba.
Lampr. Si quiere usted
compañía.....
Cármen. Lo agradezco.
(No se marchará. Qué pelma!
Estoy en brasas.)
Lampr. ¿Y es cierto
que se casa usted muy pronto?
Cármen. No sé.
Lampr. Yo en parte lo siento, [*Tose.*]
porque se irá usted de casa,
y..... Pero ¡qué buen sujeto
es el señor don Estéban!
Bella estampa, muy buen genio;
campechano si los hay,
y hombre de mucho dinero.
Cármen. Es verdad, pero si tienes
qué hacer allá arriba.....
Lampr. Creo
que está usted de mal humor, [*Tose.*]
y es cosa rara el tenerlo
en vísperas de casarse.
Cármen. (Qué suplicio!)
Lampr. Yo recuerdo
que mi difunta Gregoria.....
Téngala Dios en el cielo!
Cuando yo la festejaba.....
¡Ay, señorita, qué tiempos
aquellos!....
Cármen. Oh! Basta ya.....
Lampr. Si incomodo....
Cármen. No por cierto;
pero tengo poca gana
de conversacion.
Lampr. Ya entiendo.
Á usted no le gusta hablar
con un vejestorio enfermo.
Si fuera yo don Estéban..... [*Tose.*]
Qué tos!—Vamos; ya la dejo
á usted solita.—Cuidado,
que es muy dañoso el sereno.—
Conque hasta despues.

[*Se va muy despacio.*]

Cármen. Uf! qué hombre!
Gracias á Dios.....

[*Á la puerta del cuarto de D. Bernardo.*]

Sal corriendo.

[*Va á salir D. Felipe, y al oir las voces siguientes vuelve á esconderse.*]

Estéban. [*Dentro.*]
Quién hace caso de viejas?
Balt. Pero es mucho atrevimiento.....

[*Entra en la escena hablando.*]

ESCENA IV.

CÁRMEN. D. BALTASAR. D. ESTÉBAN. DON ABUNDIO.

Balt. Insultar con tal descaro
á la autoridad del pueblo.

Estéban. Es muy animal mi madre.
Balt. Si no me la quitan, creo
que me araña.
Cármen. (Soy perdida
si de aquí no los alejo.)
Balt. Que dé gracias á que usted
debe ser pronto mi yerno.
No es verdad?
Estéban. Qué duda tiene?
Á mí me importa tres bledos
la voluntad de mi madre,
que mi gusto es lo primero.
Balt. Pues siendo así la perdono.—
Conque no perdamos tiempo.
El domingo la primera
amonestacion. No es esto?

[*Á Cármen.*]

Oh! estás aquí! No te habia
visto. Estamos disponiendo
la boda.
Cármen. Bien.—Pero aquí
para un asunto tan serio
están ustedes muy mal.
Puede entrar un indiscreto
que los interrumpa. Arriba.....
Balt. No. Si ya estamos de acuerdo!
Es cosa hecha. Mañana
el contrato firmarémos.
No es esto?
Estéban. Cuando usted quiera.
Cármen. (Mi vida y la suya arriesgo
si le descubren.)
Balt. Muchacha,
á ti no te pára el cuerpo.
Qué tienes?
Cármen. Nada, señor.
Algo indispuesta me siento,
pero..... se me pasará.
Balt. Has merendado?
Cármen. No tengo
gana. (Dios mio!)
Balt. Estás triste?
No lo extraño. El mucho afecto
que me tienes es la causa.
¿Temes que tu casamiento
nos separe? No lo creas,
Carmencita. Viviremos
todos juntos. Vaya, niña,
alégrate.
Estéban. Fiel de fechos,
diga usté algo que nos haga
reir.
Abund. De Plauto y Terencio,
dilectos hijos de Apolo,
quisiera tener el plectro;
ó del que con culta vena
ilustró el hispano suelo,
Góngora insigne, que tantos
sutiles parió conceptos.....
Balt. Aquí queremos reir,
y no dormirnos, maestro.
Deje usted su erudicion
á un lado, que los paletos
nos quedamos en ayunas
cuando nos hablan en griego.
Abund. (Idiotas!)
Estéban. Ahora es buena
ocasion para leernos
aquella arenga.
Balt. Es verdad.
Léala usted.
Cármen. (¡Si á lo ménos
viniera mi tio!....)

[*Al sacar D. Abundio el papelote del acto segundo deja caer otro sin advertirlo: lo coge D. Estéban, y lo lee para sí.*]

Abund. ¿Dónde
quedamos?
Balt. Ya no me acuerdo.
Lea usted desde el principio.
Abund. Soy el segundo Tirteo.
Estéban. (¿Qué miro! Ah bribon!)
Abund. [*Lee.*] «No de otra
suerte, intrépidos guerreros».....
Estéban. Calle usted ó le desnuco.
De ira estoy que reviento.
Usted mi rival, canalla?
Usted á mi novia versos?
Abund. ¿Cómo.....
Estéban. Aquí están en mi mano.
No me dirá usted que miento.
Al suelo se le han caido
al sacar ese proceso
que iba á leer.
Abund. Pero..... si.....
yo.....
Estéban. Escuche usted, señor suegro;
y verá usted.....
Abund. (Si pudiera
escaparme.....)
Estéban. [*Asiéndole.*] ¡Quieto, quieto
aquí! [*Lee.*]
«Á la adorable Cármen,
el cisne de los Cameros,
don Abundio de Paniagua
y Cañaheja, soneto.—
Y tú sufres ¡oh amor! tan vil ultraje?
¿Y, en vano por Carmela suspirando,
quieres que vea en su regazo blando
solazarse á un indómito salvaje?»—
Ha visto usted qué insolencia?
¡Llamarme á mí ese Asmodeo
salvaje! ¡Y enamorar
á mi novia!
Abund. ¡Pero si eso
no es mio! Algun envidioso.....
Estéban. Cómo! ¿Áun tiene usted aliento
para hablar?

[*Amenaza á D. Abundio, y D. Baltasar le contiene.*]

Balt. Déjele usted.
Sin duda ha perdido el seso.

Estéban. Dejarle? No ha de salir
de aquí vivo.
Abund. Me arrepiento.
Perdon!
Estéban. No hay perdon.
Balt. Eh, vamos;
basta que esté yo por medio.....
Abund. Dónde me refugiaré?
En este cuarto.....

[*Va á entrar, y viendo á D. Felipe, retrocede.*]

¿Qué veo!
Un hombre oculto!
Cármen. (Buen Dios!,
á tu favor me encomiendo.)
Estéban. Un hombre oculto?
Balt. [*Gritando.*] ¡Lamprea,
Macario, Cosme, Ruperto!

ESCENA V.

CÁRMEN. D. BALTASAR. D. ESTÉBAN. DON ABUNDIO. D. FELIPE. DOS CRIADOS.

Felipe. Aquí estoy, don Baltasar.
No hay que alborotar el pueblo.
Balt. ¿Qué veo! En mi casa usted!
Y escondido! ¡Vive el cielo.....
Estéban. (Caracoles! Esto pasa
de castaño oscuro.)

[*Vienen los criados, y á una seña de D. Baltasar se detienen en el foro.*]

Balt. Pero
no es usted, sino esa infame
en quien descargar yo debo
el rigor de mi venganza.
Abund. (No salí de mal aprieto.)
Cármen. Padre!
Balt. ¿Áun te atreves, indigna.....
Felipe. Mire usted que la defiendo
yo.
Balt. Usted?
Felipe. Sí, yo, sí; y capaz
soy de cualquier desafuero
si usted se atreve á ofenderla
siendo de virtud modelo.
Balt. Usted sabe con quién habla?

[*D. Estéban se pasea haciéndose el indiferente.*]

Felipe. Con un padre sarraceno;
pero ántes me harán pedazos
que sufrir.....
Balt. ¿Oye usted esto,
don Estéban?
Estéban. ¡Qué, si estoy
pasmado! [*Sigue paseándose.*]
Abund. (¡Buen argumento
para un drama! Si no fuera
poeta y actor á un tiempo,
lo haria sólo por dar
una carda á ese mostrenco.)
Balt. Usted ¿con qué fin ha entrado
aquí? Deseo saberlo.
Felipe. Sepa usted, si lo ignoraba,
pues ya ocultarlo no puedo,
que amo á su hija. No sé
si la ventura merezco
de ser suyo; pero el novio
que usted la destina creo
que, á pesar de sus riquezas,
la merece mucho ménos.
Balt. [*Aparte con D. Estéban.*]
¿Y sufre usted que le ultraje
de ese modo?
Estéban. Eh!..... le desprecio.
Balt. ¿Ignora usted, señor mio,
que á su familia aborrezco
de muerte?
Felipe. Es una injusticia.
Balt. Pues ¿y el pleito que su abuelo
de usted me ganó?
Felipe. Sin duda
le asistió mejor derecho
que á usted; y áun cuando no fuera
así ¿qué culpa tenemos
los que no hemos litigado?
¿Acaso el ganar un pleito
es el pecado de Adan
que pasa al último nieto?
Abund. Distingo. Si el pleito.....
Felipe. Á usted
¿le dan vela en este entierro,
señor pedante?
Abund. Á mí, no,
pero.....
Felipe. Guarde usted silencio,
ó se lo haré yo guardar.
Abund. Será usted servido.
Balt. Hablemos
claro. Usted de ningun modo
me conviene para yerno.
Felipe. No lo dudo; pero acaso
á su hija de usted convengo
más que don Estéban.
Balt. Cómo!
Es decir que está de acuerdo
con usted.....
Cármen. Yo,.... padre mio....
Felipe. Contra el tirano precepto
de unirse á quien aborrece,
pues son en vano los ruegos,
vine á ofrecerle mi amparo.
Yo, sí, señor; no lo niego.
Balt. Hipocritilla, despues
que diste el consentimiento
á la boda proyectada,
¿cómo es que un galan te encuentro
escondido en ese cuarto?
Felipe. Por la fe de caballero
juro á usted que está inocente
su hija; yo solo soy reo.

Aquí entré sin ser llamado,
y Carmencita, bien léjos
de aprobarlo.....

Balt. Se concluye,
señor mio, de todo eso,
que usted es un libertino,
un desalmado, un perverso
seductor.

Felipe. Señor alcalde,
poco á poco, que dicterios
semejantes.....

Balt. Usted puede
propagar aquí el veneno
de sus impuras costumbres;
y yo, que no en vano ejerzo
la primer magistratura,
á todo trance resuelvo
librar á la juventud
de tan pernicioso ejemplo.—
Irá usted á un calabozo.

Felipe. Yo?

Balt. Y para que otro muñeco
no venga á hacer cucamonas
á mi hija, en un convento
la tendré miéntras celebra.....

[*Á D. Estéban.*]

Eh?

Estéban. Quizá el claustro y el rezo.....
Sí, señor; eso será
lo mejor.

[*Cansado de pasearse se sienta retirado; toma una guitarra y la templa.*]

Abund. (El majadero
del novio con mucha calma
lo toma.)

Felipe. Saber deseo
cuál es mi delito.

Balt. Ya
lo he dicho. El crímen horrendo
de seduccion, con indicios
de rapto, y escalamiento,
y.....

Felipe. Es una calumnia atroz.
Cuando yo mi mano ofrezco
á Cármen y ella la acepta.....

Cármen. (Infeliz de mí!)

Balt. No es cierto.
Con quien ella ha prometido
casarse en este aposento,
hoy mismo, es con el señor.—
No es verdad?

Estéban. ¡Si no me acuerdo
de qué estaba usted hablando!

Balt. Ahora salimos con eso?
Me gusta la flema!

Estéban. Yo
por tan poco no me altero.

Balt. Digo que á usted ya le ha dado
palabra de casamiento
la muchacha.

Estéban. Quién lo duda?—
Maldita prima! [*Sigue templándo.*]

Balt. Y yo ordeno
que la cumpla.

Felipe. Fué arrancada
por el terror. Más derecho
tengo á reclamarla yo,
porque me la dió primero.

Balt. Cómo primero? Hija vil!.....

Cármen. Padre, me habia propuesto
obedecer y callar;
pero llega á tal exceso
la tiranía de usted,
que en dar mi vida consiento
ántes que la mano á otro
que á Felipe.

Balt. Qué desuello!
qué infamia! Hoy vas á morir.

[*Amenazada Cármen por su padre se ampara de D. Felipe.*]

Abund. (El drama ya se va haciendo
trágico.)

Felipe. ¡Guárdese usted
de tocarla!

Estéban. Yo no acierto
á templar esta guitarra.

Abund. (Mejor será huir el cuerpo.....)

Balt. Prendedle.

[*Los criados hacen un movimiento hácia D. Felipe: saca éste una pistola, y á su vista desaparecen: D. Abundio se guarece detras de D. Estéban.*]

Felipe. Nadie se arrime,
ó le devano los sesos.

Abund. Mísero de mí!

Balt. ¡Favor
á la justicia!

ESCENA VI.

CÁRMEN. D. BALTASAR. D. ESTÉBAN. DON ABUNDIO. D. FELIPE. D. BERNARDO.

Bern. Qué es esto?

Balt. Qué ha de ser? Las consecuencias
de tus inicuos consejos.
Rebelárseme una hija,
aspirar á ser mi yerno
ese jóven temerario,
y al querer llevarle preso
hacer armas contra mí.

Bern. ¿Y qué hace usted ahí tan serio,
don Estéban?

Estéban. Qué pregunta!
Pues, qué! ¿no lo está usted viendo?
Tocar la guitarra.

Bern. Calla!
Y detras el fiel de fechos.....

Abund. Soy filarmónico.

Bern. Ya.
Pues yo creí que por miedo.....

Abund. No, señor; es precaucion.
Á fuer de sabio soy cuerdo.
Bern. Basta de escándalo, hermano.
Los chicos por lo que veo
se quieren. Cásalos tú
ántes que se casen ellos.
Balt. Primero me vea yo
con una argolla en Marruecos.

Estéban. [*Cantando por el aire del fandango.*]

«Yo soy aquel que subí
hasta el último elemento.....»
Qué demonio de guitarra!
Si esto parece un cencerro!

[*La deja sobre una silla.*]

Bern. ¡Miren por dónde se apea
el señorito!
Balt. Celebro
la ocurrencia, amigo mio.
¡Cuando yo me desespero
se pone usted á cantar!
Estéban. Toma! Soy yo algun borrego?
No le han de dejar á uno.....
Cada uno tiene su genio.—
Conque uno ha de ir á matarse
porque usted..... No es mal empeño!
Bern. Tiene usted mucha razon.
Balt. ¡Por vida... ¿Es cosa de juego.....
Bern. Vamos, ten calma, y escucha.
La boda que te has propuesto
no se verificará
de ninguna suerte. Hay medios
legítimos de evitarla.
Yo ya he tomado al efecto
mis medidas.
Balt. Yo sabré
desvanecer tus intentos;
y si me apuras un poco
puede ser que....
Bern. Ya te entiendo.
Me meterás en la cárcel;
no es verdad?—Vamos, yo espero
que todo se compondrá
felizmente. En prueba de ello,
guarde usted esa pistola,
señor don Felipe.
Felipe. Pero.....
Bern. No hay pero que valga.
Cármen. Yo
te lo suplico.
Felipe. Obedezco.
Estéban. Esta es mano de cigarro.

[*Saca una gran bolsa de vejiga, y de ella tabaco que pica con una descomunal navaja, hace un cigarro disforme, echa yescas, á pesar de haber luz, lo enciende y fuma.*]

Abund. [*Volviendo al medio de la escena.*]

Ya la guardó. Respiremos.
Bern. Ahora los dos pedidle
perdon con mucho respeto.
Balt. No perdono.

Cármen. [*De rodillas, y lo mismo D. Felipe.*]

Padre mio!
Felipe. ¡Señor.....
Balt. Apartad! No cedo.
Soy inflexible.
Cármen. Mi llanto.....
Balt. Aunque todo el universo
se empeñara.....
Bern. ¡Qué dureza,
Baltasar!
Felipe. Ay! á lo ménos
no la vea yo enlazada.....
Balt. Con doscientos y el portero
déjenme ustedes en paz,

[*Los hace levantarse.*]

que ni me ablandan lamentos,
ni me aturden amenazas.

[*Coge de la mano á D. Estéban, que le sigue como forzado.*]

Venga usted, noble mancebo.

[*Á Cármen.*]

Dale tu mano al instante,
sin réplica..... ¿Está usted lelo,
don Estéban?
Estéban. Es que yo.....
Sabe usted lo que yo pienso?
Que es mejor que se la dé
á don Felipe.
Balt. Eh, dejemos
bromas á un lado.
Estéban. Qué bromas?
Lo digo como lo siento.
Porque, mire usted, mi madre
no quiere que nos casemos,
y por no oirla gruñir.....
Balt. Estoy soñando, ó despierto?
Pero ¿usted.....
Estéban. Mire usted, yo
soy caviloso, y sospecho
que..... Vamos; si me casara
con ella..... Porque lo cierto
y lo seguro es que Cármen
tiene ya su quebradero
de cabeza. No es así?
Y...., como dice el proverbio,
quien bien ama, tarde olvida.
No haga el demonio que luégo.....
Lo que es la chica es muy guapa,
eso es otra cosa; pero.....
qué quiere usted que le diga?
No es tanto, tanto mi afecto,
que apechugue..... Mire usted;
yo por otra parte...., hablemos
en plata, hacía una boda
muy desigual. Mis inmensos
caudales..... Bien es verdad
que si me hallaba dispuesto

á casarme, yo soy franco,
era con el solo objeto
de no entrar en quintas, pues;
porque yo no tengo apego
á la milicia, y me bastan
los timbres de mis abuelos,
sin exponer mi pelleja
por adquirir otros nuevos.
En fin, cada uno se entiende.—
Buenas noches, caballeros.

ESCENA VII.

CÁRMEN. D. BERNARDO. D. BALTASAR. DON ABUNDIO. D. FELIPE.

Balt. (No sé dónde estoy. Me ahoga
la cólera, y no me atrevo
de vergüenza á alzar la vista.)
Bern. Chico, ningun sentimiento
debe darte su inconstancia.
Ántes parece que el cielo
lo ha dispuesto por tu bien
y el de Cármen.
Balt. Le prometo
que me las ha de pagar.
Bern. Al contrario, yo en tu puesto
iria á darle las gracias.
Abund. Si en tan crítico momento
me es lícito hablar, insigne
don Baltasar....
Balt. Bien, con ménos
preámbulos diga usted
qué quiere; y nada de textos
ni....
Abund. Con lenguaje pedestre
digo pues que soy maestro
de primera educacion
en este lugar ameno,
y secretario además
del ilustre ayuntamiento.
Ambos empleos bien dejan
á mi bolsa de provecho
trescientos ducados. *Ítem:*
en breve obtener espero
la plaza de sacristan,
que rinde por un quinquenio,
sin la cera y otros gajes
legítimos, otros ciento.
Son cuatrocientos ducados.
Á esta cantidad agrego.....
Balt. Eh! basta....
Bern. No le interrumpas,
que me divierte en extremo.
Abund. Lo que deben producirme
ocho ó diez resmas de versos
que puedo hacer en el año
para dias, casamientos,
bautizos, pascuas, *et cætera*,
y el *Desiderio* y *Electo*,
ó sea *Luz de la fe*
y de la ley, que muy presto
daré á la prensa en octavas
reales.
Balt. Qué lengua de hierro!
Al caso.
Abund. Puedo aspirar
con tantos emolumentos
á vivir holgadamente,
aunque se me agregue el peso
de nuevas obligaciones.
Balt. Oh! ¿y á qué santo....
Abund. El zopenco
de don Estéban renuncia
al dulcísimo himeneo
de la incomparable Cármen.
Usted, por lo que comprendo,
no desea emparentar
con don Felipe.—Tercero
en discordia, aquí estoy yo,
que á sus piés rendido ofrezco
mi....
Balt. Quite usted de delante.
Habrá mueble! Pues es cierto
que la boda....
Abund. Calabazas?
Bien; no riñamos por eso.
Yo me casaré con otra,
ó me quedaré soltero.
Bern. Bravo! Eso es lo que se llama
grandeza de alma.
Abund. Oh! yo venzo
fácilmente mis pasiones....
cuando no hay otro remedio.—
Mas daré la última prueba
del cariño que profeso
á esta amable señorita.
Creo que el mejor obsequio
que le puedo hacer ahora
es el quitarme de en medio;
y por tanto, tengo á bien
tomar las de Villadiego.

ESCENA VIII.

CÁRMEN. D. BERNARDO. D. BALTASAR. D. FELIPE.

Felipe. Qué original es el hombre!
Balt. Á no ser por mi despecho,
mucho hubiera celebrado
su petulancia.
Bern. Supuesto
que quedó por don Felipe
el campo, ya es hora....

ESCENA IX.

CÁRMEN. D. BERNARDO. D. BALTASAR. D. FELIPE. DOÑA MATEA.

Matea. [*Á la puerta, y entra luégo.*] ¿Puedo
entrar?
Balt. Segun. ¿Viene usted

de paz, ó de guerra?

Matea. Vengo
decidida á que seamos
amigos, y lo seremos
si usted quiere.

Balt. En hora buena.

Bern. (Otra tempestad me temo.)

Matea. Sé que Estéban no está aquí,
y esta ocasion aprovecho
para ver de dar un corte
al asunto, porque aprecio
mucho la paz.

Balt. Ya es inútil....

Matea. He tomado por empeño
que no se case mi Estéban
con su hija de usted.

Balt. Lo creo;
pero ya....

Matea. Suplico á usted
no me interrumpa, que luégo
concluyo. Estos matrimonios
desiguales son funestos
por lo regular. Mi Estéban
está enamorado ciego
de la chica....

Balt. Usted sin duda
no sabe....

Matea. Pero sus genios
están en contradiccion.
Él es de un temperamento
vivo, impaciente, fogoso;
y su hija de usted, hablemos
claro, apática, fria....

Felipe. Qué dice usted?....

Matea. Los primeros
quince dias será todo
delicias y regodeos;
pero luégo es natural
que entren los remordimientos.
Porque Estéban sentirá
verse con nudo perpetuo
enlazado á una familia
tan inferior....

Balt. Cómo es eso?
Mi familia....

Matea. La muchacha,
á quien no mueve otro objeto
que el interes....

Cármen. Oiga usted!
Ni yo he menester, ni quiero
nada de nadie.

Balt. Señora,
acabe usted de molernos.

Matea. En una palabra; exijo
de usted, por no andar en pleitos,
que se oponga como yo
á ese injusto casamiento.

Balt. Si usted me dejase hablar....

Matea. Y si acaso hay de por medio
compromisos de otra especie....
Porque el muchacho es travieso,
y el demonio que anda listo....

Balt. Ya me falta el sufrimiento.

Felipe. Si usted se atreve á poner
en boca....

Matea. Yo haré un esfuerzo,
y veré de asegurarla
una pension de trescientos
ducados, si ella se quiere
retirar á un monasterio.

Balt. Tome usted pronto la puerta,
porque si llevar me dejo
de mi furia....

Matea. ¿Puedo hacer
más que dotar....

Balt. Los infiernos
no han vomitado una bruja
tan bruja.

Matea. Pobre y soberbio!
Despues que una....

Balt. Calle usted;
ó sin mirar á su sexo
ni á sus años, hum! si vuelve
á alzar el grito, la estrello.
Energúmena!

Matea. Qué insulto!
Yo energúmena?

Bern. Acabemos.
Mi sobrina no se casa
con su hijo de usted....

Matea. Me alegro.

Bern. Ni emparentar deseamos
con semejante camueso.

Matea. Camueso! ¡Un hombre como él,
de tan insigne abolengo,
de....

Bern. Conque si usted no quiere
que la falten al respeto,
calle, y váyase con Dios.

Matea. Sí, me voy, que me desdeño
de alternar con hidalguillos
pelones y chapuceros.

ESCENA ÚLTIMA.

CÁRMEN. D. BERNARDO. D. BALTASAR.
D. FELIPE.

Balt. Oiga usted!....

Bern. Déjala. Es loca.

Cármen. Gracias á Dios que me veo
libre de ella.

Felipe. [*Á Cármen aparte.*]
¡Buena suegra
te esperaba!

Bern. Ea, saquemos
de penas á estos muchachos,
y á un lado resentimientos.

Balt. Supuesto que tú te empeñas,
y que ellos se quieren, bueno;
que se casen.—Pero tú
sabes cómo están los tiempos.
La cosecha ha sido mala.....

Bern. Bien; y qué? Eso importa un bledo.

Balt. Las heladas...., la langosta....,
las alcabalas...., el diezmo.....
Felipe. No es el mezquino interes
el que me mueve.....
Balt. Los censos
me abruman.....
Bern. Ya me hago el cargo.....
Balt. Es un horror lo que debo.....
Bern. Cármen se contentará
con unos treinta mil pesos
de dote. No es verdad, niña?
Balt. Treinta mil? Qué estás diciendo?
Ni mil, ni ciento, ni diez.....
Bern. Si soy yo el que los ofrezco!
Balt. Acabaras. Pues entónces
que se casen, y *laus Deo*.
Cármen. Padre mio!
Balt. Ea, venid;
os estrecharé en mi seno.
Felipe. Oh ventura!
Bern. Y yo en el mio.
Cármen. Ah! ¿Cómo pagar podremos.....
Bern. Despues que he gastado tanto
en vicios y devaneos,
razon es que alguna vez
empleé bien el dinero.
Sólo exijo de vosotros
un corto favor.
Cármen. ¿Qué puedo
negar á mi bienhechor?
Felipe. Para mí será un precepto
sagrado.....
Bern. Quisiera ser
vuestro padrino.
Cármen. ¡Qué exceso
de bondad! ¿Y por favor
nos lo pide usted?
Felipe. Yo acepto
con el mayor regocijo
tan alto honor, tanta.....
Bern. Pero.....
hay una dificultad.
Balt. Cuál?
Bern. Que mañana me ausento.
Balt. Por qué?
Cármen. Adónde?
Bern. Si dos dias
en el lugar permanezco,
voy á enfermar.
Balt. Pero apénas
has descansado.....
Felipe. Á lo ménos
hasta que se haga la boda.....
Bern. No os canseis. Ya lo he resuelto.
¿Quereis venir á Madrid
conmigo?
Felipe. Yo, desde luégo.
Bern. Y tú?
Cármen. Si mi padre quiere.....
Balt. No solamente lo apruebo,
sino que iré á acompañarte.
Bern. Pues no se pierda un momento.
Mañana dije? Esta noche
partiremos con el fresco.
Balt. Pero, hombre, ¡es posible.....
Bern. Estoy
de aldea hasta los cabellos.
Balt. ¿No dijiste esta mañana
que, harto ya de los enredos
y el bullicio de la corte,
venías con el intento
de fijarte para siempre
en el lugar?
Bern. No lo niego;
pero yo habia formado
otra opinion de los pueblos.
Pensé que todo era paz,
candor y virtud en ellos.
Ah! la experiencia es el libro
mejor; bien dice el proverbio.
Aquí la sórdida envidia
tiene fijado su imperio;
aquí á la voz de la sangre
se impone un atroz silencio;
aquí el noble es orgulloso,
y envilecido el plebeyo;
aquí hay discordias, intrigas,
calumnias, rencores, pleitos,
señoritos mal criados,
y hasta pedantones necios.
La urbanidad ni se sueña,
la ignorancia está en su centro,
se atropella á la justicia,
se apalea al forastero,
se llama alegre al borracho,
al desvergonzado ingenuo,
al asesino valiente.....
Que horror! *Á Madrid me vuelvo*,
que allí hay más comodidades
si los vicios no son ménos;
y entre gente racional
no viviré tan expuesto
á morir de un trabucazo,
ó á consumirme de tedio.

MARÍA ESTUARDA,

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS.

TRADUCCION DE LA QUE ESCRIBIÓ EN FRANCES MR. PIERRE LEBRUN.

Representada por la primera vez en el teatro del Príncipe el dia 7 de Noviembre de 1828 (*).

PERSONAS.

ISABEL, REINA DE INGLATERRA.
MARÍA ESTUARDA, REINA DE ESCOCIA.
ANA KENEDI.
ROBERTO DUDLEY, CONDE DE LEICÉSTER.
CECIL, BARON DE BURLEIGH.
MELVIL, LORD ESCOCES.
ÁMIAS PAULETO, GOBERNADOR DEL CASTILLO DE FOTHERINGAY.
JORGE MORTIMER.
SEIMUR.

CRIADOS DE MARÍA DE AMBOS SEXOS.—EL SHERIFF DEL CONDADO.—GUARDIAS, PAJES, ESCUDEROS.

La escena es en Inglaterra (1587) en el castillo de Fotheringay. El primer acto y el quinto en la habitacion de María; los restantes en un salon con vistas á los jardines de Fotheringay.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

ANA. PAULETO.

[*Dos criados atraviesan el teatro con una cajita y papeles.*]

Ana. Ah! por piedad, á mis humildes ruegos
no de bronce seais. Cuando arrancada
del fuerte de Talbot en esta torre
vino á esconder María su desgracia
¿de ménos dura esclavitud en vano
concebimos la plácida esperanza?
¿Vos de sus implacables enemigos
instrumento seréis? Aquí postrada

(*) Principió esta traduccion el señor *don Ventura de la Vega*, y no pudiendo comprometerse á concluirla con la premura que se le exigia, el autor, que ha sido siempre y es el más constante y sincero de sus amigos, la hubo de continuar desde la escena segunda.

su fiel nodriza por su Reina os pide.
Pauleto. Señora, alzad.....
Ana. Volvednos esas cartas,
esas cartas, señor, de sus desdichas,
de su luengo penar depositarias,
y esa real diadema que en su frente
brilló un tiempo de lises adornada,
y los hermosos dias le recuerda
en que fué de los galos Soberana.
Le negaréis tambien este consuelo?
Pauleto. Órdenes tengo; mi deber lo manda.
Ana. Bárbara humillacion! Horrendo crímen!
El tenebroso horror de esa muralla
impenetrable al sol ¿á quién podria
anunciar de una Reina la morada?
¡Á tanto mal la destinaba el cielo
cuando en los dias de su tierna infancia
la corona ciñó, con régia pompa
en la corte de Médicis criada,
y esperanza y honor de tres naciones
Reina fué de Inglaterra, Escocia y Francia!
Pauleto. De Inglaterra?....
Ana. Qué digo? He aquí su crímen
y la ocasion fatal de sus desgracias.
Nunca heredara tan funesto nombre!
Sus derechos al trono de Bretaña
son sólo su delito.
Pauleto. ¿Y qué derechos
para aspirar al cetro la acompañan?
La corona real de Enrique Octavo
¿pudo ceñir jamás sin usurparla?
Del trono paternal ¿pudo sin crímen
feroz ardiendo la discordia insana
lanzar á la legítima heredera
y del estado renovar las llagas?
¿Cuál de Bretaña, oh Dios! fuera la suerte
si reinase María? La inhumana
para afianzar su criminal victoria
al poder del frances nos entregara.
¿Por qué, decid, los pactos de Edimburgo
despreciar delirante? ¿Por qué causa
no abandonar quiméricos derechos
y sus grillos romper? Sin duda aguarda
conquistar la Inglaterra armando al orbe
desde el oscuro centro de este alcázar.
Ana. ¿Qué decis! Sin socorros, sin amigos,
dentro de estas paredes solitarias,
¿cómo tal intentar, ni qué temores
infundir á Isabel?
Pauleto. Qué! su arrogancia,
su fiera obstinacion ¿acaso ignora?
Desde el horror de su cerrada estancia
¿no supo armar del regicida acero
de Babíngton la diestra temeraria?
Norfolk, en fin, Norfolk, ese valiente
que la Inglaterra entera idolatraba,
por conquistar la mano de María
¿no rindió á los verdugos su garganta?
Y su muerte bastó? De cien ingleses
la noble sangre los cadalsos baña,
que de morir por ella conspirando
se disputan fanáticos la palma.
Ah! maldicion al execrable dia

en que, á turbar con sus funestas gracias
la paz de tantos pueblos, hollar pudo
el suelo inglés la fugitiva Estuarda!

Ana. Desgraciada

ESCENA II.

MARÍA. ANA. PAULETO.

Ana. Señora, á nuevos males
el alma prevenid. Sin que alcanzaran
mis lágrimas piedad, vuestros escritos
en este mismo instante os arrebatan,
y la real diadema, único resto
del antiguo esplendor de Soberana.
Todo lo habeis perdido!

María. Enjuga el llanto.
Á esos vanos adornos puede el alma
sin pena renunciar. Ni ellos me dieron
el título de Reina, herencia santa
que sólo el cielo nos concede. El hombre
nos oprime tal vez; no nos degrada.—
Tan triste obligacion repugna acaso
á vuestra sangre y venerables canas;
lo sé, y os compadezco. Mas, Pauleto,
entre esas cartas que arrancarme os mandan,
no sé si vuestra Reina ó sus ministros,
un escrito hallaréis que yo intentaba
á Isabel dirigir. De vos espero
que le será entregado sin tardanza.

Pauleto. Cumpliré mi deber.

María. Con insolencia
sus vasallos me juzgan. De tamaña
humillacion herida, solicito
que me oiga vuestra Reina. ¡Á sus miradas
voy á ofrecerme por la vez primera!
Á pesar del rencor con que me agravia,
pues es mi igual en título y en sexo,
verá en mí una mujer, verá una hermana,
verá en fin una Reina.

Pauleto. Adios, Señora.

María. Partis, Pauleto? Oh cielo! ¡Y en la amarga
incertidumbre me dejais de nuevo!
No sabré yo la suerte que me aguarda?
De esta prision en el recinto oscuro,
triste de mí! del mundo separada,
en mis oidos el humano acento
se niega á resonar. En este alcázar
un tribunal terrible se congrega
para escucharme y sentenciar mi causa.
Su aspecto me aterró. Mal de mi grado
á su presencia parecer me mandan
sola, sin defensor, á mi inocencia,
á mi sola inocencia abandonada.
Pasóse un largo mes, y en torno mio
aterrador silencio todos guardan.
Cuál es mi suerte en fin?.... Hablad.

Pauleto. Señora,
en Dios pensad.

María. Me anima la esperanza
de que ve mi inocencia, y el sendero
sabrá mostrar á la justicia humana.

Pauleto. Á todos guarda el premio merecido.
María. Nada sabeis del Parlamento?
Pauleto. Nada.
María. Mi suerte se fijó?
Pauleto. No sé.
María. Los Pares
¿osarán condenarme?
Pauleto. No sé.
María. Basta.
Nada, Pauleto, sorprenderme debe.
Conozco á vuestra Reina.

ESCENA III.

MARÍA. ANA. PAULETO. MORTIMER.

Mortimer. En la cercana
habitacion, señor, para dictaros
preceptos de la Reina un lord os llama.
Pauleto. Mortimer, ya te sigo.

[*Mortimer se retira sin dar á entender que ha reparado en María.*]

María. Mi presencia
algun respeto á Mortimer demanda.
Recordadle un deber que desconoce.
Bien que me oprima esclavitud tirana,
áun soy Reina, Pauleto. Á vigilarme
¿tambien su ardiente celo se consagra?
Pauleto. No lo temais, Señora: es caballero,
es deudo mio, es hijo de mi hermana.
Hoy de nuevo, la Francia abandonando,
en el nativo hogar su huella estampa.
Bien puedo descansar en su nobleza
si encomendarle quiero vuestra guarda;
que para seducirle vano el llanto,
vano fuera el poder de vuestras gracias.
Ana. Cruel!

ESCENA IV.

MARÍA. ANA.

María. Harto en los dias de mi gloria
me halagó la lisonja cortesana:
hoy es justo tal vez que en la miseria
me resigne á escuchar tales palabras.
Ana. Ah, Señora!
María. Ocultártelo no debo.
Entre esas letras que el furor me arranca,
no sé, infeliz! si el nombre de Leicéster
estampó alguna vez mi mano incauta.
Sabrá Isabel nuestra amistad secreta.
Ana. Yo tiemblo!
María. Acaso mi sospecha vana
es hija del terror; mas, ay! no puedo
esta duda fatal lanzar del alma.
Ana. Se acerca Mortimer y nos escucha.

ESCENA V.

MARÍA. ANA. MORTIMER.

Mortimer. [*Á Ana.*]
Retiráos, señora.
María. Quién lo manda?
No te apartes de mí.
Mortimer. Leed, Señora,
y me conoceréis.

[*Presenta á María una carta. Ella la mira con sorpresa.*]

María. Oh Dios!
Mortimer. [*Á Ana.*] Dejadla
breves instantes sola.
María. Vete, y cuida
que nadie nos sorprenda:

ESCENA VI.

MARÍA. MORTIMER.

María. Ah! ¿no me engañan
mis ojos? será sueño? en vuestra mano
del mejor de mis deudos una carta?
Del cardenal de Guisa! Qué me anuncia?
Hablad! hablad! Á mi prision amarga
un ángel os conduce.
Mortimer. Perdonadme
si el celo que á serviros me consagra
de aborrecible máscara me cubre.
Mal besara sin ella vuestras plantas.
María. Levanta, Mortimer. Oh regocijo!
Oh bien que no cabia en mi esperanza!
Mas ¿cómo el justo cielo.....
Mortimer. El cuarto lustro
áun no cumplido bien, á Roma, á Francia,
la juvenil curiosidad me impele,
y léjos vuelo de mi dulce patria.
Llego al Louvre: conozco al gran prelado
defensor de la iglesia sacrosanta,
de vuestra madre augusta hermano y guia,
y del estado indómita muralla.
Cual amoroso padre me recibe.
De entre sus labios la verdad sagrada
á mi ofuscado corazon desciende,
y los dogmas heréticos arranca.
¡Tan grande era el poder de la elocuencia
que el Dios por quien combate le inspiraba!
María. Oh quién te viera, venerable Guisa!
Mortimer. Absorto un dia de su regio alcázar
contemplando la pompa, en un retrato
se detiene mi vista embelesada. —
«No sin razon tu pecho se conmueve,
díjome el cardenal. Víctima infausta
de la ambicion soberbia, esa infelice
cuya imágen te admira y arrebata
por no abjurar la fe de sus mayores
dura cadena en Albïon arrastra.»
Entónces vuestras penas me refiere;

vuestras virtudes; que la estirpe clara
en vos alienta de Tudor; que impía
os ha usurpado la diadema sacra
la que en tálamo adúltero naciera,
y áun su crueldad horrenda no se sacia.
Mas ¡cuál fué mi contento cuando supe
que el austero Pauleto aquí os guardaba,
aquí donde pacíficas crecieron
las rápidas auroras de mi infancia!
Paréceme que Dios mi brazo elige
para romper los grillos que os ultrajan.
Mi alto designio al cardenal revelo;
lo aprueba, ufano parto, me acompaña
su bendicion por los hinchados mares,
y al fin saludo de Albïon la playa.
Yo os vi, Señora, en el dorado lienzo
bosquejo débil de hermosura tanta,
y gemía por vos. Ahora que os hablo,
no ya callada sombra, ahora que blanda
resuena vuestra voz en mis oidos,
qué no haré yo por vos, divina Estuarda?
No sin causa la bárbara Isabela
en estos muros cautelosa os guarda.
Si en la negra mansion abominable
donde os sepulta la traicion nefanda
todos á su legítima Señora
como yo venturoso contemplaran,
á combatir, á perecer por ella
¡cuál te alzarias, juventud britana!

María. Lo crees tú, Mortimer?

Mortimer. ¿Qué caballero
ciñera en vano fulminante espada,
testigo del valor incomparable
con que arrostrais, María, la desgracia?
Respirad. Doce jóvenes valientes
de la primer nobleza en la Bretaña
restituiros á la iglesia, al trono
juraron ya sobre la Biblia Santa.
El español Filipo nos protege.
Nuestro es el galo embajador. Mañana
á su palacio todos.....

María. Ah! yo tiemblo.
Cuál os ciega quimérica esperanza!
Á Isabel no conoces? Desdichado!
Mil suplicios á todos amenazan.

Mortimer. Y vos ¿sabeis, Señora, á qué destino
ha jurado arrancaros nuestra audacia?

María. Qué! ¿se ha dictado ya la atroz sentencia?

Mortimer. La sentencia que os pierde y nos infama
pronto os anunciarán. Artificiosa
y acusando á las leyes de inhumanas,
áun Isabela vacilar parece.

María. Mortimer, lo he previsto. ¿Me preparan
lenta muerte en oscuro calabozo?

Mortimer. No. Gran Dios! el suplicio.....

María. ¡Y tal infamia,
y tanto crímen sufrirá la tierra!
¡Y sin tronar la omnipotente saña
verá caer en bárbaro suplicio
una frente tres veces coronada!

Mortimer. Oh si dudarlo me otòrgara el cielo!

María. No, Mortimer. Si el Parlamento falla,
ejecutar la ley toca á la Reina,

y de tamaño golpe la importancia
desconocer no puede. Á qué mi muerte?
Á sus designios el amago basta.
Proscripta mi cabeza, ya no duda
que á mis parciales el terror abata.
Isabel me aborrece, y bien quisiera
mi fin apresurar su oculta rabia;
pero es amante de la gloria, y nunca
con tal borron denigrará su fama.

Mortimer. Oh cielo!

María. Verá al ménos su peligro
si en mi sangre una vez fiera se baña.

Mortimer. ¿Y esperais.....

María. Qué! ¿feroz no volaria
todo el pueblo frances á mi venganza?

Mortimer. Si vil segur vuestra garganta siega,
¿podrá arrancaros de la tumba helada
el galo vengativo? Augusta mártir,
Lorena, Dios, mi honor, la misma Francia,
el deber me prescriben de salvaros.
Aceptad.....

María. No. Tu empresa temeraria
reprueba mi dolor. ¿Á qué sin fruto
aventurar la vida por mi causa
tan noble juventud? Burleigh acaso
ya un delator entre vosotros paga.
Huye, bizarro jóven, si áun es tiempo;
abandona esta isla depravada.
Á cuantos han osado defenderme
funesta ha sido mi tenaz desgracia.

Mortimer. No, que adquirieron inmortal renombre.
Dicha es morir por vos en la demanda.
Su suerte envidio.

María. Oh Dios! De mis contrarios
¿quién eludir podrá la vigilancia?

Mortimer. Yo.

María. Tan sólo un mortal salvarme puede.

Mortimer. Quién?

María. Leicéster.

Mortimer. ¿Qué escucho! ¿El que la trama
sólo tejió del infortunio vuestro?
Privado de Isabel.....

María. De entre sus garras
Leicéster sólo libertarme puede.
Si el noble celo que por mí te inflama
es constante y veraz, vuela en su busca:
sin temor tu designio le declara,
y porque de tu fe dudar no pueda
preséntale este anillo.

Mortimer. [*Lo toma.*] Mas no alcanza
la mente mia.....

María. En breve tus recelos
Leicéster calmará.

Mortimer. Leicéster.....

María. Calla.

[*Á Ana, que llega presurosa.*]

Quién se acerca?

Ana. Burleigh.

Mortimer. El cielo santo
os dé valor.

María. Me da la noble calma,
la dignidad que inspira la inocencia.

ESCENA VII.

MARÍA. PAULETO. BURLEIGH.

Burleigh. No sin dolor aquí guia mi planta
del tribunal decreto irrevocable.
¡Ministerio funesto para un alma
sensible á la piedad! Pero el estado
tal sacrificio de mi honor reclama.
Su sentencia.....

María. Callad. Sea cual fuere,
no la escucho. Ni puedo sin infamia
de tales jueces someterme al fallo.
Milord, soy extranjera y Soberana.
Al más oscuro ciudadano otorgan
vuestras leyes benéficas la gracia
de que sus jueces sus iguales sean;
mas yo no las invoco, no. En Bretaña
mis jueces ¿dónde están? do mis iguales?
Sólo pudieran serlo los Monarcas.

Burleigh. Perdonad. Ya es tardía vuestra queja.
Al tribunal que vuestra lengua infama
sumisa ya.....

María. Jamás! ¿Y qué justicia,
aunque fuese capaz de mengua tanta,
pudiera yo esperar del Parlamento?
Vil interes le rige y le avasalla.
El mismo Dios, sacrílego, somete
al humano poder. Ya su inconstancia
por cuatro veces bajo cuatro imperios
osó cambiar el culto de las aras.
Mas doy que la equidad sea su norma,
doy que á vos mueva sólo de la patria
el sagrado interes y los derechos
de la que Reina de Albïon se llama.
¿Osais, decidme, prometer justicia
á mí, nacida en religion extraña
y en extraño país? De entrambos reinos
¿ya olvidásteis la lucha hereditaria?
Ay! destinada me creyera un dia
de cuatro siglos á extinguir la saña
que del britano al escoces divide.
Cual Richemundo, un héroe de mi raza,
uniendo en su persona los derechos
de la purpúrea Rosa y de la blanca,
por siempre en este suelo que me oprime
la intestina discordia terminara;
yo esperaba tambien sobre mis sienes
reunir dos coronas adversarias,
y que entera esta isla bajo un cetro
feliz viviese en eternal alianza.

Burleigh. Dígalo quien os ve de la discordia
aquí agitar la tea sanguinaria,
proscribir nuestro culto, nuestra Reina.....

María. Oh impostura! Cesad. Vuestras palabras
á Dios, milord, y á la justicia insultan.

Burleigh. Y ¡qué! ¿podeis la delincuente trama
de Babíngton negar? ¿Niega María
que desde su prision las diestras arma
de fanáticos viles asesinos?
Vuestros criados mismos lo declaran.

María. Si á tal extremo mi desdicha llega

que sin fe y sin conciencia me difaman,
por qué no comparecen á mis ojos?
¿Por qué un derecho que al delito alcanza
negais á la inocencia? El Parlamento
dictó no ha mucho un *bill*, si no me engaña
vuestro lord canciller, do se consiente
que el acusado al delator combata.
Bien que enemigo mio, sir Pauleto,
incapaz os confieso de falacia.
Hablad: ¿rige esta ley entre vosotros?

Pauleto. No lo niego.

María. Lo oís? Si de Bretaña
es fuerza que á las leyes me someta,
por qué no respetais las que me amparan?

Burleigh. La prueba de otros crímenes.....

María. ¿Es eso
responderme, Burleigh?

Burleigh. Por vos la España,
por vos todos los Reyes de la Europa
sangrientas lides al inglés preparan.

María. Bien pudiera excitarlos á la guerra
con más derecho que Isabel tirana
para prenderme tuvo. Por ventura
¿vino á invadir María estas comarcas?
Á sus brazos me acojo suplicante,
vengo á implorar auxilio de una hermana;
y cadenas me forja. Á quien aleve
de la hospitalidad la ley quebranta
¿me liga algun deber? Si concibiera
de quebrantar mis hierros la esperanza,
si armase en mi favor á todo el orbe,
cuál es el recto juez que me culpara?
¿Cuándo, decidme, con mayor derecho
se invocó la fiereza de las armas?

Burleigh. No es sin ejemplo ya que el ménos fuerte
de un derecho fatal víctima caiga.

María. Débil soy, es verdad, contra Isabela.
Triunfe pues su poder. ¿Por qué retarda
mi suplicio signar si lo ha jurado?
Mas no atestigüe la justicia santa
cuando sólo en su pecho fementido
la torpe voz de las pasiones habla.
El hipócrita velo al fin descorra
á su ambicion, á su crueldad innata.
Confiese que á María su Senado
puede dar muerte aleve....; no juzgarla.

ESCENA VIII.

BURLEIGH. PAULETO.

Burleigh. Pauleto, qué altivez!.... Ella no ignora
que en signar la sentencia deseada
Isabel indecisa titubea;
y áun triunfar imagina la insensata.
¡Qué sañosa mirada amenazante
me ha lanzado al partir! Mas su arrogancia
no intimida á Burleigh. Noble Pauleto,
perezca una extranjera temeraria.

Pauleto. El brazo de la ley pese sobre ella.
Mas mi labio, Burleigh, jamás disfraza

la severa verdad. Bien que culpable,
en duras quejas su dolor exhala
no acaso sin razon. Esos testigos....

Burleigh. No los verá. Entre el llanto y las plegárias,
el ascendiente de su régia cuna,
Pauleto, á desmentirse los forzara.

Pauleto. Mas ¿qué dirá, Burleigh, de tantos árgos
enemigos de Albion la lengua osada?

Burleigh. ¡Oh si ántes de pisar nuestras arenas
hubiera dado término la parca
á su vida fatal!

Pauleto. Pluguiera al cielo!

Burleigh. Naturaleza al ménos excusara
su muerte á nuestras leyes.

Pauleto. Y á Inglaterra
los males, oh Burleigh, que le amenazan.

Burleigh. Mas ¿qué digo, Pauleto? Áun fenecida
en lecho amigo, en extranjera playa,
verdugos nos llamara la calumnia.

Pauleto. No temo yo murmuraciones vanas
si reposa incorrupta mi conciencia.

Burleigh. Y... si una mano sigilosa y cauta
diera á su vida fin, ¿qué testimonio
del vulgo las sospechas confirmara?

Pauleto. Milord, si es justo el golpe ¿á qué en tinieblas
fulminarlo una diestra mercenaria?

Burleigh. Si la justicia ó la crueldad castiga
no examina jamás plebe insensata.
Mal tolera el rigor. Al débil siempre
acriminar al poderoso agrada.
Tal vez cuando castiga un soberano,
bien que murmure, sometido calla.
Como sexo más dulce y compasivo,
le indigna, áun justa, en la mujer la saña,
y poco aterra femenil coyunda.
Yo temo que Isabel si el vulgo clama....

Pauleto. El perdon.... á María....

Burleigh. No. Ya es tarde.
Ó en la sangre se tiñe de su hermana,
ó sucumbe Isabel. He aquí el tormento
que su angustiado corazon desgarra
y tenaz le persigue noche y dia.
En vano mudo el labio lo recata;
que yo en su rostro perspicaz lo leo.
Elocuentes me dicen sus miradas:
¿Por qué un súbdito fiel al pecho mio
la cruda alternativa audaz no arranca
de abandonar mi sangre á los verdugos
ó mi pueblo infeliz á guerra infanda?

Pauleto. Y ¿quién será, decid....

Burleigh. Áun de Isabela
brazos valientes el poder acatan.
Si.... sagaces....

Pauleto. (Oh cielos!)

Burleigh. El lenguaje
de un tácito precepto interpretaran....

Pauleto. (Qué oigo!)

Burleigh. Si cuando el crímen horroroso
en sus manos entrega la venganza
no le guardasen cual sagrada joya....

Pauleto. El nombre de Isabel, su augusta fama
es joya inapreciable do Pauleto
jamás imprimirá tan torpe mancha.

Burleigh. La Reina al confiaros su custodia
creyó....

Pauleto. Creyó sin duda que á mis canas
en la equidad y en el honor crecidas
dignamente otra Reina confiaba.
Léjos de mí pensar que me repute
capaz de una bajeza tan villana.

Burleigh. Sola una ley, Pauleto, honor impone,
el verdadero honor, á quien lo abraza;
ser al estado fiel más que á sí mismo.
Tal vez con la apariencia de la infamia
se cubre alta virtud.—Si vuestra mano
el saludable golpe no descarga,
permitid que otra sea....

Pauleto. Milord! nunca
hollará un asesino mi morada.
Miéntras Pauleto á la Escocesa guarde
libre respira de alevosa daga.
La ley pronuncie. Si en cadalso horrendo
debe dar al cuchillo la garganta,
lean mis ojos la fatal sentencia,
y se abrirán las puertas de este alcázar.
En tanto, como noble caballero
la senda sigo que el deber me traza,
y al par que de ella mi lealtad responde
de vos respondo á la infeliz Estuarda.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

LEICÉSTER. PAULETO. SEIMUR. VARIOS SEÑORES DEL SÉQUITO DE ISABEL EN EL FORO.

Leicéster. [*Á Pauleto.*]
Sí, la Reina se acerca, que la caza
hasta Fotheringay lleva sus pasos.
Aquí un momento reposar desea.
Ordenad su hospedaje y, fiel vasallo,
á su encuentro salid.

ESCENA II.

LEICÉSTER. SEIMUR.

Leicéster. Seimur, yo triunfo.
Hoy de la Reina conseguir aguardo
que á su cautiva infortunada vea.
Su guardia se prevenga, y vos en tanto,
decidido, sagaz, en estos muros
á mi primer aviso preparáos.

Seimur. Todo os lo debo; honor, vida, riquezas.
Con mi celo contad.

Leicéster. En él descanso.

ESCENA III.

LEICÉSTER. MORTIMER.

Mortimer. Solo está.
Leicéster. Tal vez hoy, bella María,
el término verás de tu quebranto.
Mortimer. Milord.....
Leicéster. Qué me quereis?.... Mas vuestro rostro.....
Oh Mortimer!
Mortimer. La ausencia de cinco años.....
Leicéster. En Inglaterra vos!
Mortimer. Son pocos dias
que vi de nuevo los nativos campos.
Leicéster. Mas vuestra turbacion..... ¿De dónde nace
ese inquieto mirar?
Mortimer. [*Se acerca á la puerta principal, observa, y vuelve al proscenio.*]
Solos estamos.
Leicéster. Por qué tanto secreto?
Mortimer. Nos conviene.
Leicéster. Qué me quereis decir?
Mortimer. Este palacio
mansion es de una Reina prisionera;
de la mísera Estuarda.
Leicéster. Mas.....
Mortimer. ¿Hablaros
puedo con libertad?
Leicéster. ¿Y en vos, decidme,
puede fiar Leicéster?
Mortimer. Prenda os traigo
de mi fe. Vedla aquí. [*Muestra el anillo.*]
Leicéster. María!—Oh cielos!
Bajad la voz. Pudieran observarnos.
Mortimer. Ella me envía á vos. Entre nosotros
quiere que de su suerte decidamos.
Puedo verla, milord; puedo instruirla
de los designios vuestros. Mas no alcanzo
cómo Leicéster que su muerte ansiaba,
aquel Leicéster de Isabel privado,
juez de María y opresor sangriento,
es en quien busca la infeliz amparo.
Leicéster. Mortimer..... Mas decidme, á su partido
¿cuál oculto interes pudo ligaros?
Mortimer. Cuál interes? El que á la Francia mueve
por la que fué su Reina; el de su hermano,
el de los nobles príncipes Lorenas
que su salud confian á mi brazo;
el de la fe católica ultrajada
miéntras empuñe el cetro soberano
una herética Reina, fe ardorosa,
orígen, norte á mis designios arduos.
Cuál interes? El de mi cara patria
de usurpadora infiel sujeta al mando;
el de tantos amigos generosos
que por María combatir juraron,
sin otro premio que morir por ella,
ó de su libertad ceñir el lauro.
¿Quién sin gemir la ve, quién sin amarla
á no tener el corazon de mármol?

He aquí el interes que desde el Sena
tornó mi planta á los hogares patrios.

Leicéster. Dadme esa diestra, amigo. No ignoraba
que la fe del Pontífice romano
abrazasteis en Francia. Perdonadme
si en descubrirme á vos he vacilado.
¿De quién no desconfia el que en la corte
cercado vive de enemigos tantos?
Mas ya no dudo en vos del pecho mio
depositar los íntimos arcanos. —
Mortimer, no os sorprenda mi conducta.
Bien que me llame el vulgo su contrario,
jamás lo fuí de la infeliz Estuarda.
¿Y cómo si algun dia en dulce lazo
consagrarla esperaba mi existencia?
Sí, amigo, yo la amé, y aunque lejano
de su beldad á la britana corte
las leyes del destino me llevaron,
mi corazon fué suyo largo tiempo.
Mas de perpetua fe, ¿qué pecho humano
pudiera responder? Los atractivos,
la gloria de Isabel, su regio fausto,
sus favores en fin, nueva esperanza,
nuevo ardor á Leicéster inspiraron.
¡Feliz vos que ignorais las seducciones
que encierran en su centro los palacios,
y el imperio inaudito que en el suyo
ejercen de Isabela los encantos!
Orgullosa á mis ojos parecia
en todo su esplendor. Cien cortesanos
en muda servidumbre respetuosa,
los Reyes su alïanza mendigando,
tanto amante á sus piés de régia cuna,
y todos por mí sólo desdeñados.....
Arbitro yo de su brillante corte,
caudillo de sus tropas soberano,
jóven y, lo confieso, no insensible
tal vez de la ambicion á los halagos,
cómo triunfar en tan difícil lucha?
Cedo. Léjos de mí, me ofrece en vano
María una diadema; que al delirio
de más sublime union sacrificando
su juventud, sus gracias, su grandeza,
mi mente elevo hasta el dosel britano.

Mortimer. Lo sé, y á tal designio no pensaba
que hubiera ya Leicéster renunciado,
pues tanto amiga suerte le sonrie.

Leicéster. Ay Mortimer! Dos lustros necio esclavo
de esperanza falaz, ¡cuánto he sufrido
hasta que el rostro vi del desengaño!
Me creian dichoso! me envidiaban!
¡Y cuál ha sido mi vivir amargo
desde que al cebo de ambicion dañosa
por mi mal me arrojé! Mísero blanco
á la envidia mordaz de mis rivales,
afrentoso juguete, vil escarnio
de una mujer despótica y altiva,
que hoy me acaricia con risueño labio
y mañana inconstante me desprecia,
oprimido sin tregua, atormentado
no ménos por su amor que por su saña.....
¡Y cuando el fruto recoger aguardo
de mi eterno sufrir, cuando imagino

el despecho colmar de mis contrarios,
el trono inglés á un Médicis promete
y huye mi dicha como el humo vano!

Mortimer. Os comprendo, milord. Cuando Isabela
abate vuestro orgullo temerario,
cual marinero asido á frágil tabla
el puerto anhela en mísero naufragio,
unis vuestro destino al de María.
Perdeis uno, otro cetro á vuestra mano
es forzoso, Leicéster. Ya concibo
cuál amor es el vuestro.

Leicéster. Si quebranto
los hierros de María, sus derechos
puedo hacer respetar al anglicano.
Aunque Isabel me ultraje y me desdeñe,
más que imaginan mi poder es alto;
y sea en fin cual fuere mi esperanza,
á María de nuevo me consagro.
Yo, que pude en los dias de su gloria
sería infiel sin baldon, hoy la idolatro.
Hoy desde el céntro de oprobiosa cárcel
á mis ojos, un tiempo fascinados,
amable cual jamás parece Estuarda.
De dulce compasion el eco blando
acrece su beldad. Correr sus dias
dolido veo en angustioso llanto,
y su infortunio la ceniza inflama
de aquel antiguo ardor mal apagado.
Siento al fin cuál tesoro inapreciable
perdia en ella. Mido con espanto
el hondo abismo ante su planta abierto,
y á salvarla celoso me preparo.
Mano fiel mi designio le revela
y la esperanza que en el alma guardo;
mi proteccion acepta, mi ternura,
y en ser mia consiente si la salvo.

Mortimer. Vuestra! ¿Y se atreve á encomendar la vida
al más fiero y tenaz de sus contrarios?
La amais! ¿Por qué del Parlamento infame
sufris, apresurais el negro fallo?
¡Desdichada, á Leicéster te abandonas,
y él te conduce al hórrido cadalso!

Leicéster. No me acuseis. Á su inhumana muerte
yo he debido asentir en el Senado;
que mal á Estuarda del funesto juicio
pudiera libertar solo mi labio,
y el poderoso influjo perderia
de que en secreto por su bien me valgo.
Temo á Burleigh, su saña, sus sospechas,
mas en el alma de la Reina labro.
¿Imaginais que de Isabel la planta
hoy á este alcázar lleva el ciego acaso?
Obra mia es su viaje. Cauteloso
dignos parciales del linaje Estuardo
en su brillante séquito confundo.
Murray, Seimur, Melvil, aquel anciano
noble escoces cuya virtud austera
por María combate sin descanso.
Bien que escoces y súbdito de Roma,
tal vez suele la Reina consultarlo;
que no teme traicion en quien su sangre
libró dos veces del puñal insano.

Mortimer. Mas ¿qué intentais?

Leicéster. Que vea á su cautiva;
y hoy mismo la verá, sí; que diez años,
bien que la mia dominar presuma,
á penetrar en su alma me enseñaron.
Quizá en bien de la hermana que aborrece
ella misma conspira mal su grado.
De ver á la que envidia áun en prisiones
mal se resiste al femenil conato.
Áun empero vacila; al par la veo
frágil, tierna mujer, y audaz tirano,
y acordar á mis votos aparenta
lo mismo que su pecho está anhelando.
Mortimer. Y qué bien su coloquio nos ofrece?
Leicéster. Que de María se enternezca al llanto,
ó al ménos sin deshonra ya no pueda
al cuchillo librar su cuello infausto.
Mortimer. Mas si fuere Isabel inexorable,
qué haréis?
Leicéster. Cuando no caiga en este lazo
á medio más seguro apelarémos.
Mortimer. Sólo hay uno, milord.
Leicéster. Cuál?
Mortimer. Hoy la salvo
si apoyais mi valor.
Leicéster. Ah! me horrorizo.
¿Quereis.....
Mortimer. Quiero que me abra sanguinario
ancha senda el acero hasta su cárcel.
Al generoso golpe preparados
mis amigos están.
Leicéster. ¿Teneis amigos
del arcano fatal depositarios?
Mortimer. Sí, ya lo dije, que morir por ella
ó libertarla juran.
Leicéster. Desdichados!
¡Á qué abismo un demente los conduce
y con ellos á mí!... Saben mi arcano?
Mortimer. No temais; el designio es todo mio;
y sabria sin vos ejecutarlo,
mas la Reina.....
Leicéster. Decid: vuestros parciales
¿oyeron pronunciar á vuestro labio
el nombre mio?
Mortimer. No. No! Qué temores!
¿Sois vos, sois vos el que la adora tanto?
¡Os vale un trono redimir su vida,
ya se eleva el patíbulo nefario,
y al ofreceros imprevisto apoyo
mostrais, no gozo, femenil espanto!
Leicéster. La precipitacion es peligrosa.
Mortimer. Y la indolencia más.
Leicéster. Un insensato
á inminente peligro sólo puede
vanamente correr.
Mortimer. Milord, su mano
vos codiciais; su libertad nosotros.
Leicéster. En vos ya es excesivo el entusiasmo.
Mortimer. Y la prudencia en vos.
Leicéster. Yo los peligros
cauto sé prevenir.
Mortimer. Yo sé arrostrarlos.
Leicéster. Así podeis perderos.
Mortimer. Ó salvarla.

Leicéster. Norfolk con igual celo temerario
¿la salvó por ventura?

Mortimer. Mostró al ménos
que digno de ella fué.

Leicéster. Mal entregando
fanático al verdugo la cabeza,
mal á la Reina serviréis.

Mortimer. ¿Y acaso
si me aterro al aspecto de la muerte
la serviré mejor?

Leicéster. Jóven osado!
Dónde os lleva un frenético delirio?
Violencia! sedicion! ¿Sabeis incauto
que innumerables ojos delatores
en torno nuestro son? De Enrique Octavo
¿conoceis á la impía sucesora?
ignorais su poder ilimitado?
ignorais que á sus ojos penetrantes,
aunque la vele tenebroso manto,
no hay trama que se oculte?... Oís? Ya viene.
Más tarde nos veremos. Domináos.
Componed vuestro rostro; no declare
de mi alma los secretos mal su grado.

ESCENA IV.

LEICÉSTER. MORTIMER. ISABEL. MELVIL. BURLEIGH.
PAULETO. DAMAS. CORTESANOS. PAJES. ETC.

Burleigh. Perdonad si cual súbdito celoso
con tanta libertad, oh Reina, os hablo.
Qué designio, qué error aquí os conduce?
¿Cuál es el fementido cortesano
que os aconseja así? ¡Ver á María
cuando se acerca ya su fin aciago!
No, no lo haréis; ni consentirlo puedo.
Creedme, no escucheis en vuestro daño
la voz de la piedad. Más imperioso
clama el bien del altar y el del estado.

Isabel. ¿Quién os dijo que verla es mi designio;
que de su carta los dolientes rasgos
triunfan de mi justicia? Mas leyendo
sus súplicas amargas, su quebranto,
mal lo puedo negar, los ojos mios
en lágrimas ardientes se bañaron.—
He aquí tu mansion, mísera Estuarda;
mansion de aquella que el fugaz halago
leda gozó de la fortuna un dia;
la que en el trono altivo de los galos
ufana se sentó; la que en su diestra
unir pensó tres cetros soberanos.
Vedla. Cuán abatida gime ahora!
Mi corazon se aflige contemplando
la nada de las frágiles grandezas,
del trono mismo el esplendor precario
que sañudo el destino impenetrable
extingue á su placer. Tiemblo, me pasmo
viendo tan cerca de mi frente misma
de su justicia descender el rayo.

Melvil. La voz de Dios ¡oh Reina! os habla ahora.
Al impulso ceded involuntario
de vuestro corazon. Estuarda os vea

cual ángel luminoso que del alto
baja á ahuyentar la noche de su cárcel.
Vanamente detiene vuestros pasos
la diestra adulacion, si ya en el alma
un suplicio abjurais tan inhumano.
En vano invocan la equidad, las leyes.
Declarad que la sangre, los estragos
son horribles, Señora, á vuestros ojos.
El rostro en justa cólera inflamado
mostrad al complaciente consejero,
y de lenguaje cambiará su labio;
y esa necesidad tan decantada
huirá cual nube que disipa el austro.
Vedla, Señora, por la vez primera!
Nada en favor nos habla de un extraño.
Vedla, y habrá perdon. Á vuestro sexo
dió el cielo la bondad. El yugo blando
de una mujer Bretaña reconozca.
Si en esta isla el cetro sacrosanto
concede antigua ley á las princesas,
no lo dudeis, legisladores sabios
al poder de la excelsa monarquía
hermanar la clemencia desearon.

Isabel. Basta, Melvil. La Providencia suma
á la duda fatal en que batallo
término dé felice, mi clemencia
con el bien de mis pueblos conciliando.
Tal es mi voto y la esperanza mia.—
Escuchadme, Leicéster.—Retiráos.

ESCENA V.

ISABEL. LEICÉSTER.

Isabel. Conde, qué meditais? Turbado os veo,
taciturno, sombrío.....
Leicéster. Yo?....
Isabel. Sí.
Leicéster. Ácaso
no sin razon, Señora.
Isabel. Y cuál?
Leicéster. Ay triste!
Isabel. Por qué exhalar suspiros tan amargos?
Leicéster. ¿Vos me lo preguntais, cuando olvidada
de que un dia mi amor os fué tan grato,
de Anjú muy pronto al venturoso duque
quereis uniros en perpetúo lazo?
Isabel. Como amiga os oyera, y ese nudo
lamentara con vos á que el estado
fuerza mi corazon, si como Reina
de vos no me quejara.
Leicéster. De mí! ¿Cuándo.....
Isabel. De vos. Á qué mansion guiais mi planta?
Cómo sin pretenderlo aquí me hallo?
Pronto dirá al inglés y al orbe todo
la lengua vil del enemigo bando
que á escarnecer en su desgracia vengo
á esa Reina infeliz. ¿Así un vasallo,
así atenta Leicéster á mi gloria?
Leicéster. Sí, Señora; yo el móvil me declaro
que á la prision os lleva de María.
Si este designio de que yo me jacto,

juzgais inoportuno, castigadme;
pero si á vuestro bien que me es tan caro
puede ser útil, ó quizá forzoso,
aplaudirlo debeis y ejecutarlo.
Ya sobre su cerviz vuestra cautiva
del filo de la ley siente el amago.
Todo el orbe os espía en tal instante.
Mostradle al ménos que al severo fallo
cedeis de la justicia y no al acento
de venganza feroz. Mostrad que humano
el corazon os habla por María;
que al fin su hermana sois.

Isabel. No, que si estampo
en su prision el pié, perdon la llevo.

Leicéster. Quién, Señora, al perdon puede forzaros?
Seréis árbitro siempre de su vida.
Inmoladla despues á vuestro agrado.
Qué digo? En sempiterno cautiverio
Estuarda acabe sus dolientes años.
Qué suplicio mayor para una Reina?
No de su muerte el fúnebre aparato
arda en furor al insolente vulgo.
Siempre dispuesto á conceder su amparo
al que oprimido juzga, es su delicia
turbar el triunfo del poder humano;
apellida virtud al infortunio;
y si á piedad le mueve aún el malvado,
¿qué hará si una mujer, una princesa
es sentenciada al público cadalso?

Isabel. Cuán injusto es el vulgo! Acaso juzga
que yo la muerte de María fraguo
porque pálida envidia me devora.....
Mas cuando os veo defenderla osado
de mi justo furor; cuando arrogante
conmigo misma que en Bretaña mando
se atreve á combatir, y áun despojada
del trono y de la patria no la abato;
no sin razon á la feliz María
pudiera yo envidiar. Miéntras me aplaudo
de vencer á los Reyes en virtudes,
ella es toda mujer. ¡Y los sufragios
merece de las gentes! y la adoran,
la engrandecen mis propios cortesanos
en la presencia mia! y en cadenas
triunfa de mí su orgullo temerario!

Leicéster. Si quereis abatirlo para siempre,
basta que la veais. No tanto el rayo
la pudiera aterrar, aunque piadosa
entrar os viera á serenar su llanto.
Mostradle entre la pompa y los laureles
el bello rostro que de nuevo ornato
vuestra virtud circunda y vuestra gloria.
Oponed vuestros fúlgidos encantos
á su semblante pálido y marchito.
Yo que, áun sin esperanza, fiel os amo
el triunfo cantaré de esa hermosura
que sólo al fuego de mi amor comparo.

Isabel. Cuál es vuestro poder sobre mi alma!
Mas Burleigh, buen inglés, ministro sabio,
no verla me aconseja.

Leicéster. Burleigh..... Creo
que el bien de vuestro imperio es su conato.
Mas ¿solo á él inspira vuestra gloria?

Vos misma ¿nada sois? Oh mengua! Un acto
de mera humanidad que honor os manda
¿lo ha de reglar tambien razon de estado?
Digno es de vos, Señora. Acaso él solo
la pública opinion puede ganaros.
Y una vez á esta torre el pié movido,
¿quién creerá que Isabel á su palacio
sin verla regresó?

Isabel. Ver á María
¿no será perdonarla?

Leicéster. Preguntadlo
á vuestro corazon.

Isabel. ¿Sé yo, infelice!
sé yo lo que deseo? Errante vago
de un pensamiento en otro y congojada,
senda no veo en tan horrible cáos.
¿Quereis que vea de mi sangre misma
en estrecha prision el duelo amargo?

Leicéster. No, que vuestra alma generosa y bella
se cubriria de mortal quebranto.
De su negra mansion salga María,
y libre pueda recorrer los atrios,
los muros, los jardines. Vuestro encuentro
parecerá un efecto del acaso.
Presente solo yo..... Mas vuestros ojos
plácida á mí volveis. Feliz presagio!

Isabel. Vos lo quereis, Leicéster!.... Yo debiera.....
Basta; á vos me abandono. Habeis triunfado.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

MARÍA. ANA.

Ana. Reprimid vuestro júbilo, Señora.
Detened vuestro paso. ¿Qué delirio
os turba la razon?

María. Deja que goce
de un bien inesperado. Ay! á mi arbitrio
vagar me deja por el ancho alcázar.
Á mi ansioso mirar pobre recinto
el ámbito del orbe pareciera.
No es ilusion? ¿Es cierto que respiro
léjos del hondo calabozo horrible
do viví sepultada?—El vasto olimpo
cuán sereno! cuán plácido es el dia!
Ay! deja que se embriaguen mis sentidos
del éter puro, de la luz hermosa.

Ana. Ah! no libre os juzgueis. El triste alivio
de más lata prision sólo os acuerdan.

María. ¿Por qué turbas, cruel, mi regocijo?
Deja á lo ménos que feliz me sueñe
miéntras en cárcel lóbrega no gimo.
Ancho horizonte, espacio interminable

ábrese al fin ante los ojos mios.—
Mira: aquella es mi patria. Allí la Escocia!
Esas nubes tal vez en raudo giro
ayer cubrieron mi paterno alcázar.
Míralas descender del Norte frio
y á la Francia volar.—¡Nubes felices,
saludad á aquel suelo que bendigo,
á aquellas playas que los dias vieron
de mi breve niñez correr tranquilos!

Ana. Señora!

María. Ah! yo recobro la esperanza
que desterré del pecho dolorido
al ver de nuevo ¡oh sol! tu luz radiante.

Ana. ¡Mirad que acaso un pérfido enemigo
observa vuestros pasos!

María. No, no puede
de mi pecho mentir el vaticinio.
Sí, libre me verás, Ana querida.
Este leve favor abre camino
á ventura más alta. En mi consuelo
obra la mano de mi fiel amigo,
de mi caro Leicéster. Cada dia
ménos pesados me serán los grillos,
y al fin entera me dará piadoso
la dulce libertad por que suspiro.

Ana. Al cielo plegue! Pero ¿quién pudiera,
una vez pronunciado el fallo inicuo.....

María. ¿No escuchas á lo léjos en el bosque
de venatoria trompa el bronco ruido
y al sabueso latir, bramar al ciervo?—
¡Oh si dado me fuese á mi albedrío
de un bridon oprimiendo los ijares
en pos lanzarme del venado esquivo!
Oh dulces, oh belísonos acentos!
¡Cuántas veces sonasteis á mi oido
en los ásperos montes caledonios
que al mundo acuerdan mi esplendor antiguo!

Ana. Pauleto.

ESCENA II.

MARÍA. PAULETO. ANA.

Pauleto. Á vos, Señora, nuncio vengo
de inesperado insigne beneficio.

María. Qué decis?

Pauleto. ¿Escuchais clamor de caza
en la selva sonar?

María. Tiemblo de oiros.

Pauleto. La Reina viene.

María. Oh cielo!

Pauleto. Vais á verla.
Vuestros votos se cumplen.

Ana. Ah! qué miro!
Descolorida vuestra régia frente.....

Pauleto. Temeis su vista? Vuestro labio mismo
mil veces la imploró. Prestadle ahora
toda vuestra elocuencia; que, os lo aviso,
bien la habréis menester.

María. Mortal espanto

llena mi corazon. ¿Dónde un abrigo
de hoy más hallar contra su fiero encono?
Huyamos.....

Pauleto. Esperad en este sitio
á vuestro juez.

ESCENA III.

MARÍA. PAULETO. ANA. MELVIL.

Melvil. Señora!

María. No me engaño?
Sois vos, Melvil! Gran Dios!

Melvil. La mano os pido.

María. De gozo y de inquietud me cubro al veros.

Melvil. ¡No así esperaba en dias más tranquilos
á mi Señora ver!

María. Al fin, decidme,
depone ya Isabel su ceño esquivo?

Melvil. Así lo creo.

María. Amigo generoso,
de constante lealtad nuevo prodigio,
vos á quien sólo mi interes mantiene
á la orilla del Támesis maligno,
qué me anunciais?

Melvil. Participad, Señora,
de la dulce esperanza que concibo.

María. Cuál?

Melvil. Aquí está la Reina.

María. Y yo he de verla?
No. Jamás!

Melvil. Á su corte me anticipo;
no turbada os sorprenda.

María. Verla ansiaba.
Mil veces en mi lóbrego retiro
el discurso trazaba lastimero
que resonar debiera en sus oidos,
y estudiaba mi voz, mis ademanes
para ablandar su corazon de risco.
Ella va á parecer, y mi ternura,
mi elocuente dolor lego al olvido.
Sólo recuerdo su crueldad, mi ultraje;
sólo venganza, indignacion respiro.

Melvil. Gran Dios! Qué me decis!

María. Melvil, lo veo;
con su vista imploraba mi suplicio.
Jamás debí pensarlo; que no hay fuerza
capaz de unir su corazon al mio.
No, que harto son profundas mis heridas;
harto por esa pérfida he sufrido.

Melvil. Abandonad tan negros pensamientos.
Sólo considerad que Dios benigno
hoy quizá dará fin á vuestros males.
Goza Isabel supremo poderío.
No ya vuestros derechos ultrajados;
su clemencia implorad. Vuestro destino
de ella sola depende, vuestra vida.
Humilláos, Señora.

María. Yo? Qué has dicho!
Delante de Isabel? Jamás!

Melvil. Sin llanto

no ha pisado Isabel este castillo.
Yo lo he visto en sus párpados.

María. Á verme
no vendrá sin Burleigh, su atroz ministro.

Melvil. Sólo el conde Leicéster la acompaña.

María. Leicéster? De su pecho compasivo
no en vano lo esperé.

Melvil. ¡Cómo.....

Pauleto. La Reina.

ESCENA IV.

MARÍA. PAULETO. MELVIL. ANA. ISABEL. LEICÉSTER.
SÉQUITO DE ISABEL.

Isabel. Sola quiero partir. Así consigo
del popular aplauso libertarme
que do quiera me sigue enardecido.—
Partid. La corte me preceda á Lóndres.

[*Se retira el séquito. Isabel se dirige á Melvil y fija los ojos en María.*]

El amor de mi pueblo es ya excesivo.
Así se honra á Dios, no á los humanos.

[*María, apoyada sobre Ana, alza la cabeza al oir estas últimas palabras. Se encuentran sus ojos con los de Isabel, y aterrada vuelve á apoyarse en el seno de su nodriza.*]

María. Ah! Qué yerta mirada! En ella he visto
su corazon entero.

Ana. [*En voz baja.*] Ved que os oye!

Isabel. Quién es esa mujer? Callais?—Decidlo.

[*Un momento de silencio.*]

Leicéster. Por nosotros respondan esos muros

Isabel. ¿Quién osó..... Mal mi cólera reprimo.

Leicéster. Ya que la suerte á la prision os lleva
de María infelice, oid el grito
de vuestro corazon.

Melvil. Á su morada
Dios santo pudo sólo conduciros.
Miradla bondadosa. Á vuestra vista
ya la amenaza ¡oh Dios! mortal deliquio.

[*María se esfuerza á marchar hácia Isabel, mas temblando se detiene á la mitad del camino. Su rostro manifiesta el combate violento de su alma.*]

Isabel. Dónde el remordimiento que alegaban?
De su respeto y su humildad ¿qué ha sido?
Una mujer audaz tan sólo veo,
más altanera cuanto más la oprimo.

María. Pues ya es fuerza, Señora, que me rinda,
á esta mengua postrera me resigno.—
Huye, impotente orgullo, y no me acuerdes
que en soberano tálamo he nacido.
Humíllate, María, ante las plantas
de aquella misma que forjó tus grillos.—
El cielo pronunció: su providencia
no os ha acordado el triunfo sin designio.
Sus arcanos altísimos venero.
La mano adoro que elevaros quiso

y á Estuarda confundir. Vos en el alma
abrid, Señora, abrid plácido asilo
á la dulce piedad. No ya mi trono;
la ansiada libertad sólo mendigo.
Tendedme ¡oh Reina! la amigable diestra,
que vuestra hermana soy.

Isabel. El Juez divino
digno lugar os da. Por sus bondades
gracias inmensas sin cesar le rindo.
Él me salvó de vuestra saña impía,
y su eterna equidad no ha permitido
que á vuestros piés yo gima sonrojada
cual os veo gemir ante los mios.

María. Instable es la fortuna. Á veces abre
al pié del trono horrible precipicio.
Mísera fuisteis y cautiva un tiempo.
Temed, temed del hado vengativo
el severo retorno. Á la arrogancia
tambien decreta Dios justo castigo.
Honrándome os honrais. De vuestra gloria
no mancilleis, Señora, el alto brillo
y de Tudor la esclarecida sangre.—
Me resta una esperanza..... ¡Oh del Empíreo
inefable Señor! mueve mi labio,
que en él mi muerte ó mi ventura fio.—
No á mi clamor seais roca insensible.
Miéntras inmóvil y en mi rostro fijo
ese crudo mirar hiele mi sangre,
cómo á los ruegos hallaré camino?

Isabel. Y qué diréis? Consiento en escucharos,
y, no al rencor, á la piedad me libro.
Quizá me culpen, que amagó á mi sangre
tres veces, lo sabeis, hierro asesino.

[*Isabel se ha acercado á María. Los dos lores permanecen apartados.*]

María. Por dónde principiar? Cuáles acentos
á mi labio prestar en tal peligro?
Cómo sin acusaros defenderme?
Inicua fuisteis y cruel conmigo.
Á vuestra fe me acojo suplicante,
para mi albergue vuestro hogar elijo;
y las sagradas leyes ultrajando
de la hospitalidad, que humilde os pido,
y del trono violando los derechos
me encerrais en los muros de un castillo.
De mi excelsa grandeza despojada,
sin parciales, sin siervos, sin auxilios,
yo Soberana conducir me veo
ante la faz de tribunal indigno.—
Mas cubra eterno velo mis injurias.
Sólo acuso á los hados enemigos.
Mal su grado Isabela me persigue.
Algun genio lanzado del abismo
en nuestras almas engendró la ira,
y obra fué lo demas de hombres inicuos.
Si diestras hubo contra vos armadas,
yo jamás provoqué su fanatismo.—
Nada resta á mi lengua. Vos ahora
el juez seréis de entrambas. Si han podido
ofender á Isabela mis acentos,
tal no ha sido, os lo juro, mi designio.

Isabel. No mi rigor culpeis. Vuestra desgracia

no imputeis á la saña del destino.
Á vos misma acusad, á vuestros celos,
y de Lorena al bando fementido.
Blanda paz nos unia cuando Guisa
extendió su codicia á mis dominios,
no satisfecho con mandar la Francia.
Fatal os fué su orgullo. El atractivo
él mostró á vuestros ojos imprudente
del trono de mis padres. Él os hizo
con mi sagrado título y mis armas
á la faz de la Europa revestiros,
y el pendon arboló de insana guerra.
¿Cuál medio perdonó, cuál artificio
su ambicion contra mí? cuál vuestra ira?
¿quién á Roma instigó, quién á Filipo
y á tantos Reyes, quién, para arrancarme
el solio de Bretaña esclarecido
que la sangre me diera, y mi denuedo,
y el amor de los pueblos que domino?
Triunfé yo sola de enemigos tantos,
y de Inglaterra los valientes hijos
felices son bajo mi blando yugo.
Llenos de miés do quier mis campos miro,
de tesoros sin cuento mis ciudades,
mis reales de soldados aguerridos,
mis arsenales de lucientes armas,
y el Océano pueblan mis navíos.
Hija he nacido del Octavo Enrique
y de seguir sus huellas me glorío.
En vano, en vano al ignorante vulgo
se proclama el perjurio, el regicidio.
En vano encarnizada me rodea
de lazos la traicion y de asesinos.
No triunfará Lorena, que sus tramas
frustrará mi valor y el cielo mismo.
Sañudo amenazaba á mi cabeza,
y á la vuestra prepara atroz cuchillo.

María. Yo me someto á Dios, y por su gloria
bendeciré la palma del martirio.—
Mas vos no abusaréis, así lo espero,
de un funesto poder.

[*Ahora se acercan Leicéster y Melvil á las dos Reinas.*]

Isabel. Si el rayo vibro
contra vos, con ejemplos de Lorena
y de Cárlos Noveno lo autorizo.
Harta de sangre me mostró su mano
qué fe debe guardarse á un enemigo.

María. Vos fuisteis móvil del encono nuestro.
¿Por qué sin descender del trono altivo
no me reconocisteis heredera?

Isabel. Sí, proteger debí vuestro partido,
y yo misma á mi pueblo presentaros
cual digna sucesora: yo que áun vivo
y en Inglaterra soberana reino.....

María. Reinad. Ya vuestro solio no codicio.
Mal dice á mi dolor! Vedme agostada
en la flor de mis años como lirio
que abate el aquilon. No soy mi sombra!....
Venturosa reinad, y á mis suspiros
el perdon conceded; que tal intento
os trajo á mi prision; sí; no imagino

que insultar á su víctima tan sólo
vuestro pecho magnánimo ha querido.
Ah! quebrantad mis hierros y de Escocia
abridme luégo el plácido camino.
Mi dulce libertad por vos robada
recibiré de vos cual beneficio.
Hablad! hablad! De vuestro labio pendo.
Termine ya mi bárbaro conflicto.
¡Ay mísera de vos si á consolarme
tenaz se niega vuestro labio impío!
Ay si me condenais! ¡Qué de tormentos
rasgarán vuestro pecho de continuo!
Por todos los tesoros de Occidente,
por cuanto alumbra el Hacedor divino
parecer no quisiera á vuestros ojos
lo que vos pareceriais á los mios.

Isabel. Mas si de vos me duelo, si al impulso
de la piedad que me inspirais me rindo,
si acalla mi clemencia á la justicia,
¿no aguzarán, decidme, esos hechizos,
áun á vuestro pesar, de mil parciales
contra mi seno el pérfido cuchillo?
No habrá un nuevo Norfolk que os ame tierno?

María. No puedo más!....

Isabel. Tal vez en su castigo
quien pretenda agradaros escarmiente:
he aquí la esperanza en que confío.
No son todos Norfolk. Saben los hombres
que vuestro amor fatal guia al suplicio.

María. Isabel!

Isabel. Observad aquel semblante,
Conde, observad en él claros indicios
de su interno furor.—Lo veis, María;
yo estoy serena y al perdon me inclino.
Á vos, decid, ¿por qué tanto os altera
el nombre de Norfolk? Mas no me admiro.
Nos escucha Leicéster. Y ¡qué! Un dia
¿no blasonasteis de su fiel cariño?
Ni es este sólo el descubierto arcano
que vuestro corazon muestra á los siglos.

María. Nunca Estuarda á los ojos de los hombres
mostrar su corazon, nunca ha temido.
Lo ven, me juzgan.....; y quizá me acusen;
mas nunca disfrazó mis extravíos
velo impostor, hipocresía infame.
¡Ay si de la verdad que siempre animo
luce en torno de vos la antorcha santa!
¡Cuál será vuestra fama!.... No la envidio.

Melvil. Oh justos cielos! Y la paz es esta?—
Mirad.....
[*Se adelanta y se coloca entre las dos.*]

María. ¡Oh exceso bárbaro, inaudito
de fiero orgullo y de crueldad rabiosa!
Oh corazon en la maldad nutrido!
No más, no más callar; basta de oprobio.
Ya el sufrimiento en mí fuera delito.
Dejad, dejad que mi violenta saña
lance sin freno, y ponzoñoso filo
sean de la inocencia los clamores
á ese pérfido pecho que abomino.

Isabel. [*A los lores.*]
Seguidme.

Melvil. Reina, su dolor la ciega.

Ah! perdonadla. Á vuestros piés me humillo.

Leicéster. Abandonad, Señora, estos umbrales;
por el Dios que nos oye os lo suplico.
No la escucheis. Venid.

María. Torpe adulterio
al mundo te arrojó. Tu pié maldito
el trono ha profanado de Bretaña,
hija de Ana Bolena!, el trono invicto
que me usurpas á mí. Yo soy tu Reina,
y tú del orbe entero vil ludibrio
debieras ser, traidora; mas del cielo
la eterna maldicion llevas contigo.

Isabel. Hoy mismo se verá, mujer osada,
cuál reina de las dos.

[*Parte Isabel rápidamente. Leicéster y Melvil la siguen en la mayor agitacion.*]

ESCENA V.

MARÍA. ANA.

Ana. Ah! Qué habeis dicho?
Por qué ultrajarla? Oh Dios! Sañuda parte.
No hay esperanza ya!

María. Triunfé! Propicio
me fué el hado una vez. Abro mi tumba,
mas no á lo ménos sin venganza espiro.
Cuánto á mi corazon grata sonaba!
De qué terrible peso al fin le alivio!
Huye Isabel ¡oh gozo! y lleva huyendo
fiero puñal en sus entrañas fijo.

Ana. Oh victoria fatal! oh gozo breve!
Es Reina, y vuestro labio enfurecido
á los ojos la ultraja de su amante.

María. Sí, de Leicéster. Ah! nuevo incentivo
á mi valor prestaba su presencia.
Mi triunfo via en su semblante escrito.
Yo reinaba á sus ojos!

Ana. Burleigh!

María. Monstruo!....
Huyamos. Á su vista me horrorizo.

ESCENA VI.

PAULETO. BURLEIGH. DOS CRIADOS DE PAULETO.

Burleigh. Oh arrogancia! oh furor! Ante mi Reina!....
Torne á todo el rigor de su destino;
torne á gemir en negro calabozo.
Quizá los suyos traman con sigilo
cruenta sedicion.—Venid, Pauleto.
Entregadme los pérfidos escritos
á Estuarda por mi órden arrancados.—
Velad con Mortimer. Ningun aviso
de su bando execrable aquí penetre.
Sospechas tengo ya..... Si las confirmo,
ay del aleve que á Isabel seduce!
¡Ay, si traidor de su fatal prestigio

abusare en favor de la Escocesa!....
Incauto, ciego corre á su exterminio.
¡Pueda yo descubrir tanto misterio
y castigar á un tiempo dos delitos! —
Venid. Salvemos á la cara patria.
En el público bien mi gloria cifro.

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

LEICÉSTER. BURLEIGH.

Leicéster. Qué pretendeis, milord? ¿En tal momento
á la Reina llevais la atroz sentencia?
¿No temeis que la muerte de María
más se atribuya á la venganza fiera
que al fallo de la ley?
Burleigh. Ese lenguaje
conviene á vuestro labio; mas la senda
de mi deber conozco. ¡Afortunado
el que obedece fiel lo que le ordena!
¡Afortunado aquel á quien terrible
no le acusa, Leicéster, su conciencia!
Leicéster. No sé de quién me hablais. Sólo me guia
el bien de mi nacion y el de mi Reina.
Burleigh. Dejad, pues otro norte no me rige,
dejad, milord, que á sus impulsos ceda.
Leicéster. De su gloria celoso.....
Burleigh. Tal os juzga;
tal os juzgaba yo.....
Leicéster. Quien os oyera
tan misterioso hablar y tan sombrío
me imputara tal vez trama sangrienta
contra el reino y el solio, no escondida
del perspicaz Burleigh á la prudencia.
Burleigh. No sin causa, milord.
Leicéster. Qué osais decirme?
Burleigh. ¿Adónde, adónde, crédula Princesa,
sin pudor te arrastraba un temerario?
Cuál se burlaba de tu fe sincera!
Ahora comprendo ya qué oculto móvil
vuestro labio inclinaba á la clemencia.
Leicéster. Miserable, seguidme al pié del trono.
Venid, si os atreveis. Sabrá Isabela.....
Burleigh. Seguidme vos. Vuestro furor desprecio;
vuestra frágil privanza no me arredra.

ESCENA II.

LEICÉSTER.

Oh desgracia fatal! ¿Cómo ha podido
de mis designios rastrear la huella?
Si pruebas ciertas á la Reina aduce

de mi oculta amistad, de mis promesas
en bien de su enemiga, ¡cuál su encono,
su venganza será! Si ya penetra
de Mortimer el arrojado intento,
cómplice de él, autor quizá me crea.
Do quier que vuelvo la turbada vista
un precipicio, ay mísero! me cerca.—
¿Quién es.....

ESCENA III.

LEICÉSTER. MORTIMER.

Mortimer. Milord, solícito os buscaba.
Leicéster. Huid. Qué pretendeis?
Mortimer. Cobarde lengua
nuestro arcano descubre.
Leicéster. Entre nosotros
no hay ninguno. Alejáos.
Mortimer. Ya la nueva
llegó á Burleigh que juventud briosa
se prepara á lidiar por la Escocesa.
Leicéster. Qué á mí su muerte?
Mortimer. Áun más.....
Leicéster. Necia porfía!.....
No os conozco. Dejadme.
Mortimer. Nadie observa.
Á qué fingir? Su protector oculto
os declara tambien fortuna adversa.
Leicéster. ¡Cómo.....
Mortimer. Entre los escritos de María,
que de Burleigh sorprende la cautela,
hay una carta para vos trazada.....
Leicéster. Una carta! Acabad.
Mortimer. En ella acepta
vuestro socorro Estuarda, y os promete
el corazon y el trono en recompensa.
Leicéster. Oh cielos!
Mortimer. Urge el tiempo. En tal conflicto
valga la audacia. Prevenir es fuerza
el odio de Burleigh y el alto influjo.
Si es cierto que Leicéster tanto impera
dentro del alma de la Reina, habladla.
Alejad de nosotros la sospecha.
Conjure vuestra frente inalterable
la tempestad horrible que ya truena.
Ganad en fin un dia, un solo dia,
y acaudillando mi faccion tremenda,
de María, lo juro, para siempre
término pongo á la prision acerba.
Me es conocido el fuerte desde niño.
Hay una puerta lóbrega, secreta
que paso nos dará cuando dominen
sobre el callado mundo las tinieblas.
Id: qué aguardais? Volad, y en tal peligro
vuestro poder, oh Conde, nos proteja.
Leicéster. (Sí, forzoso será. Para salvarme
es el único arbitrio que me resta.)
Mortimer. Milord, no respondeis?
Leicéster. Hola, soldados!

ESCENA IV.

LEICÉSTER. MORTIMER. SEIMUR. GUARDIAS.

Seimur. Qué me ordenais?
Leicéster. En nombre de Isabela
prended á ese traidor.
Mortimer. Á mí!
Leicéster. Prendedle,
y de él respondereis con la cabeza.
Conjuracion atroz he descubierto
que en sangre inundaria á la Inglaterra.
Llevadle. En tanto que á la Reina aviso,
á estrecha cárcel conducido sea.
Mortimer. Pérfido! ¿Y osas tú..... Mas bien merece
destino tal quien á tu fe se entrega.
Corre, vil desertor, y al pié del trono
perdon implore tu cobarde lengua.
Corre, infame, y á precio de mis dias
tu solo bien rescata; la existencia.
Vive, que áun de acusarte me desdeño.
Quien pudo ser capaz de tal vileza
no es digno de morir como un valiente.
Sólo á mi cuello la segur descienda.
Tranquilo en mi prision la palma aguardo
que á la mansion celeste mi alma eleva.
Blanco tú de tenaz remordimiento,
quédate á ser oprobio de la tierra.
Leicéster. Llevadle. Qué aguardais?

[*Dos guardias se llevan á Mortimer.*]

Seimur, escucha.
No temeraria cólera me ciega.
Á mi sagaz política conviene
de su prision la pública apariencia.
Sálvale tú, que su valor aplaudo.
Huya en secreto, y cuando el velo tienda
la protectora noche, aquí le espero.
Con sus parciales al castillo vuelva.

ESCENA V.

LEICÉSTER.

Á desmentir la acusacion terrible
labio osado prevengo y faz serena.
Volemos á Isabel.—Oh Dios! Guiada
por el crudo ministro á mí se acerca.

ESCENA VI.

ISABEL. LEICÉSTER. BURLEIGH.

Isabel. Conde Leicéster, contra mí conspiran.
Leicéster. Ya lo sabía, y la traicion horrenda
os iba á revelar.
Isabel. Vos!
Leicéster. Yo, Señora.

Isabel. ¿Y á quién de tanto crímen, tanta afrenta
osais culpar?
Leicéster. El pérfido vasallo.....
Isabel. Sois vos. He aquí un escrito que lo prueba
y os confunde. Leed.
Leicéster. Es de María.
Isabel. Y qué me respondeis? La audacia vuestra
¿podrá negar que mi rival odiosa
á Leicéster confia su defensa?
¿que meditando quebrantar sus hierros
de un trono la esperanza os lisonjea?
¿que el deber inmolando á la codicia
vuestro culpable amor el suyo premia?
Leicéster. En vano me denigra la calumnia.
En vano contra mí tiende proterva
lazo tan vil. Efímero es su triunfo
como mi ardiente fe veraz, eterna.
Ese escrito, Señora, que ha dictado
de María el despecho ó la demencia,
¿qué vale contra mí si alguno mio
su esperanza quimérica no alienta?
Su corazon, su trono me promete.
He mendigado yo tan vana oferta?
¡Yo que la desdeñé cuando en su rostro
resplandecia cándida belleza,
cuando en aquella frente, ya marchita,
orgullosa ceñia tres diademas!
Y á qué su escrito desmentir? Yo mismo
os iba á denunciar lo que revela.
Isabel. Qué! ¿vos sabiais.....
Leicéster. El fatal proyecto
que dias ha vuestra rival fomenta.
Mi celo, mi ventura lo descubren.
Burleigh. Por qué temblar no ha mucho en mi presencia?
No os acusaba yo? Si la sabiais,
por qué callar conjuracion tan negra?
Leicéster. Sois acaso mi juez? Con qué derecho
interrogarme osais? Sólo á la Reina
debo yo responder de mis acciones.
Isabel. Conde, mal os disculpa la soberbia.
Leicéster. En tanto que él os sirve con palabras,
Leicéster su lealtad obrando muestra.
Burleigh. Milord, mal grado vuestro hablais ahora.
Leicéster. Antorcha del estado, esa prudencia
de que tanto os jactais ¿qué ha descubierto?
¿Qué cómplices, decid, la prisionera,
qué medios á su fuga prevenia?
¿Sabiais por ventura que la diestra
del audaz Mortimer, á vuestros ojos,
quebrantar meditaba sus cadenas?
¿Sabeis que desertor de nuestro culto
vengar pretende la romana iglesia?
¿Sabeis, en fin, que pérfido se vende
al rencor de Filipo y de Lorena?
Isabel. Burleigh!
Leicéster. ¿Cuál de los dos por el estado
más sagaz, más atento se desvela?
¿Quién tan horrible arcano ha sorprendido
del ciego jóven á la incauta lengua?
Quién de prenderle acaba? Yo.
Isabel. ¡Qué escucho!
Leicéster. Sí, aquí mismo. La mísera Escocesa
mal de la seduccion el sesgo idioma

á su imprudente mensajero enseña.
Apénas mueve el labio, en su alma leo.
Velo impostor mi cólera refrena,
que su fatal confianza redoblando,
á descubrirme la traicion le fuerza.
Para alentarle más, ledo sonrío
al escuchar de Estuarda las promesas;
su amante fiel, su protector me llamo,
y sin freno Leicéster os condena.
Todo en fin revelado, en triste cárcel
vuestros soldados á mi voz le encierran,
y á pesar de la envidia cortesana
mostrará su castigo mi inocencia.

Isabel. Amarga duda! Abismo impenetrable!

Burleigh. No. Á vuestros ojos inocente sea.
Creedle como yo. Su obra termine.
Si es cierto que á esa pérfida detesta,
probarlo debe. Aconsejó no ha mucho
que su fallo mortal se suspendiera.
Ahora que él mismo de traicion la acusa,
en horrendo patíbulo fenezca.—
Leicéster, que decis?

Leicéster. Tal es mi voto.

Burleigh. Muera pues.
[*Á la Reina.*] Qué aguardais? Ved su sentencia.

Isabel. ¡Ah ¿qué exigis de mí!

ESCENA VII.

ISABEL. LEICÉSTER. BURLEIGH. MELVIL.

Melvil. Qué haceis, Señora?

Burleigh. (Contratiempo fatal!)

Melvil. Mi pecho tiembla.

Isabel. El amargo suplicio de María
me fuerzan..... á signar.....

Melvil. ¿Quién, oh insolencia!
quién á su Soberana dicta leyes?
Aun en vuestra alma la acerada flecha
clavada está de atroz resentimiento.
¿Y en hora tan terrible, oh Dios! intentan
que su muerte signeis? Ay! á la ira
al ménos la razon primero venza.

Burleigh. Sí, y esperad que á vuestro seno lleve
homicida puñal.

Melvil. La Providencia
que tantas veces os libró del hierro
más que Burleigh por vos sin duda vela.
¡Ah que no en las traiciones, no en la vida
de una infeliz que gime prisionera
vuestro peligro está, sino en su muerte!
Viva la olvidan; la vengaran muerta.
No la enemiga ya del nuevo culto;
de sus ínclitos Reyes la heredera
en Estuarda verian vuestros pueblos,
de aleve saña víctima funesta.
No, no la inmolaréis de vuestros dias
mancillando la fúlgida carrera.
La voz terrible que á los Reyes juzga
cuando descienden á la tumba yerta,
cuando á par de la pérfida lisonja
desparece el terror que el alma hiela,

temed no de Isabela el claro nombre
cubra algun dia de eternal afrenta.
Temed no el hombre en los futuros años
horrorizado vuestra historia lea.
Dios vengador..... Temblais? Dichoso auspicio!
Mi lloro humilde vuestras plantas riega.
Si por Estuarda nó, por vos, Señora,
el corazon abrid á la clemencia.

Isabel. Melvil!—Qué de tormentos en mi alma!—
Por qué hierro traidor no abrió mis venas?
No ya forzada á castigar un crímen,
no al crudo murmurar de plebe inquieta
mi nombre abandonado, ¡cuán tranquila
en el oscuro túmulo durmiera!
Ya la vida me cansa y la corona.
Si es forzoso que yo mi sangre vierta
ó María infelice, pues la suerte
por el bien de Bretaña lo decreta,
Bretaña elija. Doblaré mi cuello.
Ó si á inmolarme su piedad se niega,
volveré á mi destierro, al quieto asilo
que vió crecer mi juventud primera;
do léjos de esta pompa envenenada
en mí misma encontraba mi grandeza.
Gozosa á Albion regía cuando sólo
bienes sin cuento derramaba en ella.
Ahora que es fuerza ensangrentar mis manos,
no sé reinar; renuncio á la diadema.

Burleigh. Traidor seré á la patria y á vos misma
si criminal piedad mi labio sella.
¿Sois vos, Señora, vos, hija de Enrique,
quien habla de reposo? Ántes debierais
el nuestro asegurar; el de ese pueblo
que corriera sin vos á ruina cierta.
Mi ruego oid. De vuestra fama digna
más justicia mostrad; ménos flaqueza.
Extinga para siempre un solo golpe
de la discordia la fatal hoguera,
las tramas, las facciones que María
áun en su cárcel sin cesar renueva;
y, firme escudo de las santas leyes,
al trono salvaréis y á la Inglaterra.

Isabel. Pocos momentos con mi pena amarga
dejadme en soledad, y antorcha sea
que me ilumine en tan terrible cáos
aquel Supremo Juez que nunca yerra.

[*Los lores se retiran al fondo del teatro. Leicéster y Melvil al retirarse miran á la Reina con inquietud y como sin esperanza.*]

ESCENA VIII.

ISABEL.

Voz del pueblo que el solio tiranizas,
ídolo vil que mi poder enfrenas,
tu esclava seré yo? Cobarde el labio
¿desmentirá lo que mi pecho anhela?
Reino, mas áun en torno de Bretaña
siento rugir la tempestad horrenda.
Engañosa amistad me vende el galo;

el fiero Noto que rompió sus velas
segunda vez el español arrostra;
Sixto fulmina airado el anatema;
hidra fatal la renaciente Liga
su cara Estuarda por do quier me muestra,
fantasma aterrador.... No más! La hora
de su muerte llegó. Caiga, perezca,
y mi temor con ella se sepulte,
y renazca en Albion la paz risueña.—
Mas, ay! fuérame dado exterminarla
sin eclipsar mi gloria! «Es extranjera,
es mísera, es mujer, nació de Reyes;
la sangre de Isabel hierve en sus venas;
tantos años de cárcel y dolores
harto la han castigado, harto te vengan:»
así lenguaz exclamará la envidia.—
Qué! ¿vivirá la que á mi vida atenta,
la que tiende sus lazos seductores
hasta en mi corte misma, la perversa
que á Leicéster..... Traidor! Mal tu falacia
resistirá tal vez la amarga prueba
que te previene mi ofendido orgullo.
Y áun puedo vacilar?—Estuarda muera.

[*Se acerca á la mesa, toma la pluma, va á firmar la sentencia y se detiene.*]

Gran Dios! Tiembla mi mano y me parece
que en sus entrañas el cuchillo ceba.—
Me mira el mundo.—Ah! No!

[*Calla un momento.*]

¡Cuál me insultaba
delante de Leicéster la altanera!
Débil esfuerzo de impotente furia!
Quizá su triunfo y mi derrota sueña.....
Su triunfo, y reino yo?

[*Vuelve á tomar rápidamente la pluma.*]

¡Fruto me llama
de execrable adulterio! ¡En mi cabeza
profano altiva el usurpado solio!—
Desventurada! Cuando tú desciendas
á la callada tumba, hija de Enrique
legítima seré, mi oprobio cesa.
No hay elegir, ya no. Bretaña es mia.

[*Firma con entereza y velocidad.*]

Tu sangre odiosa mis derechos sella.

[*Apénas ha firmado cae la pluma de su mano, y ella sobre el sillon como aterrada. Un momento despues se recobra. Hace seña á un paje para que deje entrar á los lores, que permanecian fuera del salon, pero siempre á la vista del espectador.*]

ESCENA IX.

ISABEL. LEICÉSTER. MELVIL. BURLEIGH.

Isabel. Acercáos.
Melvil. Oh Dios! Yo me estremezco.
Isabel. Burleigh, el fallo á vuestras manos vuelva.

En él leereis la suerte de María.

Burleigh. [*Despues de mirar la firma.*]

Su muerte.
Leicéster. (Oh cielo!)
Melvil. Mísera Princesa!

Isabel. [*Mirando fijamente á Leicéster.*]

Á vos, Leicéster, cuyo noble pecho
tanto rencor contra María alberga,
tanto amor á Isabel, á vos elijo
para cumplir mi voluntad suprema.
Leicéster. Á mí!
Isabel. Sí, á vos.
Leicéster. Tan inhumano cargo
mal conviene, Señora, á la grandeza
donde os plugo magnánima elevarme.
Confiarlo á Burleigh más justo fuera.
Isabel. Lo partirá con vos.
Melvil. Reina, por siempre
Melvil de vuestra corte se destierra.
En tanto que del vuestro el pecho mio
esperaba piedad, morar en ella
grato me fué. Vuestra virtud amaba
y no vuestro poder. Amarga ofensa
ya fueran para mí vuestros favores.
Adios! Seguid la perniciosa senda
que os trace la lisonja cortesana.
Sorda os mostrais á la verdad austera,
y un siervo fiel María necesita.
Léjos ya de la pompa que os rodea,
torno á mi Reina; y pues en vano quise
romper sus grillos, terminar sus penas,
en el amargo trance de la muerte
corro á darle socorro y fortaleza.

ESCENA X.

ISABEL. LEICÉSTER. BURLEIGH.

Burleigh. ¿Sufris.....
Isabel. Bien que me ultraje, no le culpo,
que la santa virtud mueve su lengua.
Temblaba mi alma al escuchar su acento,
y áun, mal su grado, estremecida tiembla.—
Al fin signé la muerte que anhelabais;
mas aún vive María. La sentencia
no es el golpe mortal. Ahora á vosotros
apresurarla ó diferirla resta.
En vuestras manos pongo su destino.—
Nunca de ella me hableis.—Ora cruenta
su triste cuello la segur divida,
ora alcance perdon, á la Inglaterra,
responsables seréis, y al orbe todo.—
De estas murallas el dolor me aleja.—
Vuestro deber cumplid. Adios.

ESCENA XI.

LEICÉSTER. BURLEIGH.

Burleigh. Seguidme.
Leicéster. Tened, Burleigh! Su voluntad incierta.....
Burleigh. El decreto la anuncia.
Leicéster. Ah! no á mis ojos.
Burleigh. Si es crímen dar la muerte á una proterva,
culpadme sólo á mí: yo lo consiento.
Seguidme á la prision. Su suerte sepa.
Esta noche.....
Leicéster. Esta noche! Dios piadoso!
Burleigh. De su vida será la postrimera.
Leicéster. Milord!
Burleigh. Inútil compasion! Leicéster,
ved que Isabel vuestra conducta cela.
Mirad por vos. Temblad!

ESCENA XII.

LEICÉSTER.

Oh Dios benigno!
Protege de María la inocencia.—
Si es libre Mortimer, áun esta noche
puede al verdugo arrebatar su presa.—
Antorcha celestial guie sus pasos
y dé victoria á su valiente diestra.

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

MELVIL. ANA.

[*Ana viste de luto.*]

Ana. Vos aquí! No me engaño?
Melvil. Esos sicarios
me otorgan tan amargo privilegio;
lo otorgan á los siervos de María
que no vieron su faz en tanto tiempo.
Ana. Oh cielo!
Melvil. Conducid ante sus plantas
á un súbdito leal.
Ana. Es el momento
que en soledad austera y religiosa
alza sus preces últimas al cielo.
Dignáos esperarla. El crudo golpe
ya ve amagar á su inocente cuello;
ya despedida del mezquino mundo
toda se entrega al Hacedor Supremo.
Oh noche de dolor! oh desventura!
Melvil. Enjugad ese llanto. Nuestro pecho

de la comun angustia exento sea
hasta cumplir nuestro deber extremo.
En tanto que de lágrimas ardientes
su familia infeliz inunda el suelo
toca á nosotros afirmar su huella
de la mansion celeste en el sendero.

Ana. Melvil!

Melvil. ¿Cómo, decid, oyó María
la infausta nueva de su fin acerbo?

Ana. Ay, que nueva más plácida esperaba!

Melvil. Qué decis?

Ana. De esta noche en el silencio
el bravo Mortimer con sus parciales
romper debia sus indignos hierros.
Esperanza falaz nos halagaba
y este invencible amor que nuestro seno
á la existencia guarda, aunque infelice.
El más leve rumor nos daba aliento.
Suena la puerta. «Mortimer! amigo!»
iba á exclamar la Reina. Era Pauleto
nuncio funesto de la atroz sentencia.

Melvil. Justo Dios!

Ana. Oh constancia sin ejemplo!
Óyela Estuarda resignada y fuerte,
sin palidez, sin lloro, sin lamentos.
Mas al oir del hombre fementido
á quien incauta sometió su pecho
la bárbara traicion, llora angustiada;
de tanta ingratitud sucumbe al peso.

Melvil. Oh culpable Leicéster!

Ana. Oh perfidia!
Y á Mortimer delata!

Melvil. Ese mancebo
del traidor que le vende y aprisiona
víctima no será.

Ana. ¿Qué escucho! Es cierto?

Melvil. Huyó.

Ana. Gran Dios! No pierdo la esperanza.

Melvil. No espereis salvacion de humano esfuerzo.
Implorad la eternal. Otra no resta.

ESCENA II.

ANA. MELVIL. CRIADOS DE MARÍA DE AMBOS SEXOS.

[*La servidumbre viene vestida de negro.*]

Melvil. Mas ya anuncia ese fúnebre cortejo
á la Reina infeliz.—Temblais, señora?

Ana. Qué! ¿ya la guian al cadalso horrendo?
¿Ya desciende al oscuro subterráneo
do la infame Isabel.....

Melvil. Calmad, os ruego,
calmad vuestro dolor.

Ana. Ay! ¡Yo te he visto,
execrable mansion, y á tal aspecto
no han cegado mis ojos! Enlutadas
las paredes del lúgubre aposento,
los feroces soldados, el cadalso,
la segur, el verdugo..... Ah! Me estremezco.

Melvil. Ella viene. Callad.

Ana. Hora terrible!

ESCENA III.

MARÍA. ANA. MELVIL. CRIADOS DE AMBOS SEXOS.

[*Preceden á María otras mujeres, vestidas tambien de luto y en la mayor afliccion. La Reina viene vestida de blanco y con la corona real en la cabeza.*]

María. Por qué tanto gemir y tanto duelo?
Por qué llorarme cuando Dios benigno
va á terminar mi largo cautiverio?
No, no; regocijáos, que, ya libre,
la inefable morada abierta veo.
Cuando sepulta en tenebrosa cárcel
blanco á la saña fuí y á los desprecios
de una mujer feroz, merecedora
entónces fuera yo de llanto acerbo.
La muerte amiga y el perdon celeste
purgan mi alma. En el trance postrimero
Dios engrandece al miserable humano
á quien ántes postraba el hado adverso.
Renace en mí la plácida esperanza,
y, de noble altivez henchido el seno,
torna á mis sienes la real diadema.

[*Da algunos pasos y ve á Melvil.*]

Melvil! Sois vos! Afortunado encuentro!
Vuestra piedad no cansa mi infortunio?
Levantaos, ilustre caballero.
De un súbdito á quien amo la presencia
me inunda el alma en bienhechor consuelo.
¡Bendicion á mi Dios que os ha elegido
testigo digno de mi fin sangriento!
Pues la antorcha católica os alumbra,
vuestro apoyo me dad.

Melvil. Tal es mi anhelo;
probaros mi lealtad hasta en la muerte.

María. Ya que lejana de la patria muero,
mi adios amargo, mi memoria extrema
llevad á mis amigos y á mis deudos.
Saludo al Rey frances y le bendigo;
á Guisa, defensor de mis derechos;
á Lorena;.... á otros ciento cuyos nombres
dirá el escrito fiel que os encomiendo.
En vez de oro y estados, por herencia
mi tierno amor, mi gratitud les dejo.

Melvil. Así lo cumpliré.

María. ¡Séales grato
este don de amistad, cual yo lo espero!

[*Volviéndose á los criados.*]

Del Rey de Francia en vuestro bien imploro
la augusta proteccion. Id á su reino;
segunda patria os sea, y para siempre
de Albion huid el maldecido suelo.
No al britano orgulloso que me oprime
deleite un dia el infortunio vuestro;
no en vosotros me ultraje y me persiga
mas allá de la tumba. Huid os ruego;
juradme abandonar estas riberas
no bien exhale mi postrer aliento.

Melvil. Lo juramos.

[*Todos tienden la mano en señal de juramento.*]

María. Yo misma entre vosotros
de mi antigua opulencia el pobre resto
acabo de partir.—Ana querida,
el oro á tu amistad no es digno precio.
Tu tesoro más grato es mi memoria.—
He aquí el don de amor que te reservo.—
Dulce tejido que labró mi diestra,
testigo fiel de mi dolor secreto,
ay, cuántas veces te regó mi llanto!
Con él, oh amiga! hasta el sepulcro yerto
tu cara mano cubrirá mis ojos.
Triste, amargo servicio! Mas yo quiero
recibirlo de ti.

Ana. Buen Dios!

María. Mis fieles,
oid de Estuarda el postrimer acento.
Adios! No sollozeis. En el Empíreo
un dia, así lo aguardo, nos veremos:
Muero en la fe católica, y no rea
del crímen que me imputan. Dios inmenso
que mi paciencia veis, yo os la consagro.
Pueda con ella reparar mis yerros!—
Llegad, llegad Melvil; sobre mi frente
extended esa mano que venero.
La bendicion de respetable anciano
es bendicion de Dios. Ántes mi siervo,
sed su intérprete ahora y su ministro.
Cual doblasteis un dia ante mi cetro
la obediente cerviz, á vuestras plantas
hoy humilde y contrita me prosterno.

[*La Reina se arrodilla delante de Melvil, y todos se alejan.*]

Melvil. María, Reina ayer, mártir ahora,
pues plugo al Creador del universo
la carrera abreviar de vuestros dias,
volad serena á su regazo tierno.
Ya el crisol de la austera penitencia
purga de inmunda liga el oro terso.
Ya la paz del Altísimo brillando
la via os abre del celeste asiento.
Alma cristiana, adios! Yo te bendigo.
Adios! En las entrañas del averno
ruge Satan, y la divina gracia
desciende á ti del alto firmamento.

[*Pauleto aparece á la puerta. Melvil va hácia él. María permanece arrodillada y en profunda meditacion.*]

Ana. Qué ruido escucho?—(Mortimer acaso.....)

Melvil. [*Volviéndose hácia María.*]
¿Habeis, Señora, el ánimo dispuesto
al tránsito fatal?

María. Venga la muerte.
Sólo en mi corazon á Dios albergo,
y por siempre en sus aras sacrifico
toda humana pasion.

Melvil. Ya pues sin riesgo
á Leicéster veréis. Desea hablaros:
le acompaña Burleigh.

ESCENA IV.

MARÍA. SU SÉQUITO. ANA. MELVIL. LEICÉSTER. BURLEIGH. PAULETO.

[*Leicéster y Burleigh se habian detenido un momento en el foro. Leicéster permanece retirado sin levantar los ojos.*]

Burleigh. Deber severo
me guia á vos. En nombre de mi Reina
á obedecer vuestros mandatos vengo.
María. Soy grata á su bondad.—En un escrito
ya he trazado de mi alma los deseos.—
En cuanto á mí, pues reposar no deben
mis reliquias, milord, en vuestros templos,
no negaréis que á Francia y á los mios,
mi más caro anhelar Melvil cumpliendo,
lleve mi corazon.—¡Dulce ribera
do mis dias más plácidos corrieron,
en este corazon siempre moraste!
Burleigh. No me imponeis, Señora, otro precepto?
María. Saludad en mi nombre á vuestra Reina;
decidle adios: mi corazon sincero
la abraza y la perdona.—Amargo lloro
anega vuestra faz, noble Pauleto.
El contagio letal de mi infortunio
vuestras canas aflige. Ay! á lo ménos
romper los hierros Mortimer alcanza
do cayó por salvarme á mi despecho.—
Que conserve su vida. Acaso áun piensa
en Estuarda infeliz; áun su ardimiento
forma en mi bien designios generosos.
Inútiles son ya. Dios le dé premio.

ESCENA V.

MARÍA. SU SÉQUITO. ANA. MELVIL. LEICÉSTER. BURLEIGH. PAULETO. EL SHERIFF.

[*La puerta permanece abierta. Algunos soldados aparecen á la parte exterior.*]

María. Por qué te agitas, Ana, y te estremeces?
Valor! Llegó el instante, y yo no tiemblo.
No tu angustioso llanto me enternezca
en el postrer adios: sigue mi ejemplo.
Del mundo engañador entre tus brazos
ménos amargo me será el destierro.—

[*Á Burleigh.*]

Áun os pido otra gracia; es la postrera:
que me siga hasta el hondo mausoleo.
Su mano abrió á la luz los ojos mios;
ella los cierre á perdurable sueño.
Burleigh. Vos lo quereis..... Será.
María. No más. Partamos.
Si un alma arrepentida ¡oh Dios eterno!

merece bien de ti cual la inocencia,
abre á mi fe tu omnipotente seno.

[*Al partir encuentra á Leicéster. Tiembla: se doblan sus rodillas. Leicéster la sostiene volviendo la cabeza porque no puede arrostrar su vista. La Reina le mira un momento con gravedad y en silencio.*]

Para salir de mi prision, oh Conde,
apoyo me ofrecisteis; bien me acuerdo.
Cumplis vuestra palabra!

[*Leicéster permanece abismado en el dolor. La Reina continúa con dulzura.*]

Sí, Leicéster
de recobrar mi libertad, mi imperio,
la esperanza halagüeña en vos un dia,
en vos solo cifraba; y, no lo niego,
era bálsamo dulce á mis dolores
mi redentor soñaros.

Leicéster. (Oh tormento!)

María. Ya preparada á abandonar la tierra,
ya que á los reinos del Empíreo vuelo
y otra pasion mi espíritu no agita
que el amor de mi Dios; Conde, bien puedo
mi pasada flaqueza confesaros.
Siempre os amé: sin mengua lo revelo.—
Adios. Vivid dichoso. Vuestro orgullo
quiso á dos Reinas agradar á un tiempo,
y al insidioso el corazon amante
osó inmolar vuestra ambicion sin freno.
Adorad á Isabel, ¡y Dios no quiera
que vengue mi baldon vuestro escarmiento!—
Ana, Melvil, seguidme.—Adios, mortales.
Extranjera ya soy en vuestro suelo.

[*Parte la Reina en medio de Ana y Melvil. El Sheriff la precede. Burleigh, Pauleto, todos la siguen, excepto Leicéster.*]

ESCENA ÚLTIMA.

LEICÉSTER. SEIMUR.

Leicéster. Y yo vivo! ¡Yo vivo, y desde el alto
no baja el rayo en espantoso trueno!—
Ven, vuela, Mortimer! Sólo un instante.....
Ah! Seimur!—Habla.

Seimur. [*Llegando.*] Mortimer es muerto.

Leicéster. Oh Dios!

Seimur. Con sus amigos generosos,
franco ya el muro á su marcial denuedo,
por via oculta al calabozo vuela.
Imprevisto escuadron lleva á su encuentro
de Burleigh la incesante vigilancia.
Todos han perecido combatiendo!—
Venid; huyamos, Conde. En Inglaterra
gran peligro correis. Al mar, al viento
la vida encomendad. Fieles amigos
os seguirán á climas extranjeros.

Leicéster. [*Sin oir á Seimur.*]

Reina execrable! Bárbara Isabela!—
He aquí, prudencia humana, tus efectos!

Mal haya mi política afanosa!
Mal haya mi ambicion! Yo la detesto.
Mueres, María, y en mi pecho ingrato
cual nunca enciendes amoroso fuego.
Ay dolor!.... Mas ¿qué digo, miserable!
Yo amor? ternura yo? ¿Cobarde cedo
á femenil piedad? Ahoga en tu alma,
monstruo! ahoga el atroz remordimiento;
acaba de sumirte en el oprobio
consumando tu crudo ministerio;
baja á gozar de Estuarda en la agonía,
y arma tu corazon de triple acero.

[*Fuera de sí marcha rápidamente hácia la puerta por donde salió María, y se detiene de improviso.*]

En vano, en vano con osada planta
esta puerta fatal pasar intento.
Cuál infernal horror hiela mi sangre?—
Huyamos! — Oyes? El suplicio fiero
bajo mis plantas se prepara. Huyamos!
Tan negra imágen sostener no puedo.

[*Quiere salir por otra puerta lateral y la encuentra cerrada.*]

¡Ay, que mis pasos á la fuga cierra
un ángel vengador! Dios justiciero,
cuál me castiga tu tremenda saña!
Dónde ocultarme, dónde?—En son funesto
oigo la voz que dicta su sentencia.—
La exhortan.—Habla ahora.—Oh dulces ecos!—
Silencio impone. — Orar desea. — Callan. —
¿Quién sabe, ay triste! si en ferviente ruego
á Dios pide perdon de mi perfidia?—
Sordo murmullo en la asamblea siento.—
Solloza la afligida servidumbre.....
Ya nada escucho..... El golpe! Yo fallezco.

[*Ha pronunciado este final con progresiva angustia; ántes de las últimas palabras se ha detenido un instante, y al articularlas cae sin movimiento en los brazos de Seimur.*]

Hasta aquí la version ajustada al original; mas para lograr el exsequatur *de la censura, sobrado suspicaz y no muy ilustrada en aquellos tiempos, fué preciso inventar otro final, más grato quizá para la generalidad de los espectadores, pero ménos conforme á la verdad histórica y á las reglas del arte; y como con esta variante se ha continuado representando la tragedia, y así ha corrido impresa, el autor lo pone á continuacion por si todavía lo prefiere alguna empresa teatral.*

VARIANTE.

ESCENA VI.

LEICÉSTER.

Y yo vivo! ¡Yo vivo, y desde el alto
no baja el rayo en espantoso trueno!
Reina execrable! Bárbara Isabela!—

He aquí, prudencia humana, tus efectos!—
Mal haya mi política afanosa!
Mal haya mi ambicion! Yo la detesto.—
Mueres, María, y en mi pecho ingrato
cual nunca enciendes amoroso fuego.
Ay dolor!—Mas ¿qué digo, miserable!
Yo amor? ternura yo? ¿Cobarde cedo
á femenil piedad?—Ahoga en tu alma,
monstruo! ahoga el atroz remordimiento;
acaba de sumirte en el oprobio
consumando tu crudo ministerio;
baja á gozar de Estuarda en la agonía,
y arma tu corazon de triple acero.—

[*Fuera de sí marcha rápidamente hácia la puerta por donde salió María y se detiene de improviso.*]

En vano, en vano con osada planta
esta puerta fatal pasar intento.
Cuál infernal horror hiela mi sangre?—
Huyamos!—Dónde? dónde?—¡Oh si en su centro
la tierra me abismara! ¡Cuánto tardas
venganza del Señor!—En son funesto
quizá ya dictan tu feral sentencia,
malograda Princesa.—El golpe fiero.....—
Ah! suspende tu brazo sanguinario,
ministro del furor. Al crudo hierro
he aquí más digno blanco en mi garganta.
Ven; ya la vida soportar no puedo.—
Qué! ¿no tengo una espada y una mano
que escondan mi ignominia al universo?—
Adios, María; adios, Reina adorada!
Ya á la anhelada tumba te precedo.

[*Desenvaina la espada.*]

ESCENA ÚLTIMA.

LEICÉSTER. SEIMUR.

Seimur. Milord!
Leicéster. ¿Quién..... Ah, Seimur!
Seimur. ¿En fiera lucha
no oís sonar las armas á lo léjos?
Mortimer.....
Leicéster. Feneció?
Seimur. Vive y combate.
Leicéster. Gran Dios!
Seimur. Ya el muro á su valor abierto,
por via oculta al subterráneo vuela;
síguenle cien valientes caballeros;
tiembla á su vista el hórrido verdugo,
y la segur depone.....
Leicéster. Ah! Será sueño?
María.....
Seimur. Entónces de Burleigh la diestra.....
Leicéster. Acaba.
Seimur. Osa blandir puñal cruento,
y bárbaro en el seno lo sepulta
de la Reina infeliz.
Leicéster. Tigre!.... Yo muero.
Seimur. Espira en brazos de su fiel nodriza.—
En torno de Burleigh por breve tiempo

la escolta funeral lidia animosa;
la arrolla Mortimer, y en sangre envuelto
Burleigh muerde la tierra agonizando,
y á la region desciende del averno.

Leicéster. Oh Providencia justa!

Seimur. Nuevas armas,
que Burleigh esperaba, en tal momento,
no ya á su amparo, á su venganza vuelan,
y la pugna civil arde de nuevo.—
En tanto yo impaciente os aguardaba,
oculto espectador.—Venid. Resuelto
á perecer estoy á vuestro lado.

Leicéster. Sígueme, sí, y airados combatiendo,
y aplacando los manes de María,
el baldon de mi nombre lavarémos.
De hoy más, vana ambicion de altivo solio,
en ambicion de gloria te convierto.
Gloria es vengar la cándida inocencia,
que iluso abandoné!—Torrente inmenso
inunde á Albion de regicida sangre.
¡Temblad, temblad, verdugos, que instrumento
me elige Dios de su eternal justicia!
He aquí el terrible centellante acero
que quise hundir cobarde en mis entrañas.
María, augusta mártir!, yo te ofrezco
más alta expiacion. Morir te juro;
mas tu suplicio vengaré primero.

MARCELA, Ó ¿Á CUÁL DE LOS TRES?

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Representada por la primera vez en el teatro del Príncipe el dia 30 de Diciembre de 1831.

PERSONAS.

MARCELA.	D. MARTIN.
JULIANA.	D. AMADEO.
D. TIMOTEO.	D. AGAPITO.

La escena es en Madrid en una sala de la casa de Marcela.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

MARCELA. D. TIMOTEO. D. AGAPITO. JULIANA.

[*Don Timoteo y Juliana aparecen en el foro disputando: Marcela y D. Agapito más inmediatos al proscenio, sentados, haciendo aquélla una petaca, y éste un cordon.*]

Timoteo. Si no quiero! Hay tal porfía?
Mi habitacion es sagrada.
Juliana. ¿No he de dar una escobada
donde hay tanta porquería?
Timoteo. Qué importa? No lo consiento,
no lo sufro; y si te atreves.....
Juliana. Pero.....
Timoteo. En tus manos aleves
va á morir mi nacimiento.
Á tal ruina, á tal estrago
ya no hay paciencia que baste.
Ayer rompiste, ó quebraste,
mi Baltasar, mi Rey mago.
Hoy con los zorros fatales
me has hecho trozos, añicos
dos pastores con pellicos,
ó si se quiere, zagales.

Juliana. Pero, señor.....
Agapito. Lindamente.
Primoroso va el tejido.
Timoteo. Reniego de tu barrido.
Juliana. [*Entre dientes.*]
Vejestorio impertinente!
Timoteo. Qué dices de vejestorio?
Juliana. Yo.....
Timoteo. Mira que si me irrito.....
[*Acercándose.*]
Qué hace usted, don Agapito?
[*Juliana arregla los muebles.*]
Agapito. Nada, un cordon de abalorio.
Marcela. Agapito es muy amable.
Agapito. Sabe usted cuál se desvela
por complacer á Marcela
mi amistad inalterable.
Prosigo pues mi cordon
miéntras ella se ejercita
en su petaca de pita.
Juliana. (Qué enfadoso maricon!)
Timoteo. Segun parece, es de moda
esa labor, ó tarea,
entre las damas, ó sea.....

Pero di, ¿no te incomoda
esa mano de mortero
en la tuya delicada?
Qué moda tan desaìrada!
No llega al mes de Febrero.
Marcela. En algo se ha de pasar
el tiempo.
Agapito. No es usted justo
en impugnar su buen gusto.
Marcela. Mejor es esto que holgar.
Agapito. Y yo diré en todas partes
que es obra muy singular,
y que la debe premiar
el Conservatorio de Artes.
Marcela. Alabanza lisonjera,
digna de un jóven tan fino
como usted.
Timoteo. Oh! mi vecino
sabe muy bien la manera,
el modo y forma de hacer
á una dama cumplimientos;
es decir.....

Marcela. [*Se levanta, y D. Agapito tambien.*]

En sus acentos
es muy fácil conocer
su educacion esmerada.
Timoteo. Oh! es un jóven, un mancebo,
que puedo decir, me atrevo
á afirmar...., y nunca errada
me salió una profecía,
me atrevo á pronosticar
que le harán mucho lugar
las damas.
Marcela. Su bizarría,
su trato afable y cortés,
su gusto para cantar,
su destreza en el bordar,
y la gracia de sus piés
cuando baila un rigodon,
son prendas que sin empeño
bastan para hacerle dueño
del más yerto corazon.
Agapito. Señora! Ensalzarme así!....
Me confunde usted. Ya veo.....
Marcela. Como lo digo lo creo.
Agapito. (Ciega, ciega está por mí.)
Marcela. Su contextura es endeble,
pero.....
Agapito. Sí, soy delicado.
Marcela. Ya se ve, niño mimado.....
Juliana. (¡Que no conozca este mueble
que se están mofando de él!)
Marcela. Mas la gordura, el color.....
son de mal tono. Qué horror!
No es de elegante doncel
presumir de pantorrillas
como un ganapan, un bruto.
¡Qué bello es un rostro enjuto
abismado en las patillas!
Ni sobre cuello macizo
arman bien los corbatines;
ni se pintan figurines
para un mancebo rollizo.
Rostro sano y carrilludo
propio es de gente ordinaria.
¡Qué feo al cantar un *aria*,
ó lanzando un estornudo!
¡Qué mal sobre alfombra turca
quien tiene recios jamones,
qué mal mueve los talones
para bailar la *mazurca!*
Qué vale la corpulencia?
El hombre alto, moceton,
parece sauce lloron
cuando hace una reverencia.
Aunque escritores morales
viendo á un hombre encanijado
clamen: ¡fatal resultado
de las costumbres actuales!,
puesto que el hombre no es bueno,
lo prefiero chiquitin;
que en pequeño vaso al fin
no cabe mucho veneno.
De gigantesca figura
huye amor como del bu.
Vamos, valen un Perú
los hombres en miniatura.
Agapito. ¡Ah, que es celestial consuelo
el gustar á tal belleza!
Tome usted; tantà fineza
bien merece un caramelo.
Ah! tambien una pastilla
ménos dulce que esa boca.
Juliana. (Tonto! Á risa me provoca.)
Agapito. Tiene esencia de vainilla.

[*Á D. Timoteo y Juliana.*]

Vaya unos caramelitos.
Timoteo. Gracias.
Agapito. Son pura ambrosía.
Timoteo. Y de qué confitería?
Agapito. Calle de Majaderitos (*).
Marcela. Como usted..... es parroquiano,
le servirán.....
Agapito. De rodillas.
Tome usted: de estas pastillas
gasta la *donna soprano*.
Timoteo. Eh! yo os dejo ventilar,
discutir tan grave asunto.
Por mi parte he dado punto,
y me subo al palomar.
Allí me hechizo, me encanto,
y se me pasan las horas
muertas. Son tan criadoras!....
Quiero decir, ponen tanto!....
Yo no paro, no sosiego
hasta pasar mi revista.
Conque abur, hasta la vista,
hasta despues, hasta luégo.

(*) Hoy es calle de Cádiz.

ESCENA II.

MARCELA. D. AGAPITO. JULIANA.

Agapito. Vuelve usted á su petaca?
Marcela. No. La cabeza me duele.
Agapito. Jaqueca. Quitarse suele
con parches de tacamaca.
Se los quiere usted poner?
Bueno será. En dos instantes
iré á casa de Collantes.....
Marcela. Para qué? No es menester.
En tomando el aire un poco.....
Bajarémos al jardin.
Agapito. (Ya triunfé de don Martin.
Mia es Marcela. Estoy loco!)
El brazo.

[*Se le da Marcela.*]

Juliana. (Ya está tan hueco.)
Agapito. La sombrilla.

[*La toma de Juliana.*]

Bravo, bravo!
Allons? (Mi ventura alabo.)
Marcela. (Me divierte este muñeco.)

ESCENA III.

JULIANA.

Sola estoy, y esta pereza.....
Vamos, el viento del Sur
me desalienta. Tenía
que arreglar el *canezú*
de la señorita; pero
para trabajar en tul
no estoy ahora. Y qué haré?
Murmurar? El avestruz
de Juanillo no está en casa,
Bonifacio es un gandul,
la cocinera..... Ah! Gertrúdis,
que ayer vino de Gallur,
y ahí en la casa de al lado
sirve á don Pedro Eguiluz.....
Sí, sí. Qué buena muchacha!
Y yo no le he dicho aún....,

[*Asomada á un balcon.*]

Paisana! Gertrúdis!—Hola!
Ya viene.

[*Se supone que hablan con ella desde otro balcon.*]

Tal cual, y tú?—
Me alegro.—Sí? Ganas poco.
Yo cuatro duros y algun
regalillo, porque mi ama,
Dios le dé mucha salud,
es generosa y me quiere;
así tengo yo un baul
que da gozo. Te aseguro
que mi eterna gratitud.....
Su tio don Timoteo
es un pedazo de atun,
cominero, impertinente.....
Qué lástima de atahud!
Tan plomo para explicarse,
que cuando dice *segun,*
si detras no va el *conforme*
no está contento. Jesus!
Y luégo me da una guerra
con su palomar, con su.....
Vamos, bien dijo quien dijo
que el servir es mucha cruz.
Mi ama, como viuda y rica,
goza de su juventud;
oh! pero con juicio, aunque esto
no es hoy dia muy comun.
No le faltan aspirantes;
pero ella, sea virtud,
sea orgullo, ó lo que fuere,
no se ha decidido aún
por ninguno. Hay un poeta
que la mira de trasluz,
suspira, gime, se arroba
y no pronuncia una Q.
Reverso de la medalla
es un compadre andaluz,
capitan de artillería,
que lo mismo es entrar, prum!
estalló la bomba. Aquella
no es boca, no, que es obus.
El tercero...., ¡y cuál me aburre
su terca solicitud!....
es un fatuo, un botarate,
post-data de hombre, el *non plus*
del lechuguinismo, enclenque,
Periquito entre ellas..... Puf!
Qué peste! Siempre moneando,
siempre cantando el *Mai più;*
siempre hablando de piruetas,
y del solo y de la *pul*.....
Hombre que iria al Japon
por bailar un padedú;
y siempre con golosinas.....
Así está él que no echa luz!
Y dale con si el peinado
ha de llevar *marabus,*
y si es color más de moda
el de *hortensia* que el azul;
si el corsé..... Mas viene gente.
Ya nos veremos. Abur.

ESCENA IV.

JULIANA. D. AMADEO.

Amadeo. Julianita, Dios te guarde.
Juliana. Oh, señor don Amadeo!
Amadeo. Y tu ama?
Juliana. Salió á paseo.
Amadeo. Que siempre venga yo tarde!



Juliana. Ahí está don Timoteo.
Amadeo. Mi corazon sólo anhela
ver á la hermosa Marcela;
y no viéndola mi amor,
ese prosaico señor
me cansa, no me consuela.
Juliana. Puede que léjos no esté.
Amadeo. Quién?
Juliana. Mi ama.
Amadeo. Dímelo. Iré.....
Juliana. En cuatro saltos.....
Amadeo. Al fin,
no me dirás dónde fué?
Habla.
Juliana. Ha bajado al jardin.
Amadeo. Al jardin? Tú, segun creo,
te burlas de un afligido.
¿No dijiste.....
Juliana. Que á paseo
salió. Y en esto ¿he mentido
al señor don Amadeo?
Amadeo. No, mas tu chanza enfadosa
el tiempo me hace perder.
Oh Marcela! oh prenda hermosa!
Vuelo al jardin. Oh placer!
Hay suerte más venturosa?
Allí entre el verde arrayan
le diré mi tierno afan,
y que enamorado, muerto.....
Está sola?
Juliana. No por cierto,
que la acompaña un galan.
Amadeo. Ah!
Juliana. (Se quedó tamañito.)
Amadeo. Ingrata y fatal mujer!
Juliana. Oh! no es tan grave delito.
Amadeo. ¿Y quién pudo merecer.....
Juliana. El señor don Agapito.
Amadeo. Don Agapito? Ese mono.....
No le temo; le desprecio;
mas al pesar me abandono
al ver que me usurpa un necio
dicha que tanto ambiciono.
Juliana. Grande es sin duda el amor
que le inspira á usted mi ama.
Amadeo. Sí, mas ni un solo favor
paga mi amorosa llama,
y moriré de dolor.
¿Quién al mirarla tan bella,
quién no se abrasa de amores?
Quién no delira por ella?
Envidia tengo á las flores
que están besando su huella;
envidia al aire sutil
que en torno juega lascivo
de su cabello gentil;
y al ruiseñor que festivo
la canta diosa de Abril;
y á la fuente cristalina
que murmurando la llama;
y en la enramada vecina
envidia tengo á la grama
si en ella, ay Dios! se reclina.
Envidio al rojo clavel
que la ofrece su carmin,
envidio á todo el verjel....,
y á don Agapito en fin,
porque la acompaña en él.
Juliana. ¡Qué relacion tan discreta,
y cómo huele á azahar,
á tomillo y á violeta!
Para eso de enamorar
no hay hombre como un poeta.
¡Bien haya su boca, amén,
que con elocuencia tal
pinta el favor y el desden!
Ellos suelen sentir mal,
pero ¡lo dicen tan bien!
Amadeo. Ah!
Juliana. Mas mi señora bella,
¿por qué cuando está presente
esos labios siempre sella?
¡Conmigo tan elocuente,
y tan cartujo con ella!
Declare usted su pasion,
porque mentales amores
ya de este siglo no son.
Amadeo. Yo temo que sus rigores.....
Juliana. Eh! no es tan fiero el leon.
Es preciso ser más franco.
Ser cobarde con las damas
es querer quedarse en blanco.
No se ande usted por las ramas.
Herrar ó quitar el banco.
Amadeo. Á un desaire, lo confieso,
prefiero una enfermedad;
y aunque la amo con exceso.....
Juliana. Hola! Vence segun eso
al amor la vanidad.
Amadeo. Si Julianita quisiera,
pues tan tímido nací,
y es de mi bien camarera.....
Juliana. Qué?
Amadeo. Sé tú mi medianera.
Juliana. Yo!
Amadeo. Declárate por mí.
Yo te ruego.....
Juliana. Bueno es esto!
Pues, qué! no tiene usted lengua?
Ó por ventura mi gesto....
Amadeo. Puedes servirme sin mengua,
que mi amor es puro, honesto.
Ah! si venzo sus desvíos.....
Juliana. En mi vida me he mezclado
en ajenos amoríos,
porque el tiempo me ha faltado
para ocuparme en los mios.
Pero en fin, por compasion,
aunque repruebo el oficio,
ofrezco mi intercesion.
Amadeo. Oh dicha! Á tal beneficio
no hay humano galardon.
Si fueses tú camarera
de las que andan por ahí,
dinero y joyas te diera;
mas veo prendas en ti

superiores á tu esfera.
Tu talento es sin igual,
y mi pluma no profano.....
Sí, voy á escribirte ufano
el más lindo madrigal
que se ha escrito en castellano.
Juliana. Pues! Dádiva de poeta.
¿Y con esa fruslería
me paga usted la estafeta?
Amadeo. Oh! La dulce poesía....
Juliana. Buen dinero es la Gaceta!
Aunque tenga yo talento,
y guste de madrigales,
perdone usted si no miento,
daria por veinte reales,
no un madrigal, sino ciento.
Yo agradeciera no obstante
tal honor, fineza tal,
oh caballero galante,
si envuelto en el madrigal
me diese usted un diamante.
Amadeo. Oh Pimpleas! No escucheis
tan horrorosa blasfemia.
Huid, oh Musas! qué haceis?
y hasta Rusia no pareis,
aunque os coja la epidemia. (*)
¡Que tú discreta te llames,
tú que en el alma cobijas
pensamientos tan infames!
Juliana. Pues ¿yo.....
Amadeo. Calla, no me aflijas.
Oh auri, auri sacra fames!

[*Da una moneda á Juliana.*]

Toma, pues dinero quieres,
y perteneces, mezquina,
al vulgo de las mujeres.
Mayor será la propina
si con celo me sirvieres;
ya que por raro portento,
cuando las Musas están
en tan triste abatimiento,
no me pudro en un desvan
descamisado y hambriento.
Toma, que la dulce lira
sólo consagro á la hermosa
por quien el alma suspira;
no á fámula codiciosa
que solo tedio me inspira.—
Ah! perdona. Loco estoy.
No te enojes.
Juliana. Bagatela.
Tan quisquillosa no soy.
Amadeo. Hazme dueño de Marcela
y cuanto quieras te doy.
Juliana. No baja usted al jardin?
Amadeo. No, que me siento con vena,
y quiero á mi serafin
hacer una cantilena.
Ábreme su camarin.
Juliana. Vaya usted, que abierto está.
Amadeo. [*Distraido.*]
Voy, voy. La primera estrofa.....

[*Se retira gesticulando como quien compone versos.*]

Juliana. La cabeza perderá,
y luégo si una se mofa.....

ESCENA V.

JULIANA. D. MARTIN.

Martin. Oh Juliana! Cómo va?
Juliana. (Otro loco rematado.)
Muy bien, señor don Martin.
Martin. Mucho de verte me agrado.
Desde Cádiz á Pekin
no hay un cuerpo más salado.
Juliana. Es favor que.....
Martin. No, mujer.
Y ese color..... Cosa rara!
Y el cútis..... No hay más qué ver.
Hoy has estrenado cara.
Juliana. Yo!
Martin. No es esa la de ayer.
Te juro que desde ahora,
á no haberme ya flechado
la viudita encantadora.....
Ah! pero áun no he preguntado
por el bien que mi alma adora.
Salió ya del tocador?—
¡Que un hombre de mi calibre
esté perdido de amor!—
Y ella independiente, libre,
fresca, tranquila..... Qué horror!—
Qué hace el viejo estrafalario?
¿Recompone el nacimiento,
ó le echa alpiste al canario?—
Hoy pasó mi regimiento
revista de comisario.
La vida de un militar
es vida perra, Juliana.
Suena el clarin. Á montar!
y por tarde y por mañana.....
Es cosa de reventar.
Conque anda, sé diligente.
Puedo entrar? Pasa recado.—
El vecino encanijado
ahí estará. Vaya un ente!
Ya me tiene estomagado.—
No respondes? Tú estás lela.
Juliana. Si usted no me deja hablar!
Martin. Vamos, dónde está Marcela?
Juliana. Ha bajado á pasear.
Martin. Al Prado? en la carretela?
Juliana. No. Al jardin.
Martin. ¿Con el pelmazo
de su tio?
Juliana. No, señor.
Bajó....

(*) El cólera morbo, que á la sazon hacía estragos en aquellas regiones.

Martin. Terrible embarazo
es un viejo..... Ah! ven, primor:
te quiero dar un abrazo.
Juliana. Eh! Qué hace usted?
Martin. No hay escape.
Eh! si al fin me has de querer,
¿de qué sirve..... Ay, mona!....

[*Va á abrazarla, y Juliana, encogiendo el cuerpo, se le huye y le deja con los brazos abiertos.*]

Juliana. Zape!

ESCENA VI.

D. MARTIN.

Se escapó. Cómo ha de ser!
Pero como yo la atrape.....
Ea, vamos al jardin.....
Mas ¿quién sube? Hola! Es la viuda,
y el enfadoso arlequin
la acompaña; sí, no hay duda.
Formidable paladin!

ESCENA VII.

MARCELA. D. MARTIN. D. AGAPITO.

Marcela. Usted por aquí, mi amigo?
Muy buenos dias.
Martin. Estoy
á los piés de usted, señora.
Agapito. Saludo á usted.....
Martin. Servidor.

[*Se sienta Marcela, y en seguida don Martin á su derecha, y D. Agapito á su izquierda.*]

Marcela. Hoy hace un dia admirable.
Agapito. Casi, casi pica el sol.
Martin. Se equivoca usted: no pica.
Agapito. Á mí sí.
Martin. Pues á mí no.
Agapito. Eso va en naturalezas.

[*Don Martin habla al oido con Marcela.*]

Yo tengo una complexion....
Vaya una pastilla....

[*Se la presenta.*]

Martin. [*Sin tomarla.*] Gracias..
Marcela. [*Aparte con D. Martin.*]
No me tengo....
Agapito. Es de licor.....
Marcela. Por un monstruo.....
Agapito. Una pastilla.....
Marcela. Pero el cielo no me dió
las gracias que usted pondera.
Martin. Pues no es exageracion.
Esos ojos, esa boca
son obra del mismo Amor.
Modestia sin sosería,
gracia sin afectacion.....
Y luégo habrá quien alabe
las bellezas de Moscóu,
de París, de Filadelfia,
de Edimburgo, del Japon.....
Eh! no hay nada comparable
con el gracejo español,
con ese garbo, ese brio.....
En la boca de un cañon
me vea yo si.....

[*Tropieza con su brazo en el de don Agapito, que seguia ofreciéndole su pastilla.*]

Qué es eso?
Agapito. Una pastilla.....
Martin. Eh! no soy
amigo de golosinas.
Agapito. Suavizan mucho el pulmon.
Martin. Eh! Soy yo tísico? ¡Á mí
pastillas!....

[*Don Martin sigue hablando aparte con Marcela.*]

Agapito. Pero... (Es atroz!)
Marcela. ¡Dejaria usted de ser
andaluz! En fin, le doy
mil gracias por la lisonja.
Martin. Lo digo de corazon.
Si no lo sintiera así
no dude usted que.....
Marcela. Mejor.
Así lo agradezco más.
Tengo una satisfaccion
en gustar á mis amigos.
Ni dengosa ni feroz,
no me quiero parecer,
aquí para entre los dos,
á esas que arañan á un hombre
cuando les dice una flor;
ó bien fruncen el hocico,
y con zalamera voz,
clavando en tierra los ojos,
suelen responder: «Favor
que usted me hace.—Sí? De véras?
Para que lo crea yo!—
Eh! no diga usté esas cosas,
que me cubro de rubor.—
Oh, qué malos son los hombres!—
Vaya, calle usted por Dios.....»
Y nunca saben salir
de este mismo diapason.
Martin. Nunca he gustado de tontas.
Agapito. Pues las hay de tan precoz
talento, que.....
Marcela. El hombre fino,
de mundo, de educacion,
es galante con las damas,
y, siempre que su pudor

no ofenda, si las requiebra
cumple con su obligacion.
Porque eso de si el *poplin*
es más de moda que el *gro;*
si recibió más aplausos
el contralto que el tenor;
«se divierte usted? estuvo
muy concurrido el salon?.....»,
son ripios insustanciales,
por más que entre col y col
se suela mezclar un poco
de amable murmuracion.

Agapito. Ciertamente.....

Marcela. Ni á una dama
se le ha de hablar del Mogol,
de la guerra de los rusos,
de si vino el paquebot
de la Habana, de.....

Martin. Á las bellas
se las debe hablar de amor.

Agapito. Y cuando más de algun baile,
de alguna.....

Martin. [*Á Marcela.*]
Prendado estoy
de esa gracia peregrina.

Agapito. Marcelita..... (Se acabó:
no me deja meter baza.

[*Se levanta.*]

Hay hombre más hablador?)

ESCENA VIII.

MARCELA. D. MARTIN. D. AMADEO.
D. AGAPITO.

Amadeo. (Eh! ya acabé mi letrilla.
Jamás Apolo.....) Señora.....

Marcela. Beso á usted la mano.

Martin. Oh primo!—
Pues, señor, vuelvo á mi historia.

[*Habla al oido con Marcela.*]

Amadeo. (Ingrata! ¡Apénas me mira;
me saluda desdeñosa,
y habla con otro en secreto!
Yo no sé cómo soporta
tantos ultrajes mi amor.)

[*Se pasea.—D. Agapito, aburrido, se pone á trabajar en su cordon.*]

Marcela. ¡Que siempre ha de estar de broma
este don Martin!

Agapito. [*Á D. Amadeo.*]
Amigo,
poco favorable sopla
el viento para nosotros.
Don Martin es quien la logra.
Mire usted ¡qué amartelado,
qué ufano está..... No me importa.
Yo sé bien que si Marcela
de algun galan se enamora
será de mí, porque al cabo
y al fin, aunque no me toca
alabarme..... Ah qué ocurrencia!
¿Por qué no hace usté unas coplas
satíricas contra ese hombre
que tanto nos encocora?

Amadeo. No estoy para coplas.

Agapito. Pero.....

Amadeo. Ni jamás contra personas
determinadas.....

Agapito. No le hace.
La venganza es muy sabrosa.
Pero, ya se ve, no siempre
las deidades de Helicona.....
¿Y qué tiene usté entre manos
ahora?

Amadeo. Nada. (Qué mosca
es el hombre!)

Agapito. ¿Algun soneto
á los desdenes de Flora?
Algun agudo epigrama?
¿Ó bien algunas estrofas.....

Amadeo. Hombre!....

Agapito. ¿Ó quizá algun poema
al céfiro y á la aurora?

Amadeo. No pienso.....

Agapito. Alguna elegía?
Alguna oda? Oh! las odas.....

Amadeo. No, señor. Voy á escribir,
no con tinta, con ponzoña,
una sátira sangrienta
contra hombrecillos de alcorza,
que sólo tienen talento
para bailar la gabota;
que por un yerro de imprenta
son hombres, y no son monas;
que huelen á majaderos
al traves de tanto aroma;
que si España fuera Egipto
pudieran pasar por momias;
que con su voz de falsete
los oidos me destrozan;
que con su extraña figura
siempre á risa me provocan;
que con sus gestos me pudren,
me empalagan con sus modas.....
y en fin, con necias preguntas
me fastidian, me sofocan.

Agapito. Ya, pero eso ha de entenderse
con quien.....

Marcela. Doblemos la hoja,
don Martin, y guarde usted
para quien no le conozca
esas frases de cartilla.

Martin. ¿Y por qué ha de ser lisonja,
y no.....

Marcela. Por Dios, don Martin!
Mire usted que no soy tonta.

Martin. (Otra será su respuesta

cuando me declare en forma.)
Marcela. Amigo don Amadeo,
teme usted que se le coman?
Cómo así tan retirado?
Amadeo. Quien de prudente blasona,
señora mia, se aleja
si conoce que incomoda.
Marcela. Á mí incomodarme usted!
Con decirlo me sonroja.
Don Martin me estaba hablando,
y como siempre es chistosa
su conversacion.,...
Martin. (Yo venzo.)
Marcela. Me hacen gracia hasta las bolas
que suele ensartar.
Martin. Marcela!
Marcela. Yo le oigo como una boba.
Ni era cosa de dejarle
con la palabra en la boca.
Agapito. Sí, fácil es!
Martin. Yo protesto.....
Marcela. Bien está; pero mi norma
es ser imparcial con todos
mis amigos.
Amadeo. Si yo.....
Marcela. Ahora
soy de usted.
Amadeo. [*Sentándose.*] (Oh dulces ojos!
Oh voz que el alma me roba!)
Marcelita.....
Marcela. ¿Piensa usted
publicar alguna obra
de su ingenio?
Martin. Mal hará,
si no es alguna espantosa
novela donde haya espectros,
y violencias, y mazmorras,
y almas en pena, y suicidios.....
y en fin, eso que está en boga.
Sobre todo, gran cartel
con cada letra tan gorda,
y te haces hombre. Si aspiras
á merecer la corona
de escritor discreto, puro;
si cuidas más de la gloria
que del dinero, ay de ti!
Ningun cristiano te compra.
Amadeo. No me desvela el afan
de verme impreso. ¡Es tan poca
la confianza que tengo
en mis versos.....
Marcela. Es muy propia
del verdadero saber
la modestia.
Amadeo. Usted me honra.
(Oh bella!)
Marcela. Mas yo, que soy
su amiga y admiradora,
y por usted me intereso
tanto.....
Amadeo. (Bien haya tu boca!)
Marcela. Siento que versos tan lindos,
y que justamente elogian
sujetos de ciencia y gusto,
el público desconozca,
cuando hace gemir las prensas
tanta fementida copla.
Amadeo. (Ah!.....) La aprobacion de usted
es mi más satisfactoria
recompensa.
Agapito. (Estoy volado.)
Martin. ¿De qué valen las cien trompas
de la fama? Quien merece
la aprobacion de una hermosa.....
Cuando voy yo á la cabeza
de mi veterana tropa,
y agitando el abanico
con sonrisa que enamora
alguna humana deidad
me saluda,.... vaya, es cosa
de perder el juicio.—Estando
mi escuadron en Tarragona.....
Á propósito, hoy me ha escrito
el ayudante Mendoza.

[*Se levanta Marcela, y en seguida todos, ménos D. Agapito.*]

Qué buen muchacho! Se casa
por poderes en Daroca
con una..... Don Agapito,
deje usted esa maniobra.
¿Qué diablo.....
Agapito. Sí, ya la dejo,
que no estoy de humor. Las borlas
para mañana.

[*Se levanta.*]

ESCENA IX.

MARCELA. D. AMADEO. D. MARTIN.
D. AGAPITO. D. TIMOTEO.

Timoteo. Oh señores!
Tanta dicha, tanta honra.....
Martin. Oh, amigo mio!
Timoteo. Yo estaba
arriba con las palomas.....
Amadeo. Las tres!

[*Va á tomar el sombrero, y lo mismo D. Agapito y D. Martin.*]

Timoteo. Alto! No se van
ustedes: quiero que coman
con nosotros.
Amadeo. Por mi parte.....
Timoteo. Cómo! Ninguno se oponga,
se resista á mi convite,
á mi obsequio.

[*Á la puerta.*]

Juan, la sopa.
Martin. Pero.....
Timoteo. No hay pero que valga.

No somos gente tan sobria,
tan frugal, que nuestra mesa
se asuste por tres personas,
por tres convidados más
ó ménos.

Marcela. Soy muy gustosa
en que ustedes me acompañen.

Martin. Acepto pues.

Timoteo. Buena olla;
quiero decir, buen cocido
no ha de faltar, y unas ostras,
que no se comen mejores
en la fonda de *Perona.*

Amadeo. Con mucho placer.....

Agapito. No debo
despreciar.....

Timoteo. Sin ceremonia,
sin cumplimiento. No gusto
de etiquetas enfadosas.—
Ea, al comedor conmigo.—
¿Qué haces tú que no te apoyas
en un brazo....
[*Los tres se lo ofrecen, y Marcela toma el de D. Agapito, que está más cerca.*]
Bravo! Adentro.
[*Se lleva como á remolque á D. Martin y á D. Amadeo.*]

Martin. (Maldito goloso!....)

ESCENA X.

D. AGAPITO. MARCELA.

Agapito. (Hola!
Me prefiere.) Marcelita,
si usted á mal no lo toma,
despues de comer quisiera.....

Marcela. Qué?

Agapito. Hablar con usted á solas.

Marcela. Muy bien. (Qué querrá decirme?)

Agapito. (Qué de finezas me otorga!
¡Si digo yo que mi amor
navega con viento en popa!)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

MARCELA. JULIANA.

Juliana. Pronto deja usted la mesa.

Marcela. Ya han levantado el mantel:
no tienen por qué quejarse.
Les he servido el café,
y huyendo de los cigarros,
que maldiga Dios, amén,
aquí me vengo, Juliana.

Juliana. Pero esa es mucha esquivez,
señorita. ¿Qué dirán
viendo que se aleja usted
tan pronto?

Marcela. Qué han de decir?
Que preciándome de ser
amiga suya, los trato
con franqueza.

Juliana. Eso está bien,
y en punto á conversacion,
ya que usted no se la dé
harto la suple su tio,
que habla él solo más que diez;
mas no es esa la cuestion,
sino.....

Marcela. Qué?

Juliana. Que á mi entender,
motivos ménos triviales
harán sensible y cruel
esa retirada.

Marcela. Cómo!
Yo no te entiendo.—

Juliana. Pues, qué!
mi señorita ¿no sabe
que el invencible poder
de sus ojos hechiceros
cautivos tiene á los tres?

Marcela. Qué estás diciendo?

Juliana. En verdad,
señora, no es menester
ser profeta para eso.
El amor luégo se ve,
y en materias semejantes
es un lince la mujer.

Marcela. Pues yo, que tal no he notado,
no lince, topo seré.

Juliana. Disimula usted conmigo?
Eso, señora, es hacer
agravio á mi discrecion.
¿Ó desea usted tal vez
que le regale el oido?

Marcela. No por cierto. Pero ¿quién
te ha contado esas patrañas?
En nuestro trato ¿qué ves
sino una amistad sencilla.....

Juliana. Me gusta la sencillez.
Digo á usted que están prendados

de esos hechizos. Lo sé
de buena tinta.
Marcela. Confieso
que muy galantes los tres
me suelen decir lisonjas,
que ni puedo reprender,
porque al fin las alabanzas
nunca se oyen con desden,
ni les doy otro valor
que el debido al oropel
de cortesanas finezas.
Uno entre ellos suele ser
más pródigo de requiebros.....
Juliana. Don Martin, sin duda.
Marcela. Pues,
pero yo le oigo, Juliana,
como quien oye llover,
porque es aquella cabeza
otra torre de Babel;
y tan pronto me enamora
diciendo que al rosicler
de la aurora dan envidia
mis ojos, y que el clavel
no es más rojo que mis labios,
y cosas de este jaez,
como me habla de un tordillo
que le envian de Jaen,
y del pienso, la parada,
la patrulla y el cuartel.
Juliana. Pues crea usted.....
Marcela. Ahora dime,
¿no sería una sandez
el juzgarme yo querida,
solicitada por él?
Don Agapito me asedia,
y suele decir tambien
sus piropos; pero un hombre
que gasta todo su haber
en perfumes y pastillas,
víctima de su corsé,
bailarin, afeminado,
cómo es capaz de querer?
Resta el poeta, y tú sabes
que es la suma timidez
para con las damas. Puede
que por mí perdido esté
de amor, y áun suele mirarme
con melosa languidez;
pero miéntras no se explique
mal le puedo comprender.
En fin, tiempo ha que me tratan
todos ellos. (La viudez
me da cierta independencia);
mas, aunque á solas me ven,
de ninguno he recibido
hasta ahora ni papel,
ni declaracion verbal
por donde pueda creer
que me aman. Los tres me estiman,
y no fuera yo cortés
si tan finas atenciones
me negase á agradecer.
Juliana. Sin embargo, muchas veces,
miéntras una no da pié,
callan los hombres y..... Vamos,
ya sabe usted que soy fiel.
Ese cuerpo ha dado á todos
flechazo: sí; yo doy fe.
¿Cuál de los tres ha logrado
inspirar más interes.....
Marcela. Vete, que don Agapito
quiere hablarme á solas.
Juliana. Eh?
Qué tal?
Marcela. Y aquí viene.
Juliana. Pronto
le verá usted á sus piés
tierno, rendido.....
Marcela. Bobada!
Algun nuevo *balancé*
querrá enseñarme, ó quizá.....
Juliana. Ello presto se ha de ver.
Yo me voy. (Ya por el pronto
cayó en el anzuelo un pez.)

ESCENA II.

MARCELA. D. AGAPITO.

Agapito. Ahora, bella Marcelita,
que no está aquí el artillero,
y sobre mesa el coplero
no sé si duerme ó medita;
pues benévola ha querido,
colmándome de bondades,
darme á solas una audiencia,
prepare usted el oido.....
Marcela. (Para escuchar necedades.
Paciencia!)
Agapito. Sin vanidad, yo nací,
señora, con tal estrella,
que apénas hay una bella
que no delire por mí.
Yo las dejo suspirar
y, prendido en otra red,
las miro con menosprecio;
que á todas no puedo amar,
y mi alma.....
Marcela. Prosiga usted.
(Qué necio!)
Agapito. Ya prosigo. El alma mia
sola usted ha cautivado
y á la de usted se ha ligado
por secreta simpatía.
No es dura roca Marcela,
no es insensible diamante
al tierno amor que me inspira.
Sé que por mí se desvela;
me lo prueba á cada instante.....
Marcela. (Mentira!)
Permita usted.....
Agapito. Seré breve.—
Pero sus ojos fatales
alientan á mis rivales,
y esta conducta es aleve.

Fijo yo en su corazon,
poco me debe afligir
algun amor transeunte.

Marcela. Pero ¿qué demostracion.....

Agapito. Déjeme usted concluir.

Marcela. (Qué apunte!)

Agapito. Si á solas está conmigo,
su sonrisa seductora
me prueba..... [*Se rie Marcela.*]
pues, como ahora,
que soy su más dulce amigo;
mas si viene el atronado
de don Martin...., fuego en él!
ó el mustio don Amadeo,
hago yo siempre á su lado
un ridículo papel.

Marcela. (Lo creo.)

Agapito. Pretendo, pues, y ya es hora,
que ese labio lisonjero
ponga fin con un te quiero
al ansia que me devora.

[*Viene D. Amadeo, Marcela le sale al encuentro, y hablan aparte.*]

Entónces, si gloria tanta
que mi ventura completa
me disputa un temerario.....
Calla! Esta es buena! Me planta
por hablar con el poeta.
Canario!

ESCENA III.

MARCELA. D. AGAPITO. D. AMADEO.

Marcela. [*Aparte con D. Amadeo.*]
No, no me lo niegue usted;
ocioso es que disimule.
Si Juliana me lo ha dicho!

Agapito. (Merece quien esto sufre.....
Pero no; estará picada,
y darme celos presume.)

Amadeo. Estaba solo, y supliendo
en mí al estro la costumbre,
una letrilla amorosa
por pasatiempo compuse;
pero está tan incorrecta.....

Agapito. (Si me ve con pesadumbre
logra su objeto.)

Marcela. Qué importa?
No es razon que se sepulte
en el olvido. Veamos.

Amadeo. Bien, con tal que no la escuche
don Agapito.....

Marcela. Y por qué?

Amadeo. No temo á una mala nube
tanto como á un necio.

Agapito. (Oh! sí,
aunque se finge voluble,
ella me ama. Lleva á mal
que sin motivo la acuse.....
Bien puedo yo ser su amante
sin exigir que renuncie
á tener amigos.)

Marcela. Bien,
pues yo haré que desocupe
el puesto.—Don Agapito.

[*Se acerca á él.*]

Agapito. (Miren qué pronto sucumbe!)

Marcela. Quisiera..... Perdone usted.

Agapito. (No digo?)

Marcela. Mandar por dulces.....

Agapito. Áun he de tener pastillas
aquí..... mas ¡son tan comunes!
Usted prefiere merengues;
no es cierto?

Marcela. Lo que usted guste.
(Yo no los he de probar.)

Agapito. No sé si en casa de Nuñez
los habrá. Si no los tiene,
yo veré en los andaluces.....

Marcela. No; yo mandaré á Juanillo.....

Agapito. Qué! ¡Si ese hombre es tan inútil.....

Marcela. Es verdad. Bien, vaya usted;
mejor será.

Agapito. Me confunde
tanta bondad. Voy volando.
(Ya no es posible que dude
de su amor. ¡Para que hiciera
tal distincion de ese fútil
poetilla, ó del insigne
don Martin! Ah, cuál me bulle
el corazon de alegría!
¡Digo á ustedes que se lucen,
señores mios!)

[*Á Marcela con misterio, y haciéndose el interesante.*]

Supongo
que.....

Marcela. [*Riéndose.*]
Ya.

Agapito. Bien, bien; pero urge.....

Marcela. Sí.

Agapito. [*Muy satisfecho.*]
Basta, basta. (Lo más
que resiste es hasta el lúnes.)

ESCENA IV.

D. AMADEO. MARCELA.

Marcela. (¿Habrá títere más.....) Vamos,
ya nadie nos interrumpe.
Lea usted esa letrilla.

Amadeo. Será fácil que me turbe.
Léala usted, si merece
tal dicha mi pobre númen,
y perdone mi osadía.

Marcela. (Temblando está.)
Amadeo. (Amor me ayude.)
Marcela. [*Leyendo.*]
«*Letrilla á Laura.*»
Amadeo. (No sangre,
hielo por mis venas cunde.)
Marcela. «Mis ojos, que admiran
tu talle gentil,
y á los tuyos piden
cadena feliz,
y ven en tus labios
las Gracias reir,
te dicen, bien mio,
que muero por ti.
Si veo á tu mano,
que envidia el marfil,
del arpa divina
las cuerdas herir,
mi dulce embeleso,
mi gozo sin fin
te dicen, oh Laura!
que muero por ti.
Tú ves abrasado
mi pecho latir
desque Amor me hiere
con dardo sutil.
Mis hondos gemidos,
mi llanto infeliz
te dicen sin tregua
que muero por ti.
Erato desdeña
mi plectro regir,
si no es que te canto
gloria de Madrid,
y en versos que aspiran
á eterno buril,
oh Laura! te juro
que muero por ti.
Cautivo en tus ojos
me consumo así
cual roto y perdido
capullo de Abril.
Tú me ves, oh Laura!
penando morir,
y quizá no sabes
que muero por ti.
Ya es vano el silencio.
Yo te adoro, sí.
Por ti me atormentan
mil penas y mil.
Si airada la tumba
me quieres abrir.....
no ignores al ménos
que muero por ti.»

Oh qué preciosa cancion!
(Seré yo esta Laura bella?)
Amadeo. Si hay algun mérito en ella,
es todo del corazon.
Marcela. No se llame sin ventura
quien maneja así la lira,
ni la belleza que inspira
tanto amor, tanta ternura.
Amadeo. Ah! Si.....
Marcela. Nombre imaginario
Laura sin duda será,
que los poetas allá
tienen otro calendario.
Y la razon es muy llana:
¿quién en los versos tolera
á una Blasa ó Baldomera,
Jerónima ó Sinforiana?—
¿Y tanta es la perfeccion
de esa Laura? Ha sido fiel
el poético pincel?
No ha habido exageracion?
Amadeo. [*Con entusiasmo.*]
Es de las gracias modelo,
la formaron los amores,
sus ojos encantadores
robaron la luz al cielo,
flores nacen donde pisa.....
Marcela. [*Remedándole.*]
Su dulce voz enajena,
y las almas encadena
con su hechicera sonrisa;
su boca es fragante rosa
de Chipre..... ó de Jericó.—
¿Piensa usted que no sé yo
cómo se pinta á una hermosa?
Amadeo. (Se burla. No me declaro.)
Marcela. (Tendrá Juliana razon?)
Pero ¿quién en conclusion
es ese portento raro?
Amadeo. No seré yo quien le nombre.
Marcela. ¿Es delito por ventura
el adorarla?
Amadeo. Es locura.
Marcela. Locura! Eso dice un hombre?—
Es de áspera condicion?
Amadeo. No, que su agrado enamora.
Marcela. Es casada?
Amadeo. No, señora.
Más honesta es mi pasion.
Marcela. (Yo de mi duda saldré.)
Es amiga mia?
Amadeo. Sí.
Marcela. Vive muy léjos de aquí?
Amadeo. No.
Marcela. Quiere á otro?
Amadeo. No sé.
Marcela. Hoy la habrá usted visto.
Amadeo. Ya.
Marcela. Puso mala cara?
Amadeo. No.
Marcela. Le ha dado á usted celos?
Amadeo. Oh!
Marcela. Le ha hecho á usted preguntas?
Amadeo. Ah!
Marcela. Qué lacónico es usté!—
Vaya, tome su cancion,
y á la primera ocasion.....

Amadeo. Ah! ya es inútil.
Marcela. Por qué?
Amadeo. Porque su rigor me hiela.
Marcela. Cualquiera de esto se halaga,
y si tanto amor no paga,
lo agradecerá.....
Amadeo. Marcela!
Marcela. Tome usted sus versos.
Amadeo. Oh!
Marcela. Dale con tanto gemir!
Acabe usted de decir
que soy esa Laura yo.

Amadeo. [*Turbado.*]
Ah! si... Mi... La...

Marcela. [*Riéndose.*]
Si... Mi... La...
Me enseña usted el solfeo?
Amadeo. (Perdido soy; bien lo veo.)
Marcela. (Lástima y risa me da.)
Vaya, hable usted con franqueza,
monosílabo señor.
Soy yo causa de su amor?
Amadeo. Oh desventura! oh flaqueza!
Marcela. De nada me maravillo;
y.....
Amadeo. Dura fuerza del hado!
Marcela. Vaya, hable usted, ó me enfado.
Amadeo. Ay Marcela!
Marcela. Ay tabardillo!
Amadeo. Conque al fin ¿he de romper
mi silencio?
Marcela. Sí; ya es hora.
Amadeo. Pues la que mi pecho adora.....
Marcela. Ya no lo quiero saber.
Amadeo. Ah!

[*Se deja caer sobre una silla.*]

ESCENA V.

D. AMADEO. MARCELA. D. MARTIN.

Martin. ¡Gracias al cielo doy
que al fin ya libre me veo.....
Marcela. De quién?
Martin. De don Timoteo.
Bufando de rabia estoy.
Marcela. Pues ¿cómo.....
Martin. ¡Malditos sean
sus sinónimos eternos!
Hay hombres de los infiernos
que cuando hablan aporrean.
No acabara en quince dias
á no hacerle yo acostar.
Y vuelta á su palomar,
y torna á sus profecías,
y retorna al nacimiento.....
Digo! ¡Pues tenía traza
de dejarme meter baza!
Oh qué hablador tan sangriento!
Aquello era por demas.
Hija, qué nube! qué nube!
Intencion mil veces tuve
de enviarle á Satanas.
No lo puedo resistir;
me desesperan, me endiablan
esos que hablan y hablan y hablan
sin respirar ni escupir.
Sirve en mi cuerpo un alférez,
que es hablador furibundo,
y se llama don Facundo
Valentin Perez y Perez.
No hay poder hablar con él.
Sí, sí, facilito es eso!
En soltando la sin hueso
á ninguno da cuartel.
Un dia se puso á hablar
conmigo; yo le queria
interrumpir. Bobería!
Sintió que iba á estornudar.
En tan crítico momento
qué hace? La boca me tapa,
el estornudo se escapa,
y prosigue con su cuento.
Digo! esto es ser hablador.
Pues con tanta algarabía,
por cartujo pasaria
al lado de ese señor.
Es mucha, mucha crueldad.
Válgame Dios, qué carcoma!....
No lo tome usted á broma:
eso es una enfermedad.
Vamos, áun me dan sudores.
Qué suplicio! qué agonía!
Jesus! ¡Mala pulmonía
en todos los habladores!
Marcela. Cuenta con la maldicion!
Martin. Pues, qué! me puede alcanzar?
Marcela. No, á usted no, que es para hablar
la suma moderacion.
Mas ¡oh prodigio admirable!
En el próximo aposento
á usted le ha dado tormento
un hablador perdurable.
Pues véame usted; yo sudo
de fatiga y de pesar
porque acabo de lidiar
con un sempiterno mudo.
Martin. Mudo! Y ¿quién.....
Amadeo. Ábrete, abismo!
Martin. Calla! No es mi primo aquél?—
Diga usted, Marcela, ¿es él
ese mudo?
Amadeo. Ay Dios!
Marcela. El mismo.
Nunca gusté de llorones.
¿Dónde hay cosa mas molesta
que oir sólo por respuesta
suspiros é interjecciones?
Martin. Pero ¿cuál es tu quebranto?
Amigos somos los dos.
Habla; di.....
Amadeo. ¡Pluguiera á Dios

que no hubiese hablado tanto!
Marcela. Amor le saca de tino,
mas no sé quién le avasalla.
Si se lo pregunto, calla;
solloza si lo adivino.
Y por cierto que hace mal,
y procede como necio;
que de sensible me precio,
si nó de sentimental.
Siento los males ajenos,
soy su amiga verdadera,
y satisfacer debiera
mi curiosidad al ménos.
Pero si tanto le halaga
dentro del pecho su pena,
guárdesela en hora buena
y buen provecho le haga.
Amadeo. Yo.....
Martin. Quita allá, que eso es mengua!
Nada! á salir del barranco.—
Á bien que yo soy más franco:
no me morderé la lengua.
(Yo no soy nada hablador,
que de prudente me paso;
pero cuando viene al caso
hablo más que un sangrador.
Precisamente deseo
ahora más que nunca hablar:
¡tal dieta me ha hecho pasar
el señor don Timoteo!

[*Á Marcela.*]

Ya que usted me da licencia,
y puesto que el Dios vendado
al más lego, al más callado,
da facundia y elocuencia;
basta, basta de tormento;
salga del pecho mi afan,
que estoy hecho un alquitran,
y si no canto reviento.
No hay que dudar de mi fe
porque Dios me hizo soldado,
que Aquíles fué enamorado,
y Marte mismo lo fué.
No sirve contra Cupido
el vestir férrea coraza,
que cual si fuera de estraza
la taladra el fementido.
Harto he mostrado á mi dama
celebrando su belleza
la intensidad, la fiereza
de esta pasion que me inflama.
Ni el cuitado Beltenébros,
ni cuantos de amor bramaron
á sus bellas regalaron
tantos, tan dulces requiebros;
mas temiendo sus enojos,
admiro mi cobardía!
no le he dicho todavía:
«muerto me tienen tus ojos.»
Mis intenciones son rectas;
bien lo puede conocer;
pero está visto, es mujer
que no entiende de indirectas.
Yo con mi amor no la ultrajo,
porque al fin soy caballero.
Pues pecho al agua. Qué espero?
Echemos por el atajo.
Marcela. (Oh qué exordio impertinente!)
Martin. Qué dice usted?
Marcela. Nada digo.
Prosiga usted.
Amadeo. Ah!
Martin. Prosigo,
que ya he soltado el torrente.
Hay mujeres, cuyo oficio
es barrenar corazones
y con dulces ilusiones
sacar á un hombre de quicio;
mujeres que á su pesar
son iman de los placeres,
y en fin, señora, mujeres
que es forzoso idolatrar.
Graciosas, discretas, bellas
y apacibles como el cielo,
¿cuál es el hombre de hielo
que no suspira por ellas?
Una entre todas domina,
como suele en los collados
entre tomillos menguados
alzarse gigante encina.
Por ella estoy con el Credo
en la boca... Oh! y no, no es chanza;
si no cumple mi esperanza
dará conmigo en Toledo.
Si el hombre más insensible
la adora mal de su grado,
qué haré yo, desventurado?
Yo, que soy tan combustible!
Pues ese dulce martirio,
esa deidad de la tierra,
que me mueve tanta guerra,
que me infunde tal delirio;
ese apetecido bien,
esa suspirada aurora,
ese prodigio.....

ESCENA VI.

D. MARTIN. MARCELA. D. AMADEO.
JULIANA.

Juliana. [*Llega corriendo.*]
Señora!
Martin. (Maldita seas, amén!)
Juliana. Venga usted, que hay novedad.
Yo estoy loca!
Marcela. Qué ha ocurrido?
Juliana. Que Clitemnestra ha parido
con toda felicidad.
Martin. Clitemnestra!
Juliana. Pobrecita!
Marcela. Oh qué gozo! Y cuántos?
Juliana. Tres.

Martin. ¿Se puede saber quién es.....
Juliana. Quién ha de ser? La gatita.—
Venga usted: el uno es negro,
otro tiene un collarin.....
Marcela. Perdone usted, don Martin.—
Vamos, vamos.

[*Se van corriendo.*]

ESCENA VII.

D. AMADEO. D. MARTIN.

Martin. Pues me alegro!
Oh mujer aleve, ingrata!
¡Con la palabra en la boca
me deja como una loca
porque ha parido la gata!
Amadeo. Oh cielo!
Martin. Tratarme así!
Si lo veo, y no lo creo!—
Qué dices de esto, Amadeo?
Responde.
Amadeo. Triste de mí!
Martin. ¡Quedamos lindas figuras
para adornar un retablo!
Amadeo. Ay!
Martin. Jeremías del diablo,
ya la paciencia me apuras.
De qué te quejas, maldito?
Amadeo. De mi desdicha.
Martin. Si es tanta,
mala angina en tu garganta!...,
pon en las nubes el grito,
desahoga el corazon,
truena; y no con esa calma
te estés repudriendo el alma,
amoroso moscardon.
En el café mucho hablar.
Vaya, quién te pone tasa?
Y en entrando en esta casa
sólo sabes suspirar.
Levanta;

[*Le hace levantarse.*]

deja de hacer
en ese rincon el buho,
y reneguemos á duo
de esa funesta mujer.
Toma parte en mi rabieta,
y pues tanto me ultrajó,
llámala tú como yo
frívola, falsa, veleta.
Por mucho que tú te asombres
de su garbo sin segundo,
di que Dios la ha echado al mundo
para acabar con los hombres.
Di conmigo, pues me mata:
«mujer inicua y sin fe,
¡permita Dios que te dé
veinte arañazos la gata!»
Amadeo. No le haré yo tal agravio,
no tomaré tal venganza.
Sólo para su alabanza
osaré mover el labio.
Miéntras con saña importuna
te quejas de su desvío,
yo la pondré, primo mio,
en los cuernos de la luna.
Diré que eclipsa la gloria
de Cleopatra, de Lucrecia,
y de aquella que en la Grecia
dejó perpetua memoria.
Diré que es cual otro Eden
aquel rostro afable, hermoso.
Diré que es grato y sabroso
hasta su mismo desden.
Con tierna solicitud,
si tanto puede mi acento,
encomiaré su talento,
ensalzaré su virtud.
Diré que es dulce, sencilla,
cuerda, apacible, donosa,
y diré en verso y en prosa
que es la octava maravilla.
Martin. Qué fuego! qué ponderar!
Estoy de oirte pasmado.
Ó la viuda te ha flechado,
ó yo no sé qué pensar.
Amadeo. Ah! sí, mi pecho la adora,
y en él su imágen grabada.....
Martin. ¡Mire usted con qué embajada
me sale el primito ahora!
Yo bien decia entre mí:
este pisó mala yerba;
pero es tanta tu reserva.....
Nunca obsequiarla te vi.....
Yo atendia á mi negocio,
y con mi afan no advertia.....
Pues escucha: juraria
que tenemos otro socio.
Amadeo. Otro! Y quién?
Martin. Don Agapito.
Amadeo. Sí, pero en vano porfía.
Martin. Querer á ese hombre sería
imperdonable delito,
bien lo conozco. No obstante,
como amor todo es chiripas.....
Amadeo. Qué! ¡Si da dolor de tripas
sólo el mirar su semblante!
Menospreciarle debemos,
porque á un bicho tan cuitado
le honraria demasiado.....
Martin. Calla, que aquí le tenemos.

ESCENA VIII.

D. MARTIN. D. AMADEO. D. AGAPITO.

Agapito. [*Con un cucurucho de dulces.*]
Todo Madrid he corrido
por traer de los mejores,
hasta que al fin..... Oh, señores!—

Y Marcela? adónde ha ido?

[*Don Martin y D. Amadeo rodean á D. Agapito, y le hablan con mucho misterio.*]

Martin. Á una solemne funcion.
Agapito. Á estas horas! No sospecho.....
Amadeo. Está postrada en su lecho.....
la viuda de Agamenon.
Agapito. Eh, señores! Esa chanza.....
Martin. No es ilusion.
Amadeo. Oh maldad!
Oh perfidia!
Martin. ¡Oh liviandad
que está clamando venganza!
Agapito. Vaya, basta de tramoya,
que es para aspar á cualquiera.....
Martin. Oh Atrida! ¡Más te valiera
haber fenecido en Troya!
Agapito. ¡Pues digo que es buen humor.....
Amadeo. ¡Ay, señor don Agapito,
tres de una vez! Oh delito!
Martin. Y el uno es negro! Qué horror!!!
Agapito. Véame yo confundido
si entiendo un solo vocablo.
Amadeo. Silencio!
Agapito. Pero ¿qué diablo.....
Martin. Chist!.... Clitemnestra ha parido.
Agapito. Clitemnestra? Por mi abuela.....
Martin. Quiere usted que lo repita?
Agapito. [*Dando palmadas.*]
Ah! ya entiendo. La gatita,
la gatita de Marcela.
¡Por vida..... Me alegro mucho.
Voy corriendo, voy á ver.....
[*Despidiéndose.*]
Señores.....
Martin. ¿Puedo saber
qué encierra ese cucurucho?
Agapito. Son merengues, capuchinas,
almendras garapiñadas,
yemas acarameladas,
y pastillas superfinas.
Gusta usted, don Amadeo?
¿Y usted.....
Martin. La ventura alabo
de don Agapito. Bravo!
Ya hay dulces para el bateo.
Corra usted.....
Amadeo. Corra usted, sí.
Mi enhorabuena le doy.
Martin. Cuidarla mucho.
Agapito. Voy, voy.—
El negrito para mí.

ESCENA IX.

D. MARTIN. D. AMADEO.

Martin. ¿Has visto, primo, en tu vida
más ridículo animal?
Amadeo. Ya se iba amoscando un poco.
Martin. Oh! y si él se enoja es capaz.....
de caerse muerto.—Pero
dejémosle acariciar
á su Clitemnestra, y vamos
á otra cosa más formal.
Conque amas á la viudita?
Amadeo. ¿Y quién, oh primo, verá
tantas gracias en su rostro,
quién su talle celestial
sin sentir dentro del pecho
un amoroso volcan?
Martin. Á mí tambien me ha gustado
más de lo que es regular;
y por cierto no esperaba
que fueses tú mi rival.
Yo creí que, satisfecho
con merecer su amistad,
no aspirabas á la dulce
coyunda matrimonial.
Amadeo. Tampoco yo imaginaba
que fueses tú su galan.
Martin. Poeta y amar de véras;
es cosa particular!
Amadeo. ¿Y qué diremos de ti,
andaluz, y capitan?
Martin. Como que iba yo á pedirte
me hicieses un madrigal
para pintar á Marcela
mi dulce cautividad.
Amadeo. Yo me iba á valer de ti
para decirle mi afan.
Martin. Pues querernos á los dos
no es posible.
Amadeo. Claro está.
Martin. Dejarla es duro; matarnos.....
sería una necedad.—
Qué haremos?
Amadeo. Querido primo,
ya sabes tú cuán fatal
soy en amores. La adoro.
Sólo la tumba podrá
de mi triste corazon
la activa llama apagar;
mas, sea que no merezco
tan peregrina beldad,
sea que con tantos ayes
la he llegado á fastidiar;
bien conozco que Marcela
no será mia jamás.
Tú sabes mejor que yo
la ciencia de enamorar.
Yo soy tímido en extremo;
tú eres en extremo audaz:
á mí no me da esperanzas;
acaso á ti te las da.—
Yo te cedo su conquista:
sí, Martin, y de este umbral
apartado para siempre,
triste, desvalido, ay!
lloraré mi desventura
en amarga soledad.
Martin. Ah, ah!.... Déjame reir.

Amadeo. Conque estoy para espirar,
y te ries?
Martin. No hay cuidado;
pronto te consolarás,
que amores inconsolables
no son fruta de esta edad.
Amadeo. Cómo! ¿Tú dudas, Martin,
que mi amor.....
Martin. No dudo tal,
pero hablemos con franqueza,
pues nos conocemos ya.
Hoy por Marcela suspiras;
mañana suspirarás
por otra.
Amadeo. Yo soy sensible;
yo no vivo sin amar.
Martin. Pues por eso mismo es fácil
que rinda tu voluntad
otra Fílis, ú otra Laura,
amartelado zagal.—
Tres damas te he conocido
desde el dia de San Juan.
La cuarta es Marcela.—Vamos,
dime ahora la verdad:
no te atreves con la quinta?
no hay en tu pecho lugar
para hospedarla? Qué diablos!
Aunque sea en el zaguan.
Amadeo. Aun me harás reir, Martin,
y eso es una iniquidad.
Martin. Yo tambien amo á Marcela,
pero amo á lo militar;
reservándome algun tanto
de juicio y de libertad,
por si hay que volver la grupa
hácia el cuartel general.
Cuando la veo me inflamo,
pierdo la chabeta, y más
si me esgrime aquellos ojos
que tanta guerra me dan.
Confieso que si lograra
su mano, fuera el mortal
más dichoso; pero, amigo,
no me dejaré enterrar
como amante de novela
si calabazas me da..
Amadeo. Pero en suma, ¿qué partido
tomarémos?
Martin. Declarar
formalmente nuestro amor
á la viuda, y cada cual
ver cómo puede rendirla.
No es mucha temeridad,
que ella nos anima á todos
con su carácter jovial.
Manos á la obra, Amadeo.
Al grano! que lo demas
es perder tiempo. Al que venza
su fortuna le valdrá,
y el que quedare vencido
ceda el campo á su rival.
Amadeo. Pues lo quieres, me conformo.
Martin. Entre tanto dame acá
esos cinco. Siempre amigos.
Amadeo. Siempre amigos.—Y del tal
don Agapito ¿qué hacemos?
Martin. Declararle sin piedad
la guerra, mortificarle,
perseguirle y no parar
hasta echarle de esta casa;
que aunque él es moro de paz,
y no puede desbancarnos
semejante orangutan,
sin embargo, será útil.....
Amadeo. Para qué?
Martin. Para estorbar.—
Sígueme; vamos á casa,
y dispondremos el plan
de ataque. (Mucho me engaño,
ó la hago capitular.)

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

D. TIMOTEO. MARCELA.

Timoteo. Pues hemos quedado solos,
ven; sentémonos aquí,
sobrinita.
Marcela. Está muy bien.
[*Se sientan.*]
Qué me quiere usted decir?
Timoteo. Muerto, ó difunto, tres años
hará el dia de San Luis,
tu marido, tu consorte,
tu esposo don Valentin,
eres viuda, pero viuda
todavía en el Abril;
quiero decir, en la flor
de tus años. No es así?
Marcela. Cierto. (Adónde irá á parar?)
Timoteo. Aunque en edad juvenil,
por tu estado, tu talento,
tu independencia, y en fin,
porque te dan tus haciendas
una renta de seis mil
y quinientos pesos fuertes,

que hoy dia es un Potosí,
eres hábil, apta, idónea,
segun el fuero civil;
digamos, segun las leyes
y costumbres del país,
para hacer lo que te agrade
de tu persona gentil.

Marcela. Pero.....

Timoteo. Sentado y supuesto
que tienes maravedís;
esto es, dinero, caudal
para poder subsistir.....
Digamos.....

Marcela. Al grano, tio.

Timoteo. Aunque no es tampoco ruin,
ó, si se quiere, mezquina,
cicatera, baladí
mi fortuna, pues poseo,
gozo y disfruto en Madrid
diez mil ducados anuales,
que no es un grano de anis;
no te hago ninguna falta,
no necesitas de mí.
Pero apénas cinco lustros
acabas tú de cumplir,
ó sean veinte y cinco años;
y supuesto que en monjil
no se han de trocar tus galas
y, si no quieres mentir,
una voz dentro del pecho
á nueva amorosa lid
te está brindando; Marcela,
sobrina, por San Dionis,
al yugo del himeneo
vuelve á humillar tu cerviz:
Cásate, y ántes que muera,
ántes que llegue al confin,
al término de mi vida,
que ya la tengo en un tris,
véame yo en tus hijuelos
renacer, ultravivir,
ya que no pueda en los mios
por culpa de mi Beatriz,
que en gloria descanse, aunque ella
me echaba la culpa á mí.

Marcela. Áun no soy tan vieja, tio,
que me tenga sin dormir
el ansia de pronunciar
en los altares un sí.
Doy por sentado que el hombre,
lo mismo aquí que en París,
es de la mujer apoyo,
como el olmo de la vid;
pero aunque tanta viudez
ya me empezase á aburrir,
porque insensible no soy
cual figura de tapiz,
eso de casarse, tio,
no se hace así como así.
¿He de pregonar mi mano
á son de caja y clarin?

Timoteo. No digo tal. ¡Dios me libre
de pensamiento tan vil,
porque vale más tu mano
que el imperio marroquí.
Quédese para las feas
el descaro y el ardid,
ó sea..... ¡Cuántos habrá
que suspiren entre sí;
quiero decir, en silencio,
por enlazar, por unir,
su destino con el tuyo!
Ahí tienes á don Martin,
al capitan, que delira,
bebe los vientos por ti.

Marcela. De véras?

Timoteo. Sí; me lo dijo
sobre mesa, y no en latin,
porque, como al fin criado
en la orilla del Genil,
tiene un desparpajo..... Y vaya,
que no es cosa de escupir,
de menospreciar..... Treinta años,
hombre fuerte, varonil,
capitan de artillería,
con haciendas en Coín,
y en Loja, y en Antequera,
noble como el mismo Cid,
franco, alegre..... Para esposo,
vamos, no hay más qué pedir.—
Ah, picaruela! Te ries?
Él se ha valido de mí.....

Marcela. Pero.....

Timoteo. Entiendo. Tu modestia,
tu rubor..... ¡Oh, qué sutil,
qué sagaz soy yo, qué fino
para esto de descubrir,
adivinar, sorprender
un secreto femenil!
Esto es hecho. Ahora á tus solas.....
Adios. Me voy al jardin.
Echaré pan á los peces,
y subiré perejil
para mañana. Qué boda!
Qué brillante porvenir!
Serás muy afortunada,
muy dichosa, muy feliz.

ESCENA II.

MARCELA.

Pues! Porque ve que me rio
ya se va tan satisfecho,
ya presume que mi pecho.....
Qué original es mi tio!
Sensible soy como todas,
no me pienso emparedar,
pero me pongo á temblar
con sólo hablarme de bodas.
Me hallo bien con mi reposo,
con mi dulce libertad,
y temo hallar en verdad
un tirano en un esposo.

Mas si al fin como mujer
me es forzoso sucumbir,
ya que yo le he de sufrir,
yo me le quiero escoger.

ESCENA III.

MARCELA. JULIANA.

Juliana. Buenas nuevas! El criado
de don Agapito ahora
me acaba de dar, señora,
este billete cerrado.
Marcela. ¿Y á quién dirige esa esquela
el señor don Agapito?
Juliana. Lea usted el sobrescrito.
Marcela. [*Toma el billete y lee el sobre.*]
«Para la hermosa Marcela.»—
Extraño, por vida mia,
que un papel quiera enviarme
un hombre que puede hablarme
á cualquier hora del dia.
Juliana. Faltándole atrevimiento
para hablar, la cosa es clara,
en ese papel declara
su amoroso pensamiento;
pues, por mucho que presuma
de la victoria, es constante
que maneja todo amante
mejor que el labio la pluma.
Sí, carta es de amor.
Marcela. Lo creo,
porque me dijo no ha mucho.....
Juliana. Ya con impaciencia escucho.
Abra usted pues.
Marcela. Abro y leo.

«Adorable y adorada Marcelita, unidos nuestros corazones por los ocultos resortes de mágica armonía, como los sones del trombon se acuerdan con los ecos del violin cuando marcan los compases de una contradanza con melodiosa cadencia.....»

Buen principio! Esto promete.
Me pasma tanta elocuencia.
Juliana. Con melodiosa cadencia.....
Vale un mundo ese billete.

Marcela. «Dias ha que nuestros ojos son los únicos intérpretes de nuestra recíproca ternura; pero ha tomado tal incremento la mia, que ya no la puedo contener en los límites de mi silencio, aunque expresivo y elocuente. Un poeta misántropo y calenturiento, un militar atolondrado y hablador la bloquean á usted y, envidiosos de mi ventura, parece que se empeñan en secuestrar mis amores. Declaro pues por escrito, desesperado de poderlo hacer de palabra, que mi gusto por la danza, mi pasion por la moda, mi fanatismo por las sedentarias é inocentes labores del bello sexo, á que usted pertenece y con el cual aspiro á identificarme, y últimamente mi aficion á las pastillas de coco y á los merengues, no embelesan tanto mis sentidos como una sola mirada de la interesante Marcela. Arda pues para nosotros la antorcha de Himeneo, y envidien todos los elegantes de Madrid al derretido y amartelado

Agapito Cabriola y Bizcochea.»

Juliana. Oh qué melifluo papel!
Marcela. Su lectura causa tedio.
Qué novio para un remedio!
Juliana. Pues calabazas en él.
Marcela. Me enfada su presuncion
y su descaro inaudito.
¿Cuándo el tal don Agapito
conquistó mi corazon?
Si á mi despecho tal vez
sus visitas he sufrido,
porque mi paciencia ha sido
mayor que su estupidez;
si su necia petulancia
me ha dictado con razon
algun elogio burlon
que ha convertido en sustancia;
si, como hago con cualquiera
por no poderlo evitar,
mi mano le suelo dar
al subir una escalera;
si sufro, por no hacer dengues
sobre lo que nada vale,
que alguna vez me regale
caramelos y merengues;
no le autorizo por esto
á tan extraña osadía,
ni mi amor jamás pondria
en hombre tan indigesto.
Juliana. Uf! me da dolor de muelas;
de mirarle me empalago.
Déle usted carta de pago
y vaya á las covachuelas. (*)
Marcela. No pasará de esta noche,
puesto que á tanto se atreve.
Ya que el demonio me lleve
quiero que me lleve en coche.
Juliana. ¿Y qué le digo al criado

(*) Tenduchos subterráneos donde principalmente se vendian juguetes para niños. Existian bajo las gradas de *San Felipe el Real* y desaparecieron cuando este monasterio fué demolido.

que espera contestacion?
Marcela. Le dirás que á la oracion.....

[*Suena una campanilla.*]

Anda á ver quién ha llamado.

ESCENA IV.

MARCELA.

¡Posible es que así se engria
con mi pretendido amor!
Yo su esposa? Ántes, qué horror!
la mano me cortaria.
Yo le haré con mis desprecios.....
Señor, ¡que no ha de poder
ser amable una mujer
sin que la persigan necios!

ESCENA V.

MARCELA. JULIANA.

Marcela. Qué hay?
Juliana. De recibir acabo
dos cartas más. Qué fortuna!
Don Martin manda la una,
la otra el poeta. Bravo!
Tambien esperan respuesta
los criados de los dos.
Marcela. Dame, dame. Santo Dios,
qué conspiracion es esta?
Juliana. Bueno! ¿Qué hace usted con tres
declaraciones ahora?
Marcela. Leamos. «Á mi señora
doña Marcela Cortés.»
Juliana. (La veo en terrible aprieto.
Quién se llevará la torta?)
Marcela. Esta á lo ménos es corta.

«Á Marcelita, soneto.

Si digno fuera de tu ansiada mano
quien más rendido tu belleza adora,
pronto luciera la benigna aurora
término á tu desden, que lloro en vano.
Mas, ay! jamás logró poder humano
dar leyes al amor, jamás, señora;
que, á poderlas dictar, mi pecho ahora
se holgara de romper su yugo insano.
No con dulce esperar me lisonjeo:
sólo te pido en premio á mi ternura
el fatal desengaño que preveo,
Bien como en cárcel hórrida y oscura
solia un tiempo el inocente reo
la muerte preferir á la tortura.

Amadeo Tristan del Valle.»

Juliana. Á ese no habrá quien le tilde
de vano y de presumido.
¡Qué modesto, qué rendido,
qué respetuoso, qué humilde!
Marcela. Si es cierto amor tan extraño,
yo estoy muy comprometida,
porque va á perder la vida
si le doy un desengaño.
Juliana. ¡Pero es tan bello sujeto,
tan amable..... Bien merece.....
(Buena señal, que enmudece.)
Marcela. Mucho me agrada el soneto.
Juliana. Por fuerza ha de ser muy fiel
quien tales sonetos fragua.
Eh, señora! Pecho al agua!
Decídase usted por él.
Marcela. No es imposible que sienta
lo que me dice.
Juliana. Pues ya.
Marcela. Pero el soneto quizá
se ha escrito para cuarenta.
Juliana. Con tal marido yo espero.....
Marcela. Despues de la bendicion
suele volverse leon
el más tímido cordero.
Juliana. Mi corazon se conmueve,
y á ser la cosa conmigo.....
Marcela. Confieso que es el amigo
que más aprecio me debe;
mas casarme.....
Juliana. ¡Voto á San.....
Si no nos aventuramos,
señora mia.....
Marcela. [*Despues de un momento de reflexion.*]
Leamos
la carta del capitan.

«Amable Marcelita, esta tarde me hubiera declarado verbalmente á no habérmelo impedido el parto de *Clitemnestra*. Me dejó usted plantado por una gata.....»

Aunque nada hay malo en esto,
nunca tan frívola fuí.
Para escaparme de aquí
me valí de aquel pretesto;
porque estaba ya en un potro,
y no podia sufrir
al uno por su gemir,
y por su charlar al otro.

«Pero yo no lo atribuyo á desprecio, sino á un capricho, á una chanza, ó tal vez al designio de hacerme ver que ciertas materias se deben tratar sin testigos.—Ya es tiempo de explicarme.

Treinta años hace que soy soltero, y no es para hombres de mi temple el ser toda la vida de Dios una misma cosa. Unos me pintan el matrimonio como el más espantoso cautiverio; otros dicen que es un manantial de dichas y de placeres. Cada uno cuenta de la feria como le va en ella. Yo quiero salir de dudas, porque siempre he sido curioso, y porque empiezo á cansarme de andar, como suelen decir, á salto de mata. Los mandamientos de la ley de Dios me prohiben hostilizar á la mujer del prójimo. Dicen que todo lo puede el dinero: mentira. Yo tengo tres mil duros de renta, y nunca he podido comprar los verdaderos placeres, que otros más afortunados disfrutan *grátis*.—Me canso de lidiar con patronas y lavanderas.—Por otra parte, cuando yo nací mi padre fué lo que yo no he sido todavía; y un hombre como yo no ha de ser ménos que su padre. Por estas y otras razones he resuelto casarme; y habiendo de elegir una esposa, ¿quién mejor que usted, viudita mia? Talento, gracia, hermosura..... ¡Cuántos presagios de ventura matrimonial!—Aunque creo que no me mira usted con repugnancia, ignoro todavía el lugar que ocupo en ese corazon; pero me parece que no haria usted ningun disparate en casarse conmigo, porque, sin vanidad, me atrevo á ser tan buen consorte como el primero.

Ya ve usted que esto es hablar al alma. He dicho. Responda usted ahora con la misma franqueza á su resuelto pretendiente Q. S. P. B.

Martin Campana y Centellas.»

Epístola singular!
Has visto un novio más brusco?
Juliana. Por cierto que el hombre es chusco.
Qué modo de ènamorar!
Marcela. Alabo su buen humor
y su carta me da gozo,
que al fin es soberbio mozo.....
Juliana. Y muy soberbio hablador.
Marcela. Mas con gracia.
Juliana. No ha de ser
por mi voto el preferido.
¡Dios me libre de un marido
que hable más que su mujer!
Marcela. Conque no te agrada?
Juliana. No.
Yo le haria mil desdenes.
Marcela. Juliana, mal gusto tienes.
Y si le escogiera yo?
Juliana. Preciso es que la chabeta
perdiera usted, ama mia.
A quien yo preferiria
es al poeta.
Marcela. El poeta.....
Sí.....
Juliana. Yo hablo sin interes.
Ello, usted se ha de casar.
Marcela, No me dejan respirar!
Juliana. Vamos, ¿á cuál de los tres.....
Marcela. Poco á poco. ¿Es puñalada
de pícaro? Loca estoy.
Tres á un tiempo! Se lo doy,
Juliana, á la más pintada.
Juliana. Pero ¿qué contestacion
á los criados daré?
Marcela. Que aquí vuelvan les diré
sus amos á la oracion.
Juliana. Pues qué, va usted á salir?
Marcela. Voy á hacer una visita
ahí arriba á doña Rita.
Juliana. ¿No me quiere usted decir.....
Marcela. Muy pronto, te lo prometo,
todos mi eleccion sabrán.
(Qué franco es el capitan!—
Qué letrilla, y qué soneto!)

[*Se retira pensativa.*]

ESCENA VI.

JULIANA.

Mal haya tanto misterio!
Ahora iria con el chisme
á Gertrúdis si supiera.....
¡Desgraciadas las que sirven
á estos señores que quieren
que todo se lo adivinen!—
Vamos, no dirá el poeta
que Juliana es insensible
á su regalo.—Y presumo
que la viuda le distingue.—
Por otra parte, yo temo
que la balanza se incline
á don Martin.—Esta duda
tanto me aburre y me aflige,
como si fuera yo alguno
de los tres novios insignes.—

Con esto, y con que despues
se la lleve el alfeñique
de don Agapito..... Oh! no.
Qué locura! No es posible.—
Quién se acerca?—Él es.

ESCENA VII.

JULIANA. D. AGAPITO.

Agapito. Juliana,
muy buenas tardes.
Juliana. Felices.
Agapito. Ya sé que tu ama ha leido
mi billete. Dime, dime.....
Juliana. Le cita á usted.....
Agapito. Ya lo sé.
Si me lo ha dicho Felipe!
Pero yo estoy impaciente,
y es preciso que averigüe.....
Juliana. Tambien ha citado.....
Agapito. Á quién?
Juliana. Al poeta.
Agapito. ¡Qué me dices!
Se ha declarado por fin?
Juliana. Sí, señor.
Agapito. Mire usted!
Juliana. *Ítem.*
Comparecerá tambien
á su tribunal temible
el capitan don Martin,
á fin de que se administre
recta justicia á los tres.
Agapito. Bien! Comparecencia triple.
Es concurso de acreedores?—
Con tal que á mí me adjudiquen
la hipoteca..... Oh! quién lo duda?
Me alegro de que nos cite
á un tiempo á los tres. Mi triunfo
así será más plausible,
más solemne, y mis rivales.....
Cuánto voy á divertirme!—
Di; ¿cómo, cómo leyó
mi carta? Con apacible
sonrisa, con cierta..... Aguarda:
te gustan los diabolines?
Áun tengo.....
Juliana. No soy golosa.
Agapito. ¿Que le ha parecido el símil.....
Juliana. No entiendo.
Agapito. La consonancia
de trombones y violines
comparada á nuestro amor.
El pensamiento es sublime.
Lo celebró?

[*Va oscureciendo.*]

Juliana. Sí por cierto,
soltando el trapo á reirse
como yo.
Agapito. Pues, de alegría.
Y dime, ¿tú no advertiste
palpitacion en su pecho,
y así....., un rubor.....
Juliana. (Oh, qué chinche!)
Excuse usted las preguntas,
porque yo no he de decirle
ni una palabra.
Agapito. Está visto:
sin duda se me apercibe
alguna dulce sorpresa.
Oh! pero yo soy muy lince.
Juliana. Al más lince se la pegan.
Agapito. Oh! lo que es á mí es difícil.—
Hablemos claro; yo sé
que Marcela se desvive
por mí, y esos mentecatos
en vano, en vano compiten
conmigo.
Juliana. Tengo que hacer;
y si usted me lo permite.....
Agapito. Anda con Dios.—Ah, te ofrezco
para cuando se realice
mi casamiento.....
Juliana. Un vestido?
Agapito. Una libra de confites.
Juliana. Mil gracias por la fineza.
(Mala víbora te pique.)

ESCENA VIII.

D. AGAPITO.

Bravo! La victoria es mia.
Esta noche se despiden
mis rivales y, no bien
me dejen el campo libre,
tratarémos de la boda.
Á medio dia convite
gastronómico; á la noche
gran concierto, baile..... Envidien
mi fortuna los que tanto
con sus bromas me persiguen,
los que me llaman enclenque
y fatuo y..... Yo sé el *busilis*
mejor que nadie, y mujer
que á mis gracias no se rinde
bien puede decir..... ¿Qué veo!
Allí vienen el belitre
de don Martin y su primo
don Amadeo. Infelices!

ESCENA IX.

D. AGAPITO. D. MARTIN. D. AMADEO.

Martin. No puede tardar. Aquí
la aguardarémos.
Amadeo. ¡Terrible
momento!
Martin. [*En voz baja.*]
Don Agapito.

Hagamos lo que te dije.
Duro en él! Yo por un lado;
tú por otro.

[*Acercándose á D. Agapito y dándole una fuerte palmada en el hombro.*]

Don Melindre,
buenas noches.

Agapito. Poco á poco.
No quiero que me acaricien
de ese modo.

Amadeo. [*Por el lado opuesto haciendo lo mismo.*]

Buenas noches.
Á cómo van los anises?

Agapito. ¡Eh, que mis hombros no son
de piedra!

Martin. No; son de mimbre,
ya lo sé; pero mi afecto.....

Agapito. Bueno está que usted me estime,
pero.....

Amadeo. ¡Cuidado, que soplan
unos vientos muy sutiles,
y usted no está para fiestas!
Le aconsejo que se cuide.

Agapito. Pero, señores, ¿qué diablos.....
Quiero que ustedes descifren.....

Martin. Guárdese usted del sereno.

Agapito. Pero aunque yo me constipe,
qué le importa á nadie?

Martin. Vamos,
el que de esto no se rie
no tiene gusto.

Agapito. Señores!....

Martin. Oye para que te admires.
Ese apéndice.....

Agapito. Qué frases!
No, pues como yo me irrite.....

Martin. Quiere casarse.

Amadeo. De véras?
No haga usted caso. Son chistes
de mi primo. Usted casarse!

Agapito. Sí, señor. Y quién lo impide?

Martin. Y con Marcela. Ahí es nada!

Agapito. ¡Bueno es que ustedes me priven.....

Martin. Hombre, no sea usted fatuo.

Amadeo. Hombre, no sea usted simple.

Martin. Dónde se ha metido usted?

Amadeo. Mejor es que se retire
con sus honores.....

Agapito. ¡Por vida.....
Desde que tengo narices
no me he visto.....

Martin. ¿Quiere usted
con esa traza de tiple
enamorar á Marcela?
Si fuera entonar un kyrie.....

Agapito. ¡Oiga usted.....

Amadeo. ¡Marido un *quidam*
que padece de raquítis!

Martin. Si usted se casa...., perdone
que su fin le pronostique,
no vive usted veinte dias.

Amadeo. Qué veinte dias? Ni quince.

Agapito. Quieren ustedes dejarme?

Martin. Vaya una figura triste!

Agapito. Pero ¿hay valor para esto?

Amadeo. ¡Vaya una cara de tísis,
que da gozo!

Agapito. Voto á briós!

Amadeo. Lindo mueble!

Martin. Lindo dije!

Agapito. Me ahorcara!

Amadeo. Vaya un apunte!

Martin. Vaya un ente inverosímil!

Agapito. Señores, basta de broma.

Martin. Eh? ¿Quiere usted que me explique
de otro modo?

Amadeo. Mejor es.
Dejémonos de perfiles.
Renuncie usted á la mano
de Marcela.

Agapito. Es imposible.

Martin. Deje usted de visitarla.
No es justo que nos fastidie.....

Amadeo. Que nos estorbe.....

Agapito. Esas cosas
de ningun hombre se exigen,
y primero.....

Martin. ¿Conque usted
gallea?

Amadeo. Usted se resiste?

Martin. [*Tirándole de un brazo.*]

Pues véngase usted conmigo.

Amadeo. [*Tirándole del otro.*]

Pues veremos si usted riñe
como habla. Sígame usted.

Agapito. Señores, no me desquicien.

Martin. Déjale. Vamos al campo.

Amadeo. Es inútil que porfíes.
Ántes lidiará conmigo.

Agapito. Pero entre Escila y Caríbdis
¿qué hago yo?

Martin. Suéltale.

Amadeo. Aparta.

Agapito. ¡Por piedad, no me asesinen
ustedes!

Martin. Al campo!

Amadeo. Al campo!

Agapito. Quién me socorre? Ah caribes!

ESCENA X.

D. AMADEO. D. AGAPITO. D. MARTIN.
D. TIMOTEO. JULIANA.

[*Don Martin y D. Amadeo sueltan á D. Agapito.—Juliana trae luces.*]

Timoteo. Qué es esto?

Juliana. Qué es esto?

Amadeo. Nada.

Timoteo. Esos gritos.....
Martin. Una broma.
Agapito. Pero broma muy pesada.
Martin. Se pica usted, camarada?
Pues con su pan se lo coma.
Timoteo. Picarse? Qué disparate!—
Pero al oir tal debate
yo pensaba, por mi abuelo,
que se trataba de un duelo,
ó desafío, ó combate.
Martin. Qué! no, señor. Le hemos dicho
que deje de pretender
á Marcela.
Timoteo. Buen capricho!
Martin. Porque ella es mucha mujer
para semejante bicho.
Agapito. No ve usted cómo me insultan?
Yo lo sufro.....
Amadeo. Por desidia.
Agapito. Mas si ántes no me sepultan,
Marcela..... En vano lo ocultan;
se están muriendo de envidia.
Timoteo. Silencio! Amigos ahora;
luégo, más tarde, despues.....
Juliana. Fuego de amor los devora;
mas ya vendrá mi señora,
y escogerá entre los tres.—
Oiga usted, don Amadeo.

[*Le lleva á un lado, y hablan aparte. Lo mismo hace D. Timoteo con don Martin.*]

Hablé por usted á mi ama.
De usted será. Así lo creo.
Amadeo. Fausto amor! dichosa llama!....
Mas, ay! te engaña el deseo.
Timoteo. Usted va á rendir el muro.
Martin. Será mia?
Timoteo. Lo aseguro.....
Martin. Si vale usted un tesoro!
Timoteo. Lo afirmo, y lo corroboro,
y lo sostengo, y lo juro.
Agapito. Cuánto tarda! Me impaciento.
Oh! con tísis, ó sin tísis,
ya se verá..... Pasos siento.
Juliana. Ya está aquí.
Timoteo. Llegó el momento
decisivo; esto es, la crísis.

ESCENA XI.

D. TIMOTEO. D. AGAPITO. D. AMADEO. D. MARTIN. JULIANA. MARCELA.

Timoteo. Bien venida.
Amadeo. (Oh dulce vista!)
Marcela. Caballeros, buenas noches.
Timoteo. Aquí tienes tres amantes,
ó bien, tres adoradores,
que solicitan, pretenden,
anhelan ser tus consortes.
Todos tienen buenas prendas,
ó cualidades, ó dotes,
y es fuerza que alguno de ellos
tu preciosa mano logre.
Á cuál de los tres eliges?
Á cuál de los tres escoges?
Marcela. Declarados ya los tres,
el triste deber me imponen
mi amistad, mi honor, mi estado
de decir á estos señores
libremente mi sentir;
y pues el poder del hombre,
como ha dicho alguno de ellos,
no manda en los corazones,
yo espero que sin rencor
á mi fallo se conformen.
Agapito. Lo prometo.
Martin. Y yo tambien.
Amadeo. Y yo.
Marcela. Tres declaraciones
he recibido esta tarde
que me colman de favores.
Ahora bien, responderé
á todos tres por su órden.—
Don Agapito.....
Agapito. Ay Marcela!
(Sólo á mí me corresponde.
Sus ojos lo están diciendo.)
Marcela. Aunque me sobran razones
para quejarme de usted,
pues no sé cuándo, ni dónde
le he dado yo fundamento
para que tanto blasone
de mi soñado cariño.....
Agapito. Señora,.... yo.....
Martin. Aquí se oye
y se calla.
Marcela. La indulgencia
ha sido siempre mi norte,
y mal puedo yo evitar
que usted viva de ilusiones.
Le perdono su osadía.
Por lo que hace á sus amores,
los agradezco en el alma;
mas le ruego no se enoje
si digo que para usted
mi corazon es de bronce.
Agapito. ¿Qué escucho!
Marcela. No hay que afligirse.
Siendo tantos los primores
de esos piés y de esas manos,
mujeres hay más de doce
á las cuales un marido
como usted vendrá de molde,
ya que yo no haga justicia
á un mérito tan enorme.
Pero le daré un consejo
siempre que á mal no lo tome.
Si usted pretende, hijo mio,
ser venturoso en amores,
déjese de caramelos,
robustezca sus pulmones,
emancipe su cintura
del corsé que se la come,

déjese de figurines,
déjese de rigodones;
que el hombre ante todas cosas
está obligado á ser hombre.

Agapito. Usted tambien! Vive Dios,
que ya no hay paciencia.....

Timoteo. ¡Pobre
don Agapito! Si usted
consiente en que yo le adobe,
le cure, le restablezca,
desencanije y entone.....

Agapito. Déjeme usted, que estoy hecho
un tigre, un rinoceronte.
Á mí tal desaire! ¡Á mí.....
Estoy echando los bofes
de cólera y de..... Qué digo?
Eso quieren; que me amosque,
y me desespere, y..... No;
que hay hermosuras mayores
muertas por mí.—Sí, señora;
y porque usted me abochorne
no dejaré yo de ser
la delicia de la corte.

ESCENA XII.

MARCELA. D. AMADEO. D. MARTIN.
D. TIMOTEO. JULIANA.

Juliana. (Ese ya va despachado.)

Timoteo. ¡Qué estúpido es ese jóven,
qué mentecato, qué necio,
y qué estólido, y qué torpe!
Oh! pues como no se enmiende,
ó se corrija, ó reforme,
le anuncio, le pronostico,
le presagio mil sofiones;
sí! y exequias prematuras,
anticipadas, precoces.

Martin. ¿Conque á quién le toca ahora?

Amadeo. (Yo tiemblo como el azogue.)

Marcela. Al señor don Amadeo.—
Sentiré que le incomode
mi franqueza. Yo le estimo
como á un hermano. Son nobles
sus sentimientos, su trato
el más ameno, es muy dócil,
muy fino, muy consecuente,
y me faltan expresiones
para ensalzar su talento;
mas, por mucho que me honre
con su mano, nuestros gustos,
nuestros genios son discordes.
Él es serio, reflexivo,
taciturno; y yo, señores,
viva, alegre, bulliciosa.
Además, aunque él me adore,
jamás podré conseguir
que á las musas abandone.....
y tendré celos de Erato,
de Talía y de Calíope.
Mas ya que el hado no quiere
que esposo mio le nombre,
más tierna amiga que yo
no ha de hallar en todo el orbe.

Amadeo. [*Muy exaltado.*]
Amiga? Qué profieres!
Merece mi ternura tal desvío?
Ah! rompa el labio mio,
rompa el silencio, pues mi muerte quieres.—
Oh tú, la más cruel de las mujeres!
oh tú, cuyos hechizos
por mi destino aciago
adoro á mi despecho!
¿Sólo me ofreces de mi amor en pago
yerta amistad? Arráncame del pecho
en donde está grabada,
arráncame primero, ingrata, impía,
tu imágen adorada.—
Ay! mal que pese á tu desden infausto,
cuando al dolor sucumba,—
y pronto gozarás en mi holocausto,—

[*Con la mano en el corazon.*]

conmigo aquí á la tumba
descenderás ¡oh linda entre las lindas,
y oh fiera entre las fieras la más fiera!
La amistad apacible
con que tú ahora, pérfida! me brindas
tal vez se cambia en amorosa hoguera;
mas ¿dónde el insensible,
dónde está el corazon cobarde, helado,
que á la amistad desciende

cuando en llama voraz Amor le enciende?—
No, no. Sé mi enemiga,
pues no merece el mísero Amadeo
á par de ti ceñirse en los altares
la plácida corona de Himeneo.
En tanto mis pesares
léjos de ti llorando, en la ribera
del lento Manzanares,
yo con voz lastimera
á los vientos daré tristes cantares.
Adios!

Marcela. Pero oiga usted.....
Amadeo. No, ya es en vano.
Martin. ¡Primo.....
Timoteo. Raras manías!
Mire usted, considere, reflexione
que como no abandone.....
Amadeo. Ya va usted á ensartar sus profecías?
Cállese usted, y el diablo se le lleve.—
Adios, mujer aleve!
adios por siempre! adios! Nuevo Macías
víctima moriré de tus rigores.
En tiernas elegías
cantad, hijos de Apolo, mis amores,
y en mi huesa llorad, llorad, pastores!

ESCENA ÚLTIMA.

MARCELA. D. TIMOTEO. D. MARTIN. JULIANA.

Marcela. Don Martin, lloro ó me rio?
porque á la verdad yo dudo
lo que debo hacer.
Martin. Reir
es lo mejor.
Timoteo. ¡Qué *ex abrupto*,
qué descarga, qué andanada,
qué tempestad, qué diluvio
de quejas y de clamores,
de lágrimas y de insultos!
Marcela. Pero ¿habrá perdido el juicio?
Martin. Cómo, si nunca lo tuvo?
Ya ve usted, poeta..... Pero
no hay cuidado; ese es un flujo
de palabras. El morirse
de amores ya no está en uso.
Timoteo. Ea, vamos, ya está visto
que es tu novio, ó tu futuro,
don Martin.
Juliana. (Pobre poeta!)
Timoteo. Aplaudo, celebro mucho,
tu buena eleccion, tu acierto,
quiero decir, tu buen gusto.
Martin. Si merezco tanta gloria
no habrá, señora, en el mundo
quien no envidie.....
Marcela. Usted perdone,
don Martin, si le interrumpo.
Confiese usted que no tiene
todavía muy maduros
los cascos para marido.
Áun no está usted muy seguro
de quererme sólo á mí.
Áun están muy en tumulto
esas pasiones; y yo,
que no fuí con mi difunto
muy dichosa, ántes que humille
otra vez mi frente al yugo
lo miraré muy despacio.
Palabras que como el humo
se disipan nada prueban,
y á quien cumplió cinco lustros,
don Martin, no se deslumbra
con amorosos arrullos.
Aunque un poco atolondrado,
usted, no lo dificulto,
sería muy buen marido;
mas dice un refran del vulgo
que lo mejor de los dados
es no jugarlos.
Martin. ¡Me luzco
como hay Dios!
Timoteo. Pero, sobrina.....
Martin. ¿Conque tampoco hay indulto
para mí?
Marcela. Perdone usted.
No es vanidad, no; lo juro,
la causa de este desvío
con que á tres novios renuncio;
pero amo mi libertad
y en ella mi dicha fundo.
No aborrezco yo á los hombres
aunque severa los juzgo.
Confieso que para amigos
son excelentes algunos;
para amantes, casi todos;

para esposos...., *abrenuncio!*
Mi sexo me inclina á ellos;
mi razon toma otro rumbo.
No sé al fin quién vencerá,
porque yo no soy de estuco.
Entre tanto ni desprecio
á los hombres, ni los busco.
Buenas palabras á todos;
mi corazon...., á ninguno.

Martin. Esa franqueza me encanta;
y sería un necio, un bruto
si, ya que aspirar no puedo,
aunque de amor me consumo,
á una mano tan preciosa,
no cifrase yo mi orgullo
en elogiar á Marcela
y en llamarme esclavo suyo.

Juliana. ¿Conque no se casa usted?

Timoteo. ¿He de bajar yo al sepulcro
sin el consuelo, el alivio,
el gusto, el placer.....

Marcela. Presumo
que así será.

Timoteo. Mas ¿por qué,
por qué, mujer? Yo me aburro.

Marcela. Boda quiere la soltera
por gozar de libertad,
y mayor cautividad
con un marido le espera.
En todo estado y esfera
la mujer es desgraciada;
sólo es ménos desdichada
cuando es viuda independiente,
sin marido ni pariente
á quien viva sojuzgada.
Quiero pues mi juventud
libre y tranquila gozar,
pues me quiso el cielo dar
plata, alegría y salud.
Si peligra mi virtud
venceré mi antipatía,
mas miéntras llega ese dia
¿yo marido? Ni pintado,
porque el gato escarmentado
huye hasta del agua fria.
Los humanos corazones
ya á mi costa conocí.
Pocos me querrán por mí;
cualquiera por mis doblones.
Celibatos camastrones,
buscad muchachas solteras,
que muchas hay casaderas.
Dejadme á mí con mi luto.
Paguen ellas su tributo;
yo ya lo pagué, y de véras.
No perturbeis mi reposo.
Hombres, yo os amo en extremo;
pero, á la verdad, os temo
como la oveja al raposo.
Este es necio, aquel celoso,
avaro y altivo el uno,
otro infiel, otro importuno,
otro.....

Martin. ¿Está usted dada al diablo?

Marcela. No hay que ofenderse. Yo hablo
con todos y con ninguno.

UN TERCERO EN DISCORDIA.

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Estrenada en el teatro de la Cruz el dia 26 de Diciembre de 1833.

PERSONAS.

LUCIANA.	D. TORCUATO.
NEMESIA.	D. RODRIGO.
D. SATURIO.	D. CIRIACO.

La escena es en Madrid. El teatro representa una sala con tres puertas; una en el foro y otra á cada lado de los bastidores.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

D. RODRIGO. NEMESIA.

Rodrigo. [*Con papeles de música en la mano.*]
Oh, respetable Nemesia!
Buenas tardes. Qué tal va?
Nemesia. Me voy mejorando ya.
Me prueba bien la magnesia.
Rodrigo. Y don Ciriaco? Salió?
Nemesia. Está durmiendo la siesta.
Bien haya cuando se acuesta!
Él duerme y descanso yo.
Rodrigo. Oigan! Tanto da que hacer?
Nemesia. Aun eso yo lo sufriera,
pero tiene por contera
un genio de Lucifer.
Rodrigo. Pues ¡si parece un bendito!
Nemesia. Con quien todo se lo aguanta,
mas conmigo..... Vírgen santa!
pone en los cielos el grito.
Rodrigo. Ya, pero usted todo el dia
le está riñendo.....
Nemesia. Le riño,
pero ¿por qué? Por cariño.
Rodrigo. Sí tal, y por simpatía.
Pero ¿á qué fin hasta el alba
contrariar al buen señor?
Llévele usted el humor,
y será como una malva.
Si ve usted que se sofoca
cuando.....
Nemesia. Ay, señor don Rodrigo!
Ese hombre acaba conmigo.
Rodrigo. Qué dice usted?
Nemesia. Estoy loca.
Rodrigo. El celo en que usted se abrasa
por su dicha.....
Nemesia. Claro está.
Cuarenta años hace ya
que estoy sirviendo en su casa.
Siempre mi lealtad probó,
y si usted se lo pregunta
le dirá que su difunta
le amaba ménos que yo.—
Con buen fin. No hay que pensar.....
Pero es tan raro, tan plomo,
que á veces el pan que cómo
me lo vuelve rejalgar.
Jesus, qué hombre!
Rodrigo. Cierto es

que habla á veces, dando enojos,
con la boca, con los ojos,
con las manos y los piés.
Apénas dice un vocablo
sin hacer la pantomima,
y esto en verdad causa grima.....

Nemesia. Oh!

Rodrigo. Pero es un pobre diablo.
De sus mañas la peor,
aunque él obra sin malicia,
es cuando soba y desquicia
al pobre interlocutor.
Yo respetando sus canas
á sufrirle me someto;
que es hombre, y está sujeto
á las flaquezas humanas.

Nemesia. No me enojan sus manías;
las tolero con paciencia,
y él tiene la impertinencia
de no tolerar las mias.

Rodrigo. Es el amo, y no me espanto.....

Nemesia. Cómo se entiende!.... Eso no.
No hay más amo aquí que yo.

Rodrigo. Ah!.... Yo no sabía tanto.

Nemesia. Sí tal; que no vale un cuerno
sino es para hablar ese hombre;
y si él es amo en el nombre,....
yo soy ama de gobierno.

Rodrigo. Sí, ya veo.....

Nemesia. En su servicio
no sin fruto encanecí.
Oh! si no fuera por mí
ya estaria en el hospicio.
Yo arreglo el gasto diario,
yo proveo la despensa,
y sin otra recompensa
que el miserable salario.
Yo, que léjos de sisar
economizo en un pelo,
¿no he de tener el consuelo
siquiera de regañar?
¿Cuándo tiene pesadumbres
sin que yo llore y me aflija?
¿No soy yo quien á su hija
enseña buenas costumbres?
Yo le curo si está enfermo,
que entiendo de yerbas algo;
yo si él no sale, no salgo;
yo si él no duerme, no duermo.
Yo doy parte al celador
si muda de cocinera;
yo pago á la lavandera,
al casero, al aguador.....
En los negocios más graves,
como soy discreta y fiel,
nadie se entiende con él,
sino con su ama de llaves.
Yo le repaso la ropa.....
No es por alabarme, no,
pero mujer como yo
no la ha de hallar en Europa.
Mire usted si el pan que cómo
me cuesta poco sudor
siendo aya, sastre, doctor,
boticario y mayordomo.

Rodrigo. Hola! Es usted un estuche.

Nemesia. Sí, mas se rebela el viejo,
y si le doy un consejo
no hay forma de que me escuche.
Ántes era dócil, bueno,
y me hablaba muy cortés;
pero habrá cosa de un mes
que ha dado en tascar el freno.

Rodrigo. Eso hace que vino aquí
mi primo desde Segovia.

Nemesia. Para afligir á su novia
y desesperarme á mí.

Rodrigo. No agrada mucho á Luciana.

Nemesia. Mas dice el padre cruel
que ha de casarse con él
de buena ó de mala gana.

Rodrigo. Dichosa la puede hacer,
que es rico, honrado y amable.

Nemesia. Es un ente insoportable,
y así se lo dije ayer.

Rodrigo. Nemesia!

Nemesia. Qué petulancia!
Qué confiado y qué necio!
Dígale usted un desprecio,
y lo convierte en sustancia.

Rodrigo. Aunque tenga ese defecto.....

Nemesia. No se ha de casar con ella.

Rodrigo. Se expone á morir doncella
si espera un hombre perfecto.
El tiempo quizá y el trato.....

Nemesia. Ese es mal que no se cura.

Rodrigo. ¿Y vale más por ventura
el insigne don Torcuato?
Él es celoso en extremo,
irascible, suspicaz.....

Nemesia. Oh qué hombre tan montaraz!
Sólo de verle me quemo.

Rodrigo. Cómo, si usted le protege?

Nemesia. Le protegia: ahora no.
¡Si hubiera sabido yo
que era tan maldito peje!....
Ya estaba aquí don Saturio
cuando supe esos amores.
La vecinita Dolores
les servia de Mercurio.
Ella en casa presentó,
yo no sé con qué pretesto,
á ese galan indigesto
que á Luciana deslumbró.
Cuando supe que el bellaco
aspiraba á su belleza,
quise dar en la cabeza
al novio y á don Ciriaco.
La cosa era ya formal,
y á falta de otro remedio
quise poner de por medio
el escollo de un rival.
Otro novio ménos vano
hubiera perdido el seso,
mas no se apura por eso
el hidalgo segoviano.

En tanto, poquito á poco
sacaba los piés del plato
el chinche de don Torcuato,
que es otra especie de loco.
Lucianita, ya ve usted,....
casarse quisiera ya;
mas la pobrecilla está
como entre espada y pared;
y á mí me causan enfado
y me quitan el reposo
el uno por caviloso,
y el otro por confiado.
Rodrigo. Eh! llévelo usted per Dios....
Nemesia. No. Mi amor propio se pica.
No ha de casarse la chica
con ninguno de los dos.
Por más que gruña y se emperre
don Ciriaco, no le vale.
Él está dale que dale
y yo estoy erre que erre.
Rodrigo. Fuera más puesto en razon
dejar á Luciana bella,
pues la interesada es ella,
libertad en la eleccion.
Nemesia. ¡Cómo.....
Rodrigo. Yo no culparé
la intencion de usted, Nemesia.
Nemesia. Manda Dios, manda la iglesia
alumbrar al que no ve.
Rodrigo. Con ese genio impaciente
y esa áspera condicion,
tiene usted un corazon.....
Nemesia. Tierno, sensible.....
Rodrigo. Excelente.
Tiene usted amor materno
á Lucianita.....
Nemesia. Es mi encanto.
Rodrigo. Y como la quiere tanto,
mira ya en su novio un yerno.
Nemesia. Sólo deseo su bien:
créalo usted, don Rodrigo.
Rodrigo. Yo me precio de su amigo,
y lo deseo tambien.
Quisiera yo que en la corte
no reconociese igual
el venturoso mortal
que haya de ser su consorte.
Mas si ya su corazon
á don Torcuato prefiere.....
Nemesia. Si todavía le quiere,
reniego de su pasion.
Mas no; aquel genio sombrío
ya á la muchacha fastidia;
y, si no me engaño, lidia
entre el amor y el desvío.
Rodrigo. ¡Ah cuál fuera mi contento
si le diese su retiro!
Nemesia. Qué dice usted? Yo me admiro.....
Rodrigo. Lo digo como lo siento.
Querer á ese hombre es locura.
Qué bien anuncia su ceño?
No, no merece ser dueño
de tan perfecta hermosura.
¿Puede haber mayor martirio
que vivir siempre á su lado?
Nemesia. Está usted enamorado?
Habla usted con un delirio.....
Rodrigo. Sí?.... Me ha exaltado el temor
de su desgracia.
Nemesia. En verdad....
Rodrigo. Muchas veces laamistad
delira como el amor.
Sin solicitar su mano
bien puedo llamarla bella,
bien puedo mirar por ella.....
Nemesia. Pues, así...., como un hermano.....
Rodrigo. Crea usted.....
Nemesia. Ay don Rodrigo!
Si yo mis quince tuviera
un amigo á Dios pidiera.....
siendo como usté el amigo.
Rodrigo. No sea usted maliciosa.—
Podré ver á Lucianita?
Nemesia. Y por qué no?—Señorita!—
Ahí la tiene usted.
Rodrigo. (Qué hermosa!)

ESCENA II.

LUCIANA. D. RODRIGO. NEMESIA.

[*Acerca sillas Nemesia.*]

Luciana. Oh don Rodrigo! ¿Por qué
no has avisado, Nemesia?
Nemesia. Ahora mismo.....
Rodrigo. Buenas tardes,
Lucianita.

[*Se sientan Luciana y D. Rodrigo.*]

Luciana. Hoy en la mesa
no nos ha querido usted
acompañar, y se queja
mi afecto.....
Rodrigo. Yo lo he sentido
por dos causas; la primera,
porque me he visto privado
de sociedad tan amena.
Luciana. Mil gracias.
Rodrigo. Y la segunda,
porque salgo de mi regla.
Luciana. Ya sé que en casa del Conde
comen siempre á la francesa.
Rodrigo. Tantas instancias me han hecho,
que aceptar ha sido fuerza
su convite; y por mi vida
que es una triste fineza
hacer esperar á un hombre
tres horas ó tres y media
para comer una sopa
muchas veces no tan buena
como la suya. Y en tanto
que el momento ansiado llega,
¿qué se hace en el mes de Agosto

el cuitado á quien obsequian
de este modo? Adónde va?
En todas partes molesta.
Aquí están comiendo, y sienten
que un extraño los sorprenda;
bien porque entónces les falta
la libertad que quisieran
para hablar de sus negocios,
bien porque no les convenga
que se entere de si comen
faisanes ó berengenas,
de si hay ó no pulcritud
en mantel y servilletas,
de si trinchan ó destrozan,
de si rezan ó no rezan.
Allí acude cuando todos
están durmiendo la siesta;
aquí no está el amo en casa;
allí no le abren la puerta;
si entra en un café, se aburre;
se fatiga si pasea.
Si se resuelve á tomar
un bocado á buena cuenta,
porque á traicion le convidan
y no ha almorzado chuletas,
luégo no tiene apetito,
y el anfitrion que le observa,
ó se pica imaginando
que su banquete desprecia,
ó el «vaya, anímese usted»
á cada plato renueva.
Si hasta declinar el sol
le dice al hambre, paciencia!,
desfallece, es ya cadáver
cuando á la mesa se sienta.—
Esto de comer las gentes
á unas horas tan diversas
es incómodo á quien vive
en la capital de Iberia.
Sepámoslo de una vez:
qué somos en esta tierra?
Españoles, ó franceses?
Se come aquí, ó se merienda?
Cuál es mejor reglamento?
No se sabe cosa cierta.
Qué se entiende por *buen tono?*
Qué quiere decir franqueza?
¿En qué cátedra se aprende
la urbanidad verdadera?
¿Reside en la aristocracia,
ó bien en la clase media?
Cuáles los límites son
entre esta clase y aquella?—
Ya se ve, los madrileños
se han formado tal menestra
de costumbres nacionales
y costumbres extranjeras,
que aquí ya nadie se entiende
ni le conoce su abuela.—
Pero hablemos de otra cosa,
ya que afable como bella
me otorga usted una gracia
que todo el pueblo me niega.

Luciana. La conversacion de usted
es en extremo discreta,
y le aprecio demasiado.....
Rodrigo. (Ah!)
Luciana. Para privarme de ella.
Rodrigo. Señorita.....
Luciana. Esos papeles.....
Perdone usted que me atreva.....
Rodrigo. Para usted los traigo. Un duo
es este, admirable pieza,
y este otro una cavatina.
Luciana. Son de la ópera nueva?
Rodrigo. Sí, señora. Es lo que usted
más ha celebrado de ella,
y á ofrecerle me apresuro
esta prueba harto pequeña
de mi amistad.
Nemesia. (Amistad!)
Luciana. Mucho estimo la fineza.—
Qué preciosa cavatina!
Qué duo!..... Música, letra,
todo es sublime.
Rodrigo. No dudo
que más sublimes parezcan
cuando les den nueva vida
esos labios de sirena.
Luciana. Sirena? Pobre de mí!
Vaya, usted me lisonjea.
Nemesia. (Dale, dale por la solfa,
y perderá la chabeta.)
Luciana. Quien le oiga á usted y no á mí,
me tendrá por muy maestra.
Rodrigo. Quizá no lo sea usted,
mas basta que yo lo crea,
y aunque parezca lisonja.....
Luciana. Vaya, usted, como se precia
de galante.....
Rodrigo. Sí, es verdad;
mas si mi labio exagera;
no es galantería, no;
es que la amistad me ciega.
Nemesia. (Qué amistad ni qué embeleco?
Diga amor y no nos muela.)
Luciana. El tener yo por amigo
sujeto de tales prendas
me envanece. Crea usted
que nadie tanto le aprecia
como yo.

[*Deja los papeles de música sobre una silla, y uno de ellos se cae al suelo.*]

Rodrigo. Mucho agradezco
que un corazon donde reina
el amor pueda aceptar
la pura, inocente ofrenda
de mi amistoso cariño.—
¿Y cuándo, cuándo se estrecha
ese lazo venturoso?
Yo he visto la preferencia
que da usted á don Torcuato,
y aunque veo que se empeña
don Ciriaco en que mi primo.....
Luciana. ¿Quiere usted darme una prueba

de su amistad?
Rodrigo. Señorita!
Lo duda usted? ¿Qué no hiciera
por complacer.....
Luciana. Pues le ruego
que jamás á hablarme vuelva
de mi boda y mis amantes.
Qué porfiada contienda!
Uno en mi padre se apoya;
otro me hostiga y se queja
alegando..... Santo Dios!
Voy á perder la cabeza.
Ni sé si amo ó si aborrezco,
ni qué pensar, ni qué senda
debo seguir, porque todas
me parece que me llevan
al precipicio; y no obstante.....
Basta! Déjenme siquiera
respirar. No hace tres años
que jugaba á las muñecas,
y ya entre dos aspirantes
fluctúa mi inexperiencia.
Qué angustia! No puedo más.—
Hablemos de otras materias.....
De música, por ejemplo.
Ese duo me enajena.
Vamos á ensayarle ahora?
Rodrigo. Disimule usted. Me pesa
en el alma el no poder.....
Ya sabe usted que me esperan.....
Luciana. Ah! sí. Bien; lo estudiarémos
más tarde.
Rodrigo. Cuando usted quiera.—
Se entiende, si no se pica
don Torcuato.
Nemesia. Si se cuelga
de rabia, tanto mejor.
Rodrigo. Este miramiento es deuda
de mi amistad. Yo no debo
despertar en él sospechas
que perturben el reposo
y la dicha comprometan
de Luciana.
Nemesia. ¿Y quién ha dicho.....

Rodrigo. [*Se levanta.*]

Si usted me da su licencia.....
Luciana. (Qué complaciente! Qué amable!....)
¿Dará usted luego una vuelta
por aquí?
Rodrigo. Sí, cara amiga.
(Mi corazon lo desea.)
Estoy á los piés de usted.
Luciana. Abur.
Nemesia. (Muerto está por ella.)

ESCENA III.

LUCIANA. NEMESIA.

Nemesia. ¿Hay hombre más obsequioso
que don Rodrigo? Este sí,
este sí que es todo un hombre,
y te haria muy feliz.

Luciana. [*Se levanta.*]

Bien pudiera ser, Nemesia,
pero si él no piensa en mí.....
Nemesia. No? Simplona! Muerto está
por ese lindo perfil.
Luciana. De véras? En qué te fundas?
Nemesia. Yo tengo buena nariz,
y tantos obsequios.....
Luciana. Pero.....
¿Acaso te ha dicho á ti
que me ama?
Nemesia. No me lo ha dicho,
mas no dudo que algun fin
se propone..... Esa amistad
puede muy bien encubrir
otra pasion más ardiente.
Acaso con ese ardid.....
Luciana. ¿No pudiera declararse
si es cierto que me ama?
Nemesia. Sí,
pero tal vez su temor.....
Luciana. Sería un temor pueril.
¿Presumes tú que por eso,
cuando en la amorosa lid
pudiera triunfar..... Nemesia,
enamorarse, y sufrir,
y callar, no se acostumbra
en este siglo. El más ruin
de los hombres ya se tiene
por muy capaz de rendir
á la dama más hermosa.
Nemesia. Sí, Luciana, será así;
pero un hombre de treinta años
que su sangre siente hervir
no es amigo, y sólo amigo,
de una muchacha gentil
con un cuerpo delicioso
y un rostro de serafin.
Luciana. Si me amase como dices
no podria consentir
dos rivales. ¿Para cuándo
quieres que reserve, di,
el declararme su amor,
si, viendo que está en un tris
el dar á otro mi mano,
se lo guarda para sí?
No, tú te engañas. Su afecto
no ha traspasado el confin
de la amistad. Cuando supo
que estaba su primo aquí,
vino un dia á visitarle.....
sin ningun designio hostil.—
Ya ves; no me conocia.....
Siempre apasionada fuí
de la música. Vió el piano
y un aria sobre el atril.
Me rogó que la cantase;
á sus ruegos accedí.
Él canta tambien y toca
con perfeccion el violin.
Con tan plausible motivo

dió don Rodrigo en venir.
Él no es músico de aquellos,
como hay en la corte mil,
que abrir no saben la boca
si no hablan del do, re, mí.
Su conversacion es grata;
por lo que puedo advertir,
no le disgusta la mia.....
Simpatizamos en fin,
mas simpatía y amor
no se deben confundir,
porque el alma.....

Nemesia. Lucianita,
mi ingenio es poco sutil
para entrar en argumentos;
mas no ves lo que yo vi
porque estás encaprichada
en favor del malandrin
de don Torcuato.

Luciana. ¿Y ahora
me quieres reconvenir
por eso, cuando tú misma.....

Nemesia. Cuando mi auxilio le di
parecia un corderito
que salia del redil,
mas se ha convertido luégo
en silvestre jabalí.

Luciana. Su genio me desespera.

Nemesia. Es capaz de consumir.....
Ah qué polilla!

Luciana. Es verdad,
pero ya le he dado el sí,
y no me atrevo.....

Nemesia. Pues bien,
yo que soy más varonil
le daré carta de pago.

Luciana. No, no puedo consentir
tal ultraje. En qué me ofende?

Nemesia. Ahí es un grano de anís!
Tiene celos de su sombra;
nunca cesa de gruñir;
espiando siempre..... Ese hombre
no es amante; es alguacil.

Luciana. Nemesia, el amor.....

Nemesia. El suyo
no es amor, que es frenesí.

Luciana. Me llamará inconsecuente,
coqueta.....

Nemesia. ¿Y le has de sufrir
por temor..... Qué! ¿no te pone
como hoja de perejil
todos los dias?

Luciana. Nemesia,
qué desdichada nací!

Nemesia. Si tú te casas con él,
ay! mártir vas á vivir.

Luciana. ¿Y acaso con don Saturio
no seré más infeliz?

Nemesia. Ni con uno ni con otro;
que miéntras dure tu Abril
no te han de faltar amantes.

Luciana. Y en tanto ¿cómo salir
de este pantano? Si al ménos.....

Nemesia. Quién asoma por allí?—
Don Torcuato. ¡Mala bomba.....
Lo que él tardará en reñir!
Mire usted qué cara trae.
Así pintan á Caín.

ESCENA IV.

LUCIANA. D. TORCUATO. NEMESIA.

Torc. Siento interrumpir á ustedes.
Si mi presencia incomoda.....

Luciana. Qué dice usted? No, señor.

Torc. No me gusta estar de sobra
en ninguna parte.

Luciana. Pero.....

Torc. Lo cierto es que ustedes cortan
su conversacion al verme.

Luciana. El no hacerlo fuera poca
cortesía.

Torc. Más amor,
y no tantas ceremonias
quisiera yo.—¿De qué nacen
las miradas desdeñosas
que Nemesia me fulmina?

Nemesia. Siempre hemos de estar de gorja?

Luciana. Esa es aprension de usted.

Torc. Aprension! ¿Y la zozobra
que advierto en ese semblante?
Niéguemelo usted.....

Nemesia. Esa es otra!
Hoy viene usted muy fiscal.

Luciana. Nemesia!....

Nemesia. Si alguna mosca
fuera de aquí le ha picado,
no lo paguemos nosotras.

Torc. Si usted me hiciera la gracia
de dejarme hablar á solas
con Luciana.....

Nemesia. No, señor,
que no porque yo le oiga
pierde usted nada.

Luciana. No obstante,
porque no diga.....

Nemesia. Hola, hola!
Echarme á mí! ¿Sabe usted.....

Torc. Yo no lo mando, señora....;
lo suplico.—Mas ya veo
que cuando usted se alborota
por algo será.

Luciana. Por Dios,
vete; no arme una camorra
por cosa que nada vale.

Nemesia. Ya me voy en paz y en gloria
de Dios, mas no porque usted,
señor mio, lo disponga,
sino porque así lo exige
mi señorita.

Torc. En buen hora.

Nemesia. Y por no decirle á usted,
con permiso de su novia,
que me cansa, y me fastidia,
y me enfada, y me encocora.

ESCENA V.

LUCIANA. D. TORCUATO.

Torc. Ya ve usted cómo me trata.
Sin duda esas alas toma
porque sabe ya que usted
me aborrece.
Luciana. No hay tal cosa.
Sabe usted que siempre ha sido
parlanchina y regañona.
Torc. Y si ántes me protegia,
por qué me detesta ahora?
Luciana. La suspicacia de usted
esa mudanza ocasiona.
Torc. Mi suspicacia! ¿Y acaso
no tengo razon de sobra
en que fundar mis recelos?
¿No ha venido de Segovia
don Saturio á desposarse
con usted? Es esto broma?
Luciana. ¿Y acaso no sabe usted
que mi corazon le odia?
Torc. Pero vive en esta casa.
Luciana. Mi padre en ella le aloja.
Yo no tengo facultad
para enviarle á una fonda.—
No hago poco en conseguir
que usted venga á todas horas
contra el gusto de mi padre.
Torc. Eso es en lengua española
decirme á mí que no vuelva.
Luciana. ¡Hombre de Dios..... (Me sofoca.)
Quién dice tal cosa? Yo.....
Torc. No es justo que usted se exponga
por mi causa.....
Luciana. Qué porfía!
Torc. Á un disgusto.....
Luciana. Dale bola!
El riesgo que puede haber
es lo que ménos me importa.
Torc. Será así, pero.....
Luciana. Otro pero?
Torc. ¿Cómo es que con tanta sorna
permanece en esta casa
el segoviano? Lisonjas,
coqueterías de usted
sus esperanzas apoyan.
Luciana. Al contrario, no le miro,
no le hablo sin hacer mofa
de su merced.
Torc. No lo creo,
pues ningun hombre soporta
que se mofen de él. Mil veces
tomado hubiera la posta.....
Luciana. Y si él es tan majadero,
tan confiado, tan posma
como usted gruñon, sombrío,
caviloso,..... ah qué congoja!,
tengo yo la culpa?
Torc. Cielos!
¿Será posible..... ¡Usted llora.....
Luciana!.... Mal haya, amén,
mi carácter, mi..... Perdona,
perdona, bien de mi vida.
La pasion que me devora.....
No más, no más. Ese llanto
el corazon me destroza.
Serena tus bellos ojos.
Tu gracia de nuevo implora
este amante desdichado
que arrepentido se postra
á tus piés.
Luciana. Esto es peor.
Si ahora sale de la alcoba
papá..... Alce usted! Ya no lloro,
ya mi pecho se alboroza.....
(Triste de mí!) ¡Vamos.....
Torc. No.
No suelto tu mano hermosa
ni del suelo me levanto
hasta que esa dulce boca
pronuncie el perdon que anhelo.
Luciana. Bien. Nunca fuí rencorosa.
Le perdono á usted.
Torc. ¿No quieres
tutear á quien te adora?
Luciana. (Jesus! Jesus!) Bien, Torcuato.
Yo te perdono.
Torc. Ah! tú colmas
mi dicha.
Luciana. Mas si otra vez
con sospechas injuriosas
me ofendes.....
Torc. Por esos ojos
que el corazon me aprisionan
te juro que de los celos
jamás la mortal ponzoña.....

[*Luciana recoge el papel de música que estaba en el suelo.*]

Qué papel es ese?
Luciana. Nada.....
Yo.....
Torc. Pérfida! no le escondas.
Luciana. No hago tal.
Torc. Algun billete
amoroso.....
Luciana. Escrito en solfa?
Mira.
Torc. [*Tomando y reconociendo el papel.*]
Dame.—Cavatina.....
Pues malos lobos me coman
si no habia imaginado.....
Luciana. Tú quieres volverme loca.
Torc. Pero esta música es nueva;
música que no se compra
en los almacenes. ¿Quién
te la regaló?—Ya asoman
los colores á tu rostro,
Mi rival.....
Luciana. No; te equivocas.
Su primo.....
Torc. Del mal el ménos.
Mas sabiendo que me enojas

cuando cantas.....
Luciana. No es extraño.
Si fuese yo *prima donna*.....
Torc. Ántes porque cántas bien
no quiero que nadie te oiga.
Luciana. ¿Ni áun este gusto inocente
me permites?
Torc. Canta sola.
Luciana. Si el maestro.....
Torc. Ponte mala.
Luciana. Si mi padre.....
Torc. Ponte ronca.
Luciana. Esto es demasiado ya.
Usted de amarme blasona,
¿y quiere imponerme el yugo
de esclavitud afrentosa?
Dios eterno! ¿qué reserva
para un marido quien obra
cual tirano siendo amante?
Si quien dice que me adora
de esta manera me trata,
¿qué haria, Vírgen de Atocha,
si me aborreciese? ¿Acaso
me ha comprado usté en Angola?
Si una se féria un vestido
ó lucir quiere una joya,
es delito; si á la calle
quiere salir, si se asoma
á la ventana, delito;
si calla, si habla, si toca,
si canta, si rie, en todo
es culpable, y nunca hay forma
de tenerle á usted contento.
Yo soy mujer, no soy diosa.
No porque usted delirando
un mundo ideal se forja,
si Dios me hizo como soy
me he de convertir en otra.
¡Cuidado que no hay paciencia.....
¿Quiere usted que no se rompan
nuestras relaciones? Bien.
Deje de hacer la marmota;
acostúmbrese á nombrar
y á ver como son las cosas;
no llame á las cavatinas
epístolas amatorias,
y empiece á amarme una vez
como se ama á las personas.
Torc. Ah, cruel! Si el dardo agudo
que el corazon me destroza.....
Luciana. Oh!.... no más exclamaciones.
Ya tengo como una bomba
la cabeza. Por piedad
váyase usted, que ya es hora
de que despierte mi padre.
Torc. Eso más? ¡Usted me arroja
de su casa!
Luciana. Nada de eso.
Torc. ¡Este es el premio que logra
mi pasion!
Luciana. Hombre, ó demonio!....
Torc. Siempre ha quebrado la soga
por lo más delgado. ¡Así
se desprecia, se baldona,
se asesina á un hombre!.... Vuelve,
vuelve la espalda. Hazte sorda
á mis clamores..... Me voy,
me voy, porque ya me ahoga
el despecho; mas te juro
que te ha de quedar memoria
de Torcuato. ¡Adios, perjura,
falsa, embustera, traidora!

ESCENA VI.

LUCIANA.

Y yo he querido á ese hombre!
¡Y mi ventura se inmola.....
Ah! no. Primero casarme
con don Saturio.—Estoy loca?
¡Yo dar mi mano á ese necio
que sólo porque á su costa
me rio..... Triste de mí!
Nunca he pensado ser monja,
¡y no hay un sér racional
que me quiera para esposa!

ESCENA VII.

LUCIANA. D. SATURIO.

Saturio. Joya que en el alma engasto,
qué haces tan solita aquí?
Sin duda pensando en mí.....
Luciana. (Faltaba ahora este trasto.)
Saturio. Déjate de esos desvelos,
y pues sabes mi pasion,
no hiera tu corazon
el cuchillo de los celos.
Luciana. Celos!
Saturio. Sí, mi prenda, sí.
Luciana. No, mi prenda, no.
Saturio. Mejor.
Luciana. Celos suponen amor,
y no hay tal amor en mí.
Saturio. Pues! No el amor de una bestia,
furioso, desordenado,
sino un amor cimentado
en la cándida modestia;
amor puro, virginal,
que sin celos ni litigios
guarda todos sus prodigios
para el lazo conyugal.
Luciana. Le digo á usted que es un sueño.....
Saturio. Sueño! Tú me hablas de chanza.
¿No ha de darme confianza
ese semblante halagüeño?
Luciana. [*Se esfuerza en vano á ponerse séria.*]
Halagüeño? (Yo me rio
y lo echo á perder.)
Saturio. Oh, cara!
Tu sonrisa me declara

que ese corazon es mio.
Luciana. Ni lo ha sido, ni lo es,
ni lo será.
Saturio. Qué mentira!
Luciana. Me irrita usted.
Saturio. Oh! tu ira
durará poco.

[*Se rie Luciana.*]

Lo ves?
El iracundo entrecejo
sienta mal á una mujer.
Si te quieres convencer
ensáyalo en el espejo;
y, al contrario, la hermosura
adquiere mayor encanto
si la acompaña algun tanto
de esa amorosa dulzura.
Luciana. (Este hombre es incorregible.)
Saturio. Ni así...., un poco de desden
á que tú me quieras bien
me parece incompatible.

Luciana. [*Muy airada.*]

Oh! ¿no sabe usted que en vano
con su pretension me hostiga?
¿Será fuerza que lo diga
con un puñal en la mano?

Saturio. [*Riéndose.*]

De véras?.... ¡Con qué donaire
se está fingiendo severa!
¿Pues no diria cualquiera
que me está haciendo un desaire?
Luciana. Se rie usted!
Saturio. No te asombres.
Quien te conoce y te ve.....
Vamos, contigo seré
el más feliz de los hombres.

[*Luciana va á retirarse y la detiene.*]

Eh! no te vayas tan pronto.
Eso es hacer el papel
muy á lo vivo, cruel!
Luciana. Usted sí que hace el de tonto.
Saturio. Yo? ¡Pues si aplaudo y admiro
ese envidiable gracejo.....
Luciana. Déjeme usted.....
Saturio. No te dejo.
Luciana. Basta, bien; no me retiro;
pero suelte usted la mano.
(Quiero llevarle el humor,
que si le irrito es peor,
y mi padre..... Ay Dios! En vano....)
Saturio. Suelto y callo, pues ya veo
que á fuer de casta doncella
me guardas tu mano bella
para el altar de Himeneo.
Allí gozosos los dos.....
Oh inmensa felicidad!—
Tú serás fiel; no es verdad?
Luciana. Seré..... lo que quiera Dios.
Saturio. Bien! Si yo de ti me fio,
á qué jurarme tu fe?
Oh! nunca te celaré.
Tú en tu cuarto; yo en el mio.
Celos? Doy á Belcebú
una pasion tan villana.
Soy yo mucho hombre, Luciana,
para que me engañes tú.
¿Acaso por ser más cautos
ganan más esos maridos
inamovibles, cosidos
eternamente á los autos?
No; yo te haré la justicia
que de ti tambien exijo.
Paz octaviana.—Y un hijo
cada año. Oh gloria! oh delicia!—
Criarlos es mucha brega,
mas yo á todo me convengo.
No te aflijas, que ya tengo
encargada una pasiega.

Ciriaco. [*Dentro.*]

Luciana! Dónde te escondes?
Luciana!
Luciana. Aquí estoy, papá.

ESCENA VIII.

D. CIRIACO. LUCIANA. D. SATURIO.

[*Llega D. Ciriaco en mangas de camisa y con el pañuelo del cuello en la mano. El actor que ejecute este papel marcará con la accion las ideas que sus versos encierran, siempre que esto le sea posible. Por no multiplicar advertencias, se deja á su eleccion la mayor parte de los gestos y actitudes que haya de emplear al efecto.*]

Ciriaco. Por más gritos que uno da.....
Luciana. Pero.....
Ciriaco. Por qué no respondes?—
Vaya, ponme la corbata,
que es mi mayor embarazo.
Jamás supe hacer un lazo.

[*Luciana prepara el pañuelo para ponérselo á su padre.*]

Oh yerno! De qué se trata?
Saturio. Recíproco amor proyecta
nuestra conyugal ventura.
Ciriaco. Lo celebro.
Saturio. Mi futura
quiere ser *plusquam perfecta.*

Ciriaco. [*Se sienta en un sillon.*]

No he tenido yo por cierto
tan buen rato. Oh qué sudores!
He soñado mil horrores.
Santo Dios! Si no despierto.....
Aunque ha de moverte á risa
contártelo todo quiero.
[*A Luciana.*]
Qué haces? Levanta primero

el cuello de la camisa.

[*Á D. Saturio.*]

Ya cansados y mohinos
de enredos y protocolos,
echan á rodar los bolos
los belgas y sus vecinos.
Rompiendo por fin la valla
que trazó la conferencia,
la una y la otra potencia
se aprestan á la batalla.
El ejército prusiano
equipado á la ligera
atraviesa la frontera
por dar un golpe de mano.—
El campo se ordena así.

[*Inclina todo el cuerpo, primero á la izquierda, luégo á la derecha, y despues al frente.*]

Á la izquierda los de Holanda,
los belgas á la otra banda,
y los prusianos allí.

Luciana. [*Todavía le está poniendo el pañuelo.*]
Qué inquietud! Esté usted quedo
si he de poner la corbata.

Ciriaco. Date prisa. Vamos, ata.....
Está ya?.... Bien.

[*Se levanta, y bracea y gesticula sin cesar.*]

Ah qué miedo!
Por el frente y por la espalda
ya canta su triunfo el belga,
pero el holandes no huelga
y rompe un dique al Escalda.
Quién se atasca, quién se anega,
allá un caballo galopa,
allá nadando la tropa
á la opuesta márgen llega.
Cis, cis, zas los escuadrones.....
por donde agua no corria;
pum, pum, pum la infantería;
pom, porrom, pom los cañones.
Ay! ay!, clama el moribundo.
Á ellos, á ellos!, repetia
el vencedor..... Parecia
que se desplomaba el mundo.—
Viene hácia mí un granadero,
hombre de seis piés, atroz,
gran bigote, horrenda voz.....
Parecia un Cancerbero.
Corria, volaba yo,
me agarra al volver un cerro,

[*Ase del cuello á D. Saturio.*]

exclama ¡ríndete, perro....;
y el susto me despertó.

Saturio. Pero mi cuello inocente,
que no es belga, ni holandes.....

Ciriaco. No me olvido yo en un mes
del granadero insolente.
Fatal ha sido mi siesta.....

Saturio. Oh! pues yo bien he roncado.

Ciriaco. [*Á Luciana.*]
Oyes! Tambien he soñado
que don Torcuato me apesta.

Luciana. Y yo ¿qué culpa.....

Ciriaco. Ese mozo
nunca ha sido de mi gusto.
Tan huraño, tan adusto.....

Luciana. Pero.....

Ciriaco. Hablemos sin rebozo.
Yo sé que te ama.

Saturio. ¿Qué escucho!

Ciriaco. [*Á D. Saturio.*]
Como tres y dos son cinco.
La mira con tal ahinco.....

Saturio. De véras? Me alegro mucho.

Ciriaco. Bien por Dios! ¿Conque tú.....

Saturio. En vano
pretende usted que me enfade,
pues me gusta á mí, que agrade
á todo el género humano.

Ciriaco. Ya, pero si ella.....

Luciana. Papá!....

Ciriaco. Le corresponde.....

Saturio. Qué error!
Verdad que no?

Luciana. No, señor.

Saturio. Ya lo oye usted.

Ciriaco. Pero.....

Saturio. Ba!

Ciriaco. Ello es que él la solicita,
y, favorecido ó no,
un rival.....

Saturio. Dale! si yo.....

Ciriaco. Es incómoda visita.
Hacerle un desaire siento,
mas porque historias no haya
será fuerza que se vaya.....

Saturio. No se irá; no lo consiento.
¿Dónde hay cosa más insulsa
que un amante sin rival?
¿Puedo yo tomar á mal
que él se exponga á una repulsa?
Luciana me adora, sí;
me lo juraba no ha mucho;
y semejante avechucho
¿me ha de dar celos á mí?

Ciriaco. Bien, hombre; no te alborotes.

Saturio. Vengo yo de algun establo?
Vaya! ¡Darle al pobre diablo
con la puerta en los bigotes!

Luciana. No es del caso esa porfía.
Ya se fué con mil y más
para no volver jamás.

Ciriaco. Eso es lo que yo queria.

Saturio. Cómo! Le habrás maltratado
sólo por guardarme fe.

Luciana. Lo que le he dicho no sé,
mas su genio.....

Saturio. Ay desdichado!

Despedirle así!
Luciana. No tal.
Yo.....
Saturio. Qué crueldad! Dónde estamos?
Y él que es tan sensible..... Vamos,
se echará al cuello un dogal.
Ciriaco. No será tan insensato.
Saturio. Oh! como el dé en un capricho.....
Señor! para haberle dicho:
«Perdone usted, don Torcuato.
Me honra usted con ser mi amante,
pero estoy comprometida.
Otro es dueño de mi vida.....»
Ó así,.... cosa semejante.
«Sin embargo, hasta la muerte
téngame usted por su amiga,
que la gratitud me obliga
á proceder de esta suerte.....»
Pero iracunda y cruel
plantarle en la calle... Eh! Quita!—
Mira: ponle una esquelita
y discúlpate con él.
Ciriaco. Hombre! Hombre!....
Luciana. Usted merecia
que yo le diera ese gusto.
Saturio. Pero ¿te parece justo.....
Luciana. Oh qué cansada porfía!
Saturio. Con justa razon dirá
que le han tendido una red
para.....
Luciana. Permítame usted
que me retire, papá.

ESCENA IX.

D. CIRIACO. D. SATURIO.

Saturio. Lo está usted viendo? Se pica
porque censuro el mal trato
que le ha dado á don Torcuato.
Qué pasion la de esa chica!
Ciriaco. Bien; tú has de ser su marido,
y pues á todo se allana
tu amor..... Pero esta mañana.....
Saturio. Qué?
Ciriaco. Se hablaron al oido.
Saturio. Y qué?
Ciriaco. Con mucha frecuencia
viene á casa ese mancebo.
Saturio. Y qué?
Ciriaco. Ocultarte no debo
que él tiene buena presencia.
Saturio. Vamos, y qué?
Ciriaco. Nada sé
de positivo. No obstante,
quitándolo de delante.....
Saturio. Ah qué pobre hombre es usté!
Ciriaco. Ya.
Saturio. Sólo por la manía
en que usted sin causa ha dado,
yo le enviaré un recado,
ya que ella no se lo envia.
Ciriaco. Bien, hombre! Yo, si advertí.....
Saturio. Sé lo que vale mi bella.
Ciriaco. No dudo.....
Saturio. Respondo de ella;....
y, sobre todo, de mí.

[*Mira su reloj.*]

Pero son las seis y media,
y tengo mucho que hacer.
Don Ciriaco, hasta más ver.—
Hoy se estrena mi comedia.....
Ciriaco. Saldremos juntos los dos.
Yo he de hacer una visita.....
Saturio. Bien.
Ciriaco. Me pondré la levita.....

[*La toma de sobre una silla y se la pone.*]

Saturio. Despáchese usted por Dios.
Ciriaco. Salió en el ensayo bien?
Saturio. Sí tal, á pedir de boca.
Ciriaco. Bravo!
Saturio. La dama está loca.
Ciriaco. Oigan!
Saturio. Y el barba tambien.
Ciriaco. Di á los actores.....
Saturio. Qué flema!
Ciriaco. Que no accionen demasiado.
Jesus! Salgo mareado
cuando dan en esa tema.
Saturio. Oh! sí. Y usted que es tan parco.....
Ciriaco. Bueno es que tú les recuerdes.....

[*Acompaña con la accion todas las palabras de los dos versos que siguen y de los otros dos que más adelante aparecerán tambien de letra cursiva.*]

Entre dos álamos verdes
que juntos forman un arco.....
Asimismo, como soy

[*Con flema tomando el sombrero.*]

Ciriaco, representaba
cierto actor que fastidiaba.....
Saturio. Ya no hay paciencia..... Me voy.

ESCENA X.

D. CIRIACO.

[*Vuelve con el sombrero puesto, y no advierte que se ha ido D. Saturio.*]

¡Cuidado que era trabajo
el ver..... Ahora entra el busílis.—
Por no despertar á Fílis
pasa silencioso el Tajo.

[*Viendo que está solo.*]

Calla! Se ha ido? Me alegro!
Qué desatencion! qué audacia!
Oh! como él dé en esa gracia,
le hago buscar otro suegro.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

NEMESIA.

Señorita!.... Hace un instante
que la dejé en el balcon.
Se habrá ido?—Señorita!....
Dicho y hecho; se marchó.
¡Cómo ha sabido guardarme
las vueltas!—Válgame Dios!
Mi autoridad se atropella.
Mucho declinando voy.
Se emancipa don Ciriaco,
y ya va dando en la flor
de imitarle Lucianita.
La casa está en rebelion.
Plantarme de esta manera!
Dejarme sola! Qué horror!
¡Á toda una ama de llaves,
á una mujer de mi pro.....
*¡Aprended, flores, de mí
lo que va de ayer á hoy!*
Un tiempo me obedecia
como la oveja al pastor,
mas, ay! ya va conociendo
que tiene uso de razon.
Ya aspira á romper el yugo
que quiero imponerle yo;
y una vez con dulce flecha
herido su corazon,
despreciará mis consejos
por seguir los del amor.—
*¡Aprended, flores, de mí
lo que va de ayer á hoy!*
Tantos años sometido
á mi alta jurisdiccion,
nada hacía don Ciriaco
sin permitírselo yo.
Como el cuitado no tiene
todo lo de Salomon,
se esforzaba mi talento
á discurrir por los dos;
y ahora en la misma casa
que entronizada me vió
ultrajada, *indefinida*, (*)
no tengo voto ni voz.—
*¡Aprended, flores, de mí
lo que va de ayer á hoy!*
De dónde viene mi mengua?
¿Será que el tiempo veloz
las flores de mi hermosura
en abrojos convirtió?—
¿Y es más jóven por ventura
ese bendito varon?
¿Se adelanta más que el suyo
mi desdichado reloj?
Ay triste de mí! Yo creo
que se han parado los dos.—
*¡Aprended, flores, de mí
lo que va de ayer á hoy!*

ESCENA II.

D. RODRIGO. NEMESIA.

Rodrigo. (No la veo.) ¿Cómo así
tan sola? ¿Se ha levantado
mi primo?
Nemesia. Y áun se ha marchado.
Rodrigo. Tambien don Ciriaco?
Nemesia. Sí.
Rodrigo. Bien.
Nemesia. No hay más que preguntar?
Rodrigo. Ah! sí. Lucianita bella.....
Nemesia. Si está usted muerto por ella,
qué vale disimular?
Rodrigo. Yo.....
Nemesia. Sí, sí; estoy en mis trece.
Rodrigo. Me hará usted creer, señora,
que mi corazon la adora;
y esto.....
Nemesia. Qué! no lo merece?
Don Rodrigo, don Rodrigo!
Ya de la infancia salí.
La que se me escape á mí.....
Rodrigo. Sólo en calidad de amigo.....
Nemesia. Oh! ya es esto inaguantable.
Deje usted ese estribillo,
que ha de darme un tabardillo
con su amistad perdurable.
Eh! fíese usted de mí.
Hable usted. Segun las trazas
si usted lleva calabazas,
[*Con el dedo en la frente.*]
que me las claven aquí.
La que mata á usted de amores
y le cautiva y le abrasa
está ahí al lado, en la casa
de su amiguita Dolores.
La llamaré.....
Rodrigo. Nada de eso.
No la quiero incomodar.

(*) Adjetivo aplicado á los oficiales del ejército que, aunque reconocidos como tales, estaban sin colocacion: hoy se les llama de *reemplazo*.

Nemesia. Yo sé que se ha de alegrar.
Rodrigo. Oh! no. Sería un exceso.....
Nemesia. Pero, señor, yo pregunto,
¿qué temor.....
Rodrigo. La envidia muerde.....
Nemesia. Bien, bien. Usted se lo pierde.
No se hable más del asunto.
Rodrigo. (Su curiosidad castigo.)
Nemesia. (Sin duda en mí no confia,
y es inútil mi porfía.
¡Vaya, que el tal don Rodrigo.....
Parece que Barrabas
le hace conspirar tambien
para destronarme.)

Rodrigo. [*Ha tomado un libro.*]
Bien:
«Aventuras de Gil Blas.»

[*Se sienta.*]

Nemesia. Va usté á leer?
Rodrigo. Sí, señora.
Nemesia. (Ya tus intenciones veo.)
No sale usted á paseo?
Las siete y media. Ya es hora.
Rodrigo. Incomodo á usted?
Nemesia. No tal.
¿Cómo es posible que á mí.....
Pero extraño mucho.....
Rodrigo. Aquí
corre un fresco celestial.
Nemesia. El Prado estará mejor,
y ahora que el sol no molesta.....
Rodrigo. Prado, y en dia de fiesta!
No lo nombre usted. Qué horror!
¿Quién tal gentío tolera,
tanto polvo y confusion,
tanto y tan rudo apreton,
tanta cara dominguera?
Dios nos libre. En esta silla
prefiero esperar leyendo
á mi primo, sin estruendo,
sin polvo.....
Nemesia. Al primo! Esa es grilla.
Rodrigo. ¡Cómo.....
Nemesia. ¿Acaso yo me mamo
el dedo? Á mi señorita
espera usted. Ya me irrita.....
Rodrigo. Bien. Si usted se empeña.....
Nemesia. El amo.

ESCENA III.

D. RODRIGO. D. CIRIACO. NEMESIA.

Ciriaco. Oh don Rodrigo!

Rodrigo. [*Deja el libro y se levanta.*]
Señor
don Ciriaco!
Ciriaco. Cómo va?
Rodrigo. Perfectamente. Y usted?
Bueno?
Ciriaco. Sí; no hay novedad.
Solito aquí con Nemesia!
La quiere usted cortejar?
Rodrigo. Leyendo estaba.....
Ciriaco. Ya veo
que fuera mucha bondad
á una mujer de sus años
hacer la corte.
Rodrigo. No tal.
Nemesia.....
Ciriaco. No está la pobre
para esas empresas ya.
Nemesia. Mire usted quién se lo dice!
Un inútil carcamal.....
Ciriaco. Allá nos vamos los dos.
Nemesia. Usted tiene más edad
que yo.
Ciriaco. Cierto, pero al cabo
dos ó tres años de más
ó de ménos.....
Nemesia. Al señor
poco le debe importar
nuestra fecha.
Ciriaco. Ya es antigua.
Nemesia. Es falta de urbanidad.....
Ciriaco. Yo me acuerdo, y tú tambien,
del terremoto de Orán.
Nemesia. Se engaña usted.
Ciriaco. No por cierto.
Nemesia. Usted me quiere insultar.
Ciriaco. No, mujer. Yo no te agravio
por decirte la verdad.
Rodrigo. Don Ciriaco se chancea.
No lo tome usted á mal.
Nemesia. Yo no gusto de esas chanzas.
Ciriaco. Eh!
Nemesia. No me haga usted hablar,
porque diré atrocidades.
Rodrigo. Vamos, vamos, haya paz.
¿Qué diablos..... El tiempo vuela
sin volver la cara atras.....
Oh! y lo que es esta señora,
seamos justos, está
fresca y ágil todavía.
Nemesia. Mil gracias. (Es muy galan,
muy cortesano; eso sí.)
Rodrigo. Yo no sé los que tendrá,
pero apénas representa
cuarenta años.
Ciriaco. Tiene más.
Nemesia. Oh qué hombre!
Ciriaco. Yo diré á usted.
Treinta y tres del siglo actual.
Ella nació.....
Nemesia. [*Interrumpiéndole.*]
¿Se prepara
el baño?
Ciriaco. Sí.
Nemesia. (De alquitran
habia de ser.)
Ciriaco. Cincuenta,

cincuenta y cuatro..... Cabal.
Cincuenta y cuatro ha cumplido
la víspera de San Juan.

Nemesia. Oh!.... (Cuando le pille á solas
bien me las ha de pagar.)

ESCENA IV.

D. CIRIACO. D. RODRIGO.

Ciriaco. ¡Que nunca quieran ser viejas
las mujeres! ¡Fuerte afan.....

Rodrigo. Eh! ¿Qué importa.....

Ciriaco. ¿Sabe usted
que hace un calor infernal?
Usted no pasea?

Rodrigo. No.
Espero á mi primo.....

Ciriaco. Ya.
Bien hecho. Pues yo que vengo
desde la calle Imperial.....
Ya se ve, las pretensiones
de mi hermano Baltasar
el brigadier..... Santo Dios!
Me tiene hecho un azacan.
Ya sabe usted que pretende
el gobierno militar
de.....

Rodrigo. Sí, señor. (Dios me asista.)

Ciriaco. Y el ascenso á mariscal
de campo. Como él no puede
sin Real licencia mudar
de domicilio, y las cartas
tardan una eternidad,
me ha endosado la incumbencia
de andar de aquí para allá,
á Palacio, al Ministerio,
á la Inspeccion general.....
Por fin no va mal la cosa.
Ello sí, me hacen sudar,
pero creo que el gobierno
para mi hermano será.

Rodrigo. Lo celebraré infinito.

Ciriaco. Ahora acabo de entregar
al ministro de la Guerra
el último memorial.

Rodrigo. Me alegro.

Ciriaco. Como yo escribo
con tanta velocidad,
lo puse en cuatro minutos.
Dice así:

[*Como maquinalmente figura escribir en el pecho de D. Rodrigo lo que va relatando.*]

«Don Baltasar
Villalonga, brigadier.....
et cætera: con la más
profunda veneracion
á vuestra Real Majestad
dice: que habiendo obtenido
por gracia particular
el empleo de cadete
á los quince años de edad,
pasó como abanderado
al reino de Portugal
año de mil setecientos.....

Rodrigo. Don Ciriaco, por piedad.....

Ciriaco. Aquí traslado su hoja
de servicios de pe á pa.—
«En atencion á lo expuesto,
á su mucha antigüedad
y á sus honrosas heridas.....

Rodrigo. (Ay! tambien las va á copiar
en mi pecho!)

Ciriaco. «Y al atraso
que experimentando está
en su carrera.....

Rodrigo. (Yo muero.)

Ciriaco. «Á vuestra Real Majestad
humildemente suplica.....

Rodrigo. Ya, ya infiero lo demas.

Ciriaco. «Le nombre gobernador
del castillo y la ciudad
de...

ESCENA V.

D. CIRIACO. D. RODRIGO. NEMESIA.

Nemesia. Señor.....

Ciriaco. Qué hay?

Rodrigo. (Respiremos.)

Nemesia. Ya está el baño.

Ciriaco. Voy allá.

Rodrigo. (Gracias al cielo.....)

ESCENA VI.

D. CIRIACO. D. RODRIGO.

Ciriaco. [*Volviendo á la accion de ántes.*]
«Vacante
por muerte de don Beltran.....

Rodrigo. (Ah verdugo!)

Ciriaco. El apellido
no recuerdo. ¡Voto va.....
«Dominguez.— Gracia que espera
de la notoria bondad
de tan amado monarca,
cuya,.... *et cætera.* Alcaraz
siete de Agosto de mil
ochocientos.....

Rodrigo. Está ya?

Ciriaco. «Treinta y tres.»

Rodrigo. Oh! ¿ni aun la fecha
me quiere usted perdonar?

Ciriaco. Ya he concluido.

Rodrigo. Me alegro.

[*Figura tomar tierra del suelo y echársela sobre el pecho.*]

Ciriaco. El Rey lo recibirá.....
Qué hace usted?
Rodrigo. Estoy echando
arenilla al memorial.
Ciriaco. [*Riéndose.*]
Vaya, que este don Rodrigo
es gracioso si los hay.—
Mucho tarda don Saturio,
y bien pudiera.....
Rodrigo. Él vendrá.
Ciriaco. Le haria á usted compañía,
pero tengo que tomar
el baño.....
Rodrigo. Sí, vaya usted.
No permite mi amistad
que se incomode.....
Ciriaco. Luciana
ha pasado á visitar
á su amiga. ¿Quiere usted
que mande á llamarla? Juan!
Rodrigo. No; para qué? Yo no soy
de cumplimiento.
Ciriaco. [*Se acerca mucho á D. Rodrigo.*]
Qué tal?
No es buena boda?
Rodrigo. En efecto.....
Ciriaco. El buen don Saturio está
muy contento de su novia.
Rodrigo. No sería racional
si no lo estuviera.
Ciriaco. [*Asiendo una punta del pañuelo del cuello de D. Rodrigo y moviéndola en todas direcciones hasta que desata el nudo.*]
Yo.....,
hablemos con claridad,
conozco que á la muchacha,
como dice aquel refran,
no le ha entrado por el ojo
derecho; y á la verdad
no lo extraño, don Rodrigo,
porque es tan original
ese hombre, tan petulante.....
Usted me ha de perdonar.
Siendo su primo no es justo.....
Cierto es que su probidad,
su ilustre cuna, sus prendas
deben hacer olvidar
sus defectos.....
[*Va á atarse el pañuelo D. Rodrigo, y le toma la mano D. Ciriaco.*]
Ay amigo!
Mi ternura paternal.....
Rodrigo. (Paciencia!)
Ciriaco. Sólo desea
labrar la felicidad
de Luciana.
Rodrigo. No lo dudo.
Ciriaco. Hay de por medio un galan
que la pretende.
Rodrigo. Ya sé;
don Torcuato.
Ciriaco. [*Sobando á D. Rodrigo le va quitando uno por uno los botones del chaleco.*]
¡Y qué tenaz
es el hombre! Conociendo
que prefiero á su rival,
no desiste.....
Rodrigo. Desistir?
Yo sé de cuánto es capaz
un hombre cuando se empeña
en moler y dislocar
al prójimo.
Ciriaco. Lucianita
le ha tenido voluntad;
pero, sea que aquel genio
caviloso y suspicaz
ya la fastidie, ó que al fin
mi paterna autoridad
haya vencido.....
Rodrigo. Pero, hombre,.....
si yo no me he de bañar!....
Ciriaco. [*Sin darse por entendido.*]
Yo quisiera, porque soy
muy amante de la paz,
poder conciliar su gusto
con el mio.
Rodrigo. Es natural.
Ciriaco. Mas los jóvenes del dia.....
[*Acabando de desabrocharle.*]
¡Échese usted á buscar
un yerno donde hay tan pocos
que al lazo matrimonial
no tengan antipatía!
Rodrigo. [*Con fervor.*]
Ah! no, señor. La beldad
de Lucianita, su gracia
y aquel genio angelical
tanta ventura prometen
á quien la lleve al altar,
que el hombre más enemigo
de la coyunda nupcial
suspiraria.....
Ciriaco. [*Mirando su reloj.*]
Qué tarde!
El baño se va á enfriar.—
Abur, abur. Hasta luégo.

ESCENA VII.

[*Un criado trae luces y se retira.*]

D. RODRIGO.

Oh!.... Llévete Satanas.
Me está diciendo sandeces
una hora el animal;

me manotea; me pone
más blando que un cordoban;
al fin logro meter baza;
me resuelvo á declarar
mi amor á su hija, ¡y me vuelve
las espaldas! ¡Voto á San.....

[*Componiéndose el pañuelo y abrochándose el chaleco.*]

Lindo me ha puesto! Si dura
el coloquio un poco más,
no hay recurso, me convierte
en viva efigie de Adan.

ESCENA VIII.

D. SATURIO. D. RODRIGO.

Saturio. Oh primo! Tú por aquí?
Rodrigo. Sí.
Saturio. ¿Me has venido á buscar
tal vez para pasear
juntos esta noche?
Rodrigo. Sí.
Saturio. Pues no puedo gozar hoy
compañía tan amena.
Rodrigo. Por qué?
Saturio. ¿No sabes..... Se estrena
mi comedia, y, ya ves, voy.....
Rodrigo. Es cierto?
Saturio. Sí. Palco y coche
tengo á tu disposicion.
Rodrigo. Esta noche es la funcion?
Saturio. Sí.
Rodrigo. Te silban esta noche.
Saturio. Qué bobada! Cuando yo
la hago poner en escena.....
El barba la dió por buena
y el consueta le apoyó.
Su mérito literario
reconoce el maquinista.
No hay otra mejor en lista.
Me lo ha dicho el empresario.
Rodrigo. Si de balde se la diste,
no es mucho.....
Saturio. Soy yo venal?
No pido por ella un real
aunque está llena de chiste.
Rodrigo. Ya.
Saturio. Para evitar las trabas
que han sufrido más de cuatro,
ántes de darla al teatro
me agarré á buenas aldabas.
Rodrigo. Tanta recomendacion,
yo la verdad no te callo,
no te asegura que el fallo
del auditorio burlon.....
Saturio. Me aplaudirá.
Rodrigo. Quién lo dice?
Saturio. Yo.
Rodrigo. Cuando lo dices tú.....
Saturio. Ya prevengo un *ambigú*.
que mi triunfo solemnice.
Rodrigo. ¿Cómo puedes recrearte
con semejante quimera
si no conoces siquiera
los rudimentos del arte?
Ah! si Dios no lo remedia.....
Saturio. ¿No estudié, pese á tu casta,
gramática.....
Rodrigo. ¿Y eso basta
para hacer una comedia?
Saturio. Basta y sobra, y yo no aguanto
que un primo.....
Rodrigo. No te acalores.
Saturio. En la corte hay escritores
que no saben otro tanto.
Rodrigo. Así son ellos.
Saturio. Y en fin,
mi talento nada escaso
puede..... ¿Se escriben acaso
las comedias en latin?
Rodrigo. No, primo querido, mas.....
Saturio. Todos alaban la mia.
Rodrigo. Algunos por cortesía
y por mofa los demas.
Saturio. Se han de gozar en mi daño
los que mi genio estimulan?
Rodrigo. Di mas bien los que te adulan.
Saturio. Y tú.....
Rodrigo. Yo te desengaño.
Saturio. Pues con eso nada alcanzas,
no. Por mucho que me digas.....
Rodrigo. Claro está: tú no mendigas
consejos, sino alabanzas.
Saturio. Yo he de brillar en la corte
aunque de envidia te peles,
y ofreceré mis laureles
á los piés de mi consorte.
Rodrigo. Aunque digan lo contrario
barba, galan y consueta,
tú no has nacido poeta,
y es designio temerario.....
Saturio. Cómo! Tú has perdido el seso.
Poeta? Extraño capricho!
Que no soy poeta has dicho?
Bien. Qué tenemos con eso?
Tú de la misa la media
no sabes. ¿Hace en el dia
gran falta la poesía
para urdir una comedia?
Soy yo algun zote, algun bobo?
Yo he leido á *Cañizares*,
á *Arellano*, *Valladares*,
Comella y *Gerardo Lobo*.
Comprendo como el primero
el arte, y sin mucho afan;
¡cómo que he sido galan
en un teatro casero!
Sé muy bien que una comedia
con bodas ha de acabar,
y á lo sumo ha de durar
dos horas ó dos y media.
Sé que en actos se divide,
y los actos en escenas,

y que al fin como á un Mecénas
perdon al pueblo se pide.
Sé que el escritor novel
por temor de una derrota
se anuncia con una nota
que ocupa medio cartel.
Me he suscrito esta semana
á la *Revista*, al *Diario*....,
y he comprado el Diccionario
de la lengua castellana.
Pues ¿qué me falta en rigor
de cuanto se pide á un hombre
para aspirar al renombre
de dramático escritor?
Ser poeta? Qué locura!
Dime tú, la mayor parte
de los que ejercen el arte,
son poetas por ventura?
¿Sólo de Talía al solio
un poeta ha de aspirar?
No, no es posible aguantar
tan horrible monopolio.
Fuera mucha tiranía
que tres autores ó cuatro.....
Vaya! una cosa es teatro,
y otra cosa es poesía.

Rodrigo. Inútil es porfiar
con hombre tan mentecato.

Saturio. Cómo!.... Aquí está don Torcuato.
Él dirá si es regular.....

ESCENA IX.

D. SATURIO. D. RODRIGO. D. TORCUATO.

Rodrigo. No te canses. ¿Para qué
si yo la palma te cedo?
(Otro estorbo. Ya no puedo
verla á solas. Volveré.)

[*Se retira saludando á D. Torcuato.*]

ESCENA X.

D. SATURIO. D. TORCUATO.

Torc. Aquí me tiene usted ya,
señor mio.

Saturio. Ah! Bien. Me alegro.
Habrá recibido usted
un recado.....

Torc. Con efecto,
y aunque el lugar de la cita
es muy extraño por cierto.....

Saturio. Qué dice usted?

Torc. No reparo
cuando se trata de un duelo.....

Saturio. Hombre! Yo....:

Torc. Pocas palabras
El sitio; la hora. Presto.

Saturio. Oiga usted.....

Torc. Á mí me toca
elegir las armas.

Saturio. Pero.....

Torc. Florete? pistola? sable?
Á eleccion de usted lo dejo.

Saturio. Pero ¿quién, hombre de Dios,
quién ha dicho que mi objeto.....

Torc. Cuál puede ser? ¿No es usted
mi rival? No es caballero?
Yo amo á Luciana, la adoro,
la idolatro; no lo niego;
usted la adora tambien,
debo pensarlo á lo ménos;
usted no renuncia á ella,
yo tampoco; y este pleito
sólo puede sentenciarse
con el plomo ó con el hierro.

Saturio. Si no hay tal pleito, señor!
Yo soy absoluto dueño
del corazon de Luciana.
Si á usted le quiso algun tiempo,
ahora yo sólo soy
el blanco de sus deseos.
¿Qué se ha de hacer! Son vaivenes
de la fortuna. ¿Y por eso
se han de matar dos hidalgos?
Soy buen cristiano.....

Torc. Acabemos!

Saturio. Sé lo que es una pasion,
y de usted me compadezco.

Torc. Eh! nada de compasiones.
Un balazo es lo que quiero.

Saturio. Vaya, usted no está en su juicio.
Yo que de véras le aprecio.....

Torc. Don Saturio!....

Saturio. Le he llamado
para darle un buen consejo.
Procure usted dominar
ese desgraciado afecto.
¿No ve usted, santo varon,
que si muestra sentimiento
por el desden de Luciana
hace mayor mi trofeo
y halaga su vanidad?
¿No ve usted que el bello sexo.....

Torc. Oh!.... Yo no he venido aquí
á escuchar razonamientos
de moral.

Saturio. Nada, usted debe
manifestarse muy fresco.....

Torc. Fresco! Fácil es decirlo.
Sabe usted que estoy ardiendo?

Saturio. Mal hecho. Yo bien conozco
que ha sido mucho el desprecio
con que le ha tratado á usted
Lucianita.

Torc. Eso no es cierto.
Yo.....

Saturio. De qué sirve negarlo?
Piensa usted que yo lo apruebo?
Vaya! ¡Tratar de esa suerte
á un excelente sujeto,
á un.....

Torc. Mi paciencia se apura.

Charlatan de los infiernos,
yo he venido.....

Saturio. Ya se ve,
tambien tiene usted un genio.....
Cachaza, cachaza, amigo.

Torc. (No sé cómo me contengo.)

Saturio. Ella está muerta por mí;
eso lo conoce un ciego;
mas bien pudiera quererme
sin hacer esos extremos,
sin desesperarle á usted,
y echarle un dogal al cuello,
y abismarle.....

Torc. Voto á briós!....

Saturio. Yo, que de justo me precio,
la he reprendido; y no dudo
que ha de hacer muy buen efecto
mi sermon. La pobrecilla
me ama tanto.....

Torc. (Yo reviento.)

Saturio. Nada! usted no dé su brazo
á torcer. Siga viniendo.....
Háblela usted como amigo.
Diga usted que han sido un juego,
una chanza sus amores.
Así se pone á cubierto
el amor propio, y en fin.....

Torc. (Le voy á ahogar.....)

[*Se adelanta hácia D. Saturio con los brazos levantados en actitud de maltratarle: D. Saturio cree que le va á abrazar y le estrecha fuertemente en los suyos, quitándole la accion.*]

Saturio. Bueno! bueno!
Un abrazo! Bravo! Amigos
hasta morir.

Torc. [*Pugnando por desprenderse.*]
Oh! primero.....

ESCENA XI.

D. SATURIO. LUCIANA. D. TORCUATO.

Luciana. Cómo! Abrazados los dos.....

[*Al llegar Luciana se separa D. Saturio de D. Torcuato.*]

Torc. (Luciana!)

Luciana. Mucho me alegro.....

Saturio. Sí; no podias venir,
prenda mia, á mejor tiempo.
El amable don Torcuato
reconoce mis derechos,
y nuestra mutua amistad
será de hoy más el modelo.....

Torc. Señorita, yo..... (Está loco;
más loco que yo.) Protesto.....

Saturio. Ahora bien, haced las paces
vosotros: solos os dejo.
Quiero que seais amigos,
ya que el lazo de Himeneo
no os puede unir, pues yo solo
de ese corazon soy dueño.—
Voy á escribir una carta;
cuatro líneas: pronto vuelvo.

[*Á Luciana.*]

Tú te ries? Bien; lo aplaudo.

[*Á D. Torcuato.*]

Usted tambien? Lo celebro.
¿Cuánto va á que quiere usted
ser mi padrino? Lo acepto.

ESCENA XII.

LUCIANA. D. TORCUATO.

Torc. ¡Yo rio cuando debiera
echarme al cuello un cordel!

Luciana. ¿Es posible no reirse
de semejante sandez?

Torc. Cuando él habla de ese modo,
alguno le apoya.....

Luciana. Quién?
¿No le he dicho á usted mil veces
que no le puedo querer?

Torc. Ya. Con decírmelo á mí.....

Luciana. Yo nunca le he dado pié
para que objeto se crea
de mi cariño; ántes bien
si tuviera entendimiento.....
Aun me va á comprometer
mi padre á alguna locura.

Torc. ¿Es la locura tal vez
el premiar mi tierno amor,
el ser mi esposa.....

Luciana. No sé.

Torc. Ah ingrata!

Luciana. Yo no decia.....

Torc. No se me oculta la hiel
de tus palabras.

Luciana. ¿Volvemos
á la de ántes?

Torc. Ya no hay fe,
no hay virtud en las mujeres.
La que parece más fiel.....

Luciana. Si usted me dejase hablar
ya le hubiera dicho.....

Torc. Qué?

Luciana. Que con hostigarme tanto,
léjos de hacerme ceder,
convierte en valor mi padre
mi natural timidez;
que ha llegado ya á su colmo
el odio que tengo.....

Torc. Á quién?
Á mí?

Luciana. No, no; á don Saturio;
y encerrada moriré
en un convento primero
que desposarme con él.

Torc. Oh ventura! Yo he vencido.
No me cambio por un rey.
Yo solo.....
Luciana. ¿He dicho yo acaso
que el preferido es usted?
Torc. Cómo! ¿Algun rival oculto
me disputa el dulce bien
que mi corazon anhela?
Luciana. Sí, señor.
Torc. Quién es? quién es?
Dilo, y mi furor.....
Luciana. No es hombre.
Torc. No es hombre! — Es quizá mujer?
Luciana. Es ese infame carácter,
ese genio de Luzbel
que le hace á usted insufrible.
Torc. Ah! sí. Maldecido, amén,
sea yo si á impacientarte
vuelve mi genio otra vez.
Luciana. Necia seré si tal creo.
Torc. Oh! no. Mírame á tus piés.....

ESCENA XIII.

LUCIANA. D. TORCUATO. D. SATURIO.

Saturio. [*Con una pluma en la mano.*]

Bravo! muy bien!—Quietecito!
Torc. Sí, sí, quieto me estaré.
Saturio. Nunca está mejor el diablo
que á los piés de San Miguel.—
Ah, fiera! Áun no le perdonas?
Puede hacer más? Ya le ves.
Infeliz!—Dale la mano.
Luciana. Yo.....
Saturio. Dásela.—No por él,
sino por mí.
Luciana. Si es forzoso.....
(Qué necio!) Tómela usted.
Saturio. Arriba! Un ósculo ahora
de amistad. Eh?

[*Don Torcuato besa la mano á Luciana.*]

Bien, muy bien.

ESCENA XIV.

LUCIANA. D. TORCUATO.

Torc. Ah, Luciana! Esa fineza
me ha colmado de placer.
Luciana. Dele usted á don Saturio
las gracias; no á mí.
Torc. Cruel,
sólo por atormentarme
me niegas el interes
que tu corazon.....
Luciana. Confieso
que en el confuso tropel
de afectos que me domina
no me puedo comprender
á mí misma.
Torc. Eso es decir
con amable sencillez
que es usted una coqueta.
Luciana. Bien pudiera suceder
que á pesar mio lo fuese.
Torc. Sí?
Luciana. Con hombres como usted,
de ser víctima ó coqueta
no se exime una mujer.
Torc. Ah! no seas ni uno ni otro.
Sé mi único dueño, sé
la delicia de mi vida.
Seré humilde como Abel,
tierno, dócil, confiado.....
Lo que tú quieras seré.
Luciana. (Pobre Torcuato! Me adora
á pesar de mi desden.

[*Le mira sonriéndose.*]

Ah! Cuando da en ser amable,
quién es más amable que él?)
Torc. Callas! Me miras! Te ries!
No me queda más qué ver.
Ya soy objeto de mofa
para ti. ¡Digna merced
de mi ardiente amor! Oh cielos!
Al fin la venda rompeis
que me cegaba.
Luciana. Esta es otra!
Si, al contrario.....
Torc. ¡Buen papel
estoy haciendo!
Luciana. Torcuato!
Torc. ¿Tanta es mi ridiculez,
que sólo soy á tus ojos
un payaso de entremes?
Luciana. Óigame usted.....
Torc. Qué he de oir?
Oh vergüenza! ¿Adónde iré,
triste juguete, ludibrio
miserable.....
Luciana. Yo.....
Torc. Deten,
deten la lengua, perjura.
Luciana. (Ah, maldito de cocer!)
Torc. Adios, adios! Yo te juro
por lo más sagrado.....

ESCENA XV.

LUCIANA. D. TORCUATO. D. SATURIO.

Saturio. [*Deteniéndole. Luciana se sienta aburrida.*]

Eh!
¿Adónde con tanta prisa...
Esta noche se va á hacer

mi comedia y tengo palco;
conque.....

Torc. Mal horno de pez
para el palco, y la comedia,
y para el autor tambien.

Saturio. ¡Cómo.....

Luciana. Por Dios, don Saturio!
(Esta casa es un Babel.)
Déjele usted que se marche
y no vuelva.

Torc. Volveré.
Sí, que á mí no se me trata
como á un hombre de la hez
del pueblo; y nos han de oir
los sordos.....

Saturio. Dios de Israel!
Qué es esto?

Torc. Si usted se casa
con ese hidalgo soez.

ESCENA XVI.

LUCIANA. D. SATURIO.

Saturio. Diablo de hombre! ¿Qué le has hecho,
que dando tal campanada
se aleja.....

Luciana. Nada.

Saturio. ¿Y por nada
coge con la mano el techo?
Vaya, es loco rematado.
Despues que yo lo compongo
todo, ¡apearse..... Supongo
que él no se habrá propasado.

Luciana. Don Saturio!

Saturio. No te alteres.
Ya sé yo que tu pudor,
y sobre todo el fervor
con que á mí solo me quieres.....

Luciana. Quiere usted dejarme en paz?

Saturio. Pues! De mal humor te ha puesto!
Sin duda ese hombre indigesto
se destetó con agraz.—
No respondes? Con quién hablo?
Oh! si yo fuera celoso.....
Lucianita! ¿El rostro hermoso
vuelves airada? Qué diablo!
Esa es ya mucha ternura,
Lucianita. Por los cielos
juro que no tengo celos
de ese jóven. Qué locura!
Ántes debo suplicarte
que perdones mi manía.
Vaya, alégrate, alma mia.
Yo que deseo obsequiarte.....

Luciana. (Qué suplicio!)

Saturio. Hoy se ejecuta
mi comedia. Tú vendrás,
por supuesto. Ya verás
¡qué escena la de la gruta!
Hay tambien cena, torneo,
máscaras, evoluciones,
un proceso de ladrones,
y naufragio, y tiroteo.
Te divertirás. Qué drama!

Luciana. Sí, como de tal ingenio.

Saturio. ¿Qué sirve *Inarco Celenio*
para.....

[*Un criado trae luces.*]

Luciana. Dale! Yo.....

Saturio. La dama.....

[*Mira su reloj.*]

Oh! Las ocho y doce. Voy.....
Vístete tú. La comedia
se empieza á las ocho y media.

Luciana. Para comedias estoy!

Saturio. ¿Qué escucho! ¿Áun no se te pasa
la murria? Ven. No te enfades.

Luciana. Yo? Para oir necedades?
Bastantes oigo en mi casa.

[*Voces dentro como de riña.*]

Saturio. ¿Es posible que te piques
hasta el punto.....

Nemesia. [*Dentro.*] No, señor.

Saturio. Calla! Esos gritos.....

Nemesia. [*Dentro.*] Qué horror!

Ciriaco. No tal.

Nemesia. [*Dentro.*]
Sí tal.

Ciriaco. [*Dentro.*] No repliques.

Saturio. Acudamos.

ESCENA XVII.

LUCIANA. D. SATURIO. D. CIRIACO. NEMESIA.

Ciriaco. [*En bata.*] Voto á briós!....

Nemesia. No, señor, no.

Ciriaco. Qué! ¿no mando
yo en mi casa? ¿Desde cuándo.....

Nemesia. Con ninguno de los dos.
Y no me alce usted el grito!

Saturio. Sepamos.....

Luciana. Padre.....

Saturio. Qué infierno!

Ciriaco. Lo he dicho; será mi yerno.

Nemesia. No, señor; no lo permito.

Ciriaco. No soy yo su padre?

Nemesia. No.

Ciriaco. ¿Qué se entiende.....

Saturio. Vamos.....

Luciana. Dime.....

Nemesia. No es su padre quien la oprime.
Pero áun vivo, áun vivo yo.

Ciriaco. Gran persona!

Nemesia. Gran persona?

Saturio. Haya paz.....

Nemesia. Aquí lo soy.

Ciriaco. Eso me faltaba hoy;

que una dueña quintañona.....
Luciana. Padre!
Saturio. Calle usted, que es mengua...
Nemesia. Cuidado con insultarme,
que por ménos de un adarme.....
No me busque usted la lengua!....
Saturio. Qué osadía! qué descaro!
Nemesia. Mire usted que aquí va á haber
toros y cañas.
Luciana. ¡Mujer.....
Nemesia. Mire usted que canto claro.
Ciriaco. ¡Calle.....
Nemesia. No me da la gana.
Sacaré trapos al aire.
Á mí hacerme tal desaire!
Á mí!
Ciriaco. Márchate, Luciana.
Luciana. Pero.....
Ciriaco. Vete.
Saturio. Sí. Tu auxilio
no es del caso en tal momento.
Ya verás con mi talento
qué pronto los reconcilio.

ESCENA XVIII.

D. CIRIACO. D. SATURIO. NEMESIA.

Saturio. Vamos, juicio. Sepa yo
de qué nace esa quimera.
Ciriaco. Esa vieja cominera.....
Nemesia. No, sino usted.....
Ciriaco. No.
Nemesia. Sí.
Ciriaco. No.
Ella me falta al respeto.
Nemesia. Él con fiera ingratitud.....
Saturio. Más flema, que la salud.....
Ciriaco. Ella se mete.....
Nemesia. Me meto.....
Saturio. Hable uno solo, por Dios;
y bajo, que las paredes
oyen.....
Nemesia. Yo.....
Saturio. Tienen ustedes
razon de sobra los dos.
Ciriaco. No tal. Yo solo la tengo.
Saturio. Oh! quién lo duda?
Nemesia. Eso no.
Quien tiene razon soy yo.
Saturio. Es claro.
Ciriaco. Miente.
Saturio. Convengo.
(Aun no sé por qué es la riña.)
Nemesia. Ese hombre es un Cancerbero.
Ciriaco. Cancerbero á mí!
Nemesia. Yo quiero
que sea feliz la niña.
Saturio. Prueba de buen corazon.
Y la riñe usted por eso?
Vaya, á no perder el seso.....
Ciriaco. Basta, basta de sermon.
¿No sabes que esa marmota
mis designios contradice
y dice de ti.....
Saturio. Qué dice?
Ciriaco. Que debes comer bellota.
Saturio. Cómo! Y usted no la estruja?
Nemesia. Á mí?
Saturio. ¡Por vida de quién.....
Nemesia. Digo bien, digo muy bien.
Ciriaco. Es una esfinge.
Saturio. Una bruja.
Ciriaco. Bruja? Eso no. Poco á poco.
Eso de decirla injurias,
sólo yo.
Saturio. Pero..... Qué furias!
Si yo.....
Nemesia. Silencio!
Saturio. Estoy loco.

[*Hasta el fin de la escena hablan los tres á un tiempo.*]

Nemesia. La culpa, la culpa es mia.
Saturio. Santo Dios omnipotente!
Ciriaco. Por ser yo condescendiente.....
Nemesia. ¡Quién me dijera algun dia.....
Saturio. Basta, basta de alboroto.
Ciriaco. Mas no; ya no me resigno.....
Nemesia. Que este pago tan indigno.....
Saturio. ¡Horrenda imágen de Cloto,
calle usted! Calle usted, suegro!
Ciriaco. Que se aleje esa mujer!
Nemesia. Inicuo! Debes tener
ese corazon más negro.....
Saturio. Señora!....
Nemesia. Traidor, ingrato!
¿No te acuerdas.....
Ciriaco. Embustera!
Nemesia. Si yo á mis veinte volviera.....
Saturio. Qué locura! qué arrebato!
Ciriaco. Afuera, afuera de aquí!
Saturio. No más!
Nemesia. Ya me voy, mal hombre,
mas, por vida de mi nombre,
tú te acordarás de mí.

ESCENA XIX.

D. SATURIO. D. CIRIACO.

Saturio. Gracias á Dios que se fué!
Ciriaco. Uf! Los bofes voy á echar.
Saturio. Usted se debe alegrar.....
Ciriaco. No sé dónde estoy, no sé.—
¡Y yo que tanto idolatro
la quietud..... Baño perdido!
Saturio. Échese todo en olvido.—
Véngase usted al teatro.....
Ciriaco. Por San Francisco de Borja,
déjeme usted.
Saturio. Esta noche
dan mi comedia, y el coche.....
Ciriaco. Qué comedia ni qué alforja?

ESCENA XX.

D. SATURIO.

Tambien mi suegro? ¡Cuidado
que es mucha conspiracion.....
Oh! yo sé que en la funcion
será mi triunfo colmado.
No es mi esperanza ilusoria.
Si el palco solo se ve,
no importa, lo llenaré
de confianza y de gloria.
Poetas, qué envidia os causo!
Oh qué mal vais á cenar!
Ya mi nombre oigo sonar
con estrepitoso aplauso.
Oh! tanto laurel me agobia.
Mañana el pueblo en tropel
dirá: «¡Aquel es; vedle; aquel
es el Cisne de Segovia!»

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

LUCIANA. D. CIRIACO.

Luciana. Vaya, perdónela usted.
Ciriaco. Yo!
Luciana. Por cosa que no vale
la pena.....
Ciriaco. Cómo! Me ha dicho
cuatrocientas tempestades.
Luciana. La mucha ley que nos tiene
es causa de que desbarre
alguna vez.....
Ciriaco. Yo no quiero
que nadie en mi casa mande
más que yo.
Luciana. Si ella se toma
más de cuatro libertades,
confiese usted que la culpa
no es suya.
Ciriaco. Pues ¿de quién?
Luciana. Padre,
perdone usted mi franqueza.
Quiso usted que se encargase
del gobierno de la casa.....
Ciriaco. Sí; y en cuanto á eso, nadie
podrá decir que obré mal.
Es honrada, fiel.....
Luciana. No obstante,
usted le dió desde luégo
muchas alas, y ya es tarde
para cortárselas.
Ciriaco. Eh?
Luciana. Al ménos, en mi dictámen,
no es prudente, ni es posible
destruir en un instante
la obra de tantos años.
Ciriaco. Que no? Pues.....
Luciana. Por otra parte,
despedirla sin piedad.....
Ciriaco. Sí tal, ántes que me arañe,
que segun la veo.....
Luciana. Vamos,
¿á qué quiere usted mostrarse
rencoroso si jamás
lo ha sido?
Ciriaco. No, no te canses.
Á casa no ha de volver.
Luciana. Por qué? Yo salgo garante
de su enmienda.
Ciriaco. Tú?
Luciana. No dudo
que la riña de esta tarde
le servirá de leccion
para ser en adelante
más apacible. Su celo.....
Ciriaco. No nos ha servido *grátis*.
Luciana. Ya está arrepentida.
Ciriaco. Cómo!
Tú la has visto?
Luciana. Sí; poco hace.—
¿Dónde se ha de refugiar
la infeliz llena de achaques,
anciana.....
Ciriaco. Tienes razon.—
Pero yo no he de humillarme.....
Luciana. Ni yo lo pretendo.
Ciriaco. Bien.
No siendo yo quien la llame.....
Luciana. Si no ha salido de casa!
Ciriaco. Ahora con eso me sales?
Luciana. Yo en la puerta la detuve
y la precisé á quedarse,
contando con la indulgencia
de usted.
Ciriaco. Si en algo soy frágil
es en eso. Y dónde está?
Luciana. En su cuarto.
Ciriaco. Hecha un vinagre?
Por supuesto.
Luciana. No, señor;
llorando.
Ciriaco. [*Enternecido.*]
Llorando!—¡El diantre
de las lágrimas.....
Luciana. La llamo?
Ciriaco. No, que no quiero que se arme
de nuevo la pelotera.
Quédese en casa, y no se hable

más del asunto. (Estas son
consecuencias naturales
de mi..... Si el hombre mirara.....
En fin, justo es que yo pague.....)

[*Enojado.*]

Ya he dicho que la perdono.
No vuelvas á importunarme.

Luciana. Si no digo una palabra!
Ciriaco. Hum!....
Luciana. Le doy á usted millares
de gracias.....
Ciriaco. Basta.
Luciana. (Callemos,
no haga el diablo que se enfade.....)
Va usted á salir, papá?
Ciriaco. Sí; voy al café un instante.—
Escucha: ya sé que ha vuelto
don Torcuato á visitarte.
Luciana. Llamado por don Saturio,
que es un.....
Ciriaco. Sí, sí, un badulaque.
Y sin duda don Torcuato,
á fuer de rendido amante,
volverá luégo á la hora
de la tertulia.
Luciana. Es probable.
Ciriaco. Me alegro. Pues esta noche
le diré yo sin andarme
por las ramas, que se vaya
con la música á otra parte.
Tú le amas.....
Luciana. Yo.....
Ciriaco. Sí. Por eso
estás de tan mal talante
con don Saturio.
Luciana. ¿Y por qué
tanto empeño en que me case
con ese hombre?
Ciriaco. Es mayorazgo,
y sus rentas.....
Luciana. Pero, padre,
qué falta me hacen sus rentas?
¿Soy yo pobre vergonzante
para.....
Ciriaco. Es regidor perpetuo.....
Luciana. Que lo sea!....
Ciriaco. Y maestrante!
Luciana. ¿Iré á lucir en el Prado
los timbres de su linaje?
¡Hacer pruebas de nobleza
hoy dia para casarse!
¿Qué tienen pues de comun
en este siglo mercante
con el santo matrimonio
las órdenes militares?
¿Qué importa que sus abuelos,
venciesen á los alarbes,
si él es un pobre demonio,
vanidoso, extravagante
que nos tiene ya á los dos
achicharrada la sangre?
Ciriaco. En parte no dices mal.
Don Saturio es petulante.
No me oye con atencion
cuando le cuento algun lance;
cuando gusto de reñir
se empeña en que haga las paces;
quiere llevarme al teatro
cuando yo estoy para ahorcarme;
en todo me contradice,
y esto no le gusta á nadie.
Mas ya le di mi palabra,
y no esperes que yo falte.....
Luciana. Á una palabra imprudente
¿quiere usted sacrificarme?
Ciriaco. Tu felicidad deseo;
mas.....
Luciana. Ah! Con ese carácter,
puede hacerme venturosa?
Ciriaco. ¿Cómo no, si es tan afable,
tan complaciente, tan blando.....
Luciana. Esas bellas cualidades
pierden toda su virtud
por la causa de que nacen.
¿Tan poco dama soy yo,
ó tan bello y tan amable
es él, que nunca he de verle
celoso.....
Ciriaco. Celoso? Calle!
Tú quieres que tenga celos?
Luciana. Los tendria si me amase,
pero es más su vanidad
que su amor.
Ciriaco. Si él te complace,
qué más quieres?
Luciana. Suponer
que nadie puede agradarme
sino él, y que el alma mia
se ha rendido sin combate
á su mérito sublime,
es un insulto, un ultraje
que yo no puedo sufrir,
y ántes que con él me case
soy capaz.....
Ciriaco. Cómo se entiende!....
Luciana. Jamás.....
Ciriaco. ¿Qué tono arrogante
es ese? ¿De cuándo acá.....
Luciana. Usted me precisa á hablarle
de este modo. Si he mostrado
hasta ahora resignarme
con la voluntad de usted,
es porque he creido fácil
el lograr que don Saturio
á mi mano renunciase;
pero visto que ni burlas,
ni repetidos desaires
le convencen; ántes bien
todas las juzga señales
del amor más acendrado,
forzoso es que ya declare
mi firme resolucion
de consentir que me maten
primero que dar mi mano
á tan necio personaje.

Ciriaco. ¿Qué escucho! Tú te me atreves?
Luciana. Yo, papá.....
Ciriaco. ¡Tú te sustraes
á mi autoridad paterna!
Luciana. Señor!....
Ciriaco. Que una ama de llaves
se las apueste á su amo,
eso es ya corriente; pase.
Más de cuatro viudos hay
que sufren ese percance
con resignacion cristiana;
pero una hija á su padre!
Luciana. Ah! no. Aplaque usted su enojo,
que primero que yo cause
á quien me dió la existencia
la menor pena.....
Ciriaco. Adelante.
(Las lágrimas se me saltan.
¡Que mi corazon se ablande
con tanta facilidad!)

[*Afectando severidad.*]

No prosigues?
Luciana. Usted me hace
temblar.
Ciriaco. Hum!
Luciana. Si usted se obstina,
padre mio, en desposarme
con don Saturio, mi mano
está pronta. Los pesares
me matarán; mas ¿qué importa?
Ciriaco. (Esta muchacha es un ángel.)
Luciana. El amor filial lo exige.
Paciencia!
Ciriaco. (Ya ha dado al traste
con mi rigor.)
Luciana. Mande usted
que las galas me preparen
de boda,.... y al mismo tiempo
las antorchas funerales.
Ciriaco. Hija!
Luciana. Postrada á esos piés.....
Ciriaco. Levanta. Vírgen del Cármen!....
Basta.
Luciana. Mi sentencia espero.
Ciriaco. Ya he dicho que te levantes.
Luciana. Pero..... Si.....
Ciriaco. Ven á mis brazos.

[*La hace levantarse y la abraza.*]

Si no quieres, no te cases
con don Saturio. Dirá
que yo soy un botarate,
pero primero es tu vida.
Luciana. Qué bondad!
Ciriaco. Y más que rabie;
y más que se queje á Poncio
Pilato.
Luciana. Querido padre!
Ciriaco. Sí, Lucianita. No quiero
que algun dia me comparen
con esos padres feroces
de novelas y romances.
Cásate con don Torcuato;
y si haces un disparate,
allá te avengas con él.
Luciana. Si valiera mi dictámen.....
Ciriaco. Tú le amas.
Luciana. Yo..... La verdad.....
Ciriaco. Vamos, melindres aparte.
Si yo quiero darte gusto!
Me basta que tú le ames.....
Luciana. Yo confieso que algun dia
le tuve aficion. No obstante.....
Ciriaco. Qué es eso?
Luciana. Dice el adagio,
señor, ántes que te cases
mira lo que haces.
Ciriaco. ¿Ahora
te me vienes con refranes?
Luciana. Yo sería más feliz
no casándome con nadie.
Ciriaco. Chica, chica! Dónde estamos?
Tú te has propuesto mofarte.....
Luciana. No tal.
Ciriaco. Le rechazo, y basta
para que tú le idolatres;
te caso con él, y ya
te parece abominable.
¡Oh qué espíritu endiablado
de contradiccion!
Luciana. Dios sabe.....
Ciriaco. Dios sabe que las mujeres
son volubles como el aire;
Dios sabe que ya me canso
de ser complaciente en balde;
Dios sabe que un padre viudo
no es el custodio más hábil
para una niña ojinegra
que quiere lucir el talle;
Dios sabe bien que ya es hora
de que yo duerma y descanse,
y de que algun nietecillo
me consuele en los afanes
de la vejez; sabe Dios
que no están hoy tan sobrantes
los novios para que tú
en escrúpulos te pares;
y, en fin, sabe Dios, Luciana,
que á uno de tus dos amantes
has de dar el sí esta noche,
sino es que Dios te depare
algun tercero en discordia
que del empeño te saque.
De lo contrario, te juro
que otro campo de Agramante
va á ser esta casa: entiendes?
(Gran cosa es tener carácter.)

ESCENA II.

LUCIANA.

¡Vaya que tambien me pone
mi padre en terrible apuro!

Con cualquiera que me case
de los dos voy al sepulcro
en quince dias.—Dios mio!
¿Por qué la suerte dispuso
que no pueda una mujer
buscar marido á su gusto?
Tirana opinion, si yo
pudiera romper tu yugo;
si no temiese..... Infeliz!
En qué mi esperanza fundo?
No me ama á mí don Rodrigo,
no. Ningun amante es mudo
cuando conoce que agrada
y al ménos está seguro
de no sufrir un desprecio.
Ah!.... Y en tanto el testarudo
de mi padre..... ¡Y soy tan débil
que por temer un abuso
de su autoridad..... No, no.
Resuelta estoy. Con ninguno.

[*Saca un billete.*]

Aquí está la humilde carta
en que se acoge á mi indulto
don Torcuato y me promete.....
Ya es tarde. Yo le aseguro.....
Lo mejor será escribirle
diciéndole sin preludios
que se vaya en hora mala.
Sí, sí.

[*Se sienta á escribir.*]

Y al tal don Saturio
lo mismo letra por letra;
no me queda otro recurso.
¡Á ver si una vez consigo
verme libre de importunos!

[*Escribe.*]

ESCENA III.

LUCIANA. D. RODRIGO.

Rodrigo. (Segun me ha dicho Simon,
sola está. Más oportuna
no puede ser la ocasion.
Ah! si tengo la fortuna
de rendir su corazon.....)
Luciana. Quién ha entrado? Don Rodrigo!

[*Se levanta.*]

Rodrigo. Sentiria incomodar.....
Luciana. Nunca incomoda un amigo.
¿Venía usted á ensayar
aquel *duetto* conmigo?
Rodrigo. Otro es el objeto ahora
de mi visita, señora.
Si usted me da su licencia,
si cuento con su indulgencia.....
Luciana. Mi indulgencia? Usted la implora!
Rodrigo. Pero usted, si no me engaño,
estaba escribiendo.
Luciana. Sí.
Rodrigo. Á don Torcuato?
Luciana. Es extraño?
Rodrigo. De amor?
Luciana. No es él para mí.
Le receto un desengaño.

[*Dándole el papel que escribia.*]

Lea usted, no hablo de chanza,
lea usted lo que escribia.
Rodrigo. Señora, ¿tal confianza
merece.....
Luciana. De usted la haria
mayor.
Rodrigo. (Oh dulce esperanza!)
Luciana. Lea usted. Yo escribo mal,
pero claro. (Oh Dios! Se inmuta.)
Rodrigo. (Perfectamente.)
Luciana. Qué tal?
Rodrigo. Este billete es igual
á una licencia absoluta.

[*Devuelve el papel á Luciana.*]

Luciana. Otro del mismo tenor
prevenia mi rigor
al hidalgo consabido.
Rodrigo. Así paga usted su amor?
Luciana. No ha de ser él mi marido.
Rodrigo. Qué dirá el presunto suegro?
Luciana. Si en esto pena le doy,
no es mi destino más negro?
¡Ayer dos amàntes, y hoy
ni uno siquiera!
Rodrigo. Me alegro.
Luciana. Se alegra usted?
Rodrigo. En el alma.
Luciana. Muchas gracias, caballero.
Rodrigo. Así en halagüeña calma
puede aspirar á la palma
otro amante más sincero.
Luciana. Otro amante! Dónde está?
Por qué se oculta á mis ojos?
Rodrigo. Luciana!
Luciana. (Ay Dios! ¿Si será.....)
¿Es porque teme quizá
ser blanco de mis enojos?
Yo no soy ninguna arpía.
Rodrigo. No, sino apacible y bella
cual la luz del nuevo dia;
pero tiene mala estrella
como amante, y desconfia.....
Luciana. Pero ¿en qué, si no me trata,
en qué funda su temor?
¿Puedo yo ser en rigor
ni agradecida ni ingrata
á un desconocido amor?
Rodrigo. No es tan oculto el amante
ni el amor con que batalla;
no, amiga, que á cada instante
aunque su lengua lo calla
lo revela su semblante.

Luciana. Á silencio tan tenaz
quizá su orgullo le impulsa.
Rodrigo. Ni es orgulloso, ni audaz.
Luciana. Si es su amor tan eficaz.....
Rodrigo. Quién no teme una repulsa?
Luciana. Cómo sabe usted su arcano?
Rodrigo. Nuestra amistad.....
Luciana. Don Rodrigo!
Rodrigo. Le quiero como á un hermano.
Luciana. ¡Vaya, que es usted amigo
de todo el género humano!
Rodrigo. Luciana, no es ya ocasion
de reprimir ni callar
la más ardiente pasion
que jamás pudo albergar
un sensible corazon.
Si la ha callado hasta ahora
el que tan rendido adora
de ese rostro el dulce iman,
no es sin motivo, señora,
que era al fin..... tercer galan.
Este empleo no le gusta,
Lucianita; y sabe Dios
que su prudencia era justa.
Un rival á nadie asusta,
mas ¿quién se atreve con dos?
Si no amado, mereció
ser estimado á lo ménos,
y su esperanza fundó
en los errores ajenos,
ya que en su mérito no.
No de ellos hablaba mal
con usted; que en su opinion
el deprimir á un rival
es medio ruin, criminal
de ganar un corazon.
Mas, cual si fuera su intento
á mi amigo proteger
y no el triunfo merecer,
ambos tuvieron talento.....
para hacerse aborrecer.
Mi amigo en tanto ocultaba
bajo el velo de amistad
la pasion que le abrasaba,
y á tan sublime beldad
en silencio idolatraba.
Sabe Dios si á su despecho
tanto sacrificio ha hecho;
que aunque es grande su temor,
mal contenia al amor
en la cárcel de su pecho.
Mas á tanto afan, señora,
debe tambien la ventura
de añadir más precio ahora
á las prendas que atesora
tan peregrina hermosura;
que amorosa intimidad
produce más de un error,
y la mujer en verdad
no reserva á la amistad
lo que disfraza al amor.
Sea en fin grata ó cruel
Luciana, llegó el instante
de que reconozca en él
á un tiempo su amigo fiel
y su más rendido amante.
Luciana. Extraña declaracion!
¿Quién vió tanta precaucion
para descubrir un hombre
su acrisolada pasion?
Y áun me calla usted su nombre!—
Por fortuna yo lo sé..
Rodrigo. ¡Lucianita.....
Luciana. Y no me pesa.
Hombre que con tanta fe
por mi dicha se interesa,
quién puede ser sino usté?
Rodrigo. Sí, vida mia, humillado
á esas plantas lo confieso.

[*Se postra á los piés de Luciana.*]

Luciana. Hola! ¡El galan moderado
á mis piés arrodillado!
Tanto orgullo para eso!
Rodrigo. (Cielos! Todo lo perdí.)
¿Será usted tan inhumana
que ahora se burle de mí?
Luciana. No, por vida de Luciana;....
pero está usted bien así.
Rodrigo. Yo.....
Luciana. Con franqueza lo digo.
Esto es ser en realidad
mi amante.
Rodrigo. El cielo es testigo.....
Luciana. ¡Era ya mucha amistad
la del señor don Rodrigo!
Rodrigo. Ah! mi desventura extrema
en esa risa contemplo.
Luciana. No extrañe usted que yo tema.....
Eso de amar pide flema.—
Usted me ha dado el ejemplo.
Rodrigo. Qué, Luciana! mi humildad
¿no ha de merecer piedad.....
Luciana. Esa humildad es mi gloria,
que ya dudaba en verdad
de conseguir la victoria.
Rodrigo. La victoria! ¿Usted podia
dudar que la dicha mia.....
Luciana. Se cifraba en mi cariño?
Ahora lo veo, y un niño
de la escuela lo veria.
Veo el cordial interes
de un galan fino y constante
que ha necesitado un mes
para llamarse mi amante,
para postrarse á mis piés.
Veo en fin el desconsuelo,
veo el afan con que al cielo
está pidiendo, no en vano,....
una generosa mano
que le levante del suelo.

[*Le levanta. D. Rodrigo besa la mano de Luciana.*]

Rodrigo. ¡Es posible..... Oh dulce bien!
Cesó mi duro quebranto.

Ya no temo tu desden.....
Luciana. Cómo! Besarla tambien?
No la doy yo para tanto.—
Basta; no más.— Siento abrir.....
Quizá don Torcuato..... Adios.
Rodrigo. ¡Huye usted.....
Luciana. ¿Pues no he de huir
si ya no puedo sufrir
á ninguno de los dos?

ESCENA IV.

D. RODRIGO. D. TORCUATO.

Torc. Oh mi amigo! Yo celebro.....
Rodrigo. Buenas noches.
Torc. Sólo fundo
en usted mis esperanzas,
y es para mí buen anuncio.....
Rodrigo. Permítame usted.....
Torc. Yo tengo
un carácter algo rudo,
lo confieso, y es mi flaco
recelar de todo el mundo;
pero me ha inspirado usted
tal confianza, que no dudo.....
Rodrigo. No hay motivo.....
Torc. Usted perdone
si á mi pesar le interrumpo.
Usted tiene fortaleza
para arrostrar el impulso
de las pasiones.
Rodrigo. No tal.
Mi corazon no es de estuco.
(¡Vaya, que es fisonomista
don Torcuato cual ninguno!)
Torc. No ama usted á esa belleza
que está abriendo mi sepulcro,
y al mismo tiempo es usted
el mayor amigo suyo.
Sé muy bien por otra parte
que mi rival don Saturio,
aunque pariente de usted,
no es quien... Por Dios! Ya concluyo.
No es quien usted considera
más digno del dulce nudo
á que aspiramos los dos;
y aunque tampoco me juzgo
acreedor á tanta dicha,
si cuento con el influjo
de usted.....
Rodrigo. Amigo, yo siento.....
Torc. Malo! malo! Ya barrunto
que está Luciana furiosa
contra mí.
Rodrigo. Yo.....
Torc. ¡Qué de insultos,
qué de pestes habrá dicho!
Ya se ve, yo soy un buho,
desconfiado, intratable.....
Mas no me ciega el orgullo,
sino el amor, y al momento
que le doy algun disgusto
me entra un pesar, una..... Vamos,
no daré más en el flujo
de ser celoso. Y con esto
¿qué adelanto? Me consumo,
me desespero y me expongo
á las sátiras del vulgo.—
Yo vengo á pedir su mano.
El momento es oportuno
porque sé que mi rival
no ha de arrebatarme el triunfo.
No. Luciana le detesta,
se mofa de él; y presumo
que hará conmigo las paces
si la intercesion que busco
me dispensa don Rodrigo.
Por Dios, por Dios trino y uno
hable usted en mi favor
á la hija, al padre....; cuál sudo!,
y á la vieja, pues á tanta
humillacion me redujo
mi infausto amor. Sea usted
mi luz, mi amparo, mi escudo,
mi ángel tutelar en fin,
porque si en tanto infortunio
me abandona, no hay remedio,
me suicido.
Rodrigo. Hombre!....
Torc. Lo juro.
Rodrigo. Qué locura! ¿No es mejor
renunciar.....
Torc. No, no renuncio.
Valgo más que el segoviano,
y postergarme no es justo
á semejante individuo.
No faltaba más!
Rodrigo. Abundo
en esa idea. No obstante,
puede que otro.....
Torc. Me aventuro
á todo. La incertidumbre
es el más cruel verdugo
para mí.
Rodrigo. (Tú saldrás de ella
ántes de veinte minutos.)
Álguien viene..... Es don Ciriaco.

ESCENA V.

D. CIRIACO. D. RODRIGO. D. TORCUATO.

Ciriaco. Señores mios, saludo
á ustedes.
Rodrigo. Felices noches.
Ciriaco. ¿Vienen ustedes, alguno,
de hácia la plazuela?
Rodrigo. Yo?
No.
Torc. Yo he traido otro rumbo.
Ciriaco. Ah! pues no saben ustedes
el lance..... Es cosa de gusto.

¡Vaya, que la tal plazuela
de Santa Ana..... Allá á lo oscuro,
en un banco, confidente
de pasatiempos nocturnos,
estaban dama y galan
tratando de sus asuntos.
Los veo, paso de largo,
y hácia el otro lado cruzo;
pero apénas hube vuelto
las espaldas, cuando escucho
voces como de camorra.
Acudo al banco, y un chulo.....
así....., del cuerpo de usted.....,

[*Palpando á D. Rodrigo y luégo á D. Torcuato.*]

no; más delgado de muslos;
gran patilla, malcarado,
vomitaba mil insultos
contra el galan consabido,
que era..... como usted; enjuto,
pero agraciado; bien puesto,
ojos garzos, pelo rubio.
Á las primeras palabras
la Lucrecia no se anduvo
en chiquitas; vuelve grupas
y no pára hasta el Refugio.
Acuden los aguadores,
las pasiegas...., qué barullo!
los chicos de la candela (*),
los vecinos....; todo el mundo.
Qué gritar! Nadie se entiende.
En esto cejando el uno.....
Por ejemplo, usted.

[*Hace retroceder á D. Torcuato.*]

Rodrigo. [*Aparte á D. Torcuato.*]
Cachaza!

Torc. ¡Por vida de.....

Rodrigo. [*Aparte á D. Torcuato.*]
Disimulo!

Ciriaco. Y avanzando el otro, llegan
á la fuente. El iracundo
recien venido, que es hombre
de alma negra y recios puños,
coge al otro, lo levanta.....

[*Intenta levantar en alto á D. Torcuato.*]

Torc. [*Desprendiéndose vivamente.*]
Quieto, quieto. Yo concluyo
la narracion. — Lo columpia,
y entre la risa del vulgo
lo zabulle en el pilon.
Crece entónces el tumulto,
el agresor se escabulle,
el otro, que no es besugo,
procura salir del agua
y le ayudan los farrucos;
viene la guardia y lo arrestan
para mayor infortunio;
huye usted por no exponerse
á un culatazo importuno,
y entra en su casa: esta es
la historia punto por punto.

Ciriaco. Tiene usted razon, amigo;
pero ¿cómo...., yo me aturdo,
cómo ha adivinado usted.....

Torc. Es que era grande mi apuro.
Si Dios no me hace profeta
ya estaria yo difunto.

Ciriaco. Yo..... Pero ¿quién entra? Calle!
El insigne don Saturio.

ESCENA VI.

D. SATURIO. D. CIRIACO. D. RODRIGO. D. TORCUATO.

Ciriaco. Tan pronto! Á las nueve y media!
Se ha acabado la comedia?

Saturio. Voy á responder más cómodo.—

[*Se sienta.*]

Sí, señor, y no, señor.

Ciriaco. ¡Cómo.....

Saturio. El informe es exacto.
Hemos suprimido un acto.

Ciriaco. Hombre!

Saturio. Ha renunciado al último
el benigno espectador.

Ciriaco. Singular economía!

Saturio. Tanto era el calor que hacía.....

Torc. Vaya, habrá apestado al público
el drama.....

Saturio. Creo que sí.

Torc. El hombre no se acalora.

Rodrigo. ¿Y á quién culparás ahora.....

Saturio. Yo echo la culpa á los cómicos,.....
y ellos me la echan á mí.

Ciriaco. Tú dijiste mil loores
no ha mucho de los actores.

Saturio. Pues bien, habré sido víctima
de alguna intriga infernal.
Desde la primera escena,
y por cierto que es muy buena,
sentí levantado el látigo
contra mi drama. Qué tal?
Se redobló el aguacero
al fin del acto primero,
y eso que hay allí dos párrafos
que parten el corazon.
Se empieza el acto segundo,
y el público furibundo
grita por todos los ángulos:
«Basta ya! Caiga el telon!»
Prosigue no obstante el drama,
de nuevo la gente brama,
y ¡qué confusion, qué estrépito!

(*) Todavía no se habia generalizado el uso de los fósforos.

Otra torre de Babel.
Manda por fin el alcalde
que cese el drama, y en balde
reclamaba yo frenético
la promesa del cartel.
Pronto mi afan interpreta
un *quidam* de la luneta
y exclama: «¡Aquel energúmeno
es el autor! —El autor!....»
¡Ánimas del purgatorio,
cuál bufaba el auditorio!....
Y yo allí firme, impertérrito
en el campo del honor.
No hay quien al pueblo contenga;
hablo; no se oye mi arenga;
y entra en mi palco un satélite,
y me hace salir de allí;
obedezco; escondo el bulto;
en medio de aquel tumulto
me presta su coche un prójimo
y..... No hay más. Ya estoy aquí.

Ciriaco. ¡Y que á un hombre se persiga
de ese modo!

Saturio. [*Se levanta.*]
Es una intriga;
ya lo he dicho. Siempre al mérito
persigue la envidia vil.

Ciriaco. Pues véngate de la ofensa
dando tu drama á la prensa.....

Saturio. Por supuesto, y con un prólogo
que ha de arder en un candil.

Rodrigo. Pero, hombre, ¿has de ser tan necio...

Saturio. [*Sin oirlo.*]
Tranquilo estoy. Los desprecio.

Rodrigo. Déjate ya.....

Saturio. Gente estólida!
Yo apelo al pio lector.

Torc. El pueblo fué muy severo.
Tal vez el acto tercero.....

Saturio. Toma! Es un acto magnífico.

Torc. Oh! ya supongo.....

Saturio. El mejor.

Torc. Ya se ve, no lo han oido.....

Saturio. En vano lo he pretendido.

Torc. Hombre! Una idea bellísima
me ocurre.

Saturio. Sepamos cuál.

Torc. Eche usté al drama un remiendo
los tres actos refundiendo
y empezando por el último;
y se hace usted inmortal.

Saturio. Pues, mire usted, no estoy léjos.....
Mas no he menester consejos.—
Ni se ha de abatir mi espíritu
por tan pequeño reves.—
Basta de literatura
y hablemos de mi futura.
¿Llegó ya el momento plácido,
ó he de esperar otro mes.....

Ciriaco. No, no. Esta noche es forzoso
que elija Luciana esposo.

Saturio. Ya lo eligió. Qué preámbulos!....

Torc. Yo la adoro.

Ciriaco. Lo sé ya.
[*Llamando.*]
Luciana!

Torc. Su mano bella.....

Saturio. Yo estoy tan seguro de ella,
que.....

Ciriaco. Despacio.

Torc. Si me es lícito.....

Ciriaco. Bien. Un momento..... Aquí está.

ESCENA VII.

LUCIANA. D. SATURIO. D. CIRIACO. D. RODRIGO.
D. TORCUATO. NEMESIA.

Nemesia. [*Aparte á Luciana.*]
Señorita, ya ha llegado
el momento decisivo.
Buen ánimo. Aquí estoy yo.

Ciriaco. Hija mia, ya te he dicho
que esta noche sin más tregua
has de elegir un marido.
Bien te pudiera obligar,
consecuente en mis designios,
á casarte con el novio
por tu padre preferido;
mas cede la autoridad
al impulso del cariño,
y algo se ha de conceder
de una doncella al capricho.
Aquí están los candidatos:
ambos te son conocidos.
Mira tú cuál de los dos
es de tu mano el más digno,
dásela aquí, en mi presencia,
y alabado sea Cristo.

Torc. (Temblando estoy. No me mira.....
Calla..... Gran Dios! Soy perdido.)
Señor.....

Saturio. Pido la palabra.—
Amigo y muy señor mio,
yo debiera protestar
contra un acto que en mi juicio
tiende á anular mis derechos,
justamente establecidos
en la palabra formal
que usted me ha dado hace un siglo
de ser mi suegro. No obstante,
como estoy tan convencido
del amor que me profesa
Lucianita, la autorizo
para que pronuncie un fallo
en que mi ventura cifro.
Así no dará Madrid
el nombre de donativo
á lo que es una conquista;
así el paternal dominio
no ha menester instalarme

en un corazon que es mio.
Nemesia. (Qué fantasmon! Le daria
más bofetadas.....)
Saturio. He dicho.
Hable ahora la interesada..
Ciriaco. Hable pues.
Torc. [*Aparte con D. Rodrigo.*]
Yo desconfio;
yo temo.....
Rodrigo. (Tampoco yo
las tengo todas conmigo.)
Luciana. Padre mio, usted me pone
en un cruel compromiso.
Aquí en presencia de todos
declarar.....
Ciriaco. No hay otro arbitrio.
Saturio. Cómo ha de ser! Don Torcuato
es un mozo comedido,
juicioso, urbano, prudente;
y puesto que es ya preciso
desengañarle.....
Torc. Oiga usted!
De ningun hombre nacido
sufro.....
Ciriaco. Señores! Por Dios.....
Qué es esto? Un poco de juicio.—
Vamos, hablas tú esta noche?
Luciana. Sea cual fuere el partido
que yo tome, no es posible
que agrade á todos.
Ciriaco. Yo exijo.....
Luciana. No me gusta desairar
á nadie.
Saturio. Pues! No lo digo?
Ciriaco. Ea, escrúpulos á un lado.
Luciana. Padre, es mucho sacrificio
el que exige usted de mí,
y yo no me determino.....
Ciriaco. Ahora salimos con eso?
Luciana. Mas para evitar litigios
y excusarme á mí el rubor
que en vano á vencer me animo,
consiento en dar mis poderes.....
[*Mostrando á D. Rodrigo.*]
al señor.
Ciriaco. Cómo!....
Saturio. Á mi primo!
Rodrigo. Yo, señorita.....
Luciana. Él de todos
es confidente y amigo;
él es buen observador
y conocer ha podido
las prendas y los defectos
de los que con tanto ahinco
pretenden mi mano; acaso
tambien habrá conocido
á quién da la preferencia
mi corazon.....
Saturio. Gran prodigio!
Aunque fuera un topo.....
Luciana. En fin,
yo en él solo deposito
mi confianza, y á su fallo
sin murmurar me resigno.
Ciriaco. Dice bien. Un imparcial.....
¿Quién mejor que don Rodrigo.....
Aprobado.
Saturio. Me conformo.
(Se están mirando hito á hito.—
Ahora me mira Luciana.—
Ahora se rie.—Está visto;
yo venzo.)
Torc. (¿Será capaz
de preferir á ese mico.....
No, no lo puedo creer.—
Pero ¿quién sabe... Es su primo.....)
Ciriaco. Don Torcuato, usted ¿qué dice?
Torc. Yo?.... Qué he de decir? Que admito
la proposicion. Salgamos
cuanto ántes del laberinto,
y acabemos, que ya estoy
para dar un estallido.
Rodrigo. Comision muy delicada
es esta, y si bien medito
sus consecuencias..... Yo creo
que al labio puro y sencillo
de Luciana corresponde.....
Ciriaco. No, no. Ya está convenido
que usted sea el juez.
Rodrigo. Yo siento.....
Luciana. Mire usted que si yo elijo
á todos los dejo iguales.
Vacila usted?
Rodrigo. No vacilo.
¿Me dan ustedes palabra,
sea cual fuere mi juicio,
de atenerse á él?
Ciriaco. La doy.
Saturio. La damos.
Nemesia. Yo la confirmo.
Rodrigo. Don Torcuato es un mancebo
por muchos títulos digno
de mi aprecio. Tiene un alma
de fuego, y otro más fino,
otro amante más sensible
á los dulces atractivos
de Luciana, ni capaz
de mayores sacrificios
quizá no pudiera hallarse
á no buscarlo en los libros.
Torc. (Oh dicha!)
Rodrigo. Pero.....
Torc. (Ese pero
me asesina.)
Saturio. (Yo me rio
de verle tan azorado.)
Ciriaco. Prosiga usted.
Rodrigo. Ya prosigo.
Pero es lástima que tenga
un carácter tan sombrío,
tan suspicaz, tan celoso,
pues con él le vaticino
poca fortuna en amores.
¿Á quién agrada un marido

perpetuamente quejoso,
siempre soñando delitos,
atalaya sempiterna
y tirano vitalicio,
que vive con su mujer
como en país enemigo?
Nunca el verdadero amor
se cifra en esos delirios,
ni la doméstica paz
se halla por ese camino.—
Creo pues que Lucianita
le estima á usted como amigo,
pero.....

Torc. No diga usted más.
Infiel! Ingrata!.... Maldito
sea mi amor y.....

Saturio. (Me mueve
á lástima el pobrecillo.)

Rodrigo. Por el extremo contrario
peca Saturio mi primo;
y no sé en cuál de los dos
está más patente el vicio.—
Qué digo? Un hombre celoso,
áun siéndolo sin motivo,
prueba á su mujer al ménos
que la adora, y el suplicio
á que condenada vive
tal vez logra algun alivio
con el incienso en las aras
de su amor propio ofrecido;
mas un marido insolente
que hacer piensa un beneficio
á su mujer si la mira,
y desprecia los peligros,
ménos por ser deferente
á la virtud y al cariño
de su humillada consorte,
que por no mostrar indicios
de lo que llama flaqueza
su orgullo insensato, indigno,
¿puede amarla por ventura,
si sólo se ama á sí mismo?

Saturio. Eso es decir.....

Rodrigo. Es decir
que no se casa contigo
Luciana.

Saturio. Qué! Te chanceas.

Rodrigo. No tal. Yo.....

Saturio. Qué desatino!
¿Cuánto va á que ella no dice.....

Luciana. Sí, señor, y lo repito.

Saturio. Cómo! Qué ultraje! qué infamia!
Es esto juego de niños?
¿Despues de tantas finezas,
despues..... (¿Pero á qué me irrito,
necio de mí, si todo esto
es sin duda un artificio.....
Claro está. Pues; para echar
al otro. Sí. Estoy tranquilo.)

Ciriaco. Vaya, vaya! Estoy absorto.
¿Conque sacamos en limpio
despues de tanta parola
que ambos quedan excluidos?
Pues, señor mio, no es eso
lo tratado; no. Yo insisto.....

Rodrigo. Déjeme usted concluir,
don Ciriaco. No imagino
que sea fácil hallar
quien merezca tanto hechizo;
mas si entre dos pretendientes
de carácter tan distinto
otro hombre se presentase,
ni celoso, ni engreído,
ni en extremo confiado,
ni caviloso y arisco;
si el famoso *justo medio*
que, siendo hoy dia el prurito
de tantos hombres de estado,
nunca pueden conseguirlo,
viniera á nuestro socorro;
si en medio de este conflicto
de opiniones encontradas
se ofreciera de improviso.....
así....., un tercero en discordia,
que dirimiese el litigio;
si fuera en fin tan dichoso
que ya hubiese merecido
el amor de Lucianita,
y si fuera noble y rico
como estos dos caballeros,
¿sería usted tan impío
que le negase obstinado
el premio de sus suspiros?

Ciriaco. No por cierto.

Torc. (¡Qué sospechas.....)

Saturio. (Ya entiendo.)

Ciriaco. Estoy decidido
á que se case Luciana
cuánto ántes; y voto á Crispo
que si hoy no presenta un novio,
se lo saco del hospicio.

Rodrigo. Pues bien; ese *justo medio,*
sean ustedes testigos,
ese tercero en discordia.....
soy yo.

Ciriaco. Usted!

Torc. Usted!

Rodrigo. Yo mismo.

Ciriaco. Cuánto me alegro!—Un abrazo.—
Pues si usted me hubiera dicho
con tiempo.....

[*Á Luciana.*]

Qué dices tú?

Luciana. Que con mucho regocijo
le daré mi mano.

Ciriaco. Bien.
Sé su esposa.

[*Á D. Rodrigo.*]

Sé mi hijo.

[*Don Saturio se pasea con aire de satisfaccion.*]

Torc. [*Se levanta.*]
No puedo, no puedo más!

Nemesia. (Oh! primero que él se largue.....)
Torc. Mujeres, mujeres!.... Cargue
con la mejor Satanas.
Quién fia en vuestra virtud?
Cruel, aleve, proterva,
¿ese pago me reserva
tu bárbara ingratitud?
Reniego de mi pasion.—
¡Y usted, usted, don Rodrigo,
á quien tuve por amigo,
me usurpa su corazon!
Ah!.... Sea usted confiado!
Para el tonto que lo fuera.
Ni me fiaré siquiera
del padre que me ha engendrado.—
Adios! Ya en odio convierto
mi amor, siniestra mujer,
y por no volverte á ver
soy capaz de irme á un desierto.
Bella ocasion de mi mal
que en matarme te complaces,
sólo siento que te enlaces
con un hombre racional;
y que en premio de un perjurio
tan inicuo y espantoso
Dios no te dé por esposo
al cafre de don Saturio.

ESCENA ÚLTIMA.

LUCIANA. D. CIRIACO. D. SATURIO.
D. RODRIGO. NEMESIA.

Saturio. Bah! desahogo impotente
de su rabia. Le perdono,
que no merece mi encono
por caido y por demente.—
Conque vamos, yo supongo
que todo ha sido una chanza.....
Nemesia. (Oh qué bestial confianza!)
Saturio. Eh!.... Yo en tu lugar me pongo.
¿Cómo libertarnos de él
sin esa farsa..... ¡Si digo
que las mujeres..... Rodrigo,
has hecho bien tu papel.
Rodrigo. Qué papel? Nada he fingido.
Saturio. Basta. Ya es mucho moler.....
Rodrigo. Lucianita es mi mujer.
Luciana. Don Rodrigo es mi marido.
Ciriaco. Y ya no hay apelacion.
Saturio. No? Pues como soy cristiano.....
Rodrigo. Y ahora va á darme la mano.....
Luciana. La mano y el corazon.

[*Dánse las manos.*]

Saturio. De véras?
Nemesia. Sí. (¡Vaya un chasco.....)
Yo les doy mi parabien.
Saturio. No me opongo..... Bravo! amén!
(¡Allí *fiasco* y aquí *fiasco!*....)

[*Se queda pensativo.*]

Nemesia. Ahora para celebrar
eleccion tan acertada
nos espera una ponchada
que he mandado preparar.

Saturio. [*Con sonrisa forzada.*]

Ponchada? Bien! Es muy justo.....
Rodrigo. Vamos, no estés afligido.
Yo siento.....
Saturio. No. Distraido.....
Ciriaco. Ven, hombre.
Saturio. Con mucho gusto.
Nemesia. Victoria por don Rodrigo!

Rodrigo. [*Dirigiéndose al gabinete con Luciana y D. Ciriaco.*]

Mi bien!....
Luciana. ¡Mi amor.....

Saturio. [*En voz baja á Nemesia.*]

Todavía
no han ido á la vicaría.—
Áun se ha de casar conmigo.



UN NOVIO PARA LA NIÑA,

ó

LA CASA DE HUÉSPEDES.

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Representada por primera vez en el teatro del Principe el dia 30 de Marzo de 1834.

PERSONAS.

CONCHA.
DOÑA LIBORIA.
RITA.
D. DIEGO.
D. DONATO.
D. MANUEL.
D. FULGENCIO.

La escena es en Madrid en una sala de casa de doña Liboria, con puerta en el foro, otras laterales y una ventana. Entre otros muebles habrá un velador y una mesa con escribanía.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

CONCHA. RITA.

Concha. [*Llega con una jarrita en la mano. Rita prepara sobre el velador tazas, servilletas, etc., para servir luégo el desayuno.*]

Alcanza esa jaula, Rita,
que mudar el agua quiero
á mi pintado jilguero.

Rita. Tómela usted, señorita.

[*Se la da, acaba de cubrir el velador, y se retira.*]

ESCENA II.

CONCHA.

Dulce compañero mio,
mi amigo y consolador,
á quien tan sólo mi amor
y mis lágrimas confio,
¿cómo al verme alborozado,
cómo piando no agitas
tus matizadas alitas,
tu cuello tornasolado?
Ni como sueles te veo
el pico arpado bañar,
ni á tu amiga saludar
con melodioso gorjeo..

[*Lo saca de la jaula.*]

Ven, ven á mi seno fiel,
aunque ya en vano porfía
por prestarte la alegría
que un tiempo moraba en él.
¿Suspiras por la pradera
que embelesaba tu canto?
¿Es causa de ese quebranto
tu perdida compañera?
Consuélate, que en prision
yo tambien penando vivo.

Ay! tambien gime cautivo
mi llagado corazon.
Tú al ménos en mi piedad
puedes cifrar tu ventura,
mas ¿quién en tanta amargura
me dará á mí libertad?—
Vuela á tu floresta umbría,
goza del aura serena;
que yo rompo tu cadena.....
ya que no puedo la mia.
Vuela, jilguerito; vive
contento, libre, dichoso,
y de mi labio amoroso
el postrer beso recibe.

[*Lo echa á volar por la ventana, despues de besarlo, y se sienta pensativa.*]

ESCENA III.

CONCHA. D. MANUEL.

Manuel. [*Atravesando de puntillas el teatro.*]
Allí está el dulce embeleso
de mis ojos. Si pudiera
salir sin que ella me viera.....
[*Vuelve Concha la cabeza y le mira.*]
Ah!
Concha. Don Manuel, cómo es eso?
Temprano sale usted hoy.
Manuel. Cierto negocio me obliga.....
Concha. Sin saludar á su amiga!
Manuel. Conchita!....
Concha. Quejosa estoy.
La causa saber deseo.....
Manuel. Perdóneme usted. Salia
distraido..... (Ay alma mia!)
Concha. (Yo tiemblo cuando le veo.)
Bien sabe usted que le estimo;
lo confieso sin rubor.
Manuel. Y esa es mi dicha mayor.
(Mal mi turbacion reprimo.)
Concha. Si fuera usted don Fulgencio
y sin hablarme saliera,
ninguna queja le diera,
no culpara su silencio.
Manuel. Y si fuera don Donato?
Concha. Tampoco.
Manuel. Huéspedes son
tambien.
Concha. Tiene usted razon,
mas no me gusta su trato.
Manuel. Pues la aman á usted los dos,
la pretenden á porfía;
y al fin.....
Concha. La culpa no es mia,
don Manuel. Sábelo Dios!
Manuel. No es mucho que ese semblante
cautive sus corazones.
Concha. Tantas son mis perfecciones?
Manuel. No tiene usted semejante.
Mi labio no lisonjea.
Concha. Cierto.—No soy melindrosa.
Pues usted me llama hermosa,
no debo de ser muy fea.
Manuel. Don Fulgencio y su rival
lo habrán dicho ántes que yo.
Concha. Pluguiera al cielo que no!
Manuel. Pues ¿hay en eso algun mal?
Concha. Á ser yo libre, ninguno.
Manuel. (Cielos! Si á otro amará?)
Concha. (Ah!....) La hora se acerca ya
de servir el desayuno.
Usted no nos acompaña?
Manuel. No, señora.
Concha. Es singular.....
Se va usted sin almorzar?
Verá usted cómo lo extraña
mi mamá. La llamaré
para que usted se convenza.....
Mamá!.....
Manuel. No, no! (Qué vergüenza!)
No la llame usted.
Concha. Por qué?
Manuel. Ahora no..... (Terrible aprieto!)
Ahora no la puedo ver.
Quisiera..... Tengo que hacer.....
Concha. Eso anuncia algun secreto.....
Manuel. No, señora.
Concha. Que no alcanza
mi discurso.
Manuel. No. ¡Si digo
que.....
Concha. No es usted ya mi amigo.
Ya perdí su confianza.
Manuel. Permítame usted callar.....
Concha. Está bien.
Manuel. Es una cuita
que yo.....
Concha. Basta.
Manuel. No, Conchita!
Ya lo voy á declarar.
¡Tiene usted tan dulce imperio
sobre mí!....
Concha. No lo creia.
Manuel. Oiga usted la pena mia.—
Pero ese rostro tan serio.....
Concha. No era encono ni desvío;
era impaciencia amistosa.
Soy á veces tan temosa.....
Hable usted. Ya me sonrio.
Manuel. Yo me veo en un terrible
compromiso.
Concha. Cielo santo!
Manuel. En el más duro quebranto
que hombre padeció.
Concha. Es posible!
Manuel. Venció ayer...., suerte tirana!....
mi mes de hospedaje.....
Concha. Y qué?
Manuel. Y pagarlo no podré
hasta la tarde ó mañana.
Concha. ¿Es ese el lance espantoso

y sin ejemplo en la historia?

Manuel. Que dirá doña Liboria?
Dirá que soy un tramposo.

Concha. Á no estorbarlo el cariño
reñiríamos ahora.
Quién le apura á usted?

Manuel. Señora.....

Concha. Eh! no sea usted tan niño.

Manuel. Quién no tiene una manía?

Concha. Pero.....

Manuel. Pagar en el acto,
ser en todo el más exacto;
esta fué siempre la mia.

Concha. Pero hace usted una ofensa
á mi mamá.

Manuel. El pundonor.....
Me tendrá por jugador,
libertino.....

Concha. Ni lo piensa.

Manuel. Anoche á eso de las diez,
despues de dar mis lecciones,
me salieron tres ladrones
junto á la calle del Pez,
y dos onzas que traia
los infames me robaron.

Concha. Buen Dios!

Manuel. Pero me trataron
con mucha cortesanía.
¡Soy el hombre más fatal.....
Desde que en Madrid resido
sólo á un baile he concurrido
en tiempo de carnaval.
Y no fué, así como quiera,
baile de bota y fandango,
que la casa es de *alto rango*
y gasta arrobas de cera.
Qué música celestial!
qué lujo! qué sala aquella!—
Y ninguno entraba en ella
sin billete personal.—
Grande *ambigú* preparado
para la gran sociedad....,
aunque yo de cortedad
no probé un triste bocado.
Sólo bailé un rigodon,
y lo bailé de pareja
con una maldita vieja
que parecia un sayon;
y para mayor tragedia,
ántes que á sentarse vaya
en mis brazos se desmaya....,
y no vuelve en hora y media!
Me retiro amostazado,
voy á recoger el *clac*,
y una copa de *Cognac*
se habia en él derramado.
Una capa nuevecita
en la antesala dejé;
y sin ella me encontré....,
y hasta sin *chanclos*, Conchita!
Soplaba un cierzo cruel,
y amanezco al otro dia
con tan atróz pulmonía
que hube de soltar la piel.—
Miéntras en dudosa lid
con el médico luchaba,
«mísero de mí!, exclamaba,
¿esto es bailar en Madrid!
Buen Dios, sacadme con bien,
que ya estoy arrepentido,
y de bailes me despido
por siempre jamás, amén.»

Concha. ¡Se llama usted desgraciado,
don Manuel!

Manuel. Y con razon.

Concha. Otros más que usted lo son,
aunque ménos lo han mostrado.

Manuel. Ay Conchita! El hado mio.....

Concha. Será inflexible, cruel,
pero al ménos, don Manuel,
manda usted en su albedrío.
Sin recelos ni sonrojos
se puede un hombre quejar
y el corazon trasladar
á la lengua y á los ojos.

Manuel. Ah! si me atreviera á tanto
áun más infeliz sería.
No sabe usted todavía
cuán acerbo es mi quebranto.

Concha. Pues ¿tan poca confianza
le inspiro á usted? ¿No sabré.....

Manuel. Sí, Conchita, lo diré.
Yo amo..... sin esperanza.

Concha. Sin esperanza?

Manuel. Ninguna.

Concha. Cuán triste es amar así!
Mas áun me depara á mí
más grave mal la fortuna.

Manuel. Más grave mal? No concibo.....
¡Y usted, tan jóven, tan bella,
se queja ya de su estrella!

Concha. Sólo para el llanto vivo.

Manuel. ¡Oh justo cielo que ves
su alma pura y rostro hermoso!,
¿quién merece ser dichoso
si Conchita no lo es?

Concha. Si perder el bien querido
es dardo que el pecho clava,
¡cuánto más el ser esclava
de un objeto aborrecido!
Y para mayor tormento
quiere mi enemiga suerte
que á un tiempo me den la muerte
amor y aborrecimiento.

Manuel. ¿Será posible..... Ay Conchita!—
¿Y qué dichoso mortal.....

Donato. [*Dentro.*]
Acepilla aquí, animal.

Liboria. [*Dentro.*]
Sirve el desayuno, Rita.

Manuel. Ella es! Deme usted licencia.....

Concha. Dónde va usted? Pues ¿no es rara
aprension.....

Manuel. No! ¿Con qué cara

me pongo yo en su presencia?
¡Cuidado que entre los dos
se quede el secreto.....

Concha. Bien.
Pero es muy extraño..... ¿Quién
por un dia.....

Manuel. Adios! adios!

ESCENA IV.

CONCHA. DOÑA LIBORIA. D. FULGENCIO.
D. DONATO.

[*Rita sirve el desayuno, retirándose luégo que todos se han sentado á la mesa.*]

Fulg. Hermoso dia!

Liboria. Excelente.

Fulg. Oh señorita! ¡Tan sola.....

Concha. Ya iba á buscar á mamá.

Donato. [*Saliendo de su cuarto.*]
Felices, doña Liboria.
Cómo está usted de su reuma?

Liboria. Algun tanto me incomoda,
pero estoy mejor que ayer.
Y usted ¿qué tal de su gota?

Donato. Hoy así, así.

Fulg. Mal de ricos.

Donato. Sí por cierto. ¡Fuerte cosa
que no ha de tener dinero
un hombre sin esta y otras
pejigueras! Pero ¡cómo
se arraigan y se estacionan
sobre un triste millonario
las dolencias! Eso asombra.
Enferma un pobre demonio,
y se cura por la posta,
ó se muere en cuatro dias,
y aquí paz y despues gloria.
No digo bien, don Fulgencio?
Pero ¿nosotros? Ya es obra!
En cogiendo un constipado,
Dios eterno! ¿dónde hay drogas
que nos vuelvan la salud?
¿Qué doctor hay en Europa
capaz de tanto milagro?
Baños, unturas, ventosas,
sanguijuelas, sinapismos,
cordiales, agua de goma.....
No hay un secreto en el arte
que en práctica no se ponga;
pero en vano. Ya se ve,
miéntras se suelta la mosca.....
Ni por curar en compendio
ha de mancillar su borla,
cual doctor de infantería,
el que visita en carroza.
Las recaidas son malas,
y precaverlas importa.....
En fin, pues tener dinero
y salud ya no está en moda,
no seamos codiciosos.
Paciencia, y ruede la bola.

Liboria. Siéntense ustedes: ya está
servido el almuerzo.—Concha,
no te acercas? Ven aquí.

Concha. No tengo apetito ahora.

Liboria. Estás mala?

Concha. No, mamá;
pero.....

Liboria. ¡Pues, la misma historia
de siempre! Como tú quieras.
Que te hagan luégo unas sopas
del puchero.—Pero ven;
acompáñanos.

[*Se sienta Concha.*]

Fulg. [*Sirviendo á doña Liboria.*]
Señora.....

Liboria. Y usted ¿no quiere una taza
de café? Vaya! Es de Moca.

Donato. Lo estimo, señora mia.
Yo ya he tomado dos lonjas
de jamon con buenos tragos
de una tintilla de Rota.....

Fulg. Ayer la bebí exquisita
en casa de doña Aldonza
Portocarrero y Quiñones,
marquesa de Terranova.

Donato. Sea muy en hora buena,
y haga usted lado.
[*Á Concha sentándose junto á ella.*]
Pichona,
qué tienes? Di. ¿Por qué estás
tan desganada? No tomas
una tostada?

Concha. No puedo.

Liboria. Oh! mi Conchita es muy sobria.
Un jilguero come más.

Donato. Pues sin embargo está gorda
y encarnada.

Liboria. Ahora que he dicho
jilguero, ¿han puesto escarola
en la jaula..... Ay Dios eterno!
Ya voló. Vírgen de Atocha!
[*Se levanta y tambien D. Fulgencio.*]
Pues! Le habrá cogido el gato.
Si hoy no me da una congoja.....

Concha. Se me escapó no hace mucho
al abrir la jaula.

Liboria. Sosa!
Ay jilguerito de mi alma!
[*Se vuelve á sentar y D. Fulgencio á su lado.*]
Ay!....

Donato. Eh! Por una bicoca.....
Yo le compraré canarios,
y guacamayos, y monas,
y cuanto quiera. ¿Verdad,
alma mia?

Liboria. Una cotorra,

don Donato; sí?

Donato. Al instante,
aunque me cueste diez onzas.

Fulg. No. Yo le diré al marqués
del Cantueso y Fuen-redonda,
mi íntimo amigo, que envíe.....

Donato. Eh! Qué marqués, ni qué alforja?
Se compra, y Cristo con todos.—
Pero ¿y don Manuel? No asoma
por ningun lado.

Liboria. Es verdad.
Voy á llamarle: ya es hora
de que almuerce.

Concha. No. Es inútil.
Ha salido.

[*Don Fulgencio habla aparte con doña Liboria.*]

Donato. ¡Qué penosa,
qué miserable existencia
la de ese hombre! Con la aurora
se levanta; toma un libro,
y traga que traga hojas;
y tanto se ceba en él,
tal es su afan, que no hay forma
de saludarle. Ni es hombre
para correr una broma,
ni..... Nada! Sale á las diez,
y ¡échale un nudo á la cola!
Desempedrando las calles
y sudando ¡cada gota.....
pasa el dia en desasnar
al prójimo. La oratoria
enseña al uno, el derecho
al otro, á aquel un idioma.....
Ambulante pedagogo
echa el alma por la boca,
y apénas gana el mezquino
con qué llenar la bartola.
Por fin, él es ya abogado,
y si le dan una toga.....
Pero ¡qué! el hombre erudito
nunca sale, es un axioma,
de azotes y de galeras.—
No es decir que yo haga mofa
de las bellas letras, no.
Sin calentarme la cholla
á veces suelo gustar
de la lectura; sí!—Hola!
Muchacha! Tráeme el *Diario
de Avisos.*

Concha. (Oh cielo! Corta,
corta el hilo de mi vida
si tengo de ser esposa
de aquel fatuo irresistible,
ó de este bárbaro idiota.)

[*Llega Rita con el* Diario, *que toma D. Donato, alza la mesa y se retira.*]

Donato. [*Alterna la lectura con la conversacion, como lo indica el diálogo.*]
Bien. «Juéves.....» Hablemos ántes
de nuestra próxima boda.—
Bajito, porque no quiero
que don Fulgencio nos oiga.

[*Sigue hablando aparte con Concha: esta se pone á bordar y le oye con fastidio.*]

Fulg. Créalo usted, tantas gracias
me cautivan, me enamoran.
Mis relaciones sociales
en verdad me proporcionan
los más brillantes partidos.
Ayer mismo doña Eulogia
de Villalpando y Mengíbar,
condesa de Nava-honda,
me propuso en matrimonio
á su hija menor Teodora,
amable niña que baila
como un ángel la *galopa*,
y da el tono en los prendidos,
y canta de tiple, y toca
el arpa, y tiene de dote
cien mil duros, y es hermosa,
y..... Vamos, boda soberbia;
pero para mí no hay otra
como Conchita. Es afable,
dulce, sencilla, virtuosa,
modesta....; en fin, digna hija
de una madre tierna, docta,
solícita, vigilante,
apacible, cariñosa,
sagaz.....

Liboria. Por Dios, don Fulgencio!....
Mire usted que me sonroja.
(Qué amable jóven! qué fino!
qué atento!)

Donato. «Santa Apolonia.....»
Pasarémos el verano
en mi hacienda de Pamplona,
el otoño en Orihuela,
ó si tú quieres en Lorca.
Toda aquella huerta es mia.—
No me respondes, paloma?

Concha. (Ah!)

Donato. Ya veo que el rubor.....
Pero en fin, quien calla otorga.

Concha. (Dios mio!)

Donato. Sé que me quieres,
y basta.—«Cuarenta horas
en la iglesia parroquial.....»

Fulg. Mire usted, doña Liboria,
la franqueza sobre todo.
Mis rentas no son cuantiosas;
mil ducados á lo sumo,
pero una tia ochentona
que tiene pingües haciendas
por su heredero me nombra.
Sin esto, mi cuna....;—luégo
verá usted mi ejecutoria,—
y, aunque no debo alabarme,
tal cual prenda que me adorna,
fruto de una educacion
selecta, me relacionan
con los grandes, los ministros

y otras ilustres personas.
En abriendo yo mis labios....,
no hay más que hacer: me colocan
con un buen sueldo.—Conozco
que la peregrina Concha
merece más, y que acaso
mi esperanza es ilusoria;
pero nunca.....

Liboria. No, señor;
la chica no es ambiciosa.....

Concha. Don Donato, usted dispense.....

[*Va á levantarse.*]

Donato. Dos palabras, y perdona.

Concha. (Ah qué hombre! Ya mi paciencia...)
Mamá.

Liboria. Qué quieres, hermosa?

Concha. ¿Olvida usted que tenemos
que salir?

Liboria. Ah! Pobre Alfonsa!
Tan mala! Habremos de hacerle
una visita, aunque corta,
porque luégo, ya lo sabes,
tenemos que hacer mil compras:
manteca, arroz, un quinqué,
chocolate, azúcar, loza.....
Porque un romper semejante.....
Jesus! Jesus! Son de estopa
las manos de esa muchacha.—
Ya vamos: siéntate y borda
otro ratito.

[*Vuelve á su conversacion con don Fulgencio.*]

Donato. Ea pues,
yo no sufro más demoras.
Sí, ó no; claro.

Concha. Ya he dicho
que á lo que mamá disponga
me resigno. Sus consejos
han sido siempre mi norma;
su voluntad es la mia.

Donato. Sí, pero es justo.....

Concha. (Qué posma!)

Liboria. Hija de mi corazon!
Por ella, por ella sola
llevo esta vida de perros;
porque yo..... con unas sopas.....
¡Quién me lo dijera á mí,
que he sido administradora
de alcabalas y me he visto
como la espuma en las olas!
Mas la pobre criatura....,
huérfana de padre, moza....,
bien parecida..... Ay, amigo!
Vivo y viviré sin sombra
hasta verla acomodada.
Yo ya estoy muy achacosa.
Si mañana cierro el ojo
y ántes no se casa Concha,
qué será de ella, Dios mio?—
Porque su tio el de Astorga
es un hebreo; su hermano,
mi Diego...., tristes memorias!
ó ya está en la eternidad,
ó se olvida de nosotras.
Doce años ha que pasó
con don Alberto de Rodas,
comerciante muy amigo
de mi Froilan, que esté en gloria,
á Santa Cruz de Canarias;
despues ha estado en Liorna,
y en Calcuta..... y no sé dónde;
pero...., la pena me ahoga,
cuatro años ha que no escribe,
ni sé de él.

Donato. Pues te haces sorda,
vuelvo á mi *Diario*. «Precios
de granos. Trigo..... Algarroba.....»

Fulg. Vamos, no se aflija usted,
que Dios á nadie abandona.
El dia ménos pensado
saludará nuestras costas
ese hijo que llora usted
muerto.

Liboria. Ay! no lo espero.

Fulg. (Boba!
Si supieras como yo.....)

Donato. «En la calle de la Bola,
casa sin número, al lado
del comadron.....»—*exi foras!*—
«Vive una señora viuda
que plancha y cose á la moda,
y desea colocarse
de doncella.»

Fulg. ¡Qué zozobras
tan sin motivo! Supuesto
que es lo que usted ambiciona
un novio para la niña,
ya sabe usted que está pronta
mi mano. Yo me prometo
una suerte muy dichosa
con tal consorte, y no sólo
labraré mi dicha propia,
sino tambien la de ustedes.—
Esa muchacha no goza
de su juventud. Ahí vive,
como si fuera una monja,
oscura, triste, olvidada.
Aun los encantos ignora
de la buena sociedad,
del gran mundo..... A mí me toca
darle brillo, darle tono,
y hacer que eclipse á mil otras
que con ménos atractivos
se han hecho en Madrid famosas.—
Señora, seamos francos,
donde no se pisa alfombras
no se vive.

Donato. «Fabricante
de zapatos y de botas.....»
Zapatero era más breve.

Fulg. No, á fe mia, no es lisonja;
y el dia que usted me llame
hijo suyo.....

Donato. (Me encocora

el tal don Fulgencio.)

Liboria. [*Se levanta y todos en seguida.*]
Basta.
Ya veo que usted nos honra
demasiado, y por mi parte,
si la chica se conforma.....
Ya sabe usted que tambien
me la pide para esposa
don Donato. Entre los dos
será preciso que escoja,
y yo veré de inclinarla.....

Fulg. Dígale usted que la adora
mi corazon y que.....

Liboria. Bien.
Ahora doblemos la hoja.—
Vamos á vestirnos, niña,
vamos. Deja ya esa blonda.

Concha. (¡Con cuánto placer me alejo
de la presencia enfadosa
de estos hombres!)

Fulg. Si usted quiere,
hasta la calle de Postas
le daré el brazo.

Liboria. Lo acepto.

Concha. (Qué fastidio!)

Donato. «Á dicha fonda
ha llegado otra remesa
de truchas, pajeles, ostras.....»

Liboria. Don Donato! ¿Todavía
se está usted con esa sorna
leyendo el *Diario?*

Donato. Pronto
daré fin..... «En la tahona.....»

Liboria. Hasta luégo.

Concha. (Ay Manuel mio!
Ay desventurada Concha!)

ESCENA V.

D. DONATO. D. FULGENCIO.

Donato. Tenemos que hablar, amigo.

Fulg. Hablemos en hora buena.

Donato. Ahora no hay ningun testigo.

Fulg. Sí; la ocasion es muy buena.

Donato. Seré breve.

Fulg. Así lo espero.

Donato. Yo soy hombre de *dinero.*

Fulg. Y eso ¿qué me importa á mí?

Donato. Qué le importa á usted? No es nada!
Yo soy el que manda aquí.—
Suelta usted la carcajada?

Fulg. Y en qué se apoya ese fuero?

Donato. Toma! En que tengo *dinero.*
Mia será la belleza
de Conchita.

Fulg. No será,
que mi encumbrada nobleza,
mi ejecutoria.....

Donato. Bah! ba!
¿Qué vale ser caballero,
si no tiene usted *dinero?*

Fulg. Qué ridícula arrogancia!

Donato. Qué importuna presuncion!
Quién es usted en sustancia?
Un pobrete...., un segundon.

Fulg. Ya pasa usted de grosero.

Donato. Hago bien: tengo *dinero.*

Fulg. Yo haré que usted se arrepienta
de usar conmigo ese tono.

Donato. No sea usted tan pimienta,
que yo no me desazono.

Fulg. Se batirá usted.

Donato. No quiero,
que soy hombre de *dinero.*

Fulg. Viejo collon!

Donato. Disparate!
Matarse es cosa cruel.—
Y no es igual el combate.
Usted ¿qué arriesga? La piel;
y yo si en el campo muero
pierdo más; vida y *dinero.*

Fulg. Por no alborotar la casa.....

Donato. Bien, ¿por qué no alborotamos?
Firme! Si la ronda pasa,
quién tendrá razon? Sepamos:
¿usted, cuya bolsa es cero,
ó yo, que tengo *dinero?*

Fulg. Mejor es tomarlo á risa.
Hay loco más singular?

Donato. No sabe usted de la misa
la media. ¡Rivalizar
con quien.....

Fulg. Mi amor verdadero.....

Donato. Qué amor? *Dinero, dinero.*

Fulg. Y usted con esa figura
¿espera que el matrimonio
ha de colmar su ventura?
Está usted dado al demonio?
Un corazon fiel, sincero
no se compra con..... *dinero.*

Donato. Ah, que usted corre al abismo!
¿Qué hará usted, pobre simplon,
con una fe de bautismo,
con un rancio cronicon?
¿Dirá usted al carnicero:
tome usted, que esto es *dinero?*
Bien sé que el tiempo sañudo
cubre de arrugas mi frente.
Yo podré ser..... No lo dudo;
pero, hablemos francamente,
¿dónde hay animal más fiero
que un marido sin *dinero?*
Si no por mi juventud
y por mi buen parecer,
al ménos por gratitud
quizá me ame mi mujer,
y si me falla el agüero,
me consolará el *dinero.*
Mas *sine Cérere et Baco,*
oh amor, al traste darás.
Don Fulgencio, al perro flaco.....
Ya sabe usted lo demas.

Belleza es don pasajero;
nunca envejece el *dinero*.

Fulg. Yo en mi labia tengo fe,
y aunque usted rabie y se aflija
á la madre ganaré.

Donato. Yo á la madre y á la hija.

Fulg. Yo sabré ser lisonjero.

Donato. Yo sabré tener *dinero*.

Fulg. Si hoy la pobreza me agobia,
quizá mañana me sobre.....

Donato. ¡Mucho engordará la novia
con la esperanza de un pobre!
Nada! *Dinero*.

Fulg. Sí, pero.....

Donato. *Dinero*, y siempre *dinero!*

ESCENA VI.

D. DONATO. D. FULGENCIO. CONCHA. DOÑA LIBORIA.

Liboria. Cuando usted guste, mi amigo,
ya que tiene la bondad
de acompañarnos.

Fulg. Señora,
el servir y el obsequiar
al bello sexo es sin duda
la obligacion principal
de un caballero.

Liboria. No obstante,
si usted se ha de molestar.....

Fulg. Yo molestarme, señora!
¿Cómo es posible..... Además
pienso hacer una visita
al vizconde de Aquisgran
que vive por allí cerca.

Liboria. Usted se queda?

Donato. Sí tal,
que áun no he leido el *Diario*.
No me gusta acompañar
á mujeres.

Liboria. Muchas gracias.

Donato. Usted no lo tome á mal,
pero es cosa que me aburre
eso de hacer el galan;
eso de ir pisando huevos
cuando quisiera volar;
pudiendo andar por la acera
meterme en un lodazal;
al volver de cada esquina
el brazo mártir cambiar;
en cada coche un peligro,
en cada charquito un ¡ay!—
«Deme usted esa sombrilla.—
Vuélvala usted á tomar.—
Adios, amiga Gertrúdis.
Otro beso. Cómo estás?—
¿Vamos á ver si en la tienda
de Carrillo hay tafetan
de color de *justo medio?*
Jesus, qué polvo infernal!—
Pasemos á la otra acera,
que no me quiero encontrar
con aquella fastidiosa.—
Oh, Carlitos! Cómo va?—
Mire usted con disimulo:
llevo algun punto detras?—
Ay! se me afloja una liga.
Entraré en aquel portal.....»
Gran Dios! Todo lo han de oler,
todo lo quieren comprar.....
Y entre tanto el pobre adjunto,
sudando lo temporal
y lo eterno..... Nada, nada;
eso conmigo no va,
que tengo onzas, y no quiero
ser bagaje racional.

Liboria. Vaya, que este don Donato
tiene cosas.....

Donato. La verdad
sobre todo.— Conque abur;
divertirse.

[*Vuelve á leer el* Diario.]

Concha. (Qué animal!)

Fulg. [*Aparte con doña Liboria.*]
Qué mostrenco es don Donato!

Liboria. Sí, un poco.....

Concha. Vamos, mamá?

Fulg. Ya se ve, no tiene el tono
de la buena sociedad.....
El brazo.

Liboria. Ve tú delante,
Conchita.

Concha. (No puedo más!)

Liboria. Vamos.

Fulg. (Hoy salgo de trampas.
Hoy triunfo de mi rival.)

ESCENA VII.

D. DONATO.

Al fin se fueron. Ya puedo
leer con tranquilidad.—
«Nodrizas. Encarnacion
Valmojado, natural
de Alcobéndas, primeriza,
busca cria. Abonará
su conducta el limpiabotas
de la calle de la Paz.
Vive en la calle del Barco,
frente al Pecado mortal.—
Un jóven de distincion,
que ha estudiado en Alcalá
cuatro años de leyes; que habla
el frances con propiedad,
el italiano, el inglés,
el turco y el aleman;
muy versado en los negocios,
por haber sido curial;
con principios de farmacia,

de dibujo militar,
numismática y esgrima,
y agrimensura.....» agua va!—
«desea hallar acomodo
por un módico jornal
en la clase de escribiente,
ofreciéndose á llevar
á paseo ó á la escuela
algun niño, si le hay.
Tambien cuidará un caballo,
y sabe algo de guisar.
Darán razon.....»

ESCENA VIII.

D. DONATO. D. DIEGO.

Diego. [*Á la puerta.*]
Paga al mozo.
Luégo se acomodarán
esos chismes en el cuarto
que me destinen. Irás
á la aduana á recoger
mi equipaje. Allí estará
desde ayer, porque Mamerto
dicen que es hombre puntual.
Luégo al correo, y si hay cartas,
tráelas al momento. Estás?
Donato. Qué recien venido es este?
Diego. [*Adelantándose hasta donde se halla D. Donato.*]
Usted me ha de dispensar
que éntre hasta aquí, caballero,
con tanta marcialidad.
Cuando uno viene de viaje.....
Donato. Por supuesto, es natural
que busque.....
Diego. Quisiera un cuarto.
Si usted por casualidad
es el amo de la casa.....
Donato. No, señor, pero es igual.
Diego. En hora buena.
Donato. Yo soy
el huésped que paga más;
yo protejo á la patrona;
yo gasto aquí un dineral;
mi bolsa está siempre abierta
para.....
Diego. No lo dudo. ¿Habrá
una habitacion decente
donde yo.....
Donato. La principal
está ocupada por mí,
y aunque venga el Preste-Juan
no se la cedo.
Diego. No, yo
no trato de incomodar.
Donato. Allá dentro hay una sala
con su alcoba. Usted verá
si le acomoda.
Diego. Es probable.
Lo que quiero es descansar,
y allí estaré más tranquilo
que en una fonda.
Donato. Cabal.
Por lo que hace á la comida,
á la asistencia y demas,
cuando venga la patrona.....
Diego. Bien. Todo se arreglará.—
Yo tengo en Madrid familia.....
Donato. Sí? Pues ¿cómo.....
Diego. No me dan
razon de ella. Estoy molido,
me canso de preguntar.....
En fin, aquí me acomodo,
y mañana Dios dirá.—
Ahora recuerdo..... ¿No es esta
la calle del Arenal?
Donato. Sí, señor.
Diego. Dígame usted:
¿está por casualidad
hospedado en esta casa
un don Manuel Almazan,
que ha venido á recibirse
de abogado?
Donato. Sí, aquí está.
Diego. Tengo deseos de verle.
Donato. Hasta la hora de cenar
quizá no venga, porque anda
el pobre hecho un azacan
dando lecciones.....
Diego. ¿Es mozo
de juicio?
Donato. Oh, sí! Angelical.
Es ejemplo de modestia,
modelo de probidad;
tan pulcro, tan comedido,
tan bien criadito, tan.....
Vamos, muchacho completo.
Ya se ve, no tiene un real!....
¿Qué ha de hacer un pobre diablo
sin medios para pecar?—
Conque si usted quiere ver
su cuarto.....
Diego. Tanta bondad.....
Donato. Oh! es un deber..... Por aquí.
Diego. (Qué hombre tan original!)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DOÑA LIBORIA. CONCHA.

[*Vienen de la calle. Doña Liboria entra muy sofocada.*]

Liboria. Qué calles, hija, qué calles!

[*Se sienta.*]

Vengo muerta de fatiga,
y estos nervios.....
Concha. Tome usted
alguna cosa.
Liboria. No.—Rita!—
Despues no tendria gana
de comer. Es tontería.....
Muchacha!—El temperamento.....
Esta complexion sanguínea
que Dios me ha dado.....

ESCENA II.

DOÑA LIBORIA. CONCHA. RITA.

Rita. Señora?
Liboria. Quítanos estas mantillas.

[*Lo hace Rita.*]

Ya se ve, me quedé viuda
ántes de tiempo..... ¡Que tiras
de los bucles! Hum! Qué torpe!
Se ha ajado la papalina?
Concha. No, señora.
Liboria. Oye tú. ¿Vino
Toribio con la vajilla
y lo demas?
Rita. Sí, señora.
Liboria. Bien. Y no ha habido averías?
No se ha roto nada?
Rita. Nada.
Liboria. Pues es milagro.—La anguila
es para la noche: entiendes?
Adviérteselo á Lucía.—
Bien que si una no está en todo.....
Yo iré luégo á la cocina.
Rita. Quiere usted más?
Liboria. Por ahora,
nada más.—Ah! que esté lista
para cuando vuelva á casa
don Donato su comida.—
Anda con Dios; y por hoy
suspende tus seguidillas
del ay, ay, ay, y tu Atala,
y toda esa tararira
de ratoneras canciones
que es el pan de cada dia,
porque tengo la cabeza
como un tonel.—Oyes, Rita!—
Vamos, nada, nada. Vete.
Rita. (Y áun hay cristianos que sirvan!)

ESCENA III.

DOÑA LIBORIA. CONCHA.

Liboria. Conchita, solas estamos,
y la ocasion nos convida
á hablar de tu casamiento,
único bien á que aspira
mi corazon maternal.
Concha. (Triste de mí!)
Liboria. Miéntras viva
tu madre bien sé que tú
no tienes ninguna prisa
de establecerte. No obstante,
ninguno tiene su vida
asegurada. En Madrid
abundan las pulmonías
más que los novios; entiendes?
La mujer, aunque es antigua
comparacion y la saben
los niños de la doctrina,
es imágen de la hiedra,
que, si al olmo no se liga,
arrastrada por los suelos
la desprecian y la pisan.
Si no es nada sin el hombre
áun la que ha nacido rica,
¿qué hará una pobre muchacha
sin recursos, sin familia,
sin esperanzas..... Ya ves
cómo están los tiempos, hija.
Para un hombre que hoy se case
hay treinta que le precisan
á arrepentirse mañana.
Por fin, como tú eres linda,
no te faltan pretendientes,
gracias á Dios; pero mira
que la mayor hermosura
es flor que el aire marchita.
Tú estás vacunada; bien;
tú has pasado la alfombrilla,
el sarampion, la escarlata,
y todas esas polillas
de la niñez; pero un grano,
una fluxion, una rija,

una erisipela..... Ay! ¿Quién,
quién en su cara confia?
Por otra parte, los hombres
fácilmente se fastidian,
y vale más..... Acabemos.
Te precias de buena hija?

Concha. Lo duda usted!

Liboria. No; perdona.
Ya sabes cuántas fatigas,
cuántos desvelos me cuesta
el asegurar tu dicha.
Con once reales escasos
de viudedad mal podia
sostenerte con el lujo
que una jóven necesita
para concurrir á bailes
y á tertulias. Reducida
por no hacer un mal papel
á no ser de nadie vista;
á pasar todo el invierno
jugando á la lotería
en casa de doña Alfonsa,
donde sólo concurrian
viejas, clérigos y algun
subteniente de milicias;
á pesar de tu belleza....,
nada! nunca te salia
un novio. Y tambien ¡vivir
en la calle de las Minas!.....
Hazte cargo..... No hay remedio,
para que esta pobre chica
se haga visible es preciso
mudar de plan, dije un dia.
Discurro, discurro...., y doy
con la idea peregrina
de establecer una casa
de huéspedes. Desalquilan
este cuarto, bien situado,
cómodo, capaz; me fia
don Cosme, Dios se lo premie;
alquilo camas, cortinas,
espejos, sofás....: ya sabes
que en Madrid todo se alquila;
pongo papeles...., y veo
mis esperanzas cumplidas.
Ello, sí, vivo remando,
que, aunque tengo quien me sirva,
siempre...., ya ves..... Eh! paciencia.
Hemos salido de cuitas,
yo tendré el gusto de verte
casada, y la más tranquila,
la más dichosa vejez.....
Pero ¿qué es eso? Me miras
y no respondes.—Supongo
que tú estarás decidida
á casarte.

Concha. ¿Qué he de hacer!
Me basta que usted lo exija.

Liboria. Bien, eso me gusta, pero
exijo más todavía.

Concha. Más todavía!

Liboria. Es forzoso
que hoy mismo el marido elijas
para evitar contingencias.

Concha. Pero, mamá.....

Liboria. Ya vacilas?

Concha. ¿Urge tanto por ventura
mi casamiento?

Liboria. Sí, niña.
Siempre es urgente el casarse
una mujer.

Concha. No sabía.....

Liboria. Yo sí lo sé.—Al caso. Hay muchas,
y con fama de bonitas,
que pasan sus verdes años
sin que ninguno les diga:
te quieres casar conmigo?
Mas tú...., ¡alabada y bendita
la providencia de Dios!,
áun en los veinte no frisas
y dos hombres de provecho,
dos! tu mano solicitan.
Ahora bien, ¿cuál te parece
más digno de conseguirla?
Don Donato es hombre rico.
Tiene..... ¿Qué sé yo las fincas
que tiene ese hombre en la Alcarria,
en Murcia, en Andalucía.....
Y un dineral puesto á censo;
y es de la empresa de minas.....
Don Fulgencio es un dechado
de gala, de cortesía,
de elegancia. Á la verdad
sus rentas no son crecidas,
mas su nobleza, su trato
con gentes de campanillas.....
El mejor dia le emplean
en una secretaría
del despacho cuando ménos.
Y qué educacion tan fina!
Con qué distincion nos trata!
Y eso que al fin Juan García,
tu abuelo paterno, fué
calafate en Algeciras.
Ya ves tú qué diferencia
de cuna á cuna. ¡Y me cuida,
me obsequia con un esmero.....
Hoy me ha echado unas gotitas
en el pañuelo de esencia
de..... Cómo dijo?

[*Oliendo el pañuelo.*]

Oh delicia!
Huele, huele. Es un frasquito
que le ha enviado de Esmirna.....
no sé quién.—Yo en tu lugar
á ninguno elegiria
sino á él.—No obstante, el otro.....
No me tienta la avaricia,
Dios lo sabe, pero al fin
no hay mayor prerogativa
que la del dinero.—Vamos,
responde. Qué determinas?

Concha. Yo, mamá..... Lo que usted quiera.
Sabe usted que soy sumisa.....

Liboria. Eso no es decirme nada.

Concha. Pero.....
Liboria. Jesus! Me desquicias
con tus peros.
Concha. Yo.....
Liboria. Sé ingenua.
Si á don Donato se inclina
tu corazon.....
Concha. No, señora,
ya que es fuerza que lo diga.
Liboria. Acabaras! No te gusta?
Pues bien, mujer, no te aflijas
por eso. Tampoco á mí,
que al fin es un estantigua,
y un descortes, y un..... Me alegro.
Don Fulgencio es quien..... Suspiras?
Pues ¿cómo es eso? ¿Tampoco
te agrada?
Concha. Si usted me obliga
á mostrar mi corazon
sin rebozo.....
Liboria. San Matías!
Qué va á ser de mí? ¿Tambien
le tienes antipatía?
Concha. Sí, señora. No lo puedo
remediar.
Liboria. Ay! Dios me asista!
¿Adónde iré yo á buscar
un novio para esta niña?

[*Siguen hablando en voz baja.*]

ESCENA IV.

DOÑA LIBORIA. CONCHA. D. FULGENCIO.

Fulg. (¡Sin haberme escrito Pablo!
Estoy que me lleva el diablo.
Mas cuando calla aquel pícaro.....
sin duda no hay novedad.
Averigüemos no obstante.....)
Oh Conchita interesante!
Oh señora!
Liboria. (Qué político!
Es la misma urbanidad.)
Sea usted muy bien venido.
Concha. (Qué necio y qué presumido!)
Fulg. No quisiera ser incómodo
si ustedes.....
Liboria. Qué! No, señor.
Usted jamás incomoda.
Fulg. [*En voz baja á doña Liboria.*]
Se trataba de la boda?
Liboria. Sí. Para usted no es de huéspedes
esta casa.
Fulg. Tanto honor.....
Liboria. Es justicia.
Fulg. Mi alma absorta.....
(Dejarlas solas importa,
que este es el momento crítico.)
Señoras mias, estoy.....
Liboria. Cómo! Se va usted tan pronto?
Fulg. Me es preciso. (Soy yo tonto?)
Liboria. Segun eso.....
Fulg. No me es lícito
comer con ustedes hoy.
Á prevenirlo venía.
Qué fatalidad la mia!
Ya se ve, vivo en el círculo
de la culta sociedad.....
Hoy me esperan á su mesa
un abad, una duquesa.....
¿Qué sé yo..... ¿Dejan á un prójimo
comer á su libertad?
Nada! ni valen pretestos,
porque hay hombres tan molestos.....
Ah! por vida..... No es hoy sábado?
Pues cómo con el inglés.
Gastrónomo y homicida,
si no asisto á su comida
va á desafiarme el bárbaro
como dos y una son tres.
Esto es vivir en un potro.
Un convite, y otro, y otro.....
Me precio de aristocrático,
pero esta ya es mucha cruz
¡Qué, si un hombre necesita
paladar cosmopolita!
Liboria. ¿Cosmo.....
Fulg. Polita, y estómago....
De qué diré? De avestruz.
¡Cuánto mejor comeria
en la amable compañía
de ustedes!
Liboria. Y hoy tengo un róbalo
que.....
Fulg. Sí; aquí llega el olor.
Mas ¿qué se ha de hacer! Paciencia.
Poco sentirá mi ausencia
Conchita.
Liboria. Por qué?
Fulg. Tan áspera,
tan esquiva.....
Liboria. No; el pudor.....
Fulg. Bien sienta en una doncella,
pero si yo viera en ella
alguna sonrisa plácida.....
(Nada han sabido.) Las tres!
Ya el tiempo apénas me alcanza.....

[*Aparte á doña Liboria.*]

Fundo en usted mi esperanza.
Duélase usted de este mísero!
Liboria. ¡Chis.....
Fulg. Beso á ustedes los piés.

ESCENA V.

DOÑA LIBORIA. CONCHA.

Liboria. Mira, mira á quién desprecias!
Oiste? Medio Madrid
le convida. Estas muchachas
nunca saben elegir.

Y ni siquiera merece,
siendo un mozo tan gentil,
que le saludes.

Concha. No lo hago?

Liboria. Pues! con la cabeza. Así.....
No tienes lengua?

Concha. Señora.....

Liboria. Dirá que eres incivil;
dirá con razon..... Sepamos
por qué le aborreces; di.

Concha. Yo no le aborrezco.

Liboria. Bien;
por qué no le amas.

Concha. Al fin
me fuerza usted.....

Liboria. Sí por cierto.
Todo me lo has de decir.

Concha. Él es hombre de esperanzas;
yo una huérfana infeliz;
su sangre es azul, señora,
y la mia carmesí;
no me precio de elegante,
y él viste por figurin;
él gusta de lo extranjero,
yo amo mucho mi país;
yo no he viajado en mi vida
más allá de Chamartin,
y él dice que ha estado en Lóndres,
en Nápoles y en París;
él sabe hablar de embajadas,
del Sultan, del gran Visir....,
y tanto le entiendo yo
como si hablara en latin;
yo soy humilde, él se juzga
digno de una emperatriz;
él sabe las historietas
del teatro de Turin
y de todos los de Italia,
y si es mejor cantatriz
la de antaño ó la de hogaño,
y quién vencerá en la lid,
si la contralto, ó la tiple,
ó el tenor que ha de venir....,
y á mí de todo eso, madre,
se me da un maravedí;
á él con duques y ministros
sólo le gusta vivir,
y á mí me asustan los grandes
como al reo el alguacil;
yo piso pleita mezquina,
y él asiático tapiz;
para mí el nogal es lujo
para él es poco el marfil.....
¿Es posible que tal hombre
sea conmigo feliz?
¿Es posible..... Ah! no he nacido
para él, ni él para mí.

Liboria. Jesus, Jesus! Me hago cruces.
¡Pues, digo, es poco sutil
la niña! No lo creyera.
Qué modo de discurrir!—
Y en parte..... Pero no. Es jóven
muy dulce, muy llano, muy.....
Si á lo ménos don Donato.....

Concha. Mamá!....

Liboria. Pues! ahí está el *quid.*
Ni uno ni otro!

Concha. Crea usted
que no quisiera afligir
á una madre tan querida;
pero ese hombre es tan cerril,
tan insolente...., me causa
tal repugnancia, tal.....

Liboria. Sí?
No era tan escrupuloso
el ganado femenil
en mis tiempos.

Concha. Pero, madre,
don Donato va á cumplir
sesenta inviernos.

Liboria. El hombre
nunca es viejo.

Concha. En el Abril
de mis años.....

Liboria. Dale! dale!
¿Pero te mando yo á ti
que le adores?

Concha. Sin amor.....

Liboria. Sin amor se casan mil.

Concha. Pero la virtud peligra.....

Liboria. Oh! ¿cuándo no está en un tris
la virtud? Á bien que tú eres
incapaz.....

Concha. Ántes morir.
Pero depender de un hombre
que funda en el oro vil
todo su mérito..... Ay, madre!
Cuánto me haria sufrir!
Siempre me echaria en cara
la pobreza en que nací;
siempre.....

Liboria. Hoy estás insufrible.—
¿Tienes algun querubin
incógnito, algun baboso.....
Si tal llego á descubrir.....

Concha. ¡Madre mia.....

Liboria. Acaso, acaso
ese cuitado aprendiz
de abogado..... Oh! no lo creo.
Siempre de aquí para allí
con sus lecciones de lenguas
y de derecho civil.....
Ni tú pondrias los ojos
en hombre tan infeliz,
ni jamás consentiria
tu madre.....

Concha. (Bien lo temí!)

Liboria. Vamos, hija, sé capaz
de un esfuerzo varonil.
Cásate. Todos los hombres
tienen algo que suplir.
Dónde irá el buey que no are?
Cásate. Al cabo y al fin,
qué viene á ser un marido?
Una carga concejil,
una..... Tú callas! tú lloras!

Esto es hecho! Ya perdí
mi esperanza, mi consuelo!
Para qué quiero vivir?
Tú me entierras, hija ingrata!
Ya llegó mi San Martin!

Concha. Mamá!

Liboria. Ya estarás contenta!

Concha. Yo..... Buen Dios!

Liboria. ¡Madres, parid,
parid hijas! Ay qué angustia!
Sólo siento el porvenir
que te aguarda. La miseria....,
el mal ejemplo...., el ardid.....
Navecilla sin timon....,
ovejuela sin redil.....

Concha. No más, no más! Haga usted
lo que quisiere de mí.

Liboria. Ah perla! ¿Y á quién entregas
tu mano? ¿Á don.....

Concha. Elegir!....
Ah! No. Obedecer!

Liboria. Qué dócil!
Pero ¿con gusto?

Concha. (Ay Dios!) Sí.

Liboria. Bendita seas!—Un beso.—
Áun lloras? Llanto pueril!—
Álguien viene..... Es don Donato.—
Abanícate. (Vencí.)

ESCENA VI.

CONCHA. DOÑA LIBORIA. D. DONATO.

Donato. Oh señoras!

Liboria. Don Donato,
sea usted muy bien venido.

Donato. Ustedes ya habrán comido.

Liboria. No, señor. Dentro de un rato.

Donato. Y mi comida? ¿estará.....

Liboria. Pronto. Voy á prevenir.....
Como tuve que salir.....

Donato. Pues las tres han dado ya.—

[*Llamando desde la puerta.*]

Muchacha!—Viven los cielos,
que esto ya pasa de broma.

Liboria. Usted disimule.....

Donato. [*Á Concha.*]

Toma;
repúlgame esos pañuelos.

Concha. (Que esto sufra yo!) Muy bien.

Donato. Y los marcarás.

Concha. (Qué hombre!)

Donato. Pon en la marca mi nombre;
estás?, y el tuyo tambien.

Concha. Y el mio? ¿Con qué derecho.....

Liboria. [*En voz baja.*]

Disimula.

Donato. Bien, por Dios!
No nos casamos los dos?

Liboria. Miéntras....

Donato. Yo lo doy por hecho.

Liboria. Pero.....

Donato. Ese mísero hidalgo
me disputa la prebenda
con insolente fachenda,
pero yo sé lo que valgo.
Mejor es que usted le mande
desistir de tal quimera
y..... Está en casa?

Liboria. Come fuera.

Donato. Oh! sí, en casa de algun grande
Hace bien, que así se medra.

Liboria. Hoy en dos casas ó tres
le están esperando.

Donato. Pues!
El convidado..... *de piedra.*

Liboria. Como tiene conexiones
con personas de alta laya.....

Donato. Sí? Dígale usted que vaya
á pedirles cien doblones.
¡Y ese hombre quiere casarse
cuando mi inmenso caudal
apénas basta..... Animal!
No es mucho mejor ahorcarse?
Pasando la pena negra,
quién sabe?.... áun podrá comer
de gorra; sí. Y la mujer?
y los hijos? y la suegra?

Liboria. Oh! él tiene.....

Donato. Qué? Vanidad,
trampas.

Liboria. Su cuna.....

Donato. Bobada!
Todo eso no vale nada.
Dineros son calidad.
Bien puedo yo estar tranquilo;
no es verdad, doña Liboria?,
porque el triunfo... Ah! Qué memoria!
Toma; ahí tienes para hilo.

[*Ofrece á Concha un bolsillo.*]

Concha. Qué es eso?

Donato. Nada; un presente.
Con veinte onzas.....

Concha. Qué rubor!

Donato. Para tan corta labor
creo que habrá suficiente.
Dos cuartos vale un ovillo.

Concha. ¡Cómo.....

Donato. No tengas escama.....
No quiero yo que mi dama
sea el sastre del Campillo.—
Vaya, tómalo. Formal.
No te avergüences. Yo te hago
trabajar.....

Concha. Madre!

Donato. Y te pago.
Hay cosa más natural?

Concha. Si la humildad hasta aquí
puso á mi lengua un candado,
callar, madre, no me es dado

cuando me ultrajan así.
Quien tolera tal audacia,
quien tal injuria consiente
merece doblar su frente
al peso de la desgracia.
Usted mi mano pretende,
usted dice que me ama;
y mi único bien, mi fama
con tanto descaro ofende!
¡Me tiene usted por venal,
por indigna de respeto
porque dócil me someto
al precepto maternal!
Mas, si apuran su paciencia,
la más tímida mujer
los diques llega á romper,
de vergonzosa obediencia.
Guarde usted, guarde su oro
con que me quiere afrentar,
que yo lo sé despreciar
aunque desvalida lloro.
El hombre que no ha temido
humillar á una mujer,
cómo la puede querer?
cómo puede ser querido?
Si alguna al torpe interes
sacrifica su reposo,
¿cómo será buen esposo
quien fué amante descortes?
¿Cómo podré..... Mas ¿qué digo?
Ni merezco tanto honor,
tanta dicha....., ni el señor
querrá casarse conmigo.
Él no busca una consorte,
que busca..... una costurera,
y á ménos costa pudiera
hallar dos mil en la corte.
Esa boda es sueño vano;
no es verdad, madre? Aprension.
Él pide mi corazon,
y usted le ofrece..... mi mano;
y en edad tan avanzada
bien conocerá el señor
que no hay ventura ni amor
con una mujer comprada.

ESCENA VII.

D. DONATO. DOÑA LIBORIA.

Donato. Yo estoy con la boca abierta.
Ha visto usted qué rociada?
Liboria. No es extraño que picada.....
Donato. Miren la mosquita muerta!
Pero ¿por qué se ha ofendido?
Porque la ofrezco un regalo!
¿Hay en esto algo de malo
cuando he de ser su marido?
Hablarme á mí con desden!
¡Tratarme.....
Liboria. Si usted la humilla,
qué ha de hacer? La negra honrilla...
Donato. Pobre y soberbia! Muy bien.
Liboria. (Irritarle no quisiera
hasta asegurar al otro.)
Donato. Pero esa chica es un potro.
Y parece una cordera!
¿De cuándo acá una mujer
mira con desprecio el oro?
Liboria. Ella creyó que el decoro.....
Donato. No me queda más que ver!—
Pues si hoy no pronuncia el sí
busco otra novia mañana.
Liboria. Yo espero que más humana.....
Donato. Pche!....
Liboria. Si me creyera á mí.....
Donato. No he de hacer yo el pisaverde.
Si ella acepta, bien está;
si calabazas me da,
mejor. Ella se lo pierde.
Á bandadas hallaré.....
Pero basta, que me enfado.
Ya sabrá usted que ha llegado
un nuevo huésped.
Liboria. No sé.
Donato. Está en la sala interior.
Yo le he recibido en nombre
de usted.
Liboria. ¿Y qué casta de hombre...
Donato. Oh! parece hombre de honor.
Liboria. Jóven?
Donato. Sí.
Liboria. De casa rica?
Donato. Me ha dicho: «pagaré bien.....
Liboria. (¡Bueno fuera que tambien
se prendara de la chica!)
Voy, voy á ver.....
Donato. Se ha acostado
porque el sueño le rendia.
Liboria. De dónde viene?
Donato. (Hum! Qué tia!)
Yo no se lo he preguntado.—
Pero..... ¡Rita!— Estoy servido
perfectamente.
Liboria. Voy, voy
á avisar..... (Rabiando estoy
por ver al recien venido.)

ESCENA VIII.

D. DONATO.

Es mucha flema! ¿Hay valor
para tratar de esta suerte
á hombres como yo?— Está visto;
casarme pronto conviene.
Quiero ser amo en mi casa;
ya me canso de ser huésped;
ya el celibato me aburre.
No hay nadie que se interese
por uno. Todos le engañan;
los hombres y las mujeres;
y..... no hay arbitrio; el derecho
de ser amado se adquiere

sólo en el altar. Conchilla
es muchacha que promete,
y si se casa conmigo
pronto dejo á mis parientes
con un palmo de narices.
Sólo porque no me hereden
fuera yo capaz.....

ESCENA IX.

D. DONATO. RITA.

Rita. Señor.....
Donato. De prohijar á un..... Qué quieres?
Rita. Ya está la sopa.....
Donato. ¡Loado
sea Dios! Si me sucede
otro dia lo que hoy.....
Rita. (Malos demonios te lleven.)
Donato. Ha de haber en esta casa
montescos y capeletes.

ESCENA X.

RITA. D. MANUEL.

Rita. Maldito viejo! ¡Qué amigo
de mandar! Gruñendo siempre,
y con tener tantas onzas
ni me da para alfileres,
ni.....
Manuel. [*Á la puerta, á media voz.*]
Rita, Rita!
Rita. Quién llama?
Manuel. Y tu ama? (Si me sorprende.....)
Está comiendo?
Rita. Ahora mismo
se sienta á la mesa.
Manuel. [*Entra.*] Tienes
que hacerme un favor.
Rita. Cuál es?
Manuel. Encima de mi bufete
hay un libro manuscrito
que está forrado de verde.....
Tráemelo, que no quisiera,
como mi cuarto está enfrente
del comedor.....
Rita. (Qué misterios!)
Manuel. Con disimulo; me entiendes?
Rita. Bien.
Manuel. Y que no sepa nadie
que he venido.

ESCENA XI.

D. MANUEL.

Triste suerte!
Para salir de mi apuro
tengo al fin que someterme
¡gran Dios! al brazo seglar
de un librero, de un hereje,
para el cual todos son unos,
escritores y escribientes.
Treinta duros por mi historia
de Portugal! Hombre aleve!
Casi diez llevo gastados
en papel, tinta y aceite.

ESCENA XII.

D. MANUEL. RITA.

Rita. [*Dándole un abultado manuscrito.*]
Tome usted.
Manuel. Te han visto?
Rita. Nadie.
Manuel. Te doy las gracias.
Rita. ¿Se ofrece
alguna cosa?
Manuel. No, Rita.
Rita. (Si todos fueran como este!)

ESCENA XIII.

D. MANUEL.

Paciencia! Tantos afanes!....
Velando meses y meses!....
para qué?—Pues todavía
piensa que me favorece.—
«¡Están los tiempos tan malos.....
tan malos..... Nada se vende.
La comision, los derechos,
censuras, portes, carteles.....»
Traidor! Y quién, quién lo paga?
Los libreros se enriquecen,
los impresores prosperan....,
y los literatos mueren!—
Si al ménos al caro objeto
que en puro fuego me enciende
pudiera yo consagrar
mis vigilias..... Ya no puede
resistir mi corazon
á sus encantos celestes.
Yo la idolatro, y mi lengua
á declarar no se atreve.....
Y por qué? ¿La ofendo yo
con mi amor? Quizá... Un billete...
Yo tiemblo! Pero..... Estoy solo.....
Sí, es forzoso resolverse
alguna vez.

[*Se sienta á escribir.*]

«Dueño mio.....»

[*Borra lo escrito y toma otro papel.*]

No, que es ser irreverente,

osado..... Empecemos otro.
«Señorita.....»

[*Hace lo mismo.*]

Esto es muy débil.—
«Bella, incomparable Concha.....»
Así va perfectamente.
«Si hasta el cielo de ese rostro
alzar sus ojos merece
un infeliz cuyo tierno
corazon.....»

[*Se levanta con el papel en la mano.*]

No, no. Imprudente!
Qué voy á hacer? ¿Podré yo
sin proteccion y sin bienes
competir con dos rivales?
¡Linda prebenda te ofrece
mi cariño! Un corazon....,
y en el siglo diez y nueve!
No. Prefiero consumirme
en silencio ántes.....

[*Guardando el papel.*]

Quién viene?

ESCENA XIV.

D. DIEGO. D. MANUEL.

Diego. Señor mio.....
Manuel. Beso á usted
la mano.
Diego. Segun parece
vive usted en esta casa,
caballero.
Manuel. Sí, soy huésped.....
Diego. Ha pocas horas que en ella
me alojé. ¿Podré ponerme
á los piés de la señora.....
Manuel. No hay ningun inconveniente.—
Ahora están comiendo.....
Diego. No,
no es razon que se moleste
por mi causa. Esperaré.—
Mas si las señas no mienten.....
Manuel. (Cómo me mira!)
Diego. Sí, el aire
de familia..... Usted dispense.
¿Se llama usted don Manuel
Almazan?
Manuel. Mi nombre es ese.
Si puedo en algo.....
Diego. Qué dicha!
Permita usted que le estreche
entre mis brazos.
Manuel. Yo no hago
memoria.....
Diego. Usted se sorprende,
y es natural. No he tenido
el gusto de conocerle
hasta ahora, pero es tanto
el afecto que me debe.....
Manuel. Mil gracias, mas.....
Diego. ¿No le ha escrito
á usted su madre?
Manuel. No pierde
correo. En su última carta
me dice que vendrá á verme
un caballero..... ¿Es usted
por ventura.....
Diego. Justamente.
Manuel. Mas ni me dice su nombre,
ni el objeto que le mueve
á visitarme.
Diego. ¿Y tampoco
las atenciones corteses,
los favores que he debido
á su bondad? ¡Excelente
señora!
Manuel. Nada me dice.
Diego. Pues escuche usted, y en breve
de todo le informaré.
Venía yo muy alegre
en una silla de posta
con la esperanza de verme
pronto en Madrid. Al entrar
en el Carpio estalla el eje,
los caballos se desbocan,
una rueda se desprende,
quiero dar un salto, caigo,
y es milagro que lo cuente.—
Al ruido y á los clamores
acuden á socorrerme
los inmediatos vecinos
y con ellos dos mujeres.
Me ven contuso, angustiado;
me dan en su casa albergue;
hija y madre se desviven
por curarme y complacerme;
quiero continuar mi viaje
al otro dia, aunque débil;
no hay forma de conseguirlo:
en su casa me detienen
hasta verme recobrado
tres dias más. Yo, que siempre
fuí agradecido, sabiendo
que vivian pobremente,
aunque ejemplos de virtud,
las insto para que acepten
cierta cantidad en pago
de sus favores: no quieren
de ningun modo admitirla,
ántes de oirme se ofenden.
Me despido pesaroso;
me hablan de usted, me refieren
sus circunstancias; me dicen
que, ya licenciado en leyes,
pretende usted una vara
y en la corte permanece
con esperanzas remotas
de lograrla; finalmente,
me encargan que le visite;
y doy gracias á mi suerte

que tan pronto me depara
esta honra, y no consiente
que sin el premio debido
tantos beneficios queden.

Manuel. Señor, mi madre y mi hermana
cumplieron con sus deberes.

Diego. Yo cumpliré con los mios.—
Por muchos años ausente
de mi patria, vuelvo á ella
como si extranjero fuese.
Pocas son mis relaciones,
poco valen mis parientes,
mas vengo recomendado
á personajes que ejercen
grande influencia en la corte,
y mi cartera contiene
otras recomendaciones
más poderosas, más fuertes.....
Está usted?—Vara tendremos.
Yo sé que usted la merece.....

Manuel. Es favor que..... Siento ruido.
Ya se levantan...., ya vienen.....
Perdone usted, que me llama
un negocio muy urgente.....

Diego. Téngame usted por su amigo.

Manuel. Esa honra me envanece.

ESCENA XV.

D. DIEGO. DOÑA LIBORIA. CONCHA.

Diego. Señoras, beso los piés.....

Liboria. Caballero, usted..... ¿Qué veo!

Diego. Me engañará mi deseo?
Esa cara.....

Liboria. Él es! él es!—
Concha!

Concha. ¿Quién.....

Liboria. No es sueño vano.
Hijo amado!

[*Le abraza.*]

Diego. Madre mia!

Liboria. Oh Dios! Cuando yo creia
que jamás.....

Concha. [*Abrazándole.*]
Cielos! Mi hermano!

Diego. Concha!

Liboria. Estoy fuera de mí.

Diego. Qué bella! Cuánto has crecido!
No te hubiera conocido,
á la verdad.

Concha. Ni yo á ti.

Diego. Como eras una chiquilla
cuando yo salí de España.....
Pero es aventura extraña.....

Liboria. Pero es mucha maravilla.....

Diego. Tan ajeno estaba yo
de que era usted mi patrona.....

Liboria. La pobreza ¿qué no abona?
No sabías nada?

Diego. No.

Concha. Cuatro años sin escribir!

Diego. Tres de ellos me he visto preso.

Liboria. Preso tú! Cómo ha sido eso?

Diego. Es largo de referir.
Cansado ya don Alberto
de tantas navegaciones,
con más de quince millones
en Veracruz tomó puerto.
El clima le fué fatal;
la fiebre en él se cebó;
á pocos dias murió,
y me dejó su caudal.
Yo, que en el alma deseo
cambiar por la patria mia
aquel país de anarquía
tan funesto al europeo,
dispongo una embarcacion,
y ántes de haberla fletado
me juzgan reo de estado
y me ponen en prision;
mas cuando ménos lo espero
otra faccion victoriosa
me restituye piadosa
la libertad y el dinero.
De tan infausta ciudad
otra vez salir emprendo
sacrificando y perdiendo
de mis bienes la mitad.
No fué mi esperanza vana.
Me encomiendo al mar instable,
sopla el viento favorable,
y desembarco en la Habana.
Para mayor dicha mia
de Barcelona llegó
al mismo tiempo que yo
don Ambrosio de Mejía.—
Ya sabe usted que estudiamos
juntos.....

Liboria. Ya me acuerdo, sí.—
Él se despidió de mí....
Cuándo?.... El domingo de Ramos.

Diego. Supe de ustedes por él;
sorprenderlas me propongo;
mi viaje á España dispongo.....

Liboria. Sin escribirnos, cruel!
Siempre fuiste novelesco.

Diego. Sin la menor avería
llego en fin á la bahía
de Cádiz con viento fresco.
Me detengo allí dos meses,
y aunque impaciente vivia,
era forzoso si habia
de arreglar mis intereses.
Entro en Madrid, me dirijo
á la calle de las Minas,
pregunto á veinte vecinas,
no me dan razon, me aflijo.....

Liboria. No sabe ninguna de ellas
dónde me mudé.

Diego. Cansado
de andar por ese empedrado

que me hace ver las estrellas,
vuelvo á Madrid, que Madrid
no está en aquellos cuarteles;
miro aquí, veo papelés;
subo, llamo..... Quién?—Abrid.
Entro; un viejo charlatan
me hospeda muy satisfecho;
abur; me tiendo en el lecho;
duermo como un ganapan;
dejo la mullida lana,
y cuando ménos lo creo
entre los brazos me veo
de una madre y de una hermana.

Concha. Buen Dios, mil gracias te doy
por tanto bien.

Diego. Concha mia!

Liboria. Si hoy no muero de alegría
inmortal sin duda soy.

Diego. ¿Y cómo ha puesto usted casa
de huéspedes?

Liboria. Ah! Qué quieres,
hijo! Para dos mujeres
una viudedad escasa.....
Ya ves, si una no se aplica.....
Harto lo he sentido, Diego,
pero la miseria..... Y luégo.....,
por colocar á la chica.....
Ya tiene dos novios!

Diego. Sí?

Liboria. Oh! y el uno es millonario.

Diego. ¿Es el viejo estrafalario
que me ha recibido aquí?

Liboria. Justamente, pero yo
al otro novio me inclino.—
Muy caballero, muy fino.....
En fin, un hombre de pro.—
Qué gozo! Caso á la hija;
mi Diego se ha enriquecido.....

Diego. ¿Y cuál es el preferido.....

Concha. Yo.....

Liboria. Quiere que yo lo elija.

Diego. Pues ¿cómo..... (Empiezo á temer.....)

Liboria. Adentro está el uno. Voy.....

Diego. No.—Sin que sepan quién soy
los quisiera conocer.

Liboria. Buen capricho!

Diego. Es natural.
Nadie sepa que he venido.

ESCENA XVI.

D. DIEGO. DOÑA LIBORIA. CONCHA. RITA.

Rita. Unos cofres han traido.....

Diego. Ah! bien, me alegro. Y Pascual?

Rita. Quién es Pascual?

Diego. Mi criado.

Rita. Ya!.... Vuelve á la aduana, creo,
y dice que irá al correo
despues que haya despachado.

ESCENA XVII.

DOÑA LIBORIA. CONCHA. D. DIEGO.

Diego. Tendrá que hacer otro viaje
con los mozos.

Liboria. Segun eso,
traerás..... Vamos, pierdo el seso;
traerás un gran equipaje.

Diego. Tal cual.

Liboria. Yo lo quiero ver.

Diego. Sí, vaya usted disponiendo
que lo coloquen.....

Liboria. Corriendo.—
¿Quién me hubiera dicho ayer.....
Ah! nos traes dulce de piña?
Siempre hemos sido golosas.

Diego. Sí, señora, y otras cosas.....

Liboria. Bendito Dios!—Vamos, niña.

ESCENA XVIII.

D. DIEGO. CONCHA.

Diego. Oye, espera.—Algun pesar
tienes tú.

Concha. Sí; no lo niego.

Diego. Qué te aflige? Dime.....

Concha. Ay Diego!
Me quieren sacrificar.

Diego. Cómo! Miéntras viva yo.....

Concha. Madre quiere.....

Diego. (Ya sospecho....)

Concha. Que me case á mi despecho.

Diego. A tu despecho? Eso no.

Concha. Su corazon es muy sano,
es sencillo, dulce y tierno;
pero.....¡tanto afan de yerno!....
Y tiene tan mala mano!....

Diego. La eleccion te toca á ti;
á ella sólo aconsejar.
¿Conque si tardo en llegar.....

Concha. Desventurada de mí!—
Nos oyen?

Diego. No.

Concha. Sabe Dios
que disgustarla no quiero.
Yo me casaria, pero.....
son detestables los dos.

Diego. ¡Oh, por vida.....

Concha. Santo cielo!
Tú has visto al uno.

Diego. Sí tal.
Me parece un animal;
y podria ser tu abuelo.

Concha. Querrás creer que me tutea?—
Apestando al mundo entero
con sus fincas, su dinero.....

Diego. Bien. Deja que yo le vea.....

Concha. El otro es un fantasmon,
vanidoso, petulante;

echándola de importante;
vendiéndonos proteccion.....
Diego. Oigan! ¿Y ese hombre te ama
no siendo noble ni rica?
Concha. Qué sé yo? Segun se explica.....
Liboria. [*Dentro.*]
Concha! Diego!
Concha. Ay! madre llama.
Vamos; no sospeche.....
Diego. Ven,
y ensancha ese corazon.
Yo la haré entrar en razon,
y á esos señores tambien.
Con buen dote y buena cara
no faltan á una mujer
maridos en que escoger.
Ven, que un hermano te ampara.
Cese tu lloro y tu afan,
que miéntras marido adquieres
tú serás mi dama.....; quieres?,
y yo seré tu galan.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

CONCHA. D. MANUEL.

[*Don Manuel viene de la calle; Concha de las habitaciones interiores.*]

Concha. Don Manuel!
Manuel. Concha!
Concha. Ya es hora!
Manuel. Á buscar á usted venía.
Concha. Y yo á usted.
Manuel. Oh dicha mia!
Concha. Ya mi corazon no llora.
Manuel. Ya renace mi alegría.
Concha. Es posible!
Manuel. Un protector
me depara al fin el cielo.
Concha. Yo le debo igual favor;
mas áun me queda el temor.....
Manuel. Y á mí, Conchita, el recelo.....
Concha. Solos estamos aquí.
Hable usted.
Manuel. Ah! temo hablar;
temo..... y lo deseo.
Concha. Sí?
Es cosa muy singular!....
Lo mismo me pasa á mí.
Manuel. Sepa yo..... Ningun testigo
nos escucha.
Concha. Ay don Manuel!
Manuel. Ay! Harto callo!
Concha. Harto digo!
Manuel. No es usted mi amiga fiel?
Concha. No es usted mi caro amigo?
Manuel. Pronto lograré la vara
que sin fruto pretendia.
Un hombre, un ángel me ampara
cuando ménos lo creia.
Concha. Ah! con gusto le abrazara.
Manuel. No más en pobreza oscura
gemirá mi madre anciana.
La soledad, la amargura
no eclipsarán, dulce hermana,
tus virtudes, tu hermosura.
Concha. ¿Conque en efecto es tan bella?
Manuel. Sí;..... pero léjos no está
alguna más linda que ella.
Concha. ¿Quién es la gentil doncella.....
Manuel. ¿Quién.....
[*Mostrando un espejo.*]
Mire usted.
Concha. ¿Dónde....
[*Mira como involuntariamente hácia el espejo, y en seguida baja los ojos ruborizada.*]
Ah!
Manuel. Si amor con su agudo arpon
hiere, señora, algun dia
aquel tierno corazon,
quizá será su pasion
más dichosa que la mia.
Pues me niega airado el cielo
aspirar á mi ventura,
sólo su ventura anhelo,
y si por mí la asegura
no moriré sin consuelo.
Concha. Sin consuelo!.... ¡Ay, don Manuel,
cuánto aumenta mi afliccion
esa palabra cruel!
Manuel. Pero usted..... Su corazon.....
Concha. Ay! Si usted leyera en él!.....
Soy desventurada. En vano
de hoy más veré mi cerviz
libre de yugo tirano.
¿De qué me sirve, infeliz,
ser ya dueña de mi mano?
Manuel. Será cierto? Oh gozo! ¿Y quién
no suspirará por ella?
Concha. Quien funda en otra su bien.
Manuel. Y usted llora su desden!.....
Ah Conchita! Si mi estrella.....
Si este corazon sincero
pudiera anhelar la palma.....

Concha. Prosiga usted. Dudo..... Espero.....
No sé qué siento en el alma.
Manuel. No sé si vivo ó si muero.
Concha. Yo sé que usted ama.
Manuel. Sí.
Concha. Yo tambien, y si supiera.....
Manuel. Si la hermosa á quien rendí.....
Concha. He de hablar yo la primera?
Tenga usted piedad de mí.

Manuel. [*Con resolucion y aumentándose por grados su entusiasmo.*]

Piedad! Yo la imploro,
que ya el corazon
al peso sucumbe
de tanto dolor.
Inmensa la llama
que en él se cebó,
no cabe en su seno,
ni cupiera en dos.
Temblando mi diestra
no calma su ardor.
Mi rostro la anuncia,
mis ojos, mi voz.
No escucho tus gritos,
cobarde razon,
ni sigo tu senda,
que es ciego el amor.
Sensible he nacido,
de mármol no soy,
y es vana osadía
luchar con un Dios.
¿Á quien no enamoran
los rayos del sol?
Tales son los ojos
que adorando estoy.
Si al labio en que peno
la comparo yo,
la rosa fragante
es pálida flor;
al labio sencillo
que nunca mintió,
perene morada
de amable candor.
El alba te ha dado
su puro arrebol,
¡oh bello semblante
que enciende el pudor!
Oh talle, modelo
de garbo español!,
¿qué mucho si el alma
rendido te doy?
Oh Concha divina!,
¿qué gracia, qué don
el pródigo cielo
en ti no vertió?
Los que haceis alarde
de un alma feroz,
helados censores
de honesta pasion,
miradla! Ya os oigo
decir á una voz
que verla y no amarla
no es posible, no.
Miradme embriagado
de dulce ilusion;....
¡miradme á sus plantas
cautivo de amor!

Concha. Oh cielos! Si vieran.....
Don Manuel! Por Dios,
alce usted.....

[*Se levanta D. Manuel y quedan asidos de la mano.*]

Manuel. Mi labio
quizá te ofendió.—
Ay triste! Merezca,
merezca perdon.....
Concha. Perdon! ¿Y usted puede
temer mi rigor?
Usted.....
Manuel. Concha mia!
Concha. No sé dónde estoy.
Manuel. Ay! habla ó fallezco.
Concha. Manuel!— Qué temblor!....
Si amar es delito
digno de baldon,
ah! quién es culpable
tanto como yo?
Manuel. Ya dulce esperanza
me infunde valor;
ya en gozo mi pena
convirtiendo voy.
Si es tu amor del mio
feliz galardon,
no cabe en el mundo
ventura mayor.
Concha. Ah! ¿quién de mi llanto
la fuente secó?
¿Qué amantes palabras
oí sin horror?
¿Á quién mi desdicha,
á quién mi afliccion
en pláticas tiernas
mi labio fió?
¿Qué ajeno infortunio,
con más compasion....,
qué rostro he mirado
con gozo mayor?
Despues que la saña
del fiero aquilon
enciende en las nubes
rayo abrasador,
¡cuán grato serena
la etérea mansion
el íris hermoso
de vario color!
Así de mi alma
la amargura atroz
mi bien con sus ojos
mil veces calmó.
El cielo le ha dado
talento precoz,
pero es la modestia
su gala mejor.
Sus tiernas palabras

mi consuelo son,
cual blando rocío
que Mayo vertió.
Mi seno agitado
palpita veloz
despues que en la suya
mi mano estrechó.
Las llaves le rinde
mi fiel corazon,
y ufana, gozosa
le llamo señor.—
Y si al fin es fuerza
que lo diga yo....,
Manuel es el nombre
de mi dulce amor.

Manuel. Oh júbilo inmenso!
¿Será sueño.....

Concha. Ah! no.
Manuel, para amarnos
nacimos los dos.

Manuel. Si yo mereciera
que en plácida union.....

Concha. Ayer detestaba
mi vida; mas hoy.....

Manuel. Del cielo me juzgo
feliz morador
despues que tu labio
mi gloria dictó.—
Serás de otro dueño?

Concha. Su grato esplendor
primero á la tierra
negaria el sol.—
Serás inconstante?

Manuel. Qué injusto temor!
Llamarme tu esclavo
será mi blason.

Concha. Qué tierno!

Manuel. Qué hermosa!

Concha. Qué dichosa soy!—
¿Quién viene..... Mi madre.
Aparta! Oh rubor!

[*Concha corre á echarse en los brazos de su hermano como para ocultar en ellos su turbacion. D. Manuel mete rápidamente la mano en un bolsillo de su chaleco, y se dirige á doña Liboria.*]

ESCENA II.

DOÑA LIBORIA. D. DIEGO. D. MANUEL. CONCHA.

Diego. [*En voz baja deteniendo á Concha.*]
Qué vas á hacer? No me abraces
y mi secreto descubrás.

Concha. [*En voz baja.*]
Mi alegría.....

Diego. Tiempo habrá
de mostrarla. Disimula.
Por ahora soy tu huésped,
y nada más.

Liboria. Qué premura!
Ya sabe usted que le estimo,
y no porque el mes se cumpla.....

Manuel. Sin embargo..... Vea usted
si está completa la suma.

Liboria. Calle usted! Pues qué, ¿no basta...
Vaya! Y si usted tiene alguna
urgencia.....

Manuel. No, no, señora.
[*Saludando á D. Diego.*]
Caballero.....

Diego. Se saluda
á don Manuel.

Liboria. Cómo!.... ¿Tú
le conoces?

Diego. Tengo muchas
noticias de él, y á su madre
debo favores que nunca
olvidaré.

Liboria. Sí?

Diego. ¿No he dicho
que á pocas leguas de Andújar.....

Liboria. Ah! sí; el vuelco. Maldecidas
sean las postas. Me asusta
sólo su nombre. Es verdad
que en poco tiempo se cruza
un reino entero con ellas;
pero romperse la nuca
por el afan..... No, señor;
poco á poco. Somos grullas?
Oh! si yo viajo, será
sentada sobre una burra,
con cuatro pares de almohadas
y embutida en las jamugas,
que así viajaba mi abuela.

Diego. Y así viajan las tortugas.—
Volqué, pues, y en tal conflicto
me dan albergue, me curan,
me consuelan dos mujeres
piadosas, tiernas..... En suma,
la madre de don Manuel
y su hermana.

Concha. Ah! nuestra justa
gratitud.....

Diego. [*Aparte á Concha interrumpiéndola.*]
Concha!
[*En alta voz.*] Yo espero
que algun dia retribuya
mi afecto.....
[*Á D. Manuel.*]
Repito á usted
que tendré por gran ventura
el llamarme amigo suyo.

Manuel. Y usted me agravia si duda
de mi sincera amistad,
señor don..... No sé..... Don.....

Diego. Lúcas
Medina.

Manuel. Muy señor mio.—

Sírvanme ahora de excusa
mis tareas.....

Diego. Se va usted?

Manuel. Sí. Ya es hora de que acuda
á dar leccion de español.....

Diego. ¿Á alguna italiana, alumna
de Euterpe?

Manuel. No. Á un compatriota.

Diego. Compatriota? Usted se burla.

Manuel. No tal. Es un marquesito
que se ha criado entre mulas,
entre bueyes y gañanes
en un cortijo de Osuna.

Diego. Es decir que áun tiene el pelo
de la dehesa. ¿Y anuncia
disposiciones.....

Manuel. Bastantes
para bailar la *mazurca*.
Por lo que hace á mis lecciones,
yo temo que sean nulas.

Diego. Bravo! ¿Conque el marquesito
habla.....

Manuel. Qué ha de hablar? Ahulla.—
Pero juega al *ecarté*;
monta á caballo; disputa
sobre modas; va á los toros
con calzon, polaina y chupa;
se pasea por la calle
de la Montera á la una;
está abonado en los dos
teatros (*); tiene en la uña
mejor que el *Ave María*
la teatral barahunda
de bastidores adentro;
sabe la nomenclatura
musical; capitanea
á la formidable turba
que *en la víspera* decide
si se aplaude ó si se bufa
tal ópera ó tal comedia,
tal ó cual actor; ocupa
cinco sillas en el Prado;
la Habana entera se fuma;
si ha de creerse á su lengua
de todas las damas triunfa;
cuando habla de sus cortijos
no hay cristiano que le sufra;
como el ruido es su elemento,
si entra en un café, qué bulla!...,
aporreando la mesa
pide cerveza de espuma,
que aunque el licor no le agrada
el taponazo le gusta;
si no baila es desgraciado;
no vive si no murmura.....

Diego. Ah! pues no dudo que hará
gran papel en las tertulias.

Manuel. Soy de ustedes. Pronto vuelvo,
que esta leccion poco dura.

Diego. Hasta despues.

ESCENA III.

DOÑA LIBORIA. D. DIEGO. CONCHA.

Diego. Qué apreciable
jóven!

Concha. Oh! mucho. Es la suma
honradez, y á la verdad
digno de mejor fortuna.

Liboria. Mas tan triste, tan callado
que parece ave nocturna.

Diego. Pues ¿no acaba usted de oirle.....

Liboria. Es que hoy... No sé... Tienen lunas
los hombres.

Diego. Si no me engaño,
á Concha no le disgusta
su conversacion.

Concha. Es cierto.
Soy afecta á la lectura.
Suele darme buenos libros
que mi entendimiento ilustran
y mi corazon recrean;
nada observo en su conducta
que merezca reprension;
me respeta, y no me adula;
no habla en tono de pedante
si satisface á mis dudas;
no me saca los colores
con atrevidas preguntas,
y no me habla de tesoros
ni me encarece su alcurnia.

Liboria. [*Aparte á Concha.*]
Hum! Muchacha!

Concha. Lo confieso;
en mi estimacion ocupa
mejor lugar que.....

Liboria. No obstante,
donde está aquella finura
de don Fulgencio, aquel tono.....
Esos hombres que madrugan,
y se recogen temprano,
y cuando no les preguntan
no suelen hablar, y son
modelos de compostura,
metódicos, reservados,
apáticos...., nunca, nunca
medrarán, porque en el mundo.....

Diego. [*Rompiendo el sobre de una carta.*]
Perdone usted que interrumpa
su discurso. Áun no he leido
el correo.
[*Lee para sí la carta.*]

Liboria. Ah! bien; sí.
[*Á Concha llevándosela á un extremo
y hablando en voz baja.*]
Escucha.

(*) En el año en que se estrenó esta comedia los únicos que existian en Madrid dignos de este nombre eran el de *El Príncipe* y el de *La Cruz*.

Se ha cambiado nuestra suerte,
gracias á Dios. Si rehusas
la mano de don Donato
tendrás alguna disculpa;
mas don Fulgencio.....

Concha. Señora.....

Liboria. No repliques, ni me arguyas.
Ya eres rica. Ahora te falta
la nobleza, y siendo suya.....
Él viene. Cuidado; niña!
No me le digas injurias,
ni me le pongas mal gesto,
ni le.....

[*Entra en la sala D. Fulgencio.*]

Concha. Viva usted segura.
No le diré una palabra;
y en prueba de ello.....

[*Vase corriendo.*]

Liboria. Eh! No huyas.—
Ya voló! La mataria.
Pues aunque viese una furia
infernal..... ¡Dios me lo tome
en descargo de mis culpas!

ESCENA IV.

D. FULGENCIO. DOÑA LIBORIA. D. DIEGO.

Fulg. Qué es esto, doña Liboria?
Huye Conchita de mí!

Liboria. No tal.

Fulg. Yo digo que sí.

Liboria. Que no! que no! ¡Fuerte historia.....

Fulg. No se incomode usted. Veo
que apénas entro se aleja.....

Liboria. Y de eso forma usted queja?
No le ha visto á usted.

Fulg. Lo creo;
mas temo que no se ablande
su pecho.....

Liboria. ¿No he dicho ya
mil veces que Concha hará
lo que yo quiera y le mande?

Fulg. Dichoso será mi amor.—
¿Quiere usted que hoy celebremos
los contratos?

Liboria. Chist!.... Veremos.

Fulg. Ah!.... Quién es aquel señor?

Liboria. Un huésped que he recibido.

Fulg. Cómo! ¿Otro huésped.....

Liboria. Silencio.

Diego. Quién ha entrado?

Liboria. Es don Fulgencio.

Diego. Caballero.....

Fulg. Bien venido.
Ha sido feliz el viaje?

Diego. Tal cual.

Fulg. Salieron ladrones?

Diego. No faltan en los mesones.

Fulg. Ha llegado el equipaje?

Diego. Sí.

Fulg. Sin ningun detrimento?

Diego. Pues.

Fulg. ¡Los medios de trasporte
son tan malos!—Y en la corte
¿piensa usted vivir de asiento?

Diego. Sí. (Ménos pregunta un juez.)

Fulg. ¿Y de dónde.....

Diego. [*Impaciente.*] De Alicante.

Fulg. Bella ciudad!—Comerciante?

Diego. No.

Fulg. Propietario tal vez?

Diego. ¡Eh.....

Fulg. Tengo amigos allí;
el baron del Arrabal,
el conde del Garrofal,
el marqués de Alfalfalí.....
Usted los conoce?

Diego. Yo.....

Fulg. Vendrá usted recomendado.....

Diego. Vengo.....

Fulg. Cartas le habrán dado
para mí.

Diego. Para usted? No.

Fulg. ¿Sabe usted.....

Diego. Sé con quién hablo,
y en las caras sé advertir
á quién puedo yo venir
recomendado.

Fulg. Qué diablo!—
Sin embargo á usted le abona
su exterior.

Diego. De véras? Pues.....

Fulg. Se conoce que usted es
calificada persona;
y basta que nos dé abrigo
un mismo techo á los dos
para que yo.....

Diego. (Vive Dios!....)

Fulg. Me precie de ser su amigo.—
Yo visito lo mejor
de la corte; yo.....

Diego. Lo creo.

Fulg. En alto grado poseo
la ciencia del tocador.

Liboria. Qué! Si es la suma elegancia!

Fulg. Gracias.—Como soy activo,
por telégrafo recibo
las nuevas modas de Francia.

Diego. Ya.

Fulg. Sabe usted el inglés?

Diego. No.

Fulg. Y el aleman?

Diego. Tampoco.

Fulg. Y el frances? Eso sí.

Diego. Un poco.

Fulg. Oh! pues sabiendo el frances.....
Soy, dias ha, tertuliano
de una casa de alta cofa
donde es vedado áun en mofa
el hablar en castellano.

Diego. ¡Hombre.....

Fulg. Usted se maravilla?

Cualquier otra lengua pasa.
Liboria. Son extranjeros?
Fulg. No. Es casa
solariega de Castilla.—
No se sientan los varones,
que esto es incivilidad.
Qué elegante gravedad!
Qué enfáticos rigodones!
Anoche un hijo de Apolo
me decia: es bailar eso?
Mas bien parece un congreso
discutiendo un protocolo.
Diego. Y usted ¿se divierte allí?
Fulg. Yo le diré á usted; discurro
que algunas veces me aburro,
pero..... ¡aquel tono, aquel.....
Diego. Sí.
Fulg. Quiere usted que le presente?
Diego. No, que me gusta sentarme.

[*Se sienta.*]

Fulg. Pero.....
Diego. Y no quiero secarme
tan diplomáticamente.
Fulg. No falta quien solicite
lo que usted ve con desprecio.
Diego. Será adulador, ó necio.
Fulg. No, que.....
Diego. [*Abriendo otra carta.*]
Si usted me permite.....
Fulg. (Qué brusco!) Es usted muy dueño...

[*Á doña Liboria.—D. Diego sigue leyendo aparte su correspondencia.*]

Ese hombre es antisocial.
Oh qué aire tan provincial!
Liboria. No. Ya diré á usted.....
Fulg. Qué ceño!
Quédese con su manía.
Guardaré mi proteccion
para otro ménos huron.—
Hasta luégo, mamá mia.
Liboria. Dónde va usted?
Fulg. Á vestirme.
Liboria. Otra vez? (Cuánta librea!)
Fulg. Quién de esta suerte pasea?
(Y Pablo sin escribirme!
Por cierto es mucho descuido.....)
No es elegante, señora,
el jóven que á cada hora
no se muda de vestido.
Yo, que de serlo me alabo,
diez veces me visto al dia.
Liboria. Lo sé. Pero ¡qué manía!
¿Á qué fin vivir esclavo.....
Fulg. Algo ha de hacer un señor.
Liboria. Ya, sí.....
Fulg. Un hombre de mi esfera
no vive como un cualquiera.—
Hasta despues.
[*Á D. Diego.*]
Servidor.

ESCENA V.

D. DIEGO. DOÑA LIBORIA.

Diego. Y á ese hombre usted recomienda!
Oh qué fatuo!
Liboria. Fatuo? No.
Si le trataras.....
Diego. Quién? Yo?
Dios me libre y me defienda!
Liboria. Tú mudarás de opinion.
Es tan galan, tan cumplido.....
Diego. Intenciones he tenido
de echarle por un balcon.
Liboria. Por un balcon! Qué atentado!
Á tan ilustre sujeto!
¡Á un hombre.....
Diego. Yo le prometo
que no será mi cuñado.
Liboria. Santo Dios, qué antipatía!
Yo.....
Diego. Conchita le aborrece;
y hace bien. No la merece.
Liboria. Se ha de quedar para tia?
Diego. Urge tanto su himeneo?
Liboria. Mi voto.....
Diego. No es nada el suyo?
Liboria. Pero.....
Diego. [*Abriendo otra carta.*]
Al instante concluyo.
Disimule usted.—¿Qué veo!
Dentro viene otra cerrada.
Será..... En efecto.

[*Lee el segundo sobre.*]

«Á don Pablo
Martinez.»—Si hiciera el diablo.....
Veamos.

[*Rompe el segundo sobre.*]

Liboria. Qué es eso?
Diego. Nada.
Un escribiente...., un ratero,
quince dias me sirvió
en Cádiz, y se escapó
llevándoseme un dinero.
Á cierto amigo encargué
que al punto me dirigiera
cualquier carta que viniera
para el tal.
Liboria. Bien hecho. Y qué?
Diego. Y ésta remite.—Quizá
descubra su paradero.—

[*Leyendo.*]

«Madrid 14 de Enero».....
Quién diablos le escribirá?
Liboria. Sin duda algun galopin.
Lee la firma.
Diego. Sí haré.—

«Tu amigo Fulgencio».....
Liboria. [*Sorprendida.*] Qué?
Diego. «Fulgencio Villacastin.»

[*Sigue leyendo para sí.*]

Liboria. Así mi huésped se llama.—
Á ver?..... Sí, su letra es esa.
Es posible! Mi sorpresa.....
Diego. Hola!
Liboria. Tu rostro se inflama.....

[*Concluye D. Diego de leer la carta, y doña Liboria le observa con inquietud.*]

Diego. No es nada lo que averiguo!
Y en qué ocasion!
Liboria. Dios eterno!
Diego. Lindo huésped! Bravo yerno!
Liboria. ¿Qué será..... Yo me santiguo.
Habla.....
Diego. Llame usté á mi hermana.
Liboria. Conchita!
Diego. Qué carta!
Liboria. ¡Ven,
ven corriendo!—Aquí está.
Diego. Bien.
Liboria. Me da frio de terciana.

ESCENA VI.

DOÑA LIBORIA. CONCHA. D. DIEGO.

Diego. Estamos solos?
Liboria. Sí estamos.
Leer sin recelo puedes.
Vírgen santa!
Diego. Oigan ustedes,
que es cosa de gusto.
Liboria. Oigamos.

Diego. «Madrid 14 de Enero de 1832.»

Es carta de don Fulgencio
escrita á cierto truhan.....
Liboria. Sí, sí. Vamos, que mi afan.....
Concha. Pero ¿cómo tú.....
Liboria. Silencio.

Diego. «Amigo Pablito: Por una feliz casualidad soy huésped hace un mes de la madre y hermana de ese buen don Diego, cuya casa te ha proporcionado un puerto despues del naufragio que en el mar de los placéres ha aniquilado tu patrimonio. El mio se acerca tambien á la última agonía, pero afortunadamente áun no está mi reputacion tan arruinada como la tuya. Informado por ti de las grandes riquezas que trae consigo ese individuo; de que se propone permanecer algun tiempo en Cádiz, y de que su intencion es sorprender á estas pobres mujeres presentándose á ellas sin anunciar su llegada, he imaginado y puesto ya en práctica el designio de pedir en matrimonio á la linda Conchita que, si al principio habia agradado únicamente á mis sentidos, ahora que es hermana de un millonario no puede ménos de ser muy grata á mi corazon. Confieso que áun no he logrado instalarme en el de la niña, pero yo sólo codicio su mano, y espero conseguirla, porque su madre, á quien vive humildemente subordinada, está muy de mi parte. Es una mujer de muy pocos alcances, pero deseosa de brillar, y la tengo alucinada con mis lisonjas y con el aparato de mi nobleza. Por mucho que apresure su viaje ese inesperado Creso, me propongo saludarle con el título de cuñado; y como no tendrá motivo para pensar que el interes me ha hecho contraer este parentesco, ya me gozo en contemplar la dulce perspectiva que me aguarda; perspectiva que ni á ti, ni á mis acreedores puede ser indiferente.

Es excusado encargarte la reserva, y cuánto conviene que me anuncies con la posible anticipacion la venida de tu amo. Tuyo siempre, etc.

FULGENCIO VILLACASTIN.»

Liboria. Jesus, Jesus! Yo me muero
de vergüenza y de pesar.
¿Quién habia de pensar
que un bizarro caballero.....
Concha. Yo nunca crei su amor,
ni pude verle sin tedio.
Liboria. Me engañó de medio á medio.
Ah malvado seductor!
Si tú no vienes..... quizá.....
Diego. Buena boda ibas á hacer!
Pobre Concha!
Liboria. ¡Yo mujer
de pocos alcances! Ah!
Diego. Al ménos el desengaño
vino á tiempo.
Liboria. Hombre sin fe!
Yo voy.....
Concha. Madre!
Liboria. No estaré
contenta si no le araño.
Diego. Prudencia, que en estos lances
nunca el ruido aprovechó.
Á mi cargo queda.....
Liboria. ¡Yo
mujer de pocos alcances!
Diego. Cálmese usted, que á ese trasto
y al otro viejo moscon

yo les daré una leccion.
Liboria. Iré á un juez.....
Diego. Qué juez? Yo basto.
Liboria. Sí, sí; declara quién eres.....
Diego. Eso es lo que yo resuelvo,
mas no ahora.—Pronto vuelvo.
Liboria. Obra en fin como quisieres.
Diego. Miéntras viene don Donato
á cierto asunto saldré.—
No hay que decir.....
Liboria. Callaré,
pero ha de ser poco rato.
Diego. Disimule usted su saña.
Si vuelven á sus amores,
diga usted á esos señores
que hay galan nuevo en campaña.

Concha. [*Vivamente.*]

Quién?

Diego. No te acuerdas? Yo soy.

Concha. [*Sonriéndose.*]

Ah!....

Diego. Tendrás paciencia?
Concha. Sí.
Diego. Y usted ¿quiere darme á mí
sus poderes?
Liboria. Te los doy,
que esto de casamentera
no es para mí, por lo visto.
Ya de mi tema desisto.
Concha. (Ah! si yo á hablar me atreviera.....)
Diego. Conque, abur.
Liboria. No tardes.
Diego. No.
Ya que la casa manejo
usted verá qué despejo
de huéspedes hago yo.

ESCENA VII.

CONCHA. DOÑA LIBORIA.

Concha. (Qué escucho!—Ay triste! Tambien
va á desterrar á mi amante.)
Liboria. ¡Ah qué fortuna la nuestra,
Conchita! Sin duda un ángel
nos ha traido á tu hermano.
Fuera huéspedes! Bien hace.
Fuera! Dichoso quien vive
sin mirar la cara á nadie.—
El uno que nunca paga;
el otro que viene tarde;
éste que toca el violin
y se está dale que dale
todo el dia; aquel que nunca
halla cosa que le cuadre;
fulano por orgulloso,
y citano por amable;
mengano que á todas horas
sube y baja, y entra y sale.....
Eh, patrona! exclama un *quidam;*
cuándo se limpia este catre?—
No abra usted esa ventana,
dice otro, que pasma el aire.—
Entre la gracia de Dios,
dice otro huésped, y la abre
de par en par.—Otro quiere
que le cosan y le planchen,
y le den cama, y comida,
y brasero por seis reales;
otro se hace amo de casa
y no hay diablos que le aguanten;
otro Tarquino persigue
á la hija y á la madre
y á la zafia Maritornes
que le aljofifa y le barre;
á otro, enfermo, encanijado,
todo se le vuelve parches,
y zarzaparrilla, y..... Vaya,
es la vida perdurable.—
Y despues, el celador
de policía, el alcalde
de barrio, el padron....., la multa
si luégo no se da parte
de quién viene y de quién va
con sus pelos y señales.....,
y el casero, y los vecinos
y el prendero..... Vírgen Madre!
¡Cuánto mejor es remar
en las galeras de Tánger!
Concha. Usted quiso.....
Liboria. Por ti sola.
El anhelo de casarte.....

Concha. [*Bajando la voz.*]

Don Fulgencio.

Liboria. Dios me tenga
de su mano. Aleve! infame!
vil!
Concha. Disimulemos.
Liboria. ¡Yo
mujer de pocos alcances!

[*Se sientan.*]

ESCENA VIII.

DOÑA LIBORIA. D. FULGENCIO. CONCHA.

Fulg. Al fin veo á usted, Conchita,
y este placer.....
Concha. [*Displicente.*] Buenas tardes.

Fulg. [*Sentándose entre las dos.*]

Siempre me responde usted
con un tono.....
Concha. Es mi carácter.
Fulg. Ya lo veo.—Ni yo gusto
de las mujeres locuaces,
vivarachas y risueñas.
Ese modesto semblante

me presagia mil venturas.
Cuando el suspirado enlace
colme mis votos.....

Liboria. Señor.....

Fulg. Ay señora! Usted no extrañe
mi impaciencia.

Liboria. Yo.....

Fulg. Á quien ama
se hace un siglo cada instante.

Liboria. Es que..... (Mejor es callar.)

Fulg. No temo que me desbanque
mi rival, no, que su facha....,
sus maneras..... ¿Y usted sabe
que ha enviudado ya tres veces?
Es más temible que el *Draque*.
¿Quién será la temeraria
que con ese hombre se case?
¿Quién.....

ESCENA IX.

DOÑA LIBORIA. D. FULGENCIO. CONCHA. D. MANUEL.

Manuel. Beso á ustedes los piés.

Liboria. Oh amiguito!

[*Se sienta D. Manuel al lado de Concha.*]

Fulg. (El estudiante!
Á lo mejor me interrumpe.)
Señoras, se me hace tarde.
Va á anochecer, y me espera.....

Concha. [*Aparte á doña Liboria.*]

No deje usted que se marche.

Liboria. Ruego á usted que no se vaya.
Un sujeto quiere hablarle,
y va á venir al momento.

Fulg. Basta que usted me lo mande.....

[*Á D. Manuel.*]

Qué tal, qué tal las lecciones?
Producen?

Manuel. ¡Eh.....

Fulg. No está en auge
la literatura. Hay aulas
donde se enseña de balde,
y con todo eso..... Ahora bien,
¿quiere usted que yo le saque
de miseria? No será
muy difícil colocarle.

Manuel. Mil gracias.....

Fulg. Así...., de ayuda
de cámara de algun grande.....
Todos son amigos mios.

Manuel. Bueno será que usted guarde
para sí mismo ese empleo.

Fulg. Eh?

Manuel. Puede que á usted le cuadre
mejor que á mí.

Fulg. ¡Cómo.....

Liboria. (Bravo!)

Concha. (Bien haya tu boca!)

Fulg. Diantre!....
Pues..... yo creia..... (Qué orgullo!)

Donato. [*Entrando, á Rita que llega con luces, las deja y se retira.*]

Trae volando el chocolate.

ESCENA X.

DOÑA LIBORIA. CONCHA. D. MANUEL. DON DONATO. D. FULGENCIO.

Donato. Buenas tardes.—¡Oh, que estamos
todos aquí! Bien; me place.—
Ya me canso de esperar.
Al grano. En este combate
¿á quién se entrega la palma?
No gastemos tiempo en balde.
¿Á los escudos de oro,
ó á los escudos de jaspe?

[*Viene Rita con el chocolate, lo deja sobre el velador y se retira.*]

Fulg. [*Aparte á doña Liboria.—Concha y D. Manuel se miran á hurtadillas.*]

Firmeza! Recuerde usted.....

Donato. [*Á Concha, tomando ya el chocolate.*]

Claro, clarito. No te andes
por las ramas.

Liboria. El negocio
es arduo.....

Donato. Qué disparate!
El más sencillo.....

Liboria. Yo soy.....
mujer de pocos alcances.

Fulg. ¡Cómo.....

Donato. Pues bien, calle usted.
Ahí está la chica: que hable.

Concha. Yo..... nada digo.

Donato. Esa es otra!
Pues ya es hora.....

Liboria. Usted no extrañe
su indecision. Como tiene
otro galan.....

Fulg. Otro!

Donato. Calle!

Manuel. (Otro!)

Donato. Medrados estamos!
¿Y quién es.....

Fulg. ¿Qué nuevo amante...

Liboria. El huésped recien venido.

Manuel. (Cielos!)

Donato. ¿Quiere usted mofarse.....

Fulg. ¿Será posible.....

Manuel. (Gran Dios!)

Fulg. (Mucho temo que mis planes.....)
Liboria. Aquí viene.

[*Todos se levantan ménos D. Donato.*]

Donato. Extraño amor!
Áun no acaba de apearse,
y ya.....

ESCENA XI.

D. DONATO. DOÑA LIBORIA. D. FULGENCIO. CONCHA. D. MANUEL. D. DIEGO.

Diego. Señora.....

[*Á Concha.*]

Bien mio!
Me tenía inconsolable
tu ausencia.
Fulg. Pues la tutea!
Concha. No extrañe usted su lenguaje.
Nos queremos mucho.
Manuel. (Ay triste!
Llevó mi esperanza el aire.)
Donato. Yo estoy en babia.
Diego. Señora,
permita usted que reclame
la mano de Concha. Usted
entre todos mis rivales
me prefiere.....
Donato. Cómo es eso?
Fulg. Pues... si á mí... Cuando... Yo...
Liboria. Dale
tu mano.
Concha. [*Se la da.*] Con mucho gusto.
Manuel. (Pérfida!)
Donato. Vaya, que es lance!
Fulg. No sé qué pensar.....
Donato. Sepamos
por qué razon.....
Diego. No alterarse,
que aunque su mano recibo
no la llevo á los altares.
Fulg. ¿Cómo.....
Donato. Pero.....
Diego. Esta libranza
puede muy bien endosarse
á favor de otro. Yo soy
su protector, no su amante.
Fulg. Protector!
Donato. Oiga! Y ¿qué especie
de proteccion.....
Fulg. Que me maten
si comprendo.....
Manuel. (Ya respiro.)
Diego. Primero que esto se zanje,
tengo yo que dar á ustedes
una noticia importante.
El hijo de esta señora,
don Diego, ha llegado á Cádiz.
Donato. Hombre!
Concha. Mi hermano!
Liboria. Mi Diego!
Fulg. (Esto empieza á disgustarme.)
Diego. Llegó al puerto con inmensas
riquezas.
Manuel. (Esto da al traste
con mi esperanza otra vez.)
Diego. Pensó aumentar sus caudales
con cierta especulacion
mal calculada; y el fraude....,
la superchería..... En fin,
su ruina es inevitable.
Ha quebrado.
Liboria. Ah!
Manuel. (Ya no es rico.
Casi estoy por alegrarme.)
Fulg. (Yo no sé lo que me pasa.)
Concha. [*Aparte con doña Liboria.*]
Mire usted aquel semblante,
madre.
Liboria. Sí; pierde el color.
Fulg. Pero..... Es cierto..... ese desastre?—
Á mí me hubieran escrito.....
Diego. ¿Tiene usted corresponsales
en Cádiz, eh?
Fulg. Sí..... Conozco
á dos ó tres negociantes....
Pero.... ¿quién le ha dicho á usted.....
Diego. No necesito que nadie
me lo diga.
Donato. Bien, por cierto!
Es usted profeta?
Diego. Baste
de misterios y de dudas.
Yo soy don Diego.
Fulg. Usted!
Donato. Zape!
Esta es otra que bien baila.
Manuel. (Ah! De alegría me late
el corazon.) ¿Conque usted.....
Mas segun me dijo ántes.....

[*D. Diego hace á D. Manuel una seña para que calle.*]

Diego. Yo soy ese desgraciado;
yo, que pocos dias hace
fuí poderoso, y ahora
arruinado, miserable.....
Eh! cómo ha de ser! Unido
á la esclarecida sangre
de don Fulgencio..... Usted calla!
Fulg. Amigo.....
Diego. Usted no se agravie,
don Donato, si á ese jóven
prefiero. Sus cualidades,
sus timbres..... ¿Conque seremos
cuñados?
Fulg. Honor tan grande
me confunde; pero..... dudo
que esta señorita me ame.....
y no es cuerdo quien se casa

con presagios tan fatales.
Además, yo..... Mis parientes
repugnaban.......—No es desaire,
mas.....

Diego. Diga usted con franqueza
que mi quiebra le retrae
de esta boda.

Fulg. Oh! No merezco
acusacion semejante.
Pobre la queria. ¿Acaso
sabía yo el desembarque.....

Diego. Quiere usted que le confunda?

Fulg. Confundirme!

Diego. [*Enseñándole la carta que leyó en la escena VI.*]
Lea, y calle.

Liboria. Sí, lea usted.

Fulg. (Ah! ¿Qué veo!—
Me ha vendido aquel bergante.)

Diego. Qué dice usted de esta carta?

Fulg. Digo..... que hay casualidades.....
Yo..... (Corrido estoy.)

Diego. ¿Será
necesario aconsejarle
lo que debe hacer ahora?

Fulg. No tal. Usted no se canse.....
¿Qué quiere usted! No sabía.....
Tengo que asistir á un baile......
en casa del consejero.....
Buenas noches. Usted mande.....
Señoras mias..... Señores.....
Ahí se queda mi equipaje....,
mis esencias...., mi.....

Concha. El sombrero.

Fulg. Gracias.....
[*Lo toma.*]

Liboria. Por ahí no se sale.....

Fulg. Con efecto..... (Ah falso amigo!
Reniego de tu linaje.)

ESCENA XII.

DOÑA LIBORIA. D. DIEGO. D. MANUEL. CONCHA. D. DONATO.

Liboria. Bien me has vengado.

Manuel. (Uno ménos!)

Donato. Cuál corre! Ya está en la calle.

Concha. Gracias á Dios que se fué!

Donato. [*Se levanta.*]
Señoras, no hay que apurarse,
que aquí estoy yo, y mis talegas.....
(Las voy á sitiar por hambre.)
Mis dehesas, mis cortijos.....

Diego. No pase usted adelante.

Donato. ¡Cómo.....

Diego. Es usted viejo.

Donato. Y qué?

Diego. Gotoso, lleno de achaques.....

Donato. Convengo.

Diego. Mi hermana es jóven.....

Donato. Ya.

Diego. Gentil, graciosa.....

Donato. Dale!

Diego. Mírese usted á sí mismo,
mírela usted...., y compare.

Donato. No hay aquí que comparar.
¿Si querrá usted que se case
con un jóven rico y bello
una pobre vergonzante?
Eso es pedir gollerías.

Diego. Para el otro botarate
fué pobre; para usted rica.

Donato. Yo no entiendo ese contraste.

Diego. Mi quiebra ha sido una farsa.
Yo tambien tengo á quintales
el oro.—¿Si querrá usted
que una jóven tan amable,
tan linda, y..... ¡tan poderosa!
se case con un cadáver?—
Eso es pedir gollerías.

Donato. Entiendo, entiendo el romance.

Diego. Conque.....

Donato. Sí. Voy á buscar
ahora mismo otro hospedaje.
Abur. Yo me casaré,
con mi cara de vinágre,
y mi gota, y..... Sí, señor;
y con mujer que me llame
gracioso y lindo; que el oro
embellece á un elefante.—
[*Despidiéndose.*]
Señoras..... Ah! Despacito.
Acabaré el chocolate,
que mi dinero me cuesta.
[*Se sienta y sorbe el chocolate.*]

Diego. Hace usted muy bien.

Manuel. (Qué cafre!)

Liboria. Me da risa.

Concha. Á mí fastidio.

Donato. [*Acabando de beberse un vaso de agua.*]
Ea, que ustedes descansen.

ESCENA ÚLTIMA.

DOÑA LIBORIA. D. DIEGO. CONCHA. D. MANUEL.

Concha. (Ay! Ahora empiezo á temblar
por mi Manuel.)

Diego. Te quedaste
sin novios.

Concha. (Ah!)

Manuel. (Si tuviera
yo valor.....)

Liboria. ¡Vírgen del Cármen,

qué ciega estuve!

Diego. Me alegro de que usted se desengañe.

Liboria. Erré con buena intencion. No, no vuelvo yo á encargarme de su boda. Ya lo he dicho.

Diego. Yo la serviré de padre. No violentaré jamás su inclinacion. Cuando halle quien la merezca.....

Concha. Ay hermano!

Diego. Aunque riquezas le falten, aunque no pueda ostentar pergaminos venerables.....

[*Miéntras habla D. Diego se va aumentando la agitacion de Concha y de D. Manuel. Muestran querer hablar, y no atreverse á ello; y se alientan recíprocamente con sus miradas.*]

Concha. (Oh Dios!)

Manuel. (Ah!)

Diego. No será echado con desden de mis umbrales. Si es un jóven instruido, juicioso, modesto, afable, hijo de padres honrados, que por tus prendas te ame, no por tus riquezas.....

[*Advirtiendo la inquietud de Concha.*]

Concha!

Concha. [*Tomándole una mano.*]

Diego!

Diego. Tus mejillas arden....; tiemblas.....

Liboria. [*Viendo la agitacion de D. Manuel.*]

Don Manuel!

Manuel. [*Tomando la otra mano á D. Diego.*]

¡No puedo, no puedo más!

Liboria. ¡Qué visajes!.....

Diego. Estás mala?

Liboria. Está usted loco?

Concha. Piedad!

Manuel. Perdon!

[*Los dos caen á un tiempo de rodillas.*]

Concha. Es mi amante!

Manuel. Yo la idolatro.

Concha. Tú acabas de hacer su retrato.

Diego. Madre! Qué es esto?

Liboria. No ves? Se quieren; mas yo ignoraba.....

Manuel. Su imágen está grabada en mi pecho.

Concha. Mi gloria cifro en amarle desde que le vi.

Diego. Y callabas!

Concha. Sí. No osaba declararme.....

Manuel. Yo la adoraba en silencio, hasta que al fin..... esta tarde..... sin saber cómo..... los dos nos revelamos.....

Diego. Cobardes! ¡Quererse como unos locos, y no atreverse..... Eh! levanten,

[*Se levantan.*]

y á ver cómo ahora se enmiendan.—

[*Á Concha.*]

Dale esa mano, y no aguardes á que lo diga dos veces.— Tómela usted al instante.—

[*Se dan las manos Concha y don Manuel.*]

Así.—Doy gracias á Dios, pues me permite que pague los beneficios que debo á aquellas dos celestiales mujeres.....

Manuel. Don Diego!

Concha. ¡Oh dulce término de mis afanes!

Manuel. Aprueba usted esta boda?

Liboria. No he de aprobarla? Abrazadme.

[*La abrazan.*]

Concha. Madre!

Manuel. Señora!

Diego. Eso! eso!— Y á mí tambien.—¡Admirable grupo formamos los cuatro!

Concha. Oh placer!

Diego. ¡Qué desenlace para una comedia! Ahora la *moraleja;* sí?

[*Con burlesca declamacion.*]

¡Madres que teneis hijas!, guardáos de oprimirlas, que más vale no casarlas.....

Liboria. Diego!

Diego. El gozo me hace decir disparates, madre mia. Yo sé bien que un ejemplo saludable aprovecha más que un tomo de reflexiones morales.

ELENA,

DRAMA EN CINCO ACTOS.

Representado por primera vez en el teatro del Príncipe el dia 23 de Octubre de 1834 (*).

PERSONAS.

ELENA.	REJON.
VICTORINA.	TORMENTA.
BLASA.	PANCHO.
DOÑA CASILDA.	PASCUAL.
D. GERARDO.	UN PINTOR.
EL MARQUÉS.	UN MÚSICO.
GINES.	LADRON 1.º
EL CONDE.	LADRON 2.º

D. TADEO.

UN CARRETERO.—LADRONES.—CRIADOS.

El primer acto pasa en Utrera; segundo y tercero en Sevilla; cuarto en un despoblado, y quinto en una cabaña.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de D. Gerardo.

ESCENA I.

D. GERARDO.

Ya no hay freno á mi pasion;
ya tanta debilidad
me avergüenza; ya me canso
de gemir, de suplicar.....
Mi esposa ha de ser Elena:
lo he jurado; lo será.
¡Ay desdichada mujer
si es ingrata á mi bondad!

(*) Con este drama hizo el autor su primer ensayo en un género harto distinto del que habitualmente ha cultivado. Sus amigos le instaban á dar alguna muestra de su poca ó mucha capacidad para crear situaciones de grande interes y pintar afectos y caracteres de aquellos que no caben en la comedia propiamente así llamada. El moderno *romanticismo* estaba en su mayor auge, y era difícil que temprano ó tarde dejase de llevar tambien alguna ofrenda á las aras del ídolo nuevo. Procuró sin embargo no convertir su culto, quizá no muy voluntario, en fanática supersticion. Cómo desempeñó esta tarea, objeto entónces de agrias censuras por una parte y de excesivos elogios por otra, júzguelo el lector. Sólo dirá, y cree que esta coleccion lo va demostrando, que no ha sido su musa tan uniforme y sistemática como lo han pretendido los que le han juzgado sin suficiente conocimiento de causa. Bien es verdad que no es

ESCENA II.

D. GERARDO. GINES.

Gines. Señor.....
Gerardo. Qué hace mi sobrina?
Gines. Desayunándose está.
Gerardo. Bien. No tardará en venir
con su labor.—El fatal
momento se acerca. Tiemblo.
Gines. Bobada! Por qué temblais?
Gerardo. Gines, sólo en ti confio.
Gines. Oh! bien podeis confiar.
Gerardo. El celo con que me sirves
no olvidaré yo jamás.
Cuando todos me vendian
tú solo fuiste leal;
tú solo en mi larga ausencia
no te gozaste en labrar
mi deshonra, mi desdicha.
Gines. ¡Señor, señor, por piedad,
no me abochorneis! Cumplí
con mi deber. Nada más.
Gerardo. No bien descubrir lograste
aquel lazo criminal,
le denunciaste á tu amo,
que en la modestia falaz
de una mujer se fiaba.
Gines. Ah, señor! La caridad
con que la humana flaqueza
debe un cristiano mirar,
la indulgencia y el sigilo
me prescribian quizá.
Por otra parte, el amor
que me debeis, mi lealtad,
mi gratitud..... ¡Fué preciso
á esa infeliz acusar!
Pero bien sabeis, señor,
que no hubo mordacidad
en mi carta. Dios me libre!
Referí de pe á pa
lo sucedido; eso sí,
pero sin acriminar
al prójimo; que soy hombre
yo tambien, y puedo, ay!
caer por desgracia un dia
en las garras de Satan.
Tranquila está mi conciencia,
y sólo tengo un pesar,
que es haber sabido tarde,
y cuando no habia ya
remedio, la mala accion
de vuestro indigno rival.
Dirán que pérfido fuí
con la cuitada. Es verdad.
Luego que partió de Utrera
el seductor capitan
á una urgente comision
del servicio militar,
logré hacerme confidente
de su víctima, y fué tal
su candor, su buena fe,
que tendria por crueldad
haberla engañado luégo,
si para evitar un mal
no hubiera sido forzoso
otro más leve aceptar.
Temí vuestros justos celos;
temí que agudo puñal
la sangre de esa infeliz
derramase, y, lo que es más,
la vuestra. En tal situacion,
¿qué mucho pues si sagaz
interceptando las cartas
de la dama y del galan,
fingiendo otras, y atizando
de la discordia infernal
la tea, allané el camino
de vuestra felicidad?—
Los medios son reprensibles,
mal lo pudiera negar;
pero es muy cristiano el fin,
pues se encamina á la paz,
y á la dicha de mi amo,
de aquel que me da su pan;
de aquel..... Sea todo por Dios!
Lo mejor es olvidar
lo pasado; y yo confio,
puesto que tanto la amais,
que vuestra hermosa sobrina
al fin la mano os dará,
y un matrimonio dichoso
pondrá fin á tanto afan.
Gerardo. Tan lisonjera esperanza
no me atrevo yo á abrigar
en mi pecho todavía.
Tú sabes la frialdad
con que siempre me ha escuchado
cuando he querido insinuar
mi designio de casarme
con ella. Ya es un volcan
dentro de mi alma el amor
que me inspira su beldad,
y retardar no me es dado,
ó bien el golpe mortal
de un desengaño, ó la dicha
de llamarla ante el altar
esposa mia. Esta carta
del irritado oficial
tal vez en odio implacable
tanto amor convertirá.

---

esto muy de extrañar habiendo trascurrido más de un cuarto de siglo desde que apareció su primera obra dramática, y en tiempos los más azarosos y turbulentos que acaso ha conocido la humanidad. En el teatro del mundo positivo se han sucedido tantos y tantos dramas, ora terribles, ora ridículos, y tan abundantes en peripecias, no todas verosímiles, aunque demasiado ciertas, que el de hoy solia hacer olvidar el de ayer. Y si esto sucedia con realidades de tal trascendencia, no es mucho que dejasen poca ó ninguna huella en la memoria de algunos las fugaces invenciones de un poeta, y que la crítica, de ordinario superficial y apasionada, no haya seguido y observado á cada autor en todas las fases y vicisitudes de su vida literaria.

Parece que la he dictado
yo mismo. Se la darás,
y con destreza.....

Gines. [*Tomando y guardando el papel.*]
Os comprendo.
Obraré segun el plan
convenido. Sin embargo,
bueno fuera retardar
algun tiempo.....

Gerardo. No, Gines.
Basta de suplicio ya.

Gines. Quiera el cielo.....

Gerardo. Si consigues
inclinar su voluntad
hácia mí, seré tu esclavo,
no tu señor. Mi caudal,
mi vida.....

Gines. Silencio!

Gerardo. Viene?

Gines. Sí, señor.

Gerardo. Voy á escuchar
desde ese cuarto. Á su tiempo
saldré.....

Gines. Sí. Pronto! Aquí está.

ESCENA III.

ELENA. GINES.

Gines. Pobre señorita! Siempre,
siempre llorando!

Elena. El encono
de mi estrella, buen Gines,
así lo quiere. Yo lloro,
y entre tanto el hombre injusto,
ocasion de mis sollozos,
tal vez á otra desgraciada
jura eterno amor. ¡Mis ojos
ya no volverán á verle!
La que en tiempo más dichoso
era su ídolo, quizá
ya no le merece un solo
recuerdo.

Gines. En verdad, señora,
militar, jóven, buen mozo,
y en siglo tan corrompido,
no me causaria asombro
su perfidia. Sin embargo,
miéntras no haya un testimonio
que lo pruebe.....

Elena. ¿Qué más prueba
que pasar un mes y otro
sin escribirme? Al principio
con más compasion que enojo
su silencio atribuia
á alguna dolencia. Ay! ¡Cómo,
cómo nos ciega el amor!
Pero tú sabes cuán poco
duró mi error. Tú, que has sido
mi consolador, mi apoyo,
desde el dia que supiste
mi secreto.....

Gines. Soy piadoso,
señorita. Fuí cristiano
ántes de ser mayordomo.

Elena. Tú escribiste á Badajoz
donde se halla desde Agosto
su regimiento, y supiste.....

Gines. Que está muy sano y muy gordo
don Gabriel; pero tal vez
algun impensado estorbo.....
No hay que perder la esperanza.
Acaso anhelando el logro
de sus deseos..... Sabeis
que ántes de partir, ansioso
de unirse á vos para siempre
en halagüeño consorcio,
solicitó la debida
Real licencia, y si el negocio
no está corriente, sin duda
habrá de estarlo muy pronto.
El dia ménos pensado
recibiremos.....

Elena. Tu rostro
me anuncia algun bien. Ah! Dime....

Gines. Si me prometeis que el gozo
no ha de enajenaros, hoy....,
tal vez ahora mismo.....

Elena. ¿Qué oigo!
Habla. Qué quieres decirme?
Hay carta?

Gines. ¡Chit..... Qué alboroto!
Sí. Tómela usted.

[*Da á Elena la que recibió de D. Gerardo.*]

Elena. Gabriel!
Dueño de mi vida! ¡Oh colmo
de placer!

Gines. Callad! No en vano
temí..... Por vida del moro!
Pedir juicio á los amantes
es pedir peras al olmo.
Moderáos. Si nos oyen.....

Elena. [*Ha abierto la carta.*]
No temas. ¿Ves cuál sofoco
en mi pecho el regocijo?
¡Oh nombre, nombre que adoro,
aquí estás! ¡Con qué delicia
te besa el labio amoroso
de tu Elena!

Gines. (Ya ha llegado
el fatal momento.)

Elena. [*Interrumpiendo su lectura.*]
¡Cómo.....
Justo Dios!.... ¿Será posible.....
Daré crédito á mis ojos?
[*Dejándose caer sobre una silla.*]
Ah! Yo muero.

Gines. Señorita!.......

Elena. No, no te pido socorro.
Dame un puñal que me mate,
pues golpe tan horroroso
puedo resistir. Gines!

Gines. ¿Qué nueva funesta.....

Elena. Monstruo!
Lee esa carta. Ah! ¡Qué tarde
su perfidia reconozco!

Gines. [*Lee.*]

«Te creí digna de ser amada, y mi corazon fué tuyo. Un desengaño feliz ha roto la venda que me cegaba. No te acuso; eres mujer. Ni te recuerdo tus promesas, ni estoy obligado á cumplir las mias. Fuiste débil; yo seré prudente. Suspiras por tu libertad; yo recobro la mia. Supongo que no me escribirás; sería inútil. No te inquiete la suerte de tu inocente hijo. Sé mis deberes, y no renunciaré á mis derechos. Adios. Olvida para siempre al desengañado y resuelto

Gabriel de Zavala.»

Jesus, Jesus, qué maldad!
qué perfidia! Estoy absorto.

Elena. Oh rubor! oh desventura!
¡Tal es el premio que logro
del más entrañable amor!
¿Qué fué del mentido lloro,
traidor, qué de la elocuencia,
qué de los ardientes votos
con que insidiaste y rendiste
mi virtud?

Gines. Hay muchos lobos
con piel de oveja. ¡Ay, señora,
cuántos vínculos ha roto
la ausencia! Ya en este siglo
pasan por juguete el dolo,
la injusticia..... No hay virtud,
ni constancia, ni decoro
en los hombres. (Vive Dios,
que hablo como un san Ambrosio.)

Elena. No; quizá tiene mi amante
motivos muy poderosos,
que no puedo comprender,
para violar sin rebozo
sus juramentos. Acaso
la calumnia.....

Gines. Sí, su soplo
envenenado tal vez
convierte el amor en odio.
Mas ¿qué amante verdadero,
sólo porque algun chismoso
le indispone con su dama,
la condena de ese modo,
sin comprobar su delito,
sin oirla?—No soy docto,
mas por la lectura sola
de esta carta, bien conozco
que es don Gabriel un perjuro.
Se muestra en ella quejoso;
pero ¿de qué? Sólo dice:
«quitó la venda á mis ojos
un desengaño feliz.....»
¿Qué desengaño, ó qué embrollo
es este? Nada! pretextos,
subterfugios de tramposo.
Quizá tenía vergüenza
de escribir: «yo te abandono
porque me canso de ti
y á otra belleza enamoro.»

Elena. Ten piedad de mi dolor.
No me quites oficioso
el consuelo de la duda,
de la esperanza. ¡Este sólo
me restaba!

Gines. No quisiera
afligir ni por asomo
á mi amada señorita,
mas con vanos circunloquios
no disfrazo lo que siento.

Elena. Dios de venganza! ¿Eres sordo
al clamor de una infeliz?
Descienda desde tu trono
un rayo exterminador.
Perezca el hombre alevoso
que así me engañó. Sepulta
á su cómplice en el polvo
de la tumba.—Miserable!
Qué digo? Ah! ¿Cómo te invoco
sin temblar? Mi frente sola
sea blanco lastimoso
de tu cólera divina,
pues yo soy quien la provoco;
yo que abandoné la senda
de la virtud; yo que ahogo
sus gritos; yo que del alma
áun el retrato no borro
de un fementido; yo en fin
que á mi familia deshonro.

Gines. (Ahora viene de perillas
un movimiento oratorio.)
Deshonrar! Por qué, señora?
Don Gerardo es generoso,
es hombre de mundo, y sabe
que está expuesta á mil escollos
la virtud de una mujer,
como nave sin piloto.—
Por algunas expresiones
que de cuando en cuando le oigo
presumo que mi señor
ya se ha informado de todo.—
Sí, señora. Sin embargo,
cada dia está más loco
por Elena, y si lograra
la dicha de ser su esposo.....

Elena. [*Sin oir á Gines.*]
Desdichada! Adónde iré?
¿en qué desierto remoto
iré á esconder mi miseria?
¿quién enjugará piadoso
mis lágrimas doloridas?

¿quién.....

Gines. Qué lástima de potro!
Ese hombre ¿es cristiano? Ah vil!—
Y qué hareis? Ello, es forzoso
tomar un partido. Acaso
la justicia..... Mas el foro
procede con tanta flema.....
Y luégo, si él es temoso
y se cierra en no casarse.....

Elena. No, Gines. Harto sonrojo
cubre ya mi frente. ¿Quieres
que, haciendo al mundo notorio
mi infortunio, me aventure
á un fallo que mi desdoro
tal vez aumente? ¿Y qué gloria,
qué ventura me propongo
si por fuerza es mi marido?
Su corazon ambiciono
más que su mano, Gines.
¿Y qué tribunal, qué solio
me lo volviera? Perdí
para siempre mi reposo,
mi alegría, mi esperanza.

Gines. No! ¡Cuál fuera el alborozo
del perverso don Gabriel
si viera ese amargo lloro!
No hay más hombres en el mundo?
Son como él acaso todos?
Olvidadle, señorita.
Más digno, más amoroso
consorte os depara el cielo;
y no es al fin ningun mono,
ningun.....

Elena. Jamás! Condenada
á la afliccion y al oprobio,
¿qué mortal osara.....

ESCENA IV.

D. GERARDO. ELENA. GINES.

Gerardo. [*Saliendo precipitadamente.*]
Yo.

Elena. Mi tio!

Gerardo. Yo, que te adoro;
yo, que postrado á tus piés
te juro.....

Elena. Señor!....

Gines. (Yo estorbo.)

ESCENA V.

D. GERARDO. ELENA.

Elena. Levantad.

Gerardo. Pronuncia un sí.
Hazme venturoso, Elena.
No me apartaré de ti
hasta que tu boca.....

Elena. Oh pena!

Gerardo. Compadécete de mí.

Elena. (Oh cielos! En qué ocasion!....)
Por piedad..... Yo no merezco.....
Ni puede mi corazon.....

Gerardo. Si no eres mia, fallezco;
tan profunda es mi pasion!

Elena. Perdonad, señor, si huyendo
evito.....

Gerardo. [*Se levanta y la detiene.*]
No. Por qué huir?
Yo con mi amor no te ofendo.
Sólo tu dicha pretendo.

Elena. (Ah! Cuánto tardo en morir!)

Gerardo. ¿Merecen tanto desvío
mi bondad, mi tierno amor?

Elena. Yo no mando en mi albedrío.

Gerardo. ¿Sufriera tanto rigor
si yo mandara en el mio?

Elena. Si basta mi gratitud.....

Gerardo. No, que merece tu mano
mi tierna solicitud
quizá más que algun villano
seductor de tu virtud.

Elena. ¿Qué escucho!

Gerardo. Todo lo sé.

Elena. Desventurada de mí!
Ah, señor! Ya no podré
alzar mis ojos.....

Gerardo. Por qué?—
Yo los alzo sobre ti!
Á ti te causa rubor
haber amado á un traidor,
ocasion de tu desdoro;
y yo á su víctima adoro.
Cuál es flaqueza mayor?

Elena. ¡Ah, que con frente serena
en el miserable estado
á que el cielo me condena,
escuchar ya no me es dado
acentos de amor!

Gerardo. Elena!

Elena. Aunque el derecho he perdido
de hacer respetar mi llanto,
postrada, señor, os pido
no hagais mayor mi quebranto.
Sepultadme en el olvido.

Gerardo. Olvidarte yo? Jamás.
Áun bajo la losa fria
dueño de mi alma serás.

Elena. Un alma como la mia
ama una vez, y no más.

Gerardo. ¿Y á quién, infeliz mujer,
digno juzgas de tu amor?
Á un perjuro, á un seductor
que con bárbaro placer
se mofa de tu dolor.
Él te condena querido
al desprecio, al abandono;
yo infeliz y aborrecido,
yo, que vengarme he podido,
te idolatro..... y te perdono.
Recuerda, recuerda, ingrata,

cuánto debes á este tio
á quien tu desden maltrata,
y lamenta el desvarío
de tu pasion insensata.
Amparo de tu orfandad
desde tu tierna niñez,
te libertó mi bondad
de triste mendicidad,
y de la infamia tal vez.
¿Qué padre mostró jamás
mi ternura ardiente, inmensa?
¿Dónde un amante hallarás
más generoso? ¡Y me das
tan amarga recompensa!
Acaso mi amor un dia
ludibrio será del mundo;
mas, ay! la razon tardía
mal puede del alma mia
dardo arrancar tan profundo.
No brilla en mí la florida
primavera de la edad;
no en mi lengua fementida
blanda lisonja se anida
máscara de la maldad;
amores no sé decir;
sé amar con el alma entera,
y si no logro rendir
tu altivez injusta y fiera,
amando sabré morir.

Elena. Cada palabra que hablais
me traspasa el corazon.
Contemplad á quién amais,
y no como yo cubrais
vuestro nombre de baldon.
Poder amaros quisiera,
pero mi destino adverso.....

Gerardo. El destino! Sé sincera.
Áun amas á aquel perverso.
Confiésamelo aunque muera.

Elena. Sí, le amo, le amo, señor,
y eterno será mi amor.

Gerardo. Le amas! Oh despecho! oh mengua!
¿Y sin temer mi furor.....

Elena. No sabe mentir mi lengua.

Gerardo. Insúltame. Digno soy
de tu escarnio y tu desprecio,
pues ciego y sin juicio estoy,
y con mi paciencia, ay necio!
armas contra mí te doy.
Si hubiera escuchado un dia
la voz de justa venganza
lavando la afrenta mia
en tu sangre, hoy no veria
burlada así mi esperanza.

Elena. Clavad el hierro inhumano
en mi sangre aborrecida.
Quién detiene vuestra mano?
Sed mi cruel homicida....,
mas no seais mi tirano.

Gerardo. Si pudiera aborrecerte,
oh cuán venturoso fuera!

Elena. Qué esperais? Dadme la muerte.
Yo bendeciré mi suerte,
y la mano que me hiera.
Si no por odio, señor,
por piedad de mi dolor,
abridme la sepultura;
que esta vida sin ventura
áun me infunde más horror.
Vengad con golpe sangriento
tanto desden, tanto ultraje:
cesará mi amor violento,
cesará vuestro tormento,
y el baldon de mi linaje.
Arranque una punta airada
á mi lacerado pecho
aquella imágen amada
que áun retiene á su despecho
con fuego eterno grabada.
Ménos su inconstancia lloro
que vuestro amor. Dadme, dadme
la muerte que tanto imploro.

Gerardo. Desdichada!

Elena. Sí, le adoro.....
y os aborrezco. Matadme!

Gerardo. ¡Oh mujer, mujer fatal
nacida para mi mal!
Yo merezco oprobio tanto;
yo, más piadoso á tu llanto
que mi funesto rival.
Á tí misma te aborreces
áun más que á tu bienhechor.
El seno al puñal ofreces!....
No, no un puñal; tú mereces
otro suplicio mayor.
No me fuerce tu demencia
á convertir en encono
mi mal pagada clemencia.
Ay de tí si te abandono!
La deshonra, la indigencia.....

Elena. No más! Yo sabré sufrir
mi suerte.....

Gerardo. ¿Adónde has de ir
sin amparo en tu afliccion?

Elena. No ha de faltarme un rincon
donde llorar..... y morir.
Si sucumbo á la indigencia,
si de Dios la providencia
su proteccion no me da,
al ménos me librará
de vuestra odiosa presencia.

[*Vase Elena; afligido D. Gerardo se deja caer sobre una silla.*]

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Victorina, suntuosamente alhajada.

ESCENA I.

ELENA. VICTORINA.

Victor. Siéntate, no estés de pié,
que yo no soy altanera.
(Es linda la camarera;
con ella me quedaré.)
Yo supongo que sabrás
lo necesario á tu empleo;
coser, peinar con aseo,
leer, escribir y demas.
Elena. Ya que no mi suficiencia,
mi deseo de dar gusto,
mi agradecimiento.....
Victor. Es justo.
Elena. (Dios mio, dadme paciencia!)
Victor. Si no estás bien instruida,
si no sirves para mí
tanto peor para ti,
porque serás despedida.—
Ni hay tanta dificultad
en complacerme. Soy viva,
impaciente, ejecutiva,
pero tengo caridad.
No me gusta que á un sirviente
se insulte, se mortifique.....
Con tal que no me replique,
conmigo está grandemente.
Pago el salario puntual,
en comer no pongo tasa,
si alguno enferma en mi casa
no le envio al hospital,
si me agrada una doncella,
tal la suelo regalar,
que muchos pueden dudar
si la señorita es ella.
El hondo cofre repleto
dígalo si nó por mí
de la que ayer despedí
porque me faltó al respeto.—
Tu nombre?
Elena. Elena.
Victor. Muy bien.
Bello nombre y adecuado,
que eres muy linda. ¡Cuidado
no haya aquí Troya tambien!
Elena. Señora, yo.....
Victor. Quién te abona?
Elena. (Ay triste!) Nadie en el mundo.
Victor. (Qué suspiro tan profundo!)
¿Conque no hay una persona.....
¿Dónde has servido hasta hoy?
Elena. En ninguna parte.
Victor. Alabo!
Tienes familia?
Elena. No.
Victor. Bravo!
Elena. Infeliz huérfana soy.
Victor. (Desventurada!) ¿Cuál es
tu patria?
Elena. Utrera.
Victor. Gran villa!
Cuándo has venido á Sevilla?
Elena. Vine, señora, habrá un mes.
Victor. Ese llanto...., la finura
de tu rostro y tus modales
son evidentes señales
de que alguna desventura.....
Sé sincera, y te prometo
mi amparo, mi proteccion.
Si alguna infausta pasion.....
Elena. Moriré con mi secreto.
Victor. Es posible!
Elena. No me admiro
si sospechosa os parezco,
señora.....
Victor. Te compadezco,
pero.....
Elena. Basta. Me retiro.
Victor. Espera. ¿Ningun amparo,
ningun asilo te resta?
Elena. Ah! Nací en hora funesta.
Victor. Mas ¿por qué no hablarme claro?
Me precio de ser humana,
y reservada.
Elena. Señora.....
Victor. Quién te ha albergado hasta ahora?
Elena. Una miserable anciana.
En su hogar—prémiela Dios!—
consuelo mi pena hallaba.
Yo trabajando ganaba
el sustento de las dos.
Mas, ay! de este bien postrero
su muerte me ha despojado.
Victor. Me da lástima tu estado.
Yo lo haré más llevadero.
Elena. En la flor de juventud,
una mujer desvalida,
sola.....
Victor. Sí, comprometida
tiene siempre su virtud.
Ni excusa por ser honrada
la malicia de las gentes.
Contra lenguas maldicientes
no hay virtud asegurada.
Elena. Para evitar tanto horror,
bien que fuí servida un dia,
servir, señora, queria
en una casa de honor,

y sabiendo esta mañana.....

Victor. Bien. Sin más informacion
te ofrezco mi proteccion.
Te trataré como hermana.
Harto te abona ese llanto
que yo enjugaré piadosa;
harto esa cara donosa
que es de mis ojos encanto.
Ya ves, mi linda doncella,
que envidia no cabe en mí.
Oh! ni tan fiera nací
que tenga miedo á una bella.
Galanes hay más de tres
cuya amorosa eficacia
llega al punto..... Hoy, verbigracia,
me caso con un marqués.
No es casamiento á la usanza;
de interes digo, qué horror!,
ni casamiento de amor,
ni de estado..... Es de venganza.
Desde que viuda quedé
sólo un hombre me flechó.
Tuvo celos; me dejó.....
Buen viaje. No le rogué.
Pido á mi razon auxilio,
dígole adios á Granada,
y ya de mi amor curada
fijo aquí mi domicilio.
Viuda rica poco aguarda
si aspira á nuevo consorte.
He aquí que me hace la corte
el marqués de Rivaparda.
Me merece buen concepto,
si no amor arrebatado,
aunque poco le he tratado;
me pide la mano: acepto.
Yo no sé si este capricho
me saldrá á la cara un dia;
mas no hay remedio, hija mia;
hoy me caso, ya lo he dicho.—
Eh! Ya ves que sin temor
toda mi historia te cuento;
y es porque ganarme intento
tu confianza y tu amor.

Elena. Ah señora! No merezco
tanta bondad. Á esas plantas
mi gratitud.....

[*Se arrodilla.*]

Victor. ¿Te levantas,
ó reñimos? (Me enternezco.)

Elena. [*Levantándose.*]
Tanta ventura os dé Dios
como bien me haceis, señora.

Victor. Basta, basta por ahora.
Llorando estamos las dos.....
Y yo lágrimas no quiero;
que mi novio va á llegar,
y si me viese llorar
lo tendria á mal agüero.
Anda allá dentro y pregunta
por doña Ambrosia Calleja,
mi ama de llaves. Es vieja
desabrida y cejijunta,
pero fiel. Di que te agrego
en calidad de doncella
á mi servidumbre, que ella
te dirá.....

Elena. Bien.

Victor. Vuelve luégo.

ESCENA II.

VICTORINA.

Pobre muchacha!..... Y sin duda
es mujer más virtuosa
que feliz; que de otra suerte
siendo tan gallarda moza
no se pondria á servir.
Quizá yo con esta obra
de caridad, pobre Elena!,
te libro de la deshonra.
¡Cuántas, cuántas infelices
por la miseria.....

ESCENA III.

VICTORINA. UN CRIADO.

Criado. Señora.....

Victor. Qué quieres?

Criado. Un caballero
que debe ser en la boda
testigo.....

Victor. Pase adelante.

ESCENA IV.

VICTORINA. EL CONDE.

Conde. Señora, ¿sois vos la novia?
Porque mi amigo el Marqués,
embobado con sus glorias,
áun no me ha dicho..... ¿Qué veo!

Victor. Conde!

Conde. Vos!.....

Victor. Estoy absorta.

Conde. Será sueño? Victorina!

Victor. De qué os admirais? ¿Es cosa
del otro mundo el casarse
una mujer?

Conde. No me asombra
que os caseis; lo que me pasma
es haber venido en posta
á ser conyugal testigo
del que mi dicha me roba;
yo, que rendido os amé.....
y os amo tambien ahora,
y os amaré.....

Victor. Señor Conde,

dejemos á un lado bromas.
Conde. Sí, para bromas estoy!
Conque la dama me soplan
contra el derecho de gentes,
¿y quereis..... ¡Es mucha historia
la mia! Vengo volando
á heredar á doña Alfonsa,
mi tia, porque me anuncian
su muerte; ¡y robusta, gorda,
me la encuentro paseando
en los Caños de Carmona!
Entro molido en Sevilla,
y al apearme en la fonda,
en sus brazos me recibe
un amigo, me sofoca
con sus halagos, y exclama:
«Conde, tu venida colma
mi felicidad. Me caso.
Al volver vive mi esposa;
en una casa que tiene
persianas verdes; no hay otra.
Corre; allí te hospedarán.
Luégo iré; tengo mil cosas
que hacer. Serás mi testigo..... »
—Pero ¡hombre!..—«No puedo ahora
decir más.»—Desaparece;
vengo aquí sin ceremonia;
llamo; á falta de otras señas
pregunto..... por una novia,
¡y me recibe..... Os reís?
Esa risa me desploma.
Victor. Qué he de hacer sino reirme?
Conde. Criatura infiel! ¿Te mofas
de mi dolor?
Victor. Señor Conde,
ya no es tiempo de lisonjas.
Quizá me amasteis un dia,
pero yo no soy tan boba,
que áun os crea apasionado
despues que por vos fué rota
la amante correspondencia
de nuestras almas.
Conde. Quien oiga
vuestra acusacion, dirá
que es Victorina una Porcia,
y yo un ingrato, un perjuro,
voluble como las olas.—
Acordáos de aquel baile,
casa de don Juan Ulloa.
Ah! la noche que me disteis
miéntras viva no se borra
del alma mia, no. ¡Estarse
en conversacion dos horas
con un regidor de Vélez!
Victor. Era mi primo.
Conde. Qué importa?
Tambien son hombres los primos,
y los hay de tal estofa
que no suelen esperar
que vengan bulas de Roma.
Victor. Salisteis á la antesala
á fumar.....
Conde. Extraña lógica!....
¿No ha de poder un cristiano
moverse sin que le pongan
sustituto?
Victor. Él ocupó
vuestra silla, y no era cosa
de levantarme.....
Conde. Sí tal,
que bien se levantan otras
cuando les conviene.
Victor. Es cierto,
pero las gentes lo notan,
y la urbanidad exige.....
Conde. La urbanidad es muy tonta.
Victor. Yo no pude ménos.....
Conde. Sí,
de hablar como una cotorra,
no hacer caso de mis señas,
verme sudar gota á gota
la sangre, el alma, y reirse
con aquel bobo de Coria;
y, lo que es más, oh traicion!
bailar con él la galopa.
Victor. Y vos me dijisteis luégo
mil injurias.
Conde. Fueron pocas
todavía.
Victor. Me llamasteis
delante de cien personas
coqueta, y echando fuego
por los ojos y la boca
exigisteis que dejase
corrido como una mona
á mi primo.
Conde. Y por lo mismo
tú fuiste más obsequiosa
con el tal primo, y le diste
caramelos, que ponzoña
se le vuelvan.
Victor. Y tú luégo
me dejaste sin más forma
de proceso.
Conde. Y no paré
hasta verme en Barcelona.
Victor. Y no me escribiste luégo.
Conde. Y tú tampoco, traidora.
Victor. Ni una sola vez!
Conde. Estaba
ofendido.
Victor. Yo quejosa.
Conde. Mas por mi desgracia nunca
se apartó de mi memoria
tu imágen.
Victor. Es falsedad.
Conde. Que me deshaga una bomba
si miento.
Victor. ¡Quererme ajena
el que no me quiso propia!—
No lo extraño, que los hombres
áun mucho más que nosotras
gustan del árbol vedado.
Conde. ¿Y has de ser tan rencorosa.....
Victor. No, yo no os guardo rencor;
y áun puedo, si os acomoda,

ser vuestra amiga.

Conde. Mi amiga!
Yo tengo amigas de sobra;
las viejas.

Victor. Pero.....

Conde. No pienses
que mi pasion se conforma
con esa parva materia.

Victor. Parva? Aun soy muy generosa.

Conde. Mi amante, ó nada.

Victor. Pues nada.

Conde. Ah, cruel! Dame una soga,
dame un puñal.....

Victor. Bobería!
Cuánto va á que no te ahorcas?

Conde. Pues! porque uno es aturdido
presumen estas señoras
que no es capaz de sentir,
ni de tragarse una copa
de arsénico, ni..... Mal haya
el necio que se enamora.

Victor. Ya basta, Conde. Mudad
de conversacion......

Conde. ¡No es cosa
lo que pides! Conque casi
me están dando ya congojas,
¿y quieres que ahora te hable
de Coimbra ó de Lisboa?
Pérfida mujer! Te casas
con otro, me desalojas
de tu corazon..... ¿Acaso
es más gallarda persona
tu novio, ó tiene más gracia
para bailar la gavota
que yo? ¿Recibe primero
el figurin de la moda?
¿Canta mejor por ventura
una polaca de *Coccia,*
un *duetto* de *Bellini,*
ó aquella aria de *la Donna*
del lago..... Ah! ¡Ya no te acuerdas
de las noches deliciosas
en que al amor escondia
en los pliegues de su toga
la dulce Euterpe, y maligno
solia entre nota y nota
con un solo dardo herir
tu pecho y el mio! ¡Oh glorias
por mi mal perdidas! Oh!.....
¿Será posible que rompas
aquella grata cadena.....
Mas ya veo que se agolpan
las lágrimas á tus ojos;
ya tu frente se sonroja,
y palpitando tu pecho
mis esperanzas corona.

Victor. No, no; mis lágrimas mienten,
y si mi pecho zozobra,
miente tambien. Señor Conde,
es accion aleve, impropia
de un caballero la vuestra.
¡Hacerme llorar ahora
cuando..... Yo no soy mujer
que fácilmente revoca
lo que una vez ha resuelto.

Conde. Tú me desdeñas...... y lloras!—
Amas al Marqués?

Victor. No sé.
Esa es pregunta capciosa,
pérfida. Si no le amo,
peor..... para mí.

Conde. Esta es otra!
Sin amarle..... Bien, muy bien:
yo sé lo que hacer me toca.

Victor. Cuáles son vuestros designios?

Conde. Ó canta la palinodia
hoy, aquí, ó muere.

Victor. ¿Qué escucho!
¡Una escena escandalosa
en mi presencia! ¿Y á tanto
podrá llegar vuestra loca
osadía?

Conde. Perdonad,
que los celos me trastornan,
perdonad. No aquí; en el campo
disputarémos la joya.

Victor. Y sois vos el que me amais?
¿Vos, que aventurais mi honra.....
Y la aventurais en vano,
que ya con ojos de esposa
miro al Marqués, y ofenderle
es ofenderme á mí propia.
Señor Conde, en el extremo
á que han llegado las cosas
ningun derecho os asiste
para acibarar mis bodas;
y sabed que por los medios
que vuestro furor adopta,
léjos de lograr mi mano
en premio de la victoria,
perdereis mi estimacion.
No os digo más. Ahora á solas
reflexionad. La nobleza
de vuestra alma será norma
de vuestra conducta. Sí,
no lo dudo. Adios.

Conde. Qué mona!....
¿Y yo podré.....

Victor. Perdonad.
Ocupaciones forzosas.....
Yo volveré..... (Si no huyo,
es segura mi derrota.)

ESCENA V.

CONDE.

Bien dice; razon no tengo
para armar una camorra
y comprometer su fama.
Si á otro más feliz otorga
su mano, la culpa es mia,
sí, que por una bicoca
reñí con ella..... Es verdad
que el tal primo estuvo posma.

Toda la noche á su lado!
Pero ¿qué mujer es sorda,
aunque blasone de fiel,
á la voz de la lisonja?
Y en un baile! El coqueteo
es enfermedad de todas.—
Vamos claros; yo tambien,
luégo que pasó la mosca,
orillas del Llobregat
fuí galan de veinte *noyas*.—
Mas vuelvo á ver á mi viuda
y mi corazon recobra;
y su agitacion, su llanto,
sus miradas seductoras.....
Sí, todavía me quiere;
¡y la perjura me inmola
al qué dirán, á la..... Cielos!
Si veo lucir la antorcha
de Himeneo para dicha
del rival que me destrona;
si mis lágrimas no ablandan
aquel corazon de roca,
no habrá para mí consuelo.
El dolor, la rabia.....

[*Mirando adentro.*]

Hola!
¿Qué lindo busto es aquel
que por el pasillo asoma?
Bella muchacha, por Dios!
Aquí se acerca. Preciosa!

ESCENA VI.

ELENA. EL CONDE.

Elena. Perdonad. En esta sala
creí ver á mi señora.....
Conde. Ah! Luego sois su doncella?
Pues muchas damas quijotas
mandan á treinta criados
y pisan ricas alfombras,
que comparadas con vos
serian lo que la sombra
de la noche comparada
con el fulgor de la aurora.
Elena. Excusad vuestros elogios,
que mal, señor, se conforman
con mi estado, y permitid.....
Conde. No seas tan desdeñosa,
que no soy ningun caribe.
Elena. Dejadme.....
Conde. Cuando te enojas
estás más bella. Tus ojos
el corazon me aprisionan,
y esa mano.....
Elena. Deteneos.
Si en el traje, no en las obras,
sois caballero, si al verme
reducida á tan penosa
situacion imaginais
que yo no soy acreedora
al respeto que dispensa
á mi sexo el que blasona
de bien criado, tal vez
sabré recordaros.....
Conde. Oigan!
¡Una Lucrecia en figura
de camarera española!
Vamos; yo estoy reservado
á aventuras prodigiosas.
¿Quién habia de pensar.....
Pues, como soy, que me corta
ese grave continente,
así, á modo de matrona
romana..... (Amor me castiga
por la traicion alevosa
que á mi viuda incomparable
acabo de hacer. ¡Qué cholla
la mia!—Pero si en viendo
dos ojos negros..... Perdona,
Victorina de mis ojos,
que esto ha sido un entrecomas
de mi cariño, una especie
de.., un *hors d'œuvre.*) Adios, pichona.
(Vuelvo á buscarte, bien mio,
y do quiera que te escondas,
de nuevo te juraré
mi fe constante y heroica.)
Invulnerable doncella,
si tanto te desazonan
los requiebros de los hombres,
bien puedes meterte monja;
que con ese lindo talle,
y esa carita de rosa
corres peligro en el mundo.
Nada! un sayal, una toca,
y evitarás los escollos
de esta vida transitoria.

[*Vase por donde se fué Victorina.*]

ESCENA VII.

ELENA.

Doléos, Dios de clemencia,
de esta mísera mujer.
¡Tantos dias de tormento
en que enjutos no se ven
mis ojos, tantos afanes
no merecen suspender
vuestro enojo! Ay! ¿Hasta cuándo
habré de apurar la hiel
del dolor? ¿Llevo en mi frente,
llevo yo el sello tal vez
de la deshonra? ¿Hasta cuándo
triste ludibrio seré
de los hombres, triste objeto
de sus insultos? Gabriel!
Si vieras entre sollozos
mi amargo llanto correr;
si vieras en este pecho
clavado el dardo cruel
de tu ingratitud, acaso

tú llorarias tambien.—
Y serás tú venturoso?
No, que en medio del placer
el atroz remordimiento
quizá lacerando esté
tu corazon.—Vuelve, vuelve
á mis brazos, caro bien.
Mayor será mi ternura,
mayor que tu culpa fué.—
¿Qué digo! ¿Cómo esperar
que á la senda del deber
pueda tornar algun dia
arrepentido el infiel
que ni á mis humildes quejas
se digna satisfacer
con una carta, una sola
en que piadoso y cortés,
ya que enamorado no,
algun consuelo me dé?
Si al ménos me fuera dado
al fruto inocente ver
de mis funestos amores.....
Mas, ay dolor! Tanta es
su iniquidad, que le oculta
donde jamás le veré.
Y en tanto víctima triste
de la más negra doblez,
desvalida, sin amparo
despreciada moriré.
¡Doléos, Dios de clemencia,
de esta mísera mujer!

[*Se sienta llorosa y abatida.*]

ESCENA VIII.

D. GERARDO. ELENA.

Gerardo. [*Desde la puerta.*]
(Allí está la ingrata. Y llora!
Acaso de su altivez
pesarosa..... ¡Ah, cómo tiemblo
á su vista!)
[*Acercándose.*]
Elena.
Elena. [*Se levanta.*] ¿Quién.....
Ah! Vos!... ¡Vos... aquí...
Gerardo. Te admiras?
Elena. Huid de mí. ¿Qué quereis
de esta infeliz?
Gerardo. Tu ventura.
Elena. No; ya no la puede haber
en el mundo para mí.
Gerardo. ¡Mancillar así tu prez,
Elena! ¡Á vil servidumbre
doblar, oh mengua, tu sien!
Ah! vuelve, vuelve al hogar
de un tio indulgente y fiel.....
Elena. Jamás. Vuestro amor me irrita.
Gerardo. Mi amor te irrita! Por qué?
Elena. Por qué me decís! ¿Y acaso
me es lícito ya querer
á nadie? Por experiencia
propia, ¿vos mismo no veis
que un alma desesperada
no es capaz de obedecer
ni al freno de la razon,
ni á la voz del interes?
Por qué no os amo! ¿Y no puedo
preguntaros yo tambien
por qué me amais vos á mí
debiéndome aborrecer?
Soy para con vos ingrata,
injusta, ciega; lo sé,
pero no espereis.....
Gerardo. Escucha:
ya no pretendo obtener
tu mano. Sólo te pido
que depongas la esquivez,
el no merecido encono
con que te gozas en ser
el tormento de mi vida.
Ven de nuevo, Elena, ven
á ser dueña de mi casa.....
Elena. Dejadme; no me obligueis
á malderiros.
Gerardo. No, Elena;
ya jamás me apartaré
de tu lado, no, aunque espire
al rigor de tu desden.
Ingrata! Huyendo de mí,
cual lo pudieras hacer
de tu mayor enemigo,
me has hecho apurar la hez
de la afliccion, tantos dias
buscándote en vano. Ayer
te vi salir de esta casa.
El designio averigüé
que te llevaba á su umbral.
Quiso mi suerte que en él
encontrara al mayordomo
de esa señora.....
[*Saca un puñal.*]
Deten
el paso, que me has de oir
ó muerto caigo á tus piés.—
[*Elena, que habia hecho un movimiento para retirarse, se detiene aterrada.*]
Criado fué de mi casa:
Dios sabe si le hice bien.
Recuérdole mis bondades,
y le pido por merced.....
una librea! Logramos
fácilmente yo y Gines
entrar aquí de sirvientes,
y al ménos tengo el placer.....
Elena. Rompa ese puñal mis venas,
y acabarán de una vez
mis infortunios.
Gerardo. Silencio!
Elena. Yo libertarme sabré
de vuestra presencia.
Gerardo. Y cómo?

Recurriendo acaso á un juez.....
Infeliz!, si tal intentas
te pierdes...., y á mí tambien.
Sí; diré quién soy, quién eres,
tu mengua publicaré,
sabrá el mundo.....

Elena. Dios eterno!
Ah! no. Por piedad..... Si os ven,
si os oyen.....

Gerardo. [*Guardando el puñal.*]
Nada receles.—
Quiero hacerte conocer
tu error; quiero tu decoro
restituirte, y despues
serás libre; te lo juro,
Elena. No abusaré
de tu desventura. En tanto,
por las grandezas de un rey
no cambiara yo el disfraz
con que te pruebo mi fe.
Así puedo ser tu escudo,
si tiene la avilantez
de ofenderte algun mortal.
¡Desventurado de aquel
que osare.....

Victor. [*Dentro.*] Elena!

Gerardo. Te llaman.
Vuela; no tardes, no des
que sospechar.....

Elena. Justo Dios!

ESCENA IX.

D. GERARDO.

Oh! yo apagaré mi sed
de venganza en el infame.....

ESCENA X.

D. GERARDO. EL CONDE.

Conde. [*Entrando.*]
(No la puedo convencer.
Será preciso que yo
me explique con el Marqués.
Sepamos.....) Hola! lacayo!—
Hablo yo con la pared?

Gerardo. Qué me quereis?

Conde. ¿Ha venido
el futuro?

Gerardo. No lo sé.

ESCENA XI.

CONDE.

Qué es esto? ¡Hasta un lacayuelo
con altivez me responde!
Eh! no sabrá que soy conde
como mi padre y mi abuelo.
Habrá tal vez los desvíos
de su señora observado,
y á fuer de leal criado.....
Otro tanto hacen los mios.
Al que pongo buena cara
reciben con reverencia;
al que no, con insolencia,
y en los ojos la mampara.—
Todo me sale al reves
en esta ciudad maldita.
Como soy, que ya me irrita.....
Oh! Bien venido, Marqués.

ESCENA XII.

EL CONDE. EL MARQUÉS.

Marq. Conde! Vuélveme á abrazar.

Conde. Bien, mis brazos no te niego.
Un abrazo ahora..... Luégo
nos iremos á matar.

Marq. Matarnos! Estás en ti?

Conde. Sí; ven, mi sangre derrama
ya que me usurpas la dama.
Yo soy tu rival.

Marq. Tú?

Conde. Sí.
Seis meses ha que idolatro
á mi bella granadina.

Marq. Será cierto? Á Victorina!

Conde. Como dos y dos son cuatro.
Reñimos...., no sé por qué,
ni ella lo sabe tampoco;
pero siempre como un loco
la he querido y la querré.
Hoy, que no pensaba en ella,
por tu culpa aquí los dos
nos vemos, y vive Dios,
que nunca ha sido más bella.
Nunca..... En fin, Marqués, ni quiero
ser de tu boda testigo,
ni se ha de casar contigo
si no me matas primero.

Marq. En verdad, Conde, aunque mucho
me sorprende esta aventura,
compadezco tu locura,
y sin cólera te escucho.
No es una ciega pasion
la que me inspira tu dama.
¡Jamás en amante llama
arderá mi corazon!
Amé por desgracia mia
á una liviana hermosura
que dió pago á mi ternura
con la más negra falsía.
Yo en la ausencia la adoraba
áun más rendido, más firme,
y en tanto ni de escribirme
la pérfida se dignaba.
De su traicion convencido

mis cadenas quebranté,
y condenarla juré
al desprecio y al olvido.
No le mereció mi amor
que disculpara mi ofensa.
¿Qué mucho si la defensa
olvidaba de su honor?
A Sevilla destinado,
no tardo, amigo, en saber
que esa pérfida mujer
su deshonra ha consumado.
Huyó de su casa un dia.
Un mes ha que falta de ella,
y en vano buscan su huella
que á eterno oprobio la guia.
A pesar de su traicion,
áun su funesta beldad
no merecida piedad
recuerda á mi corazon.
Casarme al fin determino
para olvidarla mejor,
bien que no pueda otro amor
hallar de mi alma el camino.
Veo á Victorina bella,
y su trato me asegura
que han de labrar mi ventura
las prendas que admiro en ella;
y pues merece mi aprecio
ya que amor ardiente nó.....

Conde. Eso es! Linda flema! ¡Y yo
la idolatro como un necio!
Es mucha suerte la mia!
Tú sin haberlo pensado
heredas un marquesado,
y das de baja una tia.
Yo con esperanza igual
aquí vengo en diligencia,
y en lugar de rica herencia
Dios me depara un rival.
Tú sin amor te confiesas
y á Victorina mereces,
y yo la juro mil veces
que la adoro, y ¡ni por esas!
Ah! por ti, por ti la pierdo.
Cede. Tu bondad invoco.
Cielos! no se casa el loco,
y se ha de casar el cuerdo!

Marq. Ya mi palabra empeñé,
y no he de hacer un desaire....

Conde. Eh! pasará por donaire.
No es artículo de fe.

Marq. Mas la hablaré de tu amor;
no puedo hacer más por ti,
y si te prefiere á mí
no tendrás competidor.

Conde. [*Dándole la mano.*]
Basta. Si el amor me ayuda
y mi presagio no miente,
yo espero.....

Marq. Vamos.....

Conde. Detente.
Ya está aquí la hermosa viuda.

ESCENA XIII.

EL CONDE. VICTORINA. EL MARQUÉS.

Victor. Perdonadme. El tocador
sériamente me ocupaba,
que toda novia es esclava
del ¿cómo estaré mejor?

Marq. Siempre estais incomparable.

Conde. Sí, siempre. Tiene razon.

Victor. (Ah! siento una agitacion.....)
Mil gracias. Sois muy amable.

Marq. Sin adornos exteriores,
que á las feas no embellecen,
vuestros encantos merecen
el trono de los amores.

Victor. Excusad.....

Marq. ¿Quién no celebra
ese sonreir gracioso.....

Conde. [*En voz baja.*]
¡Hombre.....

Marq. Ese talle donoso.....

Conde. (Vive Dios, que la requiebra!)

Victor. Sois galante, y veis en mí
gracias.....

Marq. Que existen, señora.
Dígalo quien os adora;
dígalo..... el Conde.

Conde. (Eso sí.)

Victor. ¿Qué decís!

Marq. Á qué os turbais?
Sabed que no se me esconde
el amor que os tiene el Conde.—
Vos tambien quizá le amais.

Victor. Conde!.... (No sé donde estoy.)

Marq. Yo no soy ningun tirano,
y si preferís su mano
libre sereis desde hoy.

Victor. Yo..... si.....

Conde. No tengo una vena
con gota de sangre ahora.

ESCENA XIV.

EL MARQUÉS. VICTORINA. EL CONDE.
D. GERARDO. ELENA.

Gerardo. El escribano.....

Elena. [*Llega por diferente puerta con un abanico que da á Victorina.*]
Señora.....
[*Reconociendo al Marqués.*]
Ah! Gabriel!

Gerardo. Cielos!

Marq. Elena!

[*Elena cae desmayada en los brazos de D. Gerardo; el Marqués desaparece horrorizado; la sorpresa deja inmóviles al Conde y á Victorina.*]

ACTO TERCERO.

Sigue la decoracion del anterior.

ESCENA I.

ELENA. VICTORINA.

Victor. Ahora que estás recobrada
de aquel repentino insulto,
¿podré saber, niña mia,
la causa que lo produjo?
¿Cuáles son tus conexiones
con el Marqués? ¿cómo pudo
tal efecto obrar en ti
su presencia? ¿qué conjuro
se esconde en tus bellos ojos,
que al fijarlos en los suyos
le hiciste huir de mi casa
horrorizado y confuso?

Elena. Él es la causa, señora,
de todos mis infortunios.
Bien quisiera haber podido
confiar sólo al sepulcro
mi desventurado amor,
mas si ahora fuese mudo
mi labio, de mi inocencia
pudiera dudar el vulgo.
Tranquila y feliz vivia
sin conocer el influjo
del amor. Por mi desgracia
me vió, señora, el perjuro
don Gabriel. Ah! Yo inexperta.....

Victor. Él atrevido y astuto,
tú sensible en demasía,
él galan hasta lo sumo,
y el demonio, que no duerme.....
En fin, engañarte supo.
No es esto? Sí; que nosotras
no cedemos al impulso
de una pasion. Imposible!
Ya se ve, somos de estuco.

Elena. Señora!.....

Victor. Contra su llanto
y sus arteros discursos
y sus falsos juramentos
no fué poderoso escudo
tu virtud. El fementido
huyó despues; tú sin fruto
le escribiste, le rogaste,
y á falta de otro recurso
en pos del ingrato Eneas
corriste por esos mundos.

Elena. Esa ironía cruel.....

Victor. No te alteres; ya concluyo.
Tu buena estrella...., ó la mia,
al fin te señala el rumbo
del prófugo caballero.
Llegas á mí; yo te juzgo
acreedora á mi bondad,
creo en tu llanto, no dudo
de tu aparente candor,
te doy albergue, procuro
consolarte; y tú entre tanto
preparabas con estudio
una escena escandalosa
con que sin duda tu orgullo
quería humillar el mio.
Venciste. No te disputo
la joya, pero ¿á qué fin
tener tu designio oculto
exponiéndome al sonrojo
de presenciar.....

Elena. No. Yo os juro
por mi vida que ignoraba.....

Victor. Bien, será así. No te acuso.
Reclama, pues, tus derechos,
si acaso tienes alguno,
á la mano del Marqués.
Haz alarde de tu triunfo;
sé marquesa enhorabuena,
que si más tiempo te arguyo
pudieras creer acaso
que de envidia me consumo.
Pero allá léjos de mí.....

Elena. Perdonad si os interrumpo.
Vuestro decoro y el mio
exigen de mí que al punto
me aleje de vuestra casa;
y no con semblante adusto
necesitais despedirme,
que de estos umbrales huyo
con más gozo que pesar.
Pero pues yo no os injurio,
aunque sois funesta causa
de los tormentos que sufro,
no me exaspereis, señora;
no claveis el dardo agudo
de vuestra sátira amarga
en un corazon que al yugo
de viles pasiones nunca,
nunca cedió. Yo renuncio
á los sagrados derechos
con que pudiera ante un justo
magistrado confundir
al traidor que me sedujo;
mas no imagineis, señora,
que á mi desgracia sucumbo
hasta el doloroso extremo
de sufrir vuestros insultos.

Victor. Pues no faltaba otra cosa!
Á damas de alto coturno
cual vos, señora Marquesa,
debe tratarse con mucho,
con muchísimo respeto.
Así pues, con el tributo
de cumplida reverencia
á useñoría saludo,
y la ruego que se marche
ántes de quince minutos.

ESCENA II.

ELENA.

Oh! ya en mi corazon no hay sufrimiento.
Ya el dolor me fatiga y me sonroja.
No más, no más en triste abatimiento
cubrir de amargas lágrimas mis ojos,
pues no aplacan el llanto y la paciencia
de mi enemiga estrella los enojos.
Rencor, maledicencia,
dulce afan de venganza
que alimentais de un triste la existencia,
de hoy más sed mi consuelo y mi esperanza.
Qué! porque airado el cielo
quiso hacerme mujer, yo envilecida,
cual si tuviese corazon de hielo,
sin murmurar mi labio,
el peso he de sufrir de tanto agravio?
¿No sabré yo de cólera inflamada,
como de amor un dia,
vengar la afrenta mia,
vengarla, ó fenecer desesperada?
Traidor que á tal extremo
reduces á tu víctima inocente;
pérfido amante, jurador blasfemo
que con tanta vileza correspondes
al más cordial amor, al más ardiente,
dónde, villano, á mi furor te escondes?
Ven, ven á hacer alarde
de tu bárbaro triunfo;
ven, y consuma tu maldad, cobarde!—
Y triunfarás? ¿Y con infames lazos
á otra mujer unido
reirás de mi oprobio entre sus brazos?
Ah! no, jamás. Lo juro. Ántes mi pecho
romperá tu puñal en mil pedazos;
ántes verás mi tumba que su lecho.

ESCENA III.

D. GERARDO. ELENA.

Gerardo. ¡Qué clamores..... Elena!
Modera tu dolor!
Elena. Oh! cómo el alma,
ya quebrantada su fatal cadena,
cobra gozosa la perdida calma!
Gerardo. No me oye...., no me mira.....
Elena!
Elena. Yo pensaba,—necia he sido,—
que amor con sus falaces ilusiones
de todas las pasiones
era la más suäve, la que inspira
más dulces sensaciones.

Error! sueño! mentira!
Cuánto más dulce, cuánto más..... la ira!

Gerardo. Elena!—Atroz delirio!
Por dicha nadie observa; mas si alguno.....

Elena. Pronto, pronto habrá fin mi atroz martirio.

Gerardo. Huye de aquí, infeliz, y no te expongas
á desdicha mayor. ¿Por qué en tu daño,
por qué cerrar los ojos
á la luz del acerbo desengaño?
¿No te basta saber que en menosprecio
de su jurada fe, de tu firmeza,
el perjuro que en lágrimas te inunda
amante criminal de otra belleza
su posesion anhela en vil coyunda?
¿Querrás tambien de escarnio vergonzoso
servir á tu rival envanecida
y á su cómplice odioso?
Ah! vuelve por tu vida,
Elena, vuelve en ti.....

Elena. Quién sois?—Oh cielo!
Vos! Oh inmenso placer! ¡Con cuánto anhelo
os buscaban mis ojos!

Gerardo. De sorpresa.....
ni á hablar acierto. Qué! será posible.....
Ah! tal vez de tu mente el desvarío.....

Elena. Me amais?

Gerardo. Y tú lo dudas! ¿En qué pecho
fuego de amor ardió como en el mio?

Elena. Si vuestro amor es tanto,
si áun es por dicha á vuestros ojos bella
esta angustiada frente
que la ignominia sella,
no ya, no ya mi boca
que la culpable ingratitud movia
vuestra saña provoca.
Á vos, sí, á vos tan sólo se reserva,
si la anhelais, mi mano. Esposa, amante.....
Áun es poco, señor. Humilde sierva
en mí tendreis. Lo juro al Dios que adoro.

Gerardo. ¡Ah, que á tanta ventura
sucumbe el corazon! Es sueño vano?
Yo dueño de tu angélica hermosura!
Elena! En dulce lloro.....
de orgullo..... y de placer mi rostro baño.
Oh, Dios! Si de mi ardiente fantasía
fuese esta gloria lamentable engaño,
mano alevosa, impía
con él destruya la existencia mia.

Elena. No, mi lengua no os miente,
ni tal bajeza mi altivez consiente;
mas, no lo niego, inmenso sacrificio
tal vez me impongo ahora,
y en justo galardon un beneficio
de vuestro amor implora
esta infeliz mujer.

Gerardo. Cielos! Qué aguardas?
Habla. Toda mi hacienda,
mi sangre toda venturosa ofrenda
serán de tu beldad.

Elena. No alceis, os ruego,
no alceis la voz.—Riquezas no ambiciono,
ni sed de vuestra sangre me atosiga.
Otra os pide mi encono;

vertedla, y mereced que yo bendiga
esa obediente mano vengadora.

Gerardo. Sí, vengada serás.

Elena. Alma traidora!
El cielo al fin tus crímenes castiga.—
Oid: aunque me ofende
no culpo á mi rival. Tambien es ella
blanco de la perfidia.
Pues espiró el amor, muera la envidia.
Sólo al Marqués alcanza
el rayo matador de mi venganza.
Romped su corazon vil, inhumano;
rompedlo sin clemencia,
ó jamás sereis dueño de mi mano.

Gerardo. Ah! más que á tu despecho
grata será su muerte al odio mio.
Parte. Bajo este techo
ya no puedes vivir. Parte.....

Elena. ¿Y adónde,
ay, triste! adónde iré.....

Gerardo. Volver á Utrera
sería.....

Elena. No; jamás!

Gerardo. Más grata fuera
á tu dolor inmenso la morada
do inocente respira
aquel fruto infeliz.....

Elena. Oh prenda amada!
Si en mis brazos le viera.....
Mas, ay! vano deseo.....

Gerardo. No. Su asilo
logró al fin penetrar mi vigilancia,
y prontos á servirme los pastores
que cuidan de su infancia.....

Elena. Ah! Qué tardais? Guiadme.....

Gerardo. Y quién te venga?
No temas. Un amigo
tu conductor será. Gines ahora
te llevará á su casa. Apénas brillen
los rayos de la aurora.....
Le escribiré. Un instante.....

[*Saca una cartera y escribe con lápiz en una hoja del libro de memorias.*]

Un sólo instante espera.

[*Elena se sienta con muestras del mayor abatimiento.*]

ESCENA IV.

D. GERARDO. ELENA. GINES.

[*Gines trae luces.*]

Gerardo. Oh Dios! Quién viene?

Gines. Yo soy. Nada temais. Áun la señora
allá en la retirada galería.....

Gerardo. [*Á media voz.*]
Gines! Elena es mia.

Gines. Os doy mi enhorabuena.....
y el pésame al Marqués.

Gerardo. Silencio!—Elena.

Elena. [*Se levanta con lentitud y como enajenada.*]
Qué me quereis? Ya os sigo. No dormia,
no; pero en dulce calma
venturosa yacia,
y de su asiento desprendida el alma
lentamente ¡oh placer! desparecia.

Gerardo. Elena!.... Oh qué tormento!
Conturbada otra vez su fantasía.....
(Mas si un solo momento
su partida retardo;....
si vuelve mi rival y por desgracia
la ve, la habla.....) Gines, á ti la fio,
á tu constante celo, á tu eficacia.
Cerca vive don Juan. Allí segura
hasta rayar el dia.....
Esta carta le entrega.

Elena. No dormia,
no, que enconado el cielo
me ha negado tambien este consuelo.
Yo velaré llorando!
Él dormirá tranquilo!

Gines. Basta. Volando voy.

Gerardo. Elena mia,
sigue á Gines.....

Elena. [*Distraida.*] Sí.

Gerardo. Que á mejor asilo
él te conducirá.

Gines. [*Tomando de la mano á Elena que le sigue maquinalmente.*]
Venid, señora.
Soy vuestro siervo fiel. (Tiembla su mano.)

Elena. Sí, apartadme de aquí. Gozósa os sigo.
Esa luz me atormenta,
esa luz que maldigo!
Ah! ¿Qué mano cruel ha disipado
la negra oscuridad que me halagaba?
Huyamos, caro amigo,
allá donde la noche tenebrosa,
ya que no el centro de la tumba fria,
esconda al mundo la vergüenza mia.

ESCENA V.

D. GERARDO.

Desventurada Elena!
El dolor que la agobia
su razon, sus sentidos enajena.
Mas luégo que á sus ojos
desaparezca la mansion odiosa
testigo de su oprobio y su amargura,
yo espero que la paz y la alegría
de nuevo brillen en su frente hermosa.
Oh gozo! Ya su pecho no sojuzga
la imágen de un rival aborrecido.
La sangrienta venganza
sólo se anida en él. Cierto es mi triunfo.
Mi corazon recobra la esperanza.

ESCENA VI.

VICTORINA. D. GERARDO.

Victor. ¿Fuése ya la miserable
que criminal ó inocente
tan mal dia nos ha dado?
Gerardo. Sí, señora.
Victor. Al cielo plegue
darle mil felicidades
con tal que de mí se aleje.
Quizá con poca razon
dije á la infeliz mil pestes,
mas no pude contener
mi saña. ¿Y quién la contiene
despues de un sonrojo..... No,
no es ella, sea quien fuere,
que no cuido de saberlo,
la que mi enojo merece,
sino el traidor..... (¡Qué cabeza
me ha dado Dios! ¿Á qué vienen
estas sérias reflexiones,
y elegir por confidente....,
á quién? ¡á un recien venido
lacayo! Pues como pruebe
tan bien como la doncella,
me luzco seguramente.)
Gerardo. Mandais algo?
Victor. Sí; queria
que.... Primero es que me acuerde.—
Ah! sí; un palco de platea
para la ópera: entiendes?
Sobra tiempo. Al mayordomo
le pedirás lo que cueste.
Gerardo. Está bien.
Victor. Voy un momento
á mi tocador. Si viene
entre tanto el señor Conde,
que me avisen y se espere.
(Por fin si un novio me planta,
hay otro que le releve.)

ESCENA VII.

D. GERARDO.

Oh qué frívola señora!
¿Y quiere mi negra suerte
que yo sufra.....

[*Toca la campanilla.*]

Si no hay otro
que vaya por el billete,
se queda sin él.—Ah! bien.

[*Llega un lacayo, oye el recado que figura darle en voz baja D. Gerardo, y vase.*]

Demos el encargo á este.—
Ya tarda Gines. Yo tiemblo.
Si algun funesto accidente.....
¡Y he podido yo apartarme
de mi Elena..... Mas conviene
á mi designio y al suyo
que ninguno aquí sospeche
la menor inteligencia
entre los dos.—Será breve
nuestra ausencia, prenda hermosa,
y aunque mil vidas arriesgue.....

ESCENA VIII.

D. GERARDO. GINES.

Gerardo. Ah! ven; dime.....
Gines. Estamos solos?
Gerardo. Solos, sí. Nada receles.
Qué es de Elena?
Gines. Ya está en casa
de don Juan. Ah! me conmueve
su estado. Será un prodigio
si la cabeza no pierde.
Íbala yo consolando
por la calle, como debe
quien de cristiano se precia;
pero ella sin responderme
se dejaba conducir.
Llegamos; piadoso huésped
don Juan la recibe, y ella
á sus palabras corteses
ó sin concierto responde
ó suspirando enmudece.
La esposa de vuestro amigo
la persuade á que se acueste,
y á tantas penas rendida
por fin logramos que cierre
tranquilo sueño sus ojos.
Gerardo. Ah! Dios haga que despierte
más venturosa.
Gines. «¡Venganza,
venganza de un hombre aleve!»
son los últimos acentos
que con voz trémula y débil
pronunció la desdichada.
Gerardo. Sí. No brillará dos veces
la luz del sol, cara Elena,
sin que mi mano se cebe
en la sangre de un rival
aborrecido.
Gines. Una muerte!
Qué horror!—Ah! mejor sería
que esa pasion vehemente
sofocarais y tranquilo.....
Gerardo. Miserable! ¿Qué te atreves
á decirme? Tanta ofensa,
tantos amargos desdenes
no pudieron de mi amor
entibiar la llama ardiente;

y ahora que dulce esperanza
la paz perdida me vuelve,
ahora que al término llego
de tanto afanar ¿pretendes
que aquella imágen hermosa
de mi corazon destierre?

Gines. Perdonadme. Yo queria.....
Como soy naturalmente
compasivo..... Mas ya veo
que si el Marqués no fenece
no conseguireis la mano
de esa sobrina rebelde,
y de dolor morireis;
y así, pues el hado quiere
que uno muera de los dos,
sea el Marqués por quien recen
estos labios pecadores;
no el amo que me mantiene.

Gerardo. ¿Qué tardo pues en retarle
y que mi pecho atraviese
ó muerto caiga á mis piés?

Gines. Qué vais á hacer, imprudente?
Teneos! En tales lances
no es el valor el que vence
sino la destreza. Vos
ni la espada ni el florete
manejais, que entre barbechos
tales artes no se aprenden;
él es práctico en las armas;
¿y correréis á ofrecerle
vuestra sangre en galardon
de los tormentos crueles
que os ha causado? ¿Quereis
sacrificarle el deleite
del amor, de la venganza?
¿Pondréis en riesgo inminente
hasta la vida de Elena
por obedecer las leyes
de un pundonor temerario
que ese infame no merece?
¿Guardólas él por ventura
cuando estando vos ausente
sedujo á vuestra sobrina,
y desterró para siempre
la paz de vuestros hogares,
y sonrojó vuestra frente,
y mancilló.....

Gerardo. Basta. El odio
que dentro de mi alma hierve
al escuchar tus palabras
en rabia atroz se convierte.
No muera cual caballero
quien como villano ofende,
quien osó..... ¿Quieres en fin
que mi flaqueza confiese?
La eterna paz de la tumba
ayer ansiaba demente:
hoy que espero convertir
en dichosos parabienes
tantos dias de amargura,
horror me inspira la muerte.—
Mas..... ¿podré manchar mi mano.....

Gines. No. Manos habrá que os venguen
sin que aventureis.....

Gerardo. [*Viendo venir al criado de la escena anterior.*]
Silencio!
La platea?
[*Tomando el billete que trae el criado.*]
Dame. Vete.
[*Vase el criado.*]
¿Y dónde hallar quien se atreva.....

Gines. Aunque fuera el ave Fénix!
Habiendo oro.....

Gerardo. Cuánto pidan.

Gines. Ayer al pasar el puente
me encontré con cierto amigo
que conoce mucho á un jefe
de bandidos que en Triana
las más de las noches duerme.
No bien supe que tenía
conexiones de esta especie,
afeando su conducta
juré no hablarle ni verle.....

Gerardo. Oh qué necia hipocresía!
Al caso. El tiempo se pierde.

Gines. Mas, si quereis, por su medio.....

Gerardo. Sí, pronto. Á qué te detienes?

Gines. No os inquieteis, y escuchadme.
Lo primero es no exponerse
y asegurar bien el golpe.
Tal vez á darlo se niegue
dentro de la poblacion
ese bandido, si teme
ser descubierto. En el campo,
rodeado de su gente.....

Gerardo. Acaba.

Gines. Al rayar el dia.....;
ántes, si preciso fuere,
se pone Elena en camino,
porque esto es lo más urgente.

Gerardo. Bien.

Gines. Ya sabeis dónde vive
don Gabriel.

Gerardo. Sí.

Gines. Vais á verle,
y, puesto que no os conoce,
fingis que sois un sirviente
de la sobrina, ó del tio
si mejor os pareciere.
Haciendo del fiel ladron
le jurais que está inocente.
Su sobresalto, su fuga
prueban que en su pecho áun tiene
demasiado imperio Elena.
Para mejor convencerle,
de las pasadas intrigas
le haceis tambien confidente,
echándome á mí la culpa....,
y á vos mismo si conviene.
Le revelais la partida
de Elena al humilde albergue
donde él mismo tiene oculto

á su hijo; se enternece;
á la piedad y al honor
se une la voz elocuente
de la sangre; instais; la sigue;
los ladrones le sorprenden......

Gerardo. No más. Te entiendo.
Gines. (Yo sudo!)
No tardeis. Como un cohete
yo vuelvo ahora mismo en busca
del bandido; le hablo; viene;
os poneis de acuerdo......
Gerardo. Espera.—

[*Á un criado que llega.*]

Qué traes?
Criado. Este billete
del Marqués de Rivaparda.

[*Don Gerardo y Gines se miran con inquietud.*]

Gines. [*Tomándolo.*]
Lo leerá inmediatamente
el ama. Esperan respuesta?
Criado. Sí.
Gines. Bien.

[*Vase el criado.*]

Abrámoslo. Áun tiene
fresca la oblea.

[*Abre el billete.*]

Gerardo. Qué has hecho?
Gines. ¿Qué importa culpa tan leve
cuando..... Leed.
Gerardo. [*Lee rápidamente el papel, y vuelve á pegar la oblea.*]
Cuatro renglones.
Ver á la viuda pretende.
Gines. Muy bien. Os ahorra un viaje
si le recibe.—Alguien viene.
Separémonos.....
Gerardo. Sí; anda.
Ya te sigo. No te alejes.

ESCENA IX.

D. GERARDO. EL CONDE.

Conde. Calle! ¿Sois vos el lacayo
hipocondriaco y adusto.....
Gerardo. Yo soy.....
Conde. Bien. Hacedme el gusto
de avisar..... (El tal desmayo....;
la escapada repentina
del Marqués..... Vaya, increible
parece.....) ¿No está visible
la preciosa Victorina?
Gerardo. Pasaré recado.
Conde. Sí.
Gerardo. Tomad, si gustais, asiento
y esperáos un momento.
Voy..... Ya la teneis aquí

ESCENA X.

EL CONDE. VICTORINA. D. GERARDO.

Conde. Señora......
Victor. Tengo platea?
Gerardo. Tomad.

[*Le da el billete que trajo el Criado.*]

Victor. Conde, bien venido.
Gerardo. Esta esquela que ha traido.....
Victor. Venga.

[*La abre.*]

Permitís que lea?
Conde. Sois muy dueña.....
Victor. Es del Marqués!
Conde. ¡Qué oigo! ¿Tendrá la insolencia
tal vez.....
Victor. Me pide licencia
para ponerse á mis piés.
Conde. ¿Y vos..:..
Victor. Supuesto que espera
mi respuesta el portador,
decidle que su señor
puede venir cuando quiera.

ESCENA XI.

VICTORINA. EL CONDE.

Conde. ¿Con un hombre que os burló
vais á ser tan complaciente?
Victorina, ¿estais demente?
¿Vos recibís.....
Victor. Por qué no?
Picada me juzgaria
si yo á verle me negara.
Cuando él no esconde la cara,
quereis que oculte la mia?
Venga muy en hora buena,
que sin susto le veré,
y no me desmayaré
cual su interesante Elena.
Venga: no será tan necio
que volver quiera á mi gracia.
Si tanta fuere su audacia
mayor será mi desprecio.
Quizá espera verme absorta,
triste, abatida..... Qué error!
Conde. Mas...., no extrañeis mi temor,
su visita.....
Victor. Será corta.
Conde. Él, ántes de aquella escena,
feliz para mí quizá,
me contó de pe á pa
la biografía de Elena.
Díjome que le engañó,
que le causó mil pesares,
que despues de sus hogares

huyó la tál.—Qué sé yo?
Que ya no pensaba en ella,
que en paz y en gracia de Dios
iba á casarse con vos
y bendecia su estrella;
pero como ya sabía
que por vos yo estaba ciego,
vuestra mano desde luégo
sin violencia me cedia.
Mas que esto habia de ser
si á la novia acomodaba;
que si no, resuelto estaba
á que fuerais su mujer.
Su probidad es notoria;
lo confieso aunque rival.
Su conducta fué leal.
Sólo aquella escapatoria.....
En fin, es amigo mio,
y otro no tengo más fiel;
mas si estais quejosa de él,
hoy mismo le desafio.
Ó moriré en la palestra
ó veréis qué pronto os vengo;
que injusta ó recta no tengo
más voluntad que la vuestra.
Por casarse con mi bien
quise matarle, señora;
y por no casarse ahora
iré á matarle tambien.

Victor. Matarle? Pobre señor!
No le quiero yo tan mal,
ni ha sido tan criminal
que merezca ese rigor.
Oh! Ni es conveniencia mia;
porque él pudiera vencer,
y es fuerte cosa perder
dos amantes en un dia.

Conde. Cuál me halaga ese temor!
Luego ¿renace en tu pecho.....

Victor. Mira no sea despecho
lo que te parece amor.

Conde. No, que tu boca divina,
que me dió tantos enojos,
grata sonrie, y tus ojos.....
Ah! Tú me amas, Victorina.

Victor. Sí, mi celoso, y en vano
te lo quisiera negar.

Conde. Oh dicha! Un cura! Un altar!

Victor. Estás loco?

Conde. He aquí mi mano.

Victor. Áun es mayor mi impaciencia
que la tuya puede ser.

Conde. ¿Qué escucho! Á tanto placer
ya no basta mi existencia.
Tú.....

Victor. No á mis palabras des
interpretacion violenta.
Borrar deseo la afrenta
que hacerme quiso el Marqués.
Me compromete, me humilla
la conducta de ese hombre.
Temo que sea mi nombre
la fábula de Sevilla.
Sí, que el pueblo es el demonio,
y mil sátiras presagio,
si no acudo en tal naufragio
al puerto del matrimonio.—
Tal vez mis temores fundo
en vana aprension.....

Conde. Sin duda.

Victor. Mas si me quedase viuda
¿qué diria de mí el mundo?
Soy celosa de mi fama,
y en lance tan singular
¿quién osaria culpar
el orgullo de una dama?
Así con gozo mayor,
Conde, mi dueño te hago,
pues á un tiempo satisfago
mi vanidad y mi amor.

Conde. Ah! mi regocijo extremo
deja que muestre á tus piés.

Victor. No. En mis brazos.

Gerardo. [*Á la puerta.*] El Marqués.

Victor. Que éntre.

[*Retirase D. Gerardo.*]

Conde. Sí. Ya no le temo.

ESCENA XII.

[*El teatro se va oscureciendo por grados.*]

VICTORINA. EL MARQUÉS. EL CONDE.

Marq. Sé que no es fácil, señora,
mi conducta disculpar.....

Victor. Por qué os quereis molestar?
Yo os absuelvo desde ahora.

Marq. Al ver aquella mujer
yo no fuí dueño de mí.
Mi sorpresa, mi horror.....

Victor. Sí.

Marq. Me hicieron.....

Victor. Cómo ha de ser!

Marq. Faltar.....

Victor. Os volvisteis loco;
no es verdad? Bien dije yo.....

Marq. Fuí desatento.....

Victor. Qué! No.
Lo que es ridículo,..... un poco.

Marq. Hubo un tiempo, de memoria
harto aciaga para mí,
en que ciego amante fuí
de Elena.....

Victor. Sé ya su historia.

Marq. Mas ya la habia olvidado.....

Victor. Y ella, que os iba al alcance,
se presenta..... Vaya un lance!
Se le doy al más pintado.

Marq. No dudeis que mi ternura
por siempre en odio mortal
convertida.....

Victor. Haceis muy mal,

que es preciosa criatura.
Marq. Señora, esta explicacion
os molesta, bien lo veo,
mas obligado me creo
á daros satisfaccion.....
Victor. Aunque yo no os la he pedido,
por satisfecha me doy.
Libre quedais, libre soy.
Es negocio concluido.
Marq. Vuestra mano no merezco,
mas si huí.....
Victor. Nada de encono.
Fué desaire? Lo perdono.
Fué locura?

[*Mirando con ternura al Conde.*]

Os lo agradezco.
Marq. Basta. Esa tierna mirada,
tan conforme á mi deseo,
es para mí, á lo que veo,
la señal de retirada.
Victor. [*Tocando la campanilla.*]
Nada de eso. Á cualquier hora
vuestra es mi casa, de noche,
de dia.....
Marq. Gracias.....
Victor. [*Á Gines que llega.*]
El coche.
Marq. Beso á usted los piés, señora.

ESCENA XIII.

EL CONDE. VICTORINA.

Victor. Qué tal? Estás satisfecho?
Conde. Sí, satisfecho y ufano
de estrechar tu linda mano
y reinar solo en tu pecho.
Victor. Ahora al teatro conmigo
vendrás, pues tengo platea,
y la aristocracia vea
que no me falta un amigo.

[*Gines aparece por el foro.*]

Conde. Sí, y un amante sincero.
Mas ¿cuándo unidos los dos.....
Victor. Pronto.
Conde. Sí, hermosa, por Dios!
Pronto, que si nó, me muero!

ESCENA XIV.

GINES.

[*Desde la puerta mirando adentro. Trae un candelabro con luces y lo deja sobre una mesa.*]

Mal haya tanto charlar!—
Ya se van. Gracias á Dios!
Ya somos amos de casa,
y oportuna es la ocasion
para acordar..... Mas las ocho
han dado ya en mi reloj,
y áun no viene..... Mucha flema
gasta el compadre Rejon.—
No es extraño. Le dejé
vistiéndose de señor,
disfraz que ha adoptado á fin
de no llamar la atencion;
y aunque no es hombre de estarse
consultando al tocador
mucho tiempo..... Abren la puerta.....
Él es;.... el mismo.—Aquí estoy,
señor don Jorge. Adelante.

ESCENA XV.

GINES. REJON.

Gines. Solos estamos los dos.
Salió el ama.....
Rejon. He visto el coche.
Gines. No temas.
Rejon. Temer! Quién? ¡Yo,
que fuí diez años sargento,
y aunque ahora bandido soy,
por mi desgracia..... Eso, tú,
que siempre has sido collon.
Pero.....
Gines. El mayordomo es nuestro.
Rejon. ¿Sabe que vengo.....
Gines. Eso no.
Sólo sabe lo preciso.
Rejon. Bien.
Gines. Y está en obligacion
de complacer á mi amo.
De mí, que soy tu mayor
amigo, puedes fiar.....
Rejon. Sí; que si fueras soplon
yo tambien sabria entónces
sacar tus trapos al sol.
Ya sabes que no podemos
ser enemigos los dos.
Gines. Mis trapos? Eh! niñerías.
Si un dia fuí pecador,
soy ya humilde, timorato.....
Vamos, un santo varon.
Rejon. Sí, bien tuviste osadía
para ser estafador
y miserable fullero
como un tiempo lo fuí yo;
mas cuando empresas mayores
te propuso mi valor,
no fuiste hombre.....
Gines. Siempre tuve
pacífica condicion.
Allá en mis primeros años
estudié.....
Rejon. Sí; gran doctor!
Pero ¿dónde está tu amo?
Gines. Detras del *quidam* salió

que, como sabes, mañana
será.....
Rejon. ¡Tanta dilacion
para nada!
Gines. Ten paciencia.
Rejon. Si tarda mucho, me voy.
Gines. Espera.....
Rejon. Espere el canalla
que se sujeta al baldon
de ganar un vil salario.
Gines. Oh! soy administrador,
secretario y mayordomo
de un ricacho..... solteron.
Le inspiro gran confianza,
y las cuentas que le doy
nunca mira. No me cambio
por el mismo emperador
de Marruécos. Ya tengo hecha
mi pacotilla.....
Rejon. Ladron!
Gines. Con ella y un pasaporte
que la industria me adquirió,
yo, que no soy tonto y veo
que corre á su perdicion,
mañana tomo soleta,
y adivina quién te dió.—
Pero, hablando de otra cosa.....
(Démosle conversacion
para entretenerle.) ¿Sabes
que pareces un milord?
Rejon. De véras?
Gines. ¿Qué diablo al verte
reconoce á un salteador
de caminos?
Rejon. ¿Y qué diablo,
bajo ese tono de voz
tan meloso, y esa cara
de novicio en procesion,
descubre al mayor tunante
que madre humana parió?
¿Quién.....
Gines. Silencio! Siento pasos.....
Iré á ver..... Es mi señor.

ESCENA XVI.

D. GERARDO. GINES. REJON.

Gines. Le hablasteis?
Gerardo. Le hablé.
Gines. ¿Ha caido
en nuestro lazo?
Gerardo. Cayó.
Gines. ¿Reconoce la inocencia
de Elena?
Gerardo. Sí.
Gines. ¿Y el amor
renace en él.....
Gerardo. Demasiado.
Gines. [*Presentándole.*]
El caballero Rejon.
Gerardo. Bien.
Gines. Se dispone á seguirla?
Gerardo. Al nacer el nuevo sol,
pues ántes que el alba rompa
saldrá Elena.—Oidme vos.
¿Estais dispuesto á servir
de instrumento á mi rencor?
Rejon. ¿Estais dispuesto á pagarme
bien y como hombre de pro?
Gerardo. Cuánto?
Rejon. Una muerte alevosa
ya veis que es crímen feroz.
Gerardo. No perdais tiempo.
Rejon. ¿Quién es
blanco de vuestro rigor?
Gerardo. El marqués de Rivaparda.
Rejon. Marqués, nada ménos? Oh!
Por su cuna y su dinero
gozará de alto favor.
Quién no le querrá vengar?
¿Qué escribano no sirvió
de rodillas á un marqués?
Si fuera algun pobreton.....
Gerardo. Acabad.
Rejon. Doscientas onzas.
Gerardo. Se os darán.
Rejon. La mitad hoy,
y la otra mitad mañana
en el campo del honor,
si quereis satisfaceros
viendo el cadáver; si nó,
con enviar un criado.....
Gerardo. No. Verle quiero.
Rejon. Mejor.
Ahora me falta saber
adónde es la expedicion.
Gines. Á una cabaña, no léjos
de la Luisiana, á unas dos
leguas de Carmona.....
Rejon. Basta.
Á palmos conozco yo
aquel terreno. Esta noche
vuelo á tomar posicion
con mi cuadrilla.—Ea! venga
esa mano ¡voto á briós!

[*Toma la mano á D. Gerardo y se la aprieta. D. Gerardo muestra inquietud y terror.*]

Esta otra para el dinero.
Gerardo. Venid á tomarlo.
Rejon. Voy.
Gines. (Doscientas onzas!)
Rejon. Temblais?
El hombre ha de ser atroz.

ACTO CUARTO.

Fragoso despoblado entre Carmona y la Luisiana, inmediato al camino real de Madrid á Cádiz, que se supone estar á la izquierda del actor y que lo cubren los árboles y la maleza. En la misma direccion, hácia la cual y tambien hácia el foro se eleva con desigualdad el terreno, aparecen dos ladrones en actitud de estar prontos á acometer á los caminantes. Rejon, Tormenta y Pancho en el tablado. Los demas ladrones de la cuadrilla se supone que están colocados al otro lado del camino.

ESCENA I.

REJON. TORMENTA. PANCHO. LADRONES.

Pancho. Por Dios que es mucho el afan
de este oficio aperreado!
Vela más ningun soldado?
Suda más un ganapan?
Te juro, mi capitan,
que á veces envidio yo
al que cobarde nació,
y tanto á aburrirme llego,
que en cuerpo y alma reniego
del padre que me engendró.
Rejon. Si temes, pide el indulto
y huye.....
Pancho. Si otro que no fuera
mi capitan se atreviera
á decirme tal insulto.....
¿Me has visto esconder el bulto
en ningun riesgo?
Rejon. Jamás.
Pancho. Ni esconderlo me verás.
Mas yo no soy lisonjero.
La vida de un bandolero
es vida de Barrabas.
Rejon. Pero.....
Pancho. Roba á su placer
con su plata un usurero,
con sus trampas un fullero,
con su vara un mercader;
roba una hermosa mujer
con fingidas convulsiones;
roban los viles soplones;
roba un sastre áun más que miente;
¡y á nosotros solamente
nos llama el mundo ladrones!
Torm. Diga el mundo lo que quiera
pues no vivimos en él.
Pancho. ¿Y no es destino cruel
convertirse un hombre en fiera?
¿Á quién, di, no desespera,
si no tiene alma de leño,
no ver un rostro halagüeño,
no inspirar á nadie amor,
y no vivir sin temor
ni áun en los brazos del sueño?
Torm. Si te desvelas mohino
temiendo dar en el gancho,
bébete una azumbre, Pancho,
y ahoga el pesar en vino.
Pancho. Contra mi perro destino,
Tormenta, ¿no he de clamar,
si me prohibe agradar
á las mujeres y fiel.....
Torm. ¡Qué importa, voto á Luzbel!
como las puedas comprar?
En este mundo embustero
¿cuántos mejores que tú
espantaran como el bu
si no tuviesen dinero?
¿Qué ha de hacer un bandolero
del amor y sus perfiles?
Filigranas tan sutiles
en mi reino no entrarán,
no, que harta guerra me dan
escribanos y alguaciles.
Pancho. Te confieso que es afrenta
tal locura en un bandido,
pero soy hombre perdido
en viendo faldas, Tormenta.
Rejon. Callad, que ya me impacienta
conversacion tan extraña.
Con la codicia y la saña
se aviene mal el amor.
¿No nos basta el alto honor
de escandalizar á España?
Torm. ¿Qué sabes tú si te espera
mejor suerte.....
Pancho. Á mí? Bien sé
de qué modo acabaré
mi maldecida carrera.
Si ahí en esa carretera
no me sacan el redaño,
sentado en el vil escaño
daré al pueblo una funcion
y mi cabeza á un sayon.
Rejon. Y qué? Tal dia hará un año.—
Mas las cinco van á dar,
y áun no parece mi muerto.
Pancho. Hoy casi ha estado desierto
el camino.
Rejon. Es buen tardar!
Pancho. Poco ha habido que robar.

Rejon. Mejor para tu conciencia.

[*Los ladrones apostados desaparecen por la izquierda.*]

Torm. Un carruaje!

[*Los tres se dirigen hácia su izquierda preparando los trabucos.*]

Rejon. Habrá pendencia?
Torm. ¿Y quién ha de ser el majo.....

Ladr. 1.° [*Dentro.*]

Alto ahí, perro!
Voces. [*Dentro.*] Abajo! abajo!

Rejon. [*Volviendo al proscenio con Tormenta.*]

Bien. No han hecho resistencia.

ESCENA II.

REJON. TORMENTA.

Torm. Una dama y un galán
con trazas de hombre menguado.
No haremos mucho mercado.
Rejon. Marido y mujer serán.

ESCENA III.

REJON. TORMENTA. PANCHO. LADRONES. ELENA. UN CRIADO.

[*Elena viene conducida de la mano por Pancho: el criado la precede y entrega una esquela á Rejon. Elena sigue como maquinalmente á su conductor. Su vago mirar, su palidez, el estupor que á veces la hará parecer tan insensible como el mármol, y su silencio, interrumpido únicamente por algun profundo suspiro, manifestarán el estado de enajenamiento mental en que se halla.*]

Pancho. Buena presa, capitan!
Rejon. Esquela á mí! ¿Qué aventura.....

[*Lee para sí.*]

Pancho. [*Sin desasirla.*]

No te asustes, criatura:
Ánimo, que nadie intenta
matarte.—¿Has visto, Tormenta,
más peregrina hermosura?

Rejon. [*Á Tormenta.*]

Es la consabida Elena.
Torm. Vive el cielo que es bonita.
Rejon. Nada temais, señorita.
(Su situacion me da pena.)
Pancho. Ay cintura macarena!
¡Ay boca..... Ven, que no mancho.
¡Bien haya la madre.....

Rejon. [*Mirando á Pancho con ira.*]

Pancho!
Pancho. (Ya mi pecho es un volcan.)
Guardémosla, capitan,
para que nos haga el rancho.
Rejon. Insolente!....
Pancho. Si es tan bella!.....
¡Si esos ojos hechiceros.....
Vendédmela, compañeros.
Veinte onzas os doy por ella.

Rejon. [*Poniéndose en medio.*]

Aparta.
Pancho. Linda doncella,
dame siquiera un abrazo
y verás qué dulce lazo.....

Rejon. [*Echándose á la cara el trabuco y poniéndose delante de Elena.*]

Vil, si á mirarla te atreves,
si de ese lugar te mueves,
te tumbo de un trabucazo.
Pancho. ¡Por san Juan.....
Torm. Calla, salvaje.

Pancho. [*Con despecho.*]

Hum!..... Callo.....
Torm. Ó llega tu hora.
Rejon. Venid. Yo mismo, señora,
os conduciré al carruaje.

ESCENA IV.

TORMENTA. PANCHO.

Pancho. Bramando estoy de coraje.
Torm. En vencerse está la palma.
Pancho. En vencerse!
Torm. Nuestra calma
te da ejemplo.
Pancho. Vive Dios!.....
Y tan hermosa!.... Los dos
teneis de guijarro el alma.
Torm. De carne somos tambien.
Pancho. Sin halagar los sentidos
¿de qué sirve ser bandidos?
Seamos hombres de bien.
Torm. Qué necio!
Pancho. ¿Dónde se ven
ladrones tan cortesanos?
Torm. Matar, robar á dos manos
te permiten: qué más quieres?
Deshonrar á las mujeres.....
Eso no! Somos cristianos.

ESCENA V.

REJON. TORMENTA. PANCHO. LADRONES.

Rejon. (Pobre muchacha! No habla,
y sus miradas errantes,

su palidez..... Ó está loca,
ó el susto que ese bergante
le ha causado..... Eh! ya se fué.
La Magdalena la ampare.)
Otra vez, Pancho ó demonio,
guárdate de propasarte.....

Pancho. Quedo enterado. Ya sé
que he de vivir como un fraile.
Maldita y perra fortuna!

Rejon. Ó no he de ser yo quien mande,
ó ha de morir hecho trizas
el que mis leyes quebrante.

Torm. Pasajeros.

[*Rejon y los demas ladrones verifican el mismo movimiento que en la escena primera.*]

Ladr. 1.° Alto!
Una voz. Pára!
Casilda. Ay!
Ladr. 2.° Silencio!
Casilda. Vírgen Madre!
Tadeo. ¡Por Dios.....
Ladr. 2.° Abajo!
} *Dentro.*

Rejon. [*Mirando adentro y volviendo en seguida á la escena con Tormenta y Pancho.*]

No es gente
de armas tomar. Adelante.

Torm. Como ellos traigan dinero.....

Pancho. Lo que es aquel badulaque,
poco.....

Casilda. [*Dentro.*]

Piedad!

Torm. Una dama!

Pancho. Una dama?

[*Quiere correr á su encuentro. Una mirada de Rejon le contiene. Doña Casilda llega conducida por el Ladron 1.° y detras D. Tadeo remolcado por el Ladron 2.°*]

Seré mártir.

ESCENA VI.

REJON. TORMENTA. PANCHO. LADRONES. DOÑA CASILDA. D. TADEO. EL MAYORAL.

Casilda. Misericordia!

Pancho. Una vieja!....
(Los diablos con ella carguen.)

Tadeo. Por Dios!.... Siquiera las vidas!....

Rejon. Aquí no se mata á nadie
si entrega de bien á bien
el dinero que llevare;
mas si oculta un solo real,
fuego y *requiéscat in pace.*

Casilda. [*Chillando.*]

Ay Vírgen de Guadalupe!
¡Ay san Antonio.....

Pancho. [*Con aspereza.*] Ea, calle!

Rejon. Qué es esto, Pancho? ¿Eres tú,
que te precias de galante.....
Perdonadle; está irritado.
Yo usaré de otro lenguaje.
Señora mia, le ruego
que no se aflija, ni rabie,
ni alborote; que nosotros
somos gente muy amable.

Casilda. Bien. El dinero que tengo
ahí está.

[*Le da un bolsillo. Rejon lo echa sobre un pañuelo que estará tendido en el suelo para recoger lo robado. En él habrá ya dinero y alhajas.*]

Rejon. Nada de fraude.
Cuidado!

Casilda. No tengo más.
Pero mi honor.... Por el ángel
Custodio.....

Rejon. Vivid segura.
No habrá ninguno que os falte
al respeto. No sois vos
de esas mujeres vulgares
á quienes pueda atreverse
ningun hombre. Ese semblante
tiene un no sé qué..... capaz
de inspirar respeto á un cafre.

Casilda. [*Sonriéndose.*]

Eh! Mil gracias..... ¿Quién creyera
que un hombre de esos modales
fuese un.....; no diré ladron;
un..... Yo no sé cómo os llame.—
Un recaudador.

Rejon. Cabal.

Casilda. Ya empiezo á tranquilizarme.

Torm. Si el capitan lo permite,
ahora puede consolarte
de aquella prenda perdida
esa dueña venerable,
Panchon.

Casilda. ¿Qué escucho! Dios mio!,
protegedme en este trance.

Pancho. Teniente, bromas á un lado.
No estoy ya tan de remate
que me vaya á enamorar
de sesenta navidades.

Casilda. Sesenta? Estais engañado.
Cincuenta y tres..... no cabales.

Pancho. De una vieja garrafal
que de madura se cae.

Casilda. Qué descortes! qué insolente!

Tadeo. [*En voz baja.*]

¡Callad!....

Casilda. Á mí tal ultraje!
¡Quién se lo dijera un dia

á doña Casilda Yañez.....
Rejon. No os incomodeis. Son chanzas.....
Casilda. El diablo que las aguante.
Rejon. Adónde vais á parar?
Casilda. Á Écija.
Rejon. Y vuestro viaje
¿qué objeto tiene?
Casilda. Señor,
mi Tadeo va á casarse.....
Rejon. Alzad vos esa cabeza,
caballerito. Qué diantre!
Teneis miedo?
Tadeo. Á punto fijo
no lo sé, pero es muy fácil
que lo tenga.
Rejon. Vuestro empleo?
Tadeo. Soy..... escribano.
Pancho. Matadle.
Un escribano! Ahí es nada!
¡Desgraciado del que atrape.....
Rejon. Teneos.—¿Quién de vosotros
si se ha visto en una cárcel
no ha inspirado compasion
á alguno de sus cofrades?—
No obstante, yo le condeno
en las costas. Despojadle,
que si su cara no miente
no se morirá de hambre
el infeliz.
Tadeo. Yo doy fe.....
Rejon. Qué fe? Dinero contante,
que nosotros no robamos
las virtudes teologales.—
Lagarto, á ti te encomiendo
el carretero: que pague
tambien el portazgo.

[*El Ladron 1.º registra y despoja á don Tadeo, y otro al Mayoral.*]

Casilda. [*Al Ladron 2.º que quiere registrarla.*]
No;
á mí no hay que registrarme. —
Señor capitan!
Rejon. Qué es eso?
Casilda. No permitais que profanen.....
Rejon. Déjala, Caifas; no sea
que de pudor se desmaye
esa Lucrecia en adobo,
y tengamos aquí un lance
de Calderon.

[*El Ladron 1.º oculta entre la maleza un reloj que ha robado á D. Tadeo. Tormenta lo observa y figura delatarle á Rejon en voz baja.*]

Torm. Capitan.....
Rejon. Tú lo has visto?
Torm. Sí.
Rejon. Tunante!
Disimulemos.—Quién llega?
Pancho. Dos viajeros vergonzantes.

ESCENA VII.

REJON. TORMENTA. PANCHO. D. TADEO. DOÑA CASILDA. EL MÚSICO. EL PINTOR. LADRONES. EL MAYORAL.

Rejon. [*Al Músico y al Pintor que llegan conducidos por un ladron.*]
Bien venidos, caballeros.
Lléguense acá; no se espanten.
[*Al Pintor.*]
Por qué os poneis colorado?
Ea, no hay que avergonzarse,
que, aunque yo soy el monarca
de estas bellas soledades,
trato con mucha llaneza
al que viene á visitarme.
[*Al Músico.*]
Vos estais como alelado.
¿No adivinais el percance
que os va á suceder?
Músico. Yo.....
Rejon. Nada.
En señal de vasallaje
me daréis vuestra pecunia,
la tomaré sin exámen,
y con un cuidado ménos
proseguiréis vuestro viaje.
Conque..... Pero ya es razon
que á esos prójimos despache.
Señora, yo no os despido,
mas ya podeis.....
Casilda. Al instante.

[*Vase el Mayoral.*]

Rejon. Idos pues, y Dios preserve
de algun impuro combate
vuestro pudor, madre mia.
Si quereis que os acompañe
hasta la galera.....
Casilda. Gracias.
Rejon. Escribano, Dios os guarde.
La vida os he perdonado.
Ello, no ha sido de balde,
pero os juro que si un dia
caigo por algun desastre
en vuestras uñas, más caro
pagaré yo mi rescate.
Tadeo. No. Yo no soy rencoroso.
(Si te llego á echar el guante.....)
Soy muy vuestro.
Casilda. [*Aparte con D. Tadeo, yéndose los dos.*]
Muerta voy.
Quiera Dios que algun ataque
de nervios..... Vamos, Tadeo.
Tadeo. Buen viaje hemos hecho, madre!
Mas otro peor me espera.
Casilda. Peor! Cuál?
Tadeo. Voy á casarme!

ESCENA VIII.

REJON. TORMENTA. PANCHO. EL MÚSICO. EL PINTOR. LADRONES.

Pintor. [*Bajo al Músico, miéntras hablan aparte Rejon, Tormenta y Pancho.*]
Infelices de nosotros!
Músico. Amigo, ya no hay escape.
Pero en dándoles los cuartos.....
Pintor. Aunque gran falta me hacen,
no siento lo que me quiten,
sino lo que pueden darme.
Rejon. [*Al Músico y al Pintor.*]
Áun tengo que despachar
otro negocio importante.
Soy con vosotros.
[*Pancho y Tormenta sorprenden al Ladron 1.° asiéndole cada uno de un brazo.*]
Pancho. Traidor,
date preso.
Rejon. Desarmadle.
[*Lo hacen.*]
Ladr. 1.° Cómo! ¡Á mí..... ¿Por qué delito.....
Rejon. Camaradas, ese infame
es indigno de vosotros.
Ladr. 1.° Yo!
Rejon. Tú, ratero cobarde,
que querias usurparnos
lo que con tantos afanes
adquirimos para todos.
Ladr. 1.° ¿Cuándo..... Ven á registrarme
y verás.....
Torm. Niega, belitre,
que entre la yerba ocultaste
el reloj del escribano.
[*Lo busca.*]
Ladr. 1.° (Soy perdido.) Es falso. Nadie
podrá decir.....
Torm. Yo lo he visto
y Caifas que está delante.
Ladr. 2.° Es verdad.
Torm. [*Sacando el reloj de entre las matas.*]
Mirad el cuerpo
del delito.
Rejon. Ea, apartadle
de mi vista, y sin demora
mis leyes irrevocables
se cumplan.
Ladr. 1.° Perdon te pido,
capitan, que no es tan grave
mi culpa.
Rejon. No obedeceis?
[*Pancho y el Ladron 2.° se lo llevan por la derecha.*]
Ladr. 1.° Mala centella te abrase!

ESCENA IX.

REJON. TORMENTA. EL MÚSICO. EL PINTOR. LADRONES.

Rejon. Á los otros camaradas
será preciso dar parte
de esta ocurrencia.
[*Á otro ladron, que parte por la izquierda.*]
Sé tú
mi mensajero, Galafre.—
Sáquemos ahora de penas
á estos pobres caminantes.
Á ver la bolsa?
Músico. [*Dando la suya.*] Esta es.
Rejon. Poco pesa.
[*La registra.*]
Treinta reales!
[*Los echa en el pañuelo, y lo mismo hará con el dinero del Pintor.*]
Músico. Ese es...., era mi caudal.
Rejon. Pues ¿adónde vais?
Músico. Á Cádiz!
Rejon. La vuestra?
Pintor. [*Entregando tambien su dinero.*]
Tomad.
Rejon. Seis duros!
Tampoco estais muy boyante.
Y adónde bueno?
Pintor. Á Sevilla.
Torm. Yo temo que nos engañen.
Registremos.....
Rejon. Buena gana!
Pues ¿no ves ese equipaje?
Torm. Cierto, y viajeros peones.....
Rejon. Sois por ventura escolares?
Pintor. No, señor. Mi compañero
es músico.
Rejon. Y vos? Danzante?
Pintor. Soy pintor.
Rejon. Sea en buen hora.
Pintor. Deseando ejercitarme
en la escuela sevillana,
y con mucho amor á mi arte,
pero con poca moneda.....
Rejon. Entiendo. Haceis vuestro viaje
al pié de la letra.
Pintor. Llevo
en esta cartera lápiz
y papel, y si á mi vista
algun bello päisaje
se ofrece por el camino,
lo dibujo.
Rejon. Bien. Eso abre
el apetito.
Músico. Yo canto
en italiano, en romance,
y hasta en latin si es preciso.

Soy cantor lírico errante....,
por no decir de la legua.
Oh! si yo fuera de extránjis
otro gallo me cantara.
No es justo qué yo me alabe,
pero por ser español
me silban en todas partes.—
Ahora voy recomendado
al empresario de Cádiz.....

Rejon. Oh qué idea! Yo tambien
tengo aficion á las artes,
y quiero honraros.—Pintor,
sentaos y dibujadme
en el sublime ejercicio
de mi poder formidable.

Pintor. Yo.....

Rejon. Vamos pronto!—¿Qué escena
pudierais pintar más grande,
más estupenda, más.....

Pintor. Yo.....

Rejon. Voto á...¿Quereis que os lo encargue
de otra manera?

Pintor. Obedezco.

[*Siéntase sobre una roca y se pone á dibujar.*]

Rejon. Ahora es preciso que cante
este mozo.

Músico. Con el susto
se me ha secado el gaznate.....

Torm. [*Dándole un frasco que lleva.*]
Remojadlo.

Músico. Yo.....

Rejon. Bebed.

Músico. (Peor será que me casque.)

[*Bebe y en seguida canta.*]

Duce di tanti erói
Crollar faró gli impe.....

Torm. Qué es eso? Cantais en gringo?
Voto á briós!.... Eso es burlarse.
Aquí no somos naciones.

Rejon. Vaya un polo.

Torm. Y con donaire.

Músico. Corriente. (Haremos de tripas
corazon.) Oigan los jaques.

[*Canta.*]

«Gachones de San Bernardo,
los que penais por Catana,
con mi cuchillo os aguardo
en el puente de Triana.
¡Ay Gitana, Gitanilla,
sandunguera,
caprichosa,
retrechera,
valerosa,
tú eres el sol de Sevilla.
Gitanilla! Gitanilla!»

Torm. Qué bien canta el arrastrado!
Otra coplilla, compadre.

Músico. [*Canta.*]
«Por ella en cárcel oscura.....»

[*Óyense dos tiros. Sobresaltado el Músico interrumpe su canto.*]

Rejon. No es nada. No os asusteis.

Músico. Dios mio!

Pintor. Vírgen del Cármen!

Rejon. Un pillo ménos.

[*Pancho y el Ladron 2.° vuelven á la escena.*]

Pancho. Negocio
concluido. Ya es cadáver.

Rejon. No transijo con ladrones.
Quien tal hizo, que tal pague.—
Mas no haya rencor, amigos,
que todos somos mortales.
Roguemos por su alma todos.

[*Breve pausa. Se quitan los sombreros y figuran rezar.*]

Dios le asista.

Torm. En paz descanse.

Músico. [*Aparte con el Pintor.*]
Y esta gente reza!

Pintor. Calla,
que pueden á ti rezarte
tambien.

Torm. Capitan, ahora
bueno será que nos cante
una copla.....

Rejon. No; ya basta.
No quiero mortificarle
más tiempo. El pobre va á pié,
Carmona está aún distante,
y va declinando el sol.

[*Al Pintor.*]

Maestro, despachad, que es tarde.

Pintor. En este momento acabo
mi dibujo.

[*Entregándoselo.*]

Dispensadme
que no os lo dé tan perfecto
como quisiera. No es fácil
en poco tiempo y temblando.....

Rejon. Qué decís? Si está admirable!
Este de en medio soy yo;
no es verdad? Vaya si es hábil
el pintor!

Pintor. Vuestra bondad.....

Rejon. Y el dibujo ¿cuánto vale?

Pintor. Qué! Nada.

Rejon. Nada? Yo soy
muy hombre.....

Pintor. Sí. (Dios me salve!)

Rejon. Y no ha nacido este cuerpo
para que lo pinten *grátis*.—

Ahí va ese par de medallas.

Pintor. Señor.....

Rejon. No hay que replicarme, que es caso de honra, y ¡por vida...

[*Las toma el Pintor.*]

Tomad vos, cantor de lance.

Músico. [*Tomando una onza que le da Rejon.*]

Mil gracias. (¡Por una copla trescientos y veinte reales! Ay del que venga detras!)

Rejon. [*Empujándolos.*]

Ea, al camino.—Dejarse de cortesías. Abur.

Pintor. [*Bajo al Músico yéndose.*]

Qué demonio de carácter!

Músico. Comparado con este hombre fué niño de teta *Jaime.*

ESCENA X.

REJON. TORMENTA. PANCHO. LADRONES.

Rejon. [*Examinando el dibujo. Los ladrones le rodean.*]

Por Dios que el dibujo es bello! Las peñas, los matorrales.....

[*Los ladrones apostados desaparecen en actitud de detener á algun pasajero.*]

Este es el músico. Este otro.....

[*Á Pancho.*]

Calla! Tu propio semblante. No ves? Gordo, carrilludo, los ojos como volcanes, las cejas.....

[*Va oscureciendo.*]

ESCENA XI.

REJON. TORMENTA. PANCHO. LADRONES. EL MARQUÉS.

Rejon. Qué es eso?

Torm. Un nuevo penitente.....

[*Llega el Marqués conducido por un ladron.*]

Rejon. Que se aguarde.

Torm. Es que.....

Rejon. Me encanta este cuadro.— Tú puedes desbalijarle, Tormenta.

[*Sigue contemplando el dibujo.*]

Torm. Bien.—Caballero, supongo que ya no os cabe duda alguna de que estais entre bandidos.

Marq. Robadme, y abreviad, que voy de prisa.

Torm. Ese orgullo, y ese traje, y el ver que viajais en posta, son evidentes señales de que no sois un cualquiera. Tanto mejor. Á ver? Dadme el pasaporte.

Marq. Tomad.

Torm. Estas son formalidades.....

[*Lee entre dientes.*]

«Em..... Marqués de Rivaparda.»

Rejon. [*Volviéndose rápidamente y echando mano al puñal.*]

Ya está aquí mi hombre. Dejadle, que ese corre de mi cuenta. Largo va á ser vuestro viaje, Marqués.

Marq. Qué intentas, villano?

Rejon. Castigar vuestras maldades.

[*Yendo á dar el golpe.*]

¿Qué veo! Esa cara..... Él es!

Torm. Le conoces?

Rejon. Mi ayudante! No, no me engaño. ¿Os llamais.....

Marq. No niego mi nombre á nadie. Gabriel de Zavala.

Rejon. Oh Dios! Y yo queria matarle! Ya no os acordais de mí? No me conoceis? Miradme.

Marq. No recuerdo bien.....

Rejon. Yo soy el sargento Alonso Suarez.....

Marq. Tú!

Rejon. Que en vuestro regimiento servia seis años hace.....

Marq. Sí, tú eres; y de infamia te cubriste.....

Rejon. Horas fatales. Me jugué un dia los fondos de la compañía....., un mártes por cierto, y me recetó yo mismo mudanza de aires. Desde entónces poseido de aquel vicio abominable..... Pero ni á vos os importan mis aventuras y afanes, ni yo por ahora tengo intencion de confesarme. Partid: vuestro nombre os salva; y ojo alerta en adelante, que no os faltan enemigos, y hay venenos y puñales.

Marq. ¿ Qué traidor......

Rejon. Juré guardar silencio. Saber os baste

que, aunque tengo un corazon
más negro que el azabache,
ni soy delator ni ingrato.
Siendo mi jefe me honrasteis
con vuestro aprecio, y mil veces
me colmasteis de bondades.

Marq. Eras valiente y honrado.
¿Quién creyera.....

Rejon. El hombre es frágil.

Marq. [*Bajando la voz.*]
Áun pudieras reparar
tus delitos.....

Rejon. Es ya tarde.
Idos.

Marq. Ah! ¡Quién me dijera
que en ese ejercicio infame.....

Rejon. Marqués!....

Marq. Otra fué algun dia
tu ambicion!

Rejon. ¡Voto á..... Dejadme.
¿Á qué recordarme ahora.....
Ya lloro como un cobarde.
Pagado estais. Id con Dios,
y sed venturoso amante.

Marq. (¡Gracias te doy, justo cielo,
pues permites que áun consagre
mi existencia al bien que adoro!)

Rejon. Ea, qué esperais? Á escape!

ESCENA XII.

REJON. TORMENTA. PANCHO. LADRONES.

Rejon. Ya os he visto murmurar
y de reojo mirarme,
mas decidme, camaradas,
¿será justo que yo bañe
mi sanguinario puñal
en la esclarecida sangre
de un oficial á quien debo.....

Pancho. Quién te obliga á que le mates?
¿Qué nos importa á nosotros
bandidos, no sacristanes,
que viva ó muera un marqués
donde los hay á millares?
Pero dejar que se vuelva
al camino sin robarle.....

[*Murmullo de los ladrones.*]

Rejon. Silencio, canalla ruin!
Nadie la voz me levante.
Ántes que salga la luna
veréis cómo os satisface
Rejon.

Torm. Valga tu palabra,
mas la que anoche empeñaste
á aquel hombre.....

Rejon. Poco importa
que á aquella palabra falte,
pues no la dió la amistad.
Mas por si acaso no trae
en su poder las cien onzas
temiendo que yo le engañe,
me ocurre un ardid.... Caifas,
ve á desnudar el cadáver
de Simon. Con tu cuchillo
desfigura su semblante.....

Ladr. 2.° Entiendo. [*Vase.*]

Rejon. Apénas se ve.
Fácil me será engañarle.
No ha de venir tan despacio
que á reconocer se pare
á un difunto, ni es tampoco
de aquellos hombres audaces,
y sin conciencia..... Yo vi
que le temblaban las carnes
sólo de intentar su crímen:
¿qué será cuando señale
mi mano el helado cuerpo?
Pero si es tan arrogante
que á examinarlo se atreve
y hacemos la farsa en balde,
no por eso receleis
que las cien onzas os falten.
Yo os prometo.....

Torm. Un hombre solo
baja por esos jarales.

Rejon. Él será, pues se mantienen
tan quietos los vigilantes.

Torm. ¡Qué pálido.....

Rejon. No os lo dije?—
Señor don Gerardo, avance
vuestra merced.

ESCENA XIII.

D. GERARDO. REJON. TORMENTA. PANCHO. LADRONES.

Gerardo. [*En la mayor turbacion.*]
¿Dónde..... ¿Quién.....
Dónde está el jefe?—Llevadme.....

Rejon. En vuestra presencia está
si algo teneis que mandarle.
Mas venís tan azorado,
tan descolorido..... Dadle
la bota.....

Gerardo. No.

Rejon. Extraño mucho
que Gines no os acompañe.

Gerardo. Gines!.... No existe. Él caballo
desbocado..... Muerto yace
en un barranco.

Rejon. Sí? Os doy
mi enhorabuena. ¡Pillastre
más socarron..... Él ha sido
el autor de vuestros males.

Gerardo. No sé, ni quiero saberlo.

Rejon. Oh! Lucifer bien lo sabe.

Gerardo. Vino..... el Marqués?

Rejon. Sí, poco ha.

Ya podeis encomendarle
á Dios.

Gerardo. Oh cielo!....

Rejon. Vendréis....,
eso no puede dudarse,
á dar cumplimiento.....

Gerardo. Sí.

Rejon. Vivan los hombres puntuales.
Tambien lo ha sido Rejon.

[*Asiéndole del brazo y llevándole hácia su derecha.*]

Veis aquel rastro de sangre?

Gerardo. Oh qué horror!

[*Vuelve los ojos.*]

Suelta, asesino!

Rejon. Ahora venís á acusarme?
El asesino sois vos.

Gerardo. Yo?.... Sí!

Rejon. Pero eso no vale
la pena..... Mirad.

Gerardo. No más.
Déjame huir, miserable,
adonde mi atroz destino
tal vez ¡ay de mí! me arrastre
á nuevos horrores.—Toma;
tu codicia vil se sacie.

[*Le arroja un bolson.*]

Más que te ofrecí te doy.—
Oh amor, amor execrable!
Por ti mi infamado nombre
maldecirán los mortales.
Elena!.... Logre yo al ménos
que tu corazon se apiade
aunque el rayo vengador
á tus piés me despedace.

ESCENA XIV.

REJON. TORMENTA. PANCHO. LADRONES.

Rejon. (Desventurado!) Que vengan
los camaradas, Galafre.

[*Galafre se coloca sobre una altura y da un silbido, á cuya señal acuden por diferentes lados todos los de la cuadrilla. Otro ladron recoge lo robado.*]

Recoge tú ese pañuelo,
y cuidado con pringarte
como Simon, si no quieres
ir al infierno á buscarle.—
Están todos?

Torm. Sí.

Rejon. Pues largo,
que es hora de retirarse.—
Toma tambien esa bolsa.
Todo es vuestro, miserables!
Repartidlo entre vosotros.

Torm. Y tú?

Rejon. Yo os cedo mi parte.

Ladr. 2.° No, no es justo.....

Rejon. Y desde ahora,
queda mi plaza vacante.

Torm. Capitan! ¿Será posible
que abandones.....

Rejon. Nadie me hable.
Vuestra vil desconfianza,
vuestra codicia insaciable,....
las justas reconvenciones
de mi bizarro ayudante.....
Basta. Yo no os hago falta.
Buscad, buscad quien os mande.—
Adios! En mi corazon,
os lo confieso, renacen
los honrados sentimientos.....
Áun soy el sargento Suarez.
Áun puedo emplear mi brazo
en empresas más laudables,
más dignas de quien llevó
las insignias militares.
Áun puedo, Dios bondadoso,
expiar tantas maldades
por mi patria y por mi Reina
vertiendo toda mi sangre.

[*Rejon desaparece. Algunos de los ladrones hacen ademan de seguirle; otros contienen á estos; los restantes manifiestan sorpresa y admiracion.*]

ACTO QUINTO.

Interior de una cabaña. La luz de la luna penetra en ella por una ventana situada en el foro. La puerta que sale al zaguan está colocada á la derecha del actor. En frente hay otras dos que guian á los demas aposentos. En el foro una alcoba cubierta con una cortina de coton. Se supone que esta alcoba se comunica tambien con otras piezas interiores, y que la casa tiene otra salida al campo. Algunas sillas rústicas y una mesa de pino son los únicos muebles que adornan la habitacion. Sobre la mesa luce un velon.

ESCENA I.

ELENA. PASCUAL. BLASA.

[*Elena aparece sentada y en la más profunda melancolía.*]

Blasa. Consoláos, señorita.
Si en esta cabaña pobre
no os podemos ofrecer
los placeres de una corte,
en ella encontrais al ménos
dos piadosos corazones
que ya que no la remedien
vuestra desventura lloren.
Elena. Sí.—Mi cabeza..... Jurara
que tengo sobre ella un monte.

[*Se despeina.*]

Ah! Ya respiro.
Pascual. Infeliz!
Blasa. Buen Dios, haced que recobre
sus sentidos!—Vuestro tio
debe llegar esta noche.....
Elena. Gabriel! Gabriel!
Blasa. Él os ama.
¿Qué importa que os abandone
un traidor.....
Pascual. Quién lo creyera!
Nos dió tan buenos informes
de su merced el sujeto
que trajo el niño, y tan noble
ha sido su proceder
con nosotros..... ¡Cien doblones
por guardarle su secreto!
(Yo lo descubrí por doce.)
Elena. Dónde estoy? ¿Quién me ha traido
á este solitario bosque?
Asesinos! Ah! Piedad!
Piedad! Nadie me socorre?
Blasa. No temais aquí, señora,
á asesinos, ni á ladrones.
Estais entre gente honrada
que os sirven con mil amores
y al lado de vuestro hijo,
ya que un fementido rompe
los santos lazos.....
Elena. Qué altiva!
¡Miradla cómo dispone
los atavíos nupciales!
Dejadla, amigos, que goce
de su soñada victoria,
de sus dulces ilusiones.
Mio es Gabriel, sólo mio.
No temais que me le roben
la ingratitud, la calumnia,
la intriga..... Cielos! El coche!
Soy perdida. Deteneos!

[*Se levanta.*]

Ah! nadie escucha mis voces.
Ella me mira altanera;
él de mis ojos esconde
su yerto rostro que anuncia
remordimientos atroces.
Blasa. Ah! ¡Señorita.....
Elena. Miradla.
Qué de joyas! qué de flores!—
Cuánto embellece la dicha!
Yo desvalida, yo pobre.....
Mis ojos sin expresion,
mis mejillas sin colores.....
Hace bien en despreciarme.
¡Soy ludibrio de los hombres
y oprobio de las mujeres!
Pascual. Cesen ya vuestros clamores.
Mirad.....
Elena. Silencio! Ya llegan
al ara. Ya el sacerdote.....
Esto es hecho! Ya reciben
los venturosos consortes
mil plácemes..... No, perjuro!
Ántes que tu triunfo logres,
yo te arrancaré del alma,
aunque el mundo me lo estorbe,
la imágen de mi rival.
Si quieres que te perdone,
vuelve la paz á mi pecho,
vuelve el honor á mi nombre,
vuélveme el hijo adorado!
Blasa. Qué! ¿ya olvidais que os acoge
un mismo techo, señora?

Elena. Ah! sí, sí. Honrados pastores,
perdonadme. No extrañeis
que tantas penas me agobien.
Tened compasion de mí.
¡Por Dios..... ¿Quereis que me postre
á vuestros piés? Dadme, os ruego,
la prenda de mis amores.
Pascual. Allí.....
Blasa. [*Á media voz.*] Pascual!....
Elena. [*Corriendo al foro.*] Hijo mio!—

[*Mirando adentro por entre la cortina. Pascual y Blasa no se separan de Elena.*]

Dejad, dejad que repose.
Cuán apacible es su sueño!
Ay! criminales pasiones
no le cercan todavía
de fantasmas y de horrores.
Duerme, amor mio. Yo en balde
una noche y otra noche
ese consuelo demando
al cielo que no me oye.
Un solo sueño á mis ojos
reservan ya sus rigores;
el de la tumba!
Blasa. Qué dicha!
Otra vez le reconoce.
Elena. Tú mi consuelo serás.....
¡Por Dios, amigos, que ignore
su cuna; no me maldiga,
no abomine de mi nombre!
Blasa. [*Aparte con Pascual.*]
Ten cuidado.....
Pascual. Nada temas.
Elena. Cuán hermoso!.... Ah! ¡No malogren
tus hechizos infantiles
los cierzos asoladores!
No más. Perdona, hijo mio,
que tu blando sueño viole
mi amoroso labio..... Cielos!
Él es! él es!.... Qué facciones!
Infame! ¿Tú á la inocencia
para evitar mis rencores
robas el amable rostro?
No de tu triunfo blasones.
Sí, él es! Venganza!.... Un puñal!...
Blasa. Deteneos!
Elena. Nadie me oye?
Un puñal!—Mas ¿quién me impide
que entre mis brazos le ahogue?

[*Va á penetrar furiosa en la alcoba y Pascual la sujeta.*]

Blasa. Pascual!
Pascual. Qué haceis?
Elena. [*Da un grito de espanto y se desmaya.*]
Ah! Mi hijo!
Blasa. [*Entrando en el dormitorio.*]
Detenla.
Pascual. Ocúltale. Corre.

ESCENA II.

ELENA. PASCUAL.

Pasc. Señorita!.... No respira.
Parece estatua de bronce.—
Ah! ya suspira.
Elena. [*Desprendiéndose de los brazos de Pascual.*]
Dejadme.

ESCENA III.

ELENA. PASCUAL. BLASA.

Blasa. ¡Señorita.....
Pasc. No la enojes.
Retírate.
Elena. ¿Ni un momento
me he de ver sola?
Blasa. Dan golpes
á la puerta.—Corre á ver
quién es.

[*Pascual va á abrir.*]

Señorita!—Inmóvil,
pálida como la muerte,
me mira y no me responde.

ESCENA IV.

EL MARQUÉS. ELENA. PASCUAL. BLASA.

Marq. ¿Dónde está, dónde..... Ella es!

[*Corre á los brazos de Elena.*]

Pasc. (Quién será este hombre?)
Marq. Alma mia!—
Callas!
Pasc. Buen lance sería.....
Marq. Soy tu Gabriel.
Blasa. [*Á Pascual.*] El Marqués!
Marq. Sí, yo soy. Dios bondadoso
quitó á mis ojos la venda,
y al fin mi adorada prenda
recobro. Quién más dichoso?
Elena!.... Qué! ¿ni un acento.....
Ni áun fijas en mí los ojos.....
Cesen, cesen tus enojos,
y no en tán feliz momento.....
Blasa. Ah señor! La desdichada
ha perdido la razon.
Marq. ¿Qué decís!
Pasc. Da compasion.
Está loca rematada.
Marq. Loca!
Blasa. Ay! sí. Fatalidad!....
Marq. Cielos! ¿Tambien esta pena
me reservabais? Elena!
Elena. ¿Quién... Quién es ese hombre?-Hablad.

Marq. Soy tu Gabriel. Vuelve en ti.
Elena. No. Loco estás. Tú Gabriel!
Marq. Sí, Elena.
Elena. Si fueras él
no te acercaras á mí.
Él tiene una alma feroz;
tú eres tierno y compasivo.
Marq. Y á tal dolor sobrevivo!
Elena. Qué bien me suena tu voz!
Sin duda el cielo te envía
á ser mi ángel tutelar.
Ah!.... Yo te quisiera amar.
Podré amarte?
Marq. Elena mia!
Elena. Tuya? No. Jamás, jamás!
Por qué me das ese nombre?
Marq. Porque te adoro.
Elena. Eres hombre.
Marq. Te juro.....
Elena. Me engañarás.
Tambien Gabriel me juraba
ardiente y eterno amor,
y su labio seductor
mi desventura labraba.
Le conoces?
Marq. Sí, mi bien.
Elena. ¡Ah cuál fuera su contento
si ahora viese mi tormento!
Corre á darle el parabien.
Marq. Mira que estás engañada.....
Elena. Sí, mi parabien sincero.—
No le digas que yo muero
celosa y desesperada.
No digas que llevo á mal
su inconstancia, su perfidia.
No digas que Elena envidia
el triunfo de su rival.—
Y por qué? Tú no me amas?
Marq. Sí, sí, y el lazo dichoso.....
Elena. ¡Qué bálsamo delicioso
en mi corazon derramas!
¿Y hay un hombre, oh maravilla!
que en medio á tanta amargura.....
No retardes mi ventura.
Partamos pronto á Sevilla.
Allí me quiero casar.
Mi gloria será mayor
cuando contigo el traidor
me vea al pié del altar.—
¡Qué bello novio!.... Es mi encanto.
Mas no he de engañarte; no.
¡No tengo otra dote yo
que mi vergüenza y mi llanto!
Marq. No. Yo tu virtud confieso
y mi error fatal maldigo.
Á Dios pongo por testigo.....
Elena. Siento en los ojos un peso.....
Oh! Si pudiera llorar.....
Quién mis lágrimas detiene?—
Quién es ese hombre? Á qué viene?
No me dejan descansar.
Marq. No hay esperanza!—Mi dueño!....
Blasa. Callad. Tal vez si se duerme.....
Elena. Ya no puedo sostenerme.
Llevadme. El cansancio.., el sueño...
Blasa. Venid, señorita. Vos
no la sigais.
Marq. Un instante.....
Elena. [*Retirándose lentamente apoyada en Pascual y Blasa.*]
Su voz..... Su grato semblante.....
No me desperteis por Dios!

ESCENA V.

EL MARQUÉS.

Dueño infeliz de mi vida,
en qué situacion te veo!
Tarde tu virtud conozco,
tarde reparo mis yerros.
Siempre te amé, dulce Elena,
mas con colores tan negros
te pintaron á mis ojos
y tanto fué mi despecho.....
¡Oh si la razon perdida
pudiera volverte á precio
de toda mi sangre!—Amigos.....

ESCENA VI.

EL MARQUÉS. BLASA. PASCUAL.

Blasa. Ya por fin tranquilo sueño
cerró sus ojos. Tal vez
cese con él su tormento.
Mas pudiera despertar
de improviso, y mucho temo
que si os ve y os reconoce
sin prevenirla primero,
llegue su fatal demencia
al más lastimoso extremo;
tal es el horror que os tiene!
Marq. Horror! Ah! no lo merezco.
Las apariencias me culpan,
mas sabe Dios que mi anhelo
fué siempre hacerla dichosa,
y si mi destino adverso
me lo impide, ni en la tumba
tendrá fin mi sentimiento.
Blasa. Sois noble, señor Marqués;
procedereis, yo lo espero,
como tal; mas una intriga
cuyo orígen no comprendo
á los ojos de esa dama
parecer os hace reo.
Conviene que os retireis
hasta que se vea el medio
de anunciaros.....
Marq. Sí; bien dices.
Oh! mi amor está dispuesto
á mayores sacrificios.
Blasa. Seguidme. Al pié de ese cerro,

cien pasos de esta cabaña
hay otra. En ella os ofrezco
pobre, mas seguro albergue,
porque la habitan mis deudos.
Por la puerta del corral
el camino acortarémos.
Allí, señor, vuestras penas
hallarán dulce consuelo
en el tierno fruto.....

Marq. Oh Dios!
¿Voy á ver.....

Blasa. Pocos momentos
ántes de vuestra llegada
allí lo envié temiendo
que en un rapto de demencia.....

Marq. Basta. Guiadme. Volemos.
Oh prenda de mis entrañas!
Podré abrazarte á lo ménos!

ESCENA VII.

PASCUAL.

Y el tio, que va á venir.....
No hay duda, aquí hay un misterio
incomprensible..... ¿Y por qué
me he de devanar los sesos
para averiguar asuntos
que no me importan un bledo?

[*Se queda pensativo.*]

ESCENA VIII.

D. GERARDO. PASCUAL.

Gerardo. Esta es la cabaña. Sí.—
Yo no sé cómo me encuentro
en ella. Mi agitacion.....
El atroz remordimiento
que me despedaza.....

Pascual. [*Asustado.*] ¿Quién.....
Qué me quereis? ¿Qué... (Yo muero.)

Gerardo. No me conoces?

Pascual. Ah! sí.
¡Vos..... Don Gerardo.....

Gerardo. Silencio!
Vino Elena?

Pascual. Sí, señor.

Gerardo. Dónde, dónde está?

Pascual. Durmiendo.

Gerardo. Durmiendo! Y yo por su causa.....
¿Dónde ha encontrado el secreto
de ensordecer de ese modo
á los horribles acentos
de la conciencia? Ella sola
no ve entre el crímen y el sueño
una muralla de bronce.

Pascual. ¿Qué decis! Yo me estremezco.....

Gerardo. Sosiégate. Vengo á ser
el amparo y el consuelo
de esa víctima.

Pascual. No dudo.....
Mas venís tan macilento,
tan descolorido..... El rostro
desencajado, el cabello
erizado..... Qué teneis?

Gerardo. Todo el horror del infierno
dentro de mi corazon.

Pascual. Ah, señor!.... Yo no os ofendo,
yo, pobre de mí.....

Gerardo. Perdona.
Sin juicio estoy. Vengo muerto
de cansancio.

[*Se sienta apoyando el codo en la mesa.*]

(¡Cuál aumenta
mi terror el fin funesto
de Gines! Quizá me guarda
castigo mayor el cielo.—
Pero si nadie me acusa,
por qué gimo? por qué tiemblo?
Mañana al romper el dia
de esta comarca me alejo
con la ocasion adorada
de mis atroces tormentos.—
Y ¡qué! ¿tendré yo valor
para mostrarme sereno
á sus ojos y pedirle
de mi asesinato el premio?)

Pascual. Qué miradas! Qué terror!....
Cualquiera diria al veros.....

Gerardo. Miserable! Tú me acusas?
¿Quién te ha dicho que en mi seno
clamando está la conciencia?
¿Quién te ha dicho que yo veo
los abismos infernales
ante mis plantas abiertos?

Pascual. Por qué os alterais, señor?
Yo no he dicho ni por pienso.....

Gerardo. [*Viendo venir á Blasa.*]
Esa mujer.....

Pascual. Es la mia.

ESCENA IX.

D. GERARDO. BLASA. PASCUAL.

Blasa. (Don Gerardo!)

Gerardo. Dadme, os ruego,
dadme agua con que mitigue
mi ardiente sed.

Pascual. Al momento.
Corre, Blasa.

Blasa. (Yo no sé
por qué á su vista me aterro.)

[*Vase y vuelve luégo con agua en un vaso.*]

Gerardo. [*Sacando un par de pistolas y reconociéndolas.*]
(Si me sorprenden..... Mis armas.....
Bien están. Nada recelo.)
Pascual. Pistolas!.. (Dios mio! Este hombre...)
Gerardo. [*Al guardar las pistolas mira á Pascual, que está temblando.*]
Qué es eso? Qué tienes?
Pascual. Miedo.
Gerardo. De quién? De mí? Miedo no,
lástima sólo y desprecio
puedo inspirar á los hombres.
Blasa. Bebed.
Gerardo. Dame.
[*Bebe el agua con ansia.*]
Os agradezco
el bien que me haceis, amigos.
[*Elena atraviesa lentamente el teatro sin ver á nadie y se sienta pensativa al lado del foro.*]
Mas ¡ah! me engaña el deseo?
No es Elena? Ah! sí.—Pastores,
dejadme solo un momento
con ella.
Blasa. Pero.....
Gerardo. Alejáos,
ó mi cólera.....
Pascual. [*Aparte con Blasa.*]
Qué ceño!
Vamos, y estemos alerta.
Blasa. Desde esta alcoba observemos.
[*Entran en la alcoba.*]

ESCENA X.

ELENA. D. GERARDO.

Elena. [*Todavía sentada.—D. Gerardo la observa.*]

(Dónde estoy? Esta rústica cabaña.....
Quién me condujo á ella?
¿qué fué de la ciudad y del asilo
donde lloraba ayer? ¿cuál es la estrella
benigna que del mísero teatro
de mi oprobio me aleja? ¿qué se han hecho
mi rival engreida
y el amante traidor, que áun idolatro,
aunque me arranca su crueldad la vida?
¡Qué de ideas se agolpan á mi mente
en confuso tropel! Allí afrentada
por el que dueño fué de mi albedrío;
aquí más perseguida que adorada
por el hombre á quien nunca el pecho mio
podrá amar; allá aprestos conyugales;
las tinieblas aquí de horrenda noche....;
nuevo hospedaje....; un coche....;
el monte....; los bandidos....; esta choza....;
el inocente halago
de un niño, que mi ilusa fantasía
en retratar sin término se goza....;
aquella voz que áun suena
grata á mi corazon..... ¡Dios de justicia,
ten compasion de la infeliz Elena!
Disipa las tinieblas horrorosas
que ofuscan mi razon; ó si perdida
para siempre está ya, con ella al ménos
pierda yo mi existencia aborrecida.)

Gerardo. [*Acercándose lentamente.*]

(No me ha visto. En profundas reflexiones
absorta yace. Ni á mover la planta
me atrevo. La memoria
de mi crímen me espanta.

Ah, pese á mi flaqueza!....)

Elena. [*Se levanta estremecida.*]
Oh Dios! ¿Qué veo!
¡Vos.....

Gerardo. Yo soy. Mi presencia te sorprende?

Elena. Mi tio!

Gerardo. Por ventura
¿no me esperabas tú? Recobra, Elena,
la paz del corazon. De hoy más serena
brillará para ti la luz del dia.
Ya tu venganza se logró, y la mia.

Elena. Venganza! Esos acentos
despedazan mi pecho acongojado.
¿Acaso mis tormentos
á su colmo, señor, áun no han llegado?

Gerardo. No á su colmo, bien mio;
di más bien á su término dichoso.
No blanco á los ultrajes de un impío,
no triste, abandonada, envilecida
arrastrarás tu dolorosa vida.
No en brazos de su cómplice soberbia
hará tu ingrato amante
vil escarnio de ti. Yo que te adoro
vengo ufano á enjugar tu amargo lloro.

Elena. Acabad. ¿Qué misterio..... ¿Qué infortunio
me venís á anunciar?

Gerardo. ¿Ya has olvidado
que la venganza de la atroz ofensa
hecha á tu tierno amor me has confiado?
¿Ya has olvidado que tu labio hermoso
me ofreció la más dulce recompensa.....

Elena. Ah! qué recuerdo horrible!
Sí, yo creo...., yo temo..... Dios piadoso!
Y ¡qué! ¿será posible.....
Tiemblo, tiemblo de oiros,
y á mi pesar lo anhelo.
Hablad, matadme de una vez.

Gerardo. (Oh cielo!
Su dolor, su sorpresa.....
¿Será que áun la razon no ha recobrado....,
ó arrepentida ya de su promesa.....)

Elena. Callais! Ese silencio
aumenta mi terror.

Gerardo. Juré vengarte,
que más que el mio me irritó tu agravio;
y cuando al fin tu labio
despues de tantos años de desvíos
abrió mi corazon á la esperanza,
volviera yo á tus ojos sin venganza?
Sí, tu vil seductor, ese funesto
rival, que nunca fuera
digno del corazon que me usurpaba,
ese monstruo de orgullo y de egoismo,
que te ha dejado en mísero abandono,
víctima de mi furia y de tu encono
nadando en sangre descendió al abismo.

Elena. Ah!.... Mi Gabriel! El alma.....
se me arranca..... del pecho. Ay prenda mia!
Tú muerto..... y yo respiro!

Gerardo. (Perdido soy.) Elena!

Elena. Ah! pronto, pronto mi postrer suspiro.....
Yo siento de tu muerte la agonía

en este corazon desconsolado
donde siempre tu imágen ha reinado.

Gerardo. Qué! ¿tú lloras al pérfido.....

Elena. Verdugo!
¿Cómo tienes aliento
para mirarme aún? ¿Cómo te atreves
á insultar con tu rostro y tus palabras
á esta infeliz mujer? ¿Ningun asilo,
ni la tumba tal vez, que anhelo en vano,
me salvará de ti? ¿Qué tigre hircano
á tu fiereza iguala?
¿Así de la conciencia
desoye atroz los formidables gritos
tu abominable pecho,
albergue del horror y los delitos?
Áun no has saciado tu crueldad sangrienta?
¿Querrás tambien para colmar tu triunfo
aquí arrastrar el pálido cadáver
y con feroz sonrisa
contando mis inútiles gemidos
en sus tristes despojos,
bárbaro! aleve! apacentar tus ojos?

Gerardo. ¿Y eres tú, desdichada,
tú, cuya saña impía armó mi brazo,
la que me insulta y me condena ahora?

Elena. No. Tu lengua impostora
cómplice quiere hacerme de tu crímen.
¿Cómo pudiera yo la muerte horrenda
pedirte, á ti! del que constante amaba
á par del alma mia?

Gerardo. Era un vil corruptor que te vendia.....

Elena. Era aquel que mis votos
oyó de eterna fe, de amor eterno;
aquel á quien mi tierno
corazon eligió, mi bien, mi amigo,
y el padre en fin de un hijo idolatrado
que á maldecirte aprenderá conmigo.

Gerardo. Oh vergüenza! oh furor!.... ¿Podrás negarme
que de injurias tu lengua le cubria
y ayer mismo su muerte me pedia?

Elena. Debió de ser delirio.
Y ¿qué mucho si el bárbaro martirio
que mi inocente pecho laceraba
de venganza y de muerte
insensatos acentos me dictaba?
Tú, que blasonas para mengua mia
de amante verdadero,
del amor desconoces la demencia?
¡Cuántas veces juraste en mi presencia
librarme de la tuya, que abomino!
Y has cumplido tu voto temerario?
¡Cuántas veces juraste el sanguinario
puñal hundir en mi angustiado seno,
á tu vano clamor inaccesible!
Y áun vivo á mi pesar! ¡Y áun me reserva
mi destino inflexible
el horror de mirarte!

[*Blasa y Pascual se asoman de cuando en cuando con precaucion.*]

Gerardo. Sí, tu sombra
seré, seré el suplicio de tu vida,
ya que el ansiado título me niegas

de amante y protector. Si tan funesto
mi amor fué para ti, contempla, ingrata,
cuánto más lo será mi justo encono.
Tiembla, que ya á su impulso me abandono.
¡Y torpe te halagaba el labio mio!
¡Y de tu mano á la falaz promesa
di crédito! Oh flaqueza! oh desvarío!

Elena. Mi mano á ti! Jamás! Oh! ¿Cómo pudo
tan vil promesa pronunciar mi labio?
La que tierno amador te aborrecia
¿cómo asesino infame te amaria?
¿Quién, quién te dió el derecho
de vengar mis injurias?
¿Quién de mi amante pecho
los íntimos arcanos
te ha enseñado á inquirir? Si atribulada
en amargas querellas prorumpia,
quizá mi tierno llanto
al frenético labio desmentia.
Quizá cuando tus iras provocaba
contra mi dulce esposo
entónces más que nunca yo le amaba.
Ay! tal vez inocente
bajó al sepulcro el adorado mio.
Tal vez si en sus entrañas
tú no hubieras clavado el hierro impío,
ahora..... aquí..... postrado
su inocencia probara. Ay cara prenda!
¡Y cuán fácil, cuán fácil le sería
de mi pecho encontrar la usada senda!—
Mas ¿qué digo? Cruel, falso, perjuro
á mi Gabriel quisiera,
y á ti, constante y fiel, te aborreciera.

Gerardo. Ese aborrecimiento
con que afligirme acaso te figuras
es mi consuelo en tantas amarguras.
Tu amor, tu mismo amor que en mi demencia
anhelé noche y dia
no me fuera más grato. La vehemencia
de mi pasion terrible
la pugna requeria
de otra pasion profunda, irresistible.
Así mal de tu grado
tu corazon al fin he sojuzgado.
Lazos tambien, ya es fuerza que lo diga,
tiene el rencor con que las almas liga.
Tú no sabes, perjura,
cuán grande es, cuán cruel tu desventura.
El triste amante que tu pecho llora
inocente murió. Su crímen solo
fué el osar disputarme tu cariño.
Por ti forzado á recurrir al dolo,
á la calumnia vil, yo de traidora,
yo te acusé de pérfida y liviana.
¡Y cuál el fruto de mi engaño ahora
supera á mis deseos! ¡Cuál me gozo
en tu dolor!

Elena. Infame!.... ¡Y no te traga
la tierra!

[*Blasa y Pascual salen de la alcoba, y se van acercando sin ser vistos de D. Gerardo.*]

Gerardo. Á muerte aciaga

me condena, lo sé, mi atroz destino;
mas tu postrer sollozo
primero he de escuchar.

[*Saca un puñal: Blasa y Pascual le sujetan.*]

¡Muere.....

Blasa. Asesino!
Pascual. ¿Qué haceis!
Elena. No tiemblo. Herid.
Gerardo. [*Deja caer el puñal.*]
Ay miserable!
¿Á qué horroroso extremo me arrebata
mi insensato furor? Qué! ¿no estoy harto
de crímenes aún? Gran Dios! ¡Mi acero
en tu adorada sangre!.... Ántes la mia
mil veces y otras mil derramaria.—
Perdona..... Ciego estoy.....

[*Elena se ha dejado caer sobre una silla con muestras del más vivo dolor.*]

¡Dios justiciero,
ántes que rompa de mi vida el lazo
tu omnipotente brazo,
pueda mi contricion..... Elena!—Amigos,
llevadme á otro aposento.
Quisiera sin testigos
reposar un momento.
Si pudiera escribir.....
Blasa. Pascual.....
Pascual. Seguidme.
Gerardo. Sostenme, amigo. Fallecer me siento.

[*Vase por la izquierda apoyado en Pascual.*]

ESCENA XI.

ELENA. BLASA.

Elena. Inocente mi Gabriel!
Hay mujer más desdichada?
Blasa. Inocente y siempre fiel.
Siempre de él fuisteis amada
como vos le amais á él.
Elena. Ah! cuál me habrá maldecido
en su hora postrera!
Blasa. No!
Elena. ¿Por qué el puñal atrevido
que su sangre derramó
en mi pecho no se ha hundido!
Blasa. Señora, tan triste suerte
quizá no os reserva el cielo;
quizá no es cierta su muerte.....
Elena. Ah! cómo puedo creerte?
Ya no hay para mí consuelo.
Si tú sabes por ventura
dónde yace el cuerpo frio....,
ay! tal vez sin sepultura.....
guia; apure el labio mio
el cáliz de la amargura.
Blasa. Vano error os atormenta.
Vuestra pena va á cesar.
Elena. ¡Pueda la herida sangrienta
mi amante labio besar,
y yo moriré contenta!

ESCENA XII.

ELENA. PASCUAL. BLASA.

Blasa. [*Aparte con Pascual.*]
Qué hace ese hombre?
Pascual. Está escribiendo.
¡Vierte unas lágrimas..... Oh!....
Blasa. Llama al Marqués.
Pascual. Voy corriendo.
Blasa. Y que no éntre hasta que yo
por esa ventana.....
Pascual. Entiendo.

ESCENA XIII.

ELENA. BLASA.

Blasa. No lloreis, señora mia.
Elena. Ay triste!
Blasa. Mirad por vos.

De la suerte mas impía
suele triunfar el que fia
en la clemencia de Dios.

[*Bajando la voz.*]

No lloreis por vuestro amante.
Elena. Sólo vivia por él;
y ¡qué! ¿su muerte cruel.....
Blasa. Quizá dentro de un instante.....
Elena. ¿Qué oigo!
Blasa. Vive don Gabriel.
Elena. Vive!—¡Por Dios, por tu vida
no me engañes!
Blasa. Vive, sí.
Yo os lo juro.
Elena. ¿Y dónde..... Di.....
Blasa. Callad!—Vuestro tio allí.....
Si nos oye, soy perdida.
Muerto le juzga..... Su error
prolongue el cielo piadoso.
¡Cuál sería su furor
al saber que vuestro esposo
ciego cual nunca de amor.....

Elena. [*Bajando la voz y con suma ansiedad.*]

Dónde está?
Blasa. Cerca de aquí.—
Con vuestro hijo.
Elena. Oh ventura!
Tú le viste?
Blasa. Yo le vi
y los gemidos oí
de su amorosa ternura.
Elena. Oh dicha! oh gozo increible!....
Blasa. Tambien le habeis visto vos.
No ha mucho que aquí los dos.....
Elena. Volemos.....

Blasa. [*Viendo venir á D. Gerardo.*]

Ya no es posible.—
Disimulad.
Elena. Justo Dios!

ESCENA XIV.

ELENA. D. GERARDO. BLASA.

Gerardo. [*Lloroso y en el último abatimiento.*]

No te turbe mi presencia,
que ya tu amor no mendigo,
ni áun siquiera tu clemencia.
Dictó el cielo mi sentencia:
voy á sufrir su castigo.
Mi amor funesto ha labrado
la desdicha de los dos.
De amarte mal de mi grado
perdon te pido humillado
al darte el último adios.
No me es dado, bien lo sé,
cual quisiera reparar
los males que te causé;
pero te puedo vengar,
Elena,.... y te vengaré!
Dióme el cielo un corazon
á la virtud inclinado;
y una funesta pasion
hácia el crímen ha cambiado
su primera inclinacion.
Generoso y compasivo
no te pude merecer,
y tu fatal atractivo
me forzó, infeliz! á ser
falso, opresor, vengativo.
¡Nunca te hubiera mirado
y tranquilo yo viviera,
y no sería un malvado,
y no por ti pereciera
maldito y desesperado!
Nunca te sedujo el oro.
Ay! harto lo sé y lo lloro.
Ni hay consuelo á tanta pena,
ni paga una vida, Elena,
el más crecido tesoro.
Mas aunque víctima fuí
de tus amargos desdenes,
y nada quieres de mí,
¿á quién diera yo mis bienes
sino á quien el alma di?
Mi heredera universal
te instituye este papel.
Toma. La historia fatal
tambien he trazado en él
de mi pasion criminal.

[*Llega Pascual por la izquierda y habla en secreto con Blasa.*]

Elena. Señor, no aumenteis mis penas.
Vivid.....
Gerardo. Es tambien delito?
Hasta en esto me condenas?
Ay! quisiera haberlo escrito
con la sangre de mis venas.
Lo desprecias por ser mio?
Oh! no de un amante odioso
que mereció tu desvío;
recíbelo de tu tio....,
de tu padre cariñoso.
Toma, y con piadoso acento
cuando mores algun dia.....

[*Mira por la ventana.*]

Mira: allí, en el firmamento.....
Dios! qué veo? Sombra impía,
¡aparta, aparta..... Oh tormento!
Le he visto! Su rostro airado.....
La profunda herida..... Es él!
Él me aleja de tu lado.—
Adios! Espectro cruel,
suéltame! Serás vengado.

[*Huye aterrado por la puerta de la derecha dejando caer el papel.*]

ESCENA XV.

ELENA. PASCUAL. BLASA.

Elena. Mísero!

Blasa. [*Mirando por la ventana.*]
Al Marqués no veo.—
Quizá impaciente su amor
ya no resiste al deseo.....
Cese ya vuestro terror.

Pascual. Si se encuentran.....

Blasa. No, no creo.....

Pascual. ¿Adónde irá el desdichado.....

Blasa. [*Dirigiéndose hácia la izquierda. Elena la sigue temblando.*]
Síguele tú.....

Pascual. ¿Y quién podrá.....
[*Mirando por la ventana.*]
Gran Dios!

Marq. [*Dentro.*] Elena!

Pascual. Ha montado
una pistola.

ESCENA ÚLTIMA.

EL MARQUÉS. ELENA. PASCUAL. BLASA.

[*El Marqués entra por la izquierda.*]

Blasa. Aquí está!

Marq. Elena!

Elena. Gabriel amado!

[*Al abrazarse Elena y el Marqués suena un pistoletazo.*]



EL HOMBRE GORDO,

COMEDIA EN UN ACTO.

Representada por la primera vez en el teatro del Príncipe el dia 6 de Enero de 1835.

PERSONAS.

ROSITA.
DOÑA QUITERIA.
LUPERCIA.
D. JERÓNIMO.
D. LUIS.
D. ESTÉBAN.
EL ADMINISTRADOR.
D. ALBERTO.
D. FACUNDO.
D. CÉSAR.
D. LÚCAS.
D. VENANCIO.
TOMÁS.

La escena es en Madrid. El teatro figura el despacho de billetes de una empresa de coches-diligencias. Á la derecha un mostrador con papeles, escribanía, etc.; á la izquierda una puerta, en el foro otra más grande, que da á un patio, y junto á ella se verá de costado una góndola capaz de trece asientos. En el escenario habrá algunas sillas y en diferentes lugares maletas; cofrecillos, sacos de noche, etc. Al levantarse el telon aparece el Administrador escribiendo y dando órdenes, y varios mozos que recogen los indicados efectos y los van colocando en la vaca de la góndola.

ESCENA I.

EL ADMINISTRADOR. MOZOS.

Administrador. Vamos, dáos prisa, muchachos. La hora de marchar se acerca, y es preciso servir al público con puntualidad si hemos de acreditar este nuevo establecimiento. [*Repasando el registro.*] Berlina: cero, cero, cero.—Interior: don Luis de Araujo, doña Rosa Tafalla, don Venancio Trigueros con su esposa doña Quiteria Romeral, y su criada Lupercia Préjano. Falta un asiento.—Rotonda: don Facundo Gutierrez, don César Luzuriaga, don Lúcas García, estudiantes.—Otro asiento desocupado, y con este son cinco. En tres cuartos de hora que nos quedan difícil es que se ocupen. Mal viaje vamos á echar! Pero señor, ¡que hayan de ser tan sedentarios mis compatriotas! Por más esfuerzos que hace la empresa para complacerlos, por más que ha rebajado los precios establecidos en otras...., nada! inmóviles!

Esto es un cargo de conciencia.
Nunca saldrán del parasismo
aunque les diga el catecismo
«contra pereza, *diligencia.*»

Acabad de colocar esos efectos en la vaca, y al mayoral que vaya aviando el ganado.

ESCENA II.

D. LUIS. ROSITA. EL ADMINISTRADOR.

Luis. Buenos dias, amigo don Benito.
Administrador. Oh, señor don Luis!.... Señorita..... Tomen ustedes asiento.

Rosita. Estamos bien. ¡Para lo que tardarémos en partir!
Administrador. Media hora larga.
Rosita. Media hora todavía! Buen Dios! Si ántes lo sabe mi tio.....
Luis. Qué ha de saber? Ocupado con el pleito.....; siempre á vueltas con el abogado, el procurador, el escribano, los porteros..... Ya le ha caido que hacer! Y con aquella humanidad..... Para mover un pié necesita pedir permiso al otro.
Administrador. Supongo que ya se habrá celebrado el casamiento.....
Rosita. Sí, señor; anoche en el oratorio de mi tia. Pero casarse una así...., en secreto...., entre bastidores como quien dice..... ¡Que mal hayan los tios que son tutores de sus sobrinas y no las dejan colocarse á su gusto!
Luis. Si al cabo nos hemos casado, ¿qué importa.....
Rosita. ¡Y te parece poco sacrificio el renunciar á la comida de fonda, los parabienes de las amigas, los bríndis, los madrigales, la broma, el baile de ordenanza..... ¡Y sobre todo el poder una decir: soy casada!
Administrador. Esas son pequeñas privaciones que no deben acibarar el pan de la boda.
Rosita. El pan de la boda! ¡Sí, por esos caminos de Dios.....

Luis. Si es preciso!
Rosita. Ya lo veo.
Pero ¿por qué cierto autor
con alas pinta al Amor,
con grillos al Himeneo?
Luis. Poco le honran, segun creo,
en Madrid, cara consorte.
La libertina cohorte
ya en descrédito le puso,
y avergonzado y confuso
sale huyendo de la corte.

Administrador. El viaje es muy breve. Al anochecer llegan ustedes á Guadalajara.
Luis. Allí te recibirán mis padres con los brazos abiertos, y nada echarás de ménos á su lado.
Rosita. Oh! bien puedes asegurarlo. ¿Qué echaria yo de ménos? Las importunidades de un novio fastidioso; la presencia de un tutor avariento que, sobre estarse comiendo lo que es mio, no me compraba un triste vestido sin hacérmelo ganar á fuerza de lágrimas y de ruegos.
Luis. Á bien que pronto se verá precisado á entregarte tus bienes; y aunque todo lo haya estafado, no te has de quedar por eso en la calle.
Rosita. Piérdale yo de vista, y todo lo doy por bien empleado.
Administrador. Perdonen ustedes que los deje solos. Tengo que dar órdenes, hacerme cargo de varias comisiones, arreglar.....
Rosita. No se incomode usted por nosotros, don Benito.

ESCENA III.

D. LUIS. ROSITA.

Rosita. Jesus! ¿Cuándo nos veremos fuera de Madrid? ¡Temo más á mi tio.....
Luis. No tienes motivo para temerle. Él no puede deshacer la boda.
Rosita. Puede armar un escándalo, acusarme de aturdida, liviana...., poner en lenguas mi opinion..... Ay, querido Luis! Bien puedes decir que te amo de véras cuando he consentido en dar un paso tan aventurado, tan reprensible.....
Luis. ¿Y qué otro arbitrio nos quedaba habiéndome negado tu mano, tantas veces y con tanta humildad solicitada?
Rosita. En fin, ya está hecho. Sea de mí lo que Dios quiera.
Luis. La circunstancia de haber ido tú á pasar unos dias á Carabanchel en casa de tu tia nos favorece. Don Jerónimo no podrá figurarse que te has separado de ella, y más ignorando que yo estoy en Madrid. Nadie sino tu tia y el Administrador, sabe nuestro secreto. Don Benito es amigo mio desde que estuvo empleado en Guadalajara, y yo respondo de su reserva.
Rosita. Calla..... Oigo hablar ahí fuera..... ¡Es la voz de mi tio!
Luis. Qué? Tú sueñas con tu tio.
Rosita. No, no me engaño. Soy perdida!
Luis. Veamos..... [*Acercándose con precaucion á la puerta de la izquierda.*] El mismo! Viene hablando con mi rival..... Van á entrar aquí.....
Rosita. Qué haremos? ¿Dónde ocultarnos.....
Luis. No sé..... Aquí, detras del mostrador.
Rosita. Dios mio!
Luis. Pronto! pronto!

[*Se ocultan detras del mostrador.*]

ESCENA IV.

D. LUIS. ROSITA. D. JERÓNIMO.
D. ALBERTO.

Jerónimo. No se canse usted, don Alberto. Mi viaje está decidido, y no hay que hablarme de suspenderlo.
Luis. Oyes?
Rosita. ¿Adónde querrá ir.....

Jerónimo. Si esta noche no duermo en Alcalá me va á dar una apoplegía.
Rosita. Se vuelve á Alcalá. Triste de mí!
Alberto. Siquiera hasta que se sentencie el pleito.....
Jerónimo. Calle usted, hombre! ¡Si eso es la vida perdurable! Y áun si fuera yo el interesado..... Pero son cosas del ayuntamiento. Que comisionen si quieren á otro regidor para lidiar con la curia. Yo soy demasiado voluminoso para andar todo el dia de ceca en meca.
Alberto. Pero un viaje tan precipitado.....
Jerónimo. Cada uno se entiende y baila solo. Y, vamos, ¿qué cuidado le puede dar á usted de que yo me ausente, quedando Rosita en Carabanchel con mi hermana Casimira? Allí permanecerán las dos ocho ó diez dias, vendrán luégo á Alcalá, las acompañará usted, se hará la boda, y punto redondo. ¿Va usted hoy por allá?
Alberto. Se supone.
Jerónimo. Pues despídase usted de ellas en mi nombre.
Alberto. Siento mucho que me deje usted tan pronto.
Jerónimo. Amigo mio, usted me ha obsequiado mucho, y en su casa lo he pasado como un príncipe; pero aquella escalera tan estrecha, tan tortuosa, tan fementida...
Alberto. ¿Qué quiere usted! Es casa propia, y más vale sufrir en ella alguna incomodidad que pagar otra. Mis abuelos, mercaderes de lencería como yo, la edificaron así para aprovechar en lo posible el terreno.
Jerónimo. Cada vez que subo aquellos malditos escalones sudo á mares.
Alberto. Como ha dado usted en la flaqueza..... de engordar tanto.....
Jerónimo. Los hombros tengo llenos de contusiones; y con otra media pulgada que engordase sería forzoso que me bajaran y subieran por el balcon con una garrucha. Uf!
Alberto. Por eso no se vaya usted. Le alojarémos en otra parte.
Jerónimo. No, señor, no. Á mi casa me vuelvo. Tan prensado me ha tenido usted y tantas son las angustias que he pasado, que ya me pareceria estrecho albergue la plaza de los Toros.
Alberto. Sin embargo, el gusto de vivir en la corte.....
Jerónimo. Reniego de ella. No quepo por ninguna acera (*); todo el mundo tropieza en mí; los coches me tienen en continua agonía; el empedrado me desquicia; por un lado los pisaverdes que van talareando, haciendo piruetas y mirando á los balcones; por otro los burros de los yeseros (**), las carretas de carbon, los aguadores, la tropa que va de guardia..... Oh! me hacen pasar la pena negra. Las gentes se me quedan mirando, y no falta quien se me ria en las barbas.—¿Cuándo le rifan á usted, señor?, me dijo anteayer una naranjera.—No hay cristiano que me quiera alquilar una calesa. Media pieza de paño necesité para hacerme esta levita, y en fin,

No hay sombrero que me venga,
ni silla donde me siente,
ni piso que me sostenga,
ni bota que no reviente,
ni fonda que me mantenga.

Alberto. Cierto que es una calamidad esa crasitud tan desaforada, tan.....
Jerónimo. Tan absurda.—¿Sabe usted lo que me sucedió anoche?
Alberto. Si usted no me lo dice.....
Jerónimo. Pues, señor, no sabiendo qué hacer de mi exagerada persona, y por no irme de la corte sin ver siquiera una funcion de teatro, tomo una luneta para el de la Cruz, fila tercera, número once, y entro á ocupar mi asiento cuando ya se habia levantado el telon. ¿Piensa usted que podia yo pasar por aquellas Termópilas de madera? ¡Qué sudores! qué congojas!.... Por fin, remolcándome á mí mismo, ahora de frente, ahora de bolina, y merced á la cortesía con que me hacian paso aquellos señores, unos saliéndose al callejon y encaramándose otros sobre sus respectivas lunetas, emparejo con la mia; voy á sentarme en ella, pero era demasiado estrecha para albergar á mis atroces posaderas. Á todo esto la representacion se habia interrumpido; la tertulia reia, las galerías bramaban, el patio me maldecia..... ¡Siéntese usted!, gritaban unos. Fuera!, clamaban otros. Qué inconsideracion! qué abuso!, decian unos elegantuelos almibarados detras de mí. ¿Por qué no toma un palco ese hombre? Otros me comparaban con la ballena del *Diablo verde;* otros..... No hubo remedio. Saltando por un lado, arrastrándome por otro, y entre empellones, risotadas y silbidos tomé la puerta, no sin trabajo, y no logré respirar á mis anchas hasta que me vi en medio de la plazuela de Santa Ana.
Alberto. ¡Vaya, que fué chasco.....
Jerónimo. No me quiero exponer á otro semejante.—Pero este Administrador, que nos han dicho que volvia al momento..... Y el caso es que áun tengo que cobrar

(*) Poco despues de escrita esta pieza principiaron á construirse nuevas y más alineadas y espaciosas las aceras de Madrid.
(**) Tambien en esto se ha puesto ya algun remedio.

aquella libranza..... Vámonos, don Alberto. Tomás vendrá á recoger los billetes.

Alberto. Los billetes? ¿Quién le acompaña á usted?

Jerónimo. Nadie.

Alberto. Pues ¿cómo, siendo usted un solo individuo.....

Jerónimo. Esa es otra! Como la naturaleza se ha divertido en hacer una hipérbole con mi persona, cuando vine de Alcalá tuve que tomar dos asientos por mi propia comodidad, y porque así lo exigieron el administrador y los pasajeros. Si hoy á la hora de partir me presento, todo yo, con un solo billete, sin remedio me voy á quedar á pié, y no quiero aventurarme á este nuevo contratiempo.

Alberto. Tiene usted razon. Si quiere usted que me quede yo para tomar los asientos.....

Jerónimo. No, que tengo que hacer á usted varios encargos..... Vamos, vamos. No se pierda el tiempo. Por fortuna estamos dos pasos de casa.

Alberto. Vamos.

Jerónimo. Ay cuál estoy! Dios me asista.
Yo voy á estallar, si luégo
en las manos no me entrego
de algun médico *brusista*.

ESCENA V.

D. LUIS. ROSITA.

[*Vuelven al proscenio.*]

Rosita. Ya lo has oido. ¡Soy la criatura más desdichada.....

Luis. Qué funesta casualidad! ¡Ocurrirle á ese hipopótamo salir de Madrid en el mismo dia y en la misma diligencia que nosotros!

Rosita. ¿Qué partido tomarémos.....

Luis. No sé. Si pudiéramos evitar..... ¡Imposible!

Rosita. Suspendamos nuestra marcha. Me volveré á casa de mi tia.

Luis. Aunque repito que don Jerónimo ninguna autoridad tiene ya sobre ti, quisiera ahorrarte el disgusto de oir sus reconvenciones; pero mis padres nos esperan; todo está preparado, y es triste cosa el ver frustrados nuestros designios por un..... Aguarda. Puede que no haya asientos. [*Toma el registro y lo examina.*] Sí: uno en el interior.... Otro en la rotonda..... Tres en la berlina..... Ah! Qué feliz idea me ocurre! No verá hoy don Jerónimo las torres de Alcalá.

Rosita. Cómo! Qué proyecto es el tuyo?

Luis. Ya lo verás. Es la cosa más sencilla del mundo. ¡Mayor petardo..... Pero..... ¡ay desventurado de mí! Y la berlina? ¿Dónde hallar viajantes que la ocupen? No me faltan amigos, pero ya es tarde para buscarlos..... Ah! mi condiscípulo Estéban..... Nadie mejor que un calavera deshecho como él..... En el billar estará; sí, de fijo. Voy á ponerle cuatro letras..... [*Se pone á escribir.*]

Rosita. Qué estás diciendo? Lléveme el diablo si entiendo una palabra. ¿Te has vuelto loco?

Luis. Calla, calla, no me interrumpas..... Ya basta. Aquí lo tendremos dentro de ocho minutos. [*Á un mozo que aparece junto á la puerta grande.*] Muchacho! Corre al billar nuevo. Allí está al revolver de aquella esquina. Pregunta por don Estéban Garces. Dale esta esquela. Volando. Toma ese duro para beber.

[*Vase corriendo el mozo.*]

Rosita. ¿No me explicarás.....

Luis. Se trata de imposibilitar el viaje de tu tio.

Rosita. ¿Y cómo puedes tu impedir.....

Luis. El amor hace imposibles. Pero Tomás no tardará en venir por los billetes, y si llega á verte lo echamos todo á perder. Vuelve á esconderte detras del mostrador.

Rosita. ¡Tambien es fuerte trabajo el andar una..... Oh! si llego á enviudar, no volveré yo á casarme.....

Luis. Bien mio!....

Rosita. Clandestinamente.

Luis. [*Á la puerta de la izquierda.*] Acaba de entrar en el zaguan un mozo con una maleta. ¿Si será.....

Rosita. [*Asomándose por detras de D. Luis.*] Él es.

Luis. Corre á esconderte.

Rosita. [*Ocultándose detras del mostrador.*] ¿Tambien tú te ocultas.....

Luis. [*Sentándose al mostrador.*] No; yo voy á ser administrador por pocos momentos.—Aquí están los billetes: bien.

ESCENA VI.

D. LUIS. ROSITA. TOMÁS.

Tomás. ¿Es aquí, aunque usted perdone, donde se venden los boletines de la diligencia?

Luis. Sí. Qué se ofrece?

Tomás. Dos asientos para Alcalá. Aquí traigo el dinero. [*Poniéndolo sobre el mostrador.*]

Luis. Para quién son?

Tomás. Para don Jerónimo Robledo.

Luis. [*Dándole los billetes.*] Tome usted.

[*Devolviéndole unas monedas.*] Este dinero sobra.

Tomás. Ah! ¿Conque.....

Luis. Aquí se trata de servir bien á los parroquianos y con la mayor equidad posible.

Tomás. (Me embolsaré estos cuartos.) Viva usted mil años. Á quién entrego estos chismes?

Luis. Á aquel mozo.

Tomás. Á la paz de Dios. [*Entrega el equipaje á un mozo, que lo acomoda en la vaca, y vase.*]

ESCENA VII.

ROSITA. D. LUIS.

Rosita. [*Saliendo de detras del mostrador.*] Pero, hombre, estás empecatado? ¡Tanto deseo de impedir su viaje, y tú mismo le das los billetes.....

Luis. Yo me entiendo.—Ya está aquí de vuelta el Administrador.

ESCENA VIII.

ROSITA. D. LUIS. EL ADMINISTRADOR.

Administrador. Perdonen ustedes. Este es un dia tan ocupado para mí.....

Luis. El hombre está obligado á servir á sus amigos. Ahora acabo de despachar dos billetes en nombre de usted, y el que los ha tomado ha traido una maleta que he mandado acomodar en el carruaje.

Administrador. Mil gracias, señor don Luis.

Luis. Como usted los tenía ya rubricados.....

Administrador. En efecto.

Luis. Ahí tiene usted su importe.

Administrador. Está bien. Mil gracias.

Rosita. ¿Y qué va á ser de mí cuando venga ese hombre?

Luis. Vendrá. Eso es ya inevitable.

Rosita. ¿Cómo ocultarme.....

Luis. No hay inconveniente en que te vea.

Rosita. Será capaz de matarme.....

Luis. Desgraciado de él si te toca al pelo de la ropa.

Rosita. Me hará detener por la justicia.....

Luis. Es imposible.

Rosita. Me atormentará por el camino.....

Luis. Yo te aseguro que no.

Administrador. Qué ha ocurrido? Sepamos....

Rosita. Friolera! Que mi tio.....

Luis. Ah! ya está aquí Estéban.—¡Acabaras de venir!

ESCENA IX.

ROSITA. D. LUIS. EL ADMINISTRADOR. D. ESTÉBAN.

Estéban. Aquí estoy. ¿Te puedo servir en algo? ¿Qué apuro es ese.....

Luis. El mayor en que se ha visto hombre. Es preciso que viajes conmigo.

Estéban. Cuándo?

Luis. Ahora mismo.

Estéban. ¡Pero, hombre..... Y adónde?

Luis. Á Guadalajara, en la diligencia que va á salir dentro de un cuarto de hora.

Estéban. ¿Y cómo saco yo en tan poco tiempo mi pasaporte; cómo me hacen la maleta; cómo doy disposiciones.....

Luis. Nada de eso es necesario. ¿Llevas contigo la carta de seguridad?

Estéban. Sí.

Luis. Dígame usted, don Benito; ¿no está Alcalá dentro del radio de seis leguas.....

Administrador. Entiendo. Se puede viajar á esa ciudad sin pasaporte. Basta la carta de seguridad.

Luis. Pues bien; me acompañas hasta Alcalá; hasta Torrejon si no quieres alejarte tanto....; hasta la primera posta.

Estéban. ¡Vaya, que es capricho original el tuyo! Preciso es que tengas muy poderosos motivos para.....

Luis. Ahora los sabrás. Señor Administrador, ¿hay inconveniente en que un mismo individuo ocupe dos ó más asientos de la diligencia?

Administrador. Ninguno si los paga.

Luis. Sea en hora buena. Pues ponga usted á nombre de don Estéban Garces los tres billetes de berlina que están desocupados.

Administrador. Corriente.

Estéban. Poco á poco. Á mí no se me lleva y se me trae como un dominguillo. Quiero saber ántes.....

Luis. Se trata de una calaverada. ¿Te negarás á cometerla, tú que cada dia te embarcas en una?

Estéban. Esas las hago yo y soy en ellas el protagonista; pero obligarme á ser parte de por medio en una farsa inventada por otro.....

Luis. ¿Te negarás á hacer un beneficio á tu mejor amigo? ¿Rehusarás tu proteccion á la belleza oprimida?

Estéban. El amigo, eres tú: la belleza, esta señorita, cuyos piés beso. ¿Quién es el tirano? Algun tutor, algun tio.....

Rosita. Sí señor; todo en una pieza.

Luis. Y qué pieza!

Estéban. Soy de ustedes. No hay más que hablar.

Aunque soy mala cabeza,
siento en el alma piedad
á la voz de la amistad
y al clamor de la belleza.

Luis. Rosita es mi esposa.
Estéban. Y es tan linda como su nombre. Búscame otra igual, y me reconcilio con el matrimonio.
Luis. Su tio no queria unirme á ella.....
Estéban. Hay muchos tios de ese genio.
Luis. Pero Rosita ha consentido en darme su mano en secreto.....
Estéban. Hay muchas sobrinas de ese temple.
Luis. Y como yo la quiero más que á mí mismo.....
Estéban. Te has apresurado á casarte con ella. La consecuencia es clara.
Luis. El tio está ignorante todavía de lo que pasa. Por una casualidad he sabido que trata de partir á Alcalá en esta misma diligencia, y es preciso evitar á todo trance.....
Estéban. Ya he dicho que soy tu cómplice.
Administrador. [*Sentándose á escribir.*] ¿Para dónde los billetes?
Estéban. Para donde usted quiera. Para Alcalá.
Luis. Toda la berlina es tuya. ¡Cuidado con dar en ella hospitalidad.....
Estéban. Ni al lucero del alba.
Administrador. Voy á ponerle á usted en la hoja. Los billetes no son ya necesarios porque dentro de un instante los habia de recoger.....
Estéban. Muy bien. Cobre usted.....
Luis. Alto! Ya que viajas por hacerme á mí un servicio, lo ménos que debo hacer yo es pagarte el gasto.
Estéban. ¿Qué más da.....
Luis. Nada. [*Dando dinero al Administrador.*] Tome usted.
Rosita. Gente viene.
Administrador. Los pasajeros. Tome usted la vuelta, señor don Luis.

ESCENA X.

ROSITA. D. LUIS. D. ESTÉBAN. EL ADMINISTRADOR. D. VENANCIO. DOÑA QUITERIA. LUPERCIA.

Venancio. [*Al Administrador dándole tres billetes.*] Beso á usted la mano. Servidor de usted..... ¿Está ya acomodado nuestro equipaje?
Administrador. Sí, señor.
Estéban. [*Aparte con D. Luis.*] Qué caricaturas!
Luis. No te burles de ellos, que puedes trastornar mis planes.
Venancio. Beso á usted la mano, señorita.

[*Doña Quiteria hace una leve inclinacion á Rosita y se sienta.*]

Rosita. Estoy á los piés de usted, caballero.
Venancio. Está usted buena?
Rosita. Para servir á usted.
Venancio. Para mandarme.—Guarde Dios á ustedes, señores. Cómo están ustedes?
Luis. Sin novedad, á la órden de ustedes.
Venancio. Vivan ustedes muchos años. Yo.....
Estéban. Gracias.
Venancio. Con este catarro.....
Estéban. Me alegro mucho.
Luis. [*En voz baja.*] ¡Hombre.....
Estéban. De conocer á tan urbano sujeto. (Llévele el diablo con tanto cumplimiento.)
Venancio. [*Aparte con doña Quiteria.*] Cara esposa, ¿por qué no saludas verbalmente á esa señorita?
Quiteria. Porque ignoro cuál es su jerarquía, y no quiero exponerme á cumplimentar á una plebeya.
Venancio. ¡Qué infatuada estás con tu nobleza, dulcísima consorte!
Quiteria. ¡Qué prolijamente civil te ha hecho Dios, y cuán apelmazadamente te interesas por la salud de cualquiera prójimo, delicioso dueño mio!
Luis. Adónde bueno, caballero?
Venancio. Á Jadraque, si usted no manda otra cosa.
Luis. Es usted natural de aquel pueblo?
Venancio. Para servir á Dios y á usted. Mi adorada esposa, y servidora de usted.....
Quiteria. (Hum!....)
Venancio. Que está presente, quiso venir á consultar á los facultativos de la corte acerca de un escirro que padece en salva la parte [*Poniéndose la mano en la cadera.*] desde su último alumbramiento.
Estéban. Será enfermedad inveterada.
Venancio. Yo le diré á usted. Ella parió....; esto es, malparió por primera y última vez en el año de 91.
Estéban. Qué escirro tan pertinaz! Pero á bien que esta señora está robusta y en buena edad.....
Quiteria. [*Secamente.*] No, señor, que ya tengo setenta años.
Estéban. No lo hubiera creido. Apénas representa usted cuarenta y cuatro.
Quiteria. Necia lisonja, que no agradezco; bufonada insípida, que perdono.
Luis. Te has lucido.
Venancio. Como somos esposos tiernos, complacientes é inseparables.....
Luis. Inseparables, eh? (Bueno!)
Venancio. Bien que rara vez tenemos la misma opinion, la he acompañado en su viaje, y tambien esa moza, que es doncella suya hace cuarenta y ocho años; es decir, desde ántes que dejase de serlo mi

idolatrada Quiteria; y verificada la susodicha consulta sin ningun consuelo para la paciente, y con grave detrimento de mi bolsillo, regresamos al lugar de nuestro nacimiento y domicilio, donde ofrezco á ustedes una pobre choza, y mis cortas facultades, que deseo emplear en su obsequio, como su más atento y afectuoso servidor, que sus manos besa.....

Estéban. [*Á D. Luis.*] Madrid 27 de Mayo de 1834.—Hay manía como ella? Ya veo que me voy á divertir mucho en el viaje.

Quiteria. Amado esposo, me pudres con tantas ceremonias.

Venancio. Prenda del alma, quiero que sepan que en Jadraque se enseña buena crianza.

Quiteria. Amor mio, eres insoportable.

Luis. ¿Conque ustedes siempre fieles, siempre unidos.....

Venancio. Somos el olmo y la hiedra para lo que usted guste.....

Luis. Edificante familia! Se sentarán ustedes juntitos los tres, por supuesto, y harán su viaje como unos santos.

Venancio. No me separaré un momento de mi amada Quiteria, y de mi fiel Lupercia.

Luis. (Bravo!) Es usted un modelo de amor conyugal.

Venancio. Ya que es cruz el himeneo
me resigno con mi estrella,
aunque muchos, segun veo,
no pueden cargar con ella
si no ayuda un cirineo.

Estéban. Hola, hola! ¿epigramático tambien? (Este alcarreño es una alhaja.)

ESCENA XI.

ROSITA. DOÑA QUITERIA. LUPERCIA. DON LUIS. D. ESTÉBAN. D. VENANCIO. D. CÉSAR. EL ADMINISTRADOR. D. FACUNDO. DON LÚCAS.

Facundo. [*Dando los billetes al Administrador.*] *Salve.*

César. *Deo gratias.*

Lúcas. *Dóminus vobiscum.*

Administrador. Oh! ya está aquí la estudiantina. Bien venidos, señores.

Facundo. [*Mirando á Rosita.*] (Lindísima criatura! Mejor que en *Broussais* estudiaria yo en ella el sistema fisiológico.)

César. [*Mirando á doña Quiteria.*] (Horrenda senectud! Más fecha tiene que el concilio de Trento.)

Lúcas. [*Mirando á Lupercia.*] (Abominable espectro! Pase á la audiencia de Pluton, y autos.)

Lupercia. [*Aparte con su ama.*] Observe usted, señora, observe usted con qué descaro nos miran esos estudiantes. Libertinos!

Quiteria. Eh!.... Calla.

Lúcas. Supongo que todos los presentes vamos á ser compañeros de viaje.

Venancio. Sí, señor, y yo aprovecho esta coyuntura para ofrecer á usted mi inutilidad.

Lúcas. Muchas gracias. Usted.....

Venancio. Bueno para servir á usted. ¿Y usted?

Lúcas. Sin novedad.

Venancio. Lo celebro infinito. ¿Y usted, caballero? qué tal lo pasa usted?

Facundo. Perfectamente, y mi compañero tambien, y damos á usted mil gracias por sus atenciones pasadas, presentes y futuras.

Quiteria. [*Aparte con D. Venancio.*] ¿Ves á lo que das lugar, dueño mio? Todos se burlan de ti.

Venancio. No tal, hermosa de mi vida. Ya ves con qué gracia se apresuran á vencerme en cortesanía. Oh! pero de aquí á Guadalajara..... ya veremos quién vence.

Facundo. Usted será sin duda el respetable papá de esa señorita.....

Venancio. Perdone usted. No me toca nada. Yo no soy más que su humilde criado, que besa sus.....

Rosita. Este caballero es mi esposo.

Facundo. Ah!.... Muy señor mio.

Luis. Ustedes irán á Alcalá.....

César. Con harto sentimiento de que se hayan acabado tan pronto las vacaciones.

Luis. Quisiera pedir á ustedes un favor.

Lúcas. Mándenos usted con franqueza.

Luis. Oigan ustedes aparte, con permiso de esas señoras.

[*Habla aparte con los estudiantes.*]

Administrador. [*Á la puerta del foro.*] Muchacho, di al mayoral que vaya enganchando.

Facundo. Bravo!

Quiteria. Has traido la antistérica?

Lupercia. Sí, señora; conmigo la llevo.

Facundo. Tio ha dicho usted? Guerra en él! Un tio es el que me hace á mí estudiar.

Quiteria. Harto será que con el traqueteo del carruaje.....

Estéban. [*Á Rosita miéntras D. Venancio habla con el Administrador.*] No hay cuidado. Si trata de incomodar á usted le daremos una cencerrada.

Lúcas. Cuente usted conmigo. Soy enemigo declarado de los tutores. Oh! ¡Si yo pudiera emanciparme tambien.....

Luis. Ya está aquí.

ESCENA XII.

ROSITA. DOÑA QUITERIA. LUPERCIA. DON LUIS. D. ESTÉBAN. EL ADMINISTRADOR. DON VENANCIO. D. FACUNDO. D. CÉSAR. D. LÚCAS. D. JERÓNIMO.

Jerónimo. [*Llega jadeando.*] Ah! Vengo á tiempo. Loado sea Dios!
Rosita. [*Á D. Luis asiéndose de su brazo, y volviéndose de espaldas á D. Jerónimo.*] El tutor! Llegó mi hora!
Jerónimo. Aquí estoy ya, señor Administrador.
Administrador. Quién es usted?
Jerónimo. El que mandó tomar unos billetes hace poco.....
Administrador. Ya; bien. Y el otro?
Jerónimo. Cómo y el otro? Yo soy uno solo.
Estéban. Uno solo? Parece increible; pero sin duda se apoya usted en sólidos fundamentos para asegurarlo.
Venancio. Estupenda mole!
César. Espantoso individuo!
Facundo. Disparatado abdómen!
Lúcas. Hórrido pleonasmo de carne!
Lupercia. Escandalosa corpulencia!
Quiteria. Ay! Dios le aleje de mi departamento. Toda la góndola es poca para él.
Administrador. [*Á D. Estéban.*] He aquí un animal que no ha sido descrito por *Buffon.*
Facundo. Cómo no se hunde el pavimento?...

Adspice convexo nutantem pondere mundum.

Jerónimo. Qué aspavientos son esos? ¿Nunca han visto ustedes carne? Ya le he dicho á usted, señor Administrador, que yo soy dos, pero soy uno. Esto parece una paradoja, pero ¿qué quiere usted! no todas las verdades tienen el privilegio de ser comprensibles. Me explicaré. Ya ve usted qué tomo soy yo.
Administrador. Algo más que razonable; ya lo veo.
Jerónimo. Pues en esta consideracion y por ser muy amante de mi comodidad, he tomado dos billetes para mí.
Administrador. Sábia precaucion, porque de otra manera ni yo podria dar á usted albergue, ni estos señores lo permitirian.
Todos. No! No!
Jerónimo. Eh! no hay que alborotarse. ¿No he dicho ya que traigo dos billetes.....
Administrador. Ah! pues ahora caigo..... Haga usted cuenta que no trae ninguno.
Jerónimo. Por qué razon?
Administrador. Porque el uno es de interior y el otro de rotonda.
Jerónimo. No puede ser. Yo mandé á mi criado que tomase dos asientos de interior.
Administrador. [*Á D. Luis en voz baja.*] ¡Buena la ha hecho usted!
Luis. [*Guardándose de que le vea D. Jerónimo.*] Es el tutor!
Administrador. Ah!.... [*Á D. Jerónimo.*] Su criado de usted no pidió asientos determinados, y se le dieron los únicos que habia vacantes.
Jerónimo. Hombre! Qué demonios está usted diciendo ahí? Y bien puede ser..... Yo con la prisa, y el afan y la...., no los he mirado todavía. Veamos. [*Saca y mira los billetes.*] Interior..... Rotonda..... Es cierto! Ese torpe, ese gaznápiro de Tomás.....
Estéban. Donosa aventura!
Venancio. Rara casualidad!
Lupercia. Cosas del diablo!
Quiteria. Así nos veremos libres de él.
Administrador. No es mal chasco, vive Dios!

[*Los tres estudiantes sueltan la carcajada y los demas interlocutores, excepto Don Jerónimo, hacen lo mismo.*]

Jerónimo. Señores mios, me parece á mí que no hay motivo para reirse tanto. Ya ven ustedes qué serio estoy yo. [*Al Administrador que está acabando de arreglar sus papeles.*] Á ver..... Usted! Á ver cómo se arregla esto.
Administrador. Difícil me parece.
Jerónimo. Déme usted dos asientos unidos en lugar de estos.
Administrador. Para esta diligencia no puede ser, porque todos se han despachado. Para otra.....
Jerónimo. Qué otra ni qué rábano? Yo tengo precision de salir hoy de Madrid. Vamos, me sentaré en el interior.
Quiteria. No en mis dias.
Lupercia. De ningun modo.
Venancio. No lo permitiré. Primero me han de hacer tajadas.—Por lo demas, crea usted que mi mayor placer sería el poderle ser útil en algo, y que desde ahora puede reconocerme por su servidor y apasionado amigo.....
Jerónimo. Si pudiera colocarme en la berlina.....
Estéban. Imposible. La ocupo yo.
Jerónimo. Cómo! toda?
Estéban. No han de ser únicamente convenienzudos los gordos: yo, aunque magro, gusto tambien de estar á mis anchas.
Jerónimo. Pero, hombre, ¡si le han de sobrar á usted las tres cuartas partes del asiento.....
Estéban. No lo crea usted.
Jerónimo. Si no es que quiera usted viajar tendido.
Estéban. Cabalmente.
Jerónimo. (Así viajan los atunes.)
Estéban. Yo soy muy aficionado al descanso.

Jerónimo. Sea todo por Dios! Me embutiré en la rotonda.
César. *Abrenuncio!*
Lúcas. *Exi fóras!*
Facundo. *Vade retro!*
Jerónimo. Qué implacable caravana! Parece que se han conjurado todos contra mí.

[*Risa general.*]

Eh! basta de risa, que no tengo ninguna danza de monos en la cara, y soy yo mucho hombre para que nadie se ria de mí.
Venancio. Ahí está el *quid* de la dificultad. Si no fuera usted *mucho hombre* se acomodaria en uno de los dos asientos vacíos, y Cristo con todos.
Jerónimo. Pues, amigo mio, yo no me puedo mondar.
Administrador. Cuanto yo puedo hacer en favor de usted es devolverle su dinero; pero no su maleta, porque ya no hay tiempo para sacarla de donde está.
Jerónimo. Yo no he tomado dos billetes para que viaje mi maleta.
Estéban. Déjela usted, que quizá viajará con más aprovechamiento que muchos hombres.
Jerónimo. ¡Y más si me la roban en el camino! Pero, señores, tengan ustedes compasion de mí. Que se traslade uno del interior á la rotonda, ó de la rotonda al interior: así quedan dos asientos unidos á mi disposicion, y todo se arregla.
Venancio. Yo no desamparo á mi adorada mitad.
Quiteria. Yo no me separo de mi marido y conjunta persona.
Jerónimo. Bien. No se turbe por mi causa la ventura de tan compacto matrimonio. Yo no trato de divorciar á ustedes. Pero esta otra señora.....
Lupercia. Quién? Yo! ¡Interpolarme á mí con tres estudiantes! ¡á mí, que soy del estado honesto! ¡á mí.....
Jerónimo. No creo yo que el pudor de usted corra tanto peligro.....
Lupercia. Ay ama mia! Las carnes me tiemblan. No permita usted.....
Estéban. (Gazmoña! ¿Qué más quisiera ella.....)
Jerónimo. Bien. Estos caballeros estudiantes tendrán la bondad.....
César. Perdone usted, hermano.
Lúcas. Dios le ampare á usted.
Facundo. No ha lugar.
Jerónimo. ¿Conque no hacemos nada?
Venancio y su familia. Nada.
Los estudiantes. Nada.
Estéban. Nada.
Administrador. [*Á un mozo desde la puerta.*] Muchacho, entrega esta hoja al mayoral.
Jerónimo. [*Dando la vuelta.*] Usted, señorita, cuya cara no he visto todavía.... Cielos! Mi pupila!
Venancio y su familia. Su pupila!
Jerónimo. Qué haces aquí, picarona?
Luis. Nada de insultos, señor don Jerónimo.
Jerónimo. ¿Qué veo! Usted tambien!
Luis. Servidor de usted.
Jerónimo. Justicia! cárcel! destierro!. patíbulo! excomunion!
Administrador. Silencio! Aquí no se grita!
Estéban. Calle el avestruz!
Facundo. Afuera, afuera el loco!
César y Lúcas. Afuera!
Jerónimo. [*Gritando.*] Eh! á mí no se me aturde con asonadas. La guardia! ¿No hay quien prenda á un corruptor, á un engañador, á un raptor, á un traidor, á un seductor.....
Luis. [*Gritando tambien.*] No soy nada de eso, y soy más que todo eso. Soy su marido.
Jerónimo. Su marido? Oh! oh!.... ¿Y tú no le desmientes, desdichada?
Rosita. No, señor. Me he casado.
Jerónimo. Te has casado?
Administrador. Se ha casado.
Luis. Nos hemos casado.
Jerónimo. Os habeis casado? Ah!..... Se han casado!

[*Risa general.*]

Pues ¡qué! no estabas en casa de mi hermana Casimira? ¿Cómo has burlado su vigilancia? ¿Cómo.....
Rosita. Lo sabe todo. Ha sido mi madrina.
Jerónimo. Horrendo fratricidio!—No importa. Usted y yo nos veremos las caras, seor libertino, seor.....
Luis. Poco á poco. Á mí no me hable usted gordo.
Jerónimo. Yo no puedo hablar flaco; ¿está usted? Tomaré mis providencias; acudiré á los tribunales.....
Luis. Bobería!
Jerónimo. Bobería? Soy tio, soy tutor. Serán ustedes detenidos, secuestrados. Ella irá á San Nicolás, y usted al Saladero (*).
Estéban. Hombre, quien debia ir al Saladero es usted.
Jerónimo. Socorro!

ESCENA XIII.

ROSITA. DOÑA QUITERIA. LUPERCIA. DON LUIS. D. ESTÉBAN. EL ADMINISTRADOR. DON VENANCIO. D. FACUNDO. D. CÉSAR. D. LÚCAS. D. JERÓNIMO. D. ALBERTO.

Jerónimo. Ah, señor don Alberto! El cielo me le envia á usted.
Alberto. Pues ¿qué sucede?

(*) La que hoy se llama en Madrid *Cárcel de Villa* ocupa el edificio en que ántes se salaba el ganado de cerda.

Jerónimo. Mil infortunios, mil infamias. Allí la maleta; yo en Madrid; dos billetes, y ninguno; estoy en berlina hace un cuarto de hora, y no hay berlina para mí; falto en el interior, sobro en la rotonda, y por último..... ¡se han casado!
Alberto. Explíquese usted. ¿Quién diablos ha de entender esa algarabía?
Jerónimo. [*Mostrando á Rosita y á D. Luis.*] Mire usted, mire usted, y cáigase muerto.
Alberto. No; eso de caerme muerto..... Ah! Bien. Habrá sabido Rosita que se marcha usted; vendrá á despedirse.....
Jerónimo. No, señor, no, señor. Aquel es su marido. Se han casado!
Alberto. De véras? Estoy absorto.
Jerónimo. Algo más que absorto. Está usted enfurecido, escandalizado, rabioso.....
Alberto. Yo le diré á usted. Yo.....
Jerónimo. No perdamos tiempo. Acuda usted al repeso, á la policía, al principal, al resguardo, á la junta de sanidad..... Alegue usted sus derechos y los mios. Se anulará ese consorcio clandestino.

[*Rechifla de los estudiantes y de D. Estéban.*]

Alberto. ¿Cuándo se ha casado usted, señorita?
Rosita. Anoche.
Alberto. (Zape!) [*Mirando el reloj.*] Ya es tarde y tengo mucho que hacer. Sea en hora buena, y abur.
Jerónimo. Pero, hombre.....
Alberto. Yo no gusto de pleitos, y mucho ménos siendo de esa clase. Tome usted esta carta que le remiten de Alcalá con un propio. Á eso venía. Páselo usted bien, y déjese de ruidos. Á lo hecho, pecho.
Jerónimo. ¡Oiga usted.....
Alberto. No tengo nada que oir. Pues ¡qué! ¿se anula así como quiera..... Cáscaras! Á la órden de ustedes.
Venancio. [*Siguiéndole hasta la puerta.*] Beso á usted la mano, caballero. Soy muy de usted. Para servir á usted.....

ESCENA XIV.

ROSITA. DOÑA QUITERIA. LUPERCIA. DON LUIS. D. ESTÉBAN. EL ADMINISTRADOR. DON VENANCIO. D. FACUNDO. D. CÉSAR. D. LÚCAS. D. JERÓNIMO.

Luis. Es hombre prudente mi rival.
Rosita. Ahora veo que cuando me decia amores hablaba por boca de ganso.
Jerónimo. Estoy petrificado. ¿Qué me dirán en esta carta? Veamos. [*La abre y la lee para sí.*]
Administrador. Ea, señoras mias, caballeros, vayan ustedes ocupando sus respectivos asientos. Las once van á dar.
César. [*Subiendo al carruaje.—Sus compañeros hacen lo mismo.*] Vamos allá, camaradas.
Facundo. ¡La rotonda es el departamento de las ciencias! *Oh témpora! oh móres!*
Lúcas. Paso á tres bachilleres! Huid, profanos!
Facundo. Paso á las tres facultades!
Venancio. Las mias son escasas, pero cuente usted con la.....
Quiteria. Dame la mano, dulce bien, y no seas descortes conmigo por ser atento con los demas.
Venancio. Dices bien, ojos mios. Arriba! Ahora á ti, mi buena Lupercia.
Lupercia. Dios se lo pague á usted.
Luis. [*Ayudándola á subir.*] Vamos, Rosita.
Rosita. Ahora va á ser ella!
Jerónimo. Cielos! ¿Qué acabo de leer! Soy perdido si hoy no salgo de Madrid. [*Viendo ocupada la diligencia excepto la berlina.*] Qué es esto? Ya se van ustedes empaquetando? Y yo?
Administrador. No hay posada. Monte usted, don Estéban.
Estéban. [*Tomando posesion de la berlina.*] No hay mus. Así se castiga á un tutor inicuo y avariento.
Unos. Largo!
Otros. Fuera!
Venancio. ¿Manda usted alguna cosa para Jadraque? Sabe usted que me tiene á su disposicion y que deseo.....
Jerónimo. Malos lobos le coman á usted! Si tanto desea servirme, hágame un ladito.....
Todos. [*Con algazara.*] Nada! nada! fuera!
Jerónimo. Por Dios, señores! Yo me compendiaré; yo me acurrucaré.
Estéban. ¡Léjos, léjos de nosotros tan nefanda grupa!
Rosita. ¿Sabes que ya me da lástima.....
Luis. No la merece. La tuvo él de ti?
Jerónimo. Señor Administrador, por el emperador Gordiano, por don Bermudo el Gotoso, y por don Sancho el Craso, duélase usted de mí. Este viaje me interesa, me urge más de lo que usted piensa. Mire usted que en esta carta me dicen que está peligrosamente enfermo un primo mio millonario; mire usted que no ha testado todavía, y que tiene otros cuatro primos á la cabecera. No soy desagradecido. Luégo que recoja la herencia le prometo á usted....
Administrador. Yo no me dejo sobornar.
Jerónimo. Pues bien, sin soborno.—Acomódeme usted..... aunque sea en el pescante.
Administrador. Imposible. Lo ocupan el mayoral y dos mozos de casa.
Jerónimo. Ay, Vírgen de la O! Y las once están al caer!
Administrador. Y al sonar la última campa-

nada ya irá la góndola echando demonios.
Facundo. No le queda á usted más que un arbitrio si quiere hospedarse en ella.
Jerónimo. Cuál? Dígamelo usted. Ilumíneme usted.....
Facundo. Dejarse partir por medio.
Jerónimo. Antropófago!
Venancio. Conque hasta más ver. Páselo usted bien. Manténgase usted tan gordo....
Jerónimo. Asesino! ¿Para verme en estas angustias? Quisiera ser una momia de Alepo.
Rosita. Eh! ya le hemos mortificado bastante. Señor tio, aunque el abuso criminal que ha hecho usted para conmigo de sus derechos de tutor no le hacen digno de consideracion alguna por mi parte; aunque, no contento con las crueles privaciones que me ha hecho usted sufrir, queria esclavizarme, venderme vilmente al sórdido interes; yo soy generosa, y en el dia de mi mayor felicidad no quiero ver á nadie...., ni áun á usted, afligido y desesperado. El señor don Estéban le permitirá á usted sentarse en la berlina.
Estéban. Señorita.....
Rosita. No es á él á quien hace usted ese obsequio, sino á mí.
Estéban. De ese modo no replico.

[*Empiezan á dar las once.*]

Jerónimo. Allá voy.....
Rosita. Alto ahí! Ántes se ha de sujetar usted á una condicion.
Jerónimo. Cuál?
Rosita. Bendiga usted primero mi matrimonio.
Jerónimo. Eso no! Mi rencor será eterno. Primero me.....
Todos. Las once!
Jerónimo. Las once! Ah! sí; yo te ben.....
Una voz. [*Dentro.*] Zagala! Valerosa!

[*Risotadas de los viajeros y desaparece la góndola.*]

Jerónimo. Pára! ¡Malditos..... Pára! Sí! Á otra puerta. ¿Quién alcanza á ese excomulgado faeton?
Administrador. Corra usted!
Jerónimo. Qué he de correr? Á los diez pasos no tendria ya bofes en el cuerpo. ¡Voto á bríos!.... ¡Y mi primo;.... el testamento;.... los albaceas..... Misericordia!

Ya me pueden enterrar.
Admin. Se aflige usted? No me espanto,
porque hombre que pesa tanto
¿no ha de morir de pesar?
Jerón. No, que áun puedo soportar
la ojeriza de mi signo
y de mi panzon indigno
la insolente contumacía.....
si no he perdido la gracia
de este auditorio benigno.

TODO ES FARSA EN ESTE MUNDO,

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Representada por primera vez en el teatro del Principe el dia 13 de Mayo de 1835.

PERSONAS.

DOÑA VICENTA.	D. RUFO.
DOÑA EUSTOQUIA.	D. EVARISTO.
PILAR.	D. FAUSTINO.

Madrid.—Sala en casa de D. Rufo.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

DOÑA VICENTA. PILAR.

[*Doña Vicenta aparece sentada leyendo el* Diario de Avisos, *y se levanta viendo venir á Pilar.*]

Vicenta. La ópera nueva esta noche
en el *Principe*..... Pilar!
Ya lista? Qué madrugar!
Pilar. Si ya va á venir el coche!
Y usted ¿por qué no se viste?
Vicenta. Yo así iré; sin pretension.
En poniéndome un manton.....
Pilar. Cómo es eso? Está usted triste?
Vicenta. Lo estoy á fe de Vicenta,
y tuya es la culpa.
Pilar. Mia?
Vicenta. Aunque viendo tu alegría
yo debiera estar contenta.
Pilar. Mi alegría? No, no es tanta
como usted piensa.
Vicenta. Pues no?
Tú vas á casarte.....
Pilar. Yo.....
¡Por Dios, por la Vírgen santa.....
Vicenta. ¿Qué.....
Pilar. No hablemos de esa boda.
Vicenta. No es de tu gusto?
Pilar. No, tia.
Vicenta. Algo de eso presumia;
pero si no te acomoda.....
Pilar. Tia!
Vicenta. Por qué has dado el sí?
Pilar. La obstinacion de papá....,
la indolencia de mamá.....
No hay remedio; ya le di.
Dicen que don Evaristo
me conviene.
Vicenta. No lo creo.
Pilar. Yo tambien así lo veo,
mas ¿qué he de hacer? No resisto.
Pretenden que el corazon
rara vez en eso acierta,
y que una niña inexperta
no puede tener razon.
Y papá, si no consiento
en dar la mano á ese hombre,
me ha jurado por su nombre
que he de entrar en un convento.

Esto me aterra en verdad,
que, aunque yo hereje no soy,
quizá templada no estoy
para tanta santidad.
Ni el coro, la celda, el huerto
me asustarian á mí
si hubiera mazurca allí,
y ópera, y Prado y concierto.

Vicenta. Allí cosas del demonio?
¡Mas dar en un cautiverio
por huir de otro..... Es muy serio
asunto el del matrimonio.

Pilar. Ya me lo figuro yo,
porque me da una tristeza.....
Tiemblo de piés á cabeza.

Vicenta. Y no sabes decir nó!

Pilar. Ya he dicho una vez, dos, tres
que no quiero á ese señor.
Ni por esas! El amor
dicen que vendrá despues.

Vicenta. Lindo!

Pilar. Usted que ya se ha visto
casada, ¿piensa usted, tia,
que podré yo amar un dia
al señor don Evaristo?

Vicenta. Quizá la costumbre, el trato.....
Pero siempre es muy expuesto,
no amándole.....

Pilar. Le detesto.

Vicenta. Y se casa el insensato!
Mas ¿qué mucho? Amor no es
la pasion que le domina,
sino otra ruin y mezquina;
el miserable interes.

Pilar. No lo sé; mas da tal frio
con su perene dulzura.....
¿Y piensa usted que se apura
porque le hablo con desvío?
Jóven de primera flor,
nunca en otra igual me vi,
mas no me han pintado á mí
tan impasible el amor.—
Pero que sólo le incite
el interes, no lo creo,
que él es rico á lo que veo.

Vicenta. Porque gasta en un convite?
porque regala un diamante?
porque visita en simon?
porque vende proteccion?
Qué simpleza! Es un farsante.

Pilar. Su familia es principal,
y mi padre, que no es tonto,
ya ha sabido por de pronto
que heredó muy buen caudal.

Vicenta. Pero, viviente almacen
de empresas y de proyectos,
todos los juzga perfectos
y ni uno le sale bien.
Su afan es ser millonario,
llegar á serlo presume,
y en ilusiones consume
la vida y el numerario.
Él nunca se desengaña.
No vi manía más necia.
¡Hasta de entender se precia
la política de España!
De una aritmética fia,
luégo aparece otra nueva,
y así en la Bolsa se lleva
un petardo cada dia;
que el político teatro
tales farsas representa,
y por acá en buena cuenta
dos y dos no suman cuatro.

Pilar. Ello es que hace un gran papel
en Madrid.

Vicenta. Es un menguado.
Algunos se han arruinado
especulando con él.

Pilar. ¿Será posible..... Infelices!
Mas mi padre ¿cómo es que.....

Vicenta. Tu padre! El pobre no ve
más allá de sus narices.
Su sandia credulidad
es ya notoria en la corte,
y en tocándole el resorte
de la ciega vanidad.....
Oh! le conozco bastante.
Vaya, ¿qué quieres poner
á que le hago yo creer
que ha volado un elefante?

Pilar. Eh! calle usted.....

Vicenta. Te lo pinto
como es. Digo! Á pié juntillas
cree que en ambas Castillas
ha de reinar Cárlos Quinto!
Es de esos hombres ilusos
que en no ver claro se empeñan,
y todas las noches sueñan
con austriacos y con rusos.
Hoy mismo el santo varon
los esperaba en Almagro.
Mira si será milagro
que le engañe un embrollon.

Pilar. Es segun con quién se junta.
Ayer con suma alegría
dijo á mamá que volvia
la Constitucion difunta.

Vicenta. Otra prueba de que á todo
da crédito el buen señor.
Bien que no todo es error.
Lo que él quiere es su acomodo.....
Mas no es razon que te aflija
murmurando de él, que al cabo,
sea libre, ó sea esclavo,
es tu padre, eres su hija.
¡Pero aprovechar mi ausencia
para apresurar tu enlace!....
Ah! mira que ese hombre te hace
infeliz.

Pilar. Tendré paciencia.

Vicenta. Paciencia? Santa virtud!
Pero ¿no es cosa cruel.....
Eh! no te cases con él.
Lástima de juventud!

Pilar. Si ya no hay remedio, tia!

Vicenta. Bien; está muy bien.
Pilar. Dios solo.....
Vicenta. No iré yo contigo á Apolo (*).
Pilar. Tampoco á la Vicaría?
Vicenta. Ménos.
Pilar. ¡Qué dia me espera
si usted me abandona así!
Vicenta. Si yo lograra de ti
que retardases siquiera.....
Pero es vana pretension.
Ni áun sabrás, si es necesario,
al ver la cara al notario
fingir una convulsion.
¡Tan inexperta, tan niña.....
Pero como pueda yo
no has de casarte.
Pilar. Que no?
Como papá no me riña.....
Vicenta. No. Déjame obrar á mí,
que yo quitaré de en medio
al novio, pues tanto tedio
á las dos nos causa.
Pilar. Sí?
Qué amable es usted! qué buena!
Si sale usted con su intento
mi eterno agradecimiento.....
Vicenta. Eso no vale la pena.
Cuando miro por tu bien
mi deber hago, y no más;
sí, por tu bien..... y quizás
por el bien de otro tambien.
Pilar. Mil gracias por tanto afecto.
Mas ¿qué quiere usted decir.....
Vicenta. He llegado á concebir,
Pilar querida, un proyecto.....
Yo sé de cierto galan
que arde por tí.....
Pilar. Santo Dios!
¿Es posible..... Ya son dos?
Mire usted que es mucho afan!
Vicenta. Niña!.... Qué extraño desden!
¿Culparás á un caballero
porque te adore?
Pilar. No, pero.....
Querrá casarse tambien!
Vicenta. Sí, que su amor es honesto,
y á no ser tú tan adusta.....
Pilar. ¿Y si luégo no me gusta
ni su trato ni su gesto?
¿Y si es otro como el tal
don Evaristo?
Vicenta. No, á fe.
Si él no te agrada, no sé
cuál será el feliz mortal.....
Pilar. Ahora va usted á llamarme
altanera, vanidosa.....
Y no lo soy; no hay tal cosa;
sino que eso de casarme.....
Vicenta. Calla! Es algun sacrilegio?
Pilar. No, pero tengo entendido
que es tan terrible un marido.....
Vicenta. Bah! sandeces de colegio.
No es cosa que atemorice
un marido, no. Qué error!
El no tenerlo es peor.
Una viuda te lo dice.
Y si es tan tierno, tan fino
como el que yo te he buscado.....
Pilar. Quién es?
Vicenta. No lo has acertado?
El sensible don Faustino.
Pilar. ¿Qué oigo! Pretende mi mano?
Vicenta. Muerto está por ti. Tú eres
el iman..... Vaya, le quieres?
Pilar. Sí, tia.—Como á un hermano.
Vicenta. La respuesta que me das
temo que no le contente.
Pilar. No?
Vicenta. Porque él probablemente
querrá que le quieras más.
Pilar. ¿Es culpa mia, señora,
que un hombre por mí suspire
y á mi corazon no inspire
el amor que le devora?
Mas si está tan abrasado,
cómo es que no se declara?
Vicenta. Bien te lo muestra su cara.
Pilar. Su cara? No he reparado.
Se queja de mi desvío!
Y qué hace? Ponerse triste,
callar......
Vicenta. Si en eso consiste,
él hablará; yo lo fio.
Pero esa yerta esquivez.....
Di, Pilar: tu corazon
¿siente acaso inclinacion
á otro sujeto.....
Pilar. Tal vez.
Vicenta. Y te salen los colores!
¿Conque otro hombre te flechó?
Ya me figuraba yo
que en la edad de los amores.....
¿Quién así tu pecho inflama,
niña hermosa?
Pilar. El caso es, tia,
que..... á la verdad..... todavía
no sé yo cómo se llama.
Vicenta. Esa es buena!
Pilar. Una vez sola
le vi..... en un baile.....
Vicenta. ¿Y á tu alma
robó la apacible calma
el poder de una cabriola?
Niñerías!
Pilar. Yo no digo
que estoy penando por él.
Pero ¡qué bailar aquel!—
Tres veces bailó conmigo.
Qué finura! qué elegancia!
qué primor! ¡Toda la escuela

(*) Jardin público situado á la inmediacion de la antigua puerta de los *Pozos*, con fonda, café, juegos campestres, etc. Ya hace años que no existe.

de *Beluzzi!*
Vicenta. (¡Qué tontuela,
y qué amor tan sin sustancia!)
Es militar ó paisano?
Pilar. Teniente de cazadores.
Vicenta. Y te dijo muchas flores?
Pilar. Muchas.
Vicenta. Te apretó la mano?
Pilar. Yo no sé..... Creo que sí.
Vicenta. Bueno! ¿Y tú sin saber quién.....
Pilar. Me dió pastillas.....
Vicenta. Tambien?
No hay duda; muere por ti.
Dime, y..... ¿quedasteis en algo?
Pilar. ¡Si salia de la corte
al otro dia!
Vicenta. Sí?
Pilar. Al Norte.....
Vicenta. Á Navarra? Échale un galgo.
Pilar. Se empeña en saber mi nombre,
va el suyo á decirme.....
Vicenta. Ya.
Pilar. En esto viene papá,
y le interrumpe.
Vicenta. Mal hombre!
Pilar. Y no he vuelto á verle más!
Vicenta. Pues, hija mia, *laus Deo.*
Fuerza es olvidarle..... Y creo
que pronto le olvidarás.
Pilar. Puede; mas tal impresion
su airoso bailar me deja.....
Vicenta. No te ha de faltar pareja.
Pilar. Qué solo! qué rigodon!
Cielo! ¿Y me habrá de casar
la crueldad de mi destino
con ese buen don Faustino
que no gusta de bailar?
¿Cómo podré dar el sí.....
Vicenta. Y le desdeñas por eso?
Niña, tú has perdido el seso.
Pilar. Yo.....
Vicenta. Calla.—Él es..... Ya está aquí.

ESCENA II.

DOÑA VICENTA. PILAR. D. FAUSTINO.

Faust. Bien venida, mi señora
doña Vicenta. Pilar,
estoy á los piés de usted.
Pilar. Caballero.....
Faust. Extrañarán
ustedes que tan temprano
las venga yo á visitar.
Vicenta. Nada de eso. Usté es de casa.
Faust. Por una casualidad
anoche supe que usted
acababa de llegar.....
Buena?
Vicenta. Sí, muy buena. Gracias.
Faust. Yo lo celebro. ¿Y qué tal
los baños?
Vicenta. Bien me han probado.
Ya los nervios no me dan
tanta guerra. Son famosas
esas aguas del Molar.
Faust. Hoy, segun dice el *Diario,*
una paga se dará
á las viudas, y venía
impaciente, por si van
mal dadas, á recoger
la fe de vida y demas
documentos de costumbre
para acudir á cobrar
la pension de usted....,

[*Mirando á Pilar.*]

(Qué hermosa!)
ya que es tanta su bondad
que me honra con el empleo
de agente suyo.
Vicenta. Eso es ya
ser por demas complaciente,
mi amigo. (Qué servicial!)
Yo soy la favorecida,
y usted las gracias me da.—
Mas á un lado los negocios.
No me urge tanto el cobrar,
que, gracias á Dios, mis fincas
me excusan el triste afan
de gemir en el exhausto
Monte pio militar.
Faust. No obstante, bueno sería.....
Vicenta. Mañana se cobrará.
Ahora hablemos de otra cosa.—
¿Querrá usted creer que Pilar
todavía está dudando
del amor de usted?
Pilar. [*Cortada.*] Yo.....
Faust. [*Lo mismo.*] Ah!.....
Pilar. ¡Vaya, que tiene mi tia
unas cosas.....
Vicenta. Si es verdad!
Eso se conoce á legua.
Faust. Si..... yo..... (Sudores me dan.)
Pilar. [*Aparte á su tia.*]
Pero eso es comprometerme.....
Vicenta. Él te adora. ¿Hay algun mal
en esto?
Faust. Pero, señora.....
Pilar. Yo no le puedo culpar.....
Vicenta. Falta que le quieras tú.—
Pero eso se arreglará.
Pilar. Tia!
Faust. Está usted hoy terrible.
¿Á qué fin mortificar
á esa señorita? Acaso
yo soy para ella el mortal
más odioso.....
Vicenta. No por cierto.
Con dulzura angelical
me ha dicho..... No te sonrojes.

Faust. Qué ha dicho?
Pilar. Nada.
Vicenta. Que ya
le quiere á usted como á hermano.
Faust. Ah! ¡Tanta felicidad.....
Pilar. ¡Tia, por Dios.....
Vicenta. No lo has dicho?
Pilar. Jesus!.... Me voy á marchar.
Vicenta. Quieta, que tia lo manda.—
Y eso que usted, siendo tal
su pasion, gime, la mira,
vuelve á gemir..... y no hay más.
Quien callando ha merecido
su ternura fraternal,
dejo al curioso lector
lo que hablando alcanzará.
Faust. Ay! ¿por qué se burla usted
de un desventurado?
Vicenta. [*Remedándole.*] Ay!
Pilar. (Tiene razon. Yo me rio
sin poderlo remediar.)
Vicenta. ¿Y áun no se declara usted
sabiendo que hay un rival
en campaña?
Faust. (Qué suplicio!)
Pilar. Tia, tia!....
Vicenta. Este galan,
está visto, necesita
de un intérprete.
Pilar. Quizá
ni me quiere ni lo sueña.
Faust. Oh! ya no puedo callar.
La amo á usted, Pilar, la adoro.
Sí, y esta pasion fatal.....
Pilar. Dios mio, cómo se pone!
Vicenta. Ánimo! Así. ¡Voto á san.....
Faust. Dichoso yo si pudiera.....

Eustoq. [*Dentro.*]
Pilarcita!
Pilar. Voy, mamá.
(Me alegro.) Perdone usted.
(Dónde estará mi oficial?)

ESCENA III.

DOÑA VICENTA. D. FAUSTINO.

Faust. Gracias, señora, mil gracias.
Vicenta. Por qué?
Faust. ¿Qué necesidad
tenía usted, falsa amiga,
de hacerme representar
tan desairado papel?
Harto infeliz era ya
con la yerta indiferencia
de esa insensible beldad
sin exponerme á su enojo,
á su desprecio quizá.
Vicenta. No diga usted disparates,
que no es tanta la crueldad
de Pilarcita. ¿Qué indicios
de desden ni de pesar
ha advertido usted en ella?
La sorpresa natural
en una niña sin mundo
que ignora lo que es amar
¿le intimida á usted? ¿Acaso
se rinde una voluntad
á la primera.....
Faust. La suya
no será mia jamás.
Vicenta. Pero ¿en qué se funda usted?
Faust. Su corazon es glacial.
Vicenta. Si usted no le ha dicho nada,
¿habia de adivinar.....
La timidez en amores
siempre fué perjudicial.
Faust. Timidez? No! Si bastase
ser intrépido y audaz
para sojuzgar un alma,
¿quién osara disputar
la suya á mi amor? ¿Acaso
yo, que me siento capaz
de sacrificios mayores,
temeria revelar
la pasion que me devora
á ella, á su padre, á un rival,
al mundo, al cielo, al abismo,
si esa alma...., que duerme en paz,
pudiera leer en la mia?
Pues ¡qué! ¿es necesario hablar
para que amor se descubra
á su despecho? ¿Dónde hay
mordazas para los ojos?
¿cómo no ha visto un volcan
en los mios? ¿qué mujer
en un acento, en un ay,
hasta en el mismo silencio
no ve la fiebre tenaz
del amor que sus encantos
han inspirado? Ah! Satan,
Satan encendió en mi pecho
esta pasion infernal.
Vicenta. Don Faustino!.... Está usted loco?
Faust. ¡Yo he nacido para amar,
y no para ser amado!
¡Este anatema fatal
pesa sobre mí!
Vicenta. ¿No hé dicho
que será de usted Pilar?
Pero no aman de repente,
ni así á modo de huracan,
las niñas que se han criado
con juicio y honestidad.
Ella ha nacido en Madrid,
no á orillas del Senegal;
no ha leido á *Victor Hugo*,
ni á *Lord Byron*, ni á *Dumas;*
se ha criado en un colegio;
es áun muy tierna su edad,
¿y ha de ser por fuerza actriz
en un drama sepulcral?
Si es usted tierno y galante,

y sabe disimular
algun caprichillo, alguna
inconsecuencia venial,
achaques de pocos años,
esa niña le amará;
mas su amor será tranquilo,
blando, tierno, angelical;
amor honesto, fundado
en la plácida amistad;
amor, en fin, de una esposa.
Por ventura ¿valen más
esas vehementes pasiones
que como vienen se van?
Faust. Ah! no. Perdon, Vicentita.
Esa voz es el maná
que mi alma desconsolada
fortalece; es el fanal
benéfico que me alumbra
en la ciega oscuridad;
es el arpa de David.....
Vicenta. Y el bálsamo de Malats.
Faust. Búrlese usted: lo merezco.—
Mas yo prometo calmar
esta ardorosa impaciencia,
supuesto que usted me da
tan lisonjera esperanza.
Sí, sí, el candor virginal;
esa inefable dulzura
que acaba usted de pintar;
esa ternura tranquila
y esa sumision nupcial,
aunque es de fuego mi pecho,
tambien para mí tendrán
encantos. Dulce *Amenaida*
amó á *Tancredo* marcial,
y *Cárlos el Temerario*
á la *Virgen de Underlac.*
Vicenta. Al grano y basta de frases,
que es preciso aprovechar
el tiempo. Miéntras usted
callaba como un costal
otro hacía su negocio.
Faust. Con ella?
Vicenta. Con el papá.
Faust. Quién?
Vicenta. Don Evaristo.
Faust. Cielos!
Vicenta. La cosa va muy formal.
Faust. ¿Qué me dice usted!
Vicenta. La boda
está concertada ya.
Faust. Y nada sabía! ¿Cómo
me habia de figurar.....
Vicenta. Si vengo un dia despues,
adios *Virgen de Underlac!*
Faust. Maldicion!....
Vicenta. Tenga usted flema.
Faust. ¿Y consentia Pilar.....
Vicenta. Por fuerza.
Faust. Bárbaro padre!
Vicenta. Esa boda no se hará;
yo lo juro.
Faust. Ángel del cielo!
Vicenta. No irá llorando al altar
mi sobrina.
Faust. ¿Y qué recurso
si se obstina ese animal
de don Rufo en que se case
con el otro perillan?
Vicenta. Será en vano.
Faust. Y yo ¿qué haré?
Vicenta. Por ahora, dejarme obrar
á mí sola.
Faust. ¿Y qué.....
Vicenta. Las nueve.
Don Evaristo vendrá
dentro de un instante.
Faust. Oh furia!
Vicenta. Silencio; no hay que chistar.
Quiero hablar con él á solas.
Qué hace usted que no se va?
Faust. Pero.....
Vicenta. No hay pero. Volando.
Ya está usted en el portal.
Faust. Óigame usted.....
Vicenta. Nada escucho.
Faust. Cuándo vuelvo?
Vicenta. Ya, ya irán
á avisar á usted.....
Faust. Adios.
Vicenta. Pobrecillo! Ciego está.

ESCENA IV.

DOÑA VICENTA.

No, no puedo consentir
que se realice esa boda.
Dolor sería por cierto
que una niña tan donosa
en un hombre se empleara
que, aunque la dice lisonjas,
ménos que de su belleza
de su dote se enamora.
Oh! trastornaré sus planes
y le haré virar de proa,
que ya conozco su flaco.
Cuando sepa que la novia
no es tan rica como piensa.....
Pero lo que más me asombra
es la ceguedad de Rufo.
¿Posible es que no conozca
que el tal yerno es un farsante,
vanidad todo y bambolla?
¡Dar su hija á un ente de hielo
que *por empresa* la toma,
cuando un jóven la pretende
que la merece y la adora!
Mas..... si es Faustino tal vez
un farsante de otra estofa.....
Si es capricho pasajero
ese amor de que blasona.....
No, no. Brilla la verdad
en sus ojos y en su boca.

Si alguna vez desvaria,
esas locuras son propias
de una alma ardiente, exaltada,
que el arte costoso ignora
de dominar las pasiones
en cuyos grillos se goza.—
Llaman.—Será su rival?
Él es.—Manos á la obra.

ESCENA V.

DOÑA VICENTA. D. EVARISTO.

Vicenta. Oh señor don Evaristo!
Evar. Beso á usted los piés, señora.
Siento mucho haber tardado.....
¿Qué veo! ¿Usted no nos honra
con su asistencia? Lo infiero
porque siendo ya la hora
convenida, áun no está usted
vestida.....
Vicenta. La ceremonia
bien puede hacerse sin mí.
Evar. Será sin usted tan sosa
la fiesta.....
Vicenta. Estoy todavía
mareada de la góndola.....
No crea usted que repruebo
una union tan venturosa.
Hace muy bien en prendarse
de esa gallarda persona
mi sobrina.
Evar. Pasadera,
no más. Usted me sonroja.
Vicenta. (Fatuo!) Pilar desde luégo
gana mucho en ser esposa
de caballero tan noble,
de un sujeto á quien adornan
tan recomendables prendas.
Evar. (Presumo que esta señora
se inclina á mí. Estoy tentado.....
Es rica, y no tan jamona
que no inspire.....)
Vicenta. Diga usted:
¿hay algun proyecto ahora
entre manos?
Evar. Tengo varios.
Para el uno ya son pocas
las acciones que me faltan.
Vicenta. Cuál?
Evar. Se trata de una fonda
donde en comidas de precio
los concurrentes escojan
entre variedad de platos
diferentes en la forma
y en el gusto, bien que iguales
en valor; donde se coma
de un tiron, y no clamando
porque se lleven la sopa
y gritando á cada vianda:
Mozo! Muchacho! Otra cosa!
Donde muden los cubiertos
sin pedirlo de limosna,
y de un mugriento bolsillo
no los saque con pachorra
un fámulo malcarado
tomando parte en la broma
y con tono familiar
refiriéndonos su historia;
donde hallen los forasteros
decente mesa redonda;
donde en invierno haya luz
y en estío no haya moscas;
donde el agua sea pura,
ya que no el vino, que enoja
el no conseguir jamás
que enjuaguen una redoma;
donde encuentre un ciudadano,
que no va á comer de gorra,
cualquier dia mantel limpio,
cortesía á todas horas;
donde quepan los que comen.....
y no quepan los que estorban;
donde haya en fin quien asista
al que allí estruje su bolsa;
que tres mozos, aunque suden
vida y alma gota á gota,
servir á un tiempo no pueden
á cuatrocientas personas.
Vicenta. Soberbio plan! Mas yo temo
que no tenga usted la gloria
de realizarle.
Evar. Por qué?
Vicenta. Porque la paciencia estoica
de un castellano á mayores
privaciones se acomoda.
Para uno que eche de ménos
esas bagatelas y otras,
hay ciento.....
Evar. No. Ya ha llegado
el tiempo de las reformas.
Vicenta. Y usted que es tan ingenioso,
tan amigo de mejoras.....
Mucho gana mi sobrina
con esa boda dichosa,
porque usted sabrá aumentar
su patrimonio.....
Evar. Usted me honra.....
Vicenta. Y bien que lo necesita,
porque á la verdad, no es cosa.
Evar. No. Está usted mal informada.
Un olivar en Carmona,
dos molinos en Baeza,
y el cortijo de Cazorla,
y los censos de Madrid.....
Vicenta. Todo eso, amigo, es bambolla.
Evar. ¿Qué dice usted!
Vicenta. Entre pleitos,
y deudas, y trapisondas
se consume mucha parte
de la renta, si nó toda.
Evar. ¿Es posible..... Pues don Rufo
nunca me ha dicho una jota.....
Vicenta. Propia reserva de suegro.

Pero usted que no se ahoga
en poca agua.....

Evar. Ciertamente.....

Vicenta. No descompondrá la boda
porque la casa esté un poco
atrasada. Á usted le sobra
caudal para mantener
con el tren de una señora
á mi sobrina.

Evar. Sí tal.
Yo.....

Vicenta. Una niña tan hermosa
no ha menester más riquezas
que su.....

Evar. En efecto. ¿Qué importa...
Ya iremos desempeñando.....

Vicenta. Por supuesto, y aunque hay otra
calamidad de por medio.....

Evar. Qué sucede? (Una congoja
me va á dar.)

Vicenta. En los *llamados* (*)
tres años hago memoria
de que don Diego Bermudez,
hermano de doña Eustoquia
Bermudez.....

Evar. Sí, sí; el hermano
de la madre de la novia,
que era poseedor entónces.....

Vicenta. Pues. Dios le tenga en su gloria.

Evar. Amén. Qué hizo el buen señor?

Vicenta. Vender en debida forma
la mitad del mayorazgo.

Evar. (Cielos!.... ¡Y con esa sorna
me lo dice!) Ya..... La ley
le autorizó.....

Vicenta. ¡Buenas onzas
le dieron! Pero..... ¡Dios le haya
perdonado!.... por la posta
se le fueron. Ya se ve,
soltero, gastador.....

Evar. Oiga!

Vicenta. Jugador.....

Evar. ¿Tambien tenía
esa gracia?

Vicenta. Vaya!.... Y moza!

Evar. Libertino!

Vicenta. Le chupaba.....
Figúrese usted!

Evar. Bribona!

Vicenta. Luégo..... Ya lo sabe usted.
Entre *Angulema* y sus tropas,
y los de acá, y los de allá,
y los frailes y las notas,
y el *Zurriago*, y el *Censor*,....
esto se hizo una Liorna,....
y acabó la malhadada
Constitucion española.
Á su antiguo ser y estado
volvieron todas las cosas.....
Todas no; que el vendedor,
aunque se anuló la compra,
recobró sus heredades,
pero no soltó la mosca.

Evar. Y ahora tendrá que soltarla
el heredero, y con costas.

Vicenta. Qué! ¿se ha anulado el decreto
anulador?

Evar. Toma, toma!
En buenas manos está
el pandero.

Vicenta. Algo incomoda
perder medio mayorazgo
así...., de una mano á otra.....
Mas siendo medida justa
y al Estado provechosa,
el patriotismo de usted.....

Evar. Sí, yo soy muy buen patriota,
pero es duro, vive Dios,
que á un inocente le coja
el carro y..... Yo no me quejo
de las Córtes. Ellas obran
en conciencia. Pero el tal
don Diego..... Bárbaro! idiota!
descastado! Aquella venta
fué inicua, infame, traidora.....
¡Y malgastar el dinero
en vicios y en comilonas!

Vicenta. No se desazone usted.
Todo ello es una bicoca.

Evar. Cierto..... No es el interes
el que en cólera me monta.
Es la moral ultrajada.

Vicenta. Á bien que otros son los dogmas
de Pilarcita.....

Evar. Sí, sí.....
Pilarcita es virtuosa.

Vicenta. Y la virtud es el dote
mejor.

Evar. Ese es un axioma.—
Á un buen dote, sin embargo,
nadie pone cara fosca.

Vicenta. Pero ha dicho usted mil veces
con energía amatoria
que apreciaba más la mano
de Pilar que una corona,
y que el dote es lo de ménos
cuando las virtudes sobran.

Evar. Lo he dicho..... y lo ratifico.....
(Maldita sea mi boca!)

Vicenta. (Se casará todavía?)
Pero advierto una zozobra
en el semblante de usted,....
una inquietud..... Ah! Qué tonta!
No es zozobra, ni inquietud;
es que esa alma se alboroza
al contemplar que tal vez
es ya una accion generosa
no desistir del enlace.

Evar. No crea usted..... (Me sofoca
esta mujer.) No me cuesta.....

(*) Alude al Real decreto que anuló la mayor parte de los actos legislativos del gobierno constitucional abolido en 1823.

ningun esfuerzo..... ni sombra
de..... Ca! (Yo estoy en tortura.)
Sólo me aflige una cosa;.....
y es que..... por hoy no es posible.....
¿Está don Rufo en Atocha
todavía?

icenta. Sí, señor.
Dijo que iria á la fonda
á buscarnos.—Vamos, qué hay?
(No se casa.)

Evar. Que se agolpan
á veces tantos y tantos
obstáculos..... En la Bolsa
tengo hoy un negocio urgente.—
Mi amigo don Juan Ochoa
está ocupado...., y en fin,
el notario.....

Vicenta. ¡Tanta prosa
para nada!

Evar. Es que yo siento.....

Vicenta. Bobada! Si hoy no se otorgan
los contratos, otro dia.....
¿Qué más tiene.....

Evar. Cierto.

Vicenta. (Hola!
Parece que ya hace efecto
la píldora.)

Evar. (Si me ahorcan,
no me caso.) Crea usted.....

Vicenta. Ya está aquí mi prima Eustoquia.

ESCENA VI.

DOÑA VICENTA. D. EVARISTO. DOÑA EUSTOQUIA.

Eustoq. Oh! ya ha venido mi yerno.
Vaya, que estoy más contenta!....
Y tú nos dejas, Vicenta!

Vicenta. Sí, que hace un dia de invierno.

Eustoq. Si está hermosa la mañana!

Vicenta. [*Mirando con malicia á D. Evaristo.*]
Yo temo..... que ha de nevar.

Eustoq. No tal. Llamaré á Pilar.....
Qué linda está! qué galana!

Vicenta. No la llames.

Eustoq. Por qué no?

Vicenta. Prima, porque es excusado.
La boda se ha prorogado.....

Eustoq. Cómo! Hasta cuándo? ¿Quién...

Evar. Yo...

Eustoq. Eh! no lo creo. Eso es chanza.
¿Cómo pudiera Evaristo
cuando al fin cumplida ha visto
su lisonjera esperanza.....
Oh qué venturoso dia!
Cómo lo he de celebrar!
En la dicha de Pilar
cifro yo la dicha mia.
Toda mi alma se alboroza,
y aunque ella ha de hacerme abuela,
la boda de esa chicuela
presumo que me remoza.
Ea, vámonos, y no haya
más dilacion.....

Evar. Hoy, señora,
no puede ser.

Eustoq. Cierto? Ahora
salimos con eso? Vaya!

Vicenta. Como anuncia tiempo vario
el almanaque.....

Evar. No es eso.
Es que anoche hizo un exceso
y está en la cama el notario.

Eustoq. Qué lástima!

Evar. Hasta las dos
estuvo en cruda agonía.

Eustoq. Algun cólico sería.

Evar. Cerrado.

Eustoq. Válgame Dios!

[*Se sienta en un sillon.*]

Vicenta. Ya se ve, como un abanto
cenaria, y un asiento.....

Eustoq. Pobre señor !(Sólo siento
haber madrugado tanto.)
Pero, hombre, en la Vicaría
¿sólo hay un notario?

Evar. No.
Pero á ese buscaba yo
porque ya le conocia.
Es muy sagaz.....

Eustoq. El más tonto
es sagaz en su provecho.

Evar. No obstante...

Eustoq. (¡Que me hayan hecho
dejar la cama tan pronto!)
No entiendo....

Vicenta. Querida Eustoquia,
considera, y no te asombres,
que no siempre están los hombres
corrientes con la parroquia.

Eustoq. Ya...., sí..... Yo soy indulgente.

Evar. Luégo que se alivie.....

Eustoq. Sí.
No hay prisa. Así como así.....
el dia está intercadente.
(Cayéndome estoy de sueño.)

Evar. Si ustedes me dan licencia,
voy á cierta diligencia......

Eustoq. Sin ver al amado dueño?
Eso es ser poco galan.

[*Empieza á dar cabezadas.*]

Evar. ¿Qué extraño es que no me atreva
á darle tan triste nueva?
Ustedes se lo dirán,
que aunque tal vez su sosiego
no pierda por eso.....

Eustoq. [*Bostezando.*] No.

Evar. (No es ella á quien temo yo,
sino á don Rufo.) Hasta luégo.

Vicenta. Hasta despues.
Evar. [*Yéndose.*] (Lindo hallazgo!
Famosa boda iba á hacer!
Por entero la mujer....,
y á medias el mayorazgo!)

ESCENA VII.

DOÑA EUSTOQUIA. DOÑA VICENTA.

Vicenta. No es grande, prima, el afecto
que le ha inspirado Pilar.
Eustoq. ¡Eh.....
Vicenta. La boda retardar
con tal frescura.....
Eustoq. En efecto.
Vicenta. Farsa de teatro fué
aquella ternura inmensa.
Don Evaristo no piensa
como pensaba.
Eustoq. [*Casi dormida.*] Por qué?
Vicenta. Lo juro á fe de Vicenta.
Sabiendo yo que es mal bicho,
hoy por probarle le he dicho.....
No me oyes?
Eustoq. [*Despabilándose por un momento.*]
Sí; cuenta, cuenta.
Vicenta. Te duermes?
Eustoq. No, que te escucho.
Vicenta. Le he dicho que tu caudal
en realidad no era tal
como él creyó, ni con mucho.
[*Doña Eustoquia se queda dormida.*]
¡Habias de ver su gesto
oyendo esta nueva! Al punto
se quedó como un difunto.
Vamos, qué dices á esto?
Á un cólico imaginario
apela en tan fuerte apuro,
y no sé cómo el perjuro
no enterró al pobre notario.
No le contradigo yo,
aunque miente como un diablo,
y..... Qué es esto? Con quién hablo?
Prima!... Eustoquia!... Se durmió.—
¡Qué lástima de botija
de agua de nieve en su alma!
¡Dormirse con esa calma
cuando la hablo de su hija!—
¡Y tal vez, por la apariencia
juzgando la vecindad,
llama exceso de bondad
á esa estúpida indolencia!
Siempre con igual semblante
oye el favor y el agravio.
De miel rosada su labio,
su corazon de diamante.
Á nadie dice que no,
pero su casa arderia
y desde léjos diria:
arda el mundo, y viva yo.
Un mueble más en la sala;
¡tal es tu naturaleza,
oh mujer, que de pereza
ni eres buena, ni eres mala!—
Cuál ronca! Ni un sinapismo
despertara á la maldita.—
Me voy, que el verla me irrita.—
Confunda Dios tu egoismo!

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DOÑA EUSTOQUIA. D. RUFO.

[*Doña Eustoquia duerme todavía. D. Rufo llega de fuera.*]

Rufo. ¿Cómo estás con tanta flema
tendida en ese sillon?
¿Cómo es que ya son las once
y áun no ha salido el convoy?
Ya podia yo buscaros
en Apolo hecho un avion.
Todo lo he corrido en balde:
la glorieta, el cenador,
la sortija, el laberinto,
el columpio..... Qué sé yo?
Cansado en fin de dar vueltas
y de mirar el reloj,
vengo á saber de qué nace
tan extraña dilacion.
No ha venido el contrayente?
Ha dicho Pilar que nó?—
Pero..... mi mujer se ha muerto,
ó duerme como un liron.
Eustoquia! Eustoquia!
Eustoq. [*Se despierta asustada.*]
Quién llama?
¿Quién..... Eres tú!
Rufo. Sí, yo soy.
Estabas dormida?
Eustoq. Sí.
Rufo. ¡Y con tan poca aprension

lo confiesas!

Eustoq. ¿Y qué quieres,
si casi al salir el sol
me he vestido?

Rufo. Ya. Tambien
te acostaste á la oracion.

Eustoq. Sí, pero el cuidado mismo
de madrugar me privó.....

Rufo. Toda la noche has estado
roncando como un prior,
y ahora me vienes con esas?

Eustoq. ¡Si tengo esta complexion.....
¡Si..... Vamos, cuando una duerme
es el tiempo tan veloz.....
Y..... Qué he de hacer?

Rufo. Castigar
ese cuerpo remolon,
moverte, arreglar la casa,
y elevar el alma á Dios,
que sólo para dormir
y comer no te crió.

Eustoq. Bien, hijo, sí; no te enfades.

Rufo. ¡Pues traigo yo buen humor
para.....

Eustoq. Qué te ha sucedido?

Rufo. Nada.

Eustoq. Di..... Siéntate.

Rufo. Estoy
bien así.

Eustoq. Como tú quieras.

Rufo. Tronaré. No hay remision!
Me quedaré sin destino.

Eustoq. De véras?

Rufo. El director
está contra mí, y sospecho
que los informes que dió
me favorecen muy poco.

Eustoq. Cómo ha de ser!

Rufo. Dicen que hoy
sale el nuevo arreglo. ¡Buena
quedará la Direccion!
Ya se ve, tanto clamar
por economías..... Oh!
Las Córtes! las Córtes!.... Esto
va cada dia peor.

Eustoq. ¿Quién sabe.....

Rufo. Y esas ideas
de servicios, opinion,
antecedentes..... Qué diablo!
Dejen *in statu quo*
las cosas. ¿No es fuerte asunto
haber comprado doblon
sobre doblon mi destino,
y á pretexto de si soy
negro ó blanco, hábil ó torpe
cercenarme la racion?
¡Y eche usted un galgo ahora
al jefe que me empleó!
¡Vaya usted á recordarle
que un dia por cuanto vos
contribuisteis..... Ya es obra!
Hecho en Lóndres un milord,
así se acuerda de mí
como yo del gran Mogol.
Ello es que ya han enterrado
á mi jefe de seccion,
que por turno rigoroso
debo sucederle yo,
y temo quedar cesante.

Eustoq. Sea por amor de Dios!

Rufo. Ese consuelo me das?

Eustoq. Sí, Rufo. Más padeció.....

Rufo. Eh, déjame en paz. ¿Acaso
tengo yo el alma de Job?

Eustoq. No te enojes, Rufo.

Rufo. Quiero
enojarme. Voto á briós!

Eustoq. Bien, hijo. Si así te alivias,....
enójate; eso es mejor.—
No faltarán aspirantes.....

Rufo. Tu, tu, tu! Yo sé de dos.

Eustoq. Mozos sin pelo de barba.....

Rufo. No.

Eustoq. Ineptos.....

Rufo. No.

Eustoq. Oscuros.....

Rufo. No!
El uno es un tal don Cosme.....
natural de Vinaroz.
Del veintiuno al veintitres
la misma plaza sirvió,
está amnistiado, y la pide.....

Eustoq. Con muchísima razon.

Rufo. No tal. Eres una bestia.

Eustoq. Bien, hombre, sí, sí. (Es atroz!)

Rufo. ¿Qué significa amnistía?
Dame tú la explicacion.

Eustoq. Olvido de lo pasado.

Rufo. Justo; eso es en español.
Ahora bien, pues mi rival
por ese olvido clamó,
justo es olvidar tambien
que fué jefe de seccion.

Eustoq. En efecto.

Rufo. El otro..... Mas
¿qué es esto? ¿No vamos hoy
al jardin de Apolo, y luégo
á firmar.....

Eustoq. Se desistió.....

Rufo. Por qué? dónde está esa chica?
por qué es esta suspension?
dónde está don Evaristo?
Habla; respóndeme.

Eustoq. Yo.....
á punto fijo no sé.....
Se habló de una indigestion....,
de..... otro dia..... de..... el notario.....
Como el dia se nubló.....
y yo me dormí..... No sé.....

Rufo. Pero ¡que tengas valor
para.....

Eustoq. Calla, que Vicenta
ha de saber.... Ahora voy
á preguntar..... Ella viene.

Rufo. (Mi mujer es un lechon.)

ESCENA II.

DOÑA EUSTOQUIA. D. RUFO. DOÑA VICENTA.

Vicenta. Prima, que están esperándote
para almorzar.
Eustoq. Voy.
Vicenta. ¿De cuándo acá tu estómago
se hace esperar?
Rufo. Ántes de eso, sea lícito
que sepa yo
por qué el casamiento próximo
se suspendió.
Vicenta. Pues sin andarme en retóricas
yo te diré
que de tu yerno ya es pública
la mala fe.
Rufo. No lo creo. Tú eres díscola
por complexion,
y tu lengua es de una víbora,
de un escorpion.
Vicenta. ¿Á qué me injurias, estúpido,
sin más ni más?
Don Evaristo es un pérfido:
tú lo verás.
No se casa.
Rufo. Por qué? Dímelo.
Voto á quien soy!....
Ayer me juró con lágrimas.....
Vicenta. Ayer no es hoy.
Rufo. No te creo. Alguna cábala
se me arma aquí.
Vicenta. No.
Rufo. Y como tú eres su antípoda.....
Vicenta. Oh! sí; eso sí.
Tú hija me movia á lástima,
pobre Pilar!
y al fin á la triste víctima
logré salvar.
Rufo. Cómo?
Vicenta. Arrancando la máscara
de ese gandul.
Rufo. Nada me pruebas poniéndole
de oro y azul.
Vicenta. Le dije el estado crítico
de tu caudal,
y él, que formaba otros cálculos.....
Rufo. Mientes; no hay tal.
Es generoso, es magnífico.....
Vicenta. No, no lo es
hombre á quien domina el sórdido,
vil interes.
Ello es que le puso pálido
la novedad
de reducirse tus vínculos
á la mitad.
Rufo. Aprension tuya.—Y por último,
hay boda, ó no?
Vicenta. Con varias excusas frívolas
la prorogó.
Eustoq. Bien puede ser.....
Rufo. ¡Por san Críspulo.....
¿Vas tú á apoyar
tambien.....
Eustoq. Yo no, pero.....
Rufo. Cállate.
Eustoq. Me iré á almorzar.

ESCENA III.

D. RUFO. DOÑA VICENTA.

Vicenta. Rufo, ya ha volado el pájaro.
Rufo. No puede ser.
Vicenta. Pero ¡qué pillo! qué hipócrita!
Rufo. Basta, mujer.
Un hombre que es tan político,
que es tan formal,
¿cómo ha de dar un escándalo
tan garrafal?
Y aquel talento sin límites.....
¡Si es un horror
lo que él sabe en punto á máquinas....
Vicenta. Ya.
Rufo. De vapor!—
Te ries? No seas cáustica.
Quizá, quizá
algun dia entre los próceres
se sentará.
Mas ¿qué digo? Soy un bárbaro.
Ya llegó en fin
á las Córtes y á los códigos
su San Martin.
Caerán del pueblo los ídolos;
sí: yo lo sé.
Me lo ha dicho un diplomático
digno de fe.
Vicenta. Deja ilusiones ridículas
con Belcebú.
¿Quién cree eso sino un páparo
cual lo eres tú?
No ya con votos sacrílegos
ha de triunfar
quien quiera los siglos bárbaros
resucitar.
Á tu Trono, augusta Huérfana,
dará el valor
de tu denodado ejército
nuevo esplendor.
Caerá destrozada, exánime
la hidra voraz,
y entonará dulces cánticos
la alegre paz.
Desde las ondas atlánticas
al Miño fiel
sonará este grito unánime:
Viva Isabel!
Y estrechará nuestra plácida
fraternidad
con indisolubles vínculos
la libertad.
Rufo. ¡Siempre con esas hipérboles
me has de venir!

Vicenta. ¿Quién tus ideas retrógradas
puede sufrir?
Rufo. Basta. Doblemos la página
con mil y más,
y no hablemos de política
jamás, jamás;
que ya sabes que soy áspero
de condicion,
y no he de ceder un ápice
de mi opinion.—
Volviendo al novio, repítote
que ayer le vi
y que me juró..... Á propósito,
mírale allí.

ESCENA IV.

D. RUFO. DOÑA VICENTA. D. EVARISTO.

Rufo. Bien venido sea usted,
don Evaristo.
Evar. Oh don Rufo!
Beso á usted los piés, señora.
Vicenta. Felices.
Rufo. Me alegro mucho
de ver á usted, porque quiero
que aclaremos cierto asunto.....
¿Es verdad que usted renuncia
á ser mi yerno?
Evar. ¿Qué escucho!
Quién ha dicho tal enredo?
Vicenta. Yo lo he dicho y lo aseguro.
Evar. Perdone usted. Afirmar
sin fundamento ninguno
cosa que nunca he pensado,
señora mia, no es justo.
Vicenta. Eh! déjese usted de farsas.
Qué vale ya el disimulo?
Evar. Digo que se engaña usted.
Rufo. Lo ves?
Vicenta. Niegue usted, perjuro,
que aquí mismo, habrá dos horas,
en el momento en que supo
que la hacienda de mi prima
á la mitad se redujo
por la ley de mayorazgos,
se quedó como difunto.
Evar. ¿No he de sentir sus pesares
siendo su yerno futuro?
Rufo. Lo ves?
Vicenta. Niegue usted que, usando
de frívolos subterfugios,
de repente suspendió
la ceremonia.....
Evar. ¿Y qué mucho
si acometido el notario
de un apoplético insulto.....
Rufo. Lo ves?
Vicenta. Veo que se burla
de ti.
Evar. No tal, no me burlo.
Usted interpreta mal
cuanto digo.
Rufo. Ese es su flujo.
Evar. Y en eso me agravia usted,
que soy muy amigo suyo.....
Vicenta. Gracias.
Evar. Cuando usted me trate
más á fondo.....
Vicenta. Eso..... lo dudo.
Evar. Verá usted.....
Vicenta. No hay que ver nada.
Evar. Que yo soy hombre que cumplo
lo que prometo.
Vicenta. ¿Se ha visto
descaro igual en el mundo?
Bien. Supuesto que es usted
tan veraz, tan concienzudo,
haga usted por que hoy se arregle
la boda.....
Evar. Con mucho gusto.
Á eso venía.
Rufo. Lo ves?
Vicenta. Qué dice usted? ¿Ya se puso
bueno el notario?
Evar. Está en cama,
pero hay un amigo suyo
que nos servirá por él.
Á las ocho y media en punto
de la noche vendrá aquí.—
Perdóneme usted si abuso
de su bondad, padre mio.
Sabe usted que le consulto
para todo, pero es tanta
mi impaciencia.....
Rufo. Oh! no te culpo.
Lo ves?
Vicenta. Eh! déjame en paz.
Evar. Siempre he fundado mi orgullo
en ser benéfico. Ahora
que puedo servir de escudo
á una familia afligida,
la dulce union apresuro.....
Rufo. Basta, hijo, que me enternezco.
Vicenta. (Ó aquí hay un misterio oculto
que no puedo penetrar,
ó es loco este hombre.)
Rufo. De estuco
te has quedado. Y bien, ¿qué dices
ahora?
Vicenta. Que ciego, iluso
á un insensato capricho,
cual si fueras su verdugo,
sacrificas á tu hija;
que tú estás cantando el triunfo
y ella lo llora ¡infeliz!;
que ese hombre no es de su gusto
ni puede serlo jamás;
que yo detesto ese nudo
precursor de mil pesares;
que no he de darles, lo juro,
ni un real, y sabes que puedo
aumentar bien su peculio;
y en fin, que si fuera yo

Pilar, no entrara en el yugo,....
ó mi venganza daria
que hablar en Madrid, y mucho.

ESCENA V.

D. RUFO. D. EVARISTO.

Rufo. Qué sierpe de Lucifer!
Le daria con un canto.
Evar. ¡Eh.....
Rufo. No sé como la aguanto.
Evar. Déjela usted. Es mujer.
¿Qué importa su ceño adusto
si mi corazon adora
á Pilar y usted..... Ahora,
si ella no se casa á gusto.....
Rufo. Sí, señor, sí. Quién lo duda?
Pero el natural rubor.....
Evar. Cuando la hablo de mi amor
calla cual si fuese muda.
Rufo. Miren qué falta le puso!
Mujer muda es un tesoro.
Evar. No obstante, como la adoro,
con justa razon la acuso.....
Rufo. Hombre, fie usted de mí.
Verá usted con qué frescura
ante el notario y el cura
pronuncia el plácido sí.
Es verdad que ahora está fria.....
Evar. Sí, tan fria como bella.
Rufo. Pero la culpa no es de ella.
Los consejos de su tia.....
Mas ya no tiene esperanzas
de frustrar tan grato enlace,
y callará. Si no lo hace,
no me andaré yo con chanzas.
Yo me sabré deshacer
de un doméstico enemigo.
Evar. Oh! vivirá usted conmigo
y colmará mi placer.
Mi casa es cómoda y buena.
Algo léjos: en la Cava,
pero..... ¡voto á..... Me olvidaba.
Está usted de enhorabuena.
Rufo. Pues ¿cómo.....
Evar. En el Ministerio
me lo acaba de decir
quien no acostumbra á mentir.
Vaya, don Juan, que es tan serio!....
Rufo. Salió la planta?
Evar. Sí tal.
Rufo. Y entro yo en la promocion?
Evar. Justo.
Rufo. Á jefe de seccion
era mi ascenso.....
Evar. Cabal.
Jefe de seccion don Rufo
Jaramago.
Rufo. Oh dicha mia!
Yo jefe! yo..... De alegría
salto, rio, lloro y bufo.
Evar. Yo celebro.....
Rufo. Hoy me remozo.
Respiro! El susto pasó.
Evar. Qué!....
Rufo. No las tenía yo
todas conmigo. Qué gozo!
Y á qué buen tiempo! Hoy que es dia
de bodorrio y aleluya.....
Evar. No crea usted que eso influya
en mí.....
Rufo. Bah! no.
Evar. Sentiria.....
Rufo. Oh, calle usted!....
Evar. (Otra nueva
es la que me halaga á mí.)
Rufo. Si otra vez me habla usté así,
reñimos.
Evar. (Qué buena breva!)
Conque, vaya, hasta la noche.
Rufo. Jefe de seccion! ¡Qué gesto
me pondrán tan indigesto
los que.....
Evar. Vendré con el coche.....
Rufo. Se va usted?
Evar. Tengo un proyecto.....
Rufo. Otro? Con ese son mil.
Evar. Voy al Gobierno civil.....
Rufo. Lo del diario?
Evar. En efecto.
Ya la licencia me han dado.
Con buen plan y un precio módico....
Rufo. Qué color toma el periódico?
Evar. Un color..... tornasolado.
Rufo. Entiendo.
Evar. Conque, á más ver,
padre mio.
Rufo. No te vas
si palabra no me das
de venir luégo á comer.
Evar. Si usted se empeña, la doy.
Rufo. Ah! dime: mi nombramiento.....
Evar. Mañana.
Rufo. Adios. De contento
pierdo los estribos hoy.

ESCENA VI.

D. RUFO. DOÑA VICENTA.

Vicenta. Con impaciencia esperaba
á que ese señor se fuese
para hablarte.
Rufo. Sí? Ya te oigo.
Di tu embajada, y sé breve.
Vicenta. Pilar sería infeliz
con ese hombre.
Rufo. Erre que erre.
No lo será. Y qué te importa?
¡Fuerte flujo de meterse
en camisa de once varas!
Vicenta. Escúchame y no te alteres.

El tiempo insta, y no quiero
entre dimes y diretes
malgastarlo. Yo prescindo
de si los genios convienen
ó no, y prescindo tambien
de si la niña obedece
con repugnancia ó sin ella
á tus preceptos crueles.
Pero ya que no consultes
su corazon inocente,
¿por qué á su interes y al tuyo
una manía prefieres?
Con sus cansadas lisonjas,
con su boato aparente
te ha deslumbrado ese..... histrion,
que otro nombre no merece.
Trampas, proyectos, intrigas;
he aquí todos sus bienes.
Por otra parte, tu hija
qué riquezas se promete?
Solo el vínculo de Eustoquia,
que va á quedar.....

Rufo. Yo soy jefe
de seccion. No lo sabías?

Vicenta. No. Te doy mil parabienes.
Mas un aumento de sueldo
que será de seis á siete
mil reales todo lo más.....

Rufo. De cinco mil, pero en breve
subiré más. Es probable
que me nombren intendente,
y esto ya es algo.

Vicenta. Y tambien
es muy fácil que te quedes
cesante, ó que te jubilen,
y quizá que te destierren
por desafecto.....

Rufo. No tal.
Yo he llenado mis deberes,
yo soy adicto á la Reina,
yo nunca he sido rebelde,
y no porque uno murmure
alguna vez, y se queje
cuando se juzga agraviado.....

Vicenta. Pronto la casaca vuelves.

Rufo. Esto no es volver casaca.
Esto es que á mí me convencen
los hechos.—Ahora ya veo
que todo va grandemente.
Reconocen mis servicios
y mis talentos, me ascienden.....
Oh! y lo que es del Ministerio
de Hacienda, yo siempre, siempre
me prometí buenas cosas,
porque es hombre que lo entiende
Su Excelencia, y ayer mismo.....

Vicenta. Ayer mismo echabas pestes
de esa boca contra él.

Rufo. Por no decirte que mientes,
te diré que te equivocas.—
Sea de esto lo que fuere,
mudar de opinion es propio
de hombres cuerdos y prudentes.
Ya no dudo que en el alma
yo tenía oculto el gérmen
de los nuevos sentimientos
que ahora en mi sangre hierven.
Nuevo estado, vida nueva.
El subalterno y el jefe
no ven por un prisma igual.
Hay virtudes que requieren
mando, autoridad..... En fin,
yo me entiendo, y Dios me entiende.

Vicenta. Bien, basta. Á un lado disputas
que no hacen al caso. ¿Quieres
que vivamos como amigos
y como buenos parientes?

Rufo. Sí quiero.

Vicenta. ¿Quieres que tu hija
sea dichosa?

Rufo. Me ofendes
en dudarlo.

Vicenta. Pues en vez
de casarla con ese ente
que no puedo soportar,
permíteme que yo arregle
su boda con un sujeto
que su corazon merece,
y diez mil duros de dote
la ofrezco inmediatamente,
sin perjuicio de asignarla
un tanto para alfileres,
y de nombrarla tambien
heredera de mis bienes.
De lo contrario.....

Rufo. Amenazas?
Aunque tú la desheredes,
¿qué falta le hacen tus rentas
con un padre como éste
y un marido como aquél?

Vicenta. No seas terco; no te ciegue
la presuncion; no á lo cierto
prefieras lo contingente.
Rufo, Rufo! Mira bien
lo que haces. Quizá te pese
mañana.....

Rufo. Eh! deja ese tono,
que esto no es misa de *réquiem*.
Yo sé lo que debo hacer
sin que tú me lo aconsejes,
que no vengo al mundo ahora.—
Y, en fin, quién es tu cliente?

Vicenta. Es un jóven de carrera
que ya gana en su bufete
para vivir, y que aspira
á un buen empleo, pues tiene
poderosos protectores.
Tierno, amable, complaciente.....

Rufo. Su nombre?

Vicenta. Honrado, juicioso.....

Rufo. Su nombre?

Vicenta. Á tu casa viene.....

Rufo. Oh! quién es? quién?

Vicenta. Don Faustino
Ribera.....

Rufo. Cómo! Ese mueble

sentimental, taciturno,
espasmódico...., esa especie
de buho..... Será posible?....
¿Y cómo el traidor se atreve
á seducir á mi hija?
Y tú ¿por qué lo consientes?
Vicenta. No hay tal seduccion. Jamás.....
Rufo. Y á mí ese yerno me ofreces?
Vicenta. Escucha.....
Rufo. Por algo á mí
no me entraba de los dientes
adentro.
Vicenta. Si le trataras.....
Rufo. No hay para qué, y si me vuelve
por aquí, yo te prometo.....
Vicenta. Qué harás? Eh?
Rufo. Qué haré? Ponerle
de patitas en la calle.
Vicenta. Eso no; que vendrá á verme
cuando yo quiera.
Rufo. Que no!
Vicenta. Que sí!
Rufo. ¿Quién es aquí el jefe
de la familia? ¿Quién manda
en esta casa?
Vicenta. Quien puede.
Rufo. Qué quieres decir con eso?
Vicenta. Que de ti sólo dependen
tu hija y tu mujer; yo no,
que esta casa es mia. Entiendes?
Rufo. Eso es en buen castellano
decirme que soy tu huésped
y no más, y echarme en cara
que no te pago alquileres.
Vicenta. Nunca te los he pedido.
Rufo. Te los pagaré.—Seis meses
y ocho dias.....
Vicenta. Dale, bola!
No es eso lo que me duele.
Rufo. Y me mudaré á otro cuarto
tan luégo como lo encuentre.
Vicenta. Como quieras. Yo no te echo.
Rufo. No importa que tú no me eches.
No quiero vivir contigo.
Vicenta. Mejor.
Rufo. Corriente.
Vicenta. Corriente.
Rufo. No hay ángeles que te aguanten.
Vicenta. No hay diablos que te toleren.

ESCENA VII.

DOÑA VICENTA. D. RUFO. PILAR.

Pilar. [*Con un impreso en la mano.*]
Ay papá! Qué triste nueva!
Rufo. Otra! ¿Qué nuevo entremes.....
Pilar. Yo entremes? Muy al contrario.
Bien quisiera no traer
la fatal noticia.....
Rufo. Cuál?
Habla, dime.....
Pilar. Este papel.....
Rufo. [*Tomándolo.*]
La *Gaceta extraordinaria!*
¿Qué ha podido acontecer.....
[*Lee para sí con ansia.*]
Pilar. Una completa victoria
por las armas de Isabel.
Rufo. Bravo! Bien! ¡Si era forzoso.....
Veamos..... Esto va bien.
Pilar. Va bien! Y los pobres muertos?
Ay Dios! Cuando vea usted.....
Rufo. Qué gozo! No me interrumpas.
Vicenta. (Oh santo Dios de Israel,
y lo que puede un empleo!)
Rufo. Poca la pérdida fué;
treinta muertos, cien heridos.....
Pilar. Pobre tio!
Rufo. Cómo!.... ¿Quién.....
Pilar. Lea usted. Yo no me atrevo.....
Los nombres están al pié.
Rufo. «Entre los muertos se cuenta
el teniente coronel
don Pedro»..... Cielos! Mi primo!
Pilar. Nunca le vi ni traté,
mas basta ser de mi sangre.....
Vicenta. Don Pedro..... ¡Qué oigo! ¿Es aquel
capitan de granaderos.....
Rufo. Sí, sí, don Pedro Garces
de Jaramago.
Vicenta. Muy rico,
mayorazgo.....
Rufo. Sí, mujer.—
Y era soltero..... infeliz!
Y no deja, yo lo sé,
padre, ni madre, ni hermanos.....
Vicenta. Pues, y tú le heredas.....
Rufo. Pues!
Mira tú qué fortunon
se entra por mis puertas; eh?—
Pero su muerte me aflige,
que, aunque no me pudo ver
jamás, yo siempre..... No hay más!
Murió! Aquí dice: «á los tres
dias espiró en Pamplona.»—
Vamos, al fin pudo hacer
sus disposiciones, y esto
al cabo consuelo es.—
Calla! Hoy debo tener carta
ó suya ó de don Miguel
de Urrutia, mi fiel amigo.
Voy, voy al instante á ver
si vino la mala, que estas
noticias..... Sí, son del diez
por extraordinario. Diantre!
No me es posible saber
hasta que llegue la mala.....
Oh! yo nunca perderé
mis derechos, pero..... Ay Dios!
¡Cómo con amarga hiel
mezclas la humana dulzura!—

Pero al fin,.... Cómo ha de ser!
Todos hemos de pasar
por ese trance cruel.

Pilar. (Ahora será preciso
mi consorcio suspender
y este consuelo siquiera
en tanta pena tendré.)

Rufo. No te aflijas, Pilarcita;
no llores. ¿Qué se ha de hacer!
Dios le ha llamado á su gloria.....
(Las haciendas de Jaen.....
Casa en Cádiz y en Granada.....
Viñas en Rota, en Jerez.....)

Vicenta. ¿Ves ahora claro el motivo
de tomar tanto interes
don Evaristo en su boda
con Pilar?

Rufo. Oyes!.... Tal vez.....

Vicenta. Ántes, mil dificultades;
poco más tarde, al reves;
todo lo allanó. Sin duda
acababa de leer
la *Gaceta extraordinaria.*

Rufo. Las mujeres siempre haceis
juicios temerarios. Ello,
no hace mucho que le hablé
de Pedro, que en paz descanse.

Vicenta. Pues ¿qué más quieres? Un juez
de palo condenaria.....

Rufo. Ya, pero ¡un hombre como él.....

ESCENA VIII.

PILAR. D. RUFO. DOÑA VICENTA. DOÑA EUSTOQUIA.

Eustoq. Ahora, querido esposo,
que ya debo suponer
que pasado el primer trago,
ay! de acíbar, no de miel,
podrás escuchar palabras
de consuelo, probaré.....
¿Qué digo! Al contrario: llora,
pues de la suerte el vaiven
tal angustia te depara.
Deja que mi amor te dé
un pésame dolorido,
que aunque la constante ley
del orbe..... En fin, llora, Rufo,
llora! Bien tienes por qué!

Rufo. Llora!... llora!... ¡Aunque estuviese
yo bailando!.... Qué sandez!
¿Querrá usted, señora esposa,
darme con esto á entender
que porque heredo á mi primo....;—
digo, á lo ménos tendré
derecho á lo vinculado,—
su muerte me da placer?
Mis ojos están enjutos,
mas si en ellos no se ven
lágrimas, dentro del pecho
las siento, ay triste! correr.—
Y en fin, si llorarle es justo,
por qué no le llora usted?

Eustoq. Yo..... por no afligirte más.
Pero ya á solas lloré.

Vicenta. [*Aparte á Pilar.*]
Todavía no he perdido
la esperanza. Te diré
mi plan.....

Rufo. Al cabo y al fin,
no hay motivo para hacer
pucheros. Muy al contrario;
considerándolo bien,
hoy es dia de alborozo.
Sí, amadas, y os probaré
que en vez de pésame amargo
debeis darme el parabien.—
No por el vínculo, no,
aunque bien lo he menester
en mis actuales apuros,
sino por la honra y prez
que con su muerte ha adquirido
el buen don Pedro Garces.
¡Llorar al patriota insigne
que cumpliendo su deber
murió en el campo de honor
de lauro ornada su sien!
¡Llorar al bravo soldado,
llorar al súbdito fiel
que ha derramado su sangre
por la patria y por la ley!
Antes su suerte envidiemos;
ántes.....

Vicenta. Conviene saber
que Rufo ya no es carlista,
sino amante de Isabel.

Rufo. Sí, por Isabel Segunda
juro morir ó vencer.

Eustoq. Isabelino te has hecho?
Muy bien, lo apruebo, y amén.

Pilar. Qué cosas tienen los hombres!
Mi papá pensaba ayer
de otro modo.

Rufo. Calle el trasto!
¿Sabe ella.....

Pilar. Yo.....

Rufo. Calle usted!

Vicenta. No vayas á figurarte
que porque el ministro....., quién?...,
el de Hacienda?..., le ha nombrado
jefe de ¿qué sé yo qué.....

Rufo. Jefe de seccion.

Eustoq. De véras?
Tantas dichas á la vez!....
Ah! Pero dime: y ahora
¿el pésame te daré,
ó la enhorabuena?

Rufo. Ni uno
ni otro.

Eustoq. Por no errar. Ya ves.....

Rufo. Tú siempre yerras.

Eustoq. Deseo

darte gusto.
Rufo. Oh qué moler!
Quieres darme gusto?
Eustoq. Sí.
Rufo. Pues vete de aquí.
Eustoq. Me iré.
Tu voluntad es la mia.
Iré á quitarme este tren
que respirar no me deja.
Uf! reniego del corsé.
Qué diabólica invencion!
Ven á desnudarme, ven,
Pilar..... (Me echaré en la cama
hasta la hora de comer.)

ESCENA IX.

DOÑA VICENTA. D. RUFO.

Vicenta. Te vas?—Óyeme. Supongo
que esa nueva.....
Rufo. Ya, ya sé
lo que me vas á decir.
Mas no pienso suspender
las diligencias de boda;
que primero que se den
las tres amonestaciones
pasará cerca de un mes,
y ya entónces.....
Vicenta. Norabuena.
No te quiero convencer
con inútiles razones.
Rufo. Soy hombre de buena fe.
¿Qué se diria de mí
si porque heredo.....
Vicenta. Está bien.
Tampoco yo te aconsejo
que des tu brazo á torcer.
Mas si te pruebo que ese hombre
es un embrollon; si ves
probado hasta la evidencia
cuanto yo te he dicho de él;
si le oyes, en fin, tú mismo
con impensado desden
renunciar.....
Rufo. Si tal hiciese,
puede ser que á puntapiés.....
Vicenta. No, no lo digo por tanto.
Rufo. Pero tal desfachatez
no es posible en un sujeto.....
Vicenta. No? que me lleve Luzbel
si para hartarle de injurias
hoy mismo no te da pié.
Rufo. ¿Y podré saber el medio
de que te piensas valer.....
Vicenta. Nada. Hablar con él á solas
un cuarto de hora, y que estés
oculto sin que él lo sepa
donde le oigas.
Rufo. De la piel
del diablo sois las mujeres.
Presumo que alguna red
piensas tenderle.....
Vicenta. Algo hay de eso.
Rufo. Tú mentirás.....
Vicenta. Mentiré
si es preciso. Aunque me arriesgue
á hacer acaso un papel
desairado, tengo empeño
en quitarle de una vez
la máscara. Vuelves pronto?
Rufo. Sí.—Las doce menos seis.....
Á la una ya estoy aquí.
Vicenta. Entre tanto irá Gines
á llamarle.....
Rufo. Es excusado.
Él quedó en venir tambien.....
Vicenta. Bueno. Si tú condesciendes,
verás.....
Rufo. ¡Hacer un pastel
apenas nombrado jefe!
Qué dirá el vulgo soez?
Pero en fin, porque no digas
que soy testarudo, haré
lo que deseas.
Vicenta. Conformes.
Hasta luégo.
Rufo. Hasta despues.

ESCENA X.

DON RUFO.

Mayorazgo! Qué contento!
Jefe de seccion! Qué gozo!
Y en un dia! Qué alborozo!
Ah! ¡Cómo en el alma siento
el liberal ardimiento.....
Corriendo, aunque eche la hiel,
ahora voy, patriota fiel,
á alistarme en la Milicia.
Viva la Patria! Oh delicia!....
Viva la Reina Isabel!

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

D. RUFO. DOÑA VICENTA.

Vicenta. Acabaras de venir!
Yo creí que hasta la noche
no volvias.
Rufo. Esperando
ese correo del Norte
que no acaba de llegar.....
Quizá por aquellos montes
la faccion le ha interceptado.
¡Si hasta que les den un golpe
decisivo..... Ah! dame albricias.
Soy ya *urbano:* el uniforme
pienso estrenar el domingo;
sí, más que me cueste el doble.—
Acuérdame que mañana
me he de dejar el bigote.
Vicenta. Sí, pero lo que urge ahora.....
Rufo. Qué urge? qué? Lo que urge.....
Vicenta. Oye.
Rufo. Es consolidar las patrias
libertades. Zumbe el bronce!
Cruja el parche! Arma, arma, guerra
desde Irun hasta San Roque!
¡Y que viva..... Vamos, qué hay?
Vicenta. Que esperamos á ese hombre.....
Rufo. Á qué hombre?
Vicenta. Á don Evaristo.
Rufo. ¿Conque te empeñas.....
Vicenta. Sí. Corre.
Entra en ese gabinete,
que ya es hora.....
Rufo. Al fin y al postre
nada has de lograr.....
Vicenta. No es fácil
que yo mi designio logre
si no haces lo que te digo.
Rufo. ¡Meterme á mí en esos trotes
de farsas y,..... á mí que soy
tan franco y naturalote!
Vicenta. Así cumples tu palabra?
Ya son las dos. Anda. Coge
el sombrero y el baston,
no los vea..... Mira; ponte
junto á la puerta y podrás
escucharnos; mas si toses
lo echas á perder.
Rufo. Qué diablos!....
¿Será justo que me ahogue
por tu capricho?
Vicenta. Ya llaman.....
Á qué esperas? No te escondes?
Rufo. Sí. Voy, voy.....
Vicenta. [*Se sienta en un sofá.*]
Gracias al cielo!
Ya entró. Qué posma es el hombre!

ESCENA II.

DOÑA VICENTA. D. EVARISTO.

Evar. Señora..... Usted sola aquí.....
Si la incomodo á usted.....
Vicenta. Ba!
Simplezas. ¿De cuándo acá
me incomoda usted á mí?
Evar. Como esta mañana tuve
el pesar.....
Vicenta. No hablemos de eso.
Me incomodé; lo confieso,
mas ya se pasó la nube.
Evar. (Cosa extraña! Me recibe
con una amabilidad.....)
De su apreciable amistad
yo siento que usted me prive.
Vicenta. No. De todo me desdigo.
Yo juzgué mal..... Pero ¡qué!
no se sienta usted?
Evar. Sí haré.
Vicenta. Aquí; en el sofá, conmigo.
Evar. ¡Tanta dicha..... (Estoy en babia.)
[*Se sienta.*]
Vicenta. Para mí es la dicha.
Evar. (Cielos!
Me ama, está visto, y los celos
causaron aquella rabia.
Pero no sea que me arme
algun lazo.....)
Vicenta. (Está suspenso.)
Evar. (Miéntras no se explique, pienso
que no debo aventurarme.)
Vicenta. Rufo ha salido.
Evar. Gines
me lo ha dicho, amiga mia.
Vicenta. Dijo que no volveria
hasta despues de las tres.
Evar. Mucho es que tan tarde.....
Vicenta. Y esa
es notable grosería
sabiendo que usted debia
acompañarle en la mesa.
Eh! no me admiro. El hallazgo
de una rica herencia.....
Evar. ¿Qué.....

Vicenta. Nada sabe usted?
Evar. No sé.
Vicenta. Hereda un gran mayorazgo.
Con eso está que desbarra.
Evar. De véras? ¿Y qué accidente
casual.....
Vicenta. Le han muerto un pariente
los facciosos de Navarra.
Evar. (Vaya en gracia: ya leyó
la *extraordinaria*.)
Vicenta. Noticia
dichosa que con delicia
mi buen primo recibió.
No digo yo que no sienta
de un deudo suyo la muerte,
pero del dolor más fuerte
consuela una pingüe renta.
Evar. Ya; y no por eso mi boda
dilatará.....
Vicenta. Disparate!
No hay quien de bodas le trate.
Es lo que más le incomoda.
Su mujer por mala estrella
quiso hablarle del asunto
sin cuidarse del difunto,
¡y armó una zambra con ella.....
Boda en dia tan aciago!
Estás dada á Belcebú?,
grita. ¿Y me lo dices tú
despues del acerbo trago.....
¡Y que en pecho humano quepa
tanta crueldad! Quita allá!
Boda? Gran Dios! Qué dirá
el muerto cuando lo sepa?
Primero es cumplir el luto,
y despues..... Despues veremos.
Evar. Eso dijo? (Esas tenemos?)
¿Conque..... el funeral tributo.....
Vicenta. En fin, mil sandeces dijo.
Evar. Oh! sí. Ya es su bobería
proverbial.
Vicenta. Y yo le oia
con singular regocijo.
Mas ¿qué mucho si halagaba
mis ideas.....
Evar. (Ah!) Y por qué?
Vicenta. El porqué yo me lo sé.
Evar. (Cuál me mira!)
Vicenta. (Este se clava.)
Usted no puede ignorar,
y yo lo negara en vano,
que á mi despecho la mano
le ofrecieron de Pilar.
Y no porque usted no es
digno de ella, y más ahora
que muestra por la que adora
tan noble desinteres.
Evar. ¡Señora, por Dios.....
Vicenta. Con ella,
aunque pobre, usted se casa,
y quizá su suerte escasa
la hace para usted más bella.
Sí, que si usted dilató
la boda contra su gusto
fué con motivo muy justo.
Ahora lo conozco yo.
Y mi primo...., qué contraste!
con la herencia, tal está,
que para yerno quizá
ni un archiduque le baste.
Pero, aquí para *inter nos*,
la chica, como es novicia,
le hacia á usted la injusticia
de no amarle.
Evar. Es cierto? Oh Dios!
Si yo lo hubiera sabido.....
Vicenta. Yo, que á fondo lo sabía,
no sin razon me oponia
al enlace convenido.—
Y usted allá para sí
quizá alguna vez pensó
que le aborrecia yo.
Evar. Así, es cierto, lo creí;
y el cielo sabe, señora,
lo mal que usted me pagaba,
que mi alma rendida, esclava.....
Vicenta. Deje usted chanzas ahora.
Evar. Chanzas? Ah! no.....
Vicenta. Don Faustino
está muerto por Pilar.
Yo la queria casar
con él.....
Evar. Y soy yo adivino?
Si usted como buena amiga
hubiérame dicho: hay esto,
yo hubiera dejado el puesto
sin importarme una higa.
Por cierto, gran pesadumbre!
No era profundo mi amor,
sino que ya...., el pundonor....,
el qué dirán...., la costumbre....
¿Y quién sabe si el pesar
de no encontrar acogida
en otra alma empedernida
á quien no osé declarar.....
Pero ¿es justo que al amor
cuidados ajenos roben
una viuda amable, jóven,
que es de la corte esplendor?
¿Por qué desvelarse así
buscando á Pilar un novio?
¿No es más natural, más ovio.....
Vicenta. Ya; el buscarlo para mí?
Evar. No es menester que lo busque
una deidad.....
Vicenta. Yo deidad?
Qué error!..... Pero la amistad
no es mucho que á usted le ofusque.
Evar. (Yo me declaro. Esto es hecho,
que es buen negocio la viuda.)
Señora, mi lengua anuda
el volcan que arde en mi pecho,
mas mis ojos, mi semblante
harto anuncian.....
Vicenta. No diré
de esta agua no beberé.

Puede que más adelante.....
Evar. No. Esas cosas ¡pronto, pronto!,
que el que lo piensa mejor
más se chasquea.
Vicenta. El temor
de dar con marido tonto.....
Evar. Grande lástima sería,
que usted, señora, es un lince.
Vicenta. Yo ya pasé de los quince.
Soy viuda, jamona, y tia.
Evar. Tia, cualquiera lo es;
viuda, es glorioso blason;
jamona...., ponderacion!
Veintiocho años.....
Vicenta. Treinta y tres.
Evar. No.
Vicenta. Sí tal, don Evaristo.
Evar. Bien. Así las quiero yo.
De esa edad nos redimió
nuestro señor Jesucristo.—
Y yo sé de un corazon
preso en cadena amorosa
que de esa boquita hermosa
espera su redencion.
Vicenta. Yo no tengo antipatía
al yugo del matrimonio,
pero si hiciera el demonio
que me arrepintiese un dia.....
No quiero yo para esposo
un señorito mimado,
elegante, almibarado,
intercadente y dengoso.
Tambien me causara tedio
una yerta senectud,
sin pasiones, sin salud.....
Evar. Ya. Usted quiere un..... justo medio.
Un hombre de treinta y tantos.....
Vicenta. Sí, de juicio y probidad.
Evar. Justamente esa es mi edad.
Yo cumplo por Todos-Santos.....
Vicenta. Que esté en el mundo bien quisto;
que no tema á maldicientes;
que.....
Evar. Yo tengo un don de gentes....
Lo digo á fe de Evaristo.
Vicenta. Que ni sea una atalaya
perpetua de su consorte,
que eso no hay quien lo soporte,
ni á picos pardos se vaya.
Evar. Y que no se arrogue un mando
despótico en demasía.
Vicenta. Claro está.
Evar. Por vida mia
que me está usted retratando.
Vicenta. Cierto, usted puede alegar
mil prendas.....
Evar. Usted no crea
que yo.....
Vicenta. Es lástima que sea
tan desdeñosa Pilar.
Evar. Si mi amor no la pretende!
Ya he dicho.....
Vicenta. Mucho lo siento.
Evar. Repito que no es mi intento.....
(Qué angustia! Se desentiende.)
Vicenta. Volviendo á mí.....
Evar. Sí, sí; á usted.
Vicenta. Ni quiero un hombre vehemente,
ni mucho ménos un ente
frio como esa pared.
Que, sin que sea un Apolo,
ya que hemos de vivir juntos
sepa arreglar mis asuntos.
Evar. Para eso me pinto solo.
Negocios! Esa es mi furia.
Vea usted mi cartapacio,
pregunte usted en Palacio,
pregunte usted en la curia,
y en el Gobierno civil,
y al Ministro, y á mis socios.....
Tengo sobre cien negocios
y basto para otros mil.
Vicenta. Yo soy libre.....
Evar. Ah! Peregrina!
Vicenta. Sin tutores.....
Evar. Adorable!
Vicenta. Sin hijos.....
Evar. Incomparable!
Vicenta. Rica.....
Evar. Celestial! divina!
Vicenta. Yo de negocios no entiendo.....
Evar. Ni eso es cosa de mujeres.
Y en la edad de los placeres!
Qué dolor! Eso es horrendo.
Vicenta. Luégo..... la maledicencia.....
Evar. Pues! Rica, jóven, y viuda.....
Vicenta. Debo casarme?
Evar. Sin duda.
Vicenta. De véras?
Evar. Y con urgencia.—
Ah! mi pecho se conmueve.....
Vicenta. Y por qué?
Evar. Si no temiera.....
Vicenta. Á quién?
Evar. Si yo me atreviera.....
Vicenta. Qué hace usted que no se atreve?
Evar. Sí, aunque la suerte fatal.....
Mas..... ¿no siente inclinacion
ese viudo corazon
á ningun feliz mortal.....
Vicenta. Soy por ventura de piedra?
Mas soy dama, y una dama
en silencio pena y ama,
que austero pudor la arredra.
Evar. Ah! no más. Ese mirar
dulce, apacible, expresivo,
fatídico, decisivo
me acaba de derrotar.
Sí, sí, yo soy el que inspiro
tanto amor, tanto interes.
Mírame, hermosa, á tus piés.
Di que me amas,.... ó aquí espiro.
Vicenta. (Ah! Loado sea Dios!)
Silencio..... Usted no repara.....
Alce usted..... Si alguno entrara
y así nos viera á los dos.....

Evar. ¡Por Dios, por la Vírgen Madre
ámeme usted!
Vicenta. Y Pilar?
Evar. No la puedo atravesar.
Á ti, sólo á ti.....
Vicenta. Y su padre?
Evar. Su padre? Ese mentecato?
Á tener voz el don Rufo
sería excelente bufo,
pero bufo caricato.
Á emparentar con ese hombre
no sé qué signo funesto
me arrastró. Ya le detesto;
ya ni quiero oir su nombre.
Vicenta. (Bien! bien!)
Evar. Á fe de Evaristo
que no hay en la capital
más ridículo animal.
Rufo. [*Desde la puerta, apareciendo de improviso.*]
Por vida del que ató á Cristo!

ESCENA III.

DOÑA VICENTA. D. RUFO. D. EVARISTO.

Evar. (Don Rufo! Y me estaba oyendo!)
Rufo. Oiga usted, seó badulaque.....
Vicenta. [*Á D. Evaristo.*]
Mi primo! Quién lo pensara?
Hemos echado un buen lance!
Rufo. Proyectista de memoria,
trapalon, cajon de sastre,
yo mentecato!, yo bufo!,
yo animal!.... ¡Voto á mi sangre.....
Evar. Don Rufo, lo dicho dicho.
Siento que usted se amostace,
mas si no fuera curioso
no hubiera oido.....
Rufo. Faraute!
Evar. No alborotemos.....
Rufo. Fantasma!
Vicenta. Vamos, haya paz.....
Rufo. Pedante!
ministerial! pastelero!
Evar. ¿Qué dice ese necio.....
Vicenta. Baste.....
(No puedo tener la risa.)
Evar. (Ese sonreir amante
me anima.) Señor don Rufo,
calle usted y no me saque
de mis casillas. ¡Cuidado.....
Rufo. Áun me la echa usted de jaque?
Váyase de aquí el hambriento.....
Evar. Señor don Rufo!
Rufo. Á la calle!
Evar. Usted no me puede echar
de esta casa, y aunque rabie
entraré yo en ella miéntras
otra cosa no me mande
esta señora, á quien rindo
mi pecho en digno homenaje
de sus gracias.
Vicenta. Agradezco,
señor mio, esa galante
cortesía, pero yo
no apadrino á charlatanes.
Evar. Qué oigo! Señora! ¿Es posible.....
¿Usted.... ¡Cómo.... Ese lenguaje....
Vicenta. El que usted merece. ¿Cómo
pudo usted imaginarse
que yo le pudiese amar?
Si á mi despecho un instante
he escuchado sus simplezas,
mostrándole que en el arte
de astuta coquetería
cualquiera mujer es hábil,
íbame en ello no ménos
que el desengaño de un padre
obcecado, y la ventura
de mi sobrina; de ese ángel
puro, inocente, inmolado
á torpe codicia infame.
Nunca he gustado de farsas;
las odio, pero no es dable
sin imitarlos quitar
la máscara á los farsantes.
Mi inocente estratagema
por dicha no ha sido en balde,
y usted vencer se ha dejado
por sus vicios dominantes,
avaricia y vanidad.
Tienda usted en otra parte
sus redes, que aquí ya está
conocido; y si algo valen
de una mujer las lecciones,
áun me atrevo á aconsejarle
que sea ménos ansioso
y más cauto en adelante,
porque las paredes oyen;
y honra y provecho no caben
dentro de un saco; y los tontos
no sirven para intrigantes.

ESCENA IV.

D. RUFO. D. EVARISTO.

Evar. (Pérfida mujer!)
Rufo. ¡Lucido
ha quedado usted, compadre!
Evar. No es tan terrible infortunio
el que una mujer me engañe
para que yo como un niño
me desespere y me mate;
que para darme el desquite
mujeres hay á millares.
Y dado que á mí la mosca
que usted piensa me picase,
á bien que tengo en mi mano

el medio de consolarme
sin salir de aquí.

Rufo. Pues ¿cómo?

Evar. No hay una cosa más fácil.
Haciendo que usted se cuelgue
de despecho.

Rufo. Disparate!

Evar. ¿Conque..... disparate? Allá
lo veredes, dijo Agrájes.
¿Se acuerda usted de la nueva
que le di dos horas hace?

Rufo. Sí, que me habian nombrado
jefe de seccion.

Evar. Qué diantre!....
No hay tal nombramiento.

Rufo. Cómo!

Evar. Sin duda quiso mofarse
quien me lo dijo. Al contrario,
ha quedado usted cesante.

Rufo. Será cierto? ¡Yo..... ¿Qué prueba.....

Evar. Yo, que hablando en buen romance,
dudaba mucho que á un *ultra*
con tal empleo agraciasen.....

Rufo. Al grano, y nada de apodos,
al grano.

Evar. Para informarme
acudo á la Aduana á tiempo
que uno de los oficiales
amigo mio salia,
y me dice: en este instante
ha venido el reglamento.
Yo asciendo, y don Juan, y Suarez.....
Y don Rufo? interrumpí.—
Quién? ¿Ese viejo vinagre.....

Rufo. Nada de apodos he dicho,
y acabemos con mil pares
de demonios.

Evar. Pues, en suma,
ha pasado usté á la clase
de excedentes.

Rufo. No es posible.
No espere usted que me trague
esa píldora. ¡Qué ruin
venganza, qué miserable!

Evar. Quizá esté engañado yo,
pero usted puede enterarse
por sí mismo, que aquí traigo,
para que tampoco falte
este obsequio, la plantilla
impresa en muy buen carácter
de letra. ¿Usted gusta.....

Rufo. [*Le arrebata el impreso que ha sacado del bolsillo y lo lee con afan.*]
Venga.
«Ministerio de.....»

Evar. Adelante.

Rufo. (Santos cielos!....) «Enterada
Su Majestad, que Dios guarde,
la Reina Gobernadora..... »

Evar. Eh! preámbulos aparte.
Al grano.

Rufo. «El bien de los pueblos.....
Em... la penuria... Em... las bases...
Em... y habiendo consultado.....
Em... Ministros... y el dictámen.....
Em... se ha dignado.....»

Evar. Á la vuelta.
Para que usted no se canse
le señalaré..... Aquí está
su nombre de usted.

Rufo. Cesante!
Ah! reniego de mi suerte
y del.....

Evar. Eh, que usted lo pase
muy bien, y por muchos años
la goce.

Rufo. Asesino! cafre!

Evar. Sea en hora buena. Abur.—
Ah! si quiere usted dar parte
á sus amigos, áun puedo
más impresos regalarle.
Un recadito y le envio
dos docenas de ejemplares.

ESCENA V.

D. RUFO.

Bribon!... Soy hielo, soy piedra.
No tengo gota de sangre
en las venas. Yo excedente!
¡Yo, que creí estar en auge
poco ha, y ufano.....

[*Paseándose como loco.*]

Está visto!
No es posible que esto marche.
No hay justicia; no hay pilotos
que dirijan esta nave.
La cosa no dura un mes.
España va á dar al traste.
Tendremos restauracion.....

[*Párase de repente con muestras de afliccion.*]

¡Pero entre tanto el que cae.....

[*Vuelve á pasearse muy agitado.*]

Sí, señor! Haya reformas!
Vengan planes, vayan planes!....,
y ninguno da en el hito.
Oh! si yo fuera..... Qué traes?

ESCENA VI.

D. RUFO. DOÑA EUSTOQUIA.

Eustoq. La comida.....

Rufo. Hoy no se come.

Eustoq. Sí, querido, que ya es tarde.

Rufo. Déjame en paz, que no estoy
ahora.....

Eustoq. ¡Que así te afanes,

que te alborotes así
por cosas que nada valen!

Rufo. Nada, eh? nada? Voto á briós!.....
Voto á briós!.....

Eustoq. Eh, no te enfades.
Ya sé yo que el patriotismo
es una virtud laudable.

Rufo. Patriotismo!

Eustoq. Y que la gala
de los súbditos leales.....

Rufo. Gala! sí, ¡la Magdalena
está para tafetanes!

Eustoq. Ya sé que estamos de luto.
Yo hablo de galas morales.....

Rufo. Morales has dicho? Infierno!
No vuelvas nunca á nombrarme
al tal Morales. Por él,
por sus intrigas.....

Eustoq. Qué le hace?
Faltan brazos á la patria?
Basta que el tuyo consagres
á defender sus sagrados
derechos, sin empeñarte
en convertir.....

Rufo. ¡Voto á..... Esfinge!
Ahora con eso me sales?

Eustoq. ¡Pero, hombre... yo... Vaya, vamos
á comer; sí, que esto es ántes
que la milicia, y la Reina,
y las patrias libertades.

Rufo. Mujer de todos los diablos,
no digas más disparates.
Qué milicia, ni qué haca?
¿Qué Reina, ni qué.....

Eustoq. No extrañes
que yo te hable de este modo
creyendo lisonjearte.
Como ántes.....

Rufo. Ántes fuí un asno,
y ahora soy..... Ahora soy ¡nadie!

Eustoq. Tú dijiste que la patria.....

Rufo. No hay patria para un cesante!

Eustoq. Cesante! Pues ¿no eras jefe.....

Rufo. Ya no. Me han dejado *in álbis*.
Oh iniquidad! ¡Estos son
los gobiernos liberales!

Eustoq. Golpes de fortuna.—Eh, vamos
á comer.....

Rufo. ¡Y que áun nos hablen
de *fusiones* y de drogas!
Si ántes fuí yo abencerraje,
ya iba haciéndome cegrí,
y ha debido adivinarme
un Gobierno que se llama
previsor.

Eustoq. Bien; no te mates
por eso. Adopta de nuevo
tus rancias ideas. Hazte
carlista otra vez, y el mundo
diga lo que quiera.....

Rufo. Dale!
Ya no quiero ser carlista,
ni liberal, ni erre, ni hache.

Eustoq. Pues sé lo que gustes.

Rufo. Quiero
ser yo; ser Rufo.

Eustoq. Bien haces.

Rufo. Á bien que puedo contar
con rentas considerables,
gracias á mi pobre primo,
que en santa gloria descanse.....
Pero esta mala, señor!

Eustoq. Miéntras comemos...

Rufo. ¡Oh qué hambre
sempiterna! Tú no piensas
más que en comer.

Eustoq. ¡Si ya sabes
que el histérico me obliga.....

Pilar. [*Llega corriendo y entrega una carta á D. Rufo.*]
Aquí está la carta, padre.

ESCENA VII.

DOÑA EUSTOQUIA. PILAR. D. RUFO.

Rufo. (Ah! Me vuelve el alma al cuerpo.)
Trae, dame esa carta..... Escucha.
Por qué vienes tan contenta?
¿Te alegras tú por ventura
de la muerte de mi primo?
No hiciera otro tanto Júdas.

Pilar. Yo? Jamás! Pero confieso
que mi justa pena endulza
la idea de verme libre
de la funesta coyunda.....

Rufo. Entiendo, hija mia. El tal
don Evaristo es un púa.....
Dicha ha sido el conocerle
con tiempo. Alabo la industria
de tu tia.—Ahora veamos
lo que dicen...., oh amargura!
en esta carta.

[*Abre la carta y lee.*]

La firma
es de don Miguel de Urrutia.
Leamos.—«Pamplona, doce.....
Querido Rufo»..... Qué angustia!—
«Querido Rufo, con harta
afliccion tomo la pluma
para anunciarte la muerte.....»
Murió, sí; murió! No hay duda.—
«De mi amigo y primo tuyo
don Pedro Garces.....»—Se nublan
mis ojos.—«De Jaramago.»—
Oh dolor!—En la Borunda
cayó herido de una bala
tomando con su columna
un puesto enemigo al grito
de viva Isabel Segunda.
Conducido en parihuelas
á esta plaza.....» ¡Oh prematura

muerte! ¡Oh pérdida cruel
que en un piélago me inunda
de lágrimas!.... Ay! al ménos
yo te daré sepultura
digna de tantas virtudes,
ya que no puedo á la tumba
arrancarte, y cada dia
un credo, una salve, y una
ave María te juro
rezar por tu alma difunta.....
Quiero decir, por tu cuerpo,
que en las celestes alturas
canta ya entre ángeles tu alma:
Gloria al Señor! Aleluya! —
Prosigamos.—«Á pesar
de la diligencia suma
que en su curacion se puso,
era tal y tan profunda
la herida, que á los tres dias
falleció...., pero con mucha
resignacion.....» Eso sí.
En medio de la trifulca
de las armas nunca Pedro
desmereció de su alcurnia
en eso de buen cristiano,
y hombre de costumbres puras,
y..... Prosigamos. — «Dos horas
encerrado con el cura,
fervoroso, arrepentido,
se confesó de sus culpas.» —
Sus culpas! Pues ¡si era un santo!—
«Em..... confesó....; y de resultas
del penitente coloquio
se celebró con premura
su casamiento.....»—Qué es esto?—
«Con Hermenegilda Orduña.....»
Dios del cielo! Estoy soñando? —
«Antigua criada suya,
de la cual tuvo seis hijos.....»
Esto más? Mujer injusta!....
«Que reconoció don Pedro
in artículo.....»—Qué furia! —
«*Mórtis*.»—Oh maldad! oh infamia!
¿Y aquella sangre circula
por mis venas? Mal pariente!
mal hombre! traidor! enjundia
de hiena! ¡Casarte á posta
y así...., con cualquier piruja
por desheredarme! Y, digo,
¡como fué poco fecunda
la dichosa Hermenegilda!

[*Sigue leyendo para sí.*]

Eustoq. Por cierto que es cosa dura,
pero, al cabo, esta mañana
tú no esperabas ninguna
herencia ni de tal hombre
te acordabas. Da por nula
tu breve esperanza, y Cristo
con todos.

Rufo. Negra fortuna!
No te hartas de perseguirme?
Ni siquiera una tahulla
de tierra, ni un solo harapo
me deja. Oh! Dios le confunda!

Pilar. Padre!

Eustoq. [*Á Pilar en voz baja.*]
Calla.

Rufo. Hereje! ateo!

Pilar. Padre, por Dios!.... ¿Usté insulta
sus cenizas? ¿No mandaba
la religion por ventura
que reconociese.....

Rufo. No,
que los hombres de mi cuna
de semejantes pecados
con pan bendito se curan.
Bastaba que señalase
á aquella tarasca inmunda
una pequeña pension,
y los chicos..... á la inclusa.

Pilar. Pero.....

Rufo. Calla. Estoy bramando;
estoy que..... Calla tú, bruja!

Eustoq. Si no he chistado siquiera!

Rufo. Todos contra mí conjuran.
Ni rabiar podré en mi casa?
Tendré yo que irme á una gruta?

Pilar. Pero así ¿qué logra usted
sino hacer su desventura
mayor.....

Rufo. Dale! ¡Si no quiero
reflexiones ni preguntas!

Eustoq. Adónde vas?

Rufo. Al abismo,
donde no os vea ni os sufra.

ESCENA VIII.

DOÑA EUSTOQUIA. PILAR.

Pilar. Ah! sigámosle, no sea,
mamá, que haga una locura.

Eustoq. No. Guárdate de seguirle,
que es un crímen sin disculpa
contrariar la voluntad
de los padres. Tu importuna
solicitud ¿qué alcanzara
sino hacer mayor su angustia,
su despecho? Yo que le amo
con la más cordial ternura,
á solas con su dolor
le dejo, pues de eso gusta.
Ea, vamos á comer.
Ya que Dios nos atribula
con tantas penas, conviene
para sostener la lucha
fortalecernos.

Pilar. ¡Comer,
señora, cuando está una
viendo á su padre.....

Eustoq. Qué! no.

Se le pasará la murria.
Vienes?

Pilar. No; no tengo gana.
Coma usted.

Eustoq. Qué criatura!
Si te pones mala, luégo
no me eches á mí la culpa.

ESCENA IX.

PILAR.

Pero, Dios mio, mi padre
¿por qué ha de irritarse así?
¿No son primero los hijos
que los primos? Y si al fin,
gracias á Dios, no nos falta
para un decente vivir,
¿qué motivo.....

ESCENA X.

PILAR. DOÑA VICENTA.

Vicenta. Pilarcita,
me alegro de verte aquí.

Pilar. Y papá? ¿No sabe usted.....

Vicenta. Me lo acaba de decir,
y yo he logrado calmarle,
que hace gran caso de mí
aunque ántes me aborrecia,
gracias al dichoso ardid.....
Ahora aprovechar debemos
coyuntura tan feliz.
El obstáculo más grande
se venció. Ya el galopin
de don Evaristo huyó
para siempre; y pues á ti
no te disgusta el amable
don Faustino, que en la lid
queda vencedor.....

Pilar. Yo...., tia.....

Vicenta. Te pones como un carmin:
buena señal.

Pilar. Pero..... Yo.....

Vicenta. Ya le he mandado venir.

Pilar. Jesus, tia!

Vicenta. Es necesario
que os expliqueis.

Pilar. Pero si.....

Vicenta. Ya va á llegar.

Pilar. Otra vez.....

Vicenta. Hoy; ahora. ¡Qué pueril
cortedad!

Pilar. Pero ¿qué prisa
tenemos?

Vicenta. Ya siento abrir.

Pilar. Oh Dios!

Vicenta. Ya escucho su voz.
Buen ánimo!—Ya está ahí.

ESCENA XI.

DOÑA VICENTA. PILAR. D. FAUSTINO.

Vicenta. Ea, ya llegó el momento,
amoroso paladin.
Ya os da vuestra dama audiencia.
Pedid el ansiado sí.
Solos os dejo.—¡Cuidado
con traspasar el confin
de lo lícito y honesto;
que estaré observando allí.
Sed vos, casta Melisendra;
vos, rendido Belianis.
Cuidado con algun lance
romántico á lo *Antoni*,
y adios, que el tiempo se pasa
y el drama toca á su fin.

ESCENA XII.

PILAR. D. FAUSTINO.

Faustino. Sol de mi corazon, ángel de amores,
¿podré esperar que con afable rostro
oigas la voz del que rendido y ciego
adora tus encantos? Uno solo
plácido acento de tu dulce boca
puede elevarme de la gloria al colmo,
ó allá en los antros del dolor eternos
abismarme cruel. Sí, que no pongo
sólo en tus manos la precaria dicha
que el hombre anhela en el terrestre globo.
Tú eres el astro ya que mi alma ardiente
ha de ensalzar hasta el celeste solio,
ó por siglos de siglos sin clemencia
á las garras lanzarme del demonio.

Pilar. Ah! me hace usted temblar. Criatura frágil,
no de las almas árbitro dispongo;

mas si Dios infinito, omnipotente,
de oir se digna mis humildes votos,
léjos de ir al infierno, don Faustino,
ni siquiera irá usted al purgatorio.

Faustino. Oh paloma torcaz sin hiel nacida!
Yo no merezco de tu planta el polvo
reverente besar. Qué! ¿no rehusas
servirme en este mundo transitorio
de norte y de fanal? Dios te lo premie!
Ya este pobre bajel que se iba á fondo
puede, surcando el proceloso piélago,
de los vientos triunfar y los escollos.
Tu amor, vírgen de paz.....

Pilar. No he dicho tanto.

Faustino. No me amas? Oh dolor! oh acerbo tósigo!
oh!.... ¿Sabes tú, infeliz, que esas palabras
despedazan mi seno congojoso
y que con ellas la execrable sima
me abres del crímen.....

Pilar. Yo! Si está usted loco,
dígamelo por Dios, que tiemblo toda.

Faustino. Sí, tiembla! Si frenético me arrojo
á la depravacion, tú, desgraciada,
mi cómplice serás. Tú entre sollozos
te acusarás del infortunio mio,
si impenitente un dia sobre el lomo
grosero y ruin de asnal cabalgadura
y ciñendo la túnica y el gorro,
preseas del ladron y el homicida,
me llevan al patíbulo afrentoso.

Pilar. Ah, no! Pobre de mí!.... Yo á nadie impido
que sea hombre de bien. Pero ¡qué modo
de amar, Dios mio! Si el amor es ese,
yo no amaré jamás.

Faustino. Luz de mis ojos,
perdona. No el horror patibulario,
no fantasmas y espectros terrorosos
pretendo yo cual grata perspectiva
ofrecerte feroz. No soy un monstruo
perseguidor de la inocencia pura,
que ántes mi corazon la erige tronos.
Mas este corazon es ascua ardiendo.
Lo oyes, Pilar? Y entre el amor y el odio,
y entre el delito y la virtud no hay valla;
ya no la hay para mí. ¿Quieres, oh hermoso
querube encantador, que hasta la tumba
norma yo sea al universo absorto
de cándida virtud? Pilar!, sé mia;
di que me amas, y feliz consorcio
confunda para siempre nuestras almas.
Yo te lo ruego y á tus piés me postro.

Pilar. Ay! (Un hombre á mis piés! Qué haré?)

Faustino. Responde.

Pilar. Alce usted.....

Faustino. No. Yo espero.....

Pilar. Me sofoco.

Faustino. Mi sentencia. Pilar!

Pilar. (Por fin, ahora
ya no me asusta tanto.—Y es buen mozo!)

Faustino. Callas!—Ah! Qué me anuncia ese silencio?
¿Qué me anuncia tu púdico sonrojo
y esa de puro amor blanda sonrisa?
Rosa de Jericó!, no mi alborozo

sea falaz. Un sí! Dilo, no tardes,
y tu esclavo seré, no ya tu esposo.
Por esta mano.....

Pilar. Oh! no.....

Faustino. Que amante beso.....

Pilar. (Y tia Vicenta que nos deja solos!)

Faustino. Por ese blando talle que parece
fantástica vision de caledonio
bardo, ó sueño fugaz de peregrino
trovador provenzal, un sí! Lo imploro
con lágrimas de fiebre y de ternura.
Un sí, Pilar, un sí!

Pilar. Ya, ya lo oigo.

Faustino. Son dos letras, Pilar!

Pilar. Sí, son dos letras
que significan mucho, y no es negocio
tan llano el pronunciarlas. ¡Fuerte empeño
el de acosarme así! Ya casi lloro
de rabia y..... Suelte usted!

Faustino. ¡Próspero llanto
precursor de mi dicha, llanto próvido,
yo te bendigo!

Pilar. Pero si.....

Faustino. ¿Qué escucho!
Quién más que yo en el mundo venturoso?
Ya el sí de bendicion has pronunciado;
el *fiat* de mi gloria!

Pilar. Poco á poco.
Yo.....

Faustino. ¿Quién no ha de envidiarme.....

ESCENA XIII.

DOÑA VICENTA. PILAR. D. FAUSTINO.

Vicenta. Bravo! Albricias!
Bien lo decia yo. Como unos tontos
se querian los dos.

Pilar. Oiga usted! Sepa.....

Vicenta. Vaya, á qué viene ahora ese bochorno?
Es delito el amar?

Pilar. (Me desespero.)
Óigame usted. No es eso; es que.....

Vicenta. Respondo
de Rufo. Ven, Pilar. Con dos palabras
que yo le diga..... Vamos.—Oh! ya es otro.

Pilar. Ah! pero.....

Vicenta. Ven y calla. Don Faustino,
aquí le dejo á usted. Volvemos pronto.

[*Se la lleva de la mano corriendo.*]

ESCENA XIV.

D. FAUSTINO.

Ah! Siento en el alma un júbilo!....
Así...., un deleite pacífico.....
Como cuando á tierra el náufrago
salta desde airado mar.
Ya no hay á mi dicha obstáculos
desde que un sí tan explícito
pronunció el labio pulquérrimo
de mi adorada Pilar.—
Pero yo, que soy un fósforo,
cómo ahora estoy tan lánguido?
¿Será que me torna estúpido
el exceso del placer?
¿Ó será que á mi alma indómita
sobrecoge un terror pánico

pensando en el yugo próximo.....
Pues todo pudiera ser.
Todo lo que no es fantástico
me parece á mí ridículo.
¡El matrimonio es tan clásico.....
Yo siempre lo aborrecí.
Esa Pilar es lindísima;
yo la quiero como un árabe;
pero conyugales vínculos....,
vamos, no son para mí.
Y qué dirán los románticos?
Dirán que soy un estólido,
un pobre hombre... Ah! de sus sátiras
líbreme el Señor, amén.

ESCENA XV.

D. FAUSTINO. DOÑA EUSTOQUIA.

Eustoq. Señor don Faustino.....
Faust. ¡Oh célebre
doña Eustoquia!
Eustoq. Un viejo rústico
que habla con tono muy áspero.....
Portero es sin duda.
Faust. Y bien?
Eustoq. Me ha dado con mil preámbulos
esta carta, y yo solícita
la traigo.....
Faust. [*Tomándola y abriéndola.*]
Estimando. Cáspita!
De mi tio el General.
Leamos.....
[*La lee para sí.*]
Eustoq. (Será algun récipe
de su tio, que es tan rígido.....
Todo cuanto hacen los jóvenes
parece á los viejos mal.)
Faust. Qué fortuna!
Eustoq. (Erré mi cálculo.
Alguna noticia próspera
trae la carta.) Si me es lícito
preguntar.....
Faust. Y por qué no?
Á mi tio, hombre de mérito,
da el Gobierno para Nápoles
una mision diplomática,
y el secretario soy yo.
Eustoq. El viaje.....
Faust. Muy pronto; el sábado.
Oh placer! oh gozo súbito!
Cómo rabiarán mis émulos!
qué carrera voy á hacer!
Yo, que siempre amé frenético
la gloria, con este estímulo
pronto llegaré al pináculo.....
Quién me lo dijera ayer?
Allí el Vesubio, y las óperas,
y el mar Tirreno, y los Príncipes.....
Ah! me voy como un relámpago,
que mi tio espera.—Estoy.....
Eustoq. Es puñalada de pícaro?
¡Marcharse así como un prófugo
sin despedirse.... ¿En qué cátedra....
Faust. Hay mil cosas que hacer hoy.
Eustoq. Qué! ¿ni á Pilar, que es el ídolo
de esa alma...
Faust. Sí..; somos víctimas.....
Eustoq. No tal.
Faust. ¡Un muro sin límites
se levanta entre los dos!
Eustoq. Nada de eso. En arreglándose
la boda... Ahora mismo.....
Faust. Ay mísero!
Eustoq. Mi prima está haciendo el último
esfuerzo.....
Faust. [*Queriendo irse.*]
El último adios!
¡Ah, no seré yo tan bárbaro.....
Eustoq. [*Deteniéndole.*]
No se irá usted.....
Faust. (Vieja incómoda!)
Eustoq. ¿Quién sino un ingrato, un pérfido
abandona así.....
Faust. No á fe.
Eustoq. Ah! ya vienen.
Faust. (¡Voto al chápiro.....
Válgame aquí la farándula.
Mucho hablar, tono muy trágico,
y del apuro saldré.)

ESCENA XVI.

DOÑA EUSTOQUIA. DOÑA VICENTA. DON FAUSTINO. PILAR. D. RUFO.

Eustoq. ¿No sabeis.....
Rufo. Al fin.....
Vicenta. Albricias!
Pilar. (Sin dejarme hablar!)
Faust. Ay triste!
Nada me digan ustedes.
Sé que he nacido infelice.
Sé que no merezco.....
Vicenta. Sí.
Ya mi primo.....
Faust. Eso me aflige
más que todo. Conocer
que tengo una alma sensible,
y negarme.....
Rufo. Nadie niega.....
Faust. Sin Pilar ¿de qué me sirven
todos los bienes del mundo?
Eustoq. Su tio.....
Vicenta. Oiga usted.....
Rufo. ¿Qué dice
ese hombre?
Eustoq. Su tio.....
Faust. Fuerza
será que yo me resigne

con mi desgracia.
Eustoq. Su tio.....
Faust. Otro.....
Eustoq. No quereis oirme?
Mejor.

[*Se sienta á un lado.*]

Faust. Será más feliz,
ya que á mí se me despide.....
Vicenta. No, señor. Qué hombre!
Faust. Pero otro
que la ame cual yo, imposible.
Vicenta. Si oyera usted.....
Rufo. Pero este hombre.....
está loco?
Pilar. Bien lo dije.
Faust. Sé que usted se ha interesado
por mí, lo sé, y este insigne
beneficio no haya miedo
que mi corazon lo olvide,
Vicentita; mas don Rufo,
que tiene entrañas de tigre.....
Rufo. Bueno es eso! Cuando vengo.....
Faust. Sí, á dorar con apacibles
palabras..... He aquí los hombres!
Nada importa que asesinen
como luégo con dulzura
á su víctima acaricien.
Rufo. Qué víctima? Sepa usted.....
Vicenta. No somos aquí caribes.
Al contrario.....
Faust. Ay! este golpe
cruel, atroz, insufrible.....
Vicenta. Don Faustino, ó don demonio!
Faust. Pues! Tambien usted me riñe?
Ya no faltaba otra cosa.—
¿Qué veo! Y Pilar se rie!
Maldicion!
Vicenta. De rabia sudo.
Faust. Maldicion!
Rufo. ¿No hay quien le tire
por una ventana?
Faust. Adios!
Yo me voy á los confines
de la tierra á descargar,
allá entre Escila y Caríbdis,
el peso de mi existencia.
Vicenta. Don Faustino!....
Faust. Tierna vírgen,
te perdono. Adios!
Rufo. ¡Por vida.....
Vicenta. Oiga usted.....
Rufo. Déjale irse.
Faust. Cumplióse mi atroz destino.
Adios! adios! Maldecidme.

ESCENA XVII.

DOÑA EUSTOQUIA. D. RUFO. PILAR.
DOÑA VICENTA.

Rufo. Oh! eso sí. Yo te maldigo
con todo mi corazon.
Mil diablos carguen contigo.—
No sé como no le sigo
y le doy un coscorron.
Pilar. El cielo vuelve por mí.
Con quién me iba yo á casar!
Vicenta. Pero ¡alborotarse así.....
Qué dices de esto, Pilar?
Se ha visto igual frenesí?
Rufo. ¿Y ese es el tierno mancebo
por quien abogabas tú?
Vicenta. Me coge eso tan de nuevo
que áun á creer no me atrevo.....
Eustoq. [*Levantándose.*]
Si tú no entiendes la *Q!*
Nada teneis que admirar.
Es un farsante embustero.
Yo le iba á desmascarar
y á desengañaros, pero.....
¡nadie me quiso escuchar!
Rufo. ¡Y ahora con esa cachaza
sales..... Mal haya tu raza!
Eustoq. ¡Si por más que alzaba el grito.....
¿Acaso á nadie el maldito
ha dejado meter baza?
¿Sabeis quién saca de tino
á mi señor don Faustino,
y quién triunfa de su llama,
y quién.....
Vicenta. Acaso otra dama?
¿Es posible.....
Eustoq. No. Un destino.
Vicenta. De véras?
Eustoq. El caso es serio.
No me burlo.
Rufo. Qué trastada!
Eustoq. Le ha nombrado el Ministerio
secretario de embajada.
Ahí teneis todo el misterio.
Vicenta. Qué infamia! qué villanía!
¡Y yo necia, le creia
sensible, franco, sincero!
Pilar. Y lloraba el trapacero!
Si acierto á quererle...., ay, tia!
Vicenta. ¿Quién al verle tan amante;
quién, cielos, viendo el candor
retratado en su semblante
dijera que es un farsante?
Ah! reniego del mejor.
Rufo. Poco has dicho. Es un perjuro.
Eustoq. Cierto.
Rufo. Un malvado.
Eustoq. Seguro.
Rufo. Un seductor.
Eustoq. Es verdad.
Rufo. Un monstruo de iniquidad.
Yo lo afirmo.
Eustoq. Yo lo juro.
Rufo. En fin, un hombre del dia.
Eustoq. Pues.
Rufo. Filósofo á la moda.
Eustoq. Sí.
Rufo. Engañarnos pretendia

con achaque de la boda
y.....
Eustoq. Sí, eso es lo que queria.
Rufo. Eh? Qué queria?
Eustoq. Bobada!
Lo que tú ibas á decir.
Rufo. Pero ¡si no he dicho nada!
Eustoq. Es natural presumir.....
Rufo. Esa presuncion me enfada.
Eustoq. Perdóname si prevengo
tus ideas y me atengo.....
Rufo. Eso es! Voto de reata.
Tanta sumision me mata.
Eustoq. Tienes razon.
Rufo. No la tengo.
Eustoq. Así será.
Rufo. No es así.
Eustoq. Qué diré, triste de mí?
Callaré pues.
Rufo. Por qué callas?
Eustoq. Si no gusto de batallas!
Pilar. ¡Padre.....
Rufo. Quítate de ahí!
Eso no es persona humana.
¿Posible es, suerte tirana,
que ni el gusto he de tener
de reñir con mi mujer
cuando me diere la gana?
Sempiterno sinapismo!
censo atroz!, un solecismo
ha sido nuestro consorcio.—
Voy á entablar ahora mismo
la demanda de divorcio.

ESCENA XVIII.

DOÑA VICENTA. DOÑA EUSTOQUIA. PILAR.

Eustoq. (La callada por respuesta.
Yo primero, y siempre yo.)
Voy.....
Vicenta. Sabes que le molesta
tu presencia, y vas.....
Eustoq. Qué! No.
Si voy á dormir la siesta!

ESCENA ÚLTIMA.

DOÑA VICENTA. PILAR.

Pilar. Qué dia, buen Dios, qué dia!
Vicenta. Eh, luégo entrará la calma.
De ese ingrato la falsía
es lo que me llega al alma.
Pilar. Si yo no le amaba, tia!
Celebro de ambos señores
verme libre. Sus amores
me daban miedo cerval.
Vicenta. Ay Pilar! No te enamores.
Pilar. Si acaso...., del oficial.....
Vicenta. Del oficial?.... Inocente!
Ni se acordará de ti.
Pilar. No. Aquel suspiro elocuente.....
Vicenta. Puede que te quiera, sí....,
hasta salir de teniente.
Mas todo teniente espera
la segunda charretera;
y quizá si se la dan
piensa ya de otra manera.
Ya ves, todo un capitan!....
¡Dichosa tú que en tu daño,
Pilar, áun no has aprendido
que el interes y el engaño
tienen al mundo perdido
lo mismo hogaño que antaño
Ninguno es lo que aparenta.
Yo misma, á fe de Vicenta,
la virtud muestro ensalzar,
y ménos que ella me alienta
el flujo de murmurar.
Sociedad, ¿quién no es actor
en tu voluble teatro?
Y detras de un bastidor
desempeñan más de cuatro
la plaza de apuntador.
Y con tanto y tanto afan
telones vienen y van,
que acaso el que hoy es comparsa
hará mañana en la farsa
papel de primer galan.
Mi talento no es profundo,
pero en la verdad me fundo
de que al cielo hago testigo,
Pilar mia, cuando digo
Todo es farsa en este mundo.

LOS HIJOS DE EDUARDO,

DRAMA TRÁGICO EN TRES ACTOS.

TRADUCCION DEL QUE ESCRIBIÓ EN FRANCES CON EL MISMO TÍTULO CASIMIRO DELAVIGNE.

Se representó por primera vez en Madrid en el teatro del Príncipe el dia 4 de Octubre de 1835.

PERSONAS.

LA REINA ISABEL, VIUDA DE LORD GRAY, Y DESPUES DE EDUARDO IV, MADRE DE LOS PRÍNCIPES.
ANA, AYA DE LOS MISMOS.
EDUARDO V, REY DE INGLATERRA.
RICARDO, DUQUE DE YORK, SU HERMANO.
RICARDO, DUQUE DE GLOCÉSTER, TIO DE LOS PRÍNCIPES, REGENTE DEL REINO.
EL DUQUE DE BUCKÍNGHAM.
SIR JAMES TÝRREL.
EMMA.......................... } *Damas de la*
FANNI.......................... } *Reina.*
WÍLLIAM, OFICIAL DE PALACIO.
EL CARDENAL BOURCHIER... }
EL ARZOBISPO DE YORK..... }
DÍGHTON..................... } *No hablan.*
FÓRREST..................... }
LORES, SEÑORES DE LA CORTE, GUARDIAS, ETC.

ACTO PRIMERO.

Salon en el palacio de Lóndres. Á un lado la REINA *ocupada en bordar; al otro, labores de tapicería que han dejado sus damas. Estas aparecen acabando de vestir al* DUQUE DE YORK.

ESCENA I.

ISABEL. EL DUQUE DE YORK. ANA. EMMA. FANNI.

Isabel. [*Al Duque de York, sin levantar los ojos.*]
Estás ya? Puedo mirar?
York. Oh! no.
Isabel. Niño!
York. Todavía.....
Un momento, madre mia.....
Venga el dorado collar.
Ana. Luégo.....
York. [*Corriendo á una mesa y tomándolo de ella.*]
Lo atrapé!
Ana. Señora,
mandad al Príncipe, os ruego,
que se esté con más sosiego,
ó no acabo en una hora.
Parece una golondrina!
York. Se enfada porque recelo
el lazo..... Cógeme al vuelo!
Ana. Ah!
York. Corre, vieja ladina!
Ana. Vuestra Gracia bien lo sabe,

es grave asunto un vestido
de etiqueta.....

[*Echándole mano.*]

Le he cogido!

York. [*Huyendo el cuerpo.*]

Que no!

Isabel. Sí, el asunto es grave.

Ana. Lord Glocéster, vuestro tio,
hoy ha de venir por vos
para recibir los dos
al Rey.

Isabel. Vamos!.... No me rio.
Mira que pronto vendrá
Glocéster, y por tu gusto
hacerle esperar no es justo.
¡Cuidado..... (Qué hermoso está!)

Ana. Vuestro hermano un ángel es;
vos un diablo.

York. Hipocritona!
¡Porque él tiene una corona,
y yo no la tengo! Pues!

Ana. Allá en el país de Gáles
con un rasgo que sé yo
memoria al partir dejó
de sus virtudes reales.

York. [*Acercándose.*]

Un rasgo..... Cuenta. Cuál fué?
Los elogios de mi hermano
me encantan.

Ana. [*Asiéndole.*] Ya te eché mano,
desertor!

York. Me vengaré.
Qué traicion!

Isabel. Sí. Pobre niño!
Yo de ti no lo creyera.
¡Abusar de esa manera
de su fraternal cariño!

Ana. Oh! pues no los hizo Dios
de un temple. Éste alegre, vivo,
fogoso; aquél reflexivo,
sensible.....

Isabel. Amables los dos.

York. Oh! si otra vez tú me pillas.....
¿Me acabarás de ajustar
la jarretera? ¿He de estar
todo el dia de rodillas?

Ana. Vuestra paciencia reclamo.
La vejez siempre es tardía,
Ricardito.

York. Oh qué porfía!
El Duque de York me llamo.
Á mí, Ricardito? Vaya!
El *ito* me suena mal.
¡Nunca es uno hombre formal
á los ojos de su aya!—
Despacha. Me desespero.

Ana. Eh! ya estais en libertad,
bello cautivo.

York. [*Poniéndose delante de la Reina.*]
Mirad.
Qué tal estoy?

Isabel. Hechicero.

Emma. Da gozo el mirarle.

Isabel. Ven,
que en ese rostro gentil
quiero darte un beso...., mil!
Ricardo mio! mi bien!

York. Ana, dime sí ó nó,
tú que á Eduardo alabas tanto:
con su corona y su manto
¿será más bello que yo?

Isabel. Gloria los dos de esta madre
y de la nacion britana.
Alza esos luceros. Ana,....
todo el rostro de su padre.

Ana. Sí, todo.

Isabel. Amoroso, ufano,
así sonreia el Rey
cuando elevó á lady Grey
hasta el dosel soberano.

York. Lady Grey? Esa erais vos.

Isabel. Sí, y cuando á sus piés un dia
le pedí la herencia mia,
cuál lloraba yo, buen Dios!
Fué muy generoso.

Ana. Pero
vos muy más bella, Señora.

York. Oh! sí. Bella como ahora.

Isabel. [*Le besa.*]

Sí?.... Toma..... por lagotero!

Ana. Con besos le castigais?
Eso ya raya en locura.
Á fe que tanta ternura
á su hermano no mostrais.

York. Besándole luégo aquí
yo con él la partiré.

Isabel. Ah! ¡Cuánta su pena fué
en Rándsor, léjos de mí!

Ana. Siempre doliente!

Isabel. La pena,
tierna flor, te ha marchitado.
¡Qué de lloros me ha costado
aquella angustiosa escena
cuando al partir de este mundo,
hijos!..., mi Eduardo exclamaba,
hijos mios!, y os besaba
con su labio moribundo!
«Amáos, dijo, cual yo
os he amado.....» Oh desconsuelo!
Los ojos alzaba al cielo.....
y la muerte los cerró.

York. [*Conmovido.*]

Á Wíndsor los tres iremos
do reposa su ataud,
y de Eduardo la salud
postrados le pediremos;
y dos coronas de acanto,
que tú enlazarás piadosa,
pondremos sobre la losa
regada con nuestro llanto;
y tú le dirás: «así,

sea cual fuere su suerte,
unidos hasta la muerte
vivirán tus hijos.» Sí?

Isabel. [*Enjugando los ojos al Príncipe.*]
Ah! sí; mañana.

York. Y despues
yo acabaré de curar
á Eduardo. Dejadme obrar.
Tengo un remedio!....

Isabel. Cuál es?

Ana. Jugar.....

York. Lo tomas á risa?
No hay medicina mejor.

Isabel. (Siempre en un niño al dolor
sigue de cerca la risa!)

York. Vuelve lord Rívers con él?

Isabel. Sí.

Ana. Qué noble caballero!
Él es amigo sincero,
buen deudo y súbdito fiel.
Hermano, en fin, de su madre.
De él bien puedo responder.

Isabel. ¿Qué quieres darme á entender.....

Ana. Yo...., que es su segundo padre.....
No tienen otro!

York. Es severo,
mucho. Oh! con él no me rio;
pero yo, tio por tio,
más que á Glocéster le quiero.....

Isabel. No hables así del Regente.

York. Yo.....

Isabel. Si Ana te lo aconseja,
hace mal. ¿Tienes tú queja
de un tio tan indulgente?
No dudes de su ternura,
ni la pagues de ese modo,
que de tu padre es en todo
imágen.....

York. No en la figura.

Isabel. Que me enojaré, Ricardo!

York. Pues no riñamos por eso,
madre mia. Dadme un beso,
y diré que es muy gallardo.

Isabel. Si cuando seas mayor
le imitas, no te irá mal.

York. Sí; por un lado...., tal cual;

[*Haciendo el corcovado.*]

mas por el otro.....

Isabel. [*Con severidad.*] Milor!

Ana. Perdonadle. Es una chanza.
Eso no vale la pena.

Isabel. Su índole es buena, muy buena,
mas ¡le dan una crianza.....

Ana. Señora.....

Isabel. ¿Y en qué ha faltado
Glocéster? Con tierno amor,
di, desde que es su tutor
¿á mis hijos no ha tratado?

Ana. Sí, hasta ahora, mas.....

Isabel. ¿Por qué
la justa veneracion
negarle? ¿Con qué razon
osas dudar de su fe?
Las virtudes y el valor
valen más que un rostro bello.
Lo oís? Pensad bien en ello,
señor Duque, el mofador.

York. Madre mia!....

Isabel. Andad! no os quiero:
teneis muy mal corazon.

Ana. Mirad..... Ya llora!

York. Perdon!

Isabel. Apártese el zalamero.
(Ángel de mi alma! Le riño
á mi pesar.....)

Ana. Por allí
viene alguno. Él es.

Isabel. Él?

York. [*Haciendo el corcovado.*] Sí.
Ya no le conoces?

Isabel. Niño!
Tengamos la fiesta en paz.

Fanni. Nos vamos?

Isabel. Ah! mi rigor.....

[*Á las damas.*]

No. Tomad vuestra labor.

[*Á Ana aparte.*]

Qué bien le imita el rapaz!

ESCENA II.

ISABEL. EL DUQUE DE YORK. ANA. EMMA. FANNI. GLOCÉSTER.

[*Las damas de la Reina se sientan tomando sus labores. El Duque de York, de rodillas delante de Ana, sostiene en las muñecas una madeja de seda que aquella devana.*]

Isabel. ¿Habeis recibido carta
del hijo que ausente lloro,
Milord? ¡Dos dias eternos
sin noticias suyas! ¿Cómo
no escribe á una tierna madre,
ni milord Rívers tampoco?

Glocést. Pues! He aquí los hijos! Nada
quieren hacer por nosotros,
y siempre esperan, ingratos!
ser bien recibidos.

York. ¿Qué oigo!

[*Á Ana con tono de mofa. Ana le impone silencio con una seña.*]

Ingratos!

Isabel. No, no es tan grave
la culpa. Por ellos solos
amamos á nuestros hijos.
Pobre ángel! Tenga yo el gozo
de saber que no padece,

y todo se lo perdono.
Glocést. Pronto le veréis: calmáos.
Doquiera con alborozo
los ingleses le reciben
victoreándole amorosos,
y á sus piés vertiendo flores,
y con reverentes votos
su salud pidiendo al cielo.
Hoy vais á verle en el colmo
de la gloria. Ilustre sangre
de York, plácido retoño
de la insigne Rosa Blanca,
fecunda en hechos gloriosos,
yo el primero con tus lauros
súbdito humilde me honro.
Isabel. Con qué placer os escucho!
Glocést. Mas áun veo con asombro
el velo de la viudez
cercar ese bello rostro.
Dejad, siquiera por hoy,
dejad el luto penoso,
madre feliz, y el contento
brille ufano en vuestros ojos.
Isabel. Qué, Milord! ¿no debo nada
al que me elevó á su trono?
Yo soy madre venturosa,
y esposa infeliz. Ese otro
dulce Eduardo que hoy espero
recuerda á mi justo lloro
el Eduardo que perdí.
York. [*Á la más jóven de las damas de la Reina, que juega con él.*]
Me desafias? Otorgo.

[*Le da un beso.*]

Ahí tienes prenda. Si quieres,
vuélvemela.
Ana. [*Siguiéndole.*]
No seais loco,
Milord. Ya habeis enredado
la madeja. ¡Buen negocio
habeis hecho!
York. Desenreda
tú.....
Ana. Y los nudos? ¿De qué modo....
York. Se cortan.
Glocést. [*Á la Reina sonriéndose.*]
Otro Alejandro.
Isabel. No hay niño más revoltoso.
Glocést. Hola, vos de gala! Bien.
Estais hecho una ascua de oro.
York. Áun falta el manto de armiños,
pero ese no me lo pongo
hasta la consagracion.
Glocést. Sí, en Westmínster.
York. Cuándo?
Glocést. Pronto.
York. Por qué no decis mañana?
Pensais que soy yo tan bobo?
Pronto es un mes, es un año.....
Glocést. Un siglo.
York. Pues! Un demonio!
Y se puede uno morir
miéntras tanto.
Isabel. [*Sobresaltada.*] Ah! Dios piadoso
no lo permita.
Glocést. Esperar
es como estar en un potro.
Verdad?
York. Bien; cuándo?
Glocést. Á los niños
les parece perezoso
el tiempo y á los ancianos
harto veloz.
York. Oh qué plomo!
Cuándo pues?
Glocést. Pronto.
Isabel. Milord,
sentáos.

[*Se sienta Glocéster.*]

York. Yo me acomodo
en sus rodillas.

[*Lo hace.*]

Isabel. Ricardo!
Tú abusas.....
Glocést. Quieto! Es donoso.
York. No, que abuso.
Isabel. Él lo consiente.
Á qué es ahora el enojo?
Glocést. Me divierte.
Isabel. ¿Y á qué hora
entrará el Rey? Yo supongo
que habrá avisado.....
Glocést. Esta noche
le abrazarémos gozosos
en la Torre.
York. Y por qué allí?
Glocést. Si en vez de daros al ocio
leyeseis lo que debierais,
no pasara yo el sonrojo
de advertiros que en la Torre
desde tiempos muy remotos
algunos dias residen,
ántes de subir al solio
coronados, nuestros reyes.
York. Qué pena! Allí hay calabozos.
Glocést. ¡Gran pena entrar en la Torre
para salir venturoso
á ceñirse una diadema!
York. Bien, y cuando salga, oh gozo!
gobernará.....
Glocést. No, querido.
Isabel. Rey de nombre será sólo
hasta ser mayor de edad.
York. Rey de nombre? Qué bochorno!
Si yo el título tuviera
no diera el poder á otro.
Glocést. Vos reinar á los trece años!
York. Sí, Milord.
Glocést. ¡Bravo piloto
diera Milord á la nave

del Estado! ¡Qué brioso
ejército formaria
para defender su trono
con los chicuelos del muelle!

York. Fiaria en el apoyo
de los bravos que sirvieron
á mi padre generoso.

Glocést. Son viejos para Milord.

York. Pues Milord aunque bisoño
se haria viejo.

Glocést. De véras?
Y decidme, ¿de qué modo.....

York. Lidiando como ellos.

Glocést. Bien!
Sentimientos tan heroicos
son dignos de una corona.

York. El que la ciñe tiene hombros
para sostenerla.

Ana. (Bien!)

Isabel. ¿Y quién de su patrimonio
osaria despojarle,
cuando leal y animoso
lord Glocéster le defiende?

Glocést. Sí. Otra dicha no ambiciono
que morir en su defensa.

York. ¿Y aquel arrogante tordo
que me teneis prometido?
No me le dais?

Isabel. Fastidioso!
Siempre pidiendo.

Glocést. Es muy vuestro,
mas tiene brios el potro.
Sabreis cual yo manejarlo?

York. Dádmelo, y veréis si monto
como un hombre, aunque soy niño.

Glocést. Bien dice el proverbio.

York. Cómo?

Glocést. Yerba mala pronto crece.

York. Y áun por eso algun apóstol,
que yo sé, desde pequeño
estudió con el demonio.

Isabel. [*Á Glocéster.*]

Milord, hablemos del Rey.

Glocést. Quién, Milord?

York. Yo le conozco.

Glocést. Pero ¿quién?.....

Isabel. Duque de York,
mirad que ya me incomodo.

Glocést. No! Su malicia me encanta;
me hace reir como un tonto.
Que hable, que hable. Tiene un pico
admirable.

Isabel. Yo me opongo.
Vos le mimais demasiado.

[*En voz baja.*]

Es maligno como él solo,
pero ¡os quiere tanto!

Glocést. Y yo
deliro por él, le adoro.—
Dadme acá un beso. Esta rama
no desmerece del tronco.

Isabel. Y su hermano?

Glocést. Oh! sí; tambien.
Valen los dos un tesoro.
Felices os haga Dios,
tiernos y amables pimpollos,
cual vuestro tutor desea.

Isabel. Protegedlos, que en vos pongo
mi confianza, Milord,
y la proteccion que imploro
alcance á todos los mios.
Dos veces entre sollozos
os tendió Rívers su mano
sobre el lecho de mi esposo.
Velad los dos por mis hijos,
y amáos el uno al otro.

[*Óyese algun rumor bajo las ventanas.*]

Pregonero. [*Dentro.*] «Proceso y sentencia de lord Hástings, par del reino, acusado y convicto del crímen de alta traicion.»

York. ¡Hástings... Piedad!

Isabel. Con los Príncipes
fué siempre tan cariñoso.....

Glocést. ¡Vos intercedeis por él,
y os ha vendido! Es un monstruo.
Por vuestro bien le condeno.
Su castigo era forzoso.

Pregonero. «Prision de lord Rívers, conducido desde Northámpton á la fortaleza de Pomfret por órden del duque de Glocéster, Regente del reino.»

Isabel. ¿Qué oigo!

York. Lord Rívers!

Glocést. [*Riéndose.*] Sí, el mismo.
Mas no temais. Yo respondo.....

Isabel. Qué ha hecho?

Glocést. [*Riéndose.*] Nada.

Isabel. ¿Y á qué fin.....

Glocést. Es vuestra sangre: este es todo
su crímen.

Isabel. Qué! os hace sombra?

Glocést. Sombra á mí?..... Ni por asomo.—
Cuando estemos sin testigos
os hablaré sin rebozo.
En breve le abrazaréis:
recobrad vuestro reposo.
Y vos me daréis las gracias,
y él tambien.

York. Si hay alevosos
que atenten.....

Isabel. Vete á jugar,
mi vida.

[*Á las damas.*]

Dejadnos solos.

York. Cumplidme vuestra promesa
y veréis qué tal me porto
sobre el bridon.

Glocést. Bien podria

caer de un bote en el polvo
el ginetillo.

York. ¿Tambien
me venis vos con apodos?
Si solamente calzasen
espuela los buenos mozos,
quizá más de un caballero
andaria por el lodo.

Glocést. Calle! ¿Por el lodo.....

York. Adios,
caro tio.

Glocést. Adios, hermoso.
(Estos muchachos que salen
tan agudos..... viven poco.)

ESCENA III.

ISABEL. GLOCÉSTER.

Isabel. Qué es de Rívers? Hablad. De qué le acusan?
Qué debo yo temer?

Glocéster. Nada, Señora;
creedme.

[*Bajándose á mirar la labor de la Reina.*]

Primoroso es el bordado;
la guirnalda que en torno lo decora
de un gusto delicado.

Isabel. Soy mujer, os comprendo, y mi destino
es limitarme á frívolas tareas.

Glocéster. ¿He dicho yo, Señora, por ventura.....

Isabel. Si vos no lo decis, yo lo adivino.
Ah! guardad los secretos del Estado;
guardadlos en buen hora receloso.
Harto los conocí! No ya por ellos
quiero perder mi dicha y mi reposo.
Mas si ya no soy Reina como un dia,
soy hermana, Milord, soy madre, y tiemblo.
Tiemblo, sí; perdonad. Mi estrella impía
me ha condenado á perdurable duelo,
y avezada á sufrir, ni en la esperanza
de un grato porvenir hallo consuelo.
Desterrad el lenguaje cortesano.
Soy vuestra hermana; habladme como hermano.

Glocéster. Ese nombre me halaga y me envanece,
mas sin justa razon temblar os veo.
Rívers preso! Es verdad. Cuál es su culpa?
Sólo su amor á Eduardo le hace reo.
Y yo, tambien leal, de riesgo tanto
á ese fiel servidor librar deseo.

Isabel. ¿Y qué riesgo.....

Glocéster. Al orgullo, á la arrogancia
de la antigua británica nobleza
ulceró, lo sabeis, el lazo augusto
que del poder os elevó á la cumbre.
La torpe envidia y el rencor injusto
tales fueron, oh Reina, de esos lores,
que al ver á vuestros deudos
colmados de riquezas y de honores,
miéntras yo sus virtudes pregonaba,
mofaban la humildad de sus mayores.
Rívers, por vuestro influjo y por el mio
de par del reino alzado á la alta gloria,
sentóse entre nosotros, cuyos nombres
en la noche se pierden de la historia.
De entónces le miraron desdeñosos
las dotes que le ilustran olvidando.
Noble de ayer, decian, tal grandeza
no á sus timbres la debe, no á su cuna;

que obra fué del favor. Crecia el odio
cuanto halagaba á Rívers la fortuna,
y si el odio en los pechos enconado
no le inmoló tal vez, fué que temieron
al Rey por vuestras gracias sojuzgado.

Isabel. Milord!

Glocéster. ¿Y quién no rinde su albedrío
á iman tan poderoso? Si os contemplo,
Señora, yo tambien os rindo el mio.
Mas ya muerto el Monarca de Bretaña
muéstrase audaz la reprimida saña.
Árbitro, no ya guarda, vuestro hermano
del nuevo Soberano....;—
ellos hablan, no yo;—tal vez anhela
arrebatar el cetro de su mano.

Isabel. Rívers! Calumnia atroz!

Glocéster. Bajo ese nombre
persigue su furor á vuestros hijos,
y ántes que Eduardo consagrado sea
abrir infame senda al regicidio
matando á Rívers la traicion desea.

Isabel. Ah qué horror!

Glocéster Tanto ciega la venganza!
Y el autor de esa trama abominable
¿quién es? Hástings.

Isabel. Gran Dios! Él mi enemigo!
¡Y á mis hijos mostraba
tanto y tan tierno amor! De quién fiarme?
de quién?

Glocéster. De mí, que su maldad castigo.
No empero duerme el bando sedicioso
muerto el sagaz caudillo. Era forzoso
asegurando á Rívers un asilo
la saña desarmar de sus contrarios.
Ved ahora con ánimo tranquilo
de su prision la causa. En mi prudencia
fiad. Pronto la calma
renacerá, lo espero,
y brillará de Rívers la inocencia,
y en mí verá el amigo más sincero.
He aquí todo el arcano.
Decidme que no os hablo como hermano.

Isabel. ¡Y ha de ser la virtud triste ludibrio
de la humana ambicion!

Glocéster. ¿Y qué dijerais
si al extremo llegase su osadía
de insultar á su Reina?

Isabel. Á mí!

Glocéster. Traidores!
De ilegítimo acusan vuestro enlace,
y saciar no pudiendô sus furores
sin arrancar á vuestros tiernos hijos
sus sagrados derechos,
ya que su vida nó, nada perdona
la obstinada faccion.

Isabel. Hablad. Qué trama.....

Glocéster. Oh triste humanidad! Cuando pregona
torpes calumnias lenguaraz la fama,
si baldonan sin freno al poderoso
el necio vulgo las acoge ansioso.

Isabel. Por piedad, explicáos!

Glocéster. Cuando una Juana Shore, escarnecida
del pueblo y de la corte, al lodo inmundo

torna á caer y en el cadalso muere
de insensata ambicion ejemplo al mundo,
aunque nacidos en dorados lechos
prole de excelso Rey sus hijos fueran,
al postrer ciudadano de Bretaña
es dado contestarles sus derechos.
Ellos nacieron oprobioso fruto
de un adúltero amor. Mas ¡vuestros hijos!....

Isabel. Qué, Milord! á la honra de su madre
se atreven? Responded.

Glocéster. Falsos rumores.
Tema Albion mi justicia
si descubro á sus pérfidos autores.

Isabel. ¡Se atreven.....

Glocéster. Ah Milady! Desde el trono,
cercado siempre de afanoso tedio,
cuán mísero espectáculo es el mundo!

Isabel. ¡Herir á un tiempo su feroz encono
á mí, á mis hijos, á mi hermano! Oh cielo!
Al oir tanta infamia soy de hielo.

Glocéster. Pretenden, oh demencia!
que, cediendo vos misma al incesante
clamor de la conciencia,
salvar quereis amante
de vuestros caros hijos la existencia,
y signar..... ¡De su indigno desacato
habrá de ser intérprete mi lengua!
Signar...., ah! la solemne
pública confesion de vuestra mengua.

Isabel. Qué! ¿mi mano.....

Glocéster. Por dar á vuestros hijos
prueba ejemplar de afecto y de ternura
su vida anteponiendo á esos derechos
que os dieran tantos dias de amargura.

Isabel. ¡Yo por un vil terror á oprobio tanto
descender! ¡yo á los hijos de mi vida
deshonrar por mi mano! ¡yo robarles
su herencia, su derecho
augusto, imprescriptible, sacrosanto!
yo, Milord! Débil soy, mas frente á frente
no me arredrara la faccion impía.
No. Reina á un tiempo y madre, yo en mis ojos,
yo en mi rostro de cólera inflamado
el mentís de su infamia llevaria.
Por medio de la absorta muchedumbre
siguiéranme los hijos que idolatro,
y alzara yo orgullosa al heredero
de Eduardo entre mis brazos maternales;
y á Lóndres, sí, y al universo entero
diria...., gritaria.....
No sé, no sé qué haria en mi delirio.
Si palabras me faltan, mis sollozos
mostrarán congojosos el martirio
de un corazon de madre, y elocuentes
más que mi voz mis lágrimas ardientes,
«¡salva á tu Rey, oh pueblo,
sálvale! clamarán. Este es Eduardo;
el inocente Príncipe oprimido
que en su triste orfandad y en su abandono
á tu apoyo se acoge. He aquí su madre;
adopta, oh pueblo, á mis amados hijos,
pues la calumnia vil les niega un padre.»
Hijos de mis entrañas!.... Ah! que vengan,

que vengan á insultarme vuestros lores,
aquí, á mi faz; y entre mis dos tesoros
yo me alzaré terrible á los traidores.
Ni herida la leona
igualara mi ardor, mi saña fiera,
si un dia la existencia, los derechos,
el honor de mis hijos defendiera.

Glocéster. Virtud, santa virtud, he aquí tu acento!
Mas yo el primero, si la lid se traba,
yo, que maldigo su furor sangriento,
vuestro escudo seré. ¿Dudais acaso.....

Isabel. De vos? Ah! no. Sed vos mi providencia
despues de la divina.
Vuestro celo, Milord, vuestra prudencia,
que agradezco y admiro, hoy ha salvado
á mi hermano infeliz. Ah! vuestra obra
coronad, y mi alma..... Quién ha entrado?

ESCENA IV.

ISABEL. GLOCÉSTER. WÍLLIAM.

Wílliam. El duque de Buckíngham,
portador de un mensaje, á Vuestra Gracia
desea hablar, Milord.

Glocéster. [*Dando un paso para retirarse.*]
¡Oh perdurable
esclavitud! Señora, á recibirle
saldré, si permitis.....

Isabel. [*Deteniéndole.*] Aquí.
[*Á Wílliam.*]
Que venga.
Libre os dejo, Milord. Mi duelo es tanto
que en vano reprimirlo intentaria.
Á solas quiero á mi afanoso llanto
dar libre rienda. Plácida y serena
así despues al hijo de mi vida
recibiré quizá; que al seno amante
no con frente llorosa y abatida
le quisiera estrechar.

Glocéster. ¡No plegue al cielo.....

Isabel. Os espero, Milord.

ESCENA V.

GLOCÉSTER.

¡Oh cuán hermoso
brilla su rostro entre el oscuro velo!
¡Vive Dios que me agrada y me enamora
una Reina..... de duelo!
Oh qué amable gemir! Qué bien lo llora!
Cuando las vierte una alma desolada
las lágrimas son perlas.
Quien conoce su encanto,
haríalas correr sólo por verlas.

ESCENA VI.

GLOCÉSTER. BUCKÍNGHAM.

Buckin. Guarde el cielo al Protector.
Glocést. Bien venido. Es cosa hecha?
Buckin. Mi celo no ha permitido
que os trajese otro la nueva.
Glocést. Gloria á Buckíngham! Tú colmas
mi gozo. Es segura empresa,
primo, la que á ti se fia.
¿Y qué tal en la asamblea
te han recibido?
Buckin. Mejor
que yo esperaba; de véras.
Todo lo que no es *nosotros*
me repugna, me impacienta.
Mi horror al pueblo es sabido.
No obstante, haceros es fuerza
de mi imponente auditorio
una sucinta reseña.
Empecemos por el lord
corregidor. Si le vierais!...
En el sillon no cabia
su hinchada prosopopeya.
Pues, digo, los concejales!....
Qué gravedad tan grotesca!
Al ver sus plegadas frentes
creyerais leer en ellas
cotizaciones de bolsa,
cargaremes é hipotecas.
Por sus estúpidos labios
vagar se veia aquella
bienaventurada risa
que denuncia sus talegas.
Yo me dejé en el umbral
la cortesana etiqueta,
y perfumó mi discurso
cierto olorcillo de tienda,....
Eh? Daba gozo el oirme.
¡Vierais á aquellos babiecas
llorar lágrimas de á puño
vencidos de mi elocuencia!
Nunca se vió en mostradores
tan interesante escena.
Yo me mostré más plebeyo,
más mercader en mi arenga
que el corregidor y toda
la municipal caterva.
Pueblo era allí todo el mundo,
y durante la refriega
parlamentaria yo mismo
llegué á dudar si lo era.
En fin, Milord, ya han firmado
el título que os eleva
á la cumbre del poder.
Ya Lóndres os victorea
Protector del Reino unido,
y del Rey y de la Reina.....
Qué sé yo?..... Gritan por vos,
y por mí, y por más que vengan....
Los pulmones del comercio
juro á Dios que son de piedra.
Glocést. Mucho promete principio
tan feliz.
Buckin. Mi recompensa
debia ser el condado
de Hereford.
Glocést. Sí. Bagatela!
Más hará por ti Glocéster
si al amor que te profesa
su poder iguala un dia.—
Y de Rívers ¿qué me cuentas?
Qué dicen?
Buckin. Sobre eso corren
cien opiniones diversas.
Mas ya no temeis al ménos
que á la libertad le vuelvan.
Glocést. [*Mostrándole el cuarto de la Reina.*]
Mira cómo hablas, Buckíngham.—
Cayó anoche su cabeza?
Buckin. Así lo habiais mandado.
Glocést. Dios en su gloria te tenga,
buen Rívers.—No le guardemos
rencor despues de la huesa,
Buckíngham.
Buckin. Yo no le odiaba,
mas al hidalgo de aldea
¿quién le metió en codiciar
la alta dignidad suprema
de par del reino? ¿Por qué
no limitó su soberbia,
allá en su feudo mezquino,
á la campestre tarea
de azuzar á sus lebreles
tras de una liebre que vuela,
y armar á una zorra lazos
en torno á la madriguera?
Á su hermana..... la respeto:
me basta que madre sea
de mi Rey; pero esos Rívers,
esos Grey, esa secuela
de parientes; tanto primo
como á su lado vegeta.....
¿Quién me obliga á respetar
esa comparsa perpetua?
Para esas gentes la corte
es una especie de venta.
Entran de paso, nos sirven
de diversion sus grandezas;
parten: buen viaje! La muerte
de Hástings sólo me da pena,
que al fin era esclarecida
su sangre como la nuestra.
Glocést. Dió en ser muy escrupuloso.
Escarmiento de otros sea
su muerte. Cuando un amigo
en la estacada me deja,
anochece y no amanece:
este es, primo, mi sistema.
En cuanto á Rívers, mi eterno
adversario, era ya fuerza
encarcelarle y que en Lóndres

su prision pública fuera.
Ya á voz de pregon se anuncia.
Conviene que el pueblo vea
que de todo soy capaz.
Pero su muerte sangrienta
ocultemos. Lady Grey
capaz sería al saberla
de alguna virtud romana
que mis planes destruyera.
Guardar querria á sus hijos,
y es bueno que yo los tenga
en la Torre á buen recaudo
sin deberlo á la violencia;
que despues...

Buckin. Qué hareis?

Glocést. El hombre
propone...

Buckin. ¿Y... bien...

Glocést. ¿No te acuerdas
del proverbio? Y Dios.....

Buckin. Entiendo.

Glocést. Mas en tu brillante arenga
¿no te ocurrió deslizar
alguna especie ligera
sobre esa voz que ha corrido......

Buckin. Sobre qué?

Glocést. La voz que niega
á los hijos de Isabel
el derecho á la diadema.

Buckin. Voz sin apoyo. Es inútil
que mi labio la desmienta.

Glocést. Mucho ha cundido no obstante,
pues lo sabe ella.

Buckin. La Reina?

Glocést. Lady Grey. Gritó al principio,
mas luégo turbada, inquieta
no acertaba á responder.
Vagaba su vista incierta,
como si algun invencible
remordimiento sintiera
su corazon.

Buckin. Del rubor
no abuseis que tal ofensa
debió causarle. Isabel
es modelo de princesas.
Respetemos su virtud.

Glocést. Acaso las apariencias
me engañaron. Pero ¿juzgas,
tú que de sagaz te precias,
que nada ocultó el Consejo?

Buckin. Esos pobres diablos llevan
el corazon en el rostro.

Glocést. Protector..... En hora buena.
¿Y si quisieran hacerme
algo más?

Buckin. Qué más?

Glocést. ¿Tú piensas.....

Buckin. Hablad.

Glocést. No me entiendes?

Buckin. No.

Glocést. Protector siempre: eso es fuerza....,
mas..... con otro nombre.

Buckin. Cuál?
El de Rey?

Glocést. Quizá esa idea
tendrán.....

Buckin. No, Milord.

Glocést. Yo temo
que al cabo me comprometan.....

Buckin. No lo temais.

Glocést. Mas..... supongo
que temerarios se empeñan
en coronarme. Qué haré?

Buckin. Rehusar.

Glocést. Ah! ¿Tú me aconsejas.....

Buckin. Rehusar, Milord.

Glocést. Habla bajo.

Buckin. Sí. Perdonad mi franqueza.
Y aunque acepteis, ¿cómo al trono,
cómo abriros una senda?
La falsa voz que denigra
de Eduardo á la prole régia,
contra la santa verdad
no espereis que prevalezca.
Sin abrir cruel dos tumbas
Rey no seréis de Inglaterra.
«Acepto» es palabra impía
que á dos ángeles sentencia,
y vos no pronunciaréis
esa palabra sangrienta.

Glocést. No ha sido tan timorato
mi primo en otras empresas.

Buckin. Cierto. ¿Y qué me importa á mí
que esa precaria caterva,
que esos laureados pecheros
que alguna aura palaciega
halagó, efímeras plantas,
entre el polvo desparezcan
bajo el brazo que los hunde
ó bajo el pié que los huella?
Pero la sangre real
no así mi orgullo desprecia.
Sus derechos garantizan
los fueros de la nobleza.
Á nosotros ha de herirnos
el que á esos Príncipes hiera;
y el pueblo será su apoyo,
si no con razon, sin ella.
Sé que al pueblo no le incumbe
más fuero que la obediencia,
porque no es baron ni conde
para decir lo que piensa.
Mero espectador..... ¡Mas guarda
que en actor no se convierta,
porque entónces es terrible!
Ni ha de faltar quien encienda
contra vos su ciega saña.
¿Y qué haréis en la pelea
de un vano título armado
si las tropas se sublevan?
quién osará defenderos?
qué haréis, Milord, si la Iglesia
lanza contra vos las armas
de exorcismos y anatemas?
Vuestros deudos más cercanos
guardad, Milord, no os precedan

en el patíbulo infame
si se traba la contienda.
Cuando acero bendecido
blande fanática diestra,
jamás á la vaina vuelve
si en la sangre no se ceba
de los vencidos. Mirad
que el demonio os aconseja.
Diréis que será ese niño
débil Rey: bien; que lo sea.
Quitadle el poder y viva
en perdurable tutela.
¿Qué importa dejarle un nombre,
si al fin la corona es vuestra?
Mas sobre tumbas alzado
el trono vacila y tiembla,
y el pié resbala en sus gradas
si sangre corre por ellas.

Glocést. No es tu fuerte la moral,
pero hoy has dicho sentencias
admirables. Te agradezco
el celo que me demuestras.

Buckin. ¿Podré tomar posesion
del condado.....

Glocést. Ya se acerca
la hora.

Buckin. Pero.....

Glocést. El deber
me llama. Isabel me espera
con su hijo.

Buckin. Pero me habiais
prometido.....

Glocést. Oh qué molestia!
No estoy de humor para gracias.
Caro primo, adios te queda.
Meditaré muy despacio
tu consejo..... y mi promesa.

ESCENA VII.

BUCKÍNGHAM.

Pérfido!—«Cuando un amigo
en la estacada me deja,
anochece y no amanece.»
Él lo ha dicho. Y ¡qué! tremenda
¿ya me amenaza su ira,
porque fue veraz mi lengua?
No, no es posible. Á un amigo,
á un deudo..... ¡Su hermano era
Clarenza!.... Me hará matar.—
Mas su poder no me aterra,
que en el partido del Rey
conservo grande influencia.
Vuelo en su busca..... Qué intento?
Si me pongo en guerra abierta
con Glocéster, soy perdido.
Bueno es obrar con cautela,
con sigilo; que algun dia
puede ser que me arrepienta.
Sin comprometerme mucho
prevenir quiero á la Reina.....
Está el Regente en su cuarto.—
Escribiré..... Cuando lea
mi carta será ya tarde.—
Mas si los Príncipes quedan
en su poder, no hay remedio:
hoy mueren; y mi cabeza
tras de la suya caerá.
¡Salvad á la estirpe régia
de Eduardo, Dios poderoso!
¡Amparad á la inocencia,
Dios de bondad!—Cuando el miedo
hiela la sangre en las venas,
la primer palabra es *Dios*.
Mas ¿qué veo! Aquí se acerca
Ricardo. Dios me ha escuchado.
Bendigo su providencia!

ESCENA VIII.

EL DUQUE DE YORK. BUCKÍNGHAM.

Buckin. Milord!....

York. La Reina en su cuarto
me espera.

Buckin. Escuchadme!

York. ¿Vos
quereis que me riña?

Buckin. ¡Dos
palabras!

York. No!

Buckin. No me aparto
de vos.....

York. Yo corro.....

Buckin. [*Deteniéndole.*] Esperad!

York. ¡Siempre jugando conmigo,
y ahora..... Dejadme os digo.

Buckin. Por vuestra vida callad!

York. Os burlais, Duque, de mí?

Buckin. No, vive Dios!

York. Qué buen dia!
En la Torre..... Qué alegría!

Buckin. Guardáos de entrar allí!

York. No he de abrazar á mi hermano?

Buckin. No.

York. Mil besos le daré.

Buckin. Mirad que os perdeis!

York. Por qué?

Buckin. No os fieis del inhumano.....

York. De quién?

Buckin. (Qué haré?)

York. Estais demente?

Buckin. Ver á la Reina quisiera.

York. Venid.

Buckin. Á solas.

York. Quimera!
Está con ella el Regente.

Buckin. Cielos!

York. Vamos á partir.

Buckin. Si no la veo.....

York. Y mi tio.....

Buckin. Muere Eduardo.
York. Hermano mio!
Buckin. ¡Mirad.....
York. Mi Eduardo morir!
Buckin. Urge el tiempo.
York. Yo me apuro.
¿Qué haremos.....
Buckin. Si á Eduardo amais,
á la Torre no vayais.
York. No. Lo prometo.
Buckin. Seguro?
York. Si una vez digo que no,
nunca cedo.
Buckin. Á fe de inglés?
York. Y de Príncipe.—Ella es.
Buckin. Vienen?
York. Pero aquí estoy yo.
Buckin. Ah! Podré ocultarme?
York. ¡Vaya
si podeis! Venid, tras mí.

[*Abriendo una puerta que está enfrente del cuarto de la Reina.*]

Entrad. Escondido aquí
di ayer un susto á mi aya.
Buckin. Firmeza!
York. Apénas respira
mi pecho, tiembla mi mano.....
Mas pienso en mi pobre hermano,
y su peligro me inspira.

[*Vuelve rápidamente al proscenio y apoya el codo sobre el respaldo de un sillon en actitud de meditar.*]

ESCENA IX.

EL DUQUE DE YORK. ISABEL. GLOCÉSTER.

Glocést. (Mucho se hace ya esperar.....)
Isabel. No preguntabais por él?
Miradle allí solitario,
contemplativo. Tal vez
sobre el destino del orbe
meditando está. ¿Qué haceis,
Ricardo?
York. [*Con gravedad.*]
Estoy meditando.
Isabel. Ved si decia yo bien.
Glocést. Pobre Inglaterra! Quizá
de algun gran bien la priveis
interrumpiendo á Su Gracia.
Isabel. Hombre de estado, sabed
que su palabra mantienen
caballeros de honra y prez.
¡Grave es sin duda el negocio
que os ocupa!
York. Si lo es?
¿No decis que un caballero
faltar no debe á su fe?
Sobre eso estaba yo aquí
reflexionando.
Isabel. Ea, ven,
locuelo.
Glocést. Pues el honor
manda que un noble sea fiel
á su palabra, la vuestra
cumplid. Vamos.....
York. Vos tambien
me habeis dado una palabra,
Milord; y la cumpliréis,
ó de aquí no salgo.
Glocést. ¿Cómo.....
York. Sobre el tordo palafren
pasear quiero por Lóndres,
Glocéster, y ya veréis
que soy jinete. Está abajo?
Glocést. Otro dia os le daré.
York. Honra es mia apresurarme
á gozar de una merced
de vuestra mano.
Glocést. Mañana.
York. Ahora.
Glocést. Á la tarde. Despues.
Yo os aseguro.....
York. Hay caballo?
Parto. No le hay? Quieto.

[*Se sienta.*]

Isabel. Qué!
Te sientas?

[*Hablando á media voz.*]

Vamos, Milord.
¿Os tendré que reprender
en voz alta?

[*Alto.*]

Avergonzada
estoy..... Mirad lo que haceis.
Seguidme.
York. No.
Glocést. ¡Resistir
á su madre! Bien, muy bien!
York. Yo, al separarse de vos,
vi llorar más de una vez
á la vuestra. Peor es eso,
que vos sois mayor.
Isabel. [*Con la voz alterada.*] ¿No ves
que me afliges?
York. [*Levantándose conmovido.*]
Yo!
Isabel. Sí, mucho.
York. [*Echándose en sus brazos.*]
Ah madre mia!
Isabel. [*En voz baja.*] Cruel!

[*Á Glocéster.*]

Viene, sí. Segura estaba.....
York. No! no!
Glocést. [*Impaciente.*]
Será menester

llevarle por fuerza.

York. Á mí?

Probadlo si os atreveis.
Quién lo ha de mandar? ¿La Reina,
ó vos? Respondedme. Quién?
¿Sabeis, Glocéster, que soy
hijo y hermano de Rey?

Glocést. [*Acercándose á él.*]

No dan la ley á los hombres
los niños. Yo os lo haré ver.

[*Va á asirle de un brazo.*]

York. Poner las manos en mí!

[*Sacando á medias la daga.*]

¡Por san Jorge.....

Isabel. ¡Detened.....

Eso ya es imperdonable.
Á un tio! Qué avilantez!
Despues de tal atentado
¿en dónde os esconderéis?
Quedáos y nadie os vea.
Yo sin vos recibiré
en la Torre á vuestro hermano;
y aunque suspirais por él,
ni hoy le veréis, ni mañana,
ni á otro dia, ni en un mes.
Por mi nombre lo prometo,
Duque; y ahora no diréis
que os faltan á la palabra.
Partamos, Milord.

Glocést. ¿Y á qué

dar un escándalo.....—Son
caprichos de la niñez.....
Ya el Duque está arrepentido
de su error..... Oh! Yo tambien
debo reparar la injuria
que ha picado su altivez.—
Voy á la Torre: el Consejo
allí me espera.—El corcel,
causa de nuestra querella,
es vuestro. Os lo enviaré
al momento; mas yo fio
que vos no le esperaréis.

Isabel. Ya me cansa su porfía.
Quédese.

Glocést. Contra esa ley

derecho tengo de gracia.
¿Y quién, oh hermana, sin él
gobernar querria? Os ruego
que por mí le perdoneis.

[*Á Ricardo, que vuelve el rostro sin responderle.*]

Milord, quedamos amigos?

[*Á la Reina.*]

Firmeza muestra el doncel.
Pero el extremo contrario
fuera peor. ¿Me ofreceis
llevarle? Sí, que hoy es dia
de indulgencia.

Isabel. Mal haré.

Glocést. No tardeis.

Isabel. Por daros gusto.....

Glocést. [*Besándola la mano.*]

Adios.

York. [*Siguiéndole con los ojos y cuando ya no puede oirle.*]

Ah!—Cayó en la red!

ESCENA X.

ISABEL. EL DUQUE DE YORK. BUCKÍNGHAM.

Isabel. ¿No os moris de vergüenza.....

York. El campo es mio.

Victoria!

Isabel. Delirais?

York. [*Echándose en los brazos de su madre.*]

Dadme un abrazo.

Eduardo vivirá. Victoria!

Isabel. ¿Qué oigo!

Peligraba la vida de mi Eduardo?

York. [*Corriendo en busca de Buckingham.*]

Milord os lo dirá. Venid, Buckíngam.—
Soy hombre de teson?

Buckin. Príncipe amado!

Isabel. ¡Vos oculto, Buckíngham..... ¿Qué misterio.....

York. Sí, venía mi primo á revelaros
que en la Torre.... la muerte....; él me lo ha dicho;
amagaba á mi hermano..... y á mí....; á entrambos.
Cómo? Yo no lo sé.—Yo..... Perdonadme.....

Sólo un medio encontré para salvarnos,
para salvar á Eduardo. Él vive...., oh dicha!
y..... Mas mi lengua embarga el sobresalto.
Hablad, milord, hablad.

Isabel. Ah! toda tiemblo.
Tened piedad de mí. ¿Qué horrible arcano.....

Buckin. Si juntos vuestros hijos en la Torre
pasan sola una hora,..... desdichados!
Mueren!

Isabel. ¿Por qué.... Gran Dios!...

Buckin. Harto os he dicho.
Huid!

Isabel. Yo!

Buckin. De este alcázar alejáos
vos y el Duque de York.

Isabel. Pero ¿qué riesgo
al lado mio.....

Buckin. Pueden obligaros
á entregarle vos misma.

Isabel. Yo! Á mi hijo!
Quién podria arrancarle de mis brazos?
quién, milord, quién?

Buckin. La fuerza, la perfidia,
un partido implacable que ha jurado
inmolar vuestros hijos.....

Isabel. Ah! Glocéster
conoce á ese partido temerario.
Lo que por Rívers hizo hará por ellos.

Buckin. Por Rívers!

Isabel. Os turbais? Oh Dios! ¿Acaso.....

Buckin. No, Reina. El mismo celo que me anima.....
Si me turbo es por vos. En riesgo tanto
¿puedo yo veros con sereno rostro?
Él Regente.....

Isabel. En él fio: él es su amparo.

York. Él os vende.

Isabel. Quién? Él!

Buckin. [*Con prontitud.*] ¿Por qué acusarle?
Él tenderá su protectora mano
á la inocencia: su deber es ese.

Isabel. Cielo! Y su voluntad?

Buckin. Reina..., yo os hablo
de su deber. Huid. Áun será tiempo.
Yo corro á verle. Huid: al templo santo
de Westmínster volad. Allí un asilo
inviolable hallaréis; que sanguinario
nunca allí penetró bando rebelde,
ni sus muros holló poder humano.

Isabel. ¡Harto, Buckíngham, sus sagrados muros,
harto vieron correr mi acerbo llanto!
¡Allí gemí lejana de mi esposo
cuando el triunfo engreia á sus contrarios!

[*Al Duque de York.*]

¡Allí entre tumbas y á la luz siniestra
de funerales lámparas tu hermano
lanzó el primer gemido! ¡Ínclitos manes,
cenizas de cien héroes coronados
que le visteis nacer, salvad ahora,
piadosos acoged á mi Ricardo!—
Vamos. No para herirte, hijo del alma,
sobre el materno seno esos malvados
insultarán al sacerdote ungido;

no turbarán el eternal descanso
de tanto augusto túmulo, y á un tiempo
osarán ultrajar con vil escarnio
la majestad del cielo y de la tierra.
Ven.....

[*Volviéndose hácia Buckingham anegada en lágrimas.*]

Pero dejo en triste desamparo
á mi Eduardo infeliz. Ay amargura!
Quién le protegerá?

Buckin. Suyo es mi brazo.
Mas ¡prudencia, sigilo! Este coloquio
sea para Glocéster un arcano.
Si fiel á vuestros híjos persevera.....,—
y sola vos, Señora, habeis dudado
de su lealtad,—en alas de la mia
mensajero feliz torno á buscaros.
Si aleve quebrantó la fe jurada,
justo, oh Reina, será contra el tirano
nuestras fuerzas unir y su perfidia
hacer que llore, ó fenecer lidiando.

York. Milord, no me olvideis. Con faz serena
arrostraré la lid. Dios soberano
defiende nuestra causa y si es forzoso,
muera mil veces yo; sálvese Eduardo!

Isabel. Tú combatir? Ah! Tú! Ven á mi seno.
Tú morir en la aurora de tus años?
No te apartes de mí; sigue á tu madre,
bien de mi corazon. Sígueme; vamos.....

[*Va á partir; párase de repente y desolada dirige la palabra á Buckingham.*]

Perdonadme, milord. Tengo dos hijos
¡ay infeliz! dos hijos que idolatro.
Madre soy para el uno, y para el otro
¡madrastra! Al uno inmolo, al otro salvo,
y yo debo á los dos igual ternura.
Quedarme...., huir.... Qué haré? Mortal quebranto!

[*Abalanzándose á Ricardo y cubriéndole con sus brazos.*]

Ah! ven. Tú estás aquí! tú! á tí te veo!
tú vences! Yo os respondo de Ricardo.
Yo moriré primero si él perece.
Ántes que herirle á él me harán pedazos.
Pero ¡el Rey!.... Ante el Dios de las venganzas
respondedme del Rey.

Buckin. La fe os consagro
de mi honor.....

Isabel. La del cielo!

Buckin. Yo os lo juro.

Isabel. Volvedme un hijo!

York. [*Echándose en los brazos de Buckingham.*]
Os deberé un hermano!

ACTO SEGUNDO.

Sala en la Torre.—En el proscenio una mesa con papeles.—Dos puertas laterales y una en el foro.—Una ventana que da á la calle.

ESCENA I.

GLOCÉSTER.

[*Aparece sentado y con el codo apoyado en la mesa.*]

Qué! yo á los más sagaces cortesanos,
al sabio adusto, al orgulloso grande,
manejo á mi albedrío;
¡y un niño mis designios desconcierta,
y se burla de mi alto poderío!
En Westmínster están! Muro de bronce
es á mi audacia su recinto sacro.
¿Habrá osado Buckíngham acusarme.....
Traidor!... No obstante, como cuerdo hablaba.
Sea ese débil niño el simulacro;
yo el verdadero Rey. Mas..... ¿niño siempre,
débil siempre será? Yo cauteloso
leeré en su corazon si á vida oscura
le debo condenar ó á prematura
muerte cruel.—Mas si mi brazo hiere,
de uno solo me libro.
Mis rivales son dos..... Si Eduardo muere,
viva, viva Ricardo!.... Cuál? ¡Ricardo
soy yo tambien! Qué aguardo?

[*Se levanta.*]

¿Cómo no vuelo á arrebatar mi presa
aunque la esconda el ara sacrosanta?
Dios..... deja obrar al hombre.
No atajará mi planta.

[*Volviendo á sentarse.*]

Dios no, mas ¡sus ministros!.... Oh! cedamos
á la necesidad. Blanda lisonja
halague su piadosa mansedumbre.
Bajar los ojos hasta el polvo sepa
el que anhele vencer la áspera cumbre,
y mendigar humilde mal su grado
lo que no osa tomar.

[*Vuelve á levantarse.*]

¡Tú, caro primo,
Buckíngham, noble lord, tú has vacilado!
Eso es venderme á medias. Tú te engríes
de ser gran mofador, mas una gracia
te guardo..... Apostaré á que no la ríes.

[*Llamando.*]

Hola!—Ese preso..... Týrrel. Al momento

traedle á mi presencia.—
Podré contar al ménos con su brazo,
que ese no vendrá á hablarme de conciencia.
¡Ay del cobarde cómplice que osare,
cuando obras pido yo, darme consejos!
Á ser víctima mia se prepare.—
Suya es toda la culpa. ¡Tanto orgullo,
y á la misma ralea que escarnece
excede el necio en ánimo plebeyo!
Dócil su mano ofrece
para un crímen vulgar, fácil, seguro;
no hay alma para más. ¡Y digno acaso
Buckingham se creerá de alto renombre!....
Pobre, infeliz naturaleza humana!
Á lástima me mueve. ¡No hay un hombre;
un solo hombre completo! ¡Á medias todo,
el vicio y la virtud!

[*Viendo venir á Týrrel.*]

Examinemos
á esotro.

ESCENA II.

GLOCÉSTER. TÝRREL. UN OFICIAL DE LA TORRE.

Glocéster. [*Observando á Týrrel que se queda en el foro.*]
Bien. Un resto de insolencia
deja ver en su frente la memoria
de su antigua opulencia.
Aire de corte..... Bien. Seré su apoyo
si es tal como su fama y su semblante
le anuncian.—Alejáos.—Adelante.

ESCENA III.

GLOCÉSTER. TÝRREL.

Glocést. ¿Týrrel te llamas?
Týrrel. Sí, Jaime
Týrrel, Milord.
Glocést. Eres noble?
Týrrel. Mucho. Y de mi ilustre casa
sólo me ha quedado el nombre.
Glocést. Parece que has disipado
por vivir en el desórden
más de un patrimonio.
Týrrel. Cinco.
Glocést. Y áun devorarias doce.
Týrrel. Creo que sí, mas no tengo
pariente ya por quien llore.
Glocést. Por cien libras esterlinas
dicen que vos, gentilhombre,
á todos vuestros abuelos
empeñariais.
Týrrel. ¡Enorme
calumnia! Sobre esas prendas,
por mucho que las abonen,
no presta nada un judío.
Glocést. Deshonrado estais en Lóndres
por vuestros vicios. Las deudas
os abruman. No conoce
vuestra alma ni ley ni freno.
Týrrel. La independencia es mi norte.
Glocést. Jugador!....
Týrrel. Quién no lo es?
Glocést. Pero de esos jugadores
sin juicio.....
Týrrel. Si lo tuviera,
la culpa sería doble.
Glocést. El vino te hizo insolente,
quimerista.....
Týrrel. Los licores
son capaces de turbar
una cabeza de roble.
Glocést. Desalmado.....
Týrrel. Es consiguiente.
Glocést. Y homicida en fin.
Týrrel. ¡Adonde
nos lleva el vicio!
Glocést. Á Tyburn!
Týrrel. En efecto. Allí de un bote
me echarán á los infiernos.
Glocést. Triste es el viaje.
Týrrel. Conformes,

pero al fin,.... me he divertido
por el camino.

Glocést. Ni golpes
de fortuna te han cambiado
ni calabozos.....

Týrrel. Perdone
Vuestra Gracia. ¿Qué ha de hacer
sino corregirse un pobre?

Glocést. Y si te indultan?

Týrrel. Prometo
no hacer caso de sermones.

Glocést. Y si lo recobras todo?

Týrrel. Vuelvo á mis mañas entónces.
Soy perro viejo y, excepto
la virtud, nada en el orbe
es nuevo ya para mí;
mas si á vivir como un monje
se me condena, prefiero
que la cabeza me corten.
¡Yo de la hermosa carrera
que me dió tanto renombre
apostatar! Yo! Jamás.
Gastar, triunfar como un prócer,
un duelo cada semana,
escandaloso en amores.....
Todo con rumbo y nobleza.
Y amigos? Una cohorte.
Ya veis, cinco veces rico.....
Cosa de alquilar balcones
por vernos era el valor
con que, en torno á un *bol* de ponche
y tragándolo inflamado
sin piedad de los pulmones,
en borrascoso garito
uno con manos veloces
amontonaba guineas
y otro echaba maldiciones.
Entre la crápula, el juego
y el amor ¡oh cómo corre
rápida y feliz la vida!
Por colmo de sus favores
me dió la fortuna un hijo.....
no sé cómo, no sé dónde.
Mio!, eso sí; cara y genio
lo estaban diciendo á voces.
Mi fama hubiera eclipsado;
tal tomaba mis lecciones.
Hubiera sido el demonio
más hechicero..... Ay! el pobre
no es más que un ángel. Murió!
Mucho le lloré! Y un bronce
le hubiera llorado al verle
tan bello y morir tan jóven.
Para triunfar de mi pena
busco nuevas sensaciones.
Mi alma impetuosa, ulcerada,
de una vez el yugo rompe
de la razon. No más lujo,
no más soberbios salones:
la taberna es mi elemento,
desalmados malhechores
mis camaradas y amigos,
y entre los vicios más torpes
caigo en el abismo horrible
donde al fin á los clamores
de la miseria despierto.
Mi corazon no se encoge
porque me hableis de Tyburn.
Favor me hará el que me ahorque
si he de vivir sin dinero;
y que el cielo me perdone,
ó en la nada me convierta,
ó me lleven cien legiones
de diablos, qué importa? El cuerpo...,
listo; el alma...., buenas noches!

Glocést. El alma..... Si te la paga
bien el diablo, áun serás hombre
de vendérsela.

Týrrel. Hum! Es joya
que dudo yo que la tome
de balde.

Glocést. ¿Y si el diablo mismo
el mercado te propone?

Týrrel. Mal negocio hará.

Glocést. La vendes?
No ha de faltar quien la compre.

Týrrel. Quién?

Glocést. Yo.

Týrrel. ¿Qué me dais por ella,
Milord?

Glocést. Haré que recobres
cuanto has perdido.

Týrrel. Veamos.

Glocést. Tu inocencia.

Týrrel. Si otros dones
no ofreceis......

Glocést. Tu libertad.

Týrrel. Eso es algo.

Glocést. Tus honores.....

Týrrel. Qué más?

Glocést. Tu opulencia.

Týrrel. [*Con prontitud.*] Basta.

Glocést. Alto ahí. Quedemos acordes
primero..... Ahora falto yo.

Týrrel. Qué me quereis?

Glocést. Que me otorgues
pleno poder sobre ti.

Týrrel. Concedido.

Glocést. ¿Te dispones
á servirme hoy mismo?

Týrrel. Ahora.

Glocést. Has de comprenderme...., lo oyes?
á una mirada.....

Týrrel. Ojos tengo.

Glocést. Segura tu mano y dócil
hiera al que yo te señale.

Týrrel. No temais que yerre el golpe.

Glocést. Sea quien fuere.

Týrrel. No entiende
de jerarquías mi estoque.

Glocést. Mi amigo, si yo lo mando.

Týrrel. Y el mio, á poco que estorbe.

Glocést. Manos á la obra!

Týrrel. Mandad,
que estoy de númen.

Glocést. El conde

de Hereford harto ha vivido.
Líbreme de él esta noche
tu valor.

Týrrel. No le conozco.

Glocést. Pronto le verás.

Týrrel. ¿Y dónde
le he de esperar?

Glocést. En Whit-Hall.

Týrrel. Basta. De mi cuenta corre
si por allí pasa.

Glocést. Yo
le haré pasar.

Týrrel. Pues que doblen
por él.

Glocést. Me queda un recelo.

Týrrel. Y cuál?

Glocést. Si alguno en la corte
te conoce todavía.....

Týrrel. Pisé un dia los salones
de Palacio..... á los veinte años,
y no he vuelto desde entónces.

Glocést. Y por qué?

Týrrel. Me fastidiaba
la etiqueta.

Glocést. Pues de mi órden,
pléguese á ella Jaime Týrrel.

Týrrel. [*Con gravedad.*]
Lo hará por vos.

Glocést. Bien. Gran porte!
Alta la frente y en ella
mostrad los cien infanzones
de quienes venis. Audacia!
que envidia os tengan los lores!
que el mundo os parezca estrecho!
Un banquete cada noche;
mas de buen gusto, á lo grande,
y yo os juro por mi nombre
que no han de faltar á Týrrel
amigos y admiradores,
y no irán á averiguar
los que de su fausto gocen
quién fué ayer y quién es hoy.
Qué tal?

Týrrel. Me viene de molde
ese plan.

Glocést. Bien. Ya eres mio.

Týrrel. Por su dueño os reconoce
Týrrel, con harto derecho,
pues le comprais en un doble
de lo que vale.

Glocést. [*Mostrándole una de las puertas laterales.*]
Álguien viene.
Retírate.

[*Siguiéndole con la vista.*]

Por san Jorge!....
Cuanto digan de él es poco.
¡No mintieron los informes,
vive Dios! — Me reconcilia
con la humanidad ese hombre.

ESCENA IV.

GLOCÉSTER. BUCKÍNGHAM.

Glocést. Oh primo! Sumo contento
me causa el veros. Venid;
acercáos.

Buckin. Permitid,
Protector, que tome aliento.
Impaciente yo venía
de saludar á mi amado
monarca, que á vuestro lado
ya en la Torre le creia.

[*Abriendo la ventana.*]

Mas ya veis, la plebe inmensa
ni un paso le deja dar.
Ni aquí pensé yo llegar.
Uno empuja, otro me prensa.....
Mi potro viene deshecho.
Qué gente! Más cortesía
mostrara la mar bravía
en las rocas del Estrecho.
¡Cuál la multitud esclava
ama al Rey! Si es frenesí!
Decia yo para mí
miéntras á remolque andaba:
¿Quién á toda una nacion
osaria sin temblar
el objeto arrebatar
de su ciega adoracion?
Y no porque os hable así
debo seros sospechoso.
Contra el pueblo estoy furioso.
Oh! No abrirme paso! Á mí!
¡Cuando es más noble la raza
de mi fogoso castaño
que ese plebeyo rebaño
desatado por la plaza!

Glocést. Hablan de la Reina?

Buckin. Mucho.
¡Con un entusiasmo.....

Glocést. Está
dentro de Westmínster ya.

Buckin. Ella!

Glocést. Con su hijo.

Buckin. ¿Qué escucho!
Con qué fin?

Glocést. Me harás favor
si adivinas cuál será.

Buckin. Le habreis dicho algo quizá
que dé causa á su terror.

Glocést. Sí, quizá hablé demasiado.
Todo el mal viene de mí,
primo. Á ser falaz me ví
más de una vez obligado.
Mas no es mi elemento el dolo.
Torpe he sido; ahora lo veo.
Para insinuar mi deseo
debí fiarme á ti solo.
Tú eres amigo leal.

Buckin. No dudeis.....

Glocést. [*Sonriéndose.*] La Reina es bella,

querido Duque, y con ella
presumo que no os va mal.

Buckin. Aunque esa beldad austera
se adapta á mi paladar,
si de álguien se ha de prendar
no será de un calavera.

Glocést. Para cierta empresa mia
yo fiaba en tu valor.

Buckin. Contra el Altar? Ay, Milor!
Á la cara nos saldria.
Yo me intereso por vos.
Mirad, Milord, lo que haceis.
Ya os lo he dicho. No os armeis
contra los siervos de Dios.
¿Vos queriais remover
el orgullo episcopal,
la cólera monacal?
¿Dónde os ibais á meter?

Glocést. Como soy que me confundo
cuando tu juicio contemplo.

Buckin. [*Riéndose.*]
Oh, sí! Puedo dar ejemplo.....

Glocést. Tu talento es muy profundo.

Buckin. Los locos de cuando en cuando
suelen muy bien discurrir.

Glocést. Primo, tú has de decidir
de mi suerte.

Buckin. (Estoy soñando?)

Glocést. [*Con aire de candor.*]
No obstante, te lo confieso,
tu consejo me irritó.
Mucho! — Pobre primo! Yo
habia perdido el seso.
Un pensamiento infernal
concebí..... Lo he desechado.
Me hubiera precipitado
en un abismo.

Buckin. Sí tal.

Glocést. Abrázame!

Buckin. [*Abrazándole.*] (He sido un tonto!)

Glocést. Tú me salvas.

Buckin. Milord!

Glocést. Sí,
tú.

Buckin. (Quién me mandaba á mí
hablar á Isabel tan pronto?)

Glocést. El corregidor, lo sé,
dar el golpe prometió.
Irás á verle.....

Buckin. Quién? Yo!

Glocést. Tú mismo.

Buckin. Qué le diré?

Glocést. Que rehuso la diadema.

Buckin. Es cierto?

Glocést. Y que así la historia
no infamará mi memoria
con perdurable anatema.

Buckin. Pues llevarle es mi destino
tan fausta nueva, hoy, lo espero,
la sabrá.

Glocést. (Si el mensajero
no se queda en el camino.)

[*Óyese rumor popular y gritos de* ¡Viva el Rey! Viva Eduardo!]

Glocést. Cuál grita la multitud!

Buckin. Se acerca el Rey.

Glocést. Gobernemos
los dos y en vida heredemos
á esa precoz senectud.
El pérfido lisonjero
halla tal vez más abrigo
que el fiel y veraz amigo
si nos reprende severo;
mas luce al fin la verdad
y en el amigo se piensa.
Tú verás cuál recompensa
lord Glocéster la lealtad.
Esa mano!

Buckin. Es mi deseo
serviros. Tomad.

[*Se dan la mano.*]

Glocést. Más fuerte.
Amigos..... hasta la muerte.

Buckin. (Obra el interes. Le creo.)

Glocést. (Primero enmiende su error,
y que lo pague despues.)
Corramos á Eduardo..... Él es.

Buckin. (Ya ha cesado mi temor.)

ESCENA V.

GLOCÉSTER. BUCKÍNGHAM. EDUARDO. EL CARDENAL BOURCHIER. EL ARZOBISPO DE YORK. CORTESANOS.

Glocést. Y os recibo aquí! Yo os ruego
que me perdoneis, Milord.
Á la puerta de la Torre,
á las de Lóndres mejor,
con vuestros súbditos fieles
confundido, debí yo

[*Se descubre y pone una rodilla en tierra.*]

ofrecer á vuestras plantas
el amante corazon
del más humilde de todos.

Eduard. Á mis piés? No, tio, no.
En mis brazos! Ah! Debiera
con acentos de dolor
mezclar ese pueblo fiel
los gritos de aclamacion.
Vano orgullo no me ciega.
Qué hice por él hasta hoy?
Digno objeto de su duelo,
desde el regio panteon
reciba sus homenajes
mi padre; que él me dejó
sus leales corazones

en herencia.—Pero vos
solo..... Otro tio esperaba.....

Glocést. Lord Rívers.

Eduard. ¿Por qué no estoy
en sus brazos ya? Qué es de él?
Desde que tanto esplendor
por vuestro celo me cerca,
y distinguido escuadron
me guarda, sin darme aviso
Rívers la corte dejó.
Él me ha precedido: ¿cómo
juntos no os veo á los dos?

Glocést. No ha mucho expliqué á la Reina
de su ausencia la ocasion.

Eduard. Mi madre! Ricardo! ¿Dónde,
dónde están?

Glocést. Fatal error
de que en el alma me duele
los aleja. Una faccion
se agitaba; doy aviso
á vuestra madre, y veloz
se refugia en la abadía
de Westmínster. Yo, yo soy,
Milord, más culpado que ella.
Causa fué de su terror
la ternura con que os amo,
mi ardiente celo..... ¡Perdon,
perdon os pido!

Eduard. Ah! volemos
en su busca.....

Glocést. ¿No es mejor
obrar con sigilo? Basta
que vuestra real mano.....

Eduard. Voy
á escribir.....

[*Corre á la mesa y lo hace.*]

Glocést. Sí, cuatro líneas
que disipen su temor.

[*Acercándose á los prelados.*]

Vósotros, nobles prelados,
con vuestra alta intercesion
la augusta carta apoyad.
Por vuestra boca habla Dios.
Tambien yo iria á Westmínster,
mas la santa religion
tanto respeto me inspira,
que no osara, al par de vos,
llevar mi profana huella
á aquella sacra mansion.

Eduard. [*Miéntras Glocéster continúa hablando con los prelados.*]

Ah! Dios te guarde, Buckíngham.

Buckin. Qué tal el viaje, Señor?
Os ha molestado?

Eduard. Un poco.

[*Sigue escribiendo.*]

Buckin. Tal gritar, tanta efusion
cansan, fatigan. El pueblo
hasta en amar es atroz.
Mataria á sus amigos
por obsequiarlos mejor.

Eduard. Tanta lealtad tendré siempre
grabada en mi corazon.
Así á la Reina lo escribo.

Glocést. [*Á los prelados.*]

Siempre tendré á mucho honor
el serviros. Mi poder
está á vuestras plantas.

[*Týrrel entra y le saluda.*]

¡Oh,
Sir Jaime Týrrel! Salud!

Eduard. [*Se levanta y se dirige á Glocéster.*]

He aquí la carta.

Glocést. [*Tomándola.*]

Milord,
¿permitiréis que Buckíngham
logre el justo galardon
de su lealtad? Le ofrecí
el condado de Hereford.
Si vuestra régia bondad
confirma este corto don,
tendrá más precio á sus ojos.

Eduard. Milord, mil gracias os doy
porque me habeis reservado
la mayor satisfaccion
para un monarca; premiar
el mérito.

Buckin. Tanto honor
no merezco.

[*Apretando la mano de Glocéster.*]

Á vos os debo....

Glocést. Yo soy justo.

[*Dando la carta á los prelados.*]

Al ver que sois
portadores de esta carta,
¿qué duda, ni qué temor
puede ya abrigar la Reina?
Prometed sin restriccion.....
Acordad cuanto os pidiere.
Cuanto hagais lo apruebo yo.

[*Á Buckíngham.*]

Caro Duque...., ó caro Conde;—
vuestros títulos ya son
tantos, que me pierdo en ellos,—
no quereis ser del convoy?

Buckin. Mucha honra es para mí.

Glocést. La Reina confía en vos.
Habladla; tranquilizad
su ilusa imaginacion.

Buckin. Vuelo.....

Glocést. Despues; á la vuelta.....
veréis al corregidor.

[*Mirada de inteligencia entre Glocéster y Týrrel.*]

Debe de estar en Whit-Hall.
Buckin. Descuidad. Le veré.
Glocést. [*Dándole la mano, y tocándole en el hombro.*]
Adios!
[*Nueva mirada de inteligencia á Týrrel.*]
Buen viaje, y feliz regreso,
noble conde de Hereford.

[*Buckingham parte con los prelados, Týrrel los sigue, la corte se retira despedida por Glocéster. Eduardo se sienta.*]

ESCENA VI.

EDUARDO. GLOCÉSTER.

Glocéster. (Niño! Serás mi Rey? Serás mi esclavo?
Le sondearé.) Por fin los parabienes
logré acallar del séquito importuno.
Libre estais: reposad.
Eduardo. Os lo agradece
esta alma que tan gratas sensaciones
no basta á resistir. Me siento débil.
Arde mi frente y los cansados ojos,
ay Dios! no puedo alzar.
Glocéster. ¡Y de los Reyes
hay quien envidie la afanosa vida!
Cuánto mi corazon os compadece!
Eduardo. Una sola mirada de mi madre
mitigará mis penas. ¡Qué impaciente
la espero! Y mi Ricardo? ¿Le afligia
la ausencia de su hermano? ansiaba verme?
Glocéster. Milord.....
Eduardo. Ah! sí, sí; el alma me lo dice
donde amor con eternos caracteres
grabó su dulce, su halagüeña imágen.
Ella en mi largo viaje, ufana, alegre
me seguia doquier: la mia en tanto
le consolaba á él, y hablarle, y verle
imaginaba yo llorar á un tiempo
y de gozo reir como un demente,
y á mi amoroso pecho unido el suyo
clamar: Eduardo mio! Tú, tú eres!
Glocéster. Santo fraterno amor! Cuál me embelesa!
Gozad, reid! Sobre mis hombros pese
del infausto poder la carga toda,
y sus vigilias y su afan perene.
Sed libre vos, y entre el materno halago,
y la risa, y los juegos inocentes
del hermano que amais, creced dichoso.
Eduardo. ¡Cuán dulce imperio sobre el alma ejerce
su natural donaire! Cuando él rie
¿quién no rie con él?
Glocéster. Pasa y no vuelve
el juvenil verdor. Gozadle, os ruego;
placeres inventad, y en ocio muelle......
Eduardo. Tal vez así lo haria si el destino,
Milord, no me impusiera otros deberes.
Glocéster. Qué deberes?
Eduardo. Soy Rey.
Glocéster. Oh! Quién lo niega?
Lo seréis, lo seréis, mas no os inquieten
prematuros cuidados; no tan presto
una corona oprima vuestras sienes.

Amargo privilegio! Ay! hartos dias
lo gozaréis, Milord.
Eduardo. Aunque la muerte
me sorprenda en la aurora de mis años,
debo ver por mis ojos. ¡Cuántas veces
Lord Rívers me lo ha dicho! Si en un dia
de cólera fatal no los hubiese
cerrado mi buen padre, ay Dios!, Clarenza
á quien amaba, y cuya infausta suerte
tanto lloró.....
Glocéster. Clarenza! ¿Qué.....
Eduardo. En la Torre
no hubiera muerto el desgraciado.
Glocéster. (Tiene
demasiada memoria.)
Eduardo. ¡Yo gozoso
vengo á ocupar ahora el propio albergue
donde mi tio entró sin esperanza!
Milord, qué diferencia! Esas paredes.....
Ah! Su aspecto me aflige.
Glocéster. Por qué?
Eduardo. ¡Han visto
tantas veces correr sangre de reyes!
Glocéster. Oh doloroso fallo! Pero al ménos
se castigó con él á un delincuente.
Eduardo. Milord, el fallo impío que á un hermano
roba la vida es revocable siempre.
Glocéster. (¿Sospechará....)
Eduardo. Un hermano! Oh dulce nombre!
¿Quién será el tigre que al oirlo cierre
el pecho á la piedad? Mi excelso padre
perdonó.
Glocéster. Tarde!
Eduardo. No; pero, ay! estéril
su gracia fué porque traidora mano
apresuró el suplicio.
Glocéster. No atormenten
vuestra alma esos recuerdos.
Eduardo. ¿Y podria
desterrarlos jamás? Áun me parece
que oigo clamar á mi angustiado padre:
«Muerto es mi hermano, y yo le he dado muerte!»
Yo reia y jugaba en sus rodillas
cuando á su grito...., os acordais, Glocéster?,
de mortal palidez todos cubiertos
temblasteis, y con lágrimas ardientes
prosiguió: «Qué! ¿ninguno de vosotros
me ha rogado por él? ¿Quién, respondedme,
me ha recordado los felices dias
de nuestro tierno amor; la adversa suerte
comun á entrambos, cual la dicha un tiempo;
las noches que en el campo, entre mi hueste,
sobre la yerta arena un manto mismo
abrigaba á los dos? Ah! ¡Cuántas veces
por cubrir á su Rey lo separaba
de su aterido cuerpo! ¡Y yo inclemente
le he condenado sin que amigo labio
la compasion abriera, y me dijese:
él os salvó la vida!—Ay desventura!
Ay caro hermano mio!—Al cielo plegue,
no caiga un dia sobre ti su sangre!,
dijo anegando en lágrimas mi frente.—
Sobre mis hijos!....» Y el dolor apaga

su débil voz que entre sollozos muere.
¿Lo recordais, oh tio! Mas el cielo
sus temores benéfico desmiente.
Bendecidos sus hijos por doquiera
son dichosos, Milord. Su sombra puede
dormir en paz, que vuestro amor nos guarda
y leal vuestro brazo nos defiende.

Glocéster. (Respiro.) Esas imágenes funestas
del alma desterrad.

Eduardo. Sí, cuando vengue
la muerte de Clarenza.

Glocéster. En quién?

Eduardo. En vano
se oculta el asesino.

Glocéster. ¿Y qué pretende
Vuestra Gracia?

Eduardo. Mi brazo justiciero
le encontrará.

Glocéster. Temed no se despierten
rencores no apagados.....

Eduardo. Un monarca
que acata á la justicia nada teme.

Glocéster. Lo que Eduardo evitó prudente, cauto,
lo osaria emprender mancebo imberbe?

Eduardo. El dia en que se ciñen la corona,
bajo su peso los mancebos crecen.

[*Se levanta.*]

Tal vez abrevia el curso de los años
la régia dignidad; tal vez convierte
á los niños en hombres. Ya la imágen
de un porvenir glorioso me engrandece.
En este débil cuerpo el cielo nutre
un corazon viril, un alma ardiente.
Vuestro orgullo seré, Milord; lo fio;
mas castigar al asesino aleve
es mi deber primero. Por el llanto
de mi padre os lo juro; y cuanto fuere
más grande el matador, yo más severo,
más terrible seré. Nadie á la muerte,
yo Rey, le arrancará; vuelvo á jurarlo.

Glocéster. (No reinarás.)

Eduardo. [*Sentándose nuevamente con muestras de abatimiento.*]
Recuerdos tan crueles....,
razon teneis...., me matan. Mi cabeza
vacila..... Apénas puedo sostenerme.

Glocéster. Qué os decia?

Eduardo. Más tarde..... yo os prometo.....
Cuando el sueño..... Una hora solamente!,
una hora.....

Glocéster. Venid y en lecho blando.....

Eduardo. No; aquí reposaré. La Reina en breve
llegará. Aqui la espero.—Hablad: os oigo.....
Aunque el sueño mis ojos oscurece.....
velando estoy.—Ricardo!.... Hermano mio!....
Siempre gozoso!.... Oh! tú.... feliz.....

Glocéster. [*Despues de una breve pausa.*] Ya duerme.

ESCENA VII.

GLOCÉSTER. EDUARDO.

Glocést. ¡He aquí el rapaz..... justiciero
que habla con tanta altivez
cuando este dia tal vez
es de su vida el postrero!—
Mas si la daga cruel
su sangre sola derrama,
qué haré?
Eduard. [*Soñando.*] Ricardo!
Glocést. Le llama!
Que venga, y duerma con él!
Que venga, sí! Yo le espero.
Angeles serán los dos
allá en el trono de Dios.....
y yo Ricardo Tercero.
Y los lores temblarán
y el alto clero britano;
y la sangre de mi mano
con sus bocas lavarán;
y nada querrán saber
si halagando su ambicion
les ofrezco en galardon
un átomo de poder.

[*Paseándose con agitacion.*]

Si venir rehusa...., ¡guerra,
guerra atroz!; no más ficcion,
y pendon contra pendon
jugarémos la Inglaterra.—
De quién serán los despojos?—
¿Qué escucho!

[*Corriendo á asomarse á la ventana.*]

Nada! Oh tortura!
La callada noche oscura
surcan en vano mis ojos.

[*Vuelve á la escena y mira á Eduardo.*]

¡Real corona en tu cabeza,
frágil, cuitado doncel!....
Mas... ¡cuán hermoso!... ¡Oh cruel,
madrastra naturaleza!
Los dones no merecí
que á los mios prodigaste,
y en su hermosura formaste
un sarcasmo para mí.
Pues bien, madrastra, mis manos
ya han destruido tu hechura.
Ya es en honda sepultura
cebo de viles gusanos.
Aquellas formas que un dia
fueron tu orgullo y tu hechizo
pálida muerte deshizo.....
¡y yo vivo todavía!
Aun, mal de tu grado, ufana
alzo yo mi frente al cielo;
yo dechado, yo modelo
de la fealdad humana.
Cubra la tumba no más
que otros dos vástagos bellos,
y entónces en mí, no en ellos;
sólo en mí te gozarás.

[*Aplicando el oido.*]

Oigamos..... Son ellos?.... Sí.

[*Corre de nuevo á la ventana.*]

Ese lejano rumor....,
las antorchas..... No es error;
es la Reina. Ya está aquí.—
Mas ¡qué caminar tan lento!
No llegará hasta la aurora.—
Por qué se detiene ahora?
¿Será algun presentimiento.....
No, que recibiendo está
las súplicas de costumbre.
Qué enfadosa muchedumbre!
Dejadla, dejadla ya.—
Si la pudiera atraer
con mis ojos.... ¡Ah, ya llega!
Madre amable! Los entrega
ella misma á mi poder.
Ya está en el puente!—Y su hijo?
Viene sin él! Maldicion!
Mi esperanza fué ilusion.
Mentia mi regocijo.
Y ya creia triunfar!
¿Dónde, uñas de tigre, dónde
la dulce presa se esconde
que ansiabais arrebatar?
York. [*Dentro.*]
Eduardo!
Glocést. ¿Qué escucho!
York. [*Dentro.*] Eduardo!
Glocést. Él es, sí; él es!.... ¡Y temia.....
Á su madre precedia
sin duda el lindo Ricardo.
Oh sorpresa! ¡Y logro ver
aquí juntos á los dos!

[*Riendo á su pesar.*]

Hay momentos, vive Dios,
en que asesina el placer.

[*Con la mano en el pecho.*]

Loca risa, aquí te encierra;
no me vendas; muere aquí.
Mios son. Ya están ahí.
Yo seré Rey de Inglaterra.

ESCENA VIII.

EDUARDO. GLOCÉSTER. EL DUQUE DE YORK.

York. Dónde está mi hermano, dónde?

[*Corriendo á él y abrazándole.*]

Eduardo!
Eduard. Ricardo mio!

Eres tú!

York. Sí, yo el primero,
mi Eduardo.—Apénas respiro.
Galgos hubiera dejado
detras..... Oh cómo he corrido!
Mi ansia de abrazarte..... Él es!
Sueño me parece, tio.—
Te vuelvo á ver! No te irás
otra vez. No lo permito.

Eduard. Espero que no.

York. No, nunca!
Te tengo tanto cariño!....

[*Tendiéndole los brazos.*]

Otra vez, otra!

Eduard. Ricardo!

[*Se abrazan otra vez.*]

York. Si otra vez te vas, reñimos.

ESCENA IX.

EDUARDO. EL DUQUE DE YORK. GLOCÉSTER. ISABEL. EL CARDENAL BOURCHIER. EL ARZOBISPO DE YORK. CORTESANOS.

Glocést. [*Tomando á la Reina por la mano y mostrándole los Príncipes.*]

Reina, miradlos. ¡Qué escena
tan tierna! De regocijo
lloro al verlos.

Eduard. Madre mia!
Al fin os veo!

Isabel. Hijo mio!
Sí, tu madre soy; la madre
que te ama más que á su mismo
corazon; sí, la que hablaba
siempre de su pobre hijo
afligido, desterrado;
la que soñaba contigo;
la que tus males sufria;
la que en llantos y en suspiros,
ah! temblando por la tuya
su existencia ha consumido.
Si ahora tambien, prenda amada,
con lágrimas te recibo,
son de gozo. Nada temo;
nada ya!

York. [*Á Eduardo.*]

Su favorito
eres tú ahora.

Isabel. [*Sonriéndose.*] Envidioso!

York. Envidioso? No; os lo afirmo.
Muy feliz!

Isabel. Tomad, tomad.
Mi corazon repartíos
en estos amantes besos
que embelesada os prodigo.
Tomad!—Perdonad, Milord.
En dos meses no le he visto.

Glocést. Todo puede perdonarse,
Reina, al maternal delirio,
ménos el temor injusto
que os ha inspirado el designio
de huir de un hijo.

Isabel. ¡Yo huir
de mi Eduardo! ¡Y he podido
hacerlo! Ah! Cuánto ha costado
á mi alma! Así, cuando vino
Buckíngham.....

[*Á Eduardo.*]

Cuando leí
tu tierna carta..... Bendigo
la mano que la escribió.

Eduard. Ah madre mia!

Isabel. El camino
de Lóndres tomar queria
sin esperar á los dignos
prelados que me acompañan.

[*Volviéndose hácia ellos.*]

Su piadoso celo ha sido
bálsamo de mis heridas.

[*Á Glocéster.*]

Y cuánto os debo á vos mismo!

[*Á los señores de la corte.*]

Y á vosotros, oh milores!
Y al pueblo! Tú eres su hechizo,
Eduardo; todos bendicen
tu nombre, todos sumisos,
sus súplicas presentando,
con alborozado grito
te victoreaban. He aquí.....

[*Mostrando los memoriales que uno de los lores ha puesto sobre la mesa.*]

Glocést. Oh dicha! Hacer beneficios,
reparar males.....

Eduard. Veamos.

York. Yo, yo seré tu ministro.

Isabel. Milord, dejad al Regente.....

Glocést. No. Yo á Ricardo revisto
de pleno poder.

York. Bien! Hoy
queda el erario vacío.

Glocést. Milord, haced mucho bien,
pero que sea con juicio.

York. [*Sentado junto á la mesa, y distribuyendo parte de los memoriales entre los señores y prelados que le rodean.*]

Ayudadme, nobles lores,
prelados esclarecidos.
Tomad. Para mí estos otros.

Isabel. [*Á Eduardo.*]

Grande habrá sido el conflicto

de tu alma léjos de mí.

York. [*Á Glocéster.*]

Ah tio! un pobre marino
sin recurso.....

Glocést. Le concedo
cien guineas.

York. Corto alivio.
Doscientas.

Glocést. Mirad, Milord.....

York. Doscientas; lo dicho, dicho.
Se llama Eduardo!

Glocést. Eso basta
para serle yo propicio.

York. Y vos, mi Señor, mi Rey,
lo confirmais?

Eduard. Lo confirmo
con todo mi corazon.

Isabel. [*Retirando sus manos que besa Eduardo.*]

Pero dejad, os suplico,
dejad que os vea la corte;
no diga que yo la privo
de este gozo.—Hijo del alma!
¡Cómo el color ha perdido
ese bello rostro! ¿Acaso
tu salud.....

Eduard. No, no. El camino.....

Glocést. Esa dulce palidez
aumenta sus atractivos.

York. [*Se levanta con un papel en la mano.*]

Oh cielo!

Isabel. ¿Cuál es la causa
de tu terror?

York. Este escrito
que en vuestras manos han puesto
con los otros confundido.....

Isabel. Cómo tiembla!

York. Ah madre mia!
Leedlo.

Glocést. Dadme acá, niño,
ese escrito tan terrible.

York. No! Á vos no!—Leed.

Isabel. [*Despues de haber leido el papel.*]

¿Qué miro!
¡Rívers.....

Eduard. Vos temblais, Señora!

Isabel. [*Á Glocéster.*]

Rívers!—Cuál es su destino?

Glocést. Ya os lo dije.

Isabel. Es muerto! es muerto!

Eduard. Rívers? Oh Dios!....

Isabel. Oh delito!

Glocést. Impostura mal fraguada.
¿Quién de un hecho tan indigno,
quién puede ser reo?

Isabel. ¡Vos
lo preguntais!

Glocést. Sí; decidlo.

Isabel. El que no quiere dejarme
ni un apoyo, ni un auxilio
sobre la tierra. Hástings, Rívers,
alevosamente heridos
no han fatigado su brazo
que ha jurado mi exterminio.
Se declara por nosotros,
como ellos, un noble amigo,
y ahora sé que por milagro
se libra del golpe impío.

Glocést. ¿Y quién, decid, quién.....

Isabel. Buckíngham,
que amenazado se ha visto,
al separarse de mí,
de aleve, infame cuchillo.

Eduard. Buckíngham? ¿Qué escucho! ¿Quién,
quién es el vil asesino?

Glocést. Quién es? Responded. Su nombre?

Isabel. Vos lo preguntais!

Glocést. Lo exijo,
lo mando. Quién es? Hablad.

Isabel. Es..... No me atrevo á decirlo.

Glocést. Quién os lo impide?.... Decid
que el autor del homicidio
soy yo. Coronad la obra.—
¡Á mi furor vengativo
habré yo inmolado á Rívers;
yo á quien su lustre ha debido,
sus títulos, su poder;
yo en cuyos brazos amigos
mañana espera estrecharse
sin soñar vanos peligros!
Yo, áun más culpable, á Buckíngham
para mi víctima elijo;
yo que en él quince años ha
como en mí propio confío;
yo que hoy, esta noche, aquí,
de mi amistad impelido,
le he colmado de alabanzas,
y todos me sois testigos
de que por mano del Rey
he premiado sus servicios!

[*Á la Reina queriendo apoderarse del papel.*]

Ese papel que me acusa
¿de quién viene?

Isabel. Ah! quien lo ha escrito
sin duda es amigo fiel.

Glocést. [*Cubriéndose.*]

No está firmado?—¡Artificio
infame! traicion! mentira!
Ay del impostor inicuo!
Tiemble! El Regente del reino
calumniado, perseguido,
¿es acaso una fantasma,
es una sombra? Yo vivo,
yo gobierno en Inglaterra,
y mi supremo dominio
más límites no conoce
que mi voluntad.

Isabel. [*Aterrada.*] Dios mio!

Harto es verdad!

Glocést. [*Derramando la vista por la asamblea.*]

El que diere
en su corazon abrigo
á tan torpe acusacion,
irá desde aquí á un suplicio,
si con los ojos, no más,
osa decir: la he creido.

Isabel. (Todos callan!)

Glocést. La nobleza
¿será otra vez el ludibrio
de una mujer coronada,
que afrentados, oprimidos
nos tenía, y altanera
atizaba á su albedrío
la tea de la discordia,
hasta conseguir que al filo
de fratricida segur
Clarenza.....

Isabel. [*Indignada.*] Milord!

Eduard. [*Adelantándose hácia Glocéster.*]

¿Qué he oido!
Vos insultais á mi madre!

Glocést. Ya no nos manda el capricho
de la viuda de lord Grey.

Eduard. La viuda de Eduardo, inicuo!
La Reina!—Afuera el sombrero!

[*Quitándoselo.*]

¡Afuera el sombrero, os digo,
delante de ella!

Isabel. Ah! Gran Dios!....

York. Así! Bien haya tu brio!

Isabel. Eduardo!—Su edad le excusa.—
Modérate; te lo pido
por mi vida.—Perdonadle.
La culpa es mia.—Es un niño,
soy su madre, y ¡me ama tanto.....
Ah! perdon.

Glocést. Mirad, patricios,
cómo me ultrajan. Juzgad
cuál será vuestro destino.
Ya lo veis; como al esposo
quiere gobernar al hijo.
Si á mi cólera harto justa
cedí, de mi real sobrino
severa fué la leccion,
y ella os servirá de aviso
para sufrir en silencio
el yugo del despotismo.—
Mas yo sabré combatir
ese funesto prestigio
que humilla á los nobles pares.
Sea esta Torre el asilo
de hoy más de la régia prenda
por quien, súbditos sumisos,
velarémos.

Isabel. Qué, Milord!
Nos separais?

Glocést. De continuo
le veréis, y por prudencia,
no ménos que por cariño,
le repetiréis, lo espero,
que su excelso padre quiso
legarme la potestad
de que en breve, así lo fio,
libre se verá; mas que hoy,
á mi poder sometido,
el Rey me debe obediencia
si yo le debo, y le rindo,
justo respeto.

Eduard. En buen hora
ejerced el poderío
soberano que mi padre
os confió: no os lo envidio.
Mas respetad á su viuda,
Milord, como á Eduardo mismo;
ó no esperaré, os lo juro,
yo que su diadema ciño,
á que dos veces su sombra
me diga en son dolorido:
Hijo, vengar á su madre
de alevosos enemigos,
es el derecho más santo.

[*Á Isabel.*]

Partamos. Me ruborizo
de prolongar un debate
tan escandaloso, indigno
de la majestad real.
Venid, Reina.

York. Yo te sigo,
Eduardo mio.

Glocést. [*Á los señores de la corte.*]

Milores,
no os detengo.

[*Á Eduardo tomando una luz.*]

Á conduciros
va vuestro primer vasallo.

Eduard. Yo os lo dispenso.

Glocést. Es servicio
muy honroso para mí.

York. [*Á Eduardo.*]

Como Rey te has conducido.
Ahora te quiero más.

Isabel. [*Á Glocéster deteniéndole.*]

Deteneos! Necesito
hablaros.—Una palabra!
una sola!

Glocést. [*Dando la luz á Týrrel que entró al fin de la escena.*]

En vos resigno,
gobernador de la Torre,
mis funciones.

Isabel. (Oh martirio!)

ESCENA X.

GLOCÉSTER. ISABEL.

Glocéster. Qué me quereis, Milady? Hablad: ya os oigo.
Isabel. Sin cólera!
Glocéster. Ya os oigo.
Isabel. Ya mi pecho
ningun temor abriga; no, ninguno.
Glocéster. Y qué me importan los temores vuestros?
Isabel. Si Rívers va á llegar, como afirmabais
no hace mucho, Milord.....
Glocéster. La Reina, al verlo,
no dudará de la inocencia mia.
Tanta bondad, Señora, os agradezco.
Isabel. Ah! no. Yo os creo,.... os creo desde ahora,
y de mi error pasado me arrepiento.
Os creo!
Glocéster. Sí,.... temblando.
Isabel. ¡Vos su muerte
decretar! No es posible, no. El fraterno
amor me arrebataba. Él vive, él vive!
Glocéster. Tal vez.
Isabel. Ni es cierto que traidor acero
á la vida atentase de Buckíngham.
Glocéster. Por qué no?
Isabel. Loca estaba; lo confieso.
Vedme tranquila ya. Mirad: serena.
Gracias á vos, hermano, ya no tiemblo
por mis hijos. Seguros en la Torre.....
Glocéster. Cómo, si yo conspiro contra ellos?
Isabel. Si lo osaran pensar, ingratos fueran.
Glocéster. Ingratos? No.
Isabel. Ni sombra de recelo
me queda, pues los dejo en vuestros brazos.
Mas, ay! este papel.....
Glocéster. ¿Osais de nuevo.....
Isabel. Perdonadme. Me dicen que en la Torre.....
Glocéster. Qué os dicen?
Isabel. Imposturas. No me atrevo.....
Glocéster. Que en la Torre..... Acabad.
Isabel. Amenazada
la vida de los dos..... Mas no lo creo,
no lo creeré jamás.
Glocéster. Por qué, Señora?
Todo es verdad.
Isabel. Perdon! Ya no os ofendo
con injustas sospechas. Mas..... ¡soy madre!
Si os doleis de las lágrimas que vierto,
si os mueve mi ternura, mi congoja,
mi desesperacion, mirad, os ruego,
mirad por esos niños inocentes;
librad su vida del puñal sangriento.
Glocéster. Calmad vuestro dolor. ¿Qué brazo impío
los alcanzara aquí?
Isabel. Buen Dios! Recuerdo
que así hablabais de Rívers.
Glocéster. [*Sonriéndose.*] Así hablaba.
Isabel. Así reíais.
Glocéster. Bien!
Isabel. [*Resuelta.*] Mi hermano es muerto!
Glocéster. ¿Otra vez sospechais.....
Isabel. No es ya sospecha;

es evidencia, sí; bárbaro hierro
muerte le dió; ¡y á mis amados hijos
quereis matar tambien!

Glocéster. Yo!

Isabel. Vos..... Oh cielo!
Su protector, su padre..... ¡Atroz designio,
inaudito, increible...., pero cierto! —
Ah! no lo lograréis. Allí su madre,
allí estará; en la puerta...., y en el lecho,
y noche y dia, sin dormir, sin tregua,
ojos y oidos sin cesar abiertos,
brioso el corazon, pronta la mano
á rechazar á un pérfido, á un perverso,
á un vil.....

Glocéster. Milady!

Isabel. [*Con altivez.*] Tu poder, tu saña
ya no me aterran. Vive á tu despecho,
vive Buckíngham, y en defensa nuestra
se apresta á combatir, y arma á sus deudos,
y á los mios, y al pueblo, y á los nobles,
y á Lóndres todo. Sí. Vendrá, vendremos,
él, todos, yo tambien; yo la primera,
y de tus garras, tigre carnicero,
arrancaré á mis hijos, y tu muerte
será á traidores memorable ejemplo.

Glocéster. Cesa, imprudente madre! ¿Has olvidado
quién soy? Tú me amenazas!

Isabel. No pretendo
amenazaros, no. Por vuestro nombre
os pido, por el llanto en que me anego,
por su sangre, Milord, que es sangre vuestra,
por el peligro horrible en que los veo.....
Él me inspira. Escuchad. Vos me habeis dicho
que contrariar osaban sus derechos.
Por qué matar dos tiernas criaturas?
Si de amor ilegítimo nacieron,
espiran sus derechos. Ellos viven,
y vos reinais.

Glocéster. ¿Qué escucho!

Isabel. Oh! lo consiento,
sí, sí. (Oh rubor!....) ¿Me culparéis acaso
porque su herencia os doy? Á vos un cetro;
á mí eterno baldon. Si por salvarle
es fuerza que de Eduardo el hijo excelso
sea...., infame, sacrílega palabra!....
¡un bastardo!...., está bien; no titubeo.
Lo firmaré.

Glocéster. Quién? Vos!.... Creyera entónces
que las lenguas del vulgo no mintieron.

Isabel. Créalo el odio, dígalo la envidia;
qué importa? Vivirán! — Ah! Dadme en premio
de mi eterna deshonra, y de mi crímen, —
que crímen es el mio, torpe, horrendo, —
dadme, dadme mis hijos adorados.
Dádmelos! Sí; me los daréis; lo espero.
Piedad! ¡piedad os pide de rodillas
su desolada madre!

Glocéster. Oh vilipendio!
Viuda y madre de Rey, vos á mis plantas!
Alzad.

Isabel. Ay! á mi hermano se lo ruego,
á mi Rey!

Glocéster. Basta! Oh colmo de bajeza!

Deshonrar á sus hijos! ¿Y á ese precio
quereis que acepte yo.....

Isabel. [*Asiendo sus vestidos.*] Piedad!

Glocéster. [*Desviándola.*] Dejadme!
Huiré de vos. De oiros me avergüenzo.

ESCENA XI.

ISABEL.

Á ti, mi Dios, en trance tan amargo,
á ti me acojo! Tu poder supremo
valga y ampare y vengue á la inocencia.—
Adónde iré? No sé. Dios justiciero,
guíame tú. La vida de mis hijos
te toca á ti guardar. Vela por ellos.
Tu omnipotente brazo los defienda.
Á ti, Señor, á ti los encomiendo.
Guarda su vida y te daré la mia.
Quiero morir, pero salvarlos quiero!

ACTO TERCERO.

Sala en la Torre, que sirve de prision á los Príncipes.—Habrá una ventana, cuyas cortinas aparecen corridas; una puerta lateral; otra en el foro; encima de ésta una reja. Á la izquierda del actor un lecho y cerca de él una mesa.

ESCENA I.

EDUARDO. EL DUQUE DE YORK.

[*Eduardo aparece sentado en el lecho, y su hermano junto á él en una silla con un libro en la mano.*]

York. Escuchad por vuestra vida,
ó no leo.

Eduard. La lectura
me cansa.

York. Ved qué pintura!
Magdalena arrepentida.

[*Volviendo la hoja.*]

Si al mirarla te entristeces,
mira á san Jorge. Le ves?
Y el dragonazo á sus piés.

Eduard. Le he visto ya tantas veces!

York. Oh!.... ¿Quereis mi amado enfermo
que os cante una trova?

Eduard. No.

York. Bailo?

Eduard. Detente.

York. Es que yo.....
ó he de hacer algo ó me duermo.
¿Jugarémos.....

Eduard. Ah! no estoy
para.....

York. [*Levantándose.*]
Nada os da placer!

Eduard. Y me dejas?

York. ¿Qué he de hacer!
Qué mal templado estais hoy!

Eduard. No me siento bueno.

York. [*Volviendo á él.*]
Eduardo!
Qué tienes? Ah! Qué te duele?
Dilo. Quizá te consuele
el amor de tu Ricardo.
Mas, di: ¿por qué tus tormentos
quieres tú mismo aumentar?
¿Siempre te has de alimentar
de negros presentimientos?
Hoy noté, cuando sin ruido
bajé temprano del lecho,
que palpitaba tu pecho
y sollozabas dormido.

Eduard. ¡Siempre á mi vista esas rosas
de Windsor!

York. Algun ensueño

triste, triste..... ¡Fuerte empeño
de soñar siempre esas cosas!—
Cuéntamelo.

Eduard. Te reirás.

York. No. Te ofrezco, si es terrible,
tener miedo.

Eduard. Es imposible.....

York. Ni ese gusto me darás?

Eduard. Es tan confuso.....

York. Oh! ¡por Dios....
Cuenta.

Eduard. Para ungirme Rey,
como es de costumbre y ley,
nos llamaban á los dos.
La voz de mi madre oyendo,
corro á ella, y tú conmigo,
mas cuando alegre la sigo.....
se aparece un tigre horrendo.
Con los ojos parecia
amenazarnos cruel.
Queria alejarme de él,
y gritaba: madre mia!....
Muevo sin cesar mis piés.....
para huir del inhumano
monstruo; y en vano, ay! en vano
quiero alejarme.

York. Así es.
En un sueño semejante
uno quisiera volar;
se mueve, y no puede andar.....
Ay qué agonía!—Adelante.

Eduard. Transportado de repente
á Windsor, el firmamento
se oscurece y ruge el viento
recio, tempestuoso, ardiente.
Tiembla en la hoja la flor,
tiemblan las plantas..... Allí
dos tiernos capullos vi
marchitos ya y sin color.
Sus perfumes confundian
de un mismo ramo engendrados,
y el uno al otro enlazados
uno solo parecian.
Unidos los dos así
admirábamos su encanto.
Yo, al verlos en riesgo tanto,
compasion de ellos sentí.
Tú entónces dijiste: «Eduardo,
uno eres tú, el otro yo;»
y de pronto relumbró
hierro cruel..... Ay, Ricardo!
Sangre que el suelo enrojece
del tierno tallo brotó.
Cual si la vertiera yo
mi corazon desfallece.
Busco sus despojos yertos
por la oscuridad..... en vano;
y cuando bajé la mano
toqué dos niños, ah! muertos!
Ya no sentí más horrores,
pero con tono feroz,
«llevadlos, dijo una voz,
al panteon de sus mayores.»

York. Pues! Ya me has hecho llorar!
Voy á enfadarme contigo.
Ah! de véras te lo digo;
bien te puedes enmendar.
¡Siempre alimentar tu pecho
de tristezas..... Buen regalo!
Y luégo:.... «me siento malo.....»
Ea, álzate de ese lecho!
Yo no pienso en cosas malas.
Me despierto, y á manera
de mariposa ligera,
al sol extiendo las alas.
Imita mi travesura.
Alégrate, corre, salta.....

Eduard. Por dónde? El lugar nos falta.....

York. Bien;.... se hace cualquier locura.
Cautivo y todo, me rio,
que á inocentes guarda el cielo.—
Y siempre tengo el consuelo
de renegar de mi tio.
Maldícele como yo
y te aliviará el coraje.

Eduard. Yo al Regente tal ultraje!
Con qué razon? Eso no.
Cuando se vió calumniado
se llenó de indignacion;
¿y quién á tanto baldon,
quién se hubiera resignado?
Si un rey conoce su yerro,
debe repararlo.

York. Sí?
Tal piensas? Huiré de ti.

Eduard. [*Sonriéndose.*]
Si puedes.

York. Luego ¿hay encierro?
Presos cual dos criminales
nos tiene, y áun quieres.....

Eduard. Él!
¿Será posible.....

York. Cruel!
Ya hace tres dias mortales.

Eduard. No. Exagera tu rencor.

York. ¡Quieres que presos no estemos,
y á nuestra madre no vemos!

Eduard. Ah! sí..... Qué prueba mayor?

York. El alcaide de la Torre.....

Eduard. Quién? Týrrel?

York. Oh! pierde el seso
por mí. Me ama con exceso,
y conmigo salta y corre;
pero aunque es buen caballero,
y me cuenta sin empacho
sus diabluras de muchacho,
al fin es un carcelero.

Eduard. Harta familiaridad
usas con él.

York. Sé tú grave,
sé digno; un rey, ya se sabe.....
Yo deseo su amistad.
Ya su flaco descubrí,
y no en vano. Á él lo debemos
si algun fruto apetecemos,

si algun juguete hay aquí.
Y esos libros suyos son,
y estampas tambien envia.....
Eduard. Más hace. Al caer el dia
salir nos deja á un balcon.
York. Allí es donde yo medito,
mas no con esa tristeza,
levantando mi cabeza
al alto cielo infinito.
Libres gozan la campaña
y el sol poniente mis ojos,
que rayos despide rojos
y en el Támesis se baña.
Y sigo al barco velero,
y á la luna que refleja
sobre los surcos que deja
cantando alegre el remero.
Eduard. ¡Quién ayer volado hubiera
á aquella mujer llorosa
sentada sobre una losa!
Era mi madre; ella era!
York. Ah!
Eduard. Yo el primero la vi.
York. El primero tú? Eso no.
Yo ántes que tú.
Eduard. No; fuí yo.
Á gritar no me atreví.
Ojos y oidos fijé
con ambos brazos tendidos,
y tus dolientes gemidos,
madre del alma, escuché.
¡Oh qué de veces flotó
en el aire mi lenzuelo!
York. ¡Oh qué dicha, qué consuelo,
cuando el suyo respondió!
Mas nuestro afan incesante
y nuestros besos sin cuento
entre las sombras y el viento
se perdieron al instante.
Eduard. Ah! ya nunca la veremos!
York. Sí. Por qué tanto terror?
Quizá esta noche su amor.....
Týrrel se acerca. Callemos.

ESCENA II.

EDUARDO. EL DUQUE DE YORK. TÝRREL.

Týrrel. El arzobispo de York
estos libros os remite,
Milores, y sus respetos
os ofrece.

[*Pone los libros sobre la mesa.*]

Eduard. Bien. Decidle
que le estoy agradecido.
York. Se acuerda de nuestra triste
soledad. Digno prelado!
Dos cautivos infelices
besan su mano sagrada.
Týrrel. Cautivos?
Eduard. Ya no es posible
dudarlo.
Týrrel. Quizá en la Torre
un dia más os confine
rancia costumbre: enfadosa
condicion de la sublime
grandeza á que sois llamado.
La etiqueta es insufrible;
convengo, pero ¿cautivos?
No.
York. ¿Y á véinte años, decidme,
os hubiera contentado
nuestra libertad?
Týrrel. Ni á quince.
Mas vuestra amable inocencia
dentro de mi alma no existe,
y en libertad soy torrente
que rompe vallas y diques.—
No me consulteis sobre eso.
York. ¿Quién habrá que no suspire
por la libertad perdida?
Si hay un brazo que me libre,
yo le daré en recompensa
más que pudiera pedirme.
Týrrel. No prolongará el Regente
la soledad que os aflige;
yo os lo afirmo. Ya la augusta
ceremonia se apercibe.
Eduard. Es cierto?
Týrrel. [*Al Duque de York.*]
No faltará
Milord Duque.
York. Jaime Týrrel
tampoco. Allá nos veremos.
¡Á ver quién echa más bríndis
por la salud del Monarca!
Týrrel. Con gusto acepto el envite.
York. Lo creo! Y pues tanto os gusta,
con rancio vino de Chipre
os haremos la razon.
Týrrel. Ese en mis dias felices
fué mi más querido amigo.
Más de una vez el belitre
me vendió, pero yo siempre,
siempre le estimo.
Eduard. ¿Qué dices!
Týrrel. Es chanza, Milord.
York. [*Mostrando á Týrrel.*]
Sé yo
de éste hazañas increibles.
Oh! es todo un hombre.
Týrrel. Es verdad.
[*Enternecido.*]
(Cuál se parece á mi Enrique!
Creo estarle viendo ahora.)
Eduard. Sois nuestro amigo?
Týrrel. Oh! sí.
York. Crímen

fuera el no.....

Eduard. ¡Piedad de un hijo
que desconsolado gime!

York. [*Tomando la mano á Týrrel y halagándole.*]

¿No ha de tenerla, si me ama
tanto? Por mí se desvive,
y hará cuanto yo le pida;
no es verdad? Eh?

Eduard. [*Tomándole la otra mano.*]

¿Nos permites
ver aquí, sólo una hora,
á nuestra madre?

Týrrel. [*Cortado.*] ¡Imposible.....
Si hubiera estado en mi mano.....

York. Si ya ha estado aquí, á qué finges?

Týrrel. Milord.....

York. Oh! nunca me engaña
mi corazon. No te obstines
en negarlo. Palpitando
me ha dicho: ahí está.

Eduard. Resistes?

Týrrel. No puedo.....

York. [*Mostrando á Týrrel un puñado de guineas.*]

Vaya á la suerte.—
Pares, ó nones?.... No mires.
Tuyo es el oro, si aciertas;
y si no, fuera melindres,
y venga madre.

Týrrel. Ah! ¡Milord.....

York. Pares, ó nones? Qué pides?

Eduard. Ricardo!

York. Á suerte y verdad.
Ea pues!

Týrrel. [*Encantado.*]

¿Quién no se rinde
á diablo tan hechicero?—
Pares.

York. Contemos.—Ay triste!
Perdí!

Týrrel. (Me aflige su pena.)

[*Recogiendo las guineas que están sobre la mesa.*]

No es justo que yo me prive
de lo mio;—mas veréis
á la Reina, aunque peligre
mi vida.

Eduard. Es cierto? Oh placer!

Týrrel. La veréis, sí. Ya lo dije.

York. [*Abrazándole.*]

Yo he ganado más que tú,
Týrrel. Te engañé! Caiste!

Týrrel. (Ese abrazo me ha hecho mal.)
Qué tarde tan apacible!
Quereis salir al balcon?

York. Cómo!..... Volando.

[*Týrrel abre la puerta.*]

Eduard. Si Týrrel
nos es leal, no será
vana mi esperanza.

Týrrel. Fie
Vuestra Gracia en mí.

York. Fiamos.—
No es necesario advertirte
que deudas de honor se pagan
al punto.

Týrrel. ¿Á quién se lo dice
Vuestra Gracia?

Eduard. Dios os guarde.

York. Adios, carcelero insigne!

ESCENA III.

TÝRREL.

Qué amable niño! Se va
tan triunfante y en olvido
echando el oro perdido.
Bravo jugador será.

[*Despues de una pausa.*]

Su edad mi Enrique tenía,
su belleza misma. Áun creo
que besar mi rostro veo
aquellos labios que un dia.....
No. Jamás! Lívidos, yertos,
ya nunca serán mi encanto
los labios que amaba tanto.
Muertos para siempre, muertos!—
Por qué aumentar su amargura?
Dos dias despues se hará
la consagracion, y ya
no vivirán en clausura.
Que su madre los abrace
un poco ántes no es gran mal,
si el regio ceremonial
de todos modos se hace.
Allí en mi cuarto afanosa
esa Reina sin consuelo
alza los ojos al cielo,
inmóvil como una losa.
Alma oponemos de nieve,
pecadores aguerridos,
á femeniles gemidos;
pero un niño nos conmueve.
Hará de mí cuanto quiera
ese gentil rapazuelo.
¡Se parece tanto..... Oh cielo!....
Pasos siento en la escalera.....
Esa luz..... ¿Qué novedad.....
Sin duda al Regente guia,
que viene á fijar el dia
de su ansiada libertad.

ESCENA IV.

GLOCÉSTER. TÝRREL.

[*Un oficial de la Torre que precede al Regente trae una luz, la pone sobre la mesa y se retira.*]

Glocést. Dónde están?
Týrrel. [*Mostrando la puerta lateral.*]
Allí.
Glocést. Bien. Cierra
la puerta.
Týrrel. Si Vuestra Gracia
viene á darles libertad,
iré á llamarlos.
Glocést. Qué aguardas?
Ve á cerrar.
[*Týrrel obedece.*]
Buckíngham vive.
Así cumples tus palabras?
Týrrel. Se defendió bien.
Glocést. Y tú
le atacaste mal.
Týrrel. Por mi alma
os juro que no fuí manco.—
Mas no se ha perdido nada.
Otra vez será.
Glocést. No es eso
lo que yo de ti esperaba.
Týrrel. Si hubiera encontrado á mano
á dos buenos camaradas.....
Glocést. Quiénes son?
Týrrel. Fórrest y Díghton.
Con ellos no se me escapa.
Glocést. Jamás oí tales nombres.
Týrrel. Oh! pues tienen mucha fama.
Glocést. Están á tu devocion?
Týrrel. Y á la vuestra.
Glocést. Me harán falta
dentro de poco tal vez.
Týrrel. Hablad, y una puñalada
darán al hijo del sol.
Glocést. Tú presente.
Týrrel. No me espantan
bagatelas.
Glocést. Á mi vista.
Týrrel. Cuándo ha de ser?
Glocést. Sin tardanza:
esta noche.
Týrrel. Dónde?
Glocést. [*Señalando hácia el lecho con el dedo.*]
Allí.
Týrrel. [*Con horror.*]
¿Qué oigo! ¿El Regente me manda...
Glocést. No es ya el Regente; es el Rey
de Inglaterra quien te habla.
Týrrel. El Rey!
Glocést. Sí, el Rey. Los prelados
y los lores me proclaman.
Týrrel. Á vos!
Glocést. Á mí.
Týrrel. Pero el pueblo.....
Glocést. El pueblo grita en las plazas:
viva el Rey! Uno: cualquiera;
que no es al hombre al que ensalza,
sino á la corona, y yo
me la ceñiré mañana.
Buckíngham y sus parciales
á arrancarme se preparan
por la fuerza mis cautivos,
y al pueblo ignorante halagan
dando por cierto y seguro
que Eduardo al romper el alba
me aparecerá en Westmínster
libre y la diadema sacra
sobre su sien; mas yo creo
que un rey para un reino basta;
y si me ha de aparecer,
que sea como un fantasma.
Týrrel. Ay! él turbará mi sueño!
¡Si como yo en esta sala,
Milord, los hubierais visto
cuando al despertar oraban....;
cuando sus brazos desnudos
uno del otro en la espalda
se cruzaban cariñosos,
y sobre el lecho flotaban
confundidos sus cabellos,
y dulce sonrisa blanda
sus puros labios abria,
cual si contarse anhelaran
los sueños del Paraíso,
llena de terror el alma
al ver tan grato abandono,
tal candor y tantas gracias,
no hay valor, hubierais dicho,
para dar muerte inhumana
á la obra más hermosa
del cielo.
Glocést. Necia plegária!
Tú eres mio.
Týrrel. Sí, lo soy.
Me he vendido al oro...., infamia!....
como un condenado. Al oro!—
Y si ahora me lo reclaman,
adónde voy ya por él?—
Designadme un hombre, y caiga
muerto á mis manos; un hombre,
y obedezco: he aquí mi daga.
¡Pero dos niños tan bellos,
que con las manos cruzadas
¡piedad! gritarán inermes,
piedad, piedad! y en las ansias
mortales me llamarán.....
Glocést. [*Conteniéndole.*]
Týrrel!
Týrrel. ¿Por qué tanta saña?
Muertos para el mundo todo
en dura prision infausta
vivan solo para mí,
Milord; que si así se salvan,

yo en vida me enterraré
con ellos. Ó bien, al ara
consagrado, Eduardo vista
en vez de las régias galas
áspero cilicio. Yo
á la lúgubre morada
del claustro le llevaré;
y en ella le acompañara,
mas vida de anacoreta,
aunque es muy buena y muy santa,
no es para mí. Con el otro
me iré á Portugal, á Francia,
ó más léjos, si quereis,
para que sombra no os haga.
Yo le daré mis costumbres,
que, á fe, no son cortesanas,
mis gustos, y hasta mis vicios
tal vez... ¿Qué quereis! Me encanta.
Al solo bien que á mis ojos
costó lágrimas amargas
amo en él; ay! á mi Enrique,
fuente para mí inexhausta
de alegría y de dolor;
al astro que me alumbraba
en mis noches de locura;
al hijo que me besara
con su labio moribundo.
Reprobad mi extravagancia,
tratadme de visionario;
mas cuando veo su cara,
su cabellera, sus ojos,
siento estremecida el alma.
Cuando sus agudos gritos
suenen por esas murallas,
los gritos escucharé
del hijo que tanto amaba.
No quiero matar por vos
al hijo de mis entrañas.

Glocést. (Bien lo dije. Ni uno solo!)
Vamos, ¿á qué te arrebatas?
Quizá adoptaré tu plan
que con su vida afianza
mi seguridad. Veremos.....
Mas la alegría y la calma
recobre tu corazon.
Aquí vendrán en las alas
del placer bravos amigos
que á celebrar se preparan
mi exaltacion.

Týrrel. Esta noche?

Glocést. Mañana la triste carga
de graves negocios; hoy
volvamos á la lozana
juventud. Ea, sé el Týrrel
de otro tiempo; honra á tu fama.
Quiero que en bello desórden,
y en el deleite y la gala,
y en los generosos vinos,
y en las exquisitas viandas,
venza á tus recuerdos todos
el festin que nos aguarda.

Týrrel. No, Milord.

Glocést. Rehusar! Quién?
Tú! Imposible. Por qué causa?

Týrrel. No! Mi embriaguez es terrible.

Glocést. Yo espero que en la borrasca
sir Týrrel se acordará
de que á su Rey acompaña.
¿No guardará vuestra frente
la firmeza necesaria
para calcular los puntos
del dado que rueda y pára?

Týrrel. Qué! se jugará?

Glocést. Tesoros.
Tú verás ¡cuál se derraman
riquezas sobre el tapete,
qué de fortunas naufragan!
Verás rodar esta noche
más oro que en diez jornadas
de tu juventud.

Týrrel. Oh! el diablo
me tienta.

Glocést. Sí. Qué batalla!
Este rie, el otro jura;
este pierde, el otro gana;
ahora el despechado alienta,
ahora el que reia brama.
En tanto espumea el ponche
en inagotable taza
y chispea en áurea copa
alegre vino de España.
Oyes? Ya brindan, ya juegan.
Ahora tu ardor desmaya?
Týrrel! Se entra por tus puertas
la fortuna, y la rechazas!
Como quieras.

Týrrel. No, que iré.

Glocést. [*Con indiferencia.*]
Si algo temes, si te asaltan
escrúpulos.....

Týrrel. Iré, os digo.

Glocést. [*Con indiferencia.*]
Si no estás de humor, no vayas.

Týrrel. No, que eso fuera empañar
el lustre de cien campañas.

Glocést. Con efecto; si no acudes,
vas á cubrirte de infamia.

Týrrel. Eh! ¡Larga vida á Ricardo
Tercero, y suerte colmada
á Jaime Týrrel!

Eduard. [*Dentro.*] ¡Sir Jaime!

Týrrel. ¿Qué voz..... Eduardo me llama.

Glocést. [*Friamente.*]
Bien. Anda á abrirle. Que venga.
Te turbas? Qué es eso?

Týrrel. Nada.

[*Va á abrir la puerta.*]

Glocést. (Necio soñador, tu brazo
ha de ser de quien lo paga.)

ESCENA V.

GLOCÉSTER. TÝRREL. EDUARDO.

Eduard. Oyes, Týrrel, esos gritos?
¿Es ilusion que me engaña,
ó anuncian mi libertad?

[*Viendo á Glocéster.*]

Ah! confirmad mi esperanza,
Milord. Venis á buscarnos?

Glocést. [*En actitud de retirarse.*]

No es tiempo.

Eduard. Os vais?

Glocést. Á la patria
debo todos mis instantes.
Graves negocios me llaman.

Eduard. Si partis para abreviar,
Milord, la hora suspirada
en que logremos salir
de esta mansion solitaria,
cuánto os lo agradeceré!

Glocést. Ni es justo que á Vuestra Gracia
importune mi presencia.

Eduard. Qué mal me juzgais! Un alma
cual la mia no da abrigo
á esas pasiones bastardas.
Si cedí por un momento
al ímpetu de mi saña,
conocida mi injusticia
no vacilo en repararla.

[*Con tono afectuoso.*]

Separémonos, os ruego,
sin rencor. Un hijo alcanza
siempre el perdon de su padre
cuando humilde lo demanda.
Perdonadme, amado tio.

Glocést. Creed.....

Eduard. Vuestra mano.

Glocést. Basta.....

Eduard. [*Le besa la mano.*]

Olvídese todo.—¿Cuándo
la consagracion?

Glocést. [*Besándole en la frente.*]

Mañana
será coronado el Rey.—
Týrrel, adentro os aguardan.

ESCENA VI.

EDUARDO. TÝRREL.

Eduard. Mañana! Oh felicidad!

Týrrel. (Aunque aventurado sea,
es forzoso que la vea.)
Á vuestro hermano llamad.

Eduard. Para qué?

Týrrel. ¿Mi juramento
olvidais?

Eduard. Mi madre! Ah! sí.
Todo es dicha para mí
esta noche.

Týrrel. En mi aposento.....

Eduard. Allí está?

Týrrel. Nadie la vió.
Vendrá al momento conmigo. [*Vase.*]

Eduard. Ricardo! Ven!—Se lo digo?.....
Hasta prepararle, no.

ESCENA VII.

EDUARDO. EL DUQUE DE YORK.

York. En vano miré, oh tormento!
hácia la desierta losa.
No ha venido.

Eduard. Triste cosa!

York. La conociera al momento.
Hoy la luna brilla tanto
sobre la azulada esfera
que sin pena distinguiera
ó su sonrisa ó su llanto.

Eduard. De véras, Ricardo?

York. Sí.
Puedo en sus ojos leer.

Eduard. Aun mejor la vas á ver.

York. Cuándo?

Eduard. Ahora.

York. Dónde?

Eduard. Aquí.
Y mañana me corono.

York. Salud al Rey de Inglaterra!
¡Venga ahora á darnos guerra
el protector de tu trono!

Eduard. Nada de venganza!

York. Oh Dios!
De placer mi pecho llora.
Libres mañana!

Eduard. Y ahora
nuestra madre!

York. Entre los dos!

ESCENA VIII.

EDUARDO. EL DUQUE DE YORK. ISABEL.
TÝRREL.

Isabel. Saldré, os lo juro, de aquí
cuando volvais.

York. Ella es!

Týrrel. (Ya son dichosos los tres.
Ahora me toca á mí.)

ESCENA IX.

EDUARDO. EL DUQUE DE YORK. ISABEL.

[*La Reina se deja caer sobre un sillon anegada en lágrimas y sin hablar.*]

York. Y llora!
Eduardo. Su dolor me despedaza.
York. Nada decis, oh madre, á vuestros hijos?
Isabel. Desventurada!
Eduardo. Hablad.
York. Ya es Rey Eduardo?
Isabel. [*Poniéndole la mano en la boca.*]
Ah! Calla, que ese título es la muerte!
Calla por Dios, Ricardo!
Eduardo. Qué decis!
York. La Inglaterra
¿reconoce otro Rey?
Isabel. [*Á Eduardo.*] Oh infamia! oh suerte!....
Hoy le proclaman y á la faz del cielo
va á coronar su frente la diadema
preparada á la tuya, hijo del alma.
Eduardo. Quién es?
Isabel. El mismo á quien en su hora extrema
para ser vuestro amparo, vuestro númen
tutelar escogió mi tierno esposo,
y estrechándole al pecho cariñoso,
sean tuyos mis hijos, le decia.
Hermano!, en ellos vive el alma mia.
Eduardo. Glocéster!
York. Reinar él!
Eduardo. ¡Y en vano implora
favor para su estirpe abandonada
la sombra de mi padre!
York. ¿Y tan funesta
nuestra suerte será que ni un amigo,
ni una esperanza.....
Isabel. Calla! Una me resta.
[*Un poco fuera de sí.*]
El prelado de York..... Vuestros derechos
él defiende; él protesta.....
Mas ¿qué podrá un anciano
contra el pérfido..... Espero, sí; confío.....
Los ministros del ara
á su voz..... Es en vano!
Buckingham me juró..... Si él nos ampara.....
Mas él..... Yo desvarío y me confundo.
Ni atino con mi propio pensamiento.....
Descansaré un momento.
York. [*Despues de una breve pausa.*]
Acabad.
Isabel. Os decia..... Qué os decia?—
[*Con viveza.*]
Van á asaltar la Torre.
York. Vos lo esperais!
Isabel. Ah, tarde! Entiendes? Tarde!
Siempre, siempre esperar!.... ¡Entero un dia
en el cuarto de Týrrel, devorada

de esperanza y de afan, sin saber nada!—
¿No ha llegado á vosotros por ventura
ningun secreto aviso?

Eduardo. No, Señora.

Isabel. Ninguno? Ni un billete? Oh qué amargura!
Qué hacen pues? Registrad cuanto os envien.
Justo cielo! si ahora
se traba la pelea, y él..... ¿Qué digo!
Quién defiende, hijos mios, vuestras vidas?
Á cada instante de cruor sedientas
sus manos parricidas.....

[*Cubriéndolos espantada con sus brazos.*]

Oís? Ah!

York. Qué teneis?

Isabel. Su voz horrible
creí escuchar, y por la vez postrera
pensé uniros al seno acongojado.—
Y bendecia á Dios, que con vosotros
me hubiera su puñal despedazado.

Eduardo. Á vos! No.

Isabel. Fuerza es yá que me separe.
Vuestro peligro y mi deber lo ordenan.
Á mis parciales correré de nuevo:
rogaré al tibio, alentaré al cobarde.
Pena es cruel, pero dejaros debo.
¿Y qué valdrá, infeliz! que yo retarde
el infausto momento de mi ausencia,
y que de aquí me arranque la violencia
del torvo carcelero?
Qué será de vosotros si le irrito?

[*Aparte al Duque de York llevándosele á un lado.*]

Escúchame, Ricardo; hablarte quiero
ántes de separarnos. Tú no quieres
que perezca tu hermano.
Por tu amor, por mi vida,
dile que ceda, dile.....

York. Á ese tirano!

Eduardo. [*Que ha aplicado el oido.*]

Yo humillarme á un traidor!

Isabel. ¡Mas si el impío
te quiere asesinar!

Eduardo. Venga. Le aguardo.

York. Venga! Yo tengo corazon y brio.
Escudo de tu pecho será el mio.
Yo moriré por ti.

Isabel. Pobre Ricardo!
Entrambos moriréis.

York. Bien, pero juntos!

Isabel. [*Dejándose caer desesperada sobre un sillon.*]

¿Y yo!....

[*Los dos Príncipes corren á ella. Eduardo se arroja á sus piés, y Ricardo en sus brazos.*]

Yo quedaré sola en la tierra,
y ni tendré el consuelo
de saber el sepulcro que os encierra;
que nadie revelármelo osaria
ni mostrarlo siquiera con el dedo.
Sola me quedaria

y sin nada que amar, ni áun una tumba,
ni áun una piedra fria
donde mis preces y mi amargo duelo
cada noche llevar; donde dijera
arrasados de lágrimas mis ojos:
«Aquí reposan: cuando plegue al cielo
se unirán á los suyos mis despojos.»

Eduardo. Dejaros y morir! Ah! yo la vida
amaba y consagrarla toda entera
á una adorada madre era mi anhelo.
Y sin rubor mi frente
sudara en el destierro noche y dia
para nutriros, madre!
con el pan que mi llanto mojaria.
Mas ¡doblar la rodilla á ese verdugo,
venderle mis derechos
á precio de una vida ignominiosa,
hacerme yo el más vil de sus vasallos,
besar su planta y arrastrar su yugo.....

[*Levantándose.*]

Viuda y madre de Reyes,
vos me lo aconsejais?

Isabel. ¡Nunca la excelsa
sangre de York sufrió deshonra tanta!
Dignos de vuestro padre generoso,
guardad esa virtud que absorta admiro....;
lloro, y la admiro!

[*Oyendo abrir la puerta.*]

Á separarnos vienen.
Es Týrrel.—Oh momento doloroso!

ESCENA X.

EDUARDO. EL DUQUE DE YORK. ISABEL.
TÝRREL.

[*En su rostro y ademanes dejará Týrrel advertir que está ebrio; pero que puede contenerse y conservar cierta dignidad.*]

Týrrel. Maldita, obstinada suerte!
Oh!.... Alguno lo pagará.

[*Á Isabel con dureza.*]

Reina, es tarde. Retiráos.
Ya aquí no podeis estar.

Isabel. Tan pronto!

Eduard. Algunos momentos!....

Týrrel. Ni uno solo. Ea! marchad.

Isabel. Qué mudanza! Qué lenguaje!

[*Á sus hijos con terror.*]

No veis qué agitado está?
Su voz, sus ojos..... Yo tiemblo.

Týrrel. Por qué al verme os asustais?
Qué temeis?

Isabel. Vuestras miradas.....

Týrrel. [*Animándose por grados.*]
Qué? Decid.

Isabel. Me hacen temblar.

Týrrel. Por quién?

Isabel. Por mis hijos, Týrrel.
Flaqueza mia será,
mas el tesoro que os dejo.....

Týrrel. Qué! de traidor me acusais?

Isabel. Á vos!

Týrrel. Yo sabré guardarlos.
¿Pensais que he perdido ya
la razon?

Isabel. No os enojeis.

Týrrel. Yo no la pierdo jamás.

York. [*Bajo á la Reina.*]
Habladle de su hijo.

Isabel. Týrrel,
sois padre!

Týrrel. ¿Á qué renovar
tan dolorosa memoria?
Vos teneis dos hijos; ah!....
yo ninguno.

Isabel. Los adoro.....

[*Impeliéndolos á los brazos de Týrrel.*]

Y los fio á tu lealtad.

Týrrel. ¿Y á qué viene ese terror
si es cierto que en mí fiais?
Me disteis vuestra palabra;
cumplirla debeis. Mirad
que si es fuerza recordaros
que hay otro que manda más

aquí, ¡por san Jorge.....

Isabel. [*Espantada.*] No!
Ya parto.

Týrrel. Sin vacilar.

Isabel. No sé cuándo, no sé dónde
volveré á verlos. Dejad
que al despedirme les deje
mi bendicion maternal.

[*Tendiendo las manos sobre las cabezas de sus hijos, que caen de rodillas ante ella.*]

Buen Dios! sobre sus cabezas
que ha postrado la humildad
mirad tendidas mis manos,
mirad mi llanto bajar.
Así los dos sin mancilla
ante vos parecerán.
Qué mal han hecho, Dios mio?
Modelos de amor filial,
estos dos seres tan puros
como infelices irán
á unir, si quieres, sus almas
en tu seno celestial.
Pero tú, que los formaste
tan bellos, Dios de bondad,
déjamelos, y en la tierra
ángeles tuyos serán.

[*Echando una ojeada á Týrrel.*]

Que los proteja un amigo
noble, piadoso, leal;
que los preceda su madre
al reino de eterna paz,
y allí la madre y los hijos
no se separen jamás.

[*Abrazándolos.*]

Adios!

[*Bajo á Eduardo.*]

Vela por tu hermano.

Eduard. No hay remedio? Oh cielo! Os vais!

Isabel. [*Bajo á York.*]
Vela por Eduardo.

[*Volviéndose á Týrrel y mostrándole sus hijos.*]

Týrrel!
Á mis hijos amparad.
¡Sed padre otra vez por ellos,
Týrrel!

Týrrel. Basta, basta ya.

Isabel. En manos de Dios os dejo.

[*Estrechando al mayor en sus brazos.*]

Eduardo!....

York. Y á mí!

Týrrel. No más!

Isabel. Ricardo mio! Hijos mios!....

[*Despues de besar á los dos repetidas veces.*]

Adios!

Týrrel. (Me han hecho llorar!)

ESCENA XI.

EDUARDO. EL DUQUE DE YORK. TÝRREL.

Eduard. [*Dejándose caer en el lecho.*]

Adios..... tal vez para siempre!

Týrrel. [*Á Eduardo, miéntras su hermano como por inspiracion se acerca á la mesa donde están los libros.*]

Tarde es. Pedid el olvido
de vuestras penas al sueño,
que á vuestra edad viene listo.—
Mas habeis dado en velar,
y así acrecentais vos mismo
vuestros males.

Eduard. Ah! sí, al peso
de mis males yo me rindo,
mas vienen del corazon.

Týrrel. Yo no puedo permitiros
que en velar os obstineis,
Milord.

Eduard. ¡Con qué regocijo
volviera yo á ver el sol!

[*Al abrir Ricardo una biblia ha dejado caer de ella una carta, y pone el pié sobre ella.*]

York. (Gran Dios!)

Týrrel. [*Volviéndose á él.*]

No lo habeis oido?
Ya es tarde para leer.

York. Qué ceño! No leo; miro
las estampas.

Týrrel. El Regente,
nada de libros! me ha dicho.
Yo haré que su órden se cumpla.

Eduard. [*Á Týrrel.*]

Si la Reina no se ha ido,
ó la veis luégo.....

Týrrel. Es posible.

Eduard. Esta cadena os confío.
Sus cabellos y los nuestros
en ella unió su cariño.

York. (Por qué le detiene ahora?)

Eduard. Dádsela. Sus tiernos hijos
esta memoria le envian.

Týrrel. Lo haré.

Eduard. [*Á Týrrel, advirtiendo las señas que le hace York.*]

Partid.

Týrrel. (Oh suplicio
horrible!)

York. Felices noches,
Týrrel.

Týrrel. Milord, lo repito;
fuera biblias y á la cama,

ó no queda un solo libro
aquí. Volveré despues
á ver si estais recogidos.

ESCENA XII.

EL DUQUE DE YORK. EDUARDO.

York. Una carta, Eduardo!
Eduard. Oh dicha!
De quién es?
York. [*Abriéndola.*] Áun no lo he visto.
[*Mirando la firma.*]
De Buckíngham.
Eduard. Qué dirá?
York. Oye.
Eduard. Lée.
York. «Amados Príncipes:

»Áun hay en vuestra ciudad de »Lóndres quien abrace de corazon »vuestra causa: el arzobispo de York, »encargado de hacer llegar á vues»tras manos esta carta, algunos an»tiguos servidores de vuestro padre, »y yo que soy el más decidido de to»dos. El pueblo está de vuestra par»te; tengo confidentes en la Torre »y espero libraros á mano armada. »No os desnudeis: así estareis pron»tos á la primera señal. Aprovechãos »del aviso que voy á daros, porque »de vuestra puntualidad en seguirlo »dependen acaso vuestra vida y el »éxito de la empresa. En el momen»to.....

Eduard. Siento ruido.
[*Ricardo oculta la carta en el pecho.*]

ESCENA XIII.

EDUARDO. EL DUQUE DE YORK. TÝRREL.

Týrrel. (Será imposible, imposible
si los veo....) ¿Qué capricho
es este? Áun estais así!
Veremos si ahora consigo.....
Eduard. Qué quereis hacer?
Týrrel. Usar
de un rigor que es ya preciso.
Eduard. Dejadnos esa luz.
Týrrel. No.
Eduard. Un momento!
Týrrel. Que nó he dicho.
No se necesita luz
para dormir.
York. [*Acariciando á Týrrel.*]
Uh..... qué arisco!
Sé bueno. Tanto te cuesta?
Haz cuenta que es tu Enriquito
quien te lo ruega.
Týrrel. [*Próximo á enternecerse.*]
Lo siento,
pero.....
Eduard. [*Impacientado.*]
Týrrel, yo lo exijo.
Týrrel. Vos lo exigis!
Eduard. Yo.
Týrrel. El Regente
sólo ejerce aquí dominio
absoluto.
[*Llevándose la luz.*]
Débil fuí;
ya no quiero serlo.
York. Inicuo!
Týrrel. (Su tono de autoridad
me ha vuelto el valor perdido.)
York. ¡Ven á decirme mañana
que te abrace, alma de risco!
Týrrel. (Mañana!.... Huyamos.) Dormid,
dormid... . (Infelices niños!)

ESCENA XIV.

EDUARDO. EL DUQUE DE YORK.

[*Oscuridad completa.*]

Eduard. Despiadado! ¡Y yo creia
que nos amaba!
York. Cruel!
Yo tambien le odio á él.
Eduard. Ay! Qué es ya nuestra alegría?
despecho!
York. Enemiga estrella!
¡Tener la carta en la mano,
y no poder..... Ay! ¡En vano
los ojos deshago en ella!
Eduard. Oh cielo! ¡Tener asida
la salvacion.....
York. Y morir!
Eduard. ¡Y pensar que va á venir
quizá mi madre querida!....
Bajo ese balcon sentada
dos nombres murmurará;
¡y nadie responderá
á la madre desolada!
Ay! ni á la luz la veré
del astro que ántes.....
York. Espera!
Dios me inspira.
[*Descorre las cortinas de la ventana, abre una vidriera, y penetran por ella los rayos de la luna en el aposento.*]
Si pudiera.....
Eduard. Qué haces?
York. Buen Dios! Probaré.....

Eduard. Ves bien?
York. No!
Eduard. Á ver si yo leo.
Dámela.
York. Deja. Veré.....
Eduard. [*Tomando la carta.*]
Con el alma la leeré;
tanto, tanto lo deseo!—
Óyeme:

».....dependen acaso vuestra vida »y el éxito de la empresa.»

York. Adelante.
Eduard. Atiende.

»En el momento del combate asomáos á los balcones de la Torre: »tended los brazos hácia el pueblo »para excitar su entusiasmo.....»

York. Bien!
Eduard. »Y para que á sus ojos nada se atrevan á intentar contra vosotros durante la lid que se ha de trabar.....»
York. Cuándo?
Eduard. Deja acabar!

»Están tomadas nuestras medidas »á fin de dar el golpe mañana, ó »pasado mañana: esto no se ha decidido todavía. De todos modos, en »la víspera, ántes de amanecer, oiréis bajo vuestros balcones el himno nacional de los ingleses, que »será la señal de vuestra próxima »libertad. Esperad, caros Príncipes, »valor, y *¡Dios salve al Rey!*

BUCKÍNGHAM.»

York. [*Echándose en los brazos de Eduardo.*]
Dios no le quiere matar!
Él le guarda, Él le defiende.
Eduard. Cuánto tarda la señal!
York. Nada se oye, mas confia.....
Eduard. No es ya esta noche!
York. [*Alegre.*] Otro dia
de prision. Poco es el mal.
Torna al lecho en dulce calma,
que un dia pasa volando,
y cobren en sueño blando
brio el cuerpo, paz el alma.
Eduard. [*Despues de tenderse en el lecho.*]
Falta me hace, caro hermano.—
Y tú?
York. Yo tambien?.... Iré.....
Eduard. Por tu vida temeré
miéntras no estreche tu mano.
York. (Nada se oye. Qué tardar!)
Eduard. Ven.....
[*Se duerme.*]
York. Nada! Mas me decido.
Aunque sea afan perdido,
hasta el dia he de velar.
[*Acercándose al lecho.*]
Duerme tranquilo. Aquí estoy.—
No responde. Se ha dormido.
Qué mucho? Infeliz! ¡Han sido
tantos sus pesares hoy!.....
Me acercaré poco á poco;
le daré un beso en la frente.
Otro ahora..... Y si me siente?
No más, no; ya no le toco.
Duerme! ¡Yo la noche yerta
así pasaré impaciente
con el oido pendiente
y con los ojos alerta.—
Cuando los tres nos unamos,
cuál va á ser nuestra alegría!
Nuevos juegos cada dia;
á escoger; los que queramos.

[*Se ve la luz de una antorcha por entre los hierros de la reja que habrá sobre la puerta del foro.*]

De Wíndsor por la pradera
triscarémos..... Oh delicia!—
Á ti mi primer caricia,
madre amada; la primera!

[*Óyese en este momento en música instrumental el himno* God save the King.]

York. [*Se ha abalanzado á la ventana para escuchar y vuelve gritando con el mayor júbilo.*]
La señal de libertad!—
Despierta! Oh dicha!
Eduard. [*Levantándose.*] Ricardo!
York. Nos hemos salvado, Eduardo!
Eduard. [*Abrazados los dos.*]
Ah! Madre mia!

[*Ábrese de golpe la puerta.*]

ESCENA ÚLTIMA.

EDUARDO. EL DUQUE DE YORK. GLOCÉSTER. TÝRREL. DÍGHTON. FÓRREST.

Glocést. [*Á Díghton y Fórrest sin cuidarse de los gestos suplicantes de Týrrel.*]
Acabad.

[*Los dos asesinos corren hácia los niños que caen sobre el lecho dando un grito horrible. Baja el telon.*]

ME VOY DE MADRID,

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Representada por primera vez en el teatro de la Cruz el dia 21 de Diciembre de 1835.

PERSONAS.

TOMASA.	D. HIPÓLITO.
MANUELA.	D. FRUCTUOSO.
AMPARO.	D. SERAPIO.
D. JOAQUIN.	LÚCAS.

La escena es en Madrid: el acto primero en casa de D. Fructuoso, el segundo en el jardin de la de D. Hipólito, y el tercero en la de D. Joaquin.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

MANUELA. D. FRUCTUOSO.

Fruct. Excusado es que lo niegues.
Esa amistad va tomando
un carácter que me inquieta.
Manuela. Qué quieres, Fructuoso? El trato
engendra cariño.
Fruct. Pero.....
Manuela. Yo no soy de cal y canto.
Tú sabías que me amaba
don Joaquin; y sin embargo
en tu casa le recibes
como amigo, como hermano;
consientes que á todas horas
nos visite; y como al cabo
no tiene pelo de tonto,
ni es mudo, ni es feo..... Vamos,
si al fin me prendara de él,
deberias extrañarlo?
Fruct. Manuela, yo le detesto.
Si le hago mil agasajos,
es porque temo á su lengua
y á su pluma: yo soy franco.
Me haria muy poca gracia
que á sátiras y á sarcasmos
me derribase del puesto
que me cuesta afanes tantos
conservar: sí, que esos zoilos,
peste del género humano,
tal vez con su envidia mueren
sin salir nunca del fango,
mas desgraciado de aquel
que sirve de triste blanco
á sus epigramas. De ellos
no esperes, ni por acaso,
ningun bien: son sabandijas
que nacen para hacer daño.
Ya un dia le faltó poco
para sacarme los trapos
á la colada.—Hoy...., ya ves....,
á nadie le falta un flaco
donde le hieran. No muestra
dos dias el calendario
político un mismo tiempo.
No tengo más mayorazgo
que mi empleo, aunque á Dios gracias
covachuelista...., esto es algo;
y no es cosa de perderlo

por echarla de espartano.
Mi sistema es estar bien
con todos. Hoy me deshago
en alabanzas y encomios
del gorro republicano,
y mañana el justo medio
con igual fervor aplaudo.

Manuela. Como ensalzabas un dia
el despotismo ilustrado.

Fruct. Y ántes al rey absoluto.

Manuela. Hombre versátil!

Fruct. Yo me hallo
bien con cualquiera que mande
miéntras cobro del erario;
y esto no es ser pastelero
como dice el vulgo vano;
sino que tengo un carácter
tan complaciente, tan blando.....
El que me haga mal á mí
tendrá el alma de guijarro.

Manuela. (Complaciente para todos,
ménos para mí. Yo pago
por todos.)

Fruct. ¿Qué estás diciendo
entre dientes? Murmurando
tal vez.....

Manuela. Digo que no es justo
desairar á ese muchacho.
¡Me ama tanto, y es su amor
tan romántico.....

Fruct. ¿Apostamos
á que ya el romanticismo
te ha trastornado los cascos?

Manuela. Sí, que yo estoy por las grandes
pasiones y por los raptos.....

Fruct. Por los raptos? ¡Cómo.....

Manuela. Sí,
de imaginacion. Yo marcho
con el siglo; yo no gusto
de rutinas, ni me adapto
á sentimientos vulgares,
metódicos, sedentarios.
Tiende á dilatarse el alma
por el anchuroso espacio
de la creacion y la.....
Sí; lo demas es un caos;
es...., no sé...., la inanicion....,
la raquítis...., el marasmo.....
Y en fin, el romanticismo,
aunque yo no sé explicarlo,
es de moda, y esto basta
para que sea el encanto
de las mujeres. Ya ves
que con franqueza yo te hablo
tambien.

Fruct. Pues yo te prohibo
romantiquizarte; estamos?
que á gobernarme la casa
no te han de enseñar lord Byron (*)
ni Victor Hugo. ¡Me vienes
á mí, que soy empleado,
con romances! ¡Á quien vive
entre expedientes, y extractos,
y plantillas é instrucciones,
á un ente reglamentario,
digámoslo así, sacarle
de sus casillas!

Manuela. No trato
de seducirte. Si quieres
seguir la pauta de Horacio.....

Fruct. Ni entiendes de Horacio tú,
ni su nombre viene al caso.
Allá se van los poetas
de entónces y los de hogaño.
No gusto de ellos, que viven
en mundos imaginarios,
y yo soy muy positivo.

Manuela. Eso es verdad. Sin embargo.....

Fruct. No hay sin embargo. El gobierno
de una casa ó de un estado,
no es un poema. Y en fin,
deja allá á los literatos
esas cuestiones, y vive
y piensa como tu hermano....;
y basta.

Manuela. Pero ¿por qué?

Fruct. Por qué? Porque yo lo mando.

Manuela. (Oh fraternal tiranía!)

Fruct. ¡No ha perdido su trabajo
el tal don Joaquin! Qué mucho?
Te habrá pintado con rasgos
elocuentes, seductores,
la energía, el entusiasmo,
el delirio de un amor
indómito, estrafalario....,
qué sé yo?; y ciega, perdida
estás ya por ese trasto.

Manuela. Me ha hablado...como hablan siempre
los que están enamorados.
Todos somos, ellos y ellas,
románticos cuando amamos.—
Si he de decir la verdad
áun no sé yo si le amo,
mas sírvate de gobierno
que de alabanzas y halagos
ninguna mujer se enoja;
que mi amante es porfiado,
y por fin, que yo soy viuda
y tengo veinte y dos años.

Fruct. Pues sírvate de gobierno
que, aunque me llames avaro,
lo que es dote, no lo esperes;
que si te llevas petardo;
ora se case contigo,
ora te niegue su mano,
que tal vez á un mismo punto
van dos caminos contrarios,
allá te lo llorarás,
porque yo no enjugo llantos
de nadie; que don Joaquin,
si en un repentino cambio
puede medrar, está expuesto

(*) Pronúnciese Báiron.

á que se le lleve el diablo
segun cómo el cambio sea,
y..... He dicho. Este es mi *ultimátum*.
Ahora vete á tus quehaceres,
que ya se te fué charlando
media mañana.
Manuela. [*Yéndose.*] (Dios quiera
librarme de este tirano.
No sé qué va á ser de mí
si al momento no me caso.)

ESCENA II.

D. FRUCTUOSO.

Amores, modas..... He aquí
de una mujer los cuidados.
Si ella tuviera los mios.....
No digo los de mi cargo,
que quien tiene subalternos,
de los negocios más arduos
sale airoso, y gana honra
y provecho sin trabajo.
Pero navegar un hombre
en medio á tantos nublados
políticos, y hallar siempre
una tabla en el naufragio,
ya es empresa! Ya se ve,
con este sistema ó diablo,
de Córtes y libertades
y reformas..... nunca estamos
seguros de ir con el viento,
porque sopla de otro lado
á lo mejor..... Oh! bien haya
aquel régimen tan llano,
tan fácil de comprender.....
Aquello de *pan y palo*,
y Altar y Trono; y aquello
de *en nombre del Rey lo mando:*
obedezca y represente;
y el sencillo formulario
de *archívese; no ha lugar;*
acuda..... á Poncio Pilato.

[*Suena una campanilla.*]

Entónces podia un hombre
servir..... y mandar..... Llamaron?

ESCENA III.

D. FRUCTUOSO. D. JOAQUIN.

Joaquin. Buenos dias, don Fructuoso.
Fruct. Muy felices, don Joaquin.
Viene usté hecho un figurin.
Joaquin. No. Es usted muy bondadoso.
Fruct. Qué hay de nuevo?
Joaquin. El mercader
Retorta ha quebrado....; pero
no se trata de dinero;
es quiebra con su mujer.—
Y la consorte, que es bella
y se queja con razon,
ha pedido intervencion.....
Yo sé quién se encarga de ella.—
Tambien á llamar me atrevo
novedad fresca ese drama
que á don Luis da tanta fama.
Él dice bien: aquí es nuevo.
Á Francia afirma Garces
que lo robó, y de tal modo
que por ser ladron en todo
se lo ha dejado en frances.
Qué importa? No me sorprende
un hurtillo literario
donde hay quien roba el erario
y por santo se nos vende.—
Nuevo es tambien, lo sé yo,
de doña Teodora el talle;
tanto, que ayer en la calle
de Carretas lo compró.—
Y en toda mi vecindad
hace un mes que á nadie mata
el doctor don Juan Morata.
Esta sí que es novedad.
Pero me ha dicho esa dama
que trata con don Beltran:
«Si á nadie mata don Juan,....
es porque nadie le llama.»
Fruct. Siempre punzante y maligno,
mas con gracia peregrina.
Joaquin. ¿Qué he de hacer! Á esto me inclina
la influencia de mi signo.
¿Y por qué no perseguir
con satírico desprecio
al bribon? ¿Por qué del necio
no me tengo de reir?
Fruct. Y dónde hay hombres perfectos?
Lo es usted acaso?
Joaquin. No,
¿pero tengo de ser yo
quien censure mis defectos?
No faltará quien se tome
ese trabajo, en verdad,
porque aquí la caridad
es fruta que no se come.
Y eso no tiene remedio.
Si me quejo, en qué me fundo?
Dice un refran: medio mundo
se burla del otro medio.
Gracias á Dios, no soy zote,
y ya que es tan buen bocado
la sátira, no hay cuidado,
que yo sacaré mi escote.
Fruct. ¡Qué, si tiene usted del labio
siempre una pulla pendiente!
Joaquin. Así lo dice la gente,
mas ¿quién no tiene un resabio?
Fruct. Y hombre de tal condicion
es más temible que el Draque.
¡Ay del pobre á quien ataque
esa lengua de escorpion!

Joaquin. Al ménos nunca es el blanco
de mi sátira un amigo:
sólo á mi rival persigo
y la máscara le arranco.
Fruct. Yo mismo, aunque usted invoca
la amistad, temo que un dia
á mi costa el pueblo ria
si con la pluma ó la boca.....
Joaquin. Qué va usted á proferir?
Yo? Ca! De usted nada digo,
porque de usted, caro amigo....,
nada se puede decir.
Fruct. Pues eso mismo me suena
á epigrama.
Joaquin. No, no tal.
Es..... la verdad. (Qué animal!
Le he de poner en escena.)
Soy jóven, vivo en el ocio.....
En algo me he de ocupar.
Fruct. Y así piensa usted medrar?
Joaquin. Por ahora no hago negocio.
Ya en vano á tres ministerios
importuné de mil modos.....
Fruct. ¿Qué han de hacer, si usted á todos
los ha hartado de improperios?
Toque usted otro registro.....
Joaquin. ¡Es tan fácil, don Fructuoso,
tan popular, tan sabroso
el hacer guerra á un ministro!
Fruct. Popular!.... Idea vana!
¿Quién fia del pueblo insano,
que hoy adora á un ciudadano
y le apedrea mañana?
Pero el alto funcionario
sirve á un amigo, le emplea.....
Joaquin. Tambien porque no lo sea
suele emplear á un contrario.
Fruct. Sí, de tratos semejantes
muchos ejemplos se han visto.
Joaquin. Por eso yo me malquisto
con todos los gobernantes.
Fruct. Mas de un modo tan cruel,
que ya no admite convenio.
No mezcla usted con ingenio
el azúcar y la hiel.
Vamos, si usted no se enmienda.....
Busque usted otro resorte.
Quien medrar quiera en la corte
á ser lisonjero aprenda.
Joaquin. ¡Yo que veo su agonía
al Ministerio adherirme!
Fruct. No señor, que está muy firme.
(Puede que no dure un dia.)
¡Ya ve usted si yo sabré.....
y si entenderé el manejo.....
Joaquin. Sí.
Fruct. Tome usted mi consejo,
que le hablo de buena fe.
Joaquin. Lo tomo, que mi porfía
puede llevarme al abismo,
y el Ministerio..... Sí, hoy mismo
voy á hacer su apología.
(Ya la tengo á prevencion
escrita, y saldrá esta tarde
impresa.)
Fruct. Haga usted alarde
de la más pura adhesion.....
Joaquin. Mas el apoyo reclamo
de usted.....
Fruct. Sí: salga el folleto,
y es de usted, yo lo prometo,
el ministro de mi ramo.
Joaquin. Bien, quiero obrar como cuerdo,
mas me voy á fastidiar,
porque debo confesar
que no vivo si no muerdo.
Fruct. Ahí está la oposicion.
Hinque usted el diente en ella.
Joaquin. ¡Yo, que he seguido su huella
con impávido teson!....
Si atacarla determino
no ha de faltarme materia.
¿Por dónde no hay en Iberia
dos leguas de mal camino?
Un refran me sacará
fácilmente de embarazo.
Dijo la sarten al cazo:
que me tiznas! quita allá!
¿Y cómo podré ni cuándo
apoyar al Gabinete
sin apuntar el ariete
contra el enemigo bando?
Esto es hecho. Tan fatal,
tan desventurado soy,
tan desesperado estoy....,
que me hago ministerial.
Dirán hombres importunos
que he cambiado de bisiesto.
Bien. Mil ejemplos hay de esto.
Yo puedo citar algunos.
Fruct. (Desacreditarle espero.)
Coja usted la breva, pues;
y mas que digan despues:
don Joaquin es pastelero.
Joaquin. Mucho sentiré que broma
se vuelva todo y.....
Fruct. Ca! No.
Joaquin. Y haga los pasteles yo
para que otro se los coma.
Fruct. Bueno es andar en la masa,
que algo á los dedos se pega.

[*Suena la campanilla.*]

Joaquin. Bien, ya veremos..... Quién llega?
Fruct. Visitas.
Joaquin. Doña Tomasa!

ESCENA IV.

TOMASA. D. FRUCTUOSO. D. JOAQUIN.
D. HIPÓLITO.

Fruct. Señora! Muy bien venida.
Don Hipólito!
Hipólito. Señores.....

¿Qué veo! ¿Usted por aquí,
buena pieza?

Joaquin. Sí, aquí.....

Tomasa. ¿Dónde
está Manolita?

Fruct. Adentro
anda en no sé qué labores.
Iré á llamarla.....

Tomasa. Por qué?
No quiero que se incomode.
Pues somos de confianza,
yo iré á buscarla. Perdonen
ustedes..... Ah! don Fructuoso,
veníamos mi consorte
y yo á suplicar á ustedes
que hoy en la mesa nos honrèn.
Con eso verá Manuela
mi nueva casa y las flores
del jardinito.

[*Don Joaquin y D. Hipólito hablan aparte.*]

Fruct. Mil gracias.
Porque ustedes no lo tomen
á desaire irá Manuela.
Yo cómo en casa del Conde,
y siento mucho.....

Tomasa. Otro dia
será.

Fruct. Sí, con mil amores.

Tomasa. Manuela no faltará,
supongo.

Fruct. Oh! no. Y con el coche
iré yo por ella.

Tomasa. Bien.
Hasta despues.

ESCENA V.

D. HIPÓLITO. D. FRUCTUOSO. D. JOAQUIN.

Hipólito. [*Riéndose.*] Hombre, hombre!
Qué me cuenta usted?

Joaquin. De véras.
La sorprendió con el jóven
don Policarpo á sus piés.

Hipólito. El buen don Dámaso Llópis.....
Ja, ja..... Pondria una cara.....
Me alegro.

Joaquin. Ni la de Herodes!

Hipólito. Ja, ja..... Lo celebro mucho,
porque no estamos acordes
en opinion. Y qué dijo?
¿No echó mano de un estoque.....

Joaquin. Imprudentes, temerarios!,
exclamó. De accion tan torpe
¿cómo os podreis disculpar?

Hipólito. Temblando como el azogue
estaria la infeliz.....

Joaquin. No; que ella rie, y responde:
no te esperaba tan presto.—
Pero se echa el picaporte
siquiera, replica el otro,
y se toman precauciones.....
Si conforme he entrado yo,
que soy complaciente y dócil,
hubiera entrado cualquiera,
á Dios honra!—No te enojes,
que yo.....—Cuidado otra vez.....
Soy de usted, señor de Robles.

Fruct. Y se fué con esa flema?

Joaquin. Sí, señor; como usted lo oye.
Pero conviene advertir
que el mozo es hijo de un prŏcer
y sobrino de un ministro,
y que don Dámaso Llópis
aspira á ser secretario
de la embajada de Lóndres.

Hipólito. [*Riéndose.*]
¡Vaya que es original
la anecdotilla! Ya corre
por Madrid, eh?

Joaquin. Todavía.....

Hipólito. Yo la he de contar á voces
en el café; y si tuviera
esa sal de usted.....

Fruct. Señores,
son las doce ménos cuarto,
y el hombre de obligaciones.....
Voy al Ministerio.

Joaquin. Así!
temprano! Los superiores
deben dar ejemplo.

Hipólito. [*En voz baja á D. Joaquin.*]
Diantre!....
Temprano, y ya son las doce?

Fruct. Abur. Ustedes se quedan
en su casa.—Hasta la noche.

ESCENA VI.

D. JOAQUIN. D. HIPÓLITO.

Hipólito. El insigne don Fructuoso
no ha conocido la pulla.

Joaquin. Es tanta su presuncion,
que le colmarán de injurias
y él entre tanto dirá
para sí: cómo me adulan!

Hipólito. Para un hombre tan discreto,
tan punzante y tan de bulla
como usted, es una alhaja
un necio así.

Joaquin. Tanto abundan
los necios, que adonde quiera
que voy no me falta nunca
alguna víctima.

Hipólito. Y..... vamos,
como usted cuando los zurra
lo hace con tanto salero
y así...., con tanta frescura.....

¡No tuviera yo el chirúmen
de usted!.... Porque á mí me gusta
la sátira..... ¡Bub!.... me muero
por ella, y el que la usa
me lleva á mí donde quiera.
Y tambien tengo mis puntas
de epigramático; sí;
mas me falta la sandunga
y así...., el talento de usted.
Ya se ve, cuando no estudia
un hombre..... Soy mayorazgo:
sírvame esto de disculpa.

Joaquin. Ahora me recuerda usted
un epigrama.....

Hipólito. Oh fortuna!
Cómo es? cómo es?

Joaquin. Vale poco.....

Hipólito. Vaya, vaya..... Usted se burla.

Joaquin. Créalo usted.

Hipólito. Vaya,.... caiga!
Mis dos orejas lo escuchan.

Joaquin. «¿Á qué gastar el dinero
en comprar caricaturas?
Yo sé de un tonto en Madrid
que da de balde la suya.»

Hipólito. [*Riéndose.*]
Eh, ge..... Cosa más chistosa!
Y quién es ese..... babucha?

Joaquin. El primero á quien le cuadre.
Es ideal la pintura.

Hipólito. Oh! pues le viene de molde
á mi vecino don Lúcas.
Se lo tengo de encajar
esta noche en la tertulia.
Pero no me acordaré.
Mi memoria es tan obtusa!....
Querrá usted dármelo escrito?

Joaquin. Sí, señor. Venga una pluma.

[*Se pone á escribir.*]

Si para usted lo he compuesto!
Como sé que tanto gusta
de estas cosas.....

Hipólito. Gracias, gracias.
¡Consentir que yo lo luzca
con su ingenio!

Joaquin. Tome usted.

Hipólito. Pues ya que está usted de chunga,
vaya ahora una saeta
de las que usted acostumbra
contra el Ministerio, que eso
es para mí el *non plus ultra*
del regocijo.

Joaquin. Despues.....
Esas cosas no se buscan.
Sólo se deben decir
cuando buenamente ocurran.

Hipólito. Pues bien, luégo; en la comida.....
Porque usted vendrá.....

Joaquin. Sin duda.

Hipólito. Yo me voy hácia el café,
que á estas horas ya se juntan
cuatro amigos de mi temple
que á decir pestes me ayudan
de todo gobierno humano.
Abur. Usted, que es la suma
galantería, dará
conversacion á mi adjunta
y á la bella Manolita.
Diga usted..... Cualquiera excusa.....
Que me he ido. La etiqueta,
los cumplimientos me abruman.
Acompañe usted despues
á Tomasa, si no es mucha
la incomodidad.

Joaquin. No tal.
Yo me honraré.....

Hipólito. Sustituya
usted á su fiel amigo.....
Quiero decir que me supla
en lo lícito y honesto.
¡Cuidado que no doy bula
para más!

Joaquin. ¿Qué dice usted!
Esas sospechas me injurian.

Hipólito. Eh! ya se cargó. Estos hombres
de todo el mundo se burlan,
y no saben aguantar
una chanza.

Joaquin. Nuestra mutua
sincera amistad me salva
de ofensivas conjeturas.

Hipólito. Lo sé, lo sé; usted á todas,
sean morenas ó rubias,
sean nobles ó plebeyas
y pasadas ó futuras,
las corteja, las persigue;
mas de esa regla exceptúa
las prendas de sus amigos;
moral muy sana y muy justa.....
Y además, yo sé que ahora
Manolita es la que triunfa.

Joaquin. Eh!....

Hipólito. Vaya por Dios!.... ¡Á ella,
que es buen bocado la viuda!

[*Risa estólida.*]

Ge, ge, ge, ge.... Hasta despues.

[*Yéndose.*]

Qué pájaro!

Joaquin. No.....

Hipólito. Qué trucha!

ESCENA VII.

D. JOAQUIN.

Descomunal dromedario!
Todo eso es materia bruta.
¡Ame usted como á sí mismo
á ese prójimo! Aunque el cura
lo diga, ¿dónde hay virtud
para tanto? ¡Y en coyunda

venturosa vive unido
á tan celeste hermosura!
Abuso que clama á Dios.
Amalgama torpe, absurda.
Tigribus agni! Es forzoso
que yo..... Ella viene.—Y la viuda?

ESCENA VIII.

D. JOAQUIN. TOMASA.

Tomasa. Y mi marido?
Joaquin. Se fué,
dejándola á usted plantada.

[*Don Joaquin presenta una silla á Tomasa y se sientan los dos.*]

Yo extraño.....
Tomasa. No importa nada:
en casa le encontraré.
Eso de estar en visita
le aburre, y á mí tambien.
Joaquin. Dejar la visita, bien,
pero á usted..... Ah, Tomasita!
Tomasa. Yo le agradezco en el alma
que haga confianza de mí.
Joaquin. Y debe hacerla, eso sí,
pero..... (Me impone esa calma.)
Tomasa. Estará usted impaciente
porque no viene Manuela.
Joaquin. No. Lo que mi pecho anhela.....
Tomasa. Le han enviado un presente.....
Joaquin. Medrado por su consorte
alguno le recompensa.
Tomasa. Llenando están la despensa;
y todo franco de porte.
Ahora confieso mi error:
yo de buena fe pensaba
que sólo se regalaba
al dómine y al doctor.
Y Manuela.....
Joaquin. Qué dulzura!
Qué inocencia de mujer!
¡Y prenda de otro ha de ser
tan celestial criatura!
Tomasa. De véras? Ya presumia.....
Mucho me alegro.
Joaquin. ¿Qué escucho!
¿Será posible.....
Tomasa. Sí, mucho.
Joaquin. Hay dicha como la mia?
Tomasa. Usted logrará, es forzoso,
el premio de su pasion.
Joaquin. Oh hermosa! Mi corazon.....
Pero si un rival odioso.....
Tomasa. Hay locura semejante?
Usted solo es el querido.
Joaquin. Pierdo el juicio... ¡Usté... El marido...
Tomasa. Marido será el amante.
Cuando se unen de ese modo
dos almas.....
Joaquin. Ah, sí; mi gloria.....
Tomasa. Es segura la victoria.
El amor triunfa de todo.
Yo hablaré.....
Joaquin. Sí?
Tomasa. Yo prometo.....
Joaquin. Oh placer! ¡Oh.... Cuándo?

[*La toma la mano.*]

Tomasa. Pronto.
Joaquin. Ah! bien. Pero ese hombre...
Tomasa. Es tonto.
Joaquin. Es un animal.
Tomasa. Completo.—
Pero suelte usted la mano.

[*La retira.*]

¿Á qué ahora.....
Joaquin. Sí, el amor.....
Perdone usted, el fervor.....
¿Me ofrece usted.....
Tomasa. Y no en vano.
Lo principal está ya
vencido, y siendo usted fiel.....
Digo que hablaré con él
y todo se compondrá.
Joaquin. Ya, si el hombre se acomoda.....
Pero me habla usted de chanza?
¿Cómo.....
Tomasa. Valor, confianza;
y pronto se hará la boda.
Joaquin. [*Sorprendido.*]
La boda?
Tomasa. Á fe de Tomasa.
Joaquin. La boda?
Tomasa. Sí, con la bella
Manolita.
Joaquin. [*Cortado.*] Sí..... Ya..... Ella.....
(Cielos! Qué es lo que me pasa?)
Tomasa. Seré su madrina.
Joaquin. Pero.....
Usted no me ha comprendido.....
Si yo..... (Quedo convencido
de que soy un majadero.)

[*Se levantan.*]

Tomasa. Cuando yo digo..... Aquí está
Manolita. Más á punto.....
Joaquin. [*En voz baja.*]
No la hable usted de ese asunto.
Tomasa. ¿Qué causa.....
Joaquin. Usted la sabrá.

ESCENA IX.

TOMASA. MANUELA. D. JOAQUIN.

Manuela. Perdone usted, don Joaquin.
Ocupada en enojosas
faenas..... ¡Qué buen sistema

era aquel de los ilotas
de que usted me hablaba ayer!
Dónde era? En París... ó en Ródas?
No me acuerdo. Yo no soy
para una vida tan sosa,
tan mecánica.

Tomasa. ¿Qué dices!
Pues ¿qué hemos de hacer nosotras
sino arreglar nuestras casas?
Si las mujeres no toman
á su cargo esos cuidados
que á ti tanto te incomodan,
en qué quieres tú ocuparlas?
En la milicia? en la toga?
en cazar por esos montes
y en remar por esas olas?

Manuela. Y por qué no? Si leyeras
en las antiguas historias,
las proezas te asombraran
de las fuertes amazonas;
de aquella Pentesilea
que allá en el sitio de Troya.....
Verdad, don Joaquin?

Joaquin. Sí, es cierto...
(Entre dos fuegos ahora!)

Tomasa. Sin duda la educacion
de esas mujeres heroicas
sería muy diferente
de la que hoy rige en Europa.
Pero tú..... ¿de cuándo acá,
Manolita..... Eras muy otra
dos meses hace. En mi ausencia
te has trasformado.....

Manuela. Oh! la aurora
de un nuevo ser ha brillado
para mí. La piedra tosca
de mi antiguo natural
tomó la sublime forma.....
Explique usted, don Joaquin,
los grandes prodigios que obra
la emancipacion mental.

Tomasa. Qué lenguaje! Estoy absorta.....

Manuela. En una palabra, soy
romántica.

Tomasa. Deja bromas.
¿Qué romántica, ni qué.....
Si tú no has nacido en Roma!

Manuela. No, mujer. Tú no comprendes.....
Pero abra usted esa boca,
don Joaquin; explique usted.....

Joaquin. Es inútil. La señora
gusta del *statu quo*,
y hacerla entrar en la norma.....

Manuela. *Norma!* Sublime mujer!

Tomasa. Mucho me gusta esa ópera.

Manuela. ¡Con qué placer fuera yo
gran sacerdotisa!

Tomasa. (Boba!)

Manuela. Si el cielo me ha condenado
á existencia tan penosa,
tan oscura, tan servil,
¿por qué en mi pecho no ahoga
la *susceptibilidad*.....
Lo he dicho bien?

Joaquin. Sí, señora.

Manuela. ¿La palpitante energía
que me consume?

Tomasa. Estás loca?
Yo creo que esas ideas
sublimadas no son propias
de un sexo débil, amante,
apacible. Con las tocas
mal se avienen varoniles
arranques. Ni es tan odiosa
la suerte de la mujer
en un país donde goza
de racional libertad,
porque los hombres blasonan
de muy galantes. ¡Parece
que estás en Constantinopla!
Y tú que no eres duquesa.....;—
yo no sé adular; perdona;—
¿por qué temes degradarte
haciendo lo que hacen otras
no de peor condicion
que tú? Para mí la joya
que despues de la virtud
más á la mujer adorna
es ser mujer de su casa.
Tengo rentas que me sobran
para dejarme servir
y sólo pensar en modas
y en placeres; pero soy
por aficion hacendosa,
y por deber..... y por cálculo;
porque de esas que abandonan
los domésticos quehaceres
dice el vulgo tales cosas....;
y no basta ser honradas
cuando el vulgo no nos honra.

Joaquin. [*En voz baja.*]
Bien! divina!

Manuela. ¿Conque quieres
reducirme á ser fregona?

Tomasa. No, amiga mia. Ni es esa
tu condicion, pero á todas
nos está bien el mirar
por la hacienda mucha ó poca.
Nunca estoy yo más ufana
que repasando la ropa,
ordenando la despensa,
cuidando de que la alcoba
se ventile, reprendiendo
á criadas remolonas,
tomando cuentas al mozo,
despidiéndole si roba.....

Manuela. Santo Dios! Eso es vivir.....
¿Qué se yo...... Vivir en prosa.
Oh clásica servidumbre!
Y hay mujer que la soporta!

Joaquin. [*Á Manuela en voz baja.*]
Bien dicho!

Tomasa. Á mí me daria
vergüenza de estarme ociosa

reclinada en un sofá
y oyendo necias lisonjas
de almibarados galanes,
ó echándola de doctora
en política y leyendo
con comentarios y glosas
el *Catalan*, el *Vapor*,
y la *Revista Española*,
y el *Manifiesto de Cádiz*
y la *Proclama de Córdoba*.
Yo siempre me ocupo en algo.
Ya plancho una camisola,
sólo por avergonzar
con ella á mi planchadora;
ya bordo....; y si es necesario,
cojo tambien una escoba,
muevo yo misma un colchon,
doy un vistazo á la olla.....

Manuela. Calla, mujer! Si no callas,
me va á dar una congoja.

Tomasa. ¡Es posible.....

Manuela. ¡Y yo que anoche
estuve en *Lucrecia Borja!*....
Quiero decir, en el drama
que de este modo se nombra.
Aquella sí que es mujer!—
No porque yo me proponga
imitarla en sus maldades.
Pero ¡qué alma tan hidrópica
de agitaciones sublimes!

Joaquin. (Y que quiera yo á esa tonta!)

Tomasa. Apuesto á que esa mujer
no hacía punto de blonda,
ni supo en toda su vida
cómo se hace una compota.

Manuela. Ay! Por Dios! Quieres matarme?
Ya se ve, como vosotras,
las clásicas, no sentís.....
ni teneis nervios.....

Tomasa. Te enojas?
Yo lo siento. Mi franqueza.....
Ah! Qué pícara memoria!
Ustedes comen en casa.
No gusto de ceremonias,
pero sí de regalar
á los amigos que me honran.
Hay un plato que te agrada,
y ese lo he de hacer yo sola
si ha de salir á mi gusto.
Me lo enseñó la priora
de la Encarnacion.—Adios.

Manuela. Ah! Guisar tambien!

Tomasa. Qué importa?
Hasta luégo. Que no tardes.

Joaquin. [*Disponiéndose á acompañarla.*]
Permítame usted, señora.....

Tomasa. Gracias: no. Quédese usted.
De aquí á la calle de Atocha
hay cuatro pasos. Abur.—
No lo permito.—Adios, mona.

[*Se besan.*]

ESCENA X.

MANUELA. D. JOAQUIN.

Manuela. Qué francota y qué bonacha!
Sólo complacer desea.
Da lástima de que sea
tan vulgar esa muchacha.

Joaquin. Es mujer tan material!....
Convencerla es vano intento.

Manuela. No; no le falta talento.

Joaquin. Sí...., talento conyugal.

Manuela. Mi lógica no hizo mella;
yo hablaba con la pared;
y usted.....

Joaquin. Yo.....

Manuela. ¡Si ha estado usted
tan prosaico como ella!

Joaquin. He callado porque advierto
que es clásica impenitente,
y predicar á esa gente
es predicar en desierto.
Además, yo estaba en ascuas
ansiando ver á mi encanto
á solas; ¡y ella entre tanto
contenta como unas pascuas!
Acabó el cólera morbo
con millares de inocentes;
¡y no se llevó á esos entes
que sólo sirven de estorbo!
No es ella de nuestra masa.
¿Y qué ha de entender de amor
mujer que tiene valor
para llamarse..... Tomasa?

Manuela. Sea usted más tolerante,
que es mi verdadera amiga.

Joaquin. Bien, pero que no persiga
á un desventurado amante.
En fin, basta de proemio.
Me amas? De tú!

Manuela. Sí...., Joaquin.

Joaquin. Y de tanto amor, en fin,
me otorgas el dulce premio?

Manuela. Sí, y en venturosa calma.....

Joaquin. Calma, y abrasado estoy!

Manuela. Qué más quieres? ¿No te doy
mi corazon y mi alma?
¿No ves cuán tierna te hablo.....

Joaquin. No me has amado jamás,
no!

Manuela. ¡Cómo.....

Joaquin. El alma me das!
Soy yo por ventura el diablo?

Manuela. Si no la quieres.....

Joaquin. Sí tal;
pero el alma á secas.....

Manuela. Hola!
Qué quiere usted? Yo estoy sola.....
¿Qué designio criminal.....

Joaquin. No hay crímen donde hay amor.

Manuela. La máxima no es exacta.

Joaquin. Amor no es pasion abstracta,
es.....
Manuela. [*Con dignidad.*]
Don Joaquin, tengo honor.
Joaquin. Ya lo sé, mas no se trata.....
Manuela. De ese lenguaje me admiro.
Joaquin. Pero.....
Manuela. Basta, ó me retiro....,
y adios para siempre.
Joaquin. Ingrata!
[*Se deja caer en una silla como desesperado.*]
(Qué temeraria virtud!
Fuerza es enmendar mi error.)
[*Se levanta.*]
Usted con tanto rigor
quiere abrirme el ataud.
¿Es pretension infamante,
es pensamiento villano
pedirle á usted..... una mano?
Manuela. ¡Ah... la mano.., ya... No obstante...
Joaquin. Cielos, áun vacila, áun duda!
¡Ni una mano que á cualquiera
se la dará en la escalera!
Y es romántica! y es viuda!
Manuela. Principiante soy aún
en la romántica escuela.
Joaquin. Perdí ya tu amor, Manuela?
Manuela. Te amaré, pero..... segun.
Joaquin. (Esta se mantiene tiesa
porque áun no la hablé de altar.
Habremos de aventurar
la matrimonial promesa.)
Áun en la rutina gimes
y llena de ideas rancias
son para ti extravagancias
las sensaciones sublimes.
Áun piensas que en el abismo
te has de hundir como Sodoma,
infeliz! si en una coma
te apartas del Catecismo.
Mas aunque todo á tu amor
ansiara deberlo el mio,
no quiero que tu desvío
me acuse de seductor;
y pues eres tan avara
áun del favor más liviano,
yo te doy palabra y mano
de ser tuyo al pié del ara.
Manuela. Acepto: aquí está la mia.
Joaquin. Bien mio!
Manuela. La mano sola.
Joaquin. (Dejemos rodar la bola.
Mañana será otro dia.)
No temas que yo pretenda
cosa indigna de una dama;
mas sin arriesgar tu fama
pudieras darme otra prenda.
(Saquemos algun partido.)
Manuela. De qué clase? Mi recato.....
Joaquin. No te alteres. Tu retrato.
Manuela. Fué prenda de mi marido.
Joaquin. ¿Conque le heredo por junto,
y no han de tocar tu imágen
estas manos sin que ultrajen
las cenizas del difunto?
Manuela. Tienes razon; eso es cierto,
mas.....
Joaquin. ¿Adónde me conduces,
ingrata? ¡Tú me reduces
á tener celos de un muerto!
No más!....
Manuela. Espera!
Joaquin. Cruel!
Adios. En vano ya lidio
contra mi suerte. El suicidio.....
Manuela. Oh Dios! Tente. Voy por él.

ESCENA XI.

D. JOAQUIN.

Bravo lance! El marco es de oro,
y me hallo en tales apuros.....
Bien me darán quince duros
por el dulce bien que adoro.
Pues con su cara y su trato
me cautivó esa mujer,
lo ménos que puedo hacer
es cautivar su retrato.

ESCENA XII.

MANUELA. D. JOAQUIN.

Manuela. He aquí mi efigie:
mi amor te la da.
Pendiente del pecho
mi pobre Julian
siempre la llevaba
constante y leal.
Joaquin. Del mio un instante
no se apartará.
¿Sabes que con ella
la vida me das?
Manuela. Qué alma tan romántica!
Qué fino galan!
Ay! hasta la tumba
te tengo de amar,
aunque se incomode
mi hermano carnal.
Joaquin. [*Lleva á su pecho la mano de Manuela.*]
Acerca esa mano.
¿Sientes palpitar.....
aquí..... más arriba.....
¿Sientes.....
Manuela. Es verdad!
Joaquin. Tambien en mi alma

retratada está
esa tu donosa
cara celestial.

Manuela. Y quien esto escucha,
oh Dios de Abraham!
¿cómo podrá luégo
coser y planchar?

Joaquin. Ahora en esta sala
tres Manuelas hay.

Manuela. Tres? Yo no comprendo.....

Joaquin. No lo he dicho ya?
Una en miniatura,
otra en realidad,

[*Con la mano en el pecho.*]

y otra que aquí tiene
su trono y su altar.

Manuela. Dime, y tu retrato,
no me le darás?

Joaquin. Sí, bien de mi vida.
Eso es natural.
Justamente han dado
en litografiar
á todo viviente
en la capital;
y mi linda cara
¿no se ha de pintar
cuando yo soy una
notabilidad?

Manuela. Cuélgatelo al pecho.

Joaquin. No, déjalo. Ca!
¡Si á un platero amigo
lo voy á llevar!

Manuela. ¡Cómo.....

Joaquin. ¡Aquí una cifra
qué bien estará!
Unida á tu M
mi J. Qué tal?

Manuela. Joaquin y Manuela:
me gusta ese plan;
pero letras góticas:
entiendes?

Joaquin. Pues ya!

Manuela. Me serás perjuro?

Joaquin. Jamás. Oh! jamás!
Adios, cara esposa.

Manuela. Ah!

Joaquin. Suspiras! Ah!
Ya que no soy digno
del original,
tu retrato, hermosa,
me consolará.

Manuela. Y á mí ¿qué consuelo
me queda en mi afan?
Virtud enemiga,
ventura ideal.

Joaquin. Adios. (Quince duros!)

Manuela. Adios. Ya te vas?
Ay! Hasta la tarde.
Adios. Ay!

Joaquin. [*Besando el retrato.*]
Ay! ay!

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

D. JOAQUIN. D. HIPÓLITO.

Hipólito. Sentémonos, don Joaquin,
junto á esa fuente serena,
que la tarde está muy buena
y es hermoso mi jardin.

Joaquin. Pero, señor don Hipólito,
las señoras ¿qué dirán?

Hipólito. No hay cuidado: ellas vendrán.
Siéntese usted, buen acólito!

Joaquin. Me siento. (Qué bruto eres!)

[*Se sientan en un banco de piedra.*]

Hipólito. Á mí nunca me ha gustado,
y ménos desde casado,
conversacion de mujeres.
Cierta ó fingida virtud
sus labios siempre condena,
para muchas no sin pena,
á perpetua esclavitud.
Así se ven reducidas
á hablar de cosas triviales,
sin las puntas y las sales
que al hombre son permitidas.

Joaquin. En efecto. Dice Lola
«qué mal tiempo! Hoy no saldré.....»,
pero se calla el por qué
desea quedarse sola.
De su cólico fatal
habla Dolores, y no
de la fruta que comió
y le ha sentado tan mal;
y habla del traje Leonor
que ayer estrenó su tia.....,
mas no dice lo que haria
por tener otro mejor.

Hipólito. Las mozas al fin son flores,
y todo en ellas encanta;
¿mas quién la parleta aguanta
de las señoras mayores?—
«Hoy hay nubes en Acuario;
bien lo anuncia mi cabeza.
El calendario lo reza.....»
Su fuerte es el calendario.—

«Tal dia como hoy nació
con mil apuros mi Elena,
y yo ofrecí una novena
á la Vírgen de la O.
Al otro año tuve un hijo
robusto como un planeta,
pero mamó mala teta
y se me murió canijo.
El ama era mocetona,
pero tuvo.....—Tabardillo?—
No, señora; un trabajillo.....
Lo de todas. Picarona!
Nos dejó lelos, absortos.
Quién lo creyera? ¡La muy.....
Otros once hijos parí,
y no cuento los abortos.
Y mi edad no es tan madura.....
Áun vendrá el décimocuarto;
aunque del último parto
se me quebró la cintura.
Mas hoy traerá el ordinario
una bizma de Jaen,
que allí las hace muy bien
un famoso boticario.
Con facultades escasas
¡tanta prole! Qué afliccion!
¡Y las nodrizas, que son
la polilla de las casas.....»
Entra luégo el relatar
las gracias de los muchachos,
sus lombrices, sus empachos,
su romper y su chillar.
Y luégo las lavanderas,
las criadas..... San Benito!
¡Y el artículo infinito
de medicinas caseras!
Otra habla de los ataques
de flato, fumando espliego
y anis, y refiere luégo
cada bruja sus achaques.
Cuando las oigo, qué horror!
yo me pongo climatérico.
Y todas tienen histérico!
No es fuerte cosa, señor?

Joaquin. Hola! Sátira completa.
Muy bien.

Hipólito. Sí?

Joaquin. Como lo digo.
Ya al lado de usted, amigo,
yo soy un niño de teta.

Hipólito. Aunque yo no soy muy diestro,
algo hace la aplicacion.
Aprovecho la leccion
de tan insigne maestro.

Joaquin. Oh! ya lo es usted.

Hipólito. De véras?
Así tendrá sucesor
un perjuro, un desertor
que abandona sus banderas.

Joaquin. Con quién habla usted?

Hipólito. Con quién?

[*Se levantan.*]

Con usted, que ya comienza
á apostatar. Qué vergüenza!
Eso hace un hombre de bien?
¡El apóstol del dicterio,
el Zoilo de nuestros dias
escribir apologías.....
Y de quién? Del Ministerio!

Joaquin. Segun los ministros son.....

Hipólito. Para mí todos son unos.

Joaquin. Perdone usted; hay algunos.....

Hipólito. Nada, no admito excepcion.
Áun el bueno, este es mi adagio,
la virtud allí abandona,
que la maldita poltrona
tiene un no sé qué...., un contagio....
Como soy que no discierno,
se lo digo á usted formal,
cómo un hombre es liberal
hablando bien del gobierno.
Pídanme cien suministros,
pero déjenme, á lo ménos,
sean malos, sean buenos,
renegar de los ministros.
Y á mí ninguno me ablanda,
no; sobre esto no se me hable.
Soy enemigo implacable,
atroz, de todo el que manda.

Joaquin. ¡Mas conmigo regañar.....
¡Es posible..... Y por qué es eso?
Sin duda por el impreso
que acabo de publicar.

Hipólito. Pero ¿hay mayor vituperio
que escribir ese papel?
¿No se ha hartado usted en él
de incensar al Ministerio?

Joaquin. Hombre, si es todo ironía!
Lea usted con atencion.....

Hipólito. Cómo!....

Joaquin. Y por pura irrision
lo titulo apología.

Hipólito. Qué! no, señor; esa es una.....
salida de pié de banco.
Usted los pone, sea franco,
en los cuernos de la luna.

Joaquin. Hombre, por la Vírgen santa.....

Hipólito. Á bien que aquí tengo el pliego,
que se le he comprado á un ciego.

[*Saca un impreso.*]

Mírele usted. Carta canta.

Joaquin. Le ha comprado usted! Me alegro.
Le leeré con comentarios,
y á ver si los funcionarios.....
(Le haré ver lo blanco negro.)

Hipólito. Como es usted tan gazapo
no extrañaré que consiga.....

Joaquin. Oh! cuando usted no me diga
que los pongo como un trapo.....

Hipólito. Bien, el desafío acepto.
Vamos leyendo y paseando.

[*Pasean hasta desaparecer.*]

Usted me está chuleando

cual si yo fuera un inepto;
y á fe que en ese capítulo
puedo yo.....

Joaquin. [*Lee andando.*]
«Rasgo poético,
político, apologético.....»

[*Aparecen por otro lado Manuela y Tomasa.*]

Hipólito. Dejemos á un lado el título.

ESCENA II.

MANUELA. TOMASA.

Tomasa. Ya que no quieres salir
á paseo.....
Manuela. Es de mal tono,
es muy clásico el paseo
en un domingo, y me asombro
de que tú.....
Tomasa. Pues bien, si gustas,
sentémonos.
Manuela. Me conformo.

[*Se sientan.*]

¿Has reparado, Tomasa,
qué sombrero tan airoso
llevaba.....
Tomasa. Quién?
Manuela. No la has visto?
La baronesa del Golfo.
Tomasa. No he reparado.
Manuela. Es posible!
Tomasa. Soy poco afecta á los gorros.
Manuela. Pues no eres mujer de gusto;
te lo digo sin rebozo.
Tomasa. No te obligo á que me imites.
Manuela. El sombrero da decoro,
señorío, autoridad.....
Tomasa. Yo, que jamás me le pongo,
no me tengo en ménos que otras.
Nunca en pueriles adornos
cifré mi orgullo.
Manuela. ¿Qué quieres!
Á mí me causa sonrojo
la mantilla. Es en extremo
descarada.
Tomasa. Vaya, somos
opuestas en todo. Y yo
suelo decirle á mi esposo
cuando me habla de sombreros:
«Si yo de honrada blasono
y no debo nada á nadie,
por qué he de esconder el rostro?»
Manuela. Tú pecas contra la moda.
Tomasa. Yo no desciendo de loros
ni de monas.
Manuela. La mantilla
es anacronismo impropio
de la cultura del siglo.
Tomasa. Sienta bien sobre los hombros
de una española castiza.
Da más garbo á los contornos
de un cuerpo meridional
que aborrece los estorbos,
más brio á su frente altiva,
más llama á sus negros ojos.
Manuela. Contra el sol un sombrerillo
sirve en verano de toldo,
y de abrigo en el invierno
contra el aquilon furioso;
y si por cauto ó modesto
no muestra el hechizo todo
del semblante, por lo mismo
se nos mira con más gozo,
con más amoroso afan;
que si bien agrada al pronto
la abierta rosa lozana,
hechiza más el pimpollo
que se esconde entre las hojas
á los ultrajes del Noto.
Tomasa. Yo sombrero? No en mis dias!
Qué mueble tan enfadoso!
Cuando chico, un solideo,
y cuando grande, un biombo.
Manuela. Cuando veo una mantilla
recuerdo el: «¡adios, Manolo!»
y aquello de: «¡sal del mundo,....
te he de comprar un zorongo!»
Tomasa. Cada cual con sus gustos.
Manuela. Y Dios con todos.
Tomasa. Que viva la mantilla!
Manuela. Que viva el gorro!

ESCENA III.

MANUELA. TOMASA. AMPARO.

[*Aparece Amparo mal pergeñada y con un pañuelo en la mano que contendrá algunas ropas de mujer y otras alhajas.*]

Amparo. (Allí están.) Señoras mias,
puedo pasar adelante?
Tomasa. Bien venida, doña Amparo.
Llegue usted.
Amparo. Muy buenas tardes.

[*Se acerca.*]

Manuela. [*Aparte con Tomasa.*]
Qué doña fulana es esa?
Tomasa. Una prendera ambulante.—
Ya te contará su historia,
y la historia de su padre.
Oh!....

[*Á Amparo.*]

Tome usted esa silla
y siéntese.
Amparo. Que me place.

[*Acercando una silla rústica y sentándose.*]

Usted lo ha pasado bien?
Tomasa. Muy bien. Gracias. ¿Y qué trae
de bueno en ese pañuelo
doña Amparo?
Amparo. Algunos pares
de medias, cosa de gusto;
dos papalinas de encaje
que áun no se han hecho del agua...
Mil cosas: todo de balde,
porque como están los tiempos
¡tan fatales, tan fatales.....
Tomasa. (Dios te tenga de su mano.)
Amparo. Y luégo, ya usted lo sabe,
yo, que soy una señora,
no engaño jamás á nadie.
Jesus! yo no. Me contento
con ganar algunos reales.....
Manuela. Las mujeres de Castilla
no hablan con tanto donaire.
Es usté andaluza?
Amparo. Sí,
nacida y criada en Cádiz.
Manuela. Ya imaginé.....
Amparo. Mi familia
es de las más principales.
Si usté ha estado por allá.....
Manuela. No he pasado de Jetafe.
Amparo. Ahí está doña Tomasa.
Ella dirá si mi sangre.....
Tomasa. Con efecto. Usted me ha dicho
que es azul.
Amparo. Mi señor padre.....
Manuela. Fué intendente: no es verdad?,
ó brigadier.
Amparo. Es el diantre
esta señora. En efecto,
brigadier, pues.....
Tomasa. Acertaste.

Manuela. [*En voz baja á Tomasa.*]

No es maravilla, que todas
esas dueñas vergonzantes
ó son viudas de intendentes,
ó hijas de generales.
Amparo. El que sirvió la intendencia
fué mi difunto don Jaime.....
Manuela. Pues.

[*Á Tomasa aparte.*]

Qué te decia yo?
Amparo. Pero ¡qué de adversidades
sobre una triste familia!
Mi padre murió en Levante
del bubon, el año cinco.
Yo no le alcancé, que el mártes
de la semana siguiente
me dió á luz mamá.
Manuela. Qué trance!
Amparo. Jesus!....
Manuela. Conque es usted póstuma?
Amparo. Pues, sí, póstuma...... por parte
de papá.
Manuela. Pues; ya se entiende.
Amparo. Despues se llevó á mi madre
la fiebre amarilla.
Manuela. Cielos!
Amparo. Y por colmo de desastres
mi malogrado consorte
se murió dos años hace
del cólera.
Manuela. Qué dolor!
¿Y el malogrado don Jaime
dejó tambien algun póstumo?
Amparo. Un niño, sí, como un ángel.—
Póstumo no, que ya andaba;
pero al mes siguiente cae
con sarampion..... Ay Dios mio!
El corazon se me parte.
Manuela. Murió tambien?
Amparo. Sí, señora.
Manuela. Desventurado linaje!
Cuatro epidemias sobre él!
Amparo. Ah! yo soy la quinta.....
Manuela. Calle!
La quinta epidemia?
Amparo. No.
La quinta víctima. Frágil
mujer, viuda, abandonada......
Favor me haria en llevarme
Dios para sí.
Manuela. Nada de eso!
Tomasa. (Que esta mujer no se canse
de hablar!)
Manuela. La suerte algun dia.....

Amparo. [*Hablando y manoteando con fervor.*]

Suerte? ¡Si nada me sale
bien! Jesus! Nada! Mi esposo
pertenecia á la clase
de ilimitados, y ¡ni esto

[*Con el dedo en los dientes.*]

me dejó! Los funerales....;
porque soy una señora,
y debia yo portarme
como tal; pues, y el billete
de la diligencia, el viaje,
y la muerte del chiquillo,
acabaron de arruinarme.
Vengo á la corte; pretendo
la viudedad, y me salen
al encuentro..... ¿qué sé yo?
con dos mil dificultades.
Al cabo de veinte meses
áun me llevan y me traen
sin cobrar una mesada.
Era preciso ingeniarme,
porque soy una señora
y..... En fin, ustedes ya se hacen
el cargo..... Tomé un cuartito
ahí en la calle del Cármen,
y puse mesa de juego.....
Entre gentes regulares,
por supuesto. Vea usted;
era la partida grande!—
Yo siempre como señora.—

Cuatro horitas por la tarde,
y me dejaban seis duros;
pero un comisario alarbe
¡zas! se me entra de rondon,
pilla á todos *in fraganti*,
y cuanto gané en tres meses
me lo multó en un instante.

Manuela. Qué horror!

Amparo. ¡Y, señora y todo,
quiso llevarme á la cárcel!
Despues de esto.....

Tomasa. Sí, despues
se mudó usted á otra parte
y puso casa de huéspedes.....

Amparo. Sí tal, mas..... sin degradarme;
que yo soy una señora,
y no quiero que me tachen.....
Jesus, María! ¡Primero
comerme los codos de hambre!
Pero llevaba una vida
de perros, y mis afanes
no alcanzaban á cubrir
mis cortas necesidades.
Hay en Madrid tantas gentes
que viven del hospedaje,
que no es fácil sacar jugo
de un arbitrio semejante.
Se lleva una mil petardos;
y luégo el vino, la carne,
las verduras, todo está
por las nubes. Mi carácter
no es tampoco para eso;
que yo soy señora.....

Tomasa. (Dale
con la señoría!)

Amparo. En fin,
ya no dependo de nadie.
Me he dedicado al comercio.....
Pero sin tienda! Mi sangre
repugna.....

Manuela. Ya; es el de usted
comercio de corretaje;
movible; no sedentario.....

Amparo. Pues, y aunque dan en llamarme
prendera, yo soy señora.....

Manuela. Eso no puede dudarse.
Señora..... y de muchas prendas.

Amparo. ¿Yo habia de sujetarme
á un mostrador y á servir
á cualquiera que llegase.....

Manuela. No, mejor es traficar
por las casas, por las calles.....
Hay en esto más nobleza,
y un desinteres laudable.

Amparo. Yo visito á mis amigas;
y de paso, que una cambie
sus alhajas por dinero,
ó que por gusto se encargue
de empeñar alguna prenda....,
ya usted ve; cuando esto se hace
entre señoras.....

Manuela. Ya..... Sí.....

Amparo. Conque ¿quiere usted que saque.....

Tomasa. Yo, por mí, no compro nada.
Si usted se vuelve otra tarde.....

Amparo. Bien, cuando usted guste.

Manuela. Á ver?
Si algo tiene que me agrade
mi señora doña Amparo,
estoy dispuesta á feriarme.

Amparo. Mire usted ¡qué ricas medias!
Parece punto de Flándes.
Doña Paula y sus dos hijas,
bonitas como dos ángeles,
se desojan para hacerlas.
En tres dias cuatro pares;
que es un asombro. El bribon
de don Lorenzo, mal padre,
peor marido, con un sueldo
de veinticuatro mil reales,
las hace vivir remando
y me las mata á pesares.
Como todo se lo chupa
la figuranta de baile.....
Usted la ha de conocer.
La Timotea: buen talle,
morena, muy descarada.....

Tomasa. Eso no quita ni añade
valor á las medias.

Amparo. No,
pero es natural que se hable.....
Este chal es de Gertrúdis,
la mujer de don Melquiádes
el agente de negocios.
La corteja un comerciante.....

Tomasa. (Qué mujer!)

Amparo. Que sus finezas
paga en lienzos, tafetanes,
merinos...., y como el otro
es una especie de cafre
que la cela y...., ya usted ve.....

Tomasa. Necesito retirarme.
Tengo que hacer allá dentro.....
Ya vendré luégo á buscarte,
amiga mia. (Está hoy
esa mujer intratable.)

ESCENA IV.

MANUELA. AMPARO.

Amparo. Vamos á ver si lo ajusto.
Seis duros. Es muy bonito.
Ya lo ve usted; nuevecito.

Manuela. No lo quiero. Es de mal gusto.

Amparo. Las papalinas..... Qué tal?

Manuela. No, que es traje de beatas.

Amparo. Las medias..... Las doy baratas.

Manuela. (Pero ¡si no tengo un real!
Revolveré sin embargo.)
Tengo medias como esas.

Amparo. Y este collar de turquesas?

Manuela. Cuánto?

Amparo. No echaré por largo.

Trescientos reales. Son finas.
Manuela. Es caro.
Amparo. Bonita hechura.....
Manuela. No hacen bien á mi figura
turquesas ni papalinas.
Amparo. Otro collar, que es barato
siendo tan rico y bien hecho.....
Aquí lo llevo en el pecho.

[*Saca del pecho una joya envuelta en un papel, y la desenvuelve.*]

Mire usted..... No; es el retrato.
Manuela. Retrato? Verle deseo.
De quién es la miniatura?
Amparo. Dicen que es de una hermosura.
Yo no he fijado.....
Manuela. ¿Qué veo!
Amparo. Qué es eso? ¿Qué novedad.....
Manuela. Oh traicion! oh desacato!
Amparo. No comprendo.....
Manuela. ¡Este retrato
es el mio!

Amparo. [*Mirándole.*]

Y es verdad!
Mas ¿por qué tanto despecho?
Manuela. Por qué? Si á Dios no mirara.....
Amparo. Pero.....
Manuela. ¡Vendida mi cara
como cosa de desecho!
Amparo. Y que un retrato se venda
¿es maravilla?
Manuela. Gitana
maldita, bruja chalana,
quién le dió á usted esta prenda?
Amparo. ¿Qué escucho! Usted me desdora?
¿Usted con ese descoco.....
Manuela. Pérfido!
Amparo. Poquito á poco,
que yo soy una señora.
Manuela. Bien, señora, archiduquesa,
si usted quiere, emperatriz.....,
hable usted; pero infeliz
si la verdad no confiesa.
De dónde viene esa joya?
quién te la ha dado? quién eres?
Amparo. Las hijas de brigadieres
no hacen ninguna tramoya.
Hoy un mozo me la trajo
de parte de su señor.
Manuela. Cómo se llama el traidor?
Amparo. Señora! Hable usted más bajo.
El amo no sé quién es,
que su nombre es un sagrado;
pero conozco al criado.
Sirvió al señor don Andres.....
Manuela. ¡Basta.....
Amparo. Y luégo á doña Aldonza.....
Manuela. Me ha vendido! ¡Ay, aprended,
mujeres.....
Amparo. No; que está usted
empeñada en una onza.
Manuela. Bien está. Yo me rescato.
Fia usted de mí?
Amparo. Yo espero.....
Manuela. Mañana daré el dinero.
Me quedo con el retrato.
Amparo. Sí por cierto. Basta y sobra
el verla á usted en la casa
de mi amiguita Tomasa.—
Ya no extraño esa zozobra.
Algun ingrato..... Es seguro.
Manuela. Qué villana recompensa!
Amparo. ¿Quién no llora alguna ofensa
de amante infiel y perjuro?
Yo tambien á un huésped mio
quise, y me engañó el cruel;
y eso que reñí por él
con don Roque Castelfrio.....
¿Le conoce usted.....
Manuela. No sé.
Amparo. Buen sujeto! No es muchacho,
mas sobre ser un ricacho
¡me amaba con tanta fe.....
Pero el seductor impío
despues de comerme un lado,
ay cielos! me ha abandonado.
Signo funesto es el mio!
Manuela. Qué extremos hizo el ingrato!
Y me entrega á una prendera!
Amparo. Feliz yo si sólo hubiera
de llorar por mi retrato!
Manuela. Ay! se pierde nuestro afan
en el viento, en esas flores;
¡y entre tanto los traidores
de nosotras se reirán!
Amparo. El de usted, segun yo creo,
sólo la ofende en estatua;
mas yo que he sido tan fatua
que...,. Le he de ahogar si le veo.
Se me esconde el delincuente
hoy aquí, mañana allí.....
Mas se ha de acordar de mí
si no cubre el expediente.

[*Va oscureciendo.*]

Manuela. Oh! Suene el fúnebre cántico
para mí!
Amparo. Para las dos!
Falso!
Manuela. Infame! ¿Quién, oh Dios!
creyera tal de un romántico?
Ay Joaquin!
Amparo. Joaquin se llama?
Manuela. Sí, don Joaquin es su nombre.
Amparo. Santo Dios! ¿Si será ese hombre.....
Su apellido?
Manuela. Valdegrama.
Amparo. Él es, él es!.... Seductora,
usted me roba su amor.
No sé cómo mi furor.....
Pero soy una señora.
Manuela. Ah! Me faltaba este oprobio!
Amparo. La lechuguina! la bella!
¿Quién es ella, quién es ella
para quitarme mi novio?

Manuela. Yo..... Dios del cielo, qué furia!
No sabía.....
Amparo. Accion villana!
Usted me dará mañana
satisfaccion de esta injuria.
Manuela. (Ay! yo tiemblo. Si me pilla
sola..... Qué bárbaro exceso!)
¿Dónde..... Cómo.....
Amparo. En el Repeso
ante un teniente de villa.
Manuela. Yo he de sufrir esa mengua?
Yo á tribunales citada?
Y ¡por quién!
Amparo. ¡Calle, taimada....,
ó la arrancaré la lengua!
Manuela. Pero, señora! por Dios.....
Qué hice yo, pobre de mí?
Quién es delincuente aquí?
Víctimas somos las dos!
Amparo. Sí...., víctimas de un infiel.....
Culpar á usted es en vano;
él solo..... Venga esa mano.

[*Se la da Manuela temblando.*]

Guerra las dos contra él.
Dónde vive ese bribon?
Usted bien sabrá en qué casa.

[*Tomasa aparece á lo léjos.*]

Manuela. Vive..... Allí viene Tomasa.
Si advierte mi agitacion.....
Vámonos por aquel lado.....
Amparo. Sí; tal vez no nos ha visto.....
¡Habrá la de Dios es Cristo
cuando te agarre, malvado!

ESCENA V.

TOMASA.

Se marcha con la prendera.....
Ya volverá por aquí.
La tal doña Amparo! Vamos,
yo no la puedo sufrir
cuando está tan habladora.
Manuela, que es tan pueril,
mucho se habrá divertido
con su cháchara, que á mí
me hace poquísima gracia.
Y qué modo de mentir
la viuda del intendente!—
Quién pasea por allí?
Ya apénas se ve. ¿Será
mi esposo? No. Es don Joaquin.

ESCENA VI.

TOMASA. D. JOAQUIN.

Joaquin. (Pensé no echarme de encima
hasta mañana al cerril
de don Hipólito.—Creo
que ha de andar por el jardin
Tomasa. ¡Qué negros ojos
y qué cuerpo tan gentil!
Y una pasta..... angelical.
Cuando ella sufre al mastin
de su esposo..... Allí la veo;
y está sola! Soy feliz.
Allá voy. Yo me declaro.)

[*Se acerca.*]

¿Cómo tan solita aquí,
adorable Tomasita?
¿Es usted el querubin
que guarda este paraíso?
Tomasa. Qué lisonja!
Joaquin. No. El matiz
del clavel y de la rosa,
del nardo y del alelí
se marchitan cuando usted
se aparece en el pensil.
Tomasa. ¿Soy yo acaso el crudo cierzo
que se goza en destruir
las flores?
Joaquin. No, que es usted
la flor más bella de Abril,
y avergonzadas las otras.....
Tomasa. Eh! no sea usted así.
Si le oyera á usted Manuela,
qué diria? Porque al fin,
aunque esas galanterías
son inocentes en sí,
como usted pena por ella.....
Joaquin. No, señora. Ese es un *quid
pro quo*. Cuando esta mañana.....
Tomasa. Si acabará de venir?
La gaditana sin duda
le estárá contando mil
patrañas.....
Joaquin. Acaso esté
paseándose por ahí.....
Tomasa. Vamos los dos á buscarla.
Joaquin. Si se quiere usted servir
del brazo.....
Tomasa. Con mucho gusto.
Joaquin. Está hermoso el tiempo.
Tomasa. Sí.

[*Al retirarse los dos paseando aparece por el lado opuesto D. Hipólito. Acaba de anochecer.*]

ESCENA VII.

D. HIPÓLITO.

Don Joaquin es el demonio,
pero yo soy muy sutil
y no me la pega nadie.
Él anda, qué galopin!
tras de la bella viudita,

y harto será que un desliz.....
Él piensa que voy andando
hácia la red de San Luis;
mas del jardin no he salido
y voy á ser su alguacil.
No quiero hacerle mal tercio;
nada! dejemos vivir
á todo el mundo, que yo
tambien algun dia fuí
muchacho. Pero me ha entrado
curiosidad mujeril
de oir en tierno coloquio
á ese famoso adalid
y á la fermosa señora
que le cautiva; es decir,
á una viudita romántica
al estilo de París,
y al pillo más redomado
que pasea por Madrid.
Por dónde andarán? Mas ¡tate!
Entre un sauce y un jazmin
veo dos bultos. Son ellos....,
y se vienen hácia aquí.
Ellos son. Vienen hablando.....
Pues! la voz de don Joaquin.
Me esconderé entre estos árboles.....
Cómo me voy á reir!

ESCENA VIII.

TOMASA. D. JOAQUIN. D. HIPÓLITO.

Tomasa. Sentémonos un poquito.

[*Se sientan Tomasa y D. Joaquin.*]

Vaya, que es gracioso el cuento!
Joaquin. ¿Se rie usted de mi amor,
señora?
Tomasa. Hago lo que debo.
Joaquin. Al ver esa indiferencia
me aflijo, me desespero.
Hipólito. (No los oigo bien, y saco
media vara de pescuezo.
Daré un paso más.)
Tomasa. Ya basta
de broma. Si no lo creo!
Hipólito. (Dengosa!)
Tomasa. ¿Cómo es posible
que ame usted á dos á un tiempo?
Joaquin. Ah! yo juro que usted sola.....
Hipólito. (La viudita tiene celos?
Mujer al agua!)
Joaquin. Es verdad
que amé á otra; no lo niego;
mas desde el dia, no sé
si venturoso ó funesto
para mí, desde aquel dia
en que vi el hermoso cielo
de esa cara, usted fué sola
el iman, el embeleso
de mi alma. Desde entónces
sentí en ella todo el fuego
del amor, y conocí
que aquel mi primer afecto,
ó fué engañosa ilusion
ó capricho pasajero.
Hipólito. (Qué labia, qué labia tiene!
Á mí se me está cayendo
la baba de oirle. Es mucho!)
Tomasa. Se pone usted ya tan serio,
que me obligará á imitarle;
y como hay Dios que lo siento.
Hipólito. (Esa voz..... No sé..... Sin duda.....
El aire..... Qué sé yo?.... El eco.....)
Joaquin. Qué! ¿pudiera yo burlarme
de un dechado tan perfecto
de hermosura.....
Hipólito. (Bien!)
Joaquin. De gracia...
Tomasa. Ménos malo fuera eso
que poner lascivos ojos
en mujer que tiene dueño.
Joaquin. Señora.....
Hipólito. (Dueño? No caigo.....
Ah! sin duda habla del muerto.)
Joaquin. Sí, usted depende de otro hombre,
y este es mi mayor tormento!
Hipólito. (Lo dice por don Fructuoso.
Tiene razon, que es un perro.)
Tomasa. ¡Atentar contra la honra
de un amigo!
Hipólito. (Honra? Qué es esto?)
Joaquin. Óigame usted.....
Tomasa. Esa accion
no es digna de un caballero.
Hipólito. (No; esa voz no es de la viuda.
Más parece, vive el cielo!
la de mi mujer.)
Joaquin. Señora,
yo mereceria, es cierto,
tan agria reconvencion
si fuese amigo en efecto
de su marido de usted.
Hipólito. (Hay marido de por medio!
Yo soy. Ciertos son los toros!)
Joaquin. Si le hablo, si le tolero,
es por tener ocasion
de ver á usted. Nuestros genios
son opuestos, antipáticos.
Tanto como á usted la quiero.....
Hipólito. (Ay! esto va malo.)
Joaquin. Al tal
don Hipólito aborrezco.
Hipólito. (Quedo enterado. Por vida!....)
Joaquin. Y á no mirar al respeto
que usted me merece.....
Hipólito. (Infame!)
Joaquin. Le diria que es un lerdo.....
Hipólito. (Villano! traidor!)
Joaquin. Un burro.....
Tomasa. Don Joaquin!
Hipólito. (Y no le estrello?
Pero ella.... ¿Quién sabe.... Oigamos.)

Joaquin. Perdone usted si me excedo.
Al cabo es usted su esposa
y debo algun miramiento
á la desgracia de usted.
Hipólito. (Ah!)
Joaquin. Pero el amor, los celos.....
¿Cómo he de ver con paciencia
en brazos de ese mastuerzo.....
Hipólito. (Em!)
Joaquin. Un tesoro de gracias?
Tomasa. Basta. No sufro.....
Joaquin. Un momento!—
¿Entregada á un rudo sátiro.....
Hipólito. (Oh!)
Joaquin. La beldad por quien muero?
Hipólito. (Him!....)
Joaquin. No se impaciente usted.
Aquí, á solas, en secreto
hablo así; pero en el mundo
no publico sus defectos.
Hipólito. (Gracias. Bribon!)
Joaquin. Y á lo más,
lo que hago es mofarme de ellos.
Hipólito. (Hum! Yo le mato!)
Tomasa. ¿Y qué importa
que no escuche esos dicterios
el mundo, si yo los oigo?
Hipólito. (Ay! ¡Dios te pague el consuelo
que me das!)
Joaquin. ¡Oh cuánto admiro
esa bondad, ese bello
carácter! Usted se esfuerza
para dominar el tedio
con que le mira.....
Hipólito. (Ay! Yo sudo.
Será verdad? Mucho temo....)
Joaquin. Y ya que él no haya sabido
hacerse amar, á lo ménos
cierta consideracion....,
cierto aparente respeto.....
Tomasa. Sí, yo respeto á mi esposo:
mi deber es este, pero.....
Hipólito. (Uf!.... Qué va á decir?)
Tomasa. Le amo
tambien.
Hipólito. (Oh placer! Á besos
me la comeria ahora.)
Joaquin. (Está rebelde! Toquemos
otra tecla.) Usted le ama!
Verdad será; yo lo creo.
Pero prescindiendo ahora
de su falta de talento.....
Hipólito. (Voto á briós!....)
Joaquin. De su mal tono,
de sus modales groseros,
de lo obtuso y lo compacto
de su figura.....
Hipólito. (Hoy me pierdo!)
Joaquin. ¿Es acaso su conducta
digna de un amor tan tierno?
Tomasa. Yo no tengo queja de él.
Hipólito. (Santa!)
Joaquin. Pues anda diciendo
que usted se casó sin dote
ansiosa de su dinero.
Hipólito. (No digo tal!)
Tomasa. Sentiria
que de mí dijera eso.
Él sabe que no es verdad.
Hipólito. (No, hija mia!)
Joaquin. ¡Y qué desprecio
cuando habla de la familia
de usted! «Unos hidalgüelos
presumidos, pobretones.....
Me la entregaron en cueros.....»
Hipólito. (Si este hombre no es un demonio,
no los hay en el infierno.)
Tomasa. Pobre era, sí, pero honrada.
Y si es verdad que yo debo
mi bienestar al esposo
de mi eleccion, sabe el cielo
que ingrata no soy.
Hipólito. (Divina!—
Yo lloro como un muñeco.)
Joaquin. Áun no lo sabe usted todo.
Teniendo en casa un modelo
de hermosura y de virtud,
está amancebado.....
Hipólito. (Ah perro!
Mientes!)
Joaquin. Con una bolera
jubilada.
Hipólito. (Habrá embustero!)
Joaquin. ¡Buena cara, pero tiene
una facha de sargento!
Hipólito. (No más!)

[*Da un paso como para abalanzarse á D. Joaquin: oyendo despues hablar á Tomasa se detiene.*]

Joaquin. Y no hay que esperar
que ese hombre...
Tomasa. [*Se levanta, y en seguida D. Joaquin.*]
Basta! Ya es tiempo
de que hable yo, señor mio.
Usted ha cobrado aliento
por lo visto al ver con cuánta
paciencia le he estado oyendo.
Pero yo no soy mujer
que grito, y me desespero,
y araño como una arpía
al que me dice requiebros.
Sé mi deber, sé cumplirlo,
y necesario no creo
para ser mujer de bien
dar un cuarto al pregonero.
Confieso que la insolencia
de usted.....
Hipólito. (Chúpate esa! Bueno!)
Tomasa. No ha merecido la gracia
de mi largo sufrimiento;
pero soy mujer al fin,
y, no por ganar trofeos,
sino por la inevitable
curiosidad de mi sexo,

ver he querido hasta dónde
llega el orgullo de un necio.
Ó enamorado está usted
de véras, y lo celebro,
porque así será más vivo
y eficaz el escarmiento;
ó por vicio, nada más,
queria ganar mi afecto;
y en este caso, hijo mio,
ha andado usted poco diestro.
Presume usted de famoso
libertino, á lo que veo;
pero en esto de mujeres
no hay seguro reglamento,
que suele dar la más boba
lecciones á los maestros.

Joaquin. Señora.....
Hipólito. (Ay boquita de ángel!)
Tomasa. Sírvale á usted de gobierno
que hay, además de la honra,
otro fuerte impedimento
para que ahora, ni nunca,
acceda yo á sus deseos;
y es que gusto yo muy mucho
de mi marido.
Hipólito. (Lo apruebo.
Me hace justicia.)
Tomasa. Y de usted....,
nada.
Hipólito. (Bravísimo!)
Joaquin. Siento
no merecer.....
Tomasa. Mi marido,
con todos esos defectos
que usted supone y pondera,
y algunos que yo le encuentro....,
Hipólito. (Cómo! Eso.....)
Tomasa. Me inspira amor,
y usted.....
Joaquin. Odio?
Tomasa. No.—Desprecio.

ESCENA IX.

D. JOAQUIN. D. HIPÓLITO.

Joaquin. Digo...., y parecia tonta!
Vaya, que he quedado fresco!
Mas ¿qué importa? Si esta falla.....
Hipólito. (Ahora entro yo de refuerzo.)

[*Acercándose.*]

Caballerito!
Joaquin. (Esta es otra!
El marido aquí!.... Escapemos.)

ESCENA X.

D. HIPÓLITO. D. FRUCTUOSO.

Hipólito. [*Buscándole.*]
Oiga usted! ¡El que codicia.....
Fruct. Él es.
Hipólito. La mujer ajena;
el que.....
Fruct. [*Abrazándole.*]
Sea en hora buena!
Apriete usted! Gran noticia!
Hipólito. ¡Cómo.. ¿Qué.. ¡Ba.. Quién me agarra?
Fruct. Qué dicha!
Hipólito. Suélteme usted,
que se escapa de la red.....
Qué noticia? Es de Navarra?
Fruct. No, señor.
Hipólito. [*Sin poder desasirse.*]
Pues sin misterio
diga usted..... Ah! se me escapa.
Suelte usted.... Ya ¿quién le atrapa?
Fruct. [*Sin soltarle.*]
Ha caido el Ministerio.
Hipólito. Bien, bien! Y caiga hasta el nombre
del partido estacionario.—
Pero suelte usted, canario!
Me quiere matar este hombre?

[*Se desprende de los brazos de don Fructuoso.*]

Fruct. El triunfo ha sido completo.
Hipólito. [*Andando.*]
Despues podemos hablar,
que ahora tengo que ajustar
la cuenta á cierto sujeto.....

[*Volviéndose.*]

Y diga usted: ¿quiénes son
los candidatos? Á ver?
Porque yo les quiero hacer.....
Fruct. ¿Visita.....
Hipólito. No. Oposicion.
Fruct. No hiciera más un carlista.
Si son patriotas! No encuentro
la razon..... Vamos adentro,
y leeremos la lista.
Hipólito. [*Andando.*]
Vamos, ya basta de plática.
(Si le cojo, ¡por Santiago.....)
Lo dicho, dicho; les hago
oposicion sistemática.
Fruct. Oposicion!....
Hipólito. Y tres más!
Fruct. ¿Y siendo del movimiento.....
Hipólito. Pues bien, hacérsela intento
para que se muevan más.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

D. JOAQUIN.

[*Sentado junto á una mesa.*]

No hay duda. El marido...., pues!
oculto me estaba oyendo,
y hay allí un lance treméndo
si no me valen los piés.
El hombre, lerdo ó no lerdo,
me ha dado un chasco cruel.—
¡Y quizá estaba con él
la Tomasita de acuerdo!
Yo esperaba mil placeres.....
¡Pero enamorarse así
de un hombre tan baladí!
El diablo son las mujeres.
Mucho temo que ese zote,
por vengar á su Tomasa,
venga iracundo á mi casa,
y todo el barrio alborote.
Oh! mal pleito fuera el mio,
que la pública moral.....
Vamos, soy hombre fatal.—
Y el otro del desafío?
Porque en un breve epigrama
dije de él que es un cornudo,
en mi sangre el testarudo
quiere vindicar su fama.
Vaya, que hay raras manías!
Conmigo ojeriza tanta,
¡y al *quidam* que le suplanta,
le hará dos mil cortesías!
Ó es ó no ciervo de Dios:
si lo es, la verdad escribo,
y una verdad no es motivo
para matarnos los dos.
Si, al contrario, á un buen casado
con mi epigrama ofendí,
escriba dos contra mí
y estamos del otro lado.
¡Por una chanza venial
metido en lance tan serio!—
¡Y al hundirse el Ministerio
hacerme ministerial!....
Maldecida suerte! Y luégo
tanto acreedor temerario.....
Está visto. Es necesario
tomar las de Villadiego.—
Pero este ganso de Lúcas
¡cuánto tarda! Mi impaciencia.....
Si tomo la diligencia
no paro hasta las Molúcas.
Mas si pronto no las lio.....
Quién demonios le detiene?
Responderé miéntras viene
al cartel de desafío.

[*Escribe.*]

ESCENA II.

D. JOAQUIN. LÚCAS.

[*Entra Lúcas abriendo con un picaporte la puerta que da á la escalera, y se la deja entornada.*]

Joaquin. Estás aquí ya, jumento?
Lúcas. ¡Vaya, y por poco me caigo
por correr.....
Joaquin. Bien.

[*Sigue escribiendo.*]

Lúcas. Aquí traigo,
señor.....
Joaquin. Espera un momento.
Lúcas. (Por servirle me deslomo,
y jumento me llamó!
¡Si valiera..... Pero yo
tengo ley al pan que cómo.)
Joaquin. [*Lee el papel que ha escrito.*]
Así está bien.—«Señor mio,
puesto que á punta de lanza
quiere usted llevar mi chanza,
acepto su desafío.
Supongo que usted no ignora
que en todo tiempo el retado
á su gusto ha designado
el arma, el sitio y la hora.
Pues bien, señor retador,
por sitio á Pequin elijo,
y la hora que le fijo....,
cuanto más tarde, mejor.
Yo parto, y no tengo saña.
Quiere usted seguir mis huellas?
Mis armas son dos botellas
de buen vino de Champaña.»

[*Á Lúcas, cerrando el billete, y dejándolo sobre la mesa.*]

Luégo que me haya marchado
llevarás este papel
á casa de don Gabriel.
Lúcas. Muy bien; pierda usted cuidado.
Joaquin. Ahora, Lúcas, dame pronto
cuenta de tu comision.

Fuiste á la administracion?
Traes billete?
Lúcas. Soy yo tonto?
Aquí está, valga ó no valga.
Joaquin. Ya he dicho que hacer mi viaje
quiero en cualquiera carruaje;
en el primero que salga.
Al Levante, al Sur, al Norte.....
Con todos vientos navego.
El caso es largarme luégo
de esta maldecida corte.
Lúcas. ¿Qué diligencia, señor,
sale hoy? Esta fué mi arenga.—
La de Zaragoza.—Venga
un billete de interior.—
Doy el nombre, tomo, pago,
y listo como un cohete.....
Joaquin. Basta: dame acá el billete.
Lúcas. [*Se le da.*]
Y luégo, cojo y ¿qué hago?
Me voy á la policía;
saco el pasaporte.....
Joaquin. [*Tomando el pasaporte.*]
Bravo!
Tu puntualidad alabo.
Lúcas. Sale el coche al medio dia.
Joaquin. Hay muchos viajantes?
Lúcas. Pocos.
Un matrimonio, y el suegro.....
Joaquin. Á Zaragoza! Me alegro.
Allí hay hospital de locos.
Y á fe que habrá más de dos
en él que tengan más seso
que yo.
Lúcas. Ca! no diga usté eso.
Serapio. [*Entrando.*]
Alabado sea Dios!

ESCENA III.

D. JOAQUIN. D. SERAPIO. LÚCAS.

Joaquin. (Don Serapio! Soy perdido.—
¡Ese animal de bellota.....)
Lúcas. (¡Pecador, que no he cerrado
la puerta! Qué digo ahora?
Yo me escurro.)

ESCENA IV.

D. JOAQUIN. D. SERAPIO.

Serapio. Buenos dias,
amigo mio.
Joaquin. (Este posma
me faltaba.)
Serapio. Si está usted
ocupado; si incomoda
mi visita.....
Joaquin. Nada de eso,
don Serapio. Usted me honra
demasiado.....
Serapio. Pues entónces,
si usted á mal no lo toma,
me sentaré.
[*Lo hace.*]
Joaquin. (Santo Dios!
Quién me libra de esta mosca?)
Señor don Serapio, hoy tengo
ocupaciones forzosas.....
Tengo que salir..... Si usted.....
Serapio. Mi visita será corta.
Hoy no traigo más objeto
que el de saber si usted goza
de buena salud.
Joaquin. Mil gracias.
(Nada me pide! Me asombra
tal exceso de bondad.)
Á mí la salud me sobra.
Y usted?
Serapio. Eh! vamos tirando.
Miéntras siga así la atmósfera.....
De paso tambien venía
á cobrar esa bicoca.....
Joaquin. (Ya decia yo que este hombre.....)
Sí, ya entiendo: las nueve onzas.....
Serapio. Perdone usted; tres mil reales.
Joaquin. Ah! sí, sí.
Serapio. Cuenta redonda.
Joaquin. Usted me dió cuatro y media.....
Serapio. Y los intereses montan
doble y un pico.....
Joaquin. ¡En tres meses
el ciento por ciento! Es cosa
de estremecerse.
Serapio. Amiguito,
con los agios de la bolsa
escasea el numerario;
y agregue usted la discordia
civil, las malas cosechas,
y los rezagos del cólera.....
Joaquin. Es verdad, y usted merece
mi gratitud..... (¡Mala bomba.....)
Serapio. Y tres mil reales, al cabo,
¿qué son para una persona
como usted?
Joaquin. Son tres mil reales.
Serapio. Pues, que en un dia de fonda
se gastan.
Joaquin. Bien: yo estoy pronto
á pagar.....
Serapio. Sí?
Joaquin. Pero hay otras
atenciones que cubrir.....
Serapio. No serán tan perentorias.....
Joaquin. Si usted quisiera esperar
hasta la semana próxima.....
Serapio. No, no puede ser.
Joaquin. Espero
dos letras de Barcelona.

Serapio. No puede ser. Se ha cumplido
el plazo, y á mí me acosan
para el subsidio, y la paja.....
Joaquin. (Esa sea la que comas
toda tu vida.)
Serapio. Y los frutos
civiles..... Ni es esta sola
la cuenta que.....
Joaquin. Al zapatero
debo seis pares de botas....,—
se lo digo á usté en confianza,—
y no cuento las remontas.
Ya ve usted, un artesano
es ántes.....
Serapio. ¿Usted se apoca
por eso?
Joaquin. Y es natural.
Serapio. Yo sé que el maestro de obra.....

[*Estornuda.*]

prima esperará.
Joaquin. [*Saludando.*] Jesus!
Serapio. Gracias. (Ménos ceremonias
quisiera yo y más dinero.)
Joaquin. Pero usted ¿en qué se apoya
para asegurar.....
Serapio. [*Saca un papel, y en seguida lo guarda.*]
En este
papelito en que me endosa
su crédito. Yo le he dado
los dos tercios de la cuota,
y está muy agradecido.
Joaquin. Es resignacion heroica.
Pero el caso es que á mi sastre.....
Serapio. El de la calle de Atocha?
Joaquin. Le debo cuarenta duros,
y es hombre que me sofoca.....
Serapio. Tambien tengo aquí su cuenta.
Le di por ella seis doblas
de á cuatro duros.
Joaquin. ¡Pero, hombre...
Serapio. Y no piense usted que llora
por lo perdido. Al contrario.
Me dijo con mucha sorna:
«Lo que falta hasta el completo
de la cuenta que usted compra
iba de más en el paño,
forros, botones y borlas.»
Joaquin. Qué modo de especular!
Ni judíos de Liorna.....
Serapio. ¿Qué quiere usted! Hoy en dia
la industria se desarrolla
en todos sentidos. Unos
con deuda interior negocian,
otros con deuda exterior.
Yo por no hacer bancarrota
especulo en la doméstica;
especie de lima sorda
que enriquece sin escándalo;
mina vírgen que se explota
con paciencia y con ingenio;
papel que nadie ambiciona,
y como no hay concurrentes
me hace á mí la olla gorda;
papel en fin que no alteran
contratiempos ni derrotas,
y ni paga corretaje,
ni está sujeto á reformas.
Joaquin. Averiguando primero
si es hombre el deudor que goza
de rentas, si hay garantías.....
Serapio. Es claro; ahí está la historia.
Joaquin. (Pues si fias en mis rentas,
de aquí á cien años no cobras.)
Serapio. Pero hay gentes en Madrid
de brillo y de trapisonda
que sin sueldo ni heredades
disfrutan la *vita bona*,
ya escribiendo, ya jugando,
ya porque á su cargo toman
comisiones reservadas,
ó ya en fin porque enamoran
hasta agotar sus gavetas
á una dueña quintañona.
Tambien sus deudas negocio,
y quizá primero que otras,
si es moderada la suma
y la ganancia no es floja.
Joaquin. (Diablo de hombre!) Mas sin fincas,
diga usted, ¿quién los abona?
Serapio. Su vanidad. Mas conviene
que el acreedor sea cócora,
que no los deje dormir,
que los siga á sol y á sombra,
y que allí los acometa
donde más los abochorna;
en el café, verbigracia,
en el Prado, entre señoras.....
Joaquin. (Este hombre es un asesino!)
Serapio. Si no basta, se alborota
el barrio del insolvente;
se pide auxilio á la tropa,
y se le cita al Repeso,
y se le mete en chirona.....
Joaquin. Basta! basta!
Serapio. Y se le quita
de casa en casa la honra;
se le acusa en los periódicos.....
Joaquin. Vamos, ya basta de bromas.
Serapio. Bromas...., pues!; que con usted
no se entienden esas formas
legales, porque supongo.....
Joaquin. Sí señor, usted suponga.....
¿Sabe usted que es una empresa
la de usted muy meritoria?
Serapio. Vaya! con ella hago muchas
obras de misericordia.
Hombre hay que no cobraria
ni en un siglo si mi bolsa
no redimiera su crédito.
Joaquin. Y mi pecho, que blasona
de agradecido, jamás
olvidará, ni en la losa
del sepulcro, esa fineza

desconocida en la historia.
Pagar á mis acreedores!

[*Abrazándole.*]

Oh alma noble y generosa!

Serapio. Por Dios, señor don Joaquin!
por Dios! Usted me sonroja.
Yo no merezco..... Lo que es
esas cuentas,.... por ahora.....

Joaquin. Gracias; no esperaba ménos.....

[*Despidiéndole.*]

Conque, abur......

Serapio. Pero la otra
me la habrá usted de pagar
en el acto.

Joaquin. Dale bola!
Si no tengo un cuarto!

Serapio. Vaya!
Yo bien sé que á usted le sobra
para sus vicios.....

Joaquin. Ni un cuarto!

Serapio. Yo tambien admito joyas.....

Joaquin. Todas las tengo empeñadas.

Serapio. Y muebles, y alguna ropa,
colchones.....

Joaquin. Ya no hay paciencia.
Vil usurero carcoma,
quiere usted dejarme en paz?

Serapio. Ni dicterios ni lisonjas
me harán mudar de propósito.
Afloja usted, ó no afloja?
Yo no me muevo de aquí
miéntras no pille la mosca.

Joaquin. No? Ve usted ese balcon?

Serapio. Sí. La pregunta es ociosa.

Joaquin. Pues ó me tiro por él,
ó le tiro á usted. Escoja.

Serapio. Que escoja yo?

Joaquin. Sí, señor.

Serapio. Pues la eleccion no es dudosa.
Tírese usted.

Joaquin. ¡Vive el cielo.....

[*Va á asirle, y se detiene.*]

(Mas si mi furia le arroja
á la calle es muy capaz
de no morirse esa momia
infernal, y pagaré
despues la cura y las costas.)
Váyase usted!

Serapio. No me voy.

Joaquin. Bien: aquí tengo pistolas.....

[*Saca del bolsillo un par de pistoletes.*]

Siempre las llevo conmigo.
(Descargadas, mas no importa:
metámosle miedo.)

Serapio. Entiendo.
Á cuenta de las nueve onzas
y pico..... Pero ¿qué puede
valer eso? Poca cosa.
No doy por ellas un duro.

Joaquin. Miren qué salida ahora!
No es eso. Tome usted una,
otra yo, estalle la pólvora,
y muera el más ruin.

Serapio. No acepto
el duelo: es costumbre goda
y temeraria.—¡Vecinos.....

Joaquin. No grite usted! ¡Punto en boca,

[*Apuntándole con la pistola.*]

ó le hago aquí un chicharron!

Serapio. [*Retrocediendo.*]

(Es que... en verdad... si me sopla
un tiro.....)

Joaquin. ¡Voto á... ¿Usted quiere
forzarme á una accion impropia
de un caballero? Yo soy
libertino, mala cholla,
vicioso; lo que usted quiera;
mas no merezco la nota
de criminal todavía.
Usted es quien me provoca
á serlo. Váyase usted
ó disparo ¡y arda Troya!

Serapio. (De véras va, que echa llamas
por los ojos y la boca.)
Quieto! Sí..... Me voy..... (Mañana
volveré con una ronda.)

ESCENA V.

D. JOAQUIN.

Uf! Sudo como un gañan.
Si no acudo á la pistola,
aquí se está todo el dia
y sale sin mí la góndola.—
Lúcas!..... No responde. Lúcas!

[*Acercándose á la puerta por donde se fué Lúcas.*]

Durmiendo está; y ¡cómo ronca
el bárbaro!—Lúcas!

Lúcas. [*Dentro.*] Voy.

Joaquin. Pues alabo la pachorra!

ESCENA VI.

D. JOAQUIN. LÚCAS.

Joaquin. Vamos, hombre! Ya estoy ronco
de dar voces. Qué estafermo!

Lúcas. [*Bostezando.*]

Si yo no oigo cuando duermo!

Joaquin. Tú no eres hombre; eres tronco.
Siempre te estoy repitiendo:
ten cuidado con la puerta,
y te la dejas abierta!

Lúcas. Como venía corriendo.....

Joaquin. Yo no he visto un animal
de entendimiento más romo.—
Mas con paciencia lo tomo
porque al fin eres leal.
Lúcas. Su merced me hace justicia.
Yo no soy hombre que siso.....
(Nada más que lo preciso,
y esto lo hago sin malicia.)
Vaya, usted no le hallará
ni más fiel, ni más sufrido;
¡y aunque me lo ha prometido
sin desasnarme se va!
Joaquin. Pobre Lúcas! Esa empresa
á mi fuerza es superior.
Siempre tendrás.....
Lúcas. Qué, señor?
Joaquin. El pelo de la dehesa.
Lúcas. Hay más que cortarlo? Pronto.....
Joaquin. Y es un cargo de conciencia
querer dar inteligencia
al feliz que nace tonto.
Lúcas. Por qué?
Joaquin. En la razon me fundo.
Tú duermes como un liron,
tú comes como un lechon
y dejas rodar el mundo.
Aunque animal, eres manso,
de buena organizacion,
y con cierta inclinacion
al saludable descanso.
Que otro más placeres goce
no ha de alterar tu semblante.
Con poco tiene bastante
quien lo mucho no conoce.
Si aunque eres sufrido y fiel
te despide un amo injusto,
podrás decir: soy robusto;
me haré mozo de cordel.
Esa condicion servil,
que es para ti el bien supremo,
así se acomoda al remo
como al pico y al fusil.
Nunca el adverso destino
podrá turbar el reposo
del hombre que es venturoso
con una copa de vino.
¿Qué ha de llorar ni temer
una acémila asturiana
sin miras para mañana
y sin recuerdos de ayer?
Ni todo burro ha llevado
hasta morir una albarda.
Quizá la suerte te guarda
algun destino elevado.
Como de esos majaderos
de la mañana á la noche
á su casa añaden coche
y á su sueldo cuatro ceros,
y así Dios me dé el Perú
para mis gastos urgentes,
como yo he visto intendentes
más gaznápiros que tú.
Lúcas. Siendo así, quizá me encaje
algun dia una entindencia.....
Joaquin. ¿Llevaste á la diligencia
mi cofrecillo de viaje?
Lúcas. Sí; ya lo han puesto en el coche.
Lo demas ¿dónde lo apaño?
¿En aquel bolso tamaño.....
Joaquin. Pues, en el saco de noche.
Nada debo, y es portento,
al casero atrabiliario.
Tú ya has cobrado el salario.....
Lúcas. Y con dos duros de aumento.
Quien me diga que usté es malo.....

[*Sacando unas monedas.*]

Sobran aquí treinta reales
de la cuenta de hoy..... Cabales.
Joaquin. Guárdalos: te los regalo.
Te pago de esa manera
las injurias que te he dicho.
Lúcas. Si da usté en ese capricho
injúrieme cuanto quiera.—
Cuándo entregaré las llaves?
Joaquin. Cuando lleve lo que queda
el chalan de la almoneda.
Á las dos vendrá: ya sabes.
Ahora voy á que me dé
lo que el baratillo importa,
luégo una visita corta.....
Lúcas. Bien, señor.
Joaquin. No tardaré.
Lúcas. ¿No toma usted un refuerzo.....
Joaquin. Ese recado urge más.
Miéntras salgo y vengo, irás
preparándome el almuerzo.

ESCENA VII.

LÚCAS.

Desacomodado ahora,
pobre Lúcas, qué haces tú?
Yo estoy, sea dicho en paz,
rollizo como un atun,
y Dios me da por castigo
la correa y la salud;
y, como ha dicho mi amo,
aunque no sé el a-e-u,
coger puedo un azadon
ó cargar con un baul.
Pero tenderme á la larga
es mi gloria y mi *don-plus;*
y el oficio de criado
es despues del de tahur
el más momio y regalon
cuando uno da con algun....,
así con un señorito
de lozana juventud
que anda siempre en diversiones,
y en sus amores, y en sus.....
Quitar el polvo á la ropa,
dar á las botas betun,
ahora llevar billeticos

á damas de sangre azul,
ahora á tomarle luneta
porque hay ópera en la *Cruz*,
ahora á empeñar la camisa
porque perdió en un albur
el último peso, luégo
decirle á un inglés (*): no hay mus...
Nada de esto hace sudar;
y á media mañana, abur,
hasta la noche. Entre tanto
duerme uno como un gandul,
y en dejándose llamar
elefante y avestruz.....
Pero ¡con cuánto despejo
me lo dice mi amo!.... Uf!
Otro don Joaquin no le hallo
ni aquí, ni en Calatayud.—
Voy, voy á hacerle el almuerzo.....
¡Por vida de Bercebú,
que no hay pan..... Iré á la tienda
en un instante.....

[*Abren la puerta y se entran de rondon D. Hipólito y Tomasa.*]

Jesus!

ESCENA VIII.

TOMASA. D. HIPÓLITO. LÚCAS.

Lúcas. Quién se entra aquí?
Hipólito. No te asustes.
Lúcas. Pero eso no está en el órden.
Yo... aquí... Mi amo no está en casa...
Hipólito. No importa.
Lúcas. Pero, señores.....
Hipólito. Yo soy amigo de tu amo.
Y no sé por qué se esconde.....
Lúcas. Dale bola! Si ha salido!
Hipólito. [*Mirando su reloj.*]
Son poco más de las once.
Cómo salió tan temprano?
Volverá?
Lúcas. Sí; que á las doce
le esperan..... (Ya la ensucié.)
No, no volverá..... (Soy torpe
si los hay.)
Hipólito. Le esperarémos.
Lúcas. Es que.....
Hipólito. Temes que le robe?
Lúcas. No, señor, pero.....
Hipólito. [*Observando la escasez y desórden del mueblaje.*]
No temas,
que si hay casas en la corte
aseguradas de incendios,
esta lo está de ladrones.
Lúcas. Pero..... yo, sin conocer.....
Hipólito. Bribon! Y ahora me conoces?
[*Dándole dinero.*]
Lúcas. Sí, yo creo que esa cara.....
[*Tomando el dinero.*]
Y con tan buenos informes.....
Quédense ustedes si gustan,
pero es preciso que aboguen
por mí si despues el amo
mé dice que soy un drope.
Ahora tengo que salir.....
Hipólito. Pues vete....
Lúcas. Ustedes perdonen.....
(Es imposible que venga
á robar la casa un hombre
tan campechano.) Por Dios,
aunque en la calle alboroten
no abran ustedes á nadie.
Yo me llevo el picaporte.

ESCENA IX.

TOMASA. D. HIPÓLITO.

Tomasa. ¡Te has empeñado en venir
á casa de ese tronera!
Hipólito. Y mucho! Y habrá quimera!
Los sordos nos han de oir.
Intrigante! bribonazo!
Tomasa. Como no haya desafío.....
Hipólito. Bien, bien.
Tomasa. Es que no me fio.
No te soltaré del brazo.
Yo te vi salir de casa
furioso, y por eso vengo.....
Hipólito. Pues mira, si me contengo....,
hum!.... lo haré por ti, Tomasa.
Pero que en el cuerpo á mí
se me quede la postema,
no en mis dias. Si es ya tema!
Tomasa. Que siempre has de ser así!
¿No era más prudente.....
Hipólito. Quiero
desahogar mi bílis, pues!
y decirle aquí las tres.....
Tomasa. ¡Oh.....
Hipólito. Verdades del barquero.
[*Llaman á la puerta.*]
Pero ¿no han llamado? Quita:
él es; ese lenguaraz.....
Voy..... Quién es?
Manuela. [*Dentro.*] Gente de paz.
Tomasa. Es la voz de Manolita!
Hipólito. ¿Y qué motivo forzoso
la puede traer ahora.....
Tomasa. Abre.
[*Abre D. Hipólito la puerta, y entran Manuela y D. Fructuoso.*]

(*) Ya ha muchos años que en estilo familiar se llama *inglés* al acreedor, y aunque no le consta el orígen de tan extraña acepcion, el autor se cree facultado para usarla.

ESCENA X.

TOMASA. MAÑUELA. D. HIPÓLITO. DON FRUCTUOSO.

Manuela. ¿Qué veo!
Fruct. Señora!
Hipólito. Manolita!
Tomasa. Don Fructuoso!
Hipólito. Ustedes extrañarán.....
Manuela. Tú no esperabas, Tomasa.....
Tomasa. Tú, viéndome en esta casa.....
Fruct. Ustedes se admirarán.....
Hipólito. Señores, yo tengo quejas
del traidor de don Joaquin,
claro; y no he de irme sin.....
calentarle las orejas.
Fruct. Calle! Yo traigo tambien
ese objeto.
Hipólito. ¿Quién aguanta.....
Manuela. Y yo tambien.
Tomasa. Vírgen santa!
Esto và á ser un belen.

ESCENA XI.

TOMASA. MANUELA. D. HIPÓLITO. DON FRUCTUOSO. LÚCAS.

Lúcas. [*Entra con un panecillo en la mano, y cierra la puerta.*]
(¿Qué veo! Perdido soy!)
¡Tanta gente.....
Hipólito. Amiga toda.
Lúcas. Esto parece una boda.
(Qué haré? Me quedo ó me voy?)
Qué dirá mi amo?
Hipólito. Pazguato,
somos de casa: bien puedes.....
Lúcas. Pero ¿qué quieren ustedes?
Hipólito. Queremos darle un buen rato.
Fruct. Ahí tienes esa propina.

[*Le da dinero.*]

Lúcas. No es cosa el caudal que junto!—
No se hable más del asunto.
Yo me voy á la cocina.

ESCENA XII.

TOMÀSA. MANUELA. D. HIPÓLITO. DON FRUCTUOSO.

Manuela. (Yo le diré al seductor.....)
Hipólito. Le tengo de echar más ternos.....
Fruct. Yo opino por escondernos
cuando venga.....
Hipólito. Es lo mejòr.
Y cuando ménos lo espere
salimos aquí los cuatro.....
Fruct. Eso! Un golpe de teatro.
Manuela. (Si hoy de rubor no se muere.....)

[*Vuelve Lúcas, y pone la mesa para que almuerce su amo.*]

ESCENA XIII.

TOMASA. MANUELA. D. HIPÓLITO. DON FRUCTUOSO. LÚCAS.

Lúcas. La mesa, que vendrá luégo,
y por Dios.....
Manuela. (Ese hombre come!)
Lúcas. Déjenle ustedes que tome
un bocado con sosiego.
Hipólito. No hay cuidado; pon la mesa.
¡Si nos vamos á esconder....,
pues! para darle el placer....
Lúcas. Entiendo.
Manuela. De la sorpresa.

[*Llaman á la puerta.*]

Lúcas. Ya ha llamado. Ya está aquí.

[*Todos á media voz.*]

Fruct. ¿Y dónde.....
Lúcas. En aquella alcoba.
Fruct. ¡Silencio.....
Hipólito. Corre tú, boba.
Manuela. (Hombre aleve!....)
Lúcas. Por allí.

[*Entran por la puerta que les indica Lúcas, abre este la que guia á la escalera, y entra D. Joaquin.*]

ESCENA XIV.

D. JOAQUIN. LÚCAS.

Joaquin. Despacha; dame el almuerzo.
Lúcas. Ahora lo voy á servir.

[*Vase y vuelve al instante con el almuerzo.*]

Joaquin. Esto es hecho, yo me voy;
no es la corte para mí.
Respiremos otros aires.....
Qué me das?
Lúcas. Una perdiz.
Joaquin. Pobre avecilla! Recuerdo
que incauto como ella fuí.....
Pero áun me quedan las alas.
Lúcas! *Me voy de Madrid.*
Lúcas. No se vaya usted, señor.
Joaquin. Quién puede vivir aquí?
Son tan injustos los hombres!
Suelo el ánimo esparcir

en mofarme de los tontos
que abundan en mi país;
y en lugar de agradecerme
que yo los desasne así,
se amoscan, me desafian.....
Me voy, me voy de Madrid.
¿No es natural que yo quiera
lucir mi cuerpo gentil?
¿No es justo que yo blasone
de elegante en el vestir?
Me mando hacer un vestido
á la moda de París,
pero el sastre no agradece
que yo soy un figurin,
y se empeña en que le pague.—
Lúcas! *Me voy de Madrid.*
En política es aciago
el signo con que nací.
Si enemigo, me desprecian;
si adulo, me llaman ruin.
Á un hombre sin opinion
le dan un mando civil;
yo tengo treinta opiniones,
y nada me dan á mí!

Lúcas. Qué crueldad! qué despotismo!

Joaquin. *Me voy, me voy de Madrid.*
Con esta maldita fama
de satírico y hostil,
no habiendo un hombre de pro
que sea mi amigo.....

Lúcas. Sí,
que yo me precio de serlo.....

Joaquin. Eso es lo que iba á decir.
No hay un necio, no hay un asno
que no delire por mí.
Lúcas! Decidido estoy.
Lúcas! *Me voy de Madrid.*
Cuando á alguna dama bella
logro, oh Lúcas, persuadir,
todo el corazon que tengo
me lo pide para sí;
y yo como pan bendito
lo deseo repartir,
que hay muchas necesidades
en el sexo femenil.

Lúcas. Tiene usted razon. Las pobres.....

Joaquin. *Me voy, me voy de Madrid.*
Juré incauto ser esposo
de alguna...., y es tan pueril
que me acosa recordando
la palabra que le di;
mas si ya no la he cumplido
no es por ser ingrato y vil,
sino porque estoy seguro
de que la haria infeliz.

Lúcas. Como es usted tan bondoso.....

Joaquin. Lúcas! *Me voy de Madrid.*
Y ¡asómbrate! en una villa
donde se ven rebullir
tantas hembras cuya honra
no vale un grano de anis,
á mi amor una Lucrecia
no se ha querido rendir.

Lúcas. Será muy lindo el marido.....

Joaquin. No tal, que es un jabalí.

[*Asoma D. Hipólito contenido por Tomasa.*]

Has visto mayor infamia?
Me voy, me voy de Madrid.

[*Se levanta.*]

Lúcas. Ay qué lástima! La corte
debe vestirse de luto.

Joaquin. Vamos, ¿tienes prevenido
el saco de noche?

Lúcas. Al punto
lo traigo.

[*Vase, y vuelve con él.*]

Joaquin. [*Mira su reloj.*]
Las once y media,
y yo atraso once minutos.....
Ya es hora de irme acercando.....

Lúcas. Aquí está el saco nocturno.

Joaquin. Pues ve delante con él
miéntras estos papeluchos
coloco yo en la cartera.

[*Mete en una cartera de viaje varios papeles que tenia en el bolsillo.*]

Lúcas. (Por si ahora le dan un susto
los amigos que le aguardan,
me alegro de huir el bulto.)

ESCENA XV.

D. JOAQUIN. D. HIPÓLITO.

Joaquin. Quiera Dios que en el camino
no encuentre á algun importuno,
que fuera chasco por cierto.....

Hipólito. [*Dándole por detras un golpe en el hombro.*]
Alto ahí, compadre Curro!

Joaquin. ¿Quién... ¿Qué veo...

Hipólito. Amigo ingrato!
¡Marcharse por esos mundos
sin despedirse de mí!

Joaquin. Excúseme usted. Asuntos
urgentes me han obligado.....

Hipólito. Déjese usted de repulgos
de empanada: usted se fuga
por librarse de mi justo
furor.

Joaquin. No sé qué motivo.....

Hipólito. No? Voto á Crispo Salustio!....
¿Olvida usted lo de anoche.....

Joaquin. Lo de anoche?... Ah! ya barrunto...

Hipólito. Piensa usted que somos sordos?

Joaquin. ¿Quién resiste á los impulsos
de una pasion? Ya ve usted.....
Yo no he nacido cartujo.....
Y al cabo, qué ha sucedido?

Su honor de usted queda puro.
Hipólito. Ya...., sí. Pero ¿sabe usted
que soy hombre que no sufro
ancas de nadie, y que yo
no necesito de adjuntos?
Joaquin. Pero si fuí desahuciado,
á qué ahora esos escrúpulos?
Ántes debiera usted darme
las gracias.....
Hipólito. Yo!
Joaquin. Por el triunfo
que yo le proporcioné
tan á costa de mi orgullo.
Hipólito. Y la dañada intencion?
¿Y la perfidia, el abuso
de confianza, las injurias
que ese labio atroz, perjuro,
descerrajó contra mí?
Joaquin. ¿Qué quiere usted!... ¡Si pierde uno
la cabeza!....
Hipólito. Para hacer
á una dama cuatro arrullos
¿es tan preciso el decir
que su marido es un bruto?
Joaquin. ¡Es posible.....
Hipólito. Sí, señor,
sí, señor; usted me puso
en parangon....; no recuerdo....,
no sé si fué con el buho....,
si con el sátiro....; en fin,
con un animal cuadrúpedo.
Joaquin. Grave error! Usted no tiene
cuatro piés, y es un absurdo....
Hipólito. ¿Cómo.....
Joaquin. Digo que en la suma
me equivoqué.
Hipólito. Por san Bruno
que no sé cómo reprimo
la comezon de mis puños!
Joaquin. ¡Eso, poco á poco.....
Hipólito. Pero
porque no murmure el vulgo,
y puesto que usted se marcha,
de lo cual me congratulo,
vaya bendito de Dios,
y vuelva usted..... cuando el humo.
Pero no sería extraño
que, como es usted tan chulo,
me honrase con algun lindo
epigrama de los suyos.
Si tal hace usted, y llego
á averiguarlo, le juro
por quien soy que mi venganza
dará que hablar..... á los mudos.
Joaquin. No, señor: ántes diré
que en sus obras y discursos
es usted un hombre de oro,
y el único para el yugo.....
matrimonial.
Hipólito. Bien, muy bien.
¡Y no hay que decir insultos
de mi mujer.....
Joaquin. Oh! Jamás.
Diré que, amable conjunto
de gracias y de virtudes,
el mayor mérito suyo.....
es ser esposa de usted.
Hipólito. Eso se llama ser justo!
Quedo satisfecho. Abur.
Joaquin. Adios..... (Lo dicho: es un burro.)

[*Al irse le sale al encuentro Manuela.*]

ESCENA XVI.

MANUELA. D. JOAQUIN. D. HIPÓLITO.

Manuela. Detente, sacrílego!
Joaquin. Cielos!
Manuela. Vil, ingrato!

[*D. Joaquin va á interrumpirla varias veces, y no lo consigue.*]

Qué es de mi retrato?
Di, qué has hecho de él?—
No respondas, pérfido.—
¿Y un alma española
procede..... Yo sola
quiero hablar, infiel.
Si fuera amor cándido
lo que fué..... una mera
chanza pasajera,
buena estaba yo!
¡Fie usted de lágrimas.....
Ruin, mal caballero.....
Piensas que te quiero?
No hay tal cosa; no.
Cuando oí tus súplicas
estaba yo loca.....
No chistes la boca,
que vas á mentir.
Si á contar tus crímenes
mi labio comienza,
aquí de vergüenza
te vas á morir.
Ya tu rostro pálido,
tus ojos convulsos.....
Ya te dan impulsos
de echarte á mis piés.—
No; primero un tósigo
que tú de marido,
bien que, arrepentido,
la mano me des.
Con causa legítima
culparte pudiera
clamando severa
con trémula voz:
«Detengan al prófugo
que me puso en venta,
y den á mi afrenta
venganza feroz.»
Mas téngote lástima,
y no he de hacer daño
al que un desengaño
dichoso me da.

Me aplacan tus síntomas
de remordimiento;
sí, y en tu tormento
me he vengado ya.
Y espero que...., cállate!—
en vano un consuelo
pedirás al cielo
lejano de mí;
miéntras yo sin término
doy gracias al signo
que quiso benigno
librarme de ti.

Joaquin. Sí, yo seré víctima.....
(Vaya, que es historia!)
víctima expiatoria
de mi ingratitud.
Ya corro á la góndola.
No puedo, en efecto,
sufrir el aspecto
de tanta virtud.

ESCENA XVII.

D. JOAQUIN. D. HIPÓLITO. MANUELA. DON FRUCTUOSO.

Fruct. Don Joaquin, felices dias.
Qué tal, qué tal desde ayer?
Joaquin. (Otro? Por vida de bríós!....)
Bien, para servir á usted.
Fruct. Traigo una buena noticia.
Joaquin. No me puedo detener.....
Fruct. Oiga usted: el Ministerio
que ayer en cierto papel
ponia usted en las nubes,
ha caido.
Joaquin. Ya lo sé.
Yo me voy.....
Fruct. Usted reciba
mi sincero parabien.....
Hipólito. Mi cordial enhorabuena.....
Joaquin. Por vida de Lucifer!....
Esto ya pasa de broma.
Denme ustedes un cordel,
ó déjenme con mil diablos
que me vaya, si tal vez
no vienen de mano armada
á entregarme aquí los tres
en poder de aquel hebreo
que maldiga Dios, amén.
Va á salir la diligencia,
yo tengo sumo interes
en huir de un usurero
que no me dará cuartel
si me echa la vista encima,
y.....
Fruct. [*Interponiéndose.*]
Cómo! Se marcha usted?
Joaquin. Sí, señor.
Fruct. Dónde?
Joaquin. Al infierno!

ESCENA XVIII.

MANUELA. D. JOAQUIN. D. FRUCTUOSO. D. HIPÓLITO. TOMASA.

Tomasa. Eso ya es mucho moler.
Joaquin. Aun hay más?
Tomasa. [*A su marido.*] Aparta tú.
Hipólito. Cómo! Tú vuelves por él?
Tomasa. Y por qué no? Que se vaya,
y Dios buen viaje le dé,
y muchísima salud,
y el juicio que ha menester.
Joaquin. Ah! ¡Qué mujer..... (¡Y un idiota....)
Que ustedes lo pasen bien.

[*Vase, cerrando la puerta.*]

ESCENA XIX.

MANUELA. TOMASA. D. HIPÓLITO. DON FRUCTUOSO.

Tomasa. Si no acudo á su defensa
se va de Madrid el coche
sin él. Qué mal corazon!
Hipólito. ¿Posible es que tú le abones
despues de haberse atrevido
á quererte.....
Tomasa. Pobre jóven!
¿Puedo yo acaso impedirle
que me quiera y que me adore?
Ya que no mi gratitud,
bien merece que le otorgue
mi compasion.
Hipólito. La que empieza
por compadecer..... Demontre!
Tomasa. No digas majaderías.
Mujer que se inclina á un hombre
no facilita su ausencia.
Hipólito. Cierto; tienes mil razones;
y celebro que se escape
porque de rabia se ahorque
el desalmado usurero
que le persigue.
Fruct. ¿Y adónde
va á parar......
Tomasa. Qué nos importa?
Manuela. Aunque al extremo del orbe
se destierre, sentirá
remordimientos atroces.
¿No viste cómo tembló....,
cómo perdió los colores.....
¿No has observado mi calma,
mi indiferencia, mi noble
tranquilidad? Ni una queja,
ni denuestos, ni baldones.....
El desprecio es el castigo
que humilla más á los hombres.
Hipólito. [*Aparte á D. Fructuoso.*]
Tranquilidad? Bien por Dios!

¡Y alborotó con sus voces
la vecindad.....

[*Llaman á la puerta.*]

Fruct. Han llamado.
¿Serán tal vez acreedores.....
Hipólito. Será el criado, ó tal vez.....
Tomasa. Pero ¡abre.....
Amparo. [*Dentro, llamando otra vez.*]
Nadie responde?

[*Abre D. Hipólito la puerta, y entra Amparo.*]

ESCENA XX.

TOMASA. AMPARO. MANUELA. DON HIPÓLITO. D. FRUCTUOSO.

Amparo. Dios guarde á ustedes. ¿No está.....
Fruct. ¿Quién.....
Amparo. Don Joaquin.
Tomasa. Ha partido.
Amparo. ¿Dónde... ¿Cómo... ¿Adónde ha ido...
Traidor! Pero él volverá.
Hipólito. Por ahora, dificulto.....
Fruct. La ocasion no es oportuna.....
Amparo. Qué viene á ser esto? ¿Alguna
de ustedes le tiene oculto?
Pues vano será el ardid.
Soy señora, y se ha de ver.....
Hipólito. Está loca esa mujer?
Tomasa. Se ha marchado de Madrid.
Amparo. Hombre vil y sin conciencia!

[*Abriendo las puertas, y registrando desde ellas con la vista las habitaciones.*]

Así á mi amor corresponde?
¿Y con qué motivo...., y dónde.....
Hipólito. Qué sé yo?—En la diligencia.
Amparo. Yo no veo su equipaje.....

[*Fija la vista sobre la mesa, ve el billete que escribió D. Joaquin, le abre, y lo recorre con la vista rápidamente.*]

Todo esto anuncia..... Un papel!
Yo le abro..... Tal vez en él.....
Cielos! Sí! cierto es el viaje!
Mi furor te seguirá:
en vano me huyes, malvado.....
Mas qué camino ha tomado?
En qué diligencia va?
Tomasa. No lo sabemos.
Amparo. Traicion!
Hipólito. Se largó.....
Amparo. Cruel tormento!
Hipólito. Y volaba como el viento.
Amparo. Cuándo?
Hipólito. Ya ha rato.
Amparo. Bribon!
Me la pagará, y con costas.
Por él ando como ando!
Yo! una señora!.... Volando
voy á la casa de postas.
Si allí veo al inconstante,
de mí no se ha de burlar.
Con él tengo de viajar.....
aunque me suba al pescante.
Si ya se ha marchado el coche,
sabré qué rumbo el infiel
ha tomado, y detras de él
caminaré dia y noche.
En vano el triunfo celebra.
Si no hay carruaje, iré andando,
oh! y aunque sea arrastrando
como arrastra la culebra.
Aunque pierda mi comercio,
no se me escapa. Que no!
Áun no sabe él quién soy yo
si la mantilla me tercio!

[*Á D. Hipólito y á Manuela.*]

Rie usted?—Usted se asombra?
Sí, con valor sin segundo
le seguiré por el mundo
como si fuera su sombra.
Resuelta, resuelta estoy.
Mal que pese al fementido
él ha de ser mi marido
ó no he de ser yo quien soy;
y á su cuello me he de asir
con la mano...., con las dos....;
¡y no suelto, vive Dios,
hasta casarme ó morir!

ESCENA ÚLTIMA.

TOMASA. MANUELA. D. HIPÓLITO. DON FRUCTUOSO.

Manuela. Jesus, Jesus, qué mujer!
Fruct. Habrá la de San Quintin
si ella.....
Tomasa. Pobre don Joaquin!
Hipólito. Ya le ha caido que hacer.
Fruct. Qué hablar! Hasta por los codos!
Hipólito. Vámonos, y sin embargo
de que ella toma á su cargo
el darnos venganza á todos,
hoy os convido: venid,
y brindad los tres conmigo
porque el comun enemigo
no vuelva más á Madrid.

LA REDACCION DE UN PERIÓDICO,

COMEDIA EN CINCO ACTOS.

Estrenada en el teatro del Príncipe el dia 5 de Julio de 1836.

PERSONAS.

PAULA.	D. ANTONIO.
D. TADEO.	UN TAQUÍGRAFO.
D. AGUSTIN.	UN CAPITAN.
D. FABRICIO.	UNA ACTRIZ.
D. LORENZO.	EL PORTERO.
EL REGENTE.	UN ESCRIBIENTE.

SUSCRIPTORES.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

LA CONTADURÍA.

Sala con puerta á la derecha del actor, que es la principal, y otras dos á la izquierda; la más inmediata al proscenio guia á las cajas; la otra á la redaccion. En el foro un balcon. Mesa de escritorio con papeles, libros de cuentas, etc., y otra con tapete verde, donde trabaja un escribiente.

ESCENA I.

D. FABRICIO. EL ESCRIBIENTE.

[*Aparecen D. Fabricio y el Escribiente sentados, el primero á la mesa de escritorio, y el segundo á la otra.*]

Fabricio. Esa carta á la Coruña.
Ya creo que van doscientas.
¡Que nunca haya de dar cuentas
aquel librero garduña!
Acabe usté ese balance,
y cuidado con la pluma;
no equivoque usted la suma
de la data ó del alcance.
Ah! ¿cuántos números sueltos
se despacharon ayer?
Di trescientos á vender......

Escrib. Todos han sido devueltos.
La empresa está en decadencia.
Si no hay quien le dé un impulso...

Fabricio. ¡Vaya usté á escribir con pulso,
con templanza, con prudencia!
En no tocando á rebato
todo escritor se malquista.
No hay quien lea á un periodista
si es periodista sensato.
Con esta guerra civil.....
¿Dónde estás, que no te veo,

tiempo amable del *Correo*
literario y mercantil?
Sin disputas, sin rivales
su redaccion prosperaba,
y eso que vivia esclava
de censuras monacales.
No hay cosa como escribir
bajo la sombra de un solio,
y ejercer el monopolio
de desbarrar y mentir.
Pero cesó el privilegio,
y hay plaga de publicistas,
y se echan á periodistas
los muchachos de colegio.
¿Cómo el lucro del oficio
á tantos ha de alcanzar?
Si cuatro pueden medrar,
cuarenta van al hospicio.
Así en tres años de fecha
lo ménos treinta finaron,
y todos ellos soñaron
una fortuna deshecha.
El venerable *Correo*
murió de un golpe de estado;
murió tambien extenuado
el narcótico *Ateneo*.
Murió eclipsada la *Aurora*
víctima de un mandarin,
y la *Crónica* dió fin
por meterse á redentora.
Sin cumplir del año un tercio
á oscuras murió la *Estrella*,
y poco vivió más que ella
el *Boletin del Comercio*.
El rayo ministerial
abrió un mismo panteon
al *Eco de la Opinion*,
al *Tiempo*, al *Universal*,
y al *Cínife*, que asustaba
cual horroroso vestiglo,
y á aquel atrevido *Siglo*
que cual Ícaro volaba.
Y feneció el *Nacional*,
que *Fénix* renace ahora,
y se suicidó en mal hora
la *Gaceta judicial*.
El efímero *Ladron*
dijo al morir en la cuna:
no os hago falta ninguna.
Hay tantos en la nacion!
Cayó en el profundo abismo
la *Floresta*, áun muy novicia,
y el *Eco de la justicia*
se hizo justicia á sí mismo.
Cayó el *Mantuano Guerrero*,
y cayó el *Observador*,
y cayó el *Compilador*,
y trasmigró el *Mensajero*.
Y aunque diz que *Metternic*
amaba su tierna infancia,
no salió de la lactancia
la *Peninsule iberique*.
Cayó en fin la *Miscelánea*,
cayó el *Álbum*, Dios le asista!
y la *Abeja*, y el *Artista*,
que se dió muerte espontánea.
Y otros varios que no cuento
su breve vida acabaron,
sin contar los que espiraron
ántes de su nacimiento.
Y tambien, segun barruntos,
irá el nuestro el mejor dia
á la santa cofradía
de los hermanos difuntos.

ESCENA II.

PAULA. D. FABRICIO. EL ESCRIBIENTE.

[*Paula trae alguna labor ligera, que deja sobre una silla; D. Fabricio se levanta y el Escribiente sigue trabajando.*]

Paula. Dónde está don Agustin?
Son las diez, y áun no ha venido!
Fabricio. ¿Qué ha de hacer el pobre mozo
si se retiró á las cinco?
Que aunque dijo...., yo no sé
fijamente quien lo dijo,
que con amor no se duerme,
es garrafal desatino.
Paula. ¿Tan tarde se retiraron
ustedes?
Fabricio. ¡Ese maldito
periódico..... Si él no acaba,
tiene de acabar conmigo.
Cuartillas y más cuartillas.....
Nada basta. Es un abismo.
Y, ya se ve, aunque se llenen
ocho columnas de ripio,
para llenar las que restan
es fuerza sudar el quilo,
si uno ha de escribir de modo
que no mate de fastidio
al benévolo lector.
Y cada dia lo mismo!
Es mucho afan!
Paula. Sí por cierto.
Con ese trajin continuo
esta casa es un babel.
Allá cajas y rodillos,
acullá prensas, aquí
el cierre y el embolismo
de cuentas y suscripciones,
más allá papeles, libros....,
adentro la redaccion.....
Vaya, es mucho laberinto.
Y tanto entrar y salir,
tanto disputar..... Dios mio!
Así es que á todos nos lleva
papá como zarandillos.
Yo misma más de una vez
tengo que poner en limpio
los borrones de mi padre

cuando se mete á erudito,
ó ayudo á pasar las pruebas,
ó traduzco un parrafillo
de modas. Oh qué ajetreo!
Yo no sé quién ha metido
á mi padre en tal Liorna;
y áun si fuese productivo
el periódico...; mas temo
que sobre perder el juicio
nos ha de dejar por puertas.

Fabricio. ¿Qué quiere usted! Los partidos.....
Como á ninguno halagamos
y á todos los combatimos,
y no queremos carlistas,
y no hay aquí dos patricios
que piensen del mismo modo,
dónde hemos de hallar amigos?

Paula. Si por Agustin no fuera,
veria con regocijo
la muerte del tal diario.
Así daria otro giro
á su capital mi padre,
y no estaria en peligro
de ir á parar con sus huesos
un dia á San Bernardino.
Mas si el periódico cesa,
ya no tendremos arbitrio
para vernos; y áun así,
si no muda de designio
mi padre....

Fabricio. ¿Quién.... Es la voz
de don Agustin.... El mismo.

ESCENA III.

PAULA. D. FABRICIO. D. AGUSTIN.

Agustin. Paula querida! Te veo,
y no á tu padre cruel.
¡Venturoso el dia de hoy
me ha amanecido....

Fabricio. Á las diez.

Agustin. Déjame besar tu mano
una vez, y dos y cien....

Paula. Quieto, que no estamos solos.

Agustin. Don Fabricio siempre fué
mi mejor amigo....

Fabricio. Cierto.

Agustin. Colaborador....

Fabricio. Pardiez!
para besar lindas manos
cualquiera lo puede ser;
pero con nueve chiquillos
y al borde de la vejez.....
Harta colaboracion
tengo yo con mi mujer,
y el periódico y las cuentas.....

Agustin. El Escribiente, ya ves.....
Aquello es sólo una máquina
para embadurnar papel.

Paula. Mas si nos viese mi padre.....

Agustin. ¡Si al cabo lo ha de saber;
si al cabo será forzoso
que su licencia nos dé.....

Paula. Lo dudo.

Fabricio. Don Agustin,
ya ès tarde: examine usted
el artículo de fondo,
y á ver si se ha de poner
boletin de variedades,
ó el comunicado aquel.....

Agustin. Lugar tenemos: todo eso
lo puede usté hacer muy bien.

Fabricio. Usté es redactor en jefe.
Yo no me debo meter.....

Agustin. Tenga usted piedad de mí.
Sabe Dios cuándo podré
volver á hablar con mi Paula.
Ahora que llegó mi vez
góceme yo en esos ojos,
y al alma rendida y fiel
vuelvan la calma perdida
sus labios de rosicler.
¿Quiere usted que hable de Córtes,
ó de la legion de Argel,
ó de los partes de Mina,
de si coopera el inglés,
de la ley electoral,
de si alza ó baja el papel....,
cuando en plática sabrosa
jurar puedo eterna fe,
constancia eterna á la bella
que es mi patria, que es mi Eden,
y que al fin será mi esposa,
ó he de morir á sus piés?
Si ha de ser causa el periódico
de turbarme en mi placer
un instante, un solo instante,
lléveselo el diablo.

Paula. Amén.

Fabricio. Pero.....

Paula. Tiene mil razones.
Déjeme usté hablar con él.
Preciso es tener una alma
de hielo ó de no sé qué.....

Agustin. Un alma de periodista.....

Paula. Para interrumpir.....

Agustin. ¡Sandez
como ella.....

Paula. El tierno coloquio
de dos que se quieren bien.

Fabricio. Bien está. No hay que enfadarse.
Yo solo trabajaré,
que á celo nadie me gana
y á mirar con interes
el papel que, malo ó bueno,
al fin me da de comer.
Así, yo soy el *fac tótum*
de la empresa; usted lo ve.
Yo redacto, yo traduzco,
yo corro como un lebrel
á caza de novedades,
yo las invento tambien

si es preciso, yo recibo
las suscripciones del mes,
llevo la cuenta y razon....,—
eso da poco que hacer,—
despacho todo el correo,
corrijo pruebas despues,
y echaré mano á una prensa
cuando sea menester;
sí, señor.....¡ Pero yo estaba
hablando con la pared.
No es maravilla. Muchachos.....
Vuelvo á mi tarea pues.

[*Vuelve á sentarse, y escribe.*]

Agustin. ¿Qué me dices!
Paula. Que se empeña
en que vaya á Santander.
Como está tan achacoso
mi tio don Bernabé
y no tiene ningun hijo.....
Agustin. Sí, la codicia..... Eso es!
No quiere que se le escape
la herencia.
Paula. Su proceder
no es extraño. Cada cual
mira por sí.
Agustin. Ya; tal vez
tú tambien deseas.....
Paula. Yo!
Qué! ¿soy yo tan ruin mujer
que tal se piense de mí?
Quince dias de esquivez
no son bastante castigo
para esa injuria cruel.
Agustin. Ah! perdona.....
Escrib. Á quién va esto?
Fabricio. Al librero de Jerez.
Agustin. Sólo al contemplar que ausente
de tus ojos me he de ver,
pierdo el juicio.
Paula. Como el tio
me conoció en mi niñez,
me quiere mucho, y porfia
para que le vaya á ver.—
Y áun el viaje es lo de ménos.
Agustin. Lo de ménos, dices! eh?
Pues ¿qué mayor desventura.....
Paula. Otro tio...., el don Gines,
mercader de lencería....,
tiene un hijo.....
Agustin. ¡Lucifer
se le lleve! Ya adivino.....
Paula. Quieren casarme con él.
Agustin. Y todo se queda en casa!
Pero, señor! ¡que ha de haber
siempre un primo de por medio.....
¿Y un hortera montañes
me ha de usurpar.....No en mis dias:
la boda no se ha de hacer.
Si te pones en camino,
aunque supiera ir á pié
allá voy yo tras de ti,
y á ese primo de almacen
le diré cuántas son cinco.
Fabricio. [*Al Escribiente como contestando á una pregunta.*]
Nada; dejarlo correr.....
Se desprecia.
Agustin. Despreciar?
Le he de acribillar la piel
á estocadas, ó desiste.....
Fabricio. Si yo no hablo con usted!
Hablaba de ese periódico
que con tanta avilantez
nos injuria.—Á qué ofenderse,
si nadie lo ha de leer?
Digo bien, don Agustin?—
Á otra puerta.
Paula. No lo sé,
mas cuando llegue la hora
será fuerza obedecer.
¿Qué disculpa.....
Agustin. Ponte mala.
Paula. Ni con eso excusaré
la partida, ni yo sirvo
para farsas de entremes.
Agustin. Pues ¿qué medio buscarémos?
Si te vas, te seguiré,
ya lo he dicho; mas quizá
no rechace con desden
mis súplicas.....
Paula. No, por Dios!,
que ya ha llegado á entender
tu inclinacion amorosa
y la mira de traves.
¿Qué sería si supiera.....
Agustin. Ah maldito de cocer!
No me quiere para yerno
porque yo no soy marqués,
ni hacendado, ni intendente.....
Paula. No te aflijas. Cumpliré
mi palabra. Ó seré tuya,
ó de nadie.
Agustin. ¡Ah, dulce bien,
ídolo mio! Bien haya
esa boquita de miel.....
Fabricio. ¡Chit..... La voz de don Tadeo.
Paula. Ah! ya está allí. Si me ve
salir corriendo es peor.....
Aquí me siento á coser.

[*Se sienta en una silla que habrá en el balcon, y se pone á coser.*]

ESCENA IV.

PAULA. D. AGUSTIN. D. FABRICIO. EL ESCRIBIENTE. D. TADEO.

Tadeo. [*Entra muy afanado con un paquete de cartas.*]
Deje usté eso, don Fabricio,
que ya traigo aquí el correo.....

Fabricio. Copiosa correspondencia!

Tadeo. [*Sentándose junto á la mesa: tambien lo hace D. Agustin, y ayuda á abrir y leer cartas, pero distraido y mirando á hurtadillas á Paula.*]

Toma! cerca de doscientos
reales me cuesta. Ahora mismo
he satisfecho al cartero.....
Los doy por bien empleados.
Hoy recibimos lo ménos
cuatrocientas suscripciones
nuevas. Eh! vamos abriendo.—
Y eso es natural. El público
debe apreciar el criterio
imparcial, la sensatez
y el patriotismo severo
que respiran las columnas
de mi diario.

Fabricio. Eso es cierto,
las doctrinas que profesa
nuestra redaccion.....

Agustin. Yo creo
que mis principios.....

Tadeo. Sí tal.
Digo que estoy muy contento.
Y para ser tan tronera,
escribe usted con un seso.....

Agustin. Yo no sé si escribo bien,
pero escribo lo que siento.

Paula. (No me ha visto todavía.)

Tadeo. [*Leyendo una carta.*]

«Málaga, quince.....» Qué es esto?
Aquí nos ponen como hoja
de perejil.—«Pasteleros....,
retrógrados, fusionistas....,
estafadores del pueblo.....»

Agustin. Y quién firma?

Tadeo. Es un anónimo.

Fabricio. Y aquí hay otro.

Tadeo. Santo cielo!

Fabricio. Mire usted. Es ¡de mi flor!

Tadeo. Qué garrapatos tan feos!

Fabricio. Una cruz en este lado,
aquí una horca, y en medio
con letrotas garrafales
Viva Cárlos Quinto!

Tadeo. ¡Perro,
faccioso! Si le pillara.....

Fabricio. Estos son otros requiebros.
«Francmasones...., jacobinos,
herejes...., traidores...., negros....»

Tadeo. Se ha visto infamia como ella?

Agustin. Bobada! ¿Quién hace aprecio
de anónimos? Estos son
gajes del oficio.

Tadeo. Bueno.
Diviértanse los ociosos
en hacer que pierda el tiempo
el prójimo y en hartarle
de amenazas y dicterios,
pero envien sus anónimos
francos de porte, á lo ménos.—
Otro?

Fabricio. No, señor. Se queja
un suscritor de Toledo
de que le faltan seis números.

Tadeo. Enviarlos, y *laus Deo.*
¡Pero es tambien fuerte cosa
que por descuidos ajenos,
ó porque haya estafetistas
que se nos queden con ellos,
se pierda tanto periódico!
Luégo dicen: los cogieron
los facciosos..... ¿Y cómo es
que no cogen ni por pienso
las cartas en que se quejan
de su falta tantos pueblos?
Veo que será forzoso,
como los hay contra incendios,
establecer en España
seguros contra Correos.—
Qué es eso?

Agustin. Un comunicado.

Tadeo. Y este es otro. Buen refuerzo!

Fabricio. Un patriota de Almería.....

Tadeo. Se suscribe?

Fabricio. No por cierto.
Se despide.

Tadeo. Vaya en gracia!

Agustin. Aquí nos dice el librero
de Cádiz.....

Tadeo. Gracias á Dios!

Agustin. Que de los números sueltos
no ha vendido uno, y que va
cada dia decayendo
la suscripcion.

Tadeo. Lindamente!

Paula. (Qué cara pone! Yo tiemblo.)

Tadeo. Aquí envia el de Sevilla
su cuenta. Bravo! Sumemos.....
Ejemplares recibidos,
cincuenta; vendidos, cero.....
Qué deliciosa balija!
Sólo me trae contratiempos
y pesadumbres. ¡Y yo
que esperaba..... A ver? Qué es eso?
Otro suscritor que cesa?

Agustin. No, sino cuatro.

Tadeo. ¡Me alegro,
me alegro y vuelvo á alegrarme!
¿Ha venido del infierno
ese postillon?—¿A ver
lo que nos dice este pliego.....
Mucho abulta. Qué será?
Calle! una resma de impresos.....
y esta carta..... Es de Palencia.
«Amigo mio y mi dueño:
El periódico de usted
es patriótico y ameno,
pero aquí no gusta.....» Bravo!—
«Y por tanto le devuelvo
los veinticinco ejemplares
que me remitió, y le ruego.....
Et cætera.» ¡Habrá judío,

ladron..... ¡Sobre no venderlos,
me hace pagar cuatro duros
por la noticia! No quiero
leer más. Vaya al demonio
el diario y.....

ESCENA V.

PAULA. D. AGUSTIN. D. TADEO. D. FABRICIO.
EL ESCRIBIENTE. VARIOS SUSCRIPTORES.

Susc. 1.° Caballeros,
buenos dias. ¿Es aquí
donde se suscribe.....
Tadeo. (Ah! bueno!)
Sí, señor. Lléguese usted
á esa mesa.

[*Al Escribiente.*]

Vamos presto,
apunte usted al señor.
Susc. 1.° Que me apunte? No; ¡si vengo
á que me borre!
Tadeo. Ya...., bien.....
Susc. 1.° Estoy ya hasta los cabellos
del órden, de la concordia,
la fusion y los derechos
adquiridos..... Nada, nada!
Progreso, y siempre progreso.

[*Se acerca al Escribiente como para dar su nombre. El Escribiente le borra de un libro, y el Suscriptor se retira: lo mismo harán luégo sucesivamente los otros.*]

Tadeo. [*En voz baja.*]
¿Quién es.....
Agustin. Le conozco mucho.
Anda á caza de un empleo,
y tocará mil resortes
hasta lograrlo.
Susc. 2.° ¿Podemos.....
Fabricio. Adelante.....

[*Entran otros ocho ó diez suscriptores.*]

Tadeo. Ustedes vienen
sin duda con el objeto.....
Susc. 3.° De dejar la suscripcion.

Tadeo. [*En voz baja á los redactores.*]
Qué va á ser de mí? Yo muero!
Pero ¿qué epidemia es esta,
Dios mio!
Escrib. ¿Y usted.....
Susc. 2.° Don Pedro
Gonzalez, calle del Barco.
Susc. 3.° Ahí está mi nombre. Anselmo
Barrera.....

Escrib. [*Al Suscriptor 2.°*]
Espérese usted;
que hay que volverle dinero.
Usted se habia suscrito
por tres meses.....
Susc. 2.° Bien: el resto
quédese en la redaccion.
Servirá para el entierro
del periódico.

[*Vase.*]

Tadeo. ¡Oiga usted.....
¿Habrá un modo más perverso
de ser generoso?
Susc. 3.° Abur.
Susc. 4.° Benito Sanchez.

ESCENA VI.

PAULA. D. AGUSTIN. D. TADEO. D. FABRICIO.
EL ESCRIBIENTE. D. ANTONIO.
SUSCRIPTORES.

Antonio. [*Dirigiendo la palabra á D. Tadeo.*]
Yo vengo
á suscribirme.....

Tadeo. [*Se levanta, y le lleva léjos de la mesa del Escribiente. D. Agustin aprovecha la ocasion y cuchichea con Paula. D. Fabricio acaba de leer el correo.*]

Ah! Mil gracias.
(Si ve lo que están haciendo
los otros, somos perdidos;
le entra el arrepentimiento.)
Véngase usted á este lado.
Ahora se están suscribiendo
todos aquellos señores,
y hasta que acaben con ellos.....
Como es principio de mes.....
Huy! Esto es un jubileo.....
Antonio. ¿Conque va bien el negocio?
Pues me habian dicho.....
Tadeo. Viento
en popa. Ya no me bastan
los operarios que tengo.
(Todos me van á sobrar
si Dios no pone remedio.)

Paula. [*Aparte con D. Agustin.*]
Por Dios, no me comprometas.
Agustin. No hay cuidado. Ya le observo.....
Ahora no nos ve.
Tadeo. ¿Cuál es
esa condicion? Si puedo.....
Antonio. Que me han de insertar ustedes
este artículo, al momento.

[*Le da un manuscrito.*]

Tadeo. ¡Tan largo.....
Antonio. No quito nada.

Tadeo. Si esto parece un proceso!
Dígame usted, ¿y es en contra,
ó en favor del Ministerio?
Antonio. En contra, mas ya que ustedes
son neutrales.....
Tadeo. Con efecto.....
Se pondrá. (Así como así
con defender al Gobierno
no he de medrar.) Venga usted,
y le apuntarán.....

[*Conduciendo á D. Antonio á la mesa del Escribiente, ve á Paula que habla con D. Agustin.*]

¿Qué veo!
¡Aquí tú.....
Paula. Vine.....
Agustin: (¡Maldito.....)
Tadeo. ¿No te he dicho que no quiero.....
Antonio. [*Al Escribiente.*]
Antonio Perez.
Tadeo. ¿Que salgas
de tu cuarto? Estamos frescos!
¡Venirse aquí.....
Paula. Como vive
Joaquina pared por medio.....
Tadeo. Sí, Joaquina..... No es Joaquina....
Paula. Desde este balcon la veo
más de cerca.....
Tadeo. Sí..... Al señor,
que te dice chicoleos.
Agustin. Yo.....
Tadeo. Mas ¡vive Dios.....

[*Viendo que se va D. Antonio, y despidiéndole afectuosamente.*]

Abur.
Mañana mismo, lo ofrezco,
saldrá el artículo.
Antonio. Bien.
Tadeo. Y esta casa..... Nada tengo
que decir á usted.
Antonio. Mil gracias.
(Me apestan los cumplimientos.)

ESCENA VII.

D. AGUSTIN. PAULA. D. FABRICIO. DON TADEO. EL ESCRIBIENTE.

Tadeo. Áun estás en el balcon?
Paula. [*Se levanta.*]
Ya me voy. ¡Buena aprension.....
Tadeo. Vete, que aquí me incomodas;
y acaba esa traduccion
del artículo de modas.
Paula. Temo que me salga mal,
que yo para eso no valgo.
Tadeo. Cuando falta material
todos hemos de hacer algo.
Agustin. (Sí, lo que hagas tú..... Animal!)
Paula. Vuelvo al artículo pues,
mas será cosa del diablo
que me critiquen despues.....
Tadeo. Si no entiendes un vocablo.....
te lo dejas en frances.
Paula. Aquí no estamos en Francia,
y.....
Tadeo. Basta; no me acalores.
Vete. Eso hacen en sustancia
más de cuatro traductores
que se dan mucha importancia.

ESCENA VIII.

D. AGUSTIN. D. TADEO. D. FABRICIO. EL ESCRIBIENTE.

Tadeo. Acaba usted, don Fabricio?
Fabricio. [*Se levanta y tambien el Escribiente.*]
Ahora mismo, sí, señor.
Ya ha acabado el contador.
Ménos me ocupa este oficio
que el otro, el de redactor.
Tadeo. Á la otra sala. Viveza!
Prepare usté original.....
Fabricio. Bien. Sígame usted, Baeza.
Tadeo. (Esto va muy mal, muy mal.)

[*Á D. Agustin que seguia á D. Fabricio.*]

Quédese usted, buena pieza.

ESCENA IX.

D. AGUSTIN. D. TADEO.

Tadeo. (Ahora que á solas le cojo
voy á descargar mi enojo
sobre el galan mequetrefe.)
Señor redactor en jefe!....,
el periódico está flojo.
Agustin. Y es mia la culpa?
Tadeo. Sí.
Agustin. ¿No dijo usted, hace poco,
mil alabanzas de mí?
Tadeo. Si las dije, estaba loco,
señor mio.
Agustin. Será así.
Tadeo. Yo con doctrinas no medro,
y es usted muy doctrinario.
Agustin. Pues, amigo.....
Tadeo. El pueblo es vario,
y tambien, voto á san Pedro,
ha de serlo mi diario.
Pero como usted lo mira
con desvío y abandono
miéntras por Paula suspira,
se lleva el diablo al abono;
todo el mundo se retira.

Pues como soy que me alegro!
Ni yo del sueldo que doy
con amores me reintegro,
ni de parecer estoy
de que usted me llame suegro.
Agustin. Pudiera amarla tal vez
sin ofender su virtud.....
Tadeo. Qué audacia! qué ingratitud!
Agustin. Y sin ajar la altivez
de esa honrada senectud.
Tadeo. Si á lo ménos prosperase
en sus manos mi papel,
podria decir: Eh!.... pase.....
Ya que es fuerza que la case,
sea en buen hora con él.
Agustin. Ah! si la ventura mia
fuese tanta, noche y dia
sin aspirar á otra palma
con el cuerpo y con el alma
por usted trabajaria.
Poco tengo de poder
ó el diario ha de volver
al auge, al antiguo crédito.....
Tadeo. ¡Haberse quedado inédito
todo el número de ayer!
Agustin. No, todo no; pero, en suma,
qué es un dia, dos, ni diez?
Con un buen rasgo de pluma
el periódico otra vez
subirá como la espuma.
Si usted por una futesa
se ha de afligir.....
Tadeo. Buena es esa!
¿No quiere usted que me aflija
si me arruina usted la empresa,
y me requiebra á la hija?
Aun esto, poco me importa,
que yo sabré atarla corta
miéntras le doy un marido;—
y tenga usted entendido
que no es para usted la torta.—
Pero es fuerza dar impulso
á esta muerta redaccion.
Agustin. Mi plan es.....
Tadeo. Trivial, insulso.
Nada! ¡Lenguaje convulso,
y sangrienta oposicion!
Agustin. Ya se hace cuando es forzoso.....
Tadeo. Siempre! No ha de haber reposo.
Á todo el que mande, palo;
duro á roso y á velloso,
y á lo bueno y á lo malo!
Agustin. Dejo entónces mi destino.
No es tanto mi frenesí.
Otro habrá.....
Tadeo. Mucho que sí.
Agustin. Si se ha de escribir sin tino,
yo ya estoy de más aquí.
(Ay Paula! Por ti lo siento.)
Por despedido me doy.
Reempláceme usté al momento.
Tadeo. Mañana. Acabe usted hoy
su tarea.....
Agustin. Bien; consiento.
Tadeo. Abur.—Me voy á las cajas.....
Agustin. Yo á la redaccion.
Tadeo. Canario!
Si no he de sacar ventajas.....
Yo buscaré un carbonario
que no se duerma en las pajas.

ACTO SEGUNDO.

LA REDACCION POR LA MAÑANA.

Sala diferente de la del acto primero. En el foro puerta vidriera que da al gabinete de Paula. Otra á la derecha del actor, que es por donde entran los que vienen de la calle; y otra que guia á las habitaciones interiores. Habrá dos mesas con escribanía. D. Agustin aparece sentado á la primera, que estará cubierta de periódicos, folletos, artículos manuscritos, etc. D. Fabricio traduce en la otra párrafos de un diario frances.

ESCENA I.

D. AGUSTIN. D. FABRICIO.

Fabricio. ¿Conque riñeron ustedes?
Agustin. Sí, señor. Vaya al demonio
con sus humos de empresario.
Yo á caprichos no me doblo
de un naranjo como él,
ni mis doctrinas inmolo
á cálculos mercantiles.
Fabricio. Pues yo á todo me conformo,
subalterno redactor.
Como no es mio el negocio,
ni tengo ambicion política.....
Agustin. Lo celebro. De este modo
por conducto de un amigo

tan fiel y tan bondadoso
podré escribir á mi Paula,
ya que el bárbaro ostrogodo
de su padre ha puesto fin
á nuestros dulces coloquios.

Fabricio. Cuente usted con mi amistad,
que tambien he sido mozo,
y me han gustado las faldas,
y por aficion me embobo
con amoríos ajenos
como un dia con los propios.

Agustin. Mil gracias, amigo mio,
y crea usted que si logro....

Fabricio. No hablemos de eso. Acabemos
de ordenar nuestro periódico.
Tenemos hoy folletin?

Agustin. Sí, un artículo muy corto
de teatros.

Fabricio. Ya; poniendo
de vuelta y media á los cómicos;
no es verdad?

Agustin. Ya sabe usted
cómo escribe ese demonio
de muchacho.

Fabricio. Oh! tiene gracia;
y no le falta tampoco
la razon algunas veces;
pero son tan quisquillosos
los actores.... Ya ve usted;
todo no ha de ser elogios.

Agustin. Yo no repruebo la crítica,
pero sea sin encono,
sin mofa, que cuando se aja
demasiado el amor propio.....
Y harta pena es arrostrar
indefenso un dia y otro
la inexorable censura
del respetable auditorio.

Fabricio. Respondan á los artículos.
Se lo estorbamos nosotros?
Nadie ha venido hasta ahora
á quejarse, y yo supongo.....

Actriz. [*Á la puerta.*]
Se puede entrar?

Agustin. Adelante.

Fabricio. ¿Quién es.... Ah! ya la conozco.
[*Habla al oido á D. Agustin.*]

ESCENA II.

D. AGUSTIN. D. FABRICIO. LA ACTRIZ.

Actriz. Saludo á ustedes.

Agustin. [*Levantándose.—D. Fabricio saluda con la cabeza, y sigue trabajando.*]
Señora....

Actriz. ¿Tengo, por dicha, el honor
de hablar con el redactor
de teatros?

Agustin. No está ahora.
Pero tome usted asiento.....

Actriz. Gracias, gracias; bien estoy.
Dos palabras y me voy.
Óigame usted un momento.
Ya que la suerte no tenga
de ver á ese caballero,
sabiendo usted lo que quiero
se lo dirá cuando venga.

Agustin. Se tendrá por muy feliz
en servir á usted.....

Actriz. Barrunto
que no. Vamos al asunto.
Pues, señor,.... yo soy actriz.

Agustin. Sea en buen hora.

Actriz. Actriz nueva
en la escena de Madrid.
Con la *Jimena* del *Cid*
hice anteanoche mi prueba.
Y qué triunfo! Pero ese hombre
es conmigo un Diocleciano.

Agustin. (Dios te tenga de su mano!)

Actriz. ¡Y por vida de mi nombre.....

Agustin. No hay qué sofocarse. A ver?
Sepamos.... .

Actriz. Me ha puesto el vil
como hoja de perejil
en el número de ayer.
Qué de injurias!

Agustin. ¡Y ha podido.....

Actriz. Sí tal. Dejemos aparte
las relativas al arte,
porque de eso no me cuido.
En lo que fundo mi queja
es en el mayor agravio
que se hace á mujer. Yo rabió!

Agustin. ¡Cómo.....

Actriz. Me ha llamado vieja!

Agustin. Es falta de educacion
que de él no hubiera esperado.
Yo la hubiera á usted tratado
con más consideracion.

Actriz. Yo aprecio tanta bondad.

Agustin. Hay cosas que en mi sentir
no se deben escribir,
áun cuando sean verdad.

Actriz. ¿Cómo..... Yo.....

Agustin. Una cosa es,
señora, que por mi cuenta
pase usted de los cuarenta,
y otra que él lo diga.

Actriz. Pues!
¿Conque usted tambien me insulta?

Agustin. ¡Señora.....

Fabricio. [*Se levanta y se acerca á la Actriz.*]
(Metamos paz,
que si no este hombre escapaz.....)
No porque usted sea adulta.....

Actriz. Adúltera yo! qué horror!
qué infamia! qué vituperio!

Fabricio. Quién habla aquí de adulterio?

Actriz. Soy mujer de mucho honor,

y semejante indirecta.....

Agustin. [*Aparte á D. Fabricio.*]

Bravo! Á usted le toca ahora.

Fabricio. Adulta he dicho, señora;
y áun debí decir provecta.

Actriz. Yo no soy mujer de edad,
y esa chanza es ya importuna.

Fabricio. Usté ha de tener alguna
por fuerza.

Actriz. Qué iniquidad!
Esto es sin duda venganza
de alguna rival traidora....

Agustin. Sosiéguese usted, señora,
que todo ha sido una chanza.
(Mil piropos la diré
por tal de echarla de aquí.)

Actriz. Ayer veintiocho cumplí.
En casa tengo la fe.....

Agustin. Qué fe? Si usted lo asegura,
basta y sobra; y la vejez
nunca ha mostrado esa tez,
esa gracia, esa frescura.....

Actriz. [*Haciendo dengues.*]

Eh? De véras? Qué burlon!

Agustin. Ahora hablo de véras, sí.

Fabricio. Bien; ya no hago falta aquí.
Me vuelvo á mi traduccion.

[*Vuelve á sentarse y á trabajar.*]

Actriz. Pues de esa suerte, yo espero
que me hará usted el favor
de enmendar pronto el error
de su incivil compañero.
¡Adios mi carrera artística
si de vieja cobro fama!
No me ajustarán de dama,
sino de característica.

[*Por la vidriera del foro se ve á Paula que está observando.*]

Agustin. En el número inmediato
quedará usted complacida.

Actriz. Y en extremo agradecida.
Perdone usted el mal rato.....

Agustin. Mal rato? No diga usté eso.
Al ver ese lindo rostro,
flechado de amor me postro
con extático embeleso.

Actriz. Jesus! Usted me abochorna.
Ese es mucho galanteo.

Agustin. Venturoso el coliseo
á quien tal belleza adorna.
Que no fuera yo poeta!
Para usted escribiria
un papel.....

Actriz. Yo lo querria.....

Agustin. De emperatriz?

Actriz. De coqueta.

Agustin. Lo es usted?

Actriz. Cualquier muchacha
ese carácter dibuja.

Agustin. ¡Y usted que es (maldita bruja!)
tan donosa y vivaracha!....
Malagueña?

Actriz. De Manilva.—
Conque, abur. Yo poco valgo;
mas, por si se ofrece algo....
vivo en la calle de Silva.

Agustin. (Esa es la que tú mereces,
y te la daré de firme
si vuelves á interrumpirme
con ridículas sandeces.)

Actriz. Aquí las señas están
de mi casa.

[*Le da una tarjeta.*]

Agustin. Venga, pues.
Iré á ponerme á esos piés.
(Qué tarasca!)

Actriz. (Qué galan!)

[*Don Fabricio hace un ligero movimiento como para levantarse.*]

Quieto ahí.... Quietos los dos.....

Fabricio. (¡Facilito es que yo fuera.....)

Agustin. Hasta la puerta siquiera.....

Actriz. No replico.—Adios, adios.

ESCENA III.

D. AGUSTIN. D. FABRICIO. PAULA.

Agustin. [*Al volver de acompañar á la Actriz, se encuentra cara á cara con Paula.*]

Vaya, que aventura igual....

Paula. Sí, muy graciosa aventura.

Agustin. Estabas aquí, Paulita?

Paula. Sí estaba. Por qué te turbas?
Las dichas de mis amigos
me sirven á mí de mucha
satisfaccion.

Agustin. No comprendo.....

Paula. En vano lo disimulas.
Otra en mi lugar ahora
te diria hecha una furia
que eres falso, infiel, perjuro;
mas con tan alta hermosura
no puedo yo competir;
y si por ella me burlas,
lo sublime del objeto
tu infidelidad disculpa.

Agustin. Pero...., Paula! Hablas de véras?

Paula. No, que hablaria de chunga
despues que en mi propia casa,
á mis ojos.... Ah! Qué injuria!
qué vileza!

Agustin. ¿Y es posible,
Paula mia, que presumas.....

Paula. Presumo que eres un pérfido,
un ingrato. ¡Nunca, nunca
te hubiera yo conocido!

Agustin. Esto me faltaba! Escucha.....
Paula. No escucho.
Fabricio. Celos ahora?
Agustin. Ah! venga usted en mi ayuda,
don Fabricio.

[*Se levanta D. Fabricio.*]

Diga usted,
si á esa mujer, que confunda
el cielo, he visto en mi vida
hasta que mi ruin fortuna
la trajo aquí.
Fabricio. ¿Ha visto usted,
señorita, por ventura
aquel malhadado gesto?
¿Ha visto usted su peluca
y el quintal de bermellon
con que cubre sus arrugas?
¿Cómo puede ser que un jóven
discreto, bella figura,
y, lo que áun es más, querido
de una muchacha tan pulcra,
tan mona,..... vaya á prendarse
de semejante falúa?
Paula. Los hombres son caprichosos;
no se contentan con una,
y por variar.....
Fabricio. Qué simpleza!
Paula. Ella ha venido en su busca.....
Fabricio. Eh, señora! Es una pobre
comedianta. Esa andaluza
que anteanoche se dió á luz,
y aunque el pueblo la repulsa
se tiene por grande actriz.
Los periódicos la abruman
á epigramas: en el nuestro
la hemos llamado vetusta;
ha venido á querellarse
de tan horrible calumnia;
y por diversion nosotros
le hemos dicho cuatro pullas
que ha convertido en sustancia:
esta es la verdad desnuda.
Conque pelillos al mar,
y que se pase la murria.
Acérquese usted, pobre hombre;
venga usté acá, criatura.
La mano.....

[*Toma á cada uno una mano, y hace por unirlas. Paula se resiste un poco.*]

Venga esa otra.
Ahora las quiero ver juntas.....
Eh! no hay que hacerse de pencas.—
¡Ánimo, usted..... Vaya,..... á una!

[*Se dan las manos D. Agustin y Paula.*]

Así..... Bravo! Dios piadoso
bendiga vuestra coyunda!

[*Vuelve D. Fabricio á su tarea.*]

Paula. Porque no diga el señor
que soy una testaruda,
me he desenojado, pero.....
Agustin. Aprension como la tuya
no se ha visto. ¿Qué haré yo
para disipar tus dudas?
Ves la tarjeta? La rompo
sin leerla.
Paula. Así me gusta.
Agustin. Y mañana en un artículo
diré que es una lechuza.
Quieres más?
Paula. Ni áun tanto: basta.
No quiero que por mi culpa
aflijas á una infeliz
cuyo bienestar se funda
en la pública indulgencia.
Sería crueldad injusta,
cuando acaso ya no espero
volverte á ver.....
Agustin. Qué me anuncias?
Paula. Ya sé que te has despedido.....
Ha sido mucha locura.
Agustin. No lo he podido excusar.
Mas tu viaje..... ¿se efectúa?
Paula. Áun no sé cuándo. Mi padre
lo prepara, y me importuna.....
Mas no tardará en venir,
y si nos ve.....
Fabricio. [*Traduciendo.*] «De Maguncia
con fecha quince de Mayo
escriben que el rey de Prusia.....»
Paula. Por don Fabricio sabrás
cualquier novedad que ocurra.
Adios.
Agustin. Adios, hechicera.
Serás mia?
Paula. Hasta la tumba.

ESCENA IV.

D. FABRICIO. D. AGUSTIN.

Agustin. [*Sentándose de nuevo á trabajar.*]

Qué cariñosa! qué bella!
No digo bien, don Fabricio?
Fabricio. Oh! mucho.
Agustin. No tiene juicio
quien no lo pierde por ella.
Verdad?
Fabricio. Sí, por vida mia.
(Darle la razon pretendo,
aunque en verdad no comprendo
tan sublime algarabía.)
Agustin. ¿Se acaba esa traduccion
de la crónica extranjera?
Fabricio. Voy á concluir.

[*Traduciendo.*]

«Baviera.....»
Agustin. Y cuántas cuartillas son?

Fabricio. Las contaré..... Siete, y una
que luégo está concluida.....
Agustin. Ocho..... y de letra metida.....
Bien harán una coluna.
Fabricio. No alcanzan, si es de breviario.
Agustin. Veamos los remitidos.

[*Toma y examina uno, que es el que entregó D. Antonio en el acto primero.*]

Este..... Tres pliegos cumplidos!
Leamos.....

[*Lo recorre con la vista.*]

Es incendiario.
Estas diatribas fatales
no producen ningun bien.
Fabricio. ¿Y puede saberse quién
lo firma?
Agustin. Dos iniciales.....
Fabricio. Adivina quién te dió.
Agustin. A..... P..... Las mias..... sin falta.
Fabricio. Cabal. *Agustin Peralta.*
Agustin. Pero no lo he escrito yo.
Fabricio. Pues si no ha de entrar en tanda
poco importa que ese hombre
Alejo Parra se nombre,
ó *Anacleto Peñaranda.*
Agustin. Á ver este?—Tambien es
sedicioso.
Fabricio. ¡Voto va.....
Esta frase..... ¿Dónde está
el diccionario frances?
Ah! traduciendo su artículo
lo tiene adentro Paulita.
Agustin. ¿Y acaso usted necesita
de semejante adminículo?
Fabricio. Á veces.....
Agustin. Ponga usted pues
lo que le ocurra. ¡Qué diablos.....
Por tres ó cuatro vocablos.....
Si al fin todo va en frances!....
Fabricio. Trabajo urgente, y diario.....
Así nada sale bien.
Agustin. Pues! El lector será quien
necesite diccionario.

[*Examinando otro artículo.*]

En este papel prolijo
sale á defender sus versos
desaboridos, perversos,
cierto poeta canijo.
Injuriando á sus censores
y armándoles un proceso
piensa triunfar; mas por eso
¿serán sus coplas mejores?—
Aquí un prócer nos envía
corregido y aumentado
su discurso *improvisado.*
No ha lugar: *órden del dia.*
Fabricio. Se quejará de que usté
su docta oracion repudie.
Agustin. Ántes que perore estudie,
que despues no hay para qué.

ESCENA V.

D. AGUSTIN. D. FABRICIO. EL REGENTE.

Regente. ¿Me da usted.....
Agustin. Original?
Fabricio. Ya tenemos aquí al pobre
de todos los dias. Vaya,
allá van esas catorce
cuartillas.
Regente. Poco es.
Fabricio. Y el bando
del ejército del Norte.
Agustin. Tome usted, señor Regente,
ese otro artículo sobre.....
Regente. ¿Á qué explicarlo, si luégo
lo veré en letra.....
Agustin. De molde.
Falta mucho para el número?
Regente. Áun está en paños menores;
digamos.....
Agustin. Lo así. No importa:
la *Gaceta* de esta noche
nos dará un par de columnas;
luégo enviarán los censores
más materiales: con esto
y con la sesion de Córtes,
la Bolsa y los espectáculos,
hay sobrado.....
Regente. Usted perdone,
pero el hombre prevenido.....
Agustin. Vale por dos. Bien, don Cosme.
Abur, y que no haya erratas.
Regente. Amigo, cuando se corre
es muy fácil.....
Agustin. Tropezar,
pero harto hace el que responde
de sus propios disparates,
sin agregarle por postre
los del cajista.
Regente. En efecto
los hay que son algo.....
Agustin. Torpes.
Regente. Eh, pásenlo ustedes.....
Agustin. Bien.
Regente. Hasta la.....
Agustin. Sí, hasta la noche.

ESCENA VI.

D. AGUSTIN. D. FABRICIO. PAULA.

Fabricio. Vaya, que es el tal Regente
personaje original.
Jamás acaba una frase.
Agustin. Le tiene uno que ayudar
siguiéndole el pensamiento,
porque si nó, es incapaz.....

[*Se oye un piano.*]

¿Qué oigo! El piano..... Es mi Paula!
¡Que no estuviera yo allá.....

Fabricio. Adios! perdió la chabeta.
Agustin. Silencio, que va á cantar!

[*Canta dentro Paula.—Durante la primera estrofa entreabre la puerta del gabinete D. Agustin, sin poderle contener D. Fabricio.*]

Paula. No importa, bien de mis ojos,
que enemigos despiadados
nos separen con cerrojos
y candados;
que yo consolada vivo,
pues con más dulce prision
late en el tuyo cautivo
mi corazon.

Agustin. Qué mágica voz! qué gracia!
qué expresion..... ! No puedo más!
Fabricio. Por Dios, hombre! Nos perdemos
si llega á venir papá.
Agustin. Mas que venga!

[*Á Paula, con un pié dentro del gabinete.—D. Fabricio le detiene asiéndole del brazo.*]

Otra coplita.
Fabricio. Vaya otra, sin ejemplar.
Paula. [*Vuelve á cantar dentro.*]

Pretenden poner á precio
de una mujer la ternura,
mas yo miro con desprecio
su locura.
Comprarán mi eterno lloro
y comprarán su baldon,
mas no se compra con oro
mi corazon.

Agustin. Bendita sea tu boca!
¿Y cómo no delirar
de regocijo y de amor.....
Canta, hermosa, canta más!
Fabricio. Quieto!
Paula. [*Se levanta y se presenta en la puerta del gabinete sin salir de él.*]

No me comprometas,
que ya no puede tardar
mi padre.....
Agustin. ¿Pero es posible
que uno contenga el afan.....
Fabricio. ¿Cómo es que yo me contengo.....
Agustin. Porque es usté un pedernal.
Fabricio. Sin embargo.....
Paula. [*Llega el Capitan: al verle Paula da un grito, cierra de golpe la puerta y desaparece: D. Agustin y D. Fabricio se vuelven sobresaltados.*]

Ah! Por Dios, vete...
Ah!
Capitan. Buenos dias.
Agustin. Qué hay?
Fabricio. Qué hay?

ESCENA VII.

D. AGUSTIN. D. FABRICIO. EL CAPITAN.

Capitan. Quién es aquí el editor,
ó el redactor principal?
Agustin. El editor ha salido;
el redactor aquí está.
Se ofrece algo, caballero?
Capitan. Mucho. Yo soy capitan
de una compañía franca,
ó guerrilla, que es igual.
Agustin. Ya veo las charreteras.
Capitan. Y estoy dado á Satanas,
y estocada y tente perro
es mi modo de enjuiciar.
Agustin. Y á qué viene eso? Nosotros.....
Capitan. Á que un *quidam*, un patan
en el diario de ustedes
ha dicho sin más ni más
que no me guia la ley,
sino la fuerza brutal;
y todo porque en su cama
me acosté dias atras
de tránsito en una aldea
cerca de esta capital,
y él se fué con su mujer
á dormir en el pajar.
Ya ve usté, en tiempo de guerra.....
No hay cosa más natural.
Agustin. Usté está hablando de broma.
Capitan. De broma? Ya se verá.
Yo vengo á exigir á ustedes
la responsabilidad.
Fabricio. Á nosotros? Buena es esa!
Agustin. Mire usté: en primer lugar,
ni el tal artículo es nuestro,
puesto que firmado va
por el paisano ofendido,
ni aquí vino original,
sino copiado á la letra
de otro diario.....
Capitan. Bah, bah!
Lilailas.....
Agustin. Ni quien se explica
con tan poca urbanidad
merece satisfacciones,
ni aquí tenemos lugar
para oir impertinencias.
Vaya usted á un tribunal.
Capitan. ¿Qué tribunal..... La justicia,....
yo me la sé administrar,
y nos veremos las caras,
que yo.....
Agustin. Déjeme usté en paz.

[*Se sienta á trabajar.*]

Capitan. [*Á D. Fabricio.*]

Pero ¿qué veo! Usted tiembla.....
Fabricio. Yo temblar? ¡Cómo..... (Es verdad.
Este filisteo tiene
trazas de abrirme en canal.)
Capitan. Á usted sin duda he debido

ese obsequio, y ¡voto á san.....

Fabricio. Atienda usted á razones.....

Capitan. No atiendo: usted me dará
satisfaccion en el campo.

Fabricio. Pero ¿con qué autoridad.....

Capitan. Con la mia.

Agustin. Vamos, esto
ya no se puede aguantar.

[*Se levanta, y vuelve á tomar parte en la disputa.—Hablan los tres á un tiempo hasta el fin de la escena.*]

Capitan. Si tiro de la charrasca.....

Fabricio. ¡Oh Dios.....

Agustin. Señor Capitan,
si usted desea camorra,
conmigo se las habrá,
pero un pobre viejo.....

Fabricio. ¡Vaya,
que es manía singular!
Sin comerlo ni beberlo.....
Y á mí, á un hombre de mi edad.....

Capitan. No se ultraja impunemente
la fama de un oficial.
Yo, aunque no tenga razon,
trueno si no me la dan.
Voto á briós!

Agustin. Oiga usted!

Fabricio. Cielos!
Pero ¡señor militar.....

ESCENA VIII.

D. AGUSTIN. D. FABRICIO. EL CAPITAN. D. TADEO.

Tadeo. Qué es esto? Quién grita?

[*La llegada de D. Tadeo, y una fuerte palmada que da el Capitan sobre una mesa, restablecen el silencio.*]

Capitan. En fin,
ó mañana se me da
en ese mismo periódico
satisfaccion muy formal
de tan inaudito agravio,
ó ustedes lo han de llorar.
Aquí vuelvo, y he de hacer
más daño que un huracan.
Papel, prensas, redactores,
todo lo he de atropellar.

Tadeo. ¡Hombre, hombre.....

Capitan. Lo dicho, dicho,
y ¡viva la libertad!

ESCENA IX.

D. AGUSTIN. D. FABRICIO. D. TADEO.

Tadeo. Qué ha sido eso?

Fabricio. Que es forzoso,
si aquí hemos de trabajar,
traer un maton de oficio
que mediante un buen jornal
se encargue de responder
á hombres de esa calidad.
Y áun esto quizá no baste,
que segun las cosas van
ni con rastrillos y fosos
tendremos seguridad.

Tadeo. Eh, son gajes del oficio,
y nadie se espanta ya
de esas cosas.

Fabricio. ¡Pues alabo
la frescura!

Tadeo. Poco mal
fuera ese si alcanzara
su antigua prosperidad
mi diario.

Fabricio. Pero ese hombre.....
Ya le oyó usted; volverá.....

Tadeo. No volverá..... Y sobre todo,
donde las toman las dan.
Á bien que hay ya redactores
nuevos, y alguno es capaz
de habérselas á estocadas
con el mismo Tamerlan.
Me ha dado un soberbio artículo,
y dos su amigo..... Ya, ya!
De oposicion por supuesto:
ya basta de lenidad.
Los he enviado al exámen
de la censura, en lugar
de esos papeles mojados
que ni dan honra ni pan.

Fabricio. ¿Conque nuevos redactores?

Tadeo. Oh! pero usted quedará,
pues no tiene otra opinion
que la de su principal.

Fabricio. Hombre.....

Tadeo. Y usté es para mí.....

Fabricio. Entiendo; una prensa más.

Tadeo. [*Á D. Agustin.*]

En cuanto á usted, amiguito,
aunque siento renunciar
para redactor en jefe
á un mancebo tan galan,
queda usted desde mañana
y para siempre jamás
destituido. No obstante,
usted me puede mandar,
fuera de aquí, cuanto guste.

Agustin. Gracias por tanta bondad,
señor mio, pero de ella
no me pienso aprovechar.

Tadeo. Celebro mucho que usted
me ofrezca esa prueba más
de fina condescendencia
y recíproca amistad.

[*Se entra en el gabinete.*]

ESCENA X.

D. AGUSTIN. D. FABRICIO.

Fabricio. [*Despues de un momento de silencio, y saliendo de la cavilacion en que estaba.*]
¡Vaya, que es fiera alimaña
el capitan guerrillero!
Agustin. Hay ótro animal más fiero.
Fabricio. Cuál? Será de especie extraña
no conocida en España.
Agustin. Don Tadeo, á mi entender.
Cuál otro pudiera ser?
Fabricio. Tiene usted mucha razon;
soy de la misma opinion.
Agustin. Pues vámonos á comer.

[*Se retiran por la puerta de la derecha.*]

ACTO TERCERO.

EL EDITOR Y SU HIJA.

El gabinete de Paula. Puerta á la derecha del actor, que es la que comunica con la sala donde está la redaccion, otra á la izquierda, y encima de ella una ventanita con vidriera. En el foro un balcon. El piano, un costurero, sillas, tocador.

ESCENA I.

D. TADEO. PAULA.

Tadeo. Está ya resuelto, Paula:
lo siento y lo sentirás,
pero mañana te vas,
y no hay que hacerme la maula.
Contigo irán don Simon
y su hija la Restituta,
que llevan la misma ruta.
Ya ves tú ¡qué proporcion!
Viajar en una galera
no es gran lujo el dia de hoy,
pero vas con el convoy,
no como viaja un cualquiera.
Paula. Qué enfadosa caminata!
¿Es posible, padre mio.....
Tadeo. Te espera con ansia el tio,
y así le pagas ingrata!
Paula. Pero él es cuerdo y dirá,
si de mi vista no goza,
que mejor está una moza
al lado de su papá.
Y yo cual hija amorosa.....
Tadeo. Afuera zalamerías.
En vano, en vano porfías,
que tu partida es forzosa.
Para evitar un estrépito
confórmate al gusto mio.
¿No sabes que el pobre tio
es millonario y decrépito?
Paula. Sí, ¡y con mi primo Jeromo
me quieren casar!....
Tadeo. Y qué?
Mi idea.....
Paula. Todo lo sé.
Maldito dinero!
Tadeo. Cómo!....
No digas esa blasfemia,
que Dios te castigará.
¿Te habrá acometido ya
la romántica epidemia?
Pues! mala crianza...., mimo.....
¿Conque te rebelas.....
Paula. No.
Se hará el viaje, pero yo
no me caso con el primo.
Tadeo. Tal vez te lo pintan rudo
tus cortesanas ideas,
pero luégo que le veas
será otra cosa.
Paula. Lo dudo.
Tadeo. En fin, vete á Santander,
que lo principal es esto;
y no me pongas mal gesto,
porque si al fin ha de ser.....
Si el primo no es de tu agrado
y el desposorio no cuaja,
tendré al ménos la ventaja
de alejarte de mi lado.
Paula. Padre cruel! ¿En qué pudo
ofender á usted.....
Tadeo. No es eso,
pero es demasiado peso
una hija para un viudo.
Nada; ó te vas, ó yo emigro.
Son buenas tus intenciones,
pero entre tantos hombrones
corre una niña peligro.
Paula. Pues, para evitar desmanes

de alguna arriesgada lid,
cáseme usted en Madrid
y cesan esos afanes.

Tadeo. Cómo, cómo! ¿Quién te inspira
osadía tan extraña?
¿Hay ya algun tuno en campaña
que contra tu honor conspira?

Paula. No tal.

Tadeo. Mala hija!

Paula. Por qué?
Dueña soy de mi albedrío.

Tadeo. Calla! Qué dirá tu tio?
qué dirá don Bernabé?
¿Y quién es el galopin
que tu corazon pervierte?
Ah! ¡Por vida de la muerte.....
Sin duda es don Agustin.

Paula. Pero, señor, yo pregunto,
¿es delito el querer bien.....

Tadeo. Grave delito. Y á quién!
Á un periodista, por junto!

Paula. Nunca ha vivido en el ocio,
y yo le juzgo capaz....

Tadeo. Escritor de órden, y paz,
y leyes y..... Buen negocio!

Paula. Pero.....

Tadeo. Basta de simplezas.
No me hables de ese gandul,
y vete á hacer el baul.—
Qué estás gruñendo? qué rezas?

Paula. Estoy ofreciendo á Dios
lo que usted me hace penar.

Tadeo. Vete allá dentro á rezar
por ti y por él; por los dos.
Lo que quiero es obediencia
y no llantos y gemeques.

Paula. Padre mio!....

Tadeo. No me seques:
quítate de mi presencia.

Paula. [*Yéndose.*]
(Habrá suerte más amarga?....)

Tadeo. (Ah! yo tengo que salir,
y el seductor va á venir.....)
Espera. (El diablo las carga.)
Fuera indisculpable yerro
que por descuidado y tonto.....
Entra en ese cuarto; pronto.

Paula. Qué! me encierra usted?

Tadeo. Te encierro.

Paula. Pero, señor, eso pasa
de.....

Tadeo. Tus virtudes aplaudo,
mas te pongo á buen recaudo
miéntras yo falto de casa.
Otro recurso no encuentro
para evitar.....

Paula. Es posible!....
¿Qué dirán.....

Tadeo. Soy inflexible.

Paula. Pero.....

Tadeo. Basta. Adentro, adentro.

[*Hace entrar á Paula en el cuarto de la izquierda, echa la llave y se la guarda.*]

ESCENA II.

D. TADEO.

Algun ángel me ha enviado
la galera y el convoy (*).
¿Conque es cierto que ya estaban
en relaciones de amor?
¡Así, como Dios queria
andaba la redaccion!
Al escribir un artículo
pensaria..... Qué sé yo?
En los ojos de su Fílis,
y en la dulce agitacion
y en la..... Pero á bien que pronto
se pasa el dia de hoy.
Vamos á cerrar el trato
con el nuevo redactor,
y libre ya de una hija
que me haga la oposicion,
yo se la haré al Gabinete,
pero firme, vive Dios!

ESCENA III.

D. TADEO. EL ESCRIBIENTE.

Escrib. Señor don Tadeo.....

Tadeo. Qué hay?

Escrib. Uno que se llama don.....
Cómo ha dicho? Don Lorenzo
Valfontana y Perelló,
desea hablar con usted.

Tadeo. No conozco á ese señor.

Escrib. Dice que es negocio urgente
y secreto.

Tadeo. Que éntre.

Escrib. Voy.

ESCENA IV.

D. TADEO. D. LORENZO.

Tadeo. ¿Qué negocio.....

Lorenzo. Beso á usted
la mano.

Tadeo. Muy servidor....
Suplico á usted que se siente.....

Lorenzo. No, mil gracias: bien estoy.

Tadeo. Qué se ofrece, caballero?

(*) Sabido es que durante la guerra civil era peligroso viajar sin escolta en ciertas direcciones, y que muchas personas, para hacerlo con más seguridad, se unian á los convoyes militares.

Lorenzo. Yo traigo una comision
ventajosa para usted,
y desde luégo le doy
mi parabien.....
Tadeo. Muchas gracias.
Usted dirá.....
Lorenzo. Pues, señor,
el periódico de usted,
sin que sea adulacion,
goza del mejor concepto
entre las gentes de pro.
Tadeo. Oh! mucho.
Lorenzo. Sólo le falta
un poco de proteccion,
pero si usted se resuelve
á que tome otro color.....
Tadeo. Sí, sí, pierda usted cuidado.
Doctrinas, principios..... Oh!
Todo eso no vale nada.
Mañana alzaré la voz.....
Lorenzo. Bien, muy bien; contra ese espíritu
de eterna revolucion;
en defensa del Gobierno.....
Tadeo. Del Gobierno!
Lorenzo. Y en favor
de su loable sistema.....
Eso es ser buen español,
y no esperaba yo ménos.....
Tadeo. Permítame usted. Yo no.....
Lorenzo. Ya sé que usted no es venal;
pero, aquí para *inter nos*,
á todo servicio es justo
conceder un galardon.
Tadeo. (Esto ya es otro cantar.)
Lorenzo. Y el Gobierno, de quien soy
fiel agente, no es ingrato
ni mezquino.....
Tadeo. Pues bien, yo
no aventuro, señor mio,
mi caudal y mi opinion
por vanas promesas: claro.
Lorenzo. Lo demas fuera un error.
Diga usted, pues, lo que quiere.
Solos estamos los dos.....
Tadeo. Usté es un bello sujeto,
mas yo no tengo el honor
de conocerle, y quisiera
hacer mi proposicion.....
Lorenzo. Ya, sí; al Ministro en persona.
Bueno, pero ha de ser hoy.
Tadeo. Ahora mismo, si usted quiere.
Tomo sombrero y baston,
y ¡andando!
Lorenzo. (El hombre es soez.)
Tadeo. Mejor es de viva voz
entendernos.....

[*Viendo unas cuartillas escritas que habrá sobre el piano.*]

Eh? Qué es esto?
Ah! Toma!.... La traduccion
de Paulita..... Don Fabricio!
Usted perdone..... Muñoz!

ESCENA V.

D. TADEO. D. FABRICIO. D. LORENZO.

Fabricio. Qué se ofrece?
Tadeo. Esas cuartillas.....
Fabricio. Bien.—

[*Saludando á D. Lorenzo.*]

Saludo.....
Lorenzo. [*Yéndose con D. Tadeo.*]
Servidor.

ESCENA VI.

D. FABRICIO. PAULA.

[*Paula sigue encerrada.*]

Fabricio. [*Examinando el trabajo de Paula.*]
Concluido está el artículo.
¡Bien escribe y bien traduce
la niña! Y cantar? Caramba!
Si digo que es un estuche!
Y tan linda, tan graciosa!
No es extraño que trabuque
á don Agustin el seso.
Yo con mis sesenta octubres.....

[*Se oyen golpes á la puerta.*]

Mas ¿quién llama á aquella puerta?—
Otra vez, y nadie acude.....
Yo voy á ver.....
Paula. [*Dentro toda la escena.*]
Don Fabricio!
Fabricio. ¡Ah..... Si es Paulita! ¡Oh qué dulce
femenina voz!

[*Acercándose á la puerta.*]

Qué es eso?
Ó en los ojos tengo nubes,
ó está usted presa.
Paula. Sí estoy.
Mi padre.....
Fabricio. ¡Y esto se sufre
en un país ilustrado!
Paula. El débil siempre sucumbe.
Fabricio. Es precaucion, ó castigo?
Paula. Uno y otro.
Fabricio. ¡Habrá acebuche.....
Y el delito será.....
Paula. Amor.
Mas su empeño será inútil.—
Supongo que ya se ha ido.....
Fabricio. Sí, se fué con ese apunte
que estaba hablando con él.
Paula. Y segun lo que yo pude
oir por la cerradura,
volverá á casa con luces.

Ha venido mi Agustin?
Fabricio. Voy á verlo.
Paula. Aunque aventure
mi vida le quiero hablar.
Fabricio. ¡Cuidado con que usted busque
tres piés al gato.....
Paula. Es forzoso.
Fabricio. ¿Y habrá mortal que disguste
á tan bella criatura?
Paula. Vaya usted, corra y pregunte.....
Fabricio. [*Acercándose á la puerta de la derecha.*]
Sí, sí..... Pero le oigo hablar.
Don Agustin!.... Se consume
la pobrecilla.

ESCENA VII.

D. AGUSTIN. D. FABRICIO.

Agustin. Quién llama?
Fabricio. Amigo, qué pesadumbre!
Paulita está presa.
Agustin. Cómo!
Fabricio. No crea usted que es embuste.
Agustin. Por quién? Por su padre?
Fabricio. Sí.
Maldito sea su buche!
Agustin. Y dónde está?
Fabricio. En aquel cuarto.
Agustin. ¿Y los cielos no confunden
á ese idiota.....
Fabricio. Vamos, calma,
y la ocasion no se frustre.
No está en casa don Tadeo.
Hable usted, consuele, arrulle
á su cautiva paloma;
que, aunque de holgazan me acuse,
yo me estaré en el balcon
por si don Tadeo sube.—
¡Que Dios dé tan lindas hijas
á padres tan avestruces!

ESCENA VIII.

D. AGUSTIN. PAULA.

[*Paula se asoma, sin ser vista, á la ventanilla que habrá encima de la puerta de la izquierda.*]

Agustin. [*Mirando por la cerradura.*]
Paula! Mi bien!—No responde.
El sol de mi alma se esconde
y me deja en noche umbría.
Dónde estás, hermosa, dónde?
Paula amante, Paula mia!
En vano mi vista avara
traspone la cerradura,
que frenético arrancara.
Me niega amor la ventura
de embelesarme en tu cara.
Ni hablas siquiera, mis ojos?
No soy yo la causa, no,
de tu llanto y tus enojos,
ni el imbécil que pensó
poner al amor cerrojos.
Ay! acaso su beldad
yace sin aliento, yerta.....
Se vió más fiera crueldad?
Mas yo romperé la puerta
y te daré libertad.

[*Paula deshace un ramito de flores y las deja caer sobre D. Agustin, que las recoge.*]

Ah..... traidorcilla de amores!
Engáñame así en buen hora.
Noche, ahuyenta tus horrores.
Pródiga nace la aurora
de donaires y de flores.
Paula. ¡Bien haya quien presa gime
para verse amada así!
En vano un padre me oprime
si al amante veo en ti
que me halaga y me redime.

[*Va oscureciendo.*]

Agustin. Ventana á mi amor propicia,
¿cómo no te vió el furor
del crudo encarcelador?
Paula. La cólera y la codicia
son más ciegas que el amor.
Agustin. Pero ¿cómo á tanta altura
subiste.....
Paula. He puesto una mesa,
y sobre ella.....
Agustin. Criatura!....
Tambien osada y traviesa!....
Nada falta á mi ventura.
Paula. Qué no haria yo por ti?
Pero el tiempo es muy precioso,
y yo, insensata de mí.....
Ya el momento doloroso
llegó que tanto temí.
Agustin. ¿Qué oigo!
Paula. Mañana es el dia
de la partida funesta.
Agustin. Y para más tiranía
ese bárbaro te arresta
sin temer la saña mia.
Y obedeces? Y te vas?
Paula. Infeliz! qué puedo hacer?
La obediencia es mi deber.
Agustin. No es posible; no te irás.
Ahí es nada! Á Santander!
¿Te has de poner en camino
con ese talle divino
cuando arde impía la guerra.....
Y por dónde! y por qué tierra!
Paula. Ay eterno Dios!.... *Merino!*....
Agustin. ¡Ay, si un faccioso..... tal vez.....
De pensarlo me horripilo.

No te vas; di que no, dilo.
Contra ese padre soez
sean mis brazos tu asilo.
Paula. ¿Qué me propones!.... Qué haré?...
No abuses de mi ternura.
Agustin. ¿Temes..... Mi pasion es pura,
Paula; tu esposo seré.
Mi amor..... mi honor te lo jura.
Paula. No á ti, que eres caballero,
pero temo al qué dirán.....
Agustin. Y es ese amor verdadero?
Paula. Por Dios, no aumentes mi afan!
Agustin. Si no eres mia, yo muero.
Ah! decídete.....
Paula. No sé.....
Con mil pensamientos lucho.....
y toda tiemblo.....
Agustin. Por qué?
Paula. Si á mi corazon escucho.....
Agustin. Acaba!
Paula. Te escribiré.
Agustin. Oponerse no es baldon
á tan injusta opresion.
Quieres que prevenga el coche?
¿Quieres, Paulita.....
Paula. Esta noche
sabrás mi resolucion.
Adios.....
Agustin. Oh adios inhumano!

[*Toma una silla y se sube sobre ella.*]

Espera, espera un momento.
¡Pese al alcaide villano.....
Paula. Dónde vas? Cuál es tu intento?
Agustin. Besarte, hermosa, la mano.
Paula. No; no lo permitiré.
(¡Ah..... que moverme no puedo.)
Agustin. Acerca la mano. Qué!
¿no soy digno.....
Paula. ¡Tengo un miedo....
Si viene mi padre..... Ay!

[*Viendo á D. Fabricio, desaparece: D. Agustin se baja de la silla sobresaltado.*]

Agustin. Eh?

ESCENA IX.

D. FABRICIO. D. AGUSTIN.

Fabricio. Qué diablo de galanteo!
Vamos adentro, por Dios.
Pronto!
Agustin. Qué ocurre? No veo.....
Fabricio. Que ya sube don Tadeo.
Agustin. (Malditos seais los dos!)

[*Se entran corriendo por la puerta de la derecha.*]

ACTO CUARTO.

LA REDACCION POR LA NOCHE.

La misma sala del acto segundo.

ESCENA I.

D. AGUSTIN. D. FABRICIO.

[*Aparecen sentados cada cual á su mesa correspondiente. Habrá luces.*]

Agustin. ¡Tan tarde; las once y media,
y sin saber de mi Paula!
Fabricio. ¡Tan avanzada la noche,
y el periódico no marcha!
Agustin. ¡Sin enviarme un recado,
ni una mala esquela; nada!
Fabricio. ¿De dónde salen ahora
los materiales que faltan?
Agustin. Ya ha salido del encierro,
y aunque su padre está en casa,
bien puede escribir dos letras
que pongan fin á mis ansias.
Fabricio. Yo traduzco á todo trapo,
¡pero es tanto lo que traga
la imprenta!....
Agustin. Ya no hay arbitrio
para mí, no hay esperanza.
Vencerá.....

[*Tose dentro Paula.*]

Pero ella tose.....

[*Tose tambien.*]

Respondamos.....

[*Desde adentro pasan una carta por bajo de la puerta. D. Agustin la coge, la abre, y la lee para sí.*]

Una carta!

Ah! qué me dirá? Leamos.
Fabricio. Y la *Gaceta* no acaba
de venir..... Vaya, tendremos
otra noche toledana.
Agustin. Oh qué dicha, oh qué placer!
Ya cesó mi pena amarga.
Albricias, amigo mio!
Fabricio. [*Con suma viveza, dejando los papeles que ocupaban toda su atencion.*]
Hay *Gaceta extraordinaria?*
hay materiales? llegó
el correo de la mala?
Deme usted, venga..... Yo mismo
iré corriendo á las cajas.....
Agustin. Qué demonios dice usted?
Fabricio. El *Diario*.....
Agustin. No se trata
del *Diario*. Es que mi bella
se decide.....
Fabricio. Ah! Yo pensaba.....
Agustin. Venturoso amor! Ya es mia.
Será mi esposa mañana.
Fabricio. Cómo!....
Agustin. Me cita á las siete
en esa iglesia inmediata.
Fabricio. Va sola?
Agustin. No, pero está
de su parte la criada.
Fabricio. Pero hombre, un rapto.....
Agustin. Qué rapto?
Mis intenciones son castas.
El raptor sería el padre
si á mi amor la arrebatara.
En fin, yo no estoy ahora
para argumentos ni máximas,
sino para enloquecer
de alegría.—¿Cómo anda
el periódico? Deseo
que acabemos.....
Fabricio. Ya va larga!
La censura ha prohibido
tres artículos.
Agustin. No es nada!
Tres artículos!
Fabricio. Si usted
me deja ahora en las astas
del toro.....
Agustin. No haré tal cosa,
que ya empeñé mi palabra
de dar concluido el número,
y la cumpliré.
Fabricio. Mil gracias.
Me aturdo si usted me deja,
y va todo esto á la diabla.
De don Tadeo es la culpa,
que como ha vuelto casaca
retiró nuestros escritos
y adulando á la bullanga
ha enviado esos libelos,
que son teas incendiarias.
Agustin. Pero ese hombre es un abuso
de estupidez. ¡Y nos hablan
de reformas!
Fabricio. Las reformas
nunca á los necios alcanzan.

ESCENA II.

D. AGUSTIN. D. FABRICIO. EL REGENTE.

Regente. Aquí traigo la *Gaceta*
del.....
Agustin. Del Gobierno. Ya es hora.
Démela usted, y veremos
qué materiales arroja.
[*Leyendo la* Gaceta.]
«Parte oficial.—Enterada
la Reina Gobernadora.....»
Poca cosa; una real órden
sobre el comercio de drogas.
Media columna....., y no hay más.
Á ver si acaso en la crónica
extranjera..... «Petersburgo.....»
Esto ya es viejo. «Cracovia.....»
Ayer lo dimos nosotros.—
«Cartas recientes de Ancona.....»
Fabricio. De nada de eso se puede
aprovechar una coma.
Agustin. Á ver? «Partes recibidos.....»
Nada, nada. Es la derrota
anunciada en un alcance
de la *Revista Española*.
Regente. Ah! sí. De eso ya tenemos
en las cajas una.....
Agustin. Copia.
Pues ponga usted la real órden.
Todo lo demas es broza.
Fabricio. ¿Conque nada se aprovecha?
Agustin. Me parece que no es cosa
de reimprimir por recurso
los anuncios de las obras
venales en el despacho
de la Imprenta Real.
Fabricio. Y ahora,
quid faciéndum?
Regente. Venga la.....
cotizacion.....
Agustin. De la Bolsa?
Tome usted.—Vaya tambien
ese anuncio de la ópera.
Regente. Eso es nada entre dos.....
Fabricio. Platos.—
Allá van otras diez hojas
de noticias extranjeras,
y el parte de Barcelona.
Con eso hay ya cuando ménos
para dos columnas.....
Regente. Cortas.
Ahora acabo yo la.....
Fabricio. Frase.
Regente. Justo.
Fabricio. (Mal lobo te coma.)

Agustin. Cómo vamos de sesion?
Regente. Se ha compuesto casi.....
Agustin. Toda?
Regente. Sí, casi toda.
Agustin. ¿Y qué falta
para coronar la obra?
Regente. Muy poco. Cuatro.....
Agustin. Renglones?
Regente. Columnas. [*Vase.*]
Agustin. Vírgen de Atocha!

ESCENA III.

D. FABRICIO. D. AGUSTIN.

Agustin. Por un bruto verse así!
Fabricio. Cuatro columnas!
Agustin. Qué haré?
Discurra usted.....
Fabricio. Yo ¿qué sé?
El Taquígrafo está aquí.

ESCENA IV.

D. FABRICIO. D. AGUSTIN. EL TAQUÍGRAFO.

Taquigr. Hemos hecho maravillas.
Ya se ha descifrado el resto
de la sesion.
Agustin. [*Tomando las cuartillas que trae el Taquígrafo.*]
Y es todo esto?
Taquigr. Sí, señor. Siete cuartillas.
Yo tengo dadas diez y ocho:
con estas son veinte y cinco.
Gracias á Dios y á mi ahinco,
lo que es por hoy no trasnocho.
Agustin. Señor,.... todo esto es farfulla,
compendiada greguería.....
Taquigr. Diga usté á la galería
que no meta tanta bulla.
Agustin. Este discurso es capado.
Una cara..... Estamos buenos!
Yo sé que habló por lo ménos
hora y media el diputado.
Taquigr. Quite usted lo que repite....,
muletillero del diablo!....
«Si es lícito este vocablo.....
«Si el Estamento permite.....
«Volvamos á la cuestion.....
«Y aquí la indulgencia invoco.....
«Dije, si no me equivoco.....
«Digamos en conclusion.....
Entren luégo en la rebaja
cuando en la tribuna arguye
las frases que no concluye,
los sinónimos que encaja....,
y el tiempo que gasta, oh Dios!
en ajustarse los lentes
y en los ataques frecuentes
de su inexorable tos;
y áun me quedarán razones
para afirmar sin jactancia
que hay sobra de redundancia
en esos veinte renglones.
Fabricio. Pues, señor, estamos frescos.
El número se retrasa,
y va á haber en esta casa
capeletes y montescos.
Agustin. Háyalos en hora buena.
Fabricio. Ya, sí..... Usted, como se va.....
Agustin. De don Tadeo será
la culpa.
Fabricio. Y mia la pena.
Taquigr. ¡Pero hombre, y usted se aburre.....
Ya que la premura es tanta,
podemos poner en planta
una idea que me ocurre.
Agustin. Una idea..... No comprendo.....
Fabricio. Ah! Dígala usted por Dios.
Taquigr. Sigan ustedes los dos
disputando y maldiciendo;
yo copio en taquigrafía
esa escena original,
y así hacemos material
para la urgencia del dia.
Agustin. Por cierto, linda ocurrencia!
Taquigr. Rauda mi pluma y fugaz.....
Fabricio. ¡Ea, calle y habrá paz,
pendolista en diligencia!
Agustin. Tome usted su algarabía
y llévesela al Regente
con mil diablos.
Taquigr. (Pobre gente!
No saben taquigrafía!)

ESCENA V.

D. FABRICIO. D. AGUSTIN.

Fabricio. Pues, señor, aquí no hay más
que copiar cuantos papeles
haya á mano; el boletin....;
este diario del viérnes;
la *Guia de forasteros*.....
Lo primero que se encuentre.
Agustin. Oh! qué dirian? Al fin
yo soy redactor en jefe.....
Fabricio. ¡Hoy tambien ha sido un dia
tan escaso..... ¡Ni una muerte,
ni un mal motin, ni una mala
cencerrada!....
Agustin. Hay seis ó siete
artículos remitidos;
pero ¡si son tan aleves!....
Fabricio. No importa. En tales apuros.....

¿Por qué no insertamos ese
de las iniciales.....
Agustin. Pues!
¡Para que luégo me cuelguen
el milagro! Hay además
otro grave inconveniente,
y es que no está censurado.
Pero ¿qué hace que no viene
don Tadeo? Él, que nos puso
en este conflicto, debe
sacarnos de él.
Fabricio. Calle usted.....
Él llega aquí justamente.

ESCENA VI.

D. AGUSTIN. D. FABRICIO. D. TADEO.

Tadeo. [*Con un manuscrito en la mano.*]

Buenas noches, caballeros.
Se arregló el número?
Fabricio. ¡Sí,
trazas tiene de arreglarse!
Las doce son en Madrid
y áun falta una plana entera.
Es esto grano de anis?
Tadeo. Bien; es decir.....
Agustin. La censura,
como era de presumir,
prohibió los tres artículos
que usted remitió; y así
nos encontramos ahora.....
Tadeo. ¡Casualidad más feliz.....
Me alegro mucho.
Agustin. Pues ¡cómo.....
Tadeo. Yo los iba á suprimir
aunque estuvieran impresos,
y la junta censoril
nos ahorra ese trabajo
y algunos maravedís.
Fabricio. Pero, hombre.....
Tadeo. No hay que apurarse,
señores. Ya traigo aquí
con qué llenar lo que falta.
Y qué artículo! ¡Este sí
que es artículo! Qué ideas!
qué estilo tan varonil!
Fabricio. Y está censurado?
Tadeo. No.
Fabricio. Pues ¿cómo se ha de imprimir.....
Tadeo. No importa.
Agustin. Si lo denuncian
al Gobernador civil,
la multa.....
Tadeo. Qué disparate!
Eso es para gente ruin.
Agustin. Pero.....
Tadeo. ¡Pero..... Á bien que usted
no la ha de pagar por mí.
Fabricio. De qué trata?
Tadeo. De política.
Pero ¡cómo da en el *quid*.....
Fabricio. Hablará del Ministerio.....
Tadeo. Mucho.—No en sentido hostil;
ántes le alaba y defiende
desde el principio hasta el fin.
Agustin. ¿Qué escucho! Habla usted de véras?
Tadeo. Como soy Tadeo Ortiz.
Agustin. Pues ¡qué! ¿no se habia usted
declarado paladin
de la oposicion?
Tadeo. Sí tal.
Yo era blanco de un ardid
maquiavélico. Esas gentes
me querian seducir.
Mas luégo he sabido....; he visto
periódicos de París....;
me han revelado secretos,
planes, clubs..... No hay que reir
ni achacar esta mudanza
á un cálculo mercantil;
que aunque pudiera citar
muchos ejemplos..... En fin,
ahí le dejo á usté el artículo,

[*Entrega el artículo á D. Fabricio.*]

y pues yo lo quiero así,
imprimatur, y *laus Deo*.
Abur. Me voy á dormir.

ESCENA VII.

D. AGUSTIN. D. FABRICIO.

Fabricio. [*Hojeando el artículo, y lo deja despues sobre la mesa de D. Agustin.*]

Vaya en gracia! Bien hará
sus tres columnas y media.....
Agustin. Eh! déjelo usted. Si es corto,
que pongan gorda la letra.
Fabricio. [*Va á salir y le detiene D. Agustin.*]
Llamarémos al Regente.....
Agustin. Ya vendrá. Lo que interesa
ahora..... Siéntese usted,
que voy á darle las señas
de la casa adonde pienso
llevar á mi cara prenda.

[*D. Fabricio se sienta á su mesa y escribe lo que le dicta D. Agustin apoyado en ella.*]

Coja usted papel y escriba.....
Fabricio. Vamos.
Agustin. Calle de Hortaleza.....

ESCENA VIII.

D. FABRICIO. D. AGUSTIN. EL REGENTE.

Regente. Me ha dicho don.....
Agustin. Don Tadeo.
[*Sigue dictando en voz baja á D. Fabricio.*]
Fabricio. (Qué Regente tan postema!)
Regente. Que usted me dará un.....
Agustin. Artículo.
Ahí está sobre mi mesa.
Tómelo usted.—
[*Á D. Fabricio.*]
Cuarto bajo.
Fabricio. Ya; en casa de doña Petra.....
La conozco mucho.
Regente. Bien;
con esto ya habrá tarea
para completar el.....
Agustin. Número.
Fabricio. Es excusada molestia.
Ya sé el número.
Agustin. No es eso.
Hablo con aquel babieca.
Regente. Se ofrece algo?
Agustin. Nada más.
Páseme usted bien las pruebas.
Regente. No hay...
Agustin. Cuidado.—Buenas noches.
Regente. Téngalas usted.....
Agustin. Muy buenas.

ESCENA IX.

D. AGUSTIN. D. FABRICIO.

Agustin. Gracias á Dios que acabamos!
Por cierto que es vida perra
la vida de un periodista.
Afanes, sustos, contiendas,
multas, vigilias.....
Fabricio. Eh! todo
es acostumbrarse á ella,
porque.....
Agustin. Vámonos, que es tarde,
y tengo mil diligencias
que hacer. Queda usté encargado
de dar mañana una vuelta
por aquí para informarme
de todo lo que suceda.
Fabricio. Estoy en ello; aunque yo
mejor iria á la iglesia
con ustedes.....
Agustin. Nada! aquí.
Ya vendrá usted á la cena.
Fabricio. Mejor es eso.

ESCENA X.

D. AGUSTIN. D. FABRICIO. EL REGENTE.

Agustin. [*Al salir se le aparece el Regente.*]
Otra vez?
Qué nueva embajada es esa?
Regente. Hace falta.....
Fabricio. Original?
Quién será sobre la tierra
más original que usted?
Regente. Se ha calculado en...
Agustin. La imprenta...
Acabe usted.
Regente. Que con ese.....
Fabricio. Artículo.....
Regente. No se llena
todo lo que.....
Agustin. Falta. Y, vamos,
cuánto faltará?
Regente. Unos treinta.....
Agustin. Treinta mil diablos te lleven,
y al editor, y á la empresa,
y al diario y al..... Este hombre
me aburre, me desespera,
me asesina! Imprima usted
cualquier cosa..... Una receta,
la cuenta del comprador;—
ó ponga usted en la prensa
al editor maldecido,
que él tiene la culpa de estas
agonías.—Ah!.... Yo debo
[*Metiendo la mano en un bolsillo.*]
tener en la faltriquera
un cuento..., un... ¿Qué me sé yo...
Una de las mil simplezas
que á uno le dan.....
[*Le da un papel sin mirarlo.*]
Tome usted,
y ¡largo!
[*Va á hablar el Regente y le despide con un ademan; toma en seguida el brazo de D. Fabricio y parte con él apresurado.*]
No, no hay respuesta.—
Huyamos de aquí, volemos,
ó perderé la paciencia.

ACTO QUINTO.

EL ÚLTIMO NÚMERO.

La misma decoracion del acto anterior.

ESCENA I.

D. FABRICIO.

[*Entra observando.*]

Qué silencio y qué quietud!
¿Se habrá malogrado el lance.....
¿Ó se consumó la fuga
y áun no sabe nada el padre?
Grande es mi curiosidad,
mas ¿cómo pregunto á nadie.....
Eh! pronto saldré de dudas.
Ya es hora de que prepare
el ripio del nuevo número.

[*Se sienta á trabajar.*]

¿Quiénes serán mis cofrades
de redaccion? Yo supongo
que serán ministeriales.....
hasta que corra otro viento;
pero á mí, miéntras me paguen.....

ESCENA II.

D. FABRICIO. D. TADEO.

Tadeo. [*En traje de casa.*]
Hola! ya está aquí mi amigo
don Fabricio. Así me place.
Puntualidad! Ah! si todos
fuesen como usted, otro auge
tendria la empresa.
Fabricio. (Nunca
le vi de mejor semblante.)
No me lo agradezca usted,
don Tadeo. Es mi carácter.
En tomando yo una cosa
con aficion y coraje.....
(Vamos, está visto, Paula
no habrá podido escaparse.)
Tadeo. Esa eficacia, ese celo
de usted..... ¡oh! son impagables.
Fabricio. Vivo aquí más que en mi casa,
y como el trato constante
engendra cariño, y yo
siempre estoy dale que dale
con el periódico, ya
lo miro como á un compadre,
como á mi mejor amigo;
en suma, como á una parte
de mí mismo.
Tadeo. Y no es ingrato
á un redactor tan amante
mi periódico; es decir,
el editor responsable,
que soy yo; créalo usted.
Ántes quiero que me falten
artífices que lo impriman,
y plumas que lo redacten,
y libreros que lo vendan,
y censores que lo maten;
ántes todo que mi fiel
don Fabricio Santibañez.
Fabricio. Tanta bondad!....
Tadeo. [*Llamando.*] Ceferina!
No viene ese chocolate?
Ah! usted tomará tambien.....
Fabricio. Gracias. Para mí ya es tarde.
Tadeo. ¡Las nueve ya, y no me envian
la docena de ejemplares
que prometí al Ministerio!

[*Entra una criada, sirve el chocolate á D. Tadeo, y se retira.*]

Fabricio. No es mucho que se retarden.
Cuando yo me retiré
ya no alumbraba en las calles
ningun farol, y áun quedaba
aquel artículo grande
por componer, y el ajuste.....
Tadeo. Eh! son unos holgazanes,
y si uno no les arrea.....
Vaya usted; que se despachen;
que no den lugar.....
Fabricio. Ya viene
el Regente perdurable.

ESCENA III.

D. TADEO. D. FABRICIO. EL REGENTE.

Regente. Aquí está la docena.....
Tadeo. Bien, de ejemplares. Sea enhorabuena.
Regente. Tome usted, don Tadeo.
Áun están.....
Tadeo. Chorreando. Ya lo veo.
Un sobre, don Fabricio,
y volando.....
Fabricio. Se envian con oficio?
Tadeo. No, que ya Su Excelencia
los espera tal vez con impaciencia.

[*Pone un sobre D. Fabricio á los doce ejemplares que le entrega el Regente, toca la campanilla, acude el Portero y se va con el pliego.*]

Y para mí no hay uno?
Editor, y sin él me desayuno!
Regente. Ah! sí. Voy.....
Tadeo. (Mentecato!)
Regente. Los demas, hasta dentro de un buen.....
Tadeo. Rato.
Regente. Áun están en la.....
Tadeo. Prensa.
(La calma de ese tártaro es inmensa.)

ESCENA IV.

D. FABRICIO. D. TADEO.

Fabricio. Tarde los leerá la villa,
que primero que se tire
toda la edicion.....
Tadeo. No importa,
si el Gobierno los recibe
temprano.
Fabricio. Y los suscriptores?
Dirán.....
Tadeo. Que digan, que chillen.
Son tan pocos que, á Dios gracias,
aunque ellos se desgañiten
no habrá tumulto por eso.
Miéntras á mí no me priven
del ministerial subsidio,
lo demas vale un ardite.

ESCENA V.

D. FABRICIO. D. TADEO. EL REGENTE.

Regente. [*Con un número del periódico, que da á D. Tadeo.*]
Aquí tiene usted su.....
Tadeo. Bien.
Ya se entiende lo que dices.—
Que se avise á los del cierre,
y á los prensistas, que avien.

ESCENA VI.

D. FABRICIO. D. TADEO.

Tadeo. Ahora empieza mi recreo.
Usted no leyó el artículo?
Fabricio. No, señor.
Tadeo. Oh! es un vehículo.....
[*Recorriendo con la vista el periódico.*]
¿Dónde.... Este largo.... ¿Qué veo!
No es esto lo que yo di.
Por vida del hemisferio!....
Y el papel del Ministerio
¿qué se ha hecho? No está aquí!
Fabricio. [*Se levanta y examina el periódico sin soltarlo D. Tadeo.*]
Sí estará.
Tadeo. ¡Precisamente
es lo que más me interesa!
Fabricio. [*Mostrando la mesa de D. Agustin.*]
Pero, hombre...., ¡si de esta mesa
lo tomó.....
Tadeo. [*Se levanta irritado.*]
Quién?
Fabricio. El Regente.
Tadeo. [*Da una palmada en la mesa, y pone la mano sobre el artículo de que se habla.*]
Sí, yo puse aquí el discurso.....

Dios! Y aquí está todavía!
Hay suerte como la mia?
Soy perdido sin recurso!

Fabricio. [*Turbado.*]

Cogió un papel..... Yo no vi.....

Tadeo. Vamos, ni de mi camisa
puedo fiarme.

Fabricio. La prisa.....

Tadeo. Cielos! Qué va á ser de mí?
En vez de gratos loores,
leerán en los ministerios
una legua de dicterios.

[*Recorre con la vista el artículo y se lo muestra á D. Fabricio.*]

Vea usted.... Qué tal?.... Horrores!

Fabricio. Yo no sé lo que me pasa.....

Tadeo. ¿Y esa....., me ahoga la ira,
es la ley con que usted mira
por las cosas de mi casa?

Fabricio. Deje usted..... Ahora recuerdo.....

Tadeo. Échele usté un nudo al hopo!

Fabricio. Que ahí habia.....

Tadeo. Calle el topo!

Fabricio. Otro papel.

Tadeo. Calle el lerdo!

Fabricio. Sin duda en lugar del que.....

Tadeo. Veamos si firma alguno
este libelo importuno.
A. P..... Quién es don A. P.?

Fabricio. Quién lo puede adivinar?
Eso equivale á un anónimo.

Tadeo. ¡Por vida de san Jerónimo
que si le llego á pillar....
Angel..... *Puente*..... Se me exalta
la bílis. *Ambrosio*..... *Pino*.....
Oh! el seductor libertino.....
No hay duda. *Agustin Peralta!*
Él es, sí, don Agustin!
Viéndose ya despedido
se ha vengado; me ha perdido!
Oh venganza aleve, ruin!
Habrá más vil sabandija?

Fabricio. Oiga usted! yo fuí testigo.....

Tadeo. Y si esto ha hecho conmigo,
¿qué haria, oh Dios! con mi hija?

Fabricio. ¡Si ese es un comunicado
que él no quiso insertar.....

Tadeo. Oh!
Quién lo ha traido?

Fabricio. Usted.

Tadeo. Yo?
Está usted empecatado?
Calle usted..... Esta mañana
aquel nuevo suscriptor.....
Él será acaso el autor.....
Tengo fiebre de cuartana.
Venga aquí el original,
por los ángeles benditos,
y el libro de los suscritos.
Jesus, qué berengenal!

ESCENA VII.

D. TADEO.

Qué cuenta daré de mí?
Golpe terrible, funesto!
¿Y pago yo para esto
á tanto bigardo aquí?
Para ese escritor..... de cuerno
lo mismo es hache que efe;
¡y el tal redactor en jefe
que aspiraba á ser mi yerno.....
Oh! si mis ojos le vibro.....

ESCENA VIII.

D. TADEO. D. FABRICIO.

Fabricio. [*Trae el artículo de D. Antonio y el libro de suscripciones.*]

Ah qué vida de azacan!
Vamos á ver: aquí están
el artículo y el libro.

Tadeo. [*Examinando el artículo.*]

Cierto, sí, este papelucho
es el que me dió aquel hombre.
A. P..... Veamos si el nombre...
Yo me pongo malo...., y mucho!

Fabricio. El mirarlo fácil es.

[*Registrando el libro.*]

Uno solo se ha suscrito.....
He aquí el cuerpo del delito.
A. P..... *Antonio Perez.*

Tadeo. Pues!
Cara le saldrá la gracia.
Ahí constará donde vive.....

Fabricio. Sí, señor.

Tadeo. Como un caribe
iré á castigar su audacia.
Mas si el Gobierno me abisma,
en tan triste situacion
¿qué hago con romper á un don.....
Antonio Perez la crisma?
Qué haré?

Fabricio. Pesado es el chasco.

Tadeo. Ay pobre, ay pobre Tadeo!
¡Ya no hay recurso; ya veo
sobre mi frente el chubasco!
Y ello....., es fuerza disculparme.
La verdad voy á decir
y..... Pero estoy sin vestir,
y miéntras voy á aviarme.....
Usted, que es el que me atasca,
usted, que hizo el gatuperio,
vuele usted al Ministerio,
y conjure la borrasca.

Fabricio. Sí, ya voy, y aunque iracundo

me trata usted como á un perro,
yo diré que es mio el yerro
disculpando á todo el mundo.
Pero si busco la palma
de mártir con tal valor,
no es por usted, sino por.....

[*Sollozando.*]

mi periódico de mi alma.

Tadeo. Corra usted, que es grande apuro.
Diga usted á Su Excelencia
que por hoy tenga paciencia;
que mañana, yo le juro.....
Y por Dios que no me anule,
que el yerro fué involuntario,
y yo haré que ese diario
maldecido no circule.

Fabricio. Basta, que no soy tan zafio.
Si muere el diario, ay Dios!
ya pueden para los dos
escribir el epitafio.

ESCENA IX.

D. TADEO. EL PORTERO.

Tadeo. No me llega la camisa
al cuerpo.

[*Llamando.*]

Portero! Alonso!

Portero. Llamaba usted?

Tadeo. Sí, señor.
Que venga el Regente: pronto!

ESCENA X.

D. TADEO.

Si hoy no me da un parasismo....
Qué lance de los demonios!
Y en qué dia! Cuando tengo
entre manos el engorro
del viaje..... Á las doce en punto
sale la galera, ¿y cómo
acompaño yo á esa chica
á la posada y dispongo
lo necesario..... Eso es!
Más despacito. Qué plomo!

ESCENA XI.

D. TADEO. EL REGENTE.

Tadeo. Se ha tirado ya la resma?

Regente. Aun no. Falta muy.....

Tadeo. Muy poco.
Hoy no estoy para ayudar
á nadie. Hablará usted solo,
voto á briós!.... aunque reviente.
Lo entiende usted?

Regente. [*Con mucha pena, y acosado por los gestos de D. Tadeo, logra acabar la frase.*]

Ya lo..... oigo.

Tadeo. Hoy no se publica el número.....
No hable usted!—Guárdese todo.

[*Con el periódico en la mano.*]

Aquí me han plantado ustedes
un artículo espantoso.

Regente. Á mí.....

Tadeo. Sí, á usted se lo dieron,
y usted, que es un babilonio,
no reparó.....

[*Va á interrumpirle el Regente.*]

Calle usted.
Mejor es hablar con sordos.

Regente. Yo tomo lo que me..... Estamos?

Tadeo. Por vida!....

Regente. Sólo respondo
de las.....

Tadeo. Erratas. Usted
sí que es errata, y de á folio.

Regente. [*Un poco enfadado.*]

¡Oiga usted.....

Tadeo. Pero ¿qué es esto
que está en caracteres gordos?
Es una carta.....

[*Lee ó habla, segun se marca en los versos.*]

«Bien mio,
tuya soy. Yo me abandono
á tu ternura, á tu honor.
Llanto, súplicas, sollozos
han sido en vano. Mi padre
se obstina en que el matrimonio
proyectado.....» Qué..... qué es esto?
«Con ese primo, á quien odio,
se verifique, y ya sabes
que mañana.....» San Ambrosio!
Parece que habla mi hija.
«Debo partir si no rompo
las cadenas que me oprimen.»—
Ella es, no hay duda. Oh colmo
de insolencia! Concluyamos.—
«Mañana de siete á ocho
iré á misa con Pascuala.....»
Vamos, ciertos son los toros!
«Adonde sabes.....» Bribona!—
«Allí, idolatrado esposo....»
No puedo más. Quién te ha dado
esta carta, que es un tósigo
para mí?

Regente. [*Con resolucion.*]

¡No hay que gritarme,
que si una vez me incomodo.....

Me la dió don Agustin.

Tadeo. ¿Y tuvo valor el monstruo
para imprimir mi deshonra
en mi casa, en mi periódico.....
¡Y tú te has prestado, infame.....

Regente. Señor mio, poco á poco.
Ni la carta está firmada,
ni yo la letra conozco,
ni leí lo que me dieron,
ni sé nada del negocio,
ni me meto yo en camisa
de once varas.

Tadeo. ¡Qué demonio
de verbosidad ahora,
y otras veces es un trompo!
¿Sólo habla usted de corrido
para asesinar al prójimo?

Regente. Yo soy tardo en producirme;
mas si de véras me amosco,
la ira me da elocuencia,
y es mi lengua un terremoto.

Tadeo. Pero, señor, ¿no bastaba
dar al público mi oprobio,
sin imprimirlo con letras
como mi puño?

Regente. [*Volviendo á su torpeza en explicarse.*]
Era corto.....
el billete y no alcanzaba
á llenar..... Y sobre todo.....
Pegue usted con quien..... En fin...
Siempre.... El que no quiera polvo...

Tadeo. Quítese usted de mi vista!
Váyase usted, ó le arrojo
por un balcon.

[*El Regente se va refunfuñando.*]

ESCENA XII.

D. TADEO. D. FABRICIO.

Tadeo. ¡Y á todo esto
aquí me estoy hecho un bobo,
sin inquirir, sin gritar.....

[*Gritando desde la puerta del gabinete.*]

Paula! Paula! Yo me ahogo.....
Paula! Paula! ¡Échale un galgo.....
Iré á registrarlo todo.....

Fabricio. [*Entra y se acerca á D. Tadeo.*]
Don Tadeo.....

Tadeo. [*Le da un empellon y se entra gritando.*]
Quite usted!
¡Hija infame.....

Fabricio. Qué alboroto!

ESCENA XIII.

DON FABRICIO.

Vamos, segun la apariencia
se descubrió lo del rapto.
Bien! ¡Ahora sí que me capto
su grata benevolencia!

ESCENA XIV.

D. FABRICIO. D. TADEO.

Tadeo. Nada! En vano he registrado
hasta la última rendija.
Sabe usted qué es de mi hija?

Fabricio. Yo..... no sé.....

Tadeo. Me la han robado!

Fabricio. Cómo!.... ¿Quién.....

Tadeo. Quién ha de ser?
Don Agustin: eso salta
á los ojos; sí, Peralta!
Estoy dado á Lucifer.
Cumpla ahora su deseo,
mas ya verá el seductor
y esa hija sin pudor
que Dios maldi.....

Fabricio. Don Tadeo!

Tadeo. Vamos, qué hay del otro asunto?
Ha visto usté á Su Excelencia?

Fabricio. No ha querido darme audiencia.

Tadeo. Eso dice usted por junto?
Que todo á mí se me tuerza!
Haber instado de firme.....

Fabricio. Si no quiso recibirme!
Habia de entrar por fuerza?
El portero don Francisco
dijo: huya usted, temerario!
Desde que vió ese diario
está hecho un basilisco.

Tadeo. ¡Y que la tierra no se abra.....

Fabricio. Allí un memorial le he puesto,
ya que por ningun pretesto
quiere oirme de palabra.

Tadeo. Mi periódico le insulta,
y no será maravilla
que me envien á Melilla
despues de pagar la multa.

Fabricio. Aun puede venir encima
otro conflicto mayor.

Tadeo. No puede ser.

Fabricio. [*Afligido.*] Sí, señor.
Que el diario se suprima!

ESCENA XV.

D. FABRICIO. D. TADEO. EL PORTERO.

Portero. De parte de Su Excelencia
el Ministro.....

Tadeo. Ay madre mia!

Ahí está la policía.
Ya se dictó mi sentencia.

Portero. No tal. Es un caballero,
y de porte muy gentil.

Tadeo. El Gobernador civil!
Que éntre al instante. Yo muero!

[*Vase el Portero.*]

Fabricio. Me voy. Á solas los dos.....

Tadeo. ¿Y si al mirarle me aturdo
y le digo algun absurdo?
No se vaya usted, por Dios.

ESCENA XVI.

D. FABRICIO. D. TADEO. D. LORENZO.

Lorenzo. Buena la ha hecho usted!

Tadeo. Yo..... (Cielos!)

Lorenzo. Era eso lo tratado?

Tadeo. No ha sido la culpa mia.
Un error involuntario.....

Lorenzo. Es error inexcusable.

Tadeo. Pero.....

[*Á D. Fabricio en voz baja.*]

Hable usted!—Sin embargo.....

Lorenzo. Ese artículo es capaz
de trastornar el Estado.

Fabricio. Eso podria evitarse.....

Lorenzo. ¿Y cómo.....

Fabricio. No circulando
el número. Si el señor
secretario del despacho
ha leido el memorial
que hice poner en sus manos,
por él verá que ni un solo
ejemplar.....

Lorenzo. [*Á D. Tadeo.*]

Hablemos claro.
Si esto es verdad, no es difícil
que se conjure el nublado;
pero ¡ay de usted si procede
con doblez!

Tadeo. No, no! (Es un santo
este hombre. ¡Y yo que temia.....)
Usted puede comprobarlo,
tomando declaracion
á todos los operarios.....

Lorenzo. Es diligencia excusada.
Lo que importa en este caso
no es inquirir la verdad,
sino evitar el engaño.

[*En voz baja.*]

¿Podemos hablar delante
del señor?

Tadeo. Oh! sin reparo.
El señor es otro yo.

Fabricio. Sí. Yo soy aquí empleado
inamovible.

Lorenzo. Muy bien.

Tadeo. [*Ofreciéndole una silla.*]

Perdone usté. El sobresalto
me hizo olvidar..... Aquí hay silla...

Lorenzo. Déjela usted. Bien estamos.
El Gobierno bien pudiera
sin ser duro ni arbitrario
multarle á usted, ocuparle
la edicion, y de un plumazo
desterrarle de Madrid
y suprimir su diario;
pero teme que los otros
hagan despues comentarios.....
El Ministro que me envia
no gusta de dar escándalos.

Tadeo. ¡Oh verdadero señor
excelentísimo!

Lorenzo. Vamos,
si usted me da su palabra....,
su palabra de hombre honrado,
de quemar esa edicion,
se le abonarán los gastos
y además una decente
gratificacion.

Tadeo. ¡Oh rasgo
de insigne, régia, inaudita
longanimidad! Yo no hallo
palabras con qué expresar.....

Lorenzo. [*Saca una cartera y de ella unos billetes de Banco que dará á D. Tadeo.*]

Aquí en la cartera traigo
veinte mil reales.....

Fabricio. Mil duros!

Lorenzo. En diez billetes del Banco.

Tadeo. Ah! déjeme usted besar
el polvo de sus zapatos....;
de sus botas; botas son.....
Yo no sé lo que me hablo.....
¡Mil duros..... cuando temia
que me llevasen al palo.....
Ahora mismo en su presencia
de usted voy á hacer un auto
de fe con esos papeles
malditos.—Vamos al patio.....

Lorenzo. Poco á poco, señor mio.

[*Poniendo un papel sobre la mesa.*]

Ántes de eso es necesario
que firme usted al momento
este anuncio declarando
que su empresa ha concluido.

Tadeo. Con mucho gusto lo hago,
que de empresas periodísticas
estoy harto, y más que harto.
Para lo que yo ganaba!

Fabricio. Y yo, y yo? Desventurado!

Tadeo. Amigo...., paciencia!

[*D. Tadeo firma el papel.*]

Fabricio. Cielos!

Ya lo firmó!

Lorenzo. [*Guardando el anuncio.*]
En el *Diario de Avisos* saldrá mañana.

Fabricio. Bien dije yo. Al perro flaco.....
¡Al cabo soy yo la víctima
del propiciatorio!

Lorenzo. En cuanto
al autor de aquel artículo.....

Tadeo. Oh! yo sobre eso me lavo
las manos..... Yo.....

Lorenzo. ¿Piensa usted
que le amenaza algun daño?

Tadeo. Yo creia.....

Lorenzo. No, señor:
nada. Todo lo contrario.
Es jóven de mucho mérito.
Aunque el artículo es agrio,
está escrito ¡vive Dios!
con talento extraordinario.
Sin duda con los ministros
estaria enemistado
porque nadie se acordaba
de tan digno ciudadano.
Pero ya le hacen justicia.
Aquí traigo su despacho
de oficial del Ministerio.
Déselo usted en su mano.....
[*Le da un pliego cerrado.*]

Tadeo. [*Leyendo el sobre.*]
«Á don Agustin Peralta....»
No es este.....

Fabricio. [*En voz baja interrumpiéndole.*]
Calle usted, diablo!
Válgale su buena suerte.
[*D. Fabricio se sienta á escribir un billete.*]

Tadeo. (Ah! sí: ya estará casado
con Paula.....) Buena eleccion,
porque es mozo muy bizarro,
y patriota á toda prueba.
Ya se ve, sufria agravios.....

Lorenzo. Ya ve usted que el Ministerio
se apresura á repararlos.

Tadeo. [*Á D. Fabricio acercándose á la mesa.*]
Y ahora qué hacemos? Quién sabe
dónde estará ese muchacho?

Fabricio. Venga el pliego. Yo lo sé.
Ya le escribo que volando
se vengan.....

Tadeo. Esas tenemos?
¿Conque usted.....

Fabricio. [*Ha puesto bajo un sobre el pliego del Ministerio y su esquela: toca la campanilla y se levanta.*]
Ya está cerrado.
[*En voz baja á D. Tadeo.*]
Amnistía general.
Yo fuí cómplice en el rapto.
[*Al Portero, que entra, toma el pliego y parte.*]
Tome usted. Adonde dicen
las señas. Vivo! En dos saltos!

Tadeo. Le remite el nombramiento.
¡Son tan amigos.....

Lorenzo. Lo aplaudo.

ESCENA XVII.

D. LORENZO. D. FABRICIO. D. TADEO. D. ANTONIO.

Antonio. Caballeros, con permiso.....
y beso á ustedes las manos.

Fabricio. [*Viéndole y saliendo á recibirle.*]
(Cielos! Don Antonio Perez!)

Antonio. ¿Cómo es que se tarda tanto
en repartir el periódico?

Fabricio. (Si se explica, nos da un chasco.)
Le diré á usted lo que ocurre.
[*Se lo lleva á un extremo de la sala y hablan aparte. D. Tadeo habla con D. Lorenzo.*]

Tadeo. [*Viendo á D. Antonio.*]
(Huy! ¡El autor propietario
del artículo! Alejemos
á este buen señor.) ¿No vamos
á hacer ese auto de fe?
Será soberbio espectáculo.

Lorenzo. Bien.
[*Á D. Fabricio.*]
Diga usted á su amigo
que vaya lo más temprano
que pueda.....

Fabricio. Sí, al Ministerio.

Lorenzo. Porque desea tratarlo
Su Excelencia; y que no tema.....

Fabricio. Estoy, estoy.....

Tadeo. Vamos, vamos.

ESCENA XVIII.

D. FABRICIO. D. ANTONIO.

Antonio. Calle usted! ¿Conque el Gobierno
ha suprimido el diario?

Fabricio. Por ese escrito incendiario
que trajo usted del infierno.

Antonio. ¿No tenía por ventura
la rúbrica del censor?

Fabricio. Por hacerle á usted favor
lo pusimos sin censura.
Buena broma nos espera!
Ya la causa se ha empezado,
y en poder del magistrado
está la edicion entera.

Por casualidad extraña
sólo ese ejemplar quedó.
Antonio. Veamos..... Aquí estoy yo.

[*Ojeando el diario sobre la mesa donde está.*]

Fabricio. Piensa usted que se le engaña?
Oh fatal diaricidio!
Antonio. Este ejemplar guardaré
si usté.....
Fabricio. Y si lo saben? Eh?
Desde aquí voy á un presidio.
No, señor, no. Lo hago trizas,

[*Hace pedazos el diario.*]

¡y pluguiera á Satanas
que viese yo los demas
reducidos á cenizas!
Antonio. Al ménos mi manuscrito.....
Fabricio. Oh pretension temeraria!
¡Si está unido á la sumaria
como cuerpo del delito!
Y si el Gobierno averigua
que ha escrito usted el libelo.....
Váyase usted.....
Antonio. Santo cielo!
Fabricio. Por la Vírgen de la Antigua!
Ese hombre que estaba aquí.....
Antonio. ¿Qué escucho! ¿Será tal vez.....
Fabricio. El juez, don Antonio, el juez!
Y va á volver.....
Antonio. Ay de mí!
(Y yo que tengo otros trapos....)
No hay que decirle, por Dios.....
Fabricio. No.....
Antonio. Trae alguaciles?
Fabricio. Dos;
pero ¡qué par de gazapos!
Apele usted al ardid.....
de la fuga.
Antonio. No, que no!
Esta noche duermo yo
á diez leguas de Madrid.

[*Se va corriendo.*]

ESCENA XIX.

D. FABRICIO. D. TADEO.

Fabricio. Como alma que lleva el diablo
corre don Antonio. El susto
no le sale á dos tirones
del cuerpo. Dios, cómo sudo!....
Así no se atreverá
á publicar en ninguno
de los restantes periódicos
su malhadado discurso.
Tadeo. [*Entra ahora.*]
Ya se ha ido don Lorenzo,
despues que ha tenido el gusto
de ver arder los diarios.
Qué gloria! No queda uno.
Fabricio. Qué dolorosa catástrofe!
Tadeo. Creí que me ahogaba el humo.
Y esos muchachos ¿no vienen?
Fabricio. Calle usted..... Creo que escucho
la voz de Paula.....
Tadeo. Ella es!

ESCENA ÚLTIMA.

D. FABRICIO. D. TADEO. PAULA. D. AGUSTIN.

Paula. [*Va á echarse á los piés de D. Tadeo y éste la recibe en sus brazos.*]

¡Padre mio.....
Tadeo. Yo te indulto.
Abrázame.
Agustin. Don Tadeo!
Don Fabricio!
Fabricio. ¡Con qué gusto
doy á usted mil parabienes
por su inesperado triunfo!
Agustin. Pero darme á mí un empleo.....
así..... ¿Quién.....
Fabricio. Cosas del mundo.
Sic vos non vobis..... Et cætera.
Tadeo. Y el periódico..... difunto.
Paula. Pues ¿cómo..... Explíqueme usted.....
Fabricio. Ha ardido el último número.
Tadeo. Y yo bailo de contento.
Fabricio. Y yo me aflijo y me angustio.
Agustin. Si comprendo una palabra
que me aspen.
Tadeo. Es largo asunto.
En la fonda lo sabrás,
que allá vamos todos juntos
á celebrar tantas dichas.
Fabricio. ¡Yo olvidaré mi infortunio
en loor de la amistad!
Paula. Qué tiene usted?
Tadeo. Está viudo.
Agustin. Cómo! Murió doña Ambrosia?
Tadeo. No, pero bajó al sepulcro
mi periódico, y él era
su dama, su.....
Agustin. Buen apuro!
Ya sabe usted, don Fabricio,
que cuanto poseo es suyo,
y ahora que por mi empleo
espero tener influjo
haré que usted se coloque.....
Fabricio. Si quiere usted darme gusto,
que sea en la redaccion
de la *Gaceta*. Así cumplo
mi vocacion decidida
de periodista.
Tadeo. Ese flujo
he tenido yo tambien,
pero de hoy más, *abrenuncio!*
Paula. Ah, cuánto, cuánto me alegro!
Fabricio. ¿Por qué motivo.....
Tadeo. Por muchos.

Á no haber previa censura,
que es nuestro mayor trabajo,
pues la mejor escritura
no está á cubierto de un tajo....;
¡ay, que su fatal tijera
áun recelo que me embista!....,

¡gran dicha fuera
ser periodista!

Á no ver que el pueblo vario
tan propenso suele ser
á quemar hoy el diario
que era su delicia ayer,
creyendo de esta manera
vencer la faccion carlista,

¡gran dicha fuera
ser periodista!

Si uno pudiera á lo ménos
dar gusto á todos y en todo,
hoy que no hay dos hombres buenos
que piensen del mismo modo,
porque la discordia fiera
anda demasiado lista,

¡gran dicha fuera
ser periodista!

Con cuatro mil suscriptores
y lo que suelto se vende,
y sin pagar redactores
ni periódicos de allende,
ni taquígrafo siquiera,
ni regente, ni cajista,

¡gran dicha fuera
ser periodista!

Á no haber reclamaciones,
ya del cómico quejoso,
ya de poetas ramplones,
ya de un jefe quisquilloso,
ya ¡gran Dios! de un calavera
deslenguado y quimerista,

¡gran dicha fuera
ser periodista!

Mas con esa vida amarga,
sin mil cuitas que no nombro,
tan insoportable carga
lleve el diablo sobre el hombro.
Aunque tenga más dinero
que el más ladron prestamista....

¡no más; no quiero
ser periodista!

EL AMIGO MÁRTIR,

COMEDIA EN CUATRO ACTOS.

Representada por primera vez en Madrid, en el teatro del Príncipe, el dia 10 de Octubre de 1836.

PERSONAS.

CARLOTA.	D. RAMON.
DOÑA BASILIA.	D. VICENTE.
DOÑA LEONCIA.	D. JULIAN.
BLASA.	RUFINO.
D. ÁNGEL.	UN MOZO DE CAFÉ.

La escena es en Madrid. El acto primero y el cuarto en casa de doña Basilia; el segundo en el jardin de Apolo; el tercero en la calle.

ACTO PRIMERO.

Sala con puerta á la derecha, que guia á la de la escalera y á las piezas interiores, y otra á la izquierda, que conduce al dormitorio de D. Ramon y D. Ángel, y tambien á otras habitaciones. En el foro habrá un balcon.

ESCENA I.

D. ÁNGEL. DOÑA BASILIA. D. RAMON.

[*Aparecen sentados á un velador y acabando de desayunarse.*]

Basilia. Otra tacita de té,
don Ángel.

Ángel. No más, ya no.

Basilia. [*Con zalamería bajando la voz.*]
Es porque la ofrezco yo?
Ingrato!

Ángel. Ah!.... Llénela usté.

Basilia. ¿Conque hoy se come en Apolo?

Ramon. Sí.

Basilia. Me abandonan ustedes
aquí entre cuatro paredes.

Ángel. [*Bajando la voz.*]
La amistad.....

Basilia. [*Lo mismo.*] Que vaya él solo.

Ramon. [*Aparte con doña Basilia.*]
Calla! Déjale venir,
que yo allá le necesito.

Basilia. Que vaya, pero, amiguito,
todos hemos de vivir.

Ángel. [*Aparte con doña Basilia.*]
Qué es eso?

Basilia. Nada. Le riño
porque sin usted me deja.

Ángel. Es infundada esa queja.
Me tiene tanto cariño!....

Basilia. Y usted, como amigo fiel,
le prefiere á mí.

Ángel. No tal.

Ese afecto es fraternal,
pero.....

Basilia. Tengo celos de él.

Ramon. Siempre hablándose al oido.....
Me picaré como hay Dios.

Ángel. Lo mismo habla con los dos.

Ramon. Pero eres tú el preferido.

Basilia. Supongamos que es verdad.
¿Querrá usted.....

Ramon. Sólo deseo
su ventura.

Ángel. Así lo creo
de tu sincera amistad.

Basilia. Pero ¿quién será el que lidie
por ganar mi corazon?
Es harto mezquino el don
para que nadie lo envidie.

Ángel. Qué bien sienta la modestia
en una hermosa!

Basilia. Sí? Doy
á usted mil gracias.

Ángel. (Me voy
á enamorar como un bestia.
Qué mujer! Á su ascendiente
yo no puedo resistir.)

[*Se levanta, y hacen lo mismo doña Basilia y D. Ramon.*]

Ramon. Te vas?

Angel. Tengo que escribir
á mi tio don Vicente.

Ramon. Bien. Vistiéndome te espero.

Angel. Dos correos me han faltado,
y me tiene con cuidado,
que como á un padre le quiero.

Ramon. [*Aparte á doña Basilia.*]

Qué alma cándida! Lo ves?

Basilia. Sí.

Ramon. La brevedad te encargo.

Angel. Descuida. No seré largo.
Hasta luégo.

Basilia. Hasta despues.

ESCENA II.

D. RAMON. DOÑA BASILIA.

Ramon. Está perdido por ti.

Basilia. ¡Em.....

Ramon. No lo dudes, Basilia.

Basilia. Me dice cosas muy dulces,
mirándome se extasía,
y si amorosa le hablo
se anega su alma en delicias;
mas, ora sea respeto,
ora sea cobardía,
áun no me ha dado ninguna
de esas pruebas positivas.....
¿Á qué espera, que no me habla
de consorcio todavía?
Mucho temo que no sea
tan platónica y tan fina
como tú te la figuras
la pasion con que me mira.

Ramon. Qué! ¡Si es un alma inocente
sin doblez y sin malicia!
Yo, con ser hombre y faltarme
los suspiros, las risitas,
los dengues y las demas
femeniles baterías,
hago cuanto quiero de él.
Y una muchacha tan linda,
tan graciosa como tú
¿no ha de lograr su conquista?

Basilia. Él me ama, sí; no lo dudo.
Durante los ocho dias
que has pasado en Talavera
al lado de tu familia
mucho mi imperio ha crecido
sobre aquella alma novicia.
Ya se ve, ningun objeto
de mi amor le distraía,
ni me hacía oposicion
la amistad de un egoista.

Ramon. Mil gracias por la lisonja.
Ya en tu carta me decias
lo bien que andaba el negocio,
y excusado es que repita
el placer que tuve en ello,
pues con el alma y la vida
deseo tu bienestar.

Basilia. Sí, basta que tú lo digas.
Falso!

Ramon. Me da pesadumbre
verte en viudez desvalida
siendo tan bella, tan jóven....

Basilia. Qué descarada mentira!
Si es así, ¿por qué rehusas
llevarme á la vicaría?
¿Por qué, traidor, tus palabras
y mis finezas olvidas?
¿No me juraste.....

Ramon. ¡Ay..... por Dios,
por Dios!.... Cosas tan antiguas!....
Buen matrimonio por cierto!
Estás en tu juicio, chica?
Yo más pobre que las ratas;
tú caprichosa y bonita.....
Halagüeño porvenir!
deliciosa perspectiva!
Yo te juré..... Á punto fijo
no lo sé, por vida mia,
porque á los piés de una bella
todo se jura, Basilia.

Basilia. Y tan crédulas nosotras!

Ramon. Sin duda te juraria
hacerte feliz, ¿y acaso
no lo cumplo? ¿Hay mayor dicha
para ti que ser esposa,
no de un pobre, no de un *quidam*
como yo, sino de un mozo
que tiene un genio de almíbar,
y es cosechero en Marchena,
y con un tio en Lebrija

de quien hereda un caudal
en olivares y viñas?
¿Y á quién debes esa alhaja
sino á mí, desconocida
mujer?

Basilia. No niego la deuda,
pero te das tanta prisa
con tu oficiosa amistad
á beneficiar la mina,
que si no me caso pronto
me voy á quedar *per istam.*

Ramon. Ponderacion!.... No hay cuidado.
Son vinculadas las fincas.
Y tuyo será, lo espero;
mas ¡guarda! no le persigas
demasiado ni con quejas
ni con amantes caricias,
que irrita la sujecion
y la lisonja fastidia.
Un ten con ten..., un buen medio...,
algo de coquetería.....
Ya me comprendes. Si llega
á penetrar que codicias
su mano, mujer al agua!
Si débil ó compasiva
de su platónica mente
las ilusiones disipas,
es negocio concluido:
viudez tienes para dias.

Basilia. Demonio predicador,
¿le enseñas esa doctrina
á la andaluza beldad
cuya mano solicitas?

Ramon. Buena boda, aunque no tanto
como la tuya.—Y la niña
es frívola si las hay
con sus ribetes de altiva;
pero una casa en Madrid,
que nunca se desalquila,
porque está muy bien situada,
y produce en renta limpia
tres mil duros, no es un grano
de anis.

Basilia. Pero ¿está propicia
la muchacha?

Ramon. Hoy me prometo
acabar de persuadirla
en Apolo, miéntras Ángel
se divierte con la tia.
Mas ya hemos charlado mucho,
y si sospechan la intriga.....

Basilia. Sí; me voy á mis haciendas.
Adios.

Ramon. Adios, alma mia.

ESCENA III.

D. RAMON.

Ramon. [*Mirando adentro.*]
Áun está escribiendo. ¡Oh cándido,
oh cariñoso sobrino!—
Nos vestiremos.—Rufino!
Nadie responde?

Rufino. [*Dentro.*] Allá voy.

Ramon. Un criado tan estúpido
no le hay en Madrid.

ESCENA IV.

D. RAMON. RUFINO.

Rufino. Presente.

Ramon. Si no eres más diligente
te despido, como soy.

Rufino. Á mí..... Usted.....

Ramon. Como una pólvora
has de ser cuando te llamo.

Rufino. Ya lo soy cuando mi amo.....

Ramon. Eh? Yo soy tu amo tambien.
Y á mí no me gustan réplicas.
Entiende usted, tio Camuñas?

Rufino. (Si me valiera.....)

Ramon. [*Se ha puesto en mangas de camisa.*]
No gruñas.
La corbata.

Rufino. (Estamos bien!)

Ramon. Abre, Rufino, esa cómoda,
y sácame la escocesa.

Rufino. La de mi señor?

Ramon. Sí, esa.

Rufino. Pero.....

Ramon. [*Tomándosela á Rufino y poniéndosela.*]
Él se pondrá la azul.

Rufino. (El tal amigo es un déspota.)

Ramon. Dame ese chaleco negro.....
El rameado.

Rufino. Me alegro!
Y mi amo?

[*Le da el chaleco.*]

Ramon. Calle el gandul!
La levita.

Rufino. ¡Qué.....

Ramon. Despáchate.

Rufino. La de mi amo?

Ramon. Pues, la verde.
Vamos, que el tiempo se pierde.

Rufino. [*Dándosela, y lo demas que indica el diálogo*]
Vaya.

Ramon. Hoy no salgo de frac.
El sombrero nuevo.....

[*Rufino va á darle otro.*]

Pícaro!
Del nuevo te estoy hablando.
El mio está ya tan blando
que puede servir de clac.

Guantes.....

[*Mirando los que le da Rufino.*]

No están muy católicos.
Los compraré de camino.
Venga ahora el baston, Rufino.

Rufino. Cuál? El de puño de boj?

Ramon. No. Me gusta más el de ébano
con puño de filigrana.

Rufino. [*Con el baston en la mano.*]
(Le diera de buena gana
un.....)

Ramon. Me olvidaba. El reloj.

Rufino. Pero eso es dejar *in páribus*
á mi amo, y despues....

Ramon. Camello,
tu amo tiene gusto en ello.

Rufino. (Si me consultara á mí.....)

Ramon. Entre dos amigos íntimos
todo es comun. Ahí le dejo
mi equipaje.

Rufino. (Malo y viejo.
Cualquiera es amigo así.)

ESCENA V.

D. ÁNGEL. D. RAMON. RUFINO.

Ángel. Hola! Estás vestido ya!

Ramon. Eso lo hago yo en un soplo.

Rufino. (Fácil es con los criados
y los vestidos del prójimo.)

Ángel. Esa levita.....

Ramon. Es la tuya.
Á fuer de galan y novio
tiene uno que presentarse
á su dama con decoro,
que si por eso no fuera.....
Ya sabes que soy filósofo,
y nunca me han desvelado
superficiales adornos.

Ángel. Cierto, sí.

Ramon. ¿Me sienta bien
la corbata?

Ángel. [*Arreglándosela.*]
Espera un poco.
El lazo está desigual.....
Ah! mi saboneta de oro!

Ramon. Ah! sí.—Te hace falta?

Angel. No.

Ramon. Por no preguntar á otro
qué hora es si Carlotita
desea saber..... Con todo,
si la quieres.....

Ángel. Qué bobada!
Llévala. Soy muy gustoso
en que la luzcas.

Ramon. Oh Ángel!
¡Verdadero ángel custodio
para mí! Dame un abrazo.
Cuanto yo poseo, todo,
todo es tuyo.

Ángel. Ya lo sé.

Rufino. (Qué amigo tan generoso!)

Ramon. Ni á su Pílades Oréstes,
ni Teseo á Piritóo
amaron con tantas véras
como yo te amo.

Rufino. (¡Y el bobo
se lo cuela!)

Ángel. Y yo, Ramon,
que tu alma noble conozco
con tener tan buen amigo
me reputo venturoso.

Rufino. (Lástima y rabia me da.)

Ramon. Si con halagüeño rostro
me mira un dia la ingrata
fortuna, ¡con cuánto gozo
te pagaré las finezas
que te debo, y dadivoso.....
Mas ¿qué digo? Yo te ofendo.
Perdona este desahogo
de mi justa gratitud,
querido amigo. No ignoro
que llevan ciertos servicios
la recompensa en sí propios.

Ángel. Basta ya; no me sonrojes.
Si un decente patrimonio
me procura la ventaja
de mitigar el encono
de tu suerte, caro amigo,
tu corazon afectuoso
recompensa con usura
esos que yo me abochorno
de oirte llamar servicios.
El favor de un poderoso,
la casualidad, la industria
pueden de un momento á otro
hacer grande y opulento
al que yacia en el polvo;
mas un verdadero amigo
es don del cielo precioso,
y pocos tienen la dicha
de encontrar ese tesoro.

Ramon. Vuelve á abrazarme. Mejor
no hablara san Juan Crisóstomo.
Tú me haces justicia, sí,
que el alma mia..... Yo lloro
de júbilo.

Rufino. (Hipocriton!)

Ángel. [*Enjugándose una lágrima.*]
¿Á qué vienen los sollozos
ahora.....

Ramon. Preciso fuera
tener una alma de plomo,
Ángel mio, para oirte.....

Ángel. [*Consolándole.*]
Vamos.....

Ramon. Hablar de ese modo.....

sin enternecerse.—Vaya,
hasta despues. Ahora corro
á alquilar la carretela
con los dos caballos tordos.....
No quiero que tú te tomes
esa molestia.—Supongo
que no irás desprevenido,
que el gasto no será flojo.
En casa de Carlotita
te espero. No tardes.

Ángel. Pronto
me tienes allí.

Ramon. ¡Cuidado
no te embelesen los ojos
de la patroncita amable
y te olvides de nosotros!

Ángel. No faltaré.

Ramon. ¿No es verdad
que es bella?

Ángel. Ah! sí.

Ramon. Y un asombro
de donaire, de dulzura.....
Oh! y es limpia como un oro,
y mujer de más gobierno
que un agente de negocios;
y te quiere..... Oh! te idolatra.

Ángel. Sí; yo creo.....

Ramon. Y tú estás loco
por ella. ¡Mejor pareja.....
Sois el uno para el otro.
Anímate, y en un dia
se harán los dos matrimonios.

Ángel. ¡Casarse.....

Ramon. Sí.—Ya hablarémos
más despacio..... Adios, buen mozo.

ESCENA VI.

D. ÁNGEL. RUFINO.

Ángel. El buen Ramon!.... Ménos piensa
en su dicha que en la mia.
Pruebas me da cada dia
de su gratitud inmensa.

Rufino. Maldita sea su casta!
¿Pruebas son mandar en todo,
comérsele á usted un codo,
ponerse su ropa.....

Ángel. Basta.
Cuanto tengo es de mi amigo,
nada le debo tasar,
que á estar él en mi lugar
lo mismo haria conmigo.

Rufino. Sí, señor; así lo ofrece,
pero.....

Ángel. ¿Quieres que te plante
en la calle? Hola!

Rufino. Adelante.
Sarna con gusto no escuece.

Ángel. Sin respeto no le nombres,
que yo sé lo que me hago.
Soy yo acaso algun monago?

Rufino. No.

Ángel. Yo conozco á los hombres.

Rufino. Perdone usted. La lealtad
me engañará.....

Ángel. Así lo pienso.
Yo sé bien á quién dispenso
mi cariñosa amistad.

Rufino. [*Sacando unos papeles que da á su amo.*]

Aquí han traido estos créditos
para que usted.....

Ángel. De quién son?

Rufino. Son deudas de don Ramon.

Ángel. [*Examinando una de las cuentas, y luégo las demas.*]

Dos onzas, y una de réditos.....
Horrible usura en dos meses!
Así en un año cabal
tres veces el capital
importan los intereses.
El pobre estaba apurado,
y como es tan caballero.....
Mas teniendo yo dinero
no ha de vivir empeñado.—
Aquí firma otro acreedor.
Pedro Celestino Prieto.
No conozco á este sujeto.

Rufino. Es famoso jugador.

Ángel. Fatal juego! Yo sé que él
aborrece hasta su nombre,
pero hay casos en que el hombre
por no hacer un mal papel.....
Suma todo....; no es exceso;
cuatro mil. Los pago, y listo.

[*Saca dinero de la cómoda y lo entrega á Rufino.*]

Rufino. (El don Ramon, está visto,
le tiene sorbido el seso.)

Ángel. [*Poniendo oro en un bolsillo de seda.*]

Proveamos el bolsillo
para el gasto que hoy ocurra.

Rufino. (Quién le apea de su burra?
Le engañan como á un chiquillo.)

Ángel. Vamos, corbata y chaleco.

Rufino. [*Ayudándole á vestir.*]

Ahí va. La otra.....

Ángel. Ya sé.

Rufino. Y un chaleco de piqué,
color de membrillo seco.

Ángel. La levita.... Ah! ¡voto al Draque...
Mi caro amigo la tiene.
Y ese sastre que no viene!....
Vamos, me pondré su fraque.
Cepilla, y dámelo pronto.

Rufino. [*Acepillando el fraque.*]

Raído está.

Ángel. Bien; ¿y qué?

Rufino. Aquí donde usted lo ve,
no tiene pelo..... de tonto.
Ángel. Por ser de Ramon lo estimo,
y con el trueque me allano,
que soy su amigo y su hermano.
Rufino. (Yo digo que eres su primo.)
Á poco que usted se abroche
salta el paño.
Ángel. No hace frio.
Rufino. Manda usté algo, señor mio?
Angel. Nada más. Hasta la noche.

ESCENA VII.

D. ÁNGEL.

Aquí Ramon me ha dejado
su sombrero y su baston.

[*Poniéndose el sombrero.*]

Bien me está. ¡Vaya, tenemos
igual cabeza los dos!
Poder de la simpatía!....
Pero se hace tarde. Voy.....

ESCENA VIII.

D. ÁNGEL. DOÑA BASILIA.

Basilia. ¿Se va usted sin despedirse
de su tierna amiga?
Ángel. No,
que iba á entrar...
Basilia. Oh! no es extraño
que vaya usted tan veloz
donde hermosuras le aguardan.
Ángel. Hermosuras? Cuáles son?
La que ese nombre merece,
aunque á usted tan inferior,
bien sabe usted, Basilita,
que es prenda de don Ramon.
La dama cuyo galan
en esa partida soy
no es para inquietar á nadie,
que ya cincuenta cumplió.
¿Teme usted que me enamore
semejante cronicon,
y me rinda á los hechizos
del reumatismo y la tos?
Basilia. ¿Cuándo el amor verdadero
de los celos se libró?
Pero si usted me promete
que no ha de serme traidor,
aunque su ausencia me aflige
por satisfecha me doy.
Ángel. Esa dulce confianza
bien la merece mi amor.
Basilia. Vaya, divertirse mucho;
y guárdese usted del sol!
Ángel. Mi sol está en esa cara.
Basilia. Es de véras? Picaron!
Angel. Quiere usted algo de Apolo?
Basilia. Tráigame usted una flor.
Angel. Cuál será?
Basilia. La siempreviva,
imágen de mi pasion.—
Pero ese frac tiene motas.
El cepillo.....

[*Lo toma y acepilla á D. Ángel.*]

Ángel. Bien estoy.
Basilia. Eh, déjese usted servir!
Angel. No merezco tanto honor.
Basilia. Sin vanidad, ¿habrá muchas
camareras como yo?
Ángel. Divina!.... (Más que el vestido
me cepilla el corazon.
Ah! si no temiera.....)
Basilia. Cielos!
Rufino no reparó.....
Qué zafios!
Ángel. Alguna mancha?
Basilia. Se está cayendo un boton.
Lo coseré en un momento.
Ángel. Dejarlo. ¡Válgame Dios.....
Tanta molestia..... Qué importa?
Si fuera en el pantalon.....
Basilia. Yo lo he de coser. No quiero
que corra por ahí la voz
de que no cuido á mis huéspedes
con esmero y con primor.
Voy por la aguja.

[*Vase y vuelve luégo.*]

Ángel. Señora.....
¡Qué singular sensacion
produce en mí esa mujer!
La adoro, y me da temor.....
Me embelesan sus halagos,
mas no sé por qué razon
quisiera que no me amase.
Basilia. Vamos.
Angel. Ah!..... ¿Me quito.....

[*Hace ademan de quitarse el fraque.*]

Basilia. No.
Se puede usted constipar.
Ángel. Vaya!
Basilia. [*Cosiéndole el boton.*]
Corre un viento atroz.
Ángel. (¡Tan cerquita, y yo cobarde.....
Qué pecho! qué manos! oh!....)
Basilia. Maldita aguja!
Angel. (Ay! la siento
palpitar...... Qué situacion!)
Basilia. Le molesto á usted?
Angel. Á mí!
No,.... vida mia..... (La doy
un beso?.... Es mucha osadía.)

Basilia. Ya no faltan más que dos
puntadas.
Ángel. (¡No puedo más!)
[*Pasando suavemente el brazo por cima del hombro de doña Basilia.*]
Basilia mia!
Basilia. Traicion!
Cogerme así,.... descuidada!
abusar de mi candor!
Ángel. [*Turbado.*]
Qué! tan grave es mi delito?
Basilia. ¡Empañar así el crisol
de mi honra!
Ángel. Cálmese usted.
No ha sido tal mi intencion,
Basilia.
Basilia. Si algun vecino,
si algun criado lo vió.....
Ángel. Señora!.....
Basilia. Desventurada!
Perdí mi reputacion!
Eso es quererme? ¿Eso hace
un caballero español?
Ángel. Basilia!.... (Es una Lucrecia!
un modelo de pudor!
Y áun vacilaré?) Basilia!
Si erré, te pido perdon.
Basilia. Sí, el corazon te perdona,
mas la virtud..... (Se clavó.)
Ángel. Nunca fué mi pensamiento
conspirar contra tu honor,
nunca! yo te juro.....
Basilia. Acaba.....
Ángel. Gente viene. Adios! adios!

ESCENA IX.

DOÑA BASILIA. RUFINO.

Basilia. (¡Mal haya, amén, la vida
del importuno.....)
Rufino. Perdone usted, señora,
si la interrumpo.
Basilia. Es mucha audacia!
Rufino. Si hubiera yo sabido
que incomodaba.....
Basilia. Criados..... mal criados
siempre incomodan.
Sépalo el insolente
por si lo ignora.
Es villanía
colarse de ese modo
cuando hay visita.
Rufino. Vengo á arreglar el cuarto.....
Basilia. Qué prisa corre?
Váyase á la antesala;
no me sofoque.
Rufino. Doña Basilia!.,..
Eso aumenta diez grados
á mi malicia.

ESCENA X.

DOÑA BASILIA.

Bribon!.... ¡Entrar el zafio
cuando mi dueño
ya iba á darme palabra
de casamiento!
Y ahora ¿qué hago yo?
No es para cada dia
coser un boton.
La timidez de ese hombre
me desespera,
que á fuerza de fingirlo
le amo de véras.
¡Será una ganga
si trasquilada salgo
yendo por lana!

ESCENA XI.

DOÑA BASILIA. RUFINO.

Rufino. [*Á la puerta.*]
Señora..... Usted perdone.—
Un caballero
quiere hablar.....
Basilia. Adelante.
Rufino. Voy al momento.
[*Vase.*]
Basilia. ¿Será otro huésped
acaso..... Ay! es vetusto.
Maldita suerte!
[*Se sienta.*]

ESCENA XII.

DOÑA BASILIA. D. VICENTE.

Vicente. Á los piés de usted, señora.
Basilia. Servidora.
Vicente. Vengo en busca
de don Ángel.....
Basilia. Ha salido.
Tome usté asiento si gusta.
Vicente. [*Sentándose.*]
Sí; ya me han dicho que acaba
de salir. Poca fortuna
es la mia.
Basilia. (Quién será?)
Vicente. Ya no volverá sin duda
hasta la hora de comer.
Come en casa?
Basilia. Lo acostumbra,

mas hoy come fuera.
Vicente. Diantre!
¡Ocurrirle esa diablura
cuando..... Es comida de fonda?
Basilia. Cierto.
Vicente. ¿Y en cuál de las muchas
que hay en Madrid?
Basilia. En Apolo.
(Ya me enfadan sus preguntas.)
Usted será forastero.
Vicente. ¿Es acaso mi figura
tan provincial.....
Basilia. No señor,
pero...
Vicente. Es que... ese aire de chunga...
Estas gentes de Madrid
de todo el mundo se burlan.
Basilia. Burlarme yo? No por cierto.
Vicente. Aunque mecieron mi cuna
á muchas leguas de aquí,
mi educacion es tan pulcra
como la del más erguido
cortesano.
Basilia. Quién lo duda?
Vicente. Ni Madrid me espanta á mí
como á la gente palurda,
que no lo conozco yo
de ahora. Cuando la jura.....
Basilia. Pero por llamar á un hombre
forastero ¿se le insulta?
Vicente. ¡Eh..... No. Pero..... por si acaso....
bueno es que uno se sacuda.—
¿Conque es decir que don Ángel
anda de broma y de bulla,
y hasta la noche no vuelve?
Á qué hora?
Basilia. No es muy segura.
Unas veces á las doce,
otras veces á la una.....
Vicente. Á la una dice usted?
(No me agrada esa conducta.)
Pues ¿dónde pasa la noche?
Basilia. No soy confidente suya.
Con sus amigos, supongo;
en el teatro..... Hoy anuncian
ópera nueva en la Cruz,
y es muy posible que acuda.....
Vicente. Ah! bien. Irá á la luneta.....
Basilia. Más bien irá á la tertulia.
Vicente. Á la tertulia...., al teatro.....
Vaya, que es usted muy chula!
¿Cómo ha de estar en dos partes
á un tiempo? Creo yo en brujas?
Basilia. Oh! no. Tertulia se llama.....
Vicente. ¡Ahora falta que me instruya
de lo que tengo olvidado!
Sociedad donde se juntan
varias familias, y juegan
ó bailan, cantan, murmuran.....
¿Si pensará esta señora
que soy alguna lechuza
insociable.....
Basilia. (Diablo de hombre!
Todo se le antoja pulla.)
Tertulia es aquí tambien
un corredor que circunda
el teatro, más arriba
de los palcos.—Pero, en suma,
qué quiere usted?, que con tanta
interrogacion me abruma?
Vicente. [*Se levanta, y tambien doña Basilia.*]
Eso es decirme que soy
entremetido.
Basilia. Ay qué angustia!
Vicente. Ó suponerme alguacil,
escribano de la curia,
agente de policía.....
Basilia. Miéntras usted no descubra
quién es, puedo presumir
lo que guste.
Vicente. Sí; la culpa
es mia. Pues sepa usted,
para que no me confunda
con gente ruin, que yo soy
don Vicente Gil Fonrubia,
hacendado de Lebrija.....
Basilia. Cómo!.... ¿es usted..... qué ventura!
tio de don Ángel.....
Vicente. Pues!
Tio carnal. Qué! ¿no es justa
mi curiosidad?
Basilia. Sí tal.
Perdone usted. Como nunca
tuve el honor.....
Vicente. Excusemos
cumplidos que me importunan.
Basilia. ¡Cuánta va á ser la alegría
de don Angelito!
Vicente. Mucha!
Todo el dia de jolgorio,
toda la noche de tuna.....
Así se acuerda de mí
como yo del moro Muza.
Basilia. Si se hace lenguas de usted!
Vicente. Sí, y en las cartas me adula.....
Pero eso no me contenta
cuando veo que le acusan
de tronera, disipado.....
Basilia. Quién levanta esa calumnia?
Vicente. ¿No acaba usted de decirme
que anda siempre de trifulca?
Basilia. Se divierte como jóven,
pero siempre con cordura.
Vicente. Basta. Yo me informaré.....
Basilia. (Oh..... qué cara tan adusta!)
Mandarémos á buscarle.
Verá usted cuál se apresura.....
Vicente. Eso no, de ningun modo,
que así mi intencion se frustra
de sorprenderle. Esta tarde
iré á Apolo, con la ayuda
de Dios, y allí nos veremos.
En tanto, que no trasluzca
nadie mi venida. Estamos?
Basilia. Callaré como una muda.

Vicente. Cuidado! Ahora deme usted
habitacion, si hay alguna
desocupada.
Basilia. Allá dentro
hay una sala muy cuca.
Quiere usted comer aquí?
Vicente. Sí, pero solito.....
Basilia. Hay truchas.....
Vicente. (Y una de ellas eres tú.)
Bien está.
Basilia. Qué postres?
Vicente. Fruta.....
Cualquiera cosa. Mi cuarto?
Basilia. Voy..... Sígame usted si gusta.
(Este tio me degüella.)
Vicente. (Esta mujer me repugna.)

[*Se dirigen á la puerta de la izquierda.*]

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una de las placetas del jardin de Apolo. Rosales, arbustos, bancos de piedra; á un lado una mesa, y sillas rústicas al rededor. Pendiente de un pilar de madera habrá un farol que se encenderá á su tiempo.

ESCENA I.

D. ÁNGEL. D. RAMON.

Ramon. En arreglar su *toilette*
áun tardarán un buen rato
las señoras. Esperemos
sentados en ese banco.

[*Se sientan.*]

Qué comida tan soberbia!
Ángel. Exquisita. Ha habido platos
selectos.
Ramon. Oh! cuando yo
tomo una cosa á mi cargo.....
Ángel. Te has lucido, amigo mio.
Cuánto me alegro!
Ramon. Y el gasto
no es excesivo. Á doblon
por cabeza, y los helados,
los vinos..... Importa todo
cuarenta duros escasos.
Ángel. Qué! ¿me das cuentas ahora
cual si fueses mi criado?
Al entregarte el bolsillo
¿he puesto límite acaso
á tu liberalidad?
Ramon. Nada de eso. Sin embargo,
mi delicadeza.....
Ángel. Vaya,
punto final, ó me enfado.
Ramon. ¿Qué quieres! Áun entre amigos
causa una especie de empacho
estar recibiendo un hombre
continuamente agasajos
sin poder..... ¡Y con mi genio,
tan desprendido y tan franco,
que no tengo nada mio!
¡Si tú me hubieras tratado
en mi próspera fortuna!
Dinero, mesa, caballos....;
todo era de mis amigos.
No habia pobre á mi lado.
Ya ves, rico negociante,
jóven, solo..... No era extraño.
Mas la falsa bancarrota
de un corresponsal villano
que dispuso de mis fondos,
y despues lo del naufragio.....
Ángel. Qué lástima! Una goleta
llena de añil y cacao.....
Ramon. Eh! no te quiero afligir
con recuerdos tan amargos.
Hablemos de nuestras novias,
y una higa á lo pasado.
Ángel. Si he de decirte verdad
creo que la tuya es algo.....
Ramon. Habla. Por qué te detienes?
Angel. Lo tomarás por agravio.
Ramon. Yo? Qué locura!
Angel. Pues bien,
te lo diré sin reparo.
Tu Carlotita es muy linda,
mas de un carácter tan vano,
tan superficial..... Ya pones
mal gesto; te picas..... Callo.
Ramon. No me pico. Léjos de eso
tu sinceridad aplaudo.
No me ciega la pasion.
Con efecto, he reparado
en Carlota esos defectos.
Pero tiene pocos años,
y es fuerza ser indulgente.
Luégo que estemos casados
la corregiré, lo espero,
de esos pueriles resabios,
que aunque la criaron mal
su corazon está sano.
Ángel. Dices bien. Me has convencido.
(Ah qué hombre! No abre sus labios
sin decir una sentencia.)
Ramon. Tú te excusas el trabajo

de educar á tu consorte.
Doña Basilia..... Qué hallazgo!
Esa es toda una mujer.
¿Á quién darias tu mano
que mejor la mereciese?

Ángel. Yo la quiero, la idolatro,
pero...., la verdad, así....,
como si fuera su esclavo;
como si al alma oprimiera
algun yugo involuntario.....
Siento rubor si me mira,
como si fuese un muchacho.
Cuando la veo me encanta;
y, con todo, no descanso
sino léjos de su vista.
¿Si algun funesto presagio
sentirá mi corazon?
Yo no comprendo este arcano.

Ramon. Pobre mozo! Ya se ve,
como tú nunca has amado
hasta ahora..... Esos temores,
combates y sobresaltos
siempre han sido inseparables
del primer amor. El santo
dulce vínculo nupcial
te curará por ensalmo
de inquietudes y aprensiones.
Sea amor impuro ó casto,
no es dichoso sin la grata
posesion del bien amado.
Tú no querrás obtenerla
con seducciones y engaños.....

Ángel. No; jamás!

Ramon. Pues bien, el médico
de tu mal es el vicario.—
Pero las damas no vienen.
Volvamos allá.

[*Se levantan.*]

Angel. Volvamos.

Ramon. ¡Por Dios que no te descuides
en dar á la tia el brazo!

[*Aparece por el foro D. Julian observando.*]

Ángel. Ah qué cotorra! Qué plepa!
Si no te quisiera tanto,
ántes que sèr su escudero
me dejara dar de palos.

Ramon. Tanta bondad me confunde.
Eres una alhaja! Vamos.

ESCENA II.

D. JULIAN.

[*Fumando un puro.*]

Ellos son. Qué harán aquí?
Apostemos á que hay cita?
Mas no veo á la primita
y todo el verjel corrí.
¡Olvidarme así en la ausencia,
mujer ingrata y voluble,
cuando en lazo indisoluble
creí..... Pierdo la paciencia.
Nunca fuera yo á Logroño!
Mas ¿quién entónces creyera
que no fuese fiel siquiera
desde el estío al otoño?
En tanto que á mis afanes
tan insensible se muestra,
cate usted que en la palestra
se presentan dos galanes.....
Mas la inconstante beldad
¿á cuál corresponde, cielos?
Son amigos..... y con celos
no puede haber amistad.
¿Será mi rival acaso
el don Ramon? Qué tormento!
¿Ó el don Ángel..... Uf! Me siento.

[*Se sienta y se hace aire con el sombrero.*]

De ira y de calor me abraso.
Calla la infiel, calla Blasa.....
Para que yo me impaciente,
la tia, todo viviente
está de acuerdo en la casa.
Por vida de san Gines!....
¿Hay suplicio tan fatal
como tener un rival
y no saber quién lo es?
Mas hoy de la duda salgo,
y el que sea mi enemigo
se habrá de batir conmigo
y verá lo que yo valgo.
Yo no sufro, vive Dios.....
Mas si huyendo la refriega
este calla, el otro niega.....
Entónces mato á los dos.

ESCENA III.

D. JULIAN. D. VICENTE.

Vicente. (Ni le encuentro en el billar,
ni dan razon en la fonda,
y en vano errante le busco
hace más de media hora.
Ya se ve, entre tanta gente
¿quién encuentra á una persona
determinada?—Y tal vez
se le habrá puesto en la cholla
á mi sobrinito el irse
á otra parte con la broma.
Eh!.... fumemos un cigarro
en este banco á la sombra.)

Julian. [*Se levanta.*]
(Yo los buscó; está resuèlto,
y la espada ó la pistola.....)

Vicente. ¿Quiere usted darme la lumbre
si no le hago mala obra?

Julian. No por cierto. Tome usted.
Vicente. (Este quizá le conozca.)
Gracias. ¿Podrá usted decirme.....
Disimule usted si es tonta
mi pregunta, caballero,
porque en esta Babilonia
no es muy fácil.....
Julian. Ciertamente;
no es fácil que yo responda
miéntras usted no se explique.
Vicente. ¿Conoce usted por dichosa
casualidad á un don Ángel
Rodriguez Fonrubia.....
Julian. ¡Toma
si le conozco!
Vicente. De véras?
Y..... dígame usted.....
Julian. Ahora
estaba pensando en él.
Vicente. Es decir que usted le honra
con su amistad.....
Julian. No, señor.
Si usted tiene alguna cosa
que decirle, por ahí anda
paseando.
Vicente. (La patrona
dijo bien.) Gracias, amigo.
Julian. Parece que usted se informa
con interes singular.....
Apostemos una dobla
á que es usted.....
Vicente. Quién?
Julian. Su tio.
Vicente. Cierto; usted no se equivoca.
Pero usted ¿de dónde sabe.....
Julian. Soy fisonomista.
Vicente. Oiga!
Tengo yo cara de tio?
Julian. No digo tal.
Vicente. ¡Es chistosa
la ocurrencia!
Julian. Ahora será
justo que usted corresponda
á mi atencion. Por acaso
¿ha visto usted dos señoras
que ando buscando, hija y madre;
la madre gruesa, frescota;
la hija bonita, ojos negros.....
Vicente. Todas las madres son gordas;
todas las hijas son bellas
para el galan que las ronda.
Yo, además, soy forastero
y nunca tuve la nota
de curioso.
Julian. Como es hoy
dia de fiesta, andan otras
por el jardin..... Y ¡qué diablos!
Usted que vendrá de Astorga
ó ¿qué me sé yo de dónde.....
Vicente. De Lebrija. Mi parroquia
está allí. Yo maragato!
Julian. Bien, de Lebrija. Qué importa?
¿Cómo ha de saber usted.....
Apostemos una onza.....
Vicente. Oiga usted, caballerito!
¿Presume usted que me asombra
con onzas á mí?
Julian. No. ¡Vaya,
usted de todo se amosca!
Bien podia yo apostar
sin peligro de mi bolsa
á que usted jamás oyó
nombrar á doña Leoncia
Suarez.....
Vicente. ¡Vea usted lo que es
hablar á tontas y á locas!
Si llego á aceptar la apuesta
la pierde usted.
Julian. Sí?
Vicente. No es mofa.
La he conocido en los baños
de Carratraca. Es de Loja.
Julian. Sí, señor.
Vicente. Tiene una hija.....
Julian. Cómo se llama?
Vicente. Carlota.
La niña heredó una casa
en Madrid, calle de Atocha.....
Julian. Las mismas.
Vicente. Y han de ser ellas
las que cerca de la noria
vi pasar, sin acabarlas
de conocer.
Julian. Iban solas?
Vicente. Solas iban, sí.
Julian. Yo vuelo
en su busca.—Adios.—Traidora!

[*Vase corriendo. Aparecen al mismo tiempo algunas damas y caballeros que pasean.*]

Vicente. Qué le ha dado á ese tronera?
Amoríos, trapisondas
de mozos..... Vamos á ver
si puedo encontrar ahora
á mi dichoso sobrino.
¡Dígole á usted que es historia
andar uno..... ¡Qué peluca
va á llevar! No será floja.

ESCENA IV.

DOÑA LEONCIA. D. ÁNGEL. CARLOTA. DON RAMON.

[*Llegan por rumbo opuesto al que han tomado D. Julian y D. Vicente y un poco ántes de desaparecer la última pareja de las que paseaban.*]

Carlota. ¡Jesus, tanto pasear.....
No puedo tenerme en pié.

[*Se sienta en un banco, y á su lado D. Ramon.*]

Leoncia. Os sentais, niños? Opino
que nos sentemos tambien.

[*Se sientan en otro banco doña Leoncia y D. Angel.*]

Carlota. Cuándo es la funcion de pólvora?
Ramon. Siempre es al anochecer.
Carlota. Me ha mareado el columpio.
Ramon. Haremos que traigan té.....
Carlota. No. Ya se me va pasando.
Leoncia. Pues, como decia á usted,
soy tan sensible de nervios,
que el ruido de un cascabel
me horripila.
Ángel. Es mucha pena
ciertamente.....
Leoncia. Así quedé
desde el último malparto.
Ángel. Pues mucho es que en la viudez
no sienta usted mejoría.
Leoncia. No, señor. Esta cruel
enfermedad se ha hecho crónica,
y la misma robustez
que otras envidian.....
Ángel. No obstante.....
(Maldita vieja!)
Leoncia. Sé bien
lo que usted me va á decir.
Ángel. Señora.....
Leoncia. Sí, que por qué,
siendo así, no determino
casarme segunda vez.
Ángel. Yo no decia.....
Leoncia. Pues ya!
que me case con cualquier
monigote. No. Á Dios gracias,
no he llegado á la vejez.....
Ángel. (Con cincuenta y cuatro Eneros!)
Leoncia. Treinta y nueve años no es
una edad exagerada.
Pero ¿dónde encontraré
marido como el difunto?
Ángel. No es fácil.
Leoncia. Oh! Qué hombre aquel!
Como usted no ha estado en Loja
no le pudo conocer.
Ángel. No, señora. (Yo estoy frito.)
Leoncia. Pues mire usted, mi Miguel.....

[*Sigue hablando en voz baja con don Angel, que la oye fastidiado.*]

Ramon. Puesto que usted se incomoda,
digo que no volveré
á hablar del primo Julian.
Carlota. Si algun dia puse en él
mi cariño, es porque entónces
no supe lo que despues.
Es díscolo y quimerista,
y tiene tanta altivez.....
querria mandar en jefe.....
Ramon. Miren qué insolencia!
Carlota. Pues!
Y que no tuviera en casa
voz ni voto su mujer.
Ramon. De véras? Siempre le tuve
por villano y descortes.
El buen esposo no debe
otro dominio ejercer
sobre su cara mitad
que el influjo que le den
su amor, su condescendencia,
y el recíproco interes.....
Carlota. Cabalmente. Usted discurre
con loable sensatez.
Ramon. (Poco cuesta el darte ahora
esta dedada de miel.)
Carlota. Y en buen hora la infeliz
que no tiene qué comer
admita cualquier partido
y se deje dar la ley;
mas yo estoy, gracias al cielo,
en el caso de escoger.
Ramon. Sí, vida mia, que siempre
tal el privilegio fué
de la hermosura, y el alma
que no se rinda á esos piés.....
Carlota. Muchos me han llamado bella;
si me adulan no lo sé,
mas sé que tengo una casa
y produce su alquiler.....
Ramon. No se hable de eso. Tus ojos,
tu talle, tu blanca tez
son el tesoro á que aspira
esta alma rendida y fiel.
Carlota. Eso de ser propietaria
es una ventaja que.....
Ramon. Aunque fueras la más pobre
del barrio.....
Carlota. Yo puedo hacer
feliz á un hombre.
Ramon. Á tu lado
¿quién puede no serlo, quién?
Carlota. El que conmigo se case
puede hacer mucho papel.
Ramon. Oh!
Carlota. Porque con un caudal
más que mediano, ya ves.....
Ramon. Con efecto, pero..... ah!
¿qué es el humano oropel
comparado con la dicha
doméstica.....
Carlota. Ni seré
difícil de contentar.
Un vestido cada mes,
abono para la ópera,
una casa en Aranjuez
por la primavera, coche.....
cuando sea menester,
y presentarme en los bailes
de gran tono con el tren
correspondiente..... ¿Qué ménos.....
Ramon. Eso es una pequeñez,
y si no te diera gusto
sería yo muy cruel.
(Cáspita! Deja que estemos
casados, que yo te haré

entrar en vereda.)
Leoncia. Niña!
Refrescamos? Tengo sed.
Ramon. [*Dando golpes á la mesa.*]
Mozo! Qué quieren ustedes?
Carlota. Eh!.... yo no quiero beber.

ESCENA V.

DOÑA LEONCIA. D. ÁNGEL. CARLOTA. DON RAMON. EL MOZO.

Leoncia. No; lo que ella tomará,
si acaso, será café.....
Carlota. Nada.
Leoncia. Pues eso descarga
la cabeza, y si en la sien
te pones.....
Carlota. No necesito
ponerme nada.
Leoncia. Yo sé
que en dándote la jaqueca.....
Carlota. Siempre ha de querer usted
adivinar..... Buena estoy.
Es mucha ridiculez!
Leoncia. Bien está; no te incomodes.—
Á mí un sorbete.
Mozo. De qué?
Leoncia. De azofaifas.
Ramon. Y nosotros?
Leoncia. Ustedes querrán..... ¿Á ver
la lista.....
Ángel. Yo.... cualquier cosa.
Ramon. Cerveza y limon.

ESCENA VI.

DOÑA LEONCIA. D. ÁNGEL. CARLOTA. D. RAMON.

Carlota. [*Levantándose.*] Ines!
Espera! Allá va Inesita
con su mamá.
Leoncia. Y don Gabriel.
Ya los veo.
[*Saluda con el abanico.*]
Carlota. Voy con ella
á dar dos vueltas ó tres.
Leoncia. Bien. Yo aquí estaré. Cuidado!
Carlota. Vaya!
Leoncia. No os extravieis.
No entreis en el laberinto.
Ramon. Señora.....
Carlota. [*En voz baja.*]
Déjela usted!
[*Se van de bracero. — Principia á oscurecer.*]

ESCENA VII.

DOÑA LEONCIA. D. ÁNGEL.

Leoncia. Pues, como iba á usted diciendo,
se me murió la chiquilla
de un ataque de alfombrilla.....
[*El Mozo, que ha vuelto con las bebidas que se le pidieron, destapa en este momento una botella de cerveza, la vierte en una ponchera y se retira.*]
Ay Vírgen santa! Qué estruendo!
Ángel. No se asuste usted. (El brazo
con las uñas me ha deshecho.)
Leoncia. Qué bruto! Dentro del pecho
me resuena el taponazo.
Ángel. Vamos pues.
[*Dejan el banco y se sientan á la mesa donde está el refresco.*]
Leoncia. Qué sillas estas!
Angel. Yo siento.....
Leoncia. Jesus, María!
Angel. (¡Solo aquí con esta tia.....
Oh amistad, lo que me cuestas!)
Leoncia. Suele ser el matrimonio
fuente de mil regocijos;
pero ¡ay don Ángel! los hijos.....
Ángel. (No te llevara el demonio!)
Leoncia. ¡Tanto cuidado importuno
como causan, y despues
que una los cria..... De tres
no me ha quedado ninguno.
Viuda me estaré...., testigo
sea Dios...., porque deseo
no tener más hijos.—Veo
que dirá usted.....
Ángel. Nada digo.
Leoncia. Que sus gracias inocentes
nos hechizan. Angelitos!
Pero el llanto, y los ahitos,
y el sarampion, y los dientes.....
Aunque es grave impertinencia,
usted va á decirme ahora
que sufrirá.....
Ángel. No, señora.
Yo tengo poca paciencia.
Leoncia. Pues sin embargo..... Ya sé
que usted me va á desmentir.
Ángel. Yo.....
Leoncia. Mas ¿quién puede decir
de esta agua no beberé?
Ángel. ¡Por Dios.....
Leoncia. ¿Á que acierto yo
cómo quiere usted que sea
la consorte que desea?
Ángel. Ah!
Leoncia. Vamos por partes.
Angel. Oh!
Leoncia. No querrá usted presuntuosas

que en el espejo se emboben;
y en cuanto á edad, ni muy jóven,
ni veteranas raposas.
Mujer que el tiempo no pase.....

Ángel. Lo que yo quiero, señora,
es que no sea habladora
la mujer con quien me case;
que no tome por incienso
la menor galantería,
ni dé en la necia manía
de adivinar lo que pienso;
que no haga mi cuerpo trizas
por el flujo de sobar;
que no me hable sin cesar
de partos y de nodrizas;
que se deje de proverbios,
de recetas, de doctores,
y que no tenga vapores,
ni convulsiones,.... ni nervios.

Leoncia. Yo diré á usted.....

Angel. (Oh! me voy....)

Leoncia. Siempre es buena cualidad
tener sensibilidad.....

[*Se oye un cohete al cual siguen algunos otros. Al oirlo se levanta asustada doña Leoncia; derriba la mesa con las vasijas que hay en ella; tambalea por algunos instantes y cae desmayada en los brazos de D. Angel.*]

Dios de Israel! Muerta soy!

Ángel. ¡Esto me faltaba ahora,
que le diese un patatus.....
Y pesa como un obus!
Señora..... Nada! Señora!

[*Es ya de noche.*]

ESCENA VIII.

DOÑA LEONCIA. D. ÁNGEL. D. VICENTE.

Vicente. No parece. En vano corro
de acá para allá. Por cierto
que es chasco.....

Ángel. Si se habrá muerto?
Y nadie viene..... Socorro!

Vicente. Qué será? Acudo veloz.....

Angel. Ayúdeme usted.

Vicente. Quién llama?

Angel. Sostenga usted á esa dama.
Voy por vinagre.....

[*Suelta la carga en brazos de D. Vicente y echa á correr.*]

Vicente. Esa voz.....

ESCENA IX.

D. VICENTE. DOÑA LEONCIA. EL MOZO.

Vicente. Es mi sobrino!.... Y se larga.....
Y en mis brazos un difunto.....
Mire usted que es fuerte asunto!
Ángel!.... Yo suelto la carga.—
Se menea..... Y vaya un tomo!
Ángel, Ángel!.... Lleva faldas.—
Que va usté á caer de espaldas!
Señora! Que me deslomo!

[*Llega el Mozo y enciende el farol.*]

Ángel!.... ¡Por vida del sol.....
¡Que de otro haya sido el gozo
y aguante yo ahora..... Mozo!.....
Ah! bien. Enciende el farol.....
Vamos, señora! Qué poste!
Nadie me ayuda. Qué haré?
Yo la aflojara el corsé,
mas ¿quién mueve este armatoste?

[*Reconociéndola.*]

Doña Leoncia! Ella es.....
Sí. Y Ángel no vuelve..... Mozo!
Ten.....

[*La suelta en brazos del Mozo que habia acudido á socorrerla.*]

Mozo. ¿Qué hago.....

Vicente. Echarla en el pozo.
(Dos quintales pesa, ó tres.)

ESCENA X.

DOÑA LEONCIA. EL MOZO.

Mozo. Oiga usted..... ¡Vaya que es franco
el buen señor!.... Y si acierta
á quedárseme aquí muerta.....
La soltaré en ese banco.

ESCENA XI.

DOÑA LEONCIA. EL MOZO. D. RAMON. CARLOTA.

Mozo. [*Trabajando para llevarla al banco.*]

Qué! ni la fuerza de un burro.....

Carlota. Aquí estaba.....

Mozo. Oh! viene gente....

Carlota. Ay Dios mio! un accidente.....
Ramon. [*Acudiendo á ella.*]
Señora!
Mozo. Suelto, y me escurro.
Ramon. [*En cuyos brazos está ya doña Leoncia.*]
Agua!
Carlota. ¡Alguna esencia.....
Mozo. [*Corriendo.*] Voy.

ESCENA XII.

DOÑA LEONCIA. CARLOTA. D. RAMON.

Carlota. Y don Ángel ¿qué se ha hecho?
Ramon. Hazla aire,.... aflójala el pecho.....
Leoncia. [*Volviendo del desmayo, pero sin incorporarse.*]
Ay!
Ramon. Ya vuelve.
Leoncia. Dónde estoy?
Este histérico me mata.
Y mi sobrina?
Carlota. Soy yo.
Ramon. Quiere usted sentarse?
Leoncia. [*Inmóvil en los brazos de D. Ramon.*]
No.
Ramon. Vaya!
Julian. [*Á Carlota á media voz asomando de improviso la cabeza por entre los árboles.*]
Al fin te veo, ingrata.

ESCENA XIII.

DOÑA LEONCIA. CARLOTA. D. RAMON. D. JULIAN.

Carlota. [*Volviéndose asustada.*]
¿Quién.....
Julian. [*Acercándose á Carlota.*]
Escucha!
Ramon. (¡El primo ahora,
y yo aquí con este bulto.....)
Julian. Esto ya pasa de insulto,
¡aleve, falsa, traidora!
Carlota. Ahora no estoy para quejas.
Se ha puesto mala mi tia.
Julian. Qué importa? La saña mia.....
Carlota. Pero.....
Julian. Son dengues de viejas.

Leoncia. [*Dando un fuerte suspiro. D. Julian sigue hablando aparte y muy acalorado con Carlota.*]
Ay!
Ramon. Vamos, en esta silla.....
Leoncia. El corazon se me quiebra.
Ramon. (Y en tanto el otro requiebra....)
Leoncia. Ay!

ESCENA XIV.

DOÑA LEONCIA. CARLOTA. D. RAMON. D. JULIAN. EL MOZO.

Mozo. [*Trae un pomito.*]
Esencia de vainilla.
Ramon. Deja. Ya no es menester.
Julian. Sí, sí; estoy arrepentido,
y mucho, de haber querido
á tan voluble mujer.
Carlota. Basta; bien.
Julian. Mas te aseguro
que mi agravio no perdono.
El amor se vuelve encono.....
y me vengaré; lo juro.

ESCENA XV.

DOÑA LEONCIA. CARLOTA. D. RAMON. EL MOZO.

Ramon. Oh!.... Suelto ya?
Leoncia. Sí, señor.
Ay!....
Ramon. [*Corriendo hácia Carlota.*]
Qué decia ese necio?
Carlota. Eh! déjale. Le desprecio.
Leoncia. Ay!
Carlota. Se siente usted mejor?
Leoncia. Un poco. Pero la noche
está tormentosa y fria.....
Ramon. [*Á Carlota en voz baja.*]
Ah! que agradezca á tu tia.....
Carlota. Pues vamos, vamos al coche.
Leoncia. Sí, no sea que me dé
segunda vez.....
Carlota. ¡Cuánto tarda
don Ángel!
Leoncia. Ay!
[*Último suspiro más prolongado que los demas.*]
Ramon. Quién le aguarda?
Vamos. Que se venga á pié.

[*Vanse, apoyada doña Leoncia en don Ramon y en Carlota.*]

ESCENA XVI.

EL MOZO.

¡Vaya, estaba interesante
con su desmayo la tia!
Si eso es pan de cada dia
el demonio que la aguante.—
Mas no han pagado el refresco.—
¿Qué veo! Roto el servicio.....

[*Gritando.*]

Caballero! Qué estropicio!
Si no le alcanzo estoy fresco.—
Pero el amigo está aquí.

ESCENA XVII.

D. ÁNGEL. EL MOZO.

Ángel. [*Con un pañuelo en la mano.*]

¿Dónde estarán..... Me he perdido,
y con el susto aturdido
ando de aquí para allí.....
Toma! y ya se evaporó
el vinagre del pañuelo.....
Ah! cacharros por el suelo.....

[*El mozo está acabando de recogerlos.*]

Vaya, aquí se desmayó.
Mozo. La dama del parasismo,
si acaso la busca usté,
está buena y ya se fué.
Ángel. Me alegro. Cuándo?
Mozo. Ahora mismo.
Angel. Al salon de baile irán.
Ya allí las gentes se acoplan.....
Mozo. No, que en el coche se soplan
las dos damas y el galan.
Ángel. Sin mí se van! ¡Y lo avisa
con esa flema el mastranzo!
Voy á ver si los alcanzo.
Mozo. Dónde va usted tan de prisa?
Ya estarán junto al Hospicio,
que por esa calle vuela
rodando la carretela.
Ángel. Me han hecho un flaco servicio.
Mozo. Pagará usted la bebida
y la loza y el cristal,
si usted no lo toma á mal.
Ángel. Ah!.... sí. (Vieja maldecida!)
Cuánto?
Mozo. Ajustaré la cuenta.
Tres duros, y la echo corta,
por lo roto. El gasto importa
diez reales..... Total, setenta.
Ángel. [*Va á echar mano al bolsillo.*]

Toma..... Voto á Barrabas!
Ramon se llevó el bolsillo,
y el reloj..... Toma este anillo
que vale diez veces más.
Mozo. Yo, señor, de buena gana
fiara, pero la hacienda
no es mia.....
Ángel. Guarda la prenda.
La rescataré mañana.
Mozo. Si quiere usted ver al amo.....
Angel. No. Basta. Vete de aquí.
Mozo. Preguntará usted por mí.
Tiburcio Garron me llamo.

ESCENA XVIII.

D. ÁNGEL.

Vaya que el chasco no es flojo!
El dia que yo he pasado
se lo doy al más pintado.
¡Hasta sufrir el sonrojo.....
¿Cómo ha de ser!.... Soy amigo!....
¿Mas por qué fatalidad
las dichas de la amistad
nunca se entienden conmigo?
Lo que nunca olvidaré,
lo que más me desconsuela
es pagar la carretela
y haber de marcharme á pié.
Y me atormentan las botas.....
Horrible vieja tarasca!....
Y el cielo anuncia borrasca.....
Ya me han caido tres gotas.—
No me quedò en el jardin,
porque estoy avergonzado.
Vuelo á tomar alquilado.....
aunque sea un calesin.
La cochera del tio Pandò
por fortuna está muy cerca.
¡Irá tan ancha esa..... puerca
miéntras yo me estoy mojando!
¡Hombres, desde hoy me llamad,
pues no encuentro represalias,
don Angel Rodriguez: *alias,*
el mártir de la amistad!

ACTO TERCERO.

De noche, en la calle. Fachada de la casa de Carlota con reja, y una puerta que se abre á su tiempo.

ESCENA I.

CARLOTA. BLASA.

[*Están sentadas á la reja.*]

Carlota. Mucho tarda don Ramon.
Le habrá ocurrido algo?
Blasa. [*Bostezando.*] Quiá!
Hace poco que se ha ido.
Carlota. Poco? Media hora y más,
y viviendo tan cerquita
no parece regular
que me tenga aquí esperando.....
Yo le quiero más puntual.
Qué tiene que hacer ahora?
Tomar la capa.....
Blasa. [*Bostezando.*] Pues ya!
Las noches están fresquitas.
Carlota. Me consumo.
Blasa. Es natural.
Cuando una espera..... Tal vez
está cenando.
Carlota. Cenar!
Si tal supiera..... No come
quien se precia de galan
cuando su dama le espera.
Blasa. Dígale usté eso á Pascual,
mi novio. Despues del pienso
más fino que él no le hay;
pero en ayunas, no hay diablos
que le puedan aguantar.
Carlota. Se acostó la tia?
Blasa. Sí.
Carlota. Esta noche dormirá
como un tronco. Sus desmayos
en eso suelen parar.
Voy, con todo, á cerciorarme.....
Quédate y avisarás
cuando venga don Ramon.
Blasa. [*Bostezando.*]
Ay santo Dios!.... Bien está.
Carlota. Y no te duermas, que tienes
un sueño..... de pedernal.

ESCENA II.

BLASA.

¡Miren ahora el capricho
de la cita y el afan.....
Pues yo aseguro que si ella
tuviera que madrugar,.....
y como yo trabajase,
que estoy hecha un azacan.....

[*Se queda dormida.*]

ESCENA III.

BLASA. D. RAMON. D. ÁNGEL.

Ramon. Siento darte, amigo mio,
tan grande incomodidad.
Ángel. Qué incomodidad? Yo lo hago
con mucho gusto, sí tal.
Ramon. Como está tan envidioso
de mi dicha don Julian
y es hombre de malas tripas,
ya ves, sería capaz.....
Frente á frente no le temo,
pero á traicion.....
Ángel. No hay que hablar.
Yo te guardo las espaldas.
Ramon. Cuando tengas un rival
cuenta conmigo. Primero
mi pecho atravesará.....
Ángel. Gracias. Ya sé que deseas
darme pruebas de amistad.....
¿Más á qué viene esa cita
cuando tú puedes entrar
en la casa á todas horas
libremente, y poco habrá
que saliste de ella?
Ramon. Extraña
es esa curiosidad
en un andaluz. ¿No sabes
que se estilan por allá
los nocturnos galanteos?
Esto se llama pelar
la pava. De este servicio,
que halaga la vanidad
de las mujeres, un novio
no se puede dispensar.
Nacida en Loja mi bella,
por esta noche no más
me ha sometido á esa rancia
costumbre de su ciudad.
Ángel. Como criado en pacífico
seminario conciliar,
no sabía..... Mas, por cierto,
es capricho original.

Ramon. Pues lo exige así, es forzoso
complacerla; y además,
si consigo que á mis ruegos
se abra la puerta.....
Ángel. Tal cual!
Y sin respeto al asilo
del pudor ¡tú abusarás.....
No creyera que tuvieses
tan poca moralidad.
Ramon. Esa sospecha me agravia.
La criada siempre está
delante; ni yo, que aspiro
á la coyunda nupcial,
maquinara cosa alguna
contraria á la honestidad.
Ángel. Con eso me tranquilizas,
porque yo en punto á moral
soy severo. Anda en buen hora.
Mas si tienes la bondad
de no detenerte mucho,
querido Ramon, me harás
sumo favor.
Ramon. Media horita.
Angel. En la calle está uno mal,
amigo mio; y como ántes
me cogió la tempestad.....
Ramon. Pobre Ángel! Y sin paraguas!
¿Quién habia de pensar
con una tarde tan buena.....
¡Fué mucha fatalidad
ponerse mala la tia!
Yo me cansé de gritar
llamándote.....
Ángel. Eh! Qué remedio?
Son gajes de la amistad.
Ramon. Ángel, de tantas finezas
no me olvidaré jamás.
Algun dia querrá Dios.....
Ángel. Hágase su voluntad!

[*D. Ramon se acerca á la reja; don Ángel se pasea arriba y abajo.*]

Ramon. Ídolo del alma mia,
ya vuelve en mi corazon
á renacer la alegría.
Ángel. [*Abrigándose.*]
(¡Viene de aquel callejon
un aire de pulmonía!)
Ramon. Feliz quien tu amor alcanza!
Todo me causaba enojos
en esta breve tardanza,
pues no veia en tus ojos
el cielo de mi esperanza.—
Callas! Bajas la cabeza!
Por qué escondes tu belleza?
Ángel. (Buena dicha es para mí
que hoy no pasen por aquí
los carros de la limpieza.)
Ramon. No me respondes, mi dueño?
Ángel. [*Tosiendo.*]
(Malo! Ya me entra la tos.)

ESCENA IV.

CARLOTA. BLASA. D. RAMON. D. ÁNGEL.

Carlota. [*Llega de puntillas y se esconde detras de Blasa.*]
Oigamos.
Ramon. Qué! tienes sueño?
[*Blasa ronca.*].
(No me engaño, vive Dios!
Dormida está como un leño.)
Ángel. (Estoy divertido! ¿En cuál
de esas pícaras estrellas
está mi signo fatal?)
Ramon. (Nunca ha sido tan bestial
el ronquido de las bellas.)
Carlota mia! (Esto pasa
de castaño oscuro. ¿Habré
quizás errado la casa?
No. Como apénas se ve.....
Si será el bulto de Blasa?)
[*Metiendo la mano por la reja.*]
Tocarémos suavemente.....
Blasa. [*Despertando despavorida.*]
Quién me toca? Daré voces.....
Ramon. Ah qué manos tan atroces!
Blasa. ¿Habrá pícaro, insolente.....
Carlota. [*Soltando la carcajada.*]
Bien! bien! otro par de coces!
Ramon. ¿Qué escucho! Estabas ahí!
Blasa. ¡Vaya con el hombre.....
Carlota. Basta.
Retírate de la reja
y siéntate allí.

[*Blasa se sienta á alguna distancia y de cuándo en cuando bosteza, ó da cabezadas.*]

Ramon. ¡Qué chanza
tan pesada! Yo creia
que eras tú con quien hablaba.
Carlota. Donosa equivocacion!
En qué me parezco á Blasa?
Ramon. En nada. ¿Puede la noche
compararse con el alba,
ni la acelga con la rosa,
ni la ruda con el ámbar?
Mas mi error es disculpable.
Sabía que me esperabas,
y como está tan oscuro
y venía con tal ansia
de hablarte.....
Carlota. El buen caballero
si no ve, huele á su dama.
Ángel. (¡Si ahora me prenden por vago
será mi dicha colmada!)
Ramon. Dices muy bien, pero tengo

esta noche la desgracia
de estar constipado.

Carlota. Calle!
De véras?

Ramon. Ah! sí.

Carlota. Qué lástima!

Ramon. ¡Haber dicho yo requiebros
á una criaduela zafia!
¡Pensar yo, necio de mí,
que asía tu mano blanca,
y estrechar la de esa mula
que pincha como una zarza!
No me perdono..... Te ries!

Carlota. No es de celebrar la gracia?
Amor con eso ha querido
vengarme de tu tardanza.
Y ahora quiero yo saber
de esa detencion la causa.

Ramon. Mi amigo tiene la culpa.
Como nuestra union es tanta,
ha tomado por empeño
el guardarme las espaldas.

Carlota. Ah! no habia reparado.....
Allí pasea un fantasma.....

Ángel. (Heme aquí de centinela,
pero sin cuerpo de guardia,
ni esperanza de relevo.
Amistad estacionaria
es la mia.)

Ramon. Es tan temoso!
Media hora, sí, muy larga
he gastado en persuadirle
á que se meta en la cama,
pero en vano. ¡Ya ves tú
si teniendo yo una espada
y alentándome tu amor
necesito camaradas!—
Estás convencida ya?

Carlota. Un poquito.

Ramon. Tu venganza
ha sido injusta, y te ruego
que en desagravio me abras
la puerta.

Carlota. ¿Qué me propones!
Así he de arriesgar mi fama?

Ramon. Soy caballero.

Carlota. No obstante,
la vecindad es tan mala.....
La interventora que tiene
una lengua como un hacha.....
Envidias de gente ruin.
Como yo soy propietaria.....

Ramon. No es tan tarde que parezca
escandalosa mi entrada.
¿Quién sabe á qué cuarto voy
cuando hay tantos en la casa?
Peor es que aquí me vean.....

Carlota. No se abre. En vano te cansas.

Ramon. Está tan húmedo el piso!—
Nublados, nieves y escarchas
por ti sufriera con gusto,
pero di, ¿no es una gaita
que me tengas en la calle
pudiendo estar en la sala?

Carlota. Si supiera que no habias
de abusar.....

Ramon. No, prenda amada.
Juro.....

Carlota. ¿De véras estás
constipado?

Ángel. (Cuánto charlan!)

Ramon. Sí, hija mia.—Vamos, abre.
¿Acaso es tan grave mancha
para tu honor recibir
delante de la criada
al amante que de esposo
te ha dado mano y palabra?

Carlota. Te abriré, pero ¡cuidado!.....
Blasa.—Se durmió. Muchacha!

Blasa. [*Despertando asustada.*]
¡Ay Jesus, Jesus..... Qué es eso?

Carlota. Vamos, anda á abrir.

Blasa. Quién llama?

Carlota. Muévete, animal.

Blasa. [*Quieta aún.*] Ya voy.

Carlota. Yo te alumbraré. Levanta.

[*Desaparecen las dos.*]

Ramon. [*Acercándose á D. Ángel.*]
Chico!

Ángel. Ya nos vamos, eh?

Ramon. No. Me abre la puerta.

Ángel. [*Esforzándose á mostrar alegría.*]
Vaya!
¡Sea muy en hora buena.....

Ramon. Qué dicha!

Angel. (¡Y en hora mala
para mí!)

Ramon. Ya están abriendo.....
Pronto saldré.

Ángel. Dios lo haga!

[*Abre Blasa la puerta, alumbrando Carlota; entra D. Ramon; Blasa vuelve á cerrar; poco despues aparecen los tres en la sala que se ve por la reja; junto á ella se sientan D. Ramon y Carlota, y Blasa á cierta distancia, pero de modo que la vea el público; Carlota pone la luz sobre una mesa retirada.*]

Para los que están en tiernas
pláticas, como un relámpago
pasan las horas eternas.
¡Me cerraron el postigo
cual si yo no fuese prójimo!
Se hace esto con un amigo?
Él entra en la casa; bueno!,
y á guisa de humilde fámulo
¡yo aquí tomando el sereno!....
Tambien yo tengo una linda
en cuyos ojuelos lánguidos

sus glorias amor me brinda.
Oh! no haria yo á tu lado,
hermosa Basilia, méritos
para un dolor de costado.—
La amistad es don del cielo,
sí, pero ¡siempre ser víctima!
Tocarme siempre el mochuelo!—
Mas tierno y amable yo,
y él casi vertiendo lágrimas.....
Cómo decirle que no?
Mañana quizá el mancebo
me premie..... con una sátira
que me ponga como nuevo.—
Me largo?—No. Saldrá pronto.—
Pero esta será la última.
Ya me canso de ser tonto.

[*Sigue paseándose.*]

Carlota. Sí, Ramon. Ya no es posible
que la boda se retarde.
Así no daré lugar
á que me acusen de frágil.

Ramon. ¿Podré hacer las diligencias.....

Carlota. Desde mañana, al instante.

Ramon. Yo supongo que tu tia
no repruebe nuestro enlace.....

Carlota. No, mas se haria lo mismo
aunque ella lo reprobase.
Es cierto que por bondad
la tengo en lugar de madre,
pero yo soy propietaria
y no dependo de nadie.

Ángel. (Un hombre hácia mí se acerca.
¡Bueno fuera que algun lance.....)

ESCENA V.

D. RAMON. CARLOTA. BLASA. D. ÁNGEL. D. JULIAN.

Julian. Ántes de entregarme al sueño,
aunque me mata á desaires
no resisto á la flaqueza
de saludar sus umbrales.—
¿Qué veo! En la reja un bulto,
y aquí un caballero andante.....
Apuesto la vida á que es
uno de los dos galanes.....
Me alegro. Ahora veremos
quién es el guapo.

[*Acercándose.*]

Compadre!

Ángel. Con quién habla usted? Conmigo?

Julian. No, que hablaré con el aire.
¿Es usté acaso el sereno
que está guardando esta calle?

Ángel. ¿Tiene usted mucho interes
en saberlo?

Julian. (Este es don Ángel.)
Mucho.

Ángel. (Pendencia tenemos.)
Y usted ¿quién es? El alcalde
del cuartel, ó celador
de policía?

Julian. Muy jaque
responde usted. Qué apostamos
á que ese tono arrogante
le hago yo bajar?

Ángel. (No hay duda,
es don Julian. Su carácter
duelista y el vicio eterno
de apostar.....) No hay que atufarse,
señor mio.

Julian. Ea, diez duros
contra uno.....

Ángel. Eso es en balde.
Si usted desea camorra,
no se exponga á que le casquen
sobre perder su dinero.

Julian. Pues bien, matémonos *grátis*.

Carlota. ¿Qué miras.....

Ramon. Nada..... Mi amigo
está allí hablando con álguien.....

Julian. Ya debe usted conocer
que tengo razon bastante
para pedirle una séria
satisfaccion. Usted sabe.....

Ángel. Sé que estoy de mal humor
y es forzoso que lo pague
alguno. Ha venido usted
muy á tiempo.

Julian. Sí? Me place.

Ángel. Jamás he sido duelista,
mas creo que en este instante
andaria yo á estocadas
aunque fuese con mi padre.

Julian. Pues sígame usted al Prado.

Ángel. Está léjos y es muy tarde.
Allí, en aquel callejon.....

Julian. Corriente; en cualquiera parte.

Ramon. No los oigo bien. Yo creo
que riñen.....

Carlota. Qué disparate!

Ángel. Armas.....

Julian. Yo traigo una espada.

Ángel. Es de filo?

Julian. Sí.

Ángel. Yo un sable.

Julian. Bien. Si hay ventaja en alguna
la noche las hace iguales.
Vamos.....

Ramon. [*De pié.*] Las espadas brillan.
Yo vuelo.....

Carlota. [*Deteniéndole.*]
Vírgen del Cármen!
No, no te dejo salir.....

Ángel. (Celebraré que me mate
para que en vida y en muerte
sea yo *el amigo mártir.)*

ESCENA VI.

D. RAMON. CARLOTA. BLASA.

Ramon. Ábreme. Van á batirse.....
Carlota. Ay Dios! Me tiemblan las carnes.....
Ramon. El desafío es por mí.
Dirá que soy un infame.....
Carlota. ¿Y si te matan.....
Ramon. No temas.
Lograré que se separen.
Suelta.....
Carlota. Ah! no.
Ramon. Mi honor.....

[*Se desprende y corre á despertar á Blasa.*]

Muchacha!
Blasa. Ay! ¿Quién... Cielos! Ya voy.....
Ramon. Abre.
Carlota. Espera. Hácia aquí se vuelven
y han suspendido el combate
sin duda.....

ESCENA VII.

CARLOTA. D. RAMON. BLASA. D. VICENTE. DOÑA BASILIA.

[*Aparecen D. Vicente y doña Basilia y se quedan hablando en el foro de espaldas á la reja.*]

Carlota. Si es don Julian
el uno, y te ve que sales
á estas horas de mi casa,
va á escandalizar la calle.
Ramon. Tienes razon. Observemos.
Vicente. Digo á usted que no se canse.
No me he de acostar sin verle.
¿Conque aquella casa grande.....
Basilia. No sé si estarán en ella
todavía, pero es fácil,
como han andado de broma.....
Á casa vinieron, hace
muy largo rato. Yo estaba
de tertulia, y como á nadie
quiso usted que se dijera
que ha venido usted.....
Vicente. ¡El diantre
del muchacho! Es algun duende?
Es espíritu impalpable?
Ramon. No son ellos. Esa voz.....
Vicente. ¡Ya podia yo buscarle
por el teatro! Ea, vamos;
á ver si con cien millares
de diablos.....
Basilia. Sígame usted.
Vicente. Voto á bríos!.... Cuando le agarre....

[*Se dirigen á la puerta de la casa.*]

Carlota. Una mujer!
Basilia. [*Parándose.*] Allí hay luz.
Carlota. Que no te vean! Apártate!
Vicente. Ande usted, doña Basilia.
Ramon. Mi patrona!
Vicente. Aunque se enfade
doña Leoncia.....
Carlota. Aquí vienen.
Basilia. ¿Le parece á usted que llame
á la reja?
Ramon. [*Á Carlota.*]
No hay cuidado.
Yo saldré..... Toma la llave,
Blasa. Ábreme.

[*En alta voz.*]

Hasta mañana.
Basilia. [*Á D. Vicente parándose cuando iba á llamar por la reja.*]
Ya se van.
Ramon. Que usted descanse,
doña Leoncia. Carlota,
á los piés de usted.

[*Desaparece precedido de Blasa que lleva la luz.*]

Vicente. Ya salen.
Carlota. Felices. Vámonos, tia.
(¿Por qué vendrán á buscarle...
Mas yo lo sabré mañana.
Pobre de él como me engañe!)

[*Se retira cerrando la reja. Al mismo tiempo sale D. Ramon por la puerta, y esta vuelve á quedar cerrada.*]

ESCENA VIII.

DOÑA BASILIA. D. RAMON. D. VICENTE.

Basilia. Señor don Ramon.....
Ramon. ¿Qué veo!
Patrona! Usted por aquí?
Viene usted de algun bureo?
Basilia. Bureo? Pobre de mí!
No, señor. Vengo buscando.....
Ramon. Entiendo. Á don Ángel?
Basilia. Sí.
Ramon. Ya no está aquí. Se fué....
Vicente. Cuándo?
Ramon. Hace más de media hora.
Vicente. Dónde?
Ramon. No sé.
Vicente. ¿Cómo.....
Ramon. Andando.
(Este apunte me encocora.)
Vicente. La respuesta no es cortés.
Ramon. Viene usted con la señora?

Vicente. ¡Eh..... yo vengo.....
Basilia. El señor es
tio de don Ángel.
Ramon. Ah!....
Vicente. Sí, señor, su tio, pues!
Ramon. Usted me perdonará.
Como no soy adivino.....
y hablaba usted recio.....
Vicente. Ya.
Ramon. Viene usted bueno? El camino.....
Vicente. Eh!.... cumplimientos á un lado.
Dónde ha ido mi sobrino?
Ramon. Á casa se habrá marchado.
(Diablo!)

[*Aparte á doña Basilia.*]

Por qué no me avisas?

[*Á D. Vicente.*]

Usted no tenga cuidado.....
Vicente. Ya me cuesta más pesquisas
que vale toda su raza.
Yo se lo diré de misas.
Ramon. Pues allí estará.....
Vicente. Qué maza!
Si así fuera, ¿me estaria
yo aquí con tanta cachaza?
No fué á casa en todo el dia.
De allí vengo en este punto
con la dama que me guia.
Ramon. Pues extraño.....
Vicente. Y yo pregunto:
¿por qué se aparta usted de él
siendo su amigo y su adjunto?
Y en una noche cruel!
Ramon. No ha permitido esperar
á su compañero fiel.....
Basilia. Poco puede ya tardar.....
Ramon. Como vivimos un paso.....
Vicente. ¡Por vida..... Le he de matar!
Ramon. Yo iré á buscarle..... (Es el caso
que no sé dónde le halle.)
No estén ustedes al raso.
Vicente. Cuando mi cólera estalle.....
Ramon. Irse á casa, que hace frio,
y aquí en medio de la calle.....
(Qué importuno desafío!)
En casa de don Antonio
estará..... (Maldito tio!
Aquí le trajo el demonio.)

ESCENA IX.

DOÑA BASILIA. D. VICENTE.

Basilia. Don Ramon le buscará.
Vámonos á casa.....
Vicente. Insigne
galopin será el amigo.
¡Todo el dia de pendingue
con él, y luégo á las tantas
de la noche le permite
que se vaya solo, á riesgo
de que un traidor le asesine!
Basilia. Alguna causa habrá habido,
porque parece imposible
que don Ramon..... Oh! le quiere
como á hermano. Se desvive
por él. Amigo más tierno
ni corazon más sensible,
crea usted.....
Vicente. Sí; quién lo duda?
¡Como es cosa tan difícil
que encuentre en Madrid amigos
un mancebo rico! Á miles
los tendrá, si cada dia
les da en Apolo un convite.
Basilia. Vámonos ya, don Vicente.
Temo que usted se constipe.....
Vicente. ¡Constiparme, y echo llamas
por la boca!
Basilia. (Dios nos libre!)
Vicente. ¿Le parece á usted que el dia
que yo he pasado.....

ESCENA X.

DOÑA BASILIA. D. VICENTE. D. JULIAN.

Julian. Quién vive?
Vicente. Lucifer.
Julian. Bello sujeto!—
Á un ladito. El paso libre.
Vicente. Nadie se lo estorba á usted.
Basilia. Ay! corramos.....
Vicente. Eh! no chille.
Julian. (Esa es la voz de aquel viejo
regañon.....)

[*Á D. Vicente.*]

Apuesto quince....,
veinte duros á que usted
al lado de unos jazmines
me pidió lumbre esta tarde.
(Es vision que me persigue.)
Vicente. Sí, señor, y pues mi suerte,
que hoy no es de las más felices,
me le pone á usted delante
siempre que busco al belitre
de don Ángel mi sobrino,
¿podrá usté acaso decirme.....
Julian. Sí, señor. Nos acabamos
de separar. Es un títere.....
Vicente. Ahora no tratamos de eso.
Julian. Ronda á mi dama, compite
con un hombre como yo;
pero apuesto.....
Vicente. ¡Por la Vírgen,
nada de apuestas! Deseo.....
Julian. Déjeme usted que me explique.
Aquí andaba paseando:
yo, que no gasto melindres,

le desafío; él, sin duda
porque luégo no le tilde
de gallina su señora,
hace entónces, como dicen,
de las tripas corazon
y se aventura á batirse
conmigo.

Basilia. Dios mio!

Vicente. Un duelo!

Julian. Ahí detras, en ese triste
callejon dimos principio
á sacudirnos de firme.

Vicente. Desventurado de mí!
¡Y me lo cuenta el caribe
con un gozo...

Basilia. Ay Dios! Ha muerto?

Julian. No ha muerto. Ustedes se afligen
por nada.

Vicente. Herido estará.....

Julian. Eh! tampoco. Un novio simple
es invulnerable.

Vicente. Y ¡vamos!
¿Dónde está, dónde.....

Julian. Terrible
cuchillada le iba á dar
despues de un rápido quite,
cuando gentes importunas
nos rodean, nos dividen,.....
y me estorban el placer
de romperle las narices.

Vicente. Lindo placer!

Basilia. Ah qué hombre!

Julian. Mas aunque de ese me prive,
otro me queda. La tropa.....

Vicente. Era tropa?

Julian. No lo dije?
Una patrulla. Le han preso.
Yo he logrado escabullirme.

Vicente. Preso!

Basilia. Y adónde le llevan?

Julian. No sé, pero es muy posible
que duerma en el Principal,....
si no acuden alguaciles
y lo llevan á la cárcel.
Ea, que ustedes se alivien.

Basilia. Qué corazon!

Vicente. ¡Oiga usted.....

Julian. No oigo más. ¡Vaya, que es chinche
el viejo!

[*Dando con la espada en la reja de Carlota.*]

Mujer ingrata!
Yo haré que tú no me olvides.

ESCENA XI.

D. VICENTE. DOÑA BASILIA.

Basilia. Se escapa ese hombre fatal,
y en tanto en un calabozo
don Ángel..... Ah! Pobre mozo!
Corramos al Principal.
Usted dirá que es su tio.....

Vicente. Yo? Me guardaré muy bien.

Basilia. Yo intercederé tambien,
y espero que el llanto mio.....

Vicente. Es un tuno, un disipado.

Basilia. Ah! ruego á usted que se aplaque.

Vicente. No. Que duerma en el vivaque.
Le está muy bien empleado.

Basilia. Señor! ¡Vaya.....

Vicente. Es mucha grima
todo el dia andarle en pos
sin conseguir ¡voto á brios!
echarle la vista encima.

Basilia. No es culpa suya. ¡Piedad.....

Vicente. Bramando estoy de coraje:
¡Cuando hago por él un viaje
de cien leguas, á mi edad!

Basilia. Eso es muy sensible, pero.....

Vicente. Nada! No hay pero que valga.

Basilia. Lógrese ahora que salga
de prision.....

Vicente. Dale! No quiero.
Ni hay que esperar que me amanse.
Vamos. Me quiero acostar.
Despues de tanto afanar
razon es que yo descanse.

Basilia. No será usted tan cruel.....

Vicente. Verá usted cómo lo soy.
Y á otra posada me voy
si vuelve usté á hablarme de él.

Basilia. Dirán.....

Vicente. ¿Qué me importa á mí
lo que en la corte se diga?
Muy pronto la haré una higa.
Maldita corte!

Basilia. (Eso sí!)

Vicente. Ea, vamos, venga el brazo.—
Y más que luego se aflija,
he de volverme á Lebrija
sin ver á ese bribonazo.
Mi indignacion es muy justa.
Mañana me voy, si puedo.

Basilia. (Muy bien!)

Vicente. Y le desheredo!

Basilia. (Eso es lo que no me gusta.)

ACTO CUARTO.

La decoracion del acto primero.

ESCENA I.

DOÑA BASILIA. D. RAMON.

Ramon. ¿Se ha levantado ese viejo
tan mal venido?
Basilia. Presumo
que se está vistiendo ya.
Ramon. Vaya que es terrible apuro!
Y Ángelito no parece!
Basilia. Por tus amores nocturnos
el pobre estará gimiendo
en un calabozo oscuro.
Ramon. Y el tio, que por lo visto
no gasta muy buenos humos,
conmigo la va á tomar.
Basilia. Por supuesto.
Ramon. Y te aseguro
que no sabré qué decirle.
Basilia. Lo peor es que el cazurro
de Rufino ha entrado ahora
en su cuarto, y yo no dudo
que le informará muy mal
de nosotros.
Ramon. El asunto
es prevenir á don Ángel.
Yo me valdré del influjo
que tengo sobre él, y el viejo
no ha de estorbar nuestro triunfo.
Basilia. Lo primero es libertar
á don Ángel. Mina el mundo
hasta lograrlo, que bien
lo merece.
Ramon. Sí, es muy justo.
Basilia. Algo has de hacer por tu amigo.
Bueno es que te llegue el turno
alguna vez.
Ramon. Sí, Basilia.
Con lágrimas como puños
le mostraré mi amargura,
mi sentimiento profundo.....
Basilia. Acuérdate de decirle
que yo tambien me consumo
de dolor.....
Ramon. Voy..... Pero ántes
mitiguemos nuestro mutuo
sinsabor con un abrazo.
Basilia. Vaya!

[*Se abrazan.*]

Ramon. Qué hermosa!
Basilia. Qué tuno!

ESCENA II.

DOÑA BASILIA.

Pienso que ya don Vicente
no estará tan iracundo
como anoche, que al fin es
su tio y le quiere mucho.
No obstante, yo debo obrar
con prudente disimulo.
Si intercedo por don Ángel
y de nuevo le disculpo,
va á sospechar lo que ahora
me importa tener oculto,
y es tan receloso el viejo.....
No; tomemos otro rumbo,
y pongámonos de parte
de la moral.

[*D. Vicente y Rufino aparecen por la izquierda hablando aparte; el primero en bata; el segundo con un paquete en la mano.*]

ESCENA III.

DOÑA BASILIA. D. VICENTE. RUFINO.

Rufino. Digo y juro.....
Vicente. Basta. Si á escoger me dan
me quedaré sin ninguno.
Anda á llevar ese encargo.
Rufino. Crea usted que mi amo.....
Vicente. Punto!
No oigo más.
Rufino. Voy.....
Vicente. Has oido?
Al parador de San Bruno.

ESCENA IV.

DOÑA BASILIA. D. VICENTE.

Vicente. Buenos dias.
Basilia. Felices, don Vicente.
Ha dormido usted bien?
Vicente. Malditamente.
Basilia. Siento.....
Vicente. ¿Tan fácil es pegar los ojos
llena el alma de penas y de enojos?
Basilia. Penas? Mal hace usted si no se cuida,
que en el último tercio de la vida
debe usted procurar.....
Vicente. [*Picado.*] No soy tan viejo.
Basilia. Oh! no es esto decir..... Es un consejo.....
Vicente. Y muy sano será, pero importuno.
Consejos, voto á san!.... cuando está uno.....
Basilia. Cierto, cuando se pasa mala noche.....
Vicente. Despues de andar ayer á troche y moche,
sin descansar del viaje sempiterno,
buscando á ese sobrino del infierno.....
Basilia. ¡Oh, tener á su tio sin reposo
siendo un señor tan dulce y bondadoso!
Vicente. ¡Me quiere usted decir, segun las trazas
que soy un pusilánime, un bragazas!
Basilia. Yo? No tal.
Vicente. «Don Fulano es un bendito,
es un alma de Dios, un pobrecito»
quiere decir á veces.....
Basilia. Yo no trato.....
Vicente. «Don Fulano es un bobo, un mentecato.»
Basilia. Pero, ¿es posible.....
Vicente. Satisfecho quedo,
mas no soy hombre que me mamo el dedo.
Basilia. Si á usted le da don Ángel un disgusto,
el desfogarlo en mí tampoco es justo;
en mí que ni lo cómo ni lo bebo
y esos locos desórdenes repruebo.
Vicente. Aunque le está muy bien el calabozo,
quizá toda la culpa no es del mozo.
Basilia. (Ay! Malo!)
Vicente. Los amigos, los amores.....
Tal vez dos ojos negros seductores.....
Basilia. No soy por cierto yo quien le conquisto.
No pára nunca en casa. Usted lo ha visto.
Vicente. (Piensa la hipocritona que me engaña.)
Mas no por eso aplacaré mi saña.
Aunque llore á mis piés no le perdono.
No cuente más conmigo. Le abandono.
Basilia. Confieso que será buen expediente
una dura leccion que le escarmiente.
Vicente. (Taimada!) Pronto arreglo la balija
y otra vez tomo el rumbo de Lebrija.
Basilia. Bien hecho. Eso merece un calavera.
Vicente. (Ahora te creo ménos, embustera.)
Basilia. Y se va usted sin verle?
Vicente. Descastado!
En eso estaba, sí.
Basilia. Muy bien pensado.

Vicente. Pero discurro ahora que es muy necio
volver la grupa sin tronar de recio.
Le veré.
Basilia. (Soy perdida!)
Vicente. ¡Y no pretenda
salvarse de mi justa reprimenda!
Si no me la pagase el tal sobrino.....
Basilia. ¡Señor.....
Vicente. Reventaria en el camino.
Descargue yo sobre él toda mi bílis,
y despues..... ahí le dejo con su Fílis.
Basilia. Temo.....
Vicente. No hay que temer. Soy yo algun niño?
Pagar así el infame mi cariño!
Basilia. Se enmendará; lo espero.
Vicente. Nada! Firme!—
Cerca está el Principal. Voy á vestirme.

ESCENA V.

DOÑA BASILIA.

Esto es hecho: le ve, se reconcilia,
le saca de Madrid..... Pobre Basilia!
¿No es un dolor cuando era casi mio,
cuando hoy mismo quizá.... Maldito tio!
No en vano le juzgué de mal agüero.—
Mas si pudiese yo verle primero.....
Corro en su busca. Si el amor me auxilia.....
Pero ¿qué veo! Es él.—Ángel!
Ángel. [*Llegando.*] Basilia!

[*Doña Basilia recibe á D. Ángel en sus brazos.*]

ESCENA VI.

DOÑA BASILIA. D. ÁNGEL.

Ángel. Buenos dias.
Basilia. Dueño amado!
Pobre Ángel mio! ¡Qué noche
habrás pasado!
Ángel. Fatal.
Metido en un camarote,
sin luz siquiera..... Por dicha,
dió de mí buenos informes
el alcalde del cuartel;
si no, en la cárcel de Corte
estuviera ya, y Dios sabe
hasta cuándo.
Basilia. ¡Y el Heródes
que te vino á provocar.....
Ah! le daria más golpes.....
Ángel. Qué! ¿sabe usted ya.....
Basilia. Sí, todo.
Lo que yo he llorado!
Ángel. ¿Y dónde
está Ramon? Embriagado
con sus felices amores
y libre de todo riesgo,
no se ha acordado del pobre
que por su causa sufria
peligros y sinsabores.
Basilia. Te anduvo anoche buscando
sin saber de ti, sin norte
que le guiase.....
Ángel. ¡Es desgracia
que no escuchase las voces,
ni á dos pasos de la reja
viese lucir los estoques!
Basilia. Hoy, apénas ha sabido
que entre soldados feroces
al Principal te llevaron,
de aquí ha salido á galope.....
Es mucho que no os habeis
encontrado.
Ángel. No te asombres.
Yo sólo encuentro en Madrid
percances y chaparrones,
y viejas que me fastidien,
y amantes que me provoquen,
y soldados que me prendan.....
Basilia. ¡Y mujeres que te adoren,
ingrato! Mi corazon
te seguia en las prisiones;

y ya la tierna Basilia,
cuyo amor áun no conoces,
volaba á tu encuentro, acaso
aventurando su nombre
á las sátiras del vulgo.—
Pero, en fin, los cielos oyen
mis votos; te veo libre,
y soy feliz!

Ángel. Oh!.... ¡No llores,
bien de mi vida!

Basilia. Es de gozo!

Ángel. [*Abrazándola.*]
Ah! yo sería un mal hombre
si no te amase, Basilia.
Tu cariño no me expone
á desventuras sin fin,
y tu hermosura, tus dotes
amables..... ¡Tú debes ser
mi único amigo!

Basilia. ¿Y respondes
de mirarme siempre así?
Si la suerte nos opone
obstáculos.....

Ángel. Nada temas.
Será mi pecho de bronce.

Basilia. Mira que quizá el instante
en que cumplas ese noble
propósito no está léjos.

Ángel. ¿Y podrá haber quien estorbe.....

Basilia. Hay una gran novedad
en casa, y quizá revoques.....

Ángel. No; mas..... ¿qué quieres decirme?

Basilia. No alces la voz, no te azores.....
Ha venido.....

Ángel. Quién?

Basilia. Tu tio.

Angel. Mi tio! ¿Dónde está, dónde.....

Basilia. Eh! Calla!.... Está desde ayer
corriendo del sur al norte
en tu busca.

Ángel. ¡Y sin que nadie
me haya dicho.....

[*Va á salir y le detiene doña Basilia.*]

Basilia. Adónde corres?
Espera. No fué posible.....
Y ya sabe lo de anoche,
y está furioso.....

Ángel. [*Impaciente.*] Yo espero
que pronto se desenoje
cuando sepa la verdad.
Dónde está? dónde se esconde?

Basilia. Va á venir..... Ay Ángel mio!
Si es tan tirano que rompe
nuestros lazos.....

Ángel. No lo creas.

Basilia. Ah! yo temo que no arrostres
su oposicion..... (Ya está aquí!)

[*En voz baja.*]

Bien mio, no me abandones!

ESCENA VII.

D. ÁNGEL. DOÑA BASILIA. D. VICENTE.

Ángel. [*Yendo á abrazar á su tio.*]
¡Querido tio.....

Vicente. [*Con severidad.*] Alto ahí!
No conozco á usted.

Basilia. ¡Señor.....

Vicente. ¿Quiere usté hacerme el favor.....

Basilia. Ya; bien..... Me retiro.....

Vicente. [*Con sequedad.*] Sí.

ESCENA VIII.

D. ÁNGEL. D. VICENTE.

Ángel. ¿Así me recibe un tio
que como padre me amó?
¿Qué motivo he dado yo
para tan cruel desvío?

Vicente. Muchos.

Angel. ¡Señor.....

Vicente. Y muy graves.

Angel. De nada mi corazon
me acusa.

Vicente. No?

Angel. ¿Cuáles son
mis delitos?

Vicente. Tú lo sabes.
¡Apearme yo del coche
tan contento, tan ufano,
y despues seguirte en vano
todo un dia con su noche!
Miéntras pierdo la paciencia,
tú de borrasca en Apolo.....

Ángel. Tio!

Vicente. Y si esto fuera sólo....;
mas despues cita, pendencia.....
¿Y quieres que yo reporte
la justa cólera mia?

Ángel. Juro á Dios que no sabía
que estaba usted en la corte.

Vicente. ¿Y esa es disculpa bastante
para sumirte sin juicio
en el cenagal del vicio?
Quítateme de delante!

Ángel. Oígame usted sin pasion,
y si disculpa no hallo,
yo me someto á su fallo
con filial resignacion.

Vicente. ¡He aquí el niño á quien mi hermana
hubiera puesto en retablo!
¡Este es el ángel..... ¡El diablo,
diria yo, en carne humana!
¡Bebedor como un navarro,
el dia pasa en la fonda;
de noche seduce, ronda,
riñe, alborota el cotarro!

¡Olvidado de su tio
en las garras del demonio,
disipa su patrimonio.....
y está amenazando al mio!

Ángel. ¡Por Dios y la Vírgen santa.....
Harto es mi pena cruel.
No apriete usted el cordel
que me oprime la garganta.
Usted presume que ayer,
dia para mí menguado,
viví feliz, envidiado
en el trono del placer;
mas, júrolo al Dios eterno
que me prueba de mil modos,
sobre mí pesaron todos
los tormentos del infierno.
De otro ha sido el alborozo
y mios los sinsabores.....
En fin, ¡las horas mejores
las pasé en un calabozo!
Si es crímen ser fiel amigo,
yo he sido muy criminal,
y de este crímen fatal
llorando estoy el castigo.
Y cuando en tanta congoja
de un tio el cordial espero,
¡me recibe usted severo
y de sus brazos me arroja!

Vicente. Algun dia con ternura
te estrechaba yo en mi seno;
pero entónces eras bueno!

Ángel. Y no lo soy por ventura?
Tan bueno soy que el refran
me viene de molde, tio.
«Hazte de miel, hijo mio:
las moscas te comerán.»

Vicente. [*Enternecido.*]
(Pobre muchacho! Sí, áun es
dócil, cándido, sencillo.)

Ángel. Quiere usted más? Ya me humillo
atribulado á esos piés.

Vicente. [*Le levanta y le abraza.*]
No más! Alza. Me hacen mal
tus lágrimas.

Ángel. Ya reposa
mi corazon. Era cosa
de tirarse uno al Canal.

Vicente. Como tu alma se arrepienta,
tu padre otra vez seré.

Ángel. Si he pecado no lo sé,
mas no ha sido por mi cuenta.

Vicente. Ya sé por cuenta de quién.

Angel. Mi amistad.....

Vicente. Ha sido heroica.

Angel. Mi resignacion.....

Vicente. Estoica.
(El criado dijo bien.)
A una sola condicion
te sujeta mi bondad.

Ángel. Cuál?

Vicente. Que dejes la amistad
del insigne don Ramon.

Ángel. Casi mi lengua se atreve
á confesar que...., en efecto....,
poco me paga su afecto
las finezas que me debe.
Mas decirle, «amigo mio,
ya no pienso como ayer».....
Para eso es fuerza tener
cara de vaqueta, tio.

Vicente. Ese apuro no te aflija.

Angel. Pero.....

Vicente. Si eres tan cobarde,
sin decirle Dios te guarde
vente conmigo á Lebrija.
Mañana mismo.....

Ángel. (Y mi amada?)
Á qué salir de Madrid?
Buscarémos otro ardid
sin dar una campanada.....
En tanto descansa usted,
ve la corte.....

Vicente. Ya la he visto.
(La patrona, vive Cristo,
me le ha atrapado en la red.)

Ángel. Dentro de un mes... todos juntos...
Tengo aquí asuntos pendientes.

Vicente. Ya sé yo sin que los cuentes
cuáles son esos asuntos.

Ángel. Señor!....

Vicente. Asuntos de faldas.

Angel. De faldas son, sí, señor,
mas siendo casto mi amor.....

Vicente. Hum!....

Angel. Alza usted las espaldas?
La mujer que me prendó.....

Vicente. Sé quién es, y cómo y cuándo.

Angel. Mas.....

Vicente. Tal vez te está escuchando.

Angel. Tio!....

Vicente. Es la huéspeda. No?

Angel. ¡Tiene tan fuerte dominio
sobre mi alma!.... Y yo protesto
que quisiera..... Vamos, esto
no es amor; es latrocinio.
En fin, no hay arbitrio humano.....

Vicente. Mira que es una taimada.

Angel. Ella!

Vicente. Hay palabra empeñada?

Angel. Sí, señor; palabra y mano!

Vicente. Palabra y mano? Inocente!
¿Tú á semejante garduña.....

Ángel. Tio!

Vicente. ¿Te ha de echar la uña.....

Angel. Silencio, que viene gente!

ESCENA IX.

D. ÁNGEL. D. VICENTE. DOÑA LEONCIA.
CARLOTA.

Leoncia. Beso á ustedes las..... ¿Qué veo!
Ya está don Ángel ahí.

Sea muy en hora buena.
Vicente. La enhorabuena es gentil!
¿Aplaude usted por ventura
su prision?
Leoncia. Qué he de aplaudir?
Nunca fuera yo capaz
de pensamiento tan ruin.
Lo que aplaudo es verle libre,
porque le estimamos y.....
Pero..... ¿me engañan los ojos?
Usté es don Vicente Gil.....
Vicente. Fonrubia, muy servidor
de ustedes.
Leoncia. ¿Y á qué feliz
casualidad debo el gusto
de verle á usted en Madrid?
Ángel. Es mi tio.
Leoncia. Hola! Me alegro.
Por parte de madre?
Vicente. Sí.
Carlota. Celebro que venga usted
bueno.
Vicente. Gracias, serafin.
Leoncia. Y el reuma?
Vicente. No me incomoda.
Leoncia. Si pudiera yo decir
otro tanto de mis nervios.....
Vicente. Aunque parezca incivil
mi cumplido, es dicha mia
que le hagan á usted gemir.
Leoncia. ¡Cómo.....
Vicente. Sí tal, porque á ellos
la satisfaccion debí
de tenerla á usté en mis brazos
ayer tarde en el jardin.
Leoncia. Calle! ¿Usted.....
Angel. ¿Conque usté fué
quien me relevó.....
Vicente. Yo fuí.
Angel. ¡Y yo aturdido.....
Leoncia. Yo siento
no haber visto á usted..... En fin,
ya sabe usted que le estimo.
Nada tengo que decir.
Vivimos.....
Carlota. Ahí muy cerquita.
Plazuela de Anton Martin.....
Vicente. Sé las señas, porque anoche.....
Carlota. Pues le ofrezco á usted allí
una casa, de que soy
propietaria.
Vicente. Iré á cumplir
mi deber.
Leoncia. Esta mañana
supimos que el malandrin
de Julian.....
Ángel. No se hable de eso.
Leoncia. Válgame Dios! En un tris
estuvo acaso..... ¡Y por él
prenderle á usted como á un vil
malhechor.....
Ángel. Todo lo olvido.
Leoncia. No he parado hasta venir
á informarme, porque estaba
con mucho cuidado.....
Ángel. Mil
y mil gracias.

ESCENA X.

DOÑA LEONCIA. CARLOTA. D. VICENTE. D. ÁNGEL. DOÑA BASILIA.

Basilia. ¡Oh, señoras.....
¡Tanta dicha por aquí.....
Ustedes buenas?
Carlota. Sí: gracias.
Leoncia. Los nervios.....

[*Cháchara incomprensible de las tres mujeres.*]

Vicente. (Triste de mí!
¿Quién resiste el guirigay
de un terceto mujeril?)

ESCENA XI.

DOÑA LEONCIA. DOÑA BASILIA. CARLOTA. D. VICENTE. D. ÁNGEL. D. RAMON.

Ramon. Á los piés de ustedes..... Ah!

[*Ve á D. Ángel, corre á él y le abraza.*]

¡Ya estás aquí, ya te veo,
caro amigo! Me tenías
con tal pena.....
Ángel. [*Serio.*] Lo agradezco.
Ramon. Yo vengo del Principal,
donde me ha dicho un sargento
que estabas libre.....
Ángel. Ya ves
que no ha mentido.
Ramon. (Qué serio!)
Tú habrás venido sin duda
por otro camino. Un necio
me ha detenido en la calle.....

[*Á D. Vicente.*]

Muy felices, caballero.
Se ha descansado?
Vicente. Así, así.
Basilia. Pero sin tomar asiento.....
Carlota. No, que nos vamos.
Basilia. Tan pronto?
Un ratito.....
Leoncia. Condesciendo,
pero por pocos instantes.

[*D. Ramon y D. Ángel acercan sillas y se sientan todos.*]

Vicente. (Qué fastidio! Ya tenemos
la tertulia armada.)

[*Quedan colocados en fila por el órden siguiente: D. Vicente, D. Ramon, Carlota, doña Basilia, doña Leoncia, D. Angel.*]

Ramon. Usted
pensará estar mucho tiempo
en Madrid.....
Vicente. No sé.
Basilia. Es bonito
ese abanico. Qué precio?
Carlota. Seis duros. No vale tanto,
pero sin duda el tendero
sabe que soy propietaria,
y me ha clavado por eso.
Leoncia. Pero quedarse en la calle
á tales horas, expuesto.....
Ah! no estaba yo despierta,
que si nó.....
Ramon. [*Á D. Vicente, interrumpiendo á doña Leoncia.*]
Mucho me alegro
de la venida de usted.
Vicente. De véras?
Ramon. Oh, sí! En extremo.
Leoncia. Ya sé lo que usted me quiere
decir.
Ángel. Pero ¡si no quiero
decir nada!
Carlota. [*Aparte con D. Ramon.*]
Bien! Me gusta!
Charlando con ese viejo
no haces aprecio de mí.
Ramon. Son forzosos cumplimientos,
mas ya sabes que te adoro
y que mi único deseo.....
Carlota. Primero soy yo que nadie.
Angel. (Me parece que me encierro
en mi cuarto á piedra y lodo
y aquí plantada la dejo.)

[*Á doña Leoncia.*]

Yo no entiendo palotada
de jaquecas ni de nervios.
Esa señora sabrá.....
(Oh qué insufrible mareo!)
Leoncia. [*Á doña Basilia.*]
¿Qué remedio me da usted.....
Basilia. Yo, señora.....
Leoncia. Los refrescos?
Ya los tomo.
Basilia. Yo.....
Leoncia. Los baños
va usté á decir.
Basilia. Eso,.... el médico.....
Vicente. (No se irán hasta mañana.
Cuidado que es mucho cuento!
Despues de tantos afanes
logro encontrarle, ¡y no puedo
hablar con él!—Yo le llamo
aunque pase por grosero.)

[*Se levanta.*]

Angelito, con licencia
de estas damas.....
Leoncia. Un momento.

[*Á D. Ángel.*]

Fácil es adivinar
la causa de ese silencio.
Vicente. (Nada! Hizo presa la bruja
y no le suelta.)
Ángel. Protesto.....
Leoncia. Sí, usted está enamorado.
Basilia. (Esta vieja me da celos.)
Vicente. Ángel!....
Angel. Voy.....
Leoncia. Eh! quietecito.
Usted quiere huir el cuerpo
por no confesar..... Veamos
si adivino yo el objeto
que ese corazon cautiva.
Ángel. ¡Señora, por los tormentos
de san Serapio bendito.....
Leoncia. Taimado!....
Vicente. (Dios justiciero!
dónde están las pulmonías?
para cuándo son los truenos?
no habrá un rayo vengador
para quitarme de en medio
á estas mujeres?)

[*Se oye tocar á fuego.*]

Basilia. Campanas?
Carlota. Á qué tocan?
Leoncia. Ay! Á fuego!

[*Todos se levantan.*]

Ramon. No hay que asustarse.
Vicente. (¡Alabado
sea el Señor! Así espero
verme libre de ellas.)
Leoncia. Ay!
Dónde será?
Carlota. Justo cielo!
Si será en mi casa?
Ramon. No.
Ya avisarian.....
Basilia. Yo creo
que ha de ser en la parroquia.
San Sebastian toca á vuelo.
Ángel. No hay duda.
Leoncia. Vírgen del Cármen!
Carlota. Tia, vámonos corriendo.....

ESCENA XII.

DOÑA LEONCIA. DOÑA BASILIA. CARLOTA. D. VICENTE. D. ÁNGEL. D. RAMON. D. JULIAN.

Julian. Dónde vas? Todo se abrasa.
(No me han mentido. Aquí están.)
Leoncia. Dinos.....
Ramon. (Aquí don Julian!)
Carlota. Dónde es el fuego?
Julian. [*Muy fresco.*] En tu casa.
Leoncia. [*Grito agudo.*]
Ay!
Vicente. (Tendremos convulsion?)
Carlota. Cielos!
Julian. Sí, ingrata mujer.
Desde aquí lo puedes ver.
Ramon. ¡Cómo.....
Carlota. Vamos al balcon.

[*Todos acuden á mirar por el balcon.*]

Julian. (Allá va toda la trinca.)
Carlota. Ella es! Triste de mí!
Mi casa!
Ramon. Es verdad!
Angel. Sí!
Basilia. Sí!
Leoncia. No hay remedio! Arde tu finca!
Julian. Arde, sí, como en mi pecho
la llama de amor ardia
que hoy has convertido, impía,
en cólera y en despecho.
Ya al ménos á mí te igualo
en la angustia, en el afan.
No en vano dice el refran
que Dios castiga sin palo.
Él ha escuchado, tal vez
mas allá de mi esperanza,
las quejas de mi venganza,
la injuria de tu altivez.
Todo lazo entre los dos
fuera ya odioso, fatal.....
Consuélete mi rival,
y adios para siempre, adios!

ESCENA XIII.

DOÑA LEONCIA. CARLOTA. DOÑA BASILIA. D. ÁNGEL. D. RAMON. D. VICENTE.

Vicente. Jesus, qué demonio de hombre!
Leoncia. Es un perro, un..... Ay! me suben
unos vapores..... Tenedme.
Yo fallezco!

[*Cae desmayada en brazos de D. Ángel.*]

Vicente. Dios te ayude!
Basilia. Señora!
Angel. Otra vez!
Ramon. Qué es eso?
Vicente. El soponcio de costumbre.
Angel. (Y siempre soy yo el paciente!)
Ayudadme..... ¿Quién acude.....
Vicente. Al sillon. (¡Bueno estoy yo
para cargar con atunes!)

[*Ayudado de doña Basilia y D. Vicente la coloca D. Ángel en un sillon; Carlota llora sentada á alguna distancia, y en otra silla cavila D. Ramon.*]

Ángel. Cuídenla ustedes. Yo en tanto
voy á ver si el fuego cunde.....
Vicente. Ángel!
Basilia. [*Al oido.*]
Por Dios, no te expongas!
Ángel. Cuando yo puedo ser útil
á mis semejantes, nada
me detiene.
Vicente. (¡Y el apunte
de don Ramon se está quieto!)
Ángel. [*Á Carlota.*]
No tome usted pesadumbre.
No será nada tal vez.
Haré sacar los baules.....
Haré lo que pueda. Adios.

ESCENA XIV.

DOÑA LEONCIA. CARLOTA. DOÑA BASILIA. D. RAMON. D. VICENTE.

Carlota. Mi casa! mi casa!
Vicente. Un buche
de agua tal vez..... Mas ya vuelve.
Leoncia. Ay!
Carlota. [*Levantándose.*]
Yo vuelo, aunque aventure.....
[*Volviendo á dejarse caer en la silla.*]
Ah! no me puedo tener.
Vicente. (Adios! La otra sucumbe
tambien!)
Ramon. [*Acercándose.*]
No. Quédate aquí.
¿Qué has de hacer entre una nube
de soldados, de aguadores,
de albañiles..... No te apures.
Tus criados son muy fieles,
y por si acaso se aturden,
Ángel está allí.....
Leoncia. Dios mio!
Toda la sangre me bulle....,
la cabeza se me va.....
y los ojos se me hunden.

Basilia. ¿Quiere usted.....
Leoncia. Nada. Morirme,
que en la tumba no se sufren
estas congojas.
Carlota. Villano!
Y habrá de quedar impune?
Ha venido á asesinarme
como si me diera un dulce
parabien. ¡Acaso él mismo
puso en mi casa la lumbre
que la devora!
Ramon. Eh! no llores.
Yo supongo que consumen
las llamas algunos muebles.....
No es cosa de que te angusties
por eso. Estando la casa,
como mi amor lo presume,
asegurada de incendios.....
Carlota. Ah! No!
Ramon. ¿Qué dices!
Carlota. El lúnes
se iba á hacer la diligencia.....
Ramon. Cielo! Es verdad? No te burles.
Leoncia. ¡Cierto que es buena ocasion
de chanzonetas y embustes!
Ramon. Oh descuido imperdonable!
¡Una finca que produce
un dineral! Desgraciada!
Quién habrá que te disculpe?
¡Al lado una carbonera,
una fábrica de hules
encima, y al otro lado
la tienda de Pedro Antunez
donde se venden hachones
y el aceite por azumbres!
¡Ni escombros van á quedar
donde tu dolor sepultes!

[*Cae afligido sobre una silla.*]

Leoncia. [*Aparte con D. Vicente y doña Basilia.*]

Pobre mozo! Más lo siente
que nosotras.

Vicente. [*En voz baja.*]

Ya me ocurre
la causa de su afliccion.
Leoncia. ¿Acaso usted la atribuye.....
Vicente. Al vil interes.
Leoncia. Qué injuria!
Basilia. Él no es capaz....
Vicente. Que me emplumen
si ahora se casa con ella.
Para que usted no lo dude
probemos.

[*Á D. Ramon.*]

Amigo mio,
alce usté esa cara fúnebre.
En ocasiones como estas
el buen caballero luce
su noble desinteres.
No falta aquí quien arguye
de ese silencio sospechas
que en un verbo se confunden
si usted quiere.
Ramon. No comprendo.....
Vicente. Basta que usted se apresure
á dar la mano á Carlota.
Tres testigos,.... se reunen
al instante. Él escribano,....
vendrá aquí sin que le busquen,
que al olor acuden ellos
donde esperan que los unten.
Pruebe usted á Carlotita
que sus prendas le seducen,
no vanas riquezas. ¡Ea,
pronto, que la cosa urge!
Ramon. Mi corazon..... Crea usted.....
Basilia. (Mucho temo que la ensucie.)
Ramon. (Maldito viejo!) Yo adoro
á Carlota, y en la cumbre
de la dicha me veré
cuando lazo indisoluble
nos estreche; mas ahora.....
cuando la campana lúgubre.....
Ya ve usted, no son momentos....
No es decir que yo renuncie.....

Carlota. [*Levantándose.*].

Basta, que ya de mi vista
cayó la venda engañosa.
¿Yo habia de ser esposa
de un seductor egoista?
¿Puedo esperar ningun bien
de quien de noche á mi reja
no osa llegar si no deja
á retaguardia un reten?
Mal caballero, ¡me amas,
y, falso como cobarde,
cuando mi casa se arde
no te arrojas á las llamas!
Otro al peligro corriera
solícito, apresurado;
si no del amor guiado,....
de la avaricia siquiera.
Mas tan santa obligacion
cumples tú..... por sustituto,
reservándome el tributo
de un importuno sermon.
Ya te he conocido, sí,
y el mal que llorando estoy
por bien venido lo doy.....
porque me libra de ti.
Ramon. Yo me resigno, y te dejo
aunque sin razon me plantes,
dueño hermoso; pero ántes
te quiero dar un consejo.
Pues Dios en amargas horas
cambia el lisonjero arrullo,
corrija tu necio orgullo
el infortunio que lloras.
Todos nacimos en cueros,
y no es cuerdo á la verdad
quien cifra su vanidad

en bienes perecederos.
La fortuna siempre es varia,
y por si hay fuego ó rapiña,....
bueno es que sea una niña
algo más que *propietaria*.
Con harta pena destruyo
la ilusion en que has vivido,
mas.....

Leoncia. [*Se levanta furiosa.*]
¡Calla, infame, atrevido...
Ramon. Dos palabras, y concluyo.
[*Á Carlota.*]
No basto yo á tus dispendios,
y ya que tu casa nó,....
Carlota. Traidor!
Ramon. Tengo el alma yo
asegurada de incendios.

ESCENA XV.

DOÑA LEONCIA. DOÑA BASILIA. CARLOTA. D. VICENTE.

Leoncia. [*Va á correr tras de él y la detienen D. Vicente y doña Basilia.*]
Pícaro!.... Déjenme ustedes.
He de arrancarle la lengua.
Basilia. Déjele usted.....
Leoncia. Bribonazo!
Vicente. Vamos, señora..... Prudencia!
Carlota. Hombre pérfido, execrable!
Y yo le amé tan de véras!
Leoncia. La cólera me atraganta,
los músculos se me alteran....,
los nervios.....
Vicente. ¡Por Dios, por Dios,
señora! Otra pataleta?
Leoncia. Dios poderoso! ¡Qué dia
de horror! La casa se quema....,
ese infame te abandona....,
el flato me desespera.....
Basilia. La puerta ha sonado.
Vicente. Es Ángel.
Quizá traiga buenas nuevas.

ESCENA XVI.

DOÑA LEONCIA. DOÑA BASILIA. CARLOTA. D. ÁNGEL. D. VICENTE.

Ángel. Ensanche usté el corazon.
La casa está sana y buena.
Carlota. Será cierto?
Angel. El fuego ha sido
en la inmediata.
Leoncia. De véras?
Angel. La distancia, el sobresalto,
y la feroz complacencia
del tal don Julian á todos
nos engañaron. Ya queda
apagado el fuego y libre
de su fatal contingencia
la casa de usted.
Carlota. Oh gozo!
Vicente. Vaya, sea en hora buena.
Leoncia. Desde aquí, á la compañía
de seguros; no suceda
otra vez.....
Carlota. Ahora ese vil
se tirará de una oreja
y no alcanzará á la otra.
El justo cielo me venga.
Ángel. Adónde fué don Ramon?
Vicente. Creyéndola ya por puertas,
se fué huyendo de su novia
como si fuese epidemia.
Ángel. Por dicha ya le conozco
y no extraño su vileza.
Ni es este solo el favor
que hoy debo á la Providencia.
Vicente. ¡Cómo...
Basilia. (Yo tiemblo!)
Angel. Otra máscara
más traidora y más funesta
voy á arrancar.
Basilia. (Soy perdida!)
Angel. El que intriga sin cautela
se expone á mil compromisos:
no es verdad, patrona bella?
Basilia. [*Turbada.*]
Sí..... Yo.....
Ángel. Confiar secretos
á un papel..... es imprudencia
muy clásica.
Basilia. ¿Y quién.....
Vicente. Acaba.
Leoncia. [*Á Carlota, mirando á doña Basilia.*]
Ves? Pierde el color la huéspeda.
Ángel. Ahí bajo, sin acordarme
de que no llevaba puesta
mi levita, en el bolsillo
buscaba yo mi cartera
para cierta apuntacion,
y tropecé, qué sorpresa!
con esta carta.....
[*La enseña.*]
Basilia. (Dios mio!
La que escribí á Talavera.....)
Vicente. Veamos.....
Ángel. [*Á doña Basilia.*]
Creo que usted
ha de conocer la letra.....
El sobre es á don Ramon.....
Carlota. ¿Qué escucho!
Angel. Voy á leerla.....
Basilia. Disimule usted. Yo tengo

que hacer una diligencia
forzosa..... (Maldita carta!)
Me retiro..... Ustedes quedan
en su casa..... Beso á ustedes
las..... (Ah! no veo la puerta.....
¡Soy de bronce, si hoy no muero
de pesar y de vergüenza!)

ESCENA ÚLTIMA.

DOÑA LEONCIA. CARLOTA. D. ÁNGEL.
D. VICENTE.

Vicente. ¿Qué talisman poderoso
en esa carta se encierra
que petrifica á las gentes?
¿Es acaso la cabeza
de Medusa?

Ángel. No la leo
porque el rubor me lo veda.
Me basta decir á ustedes
que he descubierto por ella
que en torpe lazo vivian
don Ramon y esa..... embustera,
miéntras el uno aspiraba,
no á la mano, á las riquezas
de Carlotita.....

Carlota. Perverso!

Ángel. Y la otra.....

Leoncia. Qué pareja!

Vicente. ¡Á qué abismo se arrojaba
tu juventud inexperta!

Carlota. Qué leccion!

Vicente. Esta es la corte!

Ángel. Volvamos pronto á la aldea.

Vicente. Y en adelante, hijo mio,
mira bien á quién dispensas
tu amistad.

Ángel. Sí, yo lo juro.
Buen maestro es la experiencia!
No más amigo egoista
ni tirano compañero
que luzca con mi dinero,
que con mi ropa se vista,
que me haga seguir su pista
donde me insulte un compadre,
donde el agua me taladre,
donde á la niña corteja.....
y á mí en las garras me deja
de la tia ó de la madre.
La mutua amistad alabo
y la opresora maldigo;
que una cosa es ser amigo
y otra cosa es ser esclavo.
Si he sido un alma de pavo,
ya el noviciado pasó.
De escarmiento sirva yo
á incauto amigo novel.
Sea generoso y fiel,
pero *mártir*..... Eso no!



UNA DE TANTAS,

COMEDIA EN UN ACTO.

Representada por primera vez en Madrid, en el teatro del Principe, el dia 2 de Marzo de 1837.

PERSONAS.

CAMILA. | D. ANDRES.
MARTA. | D. MIGUEL.

La escena pasa en Sevilla en un barrio solitario.—Casa con dos fachadas: la principal, con reja y puerta que á su tiempo se abrirá, mira á los bastidores de la derecha del actor; la otra, tambien con reja, está de frente á los espectadores.

ESCENA I.

CAMILA. MARTA.

[*Es de noche. Camila y Marta aparecen sentadas á la reja que mira al público.*]

Marta. ¡Tan tarde, y áun no ha venido
á la cita don Miguel!
Yo no lo creyera de él,
tan meloso, tan rendido!
Camila. Cierto, maravilla es
que hoy deje de ser puntual,
mas si no acude, qué mal?
Vendrá luégo don Andres.
Marta. Un amante...., anda con Dios!
Todas tenemos licencia
para eso, pero ¿hay conciencia
para que usted tenga dos?
Camila. ¿Qué quieres! Me ha dado el cielo
tan sensible corazon.....
¡Ah, qué afortunadas son
esas mujeres de hielo.....
Ni yo sola soy avara.
Muchas.....
Marta. ¡Sí, con ese afan,
no hallan otras un galan
por un ojo de la cara!
Como yo, pobre de mí!....
Pues ¿no es diabólica idea
cuando el género escasea
monopolizarlo así?
Camila. Ya, sí. En la crísis actual
tú quisieras.....
Marta. Yo quisiera
que de los hombres se hiciera
un reparto vecinal.
Pero...., pues de mí se fia,
confiéseme usted, picaña,
que á uno de los dos engaña;....
quizá á los dos.
Camila. No, hija mia;
no, que por ambos suspiro.
Marta. Pero ¿está usted dada al diablo.....
Camila. Con igual amor les hablo,
con igual placer los miro.
Marta. Y con sola un alma!
Camila. Pues.
Marta. Podrá usted partirla?
Camila. No,
pero tengo un alma yo
que vale por dos ó tres.
¿No hay corazon insensato
en mi sexo pecador
que ama con igual fervor
á su novio y á su gato?
Pues si amor, sin que te asombres,
entre hombre y gato se parte,
¿por qué has de escandalizarte
de que quiera yo á dos hombres?
Marta. Preciso es que sóbre alguno,
si son de mérito igual.

Camila. No, tonta. Entónces...., cabal;
los dos no son más que uno.
Marta. ¡Qué aguda y qué trapacera!
Mas ahora sí que en la red
la voy á coger á usted.
Camila. Veamos de qué manera.
Marta. No hay dos hombres en el mundo
de una misma condicion.
Ahora bien, si opuestos son
el primero y el segundo,
y para dos no hay lugar,
diga usted: ¿no es evidente
que, agradando un pretendiente,
el otro ha de fastidiar?
Camila. Lástima me da tu error.
Ántes bien sus caracteres
encontrados, los placeres
multiplican del amor.
¿No ves que sin mucha ciencia
triunfar de los dos se alcanza,
del uno con la alabanza,
del otro con la indulgencia?
Ora en plácido sosiego,
ora en grata agitacion,
de una en otra sensacion
vaga el pecho amante; luego
ninguna pena cruel
temas que así te moleste,
porque la dulzura de éste
templa lo amargo de aquél.
Ni sólo bajo un semblante
halaga amor al deseo,
que cambia como Proteo
y siempre reina triunfante.
Gusta en la cara trigueña
la audaz mirada de fuego,
y gusta en la blanca luégo
la afable risa halagüeña.
Son de opuesto natural
mis dos novios, mas tú ves
que si amable es don Andres
no lo es ménos su rival.
Celoso el uno, impaciente,
me ostenta su poderío,
y el otro se rinde al mio
tierno, afable, complaciente.
Y pues venturosa vivo
ora sierva, ora señora,
¿me reprenderás ahora
de mi amor alternativo?
Las que ven por solo un prisma
¿qué gozan en conclusion?
¡Siempre una misma pasion
y siempre una cara misma!
Marta. No quiero ya disputar.
Siga usted su contrabando
de amores, pero ¿hasta cuándo
piensa usted que ha de durar?
Pasó todo el mes de Octubre
sin novedad, ama mia;
pero ¿qué hará usted si un dia
ese pastel se descubre?
Como no sufre galan
dentro de casa la vieja,
cada cual viene á su reja
que á distintas calles dan;
pero ¿usted no considera
que un chisme de vecindad,
la menor casualidad.....
Camila. Oh! no seas agorera.
Lo futuro no me afana,
pues gracias al cielo soy
muy jóven. Vivamos hoy,
que Dios proveerá mañana.—
Mas al coloquio nocturno
don Miguel no viene, y ya
la hora pronto dará
que marca al otro su turno.
Marta. Retírese usted por Dios,
y por san Pedro y san Pablo,
señorita; no haga el diablo
que aquí se encuentren los dos.
Camila. Yo gobernarme sabré.....
¿Y sin ver á mi celoso
he de entregarme al reposo?
No lo merece su fe.
Esta noche.....
Marta. ¡Señorita.....
Camila. Con doble placer le veo,
porque vengarme deseo
del que ha faltado á la cita.—
Ve á la otra reja, no obstante,
que yo aquí me estoy perene,
y si por ventura viene,
avísamelo al instante.
Marta. Pero.....
Camila. Ea, vete, y procura
que no te vea.
Marta. Por qué?
Camila. El porqué yo me lo sé.
Marta. (Yo no he visto igual locura.)

ESCENA II.

CAMILA.

Es preciso confesar
que Marta tiene razon.
Si entrambos vienen ahora,
en gran compromiso estoy.
Mas no ha de faltarme arbitrio
para cumplir con los dos.

ESCENA III.

CAMILA. MARTA. D. MIGUEL.

Miguel. [*Entra por la derecha y se dirige á la fachada principal.*]

Sentida de mi tardanza
se habrá ya acostado..... No,
que áun está la reja abierta.

Ah qué afortunado soy!

Marta. [*Llegando á la reja donde está Camila.*]
Señorita, ya tenemos
á don Miguel de planton.

Camila. Vamos allá. ¡Qué filípica
me va á llevar!

Marta. Qué hago yo?
¿Me quedo.....

Camila. Vete á la cama.

Marta. ¿Y si el otro campeon.....

Camila. Eso corre de mi cuenta.

Marta. Bueno. Quede usted con Dios.

ESCENA IV.

D. MIGUEL.

No viene. Dónde estará?
Si se habrá dormido? Voy
á llamar quedito..... Chis!....
Camila!.... ¿Á ver si una tos.....

[*Tose.*]

Ya está aquí.

ESCENA V.

D. MIGUEL. CAMILA.

Camila. Qué buena hora
de venir! Qué fino amor!

Miguel. No es culpa mia.....

Camila. Será
que se ha parado el reloj.

Miguel. No, dueño querido..... Pero
la precisa obligacion.....

Camila. Yo soy primero que todo.

Miguel. No exceptúas el honor?

Camila. ¿Qué honor..... Mas yo te dispenso
de darme satisfaccion.
Ni pienses que te esperaba.
No soy yo mujer que doy
mi brazo á torcer.

Miguel. Camila!

Camila. Ni un falso me desveló.
Pero está mala mamá.....

Miguel. Qué tiene?

Camila. Un cólico atroz.
Yo lo achaco á la cuajada.

Miguel. Cielo!....

Camila. Y despues el melon.....

Miguel. Pobre señora! Y qué tal?
se va aliviando? rompió?

Camila. Gracias al tártaro emético
ya está un poquito mejor,
pero es preciso velarla.

Miguel. Pues ¿y Marta?

Camila. Se acostó.
La pobre estaba rendida.....
Eh, sea todo por Dios!—
Si ahora me acerco á la reja
no es por darte gusto, no;
es sólo para decirte
clarito y en español
que no me vuelvas á hablar
en tu vida. Lo oyes?

Miguel. Oh!
Por qué?

Camila. ¡Le cito á las doce.....

Miguel. Pero si.....

Camila. Y viene á las dos!

Miguel. Pero si oyes mi disculpa.....

Camila. No hay disculpa; no hay perdon.

Miguel. Camila, soy militar,
y cuando suena el tambor
de oprobio me cubriria
si no acudiese veloz.
Iba á estallar esta noche
no sé qué conspiracion.
Me nombraron de reten,
y, ya ves, el pundonor.....

Camila. Por aquí nada se ha dicho
de motin ni rebelion.....

Miguel. Como esta es calle excusada.....
Mas ya la alarma cesó,
me han mandado retirar,
y en alas de mi pasion
venía.....

Camila. Todo es embuste.

Miguel. No, mi bien. La luz del sol
me falte si no es verdad.
Da treguas á tu rigor
por esta noche, y mañana
envia á la prevencion
á preguntar si el teniente
don Miguel Ruiz de Albornoz,
de la cuarta compañía,
ha estado ó no de faccion
esta noche; y si te engaño
llámame vil y traidor,
y no vea yo en tu risa
de la aurora el arrebol
ni en tus ojos el encanto
que adora mi corazon.

Camila. (No miente quien habla así.
Qué dulzura! qué candor!)

Miguel. No me respondes, Camila?
Te juro.....

Camila. Baja la voz.....
(El capitan va á venir.)
Bien, bien..... Satisfecha estoy,
pero mamá..... No me puedo
detener.....

Miguel. Ya mi afliccion
en júbilo se convierte.
Como el rocío á la flor,
á mi pecho tus palabras
bálsamo de vida son.

Camila. Las tuyas son como el canto
de amoroso ruiseñor,
como el arrullo del céfiro,

como el arpa de Sion.
Miguel. Ah! yo no estoy en la tierra.
Los ángeles del Señor
merecen sólo gozar
esta dulce sensacion.
Dame la mano!
Camila. Sí, toma.
Cómo negártela?

[*Le da la mano derecha.*]

Miguel. Ay Dios!
Tan celestial y la beso!
Es una profanacion.
Perdona; otra vez..... Delicia!....
Camila. (Y no he de quererle yo?)
Suelta.....
Miguel. Volverás? Sí, vuelve!
ó moriré de dolor.

[*Aparece por el otro lado D. Andres.*]

Camila. Sí, Miguel. (No tengo aliento
para decirle que no.)

ESCENA VI.

D. MIGUEL. D. ANDRES.

[*Cada cual en su calle respectiva.*]

Andres. Reja que á mi amor inmenso
cortas el vuelo atrevido,
confidente de mi gozo
y de mi pesar testigo,
otra vez, reja, en tus hierros
vengo á remachar los mios.
Miguel. Duérmete, madre importuna,
y deja libre al hechizo
de mi amante corazon.

ESCENA VII.

D. MIGUEL. CAMILA. D. ANDRES.

Camila. [*En la reja de D. Andres.*]

Eres tú, dueño querido?
Andres. Sí, yo soy. Mucho has tardado.
Tal vez en sueño pacífico
yacias miéntras el viento
se llevaba mis suspiros.
Camila. Qué injusta queja! ¡Dormir
cuando en tu ausencia no vivo!
Andres. Ah Camila!
Camila. Mi mamá
tiene un cólico agudísimo,
y como la estoy velando.....
Ahora siente algun alivio,
pero ha estado, pobrecilla!
toda la noche en un grito.
Andres. Si no fuese madre tuya
oyera con regocijo
esa noticia.
Camila. ¿Es posible
que tal digas? ¿Qué motivo.....
Andres. La detesto. ¿Por qué cierra
las puertas á mis gemidos?
¿Por qué guarda con candados
el tesoro que codicio?
¿Por qué, si es casto mi amor
y no soy tal vez indigno
de tu mano, me reduce
sin piedad á este suplicio
de Tántalo....; á verte sólo
por entre rejas y vidrios,
á deshoras de la noche,
expuesto á que los vecinos
me tengan por un ladron.....
Ese cólico es castigo
del cielo. Y es poco aún:
merecia un tabardillo.
Miguel. No vuelve. Yo me consumo.
Camila. ¿Qué se ha de hacer! Son caprichos...
Dejemos obrar al tiempo.....
Andres. Si me tuvieses cariño,
como yo maldecirias
su materno despotismo,
ó ya hubieras ablandado
aquel corazon de risco.
Miguel. Cuánto tarda!
Andres. Mas tu amor,
si es que algun amor te inspiro,
es débil, fugaz...., y acaso
te burlas de mi martirio
miéntras un rival dichoso.....
Camila. Eh! no digas desatinos.
¿Dejaria el blando lecho
y arrostraria el peligro
de que el árgos de mi madre
me cogiese en el garlito
si no te amase de véras?
Andres. Con todo, yo desconfío.....
Si es cierto que tú me quieres,
¿cómo es que áun no he merecido
que mi esperanza confortes
ni áun con el favor más mínimo?
Temes que imprima tus cartas?
Temes que venda tus rizos?
Camila. Andres!
Miguel. Si amor no tuviera,
diria que tengo frio.
Andres. ¿No merezco yo, cruel,
que otorgues á mi conflicto
siquiera una mano?
Miguel. [*Mirando por la reja.*]
Nada!
Camila. (Tiene razon. Pobrecillo!)
Me tienes muy ofendida
con esos celos inicuos.
Andres. ¡Fueras tú ménos hermosa
y yo viviera tranquilo!
Camila. (Qué bien dicho! Eso es amar!)

Andres. No quieres? Ah! ya está visto.
Tu corazon es de piedra.
Infeliz! Soy el ludibrio
de tu vanidad. Adios!
Para siempre me despido.....
Camila. Espera..... No hables tan fuerte.....
Andres. Estoy por pegarme un tiro.....
Camila. No por Dios!
Andres. Me das la mano?
Camila. Jesus!.... Bien. Será preciso....
(No le daré la que el otro
besaba tan derretido,
que esto sería una infamia.)

[*Dándole la mano izquierda.*]

Tómala, celoso mio.
Andres. Ah! tú me vuelves la vida.....

[*Se quita un anillo y se le pone á Camila.*]

Toma; conserva este anillo.....
Camila. Dueño amado!....
Andres. Aquí, en el dedo
del corazon. Ah! ¡Qué hoyitos,
qué suavidad.....
Camila. Basta; deja.....
Voy á ver si se ha dormido
madre. (Don Miguel ahora
me va á parecer tan tibio.....)
Andres. Te vas?
Camila. Al instante vuelvo.
Andres. Ah qué mano! Es un prodigio.

ESCENA VIII.

D. MIGUEL. D. ANDRES.

Miguel. No vienes, mi amor, mi encanto?
Ay cielos! no sufre tanto
con las bascas y los vómitos
mi señora tu mamá.
Andres. Qué donosa es mi Camila!
Mas su madre me horripila.
Mal hayan las suegras cócoras!
Miguel. Respira, amor. Aquí está.

ESCENA IX.

CAMILA. D. MIGUEL. D. ANDRES.

Miguel. Tu tardanza, vida mia,
de pesar me consumia.
Camila. Esa queja es muy ridícula.
Miguel. Acaso me quejo yo?
Camila. Para que estés satisfecho,
¿abandonaré en su lecho
á mi madre enferma..... Bárbaro!
Miguel. No digo tal cosa, no.
Aunque tu ausencia me aflija,
considero que eres hija.
Tengo de tu madre lástima,
y no culpo tu virtud.
Adios. Ya ves, me resigno.....
Me voy. El cielo benigno
ponga en tus manos el bálsamo
que repare su salud.
Camila. (Qué apacible, qué obediente!)
No, no te vayas; detente.
Desde que tomó las píldoras
está un poquito mejor.
Miguel. Qué dicha!
Andres. Maldita vieja!
Reniego de tu pelleja.
Si á ti te duele el estómago,
qué culpa tiene mi amor?
Miguel. Ya que prorogas la audiencia
mostraré, con tu licencia,
una prueba nada equívoca
de mi acrisolada fe.
Camila. Una prueba.....
Miguel. Sí, y perdona,
puesto que el amor me abona,
si con mi mano sacrílega
tu hermosura profané.
Camila. Tú! ¿Cómo.....
Miguel. Al arte de Apéles
soy afecto, y mis pinceles,
Camila, tu rostro angélico
han osado retratar.
Camila. ¡Qué escucho! (Oh placer! oh gloria!)
Retratarme de memoria!
Andres. Vamos, adrede es el cólico
para hacerme á mí rabiar.
Miguel. Qué mucho? En la mente mia
presente estás noche y dia.
Camila. Ah! dame el retrato, dámele.
(Tú vences, caro Miguel.)
Miguel. [*Le da un retrato.*]
Toma. Á tu hermoso semblante
dicen que es muy semejante.
Mas no, que tan alto mérito
no es dado á humano pincel.
Camila. Perfecta será la obra
siendo tuya. ¿Y no te sobra
derecho á mi amor sin límites
con emprenderla, no más?
Le veré contenta, ufana.....
Te le volveré mañana.
Andres. Que no fuera yo su médico!
¡Mejor toma de aguarrás....
Camila. Mi gratitud es inmensa,
y mereces recompensa.....

[*Le da la sortija de D. Andres.*]

Ah! toma. Corta es la dádiva.....
(Perdone usted, don Andres.)
Miguel. Un anillo de tu dedo!
Oh delicia!....
Camila. Habla más quedo.
(Hoy despido al otro zángano.)
Vuelvo.... Espera.... Hasta despues.

ESCENA X.

D. MIGUEL. D. ANDRES.

Miguel. No puede haber en el mundo
más venturoso mortal.
Andres. Haria aquí un desafuero
si me dejase llevar
de mi genio.
Miguel. ¡Con qué gozo,
con qué voluptuoso afan
te beso, prenda de amor!

[*Tocando la sortija.*]

Y tiene pelo!.... Esto más?
¡Besa, Miguel, besa ufano
el pelo de tu deidad!
Andres. La sortija que le di
con pelo mio, quizás
está examinando ahora
por vana curiosidad.
Miguel. Otro beso y otros mil!
Andres. Albricias que viene ya!

ESCENA XI.

D. MIGUEL. CAMILA. D. ANDRES.

Camila. (Soy yo misma. Es un asombro.
No vi semejanza igual.)
Andres. Gracias al cielo! Creí
que no volvias jamás.
Camila. ¡Válgame Dios..... ¿No te he dicho
que estoy velando á mamá?
Andres. Se ha dormido?
Camila. No.
Andres. Pues ¡opio!
Camila. Y gracias me debes dar
porque á despedirme vengo.
Andres. Ya me dejas? Ya te vas?
Camila. Es forzoso.....
Andres. ¿Eso me dices
despues de tanto esperar?
Y con qué tibieza! Ah! nunca
me amaste.
Camila. Qué terquedad!
Quizá más de lo que debo
te he querido.
Andres. ¿Luego ya
no me quieres?
Camila. No hay quien sufra
ese genio suspicaz,
adusto.....
Andres. Ya no me quieres?
Mujer pérfida y fatal!
Camila. Si no domas tu carácter.....
Andres. Y acaso en mi mano está?
Si quieres que te obedezca,
dame un corazon glacial
como el tuyo. El que respira
en mi seno es un volcan,
volcan que inflaman los rayos
de tu hermosura falaz.
Camila. (Mi pobre Andres! Despedirle
sería mucha crueldad.)
Andres. Por ti, mi ingrata señora,
me arrojaria á la mar,
y bajaria al infierno
entre llamas de alquitran.
Sin ti aborrezco la vida;
sin ti no hay felicidad
para mí.....
Camila. Sí, ya lo sé,
lo sé. (Si esto no es amar,
que venga Dios y lo diga.)
Andres. Sé cariñosa y leal,
y harás de mí cuanto quieras.
Miguel. El cólico es contumaz.
Andres. ¿Quieres que deje por ti
la carrera militar?
¿Quieres que dé algun escándalo
que aturda la vecindad?
¿Quieres que ponga carteles
retando á todo galan
que no te llame la reina,
la diosa de la ciudad?
Camila. ¡Dichosa la que es amada
de tal suerte!
Andres. Ya verás,
á poco que tú me quieras,
quién soy yo. Seré capaz.....
Mas que no sea celoso
siendo tanta tu beldad;
que no codicien mis manos
la furia del huracan
para romper esa reja
que me hace desesperar.....
Camila. (Qué entusiasmo!)
Andres. No lo esperes,
Camila; y si algun rival
me disputara tu mano,....
no lo dudes, como un can
me arrojara á él.....
Camila. (Oh gloria!)
Andres. Y entre mis uñas.....
Camila. No más!
Así quiero yo á los hombres.
Aunque se oponga mamá
tuya seré..... No me gustan
amores de mazapan.
Andres. ¡Bien haya amén tu boquita,
y rebien haya tu sal!
Camila. (Perdió el pleito don Miguel.)
En prenda de mi verdad.....
toma, Andres.

[*Saca el retrato y se le da.*]

Andres. Qué?
Camila. Mi retrato.
Para ti lo hice pintar.

Andres. [*Tomando el retrato y besando la mano de Camila.*]

Cielos! Yo me vuelvo loco
de placer.

Miguel. Qué hora será?

Andres. ¿Qué será cuando posea
el divino original?

Camila. En breve recibiremos
la bendicion del altar.
Vete ahora, que es muy tarde;
y mañana sé puntual.

Andres. Pero..... otro ratito.....

Camila. Loco!
¿Ya olvidas la enfermedad
de la mamá, y que en mi casa
se acostumbra á madrugar?

Andres. Tienes razon.....

Camila. Ea, adios,
y no me olvides.

[*Camila se retira cerrando la reja.*]

Andres. Jamás!

ESCENA XII.

D. ANDRES. D. MIGUEL.

Andres. En mis manos su retrato!
Oh ventura sin igual!—
No distingo las facciones.
Es tanta la oscuridad.....
No importa; es ella, y á besos
la voy aquí á devorar.

[*Besa con entusiasmo la miniatura.*]

Miguel. Siento pasos..... Sí, ya viene.....

ESCENA XIII.

D. MIGUEL. CAMILA. D. ANDRES.

Camila. Adios, adios..... Vete ya.....

Miguel. ¡Cómo.....

Camila. No puedo. Mi madre.....

Miguel. Escucha.....

Camila. [*Cerrando.*] Imposible!

Miguel. Ay!

ESCENA XIV.

D. MIGUEL. D. ANDRES.

Andres. Que ahora no luciera el sol!
Veria esta faz divina.....
Pero sobre aquella esquina
medio agoniza un farol.
Allá voy. Mi alma impaciente.....

[*Se dirige hácia los bastidores de la derecha.*]

Miguel. Eh! sin duda algun insulto
le ha dado á su madre..... Un bulto!

Andres. Un hombre!

Miguel. Quién va?

Andres. Qué gente?
Hágase á un lado el galan.

Miguel. Esa voz es la de Andres.

Andres. Si no me engaño..... Sí, él es.
Miguelito!

Miguel. Capitan!

Andres. Á estas horas no esperaba
hallarte en la calle. ¿Tienes
por aquí el trapillo?

Miguel. ¿Vienes
tal vez de pelar la pava?

Andres. Sí, Miguel. Qué criatura!
Cada ojo suyo es un rayo;
su boca, rosa de Mayo;
y una mano, una cintura.....

Miguel. La mia no tiene tacha.
Y tan tierna, tan sencilla.....
No se pasea en Sevilla
más hechicera muchacha.

Andres. Fiel? decidida?

Miguel. En extremo.
Y la tuya?

Andres. Es un diamante.
Soy el más dichoso amante.....

Miguel. No hay rival?

Andres. No; ni lo temo.

Miguel. Ni yo, aunque la envidia ladre.
Entras tú en la casa?

Andres. No.
Entras tú?

Miguel. Tampoco yo.
Es algo rara la madre.

Andres. Tambien es un jabalí
la madre del bien que adoro;
mas ¿qué importa, si el tesoro
será al cabo para mí?

Miguel. La mia esta noche..... Ay Dios!
Yo enloquezco de alegría.
Me dió una mano.

Andres. La mia
me ha dado á besar las dos.

Miguel. Aunque de verme se alegra
se ha retirado mi bien.
Su madre enfermó.

[*Empieza á rayar el alba.*]

Andres. Tambien
se ha puesto mala mi suegra.

Miguel. Cortado ha sido el coloquio.
Como velaba á la vieja.....

Andres. Y miéntras tanto en la reja
hacias tú un soliloquio?
Cosa singular! Á mí
me ha sucedido otro tanto.
Temo..... Di: tu dulce encanto

vive muy léjos de aquí?
Miguel. No. Aquella es su habitacion.
Andres. Ah! ya mi esperanza es muerta.
Á otra calle tiene puerta.
Miguel. ¡Qué escucho! Horrible traicion!
Andres. Á un tiempo...., intriga infernal!
á los dos citaba, sí;
por la puerta falsa á mí
y á ti por la principal.
Miguel. No es posible. Su ternura.....
Andres. Dime el nombre de tu dama;
dilo!
Miguel. Camila se llama.
Andres. Camila! Ella es! Perjura!
Á mí farsas de teatro!
Tratarme á mí de ese modo!
Mas no importa: falsa y todo,
yo la adoro, la idolatro.
Ó saca la espada y hiere,
ó renuncia á su conquista.

[*Desenvaina la espada, y D. Miguel hace lo mismo.*]

Miguel. No esperes que yo desista
cuando sé que me prefiere.
Andres. Si así mi fe se atropella,
al ménos vengarme espero
matándote á ti primero,
y despues á ella, á ella!
Miguel. No se retarde la lucha.
Andres. Feliz sea el vencedor.
Miguel. Me hará invencible el amor.
Ea, en guardia!
Andres. En guardia!

[*Combaten por algunos momentos en silencio; suspende la lid D. Andres, y dice:*]

Escucha.
Aunque veo que vacila,
por razones que no sé,
yo no dudo de la fe
con que me quiere Camila.
Mas mi suerte es tan menguada
que cuando tocaba al cielo
es muy fácil que en el suelo
me claves de una estocada.
No es esto excusar la lid,
que celoso y vengativo
con mucho ménos motivo
me batiera con el Cid.
Pero si á la tumba fria
me conduce esta pendencia,
quiero que sea tu herencia
el retrato de esa impía.
Cuando dé el postrer aliento
sácalo de este bolsillo;
no caiga en manos de un pillo
tan soberano portento.
Miguel. Si tu espada me aniquila,
tambien yo á ti..... Mas ¡ay triste!
¿Cuándo, di, cómo adquiriste
el retrato de Camila?
Andres. Esta noche misma, allí,
entre amorosas caricias
me le ha dado, y yo en albricias.....
Miguel. Cielo! Me le enseñas?
Andres. Sí.
Mírale.
Miguel. Infamia notoria!
Yo se le he dado á esa impía
esta noche.—Es obra mia.
La retraté de memoria!
Andres. Si de Lucifer no es hija,
digo que.....
Miguel. Y la muy gitana,
tierna, agradecida, ufana
me regaló esta sortija.
Andres. Á ver?.... De cólera brinco!
Es mia! Tiene mi pelo!
Miguel. Tu pelo? ¡Y yo, justo cielo,
la besé con tanto ahinco!

[*Escupe y gesticula como sintiendo asco.*]

Andres. No se hiciera entre grumetes
lo que ha hecho esa mujer.
Nuestro amor ¿qué viene á ser?
Miguel. Un juego de cubiletes.

[*Es ya de dia claro.*]

Andres. Y aunque siento mi desdoro.....
Miguel. Y aunque veo su falsía,
yo la quiero todavía.
Andres. Yo todavía la adoro!
Miguel. Tal es mi tirana estrella!
Andres. Tanta es, Miguel, mi locura!
Miguel. Mas ¿merece esa perjura
que nos matemos por ella?
Andres. No. Envainemos las espadas.

[*Lo hacen.*]

Miguel. Y qué haremos? yo pregunto.
Andres. Arreglemos el asunto
como buenos camaradas.—
Yo con fuerzas no me siento
para cedértela á ti.
Miguel. Yo la quiero para mí.
Andres. Yo tambien.
Miguel. Ahí está el cuento!
Andres. Pues riñamos. ¡Voto á briós!....
Pero me ocurre una idea.
No es posible que ella vea
del mismo modo á los dos.
Miguel. Preciso es que allá en secreto
á uno de los dos prefiera.
Andres. Pues que ella elija al que quiera.
Yo á su fallo me someto.
Miguel. Y yo renuncio á su amor
si ella tu ventura labra.
Andres. Y yo.
Miguel. Corriente.
Andres. Palabra
de honor.

[*Se dan las manos.*]

Miguel. Palabra de honor.

Andres. Oyes? La puerta ha sonado.
Miguel. Si fuese Camila bella.....
Andres. Dice que madruga.....
Miguel. Es ella!
Andres. Apartémonos á un lado.

ESCENA XV.

D. ANDRES. D. MIGUEL. CAMILA. MARTA.

[*Ábrese la puerta y salen Camila y Marta. D. Andres y D. Miguel las acechan apartados.*]

Camila. Cierra, y vámonos á misa.
Marta. ¿Qué tal ha salido usted
del apuro?
Camila. Lindamente.
Marta. Mas ¿cómo.....
Camila. Ya te diré.
Vamos á la iglesia.
Miguel. [*Acercándose.*] Aguarda.
No hay tanta prisa.
Camila. Miguel!
No esperaba esta sorpresa
agradable.....
Miguel. Es que tal vez
serán dos.....
Andres. [*Llegando por el otro lado.*]
¿Tan de mañana....,
señorita?
Camila. Don Andres!
Marta. (Tiró de la manta el diablo
y se descubrió el pastel.)
Camila. (Soy perdida!)
Andres. No es decente
que dama de tanto prez
camine sin escuderos.
Camila. (Sofocada estoy. Qué haré?)
Miguel. Deseamos uno y otro
tanta honra merecer.
Camila. Vivan ustedes mil años.
Me harian mucha merced,
mucha...., pero no conviene
á mi humildad ese tren.
Llevar estado mayor
no es propio de una mujer,
y podrán decir que ustedes
me llevan presa al cuartel.
Miguel. No dirán eso si humildes
rendir las armas nos ven.
Andres. Dirán que vamos cautivos
en ese divino Argel.
Camila. Yo no necesito escolta
ni admitirla me está bien.
Miguel. Pero.....
Andres. No obstante.....
Camila. [*Al oido rápidamente á D. Miguel.*]
Soy tuya.
Ya sabrás..... Te escribiré.
[*Alto.*]
No me precisen ustedes
á que sea descortes.
[*Á D. Andres vivamente en voz baja.*]
Aunque ves que me condenan
las apariencias, soy fiel.—
Vamos, Marta.....
Miguel. No. Primero.....
Andres. Acabemos de una vez.
Encantadora sirena,
segunda Circe cruel,
víctimas somos los dos
de tu alevosa doblez;
pero al fin el cielo quiso
que presa en tu propia red.....
Camila. Disimule usted. Ahora
no me puedo detener.
Miguel. No te irás sin que salgamos
de este confuso Babel.
Camila. Soy libre y de mis afectos
ninguno puede ser juez.
Andres. Yo puedo serlo, perjura;
bien lo sabes.
Miguel. Yo tambien,
pérfida!
Andres. Coqueta!
Miguel. Casa
con dos puertas siempre fué
mala de guardar.
Andres. ¿Qué has hecho
de mi sortija?
Camila. Yo.....
Miguel. [*Á D. Andres dándole la sortija.*]
Ten.
Á mí me la dió.
Camila. Sin duda.....
por darle una mia.....
Andres. Infiel!
Miguel. Qué hiciste de aquel retrato?
Camila. Yo te explicaré despues.....
Andres. [*Saca el retrato y se le da á Don Miguel.*]
Aquí está. Pero debió
retratarla tu pincel
con dos caras.
Marta. (Vaya un lance!)
Camila. Ya sé que fácil no es
justificarme. Con todo,
protesto que no pensé.....
Soy una niña inexperta
y mi corazon novel
no es mucho que vacilase.....
Como una no sabe en quién
pone su cariño y...., vamos,
¿cómo pude yo prever.....
Andres. Dejémonos de disculpas
y profesiones de fe.
Vida nueva y olvidemos

lo pasado.

Camila. Qué quereis?

Miguel. Si de los dos te burlabas
acábese el entremes.

Camila. No cabe en mi corazon
tan indigno proceder.

Andres. Pues ni yo sufro rivales,
ni los sufre don Miguel.
Uno ha de triunfar. Elige.

Miguel. (Yo el preferido seré.)

Andres. (Mia será la victoria.)
Tu voluntad sea ley.

Camila. Dios mio! Eso es conspirar
contra una pobre mujer.

Miguel. No hay remedio.

Andres. No hay arbitrio.

Camila. Bien está. Yo pensaré.....

Andres. No admitimos dilaciones.
Ahora mismo!

Miguel. Ahora ha de ser!

Camila. Pues bien, ya que en tan amargo
compromiso me poneis,
el desairado perdone
si no le prefiero á él.—
Reinar en tu alma de fuego,
Andres mio, es mi placer.—
Miguel, tu dulce carácter,
tu modesta timidez
me hechizan. Seré una ingrata
si no corono tu sien.....

Miguel. [*Con gozo.*]
Ah!

Andres. [*Con pena.*]
Oh!

Camila. Mas ¿cómo privarte
del merecido laurel,
Andres amado?

Andres. [*Con gozo.*] Ah!....

Miguel. [*Con pena.*] Oh!....

Camila. Tuyo sea el parabien.....
No; tuyo, Miguel querido.....
Mas no, que igual interes.....
¿Cómo he de elegir á éste
si he de privarme de aquél?
¿Cómo resolverme..... En fin
yo sé amar; no sé escoger.
Yo os quiero á los dos; entrambos
teneis en mi alma un dosel;
y ántes que ofender al uno
sin los dos me quedaré.

Miguel. Pues tener tú dos maridos,
ni lo consiente la ley,
ni nosotros.....

Marta. Vaya, eso
sería el mundo al reves.

Andres. Para un amor como el mio
no basta media mujer.

Miguel. Basta de farsas, Camila.
Aunque parezco de miel
yo no sufro ancas de nadie.

Camila. Pues mirad cómo ha de ser,
hijos, porque yo..... me abstengo
de votar.

Andres. Estamos bien!
Cómo salir del pantano?

Marta. Sólo hay un medio.

Miguel. Cuál?

Andres. Eh?

Marta. Que lo decida la suerte
y conformarse los tres.

Andres. [*Á Camila.*]
Qué dices tú?

Camila. Por mi parte
me conformo. ¿Qué he de hacer!

Andres. [*Á D. Miguel.*]
Y tú?

Miguel. Forzoso será,
ya que ella no escoge.....

Andres. Pues.....
á cara ó cruz. Saco un duro.....
Aquí ninguno nos ve.....

Camila. [*Aparte á Marta.*]
¡Oh si quisiera mi dicha
que ganase don Miguel!

Andres. Ya tiro. Qué pides?

[*D. Andres tira el duro al aire.*]

Miguel. Cruz.
(Yo tiemblo.)

Andres. [*Alza el duro y todos acuden á ver de qué lado ha caido.*]
Hispaniarum Rex!
Desventurado de mí!
Tú ganaste!

Camila. [*Á Marta en voz baja.*]
Pobre Andres!
Más contenta quedaria
si hubiese ganado él.

Miguel. Tú te afliges..... Callas tú.....
Eso me hace conocer
que sin ser yo venturoso
desgraciados os haré.—
Yo te la cedo.

Andres. ¡Oh fineza
inaudita!

Miguel. [*Yéndose.*] ¡Adios.....

Andres. Deten
el paso.

Camila. [*Á Marta.*]
Qué va á decirle?

Marta. Oigamos.....

Andres. Tú no has de ser
más animoso que yo.
Por otra parte...., ya ves,
la leccion ha sido fuerte.
Esa moza es de la piel
del diablo, y dice el refran:
quien hace un cesto hará cien.

Miguel. Tienes razon.
Camila. Oh! yo juro.....
Andres. Quédese para quien es,
y olvidémosla los dos.—
Esto debimos hacer
dos horas há.
Marta. (Con efecto.)
Miguel. Sí, sí, que es un cascabel.....
Camila. Miguelito!.....
Miguel. Una embustera.
Andres. Una archicoqueta.
Camila. Andres!....
Andres. Adios, esfinge!
Camila. Escuchadme!....
Miguel. Señora, á los piés de usted.....
[*Á D. Andres.*]
Yo la perdono.
Andres. Yo no.
El amor se ha vuelto hiel.
Camila. Es delito el ser sensible?
Ah mujeres! Aprended.
Miguel. Adios, y él te dé, Camila,
el juicio que has menester.
Andres. Por los siglos de los siglos
maldita seas, amén.

ESCENA ÚLTIMA.

CAMILA. MARTA.

Marta. Se van..... Buena la hemos hecho!
Ve usted lo que yo decia?
¡Anoche tanta alegría,
y hoy tan amargo despecho!
¡De ser fingida y veleta
vea usted lo que se saca!
Aguante usted la matraca,
y empiece á tener chabeta.—
Pero compasiva soy.
No más reprensiones, que harta
pesadumbre.....
Camila. [*Riéndose.*] Pobre Marta!
Piensas que afligida estoy?
Marta. Con justa causa lo infiero.
Desairada por los dos.....
Camila. Eh, vaya en gracia de Dios!—
Me consolará el tercero.
Marta. Cómo! El tercero?
Camila. Sí tal.
Yo nunca estoy desprovista.
Ayer hice su conquista.
Me espera en la catedral.
Vamos corriendo.....
Marta. Es posible!....
Camila. Se llama don Lucio Ramos.
Arrogante mozo!
Marta. Vamos,
es usted incorregible.
Camila. Los hombres son mala yerba;
el más fiel no está seguro.
Por eso siempre procuro
tener tropa de reserva.
Marta. Pero.....
Camila. De poco te espantas.
Marta. Dirán las gentes discretas....
Camila. Que hay millares de coquetas,
y yo soy..... UNA DE TANTAS.

MUÉRETE, Y VERÁS....!

COMEDIA EN CUATRO ACTOS.

Representada por primera vez en Madrid, en el teatro del Principe, el dia 27 de Abril de 1837.

PERSONAS.

ISABEL.	D. ANTONIO.
JACINTA.	D. LUPERCIO.
D. PABLO.	D. MARIANO.
D. FROILAN.	UN BARBERO.
D. ELÍAS.	UN NOTARIO.
D. MATÍAS.	RAMON.

UN CIEGO.—UNA CIEGA.—GUARDIAS NACIONALES.—HOMBRES Y MUJERES DE DUELO.—DAMAS Y CABALLEROS CONVIDADOS.—PUEBLO.

La escena es en Zaragoza.

ACTO PRIMERO.

LA DESPEDIDA.

Calle. Un café en el foro con puerta vidriera.

ESCENA I.

D. ANTONIO. D. LUPERCIO. D. MARIANO.

[*Durante esta escena atraviesan de un lado al otro del teatro algunos milicianos nacionales, equipados como de camino, y gentes del pueblo que se supone van á ver salir la tropa.*]

Antonio. [*Saliendo del café.*]
Salgamos, Lupercio, á ver
lo que pasa por la calle.
Luperc. Ya transita poca gente.
Mariano. Como por aquí no sale
la columna.....
Luperc. Quiera Dios
que á los facciosos alcancen
y los destruyan.
Antonio. ¿Qué fuerza
va á marchar?
Luperc. Dos mil infantes
y ciento veinte caballos
entre tropa y nacionales
movilizados.
Mariano. Venid,
que ya es regular que marchen
en breve.
Antonio. No tengas prisa.
Cuando están los oficiales
tan despacio en el café.....
Luperc. Sí. Ahí quedan don Pablo Yagüe
y don Matías Calanda;

pero este es un botarate
que cuando está en una broma
no oye cajas ni timbales,
y don Pablo, embelesado
en los ojos de su amable
Jacinta.....

Antonio. Pues malas lenguas
dicen que el otro compadre
gusta tambien de la niña,
y si puede desbancarle.....

Luperc. Por ahora es el preferido
don Pablo. Más adelante,
no diré..... Porque en mujeres
no hay que fiar, y el carácter
de Jacinta es en mi juicio
más veleidoso que el aire.

Mariano. Sin embargo, tiene mil
apasionados, y nadie
piensa en Isabel, su hermana,
aunque yo creo que vale
mucho más.

Antonio. Mal gusto tienes.
Ella podrá ser un ángel,
mas ¡tan callada.....

Mariano. Es modestia.

Antonio. Sosería. Aquel donaire
de Jacinta, aquel mirar,
aquel despejo, aquel talle.....

Mariano. No es ménos bella Isabel,
pero desconoce el arte
de coquetear y fingir.
Si yo hubiera de casarme
con alguna de las dos.....

Antonio. Eh! no digas disparates.

Luperc. Filósofo estás, Mariano.

Antonio. Perdió anoche dos mil reales
al *ecarté*, y no me admiro.....

Mariano. No reprobará el enlace
de su hermana don Froilan,
pues sufre que la acompañe
don Pablo, y le dé convites.....

Luperc. Como en ellos tenga parte,
no haya miedo que por eso
se incomode. Es el más grande
egoista.....

Antonio. Es un amigo,
y no debo criticarle;
mas por no mover un brazo
morir dejara á su padre
si lo tuviera.

Luperc. Y en todo
ve peligros y desastres.
Qué agorero! Otra campana
de Velilla.

Antonio. Eso lo hace
por disculpar su egoismo.
Ya se ve, cuando á los males
no hay remedio, es excusado
que los médicos se cansen.

Mariano. Antonio! ten caridad.
Y nosotros, paseantes
y ociosos de profesion,
¿qué hacemos en este valle
de lágrimas?

Antonio. Eh!.... Nosotros,
aunque somos holgazanes,
servimos de algo en el mundo.
Acreditamos á un sastre,
alegramos las tertulias,
sostenemos los billares,
y brindamos en la fonda
por las patrias libertades.

Luperc. Á propósito, ¿estarán
almorzando hasta la tarde?—
Pero ya sale don Pablo.

ESCENA II.

D. ANTONIO. D. LUPERCIO. D. MARIANO.
D. PABLO.

[*D. Pablo viste uniforme de teniente de nacionales movilizados.*]

Pablo. (Ese usurero bergante
no parece, y necesito
que me preste para el viaje
diez onzas. Estos tal vez
me dirán.....) ¿Ustedes saben
dónde pára don Elías?

Mariano. No.

Luperc. No sé.

Pablo. Voy á buscarle.

ESCENA III.

D. ANTONIO. D. LUPERCIO. D. MARIANO.

Antonio. Ya anda en busca de usureros.

Mariano. Ya se ve, ¡tanto gastar.....

Luperc. Ese hombre se va á arruinar.

Antonio. Le vamos á ver en cueros.

Mariano. Su patrimonio es crecido.

Luperc. Su vanidad es mayor.

Antonio. Libertino.....

Luperc. Jugador.....

Mariano. Disipado.....

Antonio. Corrompido.
¿Veis el ardor con que pinta
la pasion que le sujeta?
Pues que me lleve pateta
si se casa con Jacinta.

Luperc. Yo sé que tiene otra moza.

Mariano. Sí, la viuda de Quiros.

Antonio. Pues se olvida de las dos
al salir de Zaragoza.

Luperc. Con la seduccion y el dolo
otras hallará al momento.

Mariano. Presume tener talento.....

Antonio. Es un ignorante, un bolo.

Luperc. Aunque atusando el bigote

se tiene por muy galan,
me parece á mí un gañan.
Antonio. Y á mí un Júdas Iscariote.

ESCENA IV.

D. ANTONIO. D. LUPERCIO. D. MARIANO. D. FROILAN.

Froilan. ¿Todavía por aquí,
caballeros?
Antonio. Don Froilan!
Froilan. ¿No van ustedes á ver
la columna desfilar?
Luperc. Eso pensamos. Supongo
que tambien usted irá
con las niñas.....
Froilan. No por cierto.
Hoy tengo un esplin mortal.
Estoy malo. Hace mal dia.
Mariano. Hombre, ¡si hace un sol que da
regocijo!
Froilan. Sin embargo,
el viento se va á mudar....,
y yo tengo para mí
que esta tarde nevará.
Antonio. El calendario de usted,
amigo, es siempre fatal.
Froilan. Nevará. Pobre milicia!
Qué trabajos va á pasar!
Antonio. Mucho sentirá don Pablo
marcharse de la ciudad
dejándose aquí á la bella
Jacinta. Dicen que ya
se trataba de la boda.
Froilan. Sí, pero ¡buenos están
los tiempos para casorios!
Yo no quiero contrariar
el gusto de mis hermanas,
pero pronostico mal
de ese casamiento.
Luperc. Cómo!
¿No iban con gusto al altar
ambos contrayentes?
Froilan. Mucho,
mas si la fatalidad
hiciera..... Anoche Jacinta
vertió en la mesa la sal
nombrando á don Pablo.
Mariano. Y eso
¿qué puede significar.....
Froilan. Es mal agüero. Ese viaje
inesperado es quizá
otro aviso de los cielos.....
Piensa mal y acertarás,
dice el refran.
Antonio. Si es funesta
esa coyunda nupcial,
¿por qué no interpone usted
su fraterna autoridad
para que no se efectúe?
Froilan. No, amigo, no haré yo tal.
Las voluntades son libres;
las chicas tienen ya edad
para saber lo que se hacen.
Mi individuo y nada más.
Yo sé que puedo vivir
sin una cara mitad.
Si ellas piensan de otro modo,
si ellas se quieren casar,
para ellas será la dicha
ó la pena; me es igual.
Ellas comen de su dote.....
Ni me quitan, ni me dan.
Antonio. ¡Vaya, que es filosofía
la de usted..... original!

[*Sigue hablando con los ociosos don Froilan.*]

ESCENA V.

D. FROILAN. D. ANTONIO. D. LUPERCIO. DON MARIANO. JACINTA. ISABEL. D. MATÍAS.

[*D. Matías lleva uniforme de subteniente de milicia movilizada.*]

Jacinta. Cómo! Áun no viene don Pablo!
Matías: No tardará. Aquí en la puerta
estaremos más alerta.....

[*Á un mozo que llega á la puerta.*]

Hola! Mozo!.... Con quién hablo?
Trae sillas aquí; al momento.
Isabel. (Dios mio, vela por él!)

[*Trae sillas el mozo, y se sientan don Matías y Jacinta.*]

Jacinta. No te sientas, Isabel?
Isabel. Sí...., me sentaré..... (Oh tormento!)

[*Se sienta. D. Matías y Jacinta hablan en voz baja.*]

Matías. Mil veces afortunado
mi cautivo corazon
si fuese yo la ocasion
de ese amoroso cuidado.
Jacinta. Vamos, deje usté esa chanza.
Matías. ¡Chanza cuando gimo y ardo,
y tengo en el pecho un dardo.....
He dicho poco; una lanza!
Áun ese desden fatal
amara yo con delirio
si no viese mi martirio
en la dicha de un rival.
Isabel. (Qué desgraciada nací!)
Jacinta. Qué temeraria porfía!
Mi voluntad ya no es mia.
Qué pretende usted de mí?
Matías. O tan divina beldad
no estrechen brazos ajenos,

ó vuélvame usted al ménos
mi perdida libertad.
Jacinta. Si basta decirlo yo,
libre es usted desde ahora;
libre y sin costas.
Matías. Traidora!
Te burlas de mí?
Jacinta. Yo no.
Matías. Si otro consuelo no halla
el afan que me atormenta,
me hago dar muerte sangrienta
en la primera batalla.
Qué temeraria virtud!
Jacinta. ¿Conque usted quiere un favor.....
Bien. Portarse con honor,
buen viaje y mucha salud.
Matías. Eso se dice á cualquiera.
Jacinta. Mas no como yo lo digo.
Le amo á usted.... como á un amigo.
Matías. Por qué nó de otra manera?
Jacinta. Porque estoy comprometida
y así la suerte lo quiso.
Matías. Y á no mediar compromiso?
Jacinta. Entónces.....
Isabel. (Fatal partida!)
Jacinta. Me apura usted demasiado.
¿Pretende usted que yo fragüe.....
Matías. Si no amara usted á Yagüe.....
Jacinta. Usted sería el amado.
Matías. Ya que victoria no cante,
aunque la razon me sóbre,
no es malo que aspire un pobre
á la primera vacante.
Jacinta. Basta. Merece castigo
quien á la dama echa flores
de su amigo.
Matías. Hija, en amores
no hay amigo para amigo.
Jacinta. Pues de camarada fiel
se la echa usted.
Matías. Estoy loco.
Anímeme usted un poco,
y hoy mismo riño con él.
Jacinta. Busque usted más alta gloria
combatiendo al despotismo,
y vénzase usté á sí mismo,
que es la más noble victoria.
Matías. Amonestacion discreta!
Mas quien mira esos encantos.....
Jacinta. Déjeme usted con mil santos.
Yo no quiero ser coqueta.
Matías. ¡Cruel.....
Jacinta. (Lástima me da,
mas el deber..... Y es buen chico!)
Matías. Tus ojos.....
Jacinta. Calle usté el pico,
que viene Pablo.
Isabel. (Allí está!)

[*Se levantan viendo venir á D. Pablo, y reparando en las damas los otros interlocutores se incorporan con ellas.*]

ESCENA VI.

ISABEL. JACINTA. D. FROILAN. D. MATÍAS. D. PABLO. D. ANTONIO. D. LUPERCIO. DON MARIANO. D. ELÍAS.

Pablo. Me vienen perfectamente
los tres mil reales y pico,
y con la vida y el alma
quedo á usted agradecido.
Jacinta. (Mi Pablo..... No, no es posible
que yo ponga mi cariño
en otro hombre.)
Elías. El interes
es muy corto. Un veinte y cinco
por ciento.....
Pablo. Sí, en cuatro meses...,
no me parece excesivo.
Elías. Ser servicial y económico
son mis dotes favoritos.
Sin lo segundo no hiciera
lo primero. Economizo,
y de esta manera puedo
ser útil á mis amigos.
Pablo. Bien! Lo explica usted á modo
de charada ó logogrifo.
Elías. No tomará usted á mal
que extendamos un recibo.....
Pablo. Sí, sí, que somos mortales.
Elías. No es decir que desconfio.....
Ahí en el café lo pongo
en dos plumadas.....
Pablo. Lo firmo,
y estamos del otro lado.

[*Se reune con los demas interlocutores. D. Elías va á entrar en el café, y á la puerta le detiene D. Antonio.*]

Cierto negocio preciso
ha motivado mi ausencia.....
Elías. Tengo prisa.
Antonio. Necesito.....

[*Siguen hablando los dos en voz baja.*]

Pablo. Ahora soy todo de ustedes
hasta ponerme en camino.
Isabel. (¡Le quiero más que á mi vida,
y me parece delito
el mirarle!)
Elías. Ya hablarémos.
Ya sabe usted dónde vivo.....
(¡Cuando el otro va á partir
me detiene éste maldito!)
Antonio. La hipoteca es abonada.
Elías. Bien, sí.....
Antonio. Corrientes los títulos.....
Si hoy no me socorre usted
mañana me pego un tiro.
Elías. (No hay quien te lo pegue ahora?)

[*Con un pié dentro del café.*]

Veremos.....
Antonio. Pero.....
Elias. Lo dicho.

[*Entra en el café.*]

Luperc. [*Á D. Antonio y á D. Mariano.*]

Vamos á ver la columna.
Qué hacemos en este sitio?
Antonio. Sí, vámonos. Señoritas,
á los piés de ustedes. Chicos,
buen viaje!
Matías. Abur!
Jacinta. Beso á ustedes
la mano.
Pablo. [*Está muy entretenido hablando con Jacinta desde que se acercó al corro.*]

Adios.....
Luperc. Si servimos
de algo...
Mariano. Que escribais...
Froilan. Señores...
(Gracias á Dios que se han ido!)

ESCENA VII.

JACINTA. ISABEL. D. PABLO. D. MATÍAS. D. FROILAN.

Matías. (Ellos en dulce coloquio
y yo aquí siendo testigo.....
Me largo con viento fresco,
que es cruel este suplicio.)
La columna va á marchar
y yo no me he despedido
de mi familia. Madamas,
hasta la vuelta!
Froilan. Repito.....
Isabel. Buen viaje.
Jacinta. Abur, don Matías.
Matías. (Ah! voy hecho un basilisco.
Vosotros lo pagaréis,
soldados de Cárlos quinto.)

ESCENA VIII.

ISABEL. JACINTA. D. PABLO. D. FROILAN. D. ELÍAS.

[*Siguen hablando aparte D. Pablo y Jacinta.*]

Isabel. (Qué felices son! Y yo.....
¡Suerte infeliz, suerte amarga
la de una mujer! Mis labios
sella la vergüenza. El alma
se me arranca, y yo no puedo
decir: ese hombre me mata!)

[*Se sienta afligida.*]

Froilan. Despacio la toman.

[*Á la puerta del café.*]

Mozo!
La *Gaceta.* Nunca acaban
de hablar los enamorados.

[*El mozo le trae la* Gaceta, *se sienta y la lee. Sale D. Elías del café con el recibo en la mano.*]

Elías. ¿No es raro que en estas casas
nunca ha de haber un tintero
corriente?

[*Acercándose con el recibo en la mano á D. Pablo, que entretenido con Jacinta no le ve.*]

Ya sólo falta
que firme usted.....
Jacinta. Sí, mi Pablo.
Mi corazon se desgarra
al verte partir. Si el freno
del pudor no me atajara,
tan briosa como amante
te siguiera á la campaña.
Mas, ya que de este placer
me privan leyes tiranas;
ya que viva no te sigo,
ya que el cielo nos separa,
he aquí mi retrato: toma,

[*Da el retrato á D. Pablo.*]

bien mio, y amor le haga
escudo que te defienda
de las enemigas lanzas.
Isabel. (Qué suplicio!)
Elías. Con permiso.....
Pablo. [*Besando el retrato, que guarda luégo en el pecho.*]

Oh don precioso!, tú inflamas
mi valor, que con la pena
de ausentarme desmayaba.
Ahora me siento capaz
de las mayores hazañas.
Isabel. (Que no me muriera aquí!)
Elías. Con licencia de esa dama,
la firma.....

Froilan. [*Levantándose, y acercándose á don Pablo.*]

Ah señor don Pablo!
Elías. (Este lloron me faltaba!)
Froilan. Inútil valor! inútil
patriotismo! Está ya echada
la suerte. Pobre nacion!
Volverá á gemir esclava.
El genio del mal persigue
á la miserable España.
Tanto afan, tantos tesoros,
tanta sangre derramada
¿de qué han servido? La hidra
de la rebelion levanta

sus cien cabezas. El cielo
nos abandona..... No hay patria!

Elias. [*Á D. Pablo.*]

Miéntras don Froilan parodia
la tragedia de Quintana,
firme usted.....

Pablo. Mucho me admiran,
don Froilan, esas palabras
en boca de un español,
de quien liberal se llama.

Froilan. Ya verá usted.....

Pablo. Ese cuadro
es el parto de una amarga
misantropía..... No quiero
atribuirle otra causa.
Mas yo supongo que es fiel;
que mil desastres amagan
al Estado; que peligra
la libertad. Por ser ardua
la lid ¿debemos acaso
abandonar la demanda?
¿Ha de faltarnos el brio
primero que la esperanza?
¿Doblarémos la cerviz
ántes de probar la espada?
Sacrificios; no clamores,
teson, virtudes; no lágrimas,
la nacion pide á sus hijos.
Si hoy se pierde una batalla
no se recobra el honor
sino venciendo mañana.

Jacinta. Bien dicho!

Isabel. (Y no le he de amar?)

Elias. El recibito.....

Froilan. La llaga
es muy profunda, don Pablo.
Nuestras discordias infaustas
nos llevan al precipicio.
Las pasiones enconadas
nos ciegan; los pueblos gimen;
no hay dinero; esto no marcha;
no vamos todos á un fin;
los partidos.....

Pablo. Así hablan
el egoismo y el miedo.
En las tristes circunstancias
se acrisola el patriotismo,
y el que noble tiene el alma
no se deja dominar
de miras interesadas,
ni de ocultas influencias,
ni de pasiones bastardas.

Elias. Y el que diga lo contrario
es un...., lo digo?, es un mandria.
Don Pablo es buen caballero,
y así maneja la espada
como la pluma. Á propósito,
¿quiere usté hacerme la gracia
de firmar.....

Pablo. Ah! sí. El recibo.....

[*Va á entrar en el café, y le detiene D. Froilan.*]

Vamos.....

Froilan. Nadie me aventaja
en patrio amor, mas al ver
tantos errores y tantas
calamidades, confieso
que mi corazon desmaya.
Ay don Pablo! Rara vez
mis presentimientos fallan.
El yerro mayor de Troya
fué no escuchar á Casandra.
Crea usted á un fiel amigo.
No salga usted á campaña.

Jacinta. Por qué?

Pablo. Es honroso el consejo!

Isabel. (Si pudiera hablar!)

Froilan. La baja
de un hombre, sea quien fuere,
no es de tan grave importancia.....
Quédese usté en Zaragoza.

Pablo. Bravo! Si esa cuenta echara
cada cual, pronto estaríamos
en una paz octaviana.

Froilan. ¡Mire usted que ya en el cielo
leyendo estoy una página
sangrienta! ¡Ya en mis oidos
está silbando la bala
matadora! Ay infeliz!
En vez de bélica palma,
tu generoso ardimiento
va á buscar..... ¡una mortaja!

Isabel. (Maldita tu boca sea!)

Jacinta. Ah! Qué estás diciendo? Calla.
¿Por qué afligirnos así?
¡Qué idea.....

Pablo. Bah! es una chanza.
Si yo creyese en agüeros
sería un poco pesada.
Pero, en fin, morir lidiando
por la mejor de las causas
es muerte gloriosa.

Jacinta. Ah! no.
Dios oirá mis plegarias.

Pablo. Sólo por ti lo sintiera.

[*Riéndose.*]

Por lo demas, no me espanta
la muerte á mí. Y casi, casi,
muriera de buena gana
sólo por dar un petardo
á mis acreedores.

Elias. Cáscaras!

Jacinta. Vamos, deja ya esa broma.

Elias. (Ah! si no firma y le matan.....)
Vamos, don Pablo. Esa firma.....

[*Tocan dentro llamada y tropa. Isabel se levanta.*]

Pablo. Vamos.....

Froilan. Ya suenan las cajas!

Jacinta. Oh pena!

Isabel. (Amargo momento!)

Elias. (¡Voto á.....) Si usted me firmara....

Pablo. [*Abrazando á Jacinta.*]
Adios, bien del alma mia!
La ausencia no será larga.
Serás fiel?
Jacinta. Hasta la tumba.
Oh! poco he dicho. La llama
que abrasa mi corazon
ni en el sepulcro se apaga.
Elias. (Los momentos son preciosos.
Traeré el tintero.....)

[*Á un mozo desde la puerta del café.*]

Despacha!
Un tintero! (Por el gusto
de que yo me ahorque de rabia
se hará matar.)
Pablo. En tus ojos
prisionera dejo el alma.
Jacinta. ¡Adios..... La pena me ahoga.

[*Sollozando.*]

Mi corazon te idolatra
más de lo que yo creia.
Si mi desventura es tanta
que por la postrera vez
tu Jacinta fiel te abraza,
ay! te seguiré muy pronto
á la tumba solitaria.
Adios!

Pablo. [*Desprendiéndose de sus brazos.*]
Adios!

Froilan. [*Abrazando á D. Pablo.*]
Caro amigo!

Elias. [*Con el papel en una mano y el tintero en la otra.*]
(No me dejan meter baza
el amor y la amistad.)
Froilan. Adios! La lengua me embarga
el sentimiento.....

Pablo. [*Volviendo á Jacinta que llora.*]
¡Qué llantos.....
Aunque me fuese á la Habana.....
Ea, adios..... No más.....

[*Yéndose.*]

Adios!

Isabel. [*Con amargura y llorando.*]
(Y á mí no me dice nada!)
Elias. ¡Don Pablo..... ¡Señor don Pablo...

Pablo. [*Volviendo.*]
¡Pobre Isabel..... Me olvidaba.....
Venga un abrazo.

[*La abraza.*]

Isabel. [*Estremecida de gozo.*]
(Ah Dios mio!)
Pablo. Case usted á esta muchacha,
don Froilan. Está tan triste.....
Adios. Cuídame á tu hermana.
Isabel. (¡Infeliz.....) Así lo haré.
Elias. Antes de romper la marcha.....

[*Viendo D. Pablo que D. Elias se dirige á él con los brazos abiertos, le estrecha en los suyos, y ruedan por tierra papel y tintero.*]

Pablo. Sí. Adios, adios, don Elías!
Elias. (En vez de firmar me abraza.....
Adios, tintero! El papel.....)
Jacinta. Pablo!
Pablo. Jacinta!

[*Le da el último abrazo, y vase corriendo.*]

Elias. [*Buscando la pluma despues de haber recogido el tintero.*]

¡Mal haya.....
¡Don Pablito..... Échale un galgo!
¡Don Pablo..... Ya ¿quién le alcanza?

[*Arroja enfadado el tintero.*]

ESCENA IX.

ISABEL. JACINTA. D. FROILAN. D. ELÍAS.

Jacinta. Vamos á verle marchar.....
Froilan. No. La gente..... Los caballos.....
Eh! ya no es tiempo..... Y los callos
que no me dejan andar.....
¿Y á qué repetir..... No, no.
Elias. (Ahí es un grano de anis!
Diez onzas!)
Jacinta. Vamos.....

[*Una música militar toca marcha á lo léjos.*]

Froilan. Oís?
Suena la marcha. Partió!
Jacinta. No podré vivir sin él!
Elias. ¡Libértale de un balazo,
Vírgen del Pilar!

Froilan. [*Da el brazo á Jacinta.*]
El brazo,
y á casa. Usted á Isabel.

[*D. Elías da el brazo á Isabel.*]

Elias. Con mucho gusto. (Qué bella!
Esto alivia mi dolor.
Á estar de mejor humor
hoy me declaraba á ella.)
Froilan. Qué hace usted tan pensativo?
Ande usted.
Jacinta. Qué desconsuelo!
Isabel. (Me ha dado un abrazo. Oh cielo!)
Elias. (No me ha firmado el recibo!)

ACTO SEGUNDO.

LA MUERTE.

Sala en la casa de D. Froilan. Á la derecha del actor la puerta que conduce á la de la escalera; á la izquierda otra que guia á las habitaciones interiores, y otra en el foro con vidriera y cortinas.

ESCENA I.

ISABEL.

[*Aparece sentada junto á un velador donde habrá varios periódicos, y acabando de leer uno.*]

Ni cartas confidenciales,
ni partes, ni conjeturas
siquiera..... Desde que entró
la brigada en Cataluña
no ha vuelto á saberse de ella.
Qué suerte será la suya?
No escribir en tantos dias
don Pablo..... Mortal angustia!
Habrán sido derrotados?
Alguna emboscada, alguna
sorpresa..... Pero muy pronto
las malas nuevas circulan.
Parciales y confidentes
tiene la rebelde turba
donde quiera, y cuando callan
es seguro que no triunfan.
Esta reflexion me vuelve
la esperanza. Sí, me anuncia
el corazon.....

ESCENA II.

ISABEL. D. FROILAN.

Froilan. Hola! ¡Cómo
te aplicas á la lectura
estos dias! ¿Tambien tú
te aficionas como muchas
á las cuestiones políticas
más que á la plancha y la aguja?
Isabel. Á todos nos interesa
saber quién vence en la lucha
funesta que nos divide.
Froilan. Eso ya no admite duda;
al fin cantarán victoria
don Cárlos y la cogulla.
Ya todo esfuerzo es inútil.
Nuestro mal no tiene cura.
La libertad es aquí
planta exótica, infecunda.
La sociedad se desquicia,
y la patria se derrumba.
Isabel. [*Entre dientes.*]
Si como tú se echan todos
en el surco.....
Froilan. Qué murmuras?
Yo soy un buen ciudadano;
yo siento que la fortuna
nos vuelva la espalda, y son
mis intenciones muy puras;
pero, en fin, estaba escrito
allá arriba, y es locura.....
Repasaré esos periódicos,
sin embargo. Ni disputas
políticas, ni noticias
busco en ellos: son absurdas
comunmente las primeras
y fatales las segundas;
pero en tanto que me sirven
el desayuno, me gusta
recrearme con un trozo
de amena literatura,
descifrar una charada,
reirme con una pulla.....
Así me distraigo un poco,
y las lágrimas se enjugan
que á mi corazon arrancan
las calamidades públicas.

[*Se iba con los papeles, y vuelve.*]

Ah! ¿Viene aquí alguna nueva
de nuestra marcial columna?
Isabel. Nada!
Froilan. Pues! lo que yo digo!
Pereció! Todo se frustra!
La falta de direccion.....
Alguna mano perjura
sin duda los hizo presa
de *Tristany* ó *Camas-Cruas*.
Qué dolor de juventud!
La flor de Cesaraugusta!....

[*Á D. Elias que entra.*]

Oh amigo! Soy con usted.—
Qué horror!—El almuerzo, Bruna.

ESCENA III.

ISABEL. D. ELÍAS.

Isabel. (Ay desgraciada! Su triste
presagio me hace temblar.)
Elías. (Yo la voy á declarar
mi amor..... y *laus tibi, Christe.*)
Para un asunto de urgencia,
que diré en lenguaje explícito;
concédame usted, si es lícito,
cuatro minutos de audiencia.
Yo la amo á usted. Más conciso
ningun amante sería,
y es que entra en mi economía
no hablar más de lo preciso.
En paz y en gracia de Dios
que hemos de vivir entiendo,
y no es maravilla, siendo
capitalistas los dos.
Mi caudal es la salud,
el dinero y la alegría,
y el de usted, señora mia,
la hermosura y la virtud.
(Paso en silencio su dote,
que es lo que más me acomoda.)
Ajustemos pues la boda,
y casémonos á escote.
Mucho vale el ser hermosa;
mi amor sea el testimonio;
pero un rico patrimonio
tambien vale alguna cosa.
No sé qué será peor
en este mundo embustero;
si hermosura sin dinero,
ó dinero sin amor;
mas siempre que á lo segundo
lo primero unido va,
allí la ventura está,
ó no hay ventura en el mundo.
Aunque en la ciudad se suena
que soy dado á la avaricia,
comer bien es mi delicia.....
(cuando cómo en casa ajena.)
Ello sí, como está en moda,
la economía cursé,
y á todo la aplicaré.....
ménos al pan de la boda.
Poco avaro en fin soy yo
cuando á casarme me allano.
Conque..... ¿acomoda mi mano?
Responda usted: sí, ó no.
Isabel. Aunque debo celebrar
con más risa que sorpresa
el sumo donaire de esa
declaracíon singular,
merece el que así me honró
igual franqueza de mí.
No puedo decir que sí.
Elías. Luego dice usted que no?
Cruel mujer!
Isabel. No. Sincera.
Elías. Tal desvío á mi pasion!
Ah! tiene usted corazon?
Isabel. Ojalá no lo tuviera!
Elías. Si no ha de ser para mí,
si otro hombre lo cautivó.....
Isabel. No puedo decir que nó.
Elías. Luego dice usted que sí?
Habrá fortuna más perra?
Habrá mujer más ingrata?
Si dice que nó, me mata;
si dice que sí, me entierra.
Isabel. ¡Ay, don Elías, que el cielo
con mayor mal me atormenta!
Ese nó que usted lamenta
fuera para mí un consuelo.
Elías. Cómo!....
Isabel. Basta ya, si es chanza.
Si habla usted de véras.....
Elías. Sí.
Oh!....
Isabel. Yo no tengo, ay de mí!
ni puedo dar esperanza.
Con harta pena lo digo.
Elías. Qué va á ser de mí, Isabel?
Isabel. Sea usted mi amigo fiel.—
Yo he menester un amigo.
Elías. Algo más quise alcanzar,
mas lo seré. (Y me conviene,
porque al fin y al cabo tiene
haciendas que administrar.)

ESCENA IV.

ISABEL. D. ELÍAS. JACINTA.

Jacinta. Oh, que está aquí don Elías!
Lo celebro mucho.
Elías. Siempre
á los piés de usted. Qué tal?
Hay noticias del ausente?
Jacinta. Ninguna. Nada se sabe;
ni hay cartas, ni los papeles
públicos me dan indicios
de si vive ó de si muere.
Elías. No es extraño que en la guerra
los correos se intercepten,
mas no tenga usted cuidado,
porque la faccion rebelde
ó no osará combatir
con nuestra tropa valiente,
ó pagará su osadía
muy cara.
Jacinta. Pero ¡tenerme
sin saber de él tanto tiempo!
Si es cierto que bien me quiere,
¿cómo no ha hallado camino
para hablarme de su suerte,
de su amor..... Su amor!.... Jacinta
ya tal vez no lo merece.
Quizá á los piés de otra dama

ha puesto ya sus laureles.

Isabel. No digas tal de don Pablo,
pues ningun motivo tienes
para dudar de su fe.

Jacinta. ¡Ah, que la ausencia es la muerte
del amor! Los hombres.....

Elias. Son
pérfidos, inconsecuentes.....
Hombres! Oh! yo no los quiero.....
Me gustan más las mujeres.

Un Ciego. [*Dentro gritando.*]

El suplimiento al *Patriota Aragones*, que acaba de salir ahora nuevo, con noticias interesantes.

Isabel. Qué grita ese ciego? Oigamos.....

Jacinta. Suplemento...

Isabel. (Ay Dios! Si fuese...)

El Ciego. Con la completa derrota de la faicion del Canónigo, por la colufna que salió de esta capital en su presecucion.

Isabel. Has oido?—Ah! don Elías.....

Jacinta. Qué gozo!

Isabel. Corra usted, vuele.....

Elias. El suplemento..... Sí..... Voy.....
(Es chasco que se me peguen
los cuartos.....) No tengo suelto.....

Isabel. Oh Dios mio!...

Jacinta. [*Dándole el ridículo, del cual saca cuartos D. Elías.*]
Aquí habrá.

Elias. Nueve...
diez..... Hay bastante.

Jacinta. Qué plomo!

Isabel. Vamos!

Elias. [*Yéndose.*]
(Si lo saco en siete.....)

ESCENA V.

JACINTA. ISABEL.

El Ciego. [*Dentro.*]

El suplimiento al *Patriota Aragones*, que ahora acaba de salir nuevo, con la derrota..... Quién llama?

Isabel. Ya los afanes cesaron.
Nuestros milicianos vencen.
Pronto á los dulces hogares
volverán..... ¡Ah cuán alegre
estoy!

Jacinta. Pablo de mi vida!
Vuelve á mis brazos. Oh! vuelve
la dicha á mi corazon.

ESCENA VI.

JACINTA. ISABEL. D. ELÍAS.

Elias. [*Con un impreso.*]
Victoria! Escuchen ustedes.

[*Lee.*] «La columna expedicionaria de Zaragoza ha dado un dia de gloria á la nacion. La gavilla del Canónigo ha sido batida, destrozada á las inmediaciones de Gandesa. Así lo afirma de oficio el alcalde constitucional de dicha villa, y se espera de un momento á otro el parte circunstanciado. Miéntras llega y lo publican las autoridades, no queremos retardar á nuestros lectores tan fausta noticia. Nuestros bizarros milicianos han rivalizado en pericia y valor con las beneméritas tropas que han tenido parte en la accion. Viva la libertad! Viva Isabel II!»

Isabel. Oh cielo, yo te bendigo!

Elias. Doy á usted mil parabienes,
Jacinta.

Jacinta. Y Pablo no escribe!

Isabel. Querrá tal vez sorprenderte.....

Elias. Aquí viene don Froilan.
Qué cara de *miserere!*

ESCENA VII.

ISABEL. JACINTA. D. ELÍAS. D. FROILAN.

Froilan. Todo el barrio se alborota;
los ciegos van dando gritos.....
Qué anuncian esos malditos?
Sin duda, alguna derrota.

Jacinta. Derrota: tienes razon.

Froilan. Lo veis? Oh dias aciagos!

Isabel. Mas quien llora sus estragos
es la enemiga faccion.

Froilan. Dirán que es suyo el reves,
mas yo temo que en el lance.....

Elias. Oh!.... Lea usted el alcance
del *Patriota Aragones.*

[*Le da el impreso, y lo lee para sí don Froilan.*]

Jacinta. En todo ve mal agüero.

Isabel. En nada encuentra placer.

Elias. Corneja debia ser
ese hombre, ó sepulturero.

Froilan. Es muy vaga la noticia.
Es atrasada la fecha.—
Si fué la faccion deshecha,
qué se hizo nuestra milicia?
En la guerra hay mil azares,

y, además, la exactitud
no siempre fué la virtud
de los partes militares.
Muchos planes y cautelas,
y alardes y movimientos,
y zanjas y campamentos,
y curvas y paralelas.
Mucho de causar zozobras
á las fuerzas enemigas;
de encarecer las fatigas,
de describir las maniobras.
Mucha recomendacion;
mucho de Roma y Numancia;
y ¿qué nos dice en sustancia
el jefe de division?
Que anduvimos cuatro leguas;
que el faccioso echó á correr
dejando en nuestro poder
una mochila y dos yeguas;
que allí hubieran muerto muchos
de la gavilla perjura
á no ser la noche oscura
y á no faltar los cartuchos;
que el cabecilla vasallo
huyó á tiempo de la quema,
y se salvó..... por la extrema
ligereza del caballo;
que por falta de refuerzo
deja el campo de batalla
y va á esperar la vitualla
á Villafranca del Bierzo;
que envien francas de portes
diez cruces de San Fernando;
y concluye suplicando
al Ministro y á las Córtes
que sin exigir recibo
le traigan los maragatos
seis mil pares de zapatos
y un millon en efectivo.

Jacinta. Jefes hay que en tu pintura
su historia acaso verán,
pero no todos, Froilan,
merecen esa censura.

Isabel. Ver siempre males eternos
es fatal filosofía.

Elías. Se previene por si un dia
va á parar á los infiernos.

ESCENA VIII.

ISABEL. JACINTA. D. ELÍAS. D. FROILAN. RAMON.

Ramon. Esta carta para usted.

[*Da una carta á Jacinta.*]

Jacinta. Es letra de don Matías!
Y don Pablo?... No hay más cartas?

Ramon. No hay más que esa, señorita.

ESCENA IX.

JACINTA. ISABEL. D. FROILAN. D. ELÍAS.

Isabel. No escribir don Pablo! (Oh Dios!)

Froilan. Eso me da mala espina.

Jacinta. Qué ingratitud!

Elías. Abra usted
pronto esa carta, Jacinta,
y saldremos de inquietudes,
y ahorraremos profecías.

Jacinta. [*Abre la carta y lee.*]

«En el mismo campo de batalla, cubierto de cadáveres enemigos, me apresuro á participar á usted la victoria de nuestras armas. Los restos de la faccion huyen dispersos y aterrados, y una parte de la columna los persigue y acosa en todas direcciones. Yo tambien parto ahora en su seguimiento. La pérdida del enemigo es grave; la nuestra muy corta: cuatro soldados muertos y unos veinte heridos, todos de tropa.....»

Isabel. (Ah! Respiro.)

Elías. [*Á D. Froilan.*] Lo ve usted?

Froilan. Déjela usted que prosiga
leyendo, y harto será
que alguna mala noticia.....

Jacinta. Lo demas son cumplimientos,
memorias, galanterías.....
Es tan fino aquel muchacho!
En el campo, entre las filas,
rendido acaso del hambre,
de la sed, de la fatiga,
me escribe tan obsequioso;
y al que en la amarga partida
me juró constancia eterna
¡no le merezco dos líneas!
Así son todos los hombres.
Necia la que en ellos fia!

Isabel. No habrá podido escribir.

Elías. Muchas cartas se extravian.....

Froilan. Mi corazon es leal.
No en vano me lo decia.
Don Pablo es un aturdido.
Engolfado en la milicia,
ya no se acuerda de ti.

Isabel. (No tuviera yo esa dicha!)

Froilan. Alguna linda patrona
en sus brazos le cautiva.

Isabel. (Ay, eso no!)

Jacinta. ¡Quién creyera
que su amor fuese mentira!

Una Ciega. [*Dentro.*]

El supimiento al *Boletin Oficial.*
El supimiento estraudinario.

Isabel. Habeis oido? Otro parte
sin duda.....
Elías. Será la misma
relacion.....
Jacinta. Manda á comprarlo,
Froilan.
Froilan. Alguna engañifa.....

ESCENA X.

ISABEL. JACINTA. D. ELÍAS. D. FROILAN.
RAMON.

Ramon. Aquí está el impreso.
Elías. Venga.
Ramon. Parece que se confirma.....
Froilan. Bien está, sí. Ya sabemos
leer. Vete á la cocina.

ESCENA XI.

ISABEL. JACINTA. D. ELÍAS. D. FROILAN.

Elías. [*Lee.*] «Capitanía general de Aragon. Hago saber al público para su satisfaccion que los rebeldes han sido en efecto batidos completamente entre Mora y Gandesa por la valerosa columna de milicianos y tropa que salió últimamente de esta capital. Miéntras se imprime y publica el parte circunstanciado, me complazco en asegurar á este heroico vecindario que nuestra pérdida sólo ha consistido en seis hombres muertos, entre ellos un oficial, y diez y ocho heridos, ascendiendo la del enemigo á ciento veinte de los primeros, sobre trescientos de los segundos, y más de quinientos prisioneros. Zaragoza, &c.»

Isabel. Ah! ¿Quién será ese oficial
muerto? ¿Será por desdicha.....
don Pablo?
Froilan. Pues! Si lo dije!
Jacinta. ¡Jesus, qué fatal manía
de presagiar infortunios!
Elías. Si alguno de la Milicia
hubiera muerto en la accion,
en su carta lo diria
don Matías.
Jacinta. Cierto. Esa
reflexion me tranquiliza.
Froilan. Áun seguian nuestras tropas
á las huestes fugitivas
cuando se escribió la carta;
esto y el no haber noticias
de don Pablo hacen temer
que alguna bala homicida
abrevió ¡desventurado!
la carrera de sus dias.
Isabel. Ah! Fundado es su temor!
Jacinta. Que lo tema y no lo diga.
Parece que se deleita
en afligir.....
Elías. ¿Y no habia
más oficiales allí?
¿Qué razon nos autoriza
á suponer que entre tantos
tocó á don Pablo la china?
Otro pudo ser el muerto;
quizá el mismo que escribia
tan gozoso.....
Jacinta. Oh! sí. ¿Quién sabe...
Dice en su carta que él iba
á marchar segunda vez
contra la fuerza enemiga.
Froilan. Pues bien, el uno ó el otro,
ya no hay duda, han sido víctimas.
Tal vez entrambos! Oh guerra!
guerra infausta, fratricida!
pobres muchachos!.... En fin,
estaba escrito allá arriba!
No han de dar vida á los muertos
nuestras lágrimas tardías.
Yo me voy á mis negocios.
Esas cosas me contristan
sobremanera. De hoy más
nadie me hable de política.
Soy sensible.....
[*Á Jacinta é Isabel.*]
Eh! no lloreis.....
Dios guarde á usted, don Elías.

ESCENA XII.

ISABEL. JACINTA. D. ELÍAS.

Elías. Maldita sea tu estampa,
y otra vez sea maldita.
¿Por qué no lleva á una gruta
su negra misantropía?
Malo está ese hombre. Yo creo
que padece de ictericia.
Jacinta. (Mi Pablo! ¿Será posible.....
La prenda del alma mia!....
Ah qué amargura! Y el otro.....
El amable don Matías.....
Lástima fuera por cierto.....)
Elías. (Y ello...., si bien se examina.....
no es temerario el pronóstico.
Lo cierto es que los carlistas
no tiran con algodon.
Broma pesada sería
haberse muerto don Pablo
dejándome á mí *per istam*
sin cobrar aquella cuenta,
y en circunstancias tan críticas!)

Isabel. (Saber la verdad anhelo....,
y tiemblo de descubrirla.)
Jacinta. (¡Tan bizarros y morir
en lo mejor de su vida!)
Elías. (Diez onzas me debe el uno,
y el otro sólo una fina
amistad. Si el uno de ellos
espiró, Vírgen Santísima,
que sea el vivo don Pablo
y el difunto don Matías!)
Isabel. (No quiero que nadie muera;
quiero que don Pablo viva,
aunque otra mujer le goce....,
y yo me muera de envidia!)
Matías. [*Dentro.*]
Dónde están?
Jacinta. [*Corriendo á recibirle.*]
Esa voz.....
Isabel. [*Lo mismo, y tambien D. Elías.*]
¿Qué oigo!
Elías. Amigo!
Isabel. Cielos!
Matías. [*Entrando.*] Jacinta!

ESCENA XIII.

ISABEL. JACINTA. D. ELÍAS. D. MATÍAS.

Jacinta. Bien venido el vencedor!
Isabel. Y don Pablo?
Jacinta. Cuánto polvo!
Matías. Apénas hace una hora
que llegué.....
Isabel. Pero.....
Elías. Usted solo...
Matías. Solo. Yo he traido el parte
de nuestro triunfo glorioso.
En casa del general
me han tenido hasta hace poco;
he abrazado á mi familia,
y sin quitarme este lodo
vengo á saludar á ustedes.
Jacinta. ¿Y sabes que viene gordo,
Isabel?—Pero don Pablo.....
Isabel. Ah! Qué es de él? Vive?
Matías. El destrozo
del enemigo fué grande,
pero los humanos gozos
¡cuán rara vez son completos!
Jacinta. Cómo!
Isabel. Acabe usted!
Matías. El rostro
de la fortuna no siempre
sonríe al valor heroico.
Jacinta. ¿Será posible.....
Isabel. Ah! Murió!
Jacinta. ¡Cumplióse el fatal pronóstico
de Froilan!
Matías. Siento afligir
á ustedes. Su ciego arrojo.....
Isabel. Ay dolor! Ay desventura!

[*Se deja caer en una silla y llora amargamente.*]

Elías. (Mi dinero!) Pobre mozo!....
Jacinta. Bien mi corazon temia.....
Matías. Justo es, Jacinta, ese lloro,
mas si la flor de su vida
cortó el enemigo plomo,
al ménos murió vengado,
y en los siglos más remotos
vivirá inmortal su nombre.
Isabel. Dios mio! Salvarse todos,
y él sólo morir!
Jacinta. Mi Pablo!
Matías. Persiguiendo á los facciosos
con más valor que cautela.....
Isabel. Y nadie le dió socorro?
Matías. ¿Y quién detiene una bala,
Isabel? Ciego de encono
contra la armada faccion,
se desvió de nosotros
demasiado cuando ya
la columna, despues de ocho
ó diez horas de pelea,
necesitando reposo,
se acantonaba triunfante
en los pueblos del contorno.
Jacinta. Ah! Quién se lo hubiera dicho?
Infeliz!
Elías. (Diez onzas de oro!)
Isabel. ¡Y abandonado en el monte
será presa de los lobos
su cadáver insepulto!
Y ¿quién sabe si esos monstruos
ceban la impotente saña
en sus sangrientos despojos!
Ah!

[*Queda abismada en su dolor.*]

Elías. Qué horror!.... ¿Murió don Pablo
sin reconocer.....
Matías. Supongo.....
Elías. (Ah! ¿de quién reclamo... Ese hombre
estaba dado al demonio.
¿Á quién le ocurre morirse
sin arreglar sus negocios?)

[*Se sienta en otra silla junto á Isabel, y de cuando en cuando le dirige la palabra como para consolarla.*]

Matías. Tambien yo corrí peligro
de quedar allí.
Jacinta. [*Con interes.*] Pues ¿cómo.....
Matías. Me pasó el chacó una bala,
y otra me alcanzó en el hombro.
Jacinta. Cielos! Fué grave la herida?
Matías. No; me lastimó muy poco.
Venía cansada.—Y siento
no haber caido redondo

en el campo de batalla.
Jacinta. No diga usted despropósitos.
Matías. Más vale morir amado
que pasar el purgatorio
en vida siendo el objeto
del menosprecio, del odio
de una ingrata.
Jacinta. ¿Y es posible
que cuando lloran mis ojos
la desgracia de don Pablo
usted me hable de ese modo?
Matías. Ah! si el muerto fuese yo,
no bañara usted su rostro
en lágrimas de amargura.
Jacinta. Por qué no? ¿Soy algun tronco
insensible?
Matías. Usted me dijo....;
burla fué; bien lo conozco,
que me amaria á no estar
comprometida con otro.
Jacinta. Y crea usted..... Pero ¡ay Dios!
dejemos este coloquio.
Necesito desahogar
mi corazon en sollozos.
No debo pensar ahora
sino en mi Pablo. Áun le oigo
decirme el último adios
tan tierno, tan amoroso.....
¡Y eterna fidelidad
le juré yo! Si de pronto
aquí se alzara su sombra,
cuál sería mi sonrojo!
Matías. No. Don Pablo desde el cielo
aprueba nuestro consorcio.
¿Sabe usted lo que me dijo.....
(apelemos al embrollo)
cuando rompimos el fuego
contra el rebelde Canónigo?
«Tú eres mi mejor amigo,
Matías. Si cierro el ojo,
á ti dejo encomendada
mi Jacinta. Sé su esposo,
y el Ser Supremo bendiga
vuestro casto matrimonio.»
Jacinta. Eso dijo?
Matías. Ah, sí, señora,
y lo dijo con un tono
de solemnidad profética
que llenó mi alma de asombro.
Jacinta. Pobrecillo! Ay Dios! Ahora
con más motivo le lloro.
Matías. Yo tambien lloro y me aflijo,
y más cuando reflexiono,
Jacinta, que no merezco
heredar tanto tesoro.
Jacinta. Merecerlo,.... ah!.... sí.
Matías. De véras?
Esa palabra es el colmo
de mi gloria.
Jacinta. Yo ¿qué he dicho?
Por ahora nada respondo.
La memoria de don Pablo
es un cordel, es un tósigo
que me mata. Si algun dia
la paz del alma recobro.....
Matías. Bien mio!
Jacinta. [*Bajando la voz.*]
Ah! váyase usted,
que no estamos entre sordos.
Matías. (Dice bien.)
Jacinta. Usted vendrá
fatigado, y es forzoso
descansar.

[*Siguen hablando aparte.*]

Elías. [*Se levanta.*] (No me responde.
Veo que en vano la exhorto
á consolarse..... Y á mí
¿quién me consuela? Hoy no cómo
de pena...., aunque esto no entraba
en mis planes económicos.
Vámonos de aquí.) Señora.....
Matías. Si viene usted hácia el Coso,
vamos juntos. Señoritas.....

[*Bajo á Jacinta.*]

No olvide usted que la adoro.—
Hasta luégo.
Jacinta. Adios, señores.
Elías. (Otra vez yo ataré corto
al que me pida dinero.
Sin recibo..... y testimonio
de no morir insolvente,
no vuelvo á prestar al prójimo.)

ESCENA XIV.

ISABEL. JACINTA.

Jacinta. Tú, Isabel, llorando así!
Me admira tu amargo duelo.
¿Habrá de darte consuelo
quien lo esperaba de ti?
Isabel. [*Se levanta.*]
Viendo en mi frente la pena
dices que admirada estás.....
Yo debo admirarme más
de ver la tuya serena.
Jacinta. ¡Ah, que es mucha mi afliccion
aunque ves mi rostro enjuto!
Isabel. Cuando en el rostro no hay luto
no hay pena en el corazon.
Jacinta. Sabe el cielo.....
Isabel. Sabe el cielo
que en alma capaz de amor
no es verdadero dolor
dolor que pide consuelo.
No hipócrita al cielo implores.
Áun el cuerpo no está frio
del que te dió su albedrío
y de otro escuchas amores!
Jacinta. Siempre me amó don Matías,

y aunque en tan mala ocasion
me recuerda su pasion,
yo no sé hacer groserías.
No es culpa mia, Isabel,
que ese muchacho me quiera;
ni porque Pablo se muera
he de enterrarme con él.
Yo le amé miéntras vivió.
Si el cielo cortó sus dias,
y no ha muerto don Matías,
puedo remediarlo yo?
No es decir que esté dispuesta
á admitir amante nuevo,
aunque en justicia no debo
darle una mala respuesta.
Don Pablo, que era su amigo,
le dijo que si él moria
y yo en ello consentia,
se desposase conmigo.
Harto en mi dolor demuestro
cuán de véras he sentido
que se haya, ¡ay de mí! cumplido
aquel presagio siniestro;
mas yo ahora te pregunto:
si al otro llego á querer,
¿hago más que obedecer
la voluntad del difunto?

Isabel. Su voluntad? Impostura!
Maldad! Quien de véras ama
con el amor que le inflama
desciende á la sepultura.
Si el pago que tú le das
sabido hubiera al morir,
pudiérate maldecir,
pero ¿olvidarte? Jamás!
Así tu lengua le infama!
¿Qué amante, si de este nombre
es merecedor, á otro hombre
deja en herencia su dama?
No, que es la dulce mitad
de su alma, y en la agonía
tras sí llevarla querria
á la inmensa eternidad.

Jacinta. Tanta exaltacion me asombra
y tan extraña amargura.
¿Le amabas tú por ventura,
que así defiendes su sombra?

Isabel. Le amaba..... Qué digo? Le amo,
le idolatro todavía,
y él solo me arrancaria
las lágrimas que derramo.
Él ignoró mi tormento,—
triste ley de la mujer!—
y ni áun pude merecer
cortés agradecimiento.
Ahora sin rubor quebranto
del silencio la cadena;
¡ahora que la dicha ajena
no turbaré con mi llanto!
Ya no temo adversa suerte,
ni rivales, ni baldon.
Sagrada es ya mi pasion.
La divinizó la muerte!

Jacinta. Tú le amabas, Isabel?
Absorta me dejas.

Isabel. Cielos!
Sin esperanza...., con celos.....
Hay suplicio más cruel?
Y otra vez lo sufriria,
aunque penando muriera,
porque á la vida volviera
el dueño del alma mia.
Yo infeliz no borraré
su imágen de mi memoria;
y tú que fuiste su gloria
¡le guardas tan poca fe!

Jacinta. Deja ya reconvenciones.
No porque celos te di
te quieras vengar de mí
con importunos sermones.

Isabel. Jacinta!

Jacinta. Calla por Dios!
Amar sin consuelo es duro;
mas tambien es fuerte apuro
el verse amada por dos.
Mujeres hay, más de diez,
que á dos suelen contentar;
pero yo no puedo amar
más que uno sólo á la vez.
Pues basta con un esposo,
querer á dos es punible;
pero mi pecho es sensible.....
y no puede estar ocioso.
Iguales galanterías
debí á los dos de que hablo,
mas miéntras vivió don Pablo
no quise yo á don Matías.
¿Y no será un desacierto,
si ahora de amarle me privo,
matar sin piedad al vivo
porque no se ofenda el muerto?
Su especial filosofía
cada cual tiene en secreto,
y pues la tuya respeto,
déjame en paz con la mia.

ESCENA XV.

ISABEL.

¡Alma á quien el alma di,
si á las dos nos escuchaste,
mira á qué mujer amaste!
Júzgala y júzgame á mí!

ACTO TERCERO.

EL ENTIERRO.

Plazuela con fachada y puerta de iglesia en el foro. Entre las casas hay una cuyo portal está abierto y alumbrado. En frente de dicha casa hay una barbería.

ESCENA I.

D. FROILAN. D. ELÍAS. JACINTA. D. MATÍAS.

[*D. Matías viene delante con Jacinta de bracero; los cuatro se dirigen al portal abierto. Todos con abrigos.*]

Matías. Mucho sufriré esta noche,
Jacinta.
Jacinta. Por qué lo dices?
Matías. Porque estás bella en extremo,
y vendrán de quince en quince
á colmarte de lisonjas
los que conmigo compiten.
Jacinta. ¿Qué importa, si solo á ti
el alma mia se rinde?
Matías. Oh dicha! Sólo te ruego
que no bailes con el títere
de Ferminito.
Jacinta. Contigo
sólo, mi bien.
Matías. ¡Qué felices
seremos cuando el enlace
suspirado.....

[*Sigue hablando en voz baja con Jacinta.—Los cuatro se han parado junto á la puerta.*]

Froilan. [*Á D. Elías.*] ¿Usted no asiste
al baile?
Elías. Tengo un asunto.....
Froilan. Pues yo tambien pienso irme
á la ópera y volver;
porque los bailes me embisten,
áun siendo de confianza
como este.
Elías. Á tales convites
soy yo poco aficionado.
Si además de los violines
hubiese cena..... Lo digo
por la broma y por los bríndis.
Jacinta. Qué hacemos aquí? No subes?
Froilan. Vamos.

[*Entran en la casa.*]

Elías. Ea, divertirse.

ESCENA II.

D. ELÍAS.

Hora es de entrar en la iglesia,
y aunque un funeral es triste
funcion, Isabel la paga,
y basta que ella me fie
sus secretos y yo sea
su amigo y correvedile,
para acompañarla pio
hasta el postrer *parce mihi*.

[*Las campanas tocan á muerto.*]

Esa fúnebre campana
me recuerda, ay infelice!
mis diez medallas difuntas;
y á fe que no se redimen
las ánimas de esa especie
con responsos ni con kýries.
¿Y habré de rezar al muerto
despues que fué tan caribe
que se llevó al otro mundo
mis pobres maravedises?
Si al ménos, en justo premio
de un esfuerzo tan sublime,
ya que Isabel no me dé
su mano y su dote pingüe,
me confiriese el empleo
de su curador *ad litem*.....
Pero en el templo me espera.
Vamos..... Ah qué bella efigie!
Lástima de criatura!
Por un muerto se desvive,
cuando suspira por ella
un vivo de mi calibre!

[*Al entrar D. Elías en la iglesia llegan hablando D. Antonio y sus amigos. Óyese otra vez la campana.*]

ESCENA III.

D. ANTONIO. D. LUPERCIO. D. MARIANO.
EL BARBERO.

Antonio. La noche no está muy fria.
No entremos, que áun es temprano.

Luperc. Dónde encenderé este habano?
Mariano. Ahí está la barbería.
Luperc. Dices bien.

[*Á la puerta, y sale el Barbero.*]

Ave María!
Podré encender este puro?
Barbero. Señor don Lupercio Muro!
Ya sabe usted que en mi casa.....

[*Entra, y vuelve á salir al momento con la luz; enciende en ella su cigarro D. Lupercio, y se la vuelve.*]

Dame esa luz, Nicolasa.—
Va usted de baile? Seguro.
Luperc. Sí; subiremos despues.
Barbero. Cuidadito, que el demonio.....
Hola! ahí está don Antonio.....
y don Mariano..... (Qué tres!)
Ofrezco á ustedes cortés
la justa hospitalidad,
la cena, la facultad,
conversacion, la guitarra.....

Antonio. [*En voz baja á sus amigos.*]

No, que el oido desgarra.—
Gracias, maestro.—Escuchad.

[*Saludan al Barbero, y se pasean por la plazuela conversando en voz baja.*]

Barbero. Yo celebro que en la plaza
prefieran pasar el rato,
porque entre ese triunvirato
no podria meter baza.
Tienen lenguas de mostaza;
sobre todo, el cocodrilo
de don Antonio. ¿Hay asilo
que de su pico defienda
la honra? No hay en mi tienda
navaja de tanto filo.
Que hable y murmure un barbero,
eso es moneda corriente,
pero ¡ser tan maldiciente
un ilustre caballero!
Ya se ve, el ocio, el dinero.....

[*Se oye la música del baile.*]

Hola! El violin se hace rajas,
y entre tanto las barajas.....
Qué inmoralidad! qué vicio!....
Mas cada cual á su oficio.
Afilemos las navajas.

[*Al entrarse el Barbero en su tienda aparece embozado D. Pablo.*]

ESCENA IV.

D. ANTONIO. D. LUPERCIO. D. MARIANO.
EL BARBERO. D. PABLO.

Pablo. Por aquí atajo camino.
Tiro despues á la izquierda.....
Oh Jacinta! ¡Cuál va á ser
tu alegría, tu sorpresa.....
Quizá no haya recibido
mis cartas; quizá me tenga
por muerto. De todas suertes
es imposible que sepa
mi llegada. Entrar de incógnito
ha sido feliz idea,
y apearme en un meson.—
Ántes que llegue á su puerta
quiero besar otra vez
su adorada imágen bella.

[*Saca el retrato y lo besa.*]

Bien mio!, ¿serán iguales
tu hermosura y tu firmeza?
Ah! no lo dudo. Volemos.....

[*La música no ha cesado. Las campanas vuelven á sonar.*]

Mas ¿qué campanas son esas?
Tocan á muerto! Con malos
auspicios vuelvo á mi tierra.
No he temido en la campaña
á balas ni bayonetas,
y sin poder remediarlo
esas campanas me aterran.
¡Por cierto que es miserable
la humana naturaleza!—
Á muerto, sí! En ese templo
están celebrando exequias.....
¿Si entraré..... Mejor será
preguntar en esta tienda.
Deogracias!
Barbero. [*Saliendo.*] Adelante.
La navaja está dispuesta.
Éntre usted. Le afeitaré
con primor y ligereza.
Pablo. No lo necesito. Gracias.
Parece que en esa iglesia
hay entierro. ¿Sabe usted
quién es....; digo mal, quién era
el muerto?
Barbero. Don Pablo Yagüe.
Pablo. (Demonio!) Habla usted de véras?
Barbero. Lo que oye usted; sí, don Pablo,
natural de Cariñena,
vecino de Zaragoza,
hacendado, hombre de letras,
de estado soltero, edad
como de ventiocho á treinta,
oficial movilizado,
buen mozo, *et cætera, et cætera.*
Pablo. (Peregrina es la aventura;
y el hombre da tales señas.....
Lo más singular del caso
es el ser yo á quien lo cuenta.)
Barbero. Ya nadie ignora su muerte,
ni áun los niños de la escuela.
Pablo. (Bravo! Puede ser que yo
me haya muerto y no lo sepa.)
Barbero. Parece que usted se aflige
al oir tan triste nueva.

Pablo. Todas las malas noticias
que oiga yo sean como esa.

Barbero. ¿Qué dice usted! ¿Conque un muerto...

Pablo. Dios le dé la gloria eterna,
pero yo llorara más
la muerte de otro cualquiera.

Barbero. Hombre! Por qué?

Pablo. Yo me entiendo.
Ha muerto aquí?

Barbero. No. En la guerra.
En la gloriosa jornada
de los campos de Gandesa.
Murió como un Alejandro
despues de hacer mil proezas.
Cargó él solo á un batallon
y le quitó la bandera.

Pablo. Cáspita!

Barbero. Treinta facciosos
le atacan; y él ¿qué hace? Cierra
con todos, y á veinticuatro
deja tendidos.

Pablo. Aprieta!

Barbero. Al fin sucumbió. Qué lástima!
¡Un mozo de tantas prendas.....

Pablo. Ah! Le conocia usted?

Barbero. No, señor; y es que, á la cuenta,
se afeitaba solo. Pero
todo el mundo le celebra.....

Pablo. Despues de muerto! Verdad?

[*Vuelve á oirse el son de las campanas sin cesar el de la música.*]

Barbero. Yo le diré á usted.....

[*Los tres paseantes se paran en corrillo cerca de la barbería.*]

Luperc. Áun suenan
las campanas. Pobre Pablo!
Su muerte me causa pena.

Barbero. Justamente esos señores
hablan del muerto.

Pablo. Quisiera
escuchar.....

Barbero. Pues éntre usted
en el corro; con franqueza.
Son parroquianos y amigos.

Pablo. No quiero yo que me vean.

Barbero. Por qué?

Pablo. Tengo mis razones.

Barbero. Si no mienten mis sospechas
usté es pariente del muerto.

Pablo. Algo hay de eso; sí.

Barbero. Por fuerza.
(Cuando vi que se alegraba
de oir el *réquiem æternam*,
dije para mí al momento:
este es de la parentela.)

Pablo. Y allí hay música.

Barbero. Es un baile.

Pablo. Este es el mundo!

Mariano. Mi lengua
siempre elogiará á don Pablo.

[*D. Pablo aplica el oido sin desembozarse.*]

Antonio. Qué talento aquel!

Luperc. Qué amena
conversacion!

Mariano. Qué donaire!

Barbero. Lo oye usted?

Pablo. Sí.

Antonio. ¡Qué nobleza
de sentimientos!

Luperc. Su bolsa
para todo el mundo abierta.....

Pablo. Esos que ahora le alaban
le quitaban la pelleja
cuando vivo: yo lo sé.
¡Maestro, al que está en la huesa
nadie le envidia!

[*Cesa la música.*]

Barbero. En efecto,
siempre oigo decir lindezas
de todos los que se mueren.

Antonio. Dices bien. No lo creyera
de don Matías. ¡Qué accion
tan indigna! qué bajeza!
Solicitar á Jacinta.....

Pablo. (Qué oigo!)

Antonio. ¡Habiendo sido prenda
de su amigo y camarada!

Pablo. (Ah traidor amigo!—Y ella.....
Oh! no; no es posible.... Oigamos....
¡Ahora que más me interesa
oirlos, bajan la voz!)

[*D. Froilan sale de la casa del baile, atraviesa el teatro, y al emparejar con los del corrillo le reconoce D. Antonio.*]

Luperc. No vi ingratitud más negra.

ESCENA V.

D. PABLO. D. ANTONIO. D. LUPERCIO. DON MARIANO. EL BARBERO. D. FROILAN.

Antonio. Don Froilan! Adónde bueno?
Ya deja usté el baile?

Froilan. Es fiesta
que me fastidia y me apesta.....
Prefiero estarme al sereno.
Diversion es el bailar,
expuesta á mil contingencias.
Sus fatales consecuencias
he visto á muchos llorar.
Ya pincha como lanceta
el alfiler de un justillo;
ya se disloca un tobillo
al hacer una pirueta;
ya, por estar ajustado,

se revienta el pantalon;
ya encaja mal el balcon,
y entra un dolor de costado.
El ruido, la baraunda
le vuelven á un hombre loco.....
Y no es difícil tampoco
que se abra el piso y nos hunda.

Luperc. [*Bajo á D. Mariano.*]
Todo es triste para él.
Antonio. Y las hermanitas bellas?
Allí estarán.
Froilan. Sí, una de ellas.
Pablo. (Cielos!.... Oh! será Isabel.)
Antonio. Una..... Cuál? Jacinta?
Froilan. Sí.
Pablo. (Ah!....)
Mariano. Cómo no están las dos?
Pablo. (¡Ella baila, justo Dios,
y están doblando por mí!)
Froilan. Baile la otra? Ni el nombre
sufriria. Es tan adusta.....

Barbero. [*En voz baja á D. Pablo. Ambos se mantienen á la puerta de la tienda algo distantes de los demas.*]
Pues mire usté, á mí me gusta.....
Pablo. Silencio!
Barbero. (Quién será este hombre?)
Antonio. ¿Y es siempre á Jacinta fiel
el insigne don Matías?
Froilan. Tierno está como un Macías.
Antonio. Y ella?
Froilan. Se muere por él.
Pablo. (Eso más! Pérfida!.... ingratos!....)
Luperc. Boda habrá.
Froilan. No la ha de haber?
Mañana al anochecer
se celebran los contratos.
Pablo. (*Muérete, y verás...!* Ah perra!)
Antonio. Pero, amigo, usted confiese
que es infamia..... ¡Si lo viese
el que está pudriendo tierra!
Froilan. Sin razon se quejaria,
porque ¿qué mal hay en esto?
Nada. Á rey muerto, rey puesto.
Lo demas es bobería.

[*Suena otra vez la campana.*]

Pablo. (Habrá pícaro!)
Froilan. Qué diablo!....
Me aturde ese campaneo.
Es sermon, ó jubileo?
Mariano. No. Las honras de don Pablo.
Antonio. Pues, qué! usted no lo sabía?
Froilan. Qué he de saber? No por cierto.
Luperc. Pues ya. Sabiendo que el muerto
es don Pablo, asistiria.....
Froilan. No tal. Tengo mil asuntos.....
Es muy triste un ataud.....
No poseo la virtud
de resucitar difuntos.
Pablo. (Bribon! Aunque tú no quieras,
resucitaré, y tres más;
y mañana sentirás
que no haya muerto de véras.)
Froilan. Ya al solemne funeral
el domingo asistí yo
que por su alma celebró
la Milicia Nacional.
Dos entierros! Qué boato!
Tanto valia su nombre?
¡Dos entierros para un hombre
que falleció *ab intestato!*
Barbero. Qué tio!

Pablo. [*Haciéndole callar.*]
Por Dios, maestro!....
Froilan. Y es todo en vano. Yo sé
que al otro mundo se fué
sin rezar un *Padre nuestro.*
Él buscó su muerte, sí,
y por eso no me aflige.
Yo su horóscopo le dije
y no hizo caso de mí.
Antonio. Pero, hombre...
Froilan. Las ocho... Áun llego
al acto segundo. Estoy
convidado..... Ea, me voy
á la ópera. Hasta luégo.

ESCENA VI.

D. PABLO. D. ANTONIO. D. LUPERCIO. DON MARIANO. EL BARBERO.

Mariano. Qué entrañas tiene!
Antonio. Es nefando.
Luperc. Y predica como un fraile!
Antonio. Basta. Vámonos al baile?
Luperc. Sí, sí. Ya estarán tallando.

[*Se entran en la casa del baile. Don Pablo se queda pensativo.*]

ESCENA VII.

D. PABLO. EL BARBERO.

Barbero. ¿Sabe usted que el don Froilan
es hombre de mala estofa?
El egoista agorero
le llaman en Zaragoza.
¡Miren qué disculpas da
para faltar á las honras
del que iba á ser su cuñado!
Y eso que, segun me informan,
le hizo el muerto mil favores.
Pues ¡digo, tambien la otra,
que al son del *luceat ei*
bailando está la gabota,
y con el pérfido amigo
concierta alegre la boda!

Y luégo si uno murmura
dirán..... (Pero no se toma
la molestia de escucharme.
Extravagante persona
es este *quidam*.)

Pablo. (Estoy
por subir, y á esa traidora.....
Pero más que ella me irrita
su hermano. ¡Pues no hace mofa
de mi muerte! Á bien que pronto
se convertirá en congojas
y lamentos el sarcasmo
con que á los muertos baldona.
Aquí le traigo yo un *récipe*
que no ha de tomarlo á broma.—
Pero el castigo, aunque duro,
no satisface mi cólera.
Yo quisiera otra venganza
más directa; mia sola.....
Ah! Qué idea tan feliz!
Mi escribano Ambrosio Mora
vive al volver esa esquina;
don Froilan está en la ópera....
Voy volando.....) Abur, maestro.

Barbero. Felices noches. (Ahora
se va y me deja en ayunas.....)

Pablo. ¿Oyó usted á aquella boca
excomulgada insultar
al que está bajo la losa?

Barbero. Sí; ¡el tal don Froilan...

Pablo. Pues luégo
cantará la palinodia.

Barbero. De véras? Diga usted. ¿Cómo.....

Pablo. Es un secreto.

Barbero. No importa.
Vamos...., yo no lo diré.....

Pablo. Sino á toda la parroquia.

Barbero. No tal. Yo soy.....

Pablo. Excelente
barbero.

Barbero. Usted me sonroja;
mas.....

Pablo. Cuente usted con mi barba
si me quedo en Zaragoza.

ESCENA VIII.

EL BARBERO.

¡Por el alma de Júdas.....
Ahora le prenderia, á ser alcalde.
Yo quiero su secreto, no su barba,
y por salir de dudas
consintiera en rapársela de balde.
Señor! ¿Qué extraño ente
es este, que una sola *Ave, María*
no reza por el alma de un pariente,
y luégo si otra lengua
á escarnecer se atreve su ceniza
cual si oyera á Luzbel se escandaliza?
Calla su nombre, oculta su semblante....,
si hablan del muerto, aplica las orejas....,
y las cierra á la fúnebre salmodia!
Y ¿qué le importa, en fin, que el otro cante
ó deje de cantar la palinodia?
Ello, el asunto es serio.
Un embozado, un muerto, un maldiciente.....
Si aclarar no consigo este misterio
¿qué me dirá despues el parroquiano?
¿Qué valdrán mi facundia y mi prosodia
si no puedo nombrar á ese fulano
ni acierto á definir la palinodia?

ESCENA IX.

EL BARBERO. D. ELÍAS.

Elías. (Hermosa criatura! Con el llanto,
que á otras afea tanto,
se aumenta de su rostro peregrino
el seductor encanto.

Por no ofender á Dios salgo del templo.
¡Oh ciegos pecadores,
de mi austera virtud tomad ejemplo!
Otro en el dulce error se obstinaria,
mas yo ni áun en la senda del pecado
abandono la sábia economía.
Ya que es pecar sin fruto
el adorar las dotes...., y la dote!
de ese hermoso portento,
pongamos al amor veto absoluto,
y demos otro giro al pensamiento.
Diez onzas..... Ay! cabales
tres mil doscientos reales.
(Fatal recuerdo! El corazon le odia,
y siempre ha de venir á atormentarme!)

Barbero. (No puedo echar de mí la palinodia.)

[*D. Elías llega paseando á la puerta de la barbería. Suenan por última vez las campanas.*]

Elías. Maestro, buenas noches.
Barbero. Sanguijuelas?
Un repaso á la barba?
Elías. No, amigo. Mi dolor.....
Barbero. Dolor de muelas?
Elías. Ah!
Barbero. Si hay cáries, afuera; es muy sencillo.
Prepararé el gatillo.....
Elías. Por Dios y por las ánimas benditas!
Ya me han sacado ¡diez!—No de la boca.
Ojalá!
Barbero. Pues ¿de dónde?
Elías. Del bolsillo!
Óigame usted: le contaré mis cuitas.
Ese hombre á quien entierran.....
Barbero. Á propósito.....
Un embozado aquí que, por lo visto,
es su pariente.....
Elías. Ah! ¿Le dejó en depósito
alguna cantidad? Es su albacea?
Barbero. Lo contrario barrunto,
porque habló con desprecio del difunto.
Elías. No hay esperanza!
Barbero. Es hombre misterioso.
Quizá usted le conozca, don Elías.
Quizá usted que era amigo de don Pablo.....
Elías. En hora buena se le lleve el diablo,
mas ¡tambien mi dinero!....
Barbero. Á lo que entiendo,
él tiene trazas de mover un cisco.....
Con don Froilan es toda su ojeriza.
Elías. Sepultadas mis onzas en el fisco!
Al pensarlo me tiro de las greñas,
y bramo de furor.
Barbero. Daré las señas.
Es alto, es rubio.....
Elías. No, no le perdono.
Su muerte fué un suicidio.
Barbero. Militar parecia.....
Elías. ¡Se ha matado
por llevarse á la tumba mi subsidio!
Barbero. Hombre de buena edad, grueso.....
Elías. Mentira!

Barbero. Perdone usted.....
Elías. Mentira! No he rezado,
aunque usted me haya visto, mal pecado!
salir del templo.
Barbero. Dale!
Si yo no hablo del muerto! Hablo del otro.
Al despedirse dijo.....
Elías. Maestro, aquella tumba era mi potro,
y el duelo era un sarcasmo, una parodia.....
Barbero. Dijo que don Froilan.....
Elías. Pérfido! ingrato!
Barbero. Cantaria.....
Elías. Ay de mí!
Barbero. La palinodia.
Elías. Su muerte.....
Barbero. Óigame usted!
Elías. Es una afrenta.
Barbero. Pero, hombre!....
Elías. Bancarrota fraudulenta!
Barbero. Oh! quedarme prefiero
con mi curiosidad.
Elías. Yo.....
Barbero. Basta, basta!
Atajar la palabra de un barbero!
Elías. Es que.....
Barbero. Maldita, amén, sea tu casta!

[*Se entra en la tienda y la cierra por dentro. Cesan las campanas.*]

ESCENA X.

D. ELÍAS.

Cierra la puerta y me planta!
Qué diablos tiene ese hombre?
¿Prestó tambien al difunto
y perdió sus patacones?—
Mas huele á cera apagada;
las campanas no se oyen.....
Vamos, se acabó el entierro;
y pues yo hago los honores
funerales, despidamos
el duelo.

[*Se coloca á la puerta de la iglesia, y van saliendo varias personas de luto, hombres y mujeres, á quienes saluda entre afectuoso y compungido.*]

Mujer. Dios le perdone.
Elías. Amén. Gracias. Caballeros.....
Señoras.....
Hombre. Felices noches.
Mujer. Dios le dé la gloria eterna.
Elías. Así sea.
Hombre. Pobre jóven!
Elías. Que Dios se lo pague á ustedes.....
(mejor que él á mí.) Señores.....
Mujer. Beso á usted la mano.
Elías. Amén.....
Digo, gracias.
Hombre. [*Rezando.*] *Páter nóster.....*
Elías. Gracias por mí y por el muerto.
(Qué tormento! Echo los bofes
de rabia, y tengo que hacer
cumplidos.....)
Mujer. *Ora pro nóbis.....*
Elías. Abur.—Isabel no sale.
¿Pensará pasar la noche
en la iglesia? Ah! ya está aquí.

ESCENA XI.

ISABEL. D. ELÍAS. RAMON.

[*Isabel estará vestida de luto; Ramon trae una linterna encendida. Suenan otra vez los violines.*]

Isabel. Áun bailan! Qué corazones!
Ten piedad de ellos, Dios mio.
Suspende el terrible golpe
de tu justicia, por más
que su maldad lo provoque.
Elías. Oh Isabel, Isabelita!
Usted es un ángel.
Isabel. ¡Pobre
don Elías! Usté es fiel
á la amistad. ¡Alma noble,
alma sensible y piadosa!
Elías. No merezco esos loores.
Crea usted.....
Isabel. Olvidan otros

sagradas obligaciones,
y usted que nada debia
á don Pablo.....

Elías. Yo ¿de dónde?
Al contrario.....

Isabel. Pero Dios
premia las buenas acciones.

Elías. Yo confio en su infinita
misericordia..... (Este postre
me faltaba!)

Isabel. La que fué
su delicia, sus amores,
su único bien, ni áun escucha
el son del místico bronce
que anuncia su funeral.
Ceñida la sien de flores,
no deposita una sola
sobre la tumba del hombre
que la adoró. Ni un suspiro
lanza aquel pecho de roble,
si nó á la grata memoria
del que iba á ser su consorte,
siquiera al sincero amigo,
siquiera al valiente jóven
que el alma rindió invocando
de patria y de amor el nombre.—
Bien haces. Dios no se paga
de sacrílegos clamores.
No insultes, ay! á su sombra.
Déjala que en paz repose,
ingrata mujer; no mandes
á tus ojos que le lloren
si en otro semblante luégo
se han de fijar seductores.
Más puro será mi llanto,
más veraz, y desde el orbe
celestial quizá benigno
mi Pablo amado lo acoge.
Mi tálamo es su sepulcro.
Deja que en él me corone
yo sola. Yo sé que su alma
al alma mia responde,
y pues yo la he merecido
más que tú, no me la robes!

[*El sacristan sale de la iglesia, cierra la puerta y se retira. Sigue la música.*]

Elías. Ah señora! Yo tendria
un corazon de alcornoque
si no derramase lágrimas.....
(por mis cuarenta doblones.)
Pero al fin..... Cómo ha de ser!
Aunque usted gima y solloce,
Dios lo hizo: no hay esperanza
de que su fallo revoque.
Y ya han cerrado la puerta,
y sopla un viento de norte.....

[*Isabel se arrodilla en el umbral de la puerta y cruza las manos en actitud de orar.*]

(No me escucha; se arrodilla
en los yertos escalones,
y orando por el difunto
estatua parece inmóvil.
¡Oh, Vírgen Madre, que ruegas
por nosotros..... acreedores!,
¿merece un muerto insolvente
tan devotas oraciones?)

ESCENA XII.

ISABEL. D. ELÍAS. RAMON. D. PABLO.

Pablo. (Ya ha recibido el papel,
ya es otro hombre, ya me llora.
¿Qué apostamos á que ahora
soy un santo para él?—
¿Otra vez en el salon
suena la música impía?
Oh vil, infame alegría!
oprobio!.... prostitucion!
¿Y no arrojaré del pecho
al ídolo torpe, ingrato.....

[*Saca el retrato, lo despedaza y lo pisa.*]

He aquí su falaz retrato!....
Caiga á mis plantas deshecho.
Si un dia fuí tu cautivo,
ya no, mujer inconstante.
Quien vende muerto al amante
vendiera al esposo vivo.
¿Qué se diria de mí
si me rindiese al dolor.....
Entierra, Pablo, al amor,
pues te han enterrado á ti.
Engañadora sirena,
te creí sincera y firme.....
Pues si acierto á no morirme,
como hay Dios que la hago buena!
Olvidemos á la infiel,
que si airado resucito,
qué haré con alzar el grito?
Un ridículo papel.
Vuelva á mi pecho la calma,
y pues soy muerto viviente,
voy á ver qué buena gente
pide al cielo por mi alma,
Y á fe que, si al catecismo
doy un repaso, quizás
tampoco estará de más
que yo me rece á mí mismo.—
Vaya, que es rara aventura!
Para mí es niño de teta
el austero anacoreta
que cava su sepultura.
Más eco hará en los anales
el nombre de un ciudadano
que concurre vivo y sano
á sus propios funerales.

[*Da algunos pasos hácia la iglesia, siempre embozado, y se pára.*]

Por hoy ya no puede ser,
que la iglesia está cerrada.—
Mas ¿qué veo! ¡Arrodillada
al umbral una mujer!
¿Quién será el alma bendita
que así me llora insepulto?
En este esquinazo oculto
observaré.....

Elías. Isabelita!....

Pablo. (¿Si será la hermana bella
de Jacinta? No. ¿Á qué asunto
suspirar por un difunto
que en su vida.....)

[*El criado que se pasea silencioso con la linterna en la mano, pasa por junto á Isabel, y la reconoce D. Pablo. Cesa la música.*]

(Pues es ella!—
¡La otra tan malas entrañas
y ésta adorando mi nombre!
No hay como morirse un hombre
para ver cosas extrañas.)

Isabel. Sombra que amo y reverencio,
perdóname si llorosa
interrumpo de tu losa
el venerable silencio.

Pablo. (¿Qué oigo!)

Isabel. Más grata oblacion
diérate la amada prenda;
mas no rehuses la ofrenda
de mi tierno corazon.

Pablo. (Me amaba, me ama.... Oh portento!)

Isabel. Si de una triste mortal
desde el trono celestial
oyes benigno el acento,
no á Dios le pidas que yo
deje, sin dejar el mundo,
el dolor veraz, profundo
que tu muerte me infundió.
No turbé, no, mi quebranto
las delicias de tu Eden,
¡que Dios ha puesto tambien
gloria y delicia en el llanto!

Pablo. (Qué alma! Y no la conocí!)

Isabel. Pídele sólo al Señor
que eterno sea el amor
con que el alma te rendí;
que nunca humana flaqueza
me conduzca á no quererte.
¡Ántes un rayo de muerte
caiga sobre mi cabeza!

[*Calla y contemplativa alza los ojos al cielo.*]

Pablo. (No puedo más! Qué pasion!
Yo llego..... Oh ventura mia!

[*Deteniéndose.*]

Mas la súbita alegría
tal vez.....)

Isabel. [*Despues de un profundo suspiro.*]
Vámonos, Ramon.

ESCENA XIII.

ISABEL. D. PABLO. D. ELÍAS. RAMON. D. FROILAN.

Froilan. Entremos. Áun será tiempo.....
Pero la iglesia cerraron.

Pablo. (Ya está aquí mi hombre.)

Froilan. Isabel!
Don Elías! ¿Cómo os hallo
á estas horas por aquí?
Salís del entierro acaso?
Ah! sí, no hay duda. Ese luto.....
Parece que se ha acabado
el funeral.

Elías. Sí, señor.

Froilan. Y fué para mí un arcano!
¿Por qué no habérmelo dicho,
y mis ardientes sufragios.....

Isabel. ¿Á qué, si ya en otra tumba
le habias tú sepultado
más profunda?

Froilan. Yo! no entiendo.....

Isabel. En el olvido!

Froilan. Á mi Pablo?
al mejor de mis amigos?
á quien ya llamaba hermano?

Pablo. (Para el necio que te crea!)

Froilan. Pues ¡si le queria tanto!....
Poco he dicho. Le adoraba.

Pablo. (No sé cómo no le mato.)

Elías. (¡Extraña metamorfósis
por cierto!)

Froilan. Tan buen muchacho!....
Ah!.... Me nombró su heredero.

Elías. ¿Qué dice usted!

Froilan. Aquí traigo
su postrera voluntad.

Pablo. (Eso no, que ya he tomado
mis medidas por si muero
ántes de reir el chasco.)

Elías. Usted su heredero!

Froilan. Sí.

Elías. ¿No habla de otros legatarios
el testamento? ¿Ó de deudas.....

Froilan. No. Todo me lo ha dejado.
¿Qué mucho si nos unió
desde los primeros años
la dulcísima amistad
cuyos halagüeños lazos.....

Pablo. (Hipocriton!)

Froilan. Nuestras almas
llenaron siempre de encantos?

Elías. Vea usted; y yo creia.....

Froilan. Ay caro amigo! Este rasgo
de cariñosa bondad
hace mayor mi quebranto.
¿Qué son todos los tesoros
del mundo si los comparo
con la delicia de verte,
de hablarte..... Mi acerbo llanto

no podrá, triste de mí!
arrancarte al duro mármol
que te esconde.....

Isabel. Calla, impío!
Blasfemo, sella los labios!
Guárdate el oro que heredas
y no turbes el descanso
de aquella alma generosa,
que acaso estará penando
porque tan mal empleó
sus dádivas.

Froilan. Ese agravio.....

Isabel. Calla por piedad! No me hagas
testigo del vil escarnio
con que insultas las cenizas
de tu bienhechor. Huyamos.....

Pablo. (Ah qué ángel!)

Froilan. Oye.....

Elías. Si usted
quiere servirse del brazo.....

Isabel. No! sola me quiero ir.
Detesto al linaje humano.
¡Perfidia, maldad, bajeza
donde quiera..... Ay Pablo, Pablo!

ESCENA XIV.

D. PABLO. D. FROILAN. D. ELÍAS.

Pablo. (Es sueño acaso? es delirio?
Tanto amor!....)

Froilan. Qué sinrazon!
¡Qué ruin interpretacion
de mi profundo martirio!

Elías. Y en efecto, el testamento.....

Froilan. Ah! Cuánto dolor me cuesta!
Y ahora volver á esa fiesta.....
He aquí mi mayor tormento.
Mas debo forzosamente
acompañar á mi hermana.

Elías. La herencia es más que mediana,
y usted que era ya pudiente.....

Froilan. ¡Yo baile, oh Dios, yo conciérto,
cuando mi pena es tan grave.....

Elías. Yo tenía, usted lo sabe,
relaciones con el muerto.....

Froilan. No toque usted ese punto,
que mi afliccion.....

Elías. Sin embargo.....
Usted debe hacerse cargo
de las deudas del difunto.

Froilan. ¡Ya no hay placer para mí
en el mundo!

Elías. Él me debia
unos cuartos.....

Froilan. Noche y dia
rezaré por su alma, sí.

Pablo. (El diálogo me divierte.)

Elías. Si me olvidó, no es portento,
que sin duda el testamento
lo hizo.....

Froilan. Ántes de su muerte!

Elías. Ya, sí.....

Froilan. Mi alma se destroza!

Elías. (Diablo de hombre!) Yo decia.....

Froilan. Lo dejó en la escribanía
al salir de Zaragoza.

Elías. Bien, y luégo.....

Froilan. Amigo fiel!
Aunque venda mis camisas,
mañana doscientas misas
mandaré rezar por él.

Pablo. (Eso me encuentro. Por Dios
que de él no esperaba tanto.)

Elías. Mas yo le hice un adelanto.....

Froilan. Ah! sí; lloremos los dos.

Elías. Pero.....

Froilan. Con ojos serenos
¿quién ve á su amigo morir?

Elías. Pero usted puede decir:
los duelos con pan son ménos.
¿Y quién vuelve á mi escritorio
el dinero.....

Froilan. ¡Acerba llaga,
cruel!

Elías. Alma que no paga
no sale del purgatorio.
Diez onzas.....

Froilan. No cuestan tanto
las doscientas misas.

Elías. Oh!.....

Froilan. Á peseta.....

Elías. No hablo yo
de misas.....

Froilan. Me ahoga el llanto.

[*Hablando, han llegado á la casa del baile.*]

Elías. Oiga usted.....

Froilan. [*Ya dentro del portal.*]
Ni á hablar acierto.
Adios!

Elías. Hombre!....

Froilan. Pobre Pablo!

Elías. Me plantó! ¡Lléveos el diablo
á ti, á la herencia, y al muerto!

ESCENA XV.

D. PABLO. D. ELÍAS.

[*Llega D. Pablo por detras de D. Elías, y le toca en el hombro.*]

Pablo. Tenga usted más caridad
con los difuntos.

Elías. [*Volviéndose asustado.*]
¿Qué voz.....

Si yo creyera en visiones
diria.....

[*Reconociéndole.*]

Sí, él es! ¡Favor.....

Pablo. Silencio! No soy fantasma.
Vengo.....

Elías. De parte de Dios
te digo, sombra iracunda.....

Pablo. No hay tal sombra. Vivo estoy.
Acérquese usted sin miedo.
Tenemos que hablar los dos.

Elías. Si en el otro mundo penas
como en este peno yo,
al heredero le toca
procurar tu redencion;
no á mí, difunto don Pablo,
á mí que soy tu acreedor,
á mí.....

Pablo. Basta. Sabe usted
que soy hombre de razon,
y si yo me hubiera muerto,
no lo negaría, no.
Caí herido de un balazo
en medio de la faccion.
Sin duda, al verme tendido
sin aliento y sin color,
todos me dieron por muerto
sin más averiguacion;
y como nadie despues
de mí ha sabido hasta hoy,
no extraño que en mis exequias
haya graznado el fagot.
Recobrados mis sentidos
con el frio y el dolor,
medio vivo, medio muerto,
me levanté del monton.
En vano pedia auxilio:
nadie escuchaba mi voz.—
Por fin llegué como pude
á la choza de un pastor.
Por buena suerte la herida
no era mortal, aunque atroz.
Aquella familia honrada
tuvo de mí compasion,
y curándome en sigilo,
sin botica ni doctor,
me libertó de las uñas
de *Tristany* ó *Caragol*.
Recobradas ya mis fuerzas,
mi marcha emprendo veloz
de regreso á Zaragoza,
y hoy llego á puestas de sol
para reir desengaños
de este mundo pecador.

Elías. Es posible! Ah! mi alegría.....

Pablo. Usté es un hombre de pro.
Usté ha rezado en mi entierro.....

Elías. Oh! sí, con mucho fervor.

Pablo. Y gracias por su cristiana
misericordia le doy.
Sólo á usted me he descubierto.....

Elías. Usted me hace sumo honor.....

Pablo. Mas nadie sepa que vivo
hasta mejor ocasion.
Usted sabrá mis proyectos,
y cuento con su favor
para llevarlos á cabo.

Elías. Sabe usted que siempre estoy
á su obediencia.—Á propósito,
el papel que se quedó
sin firmar..... Aquí lo traigo.
Si á la luz de ese farol

[*El que habrá en el portal de la casa donde se baila.*]

quisiera usted..... Pediremos
un tintero.....

Pablo. ¿No es mejor
que se venga usted conmigo
y le daré en el meson
las diez onzas consabidas,
los réditos y otras dos
en muestra de gratitud.....

Elías. Oh qué bello corazon!

Pablo. Justamente ya ha debido
cobrar mi administrador
unas letras.....

Elías. No es decir
que yo tenga prisa, no.
Sólo por acompañar
á usted..... (Supremo Hacedor,
no me le mates ahora!
Cumpla su buena intencion!)

Pablo. Vamos.....

Elías. [*Componiéndole el embozo de la capa.*]
Abríguese usted.

[*D. Pablo tose.*]

Cuidarse!—Qué es eso? Tos?

Pablo. No es nada.

Elías. Es que usté estará
delicado, y el pulmon.....

Pablo. [*Riéndose.*]
Cálmese usted, don Elías,
que mi palabra le doy
de no morirme otra vez
sin pagarle.

Elías. (Óigate Dios!)

ACTO CUARTO.

LA RESURRECCION.

La misma decoracion del acto segundo.

ESCENA I.

D. PABLO. D. ELÍAS.

[*Entran con precaucion. El teatro está oscuro.*]

Pablo. Si alguno nos ha observado.....
Elías. Sólo lo sabe Ramon,
y ese es de satisfaccion.
Puede usté entrar descuidado.
Jacinta está de jolgorio
con su novio y los amigos
que servirán de testigos
para el impío casorio.
Luégo que apuren los platos
del opíparo banquete,
vendrán á este gabinete
para firmar los contratos.
Pablo. Isabel.....
Elías. No fué posible
hacerla entrar en la fiesta.
La maldice y la detesta
como sacrilegio horrible.
Pablo. Pobrecilla! Y don Froilan?
Elías. Muerto está de pesadumbre,
mas, ya se ve, la costumbre....,
la etiqueta, el qué dirán.....
Pablo. Al bien y al mal se acomoda
esa frase; y ¿qué ha de hacer
quien por fuerza ha de escoger
entre un duelo y una boda?
Elías. Ya, pero, entre el mundo y Dios,
don Froilan gime..... y devora;
luégo apura el vaso..... y llora;
y así cumple con los dos.
Pablo. Está todo preparado?
Elías. Todo como usted desea.
Pablo. Sentiré que álguien me vea.
Elías. Cómo? En un cuarto excusado.....
Pablo. Quisiera un instante hablar
con Isabelita.... Pero
prepárela usted primero.
Elías. Entiendo. Vóila á buscar.
Pues llevan largo el convite
y Ramon está advertido,
fácil será.....
Pablo. Siento ruido.....
Elías. Traen luces. Al escondite!

[*D. Pablo corre á esconderse en el cuarto del foro y cierra por dentro las vidrieras. Ramon trae luces.*]

ESCENA II.

D. ELÍAS. D. RAMON.

Elías. Ha visto álguien á don Pablo?
Ramon. No, señor, nadie le ha visto.
Elías. Vete, y ¡silencio!
Ramon. No chisto.
Elías. Se va á desatar el diablo.

ESCENA III.

D. ELÍAS.

¡Por hacer aquí el rufian
dejo la opípara mesa!....
Pero servir me interesa
al escondido galan.
¿Qué no he de esperar de ti,
difunto que expresamente
resucitas complaciente
sólo por pagarme á mí?
Y con qué rumbo! Ea, pues,
busquemos á Isabelita
y anunciemos la visita.....
Mas ¿quién se acerca?—Ella es.

ESCENA IV.

D. ELÍAS. ISABEL.

Isabel. Qué hace usted tan solo aquí?
Elías. Isabel, no es de mi gusto
esa infame bacanal,
y aquí me estoy hecho un buho
contemplando las flaquezas
y aberraciones del mundo.
Dejarán la mesa pronto?
Isabel. No sé.
Elías. Desde aquí descubro.....

[*Mirando por la puerta de la izquierda.*]

Los postres sirven.—No acaban
ni en veinticinco minutos.
Qué contraste! Ellos riendo,
y usted vestida de luto!

Isabel. Y quizás de mi afliccion
se mofan.

Elías. Atroz insulto!
¡Y acaso áun están calientes
las cenizas del difunto!

Isabel. Ah!

Elías. Si apareciese ahora
entre ellos vivo y robusto
el mismo á quien juzgan muerto,
como figuras de estuco
se quedarian.

Isabel. Ay Dios!

Elías. Y ¿qué maravilla? Algunos
suelen tornar á la vida
desde el borde del sepulcro.

Isabel. No con vanas ilusiones
aumente usted mi profundo
dolor.

Elías. No quiero decir
que Dios, aunque sea sumo
su poder, haga un milagro,
y se alcen á mis conjuros
los que descansan en paz;
pero, señor, yo pregunto,
¿quién da fe de que haya muerto
don Pablo? Un parte confuso....,
la declaracion verbal
de un amigo infiel, perjuro.....

Isabel. Y otros ciento que en el campo
le vieron yerto, insepulto;
y los facciosos tambien
le contaron en el número
de los muertos. Si él viviera,
no podria estar oculto
su destino tantos dias.
¡Nunca se verán enjutos
mis ojos! ¡No hay esperanza!

Elías. Pues yo la tengo y la fundo
en razones poderosas.
Oh! ¡como de esos renuncios
se cometen en los partes!
Ni siempre la voz del vulgo.....
Bien pudo caer don Pablo
herido en el campo y pudo
salvarse despues..... En fin,
aunque parezca un absurdo,
yo creo..... Yo tengo datos.....

Isabel. Ah! cuáles son?

Elías. Dios es justo.....

Isabel. Insensata! ¿Cómo puedo
esperar.....

Elías. Si de su puño
enseñase yo una carta.....

Isabel. Basta, basta. Yo no sufro
que usted se burle de mí
tan cruelmente.

Elías. No me burlo.
Vive don Pablo.

Isabel. Oh Dios mio!
¿Será posible!

Elías. Lo juro.

Isabel. ¿Dónde.....

Elías. Baje usted la voz.
Si no temiera que un susto
repentino.....

Isabel. No; mi gozo.....
Venga esa carta.....

Elías. Presumo
que usted daria más crédito
á un testigo...., y me aventuro
á presentarlo.....

Isabel. Á quién? ¡Cómo...

Elías. Usted le conoce mucho.

Isabel. Yo..... Dónde está?

Elías. [*Junto á la puerta del foro, que habia entreabierto D. Pablo.*]

Salga usted.
El momento es oportuno.

ESCENA V.

D. PABLO. ISABEL. D. ELÍAS.

Pablo. Isabel!

Isabel. [*Al verle grita y retrocede asustada, y despues de un instante de silencio le abraza con la mayor ternura.*]

Ah!..... Pablo mio!
¿Es posible que te ven
mis ojos? Pablo! Tú vives?
Mi alma se anega en placer.
Dios de bondad! si es delirio,
muera yo dichosa en él.
Mas no; mis brazos amantes
le están estrechando. Él es!

[*Avergonzada se desprende de los brazos de D. Pablo, y baja los ojos.*]

(Qué estoy diciendo, insensata?
Oh rubor!....) Perdone usted.....

Elías. [*Observando á la puerta.*]

Ya han retirado los postres
y las copas de Jerez.

Pablo. Isabel, ese cariño
que en el alma grabaré
viene á endulzar la amargura
de un desengaño cruel.

Isabel. Dios sabe con qué afliccion
tu muerte, Pablo, lloré.....

Elías. Ya recogen la vajilla.
Ya levantan el mantel.

Pablo. Aunque por muerto me dieron,
de mis heridas sané.
Otra me han hecho en el alma.
Yo la curaré tambien.

Isabel. Pablo!....

Pablo. Hermana de mi vida!

Isabel. (Hermana!.... Ay de mí!)

Pablo. Isabel,
tú sola sabes que vivo.
Otros lo sabrán despues.

¿Querrás por breves instantes
guardarme el secreto fiel?

Isabel. Lo guardaré, mas ¿qué intento.....

Elías. Ya están tomando café.

Pablo. Á ese contrato nupcial
presente quiero que estés.

Isabel. Tú lo exiges!

Pablo. Y no importa
que les des el parabien.
Yo se lo doy desde luégo,
y ya jamás fiaré
ni en lisonjeros amigos
ni en palabras de mujer.

Isabel. (¿Qué oigo!)

Pablo. En la tumba se aprende
mucho!

Elías. Que ya están en pié!

Pablo. Adios..... Yo seré más cauto.....
por si me muero otra vez.

[*Se entra en el cuarto del foro, cerrando las vidrieras.*]

ESCENA VI.

ISABEL. D. ELÍAS.

Elías. ¡Confidente y centinela
de mi rival! Por usted,
sólo por usted haria
tan subalterno papel,
papel que entrará en el fárrago
de deuda sin interes.

Isabel. [*Sin oirle.*]
No me ama! Infeliz de mí!
Mas al fin no le veré
en los brazos de Jacinta.
¿Y si otra me roba el bien
que el alma anhela..... No importa!
Perezca yo, y viva él!

ESCENA VII.

ISABEL. D. ELÍAS. D. FROILAN. JACINTA. D. MATÍAS. D. ANTONIO. D. LUPERCIO. DAMAS. CABALLEROS.

[*Toman todos asiento en varios grupos. Don Matías, Jacinta con otras damas y galanes á un lado; D. Lupercio con los demas convidados á otro; D. Antonio junto á D. Froilan; don Elías é Isabel á un extremo.*]

Matías. Adentro. Sin ceremonia.

Jacinta. Tomen ustedes asiento.

Luperc. Oh, que está aquí don Elías!

Elías. Buenas noches, don Lupercio.

Matías. Cuándo viene ese Notario?,
que en verdad, ya me impaciento
esperándole.

Jacinta. Ya poco
puede tardar.

Matías. Mira, luégo
que se firmen los contratos
conyugales, bailaremos.

Dama 1ª Sí, sí, un poquito de baile.

Galan 1º Y será el dia completo.

Froilan. [*Aparte con D. Antonio.*]
Esa boda se va á hacer
bajo auspicios muy funestos,
don Antonio.

Antonio. ¿Qué se yo.....
Se quieren y están contentos.....

Jacinta. [*Aparte con D. Matías.*]
Por fin ya nos favorece
mi hermana. Pero ¡qué gesto!
Y es un insulto el entrarse
aquí con vestido negro.

Matías. Como es tan sentimental,
no me admiro.....

Jacinta. Pues yo creo
que tiene más de envidiosa
que de santa.

Matías. Y áun por eso,
á falta de otro galan,
se resigna á los obsequios
del buen don Elías.

Jacinta. Siempre
tuvo ruines pensamientos.

Dama 2ª [*En voz baja.*]
Qué dote lleva la novia?

Luperc. No es gran cosa. Seis mil pesos.

Isabel. [*Aparte con D. Elías.*]
¿Cuáles serán los designios
de don Pablo?

Elías. Es un secreto,
señorita, y como yo
de económico me precio,
quiero ahorrar las conjeturas,
pues al fin he de saberlo.

Froilan. [*Aparte con D. Antonio.*]
Es un cargo de conciencia,
sí, señor, y yo no debo
autorizar.....

Antonio. Bobería!
Los que se casan son ellos,
no usted.

Froilan. Casamiento horrible!

Antonio. Peor sería no hacerlo.

Froilan. Don Pablo amaba á Jacinta!

Antonio. Sí, señor...., pero se ha muerto.

Froilan. Don Matías fué su amigo.

Antonio. Ya, pero no es su heredero.

Froilan. Yo lo soy á mi pesar!

Antonio. Cómo ha de ser! Ya lo veo.

Froilan. Mis lágrimas.....
Antonio. Yo tambien
las verteria..... á ese precio.
Matías. Ya está aquí el Notario. Viva!

ESCENA VIII.

ISABEL. JACINTA. D. ELÍAS. D. FROILAN. D. MATÍAS. D. ANTONIO. D. LUPERCIO. EL NOTARIO. DAMAS. CABALLEROS.

Notario. Buenas noches, caballeros.
Dama 1ª [*Aparte á un convidado.*]
Ese curial incivil
no saluda al bello sexo.
Matías. Vamos, vienen ya extendidos
los contratos?
Notario. [*Sentándose á una mesa, donde habrá recado de escribir.*]
Sí por cierto.
No falta más que firmar;
los contrayentes primero
y los testigos despues
en sus respectivos huecos.
Froilan. [*Á D. Antonio en voz baja.*]
Ese hombre, que para mí
es una especie de cuervo,
despierta en mi corazon
atroces remordimientos.
Notario. Si ustedes me lo permiten,
calo las gafas y leo.....
Matías. No, por Dios! Á qué cansarnos
con ese eterno proceso?
Notario. No tal. Yo soy muy lacónico.
Tendrá veintisiete pliegos.....
Matías. Misericordia!.... Una pluma!
[*Llega á la mesa y la toma.*]
¿Da usted fe de que en efecto
me caso con la que adora
mi corazon?
Notario. Por supuesto.
Con doña Jacinta.....
Matías. Basta.
Firmo como en un barbecho.
[*Firma.*]
Froilan. [*Tapándose los ojos.*]
Ah! Qué horror! ¿Y sufro yo
tan bárbaro sacrilegio?
Elías. [*Á Isabel.*]
¿Qué le ha dado á don Froilan?
Suspira, se pone trémulo.....
Notario. Ahora la novia.
Jacinta. [*Se acerca á la mesa.*]
Volando,
que mi gloria cifro en esto.
Froilan. No puedo más!
[*Se levanta, y se acerca tambien á la mesa.*]
Jacinta. Dónde?
Notario. Aquí,
Froilan. ¡Deten en nombre del cielo
esa mano temeraria!
Olvidas tus juramentos?
menosprecias tu opinion?
¿no sabes que hay un infierno
para los perjuros? Ah!....
Matías. Qué dice ese majadero?
Froilan. ¿Vas á casarte con otro
cuando la sangre del muerto
está humeando? Áun escucho
las campanas de su entierro.....
Jacinta. Eh! Quieres dejarme en paz?
Galan 2º Ese hombre ha perdido el seso.
Dama 3ª [*Á D. Antonio.*]
Qué hipocresía!
Antonio. La herencia!
Elías. [*Á Isabel.*]
Como soy que me divierto.
Matías. Ea, firma, y no hagas caso
de un fastidioso agorero.
Jacinta. Sí; el corazon me lo manda.—
Aquí?.... (No sé por qué tiemblo.
Ánimo!)
[*Firma.*]
Ya está.
Froilan. Gran Dios!....
Ella ha firmado! Esto es hecho!
Ah! ¿qué sería de ti,
falsa mujer, si del centro
de la tumba aquí se alzase
don Pablo y con voz de trueno.....
Matías. Oiga!....
[*Todos los interlocutores, á excepcion de Isabel, rien estrepitosamente.*]
Luperc. Donosa ocurrencia!
Dama 1ª Qué visionario!
Galan 1º Qué necio!
Antonio. Se nos viene con sandeces
del siglo décimotercio.
Matías. No hablaba usted de ese modo
dos dias ha.
Froilan. Me arrepiento.
Elías. [*Á Isabel.*]
Oportuno es el sermon.
Parece que está de acuerdo
con don Pablo. Mas ¿qué aguarda,
que no sale del encierro?
Froilan. Don Matías, no es la herencia
la que ha obrado este portento.
Mueve mi labio divina
inspiracion. Yo preveo.....

Matías. Eh! basta ya de simplezas,
que estamos perdiendo el tiempo.
Concluyamos.—Los testigos.
Notario. Don Antonio Mollinedo.....
Antonio. Servidor.

[*Va á la mesa y firma.*]

Sea mil veces
en buen hora.
Notario. Don Lupercio.....
Luperc. Allá voy.....

[*Firmando.*]

Y con el alma
y la vida lo celebro.
Notario. Don Elías Ruiz.....
Elías. [*Va y firma.*] Presente.—
Sea en hora buena, y *laus Deo.*
Notario. Hemos concluido.
Pablo. [*Dentro.*] No!
Falta un testigo!

[*Sorpresa general.*]

Matías. Qué es eso?
Jacinta. ¿Qué voz.....
Froilan. Por allí ha sonado.....
Matías. Quién es el testigo?

[*Óyese una fuerte detonacion en el cuarto del foro; ábrese la puerta, y aparece D. Pablo cubierto de piés á cabeza con un manto blanco. Un vivo resplandor rojizo alumbra el cuarto de donde sale.*]

Pablo. El muerto!

ESCENA IX.

ISABEL. JACINTA. D. PABLO. D. ELÍAS. DON FROILAN. D. MATÍAS. EL NOTARIO. DON ANTONIO. D. LUPERCIO. LOS CONVIDADOS.

[*Al aparecer D. Pablo retrocede Jacinta aterrada; las demas señoras chillan, y una ó dos se desmayan en brazos de los caballeros que las rodean, volviendo en sí á pocos momentos; don Froilan se queda extático; D. Elías suelta la carcajada, y hace notar á Isabel los gestos de los demas; D. Matías calla, entre dudoso y amostazado; D. Antonio y D. Lupercio dan muestras de admiracion, y el Notario se esconde detras de la mesa.*]

Jacinta. Cielos!
Notario. Oh!
Matías. Don Pablo!
Froilan. Es él!
Elías. Lindas figuras!
Dama 1ª Qué espanto!
Froilan. Yo no lo dije por tanto!
Jacinta. Aparta, sombra cruel!
Galan 3º [*Haciendo aire á una que está desmayada y en breve recobra el sentido.*]

Señora!....
Dama 2ª Qué horrible vista!
Galan 2º (Yo tengo más miedo que ella.)
Elías. [*Aparte á Isabel.*]

La tramoya ha estado bella.
Se ha portado el polvorista!
Jacinta. (La imágen de mi conciencia
veo en su rostro fatal.)
Froilan. (Si es aparicion, tal cual;
si está vivo, adios la herencia!)
Jacinta. Yo confieso mi locura,
Pablo, y te pido perdon.
Matías. Locura?
Jacinta. Ten compasion
de una frágil criatura.
Á tus plantas.....

[*Va á arrodillarse, y D. Matías la detiene.*]

Matías. ¡Eso no,
por vida de san Matías!
Tú á sus plantas? No en mis dias!
Él ha muerto, y vivo yo.
Y nos veremos las caras,
pues ya se firmó el concierto,
si quiere meterse el muerto
en camisa de once varas.—
Ni él ha muerto; no hay tal cosa;
que si difunto estuviera
no alzara así como quiera
la yerta y pesada losa.
Yo no le disputo á Dios
el poder de hacer milagros;
mas los muertos están magros,
y este abulta como dos.
Le quisiste vivo, es cierto,
y ahora á mí; sea en hora buena.
Eso no vale la pena
de resucitar á un muerto.
Si él ha muerto ¿qué hace aquí?
Vuelva al panteon profundo;
y si vive para el mundo,
muerto sea para ti.
En fin, que viva ó que muera,
tuyo no ha de ser jamás.
Veremos quién puede más;
él muerto, y yo..... calavera.
Pablo. [*Soltando el manto y dando algunos pasos.*]

No he muerto, gracias al cielo,
ni por una infiel y un loco
quiero exponerme tampoco
á dar la vida en un duelo.
Que perdone este mal rato
pido á la tertulia toda,
pues mal sienta en una boda
el funeral aparato;

pero hombre de calidad,
cuya muerte es tan sentida,
justo es que vuelva á la vida
con cierta solemnidad.
Conozco que algun menguado
en esta cómica escena
más me quisiera alma en pena
que muerto resucitado;
pero si alguno desea
ser pasto á la muerte avara,
yo no: ya he visto su cara,
y me parece muy fea;
y puesto que debo tanto
al Sumo Hacedor, no es justo
que por dar á nadie gusto
me vuelva yo al campo-santo.—
Mis quejas no escucharán
los amigos fementidos,
no, porque á muertos y á idos.....
Conocido es el refran.
Que matan los desengaños
dice la gente.—No á mí,
que, como muerto los vi,
no han de abreviarme los años.—
Nada de rencor, Matías.
Querer á una dama hermosa
más que á un fiel amigo, es cosa
que se ve todos los dias.
Siempre amor en tal pelea
ha de triunfar; esto es cierto;
y más si el amigo ha muerto
y la dama pestañea.
Yo la quise; tú la quieres.....
Tuya debe ser la bella,
pues yo he muerto para ella,
y tú por ella te mueres.—
Ni tu cambio llevo á mal,
Jacinta. ¿Con qué derecho
pidiera yo á tu despecho
una palma virginal?
Se olvida al galan más pulcro,
vivo, lozano, fornido,
¿y no ha de echarse en olvido
al que yace en el sepulcro?
El amor en nuestros dias
como el Fénix se renueva,
que ya no hay almas á prueba
de balas y pulmonías.
Yo te creia más firme,
mas si otro me reemplazó,
la culpa me tengo yo.
Quién me mandaba morirme?

Matías. No haya duelo. ¿En qué lo fundo
si no hay rival á mi amor?
Mucho aplaudo el buen humor
con que vuelves á este mundo.

Jacinta. Pablo, la sorpresa,..... el gozo.....
Pero..... Ya ves..... He jurado.....
(Despues que ha resucitado
me parece mejor mozo.)

Pablo. Señoras, cese ya el susto,
que si lo causo viviente,
me moriré de repente
estando sano y robusto.—
Y el Notario fugitivo
¿adónde fué?

Notario. [*Sacando la cabeza.*]
Me escondí.....

Pablo. Ea, salga usted de ahí
á dar fe de que estoy vivo.
Aquiete usted la conciencia,
que, á fe del nombre que tengo,
del purgatorio no vengo
á tomarle residencia.—
Don Lupercio! Don Antonio!
De ustedes muy servidor.
Hasta ahora, aunque pecador,
no me ha llevado el demonio.

Antonio. Yo lloraba.....

Pablo. Sí por cierto.

Luperc. Yo.....

Pablo. Como hablan las paredes,
ya sé que me han hecho ustedes
justicia..... despues de muerto.
¡No era tan feliz mi suerte
cuando vivo!.... ¿Conque soy
un ángel ahora? Doy
muchas gracias á la muerte.
Ruego á ustedes, pues advierto
que me va mejor así,
que siempre que hablen de mí
se figuren que estoy muerto.

Antonio. [*Aparte á D. Lupercio.*]
¡Pullas, despues que en mil puntos
su elogio hicimos ayer!
Ya no se puede tener
caridad..... ni con difuntos.

Pablo. Don Froilan, siento en verdad
decir á un amigo fiel
que el consabido papel
no es mi postrer voluntad.

Froilan. Es accion muy baladí
que perdonarse no puede
el resucitar adrede
para burlarse de mí.

[*Risa general.*]

Señores, nada de risas,
que es sobrada impertinencia
despojarme de la herencia
y quedarse con las misas.

Elías. Agorero cejijunto,
justo es que á Dios satisfagan
herederos que no pagan
lo que debia el difunto.
Era insigne mala fe,
riendo de mi abstinencia,
comerse, amén de la herencia,
lo que yo economicé.
No era usted quien merecia
tanta dicha, alma de Anás,
Tartufo..... No digo más.....

Matías. Por qué?

Elías. Por economía.

Froilan. Por vida!....
Pablo. Tenga usted calma
Yo las misas pagaré,....
á no ser que quiera usté
que se endosen á su alma.
Lea usté ahora en desquite
esta carta que Melchor
me dió.....

Froilan. [*Toma la carta, la abre y la lee para sí.*]
Sí, mi arrendador
de la hacienda de Belchite.
Isabel. Qué será?
Matías. Le tiembla el pulso.....
Antonio. Gime.....
Elías. Un color se le va
y otro se le viene.....
Froilan. Ah!
Jacinta. Mira al cielo.....
Luperc. Está convulso.....
Froilan. Cruel, funesta noticia!
Desventurado de mí!
Yo esperaba el bien ajeno,
y pierdo el mio! Infeliz!
Me han subastado el aceite,
me han secuestrado el redil,
me han destruido el molino,
y ¡adios, trigo!, adios, maíz!
A mí, que no me metia
con liberal ni servil,
y ni he sido diputado,
ni prócer, ni alcalde, ni.....
Si hasta los neutrales tienen
su hacienda y vida en un tris,
ya es crímen la indiferencia.
Guerra! Un fusil! un fusil!
Canóñigo atroz!, la sangre
siento ya en mi pecho hervir.
Yo moriré peleando
ó me vengaré de ti.

ESCENA ÚLTIMA.

JACINTÁ. ISABEL. D. PABLO. D. ELÍAS. DON MATÍAS. D. ANTONIO. D. LUPERCIO. EL NOTARIO. LOS CONVIDADOS.

Jacinta. Dios mio!
Isabel. Pobre Froilan!....
Funesta guerra civil!
Pablo. Le está muy bien empleado.
Elías. Lo merece el malandrin.
Pablo. Volviendo á lo de la boda,
en buen hora sea mil
y mil veces.—Yo tambien
me caso.
Isabel. (Ay!)
Jacinta. De véras?
Pablo. Sí.
Si ustedes quieren mañana
á mi contrato asistir.....
Isabel. (Mañana!....)
Damas. ¿Quién.....

[*Muestran todas mucha curiosidad.*]

Antonio. ¿Quién será...

[*Los caballeros forman otra vez corrillo.*]

Matías. Quién es la novia feliz?
Dime.....
Pablo. Son amores póstumos.
No es la novia que escogí
de este mundo.
Matías. Alguna momia.....
Pablo. No. Fresca como el Abril.
Flor de mi tumba!, por qué
tan tarde te conocí?
Isabel. (Me mira..... Ah! ¡Cómo palpita
mi corazon!)
Antonio. Pero en fin.....
Jacinta. (¿Será Isabel.....)
Dama 1ª ¿No sabremos.....
Pablo. Aunque á su gracia gentil
sabe hermanar la modestia,
su nombre puedo decir,
que pues le ofrezco mi mano,
no la alejará de sí
quien ya me dió el corazon.

[*Isabel no puede reprimir su agitacion.*]

Dama 1ª [*Aparte á las otras.*]
Hácia aquí mira. Advertís?
Pablo. Ah! sí. Ya anuncia mi dicha
en su labio de carmin
la sonrisa del amor.
Dama 1ª (Yo soy! Me ve sonreir.....)
Pablo. Y esa mirada.....

[*Acercándose á Isabel y presentándole la mano.*]

Isabel!
Isabel. Pablo mio!

[*Toma la mano de D. Pablo, y reclina la cabeza en el pecho del mismo como para ocultar el exceso de su gozo.*]

Dama 1ª [*Con un suspiro y abanicándose.*]
(No era á mí!)
Antonio., *Luperc.*, *Damas.*, *Galanes.* Isabel!
Matías. [*Á Jacinta.*]
Era tu hermana!
Elías. (Ya llegó mi San Martin!)
Matías. ¿No dijiste que tu esposa
no era de este mundo?
Pablo. Sí.

Mujer de un alma tan pura,
cuya virtud sin igual
compite con su hermosura,
es un ser angelical;
no es humana criatura.
Mujer de tanta virtud,
mujer de amor tan profundo
que en su tierna juventud
se inmolaba..... ¡á un ataud!....
no pertenece á este mundo.
Yo, que su ventura anhelo,
ya no me juzgo habitante
de este miserable suelo;
que Isabel me mira amante
y sus brazos son..... ¡el cielo!

Isabel. Yo que te lloré en la losa;
yo, que con verte, no más,
me tenía por dichosa,
¿qué haré ahora que me das
el dulce nombre de esposa?

Pablo. Cuán de véras lo mereces!
Dichosa muerte mil veces!—
Muérete, y verás, Matías.....

Matias. Lindo regalo me ofreces!

Pablo. Qué dice usted, don Elías?

Elias. Que el mundo es un entremes,
don Pablo.

Matias. Es cierto.

Luperc. Así es.

Antonio. Para aprender á vivir.....

Elias. No hay cosa como morir.....

Pablo. Y resucitar despues.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE.

ERRATAS.

Página.	Columna.	Línea.	Dice.	Léase.
16	2.ª	38	Matías.	Matías!
17	1.ª	21	enguardias?	en guardias?
22	2.ª	38	contrario,	contrario.
41	1.ª	57	Señor.....	¡Señor.....
45	1.ª	26	Ya baja, le oigo	Ya baja. Le oigo
»	2.ª	50	*Entra*	*Entran*
55	Única.	4	Desgraciada	Desgraciada!
81	Id.	28	*Dos*	*Los*
92	Id.	12	Leicéster	Leicéster,
112	1.ª	6	horas!	horas?
127	1.ª	13	per	por
»	2.ª	8	laamistad.	la amistad
144	2.ª	39	Padre.....	Padre!....
206	Única.	48	[*Gines trae luces.*]	Bórrese esta acotacion.
266	2.ª	49	No	¿No
283	1.ª	34	Dádmelo	Dádmele
346	1.ª	18	Yo bien sé	Yo sé bien
348	2.ª	16	aunque en la	aunque la
357	1.ª	18	por Agustin	por mi Agustin
358	1.ª	9	¡Pero	Pero
363	2.ª	57	escapaz	es capaz
417	1.ª	41	Consuelete	Consuélete